JUAN DE SALISBURY

POLICRA-TICUS

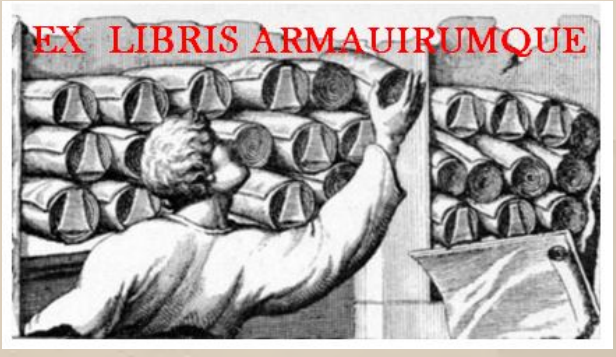
Edición preparada por

MIGUEL ANGEL IADERO
MATIAS GARCIA
TOMAS ZAMARRIEGO

EDITORA NACIONAL

Clásicos para una
Biblioteca Contemporánea

Juan de Salisbury nació en Old Sarum, antiguo emplazamiento de la actual Salisbury, al sur de Inglaterra, entre 1115 y 1120. Eclesiástico de gran cultura, culminó sus estudios en Chartres y París. Vinculado a la sede primada de Canterbury, sirvió a los arzobispos Teobaldo y Tomás Becket, de cuyo martirio fue testigo presencial. A este último, cuando era canciller y gozaba todavía del favor de Enrique II, dedicó el *Policraticus,* la gran obra de su madurez. *Policraticus* es el primer tratado de filosofía política que se escribió en Europa y su influencia se hizo sentir en toda la Edad Media posterior hasta el Renacimiento. En el más elegante latín del siglo XII, con el bagaje de una portentosa erudición clásica y la primera intuición seria del pensamiento político de Aristóteles, Juan de Salisbury describe y fundamenta en sus páginas cómo debe ser el buen príncipe, cabeza de la comunidad política, y la función que han de ejercer en esa comunidad los sacerdotes, jueces, administradores, cortesanos, tesoreros, campesinos, artesanos y comerciantes. Retrato intelectual y ameno del pensamiento y la vida política del siglo XII.



JUAN DE SALISBURY

POLICRATICUS

Edición preparada
por MIGUEL ANGEL LADERO

EDITORA NACIONAL
Torregalindo, 10 - Madrid-16

Traducción de Manuel Alcalá, Francisco Delgado, Alfonso Echánove, Matías García Gómez, Alberto López Caballero, Juan Vargas y Tomás Zamarriego.

Coordinación general de la traducción: Matías García Gómez y Tomás Zamarriego.

© Copyright 1984
EDITORA NACIONAL. Madrid (España)
ISBN: 84-276-0642-7
Depósito legal: M. 41.789-1983
Impreso en Offirgraf, S. A.

CLASICOS PARA UNA BIBLIOTECA CONTEMPORANEA
Pensamiento
Serie dirigida por José Manuel Pérez Prendes

INTRODUCCION

En estas páginas preliminares a la edición española de Policraticus *he procurado atender algunos de los aspectos por los que cualquier lector puede sentir interés, al abordar el conocimiento de Juan de Salisbury y su obra. No son páginas de erudición, ni pretenden descubrir nada nuevo, sino de síntesis, efectuada a partir de lecturas y datos numerosos cuyo origen se declara en las notas y la bibliografía final, porque su utilidad se limita a servir de pórtico y proporcionar un mínimo marco de referencias a la lectura de este clásico tan importante en la historia de las teorías políticas europeas.*

Juan de Salisbury fue un miembro típico del alto clero occidental del Medievo, inglés por su cuna, por sus intereses eclesiásticos y políticos, por su mismo sentimiento patriótico, pero internacional por su pertenencia a la Iglesia, por su cultura, por el ámbito de lectores y corresponsales a los que se destinaba su obra escrita en latín. Por todo ello, ha sido imprescindible comenzar la introducción con un relato biográfico que mostrase, en cada momento conocido, la incardinación del personaje en su época, así como su capacidad para moverse tanto en los ambientes cortesanos de Roma y Canterbury como en los centros de cultura situados en el norte de Francia, en aquel primer gran momento de renovación intelectual europea y en el marco internacional proporcionado por las estrechas, aunque difíciles, relaciones de las monarquías inglesa y francesa de Enrique II y Luis VII, respectivamente, o por el auge del poder pontificio, trabado, no obstante, en la segunda gran querella con el Imperio, que

protagonizaron el papa Alejandro III y el emperador Federico I. Juan fue observador, consejero, partícipe secundario en muchos sucesos notorios de su época, y prácticamente coprotagonista en uno de ellos: la polémica entre Thomas Becket, arzobispo de Canterbury, y el rey inglés. Fue éste un acontecimiento de singular resonancia, que sigue despertando interés entre los historiadores porque, a través de su análisis, se descubren muchas claves para la comprensión de una época y de unas mentalidades. Y es, también, el suceso más dramático, tal vez el central, en la vida de nuestro autor.

Su obra se comprende mucho mejor situándola en las circunstancias vitales que la dieron origen, pero no se agota con ellas, sino que crea un legado permanente de noticias biográficas, históricas o simplemente anecdóticas relativas al tiempo en que vivió Juan de Salisbury. Es, por otra parte, un testimonio excelente del nivel y de los intereses culturales de su siglo, escrito en el mejor latín de toda la Edad Media, que toca numerosos puntos relativos a Artes Liberales, Metafísica, Etica, creencias religiosas, usos diversos y, por supuesto, teorías políticas e imágenes que aquella sociedad construía para representarse a sí misma. En el segundo capítulo se ha atendido especialmente a describir la organización, las formas y el contenido de toda la obra escrita por Juan de Salisbury.

Policraticus *es un libro extenso y complejo, tanto en sus criterios expositivos como en su temática. Para comprenderlo es imprescindible saber cuál es el origen de muchas de las ideas expuestas en él, cómo las mantiene en su sentido original o las transforma su autor, y de qué manera llega a ser una creación irrepetible sin romper con el fluido cultural e histórico en cuya corriente nació. Hoy podemos, por fortuna, realizar ya esta lectura crítica y, a la vez, más profunda y comprensiva de sus páginas, lo que nos permite saber también el porqué de la influencia que conservó la obra en los tiempos siguientes y valorar su doble categoría, como resultado final de setecientos años de elaboración doctrinal y como gran tratado pionero de teoría política, elaborado en el siglo que presenció la primera madurez del pensamiento occidental.*

Se cierra nuestra introducción con unas páginas, más detalladas, sobre los grandes conceptos en torno a los que gira la reflexión de Juan de Salisbury: la comunidad social, como objeto de la acción política; la imagen del príncipe; la ley, pauta inexcusable de su gobierno; la tiranía como desvío, y, por fin, Roma, la clásica y la cristiana, símbolo del poder, de sus éxitos y sus aberraciones. Al concluir la lectura de Policraticus *es inevitable pensar en la distancia que nos separa de él, no sólo cronológica, sino también de criterios, modifica-*

dos y perfeccionados por siglos de cambio social, de experiencia política y reflexión doctrinal, pero, al mismo tiempo, se abre paso sin dificultad la idea de que no existe una ruptura vital absoluta entre su época y la nuestra. No es un libro extraño, sino lleno de elementos que forman todavía parte del bagaje cultural y del mundo de referencias ideológicas que continuamos utilizando los europeos, a veces con tan poca conciencia de su origen, de esas nuestras inexcusables raíces históricas, que es mejor conocer, aunque sólo sea para no tropezar tanto con lo que en ellas pueda haber de perturbador, a la hora de construir el futuro.

Sin el espíritu de iniciativa, las ideas y los consejos de mi buen amigo el profesor don José Manuel Pérez-Prendes no habría sido posible esta edición. Deseo agradecerle aquí cordialmente todos sus desvelos por la causa de Policraticus, *y recordar también la gratitud que debo a varios colegas británicos, cuyo amistoso interés me ha permitido disponer de muchos elementos bibliográficos inaccesibles de otro modo. Son el doctor Roger Highfield, de Merton College (Oxford), el doctor Angus Mac Kay, de la Universidad de Edinburgh, y el doctor John Edwards, de la de Birmingham, que han atendido con gran diligencia mis reiteradas e incluso abusivas demandas de información.*

El profesor doctor Christopher N. L. Brooke, de la Universidad de Cambridge, tuvo la gran amabilidad de leer el original de este texto y sugerir puntos de vista y correcciones que han sido muy útiles y me han proporcionado mayor seguridad, ya que él es máxima autoridad en esta materia, y, así, le expreso aquí mi reconocimiento sincero, ya que mi voluntad fue siempre que estas páginas introductorias hicieran honor, al menos, a los trabajos que su redacción ha causado a estos amigos y colegas historiadores cuyos nombres acabo de reseñar.

VIDA Y EPOCA

I. Primeros años

Juan de Salisbury nació en Old Sarum entre 1115 y 1120, aproximadamente. Esta imprecisión inicial sobre su vida se extiende a otros muchos aspectos de ella que conocemos, a menudo, a través de testimonios autobiográficos, recuerdos incluidos por él mismo en sus escritos y correspondencia. De su familia se sabe poco: su padre, acaso un comerciante o un clérigo de orden menor, aunque no hay evidencia de ello, no era noble, pero sí debía de tener ciertas relaciones con los medios eclesiásticos de la región. Su madre vivía aún en 1170, y sabemos que Juan tuvo un hermano, llamado Ricardo, que le acompañaría en su exilio entre 1166 y 1170, eclesiástico como él —residió en Exeter y fue canónigo regular de Merton, en Surrey—; un medio hermano, de nombre Roberto; un sobrino y, al menos, otro pariente mencionado en su correspondencia, llamado Ricardo también. Son, en resumen, muy pocas noticias, aunque suficientes para saber que nuestro personaje mantuvo vínculos con determinados grupos eclesiásticos, en especial con los cabildos catedralicios de Salisbury y Exeter, que conservaría siempre. Por lo demás, si Juan emerge del oceánico anonimato medieval es gracias a su obra escrita y a su categoría intelectual, no merced al conocimiento detallado de su vida: éste es un rasgo común a la mayoría de los personajes de aquellos tiempos cuyo nombre ha permanecido en la historia de la cultura[1].

[1] Las noticias biográficas están tomadas del conjunto de ediciones de fuentes y de la bibliografía que se menciona al término de este trabajo. La biografía más completa es la de C. C. J. Webb, *John of Salisbury (Great Medieval*

Old Sarum fue el antiguo emplazamiento de Salisbury, abandonado por otro nuevo, junto al Avon, en torno a 1230. Era una colina fortificada desde tiempos prehistóricos, donde, en la década de los años 1070, se instaló la sede episcopal de Dorset-Berkshire y Wilt shire, junto a un castillo y rodeada por algunas decenas de casas que constituían una ciudad más por su significado religioso y defensivo, que no por el tamaño o las funciones, con las mismas características que otras civitates *episcopales promovidas por la nueva dinastía normanda en los años de reorganización que siguieron a su asentamiento en el trono inglés. El viejo Salisbury era un pequeño mundo en el que dominaban las relaciones personales, tejidas en torno a la figura del obispo Roger, de su mujer, Matilde de Ramsbury, y de sus familiares y clientes: un hijo del obispo, Roger también, llegaría a ser canciller regio; dos sobrinos eran canónigo y arcediano de la sede, respectivamente, y pasarían más adelante a ser obispos de Ely y Lincoln, mientras que otro pariente, Azo de Ramsbury, sería, años después, deán. El obispo Roger era, pues, cabeza de una dinastía episcopal dentro de un ambiente eclesiástico que todavía no había sido alcanzado por los efectos de la reforma gregoriana, un alto eclesiástico que anudaba en torno a sí redes de patronato, a la vez eclesial y político, dentro del tejido gubernativo, mucho más amplio, en cuyo centro estaba el mismo rey, Enrique I (1100-1135), en los años iniciales de Juan de Salisbury*[2].

El valor, la necesidad ineludible misma de los vínculos de patronato debieron de ser aceptados por él como algo casi natural en la vida, y pesarían en su ánimo mucho más adelante, lejos ya del escenario y de las circunstancias de su niñez y adolescencia. En su transcurso, un clérigo comenzó a instruirle sobre la lectura y escritura

---

Churchmen), Londres, 1932 (2.ª ed.). Datos muy importantes en R. L. Poole, *Studies in Chronology and History,* Oxford, 1934, 223-286, donde recoge artículos anteriores sobre fases de la vida de Juan de Salisbury, y en su edición de la *Historia Pontificalis* (Oxford, 1927). También en la traducción y notas de esta obra, a cargo de M. Chibnall (Londres, Nelson's Medieval Texts, 1956), y en las introducciones a la edición de las cartas (1955-1979, 2 vols.). Noticias complementarias en D. Knowles, *The Evolution of Medieval Thought,* Londres, 1962, y en Chr. Brooke, *The Twelfth-Century Renaissance,* Londres, 1969.

[2] Sobre la Iglesia inglesa en aquella época los libros clásicos son los de H. Boehmer, *Kirche und Staat in England und in der Normandie im XI und XII Jahrhundert,* Leipzig, 1899, y Z. N. Brooke, *The English Church and the Papacy from the conquest to the reign of John,* Cambridge, 1931. A los que se debe añadir F. Barlow, *The English Church, 1066-1154: A history of the Anglo-Norman Church,* Londres, 1979. M. Brett, *The English Church under Henry I,* Oxford, y Edward J. Kealey, *Roger of Salisbury,* Berkeley, 1972.

latinas, utilizando como texto el Salterio, *lo que fue muy frecuente en la Edad Media; pero Juan recuerda a aquel su primer maestro más por sus aficiones a la magia y la nigromancia, que intentó imbuirle en vano. Es la única referencia sobre su infancia. Después, años de vacío total en nuestros conocimientos hasta 1136.*

II. París y Chartres: 1136-1147

En 1136, poco después de morir Enrique I, Juan de Salisbury pasó a Francia para continuar sus estudios, cosa que haría sin interrupción durante doce años, aunque no sabemos con qué medios económicos contó ni de qué apoyos y relaciones se sirvió para conseguirlo. Es evidente que las circunstancias políticas inglesas habían cambiado bruscamente, y que Juan no sintió aprecio, años después, por el gobierno del rey Esteban de Blois (1135-1154). Además, el obispo Roger murió en 1139, caído en desgracia a ojos del monarca. Pero, al margen de tales coyunturas, lo cierto es que, a lo largo de todo el siglo XII, hubo una relación intensa entre ambas orillas del Canal: «Las conexiones entre Inglaterra y los centros escolares de Francia —escribe Luscombe— fueron importantes, y muchos intelectuales y escritores o bien cruzaron el Canal hacia Francia, o bien se domiciliaron eventualmente en Inglaterra. Entre ellos, Achard de San Víctor, Adam de Balsham y de Petit Pont, Adelardo de Bath, Alejandro Neckham, Andrés de San Víctor, Bartolomé de Exeter, Daniel Morley, Ervisio de San Víctor, Gilberto Crispin, Gilberto el Universal, Gerardo de Wales, Juan de Cornwall, Lorenzo de Westminster, Ralph de Beauvais, Ricardo de San Víctor, Roberto de Melum, Roberto Pullen, Esteban Langton» [3].

La presencia de Juan de Salisbury en las escuelas del Norte de Francia no era, por tanto, excepcional, aunque sí lo llegó a ser la calidad del nuevo estudiante, que nos ha dejado, además, perfiles muy precisos de todos sus maestros en diversas partes y pasajes de sus escritos. Residió primero en París, donde aprendió dialéctica de Pedro Abelardo; después, de otro maestro llamado Alberico, y de su propio compatriota Roberto de Melum. La impresión formidable de las primeras enseñanzas recibidas de Abelardo es descrita así por el mismo Juan: «... contuli me ad Peripateticum Palatinum qui tunc in

[3] D. E. Luscombe, *The School of Peter Abelard*, Cambridge, 1969, p. 281. G. Stollberg, *Die soziale Stellung der intellektuellen Oberschicht im England des 12. Jahrhunderts*, Lübeck, 1973, sobre el contexto de la carrera profesional de Juan de Salisbury.

monte Sancte Genoveve clarus doctor et admirabilis omnibus presidebat. Ibi ad pedes eius prima artis huius rudimenta accepi et pro modulo ingenioli me quicquid excidebat ab ore eius tota mentis aviditate excipiebam» [4].

Según la opinión tradicional, en 1137 pasó a la Escuela de Chartres para estudiar artes. Allí aprendería gramática con el gran Guillermo de Conches; retórica, en la que le inició Thierry de Chartres, e incluso algo del quadrivium *con el maestro alemán Hardwin. También es posible, según hipótesis más recientes, que Juan aprendiera con los maestros chartrianos en el mismo París. En todo caso, en 1141 se hallaría de nuevo en esta ciudad, donde prosiguió estudios de Teología con Gilberto de la Porrée hasta que éste fue nombrado obispo de Poitiers en 1142; con el inglés Roberto Pullen, que alcanzó el cardenalato en 1144, y con Simón de Poissy. Al mismo tiempo, completaba sus estudios de retórica con Pedro Helias, comentador del retórico Prisciano, y los de filosofía con Adam du Petit Pont, que lo era de Aristóteles. Por aquellos años, Juan se mantenía, a su vez, dando clase y orientando la enseñanza, como tutor, de otros clérigos más jóvenes. Uno de ellos llegaría a ser su mejor y más continuo amigo, Pedro de Celle: a él le debió, ya hacia 1145, la asistencia de Teobaldo, primer conde de Champagne y hermano del rey inglés Esteban, y algunos trabajos y relaciones con la nobleza de la región de Provins, y en el mismo París, que le ayudaron a mantenerse cuando terminó definitivamente su época de estudiante, en torno a 1146.*

Antes de abordar el nuevo período en la vida de Juan de Salisbury, que se abre hacia 1148, conviene recapitular sobre las conexiones y resultados intelectuales que aquellos diez o doce años de estudio tuvieron para él. Sus estancias en París y Chartres le habían puesto en estrecho contacto con los centros más importantes del renacimiento intelectual que singulariza la historia del Occidente europeo en el siglo XII. En París había recibido una influencia profunda de la fuerte personalidad de Pedro Abelardo (1079-1142), que fue el mejor dialéctico de su época y una mente filosófica clara y profunda, hasta el extremo de inaugurar «una afición al rigor técnico y a la explicación exhaustiva, incluso en teología, que encontrará su expresión más completa en las síntesis doctrinales del siglo XIII». «Se podría decir —escribe Gilson— que Abelardo impuso un stan-

---

[4] *Metalogicon*, II, 10. Sobre Abelardo, vid. E. Gilson, *Héloïse et Abelard*, Paris, 1938, y V. Murray, *Abelard and St. Bernard. A study in twelfth century «modernism»*, Manchester, 1967.

dard *intelectual por debajo del cual ya no se querrá descender, en adelante.»* [5] *De los excesos del mismo Abelardo y de algunos seguidores suyos aprenderían también los límites de la dialéctica cuando dejaba de ser considerada como método para practicarse como fin en sí misma. También se familiarizó con Aristóteles, y tomó hacia él una afición que le llevaría a ser siempre uno de los primeros intelectuales en conocer y glosar las obras que por entonces se redescubrían del filósofo griego. Todo aquello le permitió tener una visión clara, e incluso ecléctica, de los grandes problemas y discusiones filosóficas entonces vigentes.*

Sin duda, París fue el centro más importante de sus estudios, pero con los maestros de Chartres se impregnó del espíritu humanístico de la famosa escuela: allí adquirió el amor a los clásicos latinos y perfiló su estilo, acaso el más perfecto y elegante de su tiempo. Allí, también, asumió el estilo intelectual que había inspirado al primer gran maestro chartriano, Bernardo (m. 1124 ó 1130), del que Juan recoge una frase muy conocida: «Somos como enanos sentados sobre los hombros de gigantes. Vemos, pues, más cosas que los antiguos y más alejadas, pero no por la penetración de nuestra vista o por nuestra mayor talla, sino porque nos levantan con su altura gigantesca» [6]*. En sus estudios de gramática y metafísica con Guillermo de Conches (1080-1145), Thierry de Chartres (m. antes de 1155) y, sobre todo, Gilberto de la Porrée (1076-1154), Juan aceptó el típico «platonismo de estilo compuesto» (Gilson) de la escuela, que mezclaba corrientes de pensamiento originadas en Platón, transformadas por Séneca, por Calcidio y otros neoplatónicos, cristianizadas por San Agustín, Boecio, el falso Dionisio Areopagita y el mismo Scoto Erígena. Aunque Juan siempre manifestó que platonismo y aristotelismo eran corrientes de pensamiento antagónicas en muchos puntos, fue, tal vez, el primer intelectual europeo que supo reflexionar a favor de ambas. Y, por fin, en Chartres obtuvo aquella primera visión positiva y valoradora de la Naturaleza y del mundo que consti-*

---

[5] E. Gilson, *La filosofía en la Edad Media,* Madrid, 1958, p. 274.

[6] Sobre la Escuela de Chartres, E. Gilson, *La filosofía...,* 243-261. A Clerval, *Les écoles de Chartres au Moyen-Age,* Paris, 1895 (repr. 1977). R. W. Southern, «Humanism and the School of Chartres», en *Medieval Humanism and other Studies,* Oxford, 1970, 61-85. G. Paré, A. Brunet y P. Tremblay, *La Renaissance du XIIe siècle. Les écoles et l'enseignement,* Paris, 1933. C. H. Haskins, *The Renaissance of the Twelfth Century,* Cambridge, 1924, y *Studies in the History of Mediaeval Science,* Cambridge, 1924 (sobre cuestiones cosmológicas). M. de Gandillac y E. Jeauneau, eds., *Entrétiens sur la Renaissance du XIIe siècle,* Paris, 1968. M. Davy, *Initation médiévale. La philosophie au douzième siècle,* Paris, 1980 (ensayo de interpretación de sus categorías y valores).

tuyó una de las grandes novedades intelectuales del siglo XII. Miembro ya, por su edad, de la generación siguiente a la de los grandes maestros chartrianos, Juan sintetiza en sus escritos lo mejor, aunque no lo más profundo, del espíritu de la escuela, lo incorpora con otras corrientes intelectuales, y nos lega una imagen de sus pensadores que es insustituible para el buen conocimiento de Chartres en su gran momento.

III. Roma y Canterbury: 1147-1161

Las actividades de Juan de Salisbury como hombre público y administrador de asuntos eclesiásticos comenzaron a perfilarse, de manera mal conocida, a partir de 1146. Ya dos años antes, su maestro inglés Roberto Pullen, una vez cardenal, le habría puesto en contacto con los cistercienses, y es posible que también se beneficiara de la protección de otro inglés, Nicolás Breakpear, nombrado cardenal en 1146 y futuro papa Adriano IV. Recientemente se ha demostrado que, ya en 1147, Juan estaba vinculado a la curia del arzobispo de Canterbury y primado de Inglaterra, Teobaldo. Las opiniones tradicionales, sin embargo, retrasan este contacto hasta la primavera de 1148, cuando Juan, como asistente al Concilio de Reims, que había convocado el papa Eugenio III, dispuso de una carta de presentación para el arzobispo Teobaldo, también presente en Reims, escrita por el propio Bernardo de Claraval. Hace algún tiempo se pensaba que por entonces, acaso desde 1147, la influencia de Roberto Pullen, primer canciller de Eugenio III, le había permitido ingresar como clericus *en la cancillería pontificia, y en aquel trabajo continuaría hasta la muerte del papa, a finales de 1153, o acaso sólo hasta mediados de 1152. Hoy se opina que ya desde 1147 estaba al servicio del arzobispo Teobaldo, pero, en todo caso, Juan permaneció largos períodos de tiempo en la Curia romana, y parece claro que hasta 1154 no regresó a Inglaterra con intenciones de permanecer, aunque se ha documentado un probable viaje suyo a la isla en el invierno de 1148-1149, acompañando al arzobispo Teobaldo*[7].

---

[7] A. Saltman, *Theobald, archbishop of Canterbury*, Londres, 1956. R. Foreville, *L'Eglise et la royauté en Angleterre sous Henri II Plantagenet (1154-1189)*, Paris, 1943 (fundamental). W. L. Warren, *Henry II*. Londres, 1973. E. Türk, «Nugae Curialium. Le règne de Henri II Plantagenet (1154-1189) et l'éthique politique», en *Hautes études médiévales et modernes*, 28, Ginebra, 1977.

Los años italianos quedarían reflejados, tiempo después, en su única obra historiográfica, la Historia Pontificalis. *En ellos adquirió una importante experiencia administrativa y se convirtió en uno de los pocos eclesiásticos ingleses capaces de moverse con soltura en los ambientes de la Curia papal. En ellos, también, viajó por dos veces a Apulia, en la Italia del Sur, tomó contacto más directo con la cultura griega y con las últimas traducciones de Aristóteles, tuvo ocasión de aumentar su sensibilidad hacia el arte clásico cuando, por ejemplo, asesoró en 1152 al obispo de Winchester, Enrique de Blois, hermano del rey Esteban, durante su visita a Roma, porque el obispo dedicó algún tiempo a adquirir estatuas antiguas para llevarlas consigo a Inglaterra y temía que los vendedores abusaran de su bolsa... Sí, sin duda el encanto de Italia y el rumor del gran centro informativo que era Roma recorren todas las páginas de la* Historia Pontificalis, *como más adelante tendremos ocasión de ver.*

Es seguro que, durante aquel tiempo, Juan de Salisbury aprendió muchos de los conocimientos de Derecho que manifiesta en su obra escrita. El Decreto *de Graciano, completado hacia 1140, debía de tener uso corriente en la Curia pontificia, pero es notorio que a nuestro autor le atraía más y conocía mejor el* Corpus Iuris Civilis, *en el que veía reflejado lo mejor de la ley natural. Ahora bien, aunque hubiera ya conocimientos anteriores de Derecho romano entre la clerecía inglesa, el primer romanista de nombre recordado que enseñó esta disciplina en Inglaterra fue Vacarius, que llegó a la isla mediada la década de los cuarenta, al servicio del arzobispo Teobaldo, actuó en su nombre en la Curia romana en 1149-1150, trabajó en Oxford poco después y se estableció, en la década de los sesenta, en York, junto al arzobispo Roger, antiguo archidiácono de Teobaldo. Es posible que bajo su influencia, en Roma y en Canterbury, progresase Juan de Salisbury en los estudios jurídicos.*

El fallecimiento de Eugenio III en 1153 y la subida al trono inglés de Enrique II un poco más adelante son los dos acontecimientos de carácter general que enmarcan el regreso de Juan a Inglaterra, acaso bien recomendado por su amigo Pedro de Celle, cuyas relaciones con miembros de la nobleza inglesa eran excelentes. En todo caso, las nuevas condiciones políticas inglesas eran mucho más favorables para los proyectos y la situación del arzobispo Teobaldo, que designó a Juan su secretario. Aunque el puesto no tenía mucho relieve social, era fundamental para los fines de la sede, y Juan, «familiar» y secretario del prelado, verdadero redactor de muchas de sus epístolas, pasaba a ocupar un observatorio excepcional para contemplar e incluso intervenir en la vida político-eclesiástica de su

país, como lo muestra la lectura de la colección de sus primeras cartas, que comienzan en torno a 1154 y se cierra precisamente en 1161, año en que murió el arzobispo.

Además, como hombre de confianza de Teobaldo, mantuvo sus contactos con Roma, ciudad a la que efectuó varios viajes mientras era papa Nicolás Breakpear (Adriano IV, diciembre de 1154-septiembre de 1159), antiguo compañero suyo de estudios. Tenemos noticias de tres: uno entre septiembre de 1155 y febrero de 1156, en que el papa otorgó la investidura del reino de Irlanda a Enrique II; otro en el invierno de 1156-1157, y de nuevo en el de 1158-1159, en misiones diplomáticas donde cada vez pesaba más el empeño de defender las posiciones de la sede de Canterbury frente a las intervenciones regias en asuntos eclesiásticos. Se ha sugerido, incluso, que Adriano IV consideró la posibilidad de nombrarle cardenal, pero murió antes de que el proyecto madurase, y, por entonces, consecuencia de su viaje de 1156-1157 a Roma, Juan había caído en el disfavor real, e incluso se vio apartado por algunos meses de su cargo de secretario arzobispal en 1159. Un año después, la tensión había cedido, pero, entre tanto, Juan dio forma definitiva a su obra principal (Entheticus, Metalogicon, Policraticus), *dedicándola a su amigo Thomas Becket, entonces canciller regio, además de arcediano de Canterbury. Debieron de ser meses de reflexión aquellos del verano, otoño e invierno de 1159, mientras, en Roma, Adriano IV era sucedido por Alejandro III (1159-1181), cuyo enfrentamiento con el emperador Federico I sería inmediato y paralelo, en gran medida, al que iba a oponer al rey inglés y al arzobispo de Canterbury desde 1164.*

Para comprender mejor el contexto concreto en que se produjeron los sucesos y escritos de 1159, su misma dedicatoria y, en parte, los acontecimientos futuros en que nuestro personaje iba a verse envuelto, es imprescindible conocer cuál era el papel que la sede de Canterbury jugaba en el panorama político y eclesiástico del reino inglés[8]*. Desde la instalación de la dinastía normanda, Canterbury, como sede primada, venía creando «una tradición... en el doble dominio de la especulación intelectual y la resistencia a lo arbitrario» (Foreville), entendiéndose esto último como defensa de las libertades y derechos de la Iglesia frente a las intervenciones del poder secular. Las tradiciones culturales habían sido fuertemente implantadas por los arzobispos Lanfranco (1070-1089) y Anselmo (1093-*

[8] Datos tomados de R. Foreville: «Naissance d'une conscience politique dans l'Angleterre du 12e siècle», en *Entrétiens sur la Renaissance du XIIe siècle,* 179-208.

1109), ambos priores previamente del monasterio normando de Bec, donde la práctica cultural tenía un arraigo mayor. Lanfranco era un italiano, de Pavía, sólido dialéctico y canonista, verdadero creador del primado de su sede cantobricense y difusor de la teoría de la primatura entendida como nivel de poder eclesiástico intermedio entre los metropolitanos y Roma. Anselmo, teólogo ante todo, añadió esta dimensión nueva a los estudios que se desarrollaban en la escuela claustral del priorato de Christ Church, anejo a la catedral, que Lanfranco había reorganizado.

Para ambos prelados, la «agricultura de Dios» en Inglaterra se realizaba con un arado tirado por dos bueyes: el rey y el primado. El primero, hacedor de justicia y garante de la paz; el segundo, mediante el magisterio de la doctrina divina. Ello explicaba que el arzobispo de Canterbury, fuera, también, el primer barón de la Corona, y que su sede tuviese unos dominios temporales muy extensos; pero, en caso de duda, debían prevalecer los intereses del primado sobre los del barón, y aquéllos eran claros: la defensa de la libertad para obrar según conciencia a la luz de la ley divina, en todos los planos: Deus et honestas mea..., Conscientia mea coram Deo... *Estas y otras frases semejantes serán empleadas por los primados cantobricenses en situaciones conflictivas frente a su propia realeza. Y la primera había sucedido ya, cuando Anselmo se enfrentó con los reyes Guillermo II y Enrique I al negarse a aceptar, por considerarlo arbitrario, que las* coutumes *feudales normandas, no escritas, introducidas en la isla prevaleciesen sobre los textos canónicos, considerados como expresión de la ley divina positiva, que garantizaba la* libertas *de la Iglesia. Tras aquel enfrentamiento conceptual latía una de las grandes y constantes pugnas dialécticas del Medievo europeo: la del choque o la coordinación entre los poderes eclesiástico y secular. En la Inglaterra de 1164 volvería a plantearse de nuevo con toda su crudeza.*

Pero, entre tanto, las realidades concretas habían cambiado en los diversos órdenes, especialmente por la salida y solución encontradas al conflicto a lo largo de la llamada reforma gregoriana. Y, en el caso inglés, por las circunstancias que atravesaron las relaciones Monarquía-Iglesia durante el reinado de Esteban, así como por la madura y duradera influencia del primado Teobaldo, también abad de Bec antes de ser arzobispo de Canterbury entre 1138 y 1161. La política eclesiástica del rey Esteban había tendido siempre a debilitar la posición del primado: un hermano del monarca, Enrique de Blois, obispo de Winchester, actuó en el reino como legado pontificio entre 1139 y 1143, e intentó que su sede fuera exenta con res-

pecto a la primacía de Canterbury. Por entonces hubo pretensiones de crear otra sede metropolitana en Gales, y el rey atizó los enfrentamientos entre York y Canterbury por la primacía, al par que desterraba en dos ocasiones a Teobaldo y le prohibía acudir, como a los demás obispos ingleses, al Concilio de Reims, en 1148, ante el que se presentó el prelado después de un viaje clandestino, provocando con ello la indignación del papa contra el monarca inglés. En aquellas circunstancias, el acceso al trono de Enrique II fue recibido por el alto clero como una promesa de liberación.

La actitud del arzobispo Teobaldo había sido, generalmente, muy serena. Pensaba que la reforma eclesiástica y la defensa de sus derechos se conseguían mejor con la paciencia y con la formación de buenos cuadros eclesiales que no con actitudes tajantes y discusiones violentas. De entre sus colaboradores surgieron varios obispos (Gilberto Foliot, de Hereford primero y luego de Londres; Roger de Pont l'Evêque, de York; Bartolomé, de Exeter; Walter, de Rochester; Juan, de Poitiers, y el mismo Thomas Becket, de Canterbury). Teobaldo acogió en su Corte a eclesiásticos formados en distintos centros continentales; acentuó la relación con Roma y las apelaciones a la jurisdicción de la Santa Sede, para defender mejor los derechos de su propia Iglesia; mejoró notablemente el funcionamiento de la cancillería arzobispal —aquí, sin duda, tuvo mucho que ver Juan de Salisbury—, y fue, en fin, el verdadero creador de la escuela episcopal, distinta a la claustral y destinada a formar a los clérigos de su Curia en artes liberales, derecho y teología antes de enviar a los más dotados para que ampliasen estudios en París o Bolonia. La escuela no se encuadraba en ninguno de los modelos entonces conocidos: Studium Generale, *especie de academia más que escuela episcopal, hija y heredera del hogar intelectual normando de Bec, importaba en ella, sobre todo, la relación continua maestro-estudiante, el coloquio del grupo formado, y mucho menos la creación de cauces institucionales. Acaso por ello no tuvo futuro, porque, tras la crisis de los años 1164-1170, casi todos sus miembros se dispersaron, antes de que el III Concilio de Letrán dictase los primeros reglamentos para escuelas episcopales. Aunque en época de los arzobispos Teobaldo y Thomas Becket la escuela aceptara la influencia de modelos continentales, sobre todo los parisienses, siempre fue un centro cultural de caracteres muy específicos. No cabe duda de que, en su seno o en contacto con él, desde 1147 o al menos desde 1154, en la conversación con la docena y media de maestros que lo formazan, alcanzaron su madurez muchas de las ideas que Juan de Salisbury iba o poner por escrito en 1159.*

Y también las del mismo Thomas Becket, protagonista del gran conflicto con Enrique II. Becket había estudiado Derecho civil y canónico en Auxerre y Bolonia, y seguramente trajo consigo a Inglaterra la doctrina del Decreto *de Graciano, que utilizaría en su pugna con el rey. Pero en 1159 nadie podía prever aquel futuro. Muy al contrario, Becket, como canciller de Enrique II desde 1154, se movía en las cumbres del poder, y, por eso,* Policraticus, *que es un libro de censura contra los abusos cortesanos y administrativos, se dirige al amigo que, por su posición dominante en la Corte, puede contribuir a evitarlos y, de paso, a congraciar al autor con su rey, e incluso a conseguir que éste modificara los nuevos rumbos que había tomado su política eclesiástica, al romper los años de buen gobierno e imponer al clero inglés una exacción extraordinaria para costear su campaña contra Toulouse en 1159. Veremos que* Policraticus *es, por encima de todo, un libro didáctico, encaminado a formar la moral del eclesiástico cortesano —Becket— para que, con su acción, restaure «la unidad del poder espiritual y del secular, y los conduzca en armonía con la ley eterna»* [9]. *Del mismo modo que Boecio escribiera su* Consolación de la Filosofía *encarcelado por su rey, Juan escribía* Policraticus *en la ira del suyo, y si es cierto que Becket no aceptó la lección en el acto, aunque sí ayudó a restaurar la posición de su amigo, acaso, con el paso de los años, las reflexiones del libro contribuirían también a la modificación, tan radical, de su postura.*

IV. Becket. Exilio y retorno: 1161-1176

Cuando murió el arzobispo Teobaldo, en abril de 1161, Juan fue uno de los ejecutores de su última voluntad, como también uno de los cinco comisionados para recibir el pallium *del nuevo arzobispo, Becket, de manos del papa Alejandro III (Montpellier, julio de 1162). En realidad, fue el único hombre importante de la Curia de Teobaldo que se mantuvo plenamente en funciones dentro de la de Becket, lo que le permitiría intervenir y observar de cerca dos formas muy distintas de gobierno eclesiástico, en lo que concierne al estilo personal. La actitud del nuevo prelado tendió, desde el comienzo, a realzar el prestigio y el poder de la sede y, en tal sentido, comenzó a promover la canonización de su antecesor en ella, Ansel-*

[9] H. Liebeschütz, *Mediaeval humanism in the life and writing of John of Salisbury*, Londres, 1950, p. 17. G. Constable, «The Alleged Disgrace of John of Salisbury in 1159», en *The English Historical Review*, 69 (1954).

código ético que prescribió en sus escritos» [11]. *De modo que sus lealtades estuvieron siempre muy claras, por ellas sufrió dificultades importantes y renunció, ya definitivamente, a promociones personales que, con otra postura, no le habría sido difícil conseguir en la misma Inglaterra. En los años de exilio buscó siempre, sinceramente, promover un arreglo que respetara el equilibrio entre poder regio y libertades eclesiásticas, mediante pactos concordados y escritos a partir del* status quo ante, *en un proyecto a la vez conservador y restaurador de los buenos derechos y costumbres, frente a la ambición política y el abuso administrativo. Es, en síntesis, el mismo principio que inspira todo el* Policraticus.

El forzado regreso a Francia avivó en Juan de Salisbury su simpatía hacia aquel país y hacia los muchos amigos que en él tenía. Aunque siempre inglés, y de Kent, era un francófilo declarado, y se encontró en Reims, su lugar habitual de residencia, como en casa, recordando los tiempos lejanos de su juventud estudiantil: «Verdaderamente Dios está en esta ciudad», escribía a Becket, en 1164, refiriéndose a París [12]. *Sentía intensamente la interrelación cultural, política y humana franco-inglesa, tan fuerte en la segunda mitad del siglo XII, y no ocultaba su simpatía hacia la persona y la política eclesiástica del rey galo, Luis VII. Por el contrario, el conflicto entre el emperador Federico I y el papa Alejandro III, que alcanzó su punto culminante por aquellos años, acentuó su antipatía cultural hacia el mundo alemán, doblándola con una hostilidad contra «el tirano teutónico», en expresión suya, que tan violentamente actuaba contra las ideas universales y eclesiásticas por él defendidas. Es probable que en su mente se estableciera un paralelismo entre los dos conflictos, el inglés y el imperial; pero diferenciaba claramente tanto el alcance de ambos como la calidad humana de sus protagonistas.*

A poco de llegar al continente, Juan se instaló en Reims, acogido por su amigo Pedro de Celle, entonces abad de Saint Remy, y allí permaneció habitualmente entre 1164 y 1170, disfrutando, gracias a su anfitrión, de una seguridad que había perdido, junto con sus rentas, al dejar Inglaterra. En sus momentos de tranquilidad redactó la Historia Pontificalis, *que dedicó a Pedro de Celle mismo, recordando tiempos seguramente más gratos para él; pero el grueso de sus esfuerzos se dedicó a la causa de Becket, destinatario además de muchas de sus cartas, aunque ignoramos la razón de que nunca, en aquellos años, residieran en la misma localidad, pues el arzobispo*

---

[11] Liebeschütz, *Medieval humanism*, pp. 105 y ss.

[12] Carta 136. La cita está tomada del *Génesis*, 28, 16, y añade otra de Ovidio: «qué feliz es el exilio en un lugar como éste».

vivió habitualmente en Pontigny y Sens. Reims era, sin lugar a dudas, un obsevatorio magnífico: aparte del valor que el mismo Pedro de Celle tenía, por sus relaciones con la alta nobleza francesa, Enrique, el arzobispo de la ciudad, era hermano de Luis VII, y las noticias de la Corte llegaban con rapidez. Además, Reims era un importante nudo de comunicaciones, lo que permitiría una relación continua tanto con Inglaterra e Italia como con la Alemania renana y el Poitou angevino.

Ya en los primeros meses de su estancia continental, Juan se entrevista con nobles flamencos, en especial con Felipe de Amiens, hijo del conde de Flandes, y con el mismo Luis VII, que prometió su apoyo a la causa de Becket siempre que ello fuera compatible con el mantenimiento de sus buenas relaciones con Enrique II, señor de importantes feudos en el reino francés. Por su parte, Becket, a poco de su llegada, había visitado en Sens a Alejandro III. El papa no podía comprometerse en un apoyo total a Becket, pues esto le habría privado de respaldo político en la disputa que él mismo sostenía contra Federico I y los antipapas que el emperador apoyaba. Contaban, además, los recelos de la Curia romana hacia Becket y el mal recuerdo de la excesiva anglofilia del anterior pontífice, Adriano IV, así como los apoyos eclesiásticos que Enrique II tenía dentro de Inglaterra, encabezados por el obispo de Londres, Gilberto Foliot[13]*. Así, en aquel primer momento, se buscó la vía de la moderación, impidiendo que Becket lanzase la excomunión contra Enrique II, y el interdicto sobre Inglaterra entera.*

El momento en que tal posibilidad estuvo a punto de realizarse fueron los primeros meses de 1166. En abril, el papa anunciaba el nombramiento de Becket como legado pontificio para Inglaterra, con excepción del arzobispado de York. En el mismo mes fracasaban sendas entrevistas entre Enrique II y Luis VII en Angers y Enrique mismo con representantes de Becket en Easter, en cuya preparación había intervenido Juan. Poco después, Becket, en el transcurso de su peregrinación a Vezelay, lanzaba diversas censuras contra los eclesiásticos que seguían el partido del rey inglés, y comenzaba una acre polémica escrita con Gilberto Foliot. Enrique II reaccionó en el

---

[13] Sobre la división de la Iglesia inglesa en aquel momento y sus líderes, vid. D. Knowles, *The Episcopal Colleages of Archbishop Thomas Becket*, Cambridge, 1951, y los excelentes trabajos de A. Morey y C. N. L. Brooke, *Gilbert Foliot and his Letters*, Cambridge, 1956, más su edición de *The Letters and Charters of Gilbert Foliot*, Cambridge, 1967. M. G. Cheney, *Roger, Bishop of Worcester 1164-1179: An English Bishop of the Age of Becket*, Oxford, 1980.

verano, enviando una embajada a Roma que consiguió el nombramiento de nuevos legados pontificios para Inglaterra: los cardenales Guillermo y Otto. Aquello limitaba las posibilidades de Becket y permitía un aplazamiento de la cuestión inglesa, precisamente cuando el papa se enfrentaba al momento más agudo de su pugna con Federico I. Juan estaba bien informado de aquellos asuntos gracias a su antiguo discípulo Gerardo Pucelle, que residió en Colonia durante el verano de 1166 y tomó incluso partido a favor de las posturas imperiales, sostenidas por su anfitrión, el arzobispo de la ciudad y canciller imperial Rainaldo de Dassel.

Y así sucedió que los dos cardenales legados no llegaron a Normandía ni se entrevistaron con Becket hasta noviembre de 1167. Mientras tanto, el ejército imperial había sido víctima de una epidemia en Italia durante el verano anterior, en la que falleció Dassel; en diciembre se formaba la Liga Lombarda, y en marzo de 1168 Federico I volvía a cruzar los Alpes hacia Alemania, con lo que la posición de Alejandro III se aseguraba notablemente. Tras la misión informativa de los legados Otto y Guillermo, el papa continuó enviando con regularidad nuevos intermediarios negociadores. En la misma primavera de 1168 fueron dos cartujos, amigos de Juan de Salisbury, y un monje de Grandmont, que consiguieron, por vez primera, reunir a los reyes de Inglaterra y Francia y a Becket en una entrevista (Montmirail, enero de 1169), aunque fracasada. Becket no se avino a un nuevo encuentro previsto en Tours, a finales de febrero, y extremó su actitud excomulgando a Gilberto Foliot y a otros eclesiásticos seguidores del rey, antes que llegasen los nuevos mediadores que el papa había nombrado: el notario apostólico Graciano y el arcediano de Orvieto, llamado Viviano. Juan los encontraría en julio de 1169, durante la gran peregrinación anual a la iglesia de Santa María Magdalena de Vezelay, tal vez por casualidad. Los enviados pontificios traían orden de lanzar y administrar un interdicto sobre los dominios continentales de Enrique II si éste no se avenía a un acuerdo satisfactorio, y consiguieron varias entrevistas con él en septiembre y noviembre, pero el monarca no estaba dispuesto a suspender la aplicación de las constituciones de Clarendon, aunque sí a pactar, salva dignitate regni sui, *y Becket, desde su refugio de Sens, mantenía su postura matizada de promover la reconciliación* salvo ordine nostro, *es decir, manteniendo el ejercicio de las libertades y la superioridad moral inherentes al estado eclesiástico.*

Pero el tiempo no había pasado en vano, y el acuerdo parecía mucho más posible que tres años atrás. Lo llevaron a su madurez,

al año siguiente, nuevos mediadores pontificios, en este caso el arzobispo de Rouen y el obispo de Nevers. Becket y Enrique II se reunían y reconciliaban en Fréteval (22 de julio de 1170), y el acuerdo formal se establecía, con la presencia de Luis VII, unos meses más tarde en Blois y Amboise (12 y 13 de octubre). El camino para el retorno del prelado a Inglaterra estaba expedito, y Juan, que tanto había luchado por conseguirlo, se dispuso a recorrerlo precediendo a su arzobispo.

En su imaginación y en sus cartas lo había recorrido ya numerosas veces, porque siempre debió de sentirse mal lejos de su patria y de tantos amigos. Durante los años de residencia en Francia había mantenido regularmente contacto con algunos, sobre todo con Juan de Canterbury, llamado «aux Bellesmains» o Fairhands, obispo de Poitiers entre 1162 y 1182[14]*, con Bartolomé, obispo de Exeter, y con miembros del cabildo catedralicio de aquella ciudad, donde vivían su madre y su hermano Ricardo*[15]*. Salvando su fidelidad y sus ideas, aquel desgarro hubo de resultarle muy penoso. Tanto las primeras como el segundo se habían manifestado, por ejemplo, en las epístolas que dirigió a Baldwin, arcediano de Totnes, en la diócesis de Exeter, a diversos miembros de lo que Webb denominó «grupo de Canterbury», o en la que escribió hacia 1165 a Nicolás de Sigillo, nombrado arcediano de Huntingdon, previniéndole sobre los peligros del poder y la codicia en relación con la rectitud de la vida eclesiástica*[16]*. De manera que avisó sin tardanza a los monjes de Christ Church, para que preparasen el recibimiento de Becket en Canterbury; viajó allí y representó al arzobispo en el Sínodo tenido el 18 de noviembre; intentó, sin éxito, ser recibido por el príncipe heredero, que no tenía muchas seguridades sobre la fiabilidad de la reconciliación, y estuvo presente cuando Thomas Becket entró de nuevo en su sede, el 2 de diciembre del año de 1170.*

Los acontecimientos inmediatos marcaron de nuevo con su intenso dramatismo la vida y los escritos de Juan. Es muy conocido cómo, a pesar del acuerdo logrado, Becket fue asesinado junto al altar de su propia catedral el 29 de diciembre, a manos de unos caballeros sugestionados por algunas opiniones, sentidas pero poco meditadas, que el rey expresó en la intimidad de su casa. Juan fue

---

[14] P. Pouzet, *L'anglais Jean dit Bellesmains (1122-1204?), évêque de Poitiers, puis archévêque de Lyon (1162-1182, 1182-1193)*, Lyon, 1927.

[15] A. Morey, *Bartholomew of Exeter. Bishop and Canonist*, Cambridge, 1937.

[16] Carta 140.

testigo presencial e inmediato de aquel desastre, que se constituyó, también, en el supremo triunfo del prelado, y lo relató en una carta al obispo Juan de Poitiers, clave para comprender el aspecto martirial de la muerte de Becket:

> El mártir entró en la catedral, ante el altar de Cristo, como hemos dicho, listo para sufrir. La hora del sacrificio había llegado. Cuando oyó que era requerido por los caballeros que venían hacia allí, en medio de la multitud de clérigos y monjes, gritando: «¿Dónde está el arzobispo?», se aproximó a ellos por las escaleras, que subió en parte, diciendo con actitud serena: «Aquí estoy, ¿qué queréis?» Uno de los caballeros asesinos llegó hasta él, airado: «Que mueras ahora, pues es imposible que continúes viviendo.» Respondió el arzobispo, con serenidad de palabra y de espíritu: «Estoy dispuesto a morir por mi Dios, por el mantenimiento de la justicia y por la libertad de mi iglesia. Pero, si buscáis mi cabeza, os prohíbo, en nombre de Dios omnipotente y bajo anatema, que hagáis daño a ningún otro, monje, clérigo o laico, mayor o menor, sino que estén libres de pena, como estuvieron fuera de la disputa: es a mí, y no a ellos, al que se debe achacar que hayan apoyado a la Iglesia en sus turbaciones. Acepto la muerte con tranquilidad, si la Iglesia, con la efusión de mi sangre, consigue paz y libertad...» [17].

Incluso entonces, Juan de Salisbury quiso recomendar la prudencia antes que el heroísmo, en los momentos que precedieron a la tragedia, cuando el arzobispo, antes de entrar en el templo, conocía ya las intenciones de los caballeros:

> Uno de sus clérigos, el maestro Juan de Salisbury, hombre sabio, de gran elocuencia y profundo conocimiento, y, lo que es más, hondamente penetrado por la fe y el amor de Dios, le preguntó entonces: «Mi señor, es cosa extraña que no quieras tomar consejo de nadie, sino decir y hacer siempre lo que te parece bien a ti. ¿Qué necesidad hay de que un hombre grande y bueno, como tú, exaspere a esos sicarios levantándose del asiento y siguiéndolos a la puerta? Acaso pueda hacerse algo mejor, después de tomar consejo de los presentes... Vamos a morir todos.» [*Responde el arzobispo*]: «No hemos de apartarnos del camino recto por miedo a la muerte. Yo estoy más dispuesto a recibirla por el amor de Dios y de la justicia que

[17] Carta 305, comienzos de 1171.

ellos a infligirla.» «Nosotros —contestó Juan— somos pecadores y no estamos preparados para morir. No veo aquí a nadie que quiera morir por el gusto de morir, salvo a ti.» A lo que tomás replicó: «Hágase la voluntad de Dios» [18].

Una vez consumados los hechos, Juan empleó todos los recursos en que era hábil y capaz para promover la canonización del arzobispo asesinado y mostrar su muerte como argumento extremo y heroico en defensa de las ideas que ambos habían siempre defendido, porque pudo permanecer en Canterbury y escribió una pieza hagiológica que fue clave para la canonización de Becket (21 de febrero de 1173), cuya muerte había sido la causa de la victoria frente a Enrique II. «Cada uno de ellos tenía una causa que defender, y ambos cometieron faltas —escribe Knowles—, pero no cabe duda de que el propósito de Enrique era controlar a sus obispos de una forma incompatible con el Derecho canónico y el principio de la libertad de la Iglesia, ni de que Tomás, en última instancia, murió mártir de la libertad del poder espiritual.» Y, así, «una vez canonizado santo Thomás Becket, su causa resultó victoriosa en lo que tocaba al derecho de los sacerdotes para ser juzgados y condenados, en su caso, por tribunales eclesiásticos... Pero en este punto, como en tantos otros, se llegaría más adelante a una posición de compromiso» [19]. *Ya en mayo de 1172, Enrique II se había reconciliado a través de los delegados pontificios Alberto y Theoduino, y en junio de 1173, Ricardo, prior de Dover, sucedía a Becket, al ser elegido para la sede de Canterbury, y consagraba, a su vez, a otros obispos ingleses electos, después de su propia consagración en abril de 1174.*

Juan no era hostil al nuevo prelado, que antaño fuera capellán del arzobispo Teobaldo, pero tampoco especial partidario suyo, e incluso habría preferido como arzobispo a Otón de Canterbury. Por entonces, su subsistencia estaba asegurada, al haber sido designado canónigo y tesorero del cabildo de Exeter, donde residía más habitualmente que en Canterbury. Su carrera eclesiástica parecía haber llegado a término: ni se le propuso para ninguna sede inglesa, ni acaso él mismo podría haber aceptado, después de su protagonismo en los sucesos anteriores. Empleó su tiempo en recopilar la correspondencia de los años pasados, y en servir a su Iglesia como consejero de causas legales, en especial apelaciones a Roma, entonces, como siempre, centro de su mundo espiritual.

---

[18] Webb, *John of Salisbury...*, 116-117, tomado de *Materials...* (Ed. Robertson), III, 134 y IV, 74.

[19] D. Knowles, *Nouvelle Histoire de l'Eglise*, 2, 244-245 (París, 1968).

V. Epílogo en Chartres

Y, así las cosas, sin que conozcamos las circunstancias previas, nuestro hombre recibió, el 22 de julio de 1176, la noticia de su elección como obispo de Chartres, inspirada por el anterior prelado, Guillermo, que pasaba a la sede arzobispal de Sens, y por el mismo rey de Francia, Luis VII. Juan aceptó y fue consagrado por el arzobispo de París, Mauricio, el 8 de agosto. Volvía a Francia, a la tierra de sus estudios juveniles, cargado de años y de recuerdos, a recibir en otra tierra, que no le era extraña, lo que la vida le negó en su propio país. Posiblemente, Luis VII quiso honrar, a través de su persona, la memoria de Becket, y no dejar que cayese en el olvido un hombre que era casi tanto de Francia como de Inglaterra, aunque sobre todo de la Iglesia. En aquellos años postreros, Juan todavía actuó certeramente: en septiembre de 1177 estuvo presente en la paz establecida por los monarcas de Inglaterra y Francia, y en 1179 participaba junto con otros prelados en los preparativos del III Concilio de Letrán. Pero, antes de acudir a él, le sobrevino la muerte, el 25 de octubre de 1180. Legó a la catedral buena parte de su biblioteca y una ampolla con sangre de Becket: reflexión y pasión, hasta el final. Le sucedió en la sede Pedro de Celle: la amistad y el recuerdo, más allá del final. Su cuerpo fue sacado por la Puerta Real del recinto catedralicio y reposó en la iglesia de Santa María, extramuros de la ciudad[20].

---

[20] La Puerta Real ofrecía entonces el mismo aspecto que en la actualidad. Las obras de la gran catedral gótica dieron comienzo en 1191. Una nota necrológica titulada «Elogium Johannis Saresberiensis episcopum carnotensis», en *Necrologium Carnotense* (*Gallia Christiana*, VIII, 1148-1149), incluido, en mejor edición, en *Obituaires de la Province de Sens*, II. La tumba de Juan de Salisbury se conserva aún hoy en las ruinas de la abadía de Sainte-Marie-de-Josaphat, en las afueras de Chartres, según referencia que me envía el profesor Brooke.

LOS ESCRITOS

Cuantos se han acercado a la obra escrita de Juan de Salisbury aprecian, a la vez, su calidad literaria y su valor informativo. Para Knowles fue «el intelectual y estilista más completo de su tiempo», una especie de «Erasmo del siglo XII», y su obra, una «mina de información sobre personalidades y doctrinas» [1]. *Gilson, al encuadrarlo en la gran época creadora de Chartres, le describe como «la aparición más singular, quizá, y la manifestación más típica de aquella cultura tan refinada, de aquella especulación tan libre, que tendía a desarrollarse y a profundizar en su propio beneficio», y estima que sus obras «no desmerecen de la época del Renacimiento ni por la calidad de su estilo ni por la delicadeza del espíritu que las inspira»* [2]. *Es cierto que en aquel modelo del intelectual del siglo XII se aprecian más la finura y el sentido de la medida que no la genialidad o la novedad absoluta de sus escritos. Porque, y ésta es otra característica importante, Juan de Salisbury no escribía en abstracto sino para influenciar decisiones concretas: hubo una conexión estrecha entre sus escritos y su vida, y concibió a los primeros como el mejor medio para expresar su criterio sobre las circunstancias concretas en que le correspondió actuar. En conjunto, se le puede considerar como uno de los hombres más letrados y sabios del siglo XII, dotado de un sentido común, de una moderación de criterio y de un gusto humanista excepcionales.*

---

[1] D. Knowles, *The Evolution...*, pp. 135-140.
[2] E. Gilson, *La Filosofía...*, p. 257.

Juan destacó notablemente en el conocimiento y empleo de los autores antiguos, aunque de una manera típicamente medieval, entendiéndolos como materiales para alimentar y construir un pensamiento peculiar, impregnado por su fe cristiana y eclesiástica, lo que no quiere decir que no apreciara el valor y la belleza literarios y filosóficos de aquellos autores, pero sí que los citaba y utilizaba, incluso caprichosamente, según sus propias intenciones, no las que aquéllos tuvieran originalmente. Esto era común en su época, pero, en cambio, la abundancia en el uso y la cita, la riqueza de los conocimientos sobre las auctoritates *latinas, es algo singular de Juan de Salisbury.*

Como la inmensa mayoría de los intelectuales europeos del Medievo, no sabía griego suficiente para leer textos en aquella lengua, pero pudo beneficiarse de las numerosas traducciones que por entonces se hacían al latín, y de las que ya estaban disponibles desde hacía siglos. Webb, en sus ediciones críticas de Policraticus *y* Metalogicon, *Liebeschütz, Janet Martin, Munk-Olsen y los editores de las cartas de Juan han perfilado totalmente la cuestión. Juan de Salisbury conocía y utilizaba, de entre los autores griegos, el* Timeo *de Platón, los* Comentarios *de Calcidio, la* Isagoge *o introducción de Porfirio a las* Categorías *de Aristóteles, y el conjunto del* Organon *lógico de este autor, que terminó de traducirse hacia 1150. Citaba a Hipócrates, Galeno, Diógenes Laercio, Josefo y, entre los cristianos, a Orígenes, Basilio, Gregorio Nacianceno y el falso Dionisio Areopagita.*

Su familiaridad con las letras latinas era, naturalmente, mucho mayor, aunque, a veces, a través de textos incompletos. Cicerón fue uno de sus modelos literarios preferidos, y también Salustio, los dos Sénecas (entre los que tal vez no distinguía), Valerio Máximo, Frontino, Plinio el Viejo, Petronio (del que conoció alguna obra posteriormente ignorada), Quintiliano, Suetonio, Floro, Aulo Gelio, Apuleyo, Solino, Justino, Eutropio y, entre los poetas, Terencio, Publio Syro, Virgilio, Ovidio, Horacio, Stacio, Lucano, Persio, Marcial, Juvenal, Ausonio, Claudiano, más los textos gramáticos de Donato y Prisciliano, la agronomía de Palladio, el arte militar de Vegecio, el tratado de Marciano Capella sobre las artes liberales, los Saturnalia *de Macrobio, las máximas morales atribuidas a Catón, e incluso Plauto, a través de su imitador Querolo. Y, desde luego, la Biblia y los Padres latinos de la Iglesia, con Boecio, Sidonio Apolinar, Casiodoro, Isidoro de Sevilla, Beda y Alcuino eran fuente de su inspiración, amén de sus maestros y coetáneos del siglo XII. En resumen, toda la masa de autores y*

escritos bíblicos, latinos y patrísticos utilizable entonces fue conocida y en gran medida asimilada por Juan de Salisbury en su pensamiento, por lo que en modo alguno son exagerados ni el aprecio ni los calificativos que hemos situado al comienzo de este capítulo, aunque es posible matizarlo, apelando al análisis concreto de cada una de sus obras, y teniendo presente que citaba a varios de los autores enumerados por referencia, sin haberlos leído directamente.

I. La correspondencia

Las cartas de Juan se integran en dos colecciones de características diferentes. La primera, formada por 135 piezas, abarca los años 1154 a 1161, hasta la muerte del arzobispo Teobaldo, y fue compilada por el propio autor desde comienzos de 1160. Algunas de tales cartas, además, corren a nombre del propio arzobispo, aunque las redactó Juan mismo. La segunda colección cubre los años 1164 a 1174, salvo un par de ellas que son posteriores, y eleva el número total de cartas conservadas a 325.

El arte de redactar cartas latinas estuvo muy desarrollado en el siglo XII, sobre todo en Francia e Inglaterra[3]*. Hubo algunas, como las de Arnulfo de Lisieux o Pedro de Blois, destinadas desde un principio a ser difundidas en colección. No así las de Juan de Salisbury, aunque muchas de la segunda época se incluyeron en las series de pruebas y materiales en torno a la canonización de Becket. En todo caso, era una actividad literaria que se desarrollaba cara a la galería y, aun participando de la artificiosidad culta del momento y del género, y del abuso de los tópicos y referencias a los clásicos, las epístolas de Juan son un modelo de buen estilo latino, claramente ciceroniano, de pensamiento agudo, capaz de interesarse por las emociones humanas y de expresarlas con notable criterio y precisión en el dibujo de retratos y ejemplos.*

Son, además, fuente de primer orden para conocer aspectos de la vida y amistades de su autor. Sin ánimo de agotar el tema, señalemos entre sus destinatarios a diversos familiares, a su amigo Pedro de Celle, a clérigos de la sede de Canterbury y del monasterio de Christ Chuch (en especial el mismo Becket), a otros diversos obispos y eclesiásticos salidos del círculo cantobricense, pero

---

[3] Sobre las colecciones de cartas del siglo XII, v. G. Constable, *The Letters of Peter the Venerable*, Cambridge, 1967.

también a los papas Adriano IV y Alejandro III y a diversos altos eclesiásticos y nobles franceses.

II. «Historia Pontificalis»

La Historia Pontificalis *no fue compuesta hasta 1164, o tal vez uno o dos años después, en Reims, pero en ella se recogen notas, recuerdos y experiencias de los años romanos de Juan, entre 1148 y 1152. Incluso es posible que algunos capítulos fueran escritos años antes de la definitiva redacción de 1164. En todo caso, como en otras obras del autor, destaca lo vívido del relato, el valor testimonial e incluso biográfico, junto con la ausencia de criterio para exponer con claridad, aunque a menudo se sugiera más de lo que expresamente se dice. Abundan las digresiones y alusiones marginales, e incluso un par de capítulos completos se dedican a exponer las doctrinas teológicas de Gilberto de la Porrée sobre la Trinidad, al hilo de la discusión de las mismas que tuvo lugar en el Concilio de Reims de 1148.*

Juan, que sólo fue historiador ocasional[4]*, escribía en un tiempo en el que la Historia, aunque no estuviese incluida en los programas habituales de estudio, se redactaba ya de manera mucho más completa y profunda que en siglos anteriores: hubo también, en el siglo XII, un auténtico renacimiento de la historiografía europea en el marco de la concepción eclesiástica global de la Historia*[5]*, que el mismo Juan describe en su preámbulo al afirmar que los fines de aquel género literario eran mostrar el plan de Dios sobre el mundo, proporcionar ejemplos morales y proveer de precedentes para asegurar o defender libertades eclesiásticas.*

El libro está concebido como una continuación de la crónica eclesiástica de Sigeberto de Gembloux, que se había detenido en 1148, y al que Juan reprocha su excesiva germanofilia y el olvido en que dejó otros aspectos de la época narrada en su obra. El, sin embargo, tampoco pretendió abarcar la totalidad: en la Historia Pontificalis *se narran aspectos de la historia europea durante y después de la segunda cruzada, «vistos desde el ángulo de un inglés que vive en la Corte pontificia»*[6]*, dedicado a escribir*

---

[4] Recordemos, sin embargo, que hay pasajes historiográficos en su correspondencia, en *Policraticus* y, sobre todo, al final de *Metalogicon*, donde se efectúa un elogio de Adriano IV y un relato de los sucesos ingleses en torno a 1159.

[5] M. D. Chenu, *La Théologie au XIIe siècle*, Paris, 1957, p. 63.

[6] M. Chibnall, *Historia Pontificalis*, intr., XVII.

sobre lo que ha visto o le han relatado testigos fiables. No hay en la obra plan de conjunto, y el escrito padece, como ya se ha indicado, de un carácter desigual, de un discurso poco claro, pero en la redacción de cada episodio concreto hay gran madurez y belleza literaria, que recuerda a veces a Suetonio, y una imparcialidad de juicio —apenas hay valoraciones sobre el carácter o intención de los personajes— que sugiere el paso de cierto tiempo entre los hechos recordados y la redacción.

El valor de la obra como fuente histórica es grande en varios puntos que, de otro modo, habrían caído en el olvido o se conocerían muy parcialmente. Comienza con el relato del Concilio de Reims, en 1148; añade datos sobre las respectivas personalidades de Eugenio III, Bernardo de Claraval y Gilberto de la Porrée; describe cuestiones de política eclesiástica general, y especialmente de la Inglaterra del rey Esteban. Alude a diversos aspectos de la segunda cruzada, en especial el regreso del rey de Francia, a través de Italia, en el verano de 1149. Incluye un retrato muy agudo de Arnaldo de Brescia, dirigente de la revuelta comunal romana de 1143, al que acaso conoció personalmente, y recuerdos sobre la estancia en Roma de Enrique de Blois, hermano del rey inglés, o sobre los problemas matrimoniales del conde Hugo, de Apulia, y la solución dada por Eugenio III, que, años antes, en el Concilio de Reims, se había preocupado por fijar con mayor precisión los impedimentos y anulaciones por razón de parentesco, a los que reyes y aristócratas apelaban con demasiada libertad. Acaso faltan en los manuscritos conservados las páginas finales, porque la intención de Juan de Salisbury fue cubrir con su escrito todo el pontificado de Eugenio III, y, sin embargo, lo concluye un año antes; pero el mismo carácter informal y poco ordenado de la obra impiden constatar el grado de probabilidad de esta hipótesis o de su contraria, a saber, que el autor dejase inconcluso el trabajo.

III. «Entheticus»

Hasta ahora hemos considerado la producción escrita epistolar, dispersa en el tiempo, y una obra, como es la Historia Pontificalis, *llena de interés, pero hasta cierto punto marginal. Ha llegado el momento de conocer las circunstancias y características globales de los principales escritos de Juan de Salisbury, que vieron la luz en 1159. Tal vez, el mejor punto de partida para comprender su génesis sea analizar el largo poema métrico titulado*

Entheticus, *que Juan compuso siguiendo el modelo del introductorio a los* Tristia *de Ovidio.* Entheticus de dogmate philosophorum [7], *que tal es su título completo, es, en su versión extensa de 852 versos en metro elegíaco, una obra dedicada a Becket, llena de referencias biográficas, de alusiones a miembros del grupo de Canterbury y a sucesos y personas ingleses de los tiempos del rey Esteban, enmascarados bajo nombres que Juan tomó de la comedia romana, lo que ha llevado a pensar que ya estaba redactado en el otoño de 1158, o acaso algo antes, a mediados de los años cincuenta, como preámbulo a* Metalogicon *y* Policraticus, *que Juan, en ese momento, concebiría a modo de partes de una misma y extensísima obra destinada a la instrucción y consejo de Thomas Becket en sus altas funciones cortesanas. Desde luego, al margen de la sátira sobre sucesos recientes, la intención del poema es enumerar las ventajas del aprendizaje de la lógica, gramática y retórica, lo que le vincula claramente a* Metalogicon, *y resumir las doctrinas de antiguos filósofos y escritores, tema que se desarrollaría en los libros séptimo y octavo de* Policraticus. *Sería, así considerado, un programa a desarrollar posteriormente. Pero las circunstancias de 1159 hicieron que el plan se modificara: la obra primitiva se dividió en dos, y el* Entheticus *mismo, en una versión muy reducida y descargada de su parte dedicada a la sátira de acontecimientos próximos, se incluyó como introducción y dedicatoria de* Policraticus, *acaso con el mismo significado simbólico que el poema modelo de Ovidio, al que el escritor romano dio vida como si fuera un mensajero destinado a rogar, para su autor, el regreso a casa desde el destierro y la vuelta al favor político de Augusto.*

IV. «METALOGICON»

Este extenso tratado sobre los estudios lógicos, como su título indica, fue escrito en defensa de las artes liberales, en especial el trivium, *y muestra la necesidad de estudiarlas con detenimiento y en profundidad, al modo de Chartres, en contra de lo que opinaban los partidarios de una enseñanza rápida y parcial, con miras utilitarias, a cuyo frente sitúa Juan a un llamado Cornificius, nombre tomado del supuesto detractor de Virgilio y de las artes li-*

[7] *Entheticus,* acaso derivado de *Nutheticus,* es decir, libro de consejos o de instrucciones.

berales que cita Donato en su Vita Vergilii. *La querella contra los cornificienses, especie de sofistas del siglo XII, había ocupado ya a otros chartrianos, empeñados en promover una enseñanza humanística de calidad, pero, al mismo tiempo, vinculada a los grandes problemas de la vida, donde sus resultados habían de tener uso práctico. En el otro extremo, Juan rechaza también la actitud de los maestros que abruman con problemas innecesarios a sus estudiantes o no saben graduar las dificultades del aprendizaje.* Metalogicon *se propone, pues, como un tratado sobre la educación en general, sobre la forma mejor de conseguirla y de proporcionar a la persona «la formación intelectual y moral completa de un hombre recto y capaz de expresarse bien»* [8], *según el antiguo modelo cultural de la* eloquentia *contenido en Cicerón y Quintiliano. La obra es, como ha escrito McGarry, un clásico de la teoría educativa, acaso la mejor que se escribió en su tiempo sobre las bases teóricas de un proyecto docente global, junto con el* Didascalicon *de Hugo de San Víctor.*

El libro primero está dedicado a las dos artes propedéuticas, previas al estudio de la lógica, es decir, la gramática y la retórica, tan descuidadas en aprendizajes parciales o utilitarios que no consideraban la importancia de saber escribir, componer, hablar en público con corrección. En el libro segundo comienza el estudio de la lógica, considerada no sólo como ciencia del razonamiento, que permite la investigación de la verdad, sino como psicología del conocimiento mismo a través de las facultades humanas de sensación, imaginación, razón e intuición, que producen diversos grados del conocer encaminados siempre a alcanzar la verdad, «luz del pensamiento y objeto propio de la razón», para lo que la lógica, único instrumento capaz de detectar el error, es imprescindible.

Nuestro autor distingue, siguiendo a Aristóteles, tres tipos de razonamiento: el probable, el demostrativo y el sofístico. El segundo es el más valioso, porque permite la discusión sobre bases seguras en cualquier ámbito del estudio y, en su forma plena, está vinculado a la matemática; pero no se debe acceder a su estudio sin antes dominar la dialéctica, arte del razonamiento probable, cuyo rango universal no la hace superior a otras actividades de la mente, sino sólo su apoyo, como método imprescindible. De ahí la crítica que dirige, en un conocido capítulo autobiográfico, contra algunos seguidores de Abelardo, encastillados so-

---

[8] E. Gilson, *La Filosofía...*, p. 257.

berbiamente en el planteamiento de cuestiones y suposiciones extravagantes y poseídos del valor de la lógica como fin en sí misma.

De ahí, también, la posición moderada de Juan de Salisbury ante la «intemperancia especulativa» [9] *de muchos contemporáneos suyos. La conocemos bien gracias a* Metalogicon *y a varios capítulos del libro séptimo de* Policraticus. *El se declara «académico», como Cicerón, y admite que, junto a verdades adquiridas, hay un ámbito propio para la probabilidad y la controversia, en el que conviene reservar el juicio y no adoptar actitudes dogmáticas, conocer las posturas diversas, por supuesto, porque la ignorancia es la peor forma de dogmatismo, y abrir así nuevas puertas a la libertad del espíritu propio, pero sin dejarse encadenar por discusiones y reflexiones interminables. Su exposición de las distintas opiniones en torno al entonces candente problema de los llamados «universales» es de gran interés para el estudioso del pensamiento medieval y, sobre todo, es el mejor ejemplo de cuál era la actitud personal de Juan ante aquel tipo de cuestiones, de su certeza misma sobre la necesidad de aceptar límites, aunque fueran provisionales, a la capacidad cognoscitiva de la razón humana: no dejó de expresar su opinión, moderadamente nominalista y pro-aristotélica, que sería apreciada en la baja Edad Media, pero aseguró que en la discusión de aquel problema «... el mundo se ha hecho viejo; se ha dedicado a esa empresa más tiempo del requerido por los césares para conquistar y gobernar el mundo». Opinión nada frívola, porque, además, no se debe olvidar que Juan se preocupó mucho más por las cuestiones del* trivium *y por la ética que no de la metafísica.*

Metalogicon *es la mejor fuente para conocer el grado que habían alcanzado los estudios de lógica a mediados del siglo XII, y muestra a Juan de Salisbury como el primer intelectual europeo que conoció y glosó el* Organon *aristotélico completo, en los libros tercero y cuarto de su obra. Después de valorar el comentario o* Isagoge *de Porfirio a la lógica aristotélica como una simple y elemental introducción, analiza ordenadamente la* Logica Vetus, *es decir, los tratados del filósofo conocidos desde hacía siglos (*Categorías, Interpretación, *comentarios de Boecio), y se ocupa, a continuación, de la* Logica Nova, *traducida en su totalidad al latín entre 1120 y 1160, aunque es cierto que había versiones anteriores fragmentarias:* Tópicos, Analíticos *primeros y segundos,* Refu-

[9] Jolivet, «La filosofía medieval en Occidente», p. 135, en *Historia de la Filosofía,* dir. B. Parain, Madrid, 1974.

taciones Sofísticas. *Aunque en ningún momento considera a Aristóteles como autoridad infalible, mantiene siempre que es el autor más seguro y completo para aprender el arte de la lógica y evitar los peligros inherentes a su abuso, que eran siempre el sofisma y la verborrea.*

Porque aquel intelectual pragmático opinaba que la filosofía no era un juego abstracto, sino una parte de la vida misma. Partiendo de su convicción de que el amor de Dios era la verdadera filosofía, estimaba que «seguir los verdaderos preceptos que se enseñan es filosofar de verdad. Philosophus amator Dei est: *con esta invocación al amor y a la piedad concluye y se corona su concepción de la vida» (Gilson). Por eso tienen pleno sentido los últimos capítulos de* Metalogicon, *donde Juan se embarca en exponer una compleja doctrina sobre la naturaleza de la Verdad —que será uno de los grandes temas de la filosofía del siglo XIII—, mezclando asistemáticamente ideas de Aristóteles, Cicerón, Calcidio y San Agustín. Por encima de la certeza mínima proporcionada por las sensaciones, el hombre dispone de la razón, como potencia específicamente suya, de naturaleza espiritual, sobre cuyas observaciones y reflexiones el* intellectus *humano puede alzarse hacia el conocimiento de las «causas divinas» y de las «razones eternas». Y, todavía más allá, venciendo con ayuda de la gracia de Dios el pecado original, poseer la sabiduría o suprema inteligencia de conocer a su creador, para participar, en alguna medida, de su Razón universal y sin error, de la Verdad.*

Metalogicon *es, en resumen, una síntesis de datos viejos y aportaciones recientes, una obra plenamente representativa de las inquietudes intelectuales del siglo XII, con la nota propia de su autor, «esa sobriedad teñida de escepticismo que se produce en algunos espíritus, más sutiles que creadores, por la abundancia de conocimientos asimilados y ante el espectáculo de los conflictos especulativos»* [10]. *No de todos, sin embargo: Juan reservaba su suave escepticismo para lo que eran, entonces, logomaquias sin salida, pero su entusiasmo más sincero para la idea perenne de que razón y verdad están en íntima correspondencia.*

V. «Policraticus»

Si el origen de Metalogicon *fue la propia experiencia de Juan de Salisbury como estudiante y conocedor de la lógica aristotélica,*

[10] Jolivet, *La filosofía...*, p. 137.

el de Policraticus *es, evidentemente, más complejo, porque en él se acumulan citas y materiales eruditos que han tenido que ser fruto de muchos años de trabajo, y la redacción, aunque realizada en 1159, ha exigido una maduración previa de varios años, seguramente los que el autor pasó en la Curia arzobispal de Teobaldo desde su regreso a Inglaterra. De nuevo se emplea un título griego que, en realidad, es traducción literal del inglés, porque* Policraticus *quiere decir El Gobernante. Fue aquélla una costumbre seguida por otros escritores del siglo XII, que ha de ser valorada como muestra de la influencia que se atribuía ya a la teología y la filosofía griegas. Así, primero San Anselmo* (Prosolion, Monologion), *y luego Hugo de San Víctor* (Didascalicon) *y Bernardo Silvestre* (Megacosmos - microcosmos) *o Guillermo de Conches* (Dragmaticon) [11].

Ya se ha hecho mención de los sucesos particulares que motivaron la redacción y dedicatoria de Policraticus; *pero la obra, por su volumen y alcance, supera con mucho aquellas finalidades concretas. Como será objeto del siguiente capítulo analizar los rasgos principales de su contenido en lo que se refiere a doctrinas e ideas políticas y sociales, situándolas en los contextos y tradiciones intelectuales que permiten explicarlas, ahora nos limitaremos a repasar determinados aspectos formales y a describir la disposición misma del escrito, aunque resulten inevitables algunas reiteraciones. El lector percibirá inmediatamente que* Policraticus *no desarrolla ordenadamente un cuerpo doctrinal. No es un libro simple ni claro, porque su autor, como los restantes de la época, carecía de las técnicas precisas y de la mentalidad adecuada para ello. Es un libro, como todos los primitivos, aparentemente oscuro y, en ocasiones, contradictorio, pero cargado de erudición, de reflexiones y ejemplos que nos ayudan a comprender las concepciones políticas y el esfuerzo ingente aportado por Juan de Salisbury. Si aceptamos, como escribió Maitland, que «la simplicidad es el punto de llegada, no el de partida», porque «a medida que nos remontamos en el tiempo los conceptos familiares se hacen borrosos, las ideas más fluidas, y no caminamos hacia lo simple, sino hacia lo indefinido», se podrán comprender mejor las formas, peculiaridades e imperfecciones de un libro que fue el primer gran tratado de teoría política en la historia del pensamiento europeo y, además, el único escrito antes de que los intelectuales conocieran,*

[11] M. D. Chenu, *La Théologie...*, p. 276, sobre la frecuencia de los títulos griegos.

se familiarizaran, e incluso se dejaran seducir con exceso, por la Política *de Aristóteles.* Policraticus, *escrito por el primer glosador de la lógica aristotélica, representa, paradójicamente, la pura tradición medieval, anterior a la recepción del gran filósofo, y, al haber sido escrito justo antes del cambio doctrinal e institucional de finales del siglo XII y comienzos del XIII, que aportó un claro renacimiento del poder monárquico y la idea misma de comunidad o* universitas *como ente político activo, contribuyó a mantener vigentes y a difundir buen número de doctrinas e ideas políticas de raíz altomedieval.*

El subtítulo de Policraticus *describe ya las grandes líneas de su argumento:* De nugis curialium et vestigiis philosopharum *(frivolidades de cortesanos y enseñanzas de los filósofos), al aludir a los dos temas centrales que trata: los vicios y desviaciones más habituales de los administradores de la cosa pública por una parte y, por otra, la rectitud señalada, de antiguo, por los filósofos, en el sentido más amplio de la palabra, que se ocuparon de la cuestión. En general, los cinco primeros libros se dedican al primer tema, y los tres últimos, al segundo, pero, según veremos, con diversas irregularidades, porque, en realidad, los libros primero a tercero y séptimo y octavo son la armadura del gran sector central, formado por los cuarto, quinto y sexto. En efecto, los dos últimos libros recogen temas de los tres primeros, en un plano más abstracto, y ocupan por sí solos más de un tercio de la obra completa.*

Los libros primero, segundo y tercero ilustran las perversiones de la época, a través de diversos aspectos de la vida y hábitos privados de las clases dirigentes. La primera frivolidad que se describe y critica es la caza, seguida del juego, la música, los augurios, la magia y la astrología[12]*. Estos últimos aspectos preocupan más al autor porque influenciaban mucho a los hombres de su tiempo: contra lo que se suponía tradicionalmente, no hay que esperar al siglo XIII, a la Corte siciliana del emperador Federico II, para presenciar un primer renacimiento de las prácticas mágicas. Juan dedica la última parte del primer libro y todo el segundo a considerar la supuesta credibilidad de diversos presagios. Hay una extensa digresión sobre la importancia que cabe atribuir a los distintos tipos de sueños, por ejemplo. Pero el tercer libro entra ya, de lleno, en el análisis de las actitudes que perjudican al buen estado de la cosa pública, y en la consecuente con-*

[12] Sobre los conceptos de Naturaleza y superstición, v. B. Helbling-Gloor, *Natur und Aberglaube im Policraticus des Johannes von Salisbury,* Zürich, 1956.

dena de quienes practican tales vicios: los aduladores, los confidentes, los administradores seducidos por la riqueza o por los lazos de la amistad privada, los que sobornan... El mundo político se presenta como un escenario teatral, trágico o cómico, a través de numerosos ejemplos clásicos, donde se desarrolla el juego del poder, regido por la Fortuna como actor principal, bajo la mirada de Dios, de los ángeles y de los hombres virtuosos y sabios en cuyos espíritus reina la paz.

Sobre estas bases, el cuarto libro se dedica a describir cómo debe ser el buen príncipe, cabeza de la comunidad política: servidor de la ley, imagen de la majestad divina en el mundo, equitativo, justo en el castigo, ministro del sacerdocio, bajo cuyo consejo legitimador ha de ejercer el poder y cumplir sus deberes, desde los ilimitados que tiene con respecto a Dios hasta los concretos que ha de cumplir respecto a su país y sus gentes, o con relación a los extranjeros. Todo ello es, en definitiva, una glosa al Deuteronomio. *Por el contrario, en los libros quinto y sexto predomina la utilización de doctrinas clásicas, tomadas de éticos y retóricos latinos, aunque haya reiteraciones y temas tratados a lo largo de los tres libros. Las consideraciones sobre el oficio regio abarcan el quinto, a partir de la famosa comparación de la* res publica *con el cuerpo humano y sus miembros, ocupados cada uno en determinada función social. Aunque Juan dice inspirarse en una supuesta* Institutio Trajani, *obra de Plutarco, para trazar su cuadro, hoy se sabe con certeza que tal obra no existió ni otra alguna que se amparase bajo tal título o autor, por lo que se ha de pensar, más bien, en la creación por parte de Juan de Salisbury de una fingida autoridad latina para apoyar su relato y describir prolijamente un esquema funcional de la sociedad y sus grupos, en especial de lo que llamaríamos hoy sociedad política. Así conseguía desarrollar en su escrito una meditada dualidad entre ejemplos bíblicos y clásicos, evitar la multiplicación engorrosa de citas, y dar mayor realce a la imagen organicista de la sociedad, que deriva de las enseñanzas recibidas en París de su maestro Roberto Pullen. El rey es, en* Policraticus, *la cabeza del cuerpo político, «los sacerdotes, su alma; los jueces y administradores, sus ojos, oídos y lengua; los militares, sus manos; los cortesanos que rodean al rey, sus costados; los hacendistas y tesoreros, su vientre; los campesinos, artesanos y comerciantes, sus pies»* [13].

---

[13] *Policraticus*, V, 2. Liebeschütz, *Medieval...*, p. 24. No cabe duda de que esta metáfora arraiga en la tradición indoeuropea. Vid. G. Dumezil, *Mito y epopeya. La ideología de las tres funciones en las epopeyas de los*

Lo que más interesa a Juan es el análisis detallado del oficio regio en el cuerpo de la res publica, *y sólo en el libro sexto pasa revista con copia de ejemplos y digresiones a la función de las «manos» militares, que eran objeto de su preocupación porque, como eclesiástico, veía en el abuso de la función y la fuerza guerreras, por parte de los* milites, *el mayor peligro de ruptura en el delicado equilibrio del cuerpo social y en las bases ideológicas y éticas que habían de sustentarlo. Pero Juan no pretendía describir las diversas funciones o instituciones para proponer mejoras y cambios. «Está interesado sólo en la conducta moral del administrador —escribe Liebeschütz— y en denunciar las tentaciones específicas que asaltan a cada forma de ejercicio del poder, pero no en los métodos administrativos.» Señalemos dos datos significativos a este respecto: el tema de la administración hacendística se despacha en menos de una página, mientras que veinte años después, en la misma Inglaterra, Richard Fitzneale le dedicaría un libro completo, el* De Necessariis Observantiis Scaccarii Dialogus [14]. *Por el contrario, la inclusión de una detallada anécdota relativa a la conversación que discurrió entre Adriano IV y el autor acerca de la administración eclesiástica y las críticas que suscitaba añade riqueza a una parte del libro sexto y demuestra claramente que Juan no pensaba al escribir sólo en los poderes laicos, sino sobre el poder, su ejercicio, sus abusos y desviaciones, en conjunto, también, por tanto, en el eclesiástico. También es significativa la brevedad con que se alude a los «pies» artesanales y agrarios, verdaderas abejas sujetas al poder del rey de la colmena (los hombres de la época no sabían que era una reina.)*

«Enseñanza de los filósofos»: el libro séptimo contiene un sumario sobre la filosofía antigua y expone las opiniones de Juan, de las que ya se ha hecho mención, sobre su postura filosófica y humanista, inspirada en el De Oratore, *de Cicerón, no dogmática ni pagada sólo de la lógica, sino también impregnada por las diversas «llaves del conocimiento» que Juan había estudiado en Chartres: humildad de corazón, amor a la investigación, vida pacífica, meditación silenciosa, pobreza, destierro. Los grandes peligros del intelectual, sobre todo del eclesiástico, a través de los cuales puede contribuir a la degeneración del cuerpo social, son la codicia, la*

---

pueblos indoeuropeos, Barcelona, 1977, y *Les dieux souverains des Indo-Européens,* París, 1977. Está por explicar el auténtico origen de la invención de la *Institutio Trajani.* Recientemente Max Kerner ha opinado que Juan de Salisbury no inventó esta fuente, pero no es ese el criterio de los demás investigadores, tanto antiguos como recientes.

[14] Ed. C. Johnson, Nelson's Medieval Texts, 1950.

simonía, la hipocresía, la envidia y la calumnia. Las alusiones a casos y sucesos antiguos y modernos constituyen una galería de cuadros que se contempla con la abrumadora impresión de que los humanos no cambian, ni han cambiado, en las profundidades de su ser.

Y, por eso, en los libros séptimo y octavo se incluye una detallada descripción de los principales vicios a que conduce el equivocado modo de vida que Juan denominaba epicúreo, como antítesis de la vita beata: *a partir de un planteamiento correcto, como es la búsqueda de la humana felicidad, el encadenamiento de vicios que suscita el epicureísmo produce una inevitable degeneración individual y política, según describe Boecio en el libro tercero de su* De Consolatione Philosophiae. *Aquel intelectual y cortesano, escarmentado y en desgracia, es, en este punto, el modelo que Juan sigue y propone a su amigo y protector Becket, completándolo con textos patrísticos, en especial de San Jerónimo y Gregorio Magno, que se ocuparon de describir las características de los vicios principales: la soberbia, de la que ni los mejores se libran, azuzada por parásitos y aduladores; la avaricia, el peor de los vicios; el amor desmedido al poder y a sí mismo, la vanagloria, la sensualidad, la gula —ya algunos almuerzos políticos eran entonces objeto de murmuración—, ilustrada con la narración de un desmedido banquete al que el propio Juan asistió en Apulia desde las nueve de la mañana hasta las doce de la noche de cierto día memorable, y con pasajes tomados de los* Saturnalia *de Macrobio y del* Banquete de Trimalcio, *de Petronio, obra ésta que la cultura europea no volvería a reencontrar hasta 1650. Aquel firme, aunque no extremoso, partidario de la aplicación de leyes suntuarias para favorecer la mesura y sanidad mental de los poderosos, apenas se ocupa, en cambio, de otros abusos de la sensualidad, y esto es muy propio de una época en la que el hambre endémica invocaba continuamente la presencia de su contrario, el hartazgo. Así, por ejemplo, en los párrafos dedicados a la pasión carnal, se limita a glosar las posiciones misóginas de San Jerónimo. Por fin, los epicúreos, equivocados en su camino, no alcanzan el fin que se proponen y destruyen la posibilidad de verdadera paz, la interior en el hombre común, y la pública, si el que ha naufragado en tales tentaciones es un político.*

Añadamos que este hilo argumental se rompe aparentemente en los capítulos XVII al XXIII, donde se explaya la teoría sobre el tirano y el tiranicidio, tan citada como mal conocida en el sentido que nuestro autor la quiso dar. Estos capítulos enlazan con los del

libro cuarto, porque el tirano es la imagen misma del antipríncipe, aunque la tiranía se considere genéricamente como un vicio máximo en el ejercicio de cualquier poder, ya sea político, eclesiástico o incluso de naturaleza privada. Pero el enlace con las restantes consideraciones morales es evidente porque, para nuestro hombre, «la verdadera raíz de la tiranía es el impulso desmedido de autoconservación, el ansia ilimitada de libertad y grandeza individuales» [15]*. Si todo hombre quiere la libertad que da el poder, para recibir honor y evitar opresiones, su abuso le conduce inevitablemente al «desprecio de la honradez y la justicia»: esto es la tiranía, un peligro que acecha a los gobernantes cuando, cegados por las pasiones, olvidan los verdaderos objetivos del ser humano y las condiciones de su salvación religiosa. Ser uno mismo es, en sus circunstancias, especialmente difícil, pero no imposible si saben distinguir los fines esenciales y perdurables bajo la superficie y las tentaciones de la vida y el poder cortesanos.*

Es posible que la actividad política perdiera parte de su atractivo para muchos de los que la han practicado a lo largo de los tiempos, en el supuesto, poco común, de que leyesen Policraticus *y decidieran seguir todos sus consejos. Aunque no cabe engañarse: Juan de Salisbury quiso escribir un tratado de moral pública, lo consiguió, y acumuló en buen latín un conjunto abrumador de noticias y ejemplos aptos para su mentalidad y su época; pero, más allá del moralista, se rastrea la ironía del crítico, e incluso cierto sentimiento de oculta e intransferible superioridad filosófica frente al político. Por eso, este inmenso y prolijo escrito, además de otras virtudes, alcanza la suprema de entretener, y aun de divertir, al que lo lea con atención. Y tal vez por eso también, se puede realmente aprender algo de él.*

---

[15] Liebeschütz, *Medieval...*, pp. 28-33.

LAS IDEAS POLITICAS Y SOCIALES

Una vez conocida la vida de Juan de Salisbury, en algunos de sus grandes rasgos, y las características generales de sus escritos, así como ciertos aspectos de su acervo ideológico, llega el momento de exponer la parte de nuetro estudio que puede considerarse como introducción más estricta a la lectura de Policraticus. *Es, también, la parte más extensa y compleja. Conviene detenerse en ella a reflexionar más pormenorizadamente sobre la influencia que diversos autores latinos y algunos padres de la Iglesia han tenido en la elaboración y formulación de las ideas de Juan, y es también indispensable conocer cómo se manifiestan en nuestro autor líneas y corrientes de pensamiento político y social desarrolladas entre los siglos VI y XII. Sólo después de recorrer estos extensos prolegómenos será posible, en una tercera parte, analizar los temas principales de* Policraticus *y situarlos correctamente en el lugar que les corresponde dentro de la historia de las ideas políticas, así como comprender el porqué de la influencia que la obra conservó en los siglos siguientes a su composición.*

I. Autoridades latinas y patrísticas

La novedad más evidente de Policraticus *con respecto a escritos políticos anteriores es la abundancia con que emplea conceptos e ideas tomados de los clásicos latinos, aunque, naturalmente, adap-*

tados a la perspectiva y a los criterios de Juan, que se habían fundido en el crisol del pensamiento eclesiástico altomedieval. El se consideraba «como discípulo tardío de las grandes tradiciones literarias de la Antigüedad, y su sentimiento de ser miembro de aquella comunidad se fundamentaba en la posesión de un conocimiento y una educación comunes» [1], *y en el uso de la lengua latina como pasaporte de una ciudadanía intelectual compartida. Pero aquella conciencia de continuidad con respecto a los «gigantes» latinos pasaba por los profundos cambios de mentalidad introducidos en los primeros siglos medievales y, además, por el tamiz de la patrística de los siglos IV y V. Es evidente, sobre todo, el influjo de San Jerónimo en la latinidad de Juan de Salisbury, porque aquel autor, al fundir la tradición hebrea y griega con las raíces propiamente latinas en su esfuerzo por construir una literatura clásica cristiana, fue el primer ejemplo a seguir por cuantos deseaban mantener aquella* latinitas, *patria de todos los intelectuales.*

San Jerónimo era también modelo por sus modos de describir el entorno social y sus diversas situaciones viciosas, con el énfasis crítico propio de un asceta. Aunque Juan no pretenda crear un nuevo ascetismo, se inspirará en él a la hora de efectuar tales descripciones, como también en su método de ilustrar casos tomando alternativa o paralelamente exempla *bíblicos y clásicos. El uso literario de* exempla *era una vieja tradición literaria romana, y nuestro autor la sigue, utilizando colecciones ya formadas, en especial las de Valerio Máximo y Frontino. Pero en el empleo de estos ejemplos no ha de verse una muestra de sensibilidad hacia la historia de la Antigüedad: son sólo pretextos para ilustrar virtudes y vicios, sobre todo en el campo de la política y de la guerra. Los modelos humanos de Alejandro y César, tan frecuentes en autores medievales, están tomados en* Policraticus *con este mismo sentido, como personalizaciones del gran hombre, de sus virtudes y flaquezas. Juan se surte de datos en diversos autores y los mezcla según le conviene: Justino, Suetonio, Aulo Gelio, Floro, Vegecio, y los ya citados Valerio Máximo y Frontino.*

Ya hemos considerado su actitud hacia lo que entonces se conocía de la filosofía clásica. Actitud a la vez admirativa y crítica. Aunque no es un platónico, acepta el supuesto paralelismo entre el relato del Timeo *y el del Génesis, y diversas doctrinas neoplatónicas de sus maestros de Chartres. Pero, en el plano de la lógica, es claramente aristotélico, y, en todos los casos, no se recata*

[1] Liebeschütz, p. 64.

de afirmar que la genialidad de los antiguos filósofos, privada de la gracia divina, les llevó también a caer en inmensos errores: su extensa crítica al epicureísmo es muy explícita, a este respecto, porque se sitúa en el campo preferido por él, que era el de la ética o doctrina moral, donde sus dos grandes maestros clásicos son, sin duda alguna, Cicerón y Séneca.

El De Officiis *ciceroniano es una fuente continua de inspiración para nuestro autor, lo mismo que lo fue para San Ambrosio* (De Officiis Ministrorum), *pero en un sentido más amplio y secularizado. Siguiendo a Cicerón, el tema de la coordinación entre* honestum *y* utile *es una de las grandes tesis políticas de* Policraticus. *Para ambos escritores, las virtudes cardinales han de ser fundamento de la ética del dirigente, así como la frugalidad y el decoro interno y externo sus actitudes habituales, lo que no es compatible con el exceso de ciertas prácticas, como la caza, el juego o la adivinación. Se trata, en definitiva, del antiguo concepto griego de* sophosyne *o moderación, pasado por el filtro utilitarista del autor romano y transformado por Juan de acuerdo con las tesis hieronimianas sobre el ascetismo y la* vita beata. *De nuevo, las ideas del mundo clásico no son plenamente comprendidas y asumidas, sino tan sólo utilizadas como materiales para una construcción mental que se alza a partir de planos específicamente medievales, sustentando las propuestas que el autor hacía a sus contemporáneos desde su propio punto de vista.*

Como «el eje del humanismo cristiano de Juan fue el tema de la educación moral» [2], *su propuesta de reforma social y política es, ante todo, ética, y, por eso, junto con Cicerón, otra de sus grandes fuentes de inspiración es Séneca, autor que, como es bien sabido, se beneficiaba de una imagen precristiana entre los pensadores medievales. En sus escritos se desplegaba la concepción estoica de la frugalidad, clave de una vida recta; la idea del conocimiento filosófico no sólo por su valor teórico, sino como base de la formación y la acción del buen gobernante; el mito de la sabiduría y justicia primitivas de los hombres, antes de ser contaminadas por la civilización. Todos ellos eran elementos asimilables por Juan de Salisbury.*

Algunas partes de Policraticus, *especialmente los libros VII y VIII, aceptan la influencia directa de Boecio, autor al que Juan atribuye una autoridad máxima, como cristiano, al igual que San Jerónimo, como escritor latino y también por su condición de cor-*

---

[2] Liebeschütz, p. 83.

tesano que reflexiona sobre sus experiencias una vez caído en desgracia. La crítica al epicureísmo, la descripción de los vicios y, sobre todo, la idea según la cual en su origen se encuentra un afán desordenado de placeres y bienes materiales, está tomada del libro tercero del De Consolatione, *ilustrado y ejemplificado con argumentos basados en las homilías de Gregorio Magno, en los escritos de otros padres latinos y en los* Saturnalia *de Macrobio.*

Por último, toda la educación gramatical y retórica latina de Juan se inspiraba en el De Oratore *de Cicerón y en las* Institutiones Oratoriae *de Quintiliano. Esto se refleja tanto en sus cartas, verdaderos monumentos de elocuencia escrita, como en numerosos pasajes de* Policraticus, *sobre todo, de nuevo, en los libros séptimo y octavo, en los que se halla un claro paralelismo expositivo con el* De Oratore. *Si el tratado ciceroniano se destina a mostrar la relación entre elocuencia y filosofía, y la necesidad de que el buen orador cimente su educación en el conocimiento filosófico, el* De Vestigiis Philosophorum *viene a ser una guía de opiniones y sentencias que el gobernante ha de conocer y sobre las que debe reflexionar para corregir errores y evitar defectos. La organización formal de ambos escritos es paralela, en sus grandes rasgos: Cicerón describe al perfecto orador; Juan, al perfecto gobernante. Ambos afirman que la filosofía es básica para la educación del uno o del otro, respectivamente. Y, por fin, los dos autores ilustran sus libros con disgresiones sobre la historia del pensamiento griego, en el primer caso para apoyar las tesis sobre la educación del orador, y en el segundo, para mostrar que hay una correlación estrecha entre la rectitud de los métodos de filosofar y la adecuada organización de la comunidad política.*

II. Las ideas políticas y sociales en la Alta Edad Media

Al ser Juan de Salisbury un autor tradicional, de pensamiento latino «pregótico» (Huizinga)[3], *hallamos en él, junto al alba y atisbo de temas y opiniones nuevas, un gran acervo de pensamiento social y político generado en la Alta Edad Media, a partir del siglo VI. Es imprescindible, por tanto, conocer aquellas raíces en sus líneas generales, para situar mejor tradición y novedad en* Policraticus.

[3] J. Huizinga, «John of Salisbury: A PreGothic Mind», en *Men and Ideas*, Nueva York, 1966. Primera edición, en holandés, en *Tijdschrift voor Geschiedenis*, 96 (1933), 225-244.

1. Doctrina política e imagen de la sociedad. Siglos VI a X

Todavía en tiempos de San Agustín, la clara distinción entre Iglesia y Estado había inspirado la composición de La Ciudad de Dios, *en la que su autor se limita a proponer una purificación y transformación de los valores de la acción política gracias a la fe cristiana. Unos decenios más adelante, la conocida carta del papa Gelasio I al emperador Anastasio continúa reconociendo la clara división de ámbitos entre la* auctoritas *religiosa y moral del sacerdote y la* potestas *política del gobernante cristiano. Pero, mientras tanto, en Occidente se hundía el Estado romano, restaba la Iglesia como única fuente de definiciones doctrinales y se producía una simplificación del pensamiento político, que aparece ya absorbido por criterios religiosos y éticos en los escritos del papa Gregorio Magno (590-604), el primero en exponer determinadas ideas en su* Regula Pastoralis *y en sus* Moralia in Job. *Por ejemplo, el criterio según el cual el gobierno es un orden impuesto por Dios para combatir las inclinaciones viciosas de los hombres, tocados por el mal. Es, el Gobierno, un daño menor para evitar otro mayor, y, por eso, los reyes han de recibir la necesaria instrucción moral para administrar bien su oficio, que se concibe ya, al modo pastoral, como una administración querida por Dios. Sólo el cumplimiento regio del deber ser religioso y moral justifica su función, y evita el caer en la tiranía. Pocos años después, Isidoro de Sevilla repetía idénticas ideas en el ámbito de la Hispania visigoda, al escribir en sus* Etimologías *sobre el oficio regio: «La palabra rey viene de regir: pues como sacerdote viene de santificar, así rey viene de regir, y no rige el que no corrige. Los reyes, pues, conservan su nombre obrando rectamente, y lo pierden pecando. De aquí aquel proverbio entre los antiguos:* Rex eris, si recte facias; si non facias non eris» *(9,III). El IV Concilio de Toledo, en 633, al reconocer la deposición de Suintila, constituyó la primera aplicación de este principio en la práctica política europea. Y, por estos motivos, desde entonces, por varios siglos, los altos eclesiásticos concibieron la instrucción teórica de los príncipes centrándola más en las esferas ético-religiosas que no en las políticas y administrativas.*

Por entonces también se esbozaban las primeras doctrinas sobre la sociedad, concebida según un orden necesariamente jerárquico, y, por tanto, dotado de divisiones funcionales en su seno. La militarización de la sociedad, tras las invasiones germánicas, impulsaba a definir la dicotomía oratores/bellatores, *que se explicitó lenta-*

mente; pero, antes de que esto ocurriera, los pensadores eclesiásticos habían señalado ya la existencia de ordines *dentro de la Iglesia, según la función religiosa a cumplir y la relación con el mundo. Son, en San Jerónimo, los órdenes de vírgenes o monjes, continentes o sacerdotes y casados o seglares, que San Agustín y Gregorio Magno glosaron con posterioridad. A Gregorio y a Isidoro de Sevilla se debe también la idea de una necesaria jerarquía, de un reparto desigual del poder, así querido por la Providencia para combatir el mal en el mundo.*

Fueron, sin embargo, los autores de la renovación literaria carolingia quienes desarrollaron ampliamente estas ideas en los siglos VIII y IX. La teoría de los ordines *en el seno del cuerpo de la Iglesia, cuya alma es la fe común, se expresa ya claramente en San Bonifacio, cuya concepción funcionalista y jerárquica de la sociedad es tan evidente como su afirmación de los deberes del rey, que por su oficio está obligado a mantener en concordia y justicia a los diversos* ordines *del todo, juntamente con los obispos*[4]. *La imagen orgánica de la sociedad aparece, pocos años más tarde, en escritos de Alcuino y en la* Admonitio *imperial de los años 823-825*[5]. *Están presentes, en la mente de aquellos autores, las distinciones duales clero-pueblo, poderosos-débiles, libres-siervos, y el papel del rey como nudo coordinador de funciones, así como la separación plena entre las del sacerdote y las del guerrero. Por ejemplo, en Agobardo de Lyon, hacia 833.*

Los Specula *para la educación y guía moral de príncipes proliferan y contribuyen a transmitir estas ideas generales sobre el orden social y político, más amplia y detalladamente que antaño. Es una faceta del peso que el episcopado carolingio alcanzó en la vida política del país desde la época de Luis el Piadoso (814-840). A aquel tipo de escritos corresponden la* Via Regia, *del abad Smaragdus; el* De regis persona et regio ministerio, *de Hincmar de Reims*[6]; *el* Liber de exordiis et incrementis quarundam in observationibus ecclesiasticarum rerum, *de Walafrid Strabon*[7], *que fue*

---

[4] San Bonifacio, *Sermo IX. Patrologia Latina* (PL), 89, 860.

[5] W. Ullmann, *The Carolingian Renaissance and the Idea of Kingship*, Londres, 1969. L. Wallach, *Alcuin and Charlemagne*, Ithaca, 1959. Alcuino, *Disputatio de rhetorica*, concebido como tratado sobre la realeza.

[6] Hincmar de Reims, *De regis persona et regio ministerio*, PL, 125, 834, y *De ordine palatii, Bibl. de l'Ecole des Hautes Etudes*, Paris, fasc. 58, ed. M. Prou. Abad Smaragdus, *Via regia*, PL, 102, 931.

[7] Walafrid Strabon, *Liber...*, *Monumenta Germaniae Historica* (MGH), cap. II, 515.

preceptor de Carlos el Calvo y propugna en su obra la complementariedad funcional de los ordines *dentro de la sociedad cristiana, y, sobre todo, el* Liber de rectoribus christianus, *escrito por Sedulius Scotus a mediados del siglo IX*[8] *y el* De institutione regia, *de Jonás de Orleáns*[9]. *En el* De Rectoribus *encontramos ya un empleo de ejemplos históricos y máximas, un paralelismo entre el uso de la Biblia y el de los clásicos latinos que preludia las técnicas expositivas de Juan de Salisbury trescientos años después. En el* De Institutione *se hallan ideas de raigambre teocrática que serán también muy caras a nuestro autor, como son la imagen bíblica del levita o sacerdote que marca los límites del poder regio, o la relativa descalificación de la hereditariedad del trono por derecho de sangre, frente a la voluntad divina expresada a través del clero. Entre los autores carolingios, por otra parte, se había difundido ya el escrito conocido por* De duodicum abusionibus saeculi, *seguramente a partir de Irlanda, y con él un extenso repertorio de lugares comunes sobre las condiciones humanas, los deberes y comportamientos del príncipe, que repetirían sin modificaciones los autores de siglos siguientes*[10].

Una gran aportación de los tiempos carolingios fue la expresión de las doctrinas tendentes a afirmar una conexión entre orden social y político, por una parte, y orden celestial, por otra. Con ello se divinizaban los principios de autoridad y desigualdad, así como las particiones funcionales y el orden social. Dejando aparte vagas referencias contenidas en escritos de San Agustín, Alcuino o Gregorio Magno, el gran defensor de la idea es el anónimo griego de finales del siglo V conocido como Pseudo Dionisio Areopagita. Sus obras (Sobre la Jerarquía Celeste, Sobre la Jerarquía Eclesiástica) *fueron traducidas y glosadas en Francia a partir de 867 por el monje, de origen irlandés, Juan Scoto Erígena. En ellas se establece una jerarquización mística, paralela en los dos ámbitos, celestial y eclesial, que inspiraría, de forma más o menos explícita,*

---

[8] Sedulius Scotus, *Liber...*, PL, 103, 291. S. Hellmann, *Sedulius Scotus*, Munich, 1906.

[9] Jonás de Orleans, *De institutione...*, PL, 106. I. Reviron, *Jonas d'Orleans et son «De Institutione Regia»*, París, 1930.

[10] *De duodicum...*, PL, 4, 870. El título correcto sería *De duodecim abusivis saeculi.* Erróneamente atribuido a San Cipriano, este tratado, que no es anterior al siglo v, fue introducido en Occidente a partir de Irlanda, seguramente entre 630 y 700. Sobre el papel de la isla en la difusión de ideas sociales y políticas, v. D. Dubuisson: «L'Irlande et la théorie médiévale des trois ordres», en *Revue de l'Histoire des Religions*, 1976.

todas las ideas posteriores sobre la correlación entre orden social y Providencia divina[11].

En la época poscarolingia, hasta los primeros decenios del siglo XI, se observa una continuidad notoria de temas y motivos ideológicos. Por ejemplo, hacia 990, el abad Abbon de Fleury recogerá una vez más la enumeración de los deberes regios contenida en el De duodicum..., *y repetirá la doctrina hieronimiana de la división de los cristianos en tres órdenes: monjes, clérigos, laicos. Al añadir, entre estos últimos, una distinción entre guerreros* (agonistae) *y campesinos* (agricolae), *se anticipará incluso a los escritores que formulan en Francia la imagen de la llamada «sociedad trinitaria»*[12].

Esta idea, que concibe a la sociedad formada por los tres órdenes funcionales de sacerdotes, guerreros y campesinos, ha tenido su origen en Inglaterra, al filo del siglo X, entre los traductores de Boecio que vivieron en la corte de Alfredo el Grande, de Wessex (871-899), y la recogieron de nuevo autores insulares un siglo después, ampliándola: son éstos Aelfric y Wulfstan, obispo de Londres. Wulfstan, en un tratado sobre el ministerium regis, *que menciona las tres categorías de hombres:* oratores, bellatores, laboratores. *El origen de esta concepción, sea insular o carolingio, se halla en Inglaterra, pero Juan de Salisbury no la utiliza en sus esquemas de organización funcional, como tampoco la inmensa mayoría de los autores de los siglos XI y XII. En realidad, los primeros en expresar plenamente la doctrina de la trifuncionalidad social fueron dos obispos de la Francia N., Gerardo de Canbrai y Adalberon de Laon, en torno a 1025. Después de ellos, la idea duerme hasta que, en el tránsito del siglo XII al XIII, el auge de la comunidad política, de las* universitates *de distinto tipo y su presencia en Cortes y Parlamentos, obliga a instrumentar una participación de las mismas en los esquemas del poder, que se concibe sin dificultad como un reparto entre los dos órdenes privilegiados —clero, nobleza— y el «estado llano». De modo que la doctrina de la trifuncionalidad serviría más a los objetivos políticos de la sociedad estamental en la época de madurez del feudalismo que no a la conformación de una imagen fidedigna de su división interna. Por eso, hasta entonces, y aun después, muchos*

---

[11] R. Roques, *L'univers dionysien. Structure hiérarchique du monde selon le pseudo-Denys*, Paris, 1954.

[12] J. Batany, «Abbon de Fleury et les théories des structures sociales vers l'an mil», en *Etudes ligériennes d'Histoire et d'Archéologie médiévales*, Auxerre, 1975.

pensadores no acudieron expresamente a ella, aunque la conocieran, para describir dicha imagen, si bien apelaron a un funcionalismo que, de hecho, la contenía, como tampoco utilizaron, por insuficiente, la vieja imagen socio-religiosa de los ordines. *Juan de Salisbury se cuenta entre ellos* [13].

2. Las novedades, desde mediados del siglo XI

Las dos novedades que singularizan a la segunda mitad del siglo XI son la expansión de los regímenes feudo-vasalláticos de reparto del poder en el conjunto del Occidente europeo y la reforma eclesiástica. La primera, apenas tiene reflejo en los tratados de doctrina política escritos por autores eclesiásticos, a pesar de su enorme importancia desde el punto de vista de la administración del poder. La segunda, por el contrario, incide en ellos, agudizando las opiniones, ya defendidas por los autores carolingios, en orden a asegurar las libertades, la independencia y el papel inspirador y legitimador del sacerdocio frente a los poderes laicos, y su función educativa con respecto a los titulares de la potestad regia.

En un primer momento las expresaron aún escritores monásticos, debido a la primacía que las escuelas y centros de estudio de los monasterios tomaron en aquel «tiempo de monjes» (Duby) que fueron el siglo X y buena parte del XI, bajo la inspiración principal de Cluny. Los monjes reiteran el viejo esquema socio-religioso que exalta la perfección del monacato y sitúa por debajo la perfectabilidad de los continentes o sacerdotes, incluyendo entre ellos a los mismos obispos y, en tercer lugar, a los laicos. Así lo exponen, todavía, Helgaud y Andrés de Fleury, pero en autores de la primera mitad del siglo XII —Guibert de Nogent, Bernardo de Claraval— se abre paso en el esquema la diferenciación entre los caballeros y el resto de los seglares. En todo caso, poco nuevo en orden a la renovación de las doctrinas e imágenes sociales.

El pensamiento monástico manifiesta el mismo tradicionalismo en el campo de la doctrina política sobre la realeza, al tomar y repetir temas ya desarrollados por autores carolingios. Es de

---

[13] Una amplia y sugestiva exposición de estas cuestiones en G. Duby, *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, París, 1978, 23-151. V. también H. Sproemberg, *Gerhardt I, Bischof von Cambrai (1012-1051)*, Berlin, 1971. T. Schieffer, «Ein deutscher Bischof des 11. Jhd, Gerard von Cambrai (1012-1051)», en *Deutsches Archiv*, 1937, y R. T. Coolidge: «Adalbero, Bishop of Laon», en *Studies in Medieval and Renaissance History*, II, 1965.

interés, como posible precedente de la obra de Juan de Salisbury, el Tractatus de regia potestate et sacerdotali dignitate, *escrito hacia 1100 por Hugo de Fleury, y dedicado a Enrique I de Inglaterra. En el* Tractatus, *que es un eslabón importante en la cadena de manuales didácticos para uso de príncipes, se expone la teoría de la realeza de origen divino como cabeza del cuerpo político, se enumera, al modo tradicional, la gama de virtudes que el príncipe ha de tener —la obra de Hugo de Flavigny, algo anterior, inspira estos pasajes—, y se explica la coordinación de su poder con la autoridad de los obispos, representantes de Cristo y mantenedores de la libertad eclesiástica, pero sujetos a la obediencia regia en todos los demás planos* [14].

Hugo de Fleury, como unos decenios más tarde el abad Suger de Saint Denis, autor de una vida de Luis VI de Francia, entre 1138 y 1144, son los últimos autores monásticos con importancia en el terreno doctrinal que ahora nos ocupa. No cabe duda de que Juan es deudor con respecto a muchas de las ideas que expusieron todos ellos, pero tampoco es dudoso que escribe ya en un medio cultural y con una perspectiva muy distintos. Lo mismo sucede si comparamos la situación de tranquilidad de la Inglaterra de mediados del XII con los tiempos revueltos de la reforma gregoriana, que dieron lugar, en los últimos decenios del XI, a una oleada de literatura política con la libertad eclesiástica como tema central, en pro o en contra de las respectivas atribuciones de los poderes regio y pontificio. A ella corresponderían, por ejemplo, desde el campo de las posturas favorables al emperador Enrique IV, la Defensio Henrici Regis, *de Petrus Crassus; el* Liber ad Gebehardum, *de Manegold de Lautenbach, o el* Liber de unitate ecclesiae conservanda, *y, en el ámbito anglo-normando, el llamado* Anónimo de York, *que defiende la independencia jurisdiccional de los arzobispos metropolitanos frente a los intentos centralizadores del poder pontificio* [15]. *Si Juan de Salisbury, años después, adopta las posturas e ideas gregorianas, ya comúnmente admitidas, lo hace lejos de aquel conflicto y al margen de todo intento de explicación jurídica. Por el contrario, considera que la libertad eclesiástica, indispensable para el recto funcionamiento del cuerpo social, se obtiene a través de la autoridad del rey habitualmente, no contra ella. Por eso, para él, lo importante es conseguir la adecuada*

---

[14] Hugo de Fleury, *Tractatus...*, MGH, Libelli de Lite, II, 466-494. Hugo de Flavigny, en MGH, SS. VIII, 436 y ss.

[15] MGH, *Libelli de Lite*, III. A. Fliche, «Les théories germaniques de la souveraineté à la fin du XIè siècle», *Revue Historique*, CXXV (1917), 42-53.

educación del príncipe y, en consecuencia, Policraticus *se presenta como un tratado didáctico-moral y filosófico, no como una obra de polémica.*

Y es que Juan pertenece ya a otro ambiente, incluso a otra época. Es un clérigo secular, no un monje, educado en escuelas episcopales donde han penetrado las nuevas corrientes culturales del renacimiento del siglo XII, miembro de un círculo eclesiástico, el de Canterbury, relacionado estrechamente con la Corte regia, a la que proporciona altos funcionarios y consejeros. Todo le lleva a considerar que el servicio a la monarquía y el servicio a la Iglesia son dos frentes de una misma actividad, de un combate por llevar a la sociedad entera hacia el bien, hacia su recto funcionamiento, no desde fuera de ella, como los monjes, sino actuando en su interior, según los ideales eclesiásticos de la vita apostolica [16], *que se desarrollaban desde finales del siglo XI. Si Juan de Salisbury recoge en sus escritos un gran número de ideas políticas y sociales de raíz altomedieval, y se presenta ante nuestros ojos como culminación de una tendencia plurisecular, también es cierto que lo hace con una riqueza de lenguaje y de matices, con una abundancia de erudición y datos, con una imaginación mucho mayor que la de sus predecesores y, sobre todo, a partir de una experiencia y con una actitud que preludia, en algunos aspectos, a la de los filósofos del XIII. Por eso* Policraticus *pudo permanecer en los tiempos posteriores como un clásico, y ser utilizado por pensadores cuyos conocimientos de teoría política estaban ya, indudablemente, más desarrollados y mejor sistematizados.*

III. Las doctrinas políticas en «Policraticus»

Una vez expuestos estos necesarios antecedentes, se puede valorar mejor la temática que desarrolla Policraticus. *Para llevar a cabo la tarea, hemos centrado los comentarios en torno a las ideas principales que, una y otra vez, preocupan al autor y dan sentido a su escrito: la* res publica *o comunidad política, el príncipe y su gobierno, la ley, la tiranía, la Iglesia. Todo ello, sin perder de vista la línea didáctica del libro, como* speculum *de moral y educación de príncipes ni, a la vez, su condición de primer gran tratado medieval, complejo y minucioso, sobre filosofía política, re-*

[16] Y. Congar, «Les laïcs et l'ecclésiologie des *ordines* chez les théologiens des XIè-XIIè siècles», en *I laici nella societas christiana dei secoli XI e XII*, Milán, 1968.

dactado bajo la doble influencia de los pensadores altomedievales y de las autoridades latinas [17].

1. La comunidad política

Nuestro autor desarrolla una vez más, y por extenso, las teorías eclesiásticas altomedievales, que conciben las relaciones entre los miembros de la res publica *con un criterio funcionalista. Es la imagen del Estado como un cuerpo, una analogía orgánica que afirma la interdependencia de los individuos en sociedad y la necesidad de armonía entre los grupos, a imagen de la armonía celeste de las esferas, tan cara al pensamiento platónico* [18]. *Este modelo de pensamiento continuaría vigente en diversos autores y culminaría en el* De concordantia catholica, *de Nicolás de Cues, en el siglo XV, quien concibe a la Iglesia como cuerpo de Cristo en el que conviven poderes eclesiásticos y seculares* [19].

Para ejemplificar su argumento, Juan apela a la supuesta Institutio Trajani, *de Plutarco, adjudicando a cada grupo social con función específica un miembro del cuerpo común a todos, según ya hemos descrito. Es evidente que la armonía funcional había de basarse en la unión psicológica de voluntades y espíritus* [20]; *pero, según observa Dickinson, Juan no deriva de aquí la doctrina roussoniana de la voluntad común expresada a través de la opinión pública, porque, en su criterio, el organismo social no depende de un contrato o voluntad expresados por sus partes, sino que responde al plan prefijado por la Providencia divina. El poder, en estas circunstancias, corresponde al príncipe, responsable ante Dios, y la unión de voluntades y espíritus tiene por objeto el asumir conscientemente el recto cumplimiento de las respectivas funciones fijadas por la voluntad divina, pero no el marcar rum-*

---

[17] De entre los autores que se han ocupado del pensamiento político de Juan de Salisbury, destaquemos ahora éstos: E. Schubert, *Die Staatslehre Johanns von Salisbury*, Berlín, 1897. R. W. y A. J. A. Caryle, *A History of Mediaeval Political Theory in the West*, Londres, 1903-1922, 4 vols. E. F. Jacob, en F. C. F. Hearnshaw, *The Social and Political Ideas of some great mediaeval thinkers*, Londres, 1923, 53-84. W. Ullmann, *The growth of papal government in the Middle Ages*, Londres, 1955. J. Dumont, *Les idées politiques de Jean de Salisbury*, Poitiers, 1964. P. von Sivers: «John of Salisbury. Königtum und Kirche in England», en *Respublica Christiana...*, Munich, 1969, 47-72.

[18] Pol., IV, 8.

[19] M. de Gandillac, *La Philosophie de Nicolas de Cues*, Paris, 1941. P. E. Sigmund, *Nicholas of Cusa and Medieval Political Thought*, Cambridge, Mass., 1963.

[20] Pol. V, 7 y 12. VI, 20.

bos políticos o participar en las responsabilidades de gobierno. En aquella especie de cristianización de la República *platónica —libro que Juan no conocía—, campesinos y artesanos, sobre todo, carecían de actividad política, lo que no impide a nuestro autor mostrar una sensibilidad mayor que la de otros anteriores ante el hecho de la creciente especialización de oficios y los problemas que aquello planteaba al legislador. El príncipe, en definitiva, era responsable del recto gobierno de sus súbditos, pero no ante ellos, sino ante Dios. Juan «ve el gobierno sólo como un influjo ejercido de arriba hacia abajo, y queda fuera de su teoría cualquier actividad de un cuerpo organizado de súbditos»*[21]*, de modo que únicamente le interesa reflexionar sobre la responsabilidad y comportamientos del gobernante y de sus auxiliares.*

En realidad, esta imagen de la res publica *está tomada, y de ahí su gran difusión en el pensamiento eclesiástico, de la que presenta a la Iglesia como un Cuerpo que unifica a sus miembros. Su finalidad es más bien ética que política, puesto que pretende poner de relieve la especificidad y necesidad de las diversas tareas humanas y, en este caso, recomendar pastoralmente diversas ideas, actitudes y deberes morales al gobernante en el ejercicio de su función. Pero Juan, he aquí una gran novedad, seculariza la metáfora por primera vez: el cuerpo no es ya la Iglesia, sino la* res publica, *y la cabeza no es Cristo, sino el príncipe, aunque el sacerdocio continúe siendo el alma y los gobernantes estén sujetos a su autoridad espiritual. Aun bajo la impronta del pensamiento eclesiástico, «en* Policraticus *se enuncia sistemáticamente por primera vez la ideología laica del poder y del orden social»*[22]*. Por esto es Juan un «moderno», en medio del tradicionalismo del siglo XII, y admite implícitamente «la autonomía de las formas de la naturaleza, de los métodos del espíritu, de las leyes de la sociedad»*[23]*, que proclamarán los autores del XIII.*

La evolución posterior de las ideas políticas permitiría introducir, por este camino, la idea de participación de los miembros del cuerpo gobernado, pero esto todavía no entraba en las concepciones de Juan de Salisbury, para quien «el problema del Estado es el problema de los dirigentes»[24]*, o el cómo gobernar en una dualidad mando-obediencia, unidad-pluralidad. Al pensar así, Juan, como otros eclesiásticos, estaba favoreciendo de hecho el*

---

[21] Liebeschütz, p. 46.
[22] G. Duby, *Les trois ordres...*, p. 319.
[23] Chenu, *La théologie...*, p. 86.
[24] Liebeschütz, p. 46.

auge del poder monárquico y la aglutinación de capacidad política en torno suyo, en aquella fase inicial del desarrollo europeo, porque no prestaban atención a la realidad de la privatización de relaciones vasalláticas ni a la fragmentación feudal. Es evidente que dicha realidad, común en todo Occidente, especie de fluido del vivir cotidiano, no les interesaba como tema o sujeto de teorización. Y, por otra parte, la nobleza feudal todavía no formaba en ningún país un cuerpo político con programa de acción corporativo y común: esto iba a comenzar, precisamente, desde los últimos decenios del siglo XII, y, si Juan de Salisbury hubiera escrito después de la consolidación de Parlamentos y Cortes, no habría podido ignorar el fenómeno, pero, como otros pensadores de su época, era insensible todavía al naciente hecho del corporativismo, tanto el de los poderes feudales como el de las universitas *urbanas.*

Así, por ejemplo, la incomprensión de nuestro hombre ante la revuelta comunal romana de 1143, dirigida por Arnaldo de Brescia, o ante la de Reims frente a su arzobispado, de la que fue testigo en 1166, es absoluta. Juan vivió antes del importantísimo desarrollo de la teoría jurídica, iniciado desde el último cuarto del siglo XII, sobre las diversas formas de asociación o universitas, *incuyendo las políticas, y mucho antes de que la recepción de la* Política *de Aristóteles, hacia 1260, y la madurez de las reflexiones sobre el Derecho romano permitieran redescubrir la idea clásica de* civitas *como comunidad de ciudadanos políticamente activos. Michaud-Quantin ha señalado lo pobre y escasamente que se utiliza el término* universitas *hasta bien entrado el siglo XII y su empleo por los pensadores chartrianos, entre ellos nuestro autor, con un sentido genérico* —universitas rerum— *y no social o político, aunque precisamente es Juan de Salisbury uno de los primeros en emplear la palabra con su significado social de conjunto gobernado por un príncipe, del mismo modo que, a veces, se le ha considerado el creador de las primeras teorías sobre la personalidad colectiva, al afirmar que el cuerpo o* universitas *social* fingitur una persona, *pero considerando siempre que tal personalidad reside principalmente y se expresa a través de su cabeza, papa o monarca*[25].

Porque Juan, en lo más profundo de su pensamiento, acepta como modelo de poder la imagen de la monarquía pontificia, res-

---

[25] P. Michaud-Quantin, *Universitas. Expressions du mouvement communautaire dans le moyen-âge latin,* Paris, 1970, especialmente pp. 207-208.

taurada y consolidada por obra de los reformadores gregorianos. Y, así, concibe metafóricamente a la sociedad como una ecclesia, *con dos autoridades supremas, según la vieja teoría de los dos poderes, aunque nunca alude directamente al modelo pontificio, y mucho menos al imperial, al desarrollar sus ideas sobre la* res publica. *Se trata, más bien, de exponer su gobierno pensándolo como una abstracta y atemporal* provincia *que, en el plano histórico concreto, se parecía mucho más a un reino tal como entonces lo eran Inglaterra o Francia*[26]. *En todo caso, sus propuestas teóricas se podrían aplicar a cualesquiera clases de poderes, y no sólo a los que hoy llamaríamos estrictamente políticos, sino también al del* dives *u hombre en posición dominante*[27], *al del cabeza de familia, linaje, clan o grupo: la distinción entre público y privado no estaba entonces, como es bien sabido, tan clara como lo ha venido a estar en tiempos recientes.*

2. Realeza y gobierno

«La original sabiduría del hombre hace que la libertad sea una característica de la sociedad primitiva, mientras que la civilización produce avaricia y hace necesaria la dominación»[28]. *Esta idea, de raíz estoica, se combina en el pensamiento europeo desde los primeros tiempos medievales, en la patrística de los siglos IV al VII, con otra, de origen bíblico, según la cual el ejercicio del poder es un remedio inexcusable para contener el desorden social introducido por el pecado. No podemos recorrer ahora los muy diversos caminos por donde ha discurrido hasta nuestros días esta concepción ideológica, oculta a veces o integrada con otras, pero es necesario mencionarla porque Juan de Salisbury la tuvo muy presente: los hombres, en su estado de perfección natural, necesitarían Jueces que regularan el ejercicio de la ley y asegurasen su supremacía, pero no Reyes que obligaran coactivamente a su cumplimiento. Por eso, en los tiempos bíblicos el Pueblo de Dios se organizó antes bajo el régimen de jueces y sólo con posterioridad, ante sus desviaciones, apareció la realeza*[29]. *Por eso, también, aunque el poder real es inexcusable, ha de someterse a pautas éticas e institucionales que garanticen su ejercicio legítimo.*

---

[26] Pol. VI, 1 y 24.
[27] Pol. V, 10. VI, 22 y 27.
[28] Liebeschütz, p. 48. Pol. IV, 11, inspirado en la epístola 90 de Séneca.
[29] Pol. IV, 3. VIII, 17 y 18.

Ante todo, la realeza es un oficio, un ministerium, *que convierte a su titular en cabeza o vicario de la comunidad. La teoría del vicariato regio fue expuesta por Juan antes, incluso, que por los primeros glosadores del* Corpus Iuris *(Dig. I, 4, I), donde se expresa la idea de que el pueblo romano había transferido su propio poder al emperador a través de una* lex regia *irrevocable. Pero el autor de* Policraticus *no extrajo de ella ninguna consecuencia de teoría política que pudiéramos denominar populista, y en esto se aparta de los autores bajomedievales para vincularse, una vez más, a sus auténticas raíces. Porque la idea del rey que prevalece en su obra es la misma que hallamos en otros autores del siglo XII algo anteriores, como Hugo de Fleury o Suger, es decir, la que le considera como imagen de Dios en el mundo:* «Todo poder viene de Dios: el poder que tiene el príncipe viene de Dios. Para el poder de Dios nada está alejado o separado de El, sino que se limita a ejercerlo a través de un brazo subordinado» [30]. *El rey, agente de la providencia divina, está sujeto a Dios mismo y a sus sacerdotes, pues la fuente que legitima su poder le señala también normas de conducta política; pero, por eso mismo, posee un respaldo que descalifica, de antemano, todos los intentos de resistencia al ejercicio de su recta autoridad.*

El ser ejecutor de las leyes divinas confiere al oficio regio un carácter religioso, y el buen cumplimiento de sus deberes por el príncipe, tanto públicos como privados, ha de reflejar esta especial condición de su persona. Juan enumera muchos de ellos en diversos pasajes de los libros cuarto al sexto: entre las condiciones personales prescribe la afabilidad y largueza, la humildad, con rechazo tanto de la vanidad como de la ira, la castidad, un nivel de instrucción elevado, sobre todo en lo referente a las leyes y a la ciencia militar, más la capacidad para rodearse en todo momento de consejeros sabios. En su acción de gobierno, el príncipe habrá de cumplir su deber para con todos, buscar el bien de los demás, y no el suyo, como verdadero padre de sus súbditos, sin dejarse llevar por afectos privados a la hora de gobernar, de modo que nadie esté afligido en su país y que las clases humildes, las viudas y huérfanos, los pobres, se sientan amparados, aun en medio de su situación desgraciada. El príncipe repartirá beneficios y honores con justicia, corregirá los errores combinando justicia y gracia con espíritu de equidad, vigilará la actividad de oficiales públicos y soldados paar evitar abusos y extorsiones, y no dudará en

---

[30] Pol. IV, 1.

expulsar de su reino a las gentes de mal vivir —bufones y comediantes en especial— que escandalizan con su ejemplo.

Al enumerar estas cualidades y actitudes del buen rey, Juan se vinculaba a una larga tradición que recorrió todo el pensamiento político europeo desde el siglo V hasta el XVI. Los autores carolingios, en sus escritos sobre la realeza, las mencionan también, tomándolas, sin apenas variaciones, del De duodicum abusionibus... *No estamos, pues, ante un tema especialmente novedoso, pero convengamos en que es difícil encontrar cualidades nuevas para la figura del rey, en casos semejantes, si no cambia previamente la concepción misma de lo que es el príncipe y su función, y el primero que se atrevió a hacer tal cosa fue Maquiavelo.*

Dadas estas premisas, el problema en torno al carácter electivo o hereditario de la realeza pasaba a tener una importancia teórica secundaria, a pesar de su indudable y continua repercusión en la práctica política. Herencia o elección son procedimientos que no se fundamentan en derechos absolutos, sino medios empleados por Dios, de quien deriva directamente el título regio, para proveer la persona que debe ejercer este ministerium. *En tiempos de Juan, tanto Inglaterra como Francia eran ya monarquías claramente hereditarias, pero se mencionaba todavía la práctica del consenso, especie de refrendo electoral, por parte del clero y de la aristocracia, y se recordaba siempre el papel fundamental del sacerdocio, en casos de crisis o duda, como posible intérprete de la voluntad divina acerca del procedimiento de concesión del título regio. En tales circunstancias, nuestro autor admite sin dificultad que la divina providencia adjudique a una dinastía el derecho al trono, o que, no existiendo otras prácticas sucesorias, se admita una presunción de derecho a favor de que el hijo herede al padre en el oficio regio*[31]. *Pero la «dádiva»*[32] *de los antepasados no puede prevalecer ni sustituir a los méritos y virtudes que el nuevo rey debe tener para serlo: tales méritos se le suponen a través de una serie de actos previos a su acceso al trono —el consenso, la consagración—, que rememoran prácticas electivas, y se demuestran mediante el ejercicio justo del poder. En conclusión, la electividad no se rechaza como supuesto teórico de acceso a la realeza, aunque poco usado, y la hereditariedad se acepta, pero no con carácter absoluto o forzoso, sino limitada por consideraciones de rango superior al derecho de sangre. Por eso, a modo de ejemplo, cuando*

---

[31] Pol. IV, 11. V, 6.
[32] Pol. IV, 3.

Juan comenta el pasaje del Deuteronomio *donde se promete largo reinado al rey y a sus hijos, fuerza la interpretación, alegando que se trata de un voto metafórico de felicidad eterna* [31].

En aquella concepción patriarcal de la monarquía, el rey, jefe guerrero y hacedor de justicia, se relacionaba con sus gobernados de forma puramente personal, mediante un contacto humano que simbolizan las sesiones públicas de justicia o la dirección inmediata de la guerra. Pero, en la realidad, había órganos administrativos que despersonalizaban la relación entre príncipe y súbditos. Al ser Policraticus *un tratado sobre moral política, esta cuestión no se trata, aparentemente, con la extensión debida: ya hemos indicado que la desintegración gubernativa introducida por el régimen feudo-vasallático no es objeto de estudio, y que existe una continua indiscriminación entre los planos público y privado, tanto en las relaciones jurídicas como en las de poder analizadas en el libro. Según su criterio moralista y primitivo del príncipe como ejecutor de una ley superior preestablecida, Juan de Salisbury podría considerar superfluo o indiferente cualquier sistema institucional de las funciones públicas dotado con mecanismos correctores de sus propios abusos, al margen de la conciencia moral de los administradores mismos. Y, en efecto, hay una ausencia conceptual, una incomprensión notoria de la necesidad de institucionalizar el despliegue administrativo en el naciente proceso de concentración de poderes que se estaba operando a favor de los reyes.*

Pero nuestro autor era muy sensible a las incipientes novedades de su época. Conocía y había vivido algunos ejemplos del «duelo que se inauguraba en la corte del príncipe, en la fuente del poder y la riqueza, entre el clérigo y el caballero» [34], *en el marco del común servicio a la Corona, y todo* Policraticus *es un esfuerzo para mantener y renovar el influjo eclesiástico. Contempla las consecuencias del incontenible desarrollo de los órganos administrativos, por otra parte, y aunque afirme que la revuelta contra el poder sólo es factible si éste obliga a obrar contra Dios, percibe con claridad que muchos abusos del gobierno pueden ser cargados a la cuenta de malos administradores más que a la del rey mismo, y fustiga la incipiente burocratización. Tal es el sentido de sus críticas, tan abundantes, contra los oficiales judiciales o hacendísticos, y también contra los abusos de la curia romana o de los legados pontificios* [35]. *El conocía bien ambos campos, sobre todo el*

---

[33] Pol. IV, 10 y 11.
[34] Duby, *Les trois ordres...*, p. 322.
[35] Pol. V, 10, 11, 15, 16. VI, 1 y 25. VIII, 17.

eclesiástico, donde el proceso de expansión de órganos administrativos estaba más avanzado, y, en este sentido, Policraticus *ha de ser entendido también como un* speculum curiae, *un tratado de moral cívica correctora de los abusos que se podían desencadenar desde la Corte, concebida como complejo órgano motor de relación entre el poder del príncipe y el cuerpo social*[36]. *Así, sucede que nuestro autor es, sin quererlo, el primer teórico de la burocracia estatal en la historia europea y, aunque permanece en él la antigua idea de que todo mal que afecte al cuerpo parte de la cabeza, las responsabilidades ético-políticas de ésta, el príncipe, son ampliamente compartidas por sus agentes colaboradores, por cuanto tienen en sus manos delegación de poderes, con diversos grados de autonomía.*

3. La ley

«*La idea de ley en* Policraticus, *como en todo el pensamiento político medieval, encauza la aproximación a cualesquiera otros problemas de gobierno y suministra la clave para comprender la solución que se le da*»[37]. *Sólo así se explica la importancia de la obra de Juan de Salisbury en su intento de expresar claramente el nexo entre ley y gobierno. Pero, ¿de qué tipo de ley se trata? Evidentemente, nos hallamos ante la idea, común en el Medievo, de Ley natural, ley, por tanto, inamovible, a la que han de aproximarse las leyes positivas y a la que debe atenerse el gobernante, so pena de caer en una práctica tiránica de gobierno. Para Juan, como intelectual medieval y eclesiástico, la expresión de esta Ley se encuentra en las Sagradas Escrituras, consideradas como conjunto de ejemplos e interpretaciones de la Ley divina, sancionados por Dios mismo. De ahí la importancia que alcanza en* Policraticus *el uso del* Deuteronomio *o del* Libro de Job. *Pero, al lado de la Escritura, el* Corpus Iuris Civilis, *redescubierto plenamente en el siglo XII, se presentaba como expresión máxima de la Ley natural, coronada por la Ley divina que mostraba la Biblia. Juan lo conocía, recordemos la enseñanza de Vacarius en Inglaterra, y lo utiliza ampliamente en sus argumentaciones.*

Naturaleza —Ley romana— y Escritura —Ley divina— eran, en consecuencia, las guías a seguir, y Juan apenas pretendió solucionar el máximo problema concreto de todo político, que con-

---

[36] Duby, *Les trois ordres...*, pp. 320-322.

[37] J. Dickinson, p. XXVIII de su fundamental introducción a la traducción inglesa de *Policraticus*, New York, 1927.

siste en saber cómo legislar y gobernar en cada situación, cómo pasar del plano de los principios generales al de la discrecionalidad y aplicación práctica que requiere la tarea gubernativa. Las leyes positivas eran, para aquel moralista, un simple reflejo de la Ley superior inamovible, y los diversos poderes —pontificado, imperio, reinos, feudos...—, meras agencias gubernamentales encargadas de aplicarlas. Pero, al faltar la expresión clara de los procedimientos, se dejaban en el aire algunas cuestiones importantes: primera, la forma de desarrollar instituciones gubernativas y judiciales. Segunda, la manera de instrumentar las protestas y resistencias frente a los abusos del poder.

Si lo que era Ley estaba claro, los medios de aplicarla y desarrollarla en los casos concretos, no, y esto podía promover un quietismo político, una indiferencia ante las necesidades de la organización judicial y administrativa, una indiscriminación peligrosa a la hora de juzgar sobre la licitud de cada poder concreto o de las resistencias al mismo, y una ausencia total de distinción entre los planos público y privado, puesto que la Ley superior y natural penetraba en todos ellos sin establecer frontera o límite. Esto, ya a mediados del siglo XII, en un momento de desarrollo incipiente de la doctrina estatal y de la administración pública, era una postura insuficiente y arcaica.

Sin embargo, nuestro autor reconocía al menos que, a menudo, la Ley necesitaba de interpretación, para encontrar su auténtico espíritu ante cada caso concreto, y en esto se apartaba de las declaraciones puramente teóricas de los estoicos o de San Agustín, y se adhería a la postura de Graciano, para quien la práctica interpretativa era inevitable. Ya las leyes, en sí mismas, interpretaban el concepto genérico de aequitas[38]*. Unas, las de origen divino, eran absolutas y universalmente necesarias, por lo que no requerían aclaración; pero otras, simplemente naturales, podían requerir desarrollo para atender a lo que fuera* honestum *y* utile, *es decir, a la utilidad común, de la mejor manera en cada caso. No obstante, este ámbito de discrecionalidad no correspondía sólo al poder del príncipe, sino que, en principio, era cuestión de cualquier individuo «calificado, por tener consigo la sabiduría divina»*[39]*. Y, por esta vía, Juan de Salisbury regresa, sin saberlo, al viejo principio germánico según el cual la Ley, patrimonio de la comunidad,*

---

[38] Pol. IV, 2.
[39] Pol. IV, 6. V, 9. Dickinson, XXXVII-VIII.

ha de ser interpretada por hombres sabios, jueces, consejeros del rey, sacerdotes, penetrados, eso sí, por la luz divina.

Pero al aconsejar esta práctica no se solucionaba el problema central, a saber, si alguien podía imponer al príncipe el cumplimiento de la Ley, ya que el príncipe no reconocía poder superior en el mundo. La solución moral exponía cómo estaba sujeto a una compulsión —vis directiva *escribirá Tomás de Aquino*— [40] *que le lleva a cumplir la Ley, so pena de degenerar hacia la tiranía; pero afirmaba que nadie disponía de capacidad forzosa* —vis coactiva— *para obligarle a ello, de modo que niega claramente que la voluntad del rey sea ley. Juan no interpreta la famosa máxima de Ulpiano* (quod principi placuit legis habet vigorem) *en el sentido absolutista que algunos glosadores la atribuyeron. Por el contrario, el rey está sujeto a la fe, a la razón, al sentimiento de dignidad y libertad individuales, pero no añade nuestro autor a la barrera moral ninguna propuesta de elementos institucionales efectivos que impidan, llegado el caso, los abusos. En estas condiciones, el choque entre la libertad humana y las actitudes tiránicas del poder tenía que producirse, necesariamente, de manera radical y en condiciones excepcionales, no contempladas ni por la norma ni por la práctica cotidiana de gobierno.*

4. La tiranía

Las opiniones de Juan de Salisbury sobre la tiranía emergen, según hemos visto, de una previa exaltación del poder regio, del rey como imagen de Dios en la Tierra y administrador de la ley o, más ampliamente, del reconocimiento de la necesidad del poder. Incluso si el que lo ejerce yerra, al menos hasta cierto punto, ha de ser sufrido, porque su existencia puede ser resultado de la voluntad divina, a modo de prueba enviada a los hombres, y formar parte del plan providencial, aunque no haya nada peor en sí mismo que la tiranía. Así se presentan los casos extremos de Calígula, Nerón o Atila, e incluso se concibe, en el libro octavo, la posibilidad de que exista una sociedad humana formada mayoritaria o enteramente por impíos, sujetos a su misma condición tiránica y a la de los otros.

Porque, importa mucho comprender esto, la definición de tiranía parte, en nuestro autor, de supuestos morales antes que políticos. La tiranía es una perversión del ser humano, esclavizado por

---

[40] *Summa Theologica,* I, 2ae, q. XCVI.

las pasiones y por el epicureísmo desenfrenado. Ahora bien, a partir de estas bases, que pueden afectar a cualquiera, hay una variante específicamente política de la tiranía, enraizada en la desviación moral del príncipe, que no gobierna ya según la Ley, sino que la burla, siguiendo sus deseos y pasiones, oprime al pueblo y lo reduce a servidumbre, rompe la paz y no respeta sus libertades. Ante esta situación, ¿cómo prever un legítimo derecho de resistencia?

Hay, ante todo, un derecho de resistencia pasiva, fundamentado en la confianza en Dios y en su justicia —la tiranía es una prueba enviada por El—, en la resignación y en el rezo, con la esperanza de que el tirano deje de serlo y de concitar con su actitud, por añadidura, males numerosos sobre su pueblo. Pero, si el tirano ordena acciones claramente contrarias a la Ley divina, es lícito declinar la obediencia, porque «Dios ha de ser preferido al hombre» [41] *bien de forma pasiva, bien activamente, y entonces el derecho de resistencia viene a ser un instrumento de la voluntad divina contra el tirano, y puede ser esgrimido por cualquier persona: «El tirano es la imagen de la corrupción, e incluso frecuentemente debe ser muerto...» «Es lícito matar al tirano, como se mata al enemigo condenado...» «No sólo es lícito matar al tirano, sino también justo y de derecho hacerlo»* [42].

La idea del tiranicidio tiene raíces clásicas. Juan las conoce a través de Cicerón, pero traspone la doctrina a un mundo mental y a una situación histórica que tiene muy poco que ver con la que vivió el autor clásico, de modo que su doctrina sobre el tirano no puede explicarse como mero reflejo de tradiciones grecorromanas. Cicerón escribía durante la crisis final de las instituciones de la Roma republicana, que deseaba ver restauradas, y hablaba en términos de libertad pública y de ley secular, mientras que Juan de Salisbury piensa en el príncipe ideal, en la monarquía como forma de gobierno, y en el respeto a las libertades concretas y diferenciadas de cada grupo social, a través de la práctica de principios morales y religiosos inalterables. Ni siquiera puede referirse su reflexión a los hechos concretos del reinado de Enrique II, que no alcanzaron sus matices, posiblemente tiránicos, hasta años más tarde.

El mismo acto de tiranicidio se contempla más como derecho privado que no como acción pública, aunque la tiranía sea presen-

---

[41] Pol. VI, 9 y 25.
[42] Pol. III, 15. VIII, 20. En general, sobre la tiranía, VIII, 17 y ss.

tada como un crimen de lesa maiestas[43]. *Por eso, Juan excluye de entre los posibles tiranicidas a aquellos que estén sujetos al tirano por juramento de fidelidad personal, porque estima que esto sería moralmente intolerable*[44]. *En todo caso, concibe la acción como un derecho, pero no como un deber positivo, y en el marco de la acción privada, respetando unas condiciones mínimas de honorabilidad que le llevan a afirmar, por ejemplo, la ilicitud de utilizar el veneno. Pero, salvando estos detalles de apariencia anecdótica, lo que no hay en* Policraticus *es una teoría del tiranicidio como acto público. Es lógico que así fuera, dado que el mundo mental de Juan no incluía aún, según hemos explicado ya, el concepto de* universitas *o* populus, *de comunidad política capaz de hablar y actuar por sí misma, incluso contra el príncipe si fuera necesario. Por eso, los autores posteriores, que sí lo tenían, matizaron la doctrina de nuestro autor: Santo Tomás niega claramente que el tiranicidio sea un derecho privado*[45]. *Coluccio Salutati, en la Florencia de finales del siglo XIV, afirmaba la necesidad, en tales casos, de una acción colectiva de la comunidad, y, por entonces, Juan Gerson explicaba en la Universidad parisiense que el tiranicidio era cuestión de justicia y, por tanto, sujeta a procedimiento, de modo que nadie pudiera tomársela por su mano.*

He aquí un claro avance de la teoría política, que no había aparecido en el horizonte histórico e intelectual del autor que consideramos ahora: al no concebir a la comunidad como cuerpo político, como país legal capaz de limitar las acciones de gobierno, para Juan «el único límite al despotismo era la doctrina de la acción individual en forma de tiranicidio, además de, por supuesto, la autolimitación de su poder por los gobernantes»[46], *ateniéndose a la Ley. La solución al problema planteado pasaba, pues, por las coordenadas mentales propias del autor, que aconsejaban, frente a los abusos tiránicos, las soluciones radicales, una vez agotados todos los recursos, soluciones aplicables por cualquiera, puesto que la interpretación de la Ley, llegado el caso, no era patrimonio exclusivo de nadie, ni objeto de cuerpos o instituciones de Derecho público exclusivamente, sino capacidad de cualquier hombre inspirado por Dios. Subyace en esta concepción una veta de anarquismo primitivo que era consustancial con las ideas de Juan de Salisbury sobre el ejercicio del poder, aunque él no lo imaginara, y que da-*

---

43 Pol. III, 15.
44 Pol. VIII, 20.
45 *De Regimine Principum*, I, 6.
46 Dickinson, LXXVII.

ría mucho juego en el planteamiento mental de revueltas sociales durante los siglos XIII a XIX, y aún más allá [47].

5. Roma, el Pontificado, la Iglesia

El recuerdo de la Roma antigua está presente en toda la obra de Juan de Salisbury. Los recuerdos, situaciones o personajes tomados de la antigüedad salpican sus escritos, aunque se les interprete de manera peculiar, distinta tanto a la del Humanismo del siglo XV como a la de la crítica histórica contemporánea, porque, en definitiva, Juan utilizaba la idea de Roma como arquetipo, uno de los más caros a los intelectuales de aquellos siglos, como paradigma del poder supremo en el mundo. Pero no derivaba de esta idea la necesidad de una continuidad del Imperio, sino todo lo contrario: en diversos pasajes critica el vicio, la tiranía, la impiedad de numerosas situaciones y hechos de la historia romana [48], *y su hostilidad hacia los símbolos de poder romanos utilizados durante la revuelta de Arnaldo de Brescia es evidente, así como también la que manifestó hacia los intentos de Federico I y su canciller Rainaldo de Dassel para reintroducir fórmulas y conceptos romanos en sus documentos y en su gobierno, según las enseñanzas del* Corpus Iuris Civilis *que ya se impartían en Bolonia, con el fin de presentar el título imperial como una* renovatio o reformatio *del romano. Juan, poco afecto al mundo alemán, estaba «en contra de un Imperio supranacional encargado de la unidad y la paz del mundo»* [49].

Roma es para él, según hemos visto, la creadora de una Ley que refleja mejor que ninguna otra a la natural, y, por eso, la única herencia romana admisible en el emperador medieval es la que le permite, en caso extremo, actuar como intérprete superior de la ley civil, cuando sea preciso y según los ya citados criterios de utile *y* honestum. *Pero Roma es, también, el recuerdo que pesa sobre el poder pontificio y condiciona su práctica. Aunque* Poli-

---

[47] Sobre la teoría del tiranicidio, v. R. y M. A. Rouse, «John of Salisbury and the Doctrine of Tyrannicide», *Speculum*, XLII-4 (1967), 693-709. J. Van Laarhoven, «Die tirannie verdrijven... John of Salisbury als revolutionair?», *Geloof en Revolutie*, Amsterdam, 1977, 21-50, y «Iustitia bij John of Salisbury. Proeve van een terminologische statistiek», *Nederlands Archief voos kerkgeschiedenis*, 58, 1 (1977), 16-37. G. C. Garfagnini, «Legitima *potestas* e tirannide nel *Policraticus* di Giovanni di Salisbury. Riflessioni sulla sensibilità di un "clericus" per i problemi storico-politici», *Critica Storica*, 14 (1977), 575-619.

[48] Pol. II, 15. III, 10. VI, 24.

[49] Chenu, *La théologie...*, p. 86.

craticus *no aborda de manera central los problemas eclesiásticos, hay en sus páginas muchos puntos de reflexión al respecto, por su estrecha relación con los poderes seculares y por la gran cantidad de temas que afectaban a ambos conjuntamente.*

Al poder sacerdotal, como alma del cuerpo que era la comunidad, le correspondía la función de sancionar, legitimar, juzgar incluso, a los demás poderes, por ser el primero y más directo administrador de la Ley divina. Es, en definitiva, la vieja teoría gelasiana, nunca olvidada, que justifica la superioridad de la autoridad del sacerdocio en materias tocantes a fe y moral, muchísimas, como puede suponerse, en una sociedad que establecía su imagen a partir de criterios primordialmente religiosos y éticos.

Pero, consideradas como poder, las jerarquías e instituciones eclesiásticas estaban sujetas a los mismos peligros y desviaciones que las demás instancias administradoras de la Ley. El papa era, sin duda alguna, autoridad y juez supremo en toda la cristiandad, velaba por la fe y la ley en la Iglesia y aseguraba el mantenimiento de las libertades del clero en los diversos países, y Juan considera incontestable el primado pontificio, la situación de Roma como «madre y cabeza de todas las Iglesias» [50]*. En la estela de los reformadores de la época gregoriana, le repugna toda injerencia secular en los asuntos eclesiásticos y ensalza la primacía romana; pero, como testigo de su época, constata que los ideales reformadores han naufragado parcialmente y que, una vez alcanzados los objetivos de libertad respecto al poder laico, continúan los motivos y ejemplos de deterioro de la administración eclesial.*

Ante todo, la Corte romana es un centro de corrupción administrativa, un foco de gasto excesivo. La centralización en ella de la administración eclesiástica, frente a los obispos y otras instancias, provoca abusos, excita la codicia de los legados papales, agrava el peso de la hacienda pontificia. Aunque el papa, sólo sujeto al juicio de Dios, está por encima de sus críticas, Juan no se recata de mencionar las circunstancias lamentables que rodean a su gobierno, y ejerce, en tono más serio y menos mordaz, la misma crítica con respecto a la Corte pontificia que también practicaron sus contemporáneos los poetas goliardos. Critica, primero, las distorsiones que se producen en las elecciones pontificias, aunque exija la obediencia para el electo canónicamente: no en vano fue uno de los expertos que participó en la preparación del III Concilio de Letrán, donde se estableció que la elección papal habría de hacerse

---

[50] Pol. VI, 24.

por dos tercios del cuerpo elector votando al mismo nombre. Critica también, el escaso control del papa sobre los abusos que cometen las familias del patriciado romano, y, en el conjunto de la Iglesia, el acceso de personas indignas al episcopado, los procedimientos deshonestos empleados para aumentar los patrimonios territoriales de los monasterios, en especial los cistercienses; las envidias y feroces críticas que alimentan unos sectores del clero con respecto a otros; las contradicciones peculiares de las órdenes militares del Templo y del Hospital. Le parece, en resumen, que el papa no tiene los medios prácticos para ejercer la totalidad del gobierno que le corresponde, y así lo expresa en el relato de su conversación con Adriano IV [51].

Por otra parte, el problema de las relaciones entre sacerdocio y poder secular no es objeto de reflexiones o soluciones concretas, más allá de las afirmaciones generales que sujetaban al rey con respecto al sacerdocio en la alta interpretación de la Ley divina y natural. Ni siquiera se especifica quiénes serían los representantes legítimos del sacerdocio. Una vez más, no hay intento alguno de diferenciar entre propuestas morales y medios institucionales, y Juan, de nuevo, se nos muestra como un autor altomedieval, anterior a las reflexiones jurídicas y políticas que alumbraron una época nueva, en estos planos del pensamiento europeo, desde el siglo XIII. El, que había sido testigo, sin embargo, de los abusos cometidos por el rey Esteban contra las libertades eclesiásticas, y que padecería en su carne algo después la pugna entre sacerdocio y realeza protagonizada por Becket y Enrique II, no pasó más allá de la constatación de que algo no iba bien, no llegó a concebir que la inevitable existencia de la burocracia y la necesaria relación entre los dos poderes requerían de nuevos instrumentos y normas de control para evitar los males que describió y combatió con tanto vigor.

Conclusión

El pensamiento político del siglo XII fue ya mucho más complejo, abierto a las novedades de su época y creativo que el de los siglos precedentes, «siglos monásticos». Corresponde a un momento intelectual preciso: el del renacimiento cultural protagonizado por las

[51] Pol. IV, 24 y 25. V, 16. VII, 21. VIII, 17 y 23. A la bibliografía ya citada conviene añadir P. Gennrich, *Die Staats- und Kirchenlehre Johanns von Salisbury*, Gotha, 1894.

escuelas catedralicias, que generó una reflexión sistemática menos perfecta que su heredera, la escolástica universitaria del XIII, pero también más flexible, y un gusto por el latín literario que se perdería en parte durante la siguiente centuria, al tecnificarse con exceso el empleo de aquella lengua escrita.

Como heredero de una larga tradición, Juan de Salisbury mantiene la visión religiosa y sacerdotal de las realidades sociales y políticas, y otorga un predominio absoluto, en última instancia, a la autoridad espiritual. Lo hace debido a unas convicciones bastante sencillas, pues proclama el mandato universal de la Ley divina y natural, lo que proporciona un aspecto hierocrático al ejercicio de todo poder. Pero deja bien claro que éste, en sus aspectos coactivos, no corresponde a las características y necesidades originarias de la naturaleza y libertad humanas, sino que es un mal menor, inevitable ante la corrupción de las mismas por el pecado. Esta vieja idea, de raíces clásicas tanto como cristianas, señala límites a la extensión temporal del poder, pues establece una utópica y metahistórica anarquía, del mismo modo que el respeto a la Ley condiciona y matiza su ejercicio.

El príncipe, en estas condiciones, actúa como vicario de la voluntad divina. Es un patriarca, no es responsable ante sus súbditos, pero sí ante Dios, de gobernarlos según Ley. Los teóricos altomedievales dejaban paso libre, de hecho, a situaciones de absolutismo, al establecer únicamente este freno moral y no prever mecanismos institucionales ni para controlar el poder ni para instrumentar la enunciación y las aplicaciones concretas de la Ley; pero fue nuestro autor el primero en prever las reacciones que podrían producirse legítimamente ante actitudes tiránicas. Su doctrina sobre el tirano y el tiranicidio es, por ello, nueva en sus aspectos expositivos, a pesar de los ejemplos clásicos y bíblicos que la inspiraban, y, como todo Policraticus, *está teñida más por consideraciones e imperativos de carácter ético que no por razones estrictamente políticas.*

La carencia mayor de la obra es su falta de sensibilidad ante la naciente complejidad administrativa y burocrática, novedad indispensable y detectada, pero incomprendida por un autor que mantiene habitualmente la indistinción entre los planos del Derecho público y de las relaciones privadas: para él, sólo hay Ley y hombres, administradores de poder y sujetos a ellos. También se explica en su contexto histórico otra gran ausencia: la de la comunidad social entendida no sólo como objeto, sino también como sujeto y partícipe de la acción política, ya como un todo, ya a

través del ejercicio de este terreno de libertades y derechos privativos de cada uno de sus estamentos. La primera solución es propia de algunas sociedades contemporáneas; la segunda, específica de las medievales, sobre todo a partir del siglo XIII.

El libro mantuvo una notable influencia durante cientos de años como clásico de la doctrina política, a pesar de sus limitaciones y de haber nacido en y para una situación histórica concreta. Esto se explica teniendo en cuenta el tradicionalismo de la cultura intelectual europea en la expresión de sus modelos ideológicos, hasta el término del Antiguo Régimen, y también porque Policraticus *proponía un deber ser ético casi atemporal en apariencia, más que un formulario de cómo gobernar; unas normas de* civilitas, *en suma, perfectamente asimilables tanto por el rey cristiano como por la clase aristocrática, puesto que reforzaban, en definitiva, su poder y su posición social, y permitirían un campo de acción específicamente laico: recordemos que en Juan de Salisbury la metáfora del cuerpo social está totalmente secularizada.*

Por otra parte, Juan era un sacerdote que rompía con las arraigadas pretensiones monásticas de dominio ideológico y control social. Esto hizo más simpático y asequible su pensamiento, tanto para sus colegas episcopales como para los frailes de las nuevas órdenes mendicantes, que nacen en el siglo XIII y encuentran en las doctrinas de nuestro autor muchos puntos coincidentes con sus intereses, especialmente los franciscanos. Seguramente tuvieron que ver en esto su clara actitud en un caso de confrontación radical en pro de los derechos últimos y más profundos, como fue el de Thomas Becket, y también sus críticas a la corrupción eclesiástica, tan alejada de los ideales evangélicos y apostólicos. Además, Juan de Salisbury se beneficiaría del evidente enlace entre los puntos de vista y las preocupaciones intelectuales de su época, por una parte, y las del siglo XIV, por otra. Una vez que alcanza su total madurez el realismo escolástico del XIII, surgen las críticas al sistema, las posiciones nominalistas, que encuentran antepasados entre los pensadores del XII, aunque tanto las técnicas del pensamiento como determinados criterios se hayan modificado.

La crisis de poder que ocurrió en el siglo XIV contribuyó también, indirectamente, a la supervivencia de la obra de Juan, algunos de cuyos principios se integraron fácilmente en el ideario político y eclesiástico surgido durante la mutación bajomedieval. Su teoría orgánica de la sociedad se acomoda a la concepción del Estado como cuerpo y al desarrollo de las doctrinas conciliaristas, aspectos ambos propios de los últimos siglos de la Edad Media,

que vemos tratados de diversas formas por autores como Guillermo de Occam, Marsilio de Padua, Ptolomeo de Lucca o Nicolás de Cues. La doctrina sobre el príncipe, vicario de Dios, y la exposición de sus deberes y actitudes, mantuvieron a Policraticus *en primera línea de los* specula *utilizados para instrucción de la clase política. A mediados del siglo XIV, por ejemplo, el franciscano Denis Foulechat lo tradujo al francés, por encargo de Carlos V. El concepto de Ley expresado en la obra era tan simple y sugerente, que sirvió de pauta a comentarios de juristas, especialmente los del napolitano Lucas de Penna, también en el siglo XIV. Y, por último, la doctrina sobre el tiranicidio sería glosada sin cesar en aquellos tiempos de alteraciones políticas, y, con el paso de los años, llegaría a convertirse en el aspecto más conocido, aunque citado fuera de contexto, del pensamiento que se contiene en* Policraticus [52]. *Posiblemente, una de sus primeras aplicaciones prácticas sería la consideración de Pedro I como «tirano», en la propaganda de sus adversarios, durante la guerra civil castellana de los años 1366 a 1369.*

---

[52] Ch. Brucker, *Le Policraticus de Jean de Salisbury traduit par Denis Foulechat en 1372. Livres I-III*, Nancy, 1969. A. Linder, «John of Salisbury's Policraticus in 13th century England», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes,* 40 (1977), 1-26. A. Linder, «The knowledge of John of Salisbury in the Late Middle Ages», *Studi Medievali,* 18/2 (1977), 315-366. B. Smalley, *English Friars and Antiquity in the Early 14th century,* Oxford, 1966. W. Ullmann, «The influence of John of Salisbury on medieval italian jurists», *The English Historical Review,* 59 (1944), 384-392, *The Medieval Idea of Law, as presented by Lucas de Penna. A Study in Fourteenth Century Legal Scholarship,* Nueva York-Londres, 1969, y «John of Salisbury's Policraticus in the Later Middle Ages», *Geschichtsschreibung und gesitiges Leben im Mittelalter. Festschrift für Heinz Löwe,* Köln-Wien, 1978, 519-545. Además, la antigua «tesis latina» de A. Douarche, *De Tyrannicidio apud Scriptores XVI Seculi,* Paris, 1888.

FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

1. Ediciones y estudios anejos

J. A. Giles: *Ioannis Saresberiensis..., Opera Omnia, nunc primum in unum colligit et cum codicibus manuscriptis contulit.* Oxford, 1848, 5 vols.—Sobre esta edición se basa la de Migne: *Patrologia Latina,* CXCIX, 1-1140, y CXC, 195-203 *(Vita sancti Thomae Cantuariensis archiepiscopi et martiris).*

Correspondencia: The Letters of John of Salisbury. I: The Early Letters (1153-1161). Londres, Nelson's Medieval Texts [N.M.T.], 1955. *II: The Later Letters (1163-1180).* Oxford, Oxford's Medieval Texts [O.M.T.], 1979. Eds. W. J. Millor, S. J., C. N. L. Brooke, H. E. Butler.—Reseñas críticas al volumen I por R. W. Southern, en *The English Historical Review,* LXXII (1957), 493-497, por H. Hohenleutner: «Johannes von Salisbury in der Literatur des letzen zehn jahre», *Historisches Jahrbuch,* 77 (1958), 493-500 (amplia bibliografía), y por E. Jeauneau, en *Bulletin des Sociétés archéologiques d'Eure-et-Loire,* CX (1966), 79-82.—V. también R. L. Poole: The early correspondence of John of Salisbury», *Proceedings of the British Academy,* Londres, 1924.

Historia Pontificalis: Iohannis Saresberiensis Historiae Pontificalis quae supersunt. Ed. R. L. Poole. Oxford, 1927.—*John of Salisbury's Memoirs of the Papal Court.* Trad. con introducción y notas por M. Chibnall. Londres, 1956.

Entheticus: Johannes Saresberiensis. Entheticus de dogmate philosophorum. Ed. Chr. Petersen. Hamburgo, 1843.—*Entheticus,* ed. de R. E. Pepin, en *Traditio,* XXXI (1975), 127-193.

Metalogicon: Ioannis Saresberiensis Episcopi Carnotensis, Metalogicon Libri IIII. Ed. C. C. J. Webb. Oxford, 1929.—*The Metalogicon of John of Salisbury.* Trad. con introd. y notas por D. D. McGarry. Ber-

keley, 1955.—V. de este autor: «Educational Theory in the Metalogicon of John of Salisbury», *Speculum,* 23 (1948), 659-675.

Policraticus: Johannes Saresberiensis. Policraticus. Ed. C. C. J. Webb. Oxford, 1909, 2 vols.—*The Statesman's book of John of Salisbury. 4th, 5th and 6th books, and selections from the 7th and 8th books of the Policraticus.* Traducc. y estudio previo por J. Dickinson. Nueva York, 1927.—*Frivolities of courtiers and footprints of philosophers. A traduction of the first, second and third books and selections from the seventh and eighth books of the Policraticus of John of Salisbury.* Trad. de J. B. Pike. Minneapolis, 1938.—R. W. Brüschweiler: *Das sechte Buch des Policraticus von Ioannes Saresberiensis. Ein Beitrag zur Militärgeschichte Englands im 12 Jahrhundert.* Zürich, 1975 (Edición latina y traducción alemana).

Ch. Brucker: «Le Policratique: un fragment dans le Ms. B. N. Fr. 24287», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance. Travaux et Documents,* 34 (1972), 269-273.—R. Palacz: «Les manuscrits du *Policraticus* de Jean de Salisbury en Pologne», *Medievalia Philosophica Polonorum,* 10 (1961), 55-58.

2. Bibliografía

Me limito a mencionar algunas obras más importantes, siguiendo el orden cronológico de su aparición, en general. Si han sido citadas ya en nota a pie de página, remitiré a la referencia completa incluida en ella (Vg. capítulo segundo, nota 11, se citaría II, 11).

El primer estudioso de Juan de Salisbury fue Hermann Reuter: *Johannes von Salisbury. Zur Geschichte der christlichen Wissenschaft im 12 Jahrhundert.* Berlín, 1842, que ampliaría sus noticias en su posterior *Geschichte Alexander III und der Kirche seiner Zeit.*—Veinte años después se publicaba el fundamental estudio de C. Schaarschmidt: *Johannes Saresberiensis nach Leben und Studien, Schriften und Philosophie.* Leipzig, 1862.—Otras aportaciones interesantes del pasado siglo fueron las de M. Demimuid: *Jean de Salisbury.* Paris, 1873. A. Douarche (III, 52), Paul Gennrich (III, 51) y Ernst Schubert (III, 17).

En los primeros decenios del siglo actual, junto con las definitivas ediciones críticas de Clement C. J. Webb y su importante biografía de Juan de Salisbury (I, 1), han de tenerse en cuenta los estudios de Reginald Lane Poole: *Illustrations of the History of Medieval Thought and Learning.* Nueva York, 1960 (1.ª ed. 1884, 2.ª ed. 1920), y *Studies in Chronology and History.* Oxford, 1934.—Fueron valiosas también las interpretaciones sobre el pensamiento de nuestro autor hechas por E. F. Jacob: *John of Salisbury and the Policraticus* (III, 17), y H. Waddell: «John of Salisbury», *Essays and Studies by Members of the English Associations* (Oxford), XIII (1928), 28-51.—En los años siguientes incluyeron en sus obras capítulos sobre Juan, I. Spoerl: *Grundformen der*

Geschichtsanschauungen des Hohen Mittelalters. Munich, 1935, cap. IV, R. R. Bezzola: *Les origines et la formation de la litterature courtoise en Occident.* Paris, I, 1944, 20-31 («Jean de Salisbury, le moraliste»), y F. Elías de Tejada: *Las doctrinas políticas en la Baja Edad Media inglesa.* Madrid, 1946.

La aparición del libro de Hans Liebeschütz (I, 9), en 1950, marcó un hito en la renovación de los estudios sobre Juan de Salisbury. El mismo autor precisó conceptos años después en «Chartres und Bologna, Naturbegriff und Staatsidee bei Johannes von Salisbury», *Archiv für Kulturgeschichte,* 1 (1968), 3-32.—Debe considerarse también el valor de los estudios, concluidos en los años siguientes, por H. Hohenleutner: *Studien zur Briefsammlung und zur Kirchenpolitik des Johannes von Salisbury.* Munich, 1953 (dactilografiado), Bárbara Helbling-Goor (II, 12) y C. Mazzantini: *Il pensiero filosofico di Giovanni di Salisbury.* Turín, 1957.—La función de lo autobiográfico en G. Misch: «Studien zur Geschichte der Autobiographie von Johann von Salisbury und das Problem des Mittelalterlichen Humanismus», *Nachrichten Akad. d. Wiss. in Göttingen, philol. hist.,* Kl. 6 (1960), 231-357.—La obra de J. Dumont (III, 17) es una Memoria universitaria bien organizada. También se encuentran datos útiles en Vincenzo Cilento: *Medio Evo Monastico e Scolastico.* Milán-Nápoles, 1961 (pp. 113-158).

En la miscelánea sobre el Renacimiento del siglo XII editada por Gandíllac y Jeauneau (I, 6) se publicó un artículo de B. Munk-Olsen: «L'humanisme de Jean de Salisbury, un cicéronien du XIIè siècle», que renovaba la cuestión sobre los clásicos utilizados por nuestro autor.—El mismo año concluía en Harvard su tesis Janet Martin, sobre *John of Salisbury and the Classics.* Su trabajo permanece inédito, pero ha publicado algún fragmento en «John of Salisbury's Manuscripts of Frontinus and of Gellius», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes,* XL (1977), 1-26.—Sobre los mismos temas interesa también consultar a R. W. Hunt, en *Classical Influences on European Culture.* Cambridge, 1971, R. R. Bolgar, ed., 51-55.

De entre las publicaciones de los últimos años destacan los estudios de Peter von Sivers (II, 17), G. Miczka: *Das Bild der Kirche bei Johannes von Salisbury.* Bonn, 1970, el inédito de Ursula Odu: *Wissenschaft und Politik bei Johannes von Salisbury.* Munich, 1974, los dedicados por Linder y Ullmann a la influencia bajomedieval del autor (III, 52), Klaus Guth: *Johannes von Salisbury (1115/20-1180). Studien zur Kirchen-, Kultur- und Sozialgeschichte Westeuropas in 12. Jahrhundert,* Munchener Theologische Studien. Historische Abteilung 20, 1978.—En español, Mariano Brasa Díez: «Lo que la historia ha pensado de Juan de Salisbury», *Escritos del Vedat,* 5 (1975), 263-292.

Pero, sin duda alguna, la investigación fundamental de los últimos años es la de Max Kerner: *Johannes von Salisbury und die logische Struktur seines Policraticus.* Wiesbaden, 1977, a completar con su artículo, «Natur und Gesellschaft bei Johannes von Salisbury», *Soziale*

Ordnungen im Selbstverständnis des Mittelalters. Miscellanea Medievalia. Ed. A. Zimmermann. Berlín-Nueva York, 1979.—Se anuncia la próxima publicación de la miscelánea titulada *The World of John of Salisbury* (Oxford. *Studies in Church History*), en la que David E. Luscombe, autor también de un artículo sobre Juan de Salisbury en el *Dictionnaire de Spiritualité* (col. 716-721), enumera por extenso la bibliografía sobre nuestro autor aparecida entre 1953 y 1980. El profesor Luscombe ha tenido la gran amabilidad de hacerme llegar una copia de esta relación bibliográfica, todavía inédita, por intermedio del doctor Highfield.

POLICRATICUS

NOTA DE LOS TRADUCTORES

Unas breves indicaciones sobre los criterios que han presidido la traducción y la forma de presentación de la misma.

En primer lugar, señalar que el texto utilizado ha sido el establecido por Clemens C. J. Webb: Joannis Saresberiensis Episcopi Carnotensis Policratici sive De Nugis Curialium et Vestigiis Philosophorum Libri VIII. *Oxford, 1909. 2 vols. XLIX-368; VIII-512 págs.*

En la traducción hemos pretendido ante todo ser fieles al texto del autor; es decir, hemos procurado transmitir, lo más exactamente posible, el sentido del texto y hacerlo con las mismas palabras del autor, sin omitir nada ni añadir por nuestra parte cosa alguna. Por ello, respetando la idiosincrasia propia de los giros de cada lengua, hemos intentado evitar en la misma traducción las paráfrasis y explicaciones de sentido.

Al mismo tiempo, hemos hecho un esfuerzo por respetar el estilo propio del autor. Esto puede llevar, a veces, a una cierta sensación de arcaísmo, porque el autor utiliza con frecuencia el párrafo amplio y un poco retórico, sin dejar de ser en otras sumamente conciso y sentencioso. Ello explica que no se haya recurrido sistemáticamente a la ruptura del párrafo largo y complicado en pequeñas frases, aunque tampoco se haya renunciado totalmente a ello, según las exigencias de la misma traducción. En resumen, no se ha prescindido, antes al contrario, se ha procurado reflejar la manera propia de escribir del autor.

Ello no significa que hayamos dejado el texto en la misma disposición del original, que tal como está en la edición crítica de Webb, apenas presenta diferenciación de párrafos. Hemos introdu-

cido numerosos puntos y aparte, pero hemos señalado con mayor espaciación los que ya estaban en el texto de Webb. El especial relieve que se da a las citas de versos tomados de autores clásicos, copia exactamente la ya existente en el mismo texto crítico.

Esto nos lleva al tema de las citas. Siempre que el autor indica que una determinada frase o párrafo constituyen una cita textual, hemos puesto esa cita entre comillas, como es hoy habitual, aunque esas comillas no existen en el texto original. Esto debe tenerse especialmente en cuenta en las citas de la Sagrada Escritura, que muchas veces no se corresponden exactamente ni con las modernas traducciones, ni con el texto mismo de la Vulgata, *ya que el autor manejó ediciones latinas no siempre idénticas a esta última. Hemos utilizado también, aunque en pocas ocasiones, las comillas, para dar realce a una palabra por exigencia del texto mismo.*

Sin embargo, para indicar la palabra original del texto (bien sea porque no existe traducción conocida de la misma, o porque conviene, en muy contados casos, indicar la palabra del autor a la que corresponde la traducción) se ha utilizado la cursiva. Lo mismo se ha hecho con los títulos de obras. Los paréntesis no tienen un significado específico.

Mención aparte merecen las notas. Dada su abundancia, parece oportuno resaltar que renunciar a ellas en una obra cuyo texto está cuajado de referencias, hubiera empobrecido el conocimiento del verdadero texto del autor y, además, hubiera hecho en ocasiones más difícil su lectura. En las notas hemos tomado como pauta el riquísimo aparato de la edición de Webb, sin incorporarlo totalmente (cuando derivaba claramente hacia la mera erudición), pero añadiéndole otras notas explicativas que en algunos puntos parecían convenientes para una mejor o más fácil intelección del texto. Sin embargo, dejamos aquí constancia de este básico seguimiento de Webb en el aparato de notas, porque, en algunos casos, éste señala como desconocido un autor o pasaje que la investigación posterior ha podido aclarar sin conocimiento nuestro.

Con ello queda patente que la traducción que se ofrece y que, dada la complejidad de la obra en contenido y lenguaje, ha supuesto una ardua tarea, no pretende ser un trabajo de investigación propiamente tal, sino un serio esfuerzo para ofrecer en español la primera traducción completa a una lengua moderna que se hace en el mundo, en una sola obra, de este importantísimo libro de Juan de Salisbury.

MATÍAS GARCÍA GÓMEZ
y TOMÁS ZAMARRIEGO

INTRODUCCION

COMIENZA EL «ENTETICO»

Si confías en mí [1], mantén callada tu lengua; no pongas tu pie en la Corte; permanece en tu hogar.

Evita la mirada de los hombres y esconde, libro mío, las palabras que te confío.

Todas las cosas deben serte sospechosas, porque se dice que tú eres un enemigo público y un reo de lesa majestad.

Estás tal vez destinado al fuego devorador o la feroz espada; como enemigo puede caer sobre ti el agua impura.

Si sales, cúbrete la cara, porque el polvo y el viento dañarán tu piel.

Que tu mano derecha lleve un báculo y que una mochila oprima tu espalda. Cubra tu cabeza un gastado sombrero, y una abarca, tu pie.

Tu porte y tu forma de vestir deben tener un aire extranjero. No uses sino una lengua extraña con extraños sonidos.

Di a todos que tú eres un nativo de Poitiers [2], pues allá se permite una lengua más libre.

Procúrate sobre todo un hospedero leal con el que puedas estar seguro de las asechanzas que cualquiera pueda prepararte.

---

[1] A imitación de Ovidio, *Tristes* I 1 ss., y otros poetas (Horacio, Marcial, etc.), nuestro autor habla, aconseja y despide a su libro.

[2] El rey Enrique II casó con la condesa de Poitiers en 1152. (Cf. otra alusión a esa ciudad en *Policraticus*, I, 13.)

Guárdate de los tontos, de los sabelotodo y de los bribones, así como de aquellos que tienen fama de charlatanes.
Quien ame la verdad, sea para ti el hospedero ideal, y recela del que se deleita con la fama vana.
Reverencia con el derecho de patronato a quien quiera, sepa y pueda ser tu guardián en todas partes.
Por lo cual, busca la luz del clero, gloria de la estirpe inglesa, mano derecha del rey y modelo de todo lo bueno.
Tu primera preocupación sea acudir al canciller del reino inglés [3].
El deroga las leyes inicuas del reino y hace justos los mandatos del príncipe piadoso.
Si hay algún peligro para las gentes o algo dañoso para las costumbres, sea lo que fuere, gracias a él deja de dañar.
El es quien da siempre preferencia al bien común sobre lo privado. Considera ganancia suya lo que comparte con todos.
Lo que da, lo tiene; y lo que tiene, lo da a los que son dignos; y, al contrario, derrama, pero las riquezas se multiplican cuando se reparten.
Como la virtud del alma, así es la elegancia de su figura, y ambas hacen de él un hombre admirado por todas las naciones del mundo.
El filósofo de Samos [4] resultaría torpe si le retase en agudeza, mientras que Platón sería un ignorante, y Varrón, un necio.
Si un Curión [5] compitiese en elocuencia, sería vencido por él. Quintiliano también sería derrotado.
Reconocer su casa no es tarea ardua: el camino está expedito para cualquiera, sin necesidad de guía.
Tal casa es conocida de todos; desconocida sólo para el vicio; luce, y de ella reciben su luz ricos y pobres.
Esa casa tiene las puertas abiertas para los desdichados, e igualmente para los dichosos; en ella, todo el que llega encuentra un padre que llena su corazón de alegría.
Cuando te abrieren la puerta, entra en seguida en el aposento de tu señor.
Aguarda hasta que salga la muchedumbre que bulle en la habitación, y a que los cansados miembros de tu señor estén recostados sobre el lecho.
Acércate entonces, recobra tu semblante normal y sacude de tu

---

[3] La obra está dedicada y destinada a Tomás Becket, del que hablan los versos que siguen a continuación.
[4] Se refiere a Pitágoras.
[5] Su elocuencia la celebra Cicerón en *De Oratore* II 23 § 98.

mochila toda frivolidad; deja también de comportarte como peregrino.

Sin embargo, no manifiestes lo que pueda herir los ojos del príncipe, de quien pende toda tu vida y bienestar.

Pues si tu aspecto le molesta, ¿cómo podrás agradarle? De su voluntad depende todo derecho y honra.

Lo que él prohíbe es un crimen. Lo que él manda es justo; él establece o deroga las leyes.

Pero puesto que a éste únicamente le agrada la virtud, así tú únicamente le agradarás por la virtud; si ella te falta, todo lo demás te dañará.

El cultiva el Derecho, establece la paz y pone cimientos a la tranquilidad; con su mente y con su mano domeña a los enemigos ensoberbecidos.

Pero, tanto si invoca el Derecho como si amenaza con su espada el enemigo, nada hace y nada aprueba, sino lo que es santo.

Compara con él a todos los caudillos y a todos los poderosos; tras ver a éste, la ingente multitud de los jefes no es sino plebe.

Si ves reyes, ¿qué serán en su comparación sino una turba de gente rústica? Y queden contentos si pueden ser llamados así.

Mostrándole tan solo una porción pequeña en ti mismo, podrás averiguar todo lo que te espera de honor o favor.

Si eso le proporciona satisfacción, entonces podrás mostrar con franqueza todas tus páginas; pero si eso no le agrada, cubre lo demás con tu toga.

Tus primeras palabras sean las de saludo; después, muestra tu donaire, ofrécele tus servicios y pide hospitalidad.

No serás un huésped pesado, ni que produzcas temor por la comida o la bebida. Un traje, y no lujoso, te basta.

Tampoco eres una carga a causa de tus caballos ni tienes que pedir arreos para ellos, ni necesitas una multitud de criados.

Te bastará la casa y la vista del dueño. Goza de su conversación y sus consejos.

Basta una casa para enseñar qué poder tiene la Corte, qué es lo que el pueblo espera y dónde residen las fuerzas del reino.

Si te mostrase su rostro abiertamente, sin por ello deslumbrar tu vista;

si tienes sensibilidad, podrás ver allí en qué se diferencia un sabio de un necio, un rico de un pobre y un hombre feliz de un desgraciado.

Si él estuviese de buen humor, tal vez preste con gusto atención a tus frivolidades.

Pero de tal forma las expondrás que no causen tedio, el cual es el gran enemigo de las verdaderas alegrías.

Si él te pide que te muestres frívolo, hazlo decorosamente, puesto que él pensará que tus frivolidades ocultan algo serio.

Tendrás que armonizar la frivolidad con la utilidad y lo serio con el juego, para que no tengas que temer la reprensión de la gente de peso.

Si él te ordenase callar, estate más callado que una estatua, y no intentes suplir con gestos las palabras.

Cuando esté saciado o le reclamen cosas de mayor importancia, pide entonces que te sea concedido el poder retirarte de allí.

Márchate rápidamente, pero vuelve de nuevo, no sea que aquellos cuyas frivolidades te atreviste a criticar preparen sus armas para tu muerte.

Al marcharte, susurra esta única idea en su oído: «Hagan lo que hagan los otros, tú acuérdate de ti mismo.»

Toda carne es heno; la gloria de la carne es flor de heno [6], y esto es nada. ¿Hay algo menos que la nada?

Considera como trampas los dones de la fortuna [7]. Ellos son semillas de vicios, alimento del delito, camino de muerte.

Son lazos [8], son asechanzas, son veneno de muerte, que no podrán soslayar aquellos a los que mima esa diosa ciega [9].

Lo que te dio o te dará la fortuna no es tuyo. Te lo quitará todo, cuando ella alce el vuelo.

Las redes que han sido descubiertas no pueden dañar a las aves. Cuanto veas, tenlo por redes de la mente.

Redes son todo cuanto ves, que —a través de toda clase de males— llevan atado a una miserable muerte al hombre.

Tal vez alguien pregunte: «¿De dónde te viene esa audacia?» Tú responderás: «Quien a nada teme, todo lo hace con seguridad.»

Todo lo hace con seguridad aquel a quien no angustia ni la esperanza ni el temor. Aquel a quien no atrae ninguna clase de vicio, todo lo hace con seguridad.

A tu regreso, emplea el castellano o el vasco en tu conversación, pero guarda una mayor gravedad en tus palabras.

Acepta de tal forma la lengua y el vestido de las gentes, que mantengas intactos tus modales y tu fe.

---

[6] Is 40, 6.
[7] Cf. Séneca, *Epistolae ad Lucilium*, I, 8, § 3.
[8] Prov 1, 17.
[9] La Fortuna.

Cuelga de tus hombros una cruz de bronce. Tu cabellera esté negra y sea tosca, y tu barba, un poco recortada.
Mantén un semblante digno. Tu frente y tu mirada serán serenas y puras; tus manos, sin mancilla, y tu túnica, pobre.
Irás más seguro si vas acompañado, y, así, cualquier camino será bueno para tus pies.
En cambio, si vas solo, no intentes un atajo del camino, sino deja que las calzadas reales guíen rectamente sus pasos.
No frecuentes posada, para que nadie te haga daño en tu viaje. Una lengua chocarrera podría hacerte pagar las consecuencias de la frivolidad.
Aunque no lo sepas, toda lengua está llena de frivolidades, y todas ellas son para ti como una pandilla de enemigos.
Las frivolidades reinan en la Iglesia, reinan en la Corte, reinan en el claustro y en la misma casa del obispo.
A las frivolidades se entregan los clérigos y los soldados, los jóvenes y todo tipo de ancianos.
En ellas viven los campesinos y las personas de uno y otro sexo; en ellas, el esclavo y el libre, el rico y el pobre.
Acelera tu paso y guarda tu pasaporte seguro, al acercarte al mar por el que los provinos [10] llegan a nuestras costas.
Cuando por fin llegues a una posada avanzada la noche, compórtate sobriamente y con seriedad, para que todo te vaya bien.
Has de cruzarte con gentes expansivas, que quieren beber y hablar, para los cuales, si no les sigues la corriente, resultarás enemigo.
Las discusiones comienzan con suavidad, pero luego se encrespan y surgen peleas y golpes, que pueden acarrear la muerte.
Pero, puesto que la gente ama y venera la virtud, si tú vives una vida virtuosa, estarás seguro.
Y no sólo estarás a salvo, sino que siendo digno de un gran aprecio, podrás hacer libremente cuanto te plazca.
La feliz Kent te engendró y te crió, madre ilustre de reyes y de pontífices.
Esta se te debe como escenario y fin de todos tus trabajos; ella te prepara reposo y hogar.
Dirígete, pues, a la primera sede de los ingleses o británicos; pues, si prefieres llamarlos británicos, nadie te lo impide.
Un período de tiempo tan corto no debe originar una larga discusión; ello sería indigno. No tengas largas peleas por cosas pequeñas.

[10] Pueblos de la vecina costa francesa (según Plinio, *Historia Natural* IV 23 § 122).

Si el fondo del asunto está claro, no luches por el significado de una palabra, fomentando disputas «de lana caprina» [11].

Di lo que quieras, mientras la capital [12] de los británicos sea aquella que te indica el ángel [13] que brilla en el castillo.

¿Preguntas quién es ese ángel o cuál es esa casa? (Pues las formas de las cosas suelen excitar el interés de los principiantes.)

Ella es la casa que primero recibió a Cristo; desde ella, nuestra isla toda aceptó la fe.

La isla toda recibió la fe, y ella también predica, ensalza, oye, honra y ama al Padre de la fe.

Si tú conoces al dador del gran consejo [14], este ángel no puede ser desconocido para ti.

Desde su sublime altura, este ángel lo ve todo, y conduce y cubre con sus alas a todo el Universo corpóreo.

Así, desde su torre de observación, lo ve todo y lo protege todo con sus alas, de forma que el enemigo no tenga derecho alguno en su orbe.

El anuncia las tempestades y la tranquilidad de los cielos; apacigua el furor del viento y del mar.

Para que nada le estorbe, no duerme de noche y permanece de pie durante el día, y a todos los que le están sujetos, en todas partes los mantiene de pie.

Aproxímate ahora más cerca, llegando al Tribunal de Cristo, para lograr indulgencia de tus faltas.

Allí se te cumplirán los deseos, hacia los que tendía tu esfuerzo perecedero; allí derramarás lágrimas y gemidos, y quemarás tu santo incienso.

Todo el coro, los hermanos, te recibirán como a uno que vuelve, y cantarán alabanzas alegres por tenerte a salvo.

Lo que tienes y les agrada, dáselo con gusto; sea lo que fuere, dáselo a cada uno.

---

[11] Una discusión «de lana caprina» es una discusión puramente terminológica (depende de que se quiera llamar o no «lana» al pelo de cabra). La expresión misma, bastante usada en otro tiempo en ámbitos cultos, alude a Horacio, *Epístolas* I 18, 15.

[12] Se refiere a Canterbury, de la que nuestro autor habla como Ovidio de Roma. Cf. *Tristes* III 1.

[13] De esta imagen de un ángel habla Gervasio de Tilburg, *Otia Imperialia* I 9.

[14] El ángel es Jesucristo, según la conocida lectura e interpretación del texto de Is 9, 5, tal como lo transmiten los LXX y se recoge, por ejemplo, en la tercera misa de Navidad del misal Romano.

Si puedes, saluda a Odón [15], y Brito [16] reciba de ti una cruz.
Entonces, finalmente, debes relatar los peligros que afrontaste y todas las cosas prósperas de tu viaje.
Explica lo que es una oveja disfrazada de zorro o un zorro disfrazado de cordero, o las peripecias de un asno en piel de león.
Contarás la conducta del león cuando sirve y la del asno cuando reina; e igualmente la de la tórtola con apariencia de gorrión.
También los hechos de los leopardos tímidos y de las liebres feroces y qué esperanza se puede poner en un lobo convertido.
Lo que trama la tortuga que se arrastra y el escarabajo pelotero, y por qué desciende un gran viento de una pequeña nube.
Pero, puesto que nadie puede agradar a todos con su virtud, bástete agradar a unos pocos buenos.
Y si tus ponderadas bromas son rechazadas por el juez, al menos no tengas mano perversa ni lengua procaz.
Que todos den su parecer con libertad; uno dirá que eres bueno y otro que malo.
Si el lugar es libre, ¿por qué no la lengua? Ningún hombre está libre si un soplo sutil puede moverlo.
¿Qué efecto harán en ti las espadas, si un leve viento te hace sangrar? Las palabras ciertamente no son venablos. ¿Por qué las temes?
El cotorreo de la lengua no penetre en tus oídos; tiene débil oído aquel al que molestan ruidos inútiles.
Muevan otros la lengua; el oído será de tu dominio. La lengua es en verdad provechosa, pero más el oído.
Para ellos, la inteligencia está centrada en la lengua; tu corazón céntrese en el oído; tengan ellos la boca abierta; tú, abre el oído.
El ataque de la boca se estrella contra el baluarte del verdadero valor; pero el aguijón de las lenguas resulta mortífero para una mente malsana.
Ningún hombre, excepto un pedante, se complace con un falso honor; es propio de una mente culpable el preocuparse por la maledicencia.
Que tu semblante sea más duro que el diamante y tu piel resista el fuego, para que las palabras no puedan sonrojarte.
Sonrójate, en cambio, con ese tipo de pudor que es propio de un hombre que teme la mancha del pecado.

---

[15] Prior de Canterbury en 1167.
[16] Subprior en la misma Canterbury en 1167.

Dime: ¿quién puede controlar las bridas de la lengua de otro? Ya es raro el poder refrenar la propia lengua.

Cae con frecuencia, por ser un cuerpo resbaladizo que se mueve en la humedad, y, al caer frecuentemente, se mancha y queda mareado.

Cuando estés entre charlatanes que siembran grandes palabras en las conversaciones, tú sé lento para hablar y di pocas cosas.

Mientras otros afilan sus lenguas, tú encallece el oído; hazlo más sordo que el del remero Duliquio [17].

Que la lengua que dice cosas temerarias no tenga poder para romper los claustros de tu pecho.

Si fueres paciente, las palabras nunca te dañarán, y nadie podrá turbar tu paz.

Nadie robará la paz que otorga la paciencia; aun estando desarmado, desarmarás a otros.

Deja que ellos usen sus lenguas; tú emplea las fuerzas de tu mente; si eres sabio, esas mismas lenguas te glorificarán.

Pues la paciencia muestra cuál es la educación de un hombre; con mano desarmada aplasta perversas guerras.

¿Quién armará una mano que sabe triunfar sola y desarmada y que así es capaz de vencer a una mano armada?

El hombre paciente es mejor que el fuerte; se dice que el triunfo sobre una ciudad es menor que el triunfo de la inteligencia, y así es.

Desprecia al hombre malo, respeta al bueno, y perdona a aquel que procura dañar; ninguna venganza es más agradable para el bueno.

Nada es tan decoroso para el valiente como eso, y ese tipo de venganza siempre debe darse en los príncipes.

Cuando en sus manos está vigente la «ley de fuego» [18], ella castiga mientras perdona, e, imponiéndose, suscita confianza en los súbditos.

En cambio, cuando se impone el poder del tirano, tal poder provoca al crimen, y a sus súbditos no les permite ser buenos.

A sabiendas, nadie daña al que sabe que es su amigo; es una norma digna de confianza: «El que debe ser amado, debe amar.»

Ella sirve para unir los corazones desunidos de los hombres, y ella puede reconciliar al hombre con Dios.

---

[17] Ulises, llamado así por Ovidio, *Remedio de Amor*, 272. El texto hace alusión al encuentro de Ulises con las sirenas. Cf. también *Policraticus*, VII, 20.

[18] Dt 33, 2. Se refiere a la ley del Sinaí.

Teniéndola como guía, prosigue tu camino; mientras andas, nadie te dañará y podrás desempeñar todas tus funciones con seguridad.
Hay, en cambio, que temer a la mano que anda en malos negocios, manchada por el dinero con su propio color.
Pero no hay que huir del dinero porque se mancha o porque mancha, sino porque toda moneda lleva en sí un mortal veneno.
Es un veneno que engendra perpetua hambre y sed y una vida miserable y todo género de muerte.
Ninguna mano manchada debería tocar los libros; tampoco el corazón inficionado por el dinero podrá recrearse con ellos.
Una misma persona no puede apreciar el dinero y los libros. Los que integran la piara de Epicuro [19] son perseguidores de los libros.
Cuando el fuego de la codicia prende en el heno de la carne, la llama se eleva hasta convertirse en una hoguera inextinguible.
Aunque la mano del Omnipotente puede hacer todas las cosas, no puede saciar las necesidades de un avariento.
La mano del Omnipotente no puede saciar al avaro. ¿Di entonces quién podrá hacer lo que esa mano no puede?
¿Acaso no es bastante desgraciado aquel a quien ni Dios mismo alcanza a hacerle dichoso? ¿Puede haber alguien más miserable que él?
Los que apetecen riquezas no pueden estar con los que aman los libros. Ambos, créeme, no pueden habitar en una misma casa.
Mantente, pues, en guardia frente a estos desgraciados, y no esperes de ellos sino cosas tristes. El que trata a un desgraciado, no puede ser sino un estúpido.
Hay un refrán muy antiguo y muy verdadero que enseñaron nuestros mayores Ennio y Catón: «Al avaro le falta tanto lo que tiene como lo que no tiene, pero le preocupa y le atormenta lo ajeno.»
Siempre tendrá abundancia el que sabe usar las cosas, mientras el que no sabe cómo utilizarlas permanece siempre indigente.
Un hombre rico puede tener pocas cosas; un hombre pobre puede tener mucho. El rico desconoce la necesidad y el pobre desconoce las riquezas.
Nadie es amigo del que desea muchas cosas; tampoco es amigo de sí mismo el que hambrea las cosas ajenas.
Si el tacaño es tu enemigo, tenle miedo como a enemigo; pero si es tu amigo, tenle más miedo.
¿Jura? Créele lo menos posible. ¿No jura? No le creas. Jure o no jure, trátale como enemigo a enemigo.

---

[19] Alusión a Horario, *Epístolas* I 4.

Huye de aquellos a quienes la envidia destructora convirtió hasta tal punto en enemigos de las personas felices, que ninguna virtud puede cambiarlos.

Quizá con tus regalos podrías aplacar al avaro. Para que el envidioso desista de dañarte, tú deberías ser pobre.

El envidioso se alegra de la mala suerte del vecino, y considera un daño los bienes de los demás.

Y si no fueses con prisa, te daría otros muchos consejos. Apenas soportas que se te digan unos pocos; ellos, al menos, guárdalos.

PROLOGO

EL GOBERNANTE

De las frivolidades de los cortesanos y las enseñanzas de los filósofos

Deleitable es en muchos aspectos el fruto de los escritos, pero muestra sobre todo su plenitud en que, evitando la dificultad que ofrecen las distancias de tiempo y lugar, hace mutuamente presentes a los amigos y no permite la desaparición de todo aquello que es digno de ser conocido.

Pues habrían perecido las artes, se habrían perdido los diversos derechos, habrían sucumbido todas las ayudas de la fe y de toda religión y aun el mismo recto uso del lenguaje habría descaecido, si la misericordia divina no hubiese proporcionado, para remedio de la debilidad humana, el uso de la escritura. A nadie hubieran fortalecido o preservado los ejemplos de nuestros antepasados —estímulo y fomento de la virtud—, si el solícito cuidado de los escritores y su diligencia, vencedora de la inercia, no los hubiera transmitido a sus descendientes.

Porque la brevedad de la vida, la rudeza de los sentidos, la torpe negligencia, el ocio inútil nos permiten saber pocas cosas, y esas mismas las perturba y arranca continuamente de nuestra alma el olvido, estafador de la ciencia, calamitoso y traidor enemigo de la memoria. ¿Quién hubiera conocido a los Alejandros y Césares o admirado a los estoicos y peripatéticos, si no los hubieran consig-

nado las obras de los escritores? ¿Quién imitaría los ejemplos incitantes de los apóstoles y los profetas, si las divinas escrituras no los hubieran consagrado para la posteridad?

Los arcos triunfales sólo sirven de provecho para la gloria de los hombres ilustres, cuando sus inscripciones nos enseñan de quién son y por qué se erigieron. Que Constantino, nacido en nuestra Bretaña [1], fue el triunfante libertador de la patria y el fundador de la paz, sólo lo reconoce el que mira, si lo indica la inscripción. Porque nadie habló jamás con permanente gloria, si no es a través de los escritos propios o ajenos. Al cabo de breve tiempo, idéntica es la gloria de un asno o la de un emperador cualquiera, si su recuerdo no se prolonga con la ayuda de uno u otro escritor. ¿Cuántos y qué grandes reyes no crees que han existido, de los que nunca se habla ni se piensa? Nada, pues, más aconsejable para los buscadores de gloria que merecer el máximo favor de literatos y escritores. Porque los más egregios homenajes son inútiles para ellos, condenados a perpetuas tinieblas, si no brillan con la luz de la escritura. Todo favor o alabanza conseguido de otras fuentes es como el eco conocido de la fábula, que recibe los aplausos del teatro. Acaba cuando apenas comenzó.

Por otro lado, se recaba siempre de los escritos consuelo en el dolor, descanso en el trabajo, alegría en la pobreza, modestia en las riquezas y placeres. Pues el alma se libra de los vicios, y, aun en las adversidades, goza de una cierta alegría, sorprendente y suave, cuando aplica el entendimiento a leer o escribir cosas útiles. No encontrarás en lo humano ocupación más útil y gozosa (a no ser que la devoción, movida sobrenaturalmente, persevere orando en divinos coloquios, o, con el corazón dilatado por la caridad, penetre interiormente en Dios, y, como guiada por la mano de la meditación, recorra sus grandezas).

Cree por mi experiencia que toda la dulzura del mundo se vuelve amargura comparada con estos ejercicios, y tanto más cuanto más puro es en cada uno el sentimiento y la razón no contaminada prevalece con la fuerza de un juicio puro. No te sorprendas, pues, de que no suba un peldaño más de esa escalera que, como en cierta ocasión indicaste, es la única que sirve para medrar. Al por qué no me introduzco en Cortes más importantes, te voy a responder con las palabras de Isócrates, quien, preguntado por los amigos por qué no se dedicaba a las actividades del foro, respondió: «Lo que este

[1] Se trata de una creencia medieval sin fundamento.

lugar sabe, yo lo ignoro; lo que yo sé, lo ignora este lugar»[2] Porque yo desprecio lo que esos cortesanos ambicionan y ambiciono lo que ellos desprecian.

Sorpréndete más bien de que no corte o destroce —si de otra forma no puede desatarse— esta soga, que tanto tiempo me mantuvo en las frivolidades de la vida cortesana y todavía me tiene sometido a tan grave esclavitud. Pues estoy hastiado y me pesa de haberme dado ya a la frivolidad casi durante doce años, yo, que he sido educado de forma muy distinta. Hubiera sido conveniente que, amamantado y destetado en los pechos de la filosofía —en cierto modo sagrada—, hubiera engrosado las filas de los filósofos en vez de las reuniones de los necios.

Y pienso que tú estás en la misma situación, sólo que eres más recto y prudente y —si haces lo que conviene— te mantienes inconmovible en el fundamento de la sólida virtud y no te agitas como liviana caña, ni te entregas a la blandura de los placeres, sino que dominas a la misma vanidad, dominadora del mundo.

Por lo cual, a la vez que las diversas regiones, pregonando al unísono tus merecidas alabanzas, te levantan una especie de arco triunfal, yo, hombre plebeyo, con la discorde flauta de un discurso inculto, elaboraré este libro en tu honor, como pobre piedra en el cúmulo de tus loores; siendo consciente de que, aunque nada tiene que pueda agradarte por su elegancia, tampoco te puede desagradar dado el respeto de quien lo escribe[3].

Y porque, en orden a evitar que estas líneas perjudiquen a nadie, convenía dirigirme a quien no pudiera ser acusado de vanidad alguna, decidí dirigirme a ti, el más culto de los hombres de nuestro tiempo, y describir lo que parece reprobable en aquellos que se parecen a mí. De esta forma, cuando el lector o el oyente reconozca sus propios fallos, aceptará interiormente la enseñanza moral, pues lo que se narra hablará de él, aunque con diverso nombre; especialmente cuando todos saben en qué cosas tan serias te ocupas continuamente. Del mismo modo, para enseñar a otros, Séneca da consejos a Lucinio. Cuando Jerónimo escribe a Océano y a Panmacio, ordinariamente ataca los excesos de otros.

El que se excusa con los engaños del lisonjero, piense el asunto despacio, y, como es de sabios, analice lo dicho por los motivos de quien lo dice. Si alguna cosa le suena a alguien demasiado fuerte, no juzgue que todo lo que se dice va contra él, sino contra mí mis-

---

[2] Macrobio, *Saturnalia* VII 1 § 4.

[3] Esta dedicatoria va dirigida a Tomás Becket, canciller de Enrique II y, tres años más tarde, Arzobispo de Canterbury.

mo y contra aquellos —semejantes a mí— que desean enmendarse; o contra los que, caídos en desgracia, aceptan con ecuanimidad cualquier reprensión. Porque sé que la muerte de Aquiles no molesta ya a nadie: así, el presente es objeto de corrección, cuando el pasado es puesto en evidencia por sus méritos. Así, Horacio, para someterse a disciplina, permite a sus propios esclavos que le critiquen en la libertad de las fiestas Saturnales:

> Flaco toca maliciosamente todos los defectos de su amigo mientras le hace reír, y, consiguiendo entrar cerca de su corazón, juguetea [4].

Así, pues, todo lo que, tocante al tema, se me iba grabando con la lectura de diversos autores, procuré incorporarlo, si podía ilustrar o ayudar, silenciando a veces los nombres de los autores; ya porque sabía que tú, como persona versada en letras, conoces perfectamente la mayoría de estas cosas, ya para que el ignorante se aficione más a la lectura continuada. Si en dichas cuestiones se encuentra alguna cosa alejada de la verdad, confío en que se me perdonará, ya que no prometo que todo lo que aquí se escribe sea verdadero, sino que, verdadero o falso, sea de utilidad a los lectores. Pues no soy tan necio como para sostener como verdad que en cierta ocasión una tortuga habló a las aladas aves o que un ratón del campo recibió bajo su pobre techo a un ratón de la ciudad, o cosas semejantes; pero, al mismo tiempo, no dudo que estas invenciones ayudan a nuestra instrucción. También estas cosas, de las que ordinariamente me sirvo, son ajenas, ya que hago mío todo lo que en cualquier parte está bien dicho, y unas veces lo resumo con mis propias palabras, y otras, para mayor credibilidad y autoridad, lo expreso con palabras ajenas.

Ya que he empezado a revelar mis íntimas intenciones, dejaré más al desnudo mi atrevimiento. A todos aquellos que —de palabra o de obra— me salen al paso como filósofos, los considero como clientes propios; más aún, los reclamo como esclavos; de forma que, a través de sus tradiciones, puestas a mi servicio, se entreguen ellos mismos a las lenguas de los detractores. Pues también alabo a esos autores. Porque yo nunca vi a Alejandro o a César, ni oí las disputas de Sócrates, Zenón, Aristóteles o Platón, y, sin embargo, de todos éstos y de otros muchos tan desconocidos como ellos tomé muchas cosas para utilidad de los lectores.

Me detengo, no vaya a parecer que me gozo en la disputa, y confieso que he usado de legítimas mentiras; y, si todavía el objetante

---

[4] Persio, *Sátiras* I 116-117.

no se tranquiliza —que también yo tengo mis Cornificios y Lanvinos [5]—, me confieso reo de metira, como conocedor de la sentencia de que todo hombre es mentiroso.

Pero no crea nuestro Lanvino que van a salvarle su ancho torso, ni su túrgido vientre, ni su cara hinchada y apoplética, ni su lengua procaz, insulsa y siempre más dispuesta a hacer pedazos las conductas ajenas que a corregir la propia. Diré quién es, si no cesa en sus injurias, y sabrá entonces que insistir en el encono ni confiere plena autoridad, ni la conserva intacta. Que salga a la luz pública y arguya contra mis mentiras con razones y autoridad, y yo no rehusaré la corrección, aunque venga de la palabra de un enemigo; más aún, consideraré amigo al que fustigue mis errores.

Con todo, si en alguno de los autores que he utilizado se encontrase algo diverso de lo aquí escrito, no por eso se ha de dar por cierto que he incurrido en falsedad, ya que en los asuntos militares he seguido a los historiadores, que frecuentemente no coinciden entre sí, y en las cuestiones filosóficas (pensando, a la manera de los académicos, lo más racionalmente posible sobre lo que se presentaba) he elegido lo más probable. No me avergüenzo de pertenecer a la escuela de los académicos, y, en lo dudoso para el sabio, no dejo de seguir sus huellas. Pues, aunque esta secta parece oscurecer todas las cosas, no hay ninguna que indague la verdad con más rigor, y, según Cicerón (que se acercó a ella en su vejez), ninguna está más cerca del propio enriquecimiento. En lo que incidentalmente se dice sobre la providencia, el destino, el libre arbitrio y temas semejantes, me encontrarás más cerca de los académicos que como temerario sustentador de tesis firmes ante lo que es dudoso. También utilizo a veces lo que me parece apto de los testimonios de la Sagrada Escritura, para explicar algún pensamiento; de forma, sin embargo, que no haya nada contrario a la fe y a las buenas costumbres, como si la misma inmutable verdad hubiera sido origen tanto de las antiguas como de las modernas ideas. Ya que

> no existen dos caras iguales,
> pero tampoco tan distintas
> como conviene a las que son hermanas [6].

Todo queda sujeto a tu examen, para que sea mayor y más justa tu gloria de corrector que la mía de escritor. La diversa longitud de los libros hay que achacarla a la diversidad de mis ocupaciones,

---

[5] Detractores.
[6] Ovidio, *Metamorfosis* II 13-14.

que algunas veces me han absorbido de tal modo en la Corte, que apenas me permitieron escribir. Por el contrario, mientras sitiais Tolosa, he acometido este empeño y he logrado liberarme algo de los enredos cortesanos, teniendo interiormente presente que el ocio sin letras es muerte y sepultura del hombre que vive.

Si alguien se une a Lanvino y denuncia como desconocidos o fingidos a algunos autores, acuse también al personaje al que da nueva vida Platón [7], a Africano que sueña para Cicerón [8] y a los filósofos que practican las Saturnales [9], o bien sea indulgente con la imaginación de esos autores y con la nuestra, siempre que sea de pública utilidad.

Suplico además a lectores y oyentes, con el máximo respeto posible, que se dignen encomendarme en sus oraciones al Padre de las misericordias y procuren obtener su perdón para mis innumerables desvíos. Pues yo espero estar también entre todos aquellos que temen al Señor, y ruego a mi vez con el corazón y los labios por todos los necesitados, para que Dios omnipotente y misericordioso purifique nuestros actos y pensamientos, y para que el Angel del gran consejo se digne iluminar con su espíritu nuestras mentes y no caigamos en los errores de los vicios.

TERMINA EL PROLOGO
DEL LIBRO I

---

[7] Sócrates.
[8] Alude a Escipión Africano en la obra de Cicerón, *De Somnio Scipionis.*
[9] Cf. nota 4.

COMIENZA EL LIBRO PRIMERO DEL «POLICRATICUS»

CAP. 1: *Qué es lo más nocivo para los afortunados.*

Entre todas las cosas que perjudican a los hombres de alto rango, pienso que no hay nada peor que el hecho de que el atractivo de la halagadora fortuna desvíe su mirada de la verdad. Pues el mundo acumula sus riquezas y placeres, y con ellos fomenta y enciende la comezón de la sensualidad aguzada, de forma que el alma —cogida en la variada trampa de los placeres y apartada de su bien interior por una cierta enajenación de sí misma— vaya por las diversas pasiones, conducida por los engaños exteriores.

La prosperidad, madrastra de la virtud, halaga de tal modo a sus devotos, que los perjudica; y, en un desgraciado proceso, obsequia en el camino a los afortunados para traerlos al fin a la ruina. Proporciona al principio dulces manjares a sus invitados, y, cuando ya están ebrios, les da un veneno mortal y todo mal posible. Cuanto más resplandece con su hermosura, más densa es la niebla con que ciega los ojos embelesados.

Con las crecientes tinieblas la verdad se borra, crece la cosecha de los vicios —cortada la raíz de las virtudes—, y el hombre todo se precipita con lamentable caída en el abismo. Así se embrutece la criatura racional; así, la imagen del Creador, por una cierta semejanza de costumbres, se transforma en animal; así, el hombre decae de la dignidad de su propia condición y se asemeja a la vanidad: porque

se engreyó con el honor recibido, y con el engreimiento perdió la inteligencia.

¿Quién más indigno que el que desprecia el conocimiento de sí mismo? ¿Que el que administra mal el tiempo que se nos ha dado tasadamente y con parca mano para el uso de la vida —lo único que no puede recuperarse y se nos ha de reclamar con intereses, como con castigadora usura—, y lo malgasta para ofensa de su Autor? ¿Qué cosa más irracional que, por el desvío de la razón y el impulso de la pasión, descuidar los propios asuntos, preocuparse de los ajenos y entregarse a los ocios de los demás? ¿Quién más parecido a las bestias que aquel que, abandonando sus deberes, se levanta en medio de la noche y, confiado en la sagacidad de los perros, en la habilidad de los cazadores, en el favor de los compañeros, en la complicidad de los criados, con pérdida del tiempo y de la fama, con perjuicio de asuntos y trabajo, se pasa las noches luchando con los animales?

CAP. 2: *Qué debe considerarse impropio en las ocupaciones.*

Impropio es, ciertamente, lo que no proviene de la razón o del deber, aunque alguna vez se llame con acierto impropio lo que sería mejor que nunca fuese de nadie. Porque las cosas de la Naturaleza pertenecen a todos por igual; las obligaciones son de cada uno. Distinto es lo que dimana de la Naturaleza o del deber, aunque el derecho natural se deba por obligación; puesto que impugnar los derechos de la Naturaleza es una especie de parricidio, y anular las leyes del padre y no tributar los honores debidos a la madre de todos es como un sacrilegio. En cambio, lo que la razón admite por justas causas no es, sin más, impropio. Si algo proporciona gozo o provecho, no perjudica a nadie y no se opone al deber ni a la Naturaleza, no es impropio; pero, si lesiona a cualquiera de los dos, ya es impropio y enteramente ilícito. Pues la lesión de uno de ellos o es error, o es culpa.

CAP. 3: *La distribución de funciones según el orden político de los antiguos.*

Los filósofos gentiles, al configurar con preceptos y costumbres la justicia que se llama política y por cuyo medio la comunidad política

de los hombres existe y se perfecciona, procuraron que cada hombre estuviese satisfecho con sus cosas y actividades, y ordenaron, para los habitantes de la ciudad y los arrabales, para los colonos y los campesinos, sus propios lugares y ocupaciones. La solicitud de todos y cada uno ayudaba al público provecho. Cada cual, según sus méritos, recibía el fruto de la Naturaleza, del trabajo o de su ingenio. Nadie usurpaba lo perteneciente a otro, y en todos perseveraba un mutuo y personal afecto.

El lugar principal de la ciudad, situado en su centro, se convirtió en areópago [1], y de él emanaron, como riachuelos de salud y de vida, los derechos de los oficios para cada una de las profesiones, establecidas congruamente según la razón de ser de cada oficio. En este orden apenas se permite a los habitantes de los arrabales el arte u oficio de la caza, ya que a los cazadores —como a los agricultores y demás pobladores de los campos— se les mantiene alejados de las ciudades y del estamento de los nobles. Porque es indigno que los talentos más elevados se degraden con ocupaciones de inferior rango y que aquellos a quienes incumben deberes arduos y graves se dediquen a entretenimientos frívolos y placenteros. Por ello pensaron que, si la caza se ejerce lícitamente, es habilidad u oficio; en caso contrario, frivolidad o acción indebida; y castigaron por decreto a los que la ejercieron contra su oficio.

Cap. 4: *De la caza, sus inspiradores y clases, y su ejercicio lícito e ilícito.*

Si hacemos caso a la Historia, fueron los tebanos los primeros en decidir que la caza fuese común a todos. Al parecer, este pueblo, horrible por sus parricidios, detestable por los incestos, eminente en el engaño, famoso por sus perjurios, formuló las normas de este oficio —o, mejor, maleficio— para transmitirlas después a otro pueblo muelle e incapaz para la lucha, frívolo e impúdico: me refiero a los frigios.

Los atenienses y los lacedemonios, pueblos de más peso, capaces de narrar la Historia y de velar los misterios de la Naturaleza y de las costumbres con la envoltura de diversas fábulas, se bur-

[1] El areópago llegó a ser, además de tribunal, órgano legislativo y de gobierno. Cf. Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* II 6 § 4.

laron de ellos; de forma, sin embargo, que sacaron utilidad de la cautela del mal y deleite de la liebre del poema.

Así cuentan que el cazador Dardanio [2] fue elevado por un águila a las alturas y convertido en copero de los dioses, de donde pasó a acciones ilícitas y contra naturaleza. Elegantemente dicho, por cierto, ya que la liviandad puede ser alzada con simples alas y la pasión —ignorante de la sobriedad— no se avergüenza de prostituirse con cualquier placer.

Un jefe tebano [3], habiendo visto desnuda a la diosa que siempre había adorado en los bosques y desviando anómalamente el recto camino del amor, se halló a sí mismo, atónito, transformado en animal; y, convertido en ciervo, aunque trató de ahuyentar con la voz y la cabeza a sus propios perros, por el vicio de su perversa inclinación fue presa de sus mordiscos y perdió su ser entero.

Y quizá ponen a una diosa [4] al frente de los cazadores para no deshonrar con esa molicie y malicia a sus propios dioses. Venus, que fue asimismo una vigorosa y asidua cazadora, llora a Adonis muerto por los dientes de un jabalí.

Marón [5], burlándose del hospedaje de la antigua Cartago, no encontró otra forma de colmar los deseos de los amantes que abrirles los escondrijos de los bosques, con ocasión de la caza y la dispersión de su séquito. Quizá porque esta ocupación, consciente de su bajeza, odia la luz, contrariamente a como los gozos del legítimo amor van precedidos de las solemnes antorchas de la luz nupcial.

¿Quién será capaz de señalarme a alguien entre los hombres ilustres que se haya enardecido con este placer?

> Aunque atravesara a la cierva de broncíneas patas
> y aplacara los bosques de Erimante [6],

el victorioso Alcides no miró a su propio placer, sino al provecho público. Cuando Meleagro abatió al jabalí que devastaba Calidonia, no lo hizo por propio gusto, sino para librar a la patria del enemigo. Cuando el padre de los romanos [7] derribó los cuerpos de los ciervos, no fue buscando el solaz de un gozo vano, sino la supervivencia de sí mismo y de sus compañeros.

---

[2] Ganimedes.
[3] Acteón.
[4] Artemisa o Diana.
[5] Virgilio, *Eneida* IV 160 ss. Se trata del episodio de Eneas y Dido.
[6] Ib. VI 803-804.
[7] De nuevo Eneas, según Virgilio, ib. I 184 ss.

Las obras de cada uno cobran distinto aspecto según fueren su resultado y finalidad; es ciertamente hermoso lo que se apoya en una causa honrosa. ¿Quién, en cambio, montó un ejército de hombres y perros para luchar con las bestias, más con la fuerza ajena que con la propia? ¿Y por qué no? Quizá con tan grandes medios cazará un infeliz animalillo o un tímido lebrato. Y si, por el trabajo de los cazadores, brilla con una presa de más precio (tal vez un ciervo o un jabalí), entonces se aplaude hasta el paroxismo, saltan de alegría los cazadores, se ofrece a los triunfadores la cabeza y algunos de los mejores trofeos de la presa. Pensarías que se ha capturado al rey de los capadocios, al ver cómo aclaman las flautas y cornetas la gloriosa victoria. La captura de una hembra les provoca un triste silencio; e igualmente si se consigue una presa mejor, más por el engaño que por la fuerza de los que la cercan. Si cae un cabritillo o una liebre, no hay lugar a la gloria del triunfo.

Por otra parte, desde el octavo grado de Capricornio hasta Géminis [8], cesa el júbilo de los cuernos y flautas, a no ser que venga a buscar su presa un lobo o una fiera mayor aún (como un león, un tigre o una pantera), cosa que, gracias a Dios, no constituye una gloria de nuestra tierra, a pesar de que la variedad del año entero se llene con las diversas ocupaciones de los cazadores.

En Asia, los albanos tienen unos perros más fuertes que los leones y devastan a éstos con la fuerza de los perros y la habilidad de su gente, como si fueran cobardes animalillos. No existe fiera más fuerte y brava que aquellos perros. Hércules, después de vencer por tres veces a Gerión, los llevó de Italia a Asia, dejándoles como herencia la fuerza de vencer a los leones. A esto hay que añadir que su carnicería exige y da lugar a un arte, que tiene su propio artífice,

el maestro de danza del volador cuchillo [9],

que lo mismo actúa con un afilado puñal que con una mellada cuchilla y al que podrás admirar si por casualidad te hallases presente en sus fiestas. Ten, sin embargo, cuidado de no equivocarte en cualquier palabra de su forma de hablar, porque, si no conoces sus laberintos, te vapulearán o te despreciarán como a ignorante de todo bien.

---

[8] Aproximadamente de comienzos de enero a fines de mayo.
[9] Juvenal, *Sátiras* V 121-122.

Estas son en nuestros tiempos las ocupaciones liberales de los nobles. Estos son los primeros elementos de la virtud, éste es el camino que por breve atajo los conduce contentos a la cumbre de la felicidad, adonde nuestros mayores nos habían enseñado que sólo se puede subir por los escalones de una esforzada virtud.

Los galos se burlan de los de Emilia y los ligures, diciendo que éstos hacen testamento, convocan a sus vecinos e imploran la ayuda de las armas si se acerca a sus confines una tortuga a la que haya que combatir. De donde se deduce que a los tales jamás les cogió desprevenidos una situación de lucha. ¿Cómo escaparán también los nuestros al ludibrio cuando, con mayor tumulto, más ansioso cuidado y mayores gastos, piensan que hay que declarar a los animales una guerra en toda regla? Con menor crueldad, sin embargo, persiguen a las fieras que por su maldad exigen del género humano una justa enemistad. El lobo, la zorra, el oso y cualquier otro animal especialmente dañino suelen esconderse en apartados lugares, y no se atreven a ejercitar su acostumbrada maldad en presencia de los cazadores.

Se cuenta que Aníbal mató a un romano, que —por su orden— había hecho sucumbir a un elefante en singular combate, alegando que era indigno de vivir quien había podido ser obligado a luchar con las bestias; aunque sea más cierto que él, por envidia, no quiso que un prisionero se enalteciera con la gloria de tan inaudito triunfo y que quedasen humillados los animales con cuya fuerza había aterrorizado a los pueblos. ¿Cómo, pues, puede ser digno de la vida el que en la vida no sabe hacer otra cosa que, por un afán vano, ser cruel con los animales?

En cuanto a los que se complacen en esa clase de caza en que las aves persiguen a las aves —si es que puede aceptarse que la cetrería se incluya en la caza—, padecen de una locura algo más suave, aunque no de menor frivolidad. El arte de la caza, tanto terrestre como aérea, resulta tanto más provechosa cuanto más sólida es.

Estos últimos, sacándolo de las historias antiguas, aducen como autor de su ocupación a Ulises, que fue el primero que, destruida Troya, llevó a Grecia aves armadas y, con la paulatina y grata admiración de los espectadores, las propagó para desgracia de su pueblo. Los tales se escudan en un gran juez

que contempló las ciudades y costumbres de muchos hombres [10],

[10] Horacio, *Arte poética*, 142.

cuya prudencia no pudo ser superada por ninguna insidia, de cuyas trampas ningún enemigo escapó indemne, cuya inerme malicia, finalmente, enalteció más la gloria de los griegos que la armada muchedumbre de mil navíos.

El mismo alaba a Circe como promotora de este arte, la cual —se dice— con sus poemas y bebidas trastocó las mentes de los hombres, ya que —con el arte de las palabras y el atractivo de las cosas— sedujo a los espíritus humanos y los transformó para que actuaran en todo conforme a su voluntad. Así, pues, a los griegos se les suministraron los venenos del placer sospechoso; pero el prudente Itaco, al probarlos, no los quiso beber, para no verse obligado a vivir, vicioso y necio, bajo el dominio de esa meretriz.

Y como la sabiduría sabe usar de todo, este varón circunspecto, al que no reconocieron en su regreso ni la honesta Penélope ni su amado Telémaco, una vez rematados tantos trabajos y viajes, proveyó el modo de compensar a Grecia de los daños sufridos por sus compañeros con tan largo destierro. Hubiera sido lógico exaltar la fidelidad de su perro, que fue el único en tan amplia familia al que el transcurso de veinte años no pudieron arrebatar el recuerdo que le llevó a reconocer gozoso a su dueño; pero su alabanza hubiera redundado en mayor aprecio para los perros de los cazadores. Ordenó, sin embargo, que su amado Telémaco viviera apartado de la nueva afición, diciendo que los gozos de este nuevo placer estaban destinados únicamente a quienes, perdidos sus padres, sufrieran los perjuicios de la guerra de Troya. De donde deduzco que es ocupación bien inútil la que varón tan ilustre procuró apartar de su hijo único.

También el lector lo deducirá conmigo del hecho de que el sexo inferior es superior en la caza de las aves. Alguno podría aducir a la Naturaleza como argumento a favor, si no se conociera que los seres inferiores son siempre más inclinados a la rapiña.

La caza es vana y sumamente trabajosa, y nunca compensa, con la utilidad de sus frutos, los daños de los gastos. Aunque muchos practican la caza para ahorrarse gastos, con este pretexto se sientan poco en la mesa propia y con más frecuencia en la ajena, evitan el trato con mucha gente, mientras recorren selvas, montes y lagos, malamente vestidos y satisfechos con frugales comidas, y tratan de consolar —con la vana perspectiva de la comodidad— a sus esposas y criados, macerados por el hambre de los ayunos, afligidos por el sufrimiento de la desnudez y desfallecidos por un trabajo agotador.

Los atenienses fueron por primera vez vencidos, cuando estimaron que había que abrogar el edicto que prohibía la caza y admitir públicamente el arte y ejercicio de ambas especies de caza.

Se cuenta que el poeta de Mantua [11] preguntó a Marcelo, que se entregaba con vehemencia a acabar con las aves, si prefería que un ave fuera enseñada a capturar otras aves, o una mosca instruida para exterminar las moscas. Trasladó Marcelo la pregunta a su tío Augusto, y, por su consejo, prefirió que se preparase una mosca que alejara a las moscas de Nápoles y librase a la ciudad de tan incurable peste. Su opción se cumplió. Se manifiesta aquí cuán preferible es la utilidad de muchos al placer de uno solo, cualquiera que sea.

Si hemos de creer en todo a los griegos, Aquiles fue instruido en los sones de la cítara y la lira en la cueva del semihombre Quirón, y de allí trasladado a los bosques, donde, habituado a destrozar las fieras, a las matanzas y a los malos alimentos, abandonó la reverencia por la Naturaleza y el temor de la muerte. ¿Qué pensar del hecho de que Baco tuviera igual educador? Sencillamente, los que se entregan a estas ocupaciones —o desocupaciones— son medio fieras, y, despojados de la mejor parte de su humanidad, se asemejan por sus costumbres a los monstruos. Pues son arrastrados de la ligereza a la lascivia, de la lascivia a las pasiones y, una vez endurecidos, a los crímenes y a toda cosa ilícita. Después del trabajo se busca el ocio; el fomento de la diversión resulta más grato si han precedido ratos duros; se procura con más avidez la compensación cuanto mayor ha sido el agotamiento. Todos los cazadores hacen recordar todavía la educación de los centauros. Difícilmente se encuentra entre ellos alguno modesto o serio; difícilmente alguno que sea continente, y creo que sobrio, ninguno. Tuvieron ciertamente dónde aprender en casa de Quirón. Por algo está mandado apartarse de los banquetes de los centauros, de donde nadie vuelve sin alguna cicatriz.

Si no se cree a las historias que los poetas alteraron con su imaginación, ciertamente hay que creer a aquella que, por estar escrita por la mano de Dios, ha logrado en todos los pueblos una irrefutable autoridad. Pues el primero que aparece es Nemrod, «fuerte cazador contra el Señor» [12]. No se puede dudar que fue

---

[11] Virgilio.

[12] Gn 10, 9-12. En el texto latino aquí usado y tomado de una versión antigua se dice «contra Dominum», apartándose de la versión de la *Vulgata*

réprobo aquel a quien condenan todos los doctores. Se nos dice de él que se alzó a tan perversa soberbia, que no temió violar los derechos de la Naturaleza y reducir a esclavitud a sus iguales en género y condición, que aquélla había creado libres. La carga de la tiranía —injuria del Creador— tuvo en un cazador su principio y no halló otro autor que aquel que aprendió el desprecio del Señor en la muerte de las fieras y el baño de la sangre. Comenzó a ser poderoso en la Tierra. Pues así está escrito: «Porque no esperó a recibir del Señor el poder.»

Babilonia fue el principio de su reino, que se ensanchó hasta la tierra de Senaar, y, teniendo todo el orbe un solo y semejante lenguaje, se erigió hasta el cielo la torre de Babel, de ladrillos en lugar de piedras, de betún [13] en vez de cemento; sin esa roca por cimiento, en cuya singular solidez cobra fuerza toda casa edificada en el Señor. Pero tan inicua temeridad, desgajada de la debida unión, rompió la unidad de las lenguas y mereció la confusión, como corresponde a quien prefirió gloriarse en sí misma antes que en el Señor, quizá porque confió en sí misma con tan gran orgullo, que no pudo aprovechar la enseñanza del reciente castigo del diluvio para dejar de ensoberbecerse en presencia del Señor, y de este modo usurpó para sí con contumacia la reverencia que el hombre debe a Dios; pues consta que el diluvio precedió a la confusión de las lenguas. Babilonia, es verdad, embriaga con su áureo cáliz a todos los hombres y monta contra la excelsa Jerusalén sus perecederos campamentos, en cuya milicia se alcanza la condena de la perpetua maldición de los santos.

También Esaú practicó la caza y mereció perder la bendición paterna. En los montes cosechó hambre, y, deseando lentejas con inmoderado afán, perdió la prerrogativa de la primogenitura por un precio exiguo y vil y transmitió a sus descendientes el yugo de la servidumbre hereditaria; de esta forma tuvieron que sujetarse al mando del hijo menor, que gobernaba en la casa. Se erizaban sus manos cubiertas de vello; no podía ser suave el que era salvaje en sus costumbres y había abandonado en casa el uso de los buenos vestidos, porque con el asiduo ejercicio de la caza se había despojado de la virtud. Sediento de la sangre fraterna, no temió ser reverenciado, después de recibir sus dones, por aquel que sabía superior a sí por la gracia divina de la bendición paterna.

---

que dice «coram Domino» (delante del Señor) y que está más de acuerdo con el original hebreo. El matiz de oposición falta, pues, en la Biblia.

[13] Especie de barro con azufre, que mana del lago Asfalto de Judea.

Se rumorea que el inventor de la caza aérea fue Macabeo, quien, al ocuparse en más graves asuntos, vivió, según se cree, alejado de este entretenimiento. Pues fue grande en la guerra, devolvió a sus hermanos la libertad, restableció las leyes, renovó los ritos, purificó las cosas santas, decoró con áureas coronas las fachadas del templo, de donde creía le venían las victorias, y no permitió que ninguno de sus actos se deslizara

> la pasión que nace con el hombre y le arrebata su botín [14].

Caído al fin en el combate por la salvación de sus compatriotas, dejó a sus hermanos como herederos de aquella guerra justa.

Entre aquellos a quienes la Naturaleza había dado la ley de la razón, fijémonos en los patriarcas, pasemos luego a los guías del pueblo, acerquémonos a los jueces, avancemos hasta los reyes, recorramos la serie de los profetas, examinemos los oficios y ocupaciones del pueblo fiel. ¿A quiénes encontramos, a través de la lectura del Antiguo Testamento, que hayan practicado la caza? A los idumeos e ismaelitas, a los paganos que ignoraban al Señor. «¿Dónde están —dice el profeta, o si lo prefiere, siempre en el Espíritu, el notario del profeta—, los que se divierten con las aves del cielo?» Como si tácitamente dijese que aquellos cuya vida no es seria se desvanecieron junto con sus aves, y, consiguientemente, recuerda que descendieron al infierno.

Pregunte el lector a sus progenitores y mayores y le dirán que nunca leyeron de ningún cazador que fuese santo. Y si alguien se deja tentar porque el nombre de los cazadores aparece en la promesa profética (por la que el Señor da su palabra de enviar cazadores que persigan a los errantes por bosques y lugares altos), sepa que se condena la vida de quienes viven como bestias, pero no se recomienda la frivolidad de los cazadores. Ni te consueles con Plácido o Eustaquio, mártir ciertamente insigne, del que afirmas por un escrito piadoso, pero no canónico, que fue visitado por el Señor mientras cazaba; a no ser que con ello pretendas alabar el furor de los perseguidores de la Iglesia, porque —de entre ellos— fue llamado Pablo al apostolado y constituido egregio predicador del Evangelio.

Pero concedamos que existieron varones ilustres, Alejandros quizá o Césares, que se entregaron a la caza. ¿Lo hicieron los filósofos o los considerados sabios por el pueblo? ¿Acaso lo

---

[14] Lucano, *Farsalia* II 391.

hizo Sócrates, Platón, Aristóteles, Séneca, Lucano o quien agotó las maravillas, no sólo de la urbe, sino del orbe, concitando por su virtud y sabiduría la admiración de todos, Arquitas de Tarento? Volviendo a los nuestros, que descuellan por la verdad de la doctrina, el ejemplo de la virtud y la autoridad de la fe, ¿a qué Agustinos, Jerónimos, Lorenzos o Vicentes; a quiénes entre todos los Padres sacudió la locura de esta calamidad?

También en nuestro tiempo nos enseñan luctuosos ejemplos a abstenernos de semejante impulso, ya que la ira divina, por medio de diversos y verdaderos milagros, hirió a nuestros grandes mientras cazaban, y con frecuencia encontraron una muerte brutal los que, mientras podían, vivieron brutalmente. Ni a los mismos reyes perdonó el Señor, y de su malicia se tomó digna y gloriosa venganza. No se callan sus nombres o ejemplos porque falten —más bien crearía dificultad su abundancia—, sino para no agravar, restregando recientes heridas, el dolor de las almas que todavía lloran profundamente apenadas. Bien cercanos abundan los ejemplos.

Con el atractivo de esta vanidad, algunos se lanzaron a tan gran locura que se convirtieron en enemigos de la Naturaleza, olvidando su propia condición y despreciando el juicio divino al someter la imagen de Dios a refinados suplicios mediante la crueldad con los animales salvajes.

Ni temieron —a cambio de un animalillo— perder al hombre, a quien el unigénito de Dios redimió con su sangre. La temeridad humana se atreve a reservarse para sí, bajo la mirada de Dios, aquellos seres que —por su naturaleza feroz— pertenecen por derecho al primer ocupante y eliminan así ese derecho (igual para todos y en todas partes), como si encerrara todas las cosas en la trampa de su prisión. Para mayor asombro, se considera por ley como delito poner cepos a las aves, tenderles lazos, atraerlas con sonido o flauta y derribarlas con cualquier engaño, y ello se multa con la pérdida de bienes o se castiga con daño de los propios miembros y de la salud. Se había oído que los pájaros del cielo y los peces del mar son de todos; pues no: las aves están confiscadas, ya que son exigidas por la caza vuelen donde vuelen. Contén tu mano, abstente de ellas, no vayas a ser tú también presa de los cazadores como reo de lesa majestad.

Se aparta a los agricultores de sus propios rastrojos mientras las fieras tienen libertad para vagar. Para que tengan más alimento, se sustraen a los agricultores los campos cultivables; a los colonos, sus labores; a los pastores y rebaños, los pastos comunes; se prohíben las colmenas en los sitios poblados de flores y a las

abejas apenas se les permite disfrutar de su natural libertad. Aciertas al decir que los tábanos y otras pestes, que turban los placeres de los poderosos y no a las fieras, no pueden ser desterrados con todo su poderío, ya que los mosquitos atacan apropiadamente a las fieras con sus agudos aguijones como venganza contra el hombre armado.

De esta forma, si permaneces aquí, te verás obligado, año tras año, a comprar o perder tus propias cosechas. Escoge cuál de los dos derechos ciudadanos prefieres, porque te amenaza la pérdida de la propiedad o de la vida. Si algún cazador penetra en tus dominios, ofrécele sin duda y con respeto lo que tienes en casa, y, si hay algo que falte en la casa y esté en la del vecino, cómpralo para su uso, no sea que, apoyándose en la ley, te arrebate lo tuyo a tu pesar y, por desacato o desprecio, tengas que defenderte ante el Tribunal de los Cien, del gobernador o subgobernador o de la Asamblea, del delito de alta traición. Porque el patrimonio del reino aumenta, mientras la familia tiene que buscar préstamos, como pueda, para sus gastos.

Para que no parezca, con todo, que mi pluma persigue a la caza y demás frivolidades de los cortesanos con odio más que con sereno juicio, admito fácilmente con gusto que es cosa que podría considerarse indiferente, si no fuera porque con la búsqueda inmoderada del placer hace tambalearse la fortaleza del espíritu y desvía la razón. No por esto es rea de culpa enteramente, pues también el vino que emborracha hace culpable al que bebe, y, a menudo, los ancianos caen en la puerilidad, no tanto por su edad como por su culpa.

Puede, por tanto, el arte de la caza ser útil y honesto, pero ello depende del lugar, tiempo, modo, persona y causa. Pues la persona ennoblece su afición cuando se entrega a su oficio y no irrumpe en el que le es impropio. No hay nada más apropiado para el hombre que aquello que mejor armoniza con su ocupación. Pues, como dice muy bien el moralista, al descubrir lo que honra a cada individuo, «lo que más honra a cada uno es aquello que es más apropiado para él» [15]. ¿Qué tenemos que ver tú y yo con la profesión de cazador? Es gran error descuidar lo propio e interesarse por lo ajeno. ¿Qué le va a quien luce las insignias de la autoridad pública en una afición privada, por no decir rústica? Que el pueblo siga a su jefe, que el letrado siembre la doctrina, que el juez tenga a raya a los delincuentes, que el don del poder

[15] Cicerón, *De Officiis* I 31 § 113.

premie a los esforzados, que las personas privadas se ocupen en las cosas sencillas, los de buena cuna de las más importantes, los siervos de las bajas;

> pues lo que resulta indecoroso
> para los honrados Seio y Tilio,
> le vendrá bien a Crispino [16].

De la misma manera, el cuerpo tiene muchos miembros, pero no todos sirven para lo mismo y cada uno tiene su función. ¿Por qué vas tú, que no entregas lo tuyo al cazador, a usurparle su oficio? ¿No piensas que resulta indigno que el cazador aspire a la realeza o al pontificado? Más indigno todavía es, en verdad, dejarse caer desde cualquiera de ambas cúspides en las carnicerías o inmundicias del cazador. Pues el amor innato del bien busca siempre lo alto, mientras, por el contrario, el impulso del vicio se dirige espontáneamente hacia lo bajo.

También la causa de un acto puede ennoblecerlo, si resulta necesario, útil u honesto, ya que la intención marca la calidad de la acción. Sin culpa salió a cazar Esaú por mandato de su santo padre, tanto para saciar el hambre de éste como para obtener, en gracia a su esforzada obediencia, la bendición prometida. Si la caza no pudiera ejercitarse sin culpa, jamás tan gran patriarca hubiera enviado a realizar tal acción al hijo, a quien pensaba constituir cabeza de las naciones con la gracia de su bendición. Quizá la tardanza trajo para Esaú el peligro, porque se detuviera más de lo lícito en una acción de suyo ilícita, a causa de su amor desordenado por esta mala costumbre. No hay ninguna culpa en quien, urgido por una estricta necesidad, dedica su vida al ejercicio de una ocupación lícita. Los que evitan la inercia del ocio, los que preparan sus cuerpos para la acción en la vida endureciéndolos en el trabajo, los que saben huir del peso de la carne conservando en todo la dignidad personal, no sufren los aguijones de una merecida reprensión. Porque una acción no constituye crimen por sí misma, sino por la causa que la mueve.

Ni puede relucir una acción con el esplendor de virtud alguna si su origen está en el placer, que es la madre espúrea de la virtud. Y no me refiero a aquel que engendra la paz, la paciencia, la benignidad, la generosidad o el gozo en el Espíritu Santo; sino al que —ligado a festejos, bebidas, banquetes, cantos y bailes, refi-

[16] Juvenal, o. c. IV 13-14.

namiento en el vestir, lujuria y toda clase de libertinaje— convierte en afeminados los espíritus serios y, por una cierta burla de la Naturaleza, hace más muelles y corrompidos a los hombres que a las mujeres.

También el tiempo en que se caza puede aminorar la culpa o cohonestar esta actividad. En esto, como en la mayoría de los casos, si el tiempo es oportuno, debe posibilitar el cumplimiento de los deberes. Resulta, pues, inoportuna la caza por razón del culto religioso, del orden natural o de la obligación de un deber que no ha de soslayarse o posponerse a otras ocupaciones. Pero baste ya de esto. Que no era nuestro propósito hacer un tratado de caza, sino ridiculizar las frivolidades de los cortesanos.

También el lugar ha de tenerse en cuenta; quiero decir que la caza lícita ha de ejercerse en terreno reservado a ella, en terreno común o público, siempre que no se derive perjuicio para los miembros de la comunidad o que el lugar mismo, por su santidad o renombre, quede excluido de estos alborotos. Pues quien irrumpe en lo ajeno, usurpándolo temerariamente, está sujeto a pena por la ley.

El modo de cazar es, en cambio, laudable si se realiza prudentemente con la debida moderación y —si es posible— con utilidad, de forma que se cumpla la advertencia del cómico: «No te excedas en nada» [17]. Pues hasta

> el sabio es llamado loco y el justo inicuo,
> si persigue la virtud más allá de sus límites [18].

No hay nada más inconveniente que desatar la risa en el rostro de los espectadores cuando, sin propósito de aprender, te entregas con excesivo celo a un arte que ignoras, como si intentaras bromear en una lengua que no conoces.

Hay, además, personas que están excluidas para siempre de estas y otras actividades más livianas y placenteras, como son los que tienen órdenes sagradas o los magistrados de gran dignidad. Pues lo que en otros se consideraría un pequeño desliz, en éstos muchas veces se toma como delito. Sin duda, son siempre de más peso las cosas que llevan a rescindir los contratos ya hechos, que las que impiden hacerlos. Por ello, la caza, en virtud de la letra y el espíritu de los cánones, no sólo impide el ascenso a los can-

---

[17] Terencio, *Andria* I 1, 34.
[18] Horacio, *Epístolas* I 6, 15-16.

didatos a las órdenes sagradas, sino que despoja del sumo sacerdocio a quien lo ha conseguido.

Se cuenta que Temístocles dijo con gran acierto, como tantas otras cosas: «Los magistrados deben estar apartados de los juegos y cualesquiera ligerezas, para que no parezca que la comunidad política es cosa de juego, y, abandonando su seriedad, exhiba en público sus propios defectos. Y si llegaren a estar libres de asuntos graves —cosa que raramente acontece—, piensen que en los años de su adolescencia, a causa de la edad, se les permite una cierta dispensa de la seriedad de su dignidad y una mayor indulgencia consigo mismos, para que el proceso de la madurez sea paralelo a la utilidad y servicio de la comunidad.» Esto dijo Temístocles. Ojalá le escucharan nuestros gobernantes para que en la edad madura antepusieran los asuntos serios a sus frivolidades. Porque el cuerpo todo de la comunidad mantendrá la integridad del pueblo, manifestará el esplendor de una excelente organización y alcanzará el honor de una armónica belleza, si

> cada una de sus partes desempeña como conviene
> el lugar que le ha sido asignado [19],

si hubiere apropiada distribución y no confusión de las funciones. Será así si seguimos a ese perfecto guía de la vida que es la Naturaleza. Pero, por el momento,

> los operarios prometen lo propio de los médicos,
> los médicos se dedican a las herramientas [20],

y la función de regir es ocupada por cazadores y otros oficios más humildes, si no maléficos. La imprudencia de los incompetentes y la ignorancia de los asuntos se atreven a inmiscuirse en las funciones públicas.

CAP. 5: *Del juego; su uso y abuso.*

Atención. Mientras se aleja el tumulto de los cazadores, otras frivolidades, aunque menos ruidosas, dejan oír sus sones. Bien conocido es el proverbio: «Quien liebres persigue, palabras come.»

---

[19] Horacio, *Arte poética,* 92.
[20] Horacio, *Epístolas* II 1, 115-116.

Pues si te fijas con cuidado en los demás, encontrarás quienes devoran sus vidas gastándolas en necedades, enfrentamientos y delitos. ¿No te parece necio el jugador que perece —más que vive— por obra y gracia de los dados y constituye cada tirada en árbitro de su destino? ¿Se puede llamar conforme a razón aquello que, cuanto más fuerza se pone en ello, más débil deja?

Si hemos de creer a los historiadores paganos, Atalo Asiático descubrió el libertinaje del juego cambiando ligeramente la materia objeto de las matemáticas. Mientras los antiguos aprobaron las matemáticas, tan sólo porque eran provechosas para la investigación de la verdad y las artes liberales y porque ayudaban a vivir rectamente, Atalo intentó aminorar la dificultad de esa antigua ciencia con un invento sutil, aunque infructuoso, pues, aunque la insustancializó, siguen vigentes muchas de las primitivas dificultades.

Pues los griegos no han dejado todavía el ábaco, ni las reglas del cálculo, ni el juego en que la victoria completa consiste en lograr una perfecta y máxima armonía con los dados marcados por el adversario. Cuando en el resultado se llega a una proporción aritmética o geométrica de tres términos, sólo se consigue media victoria. Cualesquiera otros logros, aunque no alcancen el honor de la victoria, ponen en evidencia la satisfacción y habilidad del jugador. Es interesante y provechoso conocer los juegos matemáticos, quiénes son presa fácil y quiénes y por qué medios otros son más fuertes en sus posiciones, con despreocupación de cualquier peligro que no sea, a veces, el de resultar envuelto y dominado por el adversario. Tolomeo, Alejandro, César, Catón y el mismo Pitágoras, según leemos, aliviaron —con el entretenimiento de estos certámenes— ocupaciones más arduas y procuraron con el juego hacerse más aptos para los problemas filosóficos.

El juego de azar, en sus diversas clases, llegó a los griegos al desaparecer el reino de Asia[21], junto con el botín de la ciudad conquistada. De aquí vienen los dados *(thessara)*, las damas *(calculus)*, el tablero *(tabula)*, el *urio* o lucha troyana, el *tricolus*, el *senio*, el *monarchus*, los *orbiculi*, el *taliorchus*, la zorra *(vulpes)*[22], etcétera, de cuyo uso es mejor ser ignorante que entendido. Porque ¿quién no se avergonzará de deber su destino a los dados y no a su esfuerzo? ¿A quién no le pesaría que se antepusiera un cubilete de dados a su propia prudencia? ¿No queda desacreditada

[21] Se refiere a la derrota de Darío en la batalla de Isos.

[22] De algunos nombres de juegos no hemos encontrado la correspondiente palabra castellana. No es tampoco fácil conocer su exacta naturaleza.

cualquier ocupación en la que el más docto es más vil? Todo esto se aplica al jugador. Pues ciertamente el juego de azar encierra mentiras y perjurios, su pasión busca lo ajeno, y, sin ningún respeto por el propio patrimonio, cuando lo ha dilapidado, desemboca paulatinamente en robos y rapiñas.

Algunos tienen estima de aquel juego que, según se lee, ejercitó Ulises, porque parece que, por el mucho esfuerzo mental que exige, agudiza el ingenio. Pero, por eso mismo, a mí me parece más ruinoso, pues no hay mayor desgracia que poner mucho trabajo en donde nada sacas. Como es inútil la importunidad del que suplica, si es inútil lo que se consigue, ni tiene sentido la búsqueda diligente, si lo que se ha de encontrar carece de provecho, todo el esfuerzo anímico y mental que en esto se malgasta podría aplicarse a cosas mejores y más nobles.

El juego de azar queda desterrado de las buenas costumbres por la autoridad de aquel[23] que, adoctrinando al mundo en la persona de su hijo, lo denuncia a todos como aborrecible. Por el juego llegan los hombres a enfrentarse con armas, se enemistan entre sí y se hunden en una pobreza miserable, aunque no digna de conmiseración. Si buscas al autor de este aserto, reconoce en él a aquel que

> creyó haber nacido para provecho del mundo
> y no para el propio[24].

Se dan, sin embargo, casos en que, desde ciertos puntos de vista, se puede admitir el juego de azar. Como cuando, lejos del vicio y sin dispendio de la virtud, alivia el peso de las grandes preocupaciones y las interrumpe con alegre entretenimiento. Pues toda libertad se encauza con la ayuda de la moderación, como toda virtud sólida se deforma con la intemperancia. Moderadora de la libertad es la previa consideración del lugar, tiempo, modo, condición de la persona y razón del hecho, ya que esa consideración previa es la que hace recomendable, por su honorabilidad, el carácter de cualquier asunto o lo condena por su fealdad moral. Hay, por tanto, muchos aspectos que considerar en cada caso, pues según sean la naturaleza, la condición o la fortuna, ponen cada una su impronta en el individuo, y tocará a éste deducir personalmente de ese conjunto lo que es conveniente para él. Esa y no otra es su fuente.

---

[23] Catón, el Censor.
[24] Lucano, o. c. II 383.

Quilón de Lacedemonia, enviado a Corinto para negociar un tratado, encontró a los jueces y ancianos del pueblo practicando juegos de azar. También el rey de los partos dio al rey Demetrio unos dados de oro para reprocharle su infantil ligereza. Con este regalo quedó desautorizada aquella adolescencia senil que ni en la majestad de la realeza temía cometer frivolidades.

Ahora, por el contrario, se considera que los nobles son cultos, si conocen el arte de la caza, si han sido instruidos —lo que todavía es más nocivo— en los juegos de azar, si debilitan el vigor de la propia Naturaleza con cadencias de voz afeminada y si, renunciando a su virilidad con cantos e instrumentos músicos, olvidan la alcurnia de su nacimiento. Esta desgracia se propaga de padres a hijos. Porque ¿qué va a hacer un hijo sino lo que ve hacer a su padre?

> Si el nocivo juego atrae al anciano,
> también jugará su heredero con título,
> y con el cubilete de los dados
> ejercerá el mismo oficio[25].

La edad no madura tenía que haber sido preservada con más esfuerzo de los placeres libidinosos, padres de los vicios, y haberse tomado más diligentes medidas para que los adultos no hiciesen nada licencioso en su presencia, pues, como afirma el mismo autor satírico,

> más deprisa y con más fuerza
> nos corrompen los ejemplos viciosos del hogar,
> pues penetran en las almas
> con poderosos incitadores[26].

Cuando Eleazar fue incitado, para salvar su vida, a transgredir la ley del Señor, se resistió de forma admirable, aduciendo el peligro que suponía su ejemplo: «¿Quién soy yo, Eleazar, con mis noventa años, para adoptar la vida de los extranjeros y engañar a la juventud religiosa?»[27]. Por eso nacen hoy de los adultos herederos degenerados que deshonran su virilidad con afeminados vicios.

---

[25] Juvenal, o. c. XIV 4-5.
[26] Ib. 31-33.
[27] 2 Mc 6, 24-25.

CAP. 6: *De la música, y de sus instrumentos, melodías y provecho.*

Nadie menospreció la música como ligada a las frivolidades de los cortesanos por el hecho de que muchos de ellos la utilicen para sus intereses. La música es un arte liberal y tiene un noble origen, ya sea Pitágoras, Moisés o Tubal, «padre de los tocadores de cítara» [28], a quien honre como su autor. Tanto por su fuerza como por su variedad de formas y las armonías que están a su servicio, la música es universal y armoniza las múltiples disonancias y desvíos de los seres y las palabras con la multiforme ley de sus justas proporciones. Con ellas se aplacan los cielos y se rigen el mundo y los hombres; sus instrumentos educan y modelan las costumbres, y, por una especie de admirable obra de la Naturaleza, visten la voz —se articule o no en palabras— con las musicales pinturas y colores de los ritmos y medidas y la adornan con cierto ropaje de elegancia.

No necesita la música de nuestra recomendación, pues los Santos Padres la ensalzaron con múltiples elogios. Finalmente, su virtud frena la violencia del espíritu maligno, y hasta disminuye su poder en quienes se sujetan a él. Pues, cuando un mal espíritu del Señor se apoderó de Saúl, David cantó con su arpa hasta que el espíritu dejó de provocar la ira del rey. Y mientras no se dé a conocer el espíritu que yace en la palabra, es sumamente razonable apaciguar el alma y olvidar todo resentimiento con la ayuda de esta música emparentada con ella, cuyos sones nos traen la melodía del propio origen y los misteriosos bienes de la Naturaleza.

Es opinión o convicción común que el alma está formada por musicales armonías. Pues Platón, príncipe de todos los filósofos —si los Aristotélicos no disienten—, al concebir el alma constituida de elementos divisibles e indivisibles e imaginarla de igual y distinta naturaleza, creía que no podía tener consistencia si no unía los diversos aspectos (procedentes, por múltiple división, de la unidad de ambos elementos) por medio de combinaciones equivalentes a vez y media, cuatro tercios y nueve octavos, con la debida consideración al semitono y la pausa. De esta forma, a través de unas pocas relaciones, la gran variedad de elementos discordantes queda en manifiesta y próxima vinculación con el alma,

[28] Gn 4, 21. Al bíblico Yubal se le llamó en la Edad Media Tubal y así lo conservamos en el texto.

gracias a la armonía procedente de sus análogas naturalezas. De aquí que, por medio de una especie de arcana corriente distribuida por secretos canales, camine con su fuerza por todas las cosas, y, en armonía con la razón y según el decreto del plan divino, regule la eficacia vital de cada naturaleza y sustancia. Así proporciona alimento a todas las cosas y vive en cada una con toda su pureza, en la medida que no le estorbe el peso del cuerpo o turbe su tranquilidad la multitud de los desórdenes exteriores.

¿Qué puede ser más saludable para el alma que ser devuelta a su propio ser desde el agobio de esa confusión, por los sonidos concordes de la Naturaleza? ¿Qué hay, en último término, más afín a nuestro espíritu que el sonido? Una vez formado en él, llena el oído de todos, llegando por todas partes, con una difusión tan fácil como invisible e inefable, y con su fuerza penetra la densidad de los cuerpos, y, como tocándole, mueve el ánimo, deprimiéndolo unas veces y exaltándolo otras, a su arbitrio.

Aunque de ninguna manera es espíritu, el sonido es ciertamente vehículo del espíritu, ya sea del espíritu humano, del divino o del profético. Cuando se adorna con sus mejores tonos, excita con su hermosura las mentes más serias, con una suerte de alegre gracia destierra la tristeza y barre con fuerza cualquier suciedad, turbación u oscuridad que enturbie nuestros pensamientos. Por todo ello, los Santos Padres estimaron que no sólo el concierto de las voces humanas, sino la música de los instrumentos, deben ser aplicados al servicio del Señor, tanto en la educación de las conductas como en la elevación de las almas al culto de Dios mediante el ejercicio de la virtud, ya que así se aumenta el homenaje que se le tributa.

Y si no te basta la autoridad de la Iglesia militante, también la Iglesia triunfante pronuncia la alabanza de la música, ya que el hijo del trueno vio y te mostró a sus ancianos, y sus cantos eran los de citaristas tañendo sus cítaras [29]. Si a ellos todavía no los has oído, escucha al rey jubiloso [30], que te quiere hacer partícipe de su reino y su gozo. Dice el rey: «Comenzad el concierto, tocad los panderos, las cítaras templadas y las arpas» [31]. ¿Para qué?, dirás. «Para que alabéis al Señor con tambores y danzas, con trompas y flautas» [32].

---

[29] Juan en Ap 14, 2; cf. Mc 3, 17.
[30] David.
[31] Sal 80, 2.
[32] Ib. 150, 4.

Este es el único o principal empleo de la música. El estilo frigio y otras formas que fomentan la corrupción no tienen lugar en una adecuada educación, y sólo manifiestan la malicia del abuso. Es lógico que la forma legítima de este arte se duela y lamente de que se la deforme con el vicio, y se le dé rostro de meretriz a quien tensaba los ánimos viriles para el ejercicio de la virtud. Los cantos de amor bucólico estaban antes mal considerados entre los hombres serios; ahora, sin embargo, se alaba que la gente seria cante esos cantos de amor que ellos mismos llaman, más apropiadamente, cantos locos.

El mismo culto religioso queda manchado por el hecho de que, en el recinto del templo del Señor, se intente conmover a las almas ligeras y fácilmente impresionables, desplegando una especie de ostentación apasionada, con muelles juegos de notas y articulaciones musicales. Cuando uno oye las acariciantes melodías de las voces que abren el canto, resuenan, se sostienen, se apagan y se alzan de nuevo dominantes, cree estar oyendo cantos de sirenas y no de hombres y se admira de la flexibilidad de los tonos con los que no pueden igualarse ni el ruiseñor, ni el papagayo, ni la más sonora de las aves. Es ciertamente tal la facilidad de subir y bajar la escala, de dividir o duplicar las notas, de repetir o reincorporar paulatinamente las frases, de concertar los agudos y los agudísimos con los bajos y los contrabajos, que el mismo oído pierde casi la credibilidad de sí mismo, y el ánimo, acariciado por tanta suavidad, es incapaz de juzgar los méritos de lo que ha escuchado. Estos evidentes excesos son más proclives a explicar la pasión carnal que la devoción del alma.

Si, por el contrario, las melodías se mantienen dentro de la moderación, liberan el espíritu de las preocupaciones, acaban con el ansia de las cosas temporales y elevan el alma humana a la compañía de los ángeles, participando en cierto modo de su gozo, su paz y su amorosa elevación hacia Dios. Pero ¿cómo se obtiene la fórmula de esta moderación? «Se alegrarán mis labios —dice el salmista— cuando cante para Ti» [33]. Por tanto, si de la abundancia del corazón canta tu boca la alabanza del Señor, si tocas con la mente y el espíritu, si tocas, en fin, con sabiduría, habrás obtenido la regla exacta de la moderación, aún más allá del sentido de las palabras, y agradará tu canto al oído del Señor —más con el júbilo de la mente que de la voz— y con tu prudencia apartarás de ti su ira.

---

[33] Ib. 71, 23.

El que, en cambio, expresa sentimientos de pasión o vanidad, el que prostituye su voz con sus malos deseos, el que hace a la música despreciable servidora de la lascivia, no sabe lo que es cantar al Señor y se alegra en tierra ajena con las melodías de Babilonia. Ignoro, ciertamente, por qué razón pueden agradar más estas cosas, si no es porque

> nos inclinamos siempre hacia lo prohibido
> y deseamos lo que se nos niega [34],

nos resultan más dulces las aguas furtivas y más suave el pan escondido.

El estilo frigio ya fue desterrado de la Corte griega, por decreto de los filósofos, así como todas las melodías que rebajan hasta la lascivia y la corrupción. ¿No recuerdas que las madres y viudas de los cicones [35] arrojaron toda su indignación sobre Orfeo, hasta provocar el odio de las Parcas, porque había afeminado a sus varones con su música? Y ello, aunque había apaciguado a las almas de los muertos, ablandando la dureza del dios de los infiernos y conseguido con la gracia de su voz, aunque con fatal desenlace, a su amada Eurídice. Por ello, las quejas de esta clase de hombres no suelen tener éxito, quizá porque

> las malas ganancias no terminan bien [36].

Sin embargo, en nuestro tiempo se admite por todas partes como bueno lo que debilita el carácter y envilece las costumbres, a pesar de que ya nos sobran nuestros propios vicios. Si se viera a alguno de los aficionados a estas cosas ser al mismo tiempo serio, moderado y casto, habrá que situarlo entre los hombres fuertes de nuestra época. Porque a veces se da esta rara avis.

Por todo esto, cierto venerable varón, superior de cerca de setecientas monjas [37], prescribió para todos sus monasterios que todos los cantos de sus monjas prescindieran de toda armonía melodiosa y se contentaran con la escueta recitación inteligible de los salmos y laudes. Para el santo varón resultaba ciertamente sospechosa la languidez emparentada con el placer, por el hecho de que el placer es padre de la lujuria.

---

[34] Ovidio, *Amores* III 4, 17.
[35] Pueblos de Tracia.
[36] Ovidio, o. c. I 10, 48.
[37] Gilbertus de Sempringham.

¿Y qué decir de la malicia que tales músicas añaden a los banquetes cotidianos? ¿O es que los venenos sólo pueden hacer daño cuando son enteramente aplicados? ¿No es una locura echar leña al fuego, aceite en el horno, veneno a la serpiente? Aunque a veces se cubren los defectos de las cosas con el velo de las palabras, entre aquello que tiene una misma naturaleza no existe verdadera diferencia. Lo que los griegos llaman comer o beber juntos, nosotros, con nombre más honroso, lo llamamos «convivir» [38]. Pues resultan más respetables las reuniones para la convivencia que para comer y beber. ¿No son los banquetes suficientemente carentes de sentido por sí mismos, para que además los exciten los cantos? ¿No es esto lo que reprende el Señor cuando dice: «¡Ay de los que madrugan en busca de licores y hasta el crepúsculo los enciende el vino! Todo son cítaras y arpas, panderetas, flautas y vino en vuestros banquetes, y no atendéis a la actividad de Dios ni os fijáis en las obras de sus manos»? [39] ¿Acaso no fue precisamente en un banquete cuando el rey de Babilonia vio la mano que escribía en la pared MANE, TECHEL, PHARES, palabras que anunciaban que su reino estaba contado, pesado y dividido? [40].

Por juicio divino es juzgado indigno del Reino quien expone los vasos del Señor (es decir, los cuerpos humanos) a los fugaces gozos de la pasión y abre el tálamo del esposo a la sordidez del espíritu maligno.

Argos tenía su cabeza ceñida de cien ojos [41],

y bastó el placer de una sola flauta, no sólo para adormecerlos, sino para extinguirlos. ¿Quién eres tú para creerte más circunspecto?

CAP. 7: *De la diferencia entre Augusto y Nerón.*

Estando Augusto tocando la pandereta en una cena, cierto soldado dijo con acritud: «¿Ves cómo un desvergonzado gobierna el mundo con un dedo?» Conmocionado Augusto por aquella amarga frase, alejó para siempre su boca, sus manos y su espíritu de se-

---

38 «Convivium» es el nombre latino de banquete o comida.
39 Is 5, 11-12.
40 Cf. Dn 5, 25-26.
41 Ovidio, *Metamorfosis* I 625.

mejante ligereza y mostró siempre su gratitud al que le había reprendido.

Muy al contrario actuó Nerón, el más detestable no ya de los emperadores, sino de todos los hombres; el cual, como se ha escrito, estaba tan enamorado de la dulzura de su voz, que no sólo se abstenía de los frutos y alimentos perjudiciales para ella, sino que para conservarla se purgaba frecuentemente con enemas y vomitivos y, por mandato de los médicos, llegó a sostener con frecuencia y durante largos ratos sobre su vientre, echado para arriba, una lámina de plomo. De tal manera se deleitaba con el canto, que ni siquiera hubiera salido de un teatro sacudido por un terremoto hasta haber terminado lo que ya había comenzado. A nadie le era permitido salir mientras él cantaba. Por lo cual, algunos, aburridos de oírle, se evadían simulando estar muertos.

Tampoco se dirigía a los soldados sino a través de las palabras de otro, ni hacía nada, en serio o en broma, sin la presencia de un especialista de garganta que le exhortase a tener cuidado de sus cuerdas vocales.

También era aficionadísimo a los instrumentos musicales y envidiaba a los peritos en ellos, hasta el punto de que se alegraba mucho cuando públicamente se le aclamaba como el mejor de los citaristas. De aquí proviene aquello:

> Si un príncipe es citarista, todo nacido es noble.
> ¿Qué otra cosa queda sino los juegos circenses? [42].

Con todo el peso del Imperio sobre sí, aborreció cualquier muestra de dignidad. Perseguidor de la filosofía como enemiga de la majestad imperial y temeroso de los nobles talentos, se entregó a los consejos de los comediantes, cuyas bajezas no se avergonzó de imitar. De aquí el dicho:

> Lo que no conceden los nobles, lo concederá un comediante [43].

Aunque era sumamente avaricioso de todas las cosas y nunca delegaba en nadie un oficio sin decir: «Ya sabes lo que necesito», o sin añadir: «El que lo gobierna todo, necesita de todo», no le pesaba distribuir entre cómicos y bufones fuertes cantidades de dinero, y, según le agradaban, los ennoblecía con grandes digni-

---

[42] Juvenal, o. c. VIII 198-199.
[43] Ib. VII 90.

dades, nombrando a unos patricios, a otros senadores, y honrando a los agraciados con nombres ilustres y distinguidos.

CAP. 8: *De los cómicos, bufones y charlatanes.*

Todavía imitan algunos a Nerón (aunque nadie quiera mancharse con su oprobio), cuando se rebajan favoreciendo a cómicos *(histriones)* y bufones *(mimi),* y con ciega y despreciable manificencia derrochan su dinero —de forma más lamentable que admirable— al hacer manifiesta la picardía de los tales.

Con todo, aquella época —por decirlo de algún modo— tuvo actores más respetables, si es que se puede hablar de honorabilidad cuando se trata de algo que es indigno de todo hombre libre. No afirmo, sin embargo, que cualquier cómico ejerce indignamente su profesión, aunque ciertamente es indigno ser cómico. Cómicos eran los que con sus gestos, palabras y canciones narraban ante el público historias reales o imaginadas; los que aparecen en Plauto y Menandro y hacen brillar el arte de nuestro querido Terencio. Luego, al desaparecer los autores de comedias y tragedias e invadirlo todo la frivolidad, desaparecieron los actores —comediantes y trágicos— que a ellas se dedicaban. No es difícil encontrar que su condición era, en la mayor parte de los casos, la de esclavos, aunque Horacio describe su utilidad en su *Arte poética,* diciendo:

> Los poetas desean ayudar o deleitar,
> o, finalmente, expresar lo que es, a la vez,
> divertido y útil para la vida [44].

Pero nuestra época, inclinada a los cuentos y a todo lo bajo, no sólo ha vendido su corazón y sus oídos a la vaciedad, sino que con los placeres de ojos y oídos deleita la pereza, enciende la lujuria y busca en todo el fomento de los vicios. ¿No entretiene el ocioso su pereza y llama al sueño con la suavidad de la música y la melodía de los cantos, con el regocijo de los cantores y de los narradores de cuentos, o, lo que es peor, con la embriaguez y el desenfreno? Horacio ha enseñado un ejercicio más adecuado:

---

[44] 333-334.

Atraviesen el Tíber, tres veces ungidos,
quienes necesitan de un profundo sueño[45].

También el predicador dice: «Dulce es el sueño para el que trabaja, coma mucho o poco»[46]. Pues el ejercicio físico engendra y alimenta el bien del descanso, que desaparece con el ocio prolongado y la languidez de no hacer nada. El perezoso vive de deseos, ya que la ociosidad es enemiga del alma y arroja de su seno todo anhelo de virtud. Ovidio proclama:

¿Ves cómo corrompe el ocio al perezoso cuerpo
y se pudren las aguas inmóviles?[47].

¿Y qué?, dices. Escucha. Aprenderás, si te fías del mismo autor:

Se pregunta por qué Egisto llegó a ser adúltero;
la causa es clara: era un hombre ocioso[48].

Es un consejo de un hombre eruditísimo[49] que el demonio te encuentre siempre ocupado, para que puedas oponer a sus tentaciones, con éxito y prudencia, el escudo de tus ocupaciones. Dice el moralista:

Evita esa malvada sirena que es la pereza[50].

Ella es la que vuelven a traer los cómicos. El tedio se filtra en los ánimos sin ocupación, que no se aguantarían a sí mismos, si no se aliviasen con el solaz de alguna distracción. Por eso hay espectáculos y tan innumerables seminarios de vanidad donde encuentran alguna poco recomendable ocupación los que no resisten el ocio total. De aquí surgen los bufones *(mimi)*, los saltarines sacerdotes de Marte *(salii o saliares)*, los matones *(balatrones)*, los *emiliani*[51], los gladiadores, los luchadores *(palestritae)*, los gimnastas *(gignadii)*, los charlatanes *(praestigiatores)*, los diversos brujos *(malefici)* y toda la compañía de los truhanes.

---

[45] *Sátiras* II 1, 7-8.
[46] Eclo 5, 11.
[47] *Pónticas* I 5, 5-6.
[48] *Remedio de amor*, 161-162.
[49] Cf. Jerónimo, *Epístola 125 a Rústico*, 11.
[50] Horacio, o. c. II 3, 14-15.
[51] Quizá una especie de gladiadores; cf. Horacio, *Arte poética*, 32.

Esta perniciosa moda ha prevalecido tanto, que incluso en las casas más nobles tienen su asiento quienes exhiben sus obscenidades corporales en público y promueven tal indecencia, que hasta un cínico se avergonzaría de contemplarlos. Más asombroso aún, ni siquiera son expulsados cuando con soez estrépito infectan el aire con repetidos ruidos y arrojan sin vergüenza fuera lo vergonzoso que escondían. ¿Puede parecerte sabio quien abre sus ojos y oídos a tal gente? ¿Quién puede, con todo, dejar de mirar y reírse a gusto cuando se ven los trucos de un charlatán descubiertos por la orina que le empapa y devuelta la facultad de ver a unos ojos que sus malas artes habían cegado?

Resulta agradable y no desentona que un hombre honrado se alegre de cuando en cuando con una diversión moderada, pero lo que es vergonzoso es que esa honestidad acabe con frecuencia en lujuria. El hombre digno debe apartar su mirada de semejantes espectáculos, sobre todo de los obscenos, no sea que también la incontinencia de su ánimo muestre su impudicia. Dice con gran acierto Pericles, respondiendo a Sófocles, su colega en el generalato: «Conviene, Sófocles, que un jefe sea continente no sólo con sus manos, sino también con sus ojos» [52]. «Desvía mis ojos para que no contemplen lo vano» [53], dice aquel hombre a quien tantas cosas eran lícitas por su condición real, sabiendo que es ciertamente verdad el lamento de aquel otro: «Mis ojos han devastado mi alma» [54].

A pesar de todo, el alma del sabio discierne qué hay de útil y honroso en cada cosa, y no rechaza de plano las fábulas, los cuentos y los espectáculos, siempre que sean instrumento de virtud o decorosa utilidad. Conoces de sobra que, por la autoridad de los Santos Padres, el sacramento de la Sagrada Comunión está prohibido a los cómicos y mimos mientras perseveren en su mal hacer. De donde puedes deducir lo que amenaza a sus protectores, si recuerdas que los autores de un hecho y los que en él consienten son reos de la misma pena. ¿Por qué, se preguntará, obsequian a los cómicos los que lo hacen, ya que cultivan en ellos lo peor que tienen? ¿Puede ser bueno el que fomente la maldad? Aunque todo el que lo hace es odioso, es más llevadera la malicia del que causa menor mal.

---

52 Cf. Cicerón, *De Officiis* I 40.
53 Sal 118, 37.
54 Lam 3, 51.

CAP. 9: *De dónde viene la palabra «praestigium» y quién fue su autor.*

Ya antiguamente los Santos Padres condenaron a todos los que realizaban prestidigitaciones nocivas, artes mágicas y diversas clases de inadmisible astrología, porque sabían que todos estos artificios, o mejor maleficios, habían nacido de una cierta maligna relación entre los demonios y los hombres. Frecuentemente dicen la verdad con la sola intención de engañar y de ellos aparta el Señor a sus fieles cuando dice: «Si os dicen que va a pasar algo y sucede, no por ello lo creáis» [55].

Se dice que fue Mercurio quien inventó la palabra *praestigium* y que la razón es que produce ceguera en los ojos [56]. Fue Mercurio un mago excepcional hasta el punto de hacer invisibles todas las cosas que quería y, al parecer, transformarlas en otras. Pues todas las ficciones de la «mathésis» [57], si se pronuncia como larga la penúltima sílaba, pueden referirse a la magia, de la que existen muchas y variadas formas.

CAP. 10: *Quiénes son magos y por qué se llaman así.*

Los magos *(magi)* existen y por la magnitud de sus maleficios se llaman así [58]. Son aquellos que, permitiéndolo Dios, subvierten los elementos de la Naturaleza, quitan a las cosas su propia especie, predicen con frecuencia el futuro, oscurecen la mente humana, infunden sueños y, con la sola violencia de su conjuro, matan a los hombres, como ya descubrió Lucano. Pues dice:

> Perece el alma encantada, sin haber bebido
> el mal de ningún veneno [59].

---

[55] Dt 13, 1-2; Mt 24, 36.

[56] Del latín «prae(s)tingere». Isidoro, *Etimologías* VIII 9 § 23.

[57] Juan de Salisbury hace la distinción entre «*máthesis*», con el significado, en buen sentido, de «matemáticas», y «*mathésis*», con el significado, en mal sentido, de «astrología».

[58] Cf. Isidoro, o. c. VIII 9 § 9. La etimología se deriva, peregrinamente, de la coincidencia de las tres primeras letras.

[59] O. c. VI 457, en Isidoro l. c.

Y para que no estimes en poco su testimonio, recuerda que Janes y Mambre[60], magos del Faraón (pues Egipto es la madre de este género de supersticiones y maleficios), recuerda, digo, que no sólo se opusieron a Moisés, sino que compitieron con él en prodigios y milagros, aunque luego, en contra de su voluntad, fueran obligados a confesar que en los prodigios de Moisés estaba el dedo de Dios[61].

CAP. 11: *De las clases de magia.*

Varrón[62], filósofo eminente por su búsqueda de conocimientos, sacó de los elementos naturales cuatro clases de magia: la piromancia, la aeromancia, la hidromancia y la geomancia. De estos orígenes verá el lector surgir muchas otras especies, ya sea que la magia se ejerza por oficio o por arrebato sobrenatural. A modo de ejemplo indicaré brevemente algunos de sus nombres.

CAP. 12: *Qué son los encantadores, hechiceros, adivinos, pitonisos, brujos, «imaginarii», intérpretes de sueños, quirománticos, «specularii», astrólogos, «salissatores», echadores de suerte y augures.*

Los encantadores *(incantatores)* son los que practican su oficio por medio de palabras.

Los hechiceros *(arioli)* son los que pronuncian nefandas preces u ofrecen execrables sacrificios sobre altares. Sobre sus cervices está el peso de la mano del Señor, pues el profeta dice: «No permitirás que vivan los magos y hechiceros»[63].

Los adivinos *(aruspices)* son los que examinan las horas y señalan lo que conviene hacer en cada hora. El Apóstol condena su error cuando dice: «Me hacéis temer que mis fatigas por vosotros hayan sido inútiles, pues respetáis ciertos días, meses, estaciones

[60] 2 Tim 3, 8; cf. Ex 7, 11 ss.; cf. Isidoro, o. c. VIII 9 § 4.
[61] Ex 8, 19.
[62] Cf. Isidoro, o. c. VIII 9 § 14.
[63] Cf. Lv 20, 6; Ex 20, 18.

y años, siendo así que el éxito de una acción debe esperarse del Señor y no de un tiempo determinado»[64].

La adivinanza está también en relación con el examen de las *partes vitales*, arte que se cuenta inventó un tal Tages. De aquí aquello de Lucano:

> No se dé crédito a las entrañas;
> fue Tages quien comenzó esta ficción[65].

Por partes vitales se entiende todo aquello que queda cubierto por la piel exterior. Por lo cual resulta claro que son adivinos los que vaticinan sirviéndose de huesos de animales sin sangre, ya versen sus adivinanzas sobre cosas futuras, presentes o pasadas. Pues el vaticinio se da cuando se descubre lo escondido con conocimiento de la verdad, ya que la profecía no sólo se refiere al futuro, sino también al presente y al pasado.

Si llega a emplearse sangre, se entra en la nigromancia, llamada así porque se centra enteramente en la investigación de los muertos. Su fuerza parece consistir en el poder de resucitar muertos para acertar en la verdad. Es una falacia de los demonios, que juegan y se burlan de la malicia humana.

Los pitonisos *(phycii)* son los poseídos por un espíritu pitónico, y el fenómeno se da con más frecuencia en jóvenes vírgenes para mayor eficacia en el engaño, como si a espíritu tan inmundo le agradase la pureza de mente y cuerpo.

Los brujos *(vultivoli)* son los que, para cambiar los sentimientos de los hombres, modelan en una materia blanda, como la cera o el barro, las imágenes de aquellos que intentan trastornar; de este tipo de ilusión hace mención Virgilio en su *Farmaceutria:*

> Como un mismo fuego endurece el barro y derrite la cera,
> así se abrase Dafne en amor por mí[66].

También Ovidio en las *Heroídas* dice:

> Hechiza a los asistentes, modela figuras de cera
> y traspasa con finas agujas su pobre corazón[67].

---

[64] Gál 4, 10-11.
[65] O. c. I 626.
[66] *Eglogas* VIII 80.
[67] VI 91-92.

Este maleficio, aunque causa mucho daño, se deshace fácilmente: por ejemplo, si las personas sospechosas, citadas por alguien, niegan su crimen, o si lo confiesan y son obligados a revocar su maleficio.

Los *imaginarii* son los que dan una especie de posesión de las imágenes que moldean a los espíritus que los gobiernan, para que sean instruidos por ellos en las cosas dudosas. La Sagrada Escritura acusa a tales de idólatras y de incurrir en la condenación por juicio divino [68].

Los intérpretes de sueños *(coniectores)* son los que reclaman para sí por medio de ciertas artes, la interpretación de los sueños.

Los quirománticos *(chiromantici)* son los que, por el examen de las manos, predicen las cosas ocultas.

Llaman *specularii* a los que, ejerciendo la adivinación en materias pulidas y tersas (como espadas bruñidas, barreños, copas y espejos de diversas clases), satisfacen las preguntas de los curiosos; arte que se cuenta ejerció, o mejor simuló ejercer, José cuando acusó a sus hermanos de haberle sustraído la copa en que acostumbraba a vaticinar [69].

Los astrólogos *(mathematici),* aunque esta palabra tiene una aplicación muy amplia [70], son los que por la posición de las estrellas, la situación del firmamento y el movimiento de los planetas predicen lo que ha de suceder, como en aquellas líneas:

> La Barca aferrada a la verdad suspende el tiempo
> de nuestras vidas, en la balanza equilibrada;
> o bien la hora natal, que preside la fidelidad,
> divide entre los Gemelos nuestros dos destinos concordantes;
> existe un astro, no sé cuál, que me pone en armonía contigo [71],

como si constasen los cursos de las estrellas y las coincidencias entre unas y otras marcaran una cierta pauta necesaria a las cosas, que en realidad proviene del libre arbitrio de la voluntad.

---

[68] Cf. Ez 21, 21.
[69] Cf. Gn 44, 5.
[70] Cf. nota 57.
[71] Persio, *Sátiras* V 47-51.

De aquí se derivan los calculadores de nacimientos *(genelliaci)*, los cuales, cayendo en el mismo error, indican la hora natal; por lo cual dice el satírico:

> Tu nacimiento es conocido por los astrólogos [72].

A éstos se les llama también *horoscopi*. Cito de nuevo:

> Horóscopo, das a luz gemelos
> de opuesto temperamento [73].

Floreció esta ciencia, y quizá fue lícito ejercerla en cierta medida, hasta que una estrella del cielo anunció a Dios nacido y condujo hasta El, para adorarlo, como guía maravillosa y nueva, a los honrados Magos, primicias de la fe. Desde entonces está enteramente prohibida.

Son *salissatores* los que, por las palpitaciones de las extremidades o un repentino movimiento del cuerpo, aseguran que un hecho futuro va a ser favorable o adverso.

Los echadores de suerte *(sortilegi)* son los que, en nombre de una falsa religión, a través de cierta observación supersticiosa de las cosas, prometen ciertos acontecimientos; entran aquí las suertes de los apóstoles y profetas y las de los mismos echadores, el uso de la tabla llamada Pitagórica y la observación de cualquier indicio que tenga relación con el significado de lo que se hace.

El augurio *(augurium)*, que según se dice fue inventado por los frigios, consiste en la observación de las aves y se expresa en su voz o en su vuelo. Según la tradición de los augures, el vuelo puede relacionarse tanto con las alas como con las patas, ya que *vola* [74] es la parte interior de la mano o del pie. Por eso en el libro sexto de Virgilio, las palomas se describen como *volantes* en lugar de ambulantes [75]. Pues se considera como un buen presagio que las palomas anden, mientras se alimentan por delante de los caminantes.

---

[72] Juvenal, o. c. XIV 248.
[73] Persio, o. c. VI 18-19.
[74] Cf. Isidoro, o. c. XII 7 § 4. Servius, en su *Comentario sobre Virgilio*, respecto de la *Eneida* VI 198, escribe: «Algunos piensan que "volando" es equivalente a "ambulando", porque la parte media del pie o de la mano se llama "vola".»
[75] *Eneida* VI 191.

CAP. 13: *De diversos presagios.*

Un cónsul romano[76] enviado a una expedición militar, al no lograr auspicio favorable, mandó que se le dispusieran por delante unas palomas hambrientas por la falta de alimento, desparramando al mismo tiempo granos de trigo en el camino que iba a seguir, para suavizar al menos con su presagio la dureza del auspicio. Negándose las palomas a comer, mandó arrojarlas a un río para que por lo menos bebiesen, pero, ahogadas por la fuerza de la corriente, anunciaron al cónsul que iba a perecer de igual manera junto con su ejército. Y así sucedió.

Las abejas depositaban miel en la boca de Platón[77] cuando era niño, presagiando de esta forma la especial dulzura de su futura elocuencia.

Hierón[78], que había de ser luego merecidamente por su virtud magistrado supremo de Sicilia, fue abandonado por su padre, varón distinguido entre los nobles, porque al haber sido engendrado de una esclava parecía una deshonra para la estirpe y una turbia mancha de su noble sangre. Pero las abejas alimentaron al pequeño, desvalido de toda ayuda humana, acumulando miel para él durante mucho tiempo. De esta forma, por consejo de los echadores de suerte que anunciaban para el niño un trono, fue recogido, reconocido y educado por su padre.

Las hormigas amontonaron granos de trigo en la cuna del pequeño Midas[79], indicando así que había de ser muy rico. Por eso los poetas imaginaron que se convertían en oro las cosas que tocaba.

La caída del capelo de la cabeza del sacerdote Sulpicio le privó de su sacerdocio[80]. Como le privó a Marco Fabricio de su prefectura el oír el chillido de un mochuelo[81].

Si das crédito a todas las tonterías de los iberos, como sientas al empezar a trabajar que tu vestido ha sido roído por los ratones, renuncia a tu empeño. Si al salir pisas el umbral o tropiezas en el camino, párate. Si al ir a hacer un negocio sufres alguna pérdida, difiere lo comenzado, no vayas a quedar totalmente frustrado o

---

76 P. Claudius Pulcher, 249 a. C.; cf. Valerio Máximo, o. c. IV 3.
77 Cf. Cicerón, *De Divinatione* I 36; II 31; Valerio Máximo, o. c. I 6.
78 Justino, *Epitoma Historiarum Philippicarum Pompei Trogi* XXIII 4.
79 Valerio Máximo, o. c. I 62; Cicerón, o. c. I 36; II 31.
80 Valerio Máximo, o. c. I 1, 45.
81 Valerio Máximo, l. c.

sea inútil lo hecho. Espera a que con un augurio favorable te lleguen mejores momentos para tus empresas. Todo tiene algún sentido.

Cuando vayas a acometer algo, las aves que llaman agoreras te anunciarán los secretos del futuro. Quizá preguntes cuáles son estas aves. Aquellas que los poetas aseguraron haber resultado tales por la transformación de seres humanos.

Escucha con atención lo que dice la corneja y no dejes de fijarte en su posición, ya esté posada o volando. Porque importa mucho el que esté a la derecha o a la izquierda o en qué postura mira el codo del caminante, si habla, chilla o guarda absoluto silencio, si va delante o detrás, si espera la llegada del que pasa o huye y a dónde va; mira con atención. Pues dice Virgilio:

> Si desde la izquierda, en una hueca encina,
> una corneja no me hubiera prevenido
> para aguantar con todas las fuerzas esta nueva lucha,
> ni aquí viviría tu Meris ni el mismo Menalcas [82].

Aunque parece que se equivocó, porque la corneja a quien atribuye la salvación de su vida ignora los auspicios de las cosas importantes; a no ser que, contra las leyes de la Naturaleza, se produjera un portento, como ocurrió cuando estando inminente la deseada y merecida caída del odiado emperador Domiciano, una corneja suspendida en la roca Tarpeya proclamó en griego a través de la urbe: «Estará bien.» El augur interpetó esto, explicándolo así:

> La corneja que se asentó últimamente en la Roca Tarpeya
> dijo: «Estará», porque no podía decir «Está» [83].

Pero tú sabrás disculpar al doctísimo poeta, porque sólo describía la sencillez de la vida rural o porque la vida de los pobres es cosa de poca importancia para los ricos, que consideran al género humano destinado a servir a unos pocos.

El cuervo, en cambio, al que debes observar con no menor diligencia, presagia en las cosas de más peso y en todas partes aventaja a la corneja.

También hay que tener en cuenta al cisne, el ave agorera más grata a los navegantes, como conocedora de los secretos de las aguas

---

[82] *Eglogas* IX 14-16.
[83] Suetonio, *Vitae Caesarum: Domitianus,* 23.

por esa especie de cercana familiaridad con ellas. ¿O no sabes que en Virgilio

doce cisnes en el cielo alegre [84]

anunciaron por la profecía de Venus el regreso de la flota de Eneas? La alegría de los cisnes promete favorables resultados no sólo a los navegantes, sino a cualesquiera viajeros, a no ser que un augurio más potente la supere.

Así, el águila, como reina que es de todas las aves —si exceptúas al águila halconada *(alario)*, que no es quizá sino la especie más potente de las águilas—, por la majestad de su reinado sobre todas las aves anula sus presagios cuando los contradice. Según Estacio, el ejército griego hubiera podido rehacerse de acuerdo con el presagio de las aves [85]. Pero he aquí que una fuerza más poderosa, llegada a través del espacio, anunció también la destrucción de los griegos, según la interpretación de Anfiarao. Aunque el águila pueda ser superada por otras aves, es la más poderosa en la predicción de la verdad. Vuela más majestuosamente que todas las aves y nunca está excluida de los secretos del mismo Júpiter. Y como se le atribuye tal agudeza de vista, que puede percibir desde lo más alto del cielo a los pececillos en las profundidades del mar y fijar su vista en el mismo sol (cosa imposible para ningún ser vivo), posee con esa finura de sentidos, por gracia de Júpiter, el conocimiento de la verdad y de los misterios de la Naturaleza. ¿Quién podrá tachar de intérprete falso a quien sabe que participa de los planes de Júpiter? Se cuenta que, estando los locrios luchando con los crotones, un águila que sobrevolaba el combate dio a aquéllos la victoria, ya que siendo pocos en número aniquilaron a innumerables enemigos. Se ha escrito que esto mismo quedó confirmado por un signo mayor, al aparecer dos jóvenes de elevada estatura y fina belleza, vestidos de blanco, al frente de cada lado de los locrios: es decir, Cástor y Pólux, según opinión común.

Esta clase de augurios cobran fuerza al presentarse duplicados. Al comenzar Hierón sus primeras guerras, un águila se puso de repente en su escudo mientras caminaba, indicando así su valor y realeza futuros. El día en que nació Alejandro, dos águilas se posaron sobre sus patas en lo más alto del tejado de su casa paterna, augurando de esta manera su doble imperio en Europa y Asia.

---

[84] *Eneida* I 393.
[85] Estacio, *Tebaida* III 523 ss.

Los buitres llevan consigo dificultades, penalidades y rapiña, como aparece en los comienzos de la fundación de Roma. El Fénix promete acontecimientos especialmente felices, como es el hecho de que la nueva Roma fue fundada con mejores auspicios a la vista de un Fénix. Un ave de vivos colores dio nombre a la ciudad de los pictavos (Poitiers)[86], anunciando con su colorido y su voz la ligereza de este pueblo. La garza *(ardea)* es presagio de arduas realidades[87]. La cigüeña, al ser ave armoniosa, encuentra o produce la armonía. La grulla siempre trae lo provechoso: de ahí la palabra «congruere» (lo que ayuda); y, por el contrario, «ingruere» (lo que dificulta). De aquí el dicho:

Por duplicado ayuda *(ingruit)* la lluvia a las vides[88].

No deben despreciarse, sin embargo, las aves menores, ya que la locuaz picaza, como en otras muchas cosas, le hace a uno más cauto al recibir huéspedes. Si el pájaro llamado vulgarmente *albanellus*[89] cruza volando el camino de izquierda a derecha, no se dude de un hospedaje entretenido; si lo hace en dirección opuesta, espérese lo contrario.

Tampoco las aves domésticas carecen de esta habilidad, pues el canto del gallo anima las expectativas, los viajes y el comienzo de lo que se emprende. Inminente ya el nacimiento de Tiberio, su madre Livia calentó, a veces con sus manos, a veces con las de sus doncellas, un huevo sustraído a una gallina, hasta que de él salió un gallo de fina cresta: por ello proclamaron los augures que el niño que iba a nacer sería emperador.

Los presagios del búho, la úlula y la lechuza son siempre infaustos. Con todo, la lechuza, por no quedar ciega con la oscuridad de la noche, señala la atenta actitud del hombre diligente; como ocurrió en el hecho extraordinario que se cuenta de que una lechuza se posó en la lanza de Hierón al emprender éste su primer combate, señalando con ello su gran diligencia futura. Dido sintió el presagio infausto del búho mientras yacía con Eneas.

Si un gavilán, o cualquiera otra ave de este tipo, realiza su acostumbrada rapiña ante los ojos de quien sale para un viaje, la rapacidad le amenaza durante el mismo. Ovidio lo insinúa humorísticamente cuando dice:

---

[86] El latín juega con la semejanza de las voces «avis picta» y «pictavi».
[87] Nuevo juego de palabras: «Ardea rerum arduarum auspicium est».
[88] Virgilio, *Geórgicas* II 410; *Eneida* XII 284.
[89] Nombre con significado desconocido.

Odiamos al gavilán, porque siempre vive en guerra [90].

También el reyezuelo *(regulus),* llamado asimismo *bitriscus,* se digna algunas veces anunciar la verdad. Y las pequeñas aves, con su llegada o su marcha, indican unas veces el aumento de la familia y otras su disminución. El vuelo de todas las aves es de tanto mejor agüero cuanto más sereno es. De aquí la queja de Melampo, mencionado más arriba, cuando conjetura el desastre de los griegos por la forma del vuelo:

Ves cómo ningún ave
tiene un vuelo sereno [91].

También por las bestias puedes escrutar el resultado de tus viajes. Debes temer el encuentro con una liebre en caso de que escape. Es, desde luego, más apropiada para la mesa que para el camino.

Te felicitarás si un lobo te sale al paso, porque es anuncio de bien, aunque por su sola mirada suele dañar y hacer enmudecer al que él vio primero. Como dijo el poeta:

Hasta la voz huya,
los lobos han visto primero a Meris [92].

Hierón de Sicilio, afanado en el trabajo literario, estaba escribiendo entre sus compañeros cuando un lobo apareció de repente en el grupo de muchachos y le arrebató su tabla de escribir, confirmando con esta forma inaudita de prodigio sus éxitos futuros. ¿Para qué decir más? Nadie negará la eficiencia augural del lobo, si cree que el linaje de los romanos fue alimentado con leche de loba. Por eso muchas veces lo que en ellos resulta más agradable tiene todavía un regusto de lobo. La fidelidad que los primeros aprendieron de la madre loba fue conservada entre ellos y transmitida a sus descendientes por una especie de ley de la Naturaleza.

Sal con gusto al encuentro de las ovejas con tal que evites las cabras. Aludiendo a éstas, dice el poeta:

Guárdate de encontrarte con un macho cabrío,
porque hiere con su cuerno [93].

---

[90] Ovidio, *Arte de amar* II 147.
[91] Estacio, o. c. III 503-504.
[92] Virgilio, *Eglogas* IX 53.
[93] Ib. 25.

Busca el encuentro con los bueyes que trillan y más todavía con los que aran. Y no te enojes si interrumpen el camino, porque el retraso del viaje quedará compensado por lo grato del hospedaje.

El mulo es infausto y el asno inútil para el presagio, aunque ambos sean utilísimos para transportar cargas.

El caballo es favorable algunas veces, aunque su mayor utilidad reside en el servicio que presta al hombre para los usos humanos. Indica disputas y guerra, pero a veces este anuncio queda mitigado por su color y empleo. Por eso en la obra de Virgilio, el viejo Anquises, al aparecer Italia después de haber visto unos caballos blancos, dice:

> Llevas en ti la guerra —¡oh guerra!—, tierra que nos acoges [94].

En cuanto al ciervo, la cabra salvaje, el jabalí, el onagro y demás animales de esta clase, es preferible encontrarlos en la mesa que en el camino. Eneas, después de distribuir los ciervos según el número de sus naves, convirtió con su valor en favorable para sí y los suyos el augurio que parecía adverso.

Un perro pegado a los talones es sumamente apreciable. Si es cierta la tradición hebrea, ni el mismo ángel protector de Tobías despreció su compañía. Y ¿qué decir de Ciro, que, abandonado en el bosque por su criminal abuelo para que muriese, alcanzó el trono de Persia alimentado por las ubres de una perra?

Aunque tiene muy poco poder, la langosta dificulta los propósitos de los viajeros y quizá se la llame así porque haga *loco stare* [95] a los que caminan. La cigarra, por el contrario, anima el paso del caminante y favorece el buen término de lo que se emprende. La araña parece tener expectativas de fortuna venidera, si teje su tela por encima de nosotros. El encuentro con un sapo anuncia éxitos; a mí, en cambio su sola vista me resulta molesta.

No hay nada, sin embargo, más poderoso y más eficaz que el hombre mismo, ni se encontrará jamás cosa mortal alguna que exprese con más claridad la verdad. Y si cultivas este arte con diligencia, debes fijar toda la atención de tu mente en la condición y dones naturales del hombre, en su situación, hechos, movimientos del cuerpo y sentido de sus palabras.

Dicen que encontrarse con un sacerdote o un religioso trae mala suerte. Yo también creo que es pernicioso ir en contra no sólo de los sacerdotes, sino de los sabios. También es mejor encontrarse con

---

[94] *Eneida* III 539.

[95] Detenerse; la langosta en latín se dice «locusta».

los siervos del pueblo que con aquellos que ostentan la suprema potestad. Cree asimismo que es signo de desgracia la mujer que anda con la cabeza descubierta, a no ser, como se lee en Plinio, que se trate de una mujer pública o entregada a las pasiones de muchos. Tampoco resulta afortunado cruzarse con la que no se avergüenza de degradar su cabeza despojándose del velo.

Por los auspicios que oyeres de cualquier cosa que comienza, podrás conocer de antemano lo que va a seguir.

> Entonces, inclinándose en el bastón que llevaba en su diestra,
> dijo el dios: «Todo suele estar implicado en sus principios.
> Sopesamos con tímido oído las voces escuchadas,
> el augur consulta la primera ave vista» [96].

Ciertamente los comienzos de las cosas pronostican su futuro. El cónsul romano Petilio, al atacar en Sicilia una fortaleza llamada Muerte, dijo mientras los soldados se aprestaban al combate: «Hoy me haré con la Muerte.» Y así sucedió accidentalmente, ya que ese mismo día fue muerto. También otro cónsul destinado por el Senado a combatir al rey de Persia, preguntó a su hija, a la que encontró llorando en la puerta de su casa, la causa de su llanto; y habiendo respondido ella que había muerto Persa (que así se llamaba la perrita que había perecido), marchó a su expedición y no pudo triunfar, porque el rey de los persas había muerto cuando la hija del cónsul lloraba a su perrita perdida.

También de los elementos de la tierra y del estado del tiempo se pueden derivar auspicios con frecuencia. El grácil rocío o una módica lluvia ablandan la dureza de la fortuna. Los períodos de rocío, el tiempo húmedo o muy claro se estima que favorecen el proceso de cualquier cosa que se empiece a continuación sin vacilar.

Cuando la fortuna, que había perseguido con torva mirada a los desterrados frigios durante largo tiempo, volvió hacia ellos finalmente sus ojos con más benevolencia, como un signo de gracia,

> sobre su cabeza apareció una oscura nube [97].

Preparando Venus para su hijo náufrago la acogida de Dido, lo ocultó con envolvente nube junto con su acompañante el fiel Acates, mientras le alcanzaba el favor de la reina.

---

[96] Ovidio, *Fastos* I 177-180.
[97] Virgilio, o. c. V 10.

También los truenos tienen diversos significados. Si aparejan cualquier daño por rayo, son de mal augurio. De ahí aquellas palabras:

> Recuerdo que las encinas heridas por el rayo
> nos predecían ya con frecuencia este mal
> (si mi mente no estuviera obnubilada)[98].

En este aspecto debe también tenerse en cuenta si el rayo desciende con un solo trazo o esparce su fuego rompiéndose en el aire en múltiples ramas. Esto último es siempre de peor agüero. Mientras Cayo César amenazaba a su patria con una guerra civil, los más antiguos historiadores son incapaces de narrar cuán perturbado estuvo el cielo, cuántas ráfagas de fuego lo poblaron, cuántos meteoros despidió; y entonces,

> las oscuras noches vieron desconocidas estrellas[99].

Pero si el cielo no se altera con tempestad de rayos o la tronada suena a la izquierda, se cree que anuncia el favor de los dioses. Eneas, al oír el trueno de Júpiter a su izquierda, creyó haberle tornado propicio con los sacrificios ofrecidos previamente[100]. Comoquiera que estas cosas suceden, el innato temor del hombre se mitiga por el hecho de que el rayo no alcance a nadie, ya haya oído previamente el ruido del trueno o visto el resplandor del relámpago. Tiberio César llevaba en su cabeza una corona de laurel cuando el cielo se perturbaba, ya que se piensa que esta planta es invulnerable al rayo. Ciertamente siempre tuvo un tímido y profundo horror a los truenos.

Existe, sin embargo, lo que sin duda alguna protege con mucha más seguridad al hombre: conservar en el corazón la fe en la cruz, llevar en la mente la justicia de la fe y trazar en la frente con mano limpia de culpa la señal salvadora de la fe, teniendo siempre ante sí a Aquel que dijo a sus seguidores, alejando todo temor del mundo: «No os atemoricéis por los fenómenos del cielo que temen los gentiles, porque Yo, el Señor vuestro Dios, estoy con vosotros»[101]. Consta también por escrito que estas palabras, oídas o dichas durante las tormentas, salvaron a algunos del impacto del rayo.

---

98 Virgilio, *Eglogas* I 16-17.
99 Lucano, o. c. I 526.
100 Cf. Virgilio, *Eneida* IX 630 ss.
101 Jr 10, 2; cf. 1 Cr 22, 18.

No hay nada que ante los signos amenazadores estremezca tanto al hombre como la conciencia de la propia maldad, que a cada momento teme estar expuesta al castigo de sus culpas. Por eso dice el moralista, de los culpables:

Estos son los que tiemblan y ante cada rayo palidecen [102].

Por el contrario: «El justo tiene la seguridad del león» [103]; y también: «El justo no se entristecerá le ocurra lo que le ocurra» [104]. El fulgor del fuego, si no daña quemando, aporta la gloria de la celebridad.

Porque no deja de ser fuego por el hecho de no quemar, si se admite en este punto la teoría de Platón [105]. «Dos son —dice él—, según creo, las propiedades del fuego: una consuntiva y destructora, otra acariciante y de inocua luz.» Y afirma que esta última es causa de la visión y ejerce su máxima acción en los cielos. Fue un fuego del cielo el que iluminó a Ascanio, como si inflamara su cabeza, mientras sufría con su padre los peligros de su fatal exilio, anunciándole que debería al destierro su propia felicidad y que sería origen de un gran pueblo. La grandeza de Alejandro de Macedonia y de Octavio Augusto fue anunciada en el momento de su mismo nacimiento por un portento de fuego [106].

Al que se pone en marcha para una expedición militar, el viento favorable le augura la fortuna del éxito. Mientras los estandartes avanzan contra el enemigo según el testimonio del viento, triunfarán, pero si amenazan a la patria infunden temor con toda razón.

También la tierra sabe de misterios, pero habitualmente soporta las cosas graves, porque, apoyada sobre su propia estabilidad, prefiere la quietud al movimiento. Por tanto, cuando se escucha su ruido, es que se conduele en los acontecimientos tristes y subraya con la tristeza de su voz el afecto con que se compadece de sus habitantes; pues ella es la grande y piadosa madre de todos. Ella había intentado apartar a la fenicia Dido del abrazo de su huésped, pero como Venus, favorecedora de aquel encuentro, había ya prevalecido, hizo sentir su estrépito, dolida interiormente en su corazón, pues para ella el estrépito es su forma de gemir. Esta misma tierra, cuando tiem-

---

102 Juvenal, o. c. XIII 223.
103 Prov 28, 1.
104 Ib. 12, 21.
105 *Timeo*, c. 16, 45B.
106 Cf. Suetonio, o. c.: *Augustus*, 94.

bla, previene a sus hijos de algo terrible, a no ser que trabaje en sus partos. En esos casos o produce un aborto o da a luz un feto inútil, pues la mayor parte de las veces cuando

paren los montes, nace un ridículo ratón [107].

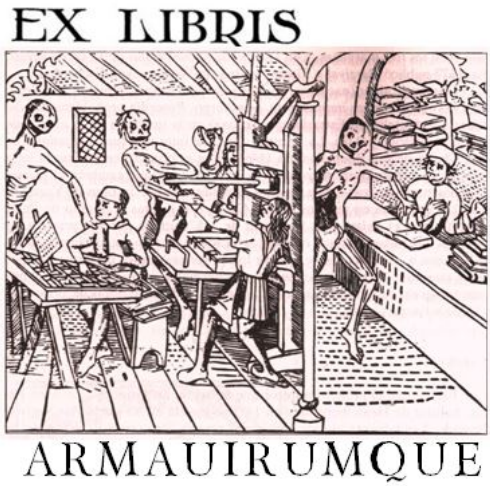
Estas son las cosas a las que la mayoría entrega todo su cuidado.

Lo que resta de este tema es tanto,
que podría cansar al locuaz Fabio [108],

y pienso que cualquier cosa que se construya sobre tales fundamentos no puede ser salvada ni por la misma salvación.

TERMINA EL LIBRO I

[107] Horacio, *Arte poética*, 139.
[108] Horacio, *Sátiras* I 1, 13-14.



COMIENZA EL LIBRO SEGUNDO DEL «POLICRATICUS»

Prólogo

Todo lo que se dice o hace aprovecha al sabio y le sirve para practicar la virtud. Su descanso es el trabajo, y, mientras piensa entregar sus fuerzas a los asuntos de su ingenio, avanza hacia la felicidad y casi alcanza con la mano la virtud. Tú inspiras, por tanto, una doble confianza en tu gran sabiduría, porque procedes rectamente en tus acciones y porque filosofas sobre la frivolidad de los demás [1].

Salgan, pues, rápidamente nuestras frivolidades, a las que tu serenidad manda aparecer a la luz del día, para que introduzcan a los adivinos astrólogos, junto con otros tipos de gente frívola; porque, a los que diste audacia para salir, darás confianza y seguridad. Así, pues, las cosas inferiores se unen aquí a las superiores, y si en alguna de las dos aparece algo vicioso o deforme, tu prudencia benigna lo corregirá.

Cap. 1: *Los presagios son vanos y cada cosa responde de sí misma.*

Hay un proverbio rústico, quizá de Ofelio: «El que cree los sueños y los augurios nunca estará seguro» [2]. Considero esta senten-

[1] Habla de nuevo con Tomás Becket, a quien dedica la obra.
[2] Horacio, *Sátiras* II 2, 2-3.

cia perfectamente veraz. ¿Qué tiene que ver con el proceder de las cosas el que alguien haya estornudado, o haya bostezado, o haya hecho cualquier otro ruido? Todo ello, por causas que los médicos conocen, pertenece en cierto modo a quien lo hace. Sea así, mientras no puedan impedir o promover las acciones ajenas, ni tampoco enseñar tontos versos o supersticiosas conexiones, que todos los médicos condenan, aunque esas cosas reciban, según ellos, el nombre eminente de Física. Llaman Física a las cosas cuya razón está muy oculta, significando que no pueden ser captadas por ningún sentido humano. De hecho, no hay nada cuyo origen no se deba a alguna causa legítima. Y como otro dice, «nada sucede en el mundo que no tenga una causa» [3]. Consta que nada escapa a la mano de la Naturaleza constructora. Consecuentemente, todo pertenece a la Física.

Yo, por mi parte, suceda lo que suceda, creo que lo único que no se debe rechazar son las cosas que provienen de la fe y que se refieren a la gloria de Dios omnipotente; porque conozco lo escrito: «Todo lo que de obra o de palabra hagáis, hacedlo en el nombre del Señor» [4], pues sólo en El «prosperan los caminos del hombre» [5].

Así les sucedió a todos los santos que nos precedieron. Cutberto, uno de los capitanes de nuestro pueblo en la ley del Señor, tocaba a los enfermos con el Evangelio de San Juan y se curaban. La túnica de San Esteban tocó a un muerto y lo resucitó. El Símbolo de los Apóstoles curó a un endemoniado que lo transportaba. La oración dominical, cuando se leía con fe, o mientras se repartían las hierbas bendecidas con ella, con frecuencia confirió la deseada salud. San Benito rompió un vaso de veneno con el signo de la cruz, como si le hubiera arrojado una piedra. Llevar, oír o decir capítulos del Evangelio se sabe que ha aprovechado a muchos. Esto y cosas semejantes no sólo es lícito, sino útil; pero otras cosas, no sólo son despreciables, sino rechazables.

Es cierto que «para los que aman a Dios todo les ayuda para su bien» [6]. A los infieles, réprobos y dudosos en la fe, Dios les permite que caigan en muchos engaños.

Todos los presagios tienen poder, en proporción a la credulidad de los que los aceptan. Consecuentemente, a Julio César ningún augurio ni superstición pudo apartarle de ninguna empresa. Sucedió que, navegando a Africa, al desembarcar, se cayó, y habiendo

---

[3] Job 5, 6.
[4] Col 3, 17.
[5] Jr 12, 1.
[6] Rom 8, 28.

interpretado el mal agüero como bueno: «Te tengo ya, oh Africa», dijo, y llegó a conquistarla. Por otra parte, Calpurnia, su mujer, en la última noche que él pasó en la tierra, lo vio yacer en sus brazos atravesado por muchas heridas; le rogó entonces que no fuese al día siguiente al Senado; pero él no le obedeció, para que no pareciera que alguna vez se había acobardado ante algún agüero. Cuando la destrucción de Marsella, él fue el primero que se atrevió a cortar el bosque consagrado a los dioses, demostrando así que no creía en ninguna superstición.

San Marcos, cuando llegó a Alejandría para predicar el Evangelio, al desembarcar se rompió el zapato contra una roca, y dio gracias confesando que el camino había quedado expedito. Si alguno es vuelto a llamar cuando ha emprendido un viaje, no por eso lo deje, puesto que iba a hacerlo en el nombre del Señor; a no ser que crea que el ejemplo de aquel cuervo (que perdió su hermoso color cuando, llamado por una corneja, prefirió marchar a permanecer) es suficiente razón para considerar de mal agüero el que vuelvan a llamarle. Tales niñerías seducen a una mente incauta, pero la fiel nunca las aprueba.

CAP. 2: *No se deben despreciar del todo las significaciones de los fenómenos naturales.*

Aunque todos los presagios sean vanos y no se haya de tener fe en los augurios, no por ello elimino la confianza y el fruto de los signos, que, por disposición divina, se han dado para enseñar a las criaturas. Pues «en muchos lugares y de muchos modos» [7] Dios instruye a sus criaturas por las voces de las cosas sensibles o insensibles, según conviene a los elegidos, y les manifiesta lo que ha de venir.

Las futuras tempestades o el buen tiempo son conocidos por determinados signos antecedentes, para que el hombre, que nació para el trabajo, pueda por ellos regular su actividad. De aquí deducen los agricultores y navegantes, como resultado de ciertos experimentos que les son familiares, qué debe hacerse y en qué tiempo, conjeturando el estado meteorológico futuro por los signos que le precedieron.

---

[7] Heb 1, 1.

En lo cual ni las aves, de las que ya se habló, han sido abandonadas por la madre Naturaleza. La gaviota, el martín pescador *(alcion)* y el cisne frecuentemente descubren los secretos de la Naturaleza. Cuando, en medio del invierno, ves al martín pescador anidar y encubar sus huevos, no dudes que a los quince días hará buen tiempo. Los navegantes los suelen observar con cuidado y llaman días «alcionistas» a aquellos en los que apenas sopla una ligera brisa. Estos días se los concede la Naturaleza —según te habrás dado cuenta— para la cría de sus polluelos. Pero cuando las aves fluviales se sumergen ávidamente en el agua, espera las lluvias. Cuando oyes el canto de la corneja por la mañana, anuncia la lluvia.

> No pienso por esto que posean un destello del divino ingenio ni que deban al hado un mayor conocimiento del futuro [8],

sino porque, al vivir en el aire, sienten en sí mismo sus movimientos con más rapidez y de ahí conciben alegría o tristeza. Ni es de extrañar que los pesados cuerpos de los animales se adapten rápidamente a los cambios exteriores y que, por cierta determinación secreta, adecúen su forma de comportarse a lo que exigen los elementos.

El arte de los médicos probablemente pueda comprender con sus reglas qué es lo bueno o lo malo que acecha a los cuerpos de los animales y su reacción llega a tiempo o a destiempo. Por señales precedentes conocen la salud o enfermedad futuras, o el llamado estado neutro, e incluso la misma fatalidad; y, a veces, si conocen las causas, los curan eficazmente. Pero si, como dicen, ignoran las causas, ¿cómo podrán curar? Entonces no sería por su arte, sino por casualidad. Pero el diagnóstico que dan por el conocimiento de los síntomas, aunque difícil, con frecuencia es muy acertado.

La tranquilidad y las varias formas de borrascas están indicadas por muchas señales que la redondez de la luna refleja como en un espejo. Pues, si muestra color rojizo, significa vientos; el color pálido, lluvias, y la mezcla de ambos indica nubes y feroces borrascas. Un alegre amanecer promete a los navegantes la serenidad que muestra en su cara, sobre todo si la luna, en su cuarta salida (el autor está certísimo de ello), ni está brillante con los cuernos despuntados, ni oscura del todo por la humedad ambiental. Pues entonces

> aquel día y cuantos sigan en el mes
> exentos de lluvia y viento se han de ver [9].

---

[8] Virgilio, *Geórgicas* I 415-416.
[9] Ib. 434-435.

También interesa saber si el sol al caer tiene mayores simétricos o brilla tras una nube; o si brilla con esplendor sin obstáculo, o como un fuego alimentado por los vientos; o si está pálido con la nieve, o manchado por la lluvia inminente.

El aire y el mismo mar y el tamaño y clase de nubes proporcionan notables indicaciones. También las aves y peces muestran certísimas señales del futuro, que Virgilio y Lucano entendieron con divino ingenio, y el mismo Varrón, cuando en sus libros de náutica instruye a los preocupados navegantes.

CAP. 3: *Los signos son universales o particulares: y qué significa la duplicación del sol.*

Los signos naturales, que tuvieron lugar en el sol y en la luna, son certísimos y comprobados por muchos autores. «¿Quién nunca al sol pudo achacar falsías?» [10].

Pues cuantas veces se ve al Sol duplicarse, las inundaciones llegarán a la tierra. Y aunque por su rareza parezca aproximarse al milagro, ello es, sin embargo, obra de la Naturaleza, que ciertamente no duplica al sol, sino que forma una nube semejante llamada parelia. La parelia es una nube semejante al sol, signo común a muchas cosas, pero no general.

Pues los signos son particulares o universales. Los particulares afectan a los individuos; los universales, a muchos o a todos. Ambos suceden, ya por clemente disposición del Creador, ya por las leyes naturales, ya por la malicia de los demonios que, permitiéndolo Dios, atormentan a los hombres. Pero es difícil juzgar acerca de cuáles son, cómo operan o por qué causa, y frecuentemente ello resulta incierto y a veces más profundo de lo que el hombre puede resolver.

Sin embargo, los libros de los astrólogos están llenos de estas audaces vanidades. Eneas afirma que él,

> mostrándome el camino mi madre diosa, ha seguido la suerte que le ha sido manifestada [11],

---

[10] Ib. 463-464.
[11] Virgilio, *Eneida* I 382. La madre de Eneas es Venus.

refiriéndose a que, a su salida y fiándose de los auspicios, el lucero que se llama Venus se le apareció mientras iba a Italia. La curiosidad humana adapta así a los acontecimientos de las cosas

los varios eclipses del sol y las fases de luna [12].

CAP. 4: *Sobre los signos que precedieron a la última ruina de Jerusalén.*

Refiere la *Historia antigua* (así llamada porque el autor es desconocido y porque refiere hechos antiguos) que, siendo inminente la destrucción de Jerusalén, hubo eclipse de luna durante doce noches continuas. Este se vio hasta en sitios remotísimos, quizá para significar la ruina de la perfidia judaica y de la superstición del error, que tuvo lugar cuando Cristo iluminó al mundo con la correctísima predicación de los Apóstoles. Está escrito: «El necio se cambia como la luna, pero el sabio es inmutable como el sol» [13].

Y otras muchas cosas sucedieron, cuando el juicio divino amenazó a los incrédulos, que podría narrar una por una, según las escribieron algunos, pero requerirían mucho tiempo y tranquilidad. Mas algunas referiré, siguiendo la narración de Josefo, en tanto en cuanto puedan confirmar nuestra fe y sirvan para combatir la obstinada perfidia de los judíos.

El castigo de los impíos se retrasó durante cuarenta años continuos, después de perpetrado el deicidio. Durante estos años todos los Apóstoles (y principalmente Santiago el hermano del Señor, llamado Obispo de Jerusalén) atrevidamente echaban sin cesar en cara al pueblo el haber cometido un crimen desastroso e impío, para que, si fuera posible, hicieran penitencia por lo realizado; que llorasen su crimen, si podían, para apagar las llamas vengadoras de su pecado con las aguas de sus lágrimas. Dios les mostraba con su paciencia que buscaba su arrepentimiento, porque «Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva» [14]. La divina majestad se esforzaba en ablandar la dureza de sus corazones con signos y prodigios celestes y con espantos, más para mostrar su dies-

---

[12] Virgilio, *Geórgicas* II 478.
[13] Cf. Eclo 27, 12.
[14] Ez 18, 32; 33, 11.

tra amenazadora que para castigar. La credibilidad del historiógrafo mencionado será suficiente en estas cosas como en las demás.

Releamos, pues, lo que anotó Josefo en el libro sexto de sus *Historias*. Ciertos hombres, aterrorizando al pueblo infeliz y engañándolo con falsos vaticinios, lo persuadían a no creer las evidentísimas señales de la ira e indignación divina, que claramente presagiaban la inminente ruina de la ciudad y del pueblo. Pero, como ilusos y locos y como si no tuvieran ni ojos ni juicio, despreciaban todo lo que desde el cielo se les anunciaba.

Porque, durante todo el año, se vio una estrella brillante, amenazando como una espada a la ciudad, y cometas ardientes con perniciosas llamas. De igual modo, antes de la fecha de la destrucción y de la guerra, reuniéndose las gentes para el día de la fiesta (en el día octavo del mes de Xántico, que es abril, por la noche, a la hora de nona), tanto fulgor de luz circundó el altar y el templo, que todos creyeron que era pleno día; esto duró por espacio de hora y media. A los ingenuos e ignorantes esto les pareció un buen presagio, pero a los legisperitos y a los venerables doctores no se les ocultó que el portento era fatal. En la misma festividad, llevada una ternera al altar de los sacrificios y estando en las mismas manos de los ministros, parió una cordera. Además, la puerta interior del templo (la que miraba a Oriente, que estaba recubierta de bronce sólido y por tanto era de inmenso peso, a la que cuarenta hombres, empujándola con fuerza, apenas pudieran cerrarla, y estando además reforzada con palancas y barras de hierro y con pestillos clavados profundamente), de repente, a la hora sexta de la noche del día 21 del mes, apareció abierta.

También, pasado el día de fiesta, después de varios días, el 21 del mes de Artemisa (que entre nosotros se llama mayo), apareció una prodigiosa visión, casi increíble. Se diría que fue falsa, si la catástrofe que siguió no hubiese confirmado la credibilidad de la visión. En efecto, casi a la puesta del sol, se vieron en el aire carros y cuadrigas por toda la región, y multitudes armadas que se mezclaban con las nubes; y las ciudades fueron cercadas por ejércitos aparecidos de repente.

Y en otro día de fiesta, que llaman Pentecostés, habiendo entrado los sacerdotes por la noche en el Templo para los servicios que debían realizar, sintieron en seguida ciertos estrépitos y luego unas repentinas voces que decían: «¡Vayámonos de aquí, vayámonos de este Templo!»

Se añade además otra cosa terrible: cierto Ananías, hijo de Jesús, hombre plebeyo y rústico, cuatro años antes de la guerra, perma-

neciendo la ciudad en paz y en abundancia, el día de la fiesta de los Tabernáculos, comenzó a gritar de repente: «Una voz del Oriente; una voz del Occidente; una voz sobre Jerusalén y el Templo; una voz sobre los esposos y esposas; una voz sobre todo el pueblo.» Y día y noche, sin cesar, recorriendo todas las plazas, gritaba estas cosas. Hasta que los principales del pueblo, conmovidos por la indignación de tan infausto presagio, atormentaron con muchos azotes al hombre apresado. Pero él no habló nada en su defensa, ni aun siquiera pidió clemencia a los que le rodeaban, sino que repetía las mismas palabras con la misma obstinación y clamor. Entonces los príncipes, comprendiendo que había una inspiración en aquel hombre, lo llevaron al juez de los romanos, ante el cual, desgarrado con azotes hasta los huesos, no derramó ni súplicas ni lágrimas. Sino que, con cada uno de los golpes y lanzando a su vez un gemido, de una forma que movía a compasión, repetía las mismas palabras, añadiendo además: «¡Ay, ay Jerusalén!»

Prosigue el mismo historiador con otro suceso mayor que un milagro, diciendo que se encontró en las Escrituras Sagradas cierta profecía que a un varón procedente de la región de ellos anunciaba por ese mismo tiempo que tomaría posesión del Imperio de todo el orbe. El historiador piensa que el presagio de esta profecía se refiere a Vespasiano. Pero éste no dominó a otras gentes que a las del Imperio romano. Por tanto, es más justo referirlo a Cristo, a quien le dijo el Padre: «Pídeme y te daré en herencia a todas las gentes y en propiedad toda la tierra» [15], ya que, por el mismo tiempo y por medio de sus Apóstoles, llegó a toda la tierra la fama de él y hasta los confines de la tierra las palabras de ellos [16].

CAP. 5: *Cuán grandes fueron las calamidades de los asediados y cuál el fin de su obstinada malicia, y cuál la piedad de Tito.*

Pero para que no parezca que tantos y tan grandes indicios son manifestativos de un ligero castigo y de una indignación pasajera de Dios contra la impenitencia de los judíos, recorreremos sucintamente la indecible calamidad, la irreparable destrucción y la esclavitud de aquel pueblo ciego y réprobo, nunca oída ni imaginada

[15] Sal 2, 8.
[16] Cf. ib. 18, 5; Rom 10, 18.

a través de todos los siglos: Los males con que todos fueron castigados; la devastación de la misma Judea por la guerra, el hambre, el fuego y los asesinos; los miles de personas, de padres, esposas y niños que fueron asesinados, sin número ni distinción, y los asedios de diversas ciudades; la gran devastación de la misma ciudad de Jerusalén, tan magnífica y hermosa; la cantidad de muertos y las carnicerías; el modo de realizar todas esas guerras: «la abominación de la desolación» (según dijera el profeta) arrasando el mismo famosísimo Templo de Dios, hasta la completa destrucción de todo [17]. Si alguien desea conocer estas cosas más detalladamente, que lea la *Historia* de Josefo.

Por nuestra parte, seleccionamos únicamente aquello que puede servir para ilustrar la tarea comenzada. Refiere que el pueblo judío se había reunido en la solemne fiesta de Pascua, como obligado por una mano criminal. Se dice que, por justo juicio de Dios, tres millones de personas se habían congregado en aquel tiempo de venganza, para que los mismos que en los días de la Pascua, con manos sangrientas y voces sacrílegas, habían violado a su Salvador, el Cristo Señor, de igual modo y en esta misma fiesta, estando reunida toda la multitud y como encerrada en una cárcel, recibiesen el castigo de su mortal pecado. Paso por alto el explanar todo lo que sufrieron por la muerte a espada o con máquinas de guerra; sólo escribiré, con palabras de nuestro historiador, el hambre cruel que padecieron, para que los que lean esto puedan entender cuán gran pecado es ofender a Cristo y con cuán graves suplicios debe ser castigado tal atrevimiento.

Ahora bien, abramos el libro quinto de la *Historia* de Josefo para conocer todas las tristísimas tragedias de aquéllos. «Para los ricos —dice— era lo mismo permanecer que perecer. Si permanecían en la ciudad, se les echaba en cara el crimen de sus riquezas; si trataban de huir, los aniquilaban. La necesidad y el hambre de los perturbadores hacía crecer su arrogancia, y el hambre y el temor aumentaban. No había absolutamente trigo en público; y los merodeadores, si encontraban alimento invadiendo las casas, castigaban a los que los engañaban; pero si no encontraban nada, los torturaban también, como a quienes lo ocultaban diligentemente y con disimulo. Sospechaban que ellos tenían alimentos, porque aún vivían y se les veía subsistir en sus cuerpos, y porque ya hubiesen perecido, a no ser que los tuviesen escondidos. Se veían, en cambio, a los que estaban consumidos y macilentos, los dejaban ir, pensando que

[17] Cf. Dn 9, 27; 11, 31; 12, 11; 1 Mac 1, 54; Mt 24, 15.

perdían el tiempo en matar a los que pronto el hambre los consumiría.

Sin embargo, muchos, ocultamente y gastándolo todo, compraban una medida de trigo, si eran ricos, o de cebaba, si eran más pobres; luego, encerrándose en las habitaciones más secretas de la casa, algunos comían los granos, incluso antes que el pan estuviera cocido. Otros cocían pan, si la necesidad o el miedo se lo permitía. Pero nadie esperaba ponerlo a la mesa, sino que, a medio cocer, arrebatándolo del fuego, como robado, lo devoraban. Y era un miserable espectáculo el de aquel infeliz alimento, al ver que los más fuertes cogían lo que hallaban, pero a los débiles nada les quedaba, sino amargura y lágrimas. Porque, aunque el hambre logró ser superior a todas las amarguras de la vida, a nada destruyó ni destrozó tanto como a la vergüenza.

Todo lo que en circunstancias normales produce vergüenza, en esta necesidad se despreciaba. Las mujeres arrebataban el alimento de las manos de sus maridos. Los hijos de las de sus padres, y (lo que es mayor desgracia) las madres se lo quitaban a sus hijos pequeños de las manos y de la boca. Y cuando los encantadores niños estaban pereciendo en sus propios brazos y ante sus propios ojos, nadie dudaba en quitarles de los dientes la manutención exigua de sus vidas. Pero ni siquiera podían ocultarse si encontraban algún mezquino y escaso alimento, pues, al momento, aparecía alguno de los merodeadores, quien, tan pronto como veía cerrada la puerta de cualquiera, pensaba ser indicio de que dentro estaban comiendo, y, sin hacer caso de las puertas, se precipitaba repentinamente, y si algo por casualidad habían ya tomado, se lo quitaba sacándoselo de la misma boca. Los viejos eran azotados, si reclamaban la comida, y las mujeres arrastradas por los pelos, si algo se encontraba en sus manos e intentaban ocultarlo. No había respeto para los ancianos ni compasión para los niños, sino que arrastraban por tierra a los niños, que se agarraban a su pequeño pedazo de pan y que quedaban colgados de ese pan al que se agarraban.

Castigaban todavía más cruelmente al que, por temor a los ladrones, había consumido ya el alimento, discurriendo crueles suplicios, como taparles los canales naturales de la digestión o introducirles a otros estacas agudas por los órganos sexuales. Me horrorizo de contar estos sucesos. Tras esto, apremiaban a los miserables para que les hicieran un pan o una torta de harina, pues los torturadores no aguantaban el hambre. Sería en cierto modo más tolerable si pareciese que lo hacían por desfallecimiento. Pero, a fin de asegurarse alimentos para después (o para no perder sus crueles mañas),

incluso tratándose de aquellos que lograban pasar los puestos fronterizos para recoger hierbas, cuando los encontraban, alegres por haber escapado de las manos del enemigo, les robaban lo que habían traído. Y a los que entonces suplicaban, invocando el terrible nombre de Dios, para que les dieran una pequeña parte de lo que con peligro de sus vidas habían traído, no les concedían nada absolutamente, y se consideraba generosidad si el apresado salía con vida.

Completa después todo lo dicho, proporcionándonos estos otros datos: tampoco había esperanza de salvación para los judíos, si se salían de la ciudad, mientras la creciente severidad del hambre seguía devastando las casas, las familias y la nación; hasta tal punto, que los cadáveres de mujeres y niños yacían en el interior de las casas y, por las plazas, los cuerpos de los infelices viejos (más consumidos por el hambre que por la edad). Los jóvenes y los más robustos vagabundeaban como espectros por las calles y salidas, muriendo en cualquier sitio donde el desfallecimiento les hubiese impedido andar más. La debilidad de los hombres y la cantidad de muertos no permitía enterrar ni aun a los propios parientes. Cada uno temía por su propia vida. Finalmente, algunos morían mientras enterraban a otros, y muchos mientras iban en el funeral antes de llegar a la sepultura.

En medio de todos estos males, sólo tenían fuerzas los ladrones más fuertes, que no consideraban ilícito robar los sepulcros y expoliar los mismos cadáveres; y ello, no tanto por robar, cuanto por añadir la burla a la maldad y por probar sus espadas en destrozar cadáveres. A veces probaban sus agudas puntas en algunos que aún respiraban; al ver esto, otros que estaban medio muertos extendían sus manos suplicantes, para que les hicieran el beneficio de matarlos, y así acabar más rápidamente con los tormentos del hambre; pero les negaban la muerte, con un nuevo género de maldad, por el hecho de que se la pidiesen. Los que morían volvían sus ojos llorosos al templo, no doliéndose de su propia muerte, sino por la impunidad de los ladrones que dejaban con vida.

Al principio, la intolerancia del mal olor obligó a que se ordenase enterrar a los muertos con el dinero público; pero cuando la cantidad de muertos fue mayor que el dinero, arrojaban los cadáveres por el muro.

Cuando Tito, que cercaba la ciudad, vio los valles repletos de cadáveres y la tierra patria regada con la sangre corrompida del cuerpo humano, con inmenso gemido y levantando las manos al cielo, puso a Dios por testigo de que esto no sucedía por su culpa, sino que lo soportaba contra su voluntad.

Y después de tales cosas, Josefo continúa con estas otras: «No vacilaré —dice— en expresar lo que siento, pues pienso que, aunque las armas de los romanos hubiesen mitigado su ataque contra los impíos ciudadanos, o la ciudad hubiese expiado su pecado con abrirse la tierra, o con el diluvio, o con las llamas de Sodoma o los rayos zigzagueantes del cielo, ésta hubiese producido una generación de hombres más funesta y malvada que la de aquellos que padecieron tales cosas, por cuya causa toda su raza merecería ser destruida.»

Y en el libro sexto escribe acerca de todo esto lo siguiente: «Era incontable la muchedumbre de los que perecían por toda la ciudad a causa de la debilidad y el hambre, y ni siquiera se puede explicar su miseria. En cada casa, cuando se encontraba algún alimento escondido, al instante brotaban peleas y muertes entre los amigos y los mismos padres e hijos, que luchaban por quitarse los alimentos unos a otros no sólo de las manos, sino de las mismas bocas. No había seguridad ni para los muertos, sino que, cuando ya habían expirado, los ladrones los registraban por si en su seno quedaba algún alimento. Otros, abriendo sus bocas por el hambre, iban y venían de una parte a otra como perros rabiosos y, como agitados por la locura, en poco espacio de tiempo asaltaban una y muchas veces las mismas casas.

La necesidad lo convertía todo en alimento, incluso las cosas que ni los animales solían comer. Al final del asedio no se abstenían de comerse ni las correas, ni los cinturones, ni el calzado. Tras masticar con los dientes las cubiertas de los escudos, se las tragaban. Algunos comían hasta pequeñas pajas de heno podrido, y compraban por cuatro dracmas una pequeñísima cantidad de mondaduras rebuscadas.»

CAP. 6: *Sobre una tal María que, apremiada por el hambre, se comió a su hijo.*

Pero ¿para qué hace falta ponderar de este modo aquel hambre? Porque allí se perpetró un crimen como nunca se oyó, ni entre los griegos, ni entre los bárbaros: algo horrible de contar e increíble de oír. Con gusto callaría tan cruel crimen, para que no piensen que invento cosas monstruosas, si no fuera porque tengo muchos testigos de que verdaderamente fue cometido. Además, no pensaría hacer un servicio a mi patria suprimiendo las palabras que hablan de aquellos cuyas obras tengo que aguantar.

Una mujer de las que vivían al otro lado del Jordán, de nombre María, hija de Eleázar, del pueblo de Betezob (que significa «casa del hisopo»), noble por familia y por riquezas, habiendo sido sorprendida en Jerusalén junto con toda la muchedumbre que había acudido, sufría ahora con los demás las comunes miserias del asedio.

Los tiranos le arrebataron lo que le quedaba de las riquezas que había traído de su casa a la ciudad, y si algo le había restado de tanta riqueza, con que pudiese obtener un poco de cotidiano alimento, se lo robaron las catervas de ladrones que siempre estaban al asalto.

Por todo esto, aquella gran mujer estaba ya como loca de indignación, de tal modo que, a veces, con maldiciones y afrentas, instigaba a los ladrones para que la matasen. Pero ninguno la mató, ni por irritación ni por misericordia. Mientras hubo tal vez algún alimento que ella tratase de alcanzar, otros ya lo habían buscado, hasta que finalmente no hubo ya donde buscar. Un hambre pavorosa se agarraba a sus entrañas y a sus huesos; la inanición la llevó rápidamente a la locura. Finalmente, usando del hambre y de la ira como de perversos consejeros, se armó hasta contra los mismos derechos naturales.

Llevaba a su hijo pequeño abrazado al pecho. Poniéndoselo delante, dijo: «¡De una infeliz madre, oh hijo, aún más infeliz! en medio de la guerra, el hambre y la rapiña, ¿para qué ladrón te voy a guardar? Incluso si hubiera esperanza de vida, seguiríamos amenazados por el yugo de la esclavitud romana. Pero ahora, el hambre ha llegado antes que la misma esclavitud; además, nos amenazan los ladrones, más terribles que ambas calamidades. ¡Ven, pues, ahora, niño mío! Conviértete en alimento para tu madre, en furor para los ladrones, en leyenda para los siglos.» (¡La única que faltaba al desastre de los judíos!)

Y, tras decir esto, al punto le corta la garganta al hijo. Asa luego su cuerpo, se come la mitad y la otra mitad la guarda escondida. Y he aquí que, al momento, entran los ladrones al oler la carne asada; la amenazan de muerte si al instante no les presenta los alimentos que sabían tenía preparados. Ella dijo entonces: «Os he guardado la mejor parte.» Y al punto descubrió los miembros que aún quedaban del niño.

A ellos, de repente, les invadió un horror infinito y, aunque crueles, se ablandaron. La voz se heló en sus labios. Ella, con rostro fiero y con más fiereza que los mismos ladrones, dijo: «Este es mi hijo, éste es mi parto, éste es mi crimen; comed, pues yo fui la primera en comer lo que yo misma engendré. No seáis más escrupu-

losos que una madre ni más blandos que una mujer; porque, si os vence la piedad y rechazáis los alimentos, yo, que ya me alimenté con ellos, de nuevo comeré.»

Tras esto, aterrorizados y temblando, se echaron atrás; ellos, los que de todas sus riquezas sólo le habían dejado a la desgraciada madre este alimento.

La noticia de este crimen espantoso invadió rápidamente toda la ciudad, y cada uno, imaginándoselo ante sus ojos, se estremecía como si él mismo lo hubiese cometido.

Todos los apremiados por la necesidad del hambre se apresuraban más a la muerte, llamando felices a los que tuvieron la suerte de morir, antes de oír tales atrocidades. Esto es lo que cuenta Josefo.

CAP. 7: *Del número de los cautivos, de los asesinados y de los que perecieron por hambre.*

Qué fin tuvo tanta calamidad lo añadiré, con el mismo autor, en pocas palabras. Dicho historiador, computando el número de los que perecieron por hambre, por sed o por la espada, calculó un millón cien mil muertos. Los que quedaron, ladrones, sicarios y merodeadores, afirma que se mataron los unos a los otros después de tomada la ciudad.

Algunos jóvenes, elegidos por su belleza corporal o estatura, dice que fueron reservados para el día del triunfo, y los demás, si tenían más de diecisiete años, hechos cautivos, fueron destinados a Egipto a trabajar en las minas, o dispersados por diversas provincias (unos para los juegos de gladiadores, otros para ser echados a las bestias). Si había algunos que tuvieran menos de diecisiete años, se ordenó que fuesen distribuidos como esclavos por diversas provincias, y se calcula que fueron noventa mil.

Todo esto sucedió en el segundo año del Imperio de Vespasiano, según lo que Nuestro Señor y Salvador Jesucristo había predicho, porque El vio lo que había de suceder. Según el testimonio de los Evangelios, «al contemplar la ciudad, lloró sobre ella y le dijo estas palabras: "Si al menos en este día conocieras lo que te conviene para tu paz. Pero ahora se oculta a tus ojos. Porque días vendrán sobre ti en que te rodearán con trincheras tus enemigos y te estrecharán por todas partes y te abatirán a ti y a tus hijos"» [18].

[18] Lc 19, 41-44.

De este modo resonaban públicamente en los oídos endurecidos los muchos truenos de la divina amenaza, hasta que fue exigida la sangre de los justos [19], incluso la de aquel Justo singular y único, que por justo juicio de Dios fue derramada inicuamente por los impíos.

Fueron castigados con plagas, aplastados por las guerras y expulsados de su patria por la impetuosa indignación divina, de tal modo que en la gloriosísima ciudad «no quedó piedra sobre piedra» [20]; fue tan grande la tribulación de este pueblo duro, más duro que las piedras, como no ha habido otra desde que comenzó a existir el hombre hasta el día de hoy [21].

Cap. 8: *De la peregrinación de los fieles, a los que Cristo salvó en Pela de aquella calamidad.*

Pero a la Iglesia que había sido congregada en Jerusalén se le mandó, por inspiración divina, que se trasladase al otro lado del Jordán, a una ciudad llamada Pela, para que, una vez ausentes de la ciudad los siervos de Dios, tuviera lugar la venganza que debía ejercerse contra la ciudad y las gentes sacrílegas. Esto lo narra ampliamente Eusebio de Cesarea en su *Historia eclesiástica.*

Cap. 9: *El testimonio de Josefo sobre Cristo.*

Todas estas cosas las padecieron, con toda justicia, los que se atrevieron a poner sus manos sacrílegas en el Hijo de Dios, ya que los testimonios de las Escrituras y el poder de las obras maravillosas prueban que El era el Cristo del Señor. Por lo cual, Josefo dice: «Existió en nuestro tiempo un hombre sabio, Jesús, si es que podemos llamarlo hombre. Era un taumaturgo y un Maestro para aquellos hombres que con gusto oyen la verdad, y atrajo a sí a muchos judíos y a muchos gentiles. Este era el Cristo. Cuando Pilatos decretó condenarlo a la cruz, llevado por las acusaciones de nuestros principales, los que lo habían amado desde el principio no lo abandonaron. Al tercer día se les apareció vivo, según lo que los profetas divinamente inspirados habían predicho acerca de El, es decir que se habían de hacer éstos u otros innumerables milagros. Hasta hoy

[19] Cf. Mt 23, 35.
[20] Ib. 24, 2.
[21] Cf. ib. 24, 21.

perdura el nombre y la religión de los llamados cristianos por su vinculación con Cristo»[22].

CAP. 10: *Sobre Vespasiano, del que cuentan que curó a un cojo y a un ciego.*

El dedo de Dios, según les pareció a algunos autores, con milagrosos signos suscitó a Vespasiano, el devastador de Judea y padre del piadosísimo Tito (el destructor de Jerusalén), para llevar su castigo a las naciones.

A él, antes de ser emperador, mientras estaba impartiendo justicia, se le presentaron dos inválidos, uno ciego y otro cojo, rogándole los aliviase de su enfermedad; porque se les había revelado en sueños que los ojos del ciego podían ser curados si él los miraba, y que la pierna del débil se fortalecería si se dignaba tocarla con su pie. Ante la insistencia de sus amigos, él lo intentó a regañadientes, y no falló el resultado.

Su imperio, así como la muerte de Vitelio y Otón, descendientes del nefasto Nerón, fueron predichos por muchos signos celestes, algunos de ellos asombrosos[23].

CAP. 11: *Hay signos que violan las leyes de la Naturaleza.*

Nadie que recuerde fielmente la promesa del Evangelio puede poner en duda que las cosas maravillosas de este tipo (que a veces suceden) normalmente son signos, ya que está escrito: «Habrá signos en el sol, en la luna y en las estrellas, etc.»[24]. Sin embargo, y salvo mejor juicio, creo que el contenido de ese texto hay que interpretarlo como referido a las cosas que son contra la Naturaleza (tales como que el sol se oscureció en la Pasión del Señor, lo del velo rasgado, las rocas rotas, los sepulcros abiertos y los cuerpos de los santos que, habiendo muerto, resucitaron)[25].

Porque no pudo tratarse de un eclipse natural, que sucede por la interposición de la luna, puesto que consta que la víspera fue la

---

[22] Eusebio, *Historia Eclesiástica* según la versión de Rufino I 14.
[23] Suetonio, *Vitae Caesarum: Vespasianus*, 8.
[24] Lc 21, 25.
[25] Cf. ib. 23, 45; Mt 27, 51-52.

decimocuarta luna; a no ser que alguno tome prestado de la perfidia judía ese pretexto que les sirve de consuelo en su infidelidad, afirmando con ellos que Venus estaba en la eclíptica opuesta al sol. Venus ciertamente es grande, y, como dicen los astrólogos, es el único de los cinco planetas que por la noche dan sombra como la luna. Pero esto, puesto que ni la razón lo prueba ni la autoridad y la fe lo aceptan, es rechazado como cosa fútil. Si Venus es tan luminoso, ¿cómo puede producir tan grandes tinieblas?

Dionisio Areopagita escribe en la carta a Policarpo que él y varios otros filósofos vieron entonces que la luna se oponía al sol de modo antinatural, pues no era tiempo de conjunción, lo que, después y con motivo de la predicación de Pablo, fue ocasión para su conversión. Sé que otros han hablado de otro modo, mas prefiero a Dionisio, ya que escribió lo que presenció, mientras que otros siguen sus propias opiniones.

Pero normalmente los signos son no sólo universales, sino generales, como lo de que, al morir el Señor, «hubo tinieblas por toda la tierra desde la hora sexta hasta la nona» [26]; y lo que en esos acontecimientos es particular, o menos universal, compensa la capacidad del género con la perpetuidad del tiempo. Porque la muerte del Señor descubrió a todos el rostro de Moisés [27], rompió la perpetua dureza e introdujo en una eterna alegría a los que fueron primicias de la resurrección [28].

Respecto de aquellas cosas, que se dice servirán para anunciar durante quince días el día del juicio (si es que en verdad han de suceder, ya que no tienen apoyo en la Escritura canónica), habrá también que afirmar que ellas de ningún modo estarán sujetas a las leyes naturales, con tal de que aquí, como en otros muchos lugares, llamemos Naturaleza al acostumbrado suceder de las cosas, o incluso a las causas ocultas de los acontecimientos, de las que se puede dar explicación.

Cap. 12: *Según Platón, nada existe contra la Naturaleza, ya que llama Naturaleza a la voluntad de Dios.*

Si seguimos a Platón, que asegura que la Naturaleza es la voluntad de Dios, de hecho nada sucedió contra las leyes de la Naturaleza,

---

[26] Mt 27, 45.
[27] Cf. 2 Cor 3, 15-16.
[28] Se refiere a las resurrecciones de que también habla el Evangelio con ocasión de la muerte de Cristo. Cf. Mt 27, 52.

puesto que El hizo todo lo que quiso. Mientras él fundamenta las causas de las cosas, pone a la Divina Bondad como fin de todas. «El es el mejor —dice Platón—, y toda envidia está lejos de lo óptimo. Consiguientemente, quiso que todo se hiciese semejante a El, en cuanto la naturaleza de cada uno puede ser capaz de felicidad. Así, pues, si alguien afirma que la voluntad de Dios es la fuente real de todas las cosas, estoy de acuerdo en que juzga rectamente» [29].

Y en verdad la sabiduría y la bondad de Dios, que son origen de todas las cosas, se llama ciertamente Naturaleza, contra la cual nada sucede, ya que nada anula la disposición divina, ni priva de su efecto a las causas que tienen consistencia desde la eternidad en la mente de Aquel que en su conocimiento hizo los cielos. En las cosas existen causas seminales de los acontecimientos y razones originales, que, en el tiempo señalado de antemano, producen sus efectos, que resultan maravillosos no porque no tengan causas, sino porque éstas están muy ocultas.

La savia es atraída de lo profundo de la tierra por el poder apetitivo de las raíces de los árboles y de las viñas, y es distribuida, por un proceso natural, en los miembros de las plantas; luego, cuando se perfecciona por su proceso digestivo, brota en los retoños, y lo que no necesita para su sustento lo distribuye a las hojas y a los frutos. Estos, al madurar, forman nuevos mostos, que, después de cierto intervalo de tiempo, engendran los apreciados vinos.

Pero si, por oculta disposición de Dios, ese zumo digerido y madurado en los canales de la Naturaleza, sin que pase el tiempo, se convierte inesperadamente en vino, entonces tendremos un milagro, ya que la altura de la disposición divina trasciende nuestro modo de entender.

Pero, como dice el sabio: «Disípese la niebla de ese error, que se basa en la ignorancia, y muchas cosas dejarán de parecer maravillosas» [30]. Sin embargo, no quebranto la fe en las maravillas de Dios, ni su autoridad, sino que venero y admiro con total humildad «lo profundo de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios» [31], sabiendo que «la necedad de Dios es más sabia que los hombres» [32]. Es propio de la debilidad humana resbalar en muchas cosas, mientras que es propio de la perfección divina no pensar de forma distinta a como las cosas son.

---

[29] Platón, *Timeo* según la interpretación de Calcidius, 29-30 E.
[30] Boecio, *De Consolatione Philosophiae* IV metro 5.
[31] Rom 11, 33.
[32] 1 Cor 1, 25.

CAP. 13: *Dios se digna advertir a sus criaturas con determinadas señales.*

Es también propio de la divina misericordia el defendernos de nuestra ignorancia con determinadas señales. Cuando aparece un cometa, uno piensa que se avecinan los comicios. ¿Acaso ignoras que

un cometa anuncia cambios en los reinos? [33].

Nadie que tenga elementales conocimientos de Historia ignora las señales que hubo cuando estaba inminente la destrucción de Italia. Los libros de esos historiadores que tratan de memorables sucesos están llenos de narraciones de prodigios y portentos.

Finalmente, no dudas que en tiempos de Elías y Eliseo precedieron muchas señales de fe y poder. Los ninivitas, con los avisos de los signos, también hicieron penitencia por la predicación de Jonás. Porque la infidelidad se crece orgullosamente ante los argumentos de los signos, pero la tierna fe se robustece con ellos. De donde aquello: «¿Qué signos nos muestras?» [34]. Y aquello otro: «Los judíos buscan signos, y los griegos, sabiduría» [35].

CAP. 14: *Qué es un signo, y acerca del sueño.*

Aquí entendemos por signos todo lo que con cualquier indicio indica al hombre la voluntad divina. Un signo es algo que se muestra a sí mismo a los sentidos y que además muestra al alma algo fuera de lo que él mismo es. Pero algunos signos no muestran nada a los sentidos corporales, sino que frecuentemente inculcan en el alma lo verdadero y lo falso, mediante la esencia *(specie)* misma de cualquier cosa o sin la dificultad del medio.

A veces los signos son verdaderos; a veces, falsos.

¿Quién ignora que hay varios significados de los sueños, aprobados por experiencia y confirmados por la autoridad de nuestros mayores? Porque en ellos —puesto que ello sucede mientras se

---

[33] Lucano, *Farsalia* I 529.
[34] Jn 2, 18.
[35] 1 Cor 1, 22.

duerme— las potencias animales (es decir, los sentidos que se dicen corporales, pero que en realidad son espirituales) descansan, pero las naturales se intensifican. Sucede a veces que el entendimiento, libre del ejercicio del cuerpo, vuelve con más libertad a su propia esfera y contempla más fácilmente la verdad, bien por medio de figuras o de enigmas, bien directamente.

Esto no se le ocultó a aquel [36] que, al describir las puertas del sueño, imaginó ser una de marfil y otra de cuerno; el cuerno es penetrable a la vista, que raramente se equivoca; mientras que el marfil, incluso cuando se labra para formar una fina plaquita, sigue impenetrable. El marfil es más parecido a los dientes y el cuerno es como los ojos; por esto hay sueños verdaderos y falsos:

los Manes envían sueños al cielo [37].

CAP. 15: *De las clases de sueños y de sus causas, formas y significaciones.*

Hay muchas clases, muchísimas causas y varias formas y significaciones de los sueños. Porque hay sueños perturbadores, sueños de alucinación, sueños normales, sueños proféticos, sueños de visión.

Los sueños perturbadores *(insomnia)* surgen, por ejemplo y frecuentemente, de las borracheras o el exceso de comida, o por diferentes pasiones del cuerpo, o por la excitación de los afectos, o por las cosas que se recuerdan. Por eso no faltan los sueños perturbadores en las mentes no muy sanas de los amantes, como acertadamente sugiere Marón:

¡Hermana Ana! ¡Horribles sueños sin consejo me tienen aterrada!
Vuelve y revuelve a mí del prócer la prestancia y noble alcurnia.
Grabadas en el pecho sus facciones, grabadas sus palabras,
no consigo, con tan honda inquietud, la paz del sueño [38].

Estos sueños acompañan también a la pasión de los que sufren o se alegran, y a los que atormenta la angustia o los enciende el ardor de un deseo incontrolado.

---

36 Virgilio.
37 Virgilio, *Eneida* VI 896.
38 Ib. IV 3-9.

La alucinación *(phantasma)* se da cuando vemos cosas desconocidas, que discrepan de la Naturaleza por su calidad, cantidad, orden o número de sus partes, como si, por ejemplo,

> ni los pies ni la cabeza
> corresponden a ningún tipo de forma,
> y un busto hermoso de mujer
> en un pez monstruoso termina [39].

Los físicos dicen que tales experiencias provienen de enfermedad de la mente o del cuerpo, y atienden más a las causas de ellas que a sus significados. Entre ellas piensan que hay que contar la pesadilla *(ephialten)*. En esta última, con varias angustias, en cierta medio-vigilia (que es más bien un sueño inquieto, en el que se cree estar despierto, cuando en realidad se duerme), uno piensa que algo tremendo le aplasta. Estas cosas, pues, necesitan más de la cura de los médicos que de nuestra discusión, sobre todo porque nada aparece como verdadero, aunque sean verdaderísimos y molestísimos los padecimientos.

En cuanto al sueño *(somnium)* en su acepción más común (aunque también él debe considerarse como una especie propia), es aquel que produce ciertas imágenes que encubren la realidad de las cosas; sobre ellos principalmente se ejerce el arte de la interpretación. Este tipo de ensueños, unas veces se refieren a uno mismo; otras, a otra persona; otras, a ambos, y, en ciertas ocasiones, a asuntos públicos o generales. Para dilucidarlo, se presta especialísima atención a la condición de las personas, hechos y circunstancias.

De acuerdo con Néstor, se ha de confiar en los sueños del rey, cuando se trate de asuntos públicos, y también en los del magistrado, bien del que ya lo sea en realidad o del que esté próximamente predestinado a serlo. De igual modo si el signo acerca de la suerte pública se manifestó a muchos.

Está escrito, por ejemplo, que el misterio de la encarnación fue revelado —según algunos— a muchos ciudadanos romanos por el oráculo de la Sibila. Pero no sólo el misterio de la encarnación, sino que el intérprete, enseñándoselo y dictándoselo el Espíritu Santo, reveló también los secretos de la pasión, de la ascensión después de la resurrección y de la segunda venida, como puedes claramente encontrarlo en los oráculos de la Sibila. De los cuales el comienzo, según muchos escritos de los Padres, dice así:

---

[39] Horacio, *Arte poética,* 1-4; 7-9.

La tierra se humedeció de sudor
como un signo del juicio.

Si las letras iniciales de cada verso de esta profecía se colocan por orden, lo que se encontrará expresado, para confundir la perfidia de los judíos, es esto: JesuCristo Dios Salvador; pero en la lengua latina no se puede advertir este pleno sentido del texto griego. Estos versos, según creo, los encontrarás en el libro *La Ciudad de Dios,* de San Agustín[40]. Lo principal y lo sumo de esta mística visión es que el Jesús que se anunciaba es, sin duda alguna, el Hijo del Dios vivo, Hombre verdadero, Juez de todos, Rey eterno, remunerador de los que en El confían, Autor de la vida y dador gratuito de la eterna bienaventuranza.

Refiriéndonos a los sueños del que adquiere un alto cargo, hemos escrito antes: «Bien del que ya lo sea en realidad, o del que esté próximamente predestinado a serlo», porque se puede tratar de un magistrado actual o futuro. Pues la destrucción de Numancia fue conocida por Africano cuando aún era apenas un soldado.

En pleno otoño o cuando éste está agitado, los sueños normalmente desaparecen. En cambio, cuando comienzan a caer las hojas de los árboles, la vanidad de los sueños alcanza su plenitud; lo cual también Virgilio, en el libro en el que expresa en versos los secretos de toda la filosofía, pareció haberlo sentido, puesto que, en su descripción del infierno, asocia los sueños con las hojas caídas[41].

La diversidad de lugares origina también diversas maneras de dormir, y, correlativamente, son más o menos abundantes los diversos tipos de sueños. Los parajes pantanosos o desérticos son más fecundos en imágenes que los altos o más poblados.

El meollo del sueño unas veces se da a conocer más manifiestamente; otras, más oscuramente. En unas ocasiones se imprime directamente en el ánimo; en otras, por medio de alguna otra cosa.

Pero, cuando se infunde a sí mismo con luz inmediata, se trata de una visión *(visio),* ya que entonces se presenta ante los ojos con la plena y verdadera imagen *(specie)* de sí. Así fue cómo Alejandro reconoció a Casandro, al que nunca había visto y por el que debía ser envenenado, ya que el sueño se lo había representado.

En verdad, algunas visiones son más manifiestas, como las que ofrecen una clara imagen del suceso; otras están necesitadas de

---

40 Agustín, *De Civitate Dei* XVIII 23.
41 Cf. Virgilio, o. c. VI 282-284.

una interpretación más profunda, como cuando una mezcla de alegorías oscurece su significación. Así, cuando Cayo César atravesó el Rubicón llevando la guerra a la propia patria, para representarle a él el terror de los ciudadanos que iban a ser injuriados por sus mismos conciudadanos,

> se le apareció al general una enorme imagen de la patria temblorosa [42],

advirtiendo al jefe que no atacase a sus conciudadanos con las mismas armas de la ciudad. La imagen del poder público era, pues, como un indicio del miedo público y de la ciudad aterrorizada ante el nombre de César.

Pero si alguno creyere que la imagen, que así se apareció, no fue la del poder público, la fidelidad de la Historia le cerciorará. Porque cuando los príncipes decidieron que la majestad de la ciudad fuese honrada en forma tangible, determinaron que se modelase, en bronce y con exquisito cuidado, la figura de una mujer con un orbe en su mano derecha. Ella resultó de forma perfecta y egregia y de cabal hermosura, bien proporcionada, adecuada en sus miembros y con todas sus partes armonizadas entre sí, de tal forma que no se prestaba a la crítica, sino a la admiración del pueblo. Sólo algunos objetaron que sus piernas no podrían sostener tan gran mole. A éstos les respondió el escultor que esas piernas bastarían para ello, hasta que una virgen fuese madre, pues creía totalmente imposible un parto virginal. Pero ello se cumplió en el nacimiento de Cristo, y, entonces, la estatua cayó y se quebró, porque el poder humano disminuye cuando el divino se dilata.

Cuando, mientras se duerme, uno conoce una cosa claramente, porque otro se la anuncia (con tal de que la persona anunciante sea honesta y venerable), estamos ante el tipo de sueños llamados oráculos. El oráculo *(oraculum)* es, pues, como dijo alguno, la divina voluntad anunciada por boca de hombre. Se entiende aquí bajo el nombre de «hombre» todo lo que aparece con figura humana, ya se trate de un hombre, de un ángel, de un dios o de cualquier otra criatura.

En cuanto a la persona, se entiende que es «honesta y venerable», o por su naturaleza (como la del padre), o por condición (como la del señor), o por las costumbres (como la del religioso),

---

[42] Lucano, o. c. I 186.

o por la fortuna (como la del magistrado), o por la religión (como la de un dios, la del ángel o la del hombre consagrado al culto divino).

Por esto es evidente (si no absolutamente, sí al menos en algún aspecto) que las personas que se dedican al arte de la adivinación, no sólo las honestas, sino también las detestables, están incluidas entre las que se llaman venerables. Porque, así como los hombres de religión católica tributan piadosa veneración al Dios verdadero y a las personas que son sagradas por su oficio, así los de una religión herética y supersticiosa tributan a los dioses falsos, más aún, a auténticos demonios y a personas execrables que son sagrados para ellos, no la debida reverencia —porque para ello no hay lugar—, sino una torpísima servidumbre.

Esto se deduce más ampliamente de los libros paganos. Eneas [43], con la ayuda de un oráculo, encontró la prometida y buscada Italia, y en ella —no tanto por voluntad de los dioses cuanto por la de los demonios— fijó su sede y plantó la semilla de la raza romana con el origen que a ellos les agradó. ¿No fue esto lo que anunció en sueños su padre Anquises, Júpiter, Apolo y otros que sería largo narrar? [44]. Por tanto, si de tal semilla brotó efectivamente raza manchada, impía para Dios, cruel para los hombres, ansiosa de perseguir a los santos, raramente leal, de grandísima malicia, esclava de las malas costumbres, regia por el fasto, avara de lo impuro, insigne en sus concupiscencias, inflada por la soberbia, inaguantable por su multiforme maldad, todo ello no debe ser considerado como un milagro, puesto que su autor fue «el asesino desde los comienzos» [45], el que, alejándose de la verdad, con el aguijón de la envidia inoculó la muerte a todo el orbe de la tierra.

Los que proceden de aquel padre [46], aunque no pueden alcanzar su medida [47], suelen, sin embargo, imitar su malicia; pero consta también que en ese linaje han sido introducidas algunas plantas por la mano del Señor, que han producido fruto de virtudes gracias al riego apostólico. Sin embargo, si uno considera toda la historia desde la fundación de la ciudad, encontrará que ellos se distinguieron de los demás por la ambición y avaricia, y que agitaron el orbe con toda clase de perturbaciones y desgracias. Pero incluso

---

[43] Cf. Virgilio, o. c. III.
[44] Cf. ib. IV 351-353; 268 ss., etc.
[45] Jn 8, 44.
[46] Sigue refiriéndose directamente a Eneas, pero indirectamente al demonio. En todo caso, habla ahora de los romanos.
[47] Cf. Mt 23, 32.

ellos mismos han sufrido tan frecuentemente los daños de su tiranía y sediciones, que apenas ninguno de sus príncipes ha muerto de muerte natural. Por eso el satírico dijo muy acertadamente:

> Pocos reyes y tiranos han descendido a la mansión del yerno de Ceres
> sin derramamiento de sangre y con muerte pacífica [48].

También en las Escrituras canónicas se encuentran muchos oráculos, como cuando José fue avisado varias veces en sueños por un ángel [49]; o los magos prevenidos para que no volvieran a Herodes [50]; o Pedro, instruido por la visión del mantel lleno de reptiles, de que todos los gentiles debían ser recibidos [51]. Y cuando, visitado Constantino por los Apóstoles, la bandera de la cruz fue erigida en el palacio imperial y, restablecida la paz en las iglesias, la majestad pública del orbe, por la voz de sus escribas, abogados y jueces, proclamó que toda victoria, reino o imperio pertenecen a Cristo.

Pero puesto que las dos primeras clases de sueños [52] no significan nada, y en los últimos [53] la verdad se ofrece a la mente como en forma visible, analizamos a continuación con más cuidado la clase intermedia [54], que es la que extiende un velo de alegorías sobre el cuerpo de la verdad.

Cap. 16: *Consideraciones generales sobre la significación de los sueños y de otros simbolismos.*

Como la obra del artista que imita la Naturaleza es superada por la obra de la misma Naturaleza, así la significación de las cosas, que es mucho más intrincada que la de las palabras, requiere

---

[48] Juvenal, *Sátiras* X 112-113. El yerno de Ceres es Plutón, dios del Infierno.

[49] Cf. Mt 1, 20; 2, 13.19.

[50] Cf. ib. 2, 12.

[51] Cf. Hch 11, 10 ss.

[52] Es decir, los sueños perturbadores *(insomnia)* y la alucinación *(phantasma)* junto con la pesadilla *(ephialten)*.

[53] Es decir, en el caso del oráculo *(oraculum)*, sobre todo del que proviene de Dios.

[54] Es decir, los sueños o ensueños *(somnia)*, en su aceptación más general.

mucha más atención en la interpretación de los sueños y simbolismos.

Si una palabra tiene tres o cuatro significados, se llama polivalente [55], es decir, de muchas significaciones. A su vez, una cosa tiene tantos significados cuantas semejanzas con otras cosas; pero de tal manera que el mayor nunca sea signo del menor, ya que los signos siempre son menores [56]. Consecuentemente, cualquier sustancia simboliza al hombre, puesto que él posee algo en común con todas las cosas; ello resulta claro en la parábola de los reptiles de Pedro [57] y en otros pasajes de la Escritura.

Cuanto más expresiva es la semejanza, tanto más conocida y familiar es su significación. La semejanza es, o sustancial (como la que brota del género o de la especie), o accidental (que se debe a la cantidad o a la cualidad o a otras varias formas de accidentes), o puede ser de imitación (como cuando alguien, por un motivo cualquiera, se asemeja a otra cosa). En este sentido, la criatura puede ser semejante a su creador, aunque no participen en nada sustancial o accidental. El efecto se configura también con su causa, y, recíprocamente, la causa, con tal de que sea menor, se dice ser semejante al efecto.

Por lo demás, así como el juicio es el mismo respecto a cosas semejantes, también es la misma la nota que las significa. Y como frecuentemente los signos son los mismos, por eso el arte del adivino es apreciado como máximo, ya que con idénticos signos distingue con cauta discreción diversos significados.

Estas son observaciones generales; las específicas de cada uno requieren un tratamiento más amplio. No debe olvidarse, sin embargo, que la fuerza de los signos puede ser más severa o más suave según la cualidad de las personas. Para unos, el manejo del dinero es presagio de muerte; para otros, de desgracia. La inesperada presencia de Venus, por razones no conocidas, conlleva frecuentemente una suerte amarga. De aquí las palabras de Ipsilo, que lamenta la muerte de Arquemoro:

> Nunca fue vista Venus, a través de las sombras,
> impunemente, para mí [58].

---

[55] En el texto se dice «*polixenus*», pero parece debe decir «*polysemos*» (multisignificativo).

[56] La «comprensión» se refiere a la noción lógica de mayor o menor «*comprensión*» o riqueza de notas. Animal, p. e., tiene menor comprensión (pero mayor extensión = se aplica a más cosas) que león u hombre.

[57] Cf. Hch 10, 11 ss.

[58] Estacio, *Tebaida* V 621-622.

Pero si Venus llega impulsada por los vestigios de los pensamientos, o estimulada por Ceres o Baco, la visión se debe más bien atribuir a sueños perturbadores, que los intérpretes desprecian por carecer de todo significado.

> No te preocupes por los sueños, pues la mente humana, mientras vigila, espera lo que desea, y, dormida, considera lo mismo [59].

A veces, sin embargo, los vestigios de la verdad se sacan por antítesis, como cuando la ruina era inminente para Pompeyo el Grande: el sueño presagió lo contrario a la realidad, y su destino presentó al caudillo, que iba a perecer, la alegría de la ciudad, las alabanzas de un pueblo entusiasmado y los aplausos de su propio teatro, como si fuese para el bien de todo el Imperio [60].

Lo que a veces parece torpe y obsceno externamente, puede encerrar un germen de honestísima verdad. Cayo César, siendo joven, soñó que había deshonrado el lecho de su propia madre, y, conmovido por el horroroso sueño, relató a los astrólogos lo ocurrido. Estos le respondieron que toda la tierra estaba destinada a obedecerle. Así fue como cobró bríos la aspiración de este magnánimo varón de obtener el dominio del mundo. Por fin, según los hechos, ¿quién más justo que Urías? ¿Quién peor y más cruel que David? Los encantos de Bersabé lo invitaron a la perdición, al homicidio y al adulterio. Pero todo ello tiene una significación contraria, ya que Urías es figura del diablo; David, de Cristo, y Bersabé, de la Iglesia manchada por el estigma de los pecados. Pero lo frecuente, y como norma regular, es que la interpretación proceda de lo parecido a lo parecido.

Pero lo cierto es que esta división de las visiones, que se originan cuando uno duerme, no se debe hacer oponiendo unas especies a otras, pues ella misma es en parte visión, en parte oráculo, y, a causa de los elementos figurativos, puede computarse entre los ensueños ordinarios; más aún, a veces puede abarcar en sí todas las especies de sueños, todo lo cual es bastante claro para los estudiosos de las Escrituras. La visión del Africano [61], el Apocalipsis del Apóstol, los oráculos de Daniel y Ezequiel, los sueños del Faraón y de José dan fe de lo narrado.

---

[59] Catón, *Disticha de moribus* II 31.
[60] Lucano, o. c.
[61] Cf. Cicerón, *De Somnio Scipionis.*

En ciertas personas la verdad brilla con más frecuencia, puesto que poseen una mente ordenada, pero a otras el error las envuelve. César Augusto, cuando iba a luchar contra Antonio, estuvo gravemente enfermo, y en su sueño se le ordenó que tomase parte al día siguiente en la batalla para ganarla. Obedeció, y, llevado en una litera al campo de batalla, obtuvo la victoria.

Sócrates vio que se le aparecía un cisne en el altar de Venus que había en la Academia; con su cuello alcanzaba los cielos y su pico tocaba las estrellas, penetrando en la región que se llama empírea; era superior a todo en hermosura y cantaba con tanta sonoridad y tanta alegría, que podría embelesar a todo el mundo. Al día siguiente, Arístides llevó a su hijo pequeño Platón a Sócrates para que le instruyera en letras y costumbres. Viéndolo, adivinó su fuerza mental por la disposición del cuerpo y dijo: «Este es el cisne que la Venus de la Academia consagró a Apolo.»

Platón vio que era apresado y vendido por los piratas cuando, por causa de los estudios que proseguía, marchaba a Egipto, y eso fue lo que le aconteció en el viaje.

Cap. 17: *No se debe ejercer la adivinación.*

Mientras hablamos de las tradiciones de los intérpretes de sueños, temo parecer, con razón, no tanto estar tratando de este arte (que es vano y como nada), cuanto ser un insensato. Porque quien sigue la vanidad de los sueños está poco atento a la ley de Dios, y, mientras malgasta su fe, se adormece en su propia ruina. La verdad está lejos de él y no puede fácilmente alcanzarla, como no puede extirpar un *urio* [62], ni con una punzada curar un cáncer, el que con ojos ciegos anda palpando las cosas en pleno día.

Es ciertamente verdad que esta somnolencia de la infidelidad debe ser removida por el aguijón de la fe, y que esta ilusión (de maleficio más que de artificio) debe ser combatida; sin embargo, no bloqueamos los caminos de la disposición de la gracia divina, ni obstruimos sus sendas, a fin de que el Espíritu sople dondequiera y comunique su verdad a las almas obedientes, según le parezca. Pero quienquiera que ligue sus creencias a la significación

[62] Palabra de significado desconocido. Se usa también en *Policraticus* I 5 aludiendo a un juego, pero sin dar más luz sobre su significado.

de los sueños, está claro que se aleja de la fe sincera y de la senda de la razón.

En verdad, si aquí se habla un lenguaje ambiguo y de muchas significaciones, ¿no será mirado con razón como poco docto el que, como resultado de ello, obstinadamente toma alguna decisión particular, sin discutir estos significados? De hecho, como se ha dicho, todas las cosas tienen múltiples y variados sentidos. Se ha de hacer cuidadosa discriminación entre esta multiplicidad de significados, para que no te ocurra que, mientras te aferras a uno, resbales miserablemente en otro.

De donde consta que ese método de adivinación, que se inscribe bajo el nombre de Daniel, está desprovisto de toda fuerza de autoridad y verdad, ya que atribuye a cada cosa una única significación. Este asunto no necesita más consideraciones, puesto que todo es una tonta tradición, y este libro circular de los intérpretes de sueños pasa con descaro por las manos de los curiosos [63].

Daniel ciertamente gozó de la gracia de interpretar visiones y sueños, como un don de Dios; pero no se piense que el varón santo haya convertido esta vanidad en arte, pues conocía que en la ley de Moisés estaba prohibido a los fieles seguir los sueños; sabiendo, además, que el mensajero de Satanás se transfigura «en ángel de luz» [64] para ruina de los hombres, y que se realizan comuniones a través de ángeles malos [65].

También José, por la gracia de interpretar, obtuvo el primer puesto en Egipto, el mismo que, a causa de la envidia que suscitaron sus sueños, fue vendido por sus hermanos a los ismaelitas, como esclavo. Pero el dedo de Dios, con un misterio no menos gozoso que saludable (habiéndole sido revelado el significado de las cosas futuras, que había visto el rey mientras dormía), lo sublimó, por medio de los sueños, de la miseria de la cárcel a la cumbre del reino. De esa forma le hizo, de siervo, libre, el primero de los nobles y de los grandes, sólo precedido por el rey [66].

Lo cual en verdad, si hubiese podido explicarse por el artificio del saber humano, yo creería que alguno de sus predecesores lo habría conseguido antes que él, o pensaría fácilmente que un hombre tan santo y lleno de espíritu de piedad habría legado la ciencia de lograrlo, si no al género humano en su totalidad (lo que sería equitativo), sí al menos a sus hermanos y a sus hijos.

---

[63] Sobre este «coniectorium», cf. Fabricio, *Cod. Pseudepigr.* I 1130 ss.
[64] 2 Cor 11, 14.
[65] Sal 77, 49.
[66] Cf. Gn 37; 40; 41.

Respecto a lo mismo, Moisés, conocedor de toda la sabiduría de los egipcios [67], o ignoró o despreció esta ciencia, puesto que, detestando este error de la impiedad, procuró exterminarlo del pueblo de Dios.

Además, el santo Daniel aprendió las artes y la sabiduría de los caldeos, lo que no habría hecho ese santo varón si creyera que las ciencias de los gentiles eran pecado. Tuvo compañeros de estudio, a los que se gozaba en hacer partícipes de la justicia de Dios. Pues juntamente aprendieron Ananías, Mizael y Azarías todo lo que podían enseñarles los caldeos; a la vez, como Dios les inspiraba, se abstenían de participar de la mesa y de los reales manjares. Aunque sólo comían legumbres, se alimentaban como los demás, y, contentándose con ellas como pago de su milicia, servían conjuntamente al rey. Pero he aquí que un privilegio, que el hombre no pudo conceder, le fue concedido singularmente a Daniel: el que interpretara los enigmas de los sueños, y, al dictamen del Señor, descifrase las sombras de los símbolos [68]. Y para que la familiaridad de la divina gracia brille con más evidencia, conoció lo que el rey pensaba en su lecho, y, relacionando lo visto en la meditación con el misterio de la salvación (que entonces yacía en sombras y que sólo al fin de los siglos estaría completo o se habría de completar), lo expuso prudentemente [69]. ¿Acaso suelen los adivinos explicar así los pensamientos, ahuyentar las sombras, aclarar lo oscuro o ilustrar las tenebrosas alegorías?

Si hay alguien que goce de semejante favor, aseméjase a Daniel y a José, y, juntamente con ellos, dé gracias a Dios. Pero aquel a quien no ilumina el Espíritu de la verdad, es inútil que ponga su confianza en el arte de los sueños. Pues todo arte tiene su origen en la Naturaleza, y su desarrollo, en la experiencia y en la razón. Pero la razón es tan flaca en el caso de la interpretación de sueños, que casi nunca conoce adónde volverse o qué juzgar. Que éste sea el caso más frecuente se puede deducir de algunos ejemplos.

Cierto hombre (cuyo nombre no recuerdo, aunque tengo a Agustín como el gran autor de la narración), preocupado en una materia dudosa, acudió a uno que conocía bien la materia y le pidió con gran insistencia que se la explicara. Y como éste diese largas al deseo del otro con promesas, quedando así defraudada la insistencia del uno ante la habilidad del otro, sucedió que la misma noche cada uno tuvo un sueño; el uno soñó que estaba dando la

---

[67] Hch 7, 22.
[68] Dn 1; especialmente 1, 17.
[69] Ib. 2.

explicación que le habían pedido, y el otro, que estaba siendo instruido por su maestro. Y sucedió que, al desvanecerse la sombra del sueño, el segundo se maravilló de saber, sin ayuda del maestro y sin esfuerzo de su parte, lo que por largo tiempo le pedía al primero. Después, cuando, como de costumbre, se encontró con su maestro para que le solucionase lo prometido: «Ya —dijo el maestro—, ya sucedió lo que pediste; aquella noche que vine para enseñarte» [70]. ¿Quién explicará la causa de este hecho, a no ser que los espíritus del bien o del mal, exigiéndolo los méritos de los hombres, los instruyan o los engañen?

La santa Madre Iglesia conoce, por el testimonio de Jerónimo, cómo él fue arrebatado hasta el Tribunal de Dios Juez, y allí, porque se dedicaba con demasiada vehemencia a los libros de los gentiles, fue obligado a prometer que tales libros, no sólo no los iba a leer, sino que ni los iba a tener. Y, antes de dicha promesa, se le había interrogado, y cuando dijo que él era cristiano, el juez le objetó, echándoselo en cara, que no era cristiano, sino ciceroniano. No me atrevería a afirmar, sin embargo, que esto se catalogue con el nombre de sueño, pues este verdaderísimo y prudentísimo doctor confirma, aun con juramento, que esto no fue sombra de sueño, sino que la cosa verdaderamente sucedió así en una visita del Señor. Para probar su afirmación, mostró, estando despierto, los cardenales de los azotes en su piel y las cicatrices de las heridas [71].

Pero, puesto que suceden estas cosas entre los hombres por intervención de los espíritus, el alma fiel únicamente no debe despreciar aquella imagen de las cosas que deja incólume a la inocencia. En cambio, lo que fomenta los vicios, inflamando la pasión o la avaricia o exacerbando el apetito de dominio, o cualquier otra cosa semejante para ruina del alma, eso sin duda lo introduce la carne o el espíritu maligno; éste, permitiéndolo el Señor por la exigencia de sus culpas, con tanta libertad para el mal se desenfrena contra algunos, que éstos creen —miserable y falsamente— que sucede en sus cuerpos lo que padecen en el espíritu.

Como es lo que algunos afirman, acerca de cierta figura nocturna, ya sea Herodías o la Señora presidenta de la noche: que convocaba reuniones y asambleas nocturnas, que se celebraban diversos banquetes, que se ejercitaban diversas clases de ritos, y que unos, por sus hechos, eran llevados al suplicio y otros eran sublimados a la gloria. Los niños eran entregados a los monstruos, que

---

[70] Agustín, o. c. XVIII 18.
[71] Jerónimo, *Epístolas*, 22 § 30 (Migne, PL 22, 415-416).

unas veces los partían en pedazos y los devoraban ávidamente, y otras, por la misericordia de la presidenta, eran devueltos a sus cunas.

¿Quién será tan ciego que no vea en ello un juego malvado de los demonios? Lo cual consta también, porque esto les ocurre a mujercillas o a hombres simples o débiles en la fe.

Pero si alguno de los que padecen tal ilusión es corregido constantemente por otro a partir de ciertas señales y el demonio es vencido o se retira, o, como se dice, desde que uno es corregido en la luz, cesan las obras de las tinieblas [72]. La cura más eficaz para esta enfermedad es abrazar la verdadera fe, procurando sustraer la mente a tales mentiras y no haciendo caso de ningún tipo de vanidades y falsas locuras.

CAP. 18: *Del fundamento de las matemáticas (mathematicae) y del ejercicio de los sentidos, el poder del alma, el cultivo de la razón y la eficacia de los estudios liberales.*

¡Ojalá se pudiera alejar tan fácilmente de los espíritus más valiosos el error de los matemáticos, con tan poco esfuerzo como quedan paralizados los demonios de las ilusiones de que acabamos de tratar ante la luz de la verdadera fe y de la sana conciencia! Porque tanto más peligrosamente se equivocan cuanto parecen fundamentar su error en la solidez de la Naturaleza y en el vigor de la razón. Pues parece temerario a todos prevaricar contra las leyes naturales, y es tonto disentir gratuitamente de lo que dicta la razón. Comienzan por la verdad, pero de tal forma que, avanzando más allá de la verdad, se precipitan a sí mismos y a sus seguidores en el lazo y en la trampa de la falsedad.

Toman en efecto como fundamento de su doctrina la matemática *(máthesim)* [73] aceptable (que se pronuncia con la penúltima sílaba breve); a ella induce la Naturaleza, prueba la razón y aprueba la experiencia de su utilidad. Pero a partir de ahí, y apoyándose en el terreno resbaladizo de sus propias opiniones (como en una falsa imagen de la razón), se precipitan perniciosamente en la as-

[72] Cf. Jn 3, 19-21.
[73] «*Máthesim*» en contraposición a «*mathésim*». Cf. c. 1 n. 57.

trología *(mathésim reprobam)* o pseudomatemática (pronunciada con la penúltima sílaba larga).

Primeramente discuten sobre qué cosas creó la Naturaleza y las investigan de muchas formas, buscando de qué partes constan, o cómo puedan componerse de materia y forma. Para mejor conseguirlo, sopesan las fuerzas de los sentidos y miden la eficacia del entendimiento, y, puesto que lo obstuso de los sentidos no traspasa la naturaleza de las cosas corporales, poco a poco, con la ayuda de otras consideraciones, se elevan a cuestiones más sutiles.

Pues la vista sólo examina los colores, los tamaños y las figuras, y ello únicamente en un cuerpo que además esté presente. Sólo el sonido alcanza al oído. El gusto juzga los sabores. Todo el sentido del olfato se restringe a los olores. Lo que es duro o blando, lo suave o lo áspero, lo pesado o lo ligero, lo caliente o lo frío, lo húmedo o lo seco, lo discierne el tacto, que a veces examina la figura y es consciente de la cantidad y el peso; también percibe el dolor y el placer; se difunde por casi todas las partes del cuerpo y se conecta con el alma, de tal modo que, cuando se va del cuerpo, parece que desaparece toda la vida corporal.

Pero si buscas dichas propiedades en los cuerpos ausentes, tu imaginación podría presentártelas sacando la semejanza de lo que el sentido conoce; y será tanto más fiel cuanto mayor sea esa semejanza. Por lo cual, según Marón, Títiro se queja de que su imaginación le engaña, al no ser capaz de conseguir la semejanza:

> Simple de mí, Melibeo, pues creía que la ciudad que llaman Roma
> era parecida a la nuestra, adonde solemos ir los pastores a destetar los corderillos; pero Roma descuella tanto sobre las demás ciudades, como los cipreses entre los mimbres [74].

Si la imaginación expresa una mayor semejanza, se trata de una fiel y verdadera imaginación, como la de Andrómaco en Virgilio:

> ¡Oh!, sólo me queda la imagen de mi Astianactes.
> Así tenía los ojos, las manos y el rostro.
> Ahora crecería a la par contigo [75].

Pero si volvemos a lo incorpóreo, necesitamos la razón y el entendimiento, porque sin la ayuda de la inteligencia, estas cosas

[74] Virgilio, *Eglogas* I 19-21; 24-25.
[75] *Eneida* III 489-491.

no se pueden entender, y no puede formarse un verdadero juicio de las mismas sin la razón. Así, pues, el entendimiento, incluso cuando descansan las otras potencias, ejercita sus fuerzas y, como instalado en el castillo del alma, abarca todas las cosas inferiores, mientras que las cosas superiores no pueden ser comprendidas por las inferiores.

Ahora bien, el entendimiento unas veces contempla las cosas como son; otras, de forma diferente; en ocasiones las mira en su simplicidad; otras, en su composición; ya une lo separado, ya disgrega y distingue lo unido. El entendimiento procede simplemente cuando contempla cualquier cosa, por ejemplo, cuando concibe un caballo o un hombre. Pero cuando, paso a paso, abarca varias cosas, se obliga a recurrir a la composición: piensa tú, abarcándolo con tu mente, que has entendido esto, a saber, que un hombre es blanco o que un caballo corre. También une lo separado, como si

> a una cabeza humana le pone un cuerpo de caballo
> vistiéndolo todo con plumas [76],

o, como dice el poeta:

> un hermoso torso de mujer
> que termina feamente en negra cola de pez [77].

Esto es lo que ofrecen los poetas a sus oyentes cuando describen el cabri-ciervo, el centauro o la quimera. El entendimiento, finalmente, separa lo unido, como cuando se fija en la forma sin la materia, ya que sin ésta la forma no puede existir, a no ser que se trate de la forma del ser y de las formas de las formas adheridas a ella, de las cuales brotaron las que están en la materia y forman el cuerpo [78].

Pero cuando el entendimiento examina las cosas de modo diverso de como son, por estar ya algo vacío y apartado de la verdad, se orienta hacia el error de la opinión, y si llega a afirmar que ello es o no es así, cae ya en la opinión en toda la extensión de la palabra. Pero, aunque conciba las cosas de otra manera diversa a como son (y así disocie lo que está unido), con tal de que lo haga así simplemente, no se tratará de una concepción vana, sino de la

---

[76] Horacio, *Arte poética,* 1-2.
[77] Ib. 3-4.
[78] Esta y otras varias concepciones del resto de este capítulo están inspiradas en Boecio.

que abre camino expedito a toda investigación de la sabiduría. Aquí está el instrumento de toda filosofía, que afila con maravillosa sutilidad el pensamiento y distingue las cosas particulares unas de otras, por la propiedad de su naturaleza. Si eliminas el entendimiento con capacidad de abstraer, perecerá la mansión de las artes liberales, puesto que, sin su actividad, ninguna de aquellas puede existir ni ser enseñada. Y así el entendimiento considera a la forma sin materia y a la materia sin forma, y lo que no basta a conseguir en virtud de la propia potencia lo abarca a veces en virtud de una carencia, como cuando, al no ver, vemos las tinieblas y, al no oír, oímos el silencio.

No existe un hombre que no sea blanco o negro o de color intermedio; ni puede existir un hombre que no sea un hombre concreto, puesto que es lo mismo ser, que ser uno determinado. Pero el entendimiento, de tal modo piensa en el hombre, que no desciende a ningún hombre en particular, mirando en general a lo que no puede existir sino en singular. Así como la diversidad del decir y del significar, de igual modo la diversidad del entender trasciende por su multiplicidad los modos de subsistir; por ello, el hombre, que sólo puede existir como individuo, es encerrado en un concepto universal de la mente. La razón define, pues, lo que el entendimiento concibe: animal racional mortal; ningún sabio ha dudado que ello se aplica sólo a los individuos.

Cuando la razón cataloga semejanzas y desemejanzas, cuando analiza con más profundidad las conveniencias en las diferencias y las diferencias en las conveniencias, cuando diligentemente investiga qué tiene de común cada cosa con la mayoría o con la minoría de las demás, entonces está contemplando con perspicacia qué es lo que puede faltar en ellas. Y encuentra en sí misma múltiples estados de las cosas, unos universales y otros singulares. Definiendo esos estados según su arbitrio y haciendo muchas divisiones, vuelve su atención a los misterios de la misma Naturaleza, de modo que ninguna cosa natural se le esconda del todo a sus ojos.

En primer lugar, mira agudamente a la sustancia que subyace a todo, en la cual la mano del artífice de la Naturaleza está evidente, cuando la viste con sus propiedades y formas como un vestido y la informa con sus propiedades perceptibles a los sentidos, a fin de que el ingenio humano pueda comprenderla más fácilmente. Así, pues, lo que percibe el sentido y está sujeto a las formas es la singular y la primera sustancia. Pero aquello sin lo cual ella ni puede existir, ni ser entendida, es sustancial para ella y, generalmente, se llama segunda sustancia.

Lo que está ciertamente presente en la sustancia, pero, aunque la sustancia persista, puede desaparecer, pertenece a los accidentes. Se llama singular, si es uno; se llama universal, si, aunque no por naturaleza, sí por semejanza, puede ser común a muchos.

Lo cual puede quizá descubrirse más fácilmente en el entendimiento que en la Naturaleza, en el cual es claro que encontraremos géneros y especies, diferencias, propiedades y accidentes que se llaman universales, siendo casi inútil y de infinito trabajo buscar la subsistencia de las cosas universales en el mundo real, mientras que en la mente se encuentran con utilidad y con gran facilidad.

Uno comprende lo que son las especies cuando considera mentalmente la semejanza sustancial de las cosas, diferentes sólo por el número; pero al mirar la armonía de las cosas que son diferentes en la especie, entonces capta la mente qué es el género.

Finalmente, cuando el entendimiento percibe la conformidad de las cosas que la Naturaleza hizo semejantes, accidental o sustancialmente, alcanza la comprensión de los universales. En cambio, cuando con más detalle pondera las diferencias de las cosas semejantes, tanto más íntimamente se acerca a las obras de la Naturaleza, que son singulares, y, si contempla la sustancia revestida de sus propiedades, no se aleja de la condición natural de las cosas.

Pero si abstrae la especie y como que la desnuda del vestido de las formas, entonces ejercita su propio ingenio y contempla (con más libertad y fidelidad) la naturaleza de las cosas, lo que son en sí mismas y lo que son en las otras cosas (distinguiendo y discerniendo, una a una, la sustancia de las cosas, la cantidad, la relación, la cualidad, el sitio, la ubicación, el cuándo, el tener, el hacer y el padecer). Tales cosas, aunque no pueden existir de una en una, pueden ser investigadas una a una; esta especulación, como compendio de toda la filosofía, es utilísima. En ella se investiga el concepto de magnitud y de multitud, y ambas abrazan y encierran todo el universo.

El entendimiento que abstrae, mientras hace todo lo dicho, ¿acaso queda ocioso o inútil, siendo así que, por su medio, el alma asciende por los pasos de las artes hasta el trono de la filosofía consumada?

Cuando el entendimiento contempla a la multitud (que por su propia potencia crece hasta el infinito, como por el contrario la magnitud decrece hasta el infinito) considerándola, ya simplemente y por sí, ya en relación a otra cosa, se realiza una división en dos partes, quedando asignada una a la aritmética y reservando la otra,

con todo derecho, a la música. También corta a la magnitud en dos partes, coloca la que es inmóvil bajo la jurisdicción de los geómetras, y la otra, es decir, la móvil, bajo aquellos que se ocupan de la ciencia de las estrellas y de los cuerpos celestes.

De aquí que toda matemática doctrinal conste de estas cuatro formas, y alcance la perfección de la sabiduría mundana por estos como cuatro caminos de la filosofía.

El primer grado consiste en tomar prestado de la aritmética el poder de los números; el segundo, en tomar de la música la gracia de las proporciones; el tercero, en obtener de la geometría la ciencia de las medidas; el cuarto y último obtiene la verdadera posición de las estrellas y examina la fuerza de los cuerpos celestes.

De los que profesan la ciencia de los astros, unos caen, con errónea opinión, en lo fabuloso, como cayó Igino; otros se limitaron a utilizar el poder de la imaginación, reservando para el juicio de los eruditos qué sea la verdad, y contentándose con conseguir una semejanza con lo verdadero.

Una y otra astrologías aceptan a unos y a otros como profesores en sus respectivos campos. Pero hay otros [79] que, atendiendo a las estrellas, velan por la verdad, contentándose únicamente con esto: lograr fijar con veracidad la verdadera posición y el movimiento de los astros y la estructura de las constelaciones.

Cap. 19: *Diferencia entre la matemática (mamthematicae) doctrinal y la astrología (mathésis) reprobada. La tradición de los astrólogos y sus errores.*

Puesto que es probable que exista alguna potencia de los cuerpos celestes (ya que no se piensa que, incluso en la tierra, se engendre algo que —como obra de la mano de Dios creador— no produzca algún bien), los que son más curiosos investigan el poder de los cuerpos celestes y se esfuerzan por explicar, con las reglas de su astronomía *(astronomia),* cada cosa que sucede en el globo sublunar (la tierra). La ciencia de la astronomía es noble y gloriosa si mantiene a sus discípulos dentro de los límites de la mo-

[79] Es decir, los astrónomos en contraposición a los astrólogos.

deración, pero si excede la verdad licenciosamente, es una especie de impiedad más bien que una forma de filosofía.

Existen muchas cosas en común entre la matemática *(máthesis)* doctrinal y la astrología *(mathésis)* adivinatoria, pero la adivinación, al exceder la medida de la sobriedad y apartarse totalmente del fin, no instruye, sino que despista a quien la profesa. Es común a ambas ciencias dividir zonas, dibujar paralelos, establecer una dirección oblicua para el zodíaco con sus constelaciones, ceñir casi todo el orbe con sus coluros [80], medir el eclipse de los planetas, no atribuir movimiento alguno al cielo empíreo, trazar un eje del polo Norte al polo Sur, dividir las constelaciones por grados y puntos matemáticos, mantener la proporción de las constelaciones mientras salen y se ocultan.

Además, ambas ciencias convienen con los físicos en que no estiman que la blandura de los cuerpos sutiles se distribuya a lo largo de caminos fijos y segmentos de círculos. También afirman en común que el sol es la causa del calor, y, puesto que así lo prueban los sentidos, relacionan el crecer y decrecer de las aguas con el movimiento de la luna. Y de este modo muchas cosas.

Por lo demás, la astrología que promete un juicio sobre lo futuro, aunque deriva su origen de los principios de la filosofía, como ya se dijo, va más allá, y, con la temeridad que nace de su orgullo, irrumpe en las prerrogativas de Aquel

> que cuenta las estrellas, cuyos nombres, signos y poderes,
> lugares y tiempos sólo a El le son conocidos [81].

El astrólogo *(astrologus),* gracias a su arte de la astronomía, se atribuye a sí mismo este poder. Y tanto se alejan del conocimiento de la verdad, cuanto se esfuerzan por penetrar en ella con más soberbia.

Dándole vueltas a la naturaleza de las constelaciones, tal como ellos tal vez las conocen, y mientras fluctuaban entre las estrellas compañeras, dicen que unas son masculinas, otras femeninas, y que quizá se han multiplicado por descendencia, a no ser que, dispersas por el espacio, no puedan unirse íntimamente. También ellos exploran diligentemente las intenciones de los planetas, porque piensan que gobiernan el orbe, lo que es fácil de averiguar por sus

---

[80] Círculos máximos de la esfera celeste que se cruzan en los polos y cortan a la eclíptica, el uno, en los puntos equinocciales y, el otro, en los solsticiales.

[81] Sédulo, *Carmen Paschale* I 66-67.

relaciones, movimiento y atracción de uno al otro y por los coros de las estrellas.

Saturno, porque es frío y viejo, es grave y nocivo; y, por la edad, naturalmente es malicioso y malhumorado. Es enemigo de todos y apenas perdona a sus propios discípulos.

Le sigue Júpiter, que, por el contrario, es propicio y saludable y de tanta benignidad con todos, que, ni por malicia de su padre, ni por la ferocidad de su súbdito Marte, molesta a nadie, a no ser cuando se estaciona o vuelve atrás (por desgracia del orbe que le está sujeto) o cuando se incendia penosamente.

Marte es feroz y por naturaleza indómito y persigue a todos, menos a sus discípulos; se ablanda a veces por la aproximación de Júpiter o de Venus, porque ella es propicia y benigna.

Mercurio es tal cual le permiten sus planetas vecinos, pues es de naturaleza voluble y se adapta a los más poderosos. De aquí que muchos piensen que es la deidad que preside la elocuencia, porque ésta, unida con la sabiduría, aprovecha mucho, y, asociada con la malicia, daña enormemente.

Aunque Lucano no enseñó estas cosas, sin embargo rozó la doctrina errónea, cuando describió el temor de la ciudad y cuando, con argumentos de la astrología, predijo la guerra civil, que había de venir inevitablemente con el avance de César. Sugirió el doctísimo poeta (si se le puede llamar poeta al que, por la verdadera narración de los sucesos, más bien pertenece al género de los historiadores) que se tenía que cumplir necesariamente la malicia de aquel que residía sólo en el tronco de su morada celeste [82].

Y aunque Figulo discuta los consejos de las Parcas y la intención de las estrellas, no transmite aún un completo conocimiento de los cuerpos visibles [83], porque todavía no han resuelto las matemáticas si las estrellas se componen de los cuatro elementos de la quinta esencia que introdujo Aristóteles. Pues desdeñan oír lo que los niños les preguntan acerca de si las estrellas son blandas o duras, o algo parecido; aunque yo he visto que algunos famosos y —en su propia opinión— sabios trabajan miserablemente en estos asuntos. Explican y prueban con sus razones qué es lo que deliberan los hados y qué efecto produce en la tierra la voluntad de las estrellas que ellos han descubierto. Y quizá la divina intención quedó frustrada; la que anunció uno que no era astrólogo. Dice, pues:

---

[82] Se refiere al dios Marte. Cf. Lucano, o. c. I 469 ss. 660 ss.
[83] Ib. 640 ss.

¿Qué clase de muerte, oh dioses, qué maldad preparáis con la peste?
Llegan los últimos tiempos encerrados en un solo día.
Si la estrella fría y dañina de Saturno
incendiase los negros fuegos en lo más alto del cielo,
Acuario soltaría las lluvias de Deucalión
y toda la tierra desaparecería en el abismo de las aguas.
Si tú, Febo, al león cruel de Nemea con tus rayos
acosases ahora, surgirían llamas por todo el universo
y el aire ardería incendiado por tus carros.
Cesan estos fuegos; tú, que al amenazador Escorpión
abrasas con tu cola de fuego y quemas sus tenazas.
¿Qué más preparas, oh Marte?, pues en el supremo cielo
Júpiter se sumerge en el ocaso y la saludable estrella de Venus
apenas luce, y el veloz Cilenio (Mercurio) se detiene en su vuelo
y Marte ocupa solo el cielo. ¿Por qué las estrellas sus rutas
abandonaron y ya apagadas van por el mundo?
Resplandece ampliamente el costado de Orión, el portador de espada.
Amenaza el furor de las armas y el poderoso hierro
confunde con su mano todo derecho y al crimen horrendo
se le da el nombre de virtud; y así continuará años y años [84].

¡He aquí como se deduce, manifiesta e inevitablemente, el acontecimiento de la posición de las constelaciones y el concurso de las causas!

También concierne mucho a la enseñanza tradicional de este arte el que conste del natural o casual domicilio de los planetas. Pues todos, menos el sol y la luna, que se contentan con uno, gozan de dos domicilios, el natural y el accidental; su natural domicilio es aquel en el que fueron creados (si es que los horóscopos están de acuerdo en que fueron creados por Dios). El domicilio de la luna es Cáncer; Leo, el del sol; el de Mercurio, Virgo; Libra, el de Venus; Escorpión, el de Marte; Sagitario, el de Júpiter; el de Saturno, Capricornio, y esto por su propia naturaleza. Accidentalmente a Saturno hace lugar Acuario; Piscis, a Júpiter; Aries, a Marte; Tauro, a Venus, y a Mercurio se lo cede Géminis.

La luna es beneficiosa; a ella —digan lo que digan otros— Dios la creó con las otras estrellas para presidir la noche [85]. ¿Qué diré del sol, que es el caudillo, el príncipe y moderador de las

[84] Ib. 648-668.
[85] Gn 1, 16.

demás luces? A él, aunque reclamen todos estos amigos de los planetas, no temo considerarlo como bueno y necesario, puesto que a los ojos de todos ilumina el día, calienta la tierra, divide los tiempos del año, induce las vicisitudes de las cosas y realiza otras muchas acciones que ahora sería prolijo narrar.

Pero, aunque en el sol y en los demás astros residan las causas de muchas utilidades, sin embargo, hay también una causa primera de los mismos y de todo lo que es recto. Ella hizo al mundo con la potencia de su propia majestad, y lo formó y lo afirmó con el poder y la inmensidad de su sabiduría, y, sólo inducida por su propia bondad, le confirió sustancia y forma.

Pero los matemáticos y amigos de los planetas, al intentar dilatar el poder de su profesión, caen perniciosísimamente en las mentiras de su error y de su impiedad. No queda ileso el método de cualquier arte, excepto cuando se encierra dentro del ámbito de su propio campo, sobre todo cuando, según el sabio, es frecuente que se cometa alguna negligencia contra él. Pues todo método se acomoda a algún género de cosas. Si se lleva a otro terreno, en seguida su verdad se expone a la tergiversación.

Si, pues, los matemáticos se contentasen con el fin de la matemática aceptable, es decir, de la doctrinal, podrían determinar la verdadera posición de los astros y, por sus constelaciones, con sobria erudición y teniendo en cuenta lo que de ahí procede de forma natural, podrían predecir la cualidad de los tiempos y obtener así el sabrosísimo fruto de su especulación. Pero cuando «ensanchan sus filacterias y alargan sus flecos» [86], cuando atribuyen excesivo poder a las constelaciones y a los planetas, concediéndoles no sé qué autoridad sobre las acciones, entonces terminan por ofender al Creador; al no saber saborear con sobriedad las cosas celestes de las que se ocupan, según el Apóstol, son necios [87].

Mira en qué abismo de error caen por causa de las mismas cosas celestes. A sus constelaciones les atribuyen todas las cosas. Tú mismo verás si ofenden al que hizo el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos existe. Finalmente, la constelación pone tal necesidad en las cosas, que perece la libertad de elección. Delibera contigo mismo si esto es recto.

Llegaron finalmente a tanta malicia, que, por la posición de las estrellas, dicen que el hombre puede formar una imagen, la cual,

---

[86] Mt 23, 5.
[87] Rom 1, 22.

si es formada en ciertos intervalos de tiempo y según un sistema de proporciones conservado en la constelación, recibirá —por el capricho de las estrellas— el soplo de la vida y manifestará a los que consulten, los arcanos de la oculta verdad.

Y, aunque a veces ordenen lo que es honesto y recto (como, por ejemplo, el querer mantenerse en un lugar limpio, o que, cuando algo se desea, se debe invocar sólo a Dios con oraciones y dones), sin embargo es cierto que esto es una falacia del mal espíritu, que con frecuencia parece aducir preceptos de inocencia o de justicia para que no nos guardemos de él. Ningún fiel ignora que todo esto es una especie de idolatría.

En cambio, mucho más convenientemente se ocupan del cielo esos otros astrónomos [88] que, según la costumbre de los académicos, defienden con argumentos todo lo que se les ocurre como probable. Así, pues, algunos defienden que los planetas, con cierto movimiento irracional, presionan contra la esfera inmóvil; otros, siguiendo a Aristóteles, profesan que son arrastrados con el firmamento; ninguna de esas teorías se tiene, según Mineio, como incompatible con las reglas de la astronomía *(astrologia)*.

Pero los adivinadores de horóscopos, al insistir con exceso en la ciencia de los cuerpos celestes para sus adivinaciones, han destruido, no sólo el conocimiento de los cuerpos celestes, sino también el de Dios.

Algunos de ellos parecen tener más fácilmente excusa de su error, los cuales, con Plotino, no privan al Creador del honor de sus obras, sino que afirman que la ley fue establecida por El de una vez para siempre y que ningún intento puede abrogarla, pues todo lo que El dispuso habrá de ser como lo previó. Quizá lo entendió así Papinio cuando dijo:

> Comienza así, entronizado desde lo alto; graves e inmutables son sus palabras santas, y los hados hacen lo que El decreta [89].

De El viene todo poder para cada criatura, entre las cuales no convino que las celestes obtuvieran el último puesto, ni que las que son más dignas que otras tuvieran el mínimo poder. A ellas les

---

[88] El texto les llama también *astrologi*, manteniendo el doble sentido que, como hemos visto, tiene también la palabra «mathematici». Algo más abajo ocurre lo mismo con la palabra *astrologia* (con el sentido moderno de astronomía).

[89] Estacio, o. c. I 212-213.

dio lo que quiso y, aunque retuviese el dominio de sus obras, les asignó al menos la labor de servir como signos. Por eso quizá se dijo:

> Los cielos narran la gloria de Dios,
> y el firmamento anuncia la obra de sus manos[90].

No hay que admirarse de ello, ya que también las aves y otras muchas cosas, por la ordenación de Dios y por la bondad de su naturaleza, pueden anunciar con sus signos ciertas cosas futuras.

Si, pues, los cuerpos celestes son señales de lo que ha de venir de modo necesario (cuando la inmutable disposición lo haya ordenado), ¿qué prohíbe que las cosas que son anunciadas por el testimonio de los cuerpos celestes sean conocidas por el hombre y que además él pueda trasmitirlas al mismo hombre? Pero, puesto que tales signos han sido dados a los hombres para su conocimiento, no son para aquellos que, conocedores de los secretos celestes, no necesitan de tales signos.

CAP. 20: *Que la providencia no aniquila la naturaleza de las cosas, ni la sucesión de las cosas cambia la providencia y que el libre albedrío permanece con la providencia.*

Son ciertamente probables estas teorías que ellos proponen, pero debajo de la miel se oculta veneno[91]. Imponen cierta fatal necesidad a las cosas, bajo el pretexto de humildad y reverencia a Dios, temiendo quizá que se quite fuerza a su decisión, a no ser que la necesidad acompañe los acontecimientos.

Además, se inmiscuyen en el privilegio de la Divina Majestad, atribuyéndose la ciencia de prever los tiempos y los momentos que, por testimonio del Hijo, ha sido reservada a la potestad del Padre[92], de modo que éstos estén ocultos, incluso a los ojos de aquellos a los que el Hijo manifestó lo que oyó de su Padre[93].

---

[90] Sal 18, 2.
[91] En estos capítulos se toman muchas cosas de Agustín y Boecio.
[92] Cf. Hch 1, 7.
[93] Cf. Jn 15, 15.

Finalmente, ensoberbecen el entendimiento del hombre con falso orgullo o lo hunden con cobarde desesperación, cuando prometen vida larga y prosperidades humanas a los que van a hundirse, o cuando, por el contrario, amenazan con inminente fatalidad o con adversidades mundanas a los que van a triunfar. Porque está ciertamente prohibido eliminar, tanto la piedra de molino superior (que es el temor), como la inferior (que es la esperanza), entre las que el alma fiel es pulimentada en este mundo. Pero ellos, sin embargo, las eliminan, no tanto para su propia destrucción y la de sus adeptos, cuanto para ofensa de Aquel que lo prohíbe.

Pero como la sucesión de las cosas no cambia la providencia de Dios, así la eterna decisión no destruye la naturaleza de las cosas. Pues ni se elimina en el hombre la posibilidad de evitar el pecado, porque Dios conocía de antemano que el hombre pecaría; ni Dios ignoraba que pecaría, porque tenía el poder de no pecar. Tampoco ignoraba Dios que el hombre podía no haber muerto, puesto que —a causa del pecado —moriría; ni el que Dios conociese eso hizo necesario que muriese. Así, pues, fue creado, en un cierto sentido, inmortal, aunque sin duda moriría; la culpa trajo la muerte, que no vendría por la condición de la Naturaleza. Y habría sido transferido desde aquel tipo de inmortalidad (en virtud de la cual había podido no morir) a aquella otra (en la que no hubiese podido morir), a no ser que la culpa de la desobediencia, cortado el camino de la justicia, hubiese bloqueado por entonces la entrada en tan grande gloria.

Por tanto, el hombre, dotado de la mera libertad de arbitrio, pudo pecar o no pecar, pues no era empujado a la culpa por ninguna decisión violenta, por ningún impulso fatal, por ningún estímulo de su condición, ni —todavía— por ningún defecto de la Naturaleza; fue la culpa la que, como madre indudable, hundió casi del todo en la muerte al hombre libremente caído.

Pero, porque aflojó las riendas de su arbitrio en dirección de la injusticia, yace en ella, oprimido y derrumbado, de tal modo que, por justo juicio de Dios, puesto que entonces no quiso abstenerse del pecado (cuando pudo), ahora no pueda evitarlo (aunque quiera). Sin embargo, sólo para esto goza aún del libre albedrío: que se basta a sí mismo para obrar inicuamente, aunque hacia el bien sólo se eleve prevenido y ayudado por la gracia.

Habiendo así él mismo abandonado la justicia, fue llevado al reino del pecado y de la muerte, de modo que, apresado por el yugo de la servidumbre, esté sujeto a la necesidad de pecar y de morir, aunque esto no lo produce la cadena de los hados, sino la culpa de su prevaricación. Por otra parte, al hombre no le conde-

nará ninguna justicia, puesto que la culpa no se vuelve contra él, sino contra su autor[94].

Hay, pues, cosas posibles que nunca llegarán a ser, las cuales si (porque no existirán) no pudiesen suceder, de ningún modo se llamarían posibles. Es posible que tenga lugar una batalla naval, y también es posible que no tenga lugar; sin embargo, sólo una de las dos cosas es determinadamente verdadera, y, como tal, es conocida con anterioridad.

CAP. 21: *¿Puede Dios conocer lo desconocido? Que la mutabilidad de las cosas no debe ser atribuida a Dios; que es lo mismo la ciencia, la presciencia, la decisión (dispositio), la providencia y la predestinación; que existe un infinito de cosas verdaderas; consecuentemente, su número no puede ser aumentado ni disminuido, y que la Providencia no impone ninguna necesidad a las cosas.*

Pero he aquí que aparece ahora otra dificultad, y a donde quiera que me vuelva me siento envuelto en el error[95]. Porque si las cosas que no son ni serán pueden ser, entonces Dios puede conocer lo que no conoce o puede suceder algo sin su conocimiento.

Porque una guerra naval que no existirá, así como puede ser organizada, así también puede ser conocida por los que la organizan. Por tanto, lo que puede ser y puede ser conocido por el hombre, ¿acaso no podrá ser conocido por Dios? Luego, si Dios puede conocer lo que no conoce, puede también no conocer lo que conoce, porque de los opuestos no puede existir ciencia, ya que siempre uno de los dos, al faltarle la verdad, está sometido a la falsedad. De las mentiras, pues, no puede haber ciencia.

¿Cómo, por tanto, será inmutable la ciencia que está sujeta a la aparición o desaparición de los hechos y que puede ignorar lo

---

[94] Parece que se refiere a Adán, ya que habla de la situación de cada hombre caído tras la culpa original, que sólo fue personal e imputable en el caso de Adán.

[95] Este capítulo está inspirado en Abelardo, *Dialectica* II, *Analyt. Prior.* III (ed. V. Cousin, *Ouvrages inédits d'Abelard,* París, 1836, 289 ss.).

que sabe, o saber lo que no sabe? Porque, si aceptamos que ella es variable, entonces en El —contra lo que afirma Santiago— existe «la variación y el oscurecimiento de lo mudable», y dejaría de ser el Padre de las luces, si se esfuma lo que El conoció de antemano [96].

Esto ciertamente ni siquiera se atrevía a admitirlo la doctrina errónea de los gentiles acerca de sus divinidades (o, mejor, de sus demonios); ellos negaban que los dioses pudieran atravesar la laguna Estigia, diciendo que ella debía ser temida por todos y que de ningún modo se podía aceptar que los dioses la atravesasen.

Porque el olvido no puede tocar las mentes de los seres celestiales. ¿Acaso, pues, aceptará la fe lo que acerca de Dios aborrecen los mismos paganos? A todos les consta que Dios conoce que aquello no habrá de ser, aunque muchos no admitan que El puede saber o no puede saber que esto habrá de ser, por temor de señalarle así con la marca de la mutabilidad o con la impotencia.

Pero admitamos que Dios puede conocer lo que no conoce (puesto que eso lo admiten muchos). Ello se podría admitir, con tal de que no peques, aceptando además —como resultado de una afirmación directa o de un razonamiento— que, por esta razón, El es mutable. Su ciencia, en efecto, ni crece ni decrece, aconteciendo que sólo es verdadero en la Naturaleza aquello que El determinó en un momento desde el principio de su propia inmutabilidad.

Al aceptar esto, hay que evitar cuidadosamente que la semejanza de los modos del verbo introducida por Apolonio ponga un elemento de perfidia o maldad. Esta posibilidad de llegar a ser no se adscribe convenientemente a la volubilidad de Aquel que no se mueve, sino a la facilidad de las cosas que pueden moverse sin oposición de la Naturaleza. Así, pues, permanece inmóvil de cualquier modo la integridad de la ciencia de Dios y, si existe alguna variedad, no es debida al cognoscente, sino a la mutabilidad de las cosas conocidas.

Aunque las cosas que abarca la ciencia de Dios estén sometidas a la mutabilidad, ella desconoce tales alteraciones y, con una sola mirada única, encierra y contiene la universalidad de todo cuanto puede ser dicho o pensado; y ello hasta tal grado, que El queda sin movimiento cuando comprende y contempla uniformemente las cosas localizadas (sin estar El en un lugar), las que nacen (sin comienzo), las que perecen (sin fin), las que fluctúan (sin alteración), las temporales (sin cambio ni movimiento), de tal forma que —para

---

[96] Sant 1, 17.

El— ni las cosas pretéritas pasan, ni las futuras le acontecen. No hay por qué admirarse de que ello sea así en el estado de eternidad (a no ser sino porque todo lo que allí existe es admirable), ya que, incluso entre nosotros, una contemplación estática sirve para comprender de algún modo el movimiento de las cosas que se mueven y el curso de las que se apresuran. También el entendimiento contempla una cosa grande sin necesidad de extenderse y una pequeña sin contraerse a sí mismo; tampoco necesita sitio para abarcar las cosas distantes; en ello sigue al Padre de las luces, mas no con pasos iguales, puesto que aquél está sujeto a muchos cambios, pero Este, a ninguno.

Pero como el tipo de conocimiento que es propio de la divina simplicidad abarca cosas innumerables, la sustancia de este ser providente es solamente una e individual; más aún, en el caso de Dios, es esencialmente una, ya que para El es lo mismo ser que ser sabio. Imagínese —si alguno es capaz— quién podría de otra forma juntar cosas tan diversas, sin ser la primera causa de todo; porque ese tal, para lograrlo, necesitaría usar medios de conjunción.

La ciencia, en cambio, de las creaturas es de muy diversa naturaleza. Para el espíritu y para el alma no es igual ser que conocer, ya que el alma necesita primero ser afectada por algo (para cobrar fuerzas y prepararse al conocimiento de las cosas), y sólo si éste se le adhiriese de tal modo que no pudiera ser arrancado del todo sin daño de la Naturaleza, es cuando, como hábito, informa al alma y la hace cognoscente.

Es este hábito el que se llama, con toda propiedad, ciencia (aunque las cosas de que trata a veces se llamen también con el nombre de ciencia). De aquí, a su vez, que, por intercambio de nombres, lo que pertenece al uno pase al otro. Así, el adjetivo «mucha» se aplica a la ciencia, cuando, sin embargo, lo que propiamente se da es una multitud de cosas, más bien que de ciencia. Así también, si miras la sustancia de Aquel que posee el querer y el poder, ese querer y poder son uno. Si miras lo que quiere y lo que puede, estamos ante el infinito número de todas las cosas, según la profecía: «Grande es el Señor y grande es su poder, y su sabiduría no tiene medida» [97]. Y también: «Grandes son las obras del Señor, dignas de investigarse para los que en ellas se complacen» [98]. Y aquello: «¿Quién podrá contar los poderes del Señor?» [99].

---

[97] Sal 46, 5.
[98] Ib. 110, 2.
[99] Ib. 105, 2.

La realidad de que estamos tratando es, pues, uniforme y varia, y, aunque esté libre de toda variedad, es llamada con nombres diversos, aunque por diversas razones. Pues la ciencia se llama también presciencia, decisión *(dispositio)*, providencia y predestinación. Es ciencia de lo que existe, presciencia de lo futuro, decisión de lo que se va a realizar, providencia de las cosas gobernables, predestinación de los que van a salvarse.

La predestinación es también una preparación, desde la eternidad, para la gracia, por la que cada uno es llamado a la vida, como dice el Apóstol: «A los que predestinó, a ésos los llamó, a ésos los justificó y a ésos los glorificó» [100]. Y aquello: «En Ti está la fuente de la vida y en tu luz veremos la luz» [101].

Con audaz reverencia, pongamos fin en nuestra exposición a la ciencia de Dios que no tiene fin: ciencia de Dios es la verdadera comprensión y conocimiento pleno de todo lo que es, ha sido y habrá de ser. Todo lo que conoce es verdad y sólo verdad, y no se digna aprobar ninguna falsedad. A ella, sin embargo, la juzga y la condena. Necesariamente tiene, por tanto, que ser infinita, ya que abarca todas las cosas verdaderas que son incontables por su número; es éste de tal manera infinito, que no encuentra fin sino en la sabiduría de Dios (que es también la única que conoce su propia grandeza).

Nada de lo que conoce, puesto que es verdadero, se desvanece, y la verdad es el comienzo y la causa de todo lo que ha sido decidido, ya sea presente, pretérito o futuro. Dice el salmista: «El fundamento de tus palabras es la verdad» [102], y ellas de ninguna forma pasarán. Pasarán, en cambio, el cielo y la tierra, porque también esto está dicho en las palabras de la Verdad [103]. Porque entonces, una vez que haya sido purificada la vileza del mundo, se formará un cielo nuevo y una tierra nueva [104].

Que cada uno sienta lo que le persuade la fe y la razón; yo, sin prejuicio de mejor sentencia, pienso que las cosas verdaderas en todas sus formas son infinitas. En efecto, en relación a todas las cosas (tanto las que son como las que no son), es necesario desde el comienzo que sean o que no sean; de aquellas cosas que son contradictorias, una u otra debe necesariamente ser verdadera.

Hasta tal punto se hizo grande (o mejor nació grande), de una vez y simultáneamente, el número de las cosas verdaderas, que ese

---

[100] Rom 8, 30.
[101] Sal 35, 10.
[102] Ib. 118, 160.
[103] Cf. Mt 24, 35 y paralelos.
[104] Cf. Ap 21, 1.

número no puede ya de forma alguna aumentar o disminuir y permanece totalmente infinito para siempre en la infinita sabiduría de Dios.

El conocimiento infalible pertenece, por tanto, a Aquel a quien ninguna de estas cosas se le escapa; este conocimiento no crece, porque El abarca todas las cosas. Dios, desde la eternidad, dispuso en su sabiduría (es decir, en su Verbo Unigénito) la ordenación de todas las cosas, creándolas con el mismo acto. A las cuales después, sucesivamente, pone en la realidad según el orden previsto, haciendo que cada una nazca según su propia generación, por la que comienza a ser. De manera que parecen fluctuar al azar y llegan a su fin cuando un determinado orden, cortando el hilo de la existencia, las vuelve al no ser. Los antiguos llamaron a esta realidad Parcas o Hados, ya que los decretos de la Providencia de Dios no perdonan a nadie ni dependen de sus efectos y también porque ellos reciben la firmeza de la Palabra de Dios, por la cual El dijo y fueron hechas todas las cosas eternamente.

Por eso el estoico creyó que todas las cosas eran necesarias, por temor a anular la ciencia inmutable. Epicuro, por el contrario, piensa que nada de lo que sucede está regulado por la Providencia, por miedo a imponer la necesidad sobre las cosas sujetas al cambio. Ambas teorías son error, porque una somete el universo a la casualidad, y la otra, a la necesidad.

Existe, pues, una decisión inmutable en las cosas mutables; lo inmutable de la eterna Providencia abarca el curso de todas las cosas mudables, y aunque ella misma no puede ser sacada de su estado de eternidad, ha librado a las cosas contingentes de toda ligazón necesaria.

Y aunque «la luz inaccesible» [105] de la sabiduría de Dios sobrepasa incomparablemente la oscuridad del conocimiento humano, hay algo, sin embargo, en lo que la oscuridad de nuestra visión se asemeja en cierto modo a la claridad de la visión divina. Así como lo que yo veo que va a acontecer no llega a acontecer necesariamente por haberlo yo visto, así lo que Dios contempla no ha de suceder necesariamente. Yo conozco que la piedra o la flecha que he lanzado a las nubes, por exigencia de la Naturaleza, caerá de nuevo a la tierra, a la que caen todos los cuerpos pesados por su propio peso; pero ni caen sin causa a la tierra, ni caen necesariamente porque yo lo conozca. Pueden caer o no caer; una de las dos cosas, aunque sin

---

[105] 1 Tim 6, 16.

necesidad, es, sin embargo, la verdadera: aquella que yo sé que ha de suceder. Porque si no ha de suceder, aunque se juzgue que sucederá, entonces propiamente no se sabe, puesto que acerca de lo que no es, no hay ciencia, sino opinión. Por lo demás, aunque pueda no suceder, nada impide que exista la ciencia, la cual no sólo trata de las cosas necesarias, sino de cualquier cosa que exista, a no ser que, como los estoicos, pienses que cosas existentes es igual a cosas necesarias.

Así las cosas que El conoció de antemano, todas se cumplirán sin duda. Sin embargo, todas las cosas contingentes es posible que no lleguen a existir. Y ello hasta tal punto, que el conocimiento que Dios tiene de ellas no influye más que el nuestro en que ocurran aquellas cosas que nosotros —juntamente con El— hemos previsto que iban a ocurrir. Aunque, por otro lado, todas las cosas, en cuanto que son buenas, reciben su forma de subsistir por decisión de El.

En cambio, otras cosas no llevan en sí mismas la forma de la existencia, sino que proclaman la carencia de ella, a causa del vicio de su propia deformidad.

Por tanto, la presciencia no es la causa de que algo suceda, ni el que lleguen a suceder es la causa de que El lo prevea. De ese modo, ni el suceder de las cosas temporales es la causa de la eterna providencia, ni los ríos de las maldades fluyen de la purísima fuente de su bondad. Dios es autor sólo de lo bueno. Lo que vulgarmente se objeta (es decir, que si algo se conoce de antemano, necesariamente sucederá) no se apoya en la fuerza de la verdad, a no ser que alguien atribuya a las mismas cosas (libres de toda necesidad) esta cualidad que sólo es aplicable a la argumentación lógica: que la verdad de una proposición se funda más bien en la necesidad de su lógica consecuencia que en la necesidad de la realidad consecuente.

Aunque confiese que es mutable la naturaleza de las cosas, que han sido dispuestas por Dios, no por ello me obligarán a decir que también la ciencia del que las dispone sea mutable; consta en efecto a todos los que tienen fe, según nos lo enseña el arcano de su verdad (hablo de Juan, el hijo del trueno), que sea cual fuere la flaqueza de las criaturas, todo cuanto fue hecho era vida en Aquel por quien fueron hechas todas las cosas [106]. Su decisión, pues, está vigente y vive con tanta firmeza, que no puede ser sacudida por ningún movimiento de las cosas, ni puede ser arrancada por ninguna mutabilidad del tiempo o del azar.

---

[106] Jn 1, 3-4; respecto a la denominación «hijo del Trueno», cf. Mc 3, 17.

CAP. 22: *Que de lo posible no se deduce lo imposible; y que el Altísimo, que es el solo Todopoderoso, conoce qué consecuencias se siguen de lo que es necesario.*

Instas, sin embargo: a no ser que ocurra lo que El previó, comprendiéndolo en su significado cierto (por ejemplo, que una piedra va a caer), su disposición fallará. En efecto, puesto que es posible que la piedra no caiga, me mandas elegir una de estas dos cosas (de las cuales comúnmente ninguna se acepta): que confiese que la Providencia puede equivocarse (lo que la fe debe negar) o que lo imposible llegue a suceder como consecuencia lógica de lo posible (lo cual es absurdo).

Existen problemas por todas partes; por una parte, que yo no rebaje a la Divina Majestad; por otra, que no contradiga lo que muchos tienen por verdad y se admite generalmente. Pero, puesto que es mejor caer en habladurías de la gente que ser impío para con Dios, si no puedo evitar las dos cosas, prefiero más bien parecer ilógico que pérfido.

Pues no todos están persuadidos que de lo posible no se deduce lo imposible. Algunos lo aceptan, pero vean y juzguen ellos mismos si lo hacen rectamente. Pero lo que ningún hombre sabio admitirá es que de lo verdadero se sigue lo falso. Lo verdadero puede deducirse de lo falso y de lo verdadero, pero de la verdad sólo nace la verdad.

Lo posible se deduce a veces de lo posible y también de lo imposible, pero no de cualquier imposible se pueden deducir todas las cosas imposibles. A no ser que algunos, si es que llevan razón, te persuadan de esta otra cosa: que de una sola cosa imposible se deducen todas las imposibilidades; y de una sola falsa, todas las cosas falsas.

Pero si dedujeses algo falso de lo verdadero, entonces yo —con razón y según el parecer de todos— me quejaría de haber sido apartado de la senda de la verdad.

En cambio, los despropósitos antes dichos no me preocupan hasta el punto de que yo, aunque encuentre compañeros en el error, me empeñe en sostener lo insostenible. Con los discípulos de la Academia prefiero, si no hay otra salida, dudar con respecto a estas exposiciones, mejor que con fingidos reclamos de erudición definir temerariamente lo desconocido y oscuro, especialmente sobre un asunto en el que casi todo el mundo rechazaría mi afirmación.

Y con más gusto presto oídos a la escuela de la Academia, porque no me despoja de ninguna de las cosas que conozco, y en muchas materias me vuelve precavido, apoyándose en la autoridad de los grandes hombres. A esa escuela se pasó en su vejez ese gran hombre, que es el único que posee la lengua latina para competir, e incluso para superar en elegancia a la insolente Grecia. Hablo de Cicerón, creador del lenguaje romano, cuya obra *De Natura Deorum* demuestra que al final de su vida apoyó a esta escuela.

Jáctense los estoicos de sus despampanantes sentencias, que llaman paradojas, como si fuesen verdaderas, nobles y admirables. Nosotros, utilizando nuestro pobre entender, no damos por aprobada ninguna de aquellas cosas que les parecen falsas a todos, o a la mayoría, o incluso a algunos de los sabios más acreditados en esa especialidad. Ni siquiera, aunque el mismo Cicerón o Aristóteles dedujesen lo imposible de lo posible, pienso que debería estar de acuerdo; supondría más bien que yo había sido engañado, so color de verdad, por alguna falacia.

De este modo evito sus trampas y estoy en disposición de afirmar que la Providencia no puede engañarse, y que, sin embargo, existe la posibilidad de que una cosa prevista pueda no suceder.

Conozco también lo que sueles deducir de ahí: que es posible que la cosa no haya sido prevista. Concedido, es mi respuesta. ¿Cuál es tu próximo paso? Me respondes entonces así: «Luego —contra todo lo que afirma la filosofía—, lo que es no es; lo que fue, es posible que no haya sido; y las cosas que ya pasaron es posible que sean revocadas para que no lleguen a pasar.»

En verdad, no restrinjo el infinito poder de Dios con los estrechos límites de mi pequeño conocimiento y razón y no le impongo un límite que no tiene, porque sé que El lo puede todo. Pero, sin embargo, veo claramente que deduces con falsedad. Primero, porque mides a la ilimitada Divina Majestad con el módulo de la pequeñez humana y aplicas a la inmutable condición de la eternidad unas distinciones tomadas de la imagen de las cosas transitorias y de la variedad de los tiempos que se suceden. Pero en esta materia las cosas son de muy diverso modo (o así deben concebirse, según lo que ya dijimos), ya que ninguna mutación hace mella en el estado de eternidad, mientras que la creatura se modifica, según le afecten o le dejen de afectar los accidentes.

En efecto, cuando un hombre prevé un suceso futuro, al momento un cierto movimiento agita su mente: pues su alma, aplicándose en cierta manera a otra cosa, prefigura la imagen de lo que va a acontecer y con frecuencia la guarda además en los archivos de la

memoria, de donde a veces la vuelve a sacar y a darle vueltas como en el espejo de su pureza nativa (pues es más fácil que este movimiento mental desaparezca del todo del alma, que el que ésta permanezca continuamente en su contemplación). Pues bien, ciertamente este movimiento, si no es previsión, al menos engendra la previsión o se parece a ella.

Pero cuando ese movimiento mental precedente (o la imagen que de él fue concebida) queda frustrado por el resultado real del hecho futuro, se transforma entonces en una agitación vacía de la mente, que se esfuma, como una sombra vista en sueños a la que le falta la verdad del cuerpo.

Pero puesto que el movimiento estuvo realmente en el alma, ya no puede dejar de haber estado en ella; y la misma alma, que fue movida por la agitación de ese movimiento, no puede dejar de haber sido movida.

En cambio, el estado de la divina simplicidad tiene unas características totalmente diferentes. Porque según ya hemos dicho, contempla todas las cosas —las que son, las que fueron y las que serán— con una mirada simple y única y no se mueve por el paso de las cosas mutables, sino que subsiste invariable, contemplando en sí misma —de una vez y simultáneamente— todas las cosas y,

> permaneciendo ella estable, concede a todas las cosas el movimiento [107].

Aunque en ocasiones se apliquen a El verbos en pretérito o en futuro, ello no significa —si se habla con propiedad— que alguna cosa ya le haya sido sustraída o que le quede pendiente; sólo se indica con toda verdad la mutabilidad del universo que le está sujeto.

Cuando oímos que El supo algo con antelación, no entendemos que su ciencia haya pasado con el paso del tiempo, sino que (si atendemos la naturaleza de las palabras) precedió un tiempo, durante el cual se cree con toda verdad que El tenía conocimiento de que aquello tenía que pasar.

Así ciertamente creemos que El desde la eternidad lo previó todo, no porque el tiempo con su movimiento quite algo a su visión, sino porque su mirada, que es anterior en naturaleza al tiempo universal, comprende todas las cosas. Así, pues, su providencia no yerra en sus disposiciones, porque la secuela de las obras siempre le acom-

---

[107] Boecio, *De Consolatione Philosophiae* III metro 9.

paña. Pero ni siquiera puede errar, porque ni por la mutabilidad de las cosas, ni por el flujo y versatilidad del tiempo, se oculta algo a sus ojos.

En cambio, la previsión del hombre puede engañarse y de hecho se engaña, y aquello cuya imagen él prefiguró en su mente, o no llega nunca a suceder en el curso del tiempo, u ocurre de otra forma.

Ni todo lo que está indicado en la significación de un verbo en pretérito debe incluirse entre los acontecimientos pasados. Si aseguro que yo vivía, mientras floreció el peripatético Palatino [108], no estoy confesando con ello que mi vida ya transcurrió y ha pasado; o si afirmo que disentí de los arrianos, cuando presidía Eugenia [109], ello no significa que luego, por el hecho de haber transcurrido el tiempo, me aparte de la fe y de la integridad de su confesión.

Por lo demás, puesto que alguna vez pude decir con verdad: «Ahora vivo y siento de tal forma», con posterioridad puedo confesar elegantemente y con verdad: «Entonces viví y sentí de tal forma», sin que ello indique que ha pasado mi vida, ni mi forma de sentir. Sin embargo, sé quién dijo que en esto nos equivocamos, porque lo que así vemos es muerte; una gran parte de ello ya pasó; y lo que es de una era pasada, pertenece ya a la muerte. Pero ciertamente si al que así habla se le hubiese pasado una vez la vida, no diría esto o lo diría resucitado.

Luego, no es necesario que haya ya pasado lo que ha sido significado por un verbo en tiempo pasado; de igual modo, aunque muchos han sido predestinados, no por haber ya sido elegidos pasó la predestinación. Y aunque puedan existir personas no predestinadas, lo que no es posible es que algo que ya ha ocurrido sea revocado para que no ocurra. La marca de la predestinación, con independencia del tiempo del verbo que uses, de suyo designa más bien un futuro que un pasado e indica que aquel de quien se dice, si es que ya no se ha salvado, se salvará. Porque se trata, como suele decirse, de una palabra fecunda, que siempre incluye en ella la significación de otra palabra. No impone mutación alguna al predestinado; simplemente afirma que para aquel que va a salvarse, gracias a Dios que lo dispone, queda abierta la puerta de la salvación y la entrada de la misericordia y que con la misma gracia, al pasar el tiempo, se podrá salvar, más aún se salvará, aunque pueda también no salvarse.

---

108 Se refiere a Pedro Abelardo, del que nuestro autor fue discípulo.

109 Se refiere al papa Eugenio III, presidente del concilio de Reims en 1148, al que asistió nuestro autor y en el que se trató de la doctrina de Gilberto Porretano.

Y no me vengan con lo de Aristóteles: que es inevitable que lo que fue haya sido, y que lo que es, sea (cuando ambas cosas ya se han cumplido). No puedes deducir de ahí que las enunciaciones, que tienen como cópula un verbo en tiempo pasado, son, incluso prescindiendo de esa cópula, o verdaderas, o necesariamente falsas.

Tú recibirás poca ayuda de tales objeciones, puesto que las mismas palabras de Aristóteles plantean la cuestión y ofrecen poca o ninguna ayuda para resolver el problema. En efecto, las enunciaciones que a las cosas pasadas les unen la fuerza de un futuro contingente, destruyen la integridad de la regla; piensa, por ejemplo, que ayer fue verdadero que tú leerías hoy, o que alguna vez Platón conoció que tú dormirías. En estas cosas la confianza en el tiempo pasado vacila por la unión con el tiempo futuro. Pues tú podrás no dormir y Platón podrá haberlo ignorado, no en el sentido de que la actividad que tuvo lugar en su alma pueda no haber tenido lugar, sino porque lo que fue conocimiento *(scientia)* podrá degenerar en opinión, a causa de la mutabilidad de las cosas o de la inconsistencia del tiempo.

Sin embargo, si puede existir algún conocimiento o ciencia de los futuros contingentes (aunque sin duda sea más bien una opinión, que imita a la ciencia con un grado de probabilidad), entonces aquello que antes dijimos que «ayer fue verdadero» podrá no haber sido verdadero, no a causa de que el pasado se cancele (porque en él nada pasó), sino porque se espera algo futuro, que depende para existir de los azares de la fortuna.

Además, tú mismo puedes haber previsto algún bien, que quizá llegue a ser un bien futuro (pero que también puede no llegar a suceder); y por eso mismo puedes no haber previsto ese bien, no porque tengas ahora el poder de no haber previsto lo que previste, sino porque existe la posibilidad de que el bien que tú has previsto no llegue a tener realidad.

De igual modo puedes haber prometido algo, o haberlo estipulado útilmente, y eso mismo puedes no haberlo prometido o no haberlo estipulado útilmente; sin embargo, lo que prometiste o has estipulado no puedes ahora no haberlo prometido o no haberlo estipulado.

Otro ejemplo: tú precediste a tu sucesor en la posesión de la finca Semproniana; pero si tú precediste a otro, entonces ese otro, o bien te sucedió a ti, o te sucede, o te sucederá. Por tanto, si es posible evitar la realización de lo consecuente, entonces también se puede anular la verdad del antecedente, de tal modo que tú, que habías precedido, puedes no haber precedido.

Sin embargo, allí adonde has entrado no puedes no haber entrado. Ni lo que ha sido hecho puede ser contado entre lo no hecho; ni lo que ha pasado o ha existido podrá ser revocado para que no exista.

En todos estos ejemplos, cosas que ya pasaron, bien en cuanto concebidas con la mente, o expresadas con palabras, o realizadas con obras, no pueden ya ni podrán no haber existido, aunque, en cuanto que en un tiempo fueron futuras (y mientras no quedaron fijadas según su propia naturaleza por un acontecimiento cierto) puedan no haber existido.

En el ámbito de las cosas dichas se pueden encerrar todas las cosas de cualquier género que sean, aunque normalmente se apliquen con naturalidad a la cantidad, o a la relación, o a cualquiera de las otras categorías.

¿Por qué admirarse si Aquel que todo lo puede, puede no haber previsto lo que previó? Pues consta por la fe que lo que ha sido previsto puede no acontecer y que lo no previsto acontezca, aunque no pueda acontecer sin ser visto por la Providencia. Dice Isaías: «Si aceptáis obedecer y me oís, comeréis lo bueno de la tierra. Pero si no queréis y me excitáis a la ira, la espada os devorará, oráculo del Señor» [110].

He aquí que se salva el libre arbitrio, pues al decir «si quieres», «si no quieres», El promete respectivamente un castigo o un premio, pero no como resultado del juicio o destino ineluctable de Dios, sino de acuerdo con el mérito de cada uno. Sería inútil la condición de merecer o desmerecer, referida a la voluntad, si existiese necesidad de hacer o no hacer, ligada con los lazos de los hados o de la Providencia.

Y si esto no basta para los adversarios, ¿acaso, según el testimonio del Evangelio, el Hijo, en su pasión, no había podido rogar a su Padre que le enviase más de doce legiones de ángeles [111], aunque esté claro, después del hecho, que lo que había sido previsto no fue esto, sino lo contrario, es decir, lo que realmente ocurrió?

Que no se perturben los ingenios más perspicaces, si en la investigación de tal Majestad nos faltan ejemplos y no tenemos abundantes razones, ya que la razón quita la admiración, y el uso de ejemplos, la singularidad. Ella, admirable por su singularidad inefable y singular por su admirable inmensidad, supera el sentir, no sólo de los hombres, sino de los ángeles.

---

110 Is 1, 19-20.
111 Cf. Mt 26, 53.

Sé muy bien que el que intenta escrutar la Majestad será oprimido por su gloria y que la bestia que toque el monte, por decreto del Altísimo, será apedreada. Por tanto, las cosas que anteriormente hemos propuesto en temas semejantes están dichas por espíritu de investigación y sin perjuicio de otras mejores, más que como el que dictamina sobre la verdad atacando a otros con una discusión temeraria.

Y confieso que no sé por qué elegí una cosa en vez de otra, a no ser sino porque siento así con los Padres: que por una parte debe ser venerada la oculta justicia de Dios, y, por otra, hay que aceptar la manifiesta misericordia de la gracia. Pues aquel que, arrebatado hasta el tercer cielo, oyó palabras arcanas que no le está permitido al hombre decir, proclama sus incomprensibles juicios y sus inexcrutables caminos, pero no tanto discutiendo el fondo de este difícil asunto, cuando admirando la profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios y venerándolas con humilde confesión [112].

El que se goza de que le haya sido manifestada la ininteligible y oculta sabiduría de Dios, afirma que sus obras son superiores al sentir humano, y, mientras lo escruta todo, conoce los pensamientos demasiado profundos del Altísimo. Concuerda con esta verdad lo que el santo Salomón dice en el Eclesiastés a los fieles: «Hay quien ni de día ni de noche ve cerrarse sus ojos por el sueño. Entendí que respecto a las obras de Dios el hombre no puede conocer la razón de cuanto se hace bajo el sol. Cuanto más se fatigue en buscar, menos llega a descubrir, y aun cuando dijere el sabio que sabe, nada llega a saber» [113]. Si, pues, no puede encontrarse la razón de las cosas que hay debajo del sol, ¿quién podrá dar razón de las cosas que están sobre el sol? Pues «¿quién conoció el pensamiento del Señor? [114], o ¿quién fue su consejero?» [115].

Consta que se debe buscar la razón de todas las cosas con todo el ardor de la verdad, para que con piadosa intención conozcamos nuestra debilidad y podamos avanzar sirviéndonos de todo, con tal de estar persuadidos que debemos honrar la Divina Majestad y que debemos abrazar el abismo de su perenne misericordia.

Entre los filósofos se tiene cuidado en atribuir a los predicados sólo lo que permiten los sujetos, y en mantener dentro de sus límites la fuerza de los predicamentales y las propiedades de las cosas

---

112 Cf. Rom 11, 35.
113 Ecl 8, 16-17.
114 1 Cor 2, 16.
115 Ex 40, 13.

naturales; finalmente, en modificar ambas cosas, despojándolas de su colorido y vigor nativo cuando se sube a la cumbre de la Teología.

Cuando se pone a discusión la inmensidad de la Divina Majestad, falta del todo la fuerza de las palabras y el mismo entendimiento sucumbe. En cambio, en el reino de la Naturaleza, el entendimiento tiene éxito, a saber, en esas realidades que aumentan o disminuyen el número de cosas, de tal modo que lo que existió no pueda no haber existido, o no haber sucedido lo que pasó. Con tal que admitamos sin embargo esto otro: que lo que fue verdadero (por ejemplo, que Seyo leerá) pueda que no haya sido luego nunca verdadero.

Así, pues: lo que ha pasado no puede ser revocado para que no sea, y de igual modo lo que depende de los azares de la fortuna, mientras por la facilidad de la Naturaleza espera el resultado de una u otra suerte, no está sujeto a ninguna necesidad de ser. Así quizá, mientras no se cumple el efecto de la Providencia, que es algo futuro y puede no acontecer, puede también no haber sido previsto.

Pero, sin embargo, como ya se ha dicho, con mi audacia de investigador no disminuyo la omnipotencia ni pongo límite alguno a su inmensidad. Así siento con otros muchos: que si Dios previó algo, sucederá; y si no sucediese, es que no lo previó. De donde probablemente, al menos, se sigue que si puede no suceder, puede también no haber sido previsto. Pues qué es lo que se deriva verdaderamente de cualquier otra cosa, lo conoce la misma verdad, y la primigenia razón pondera plena y perfectamente la conexión de las razones.

La antigua Academia le concede al género humano este permiso: que lo que le resulte probable a cada uno, lo defienda con su propio derecho. Solía el peripatético Palatino de nuestro tiempo evitar todas estas condiciones allí donde la concepción del antecedente no implica el conocimiento del subsiguiente, o donde lo contrario del antecedente no implica la destrucción del consecuente, porque todas (las concepciones) quieren mantener la consecuencia necesaria, aunque algunas quedan contentas con la probabilidad, con tal que sea grande.

Así como la opinión se acerca tanto más evidentemente a la ciencia en proporción a su propia perspicacia, así las cosas cuanto más probables son dan una imagen tanto más fiel de las cosas necesarias.

Para que no piensen que fluctúo en el débil campo de la sola opinión, cito al gran San Agustín, con el que me considero seguro; el cual, al exponer ese pasaje del Evangelio en el que nuestro Salvador habla de las muchas mansiones que hay en la casa del Padre,

dice: «Si no os hubiera dicho que voy a prepararos un lugar, es decir, si no estuvieran predestinados, yo hubiera dicho: iré y os predestinaré» [116]. La diversidad de mansiones que están preparadas en la casa del Padre para sus elegidos la aplica a la divina predestinación, que otorga diversos carismas, gracias a dones para los que se han de salvar, según el beneplácito del que así lo dispone.

Cuando un tan gran Padre ha dado esta interpretación, hasta llegar a decir: «Si ellos no hubieran sido predestinados, yo os habría dicho: iré y os predestinaré», entonces es creíble que mientras quede pendiente el resultado, aquellos que aún no han sido predestinados puedan ser predestinados para la vida si al Omnipotente le agrada, y que los que ya han sido escritos en el libro de la vida, por sus deméritos, pudieran ser borrados del mismo libro.

Y por esto quizá se diría: «Sean borrados del libro de los vivos y no sean inscritos con los justos» [117]. Y también: «O perdónales este pecado, o bórrame de tu libro, que tú has escrito» [118]. «El que ha nacido de Dios —dice el evangelista— no peca porque lo preserva la generación celestial» [119]. Esta generación celestial es la eterna predestinación de todos los hijos que entran en la vida, aunque sea posible que ellos, por su prevaricación, se descarríen de la justicia, que es el camino de la vida.

Si no me crees, oye a Aquel a quien, si un ángel del cielo lo contradijese [120], éste sería condenado con dignísimo anatema. «Padre —dijo—, yo no perdí a ninguno de los que me diste: guárdalos» [121]. ¿Acaso no había perdido ya a los que se habían vuelto atrás? ¿Acaso no había perdido ya de alguna forma a Judas? Pero seguramente el Hijo no lo había recibido en lo arcano de su consejo, ni el Padre se lo había dado al Hijo para que lo conservase entre los inscritos, pues no había sido predestinado para la vida.

Pero si los otros habían sido predestinados, si no podían caer, ¿por qué el Hijo intercede por ellos tan celosamente? Tenían que ser salvados; y, sin embargo, mientras peregrinaban lejos del Señor, podían merecer la muerte, sin estar ligados necesariamente a la vida por la predestinación.

Hay quien se gloría de que nada le separará de la caridad de Cristo [122] y, sin embargo, castiga y sujeta su cuerpo, no sea que

---

116 Cf. Agustín, *Tractatus in Ioannem* LXVIII § 1 (Migne, PL 35, 1814).
117 Sal 68, 29.
118 Ex 31, 32.
119 1 Jn 5, 18.
120 Cf. Gál 1, 8.
121 Cf. Jn 17, 11-12; 18, 9.
122 Rom 8, 35.

mientras predica a otros, él mismo sea rechazado [123]. También en el Apocalipsis son amonestados los ángeles de las iglesias ya a hacer penitencia y mantenerse en sus primeras obras, no sea que su candelabro sea removido, ya a conservar su puesto para que no tengan que cederlo a otro [124].

¿Por qué así, si lo que había de ser no podía ser cambiado? Esto no se ocultó ni a los filósofos paganos, que dicen que el destino es incambiable, no porque no pueda ser cambiado, sino porque de hecho no es cambiado absolutamente. Por eso se dijo:

> Farsalia pudo haberse escapado de en medio de los hados [125].

Lo mismo indica el pasaje poético del cual solía echar mano el viejo hombre de Chartres [126] cuando la fortuna le era adversa:

> El hado encontrará un camino: y todo lo demás [127].

Pero las cosas que ya han sucedido y que se han cumplido con favorable efecto de la divina disposición, naturalmente no pueden ya no haber existido; aunque no me atrevo a aseverar nada en uno u otro sentido, por temor a ofender al que lo dispone. Dice sin embargo el más docto de los doctores (me refiero a Jerónimo): «Hablaré con audacia: aunque Dios puede hacer todas las cosas, no puede reconstruir a una virgen después de su ruina, pero puede coronar a una corrompida» [128].

Según él mismo interpreta [129], es el Apóstol quien nos proporciona una definición de virgen: es virgen la que es santa en cuerpo y alma [130]. Pero no hay duda de que Dios puede santificar el alma por las virtudes, y puede reintegrar la carne corrompida, de tal modo que todo su ser que había caído, parezca haber sido levantado.

Ahora bien, si entendió, utilizando una expresión oratoria, que es imposible que no haya sido lo que ya fue, no era necesario haber recurrido al ejemplo de la virgen caída, puesto que un tal ejemplo pudo encontrarlo en todas las cosas pasadas apoyando en ellas su sentencia o su error. Yo deliberadamente distingo la sen-

---

123 1 Cor 9, 2.
124 Cf. Ap 2, 5; 3, 11.
125 Lucano, o. c. VI 313.
126 Es decir, Bernardo de Chartres.
127 Virgilio, *Eneida* III 395; X 113.
128 *Epístolas*, 22 § 5 (Migne PL 22, 397).
129 Cf. *De Perpetua Virginitate Virginis Beatae Mariae*, c. 20 (Migne PL 23, 303-304).
130 1 Cor 7, 34.

tencia del error, porque aquélla siempre debe significar la verdad, según puedes encontrar en el Santo Job: «¿Quién es éste que mezcla sentencias con palabras necias?» [131].

Pero tal vez la virginidad sea un grado de perfección que es imposible sea alcanzado por cualquier mujer caída. Cuando se dice que algo es posible, unas veces nos referimos a la facilidad inherente a las cosas individuales (como resultado del azar o de la natural disposición); otras, a la misma naturaleza de las cosas; y, finalmente, se aplica a la Majestad divina, fuente de todas las cosas, de la que se deriva no sólo el poderío de las personas, sino el poder de todas las cosas que pueden verse o pensarse.

De aquí el dicho de Salomón: «Todo poder procede del Señor Dios» [132]. Contra esto nunca me mostraré contumaz, pues estoy seguro que El solo es el que puede enviar alma y cuerpo al infierno» [133].

Cap. 23: *La objeción de los nuevos estoicos.*

Te queda la cuestión de aquel tu estoico, del que sé que vive mucho tiempo en Apulia. El, después de muchas vigilias, largos ayunos, muchos trabajos y sudores, y lamentándose de un tan desgraciado e inútil destierro, volvió llevándose a las Galias los huesos, pero no el espíritu de Virgilio.

Porque ese tal Ludovico preguntaba si podías hacer alguna de aquellas cosas que de ninguna manera harías. Y si decías que sí, te ofrecía mil monedas de oro si lo llegabas a hacer. Y si decías que no, ordenaba multiplicarlas por cualquier suma que quisieras, para que hicieses lo que era tan fácil de hacer. Al final, no entendiendo o despreciando la fuerza que hay en la unión de los opuestos, estallaba en una carcajada de escarnio y burla, poniéndote en ridículo ante los circunstantes por haber rechazado sin motivo tal cantidad de dinero.

Puedes reunir muchísimos argumentos de este tipo. Yo, sin embargo, no me apuro por ellos. No llego en efecto a creer que todo es necesario porque se sabe, o que nada de lo contingente es conocido porque no es necesario.

---

131 Job 38, 2.
132 Parece referirse a Sab 6, 4; cf. Rom 13, 1.
133 Cf. Mt 10, 28; Lc 12, 5.

Ciertamente, me parece que yo, junto con los peripatéticos, soy un poco más sabio que aquel que, apretado por esta dificultad, confesó en las *Noches Aticas* [134] que no estaba seguro de no ser una cigarra.

CAP. 24: *Que los astrólogos son temerarios al pretender que el futuro, sin distinción, está sujeto a su propio juicio.*

Esos a quienes hablan los astros y como que extraen la verdad del seno de los cielos, afirman junto conmigo (aunque en otras muchas cosas disintamos) que ellos no ignoran todas las cosas. Los que de entre ellos son más modestos, aseguran, no por las estrellas, los resultados de las cosas y no las convierten en necesarias por ley de la divina disposición, sino que, porque las cosas han de suceder y se anuncian con indicios ciertos, no temen predecirlas.

Pero si el orden de las futuras puede cambiarse, es temerario definir con certeza lo que por su naturaleza es incierto. Y si no puede cambiarse, ¿de qué sirve examinar con tanta curiosidad lo que de ningún modo puede esquivarse?

Pero, aunque pudiese suceder de otro modo, la cosa misma tal vez no es incierta, y así el indudable argumento de las constelaciones excusa la temeridad del juicio. Porque, aunque sea posible que la cosa sea de otra manera, sin embargo los signos manifiestos la predicen como futura; ni a mí me interesa —dice el confidente de los astros— si puede ser de otro modo, con tal que yo no dude de que el asunto de que se trata va a resultar así.

¿Pero cuál es la certeza de estas señales? Sin duda la experiencia falaz de las cosas hace frecuentemente difícil un juicio sobre ellas y la significación de los mismos signos es variada y múltiple. Además, la variedad induce a la ambigüedad; en lo ambiguo, a su vez, toda definición es peligrosa.

Pero concedamos que los signos sean uniformes; ¿de dónde sabemos que tienen un solo significado o qué impide que ése pueda ser falso? ¿La Naturaleza, me respondes? Pero ¿cuál? ¿Aquella que radica en las cosas o la que radica en la divina voluntad? No

[134] No existe tal cosa, según Webb, en lo que se conserva de la obra de Gelio; cf. sin embargo, XVIII 2, 13 y Agustín, *Contra Academicos* III 10 § 22.

hablo contra la divina voluntad, porque —sabiéndolo todo— hizo cuanto quiso [135]. Si es que ella se te ha manifestado, bien está. Puedes ver la luz en esa Luz [136] y puedes anunciar verdades indubitables, tomadas de ese libro, que a otros les está sellado y para ti está abierto; en él «están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» [137], y he oído de él que a nadie le está permitido abrirlo, a no ser al Cordero que fue muerto y que con su propio poder mató a la muerte [138].

Pero no pretendas en adelante admirar, con el Apóstol, la profundidad de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, ya que, guiado por los astros, sus juicios son para ti comprensibles y sus caminos investigables y eres capaz de vadear el gran abismo de sus juicios [139].

Si te apoyas, en cambio, en la naturaleza que radica en las cosas (esto es, en el ininterrumpido curso de ellas), entonces te ilusionas inútilmente con la familiaridad de los astros. En efecto, muchos de ellos se apartan del acostumbrado curso de las cosas y con tanta mayor admiración impactan los sentidos humanos, cuanto más insólitos parezcan e incluso contrarios a la misma Naturaleza (como cuando ocurre un eclipse de Sol en tiempo de plenilunio, o cuando la Luna sufre un eclipse cerca del tiempo de la conjunción o del plenilunio o cuando éste ha pasado). Porque el que puso sus leyes a los astros, el que ordena con su voluntad el curso de los tiempos, el que acomoda los sucesos de las cosas a sus propias intenciones cuando quiere y como quiere, puede producir con estupor de la Naturaleza un efecto nuevo o raro en el concurso de las causas que solían comportarse de otra manera.

«¿Quién fue su consejero?» [140], o «¿quién puede decirle: por qué lo haces así?» [141]. Ciertamente El es el Señor; lo que le agrade a sus ojos, eso hará sólo Aquel que todo lo dispone, puede adaptar los tiempos a su disposición y variar los sucesos de las cosas; y, cuando concede a su criatura tener conocimiento de muchas cosas, de acuerdo con la medida de su beneplácito, eso se lo reserva singularmente a sí misma la Trinidad.

El conoce cuándo algo llegará a ser y por cuánto tiempo; El ordena las edades de los tiempos, porque por El han sido creados

135 Sal 113, 3.
136 Ib. 35, 10.
137 Col 2, 3.
138 Cf. Ap 5, 1 ss.
139 Cf. Sal 35, 7.
140 Is 40, 13.
141 Job 9, 12.

los mismos tiempos. A esos mismos tiempos El los pinta, como con ciertos colores, con la variación y el movimiento de las cosas; El amarra la voluble rueda de los tiempos con esa especie de cadena que vincula entre sí a las cosas, y El, finalmente, para introducir la realidad incomprensible en el entendimiento, la moldea maravillosamente con las propiedades de las cosas. Dice el Verbo del Altísimo: «No es cosa vuestra conocer los tiempos» (de forma que conozcáis claramente cuándo y por cuánto tiempo algo sucederá), «ni los momentos» [142] (de forma que podáis comprender los modos y las variedades de las cosas que están por venir).

Por eso es temerario someter lo futuro a un juicio cierto, pues está colocado en el poder del Padre [143], no en la necesidad del acontecer. Y porque está colocado en su poder, puede ser así o de otro modo. Pues lo que está colocado en la necesidad del acontecer, necesariamente es así.

CAP. 25: *Que un acontecimiento no resulta necesario por haber sido anunciado por un signo y sobre Ezequías, Acab y los ninivitas. Las cosas que se anuncian por presagios pueden cambiarse.*

Pero quizá la Verdad, cuando hablando a los suyos dice: «No os toca a vosotros» [144], reservó tan gran prerrogativa a los extraños, por ejemplo, a los astrólogos. Sea, si el alma fiel se queda así tranquila. Pero, como ya se ha dicho, ¿hay tanta certeza de los signos? A saber, cuando

> las constelaciones
> dejan su curso [145]

se cree que amenazan extraños sucesos.

No pretendo ir tan lejos como para creer que las grandes cosas nunca estén anunciadas con anterioridad por medio de indicios, puesto que he aprendido que en el sol, en la luna y en los mismos elementos y en sus ornatos existe una fuerza significativa recibida

---

142 Hch 1, 7.
143 Ib.
144 Ib. La frase de Jesús, que nuestro autor deja incompleta y sólo insinuada, sigue así: «... conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad.»
145 Lucano, o. c. I 663-664.

del Señor. Pero, por lo demás, estoy persuadido —tanto por la autoridad de muchos como por la razón— de que ese arte, con el cual alguien puede dar respuestas verdaderas a todas las cuestiones que se plantean acerca del futuro, o bien no existe absolutamente, o bien no se ha manifestado aún a los hombres.

Si yo no puedo persuadirte, por impedírmelo los argumentos que me opones continuamente con respecto a la providencia o al hado, así como los ejemplos contrarios que me citas de varias historias, sin embargo me he persuadido a mí mismo para no ceder ante esta vanidad.

Ciertamente no considero que haya tal conexión entre los signos y lo significado por ellos, que necesariamente el uno se siga del otro. Oye por qué lo creo así, si es que no estás impedido por las frivolidades de la Corte.

El rey Ezequías estuvo enfermo de muerte [146]. ¿Acaso no crees que el rey de Judá encontró un médico que pudiera diagnosticar la gravedad de su caso por el estudio de su orina, pulso y otros múltiples síntomas? Después tal vez recibió en su cuerpo un anuncio de muerte, porque llegó a convencerse de que no tenía esperanza de vivir más. Finalmente, el Espíritu Santo le anunció que la muerte estaba a la puerta. ¿Qué señal más clara quieres? Dejando otras cosas, ¿qué puede haber cierto si dudas del testimonio del Espíritu Santo? ¿O negarás que Isaías dijo en el Espíritu: «Morirás y no vivirás?» [147]. Vivió sin embargo, y no murió, y le fueron añadidos quince años más por la misericordia de Aquel que ha establecido con su poder los acontecimientos futuros. Y quizá la ulterior misericordia de Dios, que antes le había amenazado, absorbió la muerte que pretendían la Naturaleza y la falta de fuerzas, porque él por la penitencia murió a la culpa.

También Acab, impiísimo rey, unido con Jezabel más por la crueldad que por el matrimonio, habiendo tomado posesión de la viña del santo Nabot por medio de un asesinato [148], estaba esperando la muerte que el Señor le había anunciado. Si no me crees que el Señor se la anunció, oye a Elías, que dijo: «Esto dice el Señor: Asesinaste y poseíste.» «En el sitio donde los perros lamieron la sangre de Nabot, allí lamerán tu sangre.» Y: «Los perros comerán a Jezabel ante los muros de Jezrael» [149]. Cuando Acab lo oyó, rasgó sus vestidos y cubrió sus carnes con saco, ayunó y dur-

---

146 2 Re 20, 1.
147 Ib.
148 1 Re 21, 1-16.
149 Ib. 21, 19-23.

mió con cilicios. Y la palabra del Señor vino a Elías diciendo: «Porque Acab se humilló ante mí, no le haré mal en sus días» [150]. He aquí que la pena debida a Acab, porque hizo penitencia, se retrasa a su posteridad; pero Jezabel, persistiendo en el crimen, es condenada en el presente juicio. Una y la misma fue la sentencia que entregaba la sangre de Acab y la de Jezabel a los perros. Sin embargo, esa sentencia se muda en parte, y en parte permanece inmóvil, porque el Autor de los tiempos así dispuso todas las cosas.

Así también los ninivitas, librados de inmediata destrucción, cambiaron la sentencia del Señor porque hicieron penitencia por orden del rey y de los nobles, ante la predicación de Jonás [151].

Las sentencias de Júpiter y de Marte ¿serán acaso más verdaderas que las del Creador? No estás de acuerdo con el consejo de Plauto si das tal poder a los planetas. Porque cuando el sicofantes preguntó a Madrógero [152] si hay que aplacar a esos planetas que ordenadamente dan la vuelta al universo, replicó que no eran ni fáciles de ver, ni afables en el decir, añadiendo que revuelven átomos en sus bocas [153] y cuentan las estrellas, pero no pueden cambiar las cosas que a ellos mismos atañen. De esa forma, de la disposición de las estrellas deduce él la necesidad de los sucesos, para reírse, con delicada ironía, de aquellos que ejercitan su vista en la contemplación de los que huyen de sus miradas y de los que interpelan a los que no se dignan hablar; además, puesto que dan vueltas a los átomos en la boca, hay que temer que si eventualmente un átomo cae del calculador de nacimientos pueda él también equivocarse en la interpretación del juicio de los cielos.

Permanezca, por tanto, la insigne autoridad de ellos, mientras se mantenga estable e inconcusa la del Creador. Sea lo que sea lo que a ti te sugiere tu Marte y tu Júpiter, ciertamente Dios es veraz, pero tú, si los crees a ellos más que a Dios, eres perniciosísimamente mentiroso. Pues los astros son mentirosos ante la mirada de Dios, que hasta en los ángeles encuentra maldad [154].

Pero, a decir verdad, a ti no te mienten los astros, sino tú mismo. Tus errores impútatelos a ti. ¿Quién te obliga a pensar en lo falso? ¿Quién te persuadió de que son inmutables las cosas, que, por los signos que las preceden, conjeturas que han de venir? ¿O te engañas por lo de Figulo que profetiza:

---

150 Ib. 21, 27-29.
151 Jon 3; 4.
152 Personaje de la comedia del Pseudo-Plauto, *Querolus* II 3.
153 Así lo lee nuestro autor. Modernamente se ha propuesto otra lectura: «en sus órbitas».
154 Cf. Job 15, 15; 4, 18.

O este mundo vaga eternamente sin ley
y las estrellas se extravían con incierto movimiento,
o, si los hados lo guían, se acerca una desgracia
que amenaza a la ciudad y al género humano? [155].

Y más claramente añade:

¿De qué sirve pedirle buen fin a los dioses?
Esta paz vendrá con un señor; encauza, oh Roma,
la antigua serie de males y prolonga la destrucción de edad en edad
con tal de que nos libres al menos de la guerra civil [156].

En cambio, no hay duda de que tus muchos dioses no podían evitar la guerra que se avecinaba; precisamente por ser muchos o, más bien, ninguno.

Esto, sin embargo, lo hubiese podido el único Dios y Señor. El sabe cambiar la sentencia, si tú, por reverencia a El, acabas con tu malicia.

De esta forma, Nabucodonosor, por consejo de Daniel, redimiendo sus pecados con limosnas, y sus iniquidades con obras de misericordia en favor de los pobres [157], evitó por un tiempo la sentencia amenazante del Señor, hasta que gloriándose en el palacio de Babilonia, decía: «¿No es ésta la gran Babilonia que yo construí para casa del rey, con la fuerza de mi poder y para gloria de mi majestad?» [158].

Así con sus vanas palabras volvió a llamar sobre sí la sentencia de Dios, que ya se alejaba de él.

CAP. 26: *Que la sentencia de Dios puede cambiarse, que el designio de Dios es inmutable y la voluntad de Dios es la primera causa de todo; y que la astrología es camino de condenación.*

Así, pues, si puede cambiarse la sentencia del Dios inmutable, ¿podría acaso permanecer inamovible la palabra que proporcionan esas estrellas que transitan y van errantes?

---

155 Lucano, o. c. I 642-645.
156 Ib. 669-672.
157 Dn 4, 24.
158 Ib. 4, 27 ss.

Pero aunque cambie —sea como sea— su sentencia, el designio del Señor permanece inmutable para siempre. Para conocer ese designio o voluntad de Dios, ¿qué signo será más cierto que un mandato o una prohibición de su parte? ¿Puede acaso no parecer recto querer lo que El manda?

Ciertamente mandó al Patriarca que inmolara a su hijo unigénito objeto de su promesa [159]. ¿No fue recto que el Patriarca aceptase su mandato? Fue recto en todos los sentidos, porque una orden de su voluntad, que es la primera causa de todas las cosas y que nunca engaña en sus consecuencias, es un indicio absolutamente cierto. De tal manera es ella la causa primera, que si se le preguntase a alguien por qué esto es así, podría responder con toda rectitud: porque El así lo quiso; El que hizo todo lo que quiso [160]. Y si se pregunta que por qué lo quiso, la pregunta es inútil porque se pregunta sobre la causa de la primera causa, es decir, sobre la voluntad que no está sometida a ninguna causa.

Se suele decir, y es cierto, que es propio del príncipe juzgar con más benevolencia que las leyes, puesto que el que estableció la ley tiene poder para derogarla o abrogarla. La ley que el Alfarero tuyo impone al cielo, ¿no se atreverá a contradecirla El, que también es Autor del cielo? Sólo al príncipe compete (y así conviene que sea) analizar y decidir acerca de la diferencia entre derecho y equidad [161]. Cuando el derecho inclina a una cosa y la equidad a otra, respecto al bien público, se debe pedir la interpretación del príncipe, que es absoluta e imprescindible.

Cuando se duda sobre un documento o una sentencia, se debe recurrir a la mente del autor. Por tanto, ¿quién te hizo intérprete de las cosas celestiales? ¿De dónde has sabido lo que conviene hacer? ¿Con qué temeridad atribuyes obras ajenas, que son de Dios, a tus estrellas? Tengo, pues, presente este sutilísimo argumento tuyo:

> Tú que incendias al amenazante Escorpión,
> con la cola en llamas, y quemas sus tenazas,
> ¿qué hazaña estás preparando, oh Marte? [162].

Mas el padre de la mentira [163], que te enseñó a atribuir esto al firmamento, se comporta contigo fraudulentamente para que cuan-

---

159 Cf. Gn 16.
160 Sal 113, 2.
161 Justiniano, *Código* I 14 § 1.
162 Lucano, o. c. I 658-660.
163 Cf. Jn 8, 44.

do haya logrado manchar a la creatura con estas marcas pueda luego infamar a su mismo Creador.

Finalmente, es una locura llenar taimadamente de vana soberbia las pobres almas de esos infelices, con profecías de un futuro ya inevitable, y arrojarlas así al abismo de la desesperación. Este es el fruto (propio de la astrología) que proporcionan los horóscopos, los cuales (por haberse salido de la órbita de ciencia de la piedad, y como resultado de la interminable investigación de estos signos) caminan todavía más errantes que sus planetas y descienden vivos al infierno, juntamente con aquel que se levantaba como el Lucero matutino [164], haciendo además partícipes de su ruina a otros.

Pero cuando tales argumentos se proponen y se citan contra ti, ¿qué haces? Te ríes, lo perdonas un tanto desdeñosamente, haciendo burla de la simplicidad de la fe, recurres al seno de la Providencia, y tú, como otro Anteo, te sumerges enteramente en un abismo inexcrutable. Pones para ti, como refugio, la «luz inaccesible» [165] y, desde allí, impugnas la simplicidad de la fe, como si la fuente de la verdad fuera un baluarte del error.

Pero sea así, ya que no puedo resolver esta antigua polémica sobre la Providencia, ni soy capaz de contestar a todos los problemas. Pues ¿quién hay tan sabio que sepa contestar satisfactoriamente, no sólo a vuestras cuestiones, sino otras muchas que cada uno nos planteamos?

Se dice que Platón, príncipe de la filosofía antigua (aunque esta historia es más verosímil referida a Homero), no pudo contestar a una intrascendente pregunta que le hicieron unos marineros; ellos se burlaron larga y groseramente de él, y como era un hombre de naturaleza muy sensible, allí mismo exhaló su espíritu atravesado por la flecha envenenada de su confusión. Pues se avergonzaba, como si fuera un reproche a toda la Academia, de que hubiesen puesto en evidencia al príncipe de los filósofos de Grecia, como ignorante de una menudencia sin importancia.

Afirma Flaviano en el libro *De las tradiciones de los filósofos* que los discípulos de Jenofonte, por envidia de la gloria de Platón, inventaron descaradamente esta historia; pero la mayoría asegura —conforme a una sentencia de carácter numérico— que murió de buena gana al cumplir ese año más de edad que resulta de multiplicar nueve por nueve, pues más allá de esa edad la humanidad no consigue sino trabajos y dolor.

---

164 Cf. Is 14, 12-15. Este Lucero matutino, o Lucifer, que cae del cielo, es interpretado por los Padres como el príncipe de los demonios.

165 1 Tim 6, 16.

Confieso abiertamente que yo sé muy pocas cosas, y que las que ignoro son muchísimas; pero, desde luego, no reniego por vergüenza del don de la vida, como hizo Homero. Pues si no soy capaz de resolver la oposición que hay entre la Providencia y el libre albedrío, si no puedo conciliar el antagonismo entre el destino y la espontaneidad de la Naturaleza, ¿acaso por ello estas cosas son menos verdad? Del mismo modo que en el Derecho civil se trata a menudo al reo más bien indulgentemente, de manera similar en las investigaciones filosóficas, la mejor parte parece estar del lado del autor. Pienso que esto sucede por nuestra debilidad, pues el entendimiento falla en los primeros principios de las cosas. Entre estas cosas primordiales yo considero que están el conocimiento de la Providencia, las investigaciones sobre la materia y muchos artículos de nuestra fe.

Mientras te esfuerzas por resolver un solo enigma de los que plantea la cuestión de la Providencia, de éste surgen más y más cuestiones, como cuando se corta la cabeza de la Hidra, y si avanzamos por la espesa selva de la materia, nos ocurre algo parecido a los que sueñan: que nos quedamos a mitad de camino entre la realidad y la nada. En cuanto a las preguntas acerca del alma, el entendimiento nos opone la dificultad del pecado original. Si aceptas, finalmente, la trinidad de personas en la sustancia divina, a no ser por la fuerza de la fe, ¿cómo escaparás de los lazos de Arrio? Y si aceptas siempre una simple e indivisa sustancia divina, ¿cómo escaparás de las manos de Sabelio, si no es apoyado en la fe?

Sin embargo, estas cosas no son menos verdaderas por el hecho de que puedan impugnarse con muchas objeciones. Y aunque la Sabiduría de Dios se nos ha hecho visible por el misterio de la Encarnación, no por ello se hizo tan palpable a nuestro entendimiento que con ella podamos discurrir por todas partes, conociendo «la longitud, anchura, altura y profundidad» [166] de todas las cosas.

Si el camino de los astrólogos fuera plenamente laudable, no se habría arrepentido tan profundamente el gran Agustín de haberse inclinado a sus consultas. Además, aquel santísimo doctor Gregorio, que con la dulce lluvia de la predicación regó y embriagó a toda la Iglesia, no sólo alejó de la Corte a la astrología, sino que, como dijeron los antiguos, entregó al fuego, considerando despreciable su lectura

todos aquellos escritos que tenía Apolo Palatino [167].

---

[166] Ef 3, 18.
[167] Horacio, *Epístolas* I 3, 17.

Entre ellos, los principales eran aquellos en los que supuestamente se revelaban a los hombres los planes de los seres celestiales y sus intenciones.

¿Qué más? ¿No es bastante que la Iglesia católica y universal condene esta falsedad y castigue con penas legítimas a los que aún se jactan de ejercerla?

Pero, para que no parezca que en vez de perseguir nos hemos convertido en seguidores del error de esos partidarios de los planetas, dirijamos nuestro pensamiento hacia otros temas.

Los que se dejan esclavizar por esta curiosidad no pueden ser más veraces que lo que tienen de humildes y sobrios esos otros que buscan con afán «los primeros puestos en los banquetes» y comen todos los días espléndidamente [168]. Por último, yo he oído a bastantes de ellos y he conocido a muchos, pero no recuerdo a ninguno que permaneciese mucho tiempo en ese error sin que la mano del Señor ejerciese su apropiado castigo.

CAP. 27: *Sobre los adivinos, quirománticos y pitonisos; y sobre la caída de Saúl.*

¿Qué otra cosa puedo decir sobre los nigromantes, cuya impiedad, por la autoridad divina, ya por todas partes se ha desacreditado a sí misma, excepto afirmar que son dignos de muerte aquellos que intentan extraer de la muerte el conocimiento?

Pues en cuanto a los auspices *(auspicibus)*, augures *(auguribus)*, *salissatores*, hechiceros *(ariolis)*, pitonisos *(phitonicis)*, adivinos *(aruspicibus)* y otros cuya enumeración [169] es tediosa, resulta superfluo exponer un discurso más extenso, puesto que ya ninguno de ellos aparece a la luz pública, sino que, si es que existe alguno, realizan sus «obras de las tinieblas» [170] en escondrijos. Sin embargo, debido a ciertas razones, se deben tocar algunos puntos relativos a ellos hasta un determinado nivel.

Pues, aunque estén ocultos, aún permanecen los adivinos con toda su maldad. Se ha dicho más arriba que éstos, en parte, hacen sus presagios sobre las vísceras de los animales. Se considera con

---

168 Alusiones a Mt 23, 6 y Lc 16, 19.

169 Cf. en *Policraticus* I 12 la descripción de los diversos tipos de magia y adivinación.

170 Rom 13, 12.

el nombre de vísceras todo lo que se contiene cubierto con la piel. Por ende, es claro que también los que vaticinan sobre las paletillas de los carneros o sobre los huesos de cualquier animal deben ser considerados conjuntamente con ellos.

Los quirománticos se glorían también de descifrar las verdades que se ocultan en los pliegues de las manos. Su error, dado que no se apoyan en la razón, es innecesario abordarlo con razonamientos, aunque, precisamente por ello, la razón los derribe, puesto que carecen de ella.

Sin embargo, una cosa te pregunto apremiantemente, si me quieres oír con paciencia. Ya que no dudo que te son conocidos, ¿qué respondieron estos charlatanes cuando se les preguntó sobre cuestiones dudosas? Cuando se tuvo que mandar una expedición real [171] contra los bretones de las montañas nevadas, ¿de qué te advirtió el adivino que fue consultado? Aunque no se le debió preguntar un secreto de la verdad a él que, a causa del deseo de agrado propio de los centinelas, debía ser más bien tenido como un proclamador de falsedades, que como un intérprete de una verdad oculta. Porque, en el pueblo, cuando alguno tiene grabada a fuego la marca de embustero, se suele decir que es más mentiroso que un centinela. Otra pregunta parecida: ¿qué respondió el quiromántico que también fue llamado y consultado? Pues en aquella circunstancia fue consultado uno y otro, sea quien fuera quien acertara de ellos. Lo que ciertamente ocurrió es que, pasados unos días, tú, sin previo aviso, perdiste a aquel que era como la estrella matutina de tu linaje. Lo demás, que conoces mejor que yo, me lo callo a sabiendas: pero ésos, por su vaciedad, merecen no ser consultados más.

En cuanto a las consultas a los pitonisos, ellas son tanto más dañinas cuanto que en ellos es más evidente la falacia de los espíritus malignos, los cuales, tanto si mienten como si no, siempre pretenden hacer daño. Pero a veces se engañan en su afán de engañar, a veces son presa del error de su propia ceguera; sin embargo, lo que siempre procuran es aparecer en todo como conocedores del futuro. De ahí que se afanen en oscurecer los oráculos en una ambigüedad de palabras, de tal manera que, aunque se les descubra como falsos y falaces, puedan tapar, con algún recurso ingenioso, su propio falacia. Así, pues, a ellos no les preocupa engañar con tal de mandar a la perdición a sus consultores.

---

[171] Enrique II invadió el norte de Gales en 1157.

Pues ¿a quién en la Historia le han sido útiles los presagios de los vates? ¿A Creso, a Pirro, o a alguno de los que les precedieron o siguieron? El jefe tebano [172], mientras esperaba del oráculo la victoria, fue atravesado por la espada de su hermano. Sin embargo, su abuelo Layo pareció prometerle éxitos en la guerra. Pues ¿qué otra cosa podía significar lo que le dijo después de muchos rodeos:

Cierta es la victoria para Tebas? [173].

Por lo demás, para evitar que se le acusara de falsedad, una vez muerto el jefe, y para ofrecer una mentira con una ambigua pincelada de verdad, añadió a fin de proteger su malicia:

¡Ay de mí! Tu padre vence por la espada [174].

Y así, mientras le incita con seguridad al parricidio, como si ésa fuese la decisión de los hados, le arrastra a su ruina con el lazo de la impiedad. Satisface también los deseos parricidas del padre, ya que los impíos hermanos, a los que él había pedido que destruyeran por la espada la armonía de la familia, se mataron entre sí, muriendo cada uno por la mano armada de su propio hermano.

Creso, fiándose de los oráculos, confió en que le serían ofrecidos enormes reinos si cruzaba el río Alis. Pero como los acontecimientos ocurrieron justamente al contrario, el falaz Apolo se libró de ser tomado por un mentiroso por la ambigüedad que había en una sola palabra.

¿Y sobre Pirro? Habiendo vencido a los romanos, a los cuales derrotó a menudo en campo abierto gracias a su valor, se prometía a sí mismo el Imperio, gracias al favor de Febo [175]; pero, al ser irreparablemente derrotado, se imputó la culpa a sí mismo, por no haber comprendido con agudeza la anfibología del oráculo.

Pasemos a ejemplos más conocidos. Cuando el mundo se conmovía por el extraordinario y singular azote de la guerra civil, Apio, siguiendo los consejos de Febo, buscaba el descanso en el golfo de Eubea, pero lo que encontró fue la muerte. Este oráculo, en versión de Lucano, es muy célebre:

---

172 Edipo.
173 Estacio, o. c. IV 641.
174 Ib. 644.
175 Es decir, engañado por el oráculo de Apolo.

Ingentes amenazas de guerras rehúyes, oh romano,
lejos de tan gran peligro, y sólo obtendrás el descanso
en el centro del valle eubeico [176].

Pero para evitar que esa nota de falsedad se atribuya a las historias y no a los mismos oráculos, discutamos sobre la historia canónica [177], a la cual se adhiere inconmoviblemente nuestra fe.

Saúl, convertido de príncipe en tirano, al ser abandonado por el Señor debido a los delitos que cometió, levantó bajo su mando un ejército hostil al pueblo del Señor, y, angustiado por la mala marcha de sus asuntos, buscaba una solución: «Consultó al Señor, y Este no le respondió ni por medio de sueños, ni por los sacerdotes, ni por los profetas» [178].

Esto, sin embargo, se lo había denunciado antes Samuel: que el señor se había arrepentido de haberlo hecho rey, ya que había incumplido la palabra del Señor. Pues, seducido por la avaricia, perdonó al gordísimo rey Agag y respetó sus ricos rebaños de ovejas y reses, sus vestidos, sus carneros y todo lo que es bueno a los ojos del pueblo. En cambio, todo lo que era vil y sin valor fue destruido según el mandato del Señor. Y aunque a ningún general le es concedida la victoria si no es de la mano del Señor de los ejércitos, Saúl, sin atribuirle la gloria al autor de estos beneficios, se jactaba de su poder ante el pueblo por este don recibido. Pues así está escrito: «La palabra de Dios descendió a Samuel: "Me arrepiento de haber hecho rey a Saúl, porque me ha abandonado y no ha obedecido mis palabras con sus obras". Se entristeció Samuel y estuvo clamando al Señor toda la noche. Y cuando se levantó de madrugada para ir a Saúl, se le anunció, ya por la mañana, que éste había venido al Carmelo, que había erigido un monumento, y que, al regresar, había cruzado y descendido hacia Gálgata» [179].

Más tarde, Saúl, frente a las increpaciones de Samuel, prefirió excusarse del delito de desobediencia con pretexto de religiosidad, en vez de expiar su pecado con la penitencia, que es la segunda tabla de salvación que le queda al pecador después del naufragio. Pues dijo: «Yo he obedecido la voz del Señor y he recorrido el camino por donde El me envió; pues traigo aquí a Agag, rey de Amalec, y he exterminado a los amalecitas. Pero el pueblo ha traído

---

176 Lucano, o. c. V 194-196.
177 Es decir, la contenida en los libros canónicos de la Sagrada Escritura.
178 1 Sm 28, 6.
179 Ib. 15, 10-12. Cf. también 15, 1-9.

ovejas y bueyes del botín, las primicias de lo que fue destruido, para hacer un sacrificio en Gálgata al Señor Dios» [180].

He aquí cómo se excusa, y la responsabilidad que le afecta a él, la atenúa o se la achaca al pueblo. Le dijo, pues, Samuel: «¿Acaso quiere el Señor holocaustos y sacrificios en vez de que se obedezcan sus palabras? Pues es mejor la obediencia que las víctimas, y la docilidad vale más que la grasa de los carneros. Puesto que desobedecer es como un pecado de magia y no querer amoldarse a su palabra es como un pecado de idolatría. Por haber rechazado la palabra del Señor, el Señor te rechaza a ti para que no seas rey» [181].

Yo creo que les ocurre algo similar a todos los que, establecidos en una alta dignidad, van en pos de sus caprichos y ejercen su autoridad y su poder, pavoneando su arrogancia por encima de sus súbditos, dando por lícito todo lo que les gusta, como si sus cervices no estuvieran sometidas al yugo de la divina ley y el deber de cumplir la justicia divina no les obligara a ellos.

Pero incluso habiendo llegado la amenaza divina a un punto tan álgido, ¿acaso crees que entonces fue refrenada la dureza de su obstinado corazón, así como su soberbia, a la que vivamente había alimentado en su pecho con la iniquidad de la tiranía? De ninguna manera. Pues «dijo Saúl a Samuel: "He pecado, pues he incumplido la voluntad del Señor y tus palabras, temiendo al pueblo y obedeciendo su voz. Pero ahora perdona, te lo ruego, mi pecado y vuélvete conmigo a adorar al Señor." Y dijo Samuel: "No volveré, pues que rechazaste la voluntad del Señor y El te ha rechazado a ti como rey de Israel"» [182].

¿Ves qué difícil es que la maldad, cuando se alimenta de la soberbia, pueda curarse con palabras y amonestaciones? Dijo: «He pecado temiendo al pueblo y obedeciendo su voz»; con esas palabras, ¿acaso no está reconociendo de tal forma su culpa, que más bien está involucrando a otros, a los que si fuese un buen rey debería excusar, en vez de disculparse él mismo?

¿Había oído él que Moisés hubiese hecho eso cuando la cólera de Dios se había encendido contra el pueblo, y el Señor le había dicho: «Dejo que mi ira se encienda contra el pueblo y los destruya y de ti haga surgir un gran pueblo»? [183]. ¿Qué hizo entonces el caudillo y príncipe leal, nombrado por el Señor con su beneplá-

---

180 Ib. 15, 20-21.
181 Ib. 15, 22-23.
182 Ib. 15, 24-26.
183 Ex 32, 10.

cito? Dijo: «O perdónales este castigo, o bórrame de tu libro» [184]. ¿Acaso buscaba la propia gloria demostrando tan gran amor? Pues este príncipe moderado, padre piadoso, orador elocuente, poderoso en obras y palabras [185], caudillo que marchaba el primero en la justicia de los mandamientos divinos, dijo: «Los egipcios dirán que el Señor los ha sacado de Egipto para destruirlos en el desierto» [186]. De este modo, por tanto, anteponía la gloria del Señor a su propio perjuicio y se entregaba con su caudillaje a la liberación de su pueblo.

También David había provocado la ira del Señor con su pecado, y el pueblo, que le estaba sometido, estaba soportando el castigo por el delito de su rey [187]. Vio David al ángel del Señor hiriendo al pueblo, y derramó, por ello, súplicas desde lo profundo de su ser, y clamó: «Yo soy el que ha pecado y el que ha obrado inicuamente; éstos, que son ovejas, ¿qué han hecho?» [188]. Este es un rey verdadero y un príncipe justo y digno de aplacar la ira del Altísimo; él que, en beneficio de su pueblo, se opuso a Dios que lo estaba castigando y apartó el azote de su indignación.

Pues a El ninguna excusa le hace ceder, excepto cuando uno se acusa juzgándose a sí mismo; nada le mueve al perdón, excepto cuando el culpable muestra desnudo su delito; nada le lleva a la misericordia, excepto cuando el ánimo, encendido por la caridad, queda contrito de manera absoluta; nada le persuade de que hay que perdonar, excepto cuando la mente mueve las conductas a que ofrezcan una satisfacción. Pues incluso si alguno reconoce su delito, es inútil la confesión, a no ser que corra hacia el perdón con ánimo de satisfacer.

«He pecado —dijo Judas— entregando sangre inocente» [189]. Fue, ciertamente, una confesión plenamente verdadera, pero inútil, pues corrió a la horca que merecía, en vez de correr a la fuente de la misericordia que no merecía, y que además había cerrado con la dureza de su obstinación. Sin embargo, él se arrepintió de hacer lo que hizo, pero no con ese sentimiento de devoción que hubiese bastado para ablandar la «piedra del auxilio» [190]. Llevado por el arrepentimiento, se colgó de una soga. Así, pues, puso fin a su vida con un suplicio debido, pero, como no corrigió su maldad, no

184 Cf. ib. 32, 31-32.
185 Cf. Lc 24, 19.
186 Cf. Ex 32, 12.
187 Cf. 2 Sm 24.
188 Ib. 24, 17.
189 Mt 24, 4.
190 1 Sm 7, 12.

se procuró el perdón con ningún remedio de salvación. Pues está escrito que hasta en los infiernos existe el aguijón del arrepentimiento, aunque no hay corrección posible en voluntades ya depravadas [191].

Así, Saúl se afana, sin duda, en imponer su pecado sobre hombros ajenos y mientras aparenta que quiere librarse de la pena por medio de sus súplicas a Samuel, se va cargando más pesadamente y envolviendo a sí mismo con lazos más firmes hasta encadenarse a la irreparable sentencia de la condenación.

Continúa la historia: «Y se volvió Samuel para marcharse, pero él lo agarró por la orla de su manto, que se desgajó. Y le dijo Samuel: "El señor ha desgajado en ti el reino de Israel y lo ha entregado a otro mejor que tú. En adelante, el triunfador en Israel no te perdona y no se moverá al arrepentimiento, pues El no es un hombre para tener arrepentimientos." Pero él dijo: "He pecado, pero ahora hónrame delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel y vuélvete conmigo para adorar al Señor tu Dios"» [192].

He aquí con cuánta locura y arrogancia oyó que el Señor lo había derribado y, sin embargo, casi contra la voluntad de Dios, luchaba por ser rey. No tiene duda de que el reino de Dios ha sido entregado a uno mejor, pero, privado por una irrevocable sentencia, usurpa fraudulentamente la gloria del reino. Así se precipita mientras intenta ascender a lo que le está prohibido, y se va haciendo a sí mismo cada vez peor, mientras intenta prevalecer frente al que, en realidad, es mejor que él, y contrariamente al propósito del Señor.

Reconoce, ciertamente, su delito, pero no se digna soportar su castigo; esto es lo que dice: «He pecado, pero ahora hónrame.» Como si dijera: «Aunque por mi delito de soberbia, por mi altanería y por mi indolencia de tirano haya sido destronado justamente y merezca ser condenado, sin embargo, que tu paciencia me rinda homenaje ante la presencia de esos que no conocen el plan del Señor. Regresa, pues, conmigo para que camine honrado por tu beneplácito y escoltado por tan digna compañía; y al mostrarme venerable por la autoridad que me acompaña, adore al Señor tu Dios, al cual no me atrevo ya a llamarlo mío, pues me alejé de El por mi desobediencia y todavía, por mi contumacia, sigo alejado.»

---

191 Cf. Mc 9, 43.
192 1 Sm 15, 27-30.

Pues era tal su altanería, que no sólo se había antepuesto al hombre, sino que en cierto modo quería prevalecer ante Dios con la osadía de su impiedad. Pues tendía ocultas insidias al que Dios había preferido, con una envidia tanto más cruel, cuanto mayor favor divino veía que se le había concedido, practicando un odio tan manifiesto como inicuo, y cuanto más claramente el Señor ensalzaba a su rival, tanto más ansiosamente intentaba rebajarlo y eliminarlo: se alzaba contra el mismo Dios, mientras intentaba arrebatar y usurpar los derechos al trono.

Fue, por consiguiente, merecedor de que el Espíritu del Señor no permaneciera en él, cuyo corazón se había convertido no ya en la morada de una enorme maldad, sino incluso en el fundamento de la misma. Así, un espíritu malvado, enviado por el Señor, lo estuvo inquietando, y, desde entonces, las fuerzas de su reino comenzaron a retroceder, a fallar por días y a disminuir. Empeoraba el estado del pueblo, las victorias de los enemigos se hicieron más constantes, importantes y afamadas, lo cual quebró hondamente los ánimos, tanto del rey como del pueblo.

El, sin embargo, había arrojado de las fronteras del reino a aquel a quien el Señor había asegurado ese reino. ¿Y qué decisión tomó finalmente? No, desde luego, entregar el cetro al mejor para cumplir así la decisión divina que se le había comunicado y para hacer una penitencia fructífera de su vida pasada. Sino que el que había alzado contra el Señor el pie de su soberbia condujo al pueblo a los montes de Gelboé para el combate, donde había de ser castigado y muerto. Tuvo que morir en una montaña quien sólo miró en sí mismo cosas elevadas.

Así, pues, como la misma verdad lo había abandonado, este falso y malvado príncipe huyó a la fuente de la mentira. Y así les dijo a sus siervos: «Buscadme una mujer pitonisa, iré a ella y, por ella, quedaré enterado» [193]. ¿Qué otra cosa podría haber dicho un pagano que además fuese un malvado? ¿Acaso no es lo mismo que si dijera:

> Si no puedo hacer ceder a los cielos, moveré el Aqueronte? [194].

O bien, con palabras más claras y una maldad más enfermiza: «Si Dios me priva del conocimiento de la verdad, ya la conoceré contra su voluntad por medio del padre de la mentira, y, aunque no quie-

---

[193] Ib. 28, 7.
[194] Virgilio, *Eneida* VII 312.

ra, exploraré lo secreto de sus planes por medio de las potestades enemigas.

Y le dijeron sus siervos: «En Endor hay una mujer pitonisa» [195]. Porque era indigno de recibir el consejo de un varón aquel a quien la desesperación había quebrantado tanto, que se veía forzado a suplicar a criaturas tan pequeñas y débiles ayuda para proteger —frente a la omnipotencia divina— el reino que le estaba quitando el Señor.

«Así, pues, cambió su indumentaria y se puso otras vestiduras; marchó con dos hombres y llegaron a la mujer de noche» [196]. Rectamente ocurrió todo esto, pues el Espíritu Santo es recto incluso entre los perversos: debió despojarse de las vestiduras regias el que había tomado el infausto camino de servir a los demonios en vez de servir a Dios; el que se había despojado del vestido de la inocencia, el que se había quitado el traje de la justicia, no mereció ser ceñido con las vestiduras del honor y la gloria. Y «marchó»; ciertamente detrás de aquel que «no permaneció en la verdad» [197]. «Y, con él, dos hombres», ciertamente unos hombres llenos y dignos de ignominia, que fueron capaces de seguir a su amo hasta tan gran perfidia, sin que su fe pusiera ningún obstáculo. Apropiadamente marchó el rey en compañía de dos hombres, ya que se estaba apartando de la verdadera y suprema unidad. «Y llegaron a la mujer de noche», es decir, en el tiempo verdaderamente adecuado para tratar con el Príncipe de las tinieblas sobre asuntos como muertes de reyes, ruinas que amenazan al pueblo y desgracias públicas. Así, también se dice que Salomón recibió su sabiduría de noche, el mismo que luego había de apartarse del Señor seducido y corrompido por el amor de las mujeres [198]. También Pedro, cuando, despojado de la llama de la fe, se calentaba de noche junto a las brasas, cayó en la maldad y una maldad singular por su pecado de perjurio [199]. También los otros discípulos, abatidos por el miedo, huyeron cuando era de noche [200].

Y dijo Saúl a la mujer (pues el espíritu sibilino entra más a menudo en las mujeres): «Predíceme por Pitón y preséntame a quien yo te voy a decir» [201].

Lee los libros, repasa la Historia, analiza todos los rincones de

---

195 1 Sm 28, 7.
196 Ib. 28, 8.
197 Jn 8, 44.
198 Cf. 1 Re 3, 5 ss; 11, 1-13.
199 Cf. Mt 26, 30-34, 69-75; y lugares paralelos de Mc, Lc y Jn.
200 Cf. ib. 26, 56; Mc 14, 50.
201 1 Sm 28, 8.

las Escrituras: prácticamente en ninguna parte encontrarás que la adivinación sea considerada como una cosa buena. Por ello, la Escritura a los profetas réprobos los llama adivinadores en vez de profetas; tales fueron los profetas de Acab, quienes seducían a éste con varios trucos mientras el Señor lo permitía, por ser eso lo que se merecía [202]. Finalmente, según el mandato del Señor, salió el espíritu mentiroso y tomó forma en las bocas de los profetas de Acab para prometer a éste éxito cuando iba a subir a Ramot de Galaad. Sólo Miquieas Morastita [203] clamó en contra, pues, conocedor de la voluntad divina, había prevenido a los israelitas de que los había visto a la desbandada por entre los montes. Mas Acab estaba cebado por el pronóstico de aquel que le había dicho tomando unos cuernos de hierro: «Con estos cuernos aventarás a Siria.»

Además, la adivinación apenas se ejercía sin beneficio económico, pues se practica a impulso del espíritu de la avaricia y la maldad. De ahí que el Espíritu Santo amenace a Jerusalén con su ruina: «Tus caudillos hacían justicia por regalos, tus sacerdotes enseñaban por recompensas y tus profetas predecían por dinero; además, se apoyaban en el Señor diciendo: "¿No está el Señor con nosotros? No nos sobrevendrán males de ningún tipo." Por lo cual dice el señor: "Sión será arada como un campo y Jerusalén será como cabaña de hortelano"» [204]. Por tanto, los que adivinaban por dinero, aunque usurpan el nombre de profetas, a menudo eran embusteros, siempre engañosos, ajenos a la virtud y a la verdad de la auténtica profecía.

Dijo: «por Pitón», casi como si dijera: «Como el Espíritu del Señor me abandonó, que el espíritu pitónico me guíe.»

«Hazme presente a quien yo te voy a decir.» Verdaderamente una falacia empuja a otra falacia. El rey se había entregado a su réprobo sentir y estaba persuadido de que Pitón era dueño del conocimiento, sabedor de lo futuro, conocedor del arcano consejo, intérprete de la verdad; creía, además, que el mismo Pitón tenía tanto poder que hasta podía levantar a los muertos; y tanta bondad que, en los problemas más extraños y difíciles, beneficiaría siempre a sus amigos.

Sin duda, se había borrado de su memoria, o lo recordaba inútilmente, el cántico de la fiel Ana: que «el Señor es quien da la

---

[202] Cf. 1 Re 22.

[203] El autor confunde al profeta Miqueas, del que se habla aquí, en 1 Re 22, 8-9.13-28, con el profeta del mismo nombre, Miqueas de Moréset (cf. Miq 1, 1), uno de los doce profetas menores, que vivió siglo y medio más tarde.

[204] Miq 3, 11-12; Sal 79, 1.

muerte y la vida, quien manda a los infiernos y hace salir, hace pobre y enriquece, humilla y ensalza, y (aquello que Saúl había visto cumplido en sí mismo) saca del polvo al pobre para que se siente con los príncipes y posea un trono de gloria»[205]. Y el que hace esto es sin duda «el Señor de la Sabiduría»[206].

Y le dijo la mujer: «Tú sabes bien lo que ha hecho Saúl, y cómo ha extirpado de la tierra a magos y adivinos; ¿por qué, pues, acechas mi vida para matarme? Saúl juró por el Señor diciéndole: "Vive Dios que no te ocurrirá ningún mal por esto"»[207]. Es realmente cierto que quien anda entre inmundicias se hace más y más inmundo[208], y aquel a quien la gracia ha abandonado, se va haciendo cada vez peor[209]. La pitonisa, consciente de su sacrilegio, se llenó de temor, mientras que el poder (establecido por Dios para reprimir los sacrilegios, aunque a veces actúe con timidez, cuando se trata de negocios públicos o guerras del Señor) presta audacia a los idólatras y pone la autoridad regia al servicio de esos sacrílegos.

Dice el Señor: «No permitas que adivinos y magos vivan»[210]. Pero éste, a quien va dirigida la palabra de Dios, y que lleva la espada para castigar a los malhechores y premiar a los hombres honrados[211], no sólo les da seguridad a los adivinos, sino que les confirma su benevolente aprobación con un juramento religioso. Y ocurrió que así aprendió para su mal lo intrincados que son los nervios de los testículos del Leviatán, cuando, con su propia forma de actuar, se tendió a sí mismo una trampa, de la cual no salió sin pérdida de su salvación.

Ahora ya está cogido y le amenazan, por así decirlo, los cuernos de este dilema: si perdona a la pitonisa, viola el mandato del Señor, que le urgía a erradicar todos los maleficios de la tierra; si no la perdona, viola su solemne juramento. Adondequiera que se vuelva, ya es un impío, se ha enredado en sus propias obras[212].

Le dijo, por tanto, la mujer: «¿A quién debo evocar?» El contestó: «A Samuel»[213].

---

205 1 Sm 2, 6-8.
206 Ib. 2, 3.
207 Ib. 28, 9-10.
208 Cf. Ap 22, 11.
209 Cf. Mt 31, 54; Lc 11, 26.
210 Cf. Ex 22, 18; 2 Sm 28, 39.
211 Cf. Rom 13, 4.
212 Cf. Sal 9, 17.
213 1 Sm 28, 11.

Hay una sola fe para todos los tiempos: que Dios existe, que es justo y bueno, que premia a los que creen en El y que responde con justicia a todos según sus méritos [214]. Antes de la ley, bajo la ley y bajo la gracia, a ninguno que fuera rectamente sabio le ha venido duda alguna sobre esto. Sin esta fe, nadie ha entrado nunca en la salvación. Pero quien se equivoca en cosas menudas, poco a poco va cayendo en cosas más importantes. Así, éste fue al principio negligente, luego desobediente, después contumaz, a partir de ahí, obstinado y, por último, cayó en tal ceguera, que ni siquiera el artículo de fe del que hemos hablado pudo mantenerse incólume.

El no creyó que Dios fuera plenamente justo, pues opinaba que a los espíritus malignos les estaba concedido este poder, incluso sobre los santos, después de su muerte. Pues sabía que Samuel, que era santo, no había transigido con pitonisas mientras vivió, ni tuvo trato de familiaridad de ningún tipo con ellas. Pero ahora espera y pide que se haga presente bajo el poder de Pitón. Quiere obligarle, ya difunto, a lo que no pudo obligarle vivo. El, mientras estuvo vivo, no quiso decirle al rey sino lo que Dios le inspiraba que debía decirle.

«Cuando la mujer vio a Samuel, clamó con gran voz y le dijo a Saúl: "¿Por qué me has engañado? Tú eres Saúl"» [215]. Ciertamente se consideró engañada y atemorizada, a pesar de habérsele ya antes dado juramento, al conocer la identidad del príncipe.

«Y el rey le dijo: "No temas; ¿qué has visto?" Contestó la mujer a Saúl: «He visto dioses que ascendían desde la tierra"» [216]. La respuesta de la mujer, ya desde el principio, habría horrorizado a cualquier hombre con un poco de fe. Pues admitió pluralidad de dioses y afirmó que su morada estaba bajo tierra y en las tinieblas.

«Le dijo, pues, Saúl: "¿Qué forma tiene?" Ella dijo: "Un viejo asciende y va envuelto en un manto." Saúl comprendió que era Samuel, e, inclinando su rostro a tierra, lo adoró"» [217]. Afanosamente quería ver la forma con que aparecía, quizá llevado por el error de los paganos, que creen que en los infiernos cada uno conserva la forma de vestir y actuar, por la que se les conocía cuando estaban vivos. De ahí aquello de que:

---

[214] Cf. Heb 11, 6.
[215] 1 Sm 28, 12.
[216] Ib. 28, 13.
[217] Ib. 28, 14.

> La afición que aquellos hombres tenían cuando vivían
> por los carros y las armas, y el afán por criar lozanos corceles,
> con ellos permanece en lo hondo de la tierra[218].

¿Acaso podría ser aún mayor la gloria de aquel santo varón, o cambiar de aspecto después de la muerte?

Previsora y fielmente, no dice la Escritura que Samuel se apareciera realmente por mandato de Pitón; sólo expresa prudentemente la ceguera de una impía imaginación. Pues dice: al oír la forma y el vestido del varón, «comprendió Saúl que era Samuel». Lo entendió, así, pero equivocándose; lo cual se prueba por lo que sigue: «Inclinándose, se postró.» Si fuera Samuel, no habría permitido de ningún modo que un hombre lo adorara, ya que, de acuerdo con la ley, él había creído y enseñado que sólo el Señor Dios debe ser adorado. Además, las almas de los santos están libres del poder de los espíritus malignos. Finalmente, tampoco él habría fomentado el error de un hombre engañado, como se deduce que hizo por lo que después añade.

«Dijo Samuel a Saúl: "¿Por qué me has molestado haciéndome aparecer?"»[219]. Este es un típico engaño de los malos espíritus: aquello que ellos hacen con todo gusto e inducen a los hombres a hacer, eso mismo simulan cuidadosamenten que lo hacen contra su voluntad. Simulan ser coaccionados y fingen que se aparecen a fuerza de exorcismos. Para no levantar sospechas, componen exorcismos que parecen concebidos en el nombre del Señor, o en la fe en la Trinidad, la Encarnación y el poder de la Pasión; comunican tales exorcismos a los hombres, se someten a las órdenes de los que los ejercitan hasta que los implican con ellos en el pecado de sacrilegio y en la pena de condenación.

A veces se transfiguran también en ángeles de luz[220], mandan sólo cosas honestas, prohíben lo ilícito, buscan la pureza, se ocupan en cosas útiles. Y todo ello, para ser admitidos más familiarmente como buenos y propicios, para que los escuchen más benignamente, para que los estimen y les obedezcan más fácilmente. Adoptan también la apariencia de personajes venerables para que se les conceda una mayor y más servil reverencia.

«Y dijo Saúl: "Estoy muy angustiado, porque los filisteos luchan contra mí, y Dios me ha abandonado y no quiere escucharme ni por el poder de los profetas ni por sueños. Te llamé, por tanto,

---

218 Virgilio, *Eneida* VI 653-655.
219 1 Sm 28, 15.
220 Cf. 2 Cor 9, 14.

para que me dijeras qué tenía que hacer"»[221]. Como si abiertamente dijera: «"He sido arrojado en el abismo de la desesperación; me combaten los hombres, me abandona Dios, y yo me refugio en ti, que, en realidad, eres enemigo de unos y otros, para que, como un maestro, me instruyas a mí, que soy tu discípulo, sobre qué me conviene hacer en medio de esta angustia".»

Pues aunque creía que aquel a quien hablaba era Samuel, en verdad era el ángel de Satán. La ignorancia no pudo excusarle, puesto que nadie puede ignorar que la creatura que desee ser adorada es un infiel de voluntad perversa. Sabía también que era ilícito consultar a magos y adivinos, y preguntar a Pitón sobre el porvenir. Porque si a él le excusara el hecho de no saber quién era en realidad este personaje, los necios estarían en mejor condición que los entendidos, y los perversos mejor que los justos.

«Y dijo Samuel (no el verdadero, sino el fantasmagórico y ficticio, del cual era digno el impío y réprobo consultante): "¿Por qué me preguntas, si el Señor te ha abandonado y se ha pasado a tu rival?"»[222]. El comienzo de la respuesta es de acuerdo a la fe y acomodado a la razón, pues ¿qué le puede dar una criatura a aquel a quien Dios ha abandonado, y al que le ha arrebatado hasta los despojos?

Mas, poco a poco, el enemigo de la fe lo va seduciendo a lo que le es propio, mezclando lo falso con lo verdadero y ocultando sus mentiras con apariencia de verdad. Pues continúa: «El Señor te cumplirá lo que te dijo por medio de mí; separará el reino de tu mano y lo dará a tu prójimo David, porque no obedeciste la voz del Señor, ni consumaste el furor de su ira contra Amalec. Por eso, lo que padeces, lo hizo hoy el Señor, y, juntamente contigo, el Señor entregará también a Israel en manos de los filisteos. Así, pues, tú y tus hijos estaréis mañana conmigo. Pero el Señor entregará el campamento de Israel a los filisteos»[223].

Ciertamente el infiel expuso con fidelidad el resultado de la guerra, pero, con los lazos de sus palabras, engañó traicioneramente a esa alma infiel e infeliz. Pues confirmó el error de quien ya iba extraviado y le prometió el descanso después de la muerte sin ninguna penitencia. Cuando dice: «El Señor cumplirá lo que habló por mí», sin duda se hacía pasar por Samuel, por medio del cual el Señor comunicó a Saúl lo que le denunciaba. Cuando añadió: «Mañana tú y tus hijos estaréis conmigo», dice la verdad, pero lo

[221] 1 Sm 28, 15.
[222] Ib. 28, 16.
[223] Ib. 28, 17-19.

dice con intención fraudulenta. Pues al día siguiente, por desesperación, se habría de quitar la vida y pasaría a los infiernos para tener parte con aquel a quien, por la obstinación de su mente, su avaricia y su soberbia, había seguido. La aparición lo halaga engañosamente, infundiéndole la esperanza del descanso, suplantando, en el gesto y en la palabra, a Samuel, al cual sí le dio Dios un trono de descanso «entre aquellos que invocan su nombre» [224].

¿Qué provecho obtuvo Saúl de la respuesta de Samuel, o más bien, de Pitón? Si no hubiera sido avisado, tal vez hubiera podido esperar algo mejor; por lo menos, esperar a que lo atravesase la espada de otro. Pero, cerciorado por un inconsistente oráculo, se arrojó, estando en las últimas, sobre su propia espada, cuidando así de su gloria. Habiendo podido haber muerto valientemente en la guerra, tuvo miedo del hálito de sus palabras y admitió la muerte del cuerpo y del alma, por consejo de su ánimo enfermo y postrado.

Que los gentiles se gloríen por su valentía, que sus escritores proclamen cada cual su opinión mientras exaltan los títulos de honor de sus héroes y pregonan el valor de estos autores; que Vulteyo arme las manos y las voluntades de sus compañeros para una muerte voluntaria; que Cleopatra tome por sus pechos, hasta llegarle al corazón, el veneno incurable de la víbora; que Lucrecia condene la deshonestidad ajena con el derramamiento de su propia sangre. Yo pienso que en ningún caso le es lícito a un hombre, por su propia autoridad, darse muerte, ni siquiera aunque corra peligro su castidad. Aunque este caso parece que lo excluye aquel doctor de los doctores al que casi me atrevo a calificar como el sagrario de las letras [225]. Esta muerte es absolutamente propia de desesperados y de aquellos que, aunque vivan en el cuerpo, ya están muertos de antemano con la muerte del alma y, en su espíritu, ya dejaron de vivir. Así, ésa no es la muerte de los vivos, sino la muerte de los ya muertos.

Repasa la serie de los reyes infieles: Jeroboán, Acab, Jezabel, Nabucodonosor, Senaquerib y otros, cuyos errores no puedo relatar ahora. ¿Qué consiguieron de sus adivinos? Estos, para agradar a sus reyes, sólo tenían visiones de falsedades y tonterías en vez de denunciar sus iniquidades para inducirlos a la penitencia. Todos se perdieron por seguir al Príncipe de las tinieblas, y por querer

---

[224] Sal 98, 6.
[225] Se refiere a Jerónimo. Cf. *In Ionam*, 1, 12 (Migne, PL 25, 1129).

saber lo que no es lícito, o saberlo de forma no lícita, todos fueron reducidos a la perdición y a la nada. He considerado a los reyes de Israel junto con los infieles, pues así como los de Judá fueron unos justos y otros malvados, en Israel todos fueron condenables.

«Deja que busquen los arcanos de Dios y la naturaleza del cielo» [226], dice Catón, ya que Dios es poderoso para dar cumplimiento a lo que dispuso y estableció para ti, muy por encima de tus afanes. De manera egregia lo expuso aquel autor:

> Cree siempre que ha amanecido el día supremo;
> una dulce hora llegará a ti sin esperarla [227].

La verdad es, pues, fiel a sí misma, y no puede contradecirse, aunque saliera de la misma casa de la mentira; así como la limpieza, mientras es tal limpieza, no puede contaminarse con manchas de suciedad. Esta misma verdad revela que no se debe temer a la muerte y nos manda prepararnos a recibirla en cualquier momento, de manera que cuanto menos vida calculemos que nos resta, con tanto mayor afán hay que dedicarse a cultivar la virtud.

Porque la muerte es una secuela necesaria de la naturaleza corrompida. La corrupción es el origen de la muerte; evita la corrupción, busca la integridad de la pureza y de la virtud, y habrás entrado en el camino que conduce a la inmortalidad y alcanzarás una prenda de tu carácter divino. ¿Alcanzarás o recibirás? Para hablar con propiedad, diremos ambas cosas: recibirás y alcanzarás; porque «no se trata de querer o de correr, sino de que Dios tenga misericordia» [228].

¿Quién sabe cuándo vendrá, «si al atardecer, a la medianoche, al canto del gallo o de madrugada»? [229]. Como dijo aquél: «Nada es más cierto que la muerte, nada más incierto que su hora; pero a ella no hay que temerla como algo malo, sino recibirla con agradecimiento, cuando venga, como el fin de los males».

Sólo hay una cosa que debe ser rechazada con todas las fuerzas de la mente y del cuerpo. ¿Qué es? La impureza y toda clase de deshonestidad. Pues estos pecados hacen que la muerte no sea el término de todos los males, sino el puente que une los males que la preceden con los males que la siguen. Para huir de ella,

---

226 Catón, o. c. II 2.
227 Horacio, *Epístolas* I 4, 13-14.
228 Rom 9, 16.
229 Mc 13, 35.

no es necesaria la consulta a adivinos y pitonisas; es más seguro y útil consultar nuestra razón.

Catón, en Libia, estaba cercado por la angustia de una extraña dificultad, pero no se dignó consultar a Júpiter Hamón, pensando que le bastaba la razón para darse cuenta de que tenía que conservar la libertad y evitar, no sólo el yugo de la tiranía de César, sino toda apariencia de vileza. Aunque se equivocó en arrancarse por su propia voluntad el don de la vida, lo cual, no sólo en el derecho de los creyentes, sino también en las leyes de los infieles y en los escritos de los sabios consta que es algo prohibido.

Pitágoras, príncipe de la filosofía antigua, y Plotino, no son tanto los autores cuanto incluso los heraldos de esta prohibición, al afirmar que es totalmente ilícito que uno que sirva en la milicia abandone, sin el permiso de su jefe o general, el puesto y la posición que se le ha encomendado. Realmente usaron un ejemplo afortunado: el de la milicia, pues eso mismo es la vida del hombre sobre la tierra [230].

¿Qué hacer si mandan lo contrario los oráculos de los adivinos y las respuestas de las pitonisas? Sin duda no deben ser obedecidos, pues nadie debe fidelidad a otro a costa de su inocencia. Si no me crees, fíjate en Numa, quizá el más irreprochable de los emperadores romanos, con excepción de Tito. Se le impulsó a un homicidio, al pedírsele para un sacrificio una cabeza. Pero él pensó que lo que se debía cortar era una cabeza de cebolla, transformando así en algo inocente la voluntad de aquella perversa divinidad. Pero cuando ésta añadió a su mensaje las palabras «de un hombre», prometió ofrecer cabellos. Y cuando este espíritu inmundo tuvo sed incluso de sangre, respondió que se le inmolaría un pez. Así, pues, no pudiendo ser doblegada su razón a cometer culpa alguna, por testimonio de los espíritus inmundos y por sentencia de los dioses fue declarado digno de todo honor.

Tampoco debe nadie justificar su error con el pretexto de hacer exorcismos. Estos sólo sirven para disminuir el poder de los demonios y para dificultar el trato de familiaridad que tienen con el hombre; pero carecen de efecto por su propia virtud, a no ser que Dios les confiera validez.

Además, el Espíritu Santo se aleja de la virtud fingida [231] y no se digna establecer su morada en un cuerpo entregado al pecado. Todo lo que se practique de este género es, pues, ficticio e iluso-

---

230 Cf. Job 7, 1.
231 Cf. Sab 1, 5.

rio, y nada tiene que ver con la verdad. El Espíritu Santo parece que está presente cuando se le invoca con preces y oraciones, y, como efecto de esas peticiones, se cumple el sacrílego anhelo del alma ofuscada. Sin embargo, El está tan lejos, que cuando éstos han perdido ya su protección y son presas de tan gran perfidia, permite que sean arrastrados al infierno en las variadas trampas de los diablos.

Por la pública voz de la Iglesia, contra la cual no prevalecerán las puertas del infierno [232], este Espíritu prohíbe, pues, que lo inviten a tales aberraciones. Por tanto, si por la gracia del Espíritu Santo la autoridad de la Iglesia queda apartada de estos exorcismos desautorizados, entonces aquellos que, no tanto los usan, cuanto abusan de ellos, ofenden al Espíritu, al intentar retener para sí su fuerza y su eficacia, incluso cuando El ya se ha marchado.

CAP. 28: *Sobre los «specularii»; y que los espíritus malignos a veces predicen el futuro, a causa de su naturaleza sutil, de su larga experiencia temporal y por revelaciones de poderes superiores; y que frecuentemente engañan, sea por ánimo de engañar, sea porque se engañen a sí mismos; y que este tipo de adivinos termina mal.*

Los *specularii* [233] se lisonjean vanamente de que ellos no ofrecen sacrificios, de que no hacen daño a nadie, de que frecuentemente son útiles (porque descubren robos y purifican al mundo de maldades) y de que ellos buscan solamente la verdad útil y necesaria. No son así estos malvados, no lo son. «El que no reúne conmigo —dice— desparrama, y quien no está conmigo, está contra mí» [234]. Practicando tales artes a despecho de la prohibición de Dios, ¿qué otra cosa hacen esos impíos sino alzar su pie contra Aquel que ha establecido esta prohibición?

Excesivo sacrificio ofrece quien, despreciando al Espíritu Santo, prostituye su alma con la idolatría; excesivo es el sacrificio de

---

232 Mt 21, 18.

233 Los «specularii» o vidrieros son los que adivinan por medio de superficies bruñidas, es decir, vidrio, lebrillos, uñas, espejos, etc.

234 Mt 12, 30.

quien suplica a los inmundos oídos de los demonios con la misma voz que está consagrada al Señor; excesivo es el sacrificio que hace quien presta los movimientos de su cuerpo para la ejecución de ritos execrables. ¿Qué ha guardado para su Creador aquel que ha entregado su mente, su lengua y su cuerpo a los diablos? ¿No injuria a la verdad quien busca su perfección en tan horrible corrupción? Verdaderamente, en asuntos de esta importancia, nadie puede alegar ignorancia, pues todos saben, o deben saber, que esta aberración de la fe está condenada por el oprobio del anatema.

Efectivamente, en estas cuestiones, ni el soldado está exento por su juramento de fidelidad, ni el niño pequeño por su edad, ni la mujer por la debilidad de su sexo, ni el campesino por las faenas del cultivo que realiza para el bien común. Pues, cuando se trata de pérdidas materiales, se les disculpa por ignorancia de la ley; pero cuando lo que se subvierte es la fe, la ignorancia no es remedio. Se llega así a la conclusión de que quien ignore, será ignorado; quien se comporte como un necio cometiendo delitos, será aleccionado con el castigo; quien no quiera aprender la conducta conveniente, será sabiamente escarmentado.

¿Pues quién puede aprender a liberarse sin esfuerzo de un tan gran esfuerzo, mientras aprende con mucho esfuerzo a equivocarse con esfuerzo y con daño de sí mismo? ¿Acaso puede apoyarse sin esfuerzo en la fe el que es capaz de apartarse de ella empeñándose en ello con su mente y con el ejercicio de su cuerpo? Pues cualquiera que sigue tales frivolidades «ha negado la fe y es peor que un pagano»[235]; y aunque confiese a Dios con palabras, lo niega con sus perversas obras[236]. Que un hombre así permanezca fiel es tan difícil como que resulte un juez íntegro quien se complace en los regalos y anda detrás de recompensas.

Por lo demás, ese argumento que convence a la gente sencilla (a saber, que no pueden conocerse por consultas de este estilo los secretos del futuro, a no ser por mano de Aquel en cuyo poder están todos los tiempos y cada momento)[237] no llega a la raíz de la cuestión.

Pues aunque hay un solo juez del futuro, que es el Señor y Dios de todas las cosas, sin embargo a veces los hombres llegan a conocer el futuro a través de signos. ¿Qué hay, pues, de extraño en que prevean algunas veces tales cosas esos seres que gozan de

---

235 1 Tim 5, 8.
236 Tit 1, 16.
237 Hch 1, 7.

una naturaleza más sutil, y que, como resultado de una larga experiencia y revelaciones de poderes superiores, están avisados con relación a muchos asuntos? Por tanto, si incluso los espíritus gravados con la carga del cuerpo y tarados por ese revestimiento de barro que es nuestra carne, y cuya sutileza está embotada por la corrupción de groseros sentidos, pueden sin embargo hacer conjeturas a partir de los acontecimientos precedentes o de otros indicios cualesquiera, ¿qué puede impedir a un espíritu libre de todas las ataduras corporales, y cuyo dañino lastre material no le afecta, el poder conocer los acontecimientos que están a punto de suceder o que vendrán después con el paso del tiempo?

Un niño que acaba de nacer y, a los pocos días, va a morir, adquiere durante ese tiempo ciertos conocimientos de algunas cosas basados en su analogía con otras, y saca conclusiones para el futuro a partir de causas que le han llegado a ser conocidas en ese tiempo. ¿No podrá, entonces, hacer lo mismo ese[238] que no sólo es un «anciano de días»[239], sino un verdadero veterano en ellos, y que además desde el comienzo fue creado lleno de sabiduría y adornado de toda perfección?[240]. ¿Quién será tan necio y de tan extraordinaria torpeza que, durante tanto tiempo como dispone, no sea capaz de hacer alguna conjetura sobre el porvenir? Además, los poderes benignos que sirven y obedecen al Señor constantemente con afecto y devoción, son ciertamente capaces de revelarles secretos, y se cree que, en ocasiones, así lo han hecho.

Pero no por ello hay que considerar sin más como cierto lo que estos réprobos sienten y predicen, puesto que algunas veces ellos se apresuran a comunicar lo que sospechan y temen, con tal de parecer conocedores de todos los enigmas. Por ejemplo, cuando estaba a punto de nacer el Señor, los demonios que presidían los templos de Egipto predijeron el abandono de éstos y su propia retirada. De ahí las palabras de Trimegisto sobre el exterminio de la religión idolátrica: «Egipto, Egipto, tiempos vendrán en los que, de tu religión, sólo quedarán fábulas»[241].

Además, lo que hacen por necesidad o forzados, con frecuencia simulan hacerlo por su propia voluntad como oponiéndose a los hombres a quienes se presentan entonces como enemigos. Muchas

---

238 Es decir, el demonio.
239 Dn 7, 9.
240 Ez 28, 15-17.
241 Se refiere a los libros herméticos. Cf. Apuleyo, *Asclepius*, 24; cf. también Agustín, *De Civitate Dei* VIII 23, 7.

veces mienten, ya sea queriendo engañar, ya sea engañados ellos mismos.

Pero aunque anunciaran sólo cosas verdaderas, sin embargo, se les debe reprimir o bien rehuir. Por eso dice el *Deuteronomio:* «Si surge en medio de ti un profeta o un vidente de sueños, y pronostica un signo o un portento y sucede lo que ha dicho, y, más tarde, te dice: "Vayamos y sigamos a dioses extranjeros que tú no conoces y sirvámosles", tú no obedecerás las palabras de ese profeta o soñador, pues es el Señor tu Dios quien te prueba para que se vea abiertamente si tú le amas o no» [242].

De aquí se comprende claramente que, aunque sucedan cosas profetizadas por los que adivinan sin seguir el plan de Dios, ello no debe ser aceptado, en el sentido de que autorice a hacer lo que ellos mandan, o a conocer lo que ellos veneran. El Apóstol, en los *Hechos,* no transige con el espíritu inmundo, ni siquiera cuando éste por medio de una mujer ventrílocua dio testimonio a favor de los apóstoles y de su predicación [243]. Pero, contra esta plaga, nada es más eficiente que el no prestar la más mínima atención a tal engaño.

Doy gracias a Dios porque, ya desde mi más tierna edad, puso el escudo de su benevolencia para defenderme de estas asechanzas del enemigo perverso. Y es que, cuando era niño, estaba bajo la dirección de un sacerdote para aprender los salmos, y casualmente éste practicaba el arte de la adivinación por medio del cristal. Y aconteció que él, a mí y a otro niño un poco mayor nos utilizaba para su sacrílego arte. Tras algunos ritos mágicos preliminares, nos sentábamos a sus pies para que aquello que él buscaba en las uñas de nuestros dedos untados con cierto aceite o crisma mágico, o bien en un barreño terso y pulido, se le manifestase por ciertos indicios que advertía en nosotros.

Así, pues, tras pronunciar ciertos nombres, que a mí me parecían —aunque sólo era un niño— ser nombres de demonios por el horror que me inspiraban, y tras hacer unos juramentos que gracias a Dios desconozco, mi compañero aseguraba que él veía ciertas figuras, aunque leve y oscuramente. Yo, en cambio, estaba tan ciego para todo esto que nada se me aparecía excepto las uñas, el barreño y los otros objetos que antes conocía. En consecuencia, fui juzgado inútil para tales propósitos, y, como quien es un obs-

---

[242] Dt 13, 1-3.
[243] Cf. Hch 16, 16 ss.

táculo para estas prácticas sacrílegas, me condenaron a no poder acceder a tales ceremonias. Y cuantas veces decidían llevar a cabo sus ritos, yo me mantenía alejado como impedimento de la adivinación. Así de compasivo fue el Señor conmigo en aquella tierna edad.

A medida que crecí, me horroricé más y más de estos sucesos, y tanto más se me arraigó este horror en mi ánimo cuanto que, habiendo entonces conocido a muchos, vi que todos, antes de morir, se quedaron ciegos, ya sea por defecto natural o a manos de un enemigo, por no hablar de otras miserias, a causa de las cuales fueron hundidos o perturbados por el Señor en mi presencia. Sólo he conocido dos excepciones: un sacerdote al que precedí y un cierto diácono, que al ver la maldad de los adivinos, pudieron huir, uno al seno de una comunidad de canónigos, otro al puerto de una celda cluniacense, dignificados ambos por los sagrados hábitos. Sin embargo, ellos padecieron luego en sus congregaciones muchas adversidades, fuera de lo corriente, como lo he sabido con pena. Así, pues, si esta convergencia de razonamientos y la autoridad de la madre Iglesia católica no fueran suficientes para rebatir este error, el ejemplo de sus propios males basta para rechazarlos.

Así como nadie puede beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios [244], o servir a dos señores, Dios y Mammón [245], del mismo modo, nadie alcanza a la vez la gracia de Dios y la experiencia en estas hechicerías.

Mas ¿por qué estoy atacando tan benigna y levemente esta forma de pensar, enemiga de la fe y de la moral, cuando tengo el poder de atravesarla con la espada del espíritu [246] hundida hasta la empuñadura? Que la destruya, pues, de repente, con mano fuerte, el brazo de Aquel que dividió el mar Rojo en dos para ahogar a los egipcios [247]; y no habrá necesidad de una segunda vez [248], pues no hay quien pueda escapar de su mano [249].

Así, pues, que desenvaine Moisés la espada, derribe las abominaciones egipcias y las oculte en la arena de su esterilidad [250], para que no aparezcan a los ojos de los fieles. Que diga la palabra,

---

244 Cf. 1 Cor 10, 21.
245 Cf. Mt 6, 24.
246 Cf. Ef 6, 17.
247 Cf. Sal 136, 12-13.
248 Cf. 1 Sm 26, 8.
249 Cf. Dt 32, 39.
250 Cf. Ex 2, 12.

que pronuncie la sentencia de condenación contra los errores que durante mucho tiempo hemos intentado arrojar de su casa. Porque su palabra es verdaderamente una espada doblemente afilada [251], «viva y eficaz, más cortante que un cuchillo de dos filos, y penetrante hasta separar el alma del espíritu» [252].

Es un loco quien no tema esta inminente espada; hela aquí, amenazante, ante la faz de la Iglesia, a la vista de todos. A la postre, está dirigida contra todos, pues El dijo: «Cuando entres en la tierra que el Señor tu Dios te dará, guárdate de imitar las abominaciones de esas gentes. No haya entre los tuyos ninguno que haga pasar a su hijo, o a su hija, por el fuego, ni ninguno que consulte a adivinos, o que interprete sueños y agüeros; ni nadie que practique hechicería o magia ni consulte a pitones, adivinos o invocadores de muertos, pues el Señor detesta esos crímenes y, a causa de ellos, destruirá a tu llegada a todos esos pueblos. Serás perfecto y sin mancha ante el Señor tu Dios. Esas gentes, cuyas tierras tú poseerás, dan crédito a hechiceros y adivinos; mas tú, en cambio, estás adoctrinado por el Señor tu Dios» [253].

¿Quién, por tanto, dudará de que se trata de prácticas criminales que no sólo implican la debilitación, sino incluso el exterminio de la fe, ya que la palabra de los profetas, más aún, el mismo Espíritu Santo, procura extirparla con tanta diligencia? Según dice el mismo Dios, son abominaciones [254], y el hombre cree que puede hacerse más que hombre siguiendo sus enseñanzas. En consideración a tales delitos, han sido destruidas incluso naciones, y aún el hombre, en su temeridad, confía en prosperar por medio de ellas.

Cap. 29: *Sobre los físicos teóricos y prácticos.*

Es lícito, sin embargo, el que uno sea consultado sobre el futuro, a condición de que se trate de alguien que, o bien posea el espíritu de profecía, o bien averigüe por señales naturales, según

---

251 Cf. Ap 1, 16.
252 Heb 4, 12.
253 Dt 18, 9,14.
254 Interpretación, o simple juego de palabras, con el término *abominationes,* haciéndole significar «deshumanizaciones» *(ab-hominationes).*

sus conocimientos físicos, qué cosas ocurren en los cuerpos de los animales; o también si él deduce la índole de los tiempos venideros por indicios derivados de su experiencia. Sin embargo, a estos últimos nadie debe escucharles de tal modo que se prejuzguen las cuestiones de fe o de religión; tampoco los primeros deben ser oídos a no ser que hablen en nombre del Señor, lo cual nunca va contra la religión, porque la verdad no puede ser contraría a la verdad, ni el bien al bien.

Pero los físicos, cuando atribuyen excesiva autoridad a la Naturaleza, la mayor parte de las veces se alzan contra el autor de esta Naturaleza, oponiéndose a la fe. Yo no estoy acusando a todos ellos de error, aunque he oído a muchísimos de ellos argumentando acerca del alma, de las virtudes y sus obras, del crecimiento y decadencia de los cuerpos, de la resurrección de los mismos y de la creación, de un modo contrario a lo que enseña la fe.

Gigantes nacidos de la tierra que se alzan contra las estrellas [255],

y, en su vano intento, se esfuerzan en merecer, junto con Eucelado, que se les eche encima la mole fluyente de fuego del Etna.

Sin embargo, en estos asuntos, bien pueden ellos equivocarse, porque por más grande que sea su talento, éste se queda corto ante la profundidad de las dificultades que estos asuntos entrañan. Pero cuando el entendimiento falla, por fallar la razón de la fe, que actúa de mediadora, no resta sino la opinión. Ahora bien, cuando se trata de una cuestión de poca importancia, por ejemplo, la morfología de un animal o la etiología y tratamiento de las enfermedades, los físicos fallan exclusivamente en el deseado resultado de su trabajo.

Los físicos teóricos se dedican plenamente a lo suyo, y, quizá por captar tu benevolencia, se atribuirán más funciones de las que tienen. Tú puedes así aprender de ellos la causa y la naturaleza de cada una de las cosas. Son los jueces de la salud, de la enfermedad y del estado normal; proporcionan, al menos de palabra, la salud y la conservan; te advierten sobre cómo conseguir el estado normal; prevén e instruyen sobre las causas de la enfermedad, señalan sus comienzos, desarrollo, crisis y extinción.

¿Para qué voy a decir más? Cuando los oigo me parece que tienen el poder de resucitar a los muertos, y no se creen inferiores

---

255 Lucano, o. c. VII 316.

a Esculapio o a Mercurio. Ciertamente me dejan perplejo y enormemente extrañado cuando se contradicen y discuten en sus enfrentamientos verbales y dialécticos. De una cosa estoy convencido: que cosas contradictorias no pueden ser verdad al mismo tiempo.

¿Qué voy a decir de los médicos prácticos? Lejos de mí pretender decir algo en detrimento de ellos; con demasiada frecuencia caigo en sus manos como expiación de mis pecados. No se les debe exasperar con palabras, sino más bien se les debe tratar con complacencia. No desearía que ellos me trataran ásperamente, ni tampoco me atrevo a pensar lo que todos proclaman a voces.

Por eso diré, con el santo Salomón, que la medicina viene del Señor Dios, y el hombre sabio no debe despreciarla[256]. Porque nadie hay más necesario ni más útil que el médico, con tal de que sea un hombre fiel y prudente. ¿Quién puede cantar las alabanzas de aquel que, como artífice de la salud y protector de la vida, imita y hace las veces del Señor? En efecto, la salvación que Dios hace y da, como Señor y Rey, éste, como ministro y sirviente suyo, la procura y la dispensa.

No viene al caso el que haya algunos que venden un supuesto favor y quieren parecer más justos, negándose a recibir nada hasta que el paciente esté convaleciente. Para así ser más injustos porque atribuyen a su habilidad lo que es un favor del tiempo, o, incluso, un regalo de Dios. Pues el enfermo que se salva por obra de Dios y en virtud del poder de recuperación de la Naturaleza, se iba de todas formas a salvar, con independencia de su actuación. Aunque ya queden pocos de éstos, puesto que los médicos se aconsejan y se recuerdan mutuamente lo siguiente: «Cobra tus honorarios mientras hay dolencia.»

Tampoco me preocupa a mí que sus remedios sean mutuamente contradictorios muchas veces, pues estoy convencido de que cosas opuestas pueden tener el mismo resultado.

Pero cuando alguien fatalmente se les muere entre las manos, aducen siempre las razones por las que se ve claro que su vida no era prolongable. Y (según se dice) a los que afligieron con una larga abstinencia, ya muertos, les preparan bebidas refrescantes y les hacen nutritivos y deliciosos manjares. Quizá estés esperando que se repita el dicho popular: que ellos son los que, complicando su

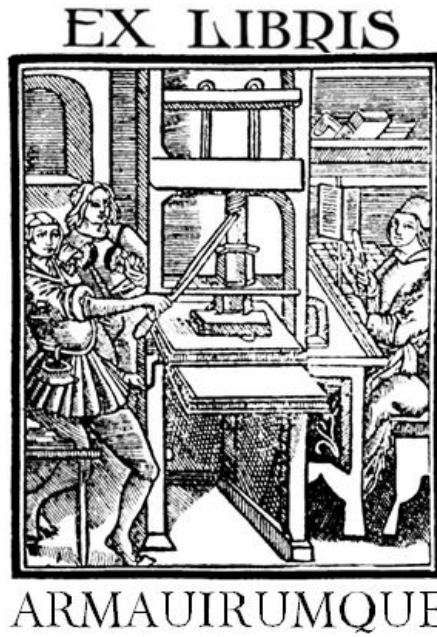
---

[256] Cf. Eclo 38, 4. El autor de este libro, llamado también *Eclesiástico,* no es Salomón, sino Jesús de Sirach (el Sirácida).

oficio, asesinan a los hombres [257]. Mas de ningún modo lo haré. Lejos de mí lanzar tal contumelia, pues, si quieres oírla, debes consultar a Séneca [258] y Sidonio [259], que ruidosamente te lo gritarán a tus oídos.

TERMINA EL LIBRO II

[257] Sidonio Apolinar, *Epístolas* II 12 § 3.
[258] Séneca, *De Beneficiis* VI 36 § 2.
[259] Plinio, *Historia Natural* XXIX 1 § 18.



COMIENZA EL LIBRO TERCERO DEL «POLICRATICUS»

Prólogo

Me atraigo la enemistad de no pocos al dedicarme a analizar las necedades de los hombres frívolos. Por ello precisamente había resuelto vivir tranquilo y callar; pero de lo primero me apartó una avalancha de ocupaciones y lo segundo me lo impidió mi estado de ánimo.

Quien se halla sujeto a autoridad superior, si tiene buen sentido, se somete a la autoridad del que manda; pero el que se encuentra asaeteado por los estímulos de diversos afectos, no puede sustraerse de actuar afectado por los varios matices del apasionamiento. Salta de júbilo quien se siente acariciado por el aura suave del gozo, la esperanza le lleva a la alegre risa, se estremece por el miedo, la tristeza consume el ánimo del que sufre.

Estos rostros de lo grato y de lo ingrato afectan, según las circunstancias, a todos y cada uno de los mortales. No obstante, las sensaciones de los males suelen afectar más. ¿Quién hay que no se sienta más atormentado por la aspereza de los males que gozoso con el placer de los bienes? Muy pocos serán, sin duda, quienes consigan apartar por completo de sí mismos los embates de la varia fortuna. El que logra prevalecer por sus fuerzas en lo suyo propio, se ve afectado, no obstante, por las alternativas en la salud o en la suerte del pariente o del amigo. Sin duda resultará poco humano quien se quede impasible ante las calamidades

ajenas, pero tampoco será muy humano quien se limite a conmoverse por tales calamidades.

Mas ante los más juiciosos surge de inmediato la duda de si puede en realidad ser totalmente ajeno a un hombre cuanto afecte a otro. Sin duda, el cultivo de la virtud desata este nudo de ambigüedad, cuando hasta el cómico [1] estima que nada de lo humano es ajeno a él; y el Maestro celestial enseña que todo hombre debe amar al prójimo como a sí mismo [2].

Queda claro, por tanto, que es indigno de tan gran Maestro el discípulo que no se alegra con la verdad [3] y no arde en celo contra los enemigos del bien público.

La intención de este opúsculo se dirige un tanto a estos sujetos y a fustigar sus frivolidades.

CAP. 1: *Qué cosa sea la salud pública y universal.*

La salud pública, que atiende a todos y a cada uno, consiste en la incolumidad de la vida. Nada hay para el hombre más importante que su propia vida ni más saludable que la incolumidad de esa vida. Ya los sabios antiguos dejaron bien claro que el hombre es un compuesto de alma racional y cuerpo corruptible [4]. Pues la carne vive gracias al alma, ya que sin ella no puede subsistir la vida del cuerpo. Quedaría el cuerpo inerte por su propia pesadez si por el impulso del alma no recibiese movimiento vital. Pero también el alma posee su propio principio de vida. Pues «la vida del alma es Dios». Tal definición ha quedado expresada con profundidad y verdad por uno de los contemporáneos en la ligereza métrica de estos versos:

> El alma es vida del cuerpo, él por ella vive y crece;
> si Dios arrebata el alma, el pobre cuerpo perece [5].

Así, pues, como es propio del cuerpo vivir por ella, por ella vegetar, actuar, mantenerse dispuesto a secundar sus mociones y

---

[1] Cf. Terencio, *Hautontimorumenos* I 1, 77.
[2] Mt 19, 19.
[3] 1 Cor 13, 6.
[4] Cf. Agustín, *Sermones* CL 4 § 5 (Migne, PL 38, 810).
[5] Cf. Agustín, *De Libero Arbitrio* II 16 § 41; *Sermones* CLVI 6 § 6; *De Civitate Dei* XIII 24 § 6 (Migne, PL 32, 1263; 38, 833; 41, 402).

concordar sus actividades ligado con ella por determinado tipo de obediencia, de modo análogo el alma en tanto vive y a su modo vegeta en cuanto es verdaderamente actuada por Dios, le secunda con entrega sumisa y se le somete en todos sus designios. Y tendrá tanta menos vida cuanto menos secunde esas normas. El mismo cuerpo, cuanto menos se somete a los imperativos del alma, tanto más se sumerge en el sopor de la muerte. Mientras el todo corporal vive, ese todo se halla abierto a recibir el influjo del alma, que no se transfunde parcialmente a las diversas partes del cuerpo, sino que está y opera siempre y por completo en todas y cada una de ellas.

De manera similar, Dios llena enteramente el alma que vive entregada a El sin reservas. La ocupa por completo, la posee en su totalidad, la rige y gobierna en absoluto hasta penetrar en todos y cada uno de sus últimos rincones. Pero ¿cómo me atrevo a hablar de partes ni de rincones en el alma? ¡Si carece en absoluto de partes, es simple por naturaleza, ajena a cuanto signifique multiplicidad! A pesar de eso, el alma mendiga del Dios distribuidor de todos los bienes, porciones de sus dádivas. ¿Qué porciones?, dirás. Sencillamente las virtudes por las que actúa, se vigoriza y tiene conciencia de sí misma. Si, pues, no crece por la multiplicidad y desarrollo de partes propias, su crecimiento proviene de la razón y el apetito encauzados rectamente, más con el vigoroso rechazo del mal, sin que merme ni pierda la simplicidad de su naturaleza. En consecuencia, dado que Dios es espíritu [6], la vida del alma es tanto más sólida y perfecta cuanto más la posee en plenitud el Espíritu Santo. Cuando, pues, la inteligencia humana con la agudeza de su visión, en cuanto le es posible, alcanza a Dios y la voluntad no deteriorada lo desea y lo busca y la razón con sano afecto se abre camino hacia el bien, ya con eso ha conseguido hasta cierto punto la gloria de la inmortalidad. Esto es probablemente lo que sentía aquel que, estimulado por la suave armonía de su conciencia, decía: «Mi corazón y mi carne saltaron de gozo en pos del Dios vivo» [7]. Desde luego, quien camina por tal sendero, ni espera, ni teme, ni se entristece, ni sufre por nada de cuanto se marchita separado del verdadero y sumo Bien.

A esto sin duda es a lo que invita la palabra del profeta cuando dice: «Volveos a Mí de todo corazón» [8], esto es, «que no que-

---

[6] Jn 4, 24.
[7] Sal 83, 3.
[8] Jl 2, 12.

de fuera de Mi presencia ni se aparte de Mi voluntad ningún rincón de gozo, de tristeza, temor o esperanza». Esta es la vida de las criaturas, que sin ella no tienen consistencia. Porque todo cuanto existe, lo es por participación del que es el Ser mismo. Ahora bien, estando por naturaleza en todas las cosas, por gracia sólo reside en los seres racionales. Existen por consiguiente, por lo que hay de Verdad en ellos; reciben la Luz, porque en ellos mora; aman al bien porque el Manantial del bien y de la caridad fluye dentro de ellos. Toda virtud, ya angélica, ya humana, está de alguna manera impresa en la creatura racional. La inhabitación del Espíritu Santo imprime la santidad en el alma, difunde profusamente sus arroyuelos y hace florecer los variados carismas de la Gracia.

Estoy convencido de que en esto reside la verdadera y única seguridad de la vida, ya que la mente queda ilustrada sobre el conocimiento real de las cosas e impulsada ardorosamente hacia el amor de la pureza y el cultivo de la virtud. Se anticipa el conocimiento al cultivo de la virtud, porque nadie puede sentir interés por lo que no conoce. En cuanto al mal, si no es previamente conocido, no puede ser esquivado con acierto.

Además, el tesoro de la ciencia se nos ofrece por una de estas dos vías: o cuando el entendimiento descubre lo cognoscible por medio del raciocinio, o cuando la gracia divina deja patente en nuestro interior lo que yace oculto. Así, pues, o por naturaleza o por gracia, cada uno puede obtener cuanto necesita para el conocimiento de la verdad. Y admírate aún más: todos llevamos en el corazón una especie de libro con cuanto interesa saber, que se hace patente con el recto uso de la razón. En él está delineada la fisonomía de las cosas visibles y su belleza, y, por añadidura, está grabada en él la contextura de lo invisible, por el dedo de Dios [9]. Y todo ello hasta el punto de que los que han recibido el conocimiento de sus deberes, ya sea por gracia o por naturaleza, no podrán alegar ignorancia, en descargo propio. Así está escrito: «Lo que es conocido de Dios, se ha dado a conocer a los hombres» [10], porque Dios se lo ha desvelado.

Desde luego no pretendo hacer lucir la orla ni ostentar los flecos de la Naturaleza corrompida [11] contra la gracia, como si aquélla tuviese de por sí algo que no haya recibido [12]; y además sea tan

[9] Cf. Rom 1, 20.
[10] Ib. 1, 17.
[11] Mt 23, 5.
[12] 1 Cor 4, 7.

notorio que sin la gracia nada podemos hacer [13]. La incolumidad universal, pública, de todos y cada uno reside, pues, en el conocimiento de la verdad. Su polo contrario, el desconocimiento de la verdad con su odiosa ralea, es el vicio. Y con razón la ignorancia es madre del vicio, porque jamás lleva su esterilidad hasta el punto de no dar a luz algún fruto desgraciado. Dice el moralista: Tú

> no ofrezcas ningún incienso.
> Quede para los necios siquiera un ínfimo adarme de rectitud [14].

El conocimiento lleva en sí la certeza, y descansa en la ciencia o en la fe. La regla de esta última habrá de esperar todavía un poco, que ya la trataremos a su debido tiempo. Por lo demás, la ciencia tiene conocimiento de sí, cosa que no puede darse si no cuenta con sus propias fuerzas o si desecha las ajenas.

CAP. 2: *Cuál sea la primera contemplación del hombre que aspira a la sabiduría, y cuál el fruto de su especulación.*

Lo más primordial para el hombre que aspira a la sabiduría es examinar qué cosa sea él mismo, qué tiene dentro, qué por de fuera, qué por debajo, qué por encima, qué por delante, qué por detrás. De aquí probablemente se deduce que quienes se interesaron por transmitir a sus sucesores los primeros elementos de toda la filosofía, estimaron que debería ser analizada la naturaleza de cada cosa, su dimensión, destino, calidad, ubicación, tiempo, capacidad de tener, hacer, padecer y todas sus propiedades en todo ello; si admiten intensidad, si son susceptibles de aceptar las contrariedades, y si en sí mismas se encuentra algo que resulte adverso [15].

Vela, pues, y con diligencia, aunque no falten descuidados que no han logrado conocimiento de sí mismos, a pesar de tanta luz, y perdieron el conocimiento de la Luz inaccesible [16], mientras se envanecían en sus pensamientos; y, llamándose a sí mismos sabios,

---

[13] Cf. Jn 15, 5.
[14] Persio, *Sátiras* V 120-121.
[15] Enumera los diez predicamentos de Aristóteles.
[16] Cf. 1 Tim 6, 16.

se hicieron necios y quedó entenebrecido su vacuo corazón [17]. Por esto mismo queda confirmado que, entregados a pasiones ignominiosas, perpetraban lo que no era consentáneo con su sexo, edad ni categoría social, y, con el testimonio de sus actuaciones, denigraban la dignidad de todos. Porque fueron entregados a un sentimiento réprobo, cosa evidente para los que conocen mejor la doctrina del Apóstol. Es, sin embargo, principio solidísimo para todo que la fe y sinceridad de cada uno sea estimada según sus propias obras [18], porque ellas dan testimonio de él [19].

Mas el que se desconoce a sí mismo, ¿qué ha aprendido que sea de utilidad? Si ignoras —dice— que eres la más hermosa entre todas las mujeres, camina tras las huellas de tus compañeras y tras los rebaños [20]. Es oráculo de Apolo, de quien se cree que descendió del cielo: «Noti seliton» [21], es decir, «conócete a ti mismo» [22]. No ignoraba esto el moralista cuando dijo:

> Aprended y conoced, infelices, las causas de las cosas:
> qué somos y para qué clase de vida somos engendrados,
> qué puesto nos ha sido asignado o bien por dónde llega el blando declive de la meta, y de dónde,
> cuál es el límite del dinero, a qué es lícito aspirar,
> qué utilidad puede tener una moneda de saliente relieve, qué liberalidad se debe tener
> para con la patria y los queridos parientes, qué te mandó Dios que fueses
> y qué puesto ocupas realmente en la Humanidad [23].

Porque la reflexión sobre todo esto lleva fruto cuadruplicado: utilidad propia, amor al prójimo, desprecio del mundo y amor de Dios. ¿Acaso no es buen árbol el que produce tanta dulzura y reporta tanto provecho? [24]. Desde luego, el que es pequeño ante sus propios ojos, no se ensoberbece [25]. Mientras cada uno examina cuánto le falta de los bienes apetecibles, ¿quién no se abochorna

---

17 Rom 1, 21.
18 Cf. Mt 7, 16-20; Jn 10, 37; Sant 2, 18.
19 Cf. Jn 5, 36.
20 Cf. Cant 1, 7.
21 Pudo fácilmente decirse «seliton» en lugar de «seauton».
22 Cf. Juvenal, *Sátiras* XI 27.
23 Persio, o. c. III 66-72.
24 Cf. Mt 7, 17; Lc 6, 43.
25 Cf. 1 Sm 15, 17.

de su propia pobreza? Si alguno hace recuento de lo indeseable que hay en sí mismo, obtiene abundante materia de dolor y humildad. A donde quiera que mire dentro de sí mismo, se autodesprecia el que pide al Señor que le conforte, diciendo: «He quedado humillado por todas partes. Vivifícame según tu palabra» [26]. Y de nuevo: «Estoy preparado para el azote; tengo siempre ante mí mi dolor» [27].

CAP. 3: *Que la soberbia es raíz de los males; y la concupiscencia, lepra general que contamina a todos.*

La soberbia es raíz de todos los males y fomento de muerte [28]. Los arroyos se quedan secos si se corta la vena del manantial, y tampoco medran las ramas una vez cortada la raíz. Se debilitan los vicios si se cercena el ansia de sobresalir. Por el contrario, si se amontona estiércol junto a la raíz, las ramas se tornan lozanas y lo que era estéril vuelve a florecer. Si agregas agua a la fuente, esa añadidura se convertirá en arroyuelos. Si añades fuego al horno, se recrudecerá el incendio de los leños. Así, si aplicas veneno a una naturaleza viciada por innata tendencia al engreimiento, no podrás impedir, aunque lo intentes, que el virus mortal la infecte. Porque el amor propio es no tanto conocido cuanto innato; y si se sobrepasa el límite discreto, se aboca a la culpa. Porque toda virtud queda contenida dentro de sus propios límites y se afirma en la moderación. Si la sobrepasas, estás fuera y no dentro del camino. Si el amor propio prevalece, que nadie espere su curación, porque es nada menos que una lepra incurable en mayor grado que ninguna otra.

¿Ignoras quizá que la concupiscencia es lepra? Pregunta a Giezi [29]. Aunque se ruborice en confesar su dolencia, se la delatan las manchas del cuerpo. Pero ¿por qué hablo de consultar a Giezi, como si él fuese el único? Reúne a todo el orbe, porque todo él

---

[26] Sal 118, 107.
[27] Ib. 37, 18.
[28] Cf. Gregorio Magno, *Moralia* XXXIV 23 in Job 41, 47 (Migne, PL 26, 744); cf. *Policraticus* VIII 1.
[29] Cf. 2 Re 5, 24 ss.

padece esa infección; pregúntame a mí mismo, porque soy uno de esos infelices. Ciertamente la concupiscencia es miserable lepra.

Quizá no entiendas lo que voy a decir: no conoces la repugnancia de esta enfermedad de la concupiscencia, porque no la conoces por experiencia propia tú, hombre sin concupiscencia, y, por ello mismo, situado sobre los hombres; pero mi testigo fiel en el cielo asegura, y yo con él, que «todos están corrompidos, se han hecho abominables, no hay entre ellos quienes practiquen el bien, ni uno solo» [30]. Tú verás si eres ese hombre. Desde luego, me consta que ese hombre no es Pablo, que, invadido por esta infección, clama gimiendo: «¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» [31].

Ya sé que éste no es aquel que bebió las aguas de la sabiduría del pecho de la Verdad, cuando truena contra el orbe contaminado por esta ponzoña, y dice: «Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida» [32].

Así, pues, quien no regula ese amor, tema la lepra, y, más aún, la ceguera de ojos que de ella se desprende amenazadora. Si, pues, incurren en un despilfarro de la salud quienes no reprimen la concupiscencia, fuente cierta y acicate de los males, ¿qué será de los que la estimulan con los aguijones de la adulación y encienden los estímulos de los vicios? ¿Qué harán, o, mejor, qué padecerán los que apartan sus oídos de la Verdad, que no cierran sus ojos para evitar la contemplación admirada de los bienes corruptibles y corruptos, que extienden sus manos hacia ellos y ponen en juego toda la agudeza de sus sentidos?

Después, como si no bastase a cada día su malicia, la falacia de uno empuja a la falacia de otro. Con no poco gusto utilizo el lenguaje de Terencio: «Para atizar el horno de la concupiscencia, se congregan aduladores, chismosos, delatores y detractores, envidiosos, hinchados, supersticiosos, disolutos y prevaricadores de todos los oficios. Como están por doquier en toda la tierra, es más fácil encontrarlos que enumerarlos» [33]. Contra tales sujetos está toda la ley, conjuran contra ellos todos los derechos y también contra ellos se armará alguna vez toda creatura, como contra enemigos de la salud pública.

---

[30] Sal 13, 1.
[31] Rom 7, 24.
[32] 1 Jn 2, 16.
[33] Cf. *Andria* IV 4, 40.

CAP. 4: *Qué cosa sea un adulador, lisonjero y cobista; y que nada hay tan pernicioso como ellos.*

Porque el halagador es enemigo de toda virtud, es como quien clava un clavo en el ojo de aquel con quien conversa [34]; y tanto más hay que guardarse de él cuanto que no deja de hacer daño bajo las apariencias de afecto, hasta que embota la agudeza de la razón y apaga la escasa luz que parecía poseer. Con este mismo fin obtura los oídos, para que no oigan la verdad. No podría fácilmente explicar qué puede haber más nocivo que eso. Conocido es aquello de Lelio, o mejor, de Cicerón: «De aquel cuyas orejas están cerradas a la verdad a fin de que no puedan oír lo que es verdadero, hay que perder toda esperanza de salvación» [35]. ¿Qué puede haber de más infiel que cercar a quien debes fidelidad, con halagos de palabras seductoras, con disfraz de presentación y de gestos, y con toda la afectación de la vanidad empujarle, cegado, a las inmundicias de los vicios y al abismo del despeñadero? ¿Qué más odioso que el fraude y la hipocresía con que, bajo la apariencia de amor y fidelidad para con el sencillo y crédulo y (lo que es peor) para con el amigo, pone en juego la malignidad de la perfidia y de las enemistades? Porque así es esta ralea de hombres que lo hablan todo para el halago y nada para la verdad. Las palabras de su boca son iniquidad y dolo, que aun a los amigos descarriados encaminan hacia su propia ruina repitiéndoles: «Bien, bien.»

Y para que los conozcas mejor, lee a Gnatón en la comedia, y escucha lo que confiesa de sí mismo:

> ¿Niega alguien? Niego yo. ¿Afirma alguien? Afirmo yo.
> al fin y al cabo, me he prometido a mí mismo decir que sí a todo [36].

Porque toda la facción de los gnatónicos

> es de histriones. ¿Ríes? Con mayor carcajada
> se ríe él; llora, si ve las lágrimas del amigo,
> pero no lo compadece; si pides un poco de fuego en época de frío,
> coge su abrigo; si dices: «me aso de calor», suda [37].

---

[34] Cf. Celsio, *De Medicina* VII § 12.
[35] Cicerón, *De Amicitia,* 24 § 90.
[36] Terencio, *El Eunuco* II 21-22.
[37] Juvenal, o. c. III 100-103.

Por ello, Umbricio asegura:

> No estamos en igualdad de condiciones; tiene ventaja el que sin tregua,
> noche y día, puede adoptar el semblante ajeno, dispuesto a enviar besos y alabar
> si su amigo eructó fuerte o si hizo algo
> que la lengua no puede exteriorizar con la debida modestia [38].

Nada de decoroso tiene esto, no ya para con el amigo, sino para con cualquier hombre libre, puesto que la verdadera libertad corresponde a un género de virtud, y la torpeza degrada a servidumbre a cuantos contagia. El ser histrión o mimo infunde infamia a quienes por la dignidad de la Naturaleza o de la persona parecían exentos del oprobio de tanta bajeza. El que adopta el rostro ajeno y cambia de cara según los afectos, teje asechanzas a la incolumidad de los sentidos y

> acumula pábulo para los oídos ajenos [39].

Y si el histrión lo niega de palabra, con sus costumbres y torpezas se delata. Esto es propio del adulador que vive pendiente de la decisión ajena, y, antes de expresar su propio juicio, aguarda a conocer el ajeno en cada cosa. Por lo demás, el cobista, aunque esté definido con la denominación de halagador y adulador, ya que la cosa puede ser detectada por muchos indicios, explora el pensamiento o intención de los hombres y tantea sus voluntades para acomodarse a lo que tú quieres, para ganarse el favor de aquel a quien maneja fraudulentamente. Porque sabe hacer brotar corrientes de amistad de la convergencia de criterios y de la unión de voluntades. Dado que la firme amistad (como dice el historiador) consiste en querer y no querer lo mismo [40]. ¿Por qué no?

> Mantén tu consenso con las aficiones del que se fía de ti,
> y se mostrará favorable a tu juego y te aplaudirá con las dos manos [41].

Pero cuando ha tanteado la voluntad, acaricia y suaviza con tanta habilidad, que adormece la virtud y vuelve de arriba abajo toda

---

[38] Cf. ib. 104-107. El autor ha sustituido las palabras de Juvenal en el último verso, con otras menos malsonantes.
[39] Persio, o. c. I 22.
[40] Cf. Salustio, *De Catilina,* 20 § 4.
[41] Horacio, *Epístolas* I 18, 65-66.

forma de moderación —sin la que es imposible vivir honestamente—, con agua del río Leteo [42].

> ¿De verdad que Thaïs me tiene una gratitud tan grande? [43].

Resulta divertido y útil el cómico que se entremezcla con frecuencia en nuestras frivolidades. Responde: *enorme* [44]. Bastante habría con decir: *grande,* pero como el fraude del adulador ensalza todo al máximum y de su propia cosecha añade algo que le aumente la simpatía, dice: *enorme.* Y no se avergüenza con el embuste. Porque quien pudo persuadirse que decoloraría la honradez humana con la mancha de tanta torpeza por cualquier causa, también se persuadirá de que logrará conseguir cuanto le apetece; por caminos rectos, si puede, y si no, por cualquier otro medio.

Pero el que, hablando con propiedad, es llamado adulador con legítimo nombre, blanquea los defectos de cualquiera; y para que no se vea a sí mismo, obnubila los ojos de su contertulio con cualquier nube de vanidad, y alienta los oídos con falsos títulos de alabanza. Dice el moralista:

> ¿Por qué esta gente pondera con habilidad suma
> el discurso del indocto a quien conviene adular, y el rostro deforme del amigo,
> y compara el cuello escuálido del desvalido con las cervices
> de Hércules que sostiene en vilo a Anteo,
> y admira una voz tan ingrata como el cloqueo ahogado
> de la gallina cuando es picoteada maritalmente por su macho? [45].

Nada hay de extraño en esto, si los hombres más envilecidos, que tienen mancillado este mundo próspero y respetable por sus buenas costumbres, pueden ser impelidos a tanta abyección; lo que juzgo más bien admirable es el que tanta gente deposite su confianza en ellos, y se fíen más de esa palabra ajena que del juicio de la propia conciencia; y que cada uno ande buscando fuera de sí mismo, y en cambio se desdeñe de conocer cuán escaso anda de bagaje propio.

Porque nada hay que no pueda ser creído por uno cuando es alabado. No sólo que se posee una potestad igual a la de los dioses [46]; cualquier alma se hincha con el fermento de la soberbia.

---

[42] Cf. Virgilio, *Eneida* VI 714.
[43] Terencio, *El Eunuco* III 1, 1.
[44] Ib. 1, 2.
[45] Juvenal, o. c. III 86-91.
[46] Ib. IV 70-71.

CAP. 5: *De la precaución contra los aduladores, de la multiplicidad de los fraudes, de los acompañantes de la adulación y de sus consecuencias.*

Hay quienes no admiten las adulaciones plebeyas y vulgares, quienes no quieren ser ungidos con perfume de bajo precio, que a todos hiede, cuando tratan de atraerse el favor de los amigos y comensales. ¿Qué puede haber más torpe que transfigurar el rostro con el estilo lisonjero de los histriones, cambiar la ropa y los modales, y no ver que él mismo y no otro es el histrión? ¿Qué cosa más estúpida que cuando alguien, ahuecando la voz desmesuradamente, lanza el soplo de la vanidad para empujarte, tú despliegues las velas de tus oídos y esponjes el corazón para que se hinchen?

Como están patentes a la vista de todos tales halagos, quedan depreciados para muchos. Por el contrario, son más temibles, por más perniciosas, las cosas que se esconden bajo el velo de la cautela y se exteriorizan bajo la apariencia de una llamada de atención o corrección, o del oficio o la virtud de otros. Encontrarás que esto lo han hecho algunos mientras tratan de captar la benevolencia ajena inmoderadamente. Porque dice Lelio, no el legislador de la concordia, sino el que persuadió a la guerra civil y el atizador del odio, llamado Léntulo por otros:

> Nos quejamos de que la tolerancia frene demasiado tiempo tus energías.
> ¿Te faltaba confianza en nosotros?
> Mientras la sangre caliente circule por nuestros cuerpos vivientes
> y nuestros fuertes brazos puedan devolver agresivamente los dardos,
> ¿soportarás el desprestigio de la Toga y el descrédito del Senado?
> ¿Tan poco honor comporta el vencer en una guerra civil? [47].

También en las comedias los amos son burlados por la astucia de sus siervos, que, ante las previas increpaciones de sus amos, consienten en dejar debilitarse sus razones y, finalmente, aparentan quedar vencidos, a fin de confirmar así el error de los viejos crédulos y granjear favor a costa de la malicia de la traición. Y así se afanan con gran astucia para de este modo engañar siempre y que nunca se les pueda tachar de falsía, porque su verdad está al servicio de la mentira.

¿Y qué de los que andan a caza de novedades y van amontonando rumorcillos con que satisfacer los oídos de los curiosos, para

[47] Lucano, *Farsalia* I 361-366.

por este camino abreviar el logro de lo que desean? Porque son cuidadosísimos observadores de la oportunidad, a fin de no lanzar algo inoportuno, sino cuando en la comida alguno ya está alegre por el vino, o se ha hecho dueño de cualquiera a través de su euforia. Virgilio se acuerda de esta cautela cuando asegura que Dido envió su hermana a Eneas para hacerle desistir, porque sólo ésta conocía las reacciones suaves de Eneas y los tiempos oportunos [48].

Pero ¿quién no va a reírse cuando un mozo de cuadra se autocondecora con un fascio que no vale tres ases [49], y pasa a llamarse de Damma a Marco, con risotadas y burla de quienes le oyen?

> ¡Dioses! ¿Marco se da en garantía y tú
> rechazas prestar dinero? ¿Palideces siendo Marco Juez?
> Lo ha dicho Marco, es así. Pon tu sello en mis tablillas, Marco [50].

Desde luego que se debe captar la benevolencia de todos, la que ella es fuente de amistad y un primer paso para la caridad; pero con honradez, sin tacha, con afán de servicio, por el camino de la virtud, con el fruto de las atenciones, con la integridad de la palabra. También debe estar presente la fiabilidad de los dichos, la constancia de los hechos y la verdad, que es la base de todos los bienes y servicios.

Porque la virtud busca la gracia de los buenos en cuanto es posible, pero se desdeña de obtenerla con fórmulas sucias. Es, desde luego, cosa noble y delicada, pero que desprecia cuanto no es decoroso. Toda belleza que no tiene luz propia es sospechosa. ¿Acaso se miente para complacer? ¿Acaso llama bueno a lo malo y malo a lo bueno? ¿Por ventura instiga al amigo de mala salud, para que haga más locuras? Aun siendo repulsiva toda inducción, es sin embargo peor todavía cuando se añade la autoridad de la naturaleza o de la dignidad para inducir al vicio.

Los filósofos consideran como probable lo que parece así a todos, o a muchos, o a los más discretos, o lo que así parece al artífice en su propia especialidad. Si, pues, Platón o Sócrates enaltecen la sabiduría de alguien, o Aristóteles la agudeza de ingenio, o Cicerón la facundia, o Pitágoras el conocimiento de las matemáticas, o Flaco el conocimiento de la métrica, u Ovidio la facilidad para versificar, ¿quien habrá que no lo crea? Se deslizan más deprisa los acicates de los vicios

> cuando los deslizan en las almas los grandes autores [51].

---

[48] Virgilio, o. c. IV 423.
[49] Persio, o. c. V 76.
[50] Ib. 79-81.
[51] Juvenal, o. c. XIV 32-33.

Sin embargo, no queda seducido el que es dueño de sí mismo, porque, ciertamente, nadie sabe lo que hay dentro de cada hombre, sino su propia alma [52]. Por eso en Virgilio, el pastor dueño de sí y más docto que los más sabios y grandes varones de nuestro tiempo, dice:

> También a mí me llaman poeta los pastores, pero yo no les presto fe [53].

Tú también

> si palideces al atisbar una moneda, bribón,
> si conviertes en lujuria tus antojos amorosos [54],

aunque toda la vecindad te proclame modesto y púdico, no lo creas por más que lo juren. Retén en tu memoria lo que de niño aprendiste:

> No quieras fiarte de lo que dicen de ti otros, más de lo que fías tú de ti mismo [55].

No me sería posible afirmar quién tiene primacía en el vicio: si el que mancilla su lengua con adulaciones, o el que transforma eso en alegría de su corazón. En éste es condenable la ceguedad de su ambición; en aquél, el fraude de cegar. Desde luego, en todas partes es condenado el dolo, pero también la ceguedad de la conciencia procedente de la soberbia y que en ninguna parte se perdona. Aunque el adulador sea más malvado, el adulado no es menos despreciable, ni caería en las redes de la lengua ajena, si no se complaciese en sí mismo. ¿Cómo puede, pues, acusar a otro de adulación quien se adula a sí mismo? Porque se condena a sí mismo con lo mismo con que precisamente acusa al otro, ya que hace lo mismo el que juzga.

Dice el Señor: «¡Ay de los que elaboran almohadillas para todos los que están tendidos y colocan almohadas bajo la cabeza de toda la gente!» [56]. Desde luego que elaboran almohadillas quienes preparan asechanzas para los oídos, quienes amontonan cosas vanas y blandas con las que acarician los oídos, quienes ensalzan las accio-

---

[52] Cf. 1 Cor 2, 11.

[53] *Eglogas* IX 33-34.

[54] Persio, o. c. IV 47-48. Persio dice «amarum» en lugar de «amorum» y la palabra pertenece a la frase siguiente.

[55] Catón, *Disticha de moribus* I 14 (Baehrens, *Poetae Latini Minores* III 218).

[56] Ez 13, 18; cf. Gregorio Magno, o. c. XVIII 4 in Job 27, 5 (Migne, PL 75, 42) citado según Graciano, *Decreto* I 46, 2.

nes de los hombres para adormecerlos con la propaganda de su fama y con un cierto halago de la aceptación ajena.

Es verdad que el uso de cojines y almohadones constituye la blandura del reposo. El cojín se acomoda bajo el codo cuando se alaba no sólo la acción, sino también todo lo que la misma lleva consigo. Todo el mundo deja caer la cabeza sobre la almohada cuando se deleita con las obras de toda su vida, por las palabras de los aduladores.

Y en otra parte: «El edificaba el muro y otros lo enlucían» [57]. Muro construye, y no casa, quien por el defecto de una mente endurecida amontona la maldad de las obras. El que se limita simplemente a hacer un hueco de paso en una pared, siempre estará fuera, pase por donde pase. Todo el que se conduce por la endurecida depravación de la mente queda separado de la comunidad de los santos, y enluce una simple pared todo el que aplaude aduladoramente las malas obras de otro cualquiera.

Es repugnante lisonjear a todos, pero mucho más si recae la adulación sobre varones de reconocido crédito. Y esto hasta el punto de que, según los sagrados cánones [58], está establecido que deben ser irremisiblemente depuestos los clérigos en quienes se descubra que están al servicio de la adulación. Y, desde luego, con razón, porque toda adulación lleva como compañeros frustración, dolo, traición y nota de mentira, ignominia del que la sigue, obcecación ominosa de servilismo y exterminio de toda honradez. ¿No debe, en justicia, tal sujeto ser expulsado del clero y aun de toda la congregación de los fieles?

Cap. 6: *Que los aduladores se han multiplicado alarmantemente, y echan de las mansiones honorables a los varones honrados y a los que no son semejantes a ellos.*

Esta calamidad ha llegado ya, con indignación del Señor, hasta el colmo de que, si surgiera el conflicto, temo que los varones serios y honrados sean los expulsados y no los que expulsen. Esta inmundicia repugnante y morbo canceroso se arrastra serpeando ha-

[57] Cf. Ez 13, 10.
[58] Ivon de Chartres, *Decreto* VI 267; Graciano, o. c. I 46, 3 (ed. Friedberg I 168).

cia todos, de suerte que es excepción encontrar a alguien que no esté manchado con esta epidemia.

Porque todos buscan anhelantes la benevolencia de aquellos con quienes conviven, cosa que no sólo es lícita, sino además honrada, ya que todas las cosas de las que es madre y guía la virtud producen todo lo bueno. Pero cuando esta regla general abandona la inclinación por la moderación, se cae en el abismo y deambulando por lo que se debe y no se debe hacer, con infamia o con buena fama, el cazador de favores, el deshonesto buscón de privilegios, una vez corrompido el amigo, al estilo de las meretrices, se queda con el dinero, agota sus bienes, acumula despojos a su favor y todo lo aprovecha para su medro.

Así acontece que para él no hay odioso servilismo, que no le parezca indecente ninguna obsequiosidad, que se encubra bajo cualquier disfraz para arrebatar fraudulentamente los beneficios de todos los demás.

¿Quiénes son los que resplandecen por su vestimenta, los que caminan envarados, los que se rodean de un enorme tropel de acompañantes, los que se adecentan con el respeto de conmilitones y camaradas, los que se ufanan por los primeros saludos en la plaza, los que ocupan en los banquetes los primeros puestos [59], los que sienten acariciados sus oídos con los títulos pomposos y para quienes se abren los blandos oídos de los nobles, a los que la favorable fortuna eleva y ensalza con el batido de sus alas [60], y de quienes cualquier gran mansión toma la moda y el estilo de su propia disposición? ¡Los aduladores, que viven al acecho de la decisión ajena, mientras servilonamente les suenan las narices!

La verdad es áspera y con frecuencia engendra molestias, cuando no tiene a bien alabar a alguien. Sin embargo, su amargor es más útil y grato para quien tiene íntegra su sensibilidad, que las mieles que destila una lengua de meretriz. Puesto que «mejores son (testigo Salomón) los azotes del amigo que los ósculos engañosos del que adula» [61]. ¿Por qué no? Siempre es preferible la lealtad a la perfidia. No puede quedar incólume la confianza donde se dice una cosa y se simula otra, sobre todo cuando hay propósito y voluntad de hacer daño. Se dice que hay «buena fe», si seguimos a los estoicos, cuando se hace lo que se dice [62].

---

[59] Cf. Mt 23, 6-7.
[60] Cf. Virgilio, *Eneida* I 301; VI 19.
[61] Cf. Prov 27, 6.
[62] Cf. Cicerón, *De Officiis* I 7 § 23.

«Mi luz, mi salvación, mi refugio, mi corazón y mi vida, jefe invicto, el más juicioso de todos los vivientes, el más generoso y liberal de todos, modelo de vida, espejo de virtudes...», y otras muchas frases intercaladas inoportunamente, ¿no están repletas, más que del servicio, del veneno de la adulación? [63]. Porque hay quienes ni siquiera evitan el aspecto de bufones cuando aparentan cultivar la amistad. Dice el sabio que los venenos no se propinan sino untados de miel. No hay insidias más solapadas que las que se esconden bajo ficción de servicio, o bajo el título de una cierta amistad. Estimamos una atención, entrevés una amistad, calibras un afecto: son insidias.

Ni sucede como en las fábulas (porque las ficciones de los poetas rinden servicio a la verdad), que Juno hubiese empujado engañada a Semele al incendio si no se hubiese disfrazado de nodriza y simulado afecto [64].

Piensas que te están prestando un servicio, pero en realidad te están sometiendo a una deplorable y extrema servidumbre. Porque:

> cuando deja caer en oído fácil
> una gota del veneno propio de su naturaleza y su mal proceder [65],

¡que yo perezca si el afectado no aparta de sí a todos los que dicen la verdad sin que les importe ser tachados de aduladores! El que no sólo contradice, sino que ni siquiera consiente con los vicios sensuales y aún más bajos del amigo, es alejado de su casa, y bastante bien le irá si no es además tenido por enemigo.

Y es que realmente ni el consentimiento basta para lograr la benevolencia, sino que es necesario por añadidura aprobar, ensalzar y aplaudir al insensato. Cuando todo lo haga mal, habrá que aplaudirle como si fuera una cosa bien realizada.

Así como la identidad de voluntades es indicio de amor, así cualquiera, por su disconformidad con ella, es tenido por reo de enemistad. Por ello el satírico dice:

> ¿Qué haré en Roma? No sé mentir, no puedo alabar, ni pedir un libro si es malo.
>
> No conozco el movimiento de los astros. No quiero ni puedo prometer a un hijo la muerte de su padre. Nunca he examinado las vísceras de las ranas. Es de otros llevar a mujer casada los

---

[63] Jerónimo, *Epístolas,* 107, 6 (Migne, PL 22, 873).

[64] Cf. Ovidio, *Metamorfosis* III 253 ss.

[65] Juvenal, o. c. III 122-123. El autor modifica alguna palabra, no el sentido.

> dones y recados de su amante adúltero. Nadie llegará a ser ladrón con mi ayuda. Por eso nadie me toma como acompañante, como si fuera manco, paralítico de la mano derecha, un tonto inútil [66].

Huyo ,pues, de ciudad tan llena de obscenidades e intoxicada con el tósigo de sus aduladores.

> Vivan ahí Artorio y Catulo; que se queden los que convierten lo negro en blanco [67].

Y no creas que pinto únicamente los vicios de una sola ciudad. Son propios de todo el orbe. En cuanto a esto, mira al mundo romano. Recuerdo haber oído que un Romano Pontífice [68] solía reírse de los lombardos, porque decía que se quitaban el sombrero ante todos aquellos con quienes hablaban, porque esperaban captar así su benevolencia desde el comienzo de la conversación y derramar sobre sus cabezas el óleo del encomio.

Dice Salomón: «Hijo mío, no hagas caso de los pecadores, aunque te hayan amamantado» [69]. «Porque ponen asechanzas contra su propia vida y traman su propio daño» [70]. «Ten tus pies muy lejos de sus senderos; porque sus pies corren hacia el mal y se apresuran a derramar sangre» [71].

CAP. 7: *Que es preciso evitar desde el principio el engaño de los aduladores; y de lo que se deriva con enorme fuerza de los regalos y del estorbo de las obsequiosidades.*

He aquí un varón sapientísimo que, en la persona de su hijo, adoctrina a todos. Hace sospechoso todo obsequio procedente de los aduladores y los ahuyenta ya desde el principio, tal vez porque el primer ataque de los aduladores es contra quien pretende caminar con rectitud. Todo esto significa tal vez la meretriz que es preciso

---

66 Ib. 41-48.
67 Ib. 29-30.
68 Adriano IV.
69 Prov 1, 10.
70 Ib. 1, 18.
71 Ib. 1, 15-16.

ahuyentar. «Miel destilan —dice— los labios de la meretriz y es su boca más suave que el aceite. Pero su fin es más amargo que el ajenjo, punzante como espada de dos filos. Van sus pies derechos a la muerte, llevan sus pasos al sepulcro. No va por el camino de la vida, va errando por el camino sin saber a dónde. Oyeme, pues, hijo mío, y no te apartes de las razones de mi boca. Tente siempre lejos de su camino y no te acerques a la puerta de su casa» [72].

Aunque todo esto debe aplicarse principalmente a las sectas de los herejes, no es ajeno a la adulación y al fraude. Pues, si no es lícito acercarse a las puertas de su casa, ¿va a ser admitida en lo íntimo del corazón? Por lo demás, teniendo muchas formas el vicio de la adulación, pues unos lo practican con la palabra, otros con el rostro, la obra o el obsequio, es especialmente eficaz cuando va reforzado con las dádivas, o cuando en raras circunstancias lo atestigua la condescendencia. Si piensas de otra manera,

> cómo te engañan los tiempos que vives, cuando estimas
> que el gusto de la miel es más dulce que la dádiva [73].

Esto partiendo del principio de que la prueba del verdadero afecto en estos tiempos de corrupción, es el menudeo de las atenciones dadivosas. Es el arte de las artes: si quieres agradar, da con frecuencia. Si

> sabes ofrecer una ubre de puerca bien caliente, si sabes obsequiar a un pobre acompañante que tirita con un gabán raído,

serás para él un nuevo Mercurio; y si quieres más, serás Apolo,

> más hermoso que Febo y que la hermana de Febo [74].

Ni tienes por qué dejar de esperar la complacencia de aquel a quien alimentas con regalos, ya que los pequeños dones sólo sostienen un pasajero favor falsamente llamado así, y si no se menudean, hacen perecer el nombre de la amistad. Inútilmente se tiene en cuenta la cantidad, a no ser que manejes el alma inflamada con el fuego de la concupiscencia con el aliciente de un frecuente trato y suavices su hambrienta avidez con la repetida frecuencia de regalos.

---

[72] Ib. 5, 3-8.
[73] Ovidio, *Fastos* I 191-192.
[74] Petronio, *Satiricón*, § 109.

Se dice de las águilas que son de tal naturaleza, que cuando han satisfecho su estómago con una dosis de alimento mayor de lo normal, dejan quieta su hambre hasta quince días más tarde, o —como otros prefieren— hasta cuarenta, y desechan los alimentos que se les ofrecen, satisfechas con aquella anterior saciedad.

En cambio, la condición de los ricos es muy otra, y más la de aquellos que prostituyen la amistad haciéndola venal. En cierto modo se parecen más a los hombres que al padecer hambre con frecuencia, con frecuencia necesitan alimentarse. A duras penas pueden soportar el hambre hasta los cuarenta días, sin que se enojen con los amigos, si no llenan el vacío de su avaricia.

Antiguamente se solía representar desnuda la imagen de las Gracias, porque la solidez de la amistad y la sinceridad de la lealtad, sin las que ni siquiera puede subsistir el nombre de gracia, no puede ser ensombrecida por ningún postizo de simulación. Pero, viniendo ya a los seres humanos, que se aman a sí mismos y no a sus amigos, se necesita para agradar el sobrepuesto de la doblez. En ellos la gracia, precisamente porque no es gracia, ya no puede llamarse así, sino cebo de lucro. La gracia ha adoptado rostro de meretriz y no se avergüenza por cualquier vicio mientras tiende a la búsqueda del lucro. Es antiguo el lamento de aquel juicioso que llora el indigno ocaso de la amistad:

> Aquel en otros tiempos venerable nombre de amistad yace,
> puesto en venta, y se sienta para ser comprada como ramera [75].

Consta así, porque, si deja de ser utilitaria, pocos o ninguno habrá que cultiven la virtud de la amistad por sí misma. A la vuelta de tantos siglos, en el rodar de tantas edades, en tanta multitud y diferencia de personas, como dice Lelio, apenas se encuentran tres o cuatro rasgos análogos en el amor. Nuestro árbitro lamenta esto mismo, porque dice:

> La amistad es un nombre que dura en tanto es útil;
> como la pieza va y viene sobre el tablero.
> Mientras permanece la fortuna, amigos, nos mostráis un rostro amistoso;
> si decae, volvéis la cara y huís vergonzosamente.
> La compañía desempeña en la escena sus respectivos papeles: éste hace de padre;
> aquél, de hijo; ese otro recibe el nombre de rico.

[75] Ovidio, *Pónticas* II 3, 19-20.

Pero en cuanto el libreto se cierra con las escenas festivas, reaparece su verdadero rostro y desaparece el fingido[76].

CAP. 8: *De la mundana comedia, o tragedia.*

Ciertamente Petronio usa aquí una similitud apropiada, porque casi todo lo que acontece en la turba de la multitud profana se asemeja más a una comedia que a un acontecimiento verdadero. Dice (la Escritura) que es milicia la vida del hombre sobre la tierra[77]. Pero si un espíritu profético concibiese nuestra época, diría mejor que es comedia la vida del hombre sobre la tierra, donde cada uno, olvidado de sí, representa papel ajeno. Mas tal vez el profeta en su oráculo tiende a enseñar continuamente a luchar a los que aún no se ha tragado la tierra. Porque los que, cautivos del empuje de los vicios, van arrastrados al castigo como el buey al sacrificio, en pos de sus concupiscencias, aunque parezca que corporalmente habitan sobre la superficie de la tierra, son tragados vivos, y vivos bajan al infierno.

Y si seguimos otra semejanza, la tierra está totalmente habitada por aquellos que no son ciertamente ciudadanos del cielo[78], ni saben que haya algo en el cielo para ellos, y solamente se dejan impresionar por lo que se ve sobre la tierra.

También encadena la milicia —y volvamos a las fábulas— a los que no faltan ni la ola de Tántalo, ni el buitre de Ticio, ni la rueda de Ixión, ni la urna de las Belidas, ni la roca de Sísifo, mientras su voluntad, inmersa en el mundo, no puede alcanzar lo que ansía, en tanto vaga alejada del Señor. La vida de estos tales es milicia y también, ciertamente, malicia.

Si no te agrada esta interpretación, conocerás por otra que la vida del hombre sobre la tierra es tentación[79]; y si atendemos a la propiedad del vocablo, su interpretación más frecuente es la del mal. En esta tentación o milicia, aunque el Señor se haya reservado siete mil para Sí[80], casi todo el mundo, según el juicio de nuestro árbitro, parece que está desempeñando un papel teatral, atendiendo de algún

---

[76] Petronio, o. c. § 80.
[77] Job 7, 1.
[78] Flp 3, 20.
[79] Así citan a Job 7, 1, según una antigua versión latina, Jerónimo, Agustín y otros autores.
[80] Cf. 1 Re 19, 18.

modo a su comedia, y —lo que es peor— insistiendo en ella hasta el punto de no poder retroceder cuando es necesario. He visto a los niños aún balbucientes imitar de tal modo los defectos de pronunciación (de los mayores), que más tarde no podrán hablar correctamente, aunque lo deseen. La costumbre, como dice alguien, difícilmente se desaprende [81], y la costumbre sostiene otro modo de ser, de tal modo que aunque

> trates de alejarlo con un horcón, siempre volverá a su puesto [82].

De ahí que el moralista, con prudencia desde luego y utilidad, diga: «Elige para ti, desde la primera edad, el mejor estilo de vida, y él te lo hará agradable con el uso» [83].

Por eso esta comedia, ya secular, ataca el sentir de los grandes varones. El variado aspecto de los tiempos constituye cierta variedad de los actos. Desde luego, los actores sirven a la acción teatral, mientras en ellos se realiza el juego de la burlona fortuna. ¿Qué otra cosa es, si no, el que la fortuna decore con una espléndida y lujosa púrpura y encarame hasta la cumbre del reinado al último desconocido, o a otro, ya purpurado antes de nacer, lo expulse de la cumbre del imperio hacia las hostiles cadenas y, sometido a esclavitud, lo precipite a calamidades extremas; o, lo que es frecuente, manche las infames espadas con la sangre, no sólo de los tiranos y aun de los príncipes, sino aun con la de los hombres de bajo nivel social y aun con la de los despreciables esclavos?

> Si la fortuna lo quiere (dice), hará de un retórico un cónsul;
> y, si lo quiere, ella misma dejará a un cónsul convertido en retórico [84].

También, según lo dicho, la vida de los hombres parece ser más semejante a la tragedia que a la comedia, porque casi siempre tiene un final triste, mientras todas las dulzuras del mundo, por exquisitas que sean, se avinagran y a la gran alegría sucede la congoja [85].

Por mucho que los inicuos florezcan en sus caminos y se doren con el cúmulo de los bienes prósperos, y les sirva a su antojo la fortuna, ésta al final trastornará sus pasos y les será tan amarga como el ajenjo. «¿Cómo es que viven los impíos —dice el bienaven-

---

[81] Cf. Quintiliano, *De Institutione Oratoria* I 1 § 5.
[82] Horacio, o. c. I 10, 24.
[83] Cf. Seudo-Cicerón, *Ad Herennium* IV 17 § 24.
[84] Juvenal, o. c. VII 197-198.
[85] Prov. 14, 13.

turado Job—, se prolongan sus días y se aseguran en su poder? Su prole persiste con ellos en su presencia, y tienen ante sus ojos a sus retoños. Sus casas son paz, no hay en ellas temor, no cae sobre ellos la vara de Dios. Sus toros fecundan y no languidecen, y sus vacas paren y no abortan. Sacan fuera a sus pequeños cual rebaño, y sus niños saltan de contento; bailan al son del tambor y de la cítara y saltan al son de la flauta. Pasan sus días placenteramente, y tranquilamente bajan al sepulcro en un momento» [86].

¿Qué término de la alegría anterior puede ser más amargo, o qué final de vida más desgraciado? Porque esta es la vida de los que «no tienen parte en las humanas aflicciones y no son atribulados como los demás hombres» [87]. Desde luego, mientras se ensalzaban, los precipitó el designio del Señor. Porque a El es a quien hay que atribuir todo, y no a la fortuna. Esta, o procede de El, o (como más bien creo) no es absolutamente nada. Por ello dice el moralista:

No llames ciega a la fortuna, que no existe [88].

También Homero, en su obra de tan célebre perfección, desdeñó conocer la fortuna, hasta el punto de que ni siquiera la nombra en sitio alguno de ella. Consideró preferible atribuir a solo Dios —al que llama MOIPAN— todo lo que debe ser gobernado, más que atribuir cualquier cosa al concepto temerario de la fortuna, de la que consta absolutamente no ser diosa; como es también cierto que la llaman y pintan ciega. Es inútil tachar de ceguera a la que no se puede encontrar en la naturaleza de las cosas.

De ahí también se deduce que no existe la casualidad, si alguien llama así cualquier acontecimiento inesperado, ya que nada sobreviene cuya legítima causa y razón no la haya precedido; y el predicador fiel enseña que nada se hace sin causa en la tierra [89]. Pero porque algunas cosas acontecen fuera de la intención de los agentes y sobrevienen sin que ellos las esperasen, se encierran en la denominación de casualidad, aunque legítimamente hayan sido previstas por la mente del que las dispuso, como todas las que se ven enlazadas con los nexos de la necesidad natural. Por consiguiente, consta que aun esta misma contingencia está ligada a la primera causa de todo, y en ella convergen todas las demás cosas. Y, en mi modesta opinión, es ne-

---

[86] Job 21, 7-13.
[87] Sal 72, 5.
[88] Catón, o. c. IV 3 (Baehrens, *Poetae Latini Minores* III 230).
[89] Job. Cf. 5, 6.

cesario que se deduzca de ella la puesta en existencia de todo cuanto existe.

Tal vez los más avispados se rían de mi necedad porque sostengo la existencia de Dios, deducida de la de todas las cosas; pero los peripatéticos me enseñaron, y con probabilidad, que por los efectos se deduce la causa. Y más aún, los doctores de la fe infieren la existencia de una causa, precisamente por la existencia de todo cuanto existe, de la que todo viene, por la que todo existe, en la que todo se contiene y sin la que nada puede haber sido hecho ni subsistir [90]. Por tanto, si alguna vez atribuimos algo a la fortuna, no prejuzgamos de su existencia, sino que como estamos hablando a seres humanos, usamos términos humanos, toscos, tratando abundantemente (como ya dijimos antes) [91] de todas y cada una de las cosas, pero sin aportar explicación sutil de ninguna.

Y si esto se admite con tolerancia, ¿qué nos impide escuchar lo que fue escrito por los filósofos gentiles para utilidad de todos? «Pues todo cuanto está escrito, dice (el Apóstol), para nuestra enseñanza fue escrito, a fin de que por la paciencia y por la consolación de las Escrituras estemos firmes en la esperanza» [92].

Pues mientras la paz se halla lejana para los hijos de Adán, hijos que han nacido para el trabajo, que están preparados para la tribulación, que han sido concebidos en pecado, dados a luz con fatiga, que corren más que caminan hacia la muerte, cuya tristeza nada supera; es necesaria la paciencia y útil la consolación que fortalece y anima a los predestinados con la esperanza de los bienes futuros, procedentes de la inmensidad de la clemencia divina. «Oh protector de los hombres —dice el bienaventurado Job, expresando en sí mismo las calamidades del género humano—, ¿por qué me haces blanco tuyo, cuando ni a mí mismo puedo soportarme?» [93]. Efectivamente, no hay nadie que examinando sus propias culpas, no encuentre causa y materia de dolor, cuando, según el testimonio de la misma Filosofía, acontece que a cada uno le sobreviene lo que no quisiera y se le escapa lo que desearía [94]. De ahí que el alma fiel, a la que se le va difiriendo el gozo de la beatitud, con el riego inferior busca el superior [95].

---

[90] Cf. Rom 11, 36; Jn 1, 3.
[91] Cf. *Policraticus* II 22.
[92] Rom 15, 4.
[93] Job 7, 20.
[94] Cf. Boecio, *De Consolatione Philosophiae* III prosa 3.
[95] Cf. Jos 15, 19: «pues que me has heredado en tierra de secano, dame también tierra de regadío».

Para que acomodemos, pues, nuestros píos oídos a las ficciones de los gentiles, el fin de todas las cosas es una tragedia; o una comedia, si es que este nombre nos agrada más; que no hay por qué discutir por esto, con tal que entre nosotros quede constancia de que, conforme al parecer de Petronio, casi todo el mundo hace el papel de histrión. Cosa que cierto egregio escritor de nuestro tiempo versado en lenguas paganas expresó con elegantes palabras:

> La suerte ciega revuelve los ridículos trabajos humanos. Nuestros tiempos son juego y burla para los dioses [96].

El escenario para esta tan inmensa, admirable e inenarrable comedia, o tragedia, se acomoda a ella de modo admirable. Su superficie es tan inmensa como la del orbe. Es muy difícil que alguien de fuera sea admitido; o que, estando dentro, pueda ser expulsado mientras lleve sobre sí el vestido de barro de la carne. Es necesario desvestirse de ella con tanta delicadeza, que pueda pasar por el ojo de una aguja, sin tocarla. De otra manera, nadie sale incólume, tal vez porque la Estigia envuelve nueve veces por entero esta vasta superficie [97].

«Miré —dice el Eclesiastés— todo cuanto se hace bajo el sol, y vi que todo era vanidad» [98]; porque todo cuanto se aparta de la sólida situación de la verdad está sujeto a una vanidad consonante con nuestra comedia. Toda criatura está sujeta a la vanidad aun sin quererlo [99]. Porque aunque nuestra morada esté encerrada dentro de nueve círculos, o mejor, de nueve esferas [100], todos saldremos necesariamente de aquí alguna vez, y a todos nos transportará el inexorable Caronte en la barca tan vieja como él mismo. A todos suceden siempre otros, y así el hombre perecedero permanece en su especie como, a pesar del paso del agua, queda en la misma corriente el río conocido. «¿Dónde están —dice (el profeta)— los príncipes de las naciones, expertos en la guerra desde su origen, los que se divierten con las aves del cielo y amontonan el oro en que confían los hombres» [101]; «los que añaden casas a casas, los que juntan campos y campos hasta acabar, al término, siendo los únicos propietarios en medio de la tierra» [102]. E inmediatamente hace notar lo que ya es

---

96 No consta con certeza a qué autor se refiere, según Webb.
97 Cf. Virgilio, *Geórgicas* IV 480; *Eneida* VI 439.
98 Ecl 1, 14.
99 Rom 8, 20.
100 Cf. Cicerón, *De Somnio Scipionis*, 4.
101 Bar 3, 16-18.
102 Is 5, 8.

persuasión de todo el mundo por la constante experiencia: «Han bajado al Hades, y otros surgieron en su lugar» [103].

Sin embargo, hay buen trato para los que salen (de esta vida), y no son arrastrados por este juego de la fortuna para ser expulsados a las tinieblas exteriores donde será el llanto y el crujir de dientes [104]; ni pasan de las nieves fundidas, que el santo Job recuerda [105], al calor intolerable. Son bien tratados los que esperan sus Campos Elíseos y a quienes ilumina el verdadero sol de justicia.

Pero ¿por qué excluyo con mis pobres palabras los Campos Elíseos de los limitados términos de las cosas mudables?

Ciertamente están incluidos en parte, patentes en la grandeza de las almas buenas, a quienes el Padre de los astros [106] ha concedido que se consagren con toda vehemencia al conocimiento y amor del bien. Con razón dice el moralista al hombre inquieto que busca una insuficiente felicidad fuera de sí mismo:

> Lo que buscas está en todas partes, está en Ulubres,
> si no desfallece tu ecuanimidad de ánimo [107].

CAP. 9: *Que el mundo tiene sus Elíseos; y que es la misma la fe de nuestro tiempo y la de nuestros antecesores, y los que cultivan la virtud son los espectadores de este teatro.*

El mundo, pues, tiene sus Elíseos

> y conoce su sol y sus estrellas [108].

Porque la virtud es como un rayo que, procedente de la fuente solar, se ha dado a todos en uso, y hace resplandeciente todo cuanto alcanza su claridad. De ahí que también aquellos a quienes ha afluido la hermosura de este rayo, como imagen reflejada de sí mismo, resplandezcan inmediatamente con claridad ante la mirada de los

---

103 Bar 3, 19.
104 Mt 8, 12.
105 Job 24, 19.
106 Cf. Sant 1, 17.
107 Horacio, o. c. I 11, 29-30. Ulubres era un pequeño pueblo del Lacio.
108 Cf. Virgilio, *Eneida* VI 641.

que tienen en su derredor, y se hagan en cierto modo gloriosos con el título de tal fuerza.

En realidad sólo puede estar glorioso el que «se gloría en el Señor. Pues no es el que a sí mismo se recomienda quien está probado, sino aquel a quien recomienda el Señor» [109]. Esto únicamente lo merece la verdadera virtud y no cualquier imagen de virtud. Pienso desde luego que todo lo que los filósofos atribuyen gloriosamente a sus méritos como don de la Naturaleza o por el ejercicio de la inteligencia, prescindiendo de la gracia, cae en esa imagen, y con ello precisamente se entontecieron en sus razonamientos, confiados en su libre albedrío. Y llamándose a sí mismos sabios, se hicieron necios y como tales se mostraron. De ahí que el moralista diga:

> Bastante hay con orar a Júpiter que da y quita; que me dé riquezas. A mi propio espíritu lo prepararé yo mismo [110].

Otro dice también:

> No tienes divinidad alguna, si existe sensatez; pero nosotros, ¡oh Fortuna!, te hacemos diosa y te situamos en el cielo [111].

También Catón, aunque no conociese al verdadero Dios y anduviese perdido entre las aberraciones de los paganos, despreció, sin embargo, en Libia, los oráculos de Júpiter, a quien reverenciaba, juzgando que se bastaba a sí mismo para hacer lo que tenía que hacer [112]. Y, cierto, la misma imagen de la virtud lleva en sí determinada claridad de belleza y dignidad, de modo que cuanto se ve bajo su luz, parece ya, por su mérito, ser honrado y digno.

En cambio, bajo ningún aspecto es digno lo que queda ensombrecido por las tinieblas de la ignorancia; ni puede nadie resplandecer sino en la fe de Aquel que es «la Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» [113]. De aquí se deduce que no puede haber verdadera virtud sino bajo el conocimiento y culto del verdadero Dios. No dejó de hacer constar esto la visión del profeta Ezequiel, que aseguró que tanto los que antecedieron como los que vinieron después de la venida de Cristo, tenían la misma confesión de fe [114]. Porque la fe de los santos del Antiguo y Nuevo Tes-

---

109 2 Cor 10, 17-18.
110 Horacio, o. c. I 18, 111-112.
111 Juvenal, o. c. X 365-366.
112 Lucano, o. c. IX 543 ss.
113 Jn 1, 9.
114 Cf. Gregorio Magno, *Homilia in Ezechielem* II 4 § 7 (Migne, PL 76, 977-978).

tamento sólo se distingue en que éstos ya se congratulan de haberse cumplido lo que aquellos deseaban y esperaban que se realizase.

Sea, pues, venerable la imagen de la virtud, ya que su sustancia no puede subsistir sin la fe y el amor. Y ¡ojalá se encuentren entre nosotros quienes tengan siquiera la imagen de la virtud!

Porque ¿quién podrá abrazar a la misma virtud? [115].

¿Quién se viste siquiera con la sombra de las virtudes en las que vemos que aun los gentiles florecieron, aunque privados de Cristo no alcanzasen el fruto de la verdadera bienaventuranza? ¿Quién imita la diligencia de Temístocles, la gravedad de Frontón, la continencia de Sócrates, la confianza de Fabricio, la inocencia de Numa, el pudor de Escipión, la longanimidad de Ulises, la sobriedad de Catón, la piedad de Tito? ¿Quién no venera todo esto con admiración?

Todos alaban la virtud, y, sin embargo, la vemos abatida [116].

Todos los ya citados, así como otros muchos parecidos a ellos, grandes y laudables varones, resplandecieron como astros de sus siglos, ilustrando sus tiempos, siendo adelantados de sus coetáneos en toda la participación de justicia y verdad que, por disposición divina, les había sido comunicada. De la misma manera, en las generaciones sucesivas del pueblo fiel, nunca faltaron al género humano, para rechazar las angustias de las tinieblas de su noche y de su ceguera, sus propias estrellas, varones nobles por el título de su virtud y refulgentes con las preseas de sus grandes obras, con cuyo ejemplo se muevan siempre otros nuevos.

¿Acaso no enseñó Abel la inocencia y Enoch la limpieza de conducta? ¿Qué no tuvo Noé de longanimidad en la esperanza y en la acción? ¿Qué le faltó a Abrahán de obediencia fielmente cumplida? Isaac enseñó la castidad matrimonial, y Jacob, el aguante en los trabajos. José recompensa con la retribución del bien a sus hermanos parricidas y les enseña a devolver bien por mal. A Moisés se le enseña la mansedumbre ante los muchos millares de un pueblo endurecido en su incredulidad, con la que constantemente irritan a Dios. Queda también patente la magnanimidad confiada de Josué ante las adversidades inminentes. Nos da ejemplo de paciencia Job [117]. El Bautista, precursor de la gracia del Salvador, mientras predica la

---

115 Juvenal, o. c. X 141.
116 Ib. I 74.
117 Cf. Gregorio Magno, *Moralia,* Praef. 6 § 13 (Migne, PL 75, 524).

penitencia y la huida de los vicios, saca a luz la confesión de la verdad y afila las lenguas de todos los fieles para maldecir la injusticia y condenar la iniquidad.

¿Qué puedo citar de los Padres del Nuevo Testamento, cuyos ejemplos constituyen la disciplina de las costumbres y las formas de vida verdaderamente rectas? Indudablemente éstos son los siete mil varones que Dios reservó para Sí, y no doblaron sus rodillas ante Baal, ni prostituyeron sus almas, de tan gran valor, ante cualquier vanidad [118]. Estos son los tenidos como locos por los insensatos, porque no quieren ser copartícipes de la locura ajena. Y son estimados como destinados a un término indecoroso, porque se desdeñan de manchar la dignidad de la naturaleza humana con los ropajes de un histrión. Estos son, probablemente, los que desde la alta cumbre de las virtudes desestiman el teatro del mundo y, despreciando el juego de la fortuna, no son empujados por ningún atractivo a las vanidades de falsos devaneos. Estos ya gozan de sus propios Campos Elíseos, conocen muchas cosas para su propio provecho, y derivan hacia él todo lo que han visto. Porque cuando el alma fiel es elevada de la tierra, es cuando finalmente atrae todo hacia sí [119]. Contemplan éstos la comedia del mundo con Aquel que está por encima de todo e indefectiblemente se preocupa por los hechos y los proyectos de los hombres. Si todos están actuando en el escenario, parece lógico que haya algún espectador.

Que nadie se queje de no tener alguien que no vea sus actos y movimientos, ya que están actuando a la vista de Dios y de sus Angeles y de unos poco juiciosos que son espectadores de estos juegos de circo. Lo más acertado es que enrojezca de vergüenza quien actúa bajo tan poderosa Luz y se afea con mímica tan vergonzosa.

Cap. 10: *Que las personas se acomodan unas a otras, y, disociadas, pierden valor; de Cleopatra, Augusto y Escipión; que los romanos vivieron entregados a la vanidad, y cuál sea la finalidad de la adulación.*

Desde luego, en este juego de la fortuna, los personajes se acomodan unos a otros; si alguno de ellos se disocia, cambia totalmente

[118] Cf. 1 Re 19, 18.
[119] Cf. Jn 12, 32.

el sentido del espectáculo, como si, por ejemplo, quitas a Gliscerio o a Pánfilo [120]. Irremediablemente, eliminado uno de los dos, perece el nombre del otro; y si eliminas de entre los amantes al sospechoso vejete, Davus, o no existe, o no tiene razón de ser. De aquí viene aquello:

> Labieno era fuerte con las armas
> del César; ahora, desertor, se ha envilecido,
> y recorre tierras y mares con el jefe que ha preferido [121].

Y es que si por decreto de la fortuna se disocian las personas que estaban avezadas a actuar con entendimiento mutuo, la consecuencia ordinaria será que una y otra resulten ineptas para desempeñar su papel y depreciadas, como si su razón de ser quedara eliminada. Quedaron inutilizadas las liviandades de Cleopatra, desde el momento en que no encontró a un César o un Antonio. Hay que reconocer que con su atuendo y estilo de ramera y cara de lo mismo, dominó con sus liberalidades al César dominador del orbe. De aquí que el poeta, exteriorizando su preocupación por la alcahuetería, añada:

> El rostro se presenta suplicante, y su figura incestuosa remata el efecto de sus palabras [122].

Ahora bien, cuando Julio César quedó eliminado del acontecer humano, la que se había gloriado de su unión con el emperador tuvo la osadía de fingirse sierva del nuevo príncipe de los romanos. Y, desde luego, no sin éxito, ya que encontró a Antonio resuelto a todo. Este pensaba que lo único que le faltaba para igualar su gloria a la de César era subir a su mismo tálamo. Sucesor de los asuntos de Pompeyo y (como simulaba) de los derechos del César, confiaba más en la temeridad de la fortuna que en la conciencia de la virtud.

Cuando la audacia de su impudor femenino se acercó a solicitar a Augusto, frustrada en su esperanza, calificó de injuria el amor de Augusto por la decencia, dio nombre de soberbia a la castidad y juzgó que era necesario hacer la guerra contra aquel del que sabía, por propia experiencia, que había sido más fuerte que Julio César. Intentó todos los sistemas de hacerle daño, y, capturada finalmente y postrada a los pies de Augusto, tuvo aún la osadía de solicitar los ojos

---

120 Personajes de la comedia *Andria,* de Terencio.
121 Lucano, o. c. V 345-347.
122 Ib. X 105.

del caudillo. Inútilmente, porque su hermosura estaba por debajo de la decencia del príncipe.

Por eso, cuando desesperada conoció que estaba reservada para la entrada triunfal del emperador, aprovechando un descuido de sus vigilantes, se escapó y se refugió en el mausoleo de los Reyes; y allí, vestida con sus más llamativas ropas y ungida con los perfumes más exquisitos, y con su estrado repleto de las preciosidades más costosas, se colocó junto a su Antonio, y depositando un áspid sobre sus propias venas y otro sobre su pecho, acabó así con una muerte parecida a un sueño. No lograron evitar este final los psilos, convocados por mandato de Augusto, que suelen extraer el veneno con sus lenguas, pues llegaron demasiado tarde [123].

Bien merecía extinguirse de tal manera aquella prostituta venenosa, nacida para corromper las costumbres de varones nobles y expugnar su castidad. Realmente, la que antes había imperado sobre reyes y emperadores y había estado maquinando la destrucción del Imperio romano, desventurada y tal vez nada digna de compasión, se proporcionó a sí misma un fin teatralmente trágico. Entre tantos y tan preclaros títulos a que se hizo acreedor Augusto, debe incluirse el de su firmeza invulnerable ante el cúmulo de tanta pestilencia.

En Escipión el Africano, con todo, encontramos algo de igual mérito. Después de su singular victoria sobre Aníbal, mereció gran alabanza por su insigne moderación. Porque Aníbal exterminó sin piedad el ejército de sus enemigos los romanos hasta que ordenó a sus soldados hacer descansar la espada. Con los cadáveres de los vencidos mandó levantar un sólido puente sobre el torrente Vegello. Envió dos modios [124] de anillos a Cartago para hacer con ellos la ofrenda de un escudo de oro a su patrón de Libia, Marte, por tan insigne victoria. Y sin género de duda hubiera llegado para Roma su último día, si Aníbal hubiese sabido aprovechar su victoria lo mismo que supo vencer. En venganza de sus muertos, el Senado envió a Escipión el Africano, que recuperó tan felizmente la provincia perdida, desde los Pirineos hasta las columnas de Hércules y el Océano, que apenas se puede decir si venció con más facilidad o con más rapidez. También ordenó que se devolviesen a los bárbaros los muchachos y muchachas de gran belleza cautivados por Aníbal, y ni siquiera permitió que se ofreciesen a su vista algunos de ellos, para

---

[123] Cf. Suetonio, *Vitae Caesarum: Augustus,* 17.
[124] Antigua medida romana para áridos = 9,25 l.

que no pudiera sospecharse que les hubiera dirigido miradas que acabasen con la integridad de su pureza.

El historiador de la Guerra Púnica, Tito Livio, narra cómo se le rindió Aníbal, y cómo un lauro en la popa de su nave capitana manifestaba su decisiva victoria [125].

Por lo demás, en aquel triunfo y gloria, ¡qué actitud más modesta la de tan gran ciudadano, que no admitió ser saludado como vencedor, sino por Aníbal y algunos otros escasos cómplices que habían roto fraudulentamente las equilibradas condiciones de paz! Incluso expulsó del ejército, como reos de adulación y enemigos del bien público, a los que no se sometieron a la prohibición de saludarle como vencedor. Y eso que, desde luego, todavía no se había desprendido completamente de esa caricia de los oídos, como sucedió al linaje de Eneas, que no llegaban a dejar de deleitarse con las adulaciones. Porque, aunque al principio fueron muy juiciosos respecto de tal vicio (que niegan tener su origen en la ligereza troyana), es patente por las historias que siempre adolecieron de él [126]. De ahí el dicho: «Todo romano, o corrompe o es corrompido por la adulación.» Desde luego que, si no con las palabras, pueden ser corrompidos con los obsequios del que intenta engañar. Quienes no se dejan vencer por pequeños regalos, caen con los honores.

Rómulo, con el sacrilegio de su parricidio y la sangre de su hermano, consagró Roma a sus dioses para obtener su favor; y, seguidamente, acosado por los fantasmas, aplacó al hermano asesinado con el vacío honor de simular que compartía el mando con él. Y el pueblo romano, que degollaba con fiel regularidad a sus emperadores, los edificaba después con más fidelidad aún, cubriendo su manifiesta perfidia con ese inútil consuelo, como si suministrasen una copa exquisita al que habían asesinado y manifestasen mentirosamente que habían pasado a la categoría de dioses; como si el Omnipotente no tuviese capacidad para regir el cielo y el mundo sin solicitar ayuda de los tiranos. Quedaron así transformados en divinidades nacionales o, como otros prefieren llamarlos [127], en héroes los que la perfidia de los romanos había juzgado indignos hasta de la vida humana. Ahí radica la causa de que los príncipes, aun los iluminados por la luz de la fe verdadera, se atrevan y complazcan en ser apellidados divinos, por oficio de la vieja costumbre y contra la verdadera fe.

---

125 Cf. *Ab Urbe Condita* XXXII 1 § 12.

126 Cf. p. e. Orosio, *Historia adversus Paganos* IV 13 § 17; Agustín, *De Civitate Dei* II 13.

127 Cf. Macrobio, *Commentarium in somnium Scipionis* I 9 §§ 7-8.

En cuanto a las palabras, la perfidia del pueblo romano sobrepasa la del griego, hasta el punto de que se introdujo la indignidad de la adulación en tal grado, que llegó a convertirse para el pueblo en uso generalizado. Esta nación, con el prestigio de su nombre, inventó y transmitió a sus inmediatos sucesores y a los demás de su linaje los vocablos con que mentimos a los señores, dando tratamiento plural a lo que es singular.

Si te preguntas cuándo sucedió esto, trae a tu memoria el tiempo en que Cayo César, no sé si despojándose de la dictadura o más bien perfeccionándola, y acomodándose a todo, se apoderó de todo.

Me viene a la memoria con frecuencia la imagen de aquel tiempo cuando el manejo total de los súbditos queda supeditado al capricho de los poderosos, hasta el punto de estar aquéllos resueltos, aunque sea con repugnancia propia, a dictar sentencia de destierro o de muerte contra sí mismos. De aquí procede el terrible poder; de aquí los aguijones de la conciencia que se abrasa y se angustia, que martirizan a los corazones medrosos y, aun así, reclaman la total autoridad. Hasta tal punto, que los sacerdotes cierran los ojos a los preceptos de la Ley divina, los más ancianos desconocen la sabiduría, los jueces ignoran el Derecho, los que tienen mando no saben lo que es la autoridad; el ciudadano libre, sujeto a la disciplina, desprecia la libertad, y la masa entera del pueblo no sabe lo que es el reposo y la paz. Porque cuando todos son traídos y llevados por la voluntad del que preside, todos y cada uno quedan privados de su libre albedrío.

¿No fue éste el tiempo en que:

> los Padres se sentaban dispuestos a votar
> el Reino, los templos, la matanza del Senado,
> o la violación infame de sus nueras... [128];

y sólo se actuó bien con el pueblo, porque César «tuvo vergüenza de pedir más de lo que el pueblo estaba dispuesto a tolerar?» [129].

¿Acaso el criterio del tirano no pasó a quienes le sucedieron en la tiranía, porque el pueblo sospechaba que prefería prescindir de las leyes a que éstas fueran obedecidas por los humildes? Y se guarda una sombra de libertad en el hecho de que cada uno simule haber deseado lo que precisamente se ordena; y hace, más aún, parece hacer, de la necesidad virtud cuando une el consenso a la necesidad y abraza con acción de gracias lo que se ve constreñido a hacer.

---

[128] Lucano, o. c. III 109-110; cf. 307.
[129] Ib. 111-112.

Desde luego no hay ni un ápice de verdadera libertad ciudadana donde la adulación y la vanidad lo reclaman todo para sí y no dejan nada para la verdad y para la virtud. No dudes de que la adulación no existe sin el engaño, ya que, haciendo el papel de adulador, Gnatón confiesa:

> Cuando más engaño es cuando más triunfo [130].

Porque así como el intento del orador es persuadir con la palabra y el del médico curar con medicinas, el fin del adulador es engañar con la lisonja. Ya que:

> Canta con dulce son de flauta el cazador mientras engaña al pájaro [131]

y le propina venenos untados de miel, para que surtan su efecto más rápidamente. Pero

> no está siempre en manos del médico el que el enfermo vuelva a levantarse [132],

ni el orador logra siempre su fin cuando éste depende de otro. Y así el adulador no siempre consigue engañar o prevalecer sobre su amigo. Sin embargo, no por eso falla su intención, si no ha omitido nada de lo que estaba en su mano hacer.

Ulises no se escapó de las voces de las sirenas porque careciese de inclinación a la belleza, sino porque opuso la fuerza de su sólida virtud a los estímulos de la pasión y a los vanos atractivos de la prostitución [133]. Asimismo ¿qué mañas omitieron los tentadores fariseos y los insidiosos herodianos para atrapar a Aquel en cuya boca no se halló dolo? [134]. «Maestro —dicen—, sabemos que eres sincero y que enseñas con verdad el camino de Dios sin darte cuidado de nadie, y que no tienes acepción de personas» [135]. Pregunto: ¿puede haber algo más persuasivo? Y, sin embargo, la interrogación siguiente denuncia con cuánto engaño y envidia va formulada: «¿Es lícito pagar tributo al César, o no?» [136]. ¡Así se prepara el lazo para los

---

130 No aparece en *El Eunuco* de Terencio.
131 Catón, o. c. I 27 (Baehrens, *Poetae Latini Minores* III 220).
132 Ovidio, *Pónticas* I 3, 17.
133 Cf. Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* IV 2-3 (Migne, PL 15, 1612-1613).
134 Cf. 1 Pe 2, 22.
135 Mt 22, 16.
136 Ib. 17.

pies del inocente! Y para hacerle caer, la iniquidad tiende inútilmente a sus trampas. Porque si determinase que había que pagar tributo al César, declararía, en consecuencia, que estaba sujeto a tal tributo el pueblo elegido por el Señor, el linaje libre, la preclara parcela escogida que sólo se hallaba sometida al tributo de los diezmos, primicias y ceremonias legales. Mas si hubiese respondido a los guardianes de la salud y la paz públicas que había que negar el tributo al César, podría haber sido delatado justamente por los publicanos como autor de sedición y reo de lesa majestad imperial. Pero del mismo modo que es inútil extender las redes a la vista de los pájaros [137], así quedan sueltos todos los lazos de la calumnia, cuando siéndole mostrada una moneda del tributo, define que a cada uno le debe ser devuelta su propia imagen: al César lo que es del César, de modo que Dios no sea defraudado en lo que le pertenece.

Desde luego, no todos logran escapar de los lazos de las seducciones, unos porque no las prevén; otros, porque, aun previéndolas, no las quieren eludir. Una cosa sí es cierta: que los que están entregados a este vicio no quieren nada con la virtud, como los que pasan su vida en la cocina no tienen deseo de oler bien.

Cap. 11: *De los dadivosos y prometedores, y de que el prometer no se compagina con la virtud.*

La gran palanca de los aduladores es que, olvidados aparentemente de sus propios intereses, parece que se afanan por lograr bienes para otro, hablando raras veces, o nunca, de lo suyo propio y siempre o con frecuencia del provecho del que pretenden atrapar. Contén, además, tu mano para evitar recibir algo aun contra tu voluntad, mientras fluye un Jordán [138] de la boca del que, mientras lo ansía todo, juzga que todo le compete por derecho propio.

La hambrienta gula de algunos animales, mientras comen, mira con envidia la comida de otros hasta que se encuentran hartos, e incluso sospechan que se les está defraudando por la comida con que se alivia el hambre ajena. De este mismo modo, el hombre afortunado estima a veces que se le defrauda en lo que por cualquier motivo se adjudica a otro. Testigo de esto es Craso, quien, disimu-

[137] Cf. Prov 1, 17.
[138] Cf. Job 40, 28.

lando su condición de soldado, precisamente porque él sólo (o más que otros) tenía sed de oro, oro bebió, estando entre los partos [139]. También Yugurta desarmó y desarticuló a menudo al ejército romano, e incluso hizo tambalearse el prestigio de la misma Roma, ya regalando muchas cosas, ya prometiéndolas de cuando en cuando. Hacer esto es factible para ellos, y aun aprovecha con frecuencia a los acostumbrados a regalar.

Por el contrario, no resulta provechosa la mera promesa para conseguir simpatía. Al revés, la decepción fraudulenta desvanece con frecuencia aun la gracia que podía esperarse. Esto es tanto más válido cuanto más grave y prudente es el varón con quien se hacen gestiones de este género, porque resulta más patente y queda descubierta con más facilidad la simpleza de los que vienen con rodeos insidiosos. Por eso aquel que llenó de amores lascivos no sólo a Roma, sino al orbe entero, instruyendo al solicitador impúdico de muchachitas, dice:

Promete. ¿Qué te impide prometer?

Sin embargo, el filósofo afirma que esto no resulta práctico nunca o sólo rarísima vez y con motivo proporcionado. Porque si no tienes medios de cumplir lo prometido, es temerario el prometer lo que no puedes dar. Porque si existe posibilidad de dar, a no ser que la intención manifestada se haga realidad, el que promete no consigue la gratitud por lo prometido, sino el baldón de la mentira.

Si se cumple con dilación lo prometido, se enturbia el esplendor de la liberalidad y aun el encanto mismo de la dádiva, dado que parece que quiso y no quiso, al diferir el cumplimiento de lo prometido [140]. De ahí que el egregio versificador diga:

Cualquiera puede enriquecerse a base de promesas [141].
La demora del donante empaña su mérito. Los obsequios practicados con celeridad
conllevan más alabanza y favor [142].

Por otra parte, ¿quién está cierto del futuro hasta el punto de saber si podrá, y cuándo, cumplir lo que ahora retrasa? ¿Acaso el consejero de la verdad, el definidor de la fe, el vaso de elección

---

139 Texto oscuro del que no se ha encontrado referencia segura. Floro (*Epitoma* I 36) habla del oro fundido vertido en la cabeza cortada de Creso.
140 Ovidio, *Arte de Amar* I 443-444.
141 Cf. Séneca, *De Beneficiis* II 5 § 4.
142 Autor desconocido, según Webb.

(me refiero al Doctor de las gentes) no dejó frustrados los deseos de los fieles que estaban esperando su llegada? ¿Qué otro significado tiene aquella excusa de sí mismo por la que hace constar que en él no hay un «sí» y un «no», sino solamente un «sí», y protesta no haberlo hecho por ligereza? [143]. Si él no pudo hacer lo que se había propuesto (y él quería realmente lo que prometió), porque Dios se lo había impedido, ¿qué persona prudente se comprometerá a hacer lo que depende de las facultades de la Naturaleza, cuando puede ser fácilmente estorbado por innumerables causas? Debe añadirse a esto que cualquiera, por justos motivos, puede cambiar de intención. Puede ser estimado digno de un favor, según las circunstancias del momento, quien con el paso del tiempo puede posteriormente quedar inhabilitado para recibirlo. Incluso se da el caso de caer en indignidad el que, ya después de haberse reintegrado a una vida honrada, se vale de una tercera mano, como popularmente se dice, para lograr un favor.

En estos casos, el cambio de propósito no sólo no es muchas veces una falta, sino una virtud. Pues si recurrimos a las enseñanzas de las fábulas, Teseo no se hubiese visto privado de su hijo único si se hubiera resuelto a cambiar de propósito [144]. Y Febo, atormentado por el aguijón doloroso de la ruina de Faetón, desterrado del ámbito del cielo, no hubiera tenido que apacentar los rebaños de Admeto [145], si le hubiese sido posible cambiar el deseo con que se había unido a su ambicioso hijo, bajo juramento a la laguna Estigia [146].

Y no desestimes los elementos que te proporcionan las fábulas. Considera a aquel rey incrédulo, cuya historia evangélica conoces: hubiera actuado con provecho para sí mismo si hubiese anulado su juramento incauto y pérfido en vez de emplearlo en extinguir la lucerna de la Palabra, eliminando al precursor de la Gracia y asesinando al pregonero de la Verdad. Con ello mancilló su mesa, haciendo nefando el convite y echando por tierra su propia majestad, mientras lo ponía todo a disposición de una bailarina [147].

Porque es una regla de la ética que no siempre hay que cumplir lo prometido, si ello es, por desgracia, dañoso para el recipiendario o pernicioso para el que lo promete [148]. Debe prevalecer la ley de la amistad, que sólo se permite pedir a los amigos que den o hagan

---

143 Cf. 2 Cor 1, 15 ss.; 1 Tes 2, 17-18.

144 Cf. Cicerón, *De Officiis* 1 10 § 32; III 25 § 94. Pero se trata de Neptuno, no de Teseo. El hijo único de éste era Hipólito.

145 Cf. Cicerón, o. c. III 25 § 94.

146 Cf. Ovidio, *Metamorfosis* II 101.

147 Herodes, cf. Mt 14, 3 ss.; Mc 6, 17 ss.

148 Cf. Cicerón, o. c. I 10 § 32.

lo que sea decoroso [149]. Por eso mismo, en Derecho está prohibido realizar nada que tenga un fin calamitoso o indecoroso. Finalmente, la promesa antecedente apaga o disminuye la gracia del beneficio que se consigue. Y así como los dardos que se prevén hieren más levemente, los que no se esperan hieren más; de modo análogo ocurre con los beneficios cuando se recibe menos de lo que se esperaba en virtud de una promesa. Por el contrario, se recibe con mayor gratitud cuando se recibe inesperadamente.

Porque aunque la nuda promesa, según los llamados peritos en derecho, no obligue a su cumplimiento [150], todo el que promete ha empeñado su mano (como suele decirse) [151] ante la verdad, y aunque el Derecho Civil no lo reconozca, continúa, por Ley natural, obligado a la fidelidad. ¿Qué agente ejecutivo de la Justicia apremia más duramente que la fidelidad, si comienza ella a acusar? Con razón

> lo que se lleva a cabo con mal ejemplo,
> desagrada a su mismo autor. Ese es ya el primer castigo:
> que ningún culpable queda absuelto ante su propio tribunal [152].

En cambio si la conciencia justifica, ¿quién será el que la condene? [153]. Sin género de duda, en tal circunstancia es a Dios a quien se teme, cuando la prosperidad humana nada vale [154] y la conciencia no encuentra qué replicar. Pero si las obras acusan al alma y ella va acompañada por la conciencia en calidad de testigo y la verdad de la justicia examina su causa, ¿qué magistrado, pregunto, condenará más severamente a la acusada y culpable mentira? Desde luego, aunque del magistrado se diga que es la voz viviente de la justicia y el derecho, la verdad hace rectificar más de una vez su sentencia. Mas la sentencia de la Verdad permanece irrevocable, ya que su justicia es Justicia por toda la eternidad, y su ley es la equidad. Por el contrario, en el tribunal humano, con frecuencia, «el supremo derecho es la suprema injusticia» [155].

Así, pues, todo el que promete queda deudor, y, apremiado por la sentencia de la verdad, se ve compelido al cumplimiento de lo

---

149 Cf. Cicerón, *De Amicitia,* 13 § 44.
150 Cf. Julio Paulo, *Sentencias* V 12 § 9 (Huschke, *Iurisprud. Anteiust.,* p. 543); Justiniano, *Código* VIII 37 § 5.
151 Cf. Prov 6, 1.
152 Juvenal, o. c. XIII 1-3.
153 Cf. Rom 8, 33-34.
154 Cf. Jr 17, 16.
155 Cicerón, *De Officiis* I 10 § 33.

que prometió. Además, lo que la necesidad arranca por la fuerza, aminora la gracia. De ahí proviene aquel dicho del filósofo que cité antes: «No te des prisa a prometer, no sea que no puedas cuando quieras, o por justa causa no quieras aunque puedas, o cuando al fin hagas el favor, pierdas o veas disminuida la gratitud, precisamente porque ya antes te habías maniatado por la palabra de tu boca.»

También puede muy bien suceder que el prometer sea no sólo lícito, sino incluso conveniente. Omitiendo por ahora otros ejemplos, Cristo no se limitó a prometer a sus discípulos un Paráclito, sino que se lo prometió y se lo envió. También al preguntarle ellos qué recompensa recibirían quienes lo habían dejado todo por El, les prometió asientos en la regeneración (de su segunda venida) y la potestad de juzgar con El.

De todo ello consta que la calidad de la causa es la que recomienda los propósitos y las obras, para que ante todos quede claro, por lo ya dicho, que no hay necesidad de alterar la regla del filósofo.

CAP. 12: *De los administradores y secretarios de los ricos; que la verdadera amistad no está sino en los buenos; que el rico hace más las veces de conocido que de amigo; y que, aunque la familiaridad de los ricos parezca útil, es con frecuencia peligrosa. Y que hay que vivir con inocencia.*

Si deseas adelantarte tanto a los que prometen como a los que hacen regalos, en la estima de aquel cuyo favor pretendes, asóciate con él en sus proyectos y muéstrate parco en los gastos, porque el que es buen guardador de secretos y ahorra dinero, no puede desagradar a un diligente padre de familia. Resultan aceptables los vicios del que compensa con sus pocos gastos la deformación de sus costumbres. Cicerón dice, por si no lo sabes, que «la frugalidad es el mejor tributo» [156]. El pobre que ahorra, fácilmente se enriquece, pero mucho más fácilmente se arruina el rico que derrocha. Un arca, por muy grande que sea, tiene fondo; el más amplio depósito de agua se pierde por un pequeño escape; una fuente abundante se agota, si se elimina la vena de donde mana. Las más de las veces, por una leve hendidura se queda seco un jarro. Así también un

[156] Cicerón, *De Republica* IV § 7.

inmenso capital se va agotando con gastos menudos y frecuentes, y la mayor herencia se disipa con las continuas pérdidas, aunque sean pequeñas, a no ser que el pródigo se encuentre con más y más dinero.

«El lujo es un asolador de riquezas al que siempre acompaña la desgraciada Pobreza con su humilde paso» [157].

Hay, pues, que ahorrar para atender a los gastos inaplazables de la vida, y añadir algo al capital, que va decreciendo de continuo con la constante detracción de fondos. Aunque por los gastos corrientes se escapen algunas oncillas del patrimonio, será grato al padre de familia diligente conocer al menos su situación económica, porque resulta doble pérdida lo que desaparece sin que se sepa.

A este respecto:

> bueno es el aroma del lucro de cualquier cosa. Ten siempre en tu boca, buen poeta, aquella sentencia
> digna de Júpiter y de todos los dioses:
> «Nadie pregunta de dónde sacas el dinero, pero hay que tenerlo» [158].

Ocuparse en esto consiste en envolver y trabar al rico mediante los lazos de la amistad, aunque sea capaz de superar al resbaladizo Proteo con la versatilidad de su ingenio. Y si falta la verdadera amistad, queda al menos el recurso de mostrar una mayor familiaridad.

Por lo demás, aunque no puedas lograr ambas metas, a saber, la participación en los asuntos privados y la cuidadosa administración, introdúcete en sus secretos por cualquier procedimiento. ¿Ignoras acaso que quienes intentan gobernar a los que gobiernan

> se afanan por conocer sus secretos domésticos y ser así temidos? [159].

Cuanto más ocultados son tales secretos, tanta mayor diligencia hay que poner en descubrirlos, pues

> será amado de Verres quien pueda acusar a Verres en el momento que quiera [160].

---

157 Claudiano, *In Rufinum* I 35-36; Juvenal, o. c. I 40.
158 Juvenal, o. c. XIV 204-207.
159 Ib. III 113.
160 Ib. 53-54.

Se ha cuestionado si es posible el afecto o la amistad entre los hombres perversos. Lo que ha quedado claro, finalmente, es que la amistad no puede darse sino entre los virtuosos [161]. Hay, cierto, mucha armonía entre los corrompidos y los perversos, pero esa armonía dista tanto del verdadero amor como la luz de las tinieblas. Y aunque de cuando en cuando los malos, como los buenos, puedan tener un mismo querer y no querer, no pueden alcanzar la verdadera denominación de amistad. Por ello, tanto (Salustio) Crispo, el más excelente de los historiadores latinos, como Cicerón, están de acuerdo en que para los malos es un bando o facción lo que entre los buenos es verdadera amistad. Con todo, aunque el hombre perverso no puede ser un verdadero amigo ni digno de respeto, porque lo impide su maldad, será temido el que, sabedor de los secretos íntimos de otros, puede atemorizar a los implicados en ellos. Bien sabido es aquel dicho del moralista:

> nada pensará que te debe, nada te pagará
> el que te hizo partícipe de un secreto honrado [162].

También, y ya desde hace tiempo, se duda si se dará el caso de que algún rico y poderoso ame a alguien. Ha quedado por fin admitido que éstos nunca o rara vez aman, y precisamente por las mismas causas por las que se les ve amarse a sí mismos más que a los otros, ya que no es posible que coincidan al mismo tiempo cosas contrarias en un mismo sujeto [163]. Y cuanta mayor concupiscencia tienen los ricos, tanta menor caridad poseen, ya que ambas son entre sí contrapuestas al máximo.

Además, como alguien dijo: «Todo rico, o es inicuo o heredero de inicuo; y es muy poco frecuente que las riquezas no se disipen, si no se hallan sólidamente unidas por el aglutinado del amor y del deseo. Las adquiere el trabajo y desvelo del alma que las desea, pero lo que las retiene y conserva es la fatigosa vigilancia sobre ellas.» Dice el moralista:

> No es menor virtud conservar lo logrado que ganarlo.
> Esto es un hecho; aquello, una obra de arte [164].

Por tanto, si a una cosa se le llama arte y a la otra hecho, ¿quién podrá conservar por mucho tiempo la riqueza sin una aplica-

---

161 Cf. Cicerón, *De Amicitia,* 18 § 65; cf. 5 § 17.
162 Juvenal, o. c. III 51-52.
163 Cf. Cicerón, o. c. 17 § 64.
164 Ovidio, *Arte de Amar* II 13-14.

ción intensa y constante? Es bien antiguo el proverbio que dice: «Donde está el amor, allí está el ojo; donde hay vigilante atención de la mente, allí está fijo el corazón.» De donde se deduce que aunque muchas veces las riquezas afluyan y sean recibidas a disgusto y aun con repugnancia, el filósofo de la fe [165] prohíbe apegar el corazón a ellas, y el Doctor de las gentes afirma que los que quieren hacerse ricos caen en los lazos del demonio. Y el que es mayor que ellos, el Primogénito de entre los muertos y Príncipe de los reyes de la tierra, asegura que no es posible servir a dos señores: a Dios y a la Mammona de la iniquidad [166]. Porque

> el dinero acumulado, o manda o sirve a su dueño [167],

pero al mal rico rara vez o nunca le sirve. Por lo cual, resulta claro que los ricos son con más frecuencia inicuos que herederos de inicuos. ¿Cómo, pues, reinará la caridad donde impera la iniquidad? Es verdad que el rico puede ser allegado; pero amigo, prácticamente, nunca.

Aquí, sin embargo, no se trata del que tiene riquezas, sino del que las ama. Queda claro, por lo dicho, que por muy grandes que parezcan la familiaridad y el favor del poderoso, se requiere intensa cautela por parte de los súbditos. De lo contrario, todo halago tendrá al final «más de amargo áloe que de miel» [168]. Pero interesa mucho, en orden a tener éxito, estar al tanto de sus secretos, y ¿por qué no? Se acrecienta el respeto, se fortalece la autoridad, se apartan los estorbos, se allegan beneficios, aumenta el número de amigos, los devotos se hacen más devotos y la buena suerte parece soplar todo género de favor y felicidad para sus aficionados.

Por lo demás, el fin de todas estas cosas es más amargo que cualquier ajenjo, y si de momento no amargan, encierran con justicia sospecha de amargura.

Es, desde luego, cosa peligrosa participar de los secretos de los ricos y potentados. Porque si por descuido se filtra algo de ellos, ¿a quién se le atribuirá sino al que lo sabía? Lo que los ayudas de cámara, los peluqueros, los bufones o cualquiera de los truhanes de este género (de los que la sensualidad o la crueldad de los ricos no puede prescindir) divulgan en las casas de mal vivir o en las tabernas para jactarse a costa de la familiaridad del poderoso, recaerá

---

165 Cf. Sal 61, 11.
166 Cf. Mt 6, 24.
167 Horacio, o. c. I 10, 47.
168 Juvenal, o. c. VI 181.

en acusación de superchería sobre el que pareció haber tenido participación en sus planes [169].

Si te apetece conocer por anticipado el ir y venir de los acontecimientos, abandona los prostíbulos e indaga el sentir de los furrieles, porque nada hay tan oculto para ellos que no lleguen a saberlo por algún medio.

Si no te fías de mí, acerca tu oído a nuestro gran Aquinas. Porque dice:

> ¡Oh Corydón, Corydón! ¿Crees que un rico puede tener algún secreto?
> Que se callen sus esclavos, y hablarán sus caballos,
> y su perro, y su puerta, y los mármoles de sus paredes. Que cierre las ventanas,
> corra las cortinas para cubrir toda rendija, y grite: «¡Que nadie se acueste cerca!»
> A pesar de todo, lo que hace al segundo canto del gallo,
> antes de amanecer lo sabrá el tabernero [170].

Continúo. Aunque entierre su secreto, hasta la caña que crece desde su raíz lo revelará en público y con suave hálito lo lanzará al aire, porque

> Midas tiene orejas de asno [171].

Tampoco Pallas pudo ocultar a su Erictonio, sin que se hiciese público por la charlatanería de la corneja [172]. La consecuencia fue que, por delatar el secreto ajeno, perdió sus bellos colores y cayó en el descrédito de ser estimada como charlatana.

Además, los secretarios de los ricos son como trotones de carga, o como mozos de cuerda, que van cargados con los delitos de sus amos. Todos los pecados de los ricos caen sobre los secretarios para su infamia, salvo el caso de que el crédito del poderoso sea tal que no pueda ser rebajado por ninguna mala opinión. Porque si su malicia es la habitual, si es pública y notoria su fama de fraude y dolo, el crédito de toda la casa queda purificado, como si el dolor de la cabeza hiciese sombra al del tronco enfermo. Y al contrario: si el potentado es tenido como un tanto benigno y educado, sus delirios se cargan sobre los familiares, como las acémilas que llevan

---

169 Juvenal.
170 Juvenal, o. c. IX 102-105; 106-108.
171 Persio, o. c. I 121.
172 Cf. Ovidio, *Metamorfosis* II 553 ss.

sobre sus lomos carga de cualquier género; y, mientras tanto, el mérito de lo bien hecho sólo se atribuye a la benignidad y civismo del potentado.

Y si alguna vez amenaza caer sobre el rico un ajuste de cuentas de especial gravedad, dará tu vida a cambio de su fama como si fuera piel por piel[173]; y, para que la culpa recaiga sobre ti, no se avergonzará de acumular sobre tu cabeza las sanciones de los crímenes, ni opondrá obstáculos a tu castigo. Al contrario —lo que es más de admirar—, se congratulará si por su personal astucia te concede, como remuneración de tus trabajos y cuidados, el don de la infamia y finge estar seguro de que eres reo de esos crímenes inauditos. No hay, desde luego, mal alguno en la ciudad que no se haga recaer sobre los consejeros de los potentados, dado que la propia excusación es inútil, porque el potentado convierte cualquier servicio en provecho propio; y nadie que sea juicioso se apoya durante mucho tiempo en el consejo de los imprudentes, ya que él lo examina y sopesa todo.

¿Crees quizá que puede considerarse tranquilo en su interior el que sabe que puedes poner manifiestamente en público su sordidez? De verdad, todo el que es malo odia la luz. Toda obra refleja en sí misma la imagen de su artífice. Los afeites de las meretrices, recelosos de ser delatados por la luz plena, buscan las sombras, y temen que en realidad haya más deformidad en sí mismas, cuando una luz próxima las deje patentes a las miradas de quienes las contemplan. De ahí su gran interés en que los ojos embotados vean lo que no hay en ellas, y que los que tienen vista normal se queden como ciegos.

Ocurre justamente al revés con las que tienen confianza en sus colores naturales, porque:

> una ama la oscuridad; la otra, la luz,
> ya que no teme la mirada penetrante del crítico[174].

Así, pues, aunque la comunicación de los secretos parezca que añade algo de felicidad, merma, sin embargo, la seguridad. Es difícil, si no imposible, mencionar sumariamente a los que por este camino cayeron en lo más hondo y se lamentaron de padecer penas extremadas.

---

[173] Cf. Job 2, 4.
[174] Horacio, *Arte Poética,* 363-364.

¡Ay de mí! ¿Por qué he mirado? ¿Por qué he manchado mis ojos? [175],

dijo aquel que no sabía a ciencia cierta si estaba deportado por la responsabilidad de los delitos ajenos o por los propios. Lo cierto es que no conviene haber conocido las cosas malas de otros. Ahora bien, ya se conozcan o no, nada más seguro que conservar la propia inocencia. Un filósofo [176] afirmó que había que convivir con los amigos como si fuesen enemigos, y con éstos, como si fuesen amigos. Y el satírico añade:

Hay que vivir rectamente por muchas razones,
y sobre todo por este motivo: para poder despreciar las lenguas de los esclavos;
porque lo peor de un mal esclavo es su propia lengua [177].

Hay que tener presente el precepto del satírico, pero no sólo por razón de las lenguas de los siervos, sino por las espadas y los venenos de los potentados y las insidias de todos.

CAP. 13: *Que pueden ser objeto de reclamación las cosas obtenidas por adulaciones; y de los alcahuetes y afeminados, y su castigo; y que el pudor no puede ser arrancado violentamente sin consentimiento de la voluntad.*

Y, sin embargo, el adulador no puede mostrarse como tal a quien desea ante todo agradar. Si puede, se presenta personalmente; si no, busca una persona interpuesta, la esposa tal vez, u otra cualquiera que esté unida al pretendido, por el derecho o por el afecto. Con todo, el afecto es más eficaz, ya que llega a la naturaleza de forma más cercana y se une al alma lo que se une con los vínculos del afecto. No se da condescendencia más perjudicial que la que procede del impulso del afecto. De ahí resulta que con frecuencia hay maridos que se unen más estrechamente y se abren más generosamente a sus propios rivales y los invitan a menudo a

[175] Ovidio, *Tristes* II 103.
[176] Cf. Cicerón, *De Amicitia,* 16 § 59; Valerio Máximo, *Hechos y Dichos Memorables* VII 3, 3.
[177] Juvenal, o. c. IX 118-121.

cenar, mientras, incautos, confían en la púdica mirada de sus esposas en vez de desconfiar de los ojos infieles. ¿Acaso no está ya bastante engañado el que da más crédito que a sus propios ojos a las aseveraciones femeninas, que sólo engañan con más frecuencia porque se descubren con más tardanza?

La caricia de la almohada es eficacísima, y, como suele decirse, la corneja nocturna es más elocuente que un orador y tiñe del color que le place la fachada de cualquier acción [178]. Cuanto más cautelosamente procede, tanto más sospechosa debe resultar.

Si el dolo es la base de un contrato, éste queda rescindido, y todo lo que procede de él o se apoya en él queda revocado. También los herederos de un difunto quedan obligados en sólido y a perpetuidad a lo que se deriva de lo que les ha tocado de tal herencia [179]. Pero ¿qué hay más doloso que un adulador? Tal vez me objetes que no conozco a todos. Cierto, pero creo que conozco el estilo de todos, por los muchos cuyo estilo he conocido.

Duelio se encerró en su casa, ya anciano, con el cuerpo decrépito y el corazón enfermo, porque en una discusión le echaron en cara que padecía halitosis. Y, al quejarse a su mujer, en privado, porque nunca le había avisado de ello, y del remedio para corregirlo, ella le replicó que lo hubiera hecho si no hubiese pensado que huelen así las bocas de todos los hombres [180]. Se puede alabar la discreción de este matrimonio y exaltar la paciencia de esta mujer, que sobrellevó tan delicadamente este defecto de su marido hasta el punto de que él no llegase a enterarse sino por el improperio de su enemigo.

También yo respondo análogamente respecto de todos los aduladores, porque pienso que todos hieden así. Todos ellos apestan a falacia y dolo; y, vuélvanse a donde se vuelvan, llevan a los olfatos limpios eso que no es olor, sino hedor.

Por tanto, todo cuanto se ha adquirido de este modo puede ser justamente arrebatado incluso al heredero. No creo sea posible oponerse a los reclamantes, si se atreven a reclamar lo que transfirieron a los aduladores. Pero ¿quién tiene sensatez para comprender estas cosas, o es capaz de hacerlas, si tanto en todas las casas como en toda aglomeración de vecindad hay tanta abundancia de aduladores, que si alguien se atreve con timidez a decir algo en voz baja contra éstos,

---

178 Cf. Petronio, *Sátiras,* § 37.

179 Cf. Justiniano, o. c. IV 17.

180 Cf. Jerónimo, *Adversus Iovinianum* I 46 (Migne, PL 23, 275); Séneca, *De Matrimonio,* fragm. 70 ed. Haase.

su multitud y sus falanges, unidos los escudos, los defienden? [181].

Mientras el varón honrado, que se apoya en su conciencia recta y en la ayuda eficaz de las virtudes, tiene hambre, pasa frío y recibe múltiples agravios de la fortuna,

el vil adulador está tumbado, borracho, en su bordada púrpura [182];

devorado por los placeres hasta la embriaguez, se calienta con vino, se ceba con manjares suculentos y acomoda el cielo a su capricho con variados artificios. Obtiene los puestos de más relieve en los banquetes, los asientos principales en las reuniones, es anunciado familiarmente por su primer nombre, recibe los primeros saludos, da el primero su parecer en los tribunales, opina con toda rectitud en las discusiones y se muestra utilísimo en las deliberaciones. Cuanto habla es sal y vino generoso; cuanto resuelve, justicia y liberalidad.

¡Actúa, pues, atrévete a tener sentido común! Inmediatamente vendrá sobre ti una avalancha de aduladores que, como los judíos, te obligarán a ceder ante la turba. Precisamente por su multitud y artimañas se sienten seguros hasta el punto de poder asediar a príncipes y reyes. De manera admirable, la plebe inerme domina a los armados, y con la molicie expugnan vigorosamente hasta las más recias defensas.

Había determinado no hablar de los pervertidos que, como ignominiosos que son, son y parecen dignos de ignominia. El respeto a las buenas costumbres impone cierto silencio, y el ánimo que sabe lo que es la vergüenza, por el mismo dictado de la Naturaleza, elude hasta mirarlos. ¿Para qué decir más?

A falta de talento, la indignación hace hablar [183].

Entre éstos el sistema es prostituir su propio pudor y asediar o violar el ajeno. Y no únicamente el suyo, sino que violan el del matrimonio en sus legítimos derechos, y un cónyuge procura el adulterio del otro. Cuando la esposa deja el tálamo, ten por seguro que el cónyuge no es un marido, sino un alcahuete. La exhibe, la expone a las miradas de los libidinosos, o, si atisba esperanza

[181] Juvenal, o. c. II 46.
[182] Petronio, o. c., § 83.
[183] Juvenal, o. c. I 79.

de algún lucro, la prostituye con hábil simulación de afecto. La hija más decente, o cualquier otro ser que pueda agradar al rico, es mercancía pública exhibida al objeto de encontrar comprador [184]. Aunque les atormente un poco el justo dolor a los que admiten o buscan copartícipes del propio lecho, la enfermedad se mitiga con el balance de la ganancia obtenida.

Porque si se trata el tema con la seriedad que merece y se da a todos la libertad de manifestar sus puntos de vista, no hay dolor comparable al de sentir cómo el propio cuerpo es mancillado por la libido ajena. Los demás pecados están fuera del cuerpo, pero el que fornica peca contra su propio cuerpo [185]. Esto —dice (Adán)— es hueso de mis huesos y carne de mi carne, hasta el punto de no ser ya dos, marido y mujer, sino una sola carne [186]. Esta carne no se rasga sin dolor ni se comparte sin odiosidad.

Los reinos y el amor no se pueden compartir con otros [187],

y así como es nula la confianza entre los copartícipes de un mismo reino, tampoco la hay en el tálamo. Aun así, es más fácil hacer cesión de las riquezas de un reino que del cariño del cónyuge. Estos no son ni siquiera cónyuges, sino alcahuetes. Así estiman que es posible ofrecérselo todo a los ricos, una vez violada la fidelidad, ya que esto da salvoconducto a la misma fidelidad.

Pero ¿por qué me lamento de que se ofrezca y prostituya a las hijas y a la esposa? Aunque las leyes lo prohíban, de todos modos la Naturaleza lo permite. Contra la misma Naturaleza surge otra especie de gigantes promoviendo una nueva guerra entre los dioses. Ofrecen a Venus sus hijos y los empujan a que precedan a las doncellas en la ofrenda de muñecas. En ellas se suele esperar la madurez suficiente del desarrollo, pero para los chicos basta el poder saciar el placer de la impudicia ajena. Se sonroja uno al decir que varones discretos, de edad un tanto avanzada, no se liberan de tanta torpeza, y, creados naturalmente con una sexualidad más noble, se dejan resbalar a otra inferior, en cuanto les es posible, a consecuencia de una torcida inclinación innata, afeminados por el vicio y la corrupción de costumbres, ya que por gracia de la Naturaleza no pueden ser mujeres.

---

184 Cf. Salustio, *De Bello Iugurthino,* 35 § 10.
185 Cf. 1 Cor 6, 18.
186 Cf. Gn 2, 23-24; Mt 19, 6.
187 Ovidio, *Arte de Amar* III 564; Juvenal, o. c. XI 167.

Cuando la lujuria del rico lascivo se dispone a saciar sus apetencias, el pervertido se acerca a los pies del que está ya recostado, muy acicalado, rizados los cabellos, emulando el brillante maquillaje de la meretriz, el atuendo del histrión, las galas del enamorado, el ornato de las doncellas, el pomposo y triunfal aparato de los príncipes, y en presencia de otros acaricia con mano suave sus pies, y, para no ser más explícito, sus piernas. Pues para satisfacer los deseos del rico mantuvo sus manos enguantadas y protegidas del sol, para suavizarlas. Después, tomándose poco a poco más libertad, cosquillea con tacto impúdico todo el cuerpo y reaviva los ardores del deseo que languidecía.

Pero esta abominación merece menos ser mostrada que escupida, y yo no la hubiera sacado a colación aquí si el Apóstol, escribiendo a los romanos, no la hubiese denunciado con términos más explícitos, al decir que sus mujeres transformaron el uso natural de su sexo en otro que es contra naturaleza; y que los hombres, abandonando el uso natural de la mujer, se abrasaron en sus perversos deseos, actuando torpemente varones con varones hasta ser entregados a una tendencia réproba y hacer lo que en modo alguno era conveniente. De esta forma, reos de todos los vicios, provocaron la indignación de Dios y concitaron contra sí los tormentos de todas las penas [188].

Y precisamente clamaba contra los romanos esta trompeta apostólica, cuando el impíísimo emperador Nerón, hombre de una lujuria brutal, intentó convertir en mujer al niño Esporo extirpándole los testículos [189]. Entonces nació el proverbio que dice: «El uso de los (muchachos) hermosos es abuso.» Y este otro: «La belleza física es tanto menos atractiva para el hombre juicioso, cuanto más lo es para el sórdido corruptor.» A los defensores débiles les es más difícil guardar lo que muchos apetecen. El fraudulento se lo arrebata más fácilmente al incauto, y el ladrón de honras se lo arranca con violencia al que se resiste.

Ya desde mucho tiempo atrás quedó definido por los Padres que la pureza no puede ser arrebatada, si ello no va precedido de la corrupción del alma. Porque, como asevera el gran Agustín [190], lo que el cuerpo padece con violencia sin libido precedente, más bien se debe definir como vejación que como corrupción. Es, por tanto, posible preservar la pureza donde no puede darse corrupción algu-

---

188 Cf. Rom 1, 26-28.
189 Cf. Suetonio, o. c.: *Nero*, 28.
190 Cf. Agustín, o. c. I 18; *De Mendatio*, 7 (Migne, PL 40, 495-496).

na si no es voluntaria, es decir, en la integridad del alma, donde la pureza puede ser conservada hasta la eternidad. No vale gran cosa que la carne permanezca íntegra cuando el alma está manchada con negra corrupción.

Ahora bien, aunque hoy no hubiese seductores ni violadores, nuestros adolescentes están tan mal educados desde su infancia que, con sus miradas lascivas, guiños del rostro, contoneos del cuerpo, forma de vestir e incitaciones apenas permitidas a las meretrices, van solicitando corruptores, y las muchas leyes hasta ahora promulgadas no logran respeto o temor alguno, a pesar de que el emperador haya promulgado contra ellos gravísimas sanciones. Porque dice: «Cuando el varón contrae matrimonio con una mujer dispuesta a entregarle su sexo sin limitaciones, ¿qué es lo que pretende? Cuando el sexo ha perdido su puesto natural, y no hay crimen que no aproveche conocer; cuando el acto del amor se pervierte y se busca el amor y no se encuentra, ordenamos se dicten leyes y se arme el derecho, para que, con espada vengadora y penas lo más graves posible, queden sometidos los infames reos que actualmente son o en el futuro sean» [191].

Y no perdona tampoco a los que consienten con esto, sino que les impone pena capital, ya que la ley divina castiga con igual pena a los autores del delito y a los que lo consienten [192]. Y conforme a la doctrina de un gran obispo —me refiero a Ambrosio de Milán [193]—, incluyó entre éstos a los que transigen, o callan, conocida la aberración, y a los que la disimulan, a pesar de poder imponer el oportuno correctivo [194].

Pero ¿para qué alargar, tratando de tales sujetos, este odioso y bochornoso comentario? Para terminar esta materia con una conclusión apropiada, sin duda Dios hará caer sobre ellos lazos que los aprisionen sin que puedan escapar. El fuego, el azufre y el viento huracanado serán parte de su cáliz, y junto con sus predecesores, a los que destruyó Sodoma, serán para siempre hedor y oprobio sempiternos [195]. ¿De qué les servirá entonces el favor de los ricos? ¿Cuál puede ser el placer o disfrute de las cosas temporales para quien ha de quedar sumido en tanto dolor y tan gran vergüenza?

---

191 Justiniano, o. c. IX 9, 31.
192 Cf. Lv 20, 13; Rom 1, 32.
193 Cf. Ambrosiaster, *Commentarium in Romanos* I 32 (Migne, PL 17, 63).
194 Cf. Gregorio Magno, *Epistola 113 ad Syagrium* (Migne, PL 77, 1044), conforme Graciano, o. c. I 83, 5 (ed. Friedberg I 294).
195 Cf. Jr 23, 40.

CAP. 14: *Que es necesario castigar a los aduladores, como a enemigos de los dioses y de los hombres; y que hay que abrazar la verdad con gusto y conservar la paciencia, tanto con los razonamientos como con los ejemplos de los mayores.*

Según el proverbio popular, se debe dar culto ante todo al dios que nos presta ayuda en el presente. Por eso (los aduladores) no se preocupan de los medios, con tal de conseguir lo que pretenden. Cecilio Balbo[196] lo expresa admirablemente: «Emperador Augusto —dice—, tu prudencia brilla en muchas cosas, pero principalmente en que no te han vuelto loco aún los que, por aplaudirte, ofenden no sólo a los dioses, sino al pueblo y a ti. Porque empequeñecen la reverencia debida a los dioses quienes te ponen a la misma altura que ellos. Te motejan de necio quienes intentan persuadirte, contra tu propia manera de ser, de que eres igual a los dioses; sellan con candente marca de superstición a un pueblo al que pretenden convencer de que se debe rendir culto a dioses mortales en lugar de los inmortales. Desde luego, mostrarás que hay en ti algo de divino, si atrapas a todos estos que aplauden fraudulentamente tu divinidad, para destinarlos a los tormentos. ¿Qué dios tendrá piedad del que sabe que va a engañarlo? ¿No se lanzará contra el que quite a Júpiter sus ojos de oro, o trate de dejar ciega a Vesta quitándole sus vestidos y sus piedras preciosas? ¿Quién arrancará de la cabeza de Marte con temeraria garra su luz diamantina? Poner cerco a los dioses inmortales e invisibles, y preparar asechanzas contra ellos, es de tanta mayor gravedad cuanto que, a costa de ellos, se sustenta el andamiaje de los dioses visibles y se gobierna, y así con ellos pagan el honor o el desprecio que a éstos se tributa. Puesto que, Augusto, eres juicioso y estás cierto de que no eres dios en modo alguno, sino venerador de los dioses, actuarás sensatamente contra estos enemigos de los dioses si exterminas a los engaños que intentan cegarte, despreciando a los dioses, y castigas los delitos de todos ellos.»

Esto dijo Cecilio. Pero prevaleció la facción de los aduladores, como el actual estado de cosas hace patente. Y esto hasta el punto de que si alguien de baja posición, consciente de su pequeñez, creyese que es necesario moderar los vicios del halago y la chocarrería, sería considerado envidioso o enemigo de los ricos. Como son

[196] Autor desconocido, según Webb.

blandos de oído, han quedado sordos para la verdad, y no admiten, sin considerarse ofendidos —y gravemente—, que se les hable con lenguaje un tanto serio.

Queda claro cuánto se ha desviado la actual generación de la virtud de nuestros mayores, ya que, careciendo de constancia y de paciencia, prácticamente nunca se da el caso de que enseñen alguna obra de virtud con la palabra o el ejemplo. Por eso se lee que Aristipo, apartándose de uno que le maldecía, le dijo: «Lo mismo que tú eres dueño de tu lengua, yo lo soy de mis oídos.» También Antítanes [197], a uno que le decía: «Fulano te ha maldecido», le replicó: «No me maldijo a mí, sino al que tiene en sí lo que él acusa; pero, aunque hubiese intentado maldecirme a mí, no me preocupo, porque el oído debe ser más resistente que la lengua, ya que cada hombre tiene dos orejas, mientras que lengua, sólo tiene una. No obstante, de algún modo me interesa, porque es normal que las personas superiores estén sujetas a la detractación, y las inferiores, propensas a agredir con ella. Me alegraría si no fuese porque por humanidad debo compadecer a ese infeliz.»

También Tito Tacio, encajando la maldición de Metelo, dijo: «Es fácil descargar improperios sobre mí, ya que yo no me digno siquiera responder a ellos.» ¿Y Jenofonte? «Tú —dijo— has aprendido a maldecir a cualquiera, mientras yo (testigo es de ello mi conciencia) aprendí a despreciar las injurias.» Asimismo, Diógenes, habiéndole susurrado un amigo: «Te vituperan todos», dijo: «Conviene que la sabiduría sea herida por la necedad, porque la lengua define mejor con eso la calidad del atacado.» ¿Y qué dice Platón? «La solidez de toda Filosofía está en la paciencia.» Análogamente, Sócrates niega que el sabio pueda en ningún modo ser ofendido, ya que con la reciedumbre de su virtud puede permanecer inamovible ante cualquier avatar de la fortuna.

Y para que no pienses que sólo los sabios aceptaron que esto sea así, abundan los ejemplos de los emperadores que siguieron el mismo criterio. ¿Quién fue más grande y esclarecido en Grecia que Alejandro? Pues bien, Antígono, su maestro, estrelló delante de él su cítara contra el suelo, mientras decía: «A tu edad, ya es tiempo de que gobiernes y te avergüences de que el placer de la lujuria se enseñoree del cuerpo del reino.» Alejandro lo llevó con gran paciencia, a pesar de que era muy impaciente y superaba a su padre tanto en la virtud como en los vicios. Respecto del mismo Alejandro se ha escrito también que un pirata aprehendido por él

---

[197] Se refiere a Antístenes.

respondió con cortesía y verdad a la pregunta que le hizo sobre si le parecía bien que el mar estuviese tan amenazado por su culpa. El pirata, con gran libertad y resolución, le dijo: «¿Qué te parece a ti eso mismo respecto del orbe de la tierra? Yo, porque lo hago con un solo barco, soy llamado ladrón; y tú, porque lo haces con una poderosa escuadra, eres llamado emperador. Si Alejandro estuviera solo y fuera apresado, sería un ladrón; y si los pueblos se hallan sojuzgados por Diónides, Diónides será aclamado como emperador. Porque, en el fondo, no hay otra diferencia entre nosotros sino la de ser peor el que roba con mayor audancia, el que abandona la justicia con mayor desprecio, el que impugna las leyes más abiertamente. Tu persigues las leyes de que yo me aparto. Yo las soporto en cierta medida, tú las desprecias. A mí me hacen ladrón la desigualdad de bienes y las estrecheces familiares; a ti te hacen ladrón el lujo intolerable y la avaricia sin fondo. Si mi suerte mejorase un poco, yo sería más honesto; pero tú eres tanto peor, cuanto más afortunado.»

Admirado Alejandro de la firmeza de aquel hombre que le argüía con tan sólidos fundamentos, le dijo: «Probaré a ver si llegas a ser mejor y cambiaré tu suerte para que ello se atribuya, no al modo como has abandonado tu oficio, sino a tus buenas costumbres.» En consecuencia, dispuso que fuera adscrito a la milicia para que pudiese pelear sin menoscabo de la ley [198].

Pero para ilustrar las virtudes no nos ciñamos sólo a los griegos. Escipión el Africano, al saber que algunos le motejaban de poco belicoso, dijo: «Mi madre me engendró emperador y no guerrero.» También Mario, al ser retado por cierto teutón, replicó que si tuviese deseos de morir, se hubiese colgado de una cuerda; y que, siendo juicioso, no buscaba tanto la lucha como la victoria [199].

El primer emperador de los romanos, Julio César, soportó con invicta paciencia muchas contrariedades. Porque, llevando a mal su calvicie y procurando cruzar sus escasos cabellos de la nuca a la frente, fue increpado por un militar furioso: «Para ti, César, es más fácil no ser calvo, que para mí haber hecho y estar dispuesto a hacer algo con cierto miedo en el ejército romano.»

Solía llevar César su túnica de senador, con las mangas de flecos hasta las manos y ceñida con cierta flojedad, por lo que

---

[198] Sobre todas estas citas y ejemplos cf. la eruditísima edición de la obra *Caecilii Balbi de nugis philosophorum quae supersunt*, realizada por E. Woelfflin (Basilea, 1855). Sobre este último episodio de Alejandro, cf. también Agustín, *De Civitate Dei* IV 4, y Cicerón, *De Republica* III 13 § 24.

[199] Cf. Frontino, *Strategemmata* IV 7 §§ 4-5.

Sila avisaba frecuentemente a los magnates que se guardasen del niño mal ceñido. Además, era enormemente codicioso de piedras preciosas, cuyo peso apreciaba con su propia mano. También, en otra ocasión, Cecilio, obligado por él con la autoridad del Senado a ejecutar una acción que le parecía injusta, exclamó: «Antes te saciarás de piedras preciosas.»

Tal vez todo esto parezca fuera de lugar y que un hombre de espíritu fuerte lo soportaría con bastante dignidad. Pero hay libelos y cantares burlescos difundidos públicamente contra César, como aquel, tan celebrado, de los soldados en la victoria de las Galias:

> César sometió las Galias; Nicomedes sometió a César;
> y no triunfa Nicomedes, que sometió a César.

Esto se escribió porque, según se contaba, Nicomedes, rey de Bitinia, había dominado con estupro a César en la más íntima familiaridad cuando era más joven [200].

También Cicerón se burló públicamente, y con mucha acrimonia, de la ligereza con que César había apelado al Senado. Porque cuando recibió de Publio Malio, su huésped, el ruego de que concediese el decurionado a su hijastro, dijo en presencia de muchos: «En Roma, si quieres, lo tendrá. Con los pompeyanos es difícil.» Y en carta a Cayo Casio, uno de los asesinos del dictador, escribió con bastante mordacidad: «Me habría gustado haber sido invitado a cenar en los Idus de Marzo. Sin duda, no habrían quedado ningunas sobras. Ahora me apenan vuestras sobras» [201].

Pero Augusto, regalo de la fortuna y honor del Imperio romano, sobresalió considerablemente sobre su tío, por la benevolencia. Porque Antonio, despreciando la descendencia de Augusto por parte de madre, le dijo, para injuriarle, que era de linaje africano y de panaderos, y él lo sobrellevó riéndose, y, casándose con su hermana, lo admitió como miembro de la familia [202]. En otra ocasión en que Augusto se enfadó fuertemente contra cierta persona particular, ésta le dijo: «Augusto, di lo que quieras, porque ante tus increpaciones voy a escucharte atentamente, pero no te contestaré ni te haré nada. En todo esto, acusa a tu propio poder, porque contra mi paciencia nada hay que acusar.»

Y no sólo soportaba estas cosas con paciencia, sino que también se la imponía a los demás. Por eso mismo, respondiendo a

---

200 Cf. Suetonio, o. c.: *Julius Caesar,* 45, 47, 49, sobre estas anécdotas.
201 Cf. Macrobio, *Saturnalia* II 3 § 11.
202 Cf. Suetonio, o. c.: *Augustus,* 4.

una carta que Tiberio le escribió quejándose de los que hablaban pérfidamente de él, le dice: «Tiberio mío, no te indignes demasiado de que haya alguien que hable mal de ti. No es poco el que podamos impedir que alguien nos dañe de hecho.» Recibía tan gentilmente a cualesquiera que recurriesen a él, que incluso respondió en broma a uno que le entregaba un memorial con mucho encogimiento, que parecía estaba ofreciendo una estaca a un elefante. Y fue tan contrario a las adulaciones, como Nerón atrapado por ellas. Por esa misma razón, siempre rechazó con indignación el apelativo de «Señor», como una maldición y una afrenta. Finalmente, en una ocasión en que bajaba por la Vía Sacra y un desesperado le llamó «tirano», replicó: «Si realmente fuese tirano, no lo dirías.» Dejó también establecido que cuantas veces entrase en Roma se suprimiesen las ejecuciones [203].

Habiéndose servido Curcio, caballero romano rebosante de comodidades, en un banquete del César, un tordo escuálido, le preguntó si se le permitía tirarlo. «¿Por qué no?», contestó; y, al instante, Curcio lo tiró por la ventana.

Un soldado diestro en cetrería llevó al César una lechuza que le molestaba por las noches, con esperanza de un buen premio. El emperador, una vez alabado el hecho, mandó dar al cazador mil nummos. Este replicó: «Entonces, prefiero que viva.» Y soltó la lechuza. El contumaz soldado se alejó con admiración de todos, porque el César no se dio por ofendido.

Un veterano que había de ser juzgado en determinada fecha, apeló públicamente para que el César estuviese presente al juicio. Augusto dispuso inmediatamente que se le facilitase el mejor abogado que eligiera, y además le recomendó al litigante. Pero el veterano clamó en voz alta: «En la gurra de Accio yo no te busqué un defensor cuando estuviste en peligro. Yo mismo te defendí, luchando por ti», y descubrió las cicatrices de su cuerpo. El César enrojeció abochornado y acudió personalmente a la llamada, como si temiese parecer, además de soberbio, desagradecido.

Entró en la ciudad un adolescente sumamente parecido al César, y, llevado a presencia de éste, le preguntó: «Dime, muchacho, ¿estuvo tu madre alguna vez en Roma?» El muchacho dijo que no, pero añadió que su padre había estado muchas veces. Con su broma dura, pero educada, el chico se hizo popular y se atrajo la familiaridad del emperador.

---

203 Cf. ib. passim.

Augusto había escrito contra Polión unos versos burlescos. «Me callo —dijo Polión— porque no es fácil escribir contra el que tiene potestad para proscribir» [204].

Sin embargo, así como Augusto no era fácil para el enfado, tampoco lo era para admitir amistades. Eso sí, una vez admitida la amistad, la retenía tenazmente. Alguien, entre otras desvergüenzas, le tachó de que había obtenido la adopción de su tío a cambio de un estupro, porque se rumoreaba que Julio César le había admitido a gran intimidad a costa de la violación de su pudor.

Asimismo, otra persona airada le había echado en cara que se chamuscaba las piernas con una tea para que el vello le brotase más suave. Y en otra ocasión, mientras estaba tocando el tímpano (como creo haber dicho ya en el primer libro), un plebeyo cualquiera dijo: «¿Ves cómo un afeminado maneja el mundo con un dedo?» Y en respuesta a otro que en un ímpetu de ultraje le tachó de enano, por ser de poca estatura, le replicó que necesitaría usar calzado más alto [205].

También Tiberio, aunque leamos que fue culpable de muchas cosas, se mantuvo sin embargo muy firme y paciente frente a las injurias, diciendo que en una ciudad libre, tanto las lenguas como las mentes de los hombres debían ser también libres [206].

Si pasamos a otros peores, Domicio [207] fue bastante tolerante con las palabras. Se dice que el orador Lucinio se burló de él afirmando que no era de extrañar tuviese barba de bronce el que tenía boca de hierro y corazón de plomo, porque solamente hablaba cosas duras que procedían más bien del grosor de su iniquidad que del corazón. Porque se describe a la iniquidad como sentada sobre un talento de plomo.

También Vespasiano, de quien hablamos en el libro segundo al tratar de la destrucción de Jerusalén, soportó pacientemente los improperios procedentes aun de la gente de más baja estofa. Hasta el punto de que cuando un viejo pastor de reses le gritó: «La zorra puede cambiar de pelo, pero no de sentimientos» (pues era por naturaleza muy codicioso de dinero, y el paso de los años no atenuó su avaricia); se dice que respondió: «Para hombres tales reservamos nuestra risa; para nosotros, la enmienda; y para los criminales, el castigo» [208].

---

204 Sobre todas estas enécdotas, cf. Macrobio, o. c. II 4 passim.
205 Sobre todas estas anécdotas, cf. Suetonio, o. c.: *Augustus,* passim.
206 Cf. ib., *Tiberius Nero,* 28.
207 Cneo Domicio, cuarto abuelo de Nerón. Cf. ib., *Nero,* 2.
208 Cf. ib., *Vespasianus,* 16.

Y ¿qué diré de su hijo Tito? Purificó la avaricia de su padre con tanta liberalidad, que todos le proclamaban como amor y delicia del género humano, y tuvo la constante costumbre de que nadie de los que se le acercaban pidiendo algún favor se marchase sin algo de lo pedido, o sin la esperanza de conseguirlo. Por eso, cuando sus familiares le preguntaron por qué prometía mucho más de lo que podía dar, respondió: «No conviene que nadie se marche triste tras haber hablado con el príncipe.»

También en otra ocasión, al recordar, ya a punto de la cena, que no había hecho ningún favor, dolorido y suspirando, dijo: «Amigos, he perdido este día.»

Todavía no he leído que ofendiese a alguien tras su regreso de la destrucción de Jerusalén; y tal vez eligió el Señor a este vengador del Redentor inocente y crucificado, para que con limpia conciencia, sin culpa e incluso con religiosidad, arrasara a aquel pueblo ciego. Porque, cuando le llegó la hora de su muerte, conducido ya en una litera, se comenta que levantó los ojos al cielo y se lamentó con amargura, porque se le privaba de la vida sin merecerlo y sin que existiera ningún hecho suyo, salvo uno, del que tuviera que arrepentirse. Sin embargo, ni reveló entonces de qué se trataba, ni después fue conocido por nadie.

Qué podré decir de la paciencia de este hombre, cuya benignidad era tal, que creía que si él molestaba a sus conciudadanos nadie se movería contra él? Porque durante el tiempo de su gobierno, fue tal su delicadeza y humanidad, que se afanaba por ser útil a todos y no castigar a nadie. Incluso dejó marchar sin castigo a los que habían quedado convictos de una conjuración, e incluso los admitió nuevamente en su intimidad [209].

Aun Domiciano, que declaró durísima guerra a los dioses después de Nerón, ejercitó un tanto aquella virtud; porque con frecuencia perdonó a los ciudadanos, aunque alguna vez que otra obrase como un loco y sin motivo contra ellos. ¡Y eso que era un hombre inútil por los cuatro costados, y apenas tenía de varonil sino el título de Emperador! Para ocultar su pereza mental y su inercia corporal, se aislaba todos los días durante varias horas, con el pretexto del gobierno, para dedicarse habitualmente a cazar moscas y clavarlas con un finísimo estilete. Por ello, Metelo, cuando le preguntaron si alguien estaba dentro con el emperador, respondió: «Ni una mosca.» Conocido el hecho por aquel malvado príncipe, prefirió disimular a castigar [210].

---

[209] Cf. ib., *Titus,* passim.
[210] Cf. ib., *Domitianus,* 3.

Pero ¿para qué presento ejemplos de paciencia cuando está claro para todos que no hay cosa firme y estable que no pueda ser sacudida por un liviano soplo? ¿Quién estimará como varón fuerte al que zarandea el viento de las palabras y, desarticulada la trabazón de las virtudes, derrama sangre por su propia mano? De ahí proviene el que esté establecido por la legislación que no se castigue con penas severas a nadie por palabras frívolas. Por eso dice el emperador, confirmando lo estatuido por los divinos Teodosio, Arcadio y Honorio: «Si alguien, falto de moderación y desconocedor del pudor, creyera que había de atacar nuestro nombre con alguna maldición injusta y petulante, y trastornado por la embriaguez murmurara de estos tiempos, no queremos que sea castigado, ni que padezca reprensión áspera alguna; porque si lo dijo por ligereza, hay que dejarlo pasar; si por falta de seso, es muy digno de compasión; y si, con propósito de injuriar, debe ser perdonado. Por lo cual, reunidos todos los datos, debe ser sometido a nuestro conocimiento, para sopesar las personas y los hechos, y de ahí resolver si se deben dejar pasar, o seguir las pesquisas» [211]. De todo ello se colige que no se impresiona ni actúa sólo por los dichos de los hombres el que ama las virtudes o se somete a la observancia de las leyes.

> Horacio señala maliciosamente todos los vicios de su amigo, mientras le hace reír; y, siéndole admitido, juega en derredor de sus entrañas [212].

Sin duda, es cosa familiar para el hombre sensato, como estima el gran Agustín [213], el ser reprendido por cualquiera, antes que ser alabado por un equivocado o un adulador. Porque el que ama la verdad, no debe tener miedo ante ningún crítico. Pues nuestro crítico es un enemigo o un amigo. Si el enemigo injuria, hay que soportarlo; si es amigo y yerra, hay que informale, y, si enseña, debe ser escuchado. El que alaba y se equivoca, confirma en el error; y si adula, cae en él.

Dice, pues, el rey fiel elegido con el beneplácito del Señor, dejando, si son juiciosos, a los reyes y príncipes ejemplos de humildad y fortaleza: «Que el justo me golpee, que el bueno me reprenda con misericordia, pero que el ungüento del impío no perfume mi cabeza» [214]. En la misma línea afirma el moralista:

---

211 Justiniano, o. c. IX 7, 1.
212 Persio, o. c. I 116-117.
213 Cf. *Epístolas* CXL c. 32 § 74 (Migne, PL 33, 571).
214 Sal 140, 5.

¿Quién se goza con el honor indebido o se aterra con la injusta fama,
sino el hombre corrompido y embustero? [215].

CAP. 15: *Que solamente se puede adular a quien es lícito matar; y que el tirano es un enemigo público.*

Pero ¿a quién se refiere este ungüento del pecador, qué reprueba el que va delante de los reyes fieles [216], y qué envía a comprar la Palabra evangélica, en la parábola de las vírgenes excluidas por su necedad? Desde luego, al que está manchado, y, por justo juicio de Dios, se va a manchar más y prefiere lucir ante la opinión del vulgo más que arder en el fuego de la caridad y de sus obras. De ahí que en la literatura profana quede recomendado que hay que tratar de un modo al amigo, y de otro, al tirano. Desde luego, no es lícito adular al amigo, pero está permitido acariciar las orejas del tirano. Porque es lícito adular a quien es lícito quitar la vida. Y es que quitar la vida al tirano no sólo es lícito, sino equitativo y justo, porque el que toma la espada merece perecer por la espada [217]. Entiéndase «tomarla» del que la ha tomado por su propia osadía, no del que recibe potestad de Dios para empuñarla.

Cierto, el que recibe la potestad de manos de Dios, sirve a la ley a la justicia y es siervo del derecho. En cambio, el que la usurpa, oprime los derechos y somete las leyes a su personal arbitrio. En consecuencia, con toda razón se arman los derechos contra el que desarma las leyes, y se ensaña el poder público contra el que pretende escabullirse de la mano pública. Y con ser muchos los delitos de lesa majestad, ninguno más grave que el que se realiza contra el cuerpo mismo de la justicia.

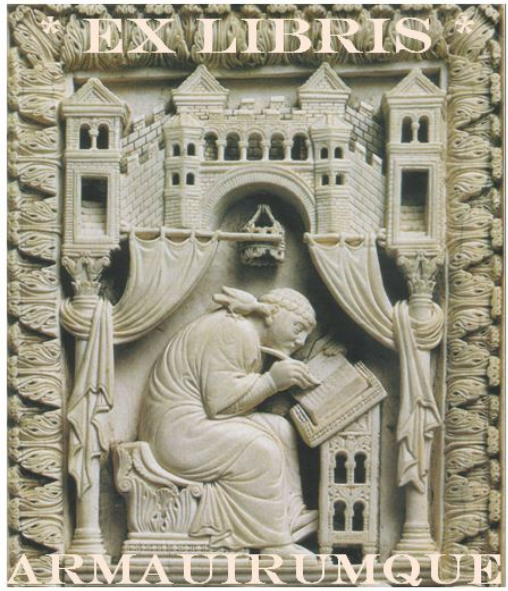
La tiranía, pues, no sólo es un crimen público, sino que sería más que público, si eso fuese posible. Porque si el crimen de lesa majestad admite todas las acusaciones, ¡cuánto más el crimen que oprime las leyes, que imperan incluso sobre los mismos emperadores!

---

215 Horacio, *Epístolas* I 16, 39-40.
216 Se refiere a David.
217 Cf. Mt 26, 52.

Por desgracia, nadie toma venganza contra el enemigo público; y, sin embargo, el que no lo persigue, delinque contra sí mismo y contra todo el cuerpo de la comunidad política.

TERMINA EL LIBRO III



COMIENZA EL LIBRO CUARTO DEL «POLICRATICUS»

Prólogo

La profesión de buscar la verdad es, ciertamente, ardua y muy frecuentemente se adultera por la oscura intromisión del error o por la negligencia en su ejercicio. Entre tantas cosas desconocidas, ¿quién es capaz de encontrar con acierto lo verdadero? El mismo conocimiento de las cosas, cuando no guía la conducta del que desprecia ese conocimiento, exacerba la dureza de la justicia en contra del delincuente.

El primer grado del filosofar consiste, por tanto, en sopesar los géneros y propiedades de las cosas, para poder reconocer con prudencia lo que hay de verdadero en cada una; el segundo, en seguir con fidelidad la verdad que cada uno descubra. Este camino de los filósofos sólo está patente para aquel que, dejando el reino de la vanidad, se afilia a la libertad, por la que se hacen libres aquellos a quienes liberó la verdad [1], y sirviendo al Espíritu retiraron sus cuellos del yugo de la iniquidad y la injusticia. Porque allí donde está el Espíritu de Dios, está la libertad [2]; y el temor servil y complaciente con el vicio mata al Espíritu Santo. Es precisamente el Espíritu el que habla con ecuanimidad y sin avergonzarse de la verdad en presencia de los príncipes, antepone o iguala a los

[1] Cf. Jn 8, 32.
[2] 2 Cor 3, 17.

pobres de espíritu con los reyes, enseña a saber hablar y vivir la verdad a los que hace concordes con El. Quien, por el contrario, no quiere oír o decir la verdad, es ajeno al Espíritu de la verdad. Pero dejemos ya este tema. Veamos ahora en qué se diferencia el tirano del príncipe.

CAP. 1: *De la diferencia entre el tirano y el príncipe y en qué consiste ser príncipe.*

La única o principal diferencia entre el tirano y el príncipe consiste en que éste obedece a la ley y, conforme a ella, rige al pueblo del que se estima servidor.

Por beneficio de la ley reivindica para sí el primer lugar en el desempeño de los cargos públicos y en la sujeción a sus cargas, y se antepone a todos, porque mientras cada uno tiene su deber particular, sobre el príncipe recaen los deberes generales. Por ello se acumula merecidamente en él el poder de todos sus súbditos, para que así tenga capacidad suficiente para buscar y procurar el bien particular y común y se establezca de la mejor forma la disposición de toda la comunidad política humana, en la que unos son miembros de otros. En lo cual seguimos a la Naturaleza, que es la mejor guía de la vida, pues ella situó todos los sentidos en la cabeza de este microcosmos suyo o mundo menor que es el hombre, y a esa cabeza sujetó todos los miembros, para que todos se muevan ordenadamente mientras siguen su arbitrio, cuando está sana. Por ello, la cumbre del principado se eleva y resplandece con tantos y tan grandes privilegios como cree necesarios para sí. Y acertadamente, porque nada hay más útil para el pueblo que el hecho de que el príncipe, cuya voluntad no puede oponerse a la justicia, tenga cuanto necesite.

Es, pues, el príncipe, como muchos le definen, la pública potestad y cierta imagen en la tierra de la Divina Majestad. Reside sin duda en los príncipes cierta grandeza del poder divino, cuando los hombres se someten a sus mandatos y muchas veces ofrecen sus cabezas al cuchillo para ser cortadas, y por un impulso divino temen a aquellos para quienes son motivo de temor. Pienso que esto no puede realizarse si no es por voluntad de Dios. Pues toda potestad proviene de Dios, el Señor, y con El estuvo siempre desde la eternidad. El poder del príncipe es de tal manera de Dios, que

la potestad no se aleja de Dios, sino que El usa de ella a través de una mano subordinada, proclamando en todas las cosas su clemencia o su justicia. Por ello, quien resiste a la potestad del príncipe, resiste a la disposición de Dios [3], que tiene la autoridad de conferirla y, cuando quiere, de quitarla o disminuirla. Pues ni siquiera es acto propio del gobernante su voluntad de ser cruel con sus súbditos, sino de la divina dispensación, que quiere con su beneplácito castigar o probar a quienes le están sujetos. Por esto, incluso en la persecución de los hunos, preguntado Atila por un piadoso obispo de cierta ciudad, quién era él, y habiendo respondido: «Yo soy Atila, el azote de Dios», el obispo veneró en él (según está escrito) la Majestad divina, y dijo: «Bien venido sea el ministro de Dios», y añadiendo: «Bendito el que viene en nombre del Señor», abrió con gemidos las puertas de la iglesia y admitió al perseguidor, por cuyo medio consiguió la palma del martirio. Pues no osó rehusar el azote del Señor, sabiendo que su amado Hijo fue azotado y que no hay poder en el azote mismo, si no es del Señor.

Por tanto, si tan venerable es la potestad para los buenos, incluso cuando se manifiesta en daño de los elegidos, ¿quién no respetará aquella que ha sido instituida por Dios para castigo de los malhechores y premio de los buenos y sirve a las leyes con diligentísimo respeto? Como dice el emperador, es digno de la majestad real el dicho de que el príncipe se reconoce obligado por las leyes. Porque la autoridad del príncipe se basa en la autoridad de la ley. Que el príncipe se someta a las leyes es en verdad más importante que el poder imperial, de modo que el príncipe no debe considerar para sí lícito lo que se aparte de la equidad de la justicia.

Cap. 2: *Qué es la ley; y que el príncipe, aunque no esté obligado por la ley, es, sin embargo, servidor de la ley y la equidad, ejerce como persona pública y derrama sangre sin culpa.*

No piensen los príncipes que rebajan su dignidad por no estimar que los dictados de su justicia se han de anteponer a la justicia de Dios, cuya justicia es justicia eterna y cuya ley es equidad.

[3] Rom 13, 2.

Además de la equidad, como afirman los expertos en Derecho, es la conveniente armonía de las cosas, que pesa todo con igual medida de razón y busca la oportuna igualdad del Derecho para las diferentes cosas, imparcial para con todos, dando a cada uno lo suyo. La ley es su intérprete, como corresponde a quien tiene por guía la voluntad de equidad y de justicia.

Por eso afirmó Crisipo que la ley tiene poder sobre todas las cosas divinas y humanas y está, por tanto, por encima de todos los bienes y males, y es gobernadora y guía tanto de los hombres como de las cosas. Esto parecen confirmar Papiniano, jurista de gran experiencia, y Demóstenes, orador ilustre, sometiendo a su obediencia a todos los hombres, ya que toda ley es un descubrimiento y don de Dios, preceptora de sabios varones, corrección de los excesos de la voluntad, ordenamiento ciudadano y disuasión de cualquier delito. Conforme a ella, es conveniente que vivan cuantos se ocupan en general de la política. Todos, pues, están sujetos a la obligación de cumplir la ley, a no ser que se piense que alguien tiene licencia para hacer el mal.

Con todo, se considera que el príncipe está libre de las ataduras de la ley, no porque le sea lícito practicar la iniquidad, sino porque debe ser tal que promueva la equidad, procure el bienestar de la comunidad política y anteponga en todo el provecho de los demás a su propia voluntad, por amor de la justicia y no por temor del castigo. Pero ¿quién puede referirse en realidad a la voluntad del príncipe en los negocios públicos o cuando en ellos no le es lícito sino aquello que recomienda la ley o la equidad, o postula el argumento de la utilidad común? En estas cosas su voluntad debe tener la fuerza del juicio, y con toda razón debe tener en tales asuntos peso de ley lo que a él le complace, ya que su decisión no discrepa del sentido de equidad. «De tu actitud —dice el salmista— brota mi juicio, vean tus ojos mi equidad» [4]; pues el juez recto es aquel cuya sentencia es imagen de la equidad conseguida con su asidua contemplación. Por consiguiente, el príncipe es ministro de la utilidad pública y servidor de la equidad y ejerce como persona pública por el hecho de que castiga con equilibrada equidad no sólo los perjuicios y daños de todos, sino todos los delitos.

Asimismo, aplicando la moderación de la sabiduría, su cetro y su cayado reconducen las irregularidades y errores de todos a la senda de la equidad, de forma que el espíritu pueda felicitar

[4] Sal 16, 2.

a su potestad, al decir: «Tu vara y tu cayado me han confortado» [5]. También su escudo es fuerte, pero es escudo de los débiles y repele en favor de los inocentes los dardos de los malvados. Su cargo es de gran provecho para aquellos que carecen de posibilidades y se opone con fuerza a quienes desean causar daño.

No lleva, pues, sin causa la espada con la que derrama sangre sin culpa, sin ser hombre sanguinario, y con frecuencia mata a los hombres sin incurrir en homicidio ni delito. Pues si ha de creerse al gran Agustín, David es llamado varón reo de sangre [6], no por sus guerras, sino a causa de Urías. Y Samuel no es descrito nunca como reo de sangre u homicida, aunque mató a Agag, el obeso rey de Amaleg. Esta espada es espada de paloma, la cual, porque pelea sin hiel, hiere sin ira, y cuando lucha no engendra por sí misma amargura. Como la ley persigue los delitos sin odio de la persona, así el príncipe castiga con rectitud a los delincuentes, no por impulso de la ira, sino por disposición de la serena ley. Pues aunque veamos que el príncipe tiene sus propios lictores, es él mismo el que debe considerarse el único o principal lictor, a quien es lícito herir por mano interpuesta. Ya que si acudimos a los estoicos, que investigan con especial cuidado los orígenes de los nombres, «lictor» significa «legis ictor», porque a él corresponde el oficio de castigar a quien la ley juzga que hay que castigar. Por eso también antiguamente, a aquellos oficiales por cuya mano el juez castiga a los culpables, se les decía en el momento en que ya la espada amenazaba al reo: «Obedece al mandato de la ley» o «Cumple la ley», para que la templanza misma de las palabras mitigase la tristeza del reo.

CAP. 3: *Que el príncipe es ministro de los sacerdotes e inferior a ellos; y en qué consiste ejercer con fidelidad el ministerio del principado.*

Esta espada, pues, la recibe el príncipe de manos de la Iglesia, ya que ésta no tiene ninguna espada de sangre en absoluto. Posee, sin embargo, ésta, pero usa de ella a través de la mano del príncipe, a quien dio la potestad de la coacción corporal, reservándose para sí la potestad de lo espiritual en la persona de los pontífices.

[5] Ib. 22, 4.
[6] 2 Sm 16, 7-8; cf. 1 Cr 22, 8.

Es, pues, el príncipe ministro del sacerdocio y ejerce aquel aspecto de los sagrados oficios que parece indigno de las manos del sacerdocio. Porque todo oficio dependiente de las leyes sagradas es religioso y piadoso y tiene categoría inferior aquel que se ejerce en castigo de los delitos y representa de algún modo la imagen del verdugo. De ahí que Constantino, fidelísimo emperador de los romanos, cuando convocó el Concilio de sacerdotes de Nicea, no osó reservarse el lugar principal ni se sentó entre los presbíteros, sino que ocupó el último asiento. Veneró además los decretos que oyó aprobados por los sacerdotes, como si los hubiera sentido emanar del juicio de la Majestad divina. Incluso recibió los libelos de acusaciones escritas por unos y otros, que contenían los delitos de los sacerdotes y que habían hecho llegar al emperador; pero los depositó, cerrados, en su seno. Y exhortando a todos a la caridad y a la concordia, dijo que a él, como hombre y además sujeto al juicio de los sacerdotes, no le era lícito examinar causas concernientes a dioses, que no podían ser juzgados sino por solo Dios. Y quemó, sin verlos, los escritos que había recibido, temeroso de dar publicidad a los delitos o injurias de los padres conciliares y de incurrir en la maldición de Cam, el hijo réprobo que no cubrió las vergüenzas de su padre [7]. También en los escritos de Nicolás Romano se cuenta de él que dijo: «En verdad que si viese con mis propios ojos a un sacerdote de Dios o a alguien vestido con un hábito monacal, cometiendo un pecado, desplegaría mi manto y lo cubriría para que nadie lo viera» [8]. También Teodosio, el gran emperador, con merecida causa, aunque no muy grave, fue suspendido por un sacerdote de Milán [9] en el ejercicio de sus facultades reales y en el uso de las insignias imperiales, y cumplió paciente y solemnemente la penitencia que le fue impuesta por homicidio.

Usando el testimonio del Doctor de las Gentes, es ciertamente mayor el que bendice que el bendecido, y el que tiene autoridad para conceder una dignidad precede en el rango del honor al que recibe esa dignidad. Por lo demás, según el argumento del Derecho, puede negar el que puede conceder y puede quitar el que por derecho puede otorgar. ¿No dio Samuel la sentencia de deponer a Saúl por su desobediencia y le sustituyó en la alteza del trono por el humilde hijo de Isaí? [10].

---

[7] Noé; cf. Gn 9, 22.
[8] Cf. Nicolás Romano, *Epístolas*, 86; Graciano, *Decreto* I 96 c. 8 (ed. Friedberg I 339).
[9] San Ambrosio.
[10] Cf. 1 Sm 15, 28; 16.

Ahora bien, si un príncipe constituido en tal dignidad ejerce con fidelidad el ministerio recibido, hay que tributarle tan gran honor y reverencia cuanto prevalece la cabeza sobre todos los miembros del cuerpo. Y ejerce su ministerio con fidelidad cuando, consciente de su condición, recuerda que ostenta la persona del conjunto de sus súbditos, sabe que su vida no es para sí, sino para los demás, y se la entrega con ordenada caridad. Debe, por tanto, su ser entero a Dios; lo principal de sí mismo a la patria; mucho a sus parientes y allegados; muy poco, aunque siempre algo, a los extranjeros. Es deudor de los sabios y de los ignorantes, de los pequeños y de los grandes. Esta consideración es común para todos los que tienen prelatura, tanto para los que tienen a su cargo las cosas espirituales como para los que ejercen la jurisdicción secular.

Por esto también Melquisedec [11], el primero de quien habla la Escritura como rey y sacerdote (para no hablar de momento del misterio por el que prefigura a Cristo, que nació en el cielo sin madre y en la tierra sin padre); Melquisedec, digo, no aparece en la Escritura que tuviese padre o madre, y no porque careciera de cualquiera de ellos, sino porque la carne y la sangre no dan a luz por sí mismas el reino ni el sacerdocio, ya que en la generación de uno u otro no puede prevalecer la consideración de los padres sobre los méritos de la virtud, sino los sanos deseos de los súbditos fieles. Y cuando alguien se eleva a la cima de cualquiera de ellos, debe olvidar el efecto de la carne y realizar sólo aquello que postula el bien de sus súbditos. Sea, pues, padre y marido para su súbditos, y, si conoce algún afecto más entrañable, empléelo. Procure más ser amado que temido y muéstrese tal con sus vasallos, que éstos antepongan por devoción su vida a la de ellos mismos y consideren su incolumidad como una especie de vida pública. Entonces todo le saldrá bien, y, rodeado del respeto de unos pocos, prevalecerá, si es necesario, contra innumerables adversarios. Porque «el amor es fuerte como la muerte» [12] y el escuadrón de choque [13] que está ligado por los lazos del amor, difícilmente se rompe.

Cuando los dorios iban a luchar contra los atenienses, consultaron los oráculos sobre el resultado del combate [14]. Se les respondió que superarían a sus enemigos, a no ser que matasen al rey

---

[11] Cf. Gn 14, 18; Heb 7.
[12] Cant 8, 6.
[13] Cf. Ecl 4, 12.
[14] Justino, *Epitoma Historiarum Philippicarum Pompei Trogi* II 6 §§ 16-21.

de los atenienses. Cuando llegó el combate, se ordenó a los soldados que ante todo velaran por el rey. En aquel tiempo, Codro era rey de los atenienses. Habiendo conocido éste la respuesta del dios y las órdenes enemigas, cambia su vestimenta real y entra en el campamento enemigo llevando sobre su espalda unos sarmientos. Allí, en el choque con un grupo de defensores, cae muerto por un soldado al que había herido con una hoz. Descubierto el cuerpo del rey, los dorios se alejan sin pelear. Y así los atenienses, por el valor de su jefe, que se ofreció a la muerte por la salvación de su patria, se libran de la guerra.

Asimismo, Licurgo promulgó en su reino unos decretos por los que confirmaba al pueblo en el respeto de los príncipes y a los príncipes en la justicia de sus mandatos [15]. Suprimió el uso del oro y de la plata, materia de toda clase de delitos; entregó al Senado la guarda de la ley y al pueblo la potestad de elegir al Senado; estableció que las doncellas se casasen sin dote, para que se buscasen esposas y no dinero; quiso que, en proporción a la edad, se tributase a los ancianos la máxima veneración, y ciertamente en ningún lugar de la tierra es tan honrada la vejez. Después, para dar perpetuidad a sus leyes, liga a la ciudad con el juramento de que no habían de cambiar nada de sus leyes antes de que él regresase. Marcha a Creta, vive allí en perpetuo destierro, y, al morir, manda que sus huesos sean arrojados al mar, para evitar que, devueltos a Lacedemonia, los ciudadanos piensen que quedan así desligados de la obligación de su juramento respecto a la abolición de las leyes.

Empleo estos ejemplos con tanta mayor complacencia cuanto que veo que el apóstol Pablo los utilizó al predicar a los atenienses. Procuró aquel predicador egregio introducir a Jesucristo, y a éste crucificado, en sus almas, de modo que los enseñó con múltiples ejemplos paganos que la liberación provenía de la ignominia de la cruz. Y procuró persuadirles de que estas cosas no solían realizarse sino en la sangre de los justos y de aquellos que ejercían la magistratura de los pueblos. Por lo demás, para la liberación de todos, tanto judíos como paganos, nadie fue hallado idóneo sino Aquel a quien le han sido dados en heredad todos los pueblos y predestinada como posesión propia la tierra. Este no puede ser otro, afirmaba, sino el Hijo de Dios omnipotente, ya que nadie fuera de Dios sometió a sí los pueblos y la tierra. Así, pues, mientras predicaba la ignominia de la cruz de forma que poco a poco

[15] Ib. III 2 § 9.

se desvaneciese la locura de los gentiles, fue elevando gradualmente la palabra de la fe y el contenido de la predicación hasta la palabra y la sabiduría de Dios y el mismo solio de la Divina Majestad. Y para que la fuerza del Evangelio, envuelta en la debilidad de la carne, no se vaciase por el escándalo de los judíos y la locura de los gentiles, explicó las obras del Crucificado, que también cobraban fuerza por el testimonio de la fama, ya que a todos constaba que sólo Dios podía hacer tales cosas. Pero como hay muchas cosas que la fama desfigura, sea a favor o en contra, ayudaba a la misma fama el hecho de que sus discípulos hacían cosas extraordinarias, pues los que estaban enfermos de cualquier mal quedaban curados por la sombra de un discípulo [16]. ¿Para qué seguir? Un muerto resucitado [17] confundía las sutilezas de Aristóteles, las agudezas de Crisipo y los enredos de todos los filósofos.

Es ya célebre que los Dacios [18], generales romanos, entregaron sus vidas por sus ejércitos. También Julio César dice [19]: «El general que no se esfuerza en ser querido por sus soldados, no sabe dotarles de armas, no sabe que la humanidad de un general con sus tropas se vuelve contra el enemigo.» El mismo nunca dijo a sus soldados: «Id allá», sino: «Venid»; porque decía que a los soldados les parecía menor el trabajo compartido con su jefe. Según el mismo autor, debe también evitarse el placer del cuerpo, pues afirmaba que el cuerpo humano es herido en la guerra por la espada, y en la paz, por el placer. Y es que aquel vencedor de pueblos había experimentado que el mejor modo de superar el placer es huir de éste, ya que a él mismo, que había doblegado pueblos, lo había maniatado con los lazos del placer una mujer deshonesta [20].

CAP. 4: *Que consta por la autoridad de la ley divina que el príncipe está sujeto a la ley de la justicia.*

Pero ¿por qué mendigo entre los ejemplos de los gentiles, aunque son muchos, cuando cualquiera puede ser urgido a realizar sus

---

16 Cf. Hch 5, 15.
17 Es decir, Cristo.
18 Cf. Valerio Máximo, *Hechos y Dichos Memorables* V 6 §§ 5-6; Agustín, *De Civitate Dei* IV 20.
19 Cf. E. Woelfflin (ed.), *Caecilii Balbi de nugis philosophorum quae supersunt*, Basilae 1855, 32.
20 Cleopatra.

acciones por las leyes más directamente que por los ejemplos? Ahora bien, para que no pienses que el príncipe mismo está totalmente libre de las leyes, escucha qué ley impone para los príncipes el Rey grande [21] y terrible [22] de toda la tierra, el que quita el aliento a los príncipes. Dice: «Cuando hayas entrado en la tierra que el Señor Dios te dará, y la poseas y habites en ella y digas: "Pondré sobre mí un rey como tienen todas las naciones de alrededor", pondrás a aquel que el Señor Dios haya elegido entre tus hermanos. No podrás hacer rey a ningún hombre extranjero que no pertenezca a tu pueblo. Y cuando haya sido nombrado, no tendrá numerosos caballos, ni volverá a conducir al pueblo a Egipto, ensoberbecido por la multitud de su caballería; sobre todo habiéndoos ordenado el Señor que nunca más recorráis ese camino. No tendrá muchas esposas que desvíen su corazón, ni grandes cantidades de plata y oro. Y una vez que se haya sentado en el trono de su reino, copiará para sí el libro del Deuteronomio con esta ley, tomando un ejemplar de los sacerdotes de la tribu de Leví, y lo leerá todos los días de su vida, para que aprenda a temer al Señor su Dios y a seguir sus mandatos y ceremonias, que están prescritos en la ley. Y no se hinche su corazón con soberbia respecto a los hermanos de su pueblo, ni se desvíe a la derecha o a la izquierda, para que así él y sus hijos reinen largamente sobre Israel» [23].

Pregunto: ¿es que acaso no está limitado por ley alguna aquel a quien ata esta ley? Cada una de sus palabras, si las ponderas, son truenos para los oídos de los príncipes. Omito lo que toca a la elección y a la forma de la misma, que se exigen en la erección de un príncipe; considera un poco conmigo el modo de vida que le está prescrito. Una vez nombrado, dice la ley, aquel se proclama hermano de todo el pueblo por el culto religioso y el afecto de la caridad, no multiplicará sus cabellos de manera que por su abundancia sea oneroso a sus súbditos (multiplicar los caballos es reunir más de lo que la necesidad exige, sea por vanagloria u otro error). Lo mucho y lo poco [24], si seguimos el parecer del príncipe de los peripatéticos, significa la disminución o el exceso de la legítima cantidad en cada uno de los géneros de las cosas. ¿Será, por tanto, lícito multiplicar los perros o las aves rapaces, o las fieras salvajes, o cualesquiera otros prodigios de la Naturaleza, a aquel a quien está

[21] Sal 46, 3.
[22] Ib. 75, 12-13.
[23] Dt 17, 14-20.
[24] Cf. Aristóteles, *Metafísica* I 6, 1056 b, 17-19.

limitado por la razón de la cantidad el número de los caballos que son necesarios para la milicia y todos los usos de la vida? En cuanto a los actores y mimos, bufones y meretrices, alcahuetes y otras monstruosidades humanas de esta clase, que el príncipe debe eliminar antes que fomentar, no habría por qué hacer mención en la ley, ya que ésta no sólo excluye todas esas abominaciones de la Corte del príncipe, sino que las prohíbe en el pueblo de Dios. Por la mención de los caballos se entiende todo lo necesario para el uso de una familia y sus enseres, siendo en esto cantidad legítima la que postula la necesidad o la utilidad, siempre que lo útil se equipare con lo honesto y el refinamiento se limite a las cosas honestas. Pues ya desde antiguo estuvieron de acuerdo los filósofos [25] en que no hay ninguna opinión más perniciosa que la de aquellos que separan lo útil de lo honesto, y que es sentencia muy verdadera y útil que lo honesto y lo útil son términos enteramente equiparables.

Al ver Platón —según cuentan las historias de los gentiles— a Dionisio, tirano de Sicilia, rodeado de guardias de seguridad, dijo: «¿Qué mal tan grande has hecho para necesitar la protección de tantos hombres?» Esto no es nada conveniente para un príncipe que con sus desvelos de tal manera ha de ganarse el afecto de todos, que cada uno de sus súbditos esté dispuesto a exponer por él su vida cuando acecha el peligro, como suelen también los miembros, por impulso de la Naturaleza, arriesgarse para defender la cabeza. Su propio pellejo y todo lo que tiene lo expone el hombre por su vida [26]. Continúa la ley: «Y no volverá a conducir a su pueblo a Egipto, ensoberbecido por la multitud de su caballería.» Ciertamente, el que está investido de la suprema dignidad tiene que precaverse con gran diligencia de no corromper con sus ejemplos y abusos a los que están debajo de él y de no volver a su pueblo a las tinieblas del error por el camino de la soberbia o la lujuria. Pues es corriente que los súbditos imiten los vicios de sus superiores, ya que el pueblo desea ser como sus magistrados y cada cual apetece con gusto lo que hace ilustre a otro. Es célebre aquel pasaje de un excelente versificador, que expresa el criterio y las palabras del gran Teodosio:

> Si piensas y decretas que algo debe ser obligación de todos, observa el primero lo mandado. El pueblo guarda más la equidad y no se niega a someterse a la ley cuando ve al legislador

[25] Cf. Cicerón, *De Officiis* III 3 § 11.
[26] Job 2, 4.

mismo obedecer a lo que ordena. El orbe se conforma según el ejemplo del rey, y no pueden los edictos cambiar tanto los sentimientos humanos como la vida del que gobierna.
La mudable masa cambia siempre con su príncipe [27].

Ahora bien, las posibilidades de cada uno no pueden equipararse a los recursos de toda la comunidad. El particular saca de sus propias arcas, pero la potestad que gobierna agota las arcas y los tesoros públicos, y, si éstos se acaban, se recurre a los bienes de los particulares. Naturalmente, es necesario que los individuos privados estén satisfechos con sus bienes. Pues si éstos se agotan, el que antes ansiaba el brillo del poderoso, hundido en la sordidez de su pobreza, se avergüenza de su oscura situación. Por eso también en el decreto de los lacedemonios se ordenaba a los gobernantes la austeridad en el uso de los bienes públicos, aunque por derecho común se les permitía gozar de los bienes hereditarios y de aquellos a los que accedan por favor de la fortuna.

CAP. 5: *Que el príncipe debería ser casto y evitar la avaricia.*

Añadía la ley: «No tendrá muchas esposas que desvíen su corazón» [28]. Hubo un tiempo en el que por motivo de propagar la raza y expandir el pueblo elegido, fue lícito en el pueblo de Dios que cada hombre tuviera varias esposas. Como ejemplo de esta permisividad están los patriarcas, y Sara [29] usó de su derecho —es decir, el cuerpo de Abraham— para conseguir un hijo, Ismael, en las entrañas de otra, por el servicio de su esclava. También Jacob [30] agregó al doble matrimonio con dos hermanas el de sus fecundas esclavas.

Pero los reyes están ligados ahora por una prohibición perpetua, que los aparta de la unión con varias esposas; y mientras para otros hombres fue lícito que uno tuviera más de una, siempre rigió para los reyes no tener más de una. ¿Acaso le es lícito fornicar, cometer adulterio o actos deshonestos con varias, cuando no le es permitido tener más de una esposa ni siquiera para propagar la

[27] Claudiano, *Panegyricum de IV Consulatu Honorii,* 296-302.
[28] Dt 17, 17.
[29] Cf. Gn 16.
[30] Cf. Gn 30, 1-24.

especie o procrear un heredero? ¿Cómo podría el príncipe castigar los estupros, los adulterios y cualesquiera fornicaciones, si fuera culpable de los mismos delitos? No se me objete con las esposas de David [31], quien quizá en esto, como en tantas otras cosas, gozó de un privilegio especial. Aunque estoy dispuesto a conceder fácilmente que también él delinquió en este punto. Ciertamente, el amor de una mujer casada [32] le precipitó en el adulterio, con traición y homicidio, y no me esfuerzo en excusar a quien, acusado y condenado por la parábola de un profeta, reconoció que era reo de muerte. Tienes, pues, ahí a un rey delincuente como otros reyes. ¡Ojalá hagan éstos penitencia con el penitente y confiesen su culpa con el que la confesó y dando satisfacción, como él la dio, vuelvan a la vida! La sabiduría misma de Salomón se volvió locura por el amor de las mujeres.

Prosigue la ley divina: «Y no tendrá grandes cantidades de plata y oro» [33]. Que vayan ahora y, a pesar de la prohibición de Dios, atesoren para sí oro y plata, saquen ganancia de la calumnia, procúrense riquezas con la pobreza de los demás y constrúyanse una felicidad exclusiva con la desgracia de todos. Alguno, empero, objetará con la riqueza de Salomón. Lo admito: no sostengo que esté prohibido que un príncipe sea rico, sino avaro. ¿Es que no perdieron su valor el oro y la plata en tiempos de Salomón? [34]. No lo hubiesen perdido, si el rey, con su avaricia, no hubiera reunido inmensas cantidades de los mismos, innecesarias para el uso. Podía haberlas puesto fuera del alcance del hombre, enterrándolas, para elevar su precio.

Trimalción narra en los escritos de Petronio [35] que hubo un artesano que construía vasos de vidrio de tanta resistencia, que no se romperían menos si fuesen de oro o plata. Habiendo, pues, fabricado una copa de este tipo, de un vidrio purísimo y digna tan sólo —creía él— del César, se dirigió al César con su dádiva y fue admitido a su presencia. Se alabó la belleza del regalo, se ensalzó la habilidad del artífice y se aceptó la entrega del donante. Pero el artesano, para convertir en estupor la admiración de los espectadores y conciliarse más plenamente la gracia del emperador, tomó de manos del César, después de solicitarlo, la copa y la arrojó violentamente contra el pavimento, con tanta fuerza, que

---

31 Cf. 2 Sm 5, 13.
32 Cf. 2 Sm 11; 12.
33 Dt 17, 17.
34 Cf. 1 Cr 10, 21.
35 Cf. Petronio, *Satiricón*, 51.

ni siquiera una pieza de bronce muy sólida y resistente hubiera quedado indemne. Ante esto, el César no quedó tan estupefacto como espantado. Pero el artesano levantó del suelo la copa, que no se había roto sino dañado, como si el bronce hubiese adoptado la apariencia de vidrio. Después, sacando de su seno un pequeño martillo, reparó perfectamente el desperfecto, y, como si se tratase de un vaso de bronce, lo arregló con repetidos golpes. Hecho esto, pensó que se había ganado el propio Olimpo de Júpiter, ya que creía que había merecido la amistad del César y la admiración de todos. Pero no sucedió así. Porque el César le preguntó si algún otro conocía esta forma de fabricar el vidrio. Y al responder que no, el emperador le mandó decapitar, diciendo que si este descubrimiento se propagaba, el oro y la plata valdrían lo que el barro. Es dudosa la veracidad y fidelidad de la narración, y unos difieren de otros en la apreciación del acto del César. Yo, sin prejuzgar la inteligencia de los que saben más, pienso que la devoción de aquel hábil artífice fue mal remunerada y que no se tuvo en cuenta el futuro del género humano al hacer desaparecer un arte tan extraordinario, para que ese estímulo de la avaricia, fomento de la muerte y causa de disgustos y guerras, que son el dinero y la materia de que está hecho, se conservasen como valor, valor que habría tenido de todos modos sin el esfuerzo del hombre, ya que el dinero no puede dejar de tener valor, al ser él mismo la medida del valor. Es verdad:

> Se estima lo que tiene valor, la fortuna de honores y amistades; el pobre no levanta cabeza [36].

Mucho más útilmente procuraron algunos extirpar de sus asuntos públicos toda materia causante de odio y enfrentamientos, para que, faltando la causa, desapareciesen sus malos efectos. Así lo hizo el decreto de Licurgo entre los lacedemonios [37] y, en la antigua Grecia [38], que actualmente forma parte de Italia, la doctrina de Pitágoras de Samos, de quien se dice que había salvado a Italia con el rigor y la bondad de sus preceptos. Ojalá se despreciaran el oro y la plata, con tal que se aprecien solamente la virtud y aquellas cosas que la Naturaleza, máxima guía de la vida, recomienda para su empleo. Entonces no quedará rebajado el pobre, ni será

---

[36] Ovidio, *Fastos* I 217-218.
[37] Cf. Justino, o. c. II 1 § 12.
[38] Cf. Cicerón, *Tusculanae Disputationes* V 4 § 10; Valerio Máximo, o. c. VIII 7 ext. 2; Gelio, *Noches Aticas* I 9 § 12.

el rico reverenciado por la fortuna de su dinero, pues cada uno tendrá valor o carecerá de él conforme a sus dotes personales. Además, hay cosas que poseen valor por sí mismas y otras por la apreciación ajena. Pues el pan y aquellas provisiones que consisten en alimentos o vestidos necesarios, por el dictado de la Naturaleza, son tenidos en aprecio en todas partes. Y también son gratas para todos de forma natural las cosas que deleitan los sentidos. ¿Para qué proseguir? Lo que pertenece a la Naturaleza no sólo es auténtico, sino que tiene vigencia entre todos; lo que sigue el arbitrio de la opinión es incierto, y de la misma manera que está en alza por el capricho, por el capricho decae. No tenía por qué temer aquel emperador que faltase la materia del comercio, ya que incluso entre aquellos que no conocen el dinero son frecuentes las compras y ventas. Estoy seguro de que Salomón tuvo tanta sabiduría, que no temió nunca que el oro y la plata se depreciaran para sus sucesores, ya que veía que su naturaleza es voraz y en gran parte no desean otra cosa que dinero. Por eso desde su alta condición depreció esta herrumbre con su inspirada sabiduría, para invitar a los venideros, con su propio ejemplo, a despreciar el dinero.

Por lo demás, es conveniente que el rey goce de fortuna, con tal de que no tenga como propia la riqueza del pueblo. No tendrá, pues, como propias las riquezas que posee en nombre ajeno ni serán privados para él los bienes fiscales que reconoce como públicos. No hay nada que admirar en esto, cuando él mismo no se pertenece a sí, sino a sus súbditos.

Cap. 6: *Que debe tener siempre la ley de Dios ante su pensamiento y su mirada, ser versado en letras y dejarse aconsejar por los letrados.*

«Y una vez que se haya sentado en su trono, copiará en un libro esta ley del Deuteronomio»[39]. Hay que tener presente que el príncipe no debe ignorar el derecho, y, aunque goza de muchos privilegios, no puede ignorar la ley de Dios, ni siquiera con el pretexto de las armas. Copiará, pues, esta ley del Deuteronomio, es decir, la segunda ley, en el libro de su corazón; de modo que

[39] Dt 17, 18.

se considere como primera la ley que indica la letra y como segunda la que el entendimiento iluminado aprende de la primera. Esta pudo ser escrita en tablas de piedra, pero la segunda no queda impresa sino en la mirada pura del alma. Y acertadamente se escribe el Deuteronomio en un libro, porque de esta forma el príncipe medita en su interior el sentido de la ley, al no apartarse de sus ojos la letra. Y entonces permanece fiel a la letra, cuando nunca está en desacuerdo con la pureza de su mente. Pues la letra mata, el espíritu vivifica [40], y en él reside la necesaria y general interpretación adecuada del derecho humano y de la equidad.

Dice la ley: «Tomando un ejemplar de los sacerdotes de la tribu de Leví» [41]. Y con razón. Es inútil el dictado de cualquier ley, si no lleva impresa la imagen de ley divina, y es inútil la orden del príncipe, si no es conforme con la disciplina eclesiástica. No se le ocultó esto a aquel príncipe cristianísimo [42] que impuso en sus leyes el criterio de no desdeñar la imitación de los sagrados cánones.

Y no sólo manda que se tome como ejemplo a los sacerdotes, sino que envía al príncipe a la tribu de Leví para pedir prestado. Porque de tal modo se ha de escuchar a los sacerdotes, que todo hombre justo debe cerrar su oído a los que son reprobables y a los que hablan contra ellos. Pero ¿quiénes son los sacerdotes de la tribu de Leví? Aquellos, ciertamente, a los que la ley introduce en la Iglesia sin los estímulos de la avaricia, sin el impulso de la ambición, sin el afecto de la carne y la sangre. Pero no la ley de la letra que mata, sino la del espíritu que vivifica con la santidad del alma, la pureza del cuerpo, la sinceridad de la fe y las obras de la caridad. Porque así como la ley que contenía todo en oscura figura eligió primero en el tiempo como sacerdotes a hombres de una determinada tribu y familia, así, una vez que desaparecidas las sombras, la verdad se manifestó y la justicia nos miró desde el cielo, aquellos a quienes recomienda una vida meritoria y el aroma de la buena fama y segrega para la obra del ministerio la unidad de los fieles o la diligente providencia de los prelados, el Espíritu los aplica a la tribu de Leví y los constituye legítimos sacerdotes.

Añade la ley: «Y lo tendrá consigo y lo leerá todos los días de su vida» [43]. Observa cuán grande debe ser la diligencia del príncipe en la custodia de la ley, cuando tiene el mandato de tenerla

---

[40] 2 Cor 3, 6.
[41] Dt 17, 18.
[42] Justiniano.
[43] Dt 17, 19.

siempre consigo, leerla y meditarla; de la misma manera que el rey de reyes, nacido de mujer y puesto bajo la ley[44], cumplió toda la justicia de la ley, sometiéndose a ella voluntariamente y no por obligación; porque su voluntad estaba puesta en la ley, y en la ley del Señor meditó día y noche.

Y si se piensa que en este punto no cabe imitar a Aquel que no abrazó la gloria de los reyes, sino la pobreza de los fieles, y que adoptando la condición de esclavo[45], no buscó en la tierra un lugar donde reclinar su cabeza[46], e interrogado por el juez proclamó que su reino no era de este mundo[47], sirvan al menos de provecho los ejemplos de aquellos reyes ilustres cuyo recuerdo merece la bendición[48]. Avancen desde la plaza fuerte de Israel David, Ezequías y Josías y todos los que creían que su gloria de reyes consistía en buscar la gloria de Dios y ligarse, junto con sus súbditos, con las ataduras de la ley divina.

Y para que sus ejemplos no nos parezcan lejanos, y por ello menos acreedores a la imitación, porque pensemos que estamos algo separados de su ley, sus ritos, su culto religioso y su profesión de fe (aunque ellos y nosotros tenemos la misma fe, bien que nosotros gozamos y veneramos como ya realizado en gran parte lo que ellos esperaban como futuro, disipadas ya las sombras de las figuras desde que la Verdad nació y se manifestó en presencia de los pueblos)[49]; digo que, para que sus ejemplos no se menosprecien por extraños o profanos, nuestros Constantino, Teodosio, Justiniano y León[50], y otros príncipes cristianísimos, proporcionan instrucción para un príncipe cristiano. Pues se esforzaban, sobre todo[51], en que las sacratísimas leyes que pesan sobre las vidas de todos los hombres fueran conocidas y observadas por todo el mundo y ninguno las ignorase, a no ser en los casos en que el perjuicio de esta ignorancia fuera compensado por alguna utilidad pública o se detuviese la dureza del legítimo castigo por compasión hacia la edad o por la fragilidad del sexo. Ciertamente, las acciones de aquellos varones son una incitación a la virtud y cada palabra suya es una enseñanza para las costumbres. Finalmente, dominados y encadenados los vicios, hicieron de su vida una especie de

---

[44] Cf. Gál 4, 4.
[45] Cf. Flp 2, 7.
[46] Cf. Mt 8, 20.
[47] Cf. Jn 18, 33-36.
[48] Cf. Eclo 46, 14.
[49] Cf. Sal 84, 12.
[50] León VI, el Filósofo.
[51] Cf. Justiniano, *Código* I 14 § 9.

arco triunfal consagrado para la posteridad con los títulos de una excelsa virtud, proclamando, fieles a la fe, que no es nuestra mano poderosa, sino el Señor, quien hizo todas las cosas.

Constantino, al fundar y dotar la Iglesia romana [52] —para no mencionar las demás cosas importantes que realizó—, se hizo acreedor a una bendición perpetua. Quiénes fueron Justiniano y León queda claro por el hecho de que, desarrollando las leyes divinas, se esforzaron por consagrar el mundo como templo de la justicia. ¿Y qué puedo decir de Teodosio, a quien los antedichos tuvieron como ejemplo de virtud y la Iglesia de Dios no sólo reverenció como emperador, sino incluso como obispo por sus venerables cualidades de religiosidad y justicia y su humilde y paciente indignación con los sacerdotes? ¡Con qué paciencia soportó él, que había decretado leyes, la sentencia del sacerdote de Milán! Y no creas que se trató de la sentencia de un sacerdote blando y complaciente con los príncipes, pues el príncipe fue suspendido en el ejercicio de sus facultades reales, expulsado de la Iglesia y obligado a cumplir una solemne penitencia. ¿Qué es lo que le había sometido a tal situación? Ciertamente su voluntad sujeta a la justicia de Dios y obediente en todo a su ley. Y si no eres de los que piensan que todo lo que se escribe con la gracia del poeta es digno de desprecio, hallarás en pocas palabras, por lo que recomienda a su hijo en los escritos de Claudio Claudiano [53], a qué altura llegó este emperador en el santuario de las costumbres.

Desde luego, cuando medito las palabras de la citada ley, cada una de ellas me parece cargada de sentido y se ofrecen a la mente como fecundadas por el espíritu de inteligencia. «Tendrá consigo —dice— la ley» [54], procurando no tenerla en contra para su condenación, ya que es necesario que la tenga. Porque los poderosos serán atormentados con fuerte poder [55]. Y añade: «Y la leerá» [56]. Es cierto que tener la ley en el arca aprovecha poco, si no la guarda fielmente el alma. Tiene, pues, que leerla todos los días de su vida. Por donde consta claramente cuán necesario es a los príncipes un conocimiento profundo de las letras, como a quienes tienen el mandato de considerar diariamente la ley del Señor mediante la lectura. Quizá no se encuentre fácilmente que los sacerdotes tengan la obligación de leer diariamente la ley. El príncipe, en cambio,

---

[52] Cf. Juan de Salisbury, *Metalogicus* IV 42 (945 c).
[53] San Ambrosio; cf. Ambrosio, *De Obitu Theodosii,* 34; Casiodoro, *Historia Tripartita* IX 30.
[54] Cf. Claudiano, o. c., 214 ss.
[55] Dt 17, 19.
[56] Sab 6, 7.

la lee diariamente, en los días de su vida. Ya que cada día que no la lea no le será computado para vida, sino para muerte. Claro está que esto no puede hacerlo un hombre ignorante de las letras. Por eso en la carta que recuerdo envió el rey de los romanos al rey de los francos [57] añadió también con gracia, entre otras cosas, que un rey ignorante es como un asno coronado.

Con todo, si por dispensa de los méritos adquiridos en la virtud, sucede que un rey no tiene letras, es necesario que acuda a los consejos de los letrados para que acierte en su proceder. Ayúdenle, pues, el profeta Natán, el sacerdote Sadoch y los hijos fieles de los profetas, que no permitirán que se aparte de la ley del Señor. Introdúzcanle los letrados con sus palabras, a través de esa especie de puerta que es el oído, en la ley que él con sus propios ojos no puede mostrar a su mente. Lea, pues, la mente del rey en la lengua del sacerdote y venere como ley del Señor todo lo que ve de loable en sus costumbres. Pues la vida y la palabra de los sacerdotes son como un libro de la vida ante la faz de los pueblos [58].

Quizá tenga conexión con esto el hecho de que el príncipe recibe el mandato de tomar un ejemplar de la ley de los sacerdotes de la tribu de Leví, ya que el poder debe moderar con su predicación el gobierno de la magistratura que le ha sido confiada [59]. Tampoco carece por completo de lectura el que sin poder leer, escucha atentamente lo que otros leen [60]. Pero el que no hace ninguna de ambas cosas, ¿cómo cumplirá fielmente lo mandado, si desprecia así el mandato? Pues la consecución de la sabiduría requiere el concurso de todo lo que es deseable [61]. ¿No pensó Tolomeo que le faltaba algo para alcanzar la suprema felicidad hasta que, a pesar de ser pagano, llamó a los setenta exegetas y comunicó a los griegos la ley del Señor? [62]. Nada importa si los exegetas trataron entre sí, encerrados en una misma celda, o profetizaron en celdas distintas, pues consta que el rey llevó la ley del Señor a Grecia en su afán por buscar la verdad.

Recuerdo haber leído en las *Noches áticas* [63], cuando tratan de las excelentes costumbres de Filipo de Macedonia, que, entre otras cosas, resaltan su afición por las letras de la misma forma que sus

---

[57] Dt 17, 19.
[58] Carta de Conrado III a Ludovico VII.
[59] Cf. 1 Cr 1, 26 ss.
[60] Cf. Mal 2, 7; Eclo 24, 32.
[61] Cf. Sab 7, 11.
[62] Cf. Agustín, o. c. XVIII 42; *De Doctrina Christiana* II 15; Jerónimo Prolog. in Genesim.
[63] Cf. Gelio, o. c. IX 3.

hazañas militares y las celebraciones de sus victorias, la liberalidad de su mesa y todo cuanto decía o hacía con gracia y amabilidad. Y esto mismo, en que se sabía superior a otros, procuró transmitírselo al que esperaba sería el único heredero futuro de su reino y su felicidad, como si fuera la base de sus bienes hereditarios. Por esta razón parece conveniente transcribir la carta que escribió a Aristóteles, que confiaba sería el maestro del recién nacido Alejandro. Está concebida casi exactamente en estos términos: «Filipo saluda a Arístóteles. Te doy la noticia de que me ha nacido un hijo, por lo cual doy gracias a los dioses, y no tanto porque haya nacido cuanto por el hecho de que su nacimiento haya tenido lugar coincidiendo con tu vida. Porque espero que, educado e instruido por ti, será digno de nosotros y de la responsabilidad de este cargo».

No recuerdo que entre los emperadores y jefes romanos hubiese gente sin letras, durante el tiempo en que su comunidad política tuvo consistencia. Y no sé cómo acontece que desde que el valor de las letras languideció entre los príncipes, también se debilitó el poder de sus ejércitos y quedó como cortada la raíz de la potestad principesca. Nada tiene esto de extraño, pues sin la sabiduría ningún principado puede perdurar o mantenerse sano. Sócrates, que fue considerado por el oráculo de Apolo como el más sabio de los hombres y que sin oposición alguna aventajó incomparablemente (no sólo en sabiduría, sino en virtud) a los llamados siete sabios [64], afirmó que las naciones llegarían a ser felices cuando las gobernaran los filósofos o se diera el caso de que sus rectores se afanasen por la sabiduría [65].

Y si no estimas como autoridad a Sócrates, «por Mí —dice la Sabiduría— reinan los reyes, y los príncipes dan leyes justas; por Mí gobiernan los gobernantes, y los nobles dan sentencias justas; Yo amo a los que me aman, y los que madrugan por Mí, me encontrarán; Yo traigo riqueza y gloria, fortuna copiosa y bien ganada; mi fruto es mejor que el oro y las piedras preciosas, y mi renta vale más que la plata acendrada; camino por sendero justo, por las sendas del Derecho, para legar riquezas a mis amigos y colmar sus tesoros». Asimismo: «Yo poseo el consejo y el acierto; son mías la prudencia y el valor» [66]. Y en otro lugar: «Recibid de mí avisos, no plata, y una experiencia más valiosa que el oro; por-

---

[64] Cf. Valerio Máximo, o. c. IV 4 ext. 1; cf. ib. IV 1 ext. 7.
[65] Ib. VII 2 ext. 4; Boecio, *De Consolatione Philosophiae* I prosa IV.
[66] Prov 8, 15-21; 8, 14.

que la sensatez vale más que los corales, y ninguna joya se le puede comparar»[67].

Siendo así que los gentiles creían que no debía hacerse nada sin el asentimiento de los dioses, daban, sin embargo, especial culto a uno como si fuera el Dios de los dioses, príncipe de todos, es decir, a la Sabiduría, precisamente porque ella lo predice todo. Por eso los antiguos filósofos estimaron que se debía pintar una imagen de la Sabiduría en las puertas de todos los templos y escribir estas palabras:

> La experiencia me engendró, la memoria me dio a luz;
> «Sophia» me llaman los griegos; vosotros «sapientia»[68].

E igualmente estas otras: «Odio los hombres necios, las obras perezosas, los tópicos filosóficos.»

Con tino, ciertamente, idearon aquellos hombres estas cosas, aunque no conocían la verdad con plenitud; sin embargo, se acercaron de algún modo a ella al pensar que la Sabiduría es reina de todo lo que se hace con rectitud, ya que la misma Sabiduría se gloría con verdad de que desde el principio[69] tuvo entre todas las razas y pueblos el dominio de los soberbios y aplastó con su propio poder las cabezas de los arrogantes. También Salomón confiesa que la amó más que a la salud y a toda belleza, y que todos los bienes le vinieron con ella[70].

CAP. 7: *Que debe aprender el temor de Dios y ser humilde, y conservar la humildad de manera que no quede disminuida la autoridad del príncipe; y que unos preceptos son mudables, y otros, inmutables.*

Prosigue la ley: «Para que aprenda a temer al Señor su Dios y a cumplir sus mandatos prescritos en la ley»[71]. La ley misma añade la razón de la observancia de la ley: «Para que aprenda»,

---

67 Ib. 8, 10-11.
68 Cf. Gelio, o. c. XIII 8 §§ 3-4.
69 Eclo 24, 9-10.
70 Cf. Sab 7, 10-11.
71 Dt 17, 19.

dice. Y es que el lector diligente de la ley es un discípulo, no un maestro [72], y no doblega la ley, como si fuera una esclava, a su propio sentir, sino que acomoda su sentir a la intención e integridad de la ley. Pero ¿qué aprende tal discípulo? Ciertamente a temer al Señor su Dios. Y con razón, porque la sabiduría engendra y sostiene el principado [73], y el principio de la Sabiduría es el temor del Señor [74]. Así, pues, el que no sube el primer peldaño del temor, aspira inútilmente a la cima del principado legítimo. «Legítimo», digo; porque de algunos que fueron arrojados del principado mientras se enaltecían, y que debían caer aún más bajo, está escrito: «Esos reinaron, pero no por Mí; fueron príncipes y Yo los ignoré» [75]. Y en otro lugar: «Estando en su mano la ley, no conocieron la Sabiduría» [76]. Tema, pues, el príncipe al Señor y confiese que es su siervo, con la debida humildad del pensamiento y la muestra de las pías obras. Porque todo señor es señor de uno que sirve [77]. Sirve, por tanto, el príncipe al Señor mientras sirve fielmente a sus consiervos, es decir, a sus súbditos. Y reconozca que Dios es un Señor a quien no hay que mostrar más temor por su majestad que amor por su bondad. Porque El es Padre, y tal, que por sus méritos ninguna de sus criaturas puede negarle afecto y amor. «Si Yo soy el Señor —dice—, ¿dónde queda mi temor? Si soy Padre, ¿dónde queda mi amor?» [78]. También hay que guardar las palabras de la ley, porque desde el primer peldaño del temor va subiendo con acierto, como por una escala de virtudes. «El amor del Señor —dice— consiste en guardar sus leyes» [79], porque «toda la Sabiduría está en el temor del Señor» [80]. Además, «el que teme al Señor practicará el bien y el que se atiene a la justicia la pondrá por obra y le saldrá al paso como a una madre a quien se honra» [81].

Pero ¿cuáles son las palabras que debe observar el príncipe con tanta diligencia? Ciertamente los preceptos de la ley, de modo que a través de él ni una tilde o ápice de la ley [82] caiga en tierra, porque no la recibe con sus propias manos o con las de sus súbditos. Hay algunos preceptos que obligan perpetuamente, que son

---

72 Cf. Sant 4, 11.
73 Cf. Prov 8, 16; Eclo 10, 1.
74 Sal 110, 10; Eclo 10, 1.
75 Os 8, 4.
76 Cf. Jr 2, 8.
77 Boecio, *In Aristotelis Categorias* (c. 7, 6 b, 28 ss.).
78 Mal 1, 6.
79 Sab 6, 19.
80 Eclo 19, 18.
81 Ib. 15, 1-2.
82 Cf. Mt 5, 18.

legítimos entre todos los pueblos y que en ningún caso pueden derogarse impunemente. Antes de la antigua ley, en el tiempo de esa ley y en el de la gracia hay una ley que obliga a todos: «No hagas a otro lo que no quieres para ti.» Y: «Haz a otro lo que quieres que se haga contigo.»

Que salgan ahora los que enjalbegan la faz de los poderosos y susurren, o, si esto les parece poco, proclamen públicamente que el príncipe no está sujeto a la ley y que todo lo que le place, no sólo el establecer el derecho conforme a equidad, sino de cualquier forma, tiene fuerza de ley. Si quieren y se atreven, que pongan fuera de la ley al rey que sustraen de sus ataduras. Yo reafirmo que está obligado por esta ley, no sólo contra el parecer de ésos, sino aunque todo el mundo lo niegue. Porque Aquel que no engaña ni puede engañarse, dice: «En aquello que juzguéis, seréis juzgados» [83]. Y en verdad que se ejercerá juicio gravísimo sobre los que gobiernan, porque en su seno se verterá «una medida generosa, colmada, remecida, rebosante» [84]. No quito, sin embargo, de las manos de los príncipes el poder de dispensar de la ley, sino que pienso que de ninguna manera está a su arbitrio lo que contiene una prohibición o un mandato perpetuos. Sólo en las cosas mudables se admite dispensa del precepto; y de tal forma, con todo, que por la compensación de la honradez o la utilidad se conserve íntegra la intención de la ley.

«Y no se eleve —dice— su corazón hasta la soberbia respecto a sus hermanos» [85]. Esto, que es muy necesario, lo repite con frecuencia la ley, porque parece que nunca se recomienda suficientemente a los príncipes la humildad, y es muy difícil que un ascenso en la escala del honor no produzca altanería en el alma del imprudente. Cierto es que «Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes» [86]. Actúa con madurez el rey que ora para no pisar la senda de la soberbia, porque en ella cayeron los que obran la maldad y fueron despojados de su dignidad sin poder permanecer en ella. No se ensoberbezca, pues, con sus hermanos, sino que, al acordarse de ellos, trate a todos sus súbditos con fraternal afecto.

Con auténtica prudencia ordena la ley a los príncipes que tengan humildad junto con discreción y caridad, porque sin estas virtudes no puede nunca subsistir el principado. Por ello, todo el que ame la situación de su propia grandeza, conserve con gran diligen-

---

[83] Ib. 7, 2.
[84] Lc 6, 38.
[85] Dt 17, 20.
[86] Sant 4, 6; 1 Pe 5, 5.

cia en su conducta una suma humildad. Pues todo el que se aparta de las obras regidas por la humildad cae de la altura de su dignidad por el peso de la altivez. Porque será siempre verdad que «el que se humilla será ensalzado y el que se ensalza será humillado» [87]. La soberbia hizo de Tarquinio el último de los reyes romanos [88] y puso en su lugar a magistrados más idóneos por su humildad. En fin, ¿quién de entre los soberbios has leído que reinara mucho tiempo? Pues la Historia está llena de los que cayeron por su soberbia.

Con todo, el príncipe no debe evitar la soberbia hasta el grado de caer en el desprecio, porque hay que apartarse de la abyección lo mismo que de la altivez. Por eso se proveyó en el Derecho romano que el que administra justicia [89] se muestre de fácil acceso, pero no consienta ser despreciado; se añade también en los ordenamientos que los que presiden las provincias no abran a sus súbditos las puertas de una excesiva familiaridad, ya que de un trato de igualdad nace el desprecio de la dignidad. Conserve, pues, con cuidado en público el respeto del pueblo por su potestad y considere igualmente cuál debe ser su modo de proceder en su propia casa.

Observa que esto mismo es lo que hay que hacer, según los escritos de los antiguos filósofos. Para ver y conocer Atenas, visitaron juntos privadamente al filósofo Tauro el gobernador de la provincia de Creta y su padre. Tauro se levantó con tranquilidad ante los que llegaban y volvió a sentarse después de saludarse mutuamente. Acercaron luego una silla que estaba a mano, y mientras se traían otras fue colocada junto a él. Tauro invitó al padre del gobernador a que se sentara. Pero éste dijo: «Mejor será que se siente aquí quien es magistrado del pueblo romano.» «Siéntate sin prejuzgar la cuestión —dijo Tauro—, mientras examinamos y buscamos qué es lo conveniente, si es mejor que se siente el padre o el hijo que ostenta la magistratura del pueblo romano.» Una vez sentado el padre y traído otro asiento para el hijo, Tauro hizo un discurso a los que estaban reunidos, sopesando con gran equilibrio qué es lo bueno, lo equitativo, los honores y los deberes. El contenido de sus palabras fue prácticamente el siguiente: «En los lugares y funciones públicas, los derechos de los padres, contrastados con los de los hijos que son magistrados o ejercen el poder, deben a veces de algún modo mantenerse en calma y dejar hacer.

[87] Lc 14, 11.
[88] Cf. Valerio Máximo, o. c. IV 4 § 1.
[89] Cf. *Digesto* I 18 § 9.

Pero cuando fuera de los asuntos públicos, en la vida y trato domésticos, se trate de sentarse, pasear o reclinarse en un banquete familiar, entonces entre el hijo magistrado y el padre particular cesan los honores públicos y prevalecen los que son naturales y de nacimiento. Así, pues —dijo Tauro—, este hecho de venir a verme, el que estemos hablando, el que discutamos sobre los deberes, es una acción privada. Por tanto, tú, padre, goza el primero de aquellos honores que también en tu casa debes ser el primero en gozar.»

Por mi parte opino que, en general, hay que inculcar a los magistrados que en la gloria de su dignidad pública deben recordar su condición privada y cuidar de tal modo el estado de esa condición que no empañen la grandeza de su dignidad pública. Asimismo debe guardar la pureza del honor que le ha sido conferido, de manera que no rebaje la dignidad de los demás, y cada uno debe mantener su dignidad privada de forma que no sufra injuria la potestad pública.

CAP. 8: *De la moderación en la justicia y clemencia del príncipe, que deben conjugarse en él para utilidad de la comunidad política.*

Tenga también vigencia para el príncipe lo que para todos rige: «Nadie busque su propio interés, sino el de los demás» [90]. Sin embargo, la misma medida del afecto con el que tiene que abrazar a sus súbditos como hermanos con los brazos de la caridad está encerrada en los límites de la moderación. Porque ama a sus hermanos de modo que corrige sus errores con la debida medicina y reconoce en ellos la carne y la sangre, pero sometiéndolas al dominio del espíritu.

Es costumbre de los médicos curar las enfermedades que no pueden sanar con fomentos o remedios suaves, usando medios más fuertes, como el fuego y el hierro. Y nunca utilizan éstos, sino cuando se desespera de recobrar la deseada salud con la ayuda de los remedios leves. De la misma manera, el gobierno, aun sintiéndolo, aplica con razón a las heridas la dureza de las penas, cuando no es capaz de curar con mano suave los vicios de sus súbditos, y

[90] Cf. 1 Cor 10, 24; Flp 2, 4.

castiga gravemente a los malvados con poderosa crueldad, mientras procura la incolumidad de los honestos. Pero, ¿quién es capaz de amputar sin dolor los miembros de su propio cuerpo? Sufre, por tanto, el príncipe cuando se le pide castigo porque lo exige la culpa, y lo aplica reluctante su mano diestra. Porque mano siniestra no tiene, y el castigo de los miembros del cuerpo del que es cabeza no hace sino servir, con tristeza y lamentaciones, a la ley.

Filipo [91], al oír que cierto Ficias [92], buen luchador, estaba enemistado con él porque en su pobreza apenas podía alimentar a sus tres hijas y el rey no le ayudaba, dijo a los amigos que le avisaban para que se guardara de él: «¿Qué haría si tuviese enferma una parte de mi cuerpo? ¿La amputaría en vez de curarla?» Después llamó en secreto a Ficias de forma amistosa, y conocidas las dificultades que tenía en sus necesidades domésticas, le proveyó generosamente de dinero y le convirtió en mejor y más fiel súbdito que lo había sido antes de sentirse ofendido. Porque, como dice Lucio: «Un príncipe debe conducirse con la prudencia de un anciano que sigue los consejos moderados y hacer las veces de los médicos que curan las enfermadades, ya sea por la abstinencia en los sobrealimentados, ya por la alimentación en los desnutridos, y alivian el dolor ora con el cauterio, ora con los fomentos.»

Sea, además, afable en sus palabras y magnánimo en otorgar beneficios, y conserve íntegra en su conducta la dignidad de su autoridad. Pues las buenas palabras y el decir amable granjean la fama de benignidad. Los favores consiguen el amor fidelísimo y constante aun de las personas más difíciles, y en los que ya son afectos lo alimentan y consolidan. Y la reverencia de los súbditos es la respuesta debida a una conducta digna.

Trajano, el mejor de los emperadores paganos, respondió magníficamente a unos amigos que le reprochaban que era excesivamente llano con todos, mucho más de lo que convenía a un emperador, que él quería ser para los ciudadanos privados la clase de emperador que él mismo había deseado que fueran los emperadores para con él cuando era un simple ciudadano [93]. En consecuencia, tomando aviso del informe de Plinio el Joven [94], que en aquel tiempo estaba designado, junto con otros jueces, para perseguir a la Iglesia, retiró la espada de la persecución a muerte de los márti-

---

[91] Cf. Frontino, *Strategemmata* IV 7 § 37.
[92] Pitias.
[93] Cf. Eutropio, *Breviarium* VIII 5 § 1.
[94] Cf. Orosio, *Historia adversus Paganos* VII 12 § 3.

res y mitigó su edicto. Y quizá se hubiese comportado más humanamente con los cristianos si los ejemplos y leyes de sus predecesores y el consejo y autoridad de los que se pensaba eran prudentes jueces no le hubieran incitado a acabar con aquellos hombres que, según la opinión pública, constituían una secta supersticiosa y enemiga de la verdadera religión.

No alabo, por lo demás, en todos sus aspectos la injusticia de un hombre que desconocía a Cristo, pero rebajo la culpa de éste que supo librarse de la presión ajena, que se dejó llevar por su instinto de piedad en la generosidad y la misericordia, que fue por naturaleza clemente con todos y duro con los pocos a quienes perdonar sería un crimen, hasta el punto de que en todo el transcurso de su cargo imperial sólo fue condenado uno de los senadores o nobles de la ciudad, aunque fueron muchos los que le habían ofendido gravemente. Y ese mismo fue condenado por el Senado, sin saberlo Trajano. Pues solía decir que estaba loco el que ante una inflamación de los ojos prefería arrancárselos a curarlos. Decía también que cuando se tienen las uñas demasiado afiladas, hay que cortalas, no arrancarlas. Porque si un citarista y otros que tocan instrumentos de cuerda procuran con mucho cuidado arreglar el defecto de una cuerda disonante y armonizarla con las demás, para conseguir de lo discorde una dulce consonancia, sin romper las cuerdas, sino tensándolas o aflojándolas en la debida proporción, ¿con cuánto afán debe un príncipe moderarse, ya sea en el rigor de la justicia o en el exceso de la clemencia, para hacer que sus súbditos sean miembros de una misma familia, con un mismo sentir, y de los que parecen discordes respecto a una tarea, mediante la paz y la caridad, lograr una perfecta y total armonía? Es gran verdad que resulta más seguro pasarse en aflojar las cuerdas de un instrumento que en tensarlas. Porque el tensado de las que están flojas se consigue con la pericia del artesano y recuperan la finura del sonido exacto; pero la que llega a romperse no se arregla con ningún recurso. Ciertamente que si se les pide el sonido que no contienen, en vano se tensan y con frecuencia se consigue antes anular todo sonido que lograr el que se exige sin medida.

Dice el moralista:

> el príncipe es lento para el castigo y diligente para la recompensa,
> y se duele siempre que se le obliga a ser duro [95].

[95] Ovidio, *Pónticas* I 2, 123-124.

Pues lo uno es propio de la justicia y lo otro de la bondad, que son tan necesarias en el príncipe, que todo el que sin ellas asume no ya el principado, sino cualquier grado de magistrado, se engaña a sí mismo en vano y provoca la mofa, el desprecio y el odio de los demás. «No abandones la bondad y la lealtad —dice el Señor—; cuélgatelas al cuello, escríbelas en la tablilla del corazón: alcanzarás favor y aceptación ante Dios y ante los hombres» [96]. Porque la bondad merece favor, y la lealtad, justicia.

Realmente, el favor y el amor de los súbditos, conseguidos por la gracia de Dios, son el mejor instrumento para realizar cualquier cosa. Pero aun el mismo amor no basta sin la disciplina, porque cuando desaparece el estímulo de la justicia, el pueblo se vuelve hacia lo que no es lícito. Debe, pues, meditar continuamente el príncipe sobre la sabiduría y ejercitar de tal manera según ella la justicia, que la ley de la clemencia esté siempre en su boca, y al mismo tiempo atempere la clemencia con el rigor de la justicia, de forma que su lengua hable siempre juiciosamente. Pues, por su cargo, la justicia desemboca en juicio, y con tal obligación, que no puede nunca el príncipe dejar de estar atento a ello sin despojarse a sí mismo del rango que le ha sido conferido. Ya que el honor del rey ama el juicio [97] y castiga la culpa de los delincuentes con la moderación de un ánimo sereno.

Sobre la moderación de los magistrados se dice que escribió Plutarco un libro titulado *Archigramaton* [98] y que instruyó con palabras y ejemplos a los magistrados de su propia ciudad para cultivar la paciencia y la justicia. Tenía Plutarco un esclavo, hombre malvado e incorregible, pero de gran erudición en las artes liberales y bastante avezado a las disputas filosóficas. Ocurrió —no sé por qué culpa— que Plutarco mandó despojarle de su túnica y azotarle. Ya había empezado a ser flagelado con el látigo con cierta dureza, y él negaba su culpa diciendo que no había hecho nada malo, que no había confesado ningún desmán, e insistía en lo mucho que había merecido por sus servicios como para ser azotado. Finalmente, como no conseguía nada, empezó a gritar, y mientras era azotado dejó de proferir quejas, gemidos y sollozos y habló de forma seria y acusatoria: que era indecoroso que Plutarco, siendo filósofo, se comportase así; que era indigno dejarse llevar por la ira, especialmente él, que había disertado con frecuencia sobre el mal de la ira y escrito un bellísimo libro sobre la pasión. Añadía

[96] Prov 3, 3-4.
[97] Sal 98, 4.
[98] Ningún otro autor hace mención de este libro.

que era vergonzoso que contradijese su doctrina con su conducta y que, apartándose de su integridad de ánimo y arrastrado por la ira, castigase a un inocente con muchos azotes. A todo ello respondió Plutarco lenta y suavemente, pero con la máxima serenidad: «¿Acaso te parezco airado porque te azotan? ¿Es por mi ira por lo que recibes lo que te mereces? ¿Me ves trastornado o dominado por la ira a causa de mi apariencia, de mi voz, de mi aspecto o de mis palabras? No creo que mis ojos aparezcan fieros ni mi rostro conturbado, ni grito desmesuradamente, ni estoy enardecido hasta echar espuma o congestionarme, ni digo nada de que tenga que avergonzarme o arrepentirme, ni tiemblo o gesticulo en modo alguno. Estas suelen ser, por si no lo sabes, las señales de la ira». Y volviéndose al mismo tiempo al que le estaba flagelando, le dijo: «Mientras éste y yo discutimos, tú sigue con lo tuyo, y sin ira, ablanda la contumacia de este esclavo y enséñale a arrepentirse en vez de insultar» [99]. Así habló Plutarco. Con ello ha dejado una buena enseñanza para todos los que están en altos puestos.

CAP. 9: *Qué significa desviarse a la derecha o a la izquierda, cosa prohibida a un príncipe.*

Prosigue la ley: «Y no se desvíe a la derecha o a la izquierda» [100]. Desviarse a la derecha es insistir demasiado en las virtudes mismas. Desviarse a la derecha es exceder la moderación al obrar la virtud, que consiste precisamente en la moderación. Toda la vehemencia es enemiga de la salvación y en todo exceso hay culpa; y no hay nada peor que el uso inmoderado de las cosas buenas. Por eso dice el autor pagano:

> El sabio será llamado loco y el justo inicuo,
> si persigue la misma virtud más allá de lo debido [101].

Y el filósofo: «Evita lo excesivo», pues si la misma cautela abandona la moderación, se desvía con ello incautamente del sendero de la virtud. También Salomón dice: «No seas demasiado justo» [102]. ¿En qué puede ser de provecho el exceso, si la reina de las virtu-

[99] Cf. Gelio, o. c. I 26.
[100] Dt 17, 20.
[101] Horacio, *Epístolas* I 6, 15-16.
[102] Eclo 7, 17, según una cita de Ambrosio.

des, la justicia, perjudica cuando es excesiva? También se dice en otro lugar: «La excesiva humildad es el grado supremo de la soberbia.»

Desviarse a la izquierda es apartarse o desviarse del camino de la virtud por el despeñadero de los vicios. También se desvía a la izquierda el que es proclive en exceso a la venganza contra las culpas de los que le están sujetos, como tuerce su paso a la derecha el que por su mansedumbre es demasiado indulgente con los delincuentes. Uno y otro camino son desviaciones, pero es más nocivo el que se dirige a la izquierda.

CAP. 10: *Lo que consiguen los príncipes por practicar la justicia.*

Pero ¿cuál será la utilidad de esta observancia de la ley? La palabra del profeta la señala en seguida, porque dice: «Para que él y su hijo reinen largo tiempo en Israel» [103]. He aquí el premio prometido a tan dificultosa tarea: que los reinos de los padres se transmitan a los hijos durante largo tiempo. Pues de la virtud de los padres dimana la sucesión de los hijos, y la felicidad de los sucesores perece por la iniquidad de sus predecesores. Ya que es cierto, por el testimonio del Espíritu Santo, que los injustos perecerán juntos y que la descendencia de los impíos perecerá [104]. Por el contrario, la salvación de los justos viene del Señor, que los protege en el tiempo de la tribulación.

Ahora bien, puesto que la eternidad del tiempo todo deja de serlo, por grande que sea, por el más insignificante momento que falte, y el tiempo no dura más que un brevísimo instante [105], ¿qué puede considerarse largo en el tiempo, si todos sus instantes reunidos juntos no son tan siquiera un punto comparados con la eternidad, ya que entre lo finito y lo infinito no hay comparación posible? Es cierto que entre el centro y la periferia o la circunferencia, aunque pequeña, existe alguna proporción, como algunos piensan; pero entre la eternidad y el tiempo no hay ninguna. ¿Qué puede, pues, ser largo en aquello cuya totalidad es breve? ¿O qué

[103] Dt 17, 20.
[104] Sal 36, 38-39.
[105] Cf. Boecio, *De Consolatione Philosophiae* II prosa VII 48 ss; IV prosa VI 75-76.

felicidad temporal podrá parecer larga al alma fiel y eternamente duradera, si ha de carecer de ella por el tiempo que se quiera?

Sin embargo, en este pasaje yo pienso, sin perjuicio de mejor parecer, que con la expresión «reinar largo tiempo» se indica el tiempo de vida de esa misma alma inmortal, que por haber administrado bien el reino será coronada con la gloria de la eterna bienaventuranza. Porque si es cierto que Dios premiará las obras de todos y cada uno con generosa misericordia y plenitud de justicia, ¿a quiénes examinará con más penetrante luz que a aquellos que educan a los demás para ser justos o... los arrastraron consigo a la perdición? Por tanto, así como los poderosos serán atormentados con poder [106], así también gozarán más abundantemente de los premios de la justicia si ejercieron rectamente su poderío; y tanto sobrepasarán a sus súbditos en gloria en la vida futura, cuanto los sobrepasaron en virtud al tener gran licencia para cometer el mal. Dice la Escritura: «Pudo pecar y no pecó, hacer el mal y no lo hizo; por eso sus bienes están consolidados en el Señor» [107]. Porque a los príncipes se les computa como justicia el mero hecho de no causar daño, y su especial facultad para pecar les es causa de merecimientos. En ellos ya es grande apartarse del mal [108], aunque no hagan grandes cosas buenas, con tal de que no arruinen a sus súbditos con una excesiva indulgencia hacia el mal.

¿No es acaso gran cosa que se les prometa, si obran rectamente, la continuación de esa felicidad que parecen tener? Dicen algunos que es imposible disfrutar en este mundo y al mismo tiempo gozar para siempre con Cristo, y su opinión es verdadera, si entre los goces de este mundo se incluyen los placeres de los vicios. Pero los reyes pueden disfrutar y recoger de las flores de este mundo utilísimos y dulcísimos frutos para la eternidad. ¿Qué mayor felicidad para los príncipes que pasar de la riqueza a la riqueza, del bienestar al bienestar, de la gloria a la gloria, de lo temporal a lo eterno?

Cap. 11: *Otro premio de los príncipes.*

No excluye, sin embargo, lo que a primera vista promete la letra de la ley, que por una parte promete a los padres reinar largo

106 Sab 6, 7.
107 Eclo 31, 10-11.
108 Cf. 1 Pe 3, 11.

tiempo y, por otra, extiende su sucesión a los hijos, que lo mismo que del reino temporal serán también herederos de la eterna bienaventuranza.

Porque sé que la ley hablaba a un pueblo terreno, que tenía todavía un corazón de piedra [109], era incircunciso no de carne, pero sí de alma [110], ignoraba en gran parte la vida eterna y tenía en mucho que se le dieran los bienes de la tierra o se le permitieran para su alimento. Por eso se hace una promesa terrena al que aprecia lo terreno y se le asegura duración temporal al que todavía no había concebido la esperanza de la bienaventuranza eterna, y se alarga en la sucesión de los hijos el reino temporal para quienes todavía no buscaban el eterno. Sucede, pues, temporalmente el hijo al padre, si imita la justicia del padre. Dice Salomón: «Aparta la maldad de la faz del rey, y su trono se afianzará en la justicia» [111]. Si la maldad se aleja de su faz, es decir de su voluntad, todos sus actos de gobierno estarán regidos por la medida de la equidad y la práctica de la justicia. De aquí aquel dicho: «Un rey sentado en el tribunal para juzgar, aventa con su mirada toda maldad» [112].

Mira de qué gran privilegio gozan los príncipes que perpetúan la gloria de su reino —para no hablar de la bienaventuranza eterna— en su descendencia. Se gloría el Señor de haber encontrado un hombre conforme a su corazón [113], y, después de haberle elevado a la cumbre del reino, le promete un reino perpetuo en la serie de los hijos que le van a suceder. «Pondré a uno de tu linaje —dice el Señor— en tu trono» [114]; y también: «Si tus hijos guardan los preceptos que he ordenado y las señales de mí voluntad, que por Mí o por mis ministros les enseñaré, se sentarán ellos y sus hijos sobre tu trono.» Y: «Le daré una posteridad perpetua y un trono duradero como el cielo. Pero si sus hijos abandonan mi ley y no siguen mis mandamientos, si profanan mis preceptos y no guardan mis mandatos, castigaré con la vara sus pecados» [115], de forma que traspasado el reino de uno a otro linaje y abolidos los que parecen ser herederos según la carne, se transmita su sucesión a los que resultan ser herederos de su fe y de su justicia.

Y así permanece la verdad de la promesa y se confirma lo emanado de la boca del Altísimo, al perpetuarse para siempre la estirpe

---

109 Cf. Ez 11, 19.
110 Cf. ib. 44, 7.
111 Prov 25, 5.
112 Ib. 20, 8.
113 Cf. Hch 13, 22.
114 Sal 131, 11-12.
115 Ib. 88, 30-32.

de los reyes justos en la sucesión de los que son fieles. Y pienso (para no traer ahora a colación a Cristo, que, siendo de la estirpe de David según la carne [116], ha sido constituido rey de reyes y Señor de los señores) [117], que sigue siendo verdad siempre, incluso al pie de la letra, que los hijos suceden a los padres, si los imitan en cumplir fielmente los mandatos del Señor. Y de tal manera que si todo está en orden y, permaneciendo así, parece que no hay preocupación ni tarea para el que gobierna, consta como un hecho que para aquellos que se sometieron a un príncipe no ha de faltar un sucesor de su estirpe, aunque no sea más que para conservar el honor de su linaje.

Esto aparece con claridad en los ejemplos de la Historia. Porque se cuenta que cuando Alejandro Magno alcanzó las más lejanas costas del Océano, comenzó a prepararse para conquistar la isla de los prigmanos. Estos le enviaron una carta en estos términos: «¡Oh rey jamás vencido, hemos sabido de tus guerras y de la permanente gloria de tus triunfos. Pero ¿qué podrá satisfacer a un hombre a quien no le basta el orbe entero? No poseemos riquezas por cuya codicia debas combatirnos; los bienes de todos para todos son comunes. Nuestra riqueza es el alimento; nuestro ornato y nuestro oro, un pobre y escaso vestido. Nuestras mujeres no se adornan para agradar, ya que opinan que la inclinación por el ornato es más carga que decoro, pues no saben intentar ser más hermosas de lo que son por nacimiento. Las cuevas nos brindan una doble utilidad: techo en la vida y sepultura en la muerte. Tenemos rey, no para administrar justicia, sino para conservar su nobleza, porque ¿qué lugar hay para el castigo donde no existe la injusticia?»

Conmovido por estas palabras, Alejandro consideró que no conseguiría ninguna victoria con perturbar su permanente paz y los dejó tranquilos. Y quizá si hubiera guerreado contra ellos no hubiera prevalecido frente a aquellos inocentes, ya que la inocencia no es fácilmente vencida, y la verdad, asentada en sus propias fuerzas, triunfa frente a la maldad por muy armada que ésta esté.

Pero como no hay nada que más deseen los hombres que tener a sus hijos como sucesores de sus bienes, para que ya que prevén la muerte propia en su naturaleza, puedan perpetuar su vida en su descendencia, se ha hecho a los príncipes esta promesa, que es la que con mayor fuerza puede incitarlos a la práctica de la justicia. Porque suele suceder que aquellos que no se preocupan por sí mis-

---

116 Rom 1, 3.
117 Ap 19, 16.

mos, están siempre atentos a la situación de sus hijos. Y no se guarda en absoluto el orden de la caridad cuando el padre pone en los hijos el amor que es debido preferentemente a la patria, y el afecto filial ocupa todo el espacio del corazón paterno.

De igual forma se comportan los hijos con los padres, entregando a sus propios hijos el mismo afecto que ellos habían recibido de sus padres, aunque la caridad ordenada exija otro orden, como ya lo expresó el más docto de los poetas [118]. Pues después de la destrucción de Troya colocó al viejo Anquises en los hombros de su respetuoso hijo, dio a Ascanio la mano derecha de su padre Eneas e hizo a Creusa unirse a su marido, siguiendo, a causa de su débil condición femenina, las huellas de los que la precedían. Dio a todos sus compatriotas un jefe, hombre insigne por sus hazañas bélicas y su sentido del deber. De otra manera hubiese sido un jefe inútil, ya que los reinos ni pueden conquistarse sin la fuerza, ni pueden retenerse sin la justicia.

En nuestro tiempo, sin embargo, el único afán de todos es dotar a los hijos, como quiera que sean, con riquezas y honores más que con virtudes. Pues se descuida el tipo de carga que se impone a la comunidad política.

Después de expulsado Superbo Tarquinio, que fue el último que reinó en Roma, al conocer Bruto, primer cónsul, que sus hijos trataban de volver a traer la realeza a Roma, los condujo hasta el foro y en medio de su discurso, después de azotarlos, mandó finalmente que fueran ejecutados a cuchillo, para que quedase claro que, como padre público, había adoptado al pueblo en lugar de sus hijos. Aunque yo, ciertamente, aborrezco del todo el parricidio, no puedo dejar de reconocer la fidelidad de aquel cónsul, que prefirió peligrase la salvación de sus hijos antes que la del pueblo.

Si obró rectamente, que lo juzguen los sabios. Porque sé que aquí se abre un amplio campo a los oradores y que en él se han esforzado mucho los declamadores con un tema dudoso, ya que, por una parte, la fidelidad trabaja en favor de la absolución del parricidio y, por otra, la impiedad del parricidio aboga por borrar el mérito de la fidelidad. Y si me urges para que yo me pronuncie, respondo lo mismo que encuentro que respondieron los areopagitas a Gnio Dolobella en el caso de Esmirna.

Gobernando aquél como procónsul la provincia de Asia, le presentaron una mujer de Esmirna que confesaba haber matado a su

---

[118] Cf. Virgilio, *Eneida* II 721-725.

marido y a su hijo suministrándoles veneno a escondidas, porque ellos habían asesinado insidiosa y malvadamente a un hijo suyo, joven excelente y de gran inocencia, habido de otro matrimonio. Y aseguraba que le era lícito, por indulgencia de las mismas leyes, ignorar el derecho y vengar daño tan atroz para ella, los suyos y toda su nación. La ley quedaba al margen de la causa, ya que el hecho era cierto y se cuestionaba el derecho. Habiendo, pues, llevado Dolobella el asunto a consejo, no hubo nadie que en una causa que se estimaba dudosa se atreviese a absolver el manifiesto envenenamiento y parricidio, ni a condenar a la pena que correspondía a los atentadores contra la piedad y a los parricidas. Así, pues, elevó el caso a los areopagitas de Atenas, como a jueces más graves y experimentados. Pero ellos, una vez estudiada la causa, ordenaron que los acusadores y la mujer acusada comparecieran al cabo de cien años. De esta forma ni el envenenamiento, que es ilícito por ley, fue absuelto, ni castigada la mujer agresora a quien, según el parecer de muchos, podía otorgarse el perdón. Que esto ocurrió así, lo narra el libro de Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* [119].

Por lo demás, concedo fácilmente que Bruto y la mujer cometieron delito, ya que

> el remedio excedió la medida y fue más allá del punto al que había llevado la enfermedad [120],

y aunque los delitos habían sido grandes, hubiera sido mejor castigarlos sin crimen del vengador. Por eso el poeta, cuando alaba a Bruto, da testimonio de su desgracia. Pues dice Virgilio en el libro sexto:

> desgraciado, el padre llamará para castigo, en nombre
> de la bella libertad, a los hijos que promueven nuevas guerras;
> no importa cómo juzgue los hechos la posteridad [121].

Pero en el verso siguiente excusa el infortunio del parricidio de forma que fustiga al mismo tiempo la vanidad de la vanagloria:

> vencerá el amor de la patria y el ansia ilimitada de alabanzas.

---

119 Cf. Valerio Máximo, o. c. VIII 1 al final.
120 Lucano, *Farsalia* II 142-143.
121 O. c. VI 820-823.

No tienes, sin embargo, que preocuparte de que alguien imite ahora a Bruto, anteponiendo el pueblo a los hijos, ya que hasta los vicios de los hijos se anteponen a la salud de la comunidad política, aunque sea verdad cierta que la salud del pueblo se debe poner por delante de todos los hijos. En el libro de los Reyes [122] se acusa a Saúl porque habiendo hecho un voto de que se ayunara durante el día, con peligro para aquel que, en contra del voto, tomara alimento antes de llegar la noche, y habiendo probado su hijo Jonatán la miel que había tocado con su cetro, es decir con su lanza, perdonó, movido por su afecto paterno, a su hijo en contra del voto religioso; prevaricación por la cual parece que ese mismo día fue derrotado el pueblo de Israel. También Helí [123], aunque está escrito que personalmente fue santo, murió con el cuello partido al caerse de su silla volcada, por el hecho de haber sido indulgente con los vicios de sus hijos.

Para no hablar de otros, pregunto: ¿cuánto amó y buscó la pública salvación de los hombres Aquel que no perdonó a su propio Hijo [124], sino que lo entregó por nosotros, para que soportase sin culpa las ataduras, los azotes y la cruz que nosotros habíamos merecido y, siendo inocente, fuera condenado con degradante muerte? Mira con cuidado la historia de los reyes de Israel [125] y encontrarás que a Dios se le pidió un rey para que caminase por delante, ante la faz del pueblo, y batallase sus guerras y, a semejanza de los gentiles, soportase las cargas de todo el pueblo. Rey, sin embargo, que no hubiera sido necesario si Israel no hubiese prevaricado a semejanza de los gentiles y se hubiese mostrado descontento con tener a Dios como rey. Porque si hubiera practicado la justicia y caminado fielmente según los mandamientos del Señor, Dios hubiese humillado gratuitamente a sus enemigos y extendido su mano sobre sus tribulaciones, de forma que, con el acostumbrado auxilio de Dios, uno hubiera perseguido a mil [126], y dos, puesto en fuga a diez mil.

Recuerdo que mi hospedero de Placencia, varón de muy noble sangre y poseedor de la prudencia de este mundo en el temor de Dios, decía que es bien sabido por frecuente experiencia en las ciudades de Italia, que mientras aman la paz, practican la justicia

---

122 Cf. 1 Sm 14.
123 1 Sm 2, 29; 3, 13; 4, 18.
124 Rom 8, 32.
125 Cf. 1 Sm 8; 12.
126 Cf. Dt 32, 30.

y se abstienen de perjurios, gozan de tanta paz y libertad, que no hay nada que perturbe en lo más mínimo su tranquilidad. Pero cuando se entregan al fraude y se desgarran entre sí por los variados caminos de la injusticia, el Señor arroja en seguida sobre ellos la arrogancia de Roma o el furor de los teutones o cualquier otro flagelo, y su mano permanece extendida hasta que retornan de la iniquidad por la penitencia, con cuyo solo remedio cesa entre ellos toda tormenta. Añadía también que los buenos méritos del pueblo hacen prácticamente inútil todo gobierno o lo vuelven muy suave, mientras que, por el contrario, es bien cierto que por los pecados del pueblo permite Dios que reine un hipócrita; y que es imposible que goce de un largo reinado el soberbio, que se gloría en exceso con la humillación del pueblo y la grandeza propia. Y decía que, por el contrario, se prolonga el principado de aquel que siempre se angustia con la conciencia de su pequeñez y reina como contra su voluntad. Esto es lo que me dijo mi hospedero de Placencia, y creo que es digno de ser creído.

Algo semejante se dice en los escritos de nuestros mayores. Porque habiendo desempeñado Helio la prefectura de Roma mucho mejor de lo acostumbrado, de senador pasó a ser nombrado emperador, y rogándole el Senado que llamase Augusto a su hijo César, dijo: «Debe seros bastante que yo haya reinado contra mi voluntad, sin merecerlo. Porque el principado no se debe a la sangre, sino a los méritos; y reina sin utilidad el que nace rey y no lo merece. Y está fuera de duda que se despoja de todo sentimiento paternal el que aplasta a sus pequeños, imponiéndoles una carga insoportable. Esto es ahogar a los hijos, no promoverlos. Primero deben ser alimentados y ejercitados en las virtudes, y cuando hayan sido tan aventajados en esto que demuestren que preceden en las virtudes a los que han de preceder en los honores, asciendan al trono, si son invitados a ello, y de ninguna forma se desentiendan de los deseos de sus ciudadanos. ¿Quién puede dudar que deben ser preferidos sobre los demás aquellos que, adornados por una especie de privilegio de honradez natural, son invitados a la virtud por los ejemplos de sus predecesores y por esta causa ofrecen a los demás la confianza de obrar bien en el futuro?»

Estas fueron sus palabras. Y ciertamente expresó con acierto el privilegio del príncipe a quien, por antigua concesión de Dios, suceden sus hijos sin discusión, a no ser que la iniquidad destruya el principado.

CAP. 12: *Por qué causas se transfieren los principados y los reinos.*

Es bien conocido aquel dicho de la divina Sabiduría [127] de que el reinado será transferido de un linaje a otro por razón de las injusticias, las injurias, las contumelias y los diversos engaños. ¿No te das cuenta de en qué corto espacio de tiempo fue derribado el trono del primer rey del pueblo de Dios? Por causa de sus culpas, Saúl y Jonatán [128], así como los demás hijos del rey, perecieron en los montes para que se consolidase el trono de aquel que fue elegido de entre los pastores de ovejas [129]. Recorre la serie de todas las historias y verás las sucesiones de los reyes rápidamente truncadas, como si el Señor hubiera cortado en sus comienzos la urdimbre de un telar. Y cuanto más ilustres sean los reyes, más prontamente perece su progenie si se alzaren contra el Señor. No hay sabiduría, ni prudencia, ni consejo que prevalezcan contra el Señor, ni tampoco fortaleza [130]. Si El se alza y persigue, en vano se recurre suplicante a la ayuda de los sacramentos o al refugio de las fortalezas, porque no hay nadie que pueda salvarlo de Su mano [131].

¿Quién más grande que Alejandro en Grecia? Y, sin embargo, la Historia nos dice que no le sucedió su hijo, sino el hijo de una bailarina [132]. ¿Quién no conoce la serie de emperadores de la casa del César? Casi ninguno o ninguno dejó como heredero a su propio hijo, y todos ellos desaparecieron en breve tiempo, como en un instante, con diversas y casi ignominiosas clases de muerte, después de diferentes peligros y múltiples asesinatos contra sí y los suyos; y al bajar al otro mundo tuvieron como sucesores a enemigos o desconocidos.

¿Qué es, pregunto, lo que arruinó y transfirió tan rápidamente reinos tan poderosos? Cierto que la ira de Dios, que atraían las muchas injusticias. La injusticia, como piensan los estoicos, es un hábito de la mente que destierra la equidad del terreno de las costumbres. Pues que el alma queda despojada de la justicia, está indicado hasta por el prefijo privativo del vocablo «injusticia». La justicia, por su parte, consiste sobre todo en no hacer daño e impedir, por deber de humanidad, que otros lo hagan. Cuando haces

---

127 Eclo 10, 8.
128 Cf. 1 Sm 31; 1 Cr 10.
129 David; cf. Sal 77, 70.
130 Prov 21, 30.
131 Cf. Dt 32, 39.
132 Arrideo.

daño entras en el terreno de la injuria. Cuando no atajas a los que hacen daño, sirves a la injusticia.

Se da contumelia cuando se produce un acto externo, con daño de otro, como consecuencia de la pasión del ánimo. Y sirve a la iniquidad por el hecho de alzarse con insolencia contra aquel a quien, por razón de su oficio o por los lazos de la Naturaleza, le es debida reverencia.

El engaño [133] tiene lugar, según lo define Aquilio, cuando se hace una cosa y se simula otra; y es siempre malo cuando se realiza con intención de causar daño. El engaño se diferencia mucho de la contumelia, porque ésta causa daño de forma manifiesta y con soberbia, mientras que aquél actúa fraudulentamente y como en emboscada.

Estas son las causas que, en caso de darse, derriban los tronos de todas las potestades, ya que sus opuestos perpetúan la gloria de los príncipes. Pues el engaño, por su imagen de timidez, tiene el rasgo de la debilidad y se opone en gran manera a la fortaleza. La prudencia reprime la contumelia, repitiendo constantemente: ¿Cómo es que la tierra y la ceniza se ensoberbecen contra la tierra y la ceniza? [134]. La templanza rechaza la injuria, no queriendo poner sobre otro la carga que de otro no querría recibir. Y la justicia excluye la injusticia, obrando en todo con los demás de la misma manera que querría que los otros obraran con él. Estas son las cuatro virtudes que los filósofos llaman cardinales, porque parecen como los primeros riachuelos que manan de la fuente original de la honestidad y que a su vez propagan las corrientes de todos los bienes.

Quizá son éstos los cuatro ríos que salen del paraíso de las delicias de Dios, para regar toda la tierra y que ésta dé sus deseables frutos a su tiempo. ¡Ojalá lleguen hasta mí los ríos de la fuente de esta plenitud de vida (de la divina gracia estoy hablando) y empapen la aridez de mi tierra, para que, abundando en el fruto de las buenas obras, pueda evitar al menos el golpe inminente de la segur que, por mis culpas, está puesta en mi raíz, como raíz de infructuoso árbol! [135].

Ningún árbol plantado junto a estas aguas se seca [136], pero el que ellas no humedecen en su raíz se arruina y acaba seco como el polvo que hace soplar el viento desde la faz de la tierra. Y en

---

133 Cf. Cicerón, *De Officiis* III 14 § 60; *De Natura Deorum* III 30 § 74.
134 Eclo 10, 9.
135 Cf. Mt 3, 10.
136 Cf. Sal 1, 3-4.

este punto pienso que no quedan exceptuados los poderosos, porque la gloria de los reyes será transferida a otros, si fueren hallados injustos, injuriosos, contumeliosos o engañosos. Así ha hablado la boca del Señor [137].

Con todo, salvo mejor interpretación, opino que no deja de tener significado que los nombres de los vicios se hayan expresado en plural y que en esa pluralidad se haya insertado prudentemente cierta diversidad. Porque dice, como se ha señalado [138], que el reinado será transferido de un linaje a otro por razón de las injusticias, las injurias, las contumelias y los diversos engaños. El que se haya añadido «diversos» al final, pienso que afecta a todos conjuntamente y que se ha de entender con tan amplia concepción, que no se refiera sólo a las varias especies de vicios, sino que abarque las diversas clases de personas y todas las formas con que se practican los vicios por cualquiera.

Porque el príncipe es responsable de todas las cosas y de todas aparece como autor, porque al poder corregir todo, se muestra como partícipe de todo lo que no ha querido corregir. Pues al ser la potestad del príncipe pública, como ya dijimos antes [139], toma las fuerzas de todos y, para no perder su propia fuerza, debe procurar la incolumidad de todos los miembros. Pues hay tantos miembros del cuerpo del príncipe, cuantos oficios existen en la administración del principado. Y mientras conserva el oficio de cada uno en su ejercicio íntegro y en el favor de la opinión pública, procura para sus miembros una especie de salud y reputación. Cuando, al contrario, por negligencia o encubrimiento del poder, hay pérdida de honestidad o reputación en lo que respecta a los oficios, inciden sus miembros en cierta forma de enfermedades y mancillas. Y no dura mucho tiempo incólume la cabeza, cuando la debilidad se apodera de los miembros.

TERMINA EL LIBRO IV

---

137 Is 1, 20.
138 Cf. supra 1. IV c. 11.
139 Cf. ib. Prólogo.

COMIENZA EL LIBRO QUINTO DEL «POLICRATICUS»

Prólogo

No suele ser factible el recorrer hasta el último rincón grandes espacios sin tomarse el debido tiempo, ni es fácil atravesar de lado a lado las provincias en un momento. De forma análoga, un sabio puede explicar, a veces sucintamente, un tema de gran envergadura, pero no lo expondrá perfectamente en los límites de un discurso demasiado breve.

Pues bien, ¿qué hay entre las cosas humanas más grande que un principado, cuyo cometido en cierto modo rodea, llena, penetra y carga sobre sí, con el vigor de sus energías, toda la mole de la comunidad política? Por ello, su consideración reclama espacio y reposo, tanto por la grandeza de sus proporciones como por la hermosura que reside en su cabeza y que es grato a todos contemplar. Vamos, pues, a detenernos con un poco de brevedad en la contemplación de su cuerpo, y escuchemos lo que piensa Plutarco sobre este punto. Porque dejando a un lado sus supersticiones paganas, es fiel en sus juicios, elocuente en sus palabras y tan señalado árbitro en el santuario de las costumbres, que resulta fácil reconocer en él al preceptor de Trajano. De todos modos, si encontrásemos en él algo que desentone de la fe y de las buenas costumbres, achaquémoslo más bien a la época que al sujeto. Si Virgilio le pudo extraer al cieno de Ennio oro de sabiduría, ¿por qué ha de

verse con malos ojos el transmitir a nuestros coetáneos lo que los gentiles escribieron para enseñanza nuestra?

Pasando, pues, por alto estas divagaciones, vamos a ocuparnos de lo demás.

CAP. 1: *La Epístola de Plutarco para instruir a Trajano.*

Se conserva una carta de Plutarco escrita para instrucción de Trajano, que define el sentido de una determinada concepción política. Dice así:

«Plutarco saluda a Trajano. Sé que tu modestia no apetece el principado, que, sin embargo, has procurado siempre merecer con la limpieza de tu conducta. Y se piensa que eres tanto más merecedor del mismo cuanto más alejado pareces haber estado del pecado de ambición. Felicito, pues, a tu virtud y a mi buena suerte, con tal de que desempeñes rectamente el principado que has merecido con tu integridad. De no ser así, no dudes de que tú quedarás expuesto a muchos peligros y yo a las lenguas de los detractores, ya que Roma no soporta la negligencia en sus emperadores, y la opinión pública suele hacer recaer en los maestros los delitos de sus discípulos. Así las lenguas de la crítica se dirigen contra Séneca por lo que hizo Nerón, revierte contra Quintiliano la ligereza de sus jóvenes alumnos [1] y se le acusa a Sócrates de haber sido demasiado tolerante con su discípulo [2]. Tú, sin embargo, desempeñarás tu oficio con entera rectitud, siempre que seas fiel a ti mismo. Si lo primero de todo te ordenas a ti mismo y encaminas todos tus actos a la virtud, todo lo demás te saldrá bien.

He descrito para ti la fuerza de la constitución política de nuestros mayores. Si te atienes a ella, tendrás a Plutarco como guía de tu vida. De lo contrario, apelo a esta epístola como testigo de que si te encaminas hacia la perdición del Imperio, no lo haces con el patrocinio de Plutarco.»

---

[1] Por la obra *De Institutione Oratoria* de este autor (IV proemio § 2) consta que Domiciano le confió la educación de sus sobrinos, hijos de su hermana.

[2] Alcibíades.

CAP. 2: *Qué es la comunidad política (res publica), según Plutarco, y qué es lo que desempeña en ella el papel de alma y de miembros.*

Siguen a continuación los capítulos acerca de dicha concepción política contenidos en el tratado titulado *La educación de Trajano* [3], y que he procurado recoger en parte en la presente obra, prefiriendo seguir más la línea de las ideas que la literalidad de las palabras.

Lo primero que tiene que hacer es un sincero examen de sí mismo y un estudio de la situación de la comunidad política, cuya representación ostenta. Tal como Plutarco la concibe, la comunidad política [4] es algo así como un cuerpo que está dotado de vida por el don del favor divino, actúa al dictado de la suma equidad y se gobierna por lo que podríamos llamar el poder moderador de la razón. Todo aquello que nos instruye y forma en el culto de Dios (no digo «de los dioses», como Plutarco) y nos dicta las ceremonias del culto, hace las veces de alma de este cuerpo de la comunidad política. Es, pues, necesario mirar a los que presiden el sagrado culto como alma de este cuerpo y venerarlos como tales. Porque, ¿quién se atreverá a dudar que los ministros de la santificación son vicarios del mismo Dios? Además, así como el alma alcanza la supremacía sobre todo el cuerpo, aquellos a quienes nuestro autor llama «prefectos de la religión» presiden todo el cuerpo de la comunidad política [5]. El mismo César Augusto se mantuvo sometido hasta tal punto a los pontífices de lo sagrado, que para no estar por debajo de nadie, fue creado pontífice máximo (Vestalis) [6] y poco después, vivo aún, fue incluido entre los dioses.

El príncipe ocupa en la comunidad política el lugar de la cabeza y se halla sujeto solamente a Dios y a quienes en nombre de él hacen sus veces en la tierra, como en el cuerpo humano la misma cabeza tiene vida y es gobernada por el alma. El Senado ocupa el lugar del corazón, ya que de él proceden los comienzos de los actos buenos y malos. Los jueces y los gobernadores de las provincias reclaman para sí la misión de los ojos, los oídos y la lengua. Los oficiales y soldados se corresponden con las manos. Los que

[3] Según Webb, se desconoce esta obra, y más aún como obra de Plutarco.

[4] Cf. Abelardo, *Epitome Theologiae Christianae,* c. 29 (ed. Cousin II 578).

[5] Cf. Ivón de Chartres, *Epistolae* CVI (Migne, PL 162, 125).

[6] El pontífice máximo tenía especial custodia de las Vestales. Cf. Ovidio, *Fastos* III 698-699, V 573-574; Horacio, *Carmina* III 30, 8-9.

asisten al príncipe de modo estable, se asemejan a los costados. Los recaudadores e inspectores *(commentarienses)* (no los que controlan las cárceles, sino los encargados del erario privado del príncipe) pueden ser comparados al vientre y los intestinos. Si éstos se congestionan por una desmesurada avidez y retienen con excesivo empeño lo que han acumulado, engendran innumerables enfermedades sin cura posible, hasta el punto de que esta dolencia puede conllevar la destrucción de todo el cuerpo. Los agricultores se parecen a los pies, que se encuentran continuamente pegados al suelo. Para ellos es especialmente necesaria la atención de la cabeza, ya que tropiezan con muchas dificultades mientras pisan la tierra con el trabajo de su cuerpo, y merecen ser protegidos con tanta o más justa protección cuanto que mantienen de pie, sostienen y hacen moverse a todo el cuerpo. Deja sin esas piezas de los pies a cualquier cuerpo, por robusto que sea, y no podrá caminar por sus propias fuerzas, sino que intentará arrastrarse torpemente con las manos, sin conseguirlo y con gran fatiga, o sólo se podrá mover con el auxilio de las bestias.

Plutarco añade otras muchas cosas de este estilo, que luego desarrollará más ampliamente en un tratado un tanto difuso, para instrucción de lo que es la comunidad política y erudición de los magistrados. Expresar todo esto, sílaba por sílaba, es propio de una interpretación servil, que más bien se refiere al estilo que a las intenciones del autor. Y dado que el autor trata de muchas cosas referentes a las ceremonias y culto de los dioses, que a su juicio debía conocer el príncipe; pasando por alto lo que corresponde al culto de los ídolos, nos limitaremos a explicar con brevedad la mente de este hombre en la medida en que buscaba que el príncipe y los cargos de la comunidad política se amoldaran a la práctica de la justicia.

Cap. 3: *Qué cosas son las más importantes en la concepción de Plutarco, y de la reverencia que debe guardarse para con Dios y las cosas sagradas.*

En resumen, pues, cuatro son las cosas que se esfuerza por inculcar a los príncipes de la comunidad política: la reverencia a Dios, la propia formación, la capacitación de los oficiales y demás mandos y el afecto y protección de sus súbditos.

Afirma, por tanto, en primer lugar, que hay que honrar a Dios; después, que todos tienen que formarse y prepararse para que, conforme al pensamiento del Apóstol (aunque Plutarco no tuviese noticia del Apóstol), cada cual sepa mantener su propio ser en la santidad y el respeto [7]; luego, que la capacitación de toda la casa haga sentir el perfume de la sabiduría de su cabeza, y, finalmente, que toda la corporación de los súbditos encuentre motivo de regocijo en la incolumidad de los que la rigen.

Aporta seguidamente ejemplos de las estratagemas y hechos extraordinarios de los emperadores, mas si procurásemos exponer todas y cada una, resultarían tediosas para el lector y se apartarían en parte de la integridad de nuestra fe. Puesto que los Santos Padres y las leyes de los príncipes parecen seguir sus huellas, dejando aparte lo propio de su paganismo, vamos a ocuparnos de forma sucinta y con lenguaje católico, de su doctrina, añadiendo algunos de sus ejemplos de estratagemas.

Abre su escrito partiendo de la reverencia a los dioses; nosotros a Dios, que debe ser amado y adorado por todos sin excepción, con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas [8]. Las obras son las muestras del amor, y aunque Dios pueda ser amado por sí mismo, como quien prescindiendo de la ayuda de todo medio vuelca su corazón en quien ama, sin embargo, para el culto externo es necesario el uso de recursos intermedios, ya que a Dios nadie le ha visto jamás [9]. La palabra «ver» ha de aplicarse extensamente, para denominar todos los sentidos corporales y espirituales, pues el hombre no puede ver a Dios presente de forma plena y seguir viviendo aquí [10], salvo quizá en aquella zona de los sentidos que no conoce las angustias del cuerpo ni el correr del tiempo, sino que con vitalidad propia permanece eternamente por la gracia. Me refiero a la caridad, que no se extingue, sino que crece según se va acercando más y más familiarmente a Aquel a quien desea. Pues la fe tiene un velo, y la esperanza deja para el futuro el gozo de alcanzar lo que desea, mientras suaviza la conciencia de su carencia con la ayuda de la gracia y del mérito. Así, pues, la fe y la esperanza imitan a los sentidos, pero se mantienen actuando aquí, entretanto, como confusamente, en un espejo, hasta que trocada su naturaleza, cambie y brille la sustancia de la verdad. Ahora bien, el que no puede ser visto con claridad por ningún sentido,

---

[7] Cf. 1 Tes 4, 4.
[8] Cf. Lc 10, 27.
[9] Cf. Jn 1, 18; 4, 12.
[10] Cf. Ex 33, 20.

no puede ser reconocido fácilmente; y lo que no se conoce, tampoco puede tener el culto apropiado, si no es a través de algún agente intermedio.

Por eso leemos [11] que Numa Pompilio impuso a los romanos ciertas ceremonias y sacrificios, para que con el pretexto de los dioses inmortales fuesen impelidos a cultivar más fácilmente la piedad, la religiosidad, la fidelidad y todo lo demás que quería inculcarles. De ello dan testimonio los pequeños escudos que se creían caídos del cielo y el Palladium, considerados como prendas sagradas del poder imperial; Jano Bifronte, árbitro de la guerra y de la paz; el fuego consagrado a Vesta por las vírgenes en honor de la llama de los sagrados astros, para que ésta protegiese siempre, vigilante, el Imperio. Y también el año prolongado a doce meses y adornado con la variedad de los días «legales» y «no legales», los pontífices, los augures y los varios ritos sacerdotales...; con todo lo cual domeñó de tal manera la antigua barbarie, que reprimieron su mala conducta, dejaron las armas en los días festivos, cultivaron la justicia y se tributaron mutuamente un afecto propio de ciudadanos civilizados. Domó hasta tal punto a aquel pueblo feroz, que llegó a gobernar felizmente con las leyes de la piedad y de la justicia el Imperio que, según se dice, había ocupado con la fuerza y la injusticia.

Pero ¿por qué aducir a Numa cuando también los padres de nuestra fe aseguran que los sacrificios de la antigua ley se instituyeron precisamente para evitar que el pueblo entregado al culto de los demonios olvidara el culto de la verdadera religión, ofreciendo con un rito pagano sus holocaustos a los demonios y no a Dios? [12]. Por tanto, Dios es adorado con el afecto interno y con la práctica de las obras. Pero el sentimiento del amor le alcanza directamente, aunque no pueda abrazarlo enteramente con ningún sentido del cuerpo o del alma mientras peregrina separado de Dios y el alma se halla agobiada por la pesadez del cuerpo. Y es cierto que se le ama con tanto mayor ardor y se le busca con más afán, en la medida en que la sublimidad e inmensidad de su riqueza, su poder y su sabiduría rebasan la capacidad de todo entendimiento. Sin embargo, rodea, penetra y protege a toda criatura con tal fuerza, que no puede quedar oculto para un ser racional. Las mismas criaturas irracionales proclaman de muchas maneras que El existe, que es

[11] Cf. Floro, *Epítome de Gestis Romanorum* I 2.

[12] Cf. Jerónimo, *Commentaria in Isaiam* I 1; *Commentaria in Ieremiam* II 7; *Commentaria in Evangelium Matthaei* I 6 (Migne, PL 24, 34, 733; 26, 40); Agustín, *Tractatus in Ioannis Evangelium* X 2 § 4 (ib. 35, 1468).

así y de tanta grandeza. De un modo admirable, nos infunde el conocimiento de sí, de forma que se nos oculta; y se nos oculta, de forma que lo comunica y, según la medida de su beneplácito, actúa de tal modo en cada uno que, sin estar sometido a las vicisitudes del crecimiento y la disminución, parece estar en mayor o menor medida en las criaturas por la gracia, no por su esencia, que sostiene igualmente a todas. Pues por unión hipostática, según la fe, sólo está en el Hijo unigénito nacido de la Virgen. Está, pues, ahora como singularmente en cada uno el que ha de ser para los elegidos, como dice la Escritura, todo en todas las cosas [13].

Como la naturaleza del fuego del sol produce diversos efectos según la diversidad de los cuerpos, así la naturaleza de Dios —de forma muy distinta, porque nada puede compararse con El en relación de igualdad (y en la medida que pueda medirse lo grande con lo infinito)— resplandece de manera muy distinta en muchas cosas. Pues cuando un rayo de sol da en un rubí, se refleja o reverbera, enrojecido, y tiñe de color rojo el aire a su alrededor. El mismo rayo toma color verde en la esmeralda y se acomoda en el zafiro al color azul del firmamento. También en las diversas especies de jacinto se tiñe del mismo color. En el topacio, que es tanto más precioso cuanto más raro, se engalana con casi todos los colores. Si pones delante de él un Iris, reproducirá la imagen de la hija de Thaumas. Si incide en el agua irá haciendo ondas en la superficie; pero a través del berilo reflejará el fuego del cielo en lo que hay debajo [14]. Mira, pues, cuán variado es el fuego en la variedad de las cosas. Así, en unas es prudencia; en otras, fortaleza; en algunas, templanza; en algunas otras, justicia; en unas cuantas, fe; en otras, longanimidad de la esperanza; en éstos es fuego de caridad; aquí, paciencia en las adversidades; más allá, consuelo en los dolores; en otra parte, perseverancia en las buenas obras. Sin embargo, en todas y cada una es el único y el mismo Dios. Pero en el futuro, cuando contemplemos a Dios cara a cara, le veremos como El es [15], será todo en todas las cosas, y entonces a nadie le faltará para su dicha la sustancia de ninguna virtud, porque El será la plenitud de la virtud y el colmo de la bienaventuranza, hasta el punto de que, según la tradición de los Padres, aparecerá con tal plenitud de

---

[13] 1 Cor 15, 28.

[14] Sobre las piedras preciosas citadas, cf. Marbod, *De Gemmis* §§ 5, 14, 13, 47, 12 (Migne, PL 171). En el caso del iris, el autor juega con la coincidencia del nombre de este ópalo noble y del nombre mitológico de la hija de Thaumas y Electra.

[15] 1 Jn 3, 2.

majestad en sus elegidos, que no carecerán de ninguna gracia y parecerá que es El sólo quien está en ellos y serán estimados en virtud de su nombre, salva siempre la realidad de nuestra sustancia y sin ningún cambio en nuestra naturaleza.

Probablemente de ahí viene aquello: «Los santos saltarán de júbilo y se regocijarán en sus moradas» [16], creyendo que entonces estarán patentes los corazones de los bienaventurados, y que cada uno se gozará no sólo en su propia conciencia, sino en la de todos. Porque como el fuego, para continuar con la misma comparación, penetra e incendia la naturaleza del hierro hasta el punto que nada se ve en él, sino el fuego mismo; y como el rayo solar que brilla en el cobre, hace que éste sea designado con el nombre del sol o de su rayo; así Dios llegará a todos sus elegidos de tal modo que, desaparecida toda su mutabilidad y debilidad, cuando vista lo mortal de inmortalidad y lo corruptible de incorrupción [17], prácticamente sólo Dios será reconocido en todos ellos.

A este parecer se adhieren muchos [18] al explicar por qué los ángeles, hechos ya partícipes de nuestra futura bienaventuranza, son adorados por los hombres cuando los ven, ya que ven en ellos una cierta presencia de la divinidad; siendo así que no es en modo alguno lícito que una criatura adore a otra.

De modo análogo, se mostró algo de la divinidad en el rostro del Salvador cuando con un látigo hecho de cuerdas expulsó del Templo a vendedores y compradores, enseñando así que era preciso eliminar de la casa de oración todo género de comercio [19]. En otros casos, aunque se dé la presencia de la divinidad, no puede de ninguna manera mostrarse aquí en plenitud, pero tampoco puede esconderse del todo. Dios es, pues, admirable en su majestad, venerable en su sabiduría, amable en su bondad; y este culto puede tributárselo la criatura fiel sin necesidad de ninguna mediación, porque ¿qué se requiere para esto, sino que le veneremos, le temamos y la amemos? Tal vez sea éste el triple cordón entre Creador y criatura que no puede romperse fácilmente [20]. Pero de todas las fuerzas, la más resistente es la del amor. Pues la caridad no falla nunca, y si alguien se une a Dios con ella, se hace un solo espíritu con El [21]. Realmente el que se une a El hasta hacerse un solo espíritu con

---

16 Sal 149, 5.
17 Cf. 1 Cor 15, 53.
18 Cf. Agustín, *Quaestiones in Pentateucum* I 37 (Migne, PL 34, 558).
19 Cf. Jn 2, 15 ss.; Seudo-Beda, *Homiliae* CVIII (Migne, PL 94, 512).
20 Cf. Eclo 4, 12. Singular interpretación del autor.
21 Cf. 1 Cor 13, 8; 6, 17.

El, se convierte en familiar suyo y no puede ser apartado del servicio de lo que proviene del espíritu.

Aquel culto, empero, que consiste en la exhibición externa de las obras, necesita de una mediación, puesto que no hay por parte nuestra acceso corporal al espíritu. Esto es lo que enseñó claramente el que instruyendo a la Iglesia en la persona de la Samaritana, dijo: «Dios es espíritu y quienes quieren adorarlo deben hacerlo en espíritu y verdad» [22]. Pero para que nuestra debilidad pueda aspirar a su trono y tenga alguna materia de méritos, el que nos dotó de sentidos y ha de glorificar el alma y el cuerpo bien merece el servicio de ambos. También quiso ser adorado corporalmente para que, por grande que sea, la pesantez de nuestra infidelidad y negligencia no pueda tener excusa.

CAP. 4: *Del respeto a las personas y cosas, de cuántos modos puede ser digna de veneración una persona.*

La reverencia, pues, que se tributa corporalmente alcanza a las personas y a las cosas. El motivo de respeto a las personas radica en su naturaleza, o en su profesión, o en su modo de vida, o en su condición social, o en su fortuna. Por ley de naturaleza tributamos respeto a los padres, a los hijos y a los que se hallan unidos con nosotros por los vínculos de la carne, como, por ejemplo, la esposa, los parientes y allegados. Por ello está incluido en el derecho de gentes, ya que se practica por igual en todos los pueblos. A nosotros se nos urge también por derecho divino, pues sabemos que está escrito: «Honra a tu padre y a tu madre para que tengas vida larga sobre la tierra», y «El que maldiga a su padre o a su madre será reo de muerte» [23]. En cuanto a los hijos no pareció tan necesario prescribir esto, ya que nadie tiene odio a su propia carne; ni tampoco a la esposa por la que el hombre deja a su padre y a su madre y se adhiere a ella para ser dos en una sola carne [24]. Con todo, no faltan en este punto mandatos divinos, aunque gracias al estímulo de la Naturaleza, que ya de por sí urge bastante, se incluyen con menor frecuencia; se extienden, sin embargo, a los

[22] Jn 4, 24.
[23] Ex 20, 12; 21, 17; cf. Mt 15, 4.
[24] Ef 5, 29-31.

demás parientes y allegados, a los que la misma Naturaleza recomienda.

El oficio es el deber de practicar lo que cada uno tiene señalado por las instituciones o por las costumbres. De él viene la necesidad de que cada uno actúe de una forma determinada y apropiada al mismo. Entre las cosas que hay que realizar, unas corresponden al estado público y otras al privado de cada uno. Por ello resulta lógico, claro y conveniente que unos oficios se llamen públicos y otros privados.

El número de los privados es casi tan elevado como la diversidad de personas. Los públicos se reducen a dos clases: porque o proceden del derecho divino, o del derecho humano. Todo queda patente más por extenso en los libros de *Los oficios,* pero tienen relación con el presente tema, ya que se trata del respeto a los oficios públicos.

A éstos se les debe respeto en función de la categoría de cada magistrado. Ella indica o ejerce la jurisdicción que compete a cada uno, pues el respeto o el desprecio de los magistrados redunda en honor o en descrédito de los súbditos. Por eso en los ordenamientos de los príncipes y en los edictos y promulgaciones de los magistrados se habla en plural, por una prolepsis, para que aparezca claro que todo ordenamiento o cualquier otra promulgación procede de la entera comunidad política y no de una persona individual. Esto resulta conocido por el uso cotidiano hasta para el ignorante de leyes y cánones. Por lo demás, la razón y los deberes de los oficios están desarrollados no sólo en las ordenanzas de los cánones y las leyes, sino en los preceptos de todos los tratadistas éticos.

La costumbre es un hábito de la mente, del que procede la asiduidad de cada una de las obras. Porque lo que se hace una o más veces, no por ello se considera en seguida costumbre, si no se convierte en usual por la asiduidad de los actos. Este hábito abraza no sólo las virtudes, sino también los vicios, aunque muchos sostengan que los vicios no son costumbres, sino que, por el contrario, son opuestos a ellas.

Queda claro, según esto, que sólo las virtudes merecen el título de hábitos o costumbres; sin embargo, cuando decimos buenas o malas costumbres ya estamos distinguiendo entre virtudes y vicios. De aquí que digamos que hay gente «moral» *(moratos)* o «complaciente» *(morigeros),* en el buen sentido, e «impertinente» *(morosos),*

para indicar un defecto [25]. El nombre mismo indica la idea de plenitud, siendo así que ningún mortal tiene exceso de buenas costumbres, y, en cambio, muchos tienen excesiva abundancia de vicios. Así, pues, cuando se dice de alguien que es acreedor al respeto, se da a entender que existen en él virtudes por las cuales merece se le tribute un honor. Porque ¿quién no respetará o reverenciará a quien juzga fuerte, prudente, morigerado y justo? Porque de aquí viene el consejo del sabio, para el que desea ser temido, amado, honrado y preferido, de que tema, ame y venere a Dios y se someta a El con plena entrega.

Se define la condición como una situación fortuita del individuo por la que se está hundido en la adversidad o encumbrado en la prosperidad. Su rostro delata la naturaleza de uno u otro de estos extremos. Es la razón por la que a unos respetamos como a hombres libres y a otros los afrentamos como esclavos. Y por la que honramos la riqueza de unos y despreciamos la pobreza de otros.

Tulio asegura que es difícil definir la Naturaleza [26]. Yo creo que es más difícil de definir la fortuna, porque ésta no tiene ninguna entidad y aquélla sí. La Naturaleza da su origen a las cosas, y ello sería imposible si no tuviese verdadera realidad. Porque lo que no es absolutamente nada, no puede proporcionar existencia a ningún ser. La fortuna, precisamente porque no es nada en sí misma, no puede ser definida. Ciertamente, lo que no existe no proporciona a nadie materia para saber en qué consiste.

Saquen a relucir los epicúreos esas doctrinas suyas que llaman «enseñanzas maestras» *(kiriadoxas)* y con las cuales piensan que ayudan al proceso de toda la filosofía, y a su manera someten todas las cosas a la fortuna. Yo pienso que en esto, como en otras muchas cosas, se debe escuchar a Plutarco, que niega se deba dar culto a ninguna diosa ciega y asegura que sólo los ciegos pueden darle culto. Aduce, además, muchos ejemplos por los que demuestra con claridad que todos los devotos de tal diosa están ciegos y acaban precipitándose en la fosa del exterminio. De ello da testimonio Galba, quien después de haber vivido admirablemente durante todo el curso de su vida hasta la vejez, se exaltó durante algún tiempo

---

[25] El autor juega con palabras derivadas o de igual sonido que «mores» (costumbres).

[26] Cf. Cicerón, *De Inventione* I 24 § 34.

con el culto y el servicio a esta diosa y se hundió en más breve tiempo todavía. Cómo sucedió esto, lo encontrarás en Suetonio [27].

Se queja, sin embargo, el mencionado filósofo al oído del citado príncipe [28], y se lamenta llorosamente de que esta diosa, digna de vituperio por el defecto de su ceguera y su temeridad, objeto de vergüenza para todas las divinidades, hubiera mancillado los templos de todos los dioses y les hubiera arrebatado su culto hasta el punto de que, además de los santuarios particulares que tiene por todas partes en la Ciudad y en el orbe entero, ha tomado también posesión de la Roca Tarpeya, igualándose al supremo Júpiter. Y de que la imagen de oro de la Fortuna Pública es en el Capitolio adorada públicamente por todos los extranjeros, peregrinos y nativos. Y tiene tanto prestigio por encima de todos los demás dioses, que en todo el libro de Registro de los mortales (como suele decirse) parece ser la única que llena las dos caras [29].

Contémplala haciendo girar su voluble rueda; y para que te admires aún más, mira cómo con el impulso de su rueda arrebata y pisotea la hilaza trenzada por las hermanas en el pecho de Júpiter. Todo el que rinde culto a la Fortuna trastueca los hados.

> Los hados (dice el estoico) gobiernan a los hombres.
> El destino reside en aquellas partes que disimulan
> los pliegues del vestido [30].

Una enseñanza maestra de Epicuro protesta fuertemente contra esta paradoja de los estoicos. Elimina, dice, la fatalidad del destino porque,

> si quiere, la Fortuna hará de un retórico un cónsul;
> y si también lo quiere, hará de un cónsul un retórico [31].

Por lo demás, para no tratar tanto de la fortuna, concedamos que sea la forma de los acontecimientos imprevistos, y aunque pueda estar muy próxima de lo que hemos llamado «condición», por la sencilla razón de que provoca la situación determinada por la coincidencia de sucesos fortuitos; sin embargo, se diferencia mucho

---

27 *Galba* 4, 18.
28 Trajano.
29 Cf. Plinio, *Historia Natural* II 7 § 22.
30 Juvenal, *Sátiras* IX 32-33.
31 Ib. VII 197-198.

de ella por el hecho de que la condición proviene unas veces de la Naturaleza, otras del oficio, o de las costumbres, o de la diversidad de los acontecimientos, mientras que la fortuna consiste siempre en cosas que sobrevienen de improviso.

Plutarco se esfuerza en desecharla por todos los medios, y estima que el origen de todo respeto procede de los cuatro puntos antes citados: la Naturaleza, el oficio, las costumbres y la condición.

Siguiendo el estilo de los gentiles, trata esto un tanto paganamente. Por esto he procurado redactar con sentir y estilo católicos algunas de sus ideas. El, por ejemplo, asevera que en el culto a los dioses hay que venerar con preferencia a los que son más vecinos y cercanos a ellos, bien por naturaleza, como Liber, dominador de los Indos, o Hércules, que manifestó tener en sí a Júpiter al haber estrangulado serpientes cuando todavía estaba en la cuna; bien por oficio, como los pontífices y preceptos de las casas sagradas; bien por las costumbres, como los filósofos que enseñan lo que con su investigación y por dispensación de la sabiduría han bebido en las profundidades de la inteligencia divina; bien por su condición, como son aquellos a quienes el favor de la divinidad ha elevado para que gobiernen a otros, por un motivo familiar más que por su oficio público.

Este modo de hablar es propio de un pagano y digno de todo vituperio, y el sentido de sus palabras tal, que no sería digno de un filósofo. Tal vez no se atrevía a decir a un pueblo corrompido lo que realmente pensaba de la naturaleza de los dioses, después de haber leído que habían sido quemados los libros del filósofo Pitágoras [32] y él condenado al destierro por los atenienses, porque había manifestado sus dudas acerca de la verdad de lo que decía el vulgo sobre los dioses. ¿Cómo podría atreverse a afirmar lo contrario sabiendo que no quedaría sin castigo ni siquiera la duda del error? Es, pues, verosímil que llevara la corriente a los oyentes y dejara pasar algún error con el intento de apartarlos de las cosas ilícitas. Pues en la doctrina referente a las costumbres está lleno de ciencia. Y esta opinión me resulta tanto más fácilmente aceptable cuanto que el mismo Apóstol de las gentes, manteniendo intacta la fe y la religión, se hizo todo a todos para ganar a todos para Cristo [33].

---

[32] Propiamente, Protágoras. Cf. Cicerón, *De Natura Deorum* I 23 § 63.
[33] Cf. 1 Cor 9, 22.

Nosotros, en cambio, a quienes nos ha brillado la verdad desde el cielo, sabemos que se debe prestar gran reverencia a los ministros y amigos no de los dioses que no son nada, sino a los del verdadero Dios; y algunas veces incluso a sus enemigos, porque lo dejó preceptuado El mismo, que con frecuencia ha concedido potestad a hombres pésimos para una mejor enseñanza de los suyos. De ahí viene aquello: «Por amor del Señor, estad sujetos a toda criatura humana, ya al emperador, como soberano, ya a los gobernadores, como delegados suyos, para castigo de los malhechores y alabanza de los buenos» [34]. Y aquello otro: «Siervos, estad y manteneos sujetos a vuestros amos, no sólo a los bondadosos y humanos, sino también a los rigurosos» [35].

Nos hacemos amigos de Dios, bien por gracia, independientemente del mérito, como Jeremías y Juan, que fueron santificados aun antes de nacer, y como la gema de los sacerdotes Nicolás, que se alimentaba en su lactancia una sola vez, los miércoles y viernes; bien por méritos procedentes de la gracia, como los que se ganan el Reino de los cielos por el camino fácil de las buenas obras, como hizo el ladrón arrepentido; o con una dura y feliz muerte, como el coro de los apóstoles y los mártires. Virgilio apunta estos tres grados:

> El descenso al Averno es fácil.
> Día y noche está abierta la puerta del negro Plutón; pero dar marcha atrás y volver a subir a la luz de arriba, ése es el trabajo, ahí está la tarea. Pocos pudieron hacerlo: hijos de los dioses a quienes favoreció la amistad de Júpiter, o cuya ardiente virtud les elevó hasta el cielo [36].

Así, pues, a los que por su prestancia de costumbres vemos ser conformes con la bondad divina, debemos venerarlos como a imagen fidelísima de Dios.

Sus ministros son quienes, por voluntad divina, han sido llamados para que trabajen por la salvación propia y la de otros, reprendiendo, corrigiendo vicios e inculcando virtudes o propagándolas. Quienes sirven a Dios en el cuerpo de las leyes humanas son inferiores a los que administran lo divino, en la misma medida en que las cosas humanas están por debajo de las divinas.

---

[34] 1 Pe 2, 13-14.
[35] Ib., 18.
[36] *Eneida* VI 126-131.

CAP. 5: *Qué castigo amenaza a los que infieren injurias a los ministros de la Iglesia, y de los lugares dignos de veneración; y que la absolución no puede arrancarse por violencia ni obtenerse por fraude.*

Dios es honrado o despreciado, ante todo, en aquellos que administran las leyes divinas, ya que El juzga como propio el honor o el desprecio tributado o inferido a ellos. De ahí aquellas palabras: «Yo dije, sois dioses» [37], y «Los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría y de su boca ha de salir la doctrina, porque es un enviado del Señor de los ejércitos» [38]. Y la misma Verdad afirma: «El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que os recibe a vosotros, a mí me recibe; y el que a vosotros desprecia, desprecia a Aquel que me ha enviado» [39]; y «el que os toca a vosotros, toca a la niña de mis ojos» [40].

Por su parte, la reverencia, que consiste en la veneración de las cosas, es múltiple. Porque las cosas o son objetos corporales, como los templos y los sitios sagrados y los objetos que están dedicados a usos píos y a los sacrificios que se hacen visiblemente; o son incorpóreas, como las leyes que corresponden a las cosas sagradas; y profanarlas constituye un sacrilegio que ha de ser expiado con la muerte o con otra pena gravísima, según la culpa de que se trate. Por consiguiente, violar las inmunidades de las cosas sagradas es rebelarse contra Dios y en cierta manera reducirle a servidumbre.

De la ley divina se podrían sacar muchos argumentos en defensa de sus propios derechos, pero para evitar que la audacia de otro poder hable en contra de ellos, los estatutos de los príncipes hablan amplia y generosamente sobre este punto, veneran y aprueban la fe cristiana, y confirman todos los privilegios de los ministros de la Iglesia y de los lugares dignos de veneración.

Porque ¿quién no ha oído hablar de la constitución del príncipe cuya memoria es bendita por todos (me refiero a Arcadio)? «Si alguien incurre en esta clase de sacrilegio de entrar por la fuerza en las Iglesias católicas y ultrajar a los sacerdotes y ministros, o el mismo lugar sagrado, tomen buena nota de ello los que tienen

---

37 Sal 81, 6.
38 Mal 2, 7.
39 Lc 10, 16; Mt 10, 40.
40 Zac 2, 8.

mando en las provincias y sepa el gobernador de la provincia que debe castigar con pena de muerte a los convictos o confesos de haber ultrajado así a los sacerdotes y ministros de la Iglesia católica, a los lugares que les pertenecen y al culto divino. Y no espere a que el castigo de las injurias sea reclamado por el obispo, a cuya santidad corresponde la gloria del perdón; sino que sea considerado por todos como digno de alabanza el perseguir como un crimen público las atrocidades cometidas contra los sacerdotes o sus ministros y vengarlas adecuadamente»[41]. Asimismo: «Agrada a nuestra clemencia que los clérigos no tengan nada en común con las acciones legales o correspondientes a la Corte, a cuya corporación no pertenecen»[42]. Y en otra parte: «Si los privilegios de alguna venerable iglesia fueran temerariamente vulnerados y culpablemente preteridos, castíguese el delito con el pago de cinco libras de oro»[43]. ¿Cuáles son los privilegios de las iglesias y lugares venerables, y de sus ministros? Tanto por el derecho divino como por el humano son conocidísimos, siendo así que por la misma costumbre se sabe que sólo pueden ser denunciados ante jueces eclesiásticos. Y si alguien pusiera violentamente sus manos sobre un clérigo, sea anatema, y tal que sólo puede ser perdonado por el Romano Pontífice[44]. Es inútil buscar el perdón de este delito en cualquier otro sitio, a no ser que amenace peligro de muerte, porque no es posible arrancarlo por la fuerza u obtenerlo por fraude. Según Claudiano, Teodosio dijo:

No lograrás ser amado por la fuerza[45].

No es menos cierto que no arrancarás una absolución por la fuerza, ya que sólo la contrición del corazón, la confesión oral y la satisfacción penitencial son válidas para ese fin. No es ciertamente la fuerza, sino la gracia únicamente la que justifica al impío; y el fraude del pecador no aprovecha, ya que el Espíritu Santo rehúye las argucias del engaño y no habita en el cuerpo esclavizado por el pecado[46].

Recuerdo que en otra parte dije (con la autoridad del gran Padre Agustín)[47] que la inocencia simulada no es tal inocencia, sino malicia doble, porque es a la vez malicia y simulación. De modo análo-

---

[41] Justiniano, *Código* I 3 § 10.
[42] Ib., § 17.
[43] Ib., § 13.
[44] Cf. Graciano, *Decretales* II XVII 4 c. 29 (Friedberg I 822).
[45] Claudiano, *Panegyricum de IV Consulatu Honorii,* 282, 283.
[46] Cf. Sab 1, 5-4.
[47] *Enarratio in Psalmum LXIII,* 7 (Migne, PL 36, 765).

go, la equidad simulada no es equidad, sino doble iniquidad, porque es iniquidad y simulación. Por eso me lleno de incontenible estupor y quedo confundido cuando veo con tanta frecuencia que personas —no sé si llamarlas fieles o infieles— sorprendidas en tamaño sacrilegio, apremian a los sacerdotes con todas sus fuerzas, incluso con amenazas, a que les concedan la absolución, cosa que ni éstos pueden otorgar en conciencia, ni ellos recibir mientras perseveren en su contumacia. Realmente es más fácil que las dos partes queden implicadas, que el que una de las dos se libre. No sabría con todo señalar con claridad cuál de ellas comete pecado más grave.

Esto por lo que se refiere a lo que en la concepción política de Plutarco hace las veces de alma.

CAP. 6: *Del príncipe, que es la cabeza de la comunidad política; de su elección, privilegios y de la recompensa de la virtud y de la culpa; y de que debería imitar al santo Job; y de las virtudes del santo Job.*

A continuación, siguiendo las huellas de Plutarco, estudiamos lo referente a los miembros de la comunidad política. Se ha dicho ya que el príncipe es la cabeza de la comunidad política y que se rige por el único arbitrio de la mente. Como también se ha dicho, está situado en el alcázar de la comunidad política por disposición divina; y Dios lo escoge entre otros, bien sea por el misterio de su providencia, bien valiéndose de una especie de elección de los sacerdotes, bien por la convergencia de los votos de todo el pueblo. De ahí que en el Antiguo Testamento se lee que Moisés, estando a punto de señalar al que había de estar a la cabeza de su pueblo, convocó a toda la comunidad para que la elección se hiciera en presencia del pueblo y no hubiese posteriormente lugar a retractación de nadie, ni escrúpulos de ningún género [48].

Se lee en el Libro de los Reyes que Saúl, el futuro rey, al aparecer ante todo el pueblo, les sacaba a todos la cabeza [49]. ¿Por qué —pregunto—, sino porque es necesario que el que está por encima de todos debe sobresalir en su corazón y en su aspecto para

[48] Cf. Nm 27, 18 ss.
[49] Cf. 1 Sm 9, 2.

que pueda sostener en sus brazos a todo el pueblo con el valor de sus buenas obras, y protegerlo por ser él más sabio, más santo, más circunspecto y, en suma, más sobresaliente en todas las virtudes? Porque dice el Señor a Moisés: «Escógete a Jesús, Hijo de Nabé [50], hombre que tiene en sí al Espíritu de Dios, e impón sobre él tus manos y preséntalo en presencia de Eleázaro, sacerdote, y díctale preceptos ante toda la comunidad y da normas sobre el, y haz que tu autoridad brille en él para que le obedezcan los hijos de Israel» [51]. Es tan evidente que aquí se describe la ordenación de un príncipe del pueblo, que en realidad huelga cualquier otra explicación. No obstante, si quieres la cosa más clara, yo te la daré cuando tú me la pidas, a su propio tiempo y lugar y teniendo por autor al mismo Dios, añadiendo los significados de la indumentaria y de determinados ritos sagrados.

Aquí aparece con toda nitidez que no se da ninguna aclamación del pueblo, ninguna relación de consanguinidad o parentesco. Fallecido Alfaat, las hijas reclaman ante Moisés la herencia paterna. Que la petición de ellas es justa lo testifica el mismo Dios, porque la herencia debe ser transmitida a los parientes tanto de lo que toca a las tierras y predios, como incluso de los cargos públicos [52]. Pero el gobierno del pueblo debe ser confiado a quien Dios ha elegido para ello, a saber, un hombre tal que tenga el espíritu de Dios y manifieste ante sí sus preceptos; que sea muy conocido de Moisés y aun familiar suyo, esto es, en quien resida la observancia y conocimiento de la ley, para que los hijos de Israel puedan escucharle.

No obstante, no es lícito prescindir, en favor de otros hombres, de la sangre de los príncipes, a quienes por privilegio de la divina promesa y por el derecho del linaje se debe la sucesión propia de los hijos, siempre que, como está prescrito, caminen por las vías justas del Señor. Y si se apartasen un poco del camino recto, no por eso se les debe en seguida desposeer del todo, sino que con un poco de paciencia se corrige la injusticia, mientras no conste con suficiente claridad que se mantienen pertinaces en el mal camino. Porque tampoco Roboam fue arrojado inmediatamente del trono de su padre después que, desechando el consejo de los ancianos, se apartó de la trayectoria de Salomón, intentando cargar sobre los hombros de los hijos de Israel una carga intolerable. Sin embargo, su reino quedó dividido con la separación de diez de las tribus a favor de Jeroboam, siervo de Salomón, y de él se hicieron dos reinos —mientras los

[50] Es decir, Josué, hijo de Nun.
[51] Cf. Orígines, *In Numeros Homilia XXVII* (Migne, PG 12, 720 ss.).
[52] Cf. Nm 27, 1-6.

hubo—: el de Judá y el de Israel[53]. Así experimentó el castigo por su contumacia, y la misericordia por la merced de Dios y por el privilegio de su sangre, de suerte que siguiera siendo rey, aunque habiendo perdido gran parte de su reino.

¿Por qué le sucedió esto a Roboam? Por haber seguido los consejos de sus jóvenes contemporáneos, desestimando los caminos y preceptos de la prudencia. Porque es imposible que mantenga de forma provechosa su reino el que no actúa guiado de los sabios. «¡Ay de tu tierra —dice la Escritura—, que tienes por rey a un niño y cuyos consejeros banquetean de mañana! ¡Bienaventurada tú, tierra, que tienes por rey a un hombre noble y cuyos gobernantes se alimentan a su debido tiempo para restaurar sus fuerzas y no por el placer!»[54]. Porque allá no puede morar la sabiduría.

De aquí que diga el santo Job: «¿Dónde se encuentra la sabiduría y cuál es el lugar de la inteligencia? No conoce el hombre su precio ni se encuentra en la tierra de los que viven muellemente»[55]. «No se le podrá igualar nada de lo que perece»[56], «porque la sabiduría procede de sitio escondido»[57]. Mucho más le hubiera valido rechazar a los jóvenes y hacer caso del consejo de los ancianos y conformar su estilo de reinar a la vida del bienaventurado Job. Escucha lo que éste asevera de sí mismo: «Cuando me encaminaba a las puertas de la ciudad y me guardaban asiento en la plaza, los jóvenes se escondían al verme y los ancianos se levantaban y permanecían de pie; los grandes dejaban de hablar y ponían el dedo sobre sus labios; callaba la voz de los caudillos y su lengua se pegaba al paladar. El oído que me oía me llamaba feliz, y el ojo que me veía se declaraba en mi favor, porque había liberado al pobre que clamaba y al huérfano que no tenía valedor. Caía sobre mí la bendición del que estaba a punto de perecer y consolé el corazón de la viuda, me vestí de justicia y la utilicé como vestidura y diadema. Fui ojo para el ciego y pie para el cojo. Yo era el padre de los pobres y estudiaba con toda diligencia la causa de que no estaba informado. Quebrantaba los dientes del inicuo y arrancaba la presa de su propia boca. Y me decía: moriré en mi retiro, multiplicaré mis días como los de una palmera, mi raíz se extenderá hasta las aguas y el rocío se posará en mis gavillas; mi gloria estará siempre reverdeciendo y mi arco se fortalecerá en mi mano. Los que

[53] Cf. 1 Re 12.
[54] Ecl 10, 16-17.
[55] Job 27, 12-13.
[56] Cf. ib. 17, 19.
[57] Ib. 18, 18.

me escuchaban esperaban mi dictamen y, atentos, callaban aceptando mi juicio. No se atrevían a añadir nada a mis palabras; suavemente penetraba en ellos mi discurso. Si les sonreía, no acertaban a explicárselo, y acogían con ansia la luz de mi rostro. Si determinaba ir a sus reuniones, siempre ocupaba el primer puesto y me sentaba como rey rodeado de sus huestes. Era, sin embargo, el consuelo de los tristes» [58].

En el ejemplo de este hombre justo queda, en gran parte, la fórmula para reinar. Si intentásemos comentarla punto por punto, bastaría la serie de virtudes que comprende para llenar un grueso libro. Que el lector diligente examine cada palabra, porque en todas ellas no hay una jota o una coma exenta del misterio de salvación. Sin embargo, resumiré con la mayor brevedad posible algunas cosas que sobresalen en la superficie de las palabras.

Dice: «Cuando lavaba mis pies con manteca y la piedra destilaba para mí ríos de aceite; cuando me instalaba en el sitial preparado para mí en la plaza, los jóvenes se escondían y los ancianos permanecían de pie ante mí» [59]. Hace notar con ello que la abundancia de bienes y el cúmulo de gracias no sacudieron de él la prudencia, sino que en esas circunstancias se mantuvo inconmovible su autoridad por la buena conciencia y el testimonio de las buenas obras. Porque salía a la puerta como quien no necesitaba esconderse y se había ganado una cátedra desde donde enseñar; y realzaba la prudencia de los ancianos mientras la ligereza juvenil buscaba ocultarse. «Dejaban de hablar los grandes y la lengua de los caudillos se pegaba al paladar», no atreviéndose a hablar con arrogancia ni imponer sobre las espaldas de los hombres esas cargas insoportables a las que no suele arrimarse ni la punta de un dedo. Porque enseñaba que toda la gloria de la virtud consiste en la forma de actuar y que el esplendor de la palabra que no descansa sobre la solidez de las obras, se marchita. «En toda obra —dice Salomón— hay fruto, pero donde hay exceso de palabras se da frecuentemente la escasez» [60]. Es deber de los príncipes y de los jefes ir delante de los demás en el camino de las buenas costumbres en lugar de ordenar altaneramente a los demás lo que tienen que hacer.

«El oído que me oía y el ojo que me veía, me llamaba feliz.» De esta forma indicó con elegancia los órganos del cuerpo de los que depende fundamentalmente la percepción sensorial del alma. Porque los ojos y los oídos transmiten con gran fidelidad el conoci-

[58] Ib. 29, 7-22.24-25.
[59] Ib. 6 ss.
[60] Prov 14, 23.

miento de las cosas exteriores, y la lengua poco controlada desperdicia con frecuencia los tesoros del corazón. Añadiendo las palabras «audiens» y «videns», expresa el juicio del sabio conforme a aquello: «Bienaventurado aquel que habla al oído del que escucha.» En consecuencia, no se proclama feliz por lo que dicen las lenguas de sus semejantes, que muchas veces van de un lado a otro impulsadas por el amor o por el odio. Le basta el testimonio de su buena conciencia, sobre todo cuando está rubricado por el juicio de los sabios. «Porque —dice— liberé al pobre, al huérfano y al que estaba a punto de perecer, y consolé el corazón de la viuda.» Porque es en estas acciones, sobre todo, donde queda más patente y luce la autoridad, que ha sido constituida por Dios para hacer desaparecer los males. Estas son las obras de misericordia, y el nombre del que las practica será bendito eternamente.

Pero para que no creas que con una clemencia excesivamente benigna daba paso a la audacia de los vicios, dice: «Me vestí de justicia y la utilicé como diadema para mi juicio; estudiaba con toda diligencia la causa de que no estaba informado.» Porque es necesario que el juez lo investigue todo a fondo y analice todo lo posible los hechos en su desarrollo, y no proceda contra nadie antes de que su causa quede claramente delimitada por legítimas razones [61]. Porque, como dice el moralista, «todo el que juzga con precipitación tendrá que arrepentirse pronto» [62].

«Quebrantaba los dientes del inicuo.» Es inicuo el que en los pleitos no busca la justicia, sino la presa, y ama tanto las dádivas que exige ser retribuido. Y aunque sea justo lo que sentencia por el dinero convenido, al ser esclavo de la avaricia camina hacia la muerte. De ahí que siga diciendo: «Y le arrancaba la presa de su propia boca, y me decía: Moriré en mi retiro.» Vivía satisfecho dentro de los límites de sus propios bienes, consiguiendo así la paz del alma. No estaba aguijoneado por el acicate de la avaricia o la ambición, como para acumular casa tras casa y campo tras campo hasta los últimos confines del espacio, como si la superficie de la tierra estuviera reservada para que la habitase él solo.

«Y multiplicaré mis días como los de una palmera.» Aristóteles en el libro séptimo de sus *Problemas* y Plutarco en el octavo de sus *Memorabilia* narran un hecho admirable: Si pones sobre el tronco de una palmera, dicen, grandes pesos y lo haces con tal exceso que

[61] Cf. Ivón de Chartres, *Decretum* VI 316 (Migne, PL 161, 510); Graciano, *Decretales* II XXX Ic. 11 (Friedberg I 1107).
[62] Publio Siro (ed. Friedberg p. 29).

no pueda soportar la magnitud de la carga, no cede por debajo, ni se dobla hacia la tierra, sino que reacciona contra el peso y se esfuerza y retuerce tendiendo hacia arriba. Por ello, dice Plutarco, se convino en que la palma fuese signo de victoria en las competiciones, porque la condición de este árbol es tal que no cede a los que le acosan y presionan. Se dice asimismo que las ramas de palmera de la variedad que los griegos llaman palma real *(basileros)* no se pueden arrancar si se tira de ellas hacia abajo, y en cambio ceden cuando se tira hacia arriba. Es también cierto que el tronco de la palmera es muy compacto a partir de su raíz, pero se va esponjando a medida que va subiendo; al contrario de cualquier otro árbol que está tanto más desarrollado cuanto más próximos a la tierra están sus vástagos.

En la palmera, pues, se representa la justicia invencible que no conoce el abatimiento sino únicamente el alzarse continuo a superiores alturas. De ahí que: «El justo florecerá como la palmera. Mi raíz se extenderá hasta las aguas (naturalmente las de las Escrituras y las virtudes, como antes se explicó); y el rocío (a saber, la gracia) se posará en mis gavillas.» Entiéndese esto de las buenas obras cuyas gavillas escogidas colocará junto a sí en favor de los elegidos el justo Juez en el gran día. Por eso prosigue: «Mi gloria estará siempre reverdeciendo y mi arco se fortalecerá», porque

> el justo apunta y tensa su arco hacia algo
> y no va de acá para allá persiguiendo a los cuervos
> con cascotes y barro [63].

«Los que me escuchaban esperaban mi dictamen», etc. Con frecuencia se ha dicho que los dictámenes siempre se han de interpretar en el mejor sentido, según aquel proverbio: «El haragán se cree más prudente que siete hombres sensatos que exponen su parecer» [64]. Oyes que dice que en el hombre discreto concurren tres elementos: «Atentos —dice—, callaban aceptando mi juicio. No se atrevían a añadir nada a mis palabras; suavemente penetraba en ellos mi discurso.» Una cosa difícil reclama la debida atención, y es conveniente para el varón sensato reflexionar sobre sus criterios, para que cuanto hace y dice pueda servir de consejo al hombre que ansía la sabiduría. Y es propio de la boca del circunciso decir aquello a lo que nada se pueda añadir o quitar. En cambio, es escandaloso para el varón grave el que esté siempre metido en chismes

[63] Cf. Persio, *Sátiras* III 60-61.
[64] Prov 26, 16.

y nonadas y alce su voz entre los charlatanes como un ganso iracundo mezclado con los patos, y crea que cualquier asunto es propio de litigios.

> Porque ¿de qué se discute? De si tiene más habilidad
> Cástor o Docilis,
> de si el camino de Numicia es mejor para ir a Brindis
> que el de Appio [65].

Además lo que abunda pierde valor por su propia abundancia; y como en el mucho hablar siempre hay pecado, es de mucha estima la palabra del que habla poco por prudencia y con prudencia. De ahí que Sócrates respondiese a uno que le preguntaba cómo se podría alcanzar gran crédito: «Si se hace —dijo— lo mejor y se habla poco.» Esta es la razón por la que el varón justo y temeroso de faltar con sus palabras, dijo que dejaba caer gota a gota su conversación, porque el que no peca con su palabra es varón perfecto [66].

«Si les sonreía, no acertaban a explicárselo.» La risa es indicio de ligereza, y cuanto más abierta es, más descomedida y reprensible resulta. Porque dice la Escritura: «El necio, cuando ríe, ríe estrepitosamente» [67]. Y el Salvador lloró, pero nunca se supo que riese [68]. Yo, por mi parte, no creería fácilmente que era proclive a risotadas el que habla de la risa de una forma tan ambigua que, si se rió, no lo parece. «Y acogían con ansia la luz de mi rostro.» Tal vez rió el varón justo, pero nunca le movió a risa una tontería mundana, y lo que había de terrenal en las costumbres corrientes, temía a la severidad de su rostro.

«Si determinaba ir a sus reuniones, siempre ocupaba el primer puesto.» Desde luego era digno del primer puesto quien les precedía en el camino de tantas virtudes. «Cuando se sentaba como rey rodeado de sus huestes, enjugaba las lágrimas de los tristes.» Alentadora conclusión, cuando sucede que la potestad pública se afana por gobernar de tal modo, que no tolera que haya nadie triste en toda la comunidad pública. Con esta actitud se logra que el ámbito moral sujeto a su gobierno se desarrolle con tanta amenidad de flores y abundancia de frutos, que el que penetra en él, cree encontrarse entre las delicias del paraíso.

---

[65] Horacio, *Epístolas* I 18, 19-20. Cástor y Docilis eran gladiadores de moda.
[66] Cf. Sant 3, 2.
[67] Eclo 21, 23.
[68] Cf. Lc 19, 41; Jn 11, 35.

Tal vez te admires y llegues a asombrarte de que alguien que está todavía en el destierro de la carne pueda participar de tanta dulzura y ser conciudadano de los seres celestiales; mas si dudas de cómo es posible tal cosa, júzgalo tú mismo por las obras del justo: «Si negué a los pobres lo que ansiaban y defraudé la esperanza de la viuda; si comí solo mi bocado sin dar de comer de él al huérfano; porque desde mi primera infancia fue creciendo conmigo la compasión y conmigo nació de las entrañas de mi madre; si vi al miserable sin vestido y al pobre sin ropas y no me bendijeron sus carnes y se calentaron con el vellón de mis ovejas; si alcé mi mano contra el inocente por verme superior a él en la puerta, despréndase mi hombro de la espalda y arránquese del hombro mi brazo. Porque siempre temí a Dios como a torrente de aguas embravecidas lanzadas contra mí y no pude resistir su empuje. Si pensé que el dinero era mi fuerza y dije al oro acendrado: «Tú eres mi esperanza». Si me gocé en mis muchos bienes y en que mi mano atesoraba mucho. Si mirando al sol cuando brilla y a la luna al caminar resplandeciente, se engañó en secreto mi corazón y les mandé con la mano el beso de mi boca, que es la máxima iniquidad porque habría negado a Dios que está en lo alto; si me alegré del mal de mi enemigo y me alegré de que le sobreviniera la desgracia; si no dijeron los hombres de mi tienda: «¿Quién nos dará de sus carnes para que nos saciemos?», y nunca se quedó fuera el peregrino y abrí mi puerta al caminante; si encubrí como hombre mi pecado y oculté en mi seno mi propia maldad; si temí a la muchedumbre y me asustó el desprecio de los parientes, y en lugar de eso me callé y no salí a la puerta; si la tierra clama contra mí y sus surcos lloran con ella; si comí de sus frutos sin pagar y afligí el corazón de los que la cultivaban, que en lugar de trigo broten para mí abrojos y espinas en lugar de cebada» [69].

¿No crees que anda en la plenitud del goce de Dios el que con tantas imprecaciones da testimonio de la limpieza de su corazón, de su buena conciencia y de su fe sincera? ¿Quién necesita interpretación de estas palabras o no ve a la luz de tanta virtud? Muy torpe tiene que ser y muy poco inteligente aquel para quien estas cosas no den luz por sí mismas. Aquí se acumulan en una muchas cosas, de las que una sola bastaría para iluminar al mundo entero. Si a los príncipes les hastía leer u oír muchas cosas, que por lo menos lean este breve pasaje y vayan desentrañándolo poco

[69] Job 31, 16-29, 31-34, 38-40.

a poco con diligente búsqueda hasta que lleguen a la imitación. Porque el mismo libro sigue así: «Si los reyes oyen y obedecen la voz del Señor, terminarán felizmente sus días y sus años transcurrirán en la dicha, pero si la desoyen, serán pasados por la espada y se consumirán en la necedad» [70].

¿Ves el doble fin de los reyes inútiles? O pasarán por la espada o se consumirán en su necedad. Y con acierto se dice que pasan por la espada, no que acaban, porque al fin y al cabo la espada es como un tránsito al lugar donde los poderosos serán poderosamente atormentados según la muchedumbre de sus iniquidades; pero también la necedad consume a los impíos, porque la fuerza del príncipe queda enervada en el abatimiento del pueblo, ya que un pueblo vejado no puede o no quiere levantar las fuerzas del príncipe.

CAP. 7: *Qué males o bienes recaen sobre los súbditos, según las costumbres de los príncipes; lo cual se confirma con los ejemplos de algunos hechos extraordinarios.*

Dice el proverbio: «Como el que lanza una piedra sobre el montón de Mercurio, así es el que rinde honores a un necio» [71]. Esto se explica de diversos modos por diversos autores. Yo, con la venia de los que saben más, entiendo que el montón de Mercurio es aquello en que reposa el sistema de calcular, porque Mercurio es el dios de los negociantes y de los que velan diligentemente por sus cálculos. Lanzar, por consiguiente, sobre el montón en que descansa todo el sistema del cálculo es perturbar totalmente tal sistema; y tributar honor al necio es trastocar toda la vida de la comunidad política. Es imposible que pueda gobernar a otros el que se encuentra trastocado por su propio error. Porque en otro lugar la Escritura dice: «Donde no hay quien gobierne, el pueblo va a la ruina» [72]. Y en otro lugar: «El rey ignorante perderá a su pueblo, y las ciudades prosperan por la sensatez de los prudentes» [73]. Breve es la vida de todos los poderosos; la enfermedad

[70] Job 36, 11-12.
[71] Cf. Prov 26, 8.
[72] Prov 11, 14.
[73] Eclo 10, 3.

grave acrecienta la preocupación del médico. «El médico corta la enfermedad leve. Así, hoy será rey y mañana morirá. Al morir el hombre tendrá como herencia sabandijas, bichos y gusanos» [74]. ¿Acaso, pregunto, no se ven los pobres oprimidos con injusticias, empobrecidos con impuestos, despojados por múltiples formas de rapiña, y no se ordena a los pueblos enfrentarse y hacer temblar al mundo, para que a los poderosos les sucedan sus propios herederos? Porque éstos suceden a todos por derecho propio, no es necesaria la solemnidad del testamento, se erigen *ab intestato*. Quieras o no, tendrás estos herederos.

Se cuenta que en el terreno de la literatura secular dijo Platón: «Cuando el magistrado oprime a sus súbditos es lo mismo que si la cabeza del cuerpo se hincha hasta el punto de que los miembros no puedan sostenerla, al menos sin grave molestia. Esta enfermedad no se puede soportar o curar sin un gran dolor de los miembros. Y si la enfermedad fuese incurable, es peor vivir así que morir; porque para los desventurados nada hay más provechoso que acabar con su miseria.» Se lee también que el mismo autor dijo: «Cuando el poder se ensaña con sus súbditos, es igual que si un tutor persigue a su pupilo o lo degüella con su propia espada, cuando recibiste de él mismo esa espada para su defensa. Es conocidísimo que la comunidad política goza del derecho del pupilaje, y que sólo funciona correctamente cuando su cabeza reconoce que es inútil a no ser que esté unida coherentemente con sus miembros.»

Esto dijo aquí, y desde luego con verdad y buen estilo, pero a mi parecer la unión no puede ser fiel y firme, si no se da una perseverante unión de las voluntades y una especie de aglutinación de los ánimos. Si ésta llega a faltar, los hombres aunarán inútilmente sus esfuerzos, ya que el engaño conduce al mal, sin ningún interés de ayudar. «Los solapados y arteros —dice Job— provocan la ira de Dios y no podrán clamar cuando sean aherrojados; sus almas morirán en la juventud, y su vida estará alineada con la de los afeminados» [75]. Porque la causa de las obras es unas veces el pudor y otras el temor. Pero la unión más consistente es la que procede de la enjundia de la fe y del amor y se apoya solamente en la base de la virtud. Las obras, sin embargo, siendo como son demostraciones de la conducta, engendran actitudes favorables, y no hay nada más útil ni más eficaz para el sostenimiento y pro-

[74] Ib., 11-13.
[75] Job 36, 13-14.

greso de los magistrados. A eso aluden aquellas palabras del emperador, o, si se prefiere, del versificador egregio, con tal de que no se dude de que ambos pensaron lo mismo:

> Sé piadoso en primer lugar; porque como fracasamos en todos los cargos, solamente la clemencia nos iguala a los dioses.
> No actúes cuando sospechas y estás dudoso, ni seas falso con los amigos,
> ni tengas avidez de rumores; quien se fía de tales cosas,
> temblará con cualquier ruido vano y no tendrá ni una hora tranquila. Ni la vigilancia ni el cerco de las lanzas de la guardia defienden mejor que el amor. No lograrás ser amado por la fuerza; el amor lo da la mutua confianza y la pura entrega [76].

Estando Alejandro al mando de su ejército, se sentó junto al fuego porque hacía frío, comenzó a pasar revista a sus tropas a medida que pasaban ante él; y, al ver un soldado casi muerto de frío, le ordenó sentarse junto a él y le dijo: «Si hubieses nacido en Persia sería delito de muerte sentarse en el asiento del rey, pero en Macedonia esto se le concede a cualquier nacido» [77].

También se cuenta otra cosa del mismo Alejandro: que habiéndole anunciado que entre las cautivas estaba una doncella de gran belleza, prometida de un príncipe de la región vecina, él la respetó hasta el punto de que ni siquiera levantó su vista para mirarla. Enviada inmediatamente a su prometido, Alejandro se granjeó la buena voluntad de todo aquel pueblo por tal acto. Y así, por su humanidad, se ganó justamente los ánimos de aquellos extranjeros.

Semejante es lo que se lee que Escipión el Africano hizo en España; porque habiéndole llevado una doncella que despertaba la admiración de todos por su belleza, la devolvió a su prometido Alicio, añadiendo el oro que los parientes de la doncella habían aportado para su rescate, como dote para la boda. Así, con su abundante generosidad, venció a los adversarios que tal vez de otro modo no hubiera podido vencer, y se los ganó para el pueblo del Imperio romano [78].

Mientras Camilo asediaba a los faliscos, un maestro de escuela, con pretexto de dar un paseo, sacó fuera de la ciudad a los hijos de los faliscos y se los entregó, diciéndole que al retenerlos como rehenes obligaría a la ciudad a someterse. Pero Camilo no sólo

---

76 Claudiano, o. c., 276-283.
77 Frontino, *Strategemmata* IV 6 § 3.
78 Ib. II 11 § 5.

despreció tal perfidia, sino que, atadas las manos a la espalda, envió al maestro junto con los muchachos a los padres de éstos para que lo azotaran, alcanzando con tal rasgo una victoria que no había querido obtener con fraude; porque los faliseos se rindieron espontáneamente a Camilo por tal acto de justicia [79].

Todavía queda de Camilo otro título no menos noble, porque después de haber subyugado ciudades y logrado triunfos insignes, concitadas con envidia contra él las fuerzas militares, fue condenado y expulsado de Roma bajo el pretexto de que había distribuido injustamente el botín. Pero al echarse sobre la ciudad los galos senones y ser vencidos los romanos en la séptima piedra miliaria, junto al río Alia, y no quedar a salvo en la ciudad más que el Capitolio, y eso porque se había entregado oro para que los galos se retirasen; compadecido Camilo de su patria, tan ingrata con él, derrotó a los galos, recuperó el oro y volvió a colocar las águilas romanas [80]. Por eso en el sexto libro de Virgilio, Eneas anuncia entre sus descendientes a «Camilo volviendo a traer los estandartes» [81]. Así, pues, vuelto a llamar del exilio, entró por tercera vez triunfante en Roma y fue llamado el segundo Rómulo, como segundo fundador de la ciudad.

Julio Igino, en el libro sexto de *De la vida y hechos de los varones ilustres,* narra lo que sigue acerca de Fabricio (porque lo relatado anteriormente se halla en *La educación de Trajano,* de Plutarco, y en el libro titulado *Strategemmata,* de Julio Frontino). Sucedió, pues, que vinieron por segunda vez legados de los samnitas a Gayo Fabricio, recordando las muchas y grandes cosas que éste había hecho con tanto acierto y benevolencia para con los samnitas después de concertada la paz. Dichos legados le ofrecieron como obsequio gran cantidad de dinero, rogándole lo recibiese e hiciese uso de él, ya que les constaba cuán falto de medios se hallaba aquel insigne varón para cubrir su necesaria alimentación y mantener el esplendor de su casa. Porque realmente no tenía el lujo y el nivel que correspondían a la importancia de aquel hombre y a la dignidad de su virtud. Mas Fabricio pasó las palmas de sus manos de los oídos a los ojos y después a la nariz y al paladar y al vientre y más abajo, y respondió a los legados con estas palabras: «Mientras pueda dominar y gobernar todos estos miembros que he señalado, no me faltará absolutamente nada. Por

[79] Ib. IV 4 § 1.
[80] Cf. Entropio, *Breviarium ab urbe condita* I 20 §§ 2-3.
[81] *Eneida* VI 825.

consiguiente, reservaos vuestro dinero, que os es necesario para vuestro uso, y no lo empleéis en bienes que no os sean necesarios ni gratos. Porque los romanos no se preocupan por tener oro, sino por dominar a los que tienen el oro.» Esto es lo que cuenta Julio Igino [82].

Frontino, a su vez, narra que el médico de Pirro, rey de los habitantes de Epiro, se acercó a Fabricio, general de los romanos, prometiendo envenenar a Pirro previo un precio a convenir. Fabricio, convencido de que no necesitaba de tal crimen para su victoria, delató al médico y con este acto de lealtad mereció impulsar a Pirro a solicitar la amistad de los romanos [83]. Por mí que porfíen en este asunto Valerio Máximo [84] y Claudio Cuadrigario, que disputan acerca del nombre y la profesión del traidor. Si fue Timocares, según Valerio padre del que servía la copa del rey en los banquetes; o, según Cuadrigario, el médico Nicias, es cosa que no me interesa demasiado con tal que conste que los cónsules romanos sometieron a Pirro precisamente porque desecharon la perfidia.

Según refiere Cuadrigario, la carta de los cónsules a Pirro fue la que sigue: «Los Cónsules Romanos desean salud a Pirro, rey. Nosotros, por las injurias que nos infieres, estamos con el ánimo continuamente alterado y tenemos el propósito de hacerte la guerra como enemigos, siempre con las garantías de un proceder leal. Por ello nos ha parecido correcto desearte salud para que podamos vencerte por las armas. Vino a nosotros Nicias, hombre de tu casa, para pedirnos una recompensa en el caso de que te asesinase clandestinamente. Nos negamos a aceptar la oferta y, para que no pudiese esperar de nosotros recompensa alguna por tal hecho, te lo hemos denunciado. Al mismo tiempo estimamos conveniente manifestártelo para evitar que, si te ocurriese algo de lo dicho, lo atribuyan las ciudades a nuestra intervención; que han de saber que a nosotros no nos gusta hacer la guerra con promesas, dinero o engaños. Si no tomas precauciones, morirás» [85].

¿Qué hay que añadir sino que Pirro les ofreció la mitad de su reino por unas condiciones honorables de paz y fue rechazado? Ni esa mitad del reino quiso aceptar a cambio de prometer al rey su amistad [86].

---

[82] Cf. Gelio, *Noches Aticas* I 14.
[83] Frontino, o. c. IV 4 § 2.
[84] Propiamente se trata de Valerio Antias.
[85] Gelio, o. c. III 8 § 8.
[86] Cf. Floro, *Epitome de Gestis Romanorum* I 13 § 21.

Y cuando Cineas, varón de muy alta alcurnia, regresó a Roma, adonde había sido enviado, y le preguntaron qué tal era Roma, respondió que había visto un país de reyes, ya que ahí casi todos eran como sólo Pirro era en Epiro y en toda Grecia. Conocida, pues, la tenacidad de Fabricio, dijo el rey: «Este ciertamente es aquel Fabricio a quien es más difícil apartar de la virtud que al sol de su carrera» [87].

El emperador César Augusto Germánico, en aquella guerra que le granjeó el título de Germánico por su triunfo sobre aquellos enemigos, montó defensas en los depósitos de víveres y ordenó pagar el importe de los frutos correspondientes al terreno que ocupaba la circunscripción de su campamento; y de este modo, por la fama de su proceder justo, se ganó la confianza de todos [88].

¿Y qué diré de la continencia y despego de las cosas, puesto que he prometido antes tratar de algunos de los hechos extraordinarios citados por Plutarco? Se dice que Marco Catón solía beber del mismo vino que se suministraba a los remeros [89]. Atilio Régulo, cuando estuvo al frente de los más altos asuntos, fue tan pobre, que tanto él como su esposa y sus hijos se alimentaban con los frutos de un campo tan pequeño que lo cultivaba un solo labrador; y, conocida la muerte de éste, escribió al Senado rogando el nombramiento de un sucesor, ya que, al perder su medio de vida con la muerte de aquel servidor, era necesaria su presencia en el trabajo.

Gneyo Escipión, después de haber actuado en España con gran éxito, falleció en suma pobreza sin dejar siquiera fondos suficientes para la dote de las mujeres de su casa, a las que el Senado dotó públicamente, dada su pobreza. De modo análogo se portaron los atenienses con los hijos de Arístides, fallecido en suma pobreza después de haber administrado grandes negocios [90].

Aníbal, que acostumbraba a levantarse de noche, no descansaba antes de caer la noche, y a la hora del crepúsculo convocaba a sus compañeros para cenar; y no tenía más que dos divanes para recostarse. Y cuando militaba a las órdenes de su emperador Asdrúbal, se dormía la mayoría de las veces tendido en el suelo y cubierto por un capote [91].

---

[87] Cf. Entropio, o. c. II 13 § 3.
[88] Frontino, o. c. II 11 § 7.
[89] Ib. IV 3 § 1.
[90] Ib. §§ 3-5.
[91] Ib. §§ 7-10.

De Escipión Emiliano se refiere que acostumbraba a alimentarse de sólo pan cuando caminaba con sus amigos. Lo mismo se dice de Alejandro de Macedonia. Y Augusto César era sumamente parco en la comida, y ésa, vulgar: aproximadamente un acompañamiento de pan para unos pececillos, queso de vaca prensado con la mano, e higos verdes de los de las dos cosechas, eran su alimento preferido; y comía antes de la cena en cualquier tiempo y lugar en que el estómago se lo pidiese. Por eso dice en cierta carta: «Ni un judío, querido Tiberio, guarda el sábado tan diligentemente como yo, que hasta pasada la primera hora de la noche no he tomado más que dos bocados en el baño antes de que empezaran a ungirme.» Su ira desaparecía en seguida apenas veía el rostro demudado del injuriado, y como él decía, más pronto que se cuecen los espárragos, porque con esta frase se solía indicar la rapidez de una cosa. Pues en su conversación usaba con originalidad ésta y otras frases similares, como muestran sus cartas autógrafas, y entre ellas, cuando creía que una cosa no iba a suceder nunca, decía que ello sería «ad Kalendas Graecas» [92].

Leemos que Massinisa, estando ya en sus noventa años, solía tomar su comida del mediodía de pie ante su tienda o paseando [93].

Cuando a Gayo Curio, después de vencer a los sabinos, por decisión del Senado se le amplió el lote de terreno que recibían los soldados destacados, se contentó con un lote de las mismas proporciones que los de sus subordinados licenciados, afirmando que tenía por mal ciudadano al que no se contentase con lo mismo que los otros.

Fue muchas veces notable la austeridad de todo el ejército, como la que ganó fama insigne bajo el mando de Marco Escauro. Porque Escauro perpetuó la memoria de la austeridad militar. «Cuando el último día —dice— se marchó el ejército al toque de las trompetas, dejó intactos los frutos del manzano rodeado de yerbabuena que estaba a la entrada del campamento.

«Asimismo ocurrió que durante el imperio de César Domiciano Augusto, con ocasión de la guerra germánica que había provocado Julio Civil, la opulentísima ciudad de Langres, que se había pasado al bando de Civil y estaba aterrada por la devastación que la amenazaba por parte del ejército del César, al ver que contra toda esperanza no sufría daños ni perdía ninguno de sus bienes, se

---

[92] Cf. Suetonio, *Augusto*, 76, 77.

[93] Frontino, ib. §§ 11-15. Cf. también el mismo autor para los restantes hechos que se narran en este capítulo, hasta casi el final.

sometió de nuevo y puso en mis manos setenta mil hombres armados.»

Lucilio Mommio, que, después de conquistar Corinto, engalanó con pinturas y estatuas no sólo a Italia, sino a toda la provincia, desechó hasta tal punto todo aprovechamiento personal en el reparto del considerable botín, que a su hija, totalmente carente de bienes, tuvo que dotarla el Senado con fondos del erario público.

También la tenacidad ha quedado bien marcada como una de las grandes virtudes del pueblo romano, a través de esos hechos extraordinarios. Porque si se recorren las historias de los pueblos, su magnificencia y su virtud brillan con el máximo esplendor. Esto queda manifiesto con el esplendor de su inmenso imperio. En cuanto puede recordar la memoria, ningún otro fue menor que él en sus comienzos, ni alcanzó después mayor incremento en un proceso de continuo crecimiento. Pues con el fomento de la paz, la libertad y la justicia, el respeto de las leyes, la amistad con las naciones colindantes, la madurez de sus decisiones y el peso de sus palabras y sus obras, lograron someter a su jurisdicción a todo el orbe.

Mas ya que hablamos de tenacidad, aduzcamos, entre muchos, uno de los hechos extraordinarios recogidos por Julio Frontino[94]. Estando Aníbal asediando los muros de la ciudad, para mostrar su confianza en sí mismo, Julio ordenó enviar refuerzos a los ejércitos que tenía en España, utilizando para ello una salida distinta; y el mismo campo en que Aníbal había asentado su campamento, tal vez por fallecimiento del dueño, fue sacado a pública subasta a partir del precio que tenía antes de la guerra. Y, mientras Aníbal los asediaba, sitiaron a su vez Capua, con la orden de que el ejército no se retirase de allí hasta que hubiese caído la ciudad.

CAP. 8: *Por qué parece que Trajano debe ser preferido a todos los demás.*

Para poner fin a los hechos extraordinarios tomados de Plutarco con la persona de Trajano, digamos ahora que fue de tanta fortaleza y calidad política, que amplió considerablemente en todos

[94] O. c. III 18 §§ 1-3.

los sentidos los límites del Imperio romano, que, después de Augusto, había sido más bien defendido que ampliado [95].

Superó, sin embargo, la gloria militar con su prudencia, mostrándose igual con Roma que con todas las provincias; frecuentando las casas de sus amigos con ocasión de enfermedad o de cortesía, incluso en los días festivos; ofreciéndoles convites sin hacer acepción de personas y usando indistintamente sus vehículos y su vestuario; enriqueciendo a todos pública y privadamente; ampliando las casas de sus amigos con ocasión de enfermedad o de corprovincias hasta el punto de que hasta nuestros días se sigue aclamando a los emperadores en el Senado con estas palabras: «¡Que seas más dichoso que Augusto y mejor que Trajano!» [96].

Su recuerdo nos ha sido transmitido en tales términos y su fama ha llegado a tanto, que proporciona tanto a los amigos que realmente alaban como a los aduladores, el más excelso ejemplo para las comparaciones. Con razón se alaba en Julio su invencible grandeza de alma y la eficacia de su actividad, ya que su inteligencia y su mano eran capaces de logros que parecían imposibles.

De cuál fue su prestigio en el campo de las armas dan testimonio no sólo los galos y bretones, que fueron los primeros en ser sometidos por él, sino el feliz resultado de la guerra civil y la serie de emperadores de la casa del César. En su aplicación a las letras era de tal capacidad, que podía dictar simultáneamente cuatro cartas. Su pericia en el derecho civil aparece en las antiguas leyes de los romanos. De cuán poderosamente ejercitó las colosales dotes de su inteligencia en la filosofía, basta para enaltecerle y aclamarle la sola invención del año bisiesto; y lo más digno de admiración era sobre todo la intensidad con que se entregaba al mismo tiempo al amor que a los negocios, y en cada una de las ocupaciones a que se aplicaba lo hacía como si no tuviese otra cosa a que atender. Era al mismo tiempo enteramente de todos y de cada uno.

Todo el mundo coincide en alabar a Augusto y la grata memoria de Tito le celebra como amor y gozo del género humano [97]. Yo, sin embargo, no dudo en preferir sobre todos ellos a Trajano que fundamentó la grandeza de su reinado exclusivamente en el culto a la virtud. Conforme a lo que dice el moralista, «el que obra rectamente debe ser calificado como rey» [98]. Eso es precisamente lo que recomienda Claudiano en boca de Teodosio:

---

[95] Cf. Entropio, o. c. VIII 2 §§ 1-2.
[96] Cf. ib. 4 y 5 § 3.
[97] Cf. Suetonio, *Tito* I.
[98] Cf. Horacio, *Epístolas* I 1, 59-60.

Aunque domines hasta los últimos confines de los indios, y te
adoren el miedo, el sensual árabe y los tártaros, si tienes miedo,
si persigues objetivos perversos, si te dejas llevar de la ira,
sufrirás el yugo de la esclavitud y tolerarás en tu interior
las leyes injustas. Sólo tendrás derecho a regirlo todo cuando
puedas ser rey de ti mismo. La inclinación a lo peor
es lo más frecuente, y el privilegio induce a la vida muelle
y fomenta los atractivos del desenfreno. Vivir castamente es
tanto más difícil cuanto más accesible es el amor. Dominar la ira
resulta tanto más arduo cuanto más poder tenemos para castigar.
Reprime, pues, tus impulsos
y no pienses en lo que tienes poder para hacer, sino qué hubiera
sido correcto hacer;
y que el respeto por lo honesto gobierne tu ánimo [99].

Pero para que se avengan más fácilmente a estas alabanzas de Trajano los que opinan que deben ser preferidos otros, leemos que el santísimo Papa Gregorio ensalzó sus virtudes y por las lágrimas que derramó consiguió librarlo del fuego del infierno [100], remunerando así el Señor con generosa misericordia la justicia que ejercitó Trajano para con una viuda llorosa. Porque cuando el citado emperador estaba ya montado en su caballo camino de la guerra, una viuda abrazada a uno de sus pies, llorando copiosamente, le pidió justicia contra los que habían matado injustamente a su hijo, un joven excelente y sin tacha. «¿Es posible, Augusto —dijo—, que tú seas emperador y que yo sufra tan enorme injusticia?» «Yo te haré justicia —respondió él— cuando regrese.» «¿Y qué ocurrirá —dijo ella— si no regresas?» «Mi sucesor —respondió Trajano— te hará justicia.» Dijo ella: «¿Qué provecho vas a obtener tú, si es otro el que me hace este beneficio? Tú estás en deuda conmigo y vas a recibir tu recompensa según lo que hayas hecho; y es un fraude no devolver lo que se debe. Tu sucesor tendrá su propia responsabilidad ante los que sufren la injusticia, pero a ti no te librará la justicia ajena; bastante tendrá tu sucesor, si consigue liberarse a sí mismo.» El emperador, conmovido por estas palabras, se apeó del caballo, examinó personalmente la causa y consoló a la viuda con la correspondiente justicia [101].

Se dice, no obstante, que el bienaventurado Papa derramó sin cesar sus lágrimas por él hasta que se le comunicó por revelación

---

[99] Claudiano, o. c., 257-268.

[100] Cf. Juan Diácono, *Sancti Gregorii Magni Vita* II 44 (Migne, PL 75, 104-106).

[101] Cf. Dión Casio, *Historia Romana* LXIX 6.

que Trajano quedaba liberado de las penas del infierno, pero con la condición de que en adelante no pidiese a Dios por ningún infiel [102]. De donde se deduce que es legítimamente preferido a otros el que de tal modo agradó a los santos, que fue el único que se salvó por los méritos de ellos.

Esto es lo que se dice sobre la cabeza de la comunidad política.

CAP. 9: *De los que ejercen la función del corazón en la comunidad política; y que los injustos deben ser apartados de los Consejos de los que gobiernan; y del temor de Dios, de la sabiduría y de la filosofía.*

El puesto del corazón, según Plutarco, lo tiene el Senado. El Senado, según el juicio de los antepasados [103], lleva nombre de oficio y hace referencia a la edad, puesto que la palabra «Senado» proviene precisamente de «senectud». Al Senado, empero, denominaban Areópago los atenienses porque en él se apoyaba toda la fuerza del pueblo. Y aunque de ese pueblo han recibido muchas cosas notables, nada instituyeron más saludable y glorioso que el Senado. Porque ¿qué hay más noble que un grupo de ancianos que, habiendo desempeñado ya honorablemente sus trabajos habituales en la vida, pasan al oficio del consejo y del gobierno, y en un cuerpo marchito desarrollan las fuerzas de la mente? Tanto más aptos son para los asuntos de la sabiduría cuanto menos pueden en los trabajos corporales. Los atenienses honraron tanto al Senado, que los gobernantes de la comunidad política no actuaban en ningún sitio ni hacían cosa alguna de importancia sin que la institución de los ancianos lo aprobase y diese su consejo. Y lo que es más, desde el principio de la fundación de Roma sus nombres estuvieron inscritos con letras de oro, y eran denominados «padres conscriptos» por todos aquellos a los que precedían en sabiduría, edad y afecto paternal. En ellos residía la autoridad del consejo y de la ejecución de cuanto era preciso hacer.

Por lo demás, aunque parezca que el nombre proviene por razón de edad, yo estimo que ésta debe referirse tanto al cuerpo

---

102 Cf. Juan Diácono, ib.
103 Cf. Cicerón, *De Senectute*, 6 § 19.

como a la mente. Porque la edad de la mente es la sabiduría y en ella reside la distribución de los oficios y la recta ordenación de toda la vida, ya que el arte de vivir rectamente (como opinan los estoicos) es el arte de las artes [104]. El que no haya ningún arte en las cosas grandes, cuando nadie ignora que lo hay en las pequeñas, es opinión de quienes hablan inconsiderablemente y yerran en lo más importante, al afirmar que todas las cosas se deben regir en razón de la voluntad arbitraria más que por la verdad. Como sostienen los antiguos filósofos, la sabiduría es el principio rector de las cosas divinas y humanas y el conocimiento de lo que ha de hacerse u omitirse [105]. Profundizar en esto es filosofar, ya que la filosofía es el estudio de la sabiduría [106]. Por consiguiente, conforme al pensamiento de los antepasados, la filosofía llama a la puerta de la sabiduría; y cuando se le abre y el alma queda dulcemente ilustrada con la luz de las cosas, se desvanece el nombre de la filosofía. O, como ha parecido a los más perspicaces, el apetito de la voluntad queda satisfecho cuando la flor del estudio se aproxima al fruto; porque la sabiduría es el fin de la filosofía.

Pero no sé por qué nos ocupamos ya del fin de una cosa cuyo principio aún no conocemos y que en todo se tiene como la parte más importante. Y es que en realidad el que conoce el fin no puede ignorar el comienzo, ya que con su fuerza vital, la raíz del comienzo sube por los múltiples y variados peldaños de la virtud hasta la corona del fin y la dulzura del fruto.

Dice el bienaventurado Job que «el temor del Señor es la verdadera sabiduría, y el apartarse del mal, la verdadera inteligencia» [107]. No encuentro en ninguna parte otra raíz de la sabiduría, ya que todos están de acuerdo en que el temor de Dios es el principio de la sabiduría [108]. Así, pues, el temor es el comienzo y en él se encierra el desarrollo y la cúspide de todas las virtudes, y ya llames a esto caridad o lo llames sabiduría, nunca es ajeno del todo al temor. Hay que distinguir el temor filial del servil; en éste encuentras el principio de la sabiduría; en el otro, su perfección. Cualquiera que sea la prestancia de los vocablos, resulta siempre cierto que la sabiduría comienza por el temor y que el santo temor de Dios permanece eternamente. Queda, pues, la raíz y con los apoyos de la gracia se robustece y florece en ramos

---

104 Cf. Valerio Máximo, *Facta et Dicta Memorabilia* II 6 § 4.
105 Cf. Cicerón, *De Officiis* I 43 § 153.
106 Ib. II 2 § 5.
107 Job 28, 28.
108 Sal 110, 10; Eclo 1, 16.

de virtudes, y su fuerza alcanza incluso al fruto de la perfecta caridad que no conoce el estímulo del castigo. Porque en la caridad no existe el miedo al castigo y sí aparece la señal del temor filial en el afán permanente de obrar bien y en la asunción de la justicia que ese temor encierra.

Parece, pues, que el miedo servil se va retirando a medida que la gracia avanza fructuosamente hacia la virtud, porque ya no teme servilmente el que es estimulado a las buenas obras y a la reverencia con filial afecto. «Siempre —dice el bienaventurado Job— temí a Dios como a olas gigantescas que me aplastaran, y no pude soportar su peso» [109]. Sí, dice que temió a Dios, no alguna que otra vez, sino siempre; y no puedes dudar de que era varón perfecto aquel de quien consta por testimonio del mismo Señor [110], que no había varón semejante a él sobre la tierra. Ni es creíble que por temor servil del castigo y sin caridad se abstuviese del mal aquel de quien no te cabe duda de que llegó a la perfección de la justicia.

Hemos avanzado mucho en la alabanza del temor y, sin embargo, no ha quedado claro todavía qué es el temor. Pero ojalá resida en el corazón éste cuya mención se halla siempre en nuestra boca. Porque si el temor llega a tocar la mente, la lengua hablará con más eficacia y con mayor provecho propio. Pues es inútil dar vueltas a las palabras con la boca, si faltan las obras de la virtud. Así, pues, el temor de Dios, según el bienaventurado Papa Gregorio, consiste en no dejar de realizar ninguna de las cosas que hay que hacer [111]. Se deja de realizar, ciertamente, lo que no se lleva a cabo ni con las obras ni con la voluntad. Porque lo que quieres hacer y no puedes, Dios lo da por hecho. Ya que la verdadera voluntad de hacer algo consigue la recompensa de la obra realizada.

Es cierto que el que teme a Dios no es negligente en nada y practica el bien. Ahora bien, el que investiga con diligencia todas las cosas y ejecuta las que hay que hacer, no hay duda de que es sensato y sumamente apto para formar parte del Consejo de los príncipes. Donde salta a la vista una conducta tan seria, es inútil alegar la edad del cuerpo. Porque éste es el anciano que debe ser escogido para dar consejo, según enseñan las recomendaciones de la sabiduría. Pues dice: «La vejez venerable no son los muchos días ni se mide por el número de años. Honra del anciano son sus

---

109 Job 31, 23.
110 Cf. Job 1, 8.
111 *Morabilia* I 3 § 3 (Migne, PL 75, 530).

canas. Canas del hombre son la prudencia, y edad avanzada, una vida sin tacha» [112]. Plenamente dichoso es el que alcanza tal tipo de edad que dé testimonio a todos de la inocencia de su vida.

Pero es posible que digas: «¿Quién es ése y lo alabaremos?» [113]. Verdaderamente, no pienso que debamos esperar que dé consejos quien no cometió pecado, sino el que no considera provechoso pecar; el que odie al pecado, se alegre con la virtud y la apetezca con vehemente deseo, es decir, el hombre de buena voluntad. Tampoco hay que llevar esto hasta el extremo, sino que con el favor de Dios, como se dice, basta el que parezca honrado, si no absolutamente, al menos en comparación con otros. Porque ¿quién se gloriará de tener el corazón enteramente puro [114], cuando ni siquiera los astros están limpios en presencia de Aquel que hasta en sus ángeles encontró maldad? [115].

Hay, pues, que alejar a los inicuos, a los soberbios, a los avaros y a todo ese nefando tropel de hombres. Porque nada hay tan pernicioso como un consejero inicuo del rico. Dice la Escritura: «Por encima de todo guarda tu corazón, porque de él brota la vida» [116]. Es, pues, necesario que la potestad esté alerta para que sus consejeros no estén faltos de recursos, no sea que se les despierte la codicia de lo ajeno. Todo esto debe extenderse también a los que en el cuerpo de la comunidad política cumplen la función de las entrañas, que son, como ya dijimos antes [117], los denominados recaudadores, inspectores y encargados del erario privado del príncipe. Todas estas realidades deben ser alimentadas hasta la saciedad; y conviene que ésta sea interpretada según la necesidad y el uso y habida cuenta de las personas. Porque si se las alimenta con exceso y no lo digieren bien, engendran enfermedades incurables o difíciles. Realmente, es imposible para nadie pretender a la vez la justicia y el dinero, porque o se apegará a lo uno y aborrecerá lo otro [118], o se atormentará por lo que no tiene y perderá lo mejor. Pues, según el testimonio de la Sabiduría, «nada hay tan odioso como el avaro, nada tan inicuo como el amor del dinero; por éste vende hasta el alma y vomita en vida sus entrañas» [119].

---

112 Sab 4, 8; Prov 20, 29; Sab 4, 9.
113 Eclo 31, 9.
114 Prov 20, 9.
115 Job 4, 18.
116 Prov 4, 23.
117 Cap. 2.
118 Cf. Lc 16, 13.
119 Cf. Eclo 10, 9-10.

Quizá, por esto, la diligentísima madre Naturaleza rodeó las entrañas con la coraza del pecho, la solidez de las costillas y la envoltura de la piel externa, para tenerlas defendidas contra cualquier violencia exterior, y les proporciona lo que es necesario y jamás pueden quedar al descubierto sin deterioro de su salud. Conviene, pues, que en los asuntos públicos se conserve esta imagen del arte de la Naturaleza y se les proporcione en abundancia lo necesario a cuenta de los bienes públicos [120].

CAP. 10: *De los costados de las potestades, cuya necesidad debe satisfacerse y reprimirse su malicia.*

Esta regla de la Naturaleza debe observarse también respecto de los costados, es decir, de aquellos que deben estar al servicio de los príncipes. Porque es cierto que las costumbres se van modelando en la convivencia. «Quien toca la pez se manchará con ella»;

y la uva contaminada pudre a otra uva [121].

Ni vayas a creerte que hay justicia, verdad ni piedad entre quienes compruebas que todo es venal. El mismo Cristo queda excluido, y si llama a la puerta no se le abre. Quienes todo lo hacen por dinero y nada de balde, huyen de la gracia y la ahuyentan. Si hay que elevar alguna solicitud, si hay que examinar alguna causa, si hay que disponer la ejecución de alguna sentencia, todo lo mueve el dinero. La verdad está ciega y la piedad manca mientras

sea proporcional al dinero que guarda en su caja el
crédito que cada uno obtiene.
Se cree que el pobre desafía a los rayos y a los dioses
y que los mismos dioses desdeñan castigarlo [122].

Cuanto más corrompido es uno en sus costumbres y más corrompe a los demás con sus recompensas, más favor obtiene entre esta clase de gente. Aunque escapes de la mano de los príncipes,

[120] Cf. Eclo 13, 1.
[121] Juvenal, o. c. II 81.
[122] Ib. III 143-146. El autor omite en su cita algunas palabras que hacen menos al caso.

aún te queda un camino largo y angosto; antes de que logres evadirte de los últimos atormentadores, tienes que sudar bastante. He aquí que Coso [123] prepara tu documentación; si te permite saludarle, estímalo en mucho. Si no llevas una carta de recomendación es inútil que te acerques; y si la llevas, también será inútil porque no consentirá que su distinguida mano se deteriore con las asperezas del pergamino. ¿A qué más? No tienes otro remedio que comprar su mano, ya que te consta que ni las acciones, ni la pluma, ni la tinta de la gibia o del negro calamar pueden dejar de comprarse. A no ser que te lo hagas propicio, retorcerá incluso las mismas sílabas y signos de puntuación, y te pondrá tantas trampas de palabras capciosas, que el documento, aparentemente amistoso, dirá guerra en lugar de paz y te causará un litigio en vez de tranquilidad.

Si por casualidad llevas un cíngulo especialmente elegante o una navaja de buen corte, o tienes en tu atuendo algo de cierta valía, considéralo ya propiedad de él a no ser que te resignes a perder el trabajo y lo pagado por él. Porque te despojará de ello con sus ruegos, si no te anticipas a dárselo liberalmente. En fin, si llevas birrete, cualquiera que sea, se lo llevará este amigo como recuerdo de tu persona.

Y cuando, por fin, te hayas librado de Coso, te espera el fuego del purgatorio. Todavía te queda Vegento [124], a quien tendrás que pedir ayuda con mucha insistencia y gran acompañamiento de gestos, ruegos y regalos para que al fin se digne mirarte sin abrir la boca. Entonces hay que consultar cada palabra, fija el tiempo para la deliberación y se ponen en el platillo de la balanza hasta los signos de puntuación. A no ser que le ablandes previamente, resultará que el orden de los hechos no está presentado con la debida fidelidad, o será óbice el estilo impropio, o que el notario o el escribano se han salido del procedimiento público por excesiva benevolencia o por desconocimiento del derecho; siempre quedará algún nudo que desatar a costa de dinero.

Por poco daño que te cause, no podrás librarte de la tortura de una larga espera, mientras se va aplazando lo que no se puede denegar. Cree a quien tiene experiencia, caí miles de veces en manos de éstos y (para tomar algo prestado de las fábulas) el implacable barquero Carón, que nunca perdona a nadie, es mucho más clemente que éstos, porque se suele contentar con una moneda de

[123] Cf. ib. 184.
[124] Cf. ib. 185.

cobre o la tercera parte de un as *(triens)* [125]. Pero éstos exigen los ases enteros y en abundancia.

Pero ¿por qué me quejo de que entre los funcionarios de la Corte todo sea venal, cuando hasta en las cosas que no son vendibles, es decir, la inacción u omisión de las cosas, están sujetas a la venalidad? No hay servicio ni palabras que sean gratis, no se calla, si no se paga un precio; porque también el silencio es algo que se vende. Esto es quizá lo que aprendieron de Demóstenes, que, preguntando a Aristodimo, actor teatral, cuánto cobraría por su actuación, respondió: «Un talento.» «Pues yo —dijo Demóstenes— he recibido más por callar» [126]. Y así es, porque la lengua de los picapleitos es dañina a no ser que la ates, como dicen, con cuerdas de plata. Ni siquiera te basta maniatar con obsequios a uno solo de ellos, a no ser que se trate de alguno muy sobresaliente, porque el mismo medio que te atrae la benevolencia de éste despierta la envidia de los otros. Pues estiman que se les ha quitado a ellos lo que se le ha dado al otro. Esta actitud abarca desde los más importantes hasta los de menos categoría, quienes, a no ser que los ablandes a fuerza de atenciones y los confortes con dádivas, sospechan que se les hace injusticia.

Todas las casas grandes están repletas de despóticos esclavos [127],

y esas mismas están llenas de codiciosos y avaros. Pero los que causan más daño de entre los charlatanes de la Corte son los que, bajo el pretexto de honradez y liberalidad, suelen teñir su miseria con necedades, los que se presentan con más pulcritud, los que banquetean más espléndidamente, los que con frecuencia obligan a los extraños a sentarse como invitados a su mesa, muy educados en casa, un tanto liberales en sus dictámenes, bastante afables en su conversación, espléndidos en el trato con los cercanos a ellos y preclaros en la imitación de toda virtud.

Porque, como dice el moralista, «de todas las injusticias, ninguna hay más grave que la de aquellos que en el momento en que más engañan, procuran aparecer ante todos como personas virtuosas. A éstos, esa apariencia de virtud les da patente de corso; y donde, a duras penas, podría esperarse perdón, ellos consiguen gloria» [128]. Pueden sacar mucho impunemente y por fuerza los

---

125 El as era una moneda romana de poco valor, equivalente a la décima parte de un denario.
126 Cf. A. Gelio, o. c. XI 9 § 2.
127 Juvenal, o. c. V 66.
128 Cicerón, o. c. I 13 § 41.

que son incapaces e incluso se desdeñan de contentarse con poco. Es bien conocido y común el proverbio de que:

> será siervo para siempre el que no sepa arreglarse con poco [129].

No creas, sin embargo, que yo pretendo sostener con ellos una guerra inexorable. Que los funcionarios de la Corte reciban enhorabuena los regalos con tal de que no los arranquen sin pudor; porque el pudor queda arrinconado en cuanto se entra en el terreno de la exacción. Se ha escrito que la palabra «Ruego» ha de pronunciarse en voz baja y suplicante [130], y no se lleva gratis lo que obtiene el que después de rogar recibe lo que pide. Porque el que ruega compra dos veces, ya que por el pago de una cosa o la esperanza de obtenerla, vende su honorabilidad. Ahora bien, el regalo que proviene de la espontánea liberalidad del donante y no ha sido arrancado por una desvergonzada exigencia no lleva en sí ninguna deshonra que merezca reprensión, siempre que no se acepten los regalos de los malvados. Pues es propio del hombre desagradecido no responder con atenciones a las atenciones recibidas, y, por otra parte, el Señor dice que es injusto dar sentencia en favor del malvado a causa de sus regalos [131]. Cierto, recibir un beneficio es vender la libertad, y no es decoroso que sean siervos los que han de regir a otros.

No obstante, hay que tener cuenta de la razón de la causa y de la persona, a fin de que no se reciba nada de una persona infame o de forma deshonrosa, cosa que hay que investigar más ampliamente mirando al lugar, tiempo y modo. Porque, con mucha frecuencia, los regalos pueden ser honestos o deshonestos por razón del donante o del motivo por el que se hacen, y algunas veces por razón del tiempo, el lugar o el modo. Mas la improbidad de los funcionarios de la Corte ha quedado patente hasta tal punto que, si no media el pago, nadie se puede fiar del testimonio de su conciencia, ni de lo intachable de sus costumbres, ni de la buena fama, ni de la verdad de la causa, ni de la gran elocuencia con que se presenta.

> Aunque vengas acompañado de las Musas, Homero,
> si no llevas ningún don contigo, te echarán fuera, Homero [132].

---

129 Horacio, o. c. I 10, 41.
130 Cf. Séneca, *De Beneficiis* II 2 § 1.
131 Cf. Is 5, 23.
132 Ovidio, *Arte de Amar* II 279-280.

Se cuenta[133] que Orfeo no sólo amansó con su elocuencia a leones y tigres, sino que con una voz especialmente dulce peroró en las mansiones de Plutón, y su causa logró el favor del can de las tres cabezas para que Eurídice pudiera salir excepcionalmente del infierno, después de haber entrado en él. Tú, no obstante, aunque seas Orfeo o Arión o aquel otro[134] que, según se cuenta, con el solo sonido de su lira, ablandó incluso a las piedras, nada conseguirás de los funcionarios de la Corte mientras no ablandes sus corazones de plomo con un martillo de oro o de plata en el yunque de la vanidad o de la codicia. Todos aborrecen la dureza de corazón de Cancerbero[135], pero yo creo que he visto porteros más duros que Cancerbero. En último término, en los infiernos no hay más que un Cancerbero, mientras que en la Corte hay tantos Cancerberos como despachos tienen sus funcionarios. Tendrás que soportar a estos Cancerberos de despacho y a toda su ralea, que siempre están mordiendo o ladrando. Todos ellos, sean los que fueren, debieron oír a los médicos recetar al unísono: «Toma esto cuando te duela»; y están dispuestos a que duela hasta lo que está sano, si con ello consideran que sacan algún provecho.

No obstante, te asombrará verlos unánimemente compasivos para oír gustosos las reclamaciones, patrocinar las causas de los humildes y asistir a los afligidos... hasta que se agoten los bolsillos de los ricos. Porque se desarrolle la causa como se desarrolle, lo que siempre procuran es llenar sus propios bolsillos, aunque su codicia jamás quede saciada. Creo que si el que cae en sus manos tiene arrepentimiento, le bastarán estos tormentos para alcanzar el perdón.

No existe nada tan grave que no se pueda expiar allí. Porque ¿hay cosa más miserable que tener que sentarse a las puertas de los soberbios, soportar el fausto de los que pasan y ser pisoteados por el desprecio de los despreciables, aguantar las molestias de ser despedidos de mala manera y sufrir tantas indignidades de los indignos? Cuando Alcibíades le preguntó a Sócrates por qué no echaba de casa a Jantipa, su mujer, que era tan perezosa y reñidora y no cesaba de molestarle ni de día ni de noche, él le contestó: «Mientras soporto tales cosas en mi domicilio, me ejercito y acos-

---

133 Cf. Virgilio, *Geórgicas* IV 454-503; Ovidio, *Metamorfosis* X 4-63.

134 Es decir, Anfión. Cf. Horacio, *Arte Poética,* 394-395.

135 El can de tres cabezas que, según la mitología griega, guardaba las puertas del infierno.

tumbro para soportar más fácilmente la petulancia y las injurias de los de fuera de casa» [136].

Un viejo proverbio dice que las manos vacías hacen temerario el pedir; y es cierto que pide de forma imprudente el que confía a las palabras las cosas que se le deben dar. Pues en una y otra parte, a saber en los médicos y en los funcionarios de la Corte, sigue vigente esta norma:

> A cambio de meras palabras empleamos hierbas de la montaña; a cambio de cosas de valor, damos tintes y especias [137].

Entre ellos, no obstante, hay algunos más amables, que son los que menos pueden; pero casi todos son inclinados a hacer daño, cosa que para cualquiera es más fácil que hacer beneficios. Pongan, pues, en circulación sus mercaderías, desvalijen las bolsas ajenas y llenen las suyas, posean tanto como Pacuvio, igualen con su oro la altura de los montes, no amen a nadie y no sean amados por nadie, sean para los desconocidos objeto de admiración, mientras son para los de su casa objeto de odio y desprecio [138]. Algo análogo encontrarás en los escritos de los antiguos romanos. Publio Cineo Grecino (o como quiera que se llamase), reconvenido por sus amigos porque había repudiado a su mujer, hermosa, casta y noble, respondió: «Este zapato que veis es nuevo, elegante y agradable para todos cuantos lo ven, pero nadie fuera de mí sabe en dónde me aprieta» [139].

En el Libro de los Números se lee que Israel provocó la indignación del Señor porque había fornicado con los madianitas, hasta que Finés, desenvainando su espada, atravesó a Zambri, hijo de Salú, junto con su amante madianita; y con la muerte de los pecadores se aquietó la ira de Dios [140]. Habló el Señor a Moisés y le dijo: «Toma a todos los príncipes del pueblo y cuélgalos de un patíbulo, cara al sol» [141]. Había pecado, sí, el pueblo y no se menciona expresamente la fornicación de los príncipes, y, sin embargo, se le ordena llevar a los príncipes al patíbulo, y con el castigo de ellos se restablece la paz para todo el pueblo prevaricador, ya que

---

136 Cf. Gelio, o. c. I 17 §§ 1-3.

137 Estos versos aparecen en algunas ediciones de la Escuela de Salerno: *Collectio Salernitana,* Nápoles, 1859, V 103.

138 Cf. Juvenal, o. c. XII 128-130.

139 Cf. Jerónimo, *Adversus Iovinianum* I 48 (Migne, PL 23, 279).

140 Cf. Nm 25, 6 ss.

141 Ib. 4.

de la negligencia de los que gobiernan provienen con muchísima frecuencia los excesos de los súbditos.

Corresponde, pues, al príncipe refrenar la malicia de sus funcionarios y pagarles adecuadamente con los fondos públicos para quitarles la ocasión de enriquecerse abusivamente. Ya se proveyó a esto en el antiguo Derecho romano, pues de lo contrario tendrá que ser considerado como autor de las malas acciones quien, descuidando sus deberes, no se preocupa de evitarlas. Cuanto más famosa y poderosa es una Corte, tanto más repleta e infectada está de estos azotes de la Humanidad y atormentadores de inocentes. Porque sucede con frecuencia que la Corte acoge o fabrica personas viciosas, que se envalentonan para delinquir fiados en que, por su familiaridad con los poderosos, se deja la mano más abierta a sus vicios.

Ni siquiera se puede confiar en la vida pasada de nadie, ya que entre los cortesanos es casi imposible conservar la inocencia. Porque ¿quién hay cuya virtud no se sienta sacudida por las frivolidades de los cortesanos? ¿Quién es tan fuerte y tan íntegro que no pueda ser corrompido? El mejor hombre es el que resiste con más fortaleza durante más tiempo, el que menos se corrompe; porque para que la virtud quede incólume es necesario apartarse de la vida de los cortesanos. Realmente habló con prudencia y visión de futuro quienquiera que definió así la naturaleza de la Corte:

> Salga de la Corte
> el que quiera ser virtuoso [142].

De aquí que se la haya comparado con acierto con la fuente de Salmacis [143], de notoria mala fama por sus efectos enervantes. Pues, como queda consignado en las fábulas, el agua de esta fuente es bella a la vista, grata al paladar, suave al tacto, muy agradable para todos los sentidos, pero enerva con tanta blandura a los que se sumergen en ella, que priva a los hombres afeminados de un sexo más noble, y nadie puede salir de ella sin comprobar con estupor que se ha convertido en mujer. Porque, o pierde por completo su propio sexo y degenera en otro inferior, o le queda algún vestigio de lo que era antes y se convierte en hermafrodita, y por una especie de burla de la Naturaleza presenta la imagen de un doble sexo cuando en realidad no tiene ninguno.

---

142 Lucano, *Farsalia* VIII 493-494.
143 Cf. Ovidio, o. c. IV 285 ss.

En la ambigüedad de esta ficción poética queda bien reflejada la imagen de las frívolidades cortesanas, que afeminan a los hombres dejando a un lado sin recato la virtud, o los pervierten reteniendo su apariencia.

El que se reviste de las necesidades de los cortesanos y al mismo tiempo promete los buenos oficios del filósofo o del hombre honrado, es un hermafrodita que con su rostro duro e hirsuto afea la hermosura femenina, y con lo que es privativo de la mujer mancha e infama al varón. Un filósofo cortesano es algo verdaderamente monstruoso; y pretendiendo ser lo uno y lo otro, no es ni una cosa ni otra, por la sencilla razón de que la Corte descarta la filosofía, y el filósofo no acepta en ningún caso las necedades cortesanas.

No debe aplicarse, sin embargo, esta comparación a todas las Cortes, sino sólo a quellas que pierden su debido orden por decisión de algún necio. El que es sensato aleja las frivolidades, compone la casa y establece un orden razonable dentro de ella. Porque, como dice la Sabiduría: «¿Qué consorcio puede existir entre el varón santo y un perro, entre la luz y las tinieblas?» [144]. «Todo animal ama a su semejante, y todo hombre, a su prójimo. Toda carne se une a los de su especie, y el hombre, a su semejante» [145]. Si nunca se ha unido el lobo con el cordero, lo mismo le ocurre al pecador con el justo.

CAP. 11: *De los ojos, oídos y lengua de los que tienen potestad y del cargo de gobernador; y que el juez debe poseer conocimiento del derecho y la equidad, voluntad para el bien y potestad de ejecución, y que debe estar ligado por juramento a las leyes y libre de la mácula de los regalos.*

Toca ahora la comparación de los ojos, oídos y lengua, que, como se dijo más arriba, se aplica a los gobernadores de los provincias. Es gobernador el que rige a los habitantes de las provincias en la administración de la justicia. Este tal debe tener conocimiento, facultad y disposición para realizar lo que es justo. Pues así como al médico no debe imputársele la condición de ser mortales, debe, por el contrario, imputársele a él, y merecidamente,

144 Eclo 13, 22; 2 Cor 6, 14.
145 Eclo 13, 19-21.

cualquier desgracia que sobrevenga por su incompetencia. Y si sabe y no quiere, no queda condenado por su ignorancia, pero sí por su mala voluntad. Pues ambas acaban en la condena, aunque los ignorantes sean castigados menos severamente; a no ser que la negligencia haya provocado la ignorancia. Ya que si la ignorancia es invencible no lleva a la muerte y queda excusado por la incapacidad innata. Pero si tiene conocimiento y voluntad de servir a la equidad y carece de poder para ello, la culpa no es suya, sino del príncipe.

Es bien cierto que todo esto se aplica por igual a la obligación del juez, ya que éste debe tener conocimiento del derecho, voluntad para el bien, facultad de ejecución y estar ligado por juramento al cumplimiento de las leyes, para que sepa que le es absolutamente ilícito apartarse de una integridad total. Sobre su sabiduría nos enseña la Sabiduría: «El juez sabio —dice— juzgará a su pueblo y el gobierno del prudente será estable. Según es el juez del pueblo, así serán sus ministros, y tal cual sea el gobernador de una ciudad serán sus habitantes» [146]. No omitió la Sabiduría la necesidad del poder, al decir: «No pretendas ser juez si te falta poder para reprimir la iniquidad, no sea que te dejes influir del poderoso y pongas un tropiezo a tu entereza. No peques contra la asamblea de la ciudad ni te rebajes a ti mismo ante el pueblo. En el pecado no te enredes dos veces, pues ni una sola quedarás impune. No seas en tu plegaria pusilánime y no descuides hacer limosna. No digas: "Pondrá él sus ojos en la abundancia de mis dones; cuando se los presente al Dios Altísimo, los aceptará.» No te burles del hombre en aflicción, porque el Dios Omnipotente que humilla, también exalta"» [147].

Por todo ello comprenderá fácilmente el atento lector que la voluntad para el bien no le es menos necesaria al juez que el saber o el poder, ya que es responsable no sólo de sus propios delitos, sino también de los ajenos, y soporta la doble carga de los unos y los otros, de manera que por muchos dones que ofrezca no puede ser considerado fiel ante Dios sin pureza de voluntad. De ahí que Platón afirme con gran tino y estilo (si hay alguien todavía que le escuche), que los que pugnan por acceder a un cargo público actúan como los navegantes que en tiempo de tempestad disputan sobre quién debe gobernar la nave [148]. En esta situación no hay nadie o casi nadie —y ese tal sería un temerario— que sin fuerzas

[146] Eclo 10, 1-2.
[147] Eclo 7, 6-12.
[148] Cf. Cicerón, o. c. I 25 § 87; Platón, *La República* VI 488B.

y dotes para ello procure el gobierno. Y en mis tiempos no he visto nada más lamentable que los jueces ignorantes de la ciencia de la ley y carentes de buena voluntad, como lo prueba la afición a los regalos y recompensas; ejerciendo el poder que tienen en favor de la avaricia, la ostentación o el parentesco, desligados de la obligación de su juramento a las leyes. Lo que evidencia que los príncipes que les confirieron la jurisdicción ordinaria desconocen el derecho o lo desprecian. Pero digamos lo que digamos sobre la pericia en el derecho y el ejercicio del poder, el juez debe ser hombre muy religioso y que odie cualquier iniquidad más que la muerte misma.

Así, pues, ya que los gobernadores de las provincias tienen facultad ordinaria para administrar justicia, la misma reflexión sirve para éstos y para los otros jueces, y lo que se diga de unos se aplica fácilmente a los otros. Lo primero que resulta para todos por obligación de su oficio es que deben obedecer en todo a la justicia y que nada de lo que han de hacer lo deben realizar por recompensa. Pues lo que es injusto es tan ilícito, que ni a costa de la vida temporal puede hacerse. Y lo que es justo no necesita de la mediación de la recompensa, ya que por sí mismo exige que se haga y es inicuo lo que se debe. Por tanto, vender la justicia es iniquidad; vender la injusticia, una indigna locura. Esta es ciertamente reprobada en todas partes y no debería existir en ningún lugar; aquélla es en todas partes debida, hasta tal punto que no puede venderse sin culpa. Porque ni siquiera Balaam fue culpado por haber perjudicado la causa del pueblo de Dios o por decir cosa distinta de lo que Dios le inspiraba, sino porque, cegado por la avaricia, favoreció la causa de los gentiles y procuró, guiado por la malicia, que Israel pecara, para provocar la ira de Dios [149]. Buscaba, pues, cómo justificar de forma justa la causa del impío y que Dios, como engañado, retirase su gracia a los elegidos. O que si la causa del enemigo no podía justificarse, provocara al menos que Dios retirase también su favor a la causa del pueblo. Pues cuando luchan entre sí los inicuos, se dice que suele vencer el que es superior en fuerza. Muchos balaamitas se ven que, aunque no querrían dar una sentencia injusta, corrompidos con todo por las dádivas, se esfuerzan con cualquier sutileza por dar a otro la razón de quien la tiene.

No me sería fácil decir cuál de las dos cosas es peor, aunque el vendedor de la equidad coloree su maldad con un tinte más

[149] 2 Pe 2, 15.

engañoso. Puede, sin embargo, considerarse más vil el que vende a su reina y señora, a la que debe servir con fidelidad, como quien hurta una mercancía en el mercado o como esclavo infiel que vende a su señor. Porque todo magistrado es servidor de la justicia. Es claro que la equidad queda enajenada por el vendedor, aunque no pase al comprador; y la injusticia comprada pasa de tal forma al comprador, que no abandona para nada a su vendedor. Y sucede lo que no se encuentra en otros contratos, que solo vende la justicia el que no la tiene. Porque antes de la transacción deja al inmundo vendedor. ¿No es acaso indigno el que mancha su conciencia con sordideces aceptadas u ofrecidas y tiene más venal su alma que la justicia?

El Doctor de las gentes desprecia las riquezas, los honores y todo el variado ornato del mundo como si fuera estiércol, para tener como única ganancia a Cristo, pensando que todas las cosas que traen consigo un obstáculo para la salvación hay que considerarlas como inmundicia [150]. Y con acierto y verdad, porque nada de lo que es puro, nada honesto, nada decoroso, impide la salvación sino tan sólo la bajeza, que, como indecorosa que es, así es también sucia y ciertamente inútil, y tan nociva que ninguna ganancia temporal puede compensarla. Porque ¿qué le aprovecha al hombre si gana el mundo entero causando daño a su alma? [151]. Y observa que no sólo llamó inútil al mundo cuando se pierde la salvación, sino también cuando disminuye la gloria. Por mucho que brillen las piedras preciosas, resplandezca el oro y fascine el mundo con todos sus placeres, todo lo que ensucia la pureza del hombre es sórdido, lo que apaga la belleza del alma es vergonzoso, lo que arruina la honestidad, ignominioso. Por eso aun entre los antiguos, desconocedores de la verdad salvífica, se tiene como sórdido hacer por recompensa cualquier cosa que por razón del cargo debe ser gratuita [152]. Incluso amplían el concepto de recompensa, de modo que no incluya sólo el dinero o los dones, sino también el servicio y cualquier acción no debida por alguna otra razón. Pues lo que procede de la sordidez ¿qué puede ser sino sórdido? Porque no puede un árbol malo dar buenos frutos [153], ya que la fuerza de la Naturaleza consiste en que las cosas de una índole determinada procedan de sus semejantes.

---

150 Flp 3, 18.
151 Lc 9, 25.
152 Cf. Cicerón, o. c. II 6 §§ 21-22.
153 Mt 7, 18.

Por lo demás, supuesto que antes sentamos como premisa que el caso de los gobernadores y de los jueces es el mismo, todos ellos son ministros de la equidad y del orden público y conviene que sean tanto más circunspectos, cautos y solícitos, cuanto que están reservados al juicio de Aquel cuya prudencia no puede ser burlada, ni corrompida su justicia, con el resultado de que serán juzgados con el mismo juicio con que ellos hayan juzgado, y en su haber recibirán del justo Juez una medida generosa, colmada, remecida y rebosante [154].

CAP. 12: *Del juramento de los jueces y la comparación entre Pitágoras y Alejandro, y en qué cosas puede el juez mostrar su favor a las partes; y de algunas cuestiones capciosas.*

Los jueces están ligados por juramento a las leyes, ya que han de procurar por todos los medios que el juicio se ajuste a la verdad y al cumplimiento de las leyes. El mismo derecho ha dispuesto que pasajes terribles de los santos Evangelios sean colocados ante la sede del juez y permanezcan allí desde el comienzo hasta el fin de la causa, sin quitarlos hasta que se haya dictado sentencia, con el fin de que todo el espacio de la sala de justicia, lleno de la presencia del mismo Dios, infunda en todos el respeto y temor de las Sagradas Escrituras y sea desterrada toda indignidad en la prosecución de la verdad.

Pues, como dice Julio César, el ánimo llega difícilmente a la verdad cuando tales cosas prevalecen. De aquí aquel conocido dicho de Cicerón, tan famoso entre los antiguos: «Todo el que se reviste de la personalidad de amigo, se despoja de la de juez» [155]. Porque la equidad, a la que debe servir el juez, ignora la mano siniestra del odio o la diestra del amor, ya que en los juicios no es lícito apartarse de la verdad. Lo máximo que se puede otorgar a la amistad es conceder a un amigo el favor del aplazamiento, y esto mismo raras veces y no sin causa. Ciertamente, cuando la causa es dudosa, se prorroga el aplazamiento, si no del proceso, al menos de la sentencia. Pues los juicios apresurados engendran luego arrepentimiento. Por esta razón también los griegos, cuando son urgidos

---

154 Mt 7, 2; Lc 6, 38.
155 Cf. o. c. III 10 § 43.

a dictar sentencia antes de que la causa esté clara, responden que sus padres no habían visto el sol cuando estaba en los antípodas y habían esperado siempre a que amaneciese. Pues llaman precipitado al viajero que emprende su camino antes de que salga el lucero de la mañana, cuando todavía es densa la oscuridad y está lejana la luz.

Ni siquiera la categoría de los litigantes debe atemorizar al juez, habiéndole sido diferida a Pitágoras[156] una demanda durante larguísimo tiempo y condenada una causa de Alejandro de Macedonia en un juicio militar. Cosa que éste aceptó dando gracias a los jueces, porque había podido comprobar su integridad al anteponer la justicia a cualquier potestad. En mi opinión, nunca encontré en historia alguna ningún hecho más preclaro de aquel ilustre Alejandro a quien comúnmente se llama el Grande. Para mí (con la venia de aquellos que anteponen la temeridad a la virtud) siempre será más grande el pobre Pitágoras que el riquísimo Alejandro. Para que puedas llegar a esta misma conclusión, considera la comparación hecha entre Filipo y Alejandro por Trogo Pompeyo o, si lo prefieres, por Justino, que le compendió.

Dice: «Fue Filipo un rey más aficionado a las armas que a los banquetes, para quien la mayor riqueza eran los instrumentos bélicos, y más diligente en gastar que en guardar riquezas. Por eso, a pesar de las continuas extorsiones, andaba siempre necesitado. Amaba por igual la misericordia y la perfidia. Nada era para él indigno con tal de vencer. Delicado y a la par insidioso en su conversación, prometía más de lo que daba y era hábil para lo serio y para lo divertido. Cultivaba las amistades por provecho y no por fidelidad. Tenía por costumbre fundamental fingir benevolencia cuando odiaba, sembrar el odio entre los bien avenidos y procurar el favor de unos y otros. Unía a esto la elocuencia y un gran don de palabra, rica en agudeza y habilidad, de modo que ni le faltaba la facilidad en la elegancia, ni a la facilidad la gracia de la imaginación.

Sucedió a éste Alejandro, en virtud y en vicios más grande que su padre. El modo de vencer fue distinto en ambos. Este hacía la guerra abierta; aquél, con artimañas. Aquel gozaba en engañar al enemigo; éste en arrollarlo claramente. El primero era más prudente en sus planes; el segundo, más magnánimo. El padre disimulaba la ira e incluso la victoria; para el hijo, una vez encolerizado, no había dilación ni límites en la venganza. A los dos les gustaba

---

156 Propiamente se trata de Protágoras.

mucho el vino, pero las consecuencias de su embriaguez eran distintas. El padre solía acometer al enemigo incluso levantándose directamente del banquete y encararse al peligro con temeridad; Alejandro no se ensañaba con el enemigo, sino con los suyos. Por eso Filipo volvió muchas veces herido de las batallas, mientras Alejandro salía con frecuencia de un banquete dejando amigos muertos. Aquél quería reinar con los amigos, éste ejercía el reinado en contra de los amigos. El padre prefería ser amado; el hijo, temido. Ambos cultivaron de igual modo las letras. El padre fue más astuto; el hijo, más fiel. Filipo fue más moderado en las palabras y discursos; Alejandro, en los hechos. La disposición del hijo fue más pronta y sincera para perdonar a los vencidos. El padre era más dado a la frugalidad; el hijo, al lujo. Con los mismos procedimientos con que el padre estableció los cimientos del imperio del mundo, consumó el hijo la gloria de tan gran obra»[157]. Pero en una cosa superó los vicios, no sólo de su padre, sino de todo hombre noble: en que tuvo una envidia tan inmensa, que hasta los triunfos paternos le arrancaban lágrimas, como si el bien hacer paterno le arrebatase la gloria de todas sus hazañas. Incluso llegaba a matar con sus propias manos o mandaba que fueran condenados a muerte quienes alababan el valor de su padre.

Por su parte, Pitágoras gozó de tanta autoridad entre los filósofos que bastaba para tomar una decisión en cualquier cuestión, el creer que Pitágoras se había puesto en favor o en contra[158]. Podía tanto su opinión cuando era conocida de antemano, que la contraria no conseguía recuperar terreno si se propalaba que él había dicho aquello, y por la costumbre de sus seguidores el solo pronombre significaba Pitágoras. Pues, según el testimonio de Tulio, cuando se decía sencillamente: «El dijo esto», había que entender que se trataba de Pitágoras por su reconocida autoridad. Este, a pesar de toda esa autoridad, no consiguió en forma alguna inclinar a su favor cierto juicio, y como todavía dura su aplazamiento por la ambigüedad del caso, la sentencia está por dictar. El asunto es como sigue:

Evellos[159] era un joven rico, deseoso de aprender el arte de la elocuencia y la defensa de las causas. Este joven se sometió a la instrucción de Pitágoras[160], prometiéndole que le daría todo el dinero que Pitágoras le había pedido. Entregada la mitad de la suma

---

157 Justino, *Epitoma Historiarum Philippicarum Pompei Trogi* IX 8 §§ 4-21.
158 Cf. Cicerón, *De Natura Deorum* I 5 § 10.
159 Cf. Gelio, o. c. V 10.
160 Gelio habla siempre de Protágoras.

antes del ingreso en su escuela, tenía que pagar la otra mitad el mismo día en que por primera vez defendiese una causa ante los jueces y la ganase. Después de haber sido bastante tiempo discípulo y seguidor de Pitágoras y de haber mejorado su oratoria con el estudio, cuando ya había transcurrido más tiempo de lo normal, se negó a prestar su apoyo a los que litigaban, al parecer para no tener que pagar lo debido a su maestro. Entonces, Pitágoras, después de aconsejarse, entabló una querella contra el joven.

Al presentarse, pues, ambos ante los jueces para instruir y sustanciar la causa, Pitágoras comenzó a hablar de esta manera: «Sábete —dijo—, joven lleno de necedad, que en cualquiera de los dos casos habrás de darme lo que te pido, tanto si el pronunciamiento de los jueces te es favorable como si te es contrario. Pues si la causa te es adversa, el dinero se me deberá por sentencia, puesto que yo la he ganado; y si, por el contrario, se falla a tu favor, el dinero se me deberá por el contrato hecho, puesto que habrás ganado.» A estas palabras contestó tranquilamente Evellos: «Pienso que sería fácil salir al paso de este sofisma disyuntivo que me pones, si en lugar de hablar yo mismo utilizase otro abogado. Pero disfrutaré más con la victoria ganándote no sólo en la causa, sino en la argumentación. Entérate, pues, sapientísimo maestro, de que en ningún caso te voy a dar lo que pides, ya se falle el juicio en mi favor o en mi contra. Porque si los jueces se inclinan por mi causa, no te deberé nada por razón de la sentencia, pues la habré ganado; y si se pronuncian en contra, no te deberé nada en razón del pacto, por no haberla ganado.»

De esta forma fue refutado con su mismo argumento aquel insigne maestro de elocuencia por su joven discípulo, y quedó frustrado su agudo y bien preparado sofisma. Entonces los jueces —para emplear las mismas palabras de esta antigua historia—, considerando que lo que se decía por una y otra parte resultaba dudoso y sin posible solución, dejaron sin resolver el asunto, aplazando la causa *sine die*. Y no importa mucho para lo que se trata si fue Pitágoras o Protágoras, como prefieren Quintiliano[161] y Agelio, quien se querelló, pues no está la fuerza de lo narrado en el nombre, sino en que quede bien claro que lo ambiguo no puede ser definido tajantemente sin peligro de imprudencia.

Hay otras muchas cuestiones capciosas que, sobre todo en los juicios, es mejor diferir que acelerar, para mayor seguridad y provecho. Los dialécticos llaman por ello a este tipo de cuestiones

---

161 Cf. *De Institutione Oratoria* III 1 § 10.

tractus, y los griegos emplean también este término para todo aquello que, afirmado como verdadero, resulta falso. Y aunque muchas veces en estas cuestiones puede suavizarse el asunto con la llamada *exceptio doli mali,* y la misma equidad del derecho es capaz de temperar el rigor, es mejor en tales casos diferir la sentencia que pronunciarla, a no ser que obligase a ello la urgentísima necesidad de las cosas. Ya desde niño aprendiste que para las cuestiones que encierran aspectos embrollados y esconden realidades contrarias, la solución es difícil, a no ser que te tengas por más cauto que el viejo Néstor [162].

«No creas en un sueño», se le dijo a Agamenón en sueños, mientras Grecia se esforzaba por destruir a Troya. Los más sabios de entre los griegos consideraron que la interpretación de este sueño estaba reservada a Júpiter. He visto a muchos apurados por aclarar si el que dice «yo miento», dice verdad [163]. Pero no he visto a nadie que evite Escila y Caribdis, si no se enfrenta a un adversario débil o propicio. En las discusiones de ensayo para pleitos y en las declamaciones escolares se tratan estas cosas sin riesgo. Pero cuando se está en el foro, donde se apaga la vana ostentación del ingenio, y sólo se tratan las cosas serias, no se puede errar en el cómputo de la sentencia sin peligro de daño para los que pleitean o para el juez. Y no hay, en mi opinión, nada más útil que diferir el peligro cuando no puede evitarse del todo. Es, sin embargo, grandísima injusticia diferir los pleitos cuando se pone en peligro el interés de cualquiera de las partes y la dificultad del caso no requiere dilación. Por consiguiente, todo lo que pueda ser solventado se ha de apresurar, y lo que necesite de más larga consulta, aplazarse.

CAP. 13: *Cómo debe procederse en el juicio, y de la fórmula del juramento de buena fe que hacen por obligación el demandante y el acusado, y qué amenaza al que rehúsa hacer juramento; y del juramento de los abogados y la pena de los falsos acusadores y de los que ocultan la verdad o desisten de la acusación.*

Para que la verdad de las cosas se muestre con más rapidez, el juez no admite a pleito a los litigantes, es decir a las partes prin-

162 Cf. Macrobio, *Commentarium in Somnium Scipionis* I 3 § 15.
163 Cf. Cicerón, *Academica* II 30 § 96; Séneca, *Epístolas,* 45 § 10.

cipales, hasta que, prestado juramento, garanticen que van a defender lo que consideran justo y desterrar toda mala fe[164]. El acusador debe jurar que no se ha querellado con intención de imputar falsos delitos, sino que cree que tiene razón para ello y que durante todo el proceso no hará nada de mala fe, como sería exigir pruebas o dilaciones innecesarias, sino exclusivamente aquello que parece exigir la justicia. El acusado, por su parte, jurará que comparece porque estima que tiene sólidos argumentos a su favor y que en ninguno de los momentos de la causa actuará de mala fe, ni exigirá del juez o de la parte contraria sino aquello que cree sinceramente que ha de ser otorgado en estricta justicia. Ambos incluirán, finalmente, en su juramento una cláusula por la que juren que no han dado, ni prometido, ni van a dar en el futuro recompensas por esa causa a los jueces o a cualquiera otras personas, ni por sí ni por intermediarios, exceptuando aquello que, según el derecho mismo, es lícito entregar a los abogados y a algunas otras personas determinadas. Y si el acusador rehusara prestar tal juramento, se queda sin causa y cesa su acusación como corresponde a un litigante deshonesto[165]. El acusado que rehúsa someterse a juramento es tenido por confeso y queda a la expectativa de su condena.

También los abogados quedan vinculados por juramento[166] a la verdad y a la buena fe desde el momento en que se entabla la causa, para que su examen sea más recto, y juran que procurarán con todo empeño y esfuerzo conseguir para sus clientes lo que consideren que es verdadero y justo, sin dejar de intentar todo lo posible. Y juran también que no prolongarán a propósito las causas, pues los jueces deben concluirlas en el término de dos o tres años[167].

El juez procurará también igualdad para las partes en la correspondiente asignación de los abogados[168], los hayan pedido o no aquéllas, para que la causa pueda discurrir con fuerzas semejantes. Esta semejanza se funda en el grado de honestidad y en la agudeza mental, en la capacidad de consejo, la reputación de ciencia y la autoridad que tiene el nombre del abogado, de manera que todas estas cosas deben repartirse entre las partes, en cuanto es posible, con equilibrada medida. Y si uno goza de más fama que

---

164 Cf. Justiniano, *Código* II 58, 2.
165 Cf. ib. §§ 6-8.
166 Cf. ib. III 1, 14 § 4.
167 Cf. ib. III 1, 13.
168 Cf. ib. II 6-7.

los otros, el juez como tal ayudará en la medida de lo posible a la otra parte.

Además, el abogado que conoce de antemano los secretos de uno de los litigantes no podrá defender a su adversario, a no ser quizá en el caso de que una de las partes, independientemente de la tolerancia del juez, haya tratado por separado con varios abogados para privar a la parte contraria de la ayuda de una defensa adecuada. Ni puede ningún abogado llamado por el juez negarse, sin excusa plausible, a defender a cualquiera de las partes, a no ser que quiera que el foro se cierre para él y no sea oído en adelante en las causas que se celebren [169].

Y si un abogado ocultare la verdad y aparece convicto, es necesario que, en proporción al delito cometido, se le aplique una pena muy severa. Ya que el oficio de abogado ha de ejercerse con toda buena fe y sin perjuicio del contrario. Pues se ha de contender con razones, no con injurias, y por edicto del príncipe sufre mengua en su reputación cualquier abogado que, abandonando lo que le compete, se dedica a procurar sin dominio de sí mismo la afrenta de su oponente, sea abiertamente o con engaño [170].

Aunque al abogado se le debe la paga correspondiente a sus honorarios, no le es lícito instigar a pleitos o quedarse con ellos por dinero con la estipulación de percibir una parte de la ganancia —en cierta manera un robo—, con grave perjuicio del litigante [171]. Todo lo que el abogado alegare estando presente su defendido debe ser tenido como dicho por éste, a no ser que inmediatamente, es decir, dentro del plazo de tres días, diga lo contrario [172]. Aunque suceda que un abogado pierda, no por eso queda dañada su reputación si no dejó de utilizar todos sus recursos y sustentó de buena fe las razones de su cliente; pues no se le pide que ejerza la defensa con mentira. Si la causa, ya sea civil o criminal, trae consigo algún perjuicio, éste recae sobre los litigantes. Cuál es ese daño, el que sea, lo declara la sentencia definitiva, que condena o absuelve a los acusados, y, en ocasiones, con gran prudencia, vuelve su duro aguijón contra los mismos acusadores. Ya que para no hablar de las causas civiles, en las que sin embargo se encuentran las mismas cosas, tres son las formas en que se muestra la temeridad de los acusadores y a tres penas está sometida la misma [173].

---

[169] Cf. ib. II 6, 7 § 2.
[170] Cf. ib. II 6, 6 § 1.
[171] Cf. ib. II 6, 5.
[172] Cf. ib. II 9 §§ 1, 3.
[173] Cf. *Digesto* XLVIII 16, 1 §§ 1-4.

Porque o «calumnian», o «prevarican», o «tergiversan». «Calumniar» (*calumpniari*) es acusar de delitos falsos; «prevaricar» *(praevaricari)* es ocultar la verdad; «tergiversar» *(tergiversari)* es desistir totalmente de la acusación [174]. Ahora bien, por la ley renia los que acusan de delitos falsos son sometidos a la misma pena del delito que imputan; de suerte, sin embargo, que una vez absuelto el acusado y examinadas la información y la intención del acusador, si éste ha procedido por error, se le absuelve. Pero si se comprueba que ha acusado falsamente de mala fe, es condenado con la pena señalada por la ley. Las mismas palabras de la sentencia indican la situación, pues si la sentencia dice: «No lo has probado», perdona al acusador; pero si dice: «Has acusado falsamente», lo condena. Y aunque no se dice nada de la pena de infamia, el poder de la ley se ejerce contra él de manera que lleve consigo esa pena [175].

CAP. 14: *Del examen de las pruebas.*

En la ponderación de un asunto, tanto en las causas civiles como en las criminales, hay que tener un criterio para examinar el peso de las pruebas. Se llama «pruebas» [176] todo aquello con lo que puede instruirse una causa, ya sean testimonios o testigos. Estos son, sin embargo, más importantes que aquéllos, ya que se prefieren los testigos a los testimonios. Pues mientras los testigos pueden ser examinados, los testimonios permanecen siempre iguales y están a la vista de todos.

Respecto del examen de los testigos no puede darse una regla definida que el juez deba seguir con preferencia. Porque si todos los testigos son de igual honradez y categoría, y la naturaleza del asunto y la inclinación del juez coinciden con ellos, todos los testimonios deben ser tenidos igualmente en cuenta. Pero si unos dicen cosas diferentes de otros, aunque su número sea distinto, hay que creer a lo que se adapte mejor a la naturaleza del asunto, a lo que esté libre de la sospecha de hostilidad o favor, y el juez confirmará

---

174 Las palabras entrecomilladas tenían en latín, en época del autor y aplicadas al campo jurídico, la significación que se indica.

175 Cf. *Digesto* III 2, 1.

176 Cf. ib. L 16, 99 §§ 2-3.

su propia inclinación en un determinado sentido a partir de los argumentos y testimonios que compruebe concuerdan mejor con el caso y se acercan más a la verdad. Porque no hay que mirar al número, sino a la sinceridad y buena fe de los testigos y a los testimonios que aparecen más claramente como verdaderos.

Incluso tendrá que atenerse también con mucha frecuencia a las presunciones, mientras no se pruebe lo contrario. Pues el mismo Salomón [177], después de ordenar en el litigio entre las meretrices que el niño fuera partido en dos, y de que una prefiriera entregarlo vivo a la otra, mientras ésta insistía diciendo: «Que no sea para mí ni para tí: que se reparta», juzgó que el niño debía ser devuelto vivo a aquella que no se resignó a que muriera. Ya que se dejó llevar por un argumento bien probable, al estimar que la madre era la que mostraba amor, no existiendo prueba en contrario que debilitase su suposición o creencia.

Por eso el divinizado Adriano dio un rescripto ampliando la facultad del juez en el examen de los testigos. Estas son las palabras de su carta: «Tú puedes saber mejor la fe que hay que prestar a los testigos, qué dignidad y reputación tienen, de qué manera parecen declarar: si traen preparado un discurso que repiten una y otra vez, o si responden con verosimilitud y espontáneamente a lo que les preguntas. Qué argumentos y de qué manera son suficientes para probar cada cosa, es algo que no puede determinarse con suficiente precisión. Unas veces el número de los testigos, otras su dignidad y autoridad, en ocasiones la fama de los que coinciden, es lo que da credibilidad en la cuestión que se investiga. En resumen, sólo puedo responderte esto, y es que de ninguna manera se debe ligar en seguida la mente a una determinada clase de prueba, sino que por propio convencimiento debes ponderar qué es a lo que te inclinas o qué te parece insuficientemente probado» [178].

Mucho es, por consiguiente, el poder del juez mientras sirve en todo a la verdad. Y debe llamar a profesar la misma a cuantos fuere necesario, y obligar a los que se resisten a dar testimonio, si, como acontece a menudo, la viese peligrar ante los malvados [179]; con la excepción, claro está, de aquellos a quienes el derecho no obliga a dar testimonio contra determinadas personas [180].

---

[177] Cf. 1 Re 3, 16 ss.
[178] Cf. *Digesto* XXII 5, 3 §§ 1-2.
[179] Cf. ib. XXII 5, 3 § 6.
[180] Cf. ib. 4.

CAP. 15: *Qué es lo que corresponde al deber de los procónsules, gobernadores y jueces ordinarios, y hasta qué punto se les puede hacer regalos; y sobre Cicerón, Bernardo, Martín y Gaufrido de Chartres.*

Pertenece al deber del gobernador proveer que los poderosos no causen perjuicio a los más débiles, y que sus defensores no persigan a los inocentes con falsas acusaciones. Prohibirá asimismo las exacciones sin fundamento, los actos de violencia y las ventas y cauciones hechas por temor o, en el último caso, sin determinación de precio. No sobrecargará él mismo a su provincia con excesivas concesiones de hospitalidad. Finalmente tomará las medidas oportunas para que nadie tenga ganancias o sufra daños injustos.

Porque es propio de un gobernador recto y prudente que su provincia viva en paz y tranquilidad, cosa que logrará fácilmente si se esfuerza por que su providencia esté limpia de hombres malvados y por perseguirlos. Pues debe perseguir a los autores de sacrilegio, a los bandidos, ladrones y plagiarios, y castigar a cada uno según su delito, así como a sus encubridores, sin los cuales ningún ladrón puede ocultarse mucho tiempo.

Todo aquel que administra justicia debe procurar ser de fácil acceso, pero no consienta ser menospreciado. Por eso se añade en los preceptos legales que los gobernadores no deben admitir a sus súbditos a una excesiva familiaridad, pues del trato a nivel de igualdad nace un menor aprecio de la dignidad del cargo. En resumen, de tal manera debe administrar justicia que con su talento haga crecer la autoridad de su cargo [181].

En el seguimiento de las causas no debe encolerizarse contra los que estima malhechores, ni ablandarse hasta las lágrimas por las súplicas de los desgraciados; porque no es propio de un juez firme y recto que su rostro delate sus sentimientos. Pues ¿qué hay más vergonzoso en un varón serio que el que por un soplo palidezcan sus mejillas, su piel se contraiga en arrugas, echen chispas sus ojos y se demude su rostro; o que la ira encienda la sangre de su cara y la haga agolparse en su exterior, se tuerza su boca llena de espuma, se agiten sus brazos, eche los pies por alto, se estremezca su cuerpo y toda su figura refleje más a un loco que a un hombre airado?

---

181 Toda esta parte del presente capítulo está tomada del *Digesto* I.

Realmente, cuando veo a semejantes hombres, los compadezco y al mismo tiempo tengo miedo de mí mismo al recordar a los hombres que existen en Africa, según aprendí en el libro de Historia Natural, de Plinio [182]. Pues se dice de ellos que hechizan con la voz y la lengua, de manera que los que se exceden por casualidad en ensalzar su ganado bien nutrido y cuidado, mueren de repente o acaban pereciendo. También es mortal el hechizo de los ojos. Cuenta el mismo autor que hay entre los ilirios personas que pueden matar con la vista a los que miran persistentemente con ánimo airado, y que esas mismas personas, tanto hombres como mujeres, tienen una doble pupila en cada ojo [183].

Apolónides informa asimismo de que en Sicia nacen unas mujeres llamadas «Bithiae», que también tienen dos pupilas en cada ojo y que matan a aquellos en quienes por azar fijan su mirada cuando están encolerizadas [184]. Me temo que los jueces iracundos puedan tener cierto parentesco con tales seres. También los fisonomistas afirman que los que tienen ojos con manchas son más inclinados al mal.

Las cosas que se han dicho acerca de los gobernadores y otros jueces tienen también vigencia para los procónsules, a quienes nuestros compatriotas llaman comúnmente «justicias errantes» [185]. Esta denominación es errónea respecto a su cargo, pero no respecto a aquellos que, siguiendo sus pasiones en el fomento de la avaricia y el despojo del pueblo, se desvían del camino de la equidad.

El ejercicio de todos los cargos debe ser gratuito, de manera que no sólo no se exija, sino que no se acepte nada fuera de lo que está estatuido. A lo mejor preguntas qué es lo que está estatuido. Está establecido en un estatuto [186] que ningún gobernador acepte ningún presente o donación que no sea de comida o bebida, y que ésta se consuma en el plazo de pocos días. Lo mismo se aplica por mandato del príncipe a los procónsules y a otros magistrados. No es que estén obligados a privarse totalmente de pequeños regalos, pero deben ser moderados en esto.

El deificado Severo y el emperador Antonino [187] definieron primorosamente en una carta el modo de no renunciar del todo, ni excederse avaramente en materia de regalos. Estas son las palabras de esta carta: «En lo que respecta a los regalos, escucha lo

---

182 Cf. VII 2 § 16.
183 Cf. ib.
184 Cf. ib. § 17.
185 Parecen referirse a ciertos comisarios o fiscales.
186 Cf. *Digesto* I 18, 18.
187 Caracella.

que pensamos. Un antiguo proverbio dice: "Ni todo, ni siempre, ni de todos." Pues resulta altamente inhumano no recibir de nadie, pero recibir de todos es gran bajeza, y por cualquier cosa, gran avaricia. En cuanto a lo que se contiene en los ordenamientos de que el procónsul o el que está en otro cargo no debe aceptar ningún presente o donación, ni comprar sino lo que requiere la cotidiana subsistencia, no se refiere a los pequeños regalos, sino a aquellas cosas que van más allá de los alimentos. Pero tampoco hay que ir ensanchando esos pequeños regalos de modo que se conviertan en verdaderas donaciones»[188].

Pues aunque un abogado pueda cobrar por su justo oficio de defensor y un jurisperito por su prudente asesoramiento, vender un juicio está fuera de toda legalidad. Cuando Cicerón quiso comprar una casa en el Palatino, al no tener en ese momento dinero disponible, pidió prestados en secreto dos millones de sextercios a Sila, que por entonces estaba encausado. Antes de que se efectuase la compra se supo el asunto y se divulgó entre la gente; y se le reprochó por haber aceptado dinero de un encausado, para comprar una casa. Entonces, Cicerón, desconcertado por aquella inesperada inculpación, negó haber recibido tal dinero, diciendo que él no iba a comprar una casa. Y añadió: «Es tan falso lo que me achacáis, que admitiré que es verdad que he recibido dinero, si comprare una casa.» Pero habiéndola comprado más tarde, al echarle en cara en el Senado sus enemigos esta mentira, se rió bastante, y mientras se reía, dijo: «Sois unos insensatos, ya que ignoráis que es propio de un cabeza de familia prudente y cauto negar que quiera comprar lo que va comprar, por razón de sus competidores en la compra.» De esta forma quitó importancia, con una frase ingeniosa y humorística, a lo que no podía negar e hizo el asunto más digno de risa que de acusación. Pues tenía ya por costumbre, cuando no podía negar un asunto turbio, eludirlo con una respuesta jocosa[189].

El Sumo Pontífice Eugenio, a quien ya conoces[190], hombre de venerable memoria y de santidad digna de imitación, no recibía nada de ningún hombre cuando estaba metido en una causa, o si creía que estaba a punto de meterse. Por eso, cuando a su llegada cierto prior de no muchas posibilidades, cuya causa no había oído todavía, le ofreció insistentemente con gran obsequiosidad media libra de oro, le dijo: «¿Todavía no has entrado en la casa y ya

188 Cf. ib. I 16, 6 § 3.
189 Cf. Gelio, o. c. XII 12.
190 Se dirige al canciller Tomás Becket.

quieres sobornar a su señor?» Pues el santo varón estimaba como soborno todo ofrecimiento hecho mientras la causa estaba pendiente de sentencia.

También Bernardo [191], monje de Claraval, diácono de los santos Cosme y Damián y cardenal, mientras habitó en Roma vivió apartado en lo alto, alejando sus manos de todo don, de modo que no hay nacido de quien recibiera como presente oro o plata. ¿Y qué decir de Martín [192], quien, contra lo usual, volvió pobre tras desempeñar una legación, y después de recibir del obispo de Florencia [193], compelido por su gran insistencia, un caballo que necesitaba para un acompañante suyo, se lo devolvió a su donante en cuanto supo que, cuando le hizo el regalo, el obispo tenía pendiente de solución una causa en la Iglesia romana? San Bernardo, abad de Claraval, que le conocía mejor, narra esto de forma más completa en el instructivo libro que escribió a San Eugenio sobre la Contemplación o Meditación [194].

Paso por alto que el venerable padre Gaufrido de Chartres [195], legado de Aquitania, no aceptó presentes de los habitantes de la provincia, sino en forma de comida y bebida, y esto con gran parquedad; todo lo que se le ofrecía como regalo, lo despreciaba como basura. Atestigua el Santo de Claraval [196] que no quiso recibir gratis de un fiel sacerdote de su séquito de delegado, un pez que la gente llama esturión, y que no accedió a la insistencia de quien se lo ofrecía hasta que le pagó el precio que valía el regalo.

CAP. 16: *Del delito de extorsión, en el que incurren los gobernadores y jueces que reciben algo por aquellas cosas a las que están obligados por un cargo; y de Samuel, que enseña que debe haber un sacrificio permanente en la casa del juez, que tiene que presentarse como templo de Dios por la ofrenda de la justicia y de las buenas obras.*

Pero tan egregios ejemplos de templanza son hoy muy raros, con el auge constante de los vicios, incluso entre el clero, a pesar

191 Este Bernardo era un monje de Claraval, discípulo de S. Bernardo.
192 Cf. De Mas Latrie, *Trésor de Chronologie,* p. 1184.
193 Gotifredo de Contalbertis.
194 *De Consideratione* IV 5 § 13 (Migne, Pl 182, 782-783).
195 Cf. Abelardo, *Historia Calamitatum Mearum,* 9 (ed. Cousin I, pp. 20-22).
196 *De Consideratione* IV 5 § 14.

de que por imperativo de las leyes se ordena a todos los magistrados la máxima templanza; hasta el punto de que quien haya desempeñado una magistratura ordinaria, si se da el caso, es obligado a retirarse a su provincia y reparar con sus propios bienes cualquier daño que haya causado en el ejercicio de su antiguo cargo, con la consiguiente pérdida de su reputación y fortuna, de su honra y dignidad. También, por la ley Julia, incurre en el delito de cohecho el que en el desempeño de su potestad recibe dinero por juzgar una causa o no juzgarla, por tomar una decisión o no tomarla, por aducir un testimonio o no aducirlo y, en suma, por hacer más o menos de lo que pedía el deber de su cargo. Ni se puede usufructuar lo recibido antes de que vuelva al dominio de su anterior propietario o de su heredero. La misma ley rescinde también las ventas y arrendamientos hechos por mayor o menor precio del que valen, y los condenados por esta causa no pueden dar testimonio público, ni ser jueces, ni demandar en juicio; y aunque los convictos de este delito son hoy condenados por un procedimiento especial, son muchas veces castigados con el destierro e incluso con mayores penas, según la categoría de su delito [197]. Incluso en sus herederos recae el castigo [198].

Examina las palabras de la ley y observa con qué indignación persigue este delito: «Para que el castigo de uno —dice— pueda producir temor en muchos, mandamos que todo aquel que gobernó mal, vuelva debidamente custodiado a la provincia que ha expoliado y, a pesar, pague el cuádruplo del mal que hizo, no digo ya uno de sus servidores personales, sino de lo que recibió cualquier soldado o agente suyo y de lo que él personalmente arrebató o quitó a mis súbditos de la provincia» [199].

Y asimismo: «Todos los procuradores y jueces mantengan sus manos lejos de dineros y patrimonios ajenos y no piensen que es botín suyo lo que se disputan otros. Porque el que es al mismo tiempo procurador y mercader de las causas de otros será obligado por las leyes a sufrir la pena establecida.» Y aquello otro: «También mandamos y exhortamos a que si alguno de los que tienen o han tenido dignidades, de los consejeros, propietarios e incluso, finalmente, colonos, ha sido de alguna forma objeto de extorsión por un juez de cualquier rango que fuere; si alguien sabe que una sentencia judicial ha sido comprada, o conoce que una pena ha sido rebajada por soborno, o infligida por el vicio de la ava-

197 Cf. *Digesto* XLVIII 11, 3, 6, 4, 8, 7.
198 Cf. Justiniano, o. c. IX 27, 2.
199 Para esta cita y las dos siguientes, cf. ib. IX 27.

ricia; si alguno, en fin, pudiere probar por cualquier motivo que un juez ha sido corrompido, que ese tal haga público el hecho, ya sea mientras el juez ejerce su cargo o después de haberlo ejercido, que denuncie el delito, que pruebe lo denunciado y, probándolo, reporte el triunfo y la gloria.»

Ojalá estas palabras sean al menos tenidas en cuenta por nuestros coetáneos, porque apenas me atrevo a desear que se observen. Pues cuantas más veces me fijo en los jueces actuales, más me parece ver en ellos extorsionistas que auténticos jueces, como si sólo estuvieran nombrados para desvalijar las provincias. Y es que hasta las leyes y costumbres establecidas [200], con las que hoy vivimos, son trampas y lazos al servicio de los falsos acusadores. Están tendidas las trampas de las palabras y los lazos de las sílabas, y ¡ay del hombre sencillo que no sabe deletrear!

«He practicado la justicia y el derecho —dice el salmista—; no me entregues a los que me acusan falsamente» [201]. Como si dijera abiertamente: «Los que corrompen el juicio y abandonan la justicia sean entregados al falso acusador que día y noche acusa a los hijos de Adán en presencia del Señor» [202].

Se lee en el libro de los Reyes que Samuel dijo a todo Israel: «Ya veis que os he hecho caso en todo lo que me pedisteis y os he dado un rey. Y ahora ese rey marcha al frente de vosotros. Yo estoy ya viejo y canoso, mientras a mis hijos los tenéis entre vosotros. Yo he actuado a la vista de todos desde mi juventud hasta ahora. Aquí me tenéis, hablad respecto a mí ante el Señor y su Ungido, a ver si he quitado a alguno un buey o un asno, si he hecho injusticia o vejado a alguien, si he aceptado soborno de la mano de alguno; decidlo y me desprenderé de ello y os lo devolveré» [203].

¡Oh alma modesta, oh mano austera, oh juez incorrupto, oh voz grandiosa, admirable y digna de imitación por todos, la que puede hablar así brotando de una conciencia pura! «Hablad respecto a mí ante el Señor y su Ungido», que juzgan a todos los jueces en el cielo y en la tierra. «Hablad —dice—, a ver si he quitado a alguno un buey o un asno.» Cierto que no había arrebatado a nadie por extorsión villas y dominios, grandes cantidades de oro y plata, o fortunas de lujosos ajuares aquel juez que tenía

---

[200] Cf. Isidoro, *Orígenes* II 10 § 2 (Migne, PL 82, 130): «Consuetudo est ius quoddam moribus institutum, quod pro lege suscipitur cum deficit lex.»
[201] Sal 118, 121.
[202] Cf. Ap 12, 10.
[203] 1 Sm 12, 1-3.

en mucho haber recibido la oferta de un buey o un asno. «Si he hecho injusticia o vejado a alguien.» A nadie había oprimido injustamente quien excluía toda injusticia, ni pervirtió su juicio la carne y la sangre, él que nunca vejó a nadie. Porque si alguien había caído en sus manos, no había sido el juez, sino su propia iniquidad la que lo había aplastado. «Si he aceptado soborno de la mano de alguno, decidlo y me desprenderé de ello y lo devolveré.» Pregunto: ¿se podía hablar más claro? Para quitar, en fin, toda sospecha de avaricia, declara no tener conciencia de haber recibido don alguno, al estar preparado a desprenderse y restituir cualquier cosa que se le pudiera exigir. Porque prefería devolver aquello en el tiempo presente que hacerlo con intereses en el futuro, y consideraba mucho mejor desprenderse de ello ahora, que ser tenido por tal causa despreciable para siempre en presencia de Dios y de todos sus elegidos.

Pero ¿qué responden a este reto sus oyentes? Escucha: «Y dijeron.» ¿Quiénes? Todo el pueblo de Israel, pues a todos les había dirigido la palabra. «No nos has acusado falsamente, ni nos has oprimido, ni has quitado nada de la mano de nadie» [204]. Si alguno de los procónsules gobernadores, si algún tribuno, centurión, o consejero, o magistrado alguno, ha merecido jamás semejante testimonio de los habitantes de su provincia, le ruego que venga a nuestra provincia a enseñar a nuestros magistrados. Pues de los comisarios y ministros de la justicia que —para hablar con el lenguaje de nuestro pueblo— son llamados con razón «errantes», no se oye hablar así, ya que aman los dones y buscan las recompensas, no libran al humilde del poderoso [205], no ayudan con su juicio al forastero ni al huérfano, ni admiten la causa de la viuda [206]. Ni siquiera los jueces eclesiásticos siguen las huellas de Samuel, sino que, como es el pueblo, así es el sacerdote.

Dirigiéndose a todos se lamenta la Sabiduría: «Los que manejan la ley me ignoran; se nombraron príncipes y yo no lo supe» [207]. Para ilustrar este punto empezando por los de rango inferior, ¿qué son los decanos [208] o archidiáconos (como Simón, nuestro venerable maestro en la ley del Señor acostumbraba a decir), sino hombres cuyas manos están llenas de iniquidades y cuya diestra está

---

[204] 1 Sm 12, 4.
[205] Cf. Sal 71, 12.
[206] Is 24, 2.
[207] Jr 2, 8; Os 8, 4.
[208] Se refiere a los decanos rurales o decanos de la Cristiandad.

colmada de sobornos? [209]. Pregunta al dichosísimo rey de Inglaterra y jamás vencido hasta ahora duque de Normandía y Aquitania, qué es lo que piensa también de éstos, a quienes él metió en tales puestos, y dirá, según creo, que no existe mal alguno entre el clero que ellos no cometan.

El título y oficio de los obispos es digno de veneración, si se desempeña con tanta solicitud como a veces se busca con tan gran ambición. Y se les amaría como a padres, se les temería como a señores y se les tributaría culto como a santos, si se abstuviesen de exacciones, rechazasen sinceramente todo lo que procede de acusaciones falsas y no considerasen jamás como don piadoso lo que es ganancia material [210]. Además, se alejan del amor y reverencia debidos, cuando buscan honores, ambicionan riquezas y hacen propias acusaciones falsas o fomentan las ajenas. Y no sé cómo pueden escapar de la infamia y de toda condena los que reclaman una comisión de al menos dos tercios de toda ganancia derivada de una acusación falsa. Porque o se quedan con todo el dinero o, a lo más, ceden una tercera parte a sus archidiáconos y otros oficiales (para no llamarlos, como el pueblo, ministros de iniquidad). Ni aun los legados de la Santa Sede apartan sus manos de las recompensas, pues a veces se conducen con tal furor en las provincias como si Satán se hubiese escapado de la presencia del Señor para flagelar a la Iglesia [211]. Sacuden los rincones de las casas para abatir a los hijos e hijas de Aquel que curó en la cruz las enfermedades y sufrimientos de las almas [212]. Sacuden y revuelven la tierra como si quisieran tener algo que necesite de cura.

No hablo, por supuesto, aquí de todos, sino de aquellos que menospreciando la voluntad del Padre, sirven a la suya propia. Pues consta que en todo oficio de la casa del Señor, unos son dejados mientras otros son tomados [213]. Yo mismo he visto en todos estos oficios decanos, es decir, archidiáconos, obispos y legados trabajar con tan gran solicitud en la cosecha del Señor, que por los méritos de su fe y virtud podía verse claramente que la viña del Padre había sido puesta en sus manos con prudencia y provecho. Otros, sin embargo, se conducen de manera que parece como si Tisífone o Megera [214] fueran enviadas desde el infierno para incitar

---

209 Cf. Sal 25, 10.
210 Cf. 1 Tim 6, 5.
211 Cf. Job 2, 7.
212 Cf. Job 1, 18-19.
213 Cf. Mt 24, 40-41.
214 Dos de las tres Furias, diosas destinadas al castigo de los parricidas.

a Tebas a la maldad[215]. Pues casi de esta forma, contra los deseos de todos los fieles, llegaron desde la Corte a los cargos públicos de la Iglesia. Entre éstos

> el juicio no es más que pública mercancía,
> y el caballero que juzga una causa decide lo que está comprado[216].

Sentencian a favor del impío por soborno, se gozan con las peores maldades, se alegran cuando se obra el mal

> y apenas contienen las lágrimas cuando no ven nada que provoque lágrimas[217].

Verdaderamente se nutren con los pecados del pueblo[218], con ellos se visten y en ellos se complacen de múltiples maneras, hacen acepción de personas y son como martillos de los buenos. Dice la Sabiduría: «El asno salvaje es presa del león en el desierto, el pobre es pasto del rico. El soberbio aborrece al humilde, el rico aborrece al indigente. Tropieza el rico y su vecino lo sostiene, tropieza el pobre y su vecino lo empuja. Se equivoca el rico, y muchos lo aprueban y encuentran elocuente su hablar desmañado. Se equivoca el pobre y le dicen: "¡Vaya, vaya!"; habla con acierto y no le hacen caso. Habla el rico, y lo escuchan en silencio y ponen por las nubes su talento. Habla el pobre y dicen: "¿Quién es éste?"; y si cae, encima lo empujan»[219].

Estos son ciertamente los criterios de quienes anteponen la riqueza a la justicia y nada consideran mejor que poseer fortuna, cuando, por el contrario, casi no hay nada más inútil. Ninguno de éstos se regocija cuando ve a Cristo en la tierra, ninguno desea que El trate con los hombres, ninguno proclama ante las buenas obras de sus prójimos: «¡Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad!»[220]. Este es el cántico de los prelados fieles que caminan con pies hermosos y bienaventurados porque llevan la paz[221], y una paz a la que acompaña la santidad, sin la que nadie puede ver a Dios[222]. También éstos dicen con la

---

215 Cf. Estacio, *La Tebaida* XI 57-61.
216 Petronio, *Satiricón,* c. 14.
217 Ovidio, o. c. II 796.
218 Cf. Os 4, 8.
219 Eclo 13, 23-29.
220 Lc 2, 14.
221 Cf. Rom 10, 15; Is 52, 7.
222 Cf. Heb 12, 14.

Sabiduría: «Buena es la riqueza sin pecado, y mala la pobreza, castigo del pecador» [223]. Proclaman en las plazas que es «venturoso el varón irreprensible que no corre tras el oro» [224]. Como si dijeran claramente: «Todo el que busca el oro en el desempeño de cualquier magistratura, adquiere una mancha, sin la que el oro no puede ni adquirirse ni ser retenido por su ávido poseedor.» ¿Quién ha estado mucho tiempo en contacto con el dinero sin ensuciarse las manos? Y, sin embargo, el dinero ensucia menos las manos que el alma.

No quiero que se me entornen las puertas de los grandes o que mis frases parezcan el ladrido de un perro. No abro mi boca contra el cielo [225], ni tengo intención de decir nada a los padres de la Iglesia que juzgan el mundo [226] y a quienes nadie que no esté lleno de fidelidad, caridad y reverencia, puede juzgar en la tierra. Diré, con todo, lo que es tanta verdad que ningún creyente osaría negarlo, diré sencillamente lo que ellos mismos predican. Diré, pues, que no se puede ocultar una ciudad alzada sobre un monte, ni pueden dejar de ser de dominio público las cosas que se hacen en público. Ya que

> toda perversión del alma lleva en sí misma un escándalo
> tanto más visible
> cuanto más grande es reputado el culpable [227].

La sal, si se vuelve sosa, no sirve para nada, sino para tirarla a la calle y que la pise la gente [228], como vil basura que ni siquiera aprovecha para abonar los campos. También el sol ilumina con más claridad la tierra porque está muy alto. ¿Para qué decir más? Las obras de cada uno dan testimonio de él [229]. Por eso Samuel fue justificado por el testimonio de sus obras. Pero para que no pareciese que el pueblo le halagaba y que por temor o con falacia daba testimonio de una inocencia falsa y de una justicia inexistente, consideró que debía obligar al pueblo a decir la verdad con juramento religioso, y dijo: «Testigo es Yavé contra vosotros, y lo es también su Ungido, de que nada habéis hallado en mis manos.»

---

223 Eclo 13, 30.
224 Ib. 31, 8.
225 Sal 72, 9.
226 Cf. 1 Cor 2, 15.
227 Juvenal, o. c. VIII 140-141.
228 Mt 5, 13.
229 Cf. Jn 5, 36; 10, 25.

Y el pueblo respondió: «Testigo»[230]; como si quisiera hacer de la fidelidad debida a Dios y a su rey prenda de la sinceridad de su juramento. En cuanto a si alguna vez recibió alimento o bebida, no me consta por la Escritura. Pues dice así: «Samuel juzgó a Israel todo el tiempo de su vida. Cada año hacía un recorrido por Betel, Gálgala y Masía, y allí, en todos estos lugares, juzgaba a Israel. Volvíase luego a Rama, pues allí estaba su casa, y allí juzgaba a Israel»[231]. ¿Qué otra cosa parecen significar estas frases, sino que recorría la provincia a causa de su oficio, para ejercer el juicio, y luego volvía a su casa para satisfacer sus necesidades con su propio patrimonio?

También «alzó allí un altar a Yavé»[232]. Muy acertadamente, ya que en la casa del juez debe haber un permanente sacrificio por el que ella aparezca como templo de Dios con el culto de la justicia, la honestidad de las costumbres y la luz de las buenas obras; donde ahora no se inmola la sangre de los machos cabríos y becerros, ni las cenizas de una ternera santifican a los impuros para purificar su cuerpo[233], sino que en todo lugar debe ser ofrecida a través del gran pontífice que penetró en los cielos, Jesús el hijo de Dios[234],

> un alma en armonía con el derecho divino y humano, un espíritu santificado hasta sus más profundas intimidades y un corazón impregnado de generosa honestidad[235].

Pues es así como los verdaderos adoradores adoran al Padre: en espíritu y verdad[236].

¿O crees que él[237] aceptó algo bajo el nombre de «honorarios»? Pues con este pretexto hay jueces que no son tales, sino recaudadores de la justicia, que quieren paliar su maldad con una razón honesta y se esfuerzan por dar otro color a su perversidad, como, por ejemplo, pidiendo ciertas remuneraciones por los asuntos cuyo peso llevan en parte. Y si tal remuneración no es lícita, que haya por lo menos una compensación de los gastos y perjuicios. Con todo, estos hombres son pocos. Pues, ¿quién no se avergonzaría

---

230 1 Sm 12, 5.
231 Ib. 7, 15-17.
232 Ib. 7, 17.
233 Cf. Heb 9, 12-14.
234 Cf. ib. 4, 14.
235 Persio, o. c. II 73-74.
236 Cf. Jn 4, 23.
237 Samuel.

de decir: «¿Qué me vas a dar por hacerte justicia? Porque esperarás en vano que ella se muestre por sí misma?» ¿No es lo mismo que si dijera: «¿Qué me vais a dar por negarme a mí mismo, traicionar mi oficio y vender a mi señor?»

CAP. 17: *Que el dinero es despreciable frente a la sabiduría; lo que también se prueba con ejemplos de los antiguos filósofos.*

Leemos que muchos filósofos no sólo despreciaron las riquezas, sino que las arrojaron lejos de sí como impedimento de la sabiduría y la virtud. Esto hizo Sócrates, a quien todas las escuelas de filósofos consideran como a fuente única de prudencia y verdad. También de Antístenes se cuenta que mientras enseñaba retórica con gran éxito, oyó a Sócrates y dijo a sus discípulos: «Marchaos y buscad un maestro, que yo ya lo he encontrado.» E inmediatamente vendió todo lo que tenía y lo distribuyó entre la gente, quedándose tan sólo con un pobre manto.

Seguidor suyo fue el famosísimo Diógenes, que fue más poderoso que el rey Alejandro y vencedor de la naturaleza humana. Mientras Antístenes no recibía a nadie como discípulo, no pudo deshacerse del perseverante Diógenes y llegó a amenazarle con un bastón para que se marchase. Se cuenta que entonces Diógenes inclinó la cabeza ante él y le dijo: «No existe ningún bastón tan duro que me pueda separar de tu compañía.» Sátiro, que ha escrito las historias de los hombres ilustres, narra que el tal Diógenes usaba un pobre manto doblado para protegerse del frío, tenía como despensa un zurrón que transportaba consigo y, a causa de la fragilidad de su débil cuerpo, usaba un bastón con el que, ya viejo, acostumbraba a sostener sus piernas. Y que se le llamaba comúnmente «el que vive al día», porque pedía y recibía de cualquiera la comida que necesitaba en ese momento. Vivía en los umbrales de las puertas y en los pórticos de las ciudades, proclamando en todas partes la verdad y denunciando y rechazando en los que pasaban a su lado los vicios que corrompen las costumbres. Y cuando se metía doblado en un tonel, bromeaba con que tenía una casa tornadiza que cambiaba según el tiempo que hacía. Pues cuando hacía frío ponía la boca del tonel mirando al Mediodía, y durante

el verano, mirando al Norte; y según el lado en que daba el sol, cambiaba con él Diógenes la orientación de su palacio.

Una vez que llevaba un vaso de madera para beber vio a un niño que bebía en el cuenco de la mano y tiró el vaso al suelo al tiempo que decía: «¡Ignoraba que la Naturaleza tiene su vaso propio!» [238]. Nunca remitió en el rigor de su ánimo, mantuvo siempre el mismo tenor de rostro, incluso cuando sus adversarios le interpelaban furiosamente, y para dar ejemplo de lo que es un perfecto socrático, superó todas las calamidades y circunstancias adversas y soportó con permanente entereza todos los dolores e infortunios. Pues afirmaba que ninguna de estas cosas deben importarle a un filósofo, y que demostraba no tener dominio de sí mismo aquel sobre quien la fortuna tiene algún poder.

Su misma muerte muestra su fortaleza y control propio. Pues dirigiéndose, ya viejo, a los Juegos Olímpicos que se celebran en Grecia con gran asistencia de público, se sintió atenazado por la fiebre y se acostó en una hendidura del camino. Queriendo sus amigos transportarlo en una caballería o un vehículo, se negó a ello, y poniéndose a la sombra de un árbol, dijo: «Os ruego que os marchéis y vayáis a ver el espectáculo. Esta noche mostraré si soy vencedor o vencido. Si supero la fiebre, iré a los Juegos; si la fiebre me supera, bajaré a los abismos.» Y allí, durante la noche, se ahorcó, diciendo que no moría propiamente, sino que expulsaba a la fiebre con la muerte. Engañado por la opinión y el ejemplo de otros hombres valientes cuando se encontraron en una situación de extrema dificultad, creyó que era preferible infligirse la muerte por sí mismo que recibirla de otro. Y es que había un prejuicio o persuasión común entre los varones más sabios de que debían preferir la muerte voluntaria antes que sufrir cualquier deshonra.

Lo mismo hizo Catón [239] y lo hicieron otros, que adelantándose a su sino con el hierro, la cicuta u otro veneno, huían de la mancha de la deshonra, que ellos creían ser la única verdadera. Parece que la ignorancia de la Verdad puede servirles de defensa, pero es realmente ignorancia crasa y supina la que pospone lo cierto a lo incierto y por una causa humana tira al vacío y se despoja de todo lo mejor que tenemos. Y ni siquiera consigue la categoría de fortaleza, aunque un sentir engañoso se gloríe de alcanzarla por

---

238 Jerónimo, o. c. II 14 (Migne, PL 23, 304-305).
239 Cf. Agustín, *De Civitate Dei* I 23; XIX 4.

encima de los demás. Sí, engañoso y vano, porque, como dice aquel autor,

> es fácil despreciar la vida en la adversidad;
> es más heroico ser capaz de vivir en la desgracia[240].

Nadie que se provoque la muerte es excusable; son más excusables los que retroceden ante su amenaza. Pues ¿quién conoce el designio de Dios[241] y si es capaz de escapar de algún modo de la muerte inminente? Sandrococto, condenado a muerte por el rey Alejandro, buscó la salvación en la celeridad de sus pies; y cuando vencido por el sueño a causa de la fatiga, yacía en tierra, un león de enorme tamaño se acercó al que dormía, le limpió con su lengua el sudor que de él brotaba y, despertándole suavemente, le dejó. Con el prodigio de este augurio sintió por primera vez la esperanza de ser rey. Después, guerreando contra los prefectos de Alejandro, un elefante de ingente magnitud le salió al paso, se ofreció a él y con dócil mansedumbre le puso sobre su lomo. Finalmente, acabó siendo un guerrero insigne y un gran general[242].

Del mismo modo, Andrónico, condenado a las fieras y puesto frente a un león que atraía la atención y las miradas de todos por el gigantesco tamaño de su cuerpo, su impetuosa fiereza y su terrorífico rugido, no menos que por su poderosa musculatura y la ondulante melena de su cuello, escapó ileso, porque cuando el león le miró desde lejos, se paró de repente como asombrado y luego se le acercó poco a poco y como jugueteando. Entonces movió la cola amable y amistosamente, de la misma forma y manera que lo hace un perro cariñoso, y acercándose al cuerpo del hombre, muerto casi de miedo, le lamió suavemente con su lengua las piernas y las manos, de modo que el hombre, con las caricias que le hacía la atroz fiera, pudo empezar a recuperar el aliento y abrir poco a poco sus ojos para mirar al león.

Narra Apión que esto lo vio él en Roma, en los espectáculos de la ciudad, y añade que, como si se hubieran reconocido mutuamente, se podía contemplar al hombre y al león alegres y felicitándose el uno al otro. Y por este hecho y por los tremendos clamores del pueblo, el hombre fue llamado a presencia del César y se le preguntó por qué aquel ferocísimo león le había perdonado a él sólo. Entonces él empezó a contar un suceso realmente maravi-

---

240 Marcial, *Epigramas* XI 56, 15-16.
241 Cf. Sab 9, 13; 1 Cor 2, 16.
242 Cf. Justino, o. c. XV 4 §§ 16-19.

lloso, y dijo: «Cuando mi señor fue nombrado procónsul del Imperio en Africa, yo me vi obligado a huir a causa de sus injustos y cotidianos azotes, y para asegurarme más en aquella tierra un escondrijo lejos de mi señor, me retiré a la soledad de los campos y arenas. Y tomé la decisión de que si también aquello fallaba, buscaría la muerte de cualquier manera.

Ante el sol crecientemente abrasador del mediodía, conseguí encontrar una cueva oscura, y en ella me metí y escondí. Al cabo de poco tiempo vino a la misma cueva este león con una pata coja y ensangrentada, lanzando gemidos y resoplidos, quejándose de los dolores y sufrimientos de la herida de forma capaz de causar compasión a cualquiera que le oyese estando allí presente. En el primer momento yo me quedé aterrorizado y como paralizado al ver al león que se acercaba. Pero después de que el león hubo penetrado en aquella que parecía ser su vivienda natural y me vio intentando retirarme y esconderme, se acercó a mí suave y mansamente y, enseñándome su pata mutilada, la alargó hacia mí como pidiendo ayuda. Entonces —dijo aquel hombre—, le arranqué una enorme espina que tenía clavada en la planta de la pata y le saqué el pus que se había formado en la profunda herida, y ya sin tanto temor la limpié hasta el fondo con gran cuidado y le saqué toda la sangre. Entonces él, aliviado por mi acción y la cura, después de colocar su garra en mis manos, se acostó y descansó; y desde aquel día, durante tres años, el león y yo vivimos en la misma cueva y con el mismo alimento. Pues cuando cazaba alguna fiera, llevaba a la cueva las mejores partes, y yo, que no disponía de fuego, después de tostarlas al sol del mediodía, me las comía.

Pero cuando me harté de aquella vida de fiera, una vez que el león salió a cazar abandoné la cueva, y, después de haber hecho un recorrido de casi tres días, fui visto y apresado por unos soldados y devuelto desde Africa a Roma, a mi señor. Este procuró inmediatamente que fuera condenado a muerte y arrojado a las fieras. Comprendo que también este león fue capturado, después de separarme de él, y que ahora me quiere devolver, agradecido, el beneficio de su curación.»

En consecuencia, Andrónico fue absuelto de su pena y, por sufragio de todo el pueblo, se le hizo donación del león. Desde entonces, como dos amigos, el hombre y el león se paseaban y daban vueltas por la ciudad, y todos decían: «Este es el león que hospedó al hombre, este es el hombre que curó al león» [243].

---

[243] Cf. Gelio, o. c. V 14 §§ 9 ss.

¿Deseas historias más conocidas? Daniel salió del lago de los leones y los jóvenes escaparon ilesos del horno de fuego. Y en todos los pueblos, por gracia y contra toda expectativa, muchos han sido liberados de sus males. Por eso ninguno de los que volvieron su mano contra sí está suficientemente excusado, en mi opinión, por mucho que la historia de la Iglesia ensalce con grandes alabanzas a algunos que se dieron la muerte porque preferían arriesgar la suerte de su vida antes que su castidad. A éstos los excusa la debilidad de la carne, la ignorancia de la ley, el fuego de la caridad y quizá un mandato personal de Dios, en orden a que por su simplicidad se salven, pero de ninguna manera para que se traduzcan como consecuencia las premisas que ellos establecieron ingenuamente. Pues ¿qué lugar hay para la fortaleza, si el espíritu se hastía hasta tal punto de la propia vida que, vencida la paciencia y cortados los caminos de los méritos, no puede o descuida cumplir lo que está mandado? Entre los verdaderos sabios, la vida sólo es despreciable en la medida en que es el precio de la infamia y envilece incluso la otra vida; y es amada mientras puede mantenerse en la inocencia, hasta el punto de no abandonarla por ninguna situación dificultosa que sobrevenga. Hay que conservar la vida de manera que se sepa despreciarla, y hay que despreciarla de forma que aproveche para la salvación.

Pero ¿quién hay que desprecie la vida cuando no existe ninguno, o muy pocos, que no ambicionen el dinero en todo el vasto frente de sus intenciones? Y ¿por qué no? Puesto que

> la reina Riqueza da linaje y belleza,
> y la Persuasión y el Amor adornan al adinerado[244];

el que es rico, el que prospera en sus empresas, es considerado como sabio y dichoso. Para esto, uno toma esposa, otro compra cinco yuntas de bueyes o una casa, dando su alma a cambio de estas cosas[245]. Tienen por ciegos, cojos y lisiados a aquellos a quienes el mundo no sonríe.

La Sabiduría, sin embargo, dejando fuera a los ricos, los introduce en el banquete de bodas, donde los elegidos se sacian de la abundancia de la casa de Dios y beben en el torrente de las delicias eternas. Mientras tanto, el que no tiene riquezas es un necio, un asno, un leño, un tronco de madera, un pedazo de plomo o algo más insensible todavía. Por tanto, si alguien es pobre, es tonto y

---

[244] Horacio, *Epístolas* I 6, 37-38.
[245] Cf. Lc 14, 18-20.

desgraciado. Ni puede ser amado aquel a quien persigue la mala fortuna, porque

> la fidelidad no llegó nunca hasta tener por amigos a los desafortunados [246];

e incluso se estima que cada uno tiene en justicia los males que sufre.

Y ha prevalecido tanto el reinado del dinero, que se llega a no creer en la fidelidad de un juez que rechaza los dones que se le ofrecen. Si rehúsas hacer pactos, apareces como contrario a la causa del que promete; y quizá se te estima sobornado de antemano por un afecto o un regalo, si quieres permanecer insobornable. Los dichos y pareceres de los filósofos se han desvanecido, mientras todos corren en pos de las riquezas como si en ninguna otra parte pudiera encontrarse descanso para las fatigas y alivio en los dolores. Es como si los náufragos pudieran nadar más fácilmente hacia la superficie, cargados con un fuerte peso. Pero ¿qué hombre cubierto de llagas recogió jamás espinas para descansar plácidamente revolviéndose en ellas?

Realmente, si se creyese de verdad a Aquel que dice: «Las riquezas son espinas» [247], los sabios de nuestro tiempo no las buscarían con tanto afán. Pues, como dice Publio Carpo [248], los ricos son más desgraciados que los pobres, porque están más distantes de la sabiduría. La avidez de riquezas es apartamiento de la sabiduría y huida de las virtudes. La pobreza, fecunda en humanidad, imita a la Naturaleza, que es la guía mejor para vivir bien, es madre y custodio de las virtudes y la única que engendra seguridad, porque es la única que está al margen de los intereses que producen las guerras [249]. No tiene querellas el que está al margen de las causas de los enfrentamientos. Tiembla el mundo, y sólo el pobre no teme a la mano del César.

Verdaderamente que si no hubiera otra causa para huir y despreciar las riquezas, que el que con sus espinas cierran el camino hacia la sabiduría, ya por eso sería necesario no amarlas. Sin embargo, para que la opinión de los filósofos no sea odiosa a aquellos que se avergüenzan de mancharse con la vulgaridad de la pobreza, la filosofía no manda apartarse de las riquezas, sino que prohíbe

---

246 Lucano, o. c. VIII 535.
247 Cf. Mt 13, 22.
248 Se ignora a quién se refiere.
249 Cicerón, *De Amicitia,* 5 § 19.

la ambición. Pretende conseguir un ánimo dueño de sí y que en toda evolución de la fortuna se baste a sí mismo, con tal que esa suficiencia provenga de Dios. Y así sírvase del oro como si fuera barro, y del barro como si fuera oro. Pues así como las riquezas están permitidas para su uso, de la misma menera son despreciadas por el sabio cuando hay abuso. Puede ser que un ajuar pobre parezca ignominioso a los magnates, y que una escasa fortuna rebaje la brillantez del honor; pero vale mucho más resplandecer en las costumbres que en las cosas materiales, y nunca brillará con la hermosura de esas cosas aquel a quien deshora la mancha de su propia infamia.

> Cuentan que el rey Anatocles cenaba en vajilla de barro y que con frecuencia llenaba su aparador con barro de Samio.
> Preguntándole la causa, respondió: «Aunque yo soy rey de Sicilia, soy hijo de un padre alfarero.»
> Trata con reverencia a la fortuna, tú que de repente te has hecho rico desde un origen pobre [250].

No está el vicio en las cosas, sino en su uso.

El noble fruto de un espíritu filosófico es una generosa ecuanimidad de la mente; pues si se llevan las cosas con ecuanimidad por estolidez, la mente enferma pierde su capacidad de independencia. Habiendo como hay muchos caminos para la filosofía, me parece a mí que es más noble y digno de alabanza aquel

> que come con paciencia hortalizas hasta que aprende a usar las cosas, y que está tan impuesto en el uso de las cosas [251],

que aprende a no desdeñar las hotalizas y demás regalillos de la extrema pobreza. Pues es fruto eximio de la filosofía el que uno aprenda a vivir en abundancia y a soportar la escasez [252], de modo que lleve todas las cosas con ecuanimidad y alegría, y, oponiéndole el dique de una sólida virtud, desarme toda vicisitud de la fortuna. El que consigue esto, cierto que ni espera ni teme, y cualquier cambio de la fortuna se estrella impotente contra él.

«¿Qué es lo que te ha dado a ti la filosofía?», preguntó uno que estaba interesado en la filosofía. Y Aristipo le respondió: «El ser capaz de hablar sin temor con todos los hombres.» Verdaderamen-

---

250 Ausonio, *Epigramas* II, con alguna variante, como Agatocles en lugar de Anatocles.

251 Horacio, o. c. I 17, 13-15, con variantes.

252 Flp 4, 12.

te que si ansiara honor, dinero u otra cosa, no hubiera podido responder así con veracidad.

Con todo, el camino más seguro para la salvación es el que está libre de riquezas y otras cosas. Porque es muy difícil que no impidan el avance de los que las poseen. ¿Quién no sabe que Hipodamia alcanzó el triunfo porque pudo retrasar la persecución de sus enfrentados pretendientes arrojándoles una bola de oro? Quedó, pues, la virgen invicta hasta que llegó uno que despreciaba el dinero y, al despreciar el oro, corrió más que la virgen, ganó el oro y con él —según la fábula— hizo unos ejes de cera para la competidora joven, significando así que el amor por la incorrupción había consumido el amor del dinero.

¿No persuade esto mismo el juicio mismo de Dios y hace a las riquezas despreciables, ya que mientras los buenos pasan necesidad, los impíos abundan en ellas? No sé, sin embargo, de qué forma se introducen a veces entre los justos para su ruina, y cuanto más fuertemente se las rechaza, tanto más insistentemente llaman a la puerta del que las desprecia. Cuanto más prudentemente rechazaba el bienaventurado Eugenio[253] las donaciones, tanto más abundantemente le llegaban desde todas partes. Esto suele suceder con casi todo; que escapa aquello que se busca, y acosa aquello de que se huye. Y éste resulta ser el camino más breve y honrado hacia la riqueza. Pues cuando la riqueza se rechaza con prudencia, conjuntamente se gana la vida eterna y llega, abundante, la riqueza.

Si esto les parece duro a otros, tiene que ser cumplido al menos por los jueces, tanto eclesiásticos como civiles, que están obligados a la justicia por su profesión o por juramento. De unos y otros es modelo Samuel, que presidió los sacrificios sin librar de la muerte a los impíos y ejerció ambas justicias sin ser opresor de nadie ni recibir nada de mano alguna. Esto lo atestiguan tanto la conciencia de Samuel como el pueblo, y, sin embargo, aquella conciencia escrupulosa no se quedó satisfecha hasta que el pueblo confirmó con juramento su testimonio. Pues dice: «'Testigo es el Señor contra vosotros, y lo es hoy también su Ungido, de que nada habéis hallado en mis manos.' El pueblo respondió: 'Testigo'.» Todo aquel de quien los habitantes de las provincias llamados a atestiguar dan testimonio semejante, puede presentarse seguro al juicio de Dios omnipotente y omnisciente. Instruye bien su propia causa el que pone en la balanza su conciencia y su vida

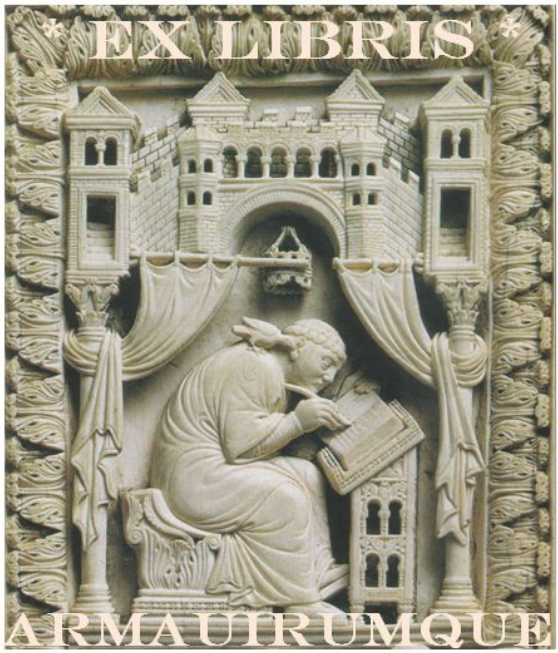
253 Eugenio III papa.

terrena, de las que es conocedor el Juez de lo alto. Quienes, por el contrario, alejándose de Samuel, no resuelven aquí sus juicios, sino que están siempre prestos a excusar sus pecados y, lavándose las manos con Pilato, exclaman: «Yo estoy limpio de la sangre de este justo» [254]; precisamente porque pecaron contra la ley, por la ley serán condenados. Pero también serán partícipes de su condenación los que pueden constreñirlos y no quieren.

De esta materia ya se ha hablado lo suficiente para el hombre juicioso. Por tanto, pase la pluma a tratar de aquello que en la imagen de Plutarco se asemeja a las manos.

TERMINA EL LIBRO V

[254] Cf. Mt 27, 24.



COMIENZA EL LIBRO SEXTO DEL «POLICRATICUS»

Prólogo

Bien conocido es aquello que escribió el moralista: «Junto a la escuela Emilia hay un singular artesano; modela en bronce las uñas e imita la suavidad del cabello, pero el conjunto de su obra es desgraciado, porque no tiene un plan completo. Si yo intentara componer alguna cosa, no quisiera parecerme a este hombre más de lo que desearía vivir con una nariz deforme, mientras se me admira por mis ojos y mi cabello negro» [1].

Pienso que este símil es aplicable a mi propio intento de seguir de cerca los pasos de Plutarco en su *Educación de Trajano,* y seré el hazmerreír de todos, a menos que consiga lo que he comenzado.

Por eso seguiré su esquema y descenderé con él desde la cabeza de la sociedad hasta sus pies, con esta condición no obstante: que si en esta parte del trabajo les pareciera a los legos en derecho que me muestro un tanto mordaz, no me echen a mí la culpa, sino a Plutarco, o mejor, a sí mismos, por no haber querido aprender la regla que profesan y según la cual tienen que vivir. Pues, por lo que a nuestros compatriotas se refiere, lo he apostillado con la única intención de que puedan retornar al camino de la virtud, aunque no les guste.

---

[1] Horacio, *Arte poética,* 32-37.

Porque para inspirarles a que hagan lo que deben bastaría que ellos, no solamente tuvieran los ejemplos de los hombres de la Antigüedad, sino que tengan ante sus ojos la grandeza de nuestro propio e invencible príncipe [2], cuyos títulos yo ahora reúno en uno solo, de forma que mientras con trompetas y tambores y toda clase de instrumentos musicales los demás cantan al unísono su alabanza, yo, plebeyo e indocto, extenderé su fama de modo similar con mi estridente flauta. Pues ¿quién puede esperar de un semipagano una flauta dorada que pueda emular a la majestuosa trompeta?

Me adheriré al homenaje, sin embargo, metiéndome entre tanta solemnidad, y lo que falte a la vena de la inspiración, lo suplirá mi carga de devoción.

Mientras el jabalí ronde por las quebradas
y el pez se mueva por las aguas,
mientras las abejas liben el néctar
y las cigarras el rocío,
su honor, su nombre y su gloria vivirán eternamente [3].

Y si algunos grandes hombres se sienten ofendidos por algo de lo que yo diga, sean advertidos por su príncipe de que las amargas medicinas se administran, no para mal, sino para salud de los enfermos.

Esto supuesto, vayamos adelante en el discurso.

Cap. 1: *Que las manos de la comunidad política son una armada y otra no armada; y cuál es la no armada y cuál es su oficio.*

Así, pues, las manos de la comunidad o están armadas o sin armar. Es mano armada la que ejerce la milicia castrense y cruenta. Sin armar, la que administra la justicia y, estando libre del uso de las armas, sirve a la disciplina de la ley. Porque no sirven sólo a la sociedad los que provistos de casco y coraza se emplean contra el enemigo con espada u otras armas, sino también los abogados de las causas que, confiados en el instrumento de su florida voz, levantan a los caídos y reparan a los fatigados; y no

[2] Enrique II.
[3] Virgilio, *Eglogas* V 76-78.

sirven menos a los hombres, que si protegieran de los enemigos con la fuerza de las armas la vida de los trabajadores, su esperanza y su descendencia. Sirven, pues, los recaudadores, los proveedores y los subordinados de todos los jueces. Pues, así como son unas las funciones de la paz y otras las de la guerra, es necesario que unas y otras sean ejercidas por quienes corresponda.

La mano armada se aplica solamente contra el enemigo, pero la desarmada se extiende también al ciudadano. Y es necesaria la disciplina de ambas, porque en las dos suele hacerse muy patente la malignidad.

Asimismo, la forma de usar de ambas manos refleja la imagen de quien las manda, porque, como dice la Sabiduría, «el rey inicuo tiene ministros inicuos»[4], y cual sea el que rige la ciudad, tales serán sus habitantes. «Conviene —dijo Pericles, arguyendo a su colega Sófocles— que un general, no sólo sea continente de manos, sino de ojos. Porque la continencia de los que presiden es doble, puesto que contienen sus manos de las exacciones e injurias y cohíben las ajenas.»

Ahora bien, la mano de ambas milicias, armada y desarmada, es la misma mano del príncipe; y a menos que controle ambas, poco continente será. E incluso más cuidadosamente ha de ser controlada la desarmada, porque, así como los armados están estrictamente obligados a abstenerse de exacciones y rapiñas, los desarmados no sólo eso, sino que también deben rehuir los cohechos.

Si a alguien se le irroga una pena legítima, exigiéndole o recibiendo de él lo que la ley establece o permite, no por ello es castigado o reprendido. Esto no recibe el nombre de exacción, ni entra en el concepto de cohecho lo que a los oficiales del pueblo se les prohíbe recibir.

Pero como la amplitud con que se mueven los oficiales es mayor cuando —so pretexto de oficio— pueden expoliar o vejar a los individuos privados, lo que realizan contra sus normas ha de ser castigado con más grave castigo. Dice el bienaventurado Lorenzo, obispo de Milán: «¿Qué es un publicano? ¿Acaso no es quien acaudilla al latrocinio y ejerce la ley de la violencia? ¿Qué es un publicano? El depredador sin pudor, el médico del exterminio. ¿Acaso el publicano no es más cruel que los ladrones? El ladrón, al

[4] Prov 29, 12.

fin y al cabo, pasa miedo al robar; pero éste delinque con toda tranquilidad»[5]. El ladrón teme los lazos de la ley; éste piensa que todo lo que hace es ley. La ley disuade al ladrón de las cosas ilícitas; éste traiciona la ley, según el inicuo compendio de la malicia.

¿Quién es más inicuo que el que daña a la justicia con palabras de justicia y con armas de inocencia despoja, vulnera, mata a los inocentes? Con la ley destruye la ley y, al tiempo que urge a otros el cumplimiento de la ley, él se pone fuera de ella. Pues, así como el gobernador, incluso cuando decreta con iniquidad, está legislando teniendo en cuenta, no lo que hace, sino lo que debiera hacer, así el publicano, aun cuando delinque, parece cumplir la ley por razón de su oficio y no siguiendo su malicia.

¿Pero cuál es el oficio del recaudador? Ya aprendimos aquello que nos cuenta Lucas, cuando vinieron unos publicanos a Juan para que les bautizara, y dijeron: «Maestro, ¿qué tenemos que hacer?» Y él, respondiendo, les dijo: «Nada más que exigir lo que está estipulado»[6]. Este es el oficio del recaudador: exigir y recibir lo estatuido. Lo que pase de esto proviene de la malicia del que exige y recibe, no del que da. Y esto es lo que se demanda a los oficiales de cualquier magistratura: que no exijan nada más.

Los alguaciles, por tanto, pueden exigir lícitamente lo que se les debe en concepto de aranceles, y todos los grados de oficiales militares pueden justamente aceptar el estipendio que les está señalado. Pero no les está permitido oprimir y vejar para conseguir beneficios. «El fuego —dice el santo Job— devorará las tiendas de los que aceptan cohechos gustosamente. Esa ralea concibió dolor y parió iniquidad y sus entrañas proyectan engaños»[7]. Y de grande a pequeño, todo recaudador se entrega hoy a la corrupción más que a la justicia, y, de tal manera, que lo que uno deja, no tardan en arrebatarlo los siguientes, como si —según dice el profeta— hubieran sido creados para eso, para que «lo que dejó la langosta se lo coma el *brucus*»[8]. Y, para mayor facilidad en hacer daño, acumulan múltiples cargos, para que lo que no sacan de uno lo saquen de otro.

---

[5] Lorenzo de Milán, *Homilia de Muliere Cananea* (Migne, PL 66, 118).
[6] Lc 3, 12-13.
[7] Job 15, 34-35.
[8] Jl 1, 4.

Dicen los naturalistas que de la langosta nace el *brucus,* o larva de la langosta, que se llama así hasta que le nacen alas. Cuando ya empieza a volar, se llama *athlebus,* y cuando ya lo hace a la perfección, se hace langosta otra vez. Pues es mucho peor el *brucus* que el *athlebus* y que la langosta, porque, como le faltan las alas y no puede moverse, adonde alcanza acaba con todo lo comestible. En cambio, la langosta y el *athlebus,* aunque dañan en muchos sitios, dañan menos que el *brucus,* que, una vez situado, no se mueve hasta que acaba con todo lo que el hombre consiguió.

Bueno, pues en los oficiales encontrarás reunidos al *brucus,* al *athlebus* y a la langosta, capaces de devorar a cercanos y lejanos, y no desaparecen antes de haber despojado a aquel al que se han adherido. ¿Quién podrá contar los huérfanos a los que con sus oficiosidades sofocó su daño; cuántos campos sacó a subasta su malignidad y cuánta gente desnudó de sus bienes la arbitrariedad de estos hombres, so capa de religión o con cualquier otro pretexto, convirtiéndolos, no tanto en peregrinos o viajeros a Roma, como en desterrados? Verdaderamente, estas cosas se están haciendo a la luz del día, y ni los gobernadores ni sus delegados las reprimen, porque, como suele decirse, el cuervo se congratula de las fechorías del lobo y el juez impío aplaude al servidor de la iniquidad.

Esto ha llegado a ser patente por la experiencia a todos aquellos cuyos «príncipes son malvados y socios de ladrones» [9], y, cuando ven a algunas actuando mal, siguen el mismo camino, añadiendo la parte congrua de iniquidad para recibir una porción del lucro.

Y si tú te compadecieras del pobre, lamentarás la decadencia de la justicia; si decidieras ayudar al necesitado o te atrevieses a censurar y no decir a cuanto ellos dicen o hacen: «¡Bien hecho!, ¡bien hecho!», tendrás que dar cuenta ante el gobernador de un crimen de lesa majestad del que te acusarán esos herodianos. Y, si no te doblegas a ellos en todo, estarás oponiéndote al César, y, si no apruebas a la letra lo que él dicte, estarás contra la persona del rey y contra la corona. Se alzará mancomunadamente y llegará hasta las nubes el clamor de los oficiales, gritando a grandes voces: «Encontramos a éste subvirtiendo al pueblo y prohibiendo dar tributo al César [10] y negando que el César es rey y que todo les está permitido a sus ministros; le hallamos haciendo de menos las leyes

[9] Is 1, 23.
[10] Lc 23, 2.

paternas, tratando de introducir otras nuevas y despreciando las costumbres tradicionales. Y somos testigos de ello.»

Pues como pretendas demostrar tu inocencia o hacer algo por la justicia; si se te ocurriera decir que Cristo es rey y que «conviene obedecerle a El más que a los hombres» [11]; si sacaras a colación algún privilegio de la Iglesia (lo cual levanta grandes odiosidades), trinarán vociferando: «¿Para qué necesitamos más testigos? Vosotros mismos habéis oído la blasfemia» [12]; «quien tales cosas dice, se opone al César» [13]. Y si el juez, viendo tu inocencia, y respetuoso con la justicia, tratara de disimular, le lloverían voces de todas partes: «Si perdonas a éste, no eres amigo del César» [14]. Para que el castigo de uno solo sirva de liberación a muchos, muera éste y viva Barrabás.

Pues todos éstos son como un mismo cuerpo que —como sus obras ponen de manifiesto— tiene como parte al diablo, del que ellos son miembros. Egregiamente los describe el santo Job: «Su cuerpo es como escudo de fundición, compactado con escamas que se aprietan unas con otras; cada una se une a la siguiente, tan pegada, que ni siquiera el aire pueda pasar entre ellas; se adaptan entre sí, y, apoyándose mutuamente, nunca se separarán» [15]. Se ayudan, porque «conspiraron contra el Señor y contra su Cristo» [16]. Es tan grande su autoridad, que lo que dicen tiene la misma fuerza que si estuviera escrito. Su testimonio está por encima de la verdad. No hay nadie, a excepción del príncipe, que pueda salir al paso de sus sentencias, y a menos que el príncipe les obligue, aunque todos digan que hay paz, no hay paz o sólo aquella paz que es amargura amarguísima [17].

Porque aunque en otros casos es legal repeler la fuerza con la fuerza, con tal que uno se limite a la defensa propia, contra estos hombres, por más chantajistas, ladrones y verdugos que sean, no se puede ni decir una palabra, porque ellos son los ministros visibles de la ley. Cualquier hombre está excusado por la ley en lo que haga para proteger su vida; pero si ofrece resistencia a estos traidores será considerado como digno de cualquier pena.

Si alguno de ellos te arranca el pelo o la barba, si te tira de las orejas como si las tuvieras cortas, si te da una bofetada o un

---

11 Hch 5, 29.
12 Mt 26, 65.
13 Jn 19, 12.
14 Ib.
15 Job 41, 7-9.
16 Sal 2, 2.
17 Cf. Jr 6, 14; 8, 11; Is 38, 17.

puñetazo, si te arranca un ojo, es mejor que lo aguantes con paciencia, a menos que prefieras perder el otro, porque lo que intentan hacer, lo realizan como si fuera una orden del César. Si vas armado y rehúsas ofrecer espontáneamente tu cuello, él desnudará su cuerpo, te mostrará su yugular, alargará su cuello y te provocará para que, si te atreves, le saques las tripas al César o le pongas la mano encima; porque se gloría de personificar al César. Pues si ésta es la mano diestra del César, ¿cómo será la izquierda?

En verdad, esta ralea no sigue la justicia, sino que se ríe de ella; y no cumple la ley, sino que la vacía de sentido, aunque algunos defienden con engaño el error utilizando contra el espíritu de la ley el privilegio de poder hablar.

Porque «son los sabios para hacer el mal» [18]. Pero aunque son la más perniciosa peste para los ciudadanos, para nadie son más dañosos que para el propio príncipe. Porque el bien de los ciudadanos es el bien del príncipe. Todas las cosas que pertenecen a los ciudadanos están estatuidas por la ley y sirven para la necesidad y utilidad del príncipe. La nación es como la caja fuerte del príncipe, y el que la descerraja delinque gravísimamente contra el príncipe, cuyas riquezas disminuye. Porque el pueblo es como el usufructuario, y, cuando lo requiere la conveniencia del ejercicio del poder, no son tanto propietarios como custodios de sus posesiones. Pero si no existe tal apremio, los bienes de los particulares son de éstos, y ni siquiera el príncipe puede abusar de ellos. Porque si conviene a la comunidad que nadie use mal de sus propias cosas, el abusar de las ajenas es completamente ilícito.

Ahora bien, cuando la nación es esquilmada por esos ministros de iniquidad y de crimen —satélites de Satanás, secuaces de Herodes— y sobreviene la necesidad, ¿de qué recursos se servirá el príncipe? Por tanto, si es prudente, constreñirá sus quijadas con freno y rienda para que no puedan, con su desmedida voracidad de lobos, devastar y herir a las gentes y chupar las energías de toda la comunidad en perjuicio del príncipe. Si no, él mismo se empobrecerá, será odiado por sus súbditos y habrá de dar cuenta a su propio juez, con un estrictísimo examen de la obra de sus manos y del perjuicio de sus súbditos, a los que despojó y laceró injustamente, valiéndose como con engaño de su brazo desarmado so pretexto de protegerlos.

---

[18] Jr 4, 22.

CAP. 2: *Que la milicia exige selección, conocimiento y ejercicio.*

Nos queda el brazo armado que, como queda dicho, es el que ejerce la milicia castrense y cruenta. En su control resplandece muchísimo la sabiduría y justicia del príncipe. Pues, como dice Vegecio Renato, «no hay nadie a quien más convenga saber mucho como al príncipe, cuya educación debe beneficiar a todos los súbditos» [19]. Pues, al tener que gobernar las circunstancias de la paz como las de la guerra, es necesario que sea también experto en las cuestiones militares.

Y lo mismo que hemos hablado de las cuestiones relativas a situaciones de paz, ahora discutimos las referentes al brazo armado, que no puede ser fuerte sin selección, ciencia y preparación. Si cualquiera de éstas falla, para nada servirá este inútil instrumento. Pero, de ellas, el conocimiento y la preparación son las más útiles. Porque el conocimiento del arte militar alimenta la audacia. Nadie teme ejecutar lo que piensa haber aprendido bien. Igualmente, en las batallas, más cerca está de la victoria de un puñado de hombres bien preparados que de una multitud ignorante, siempre expuesta a la matanza. ¿Qué es lo que hizo a los romanos vencedores de todos los pueblos? El conocimiento, ciertamente, la destreza y la fidelidad, que los elegidos para ello ejercitaban con el juramento en favor de la república.

¿Qué hubiera valido el corto número de romanos contra la multitud de los galos? ¿Cómo se hubieran podido atrever contra la estatura de los germanos? Es manifiesto que los españoles, no tanto por el número como por la fortaleza física, eran superiores a los romanos, y que éstos siempre fueron desiguales a los africanos en engaños y en riquezas. De ahí que, contra todos éstos, fuera conveniente empezar por elegir reclutas avispados; y, como dicho queda, enseñarles las normas militares, corroborar la enseñanza con el ejercicio cotidiano, prevenir reflexivamente en campos de entrenamiento lo que pudiera suceder en la vida de campaña y en las batallas y, también, castigar severamente las negligencias.

Esto atestigua el citado autor, añadiendo (casi con las mismas palabras) que es inútil mantener a un soldado bien alimentado y acostumbrado a la molicie, y que es preferible y más apta para este oficio la plebe rural, que crece al aire libre y en el trabajo,

---

[19] Vegecio Renato, *Epitomen Rei Militaris,* In praefatione.

bajo los rigores del sol, desdeñando la sombra, sin saber lo que es un baño ni otras delicias, sencilla de espíritu, satisfecha con un bocado, endurecida de miembros que soportan todo trabajo, y para la cual el portar un arma, cavar una trinchera o arrastrar una carga es un hábito adquirido en el campo.

¿Acaso se encontrarán para estas cosas, en caso de necesidad, cantantes, tahúres y pajareros que puedan servir? En verdad que a éstos y a los pescadores, confiteros, tejedores y a todos aquellos cuyo trabajo parece más de mujeres, los rechaza el oficio militar, de forma que se inclina más a elegir a herreros, leñadores, cazadores de jabalíes y ciervos, para el ejercicio de la milicia.

A Jeroboal, prescindiendo del significado misterioso del pasaje, Dios le prohibió confiar en una multitud tímida e inexperta y sólo le dejó llevar contra los madianitas aquellos que recomendaran su fortaleza de espíritu y entrenamiento del cuerpo. Así, cuando Gedeón proclamó ante todos los que le oían: «El que sienta miedo o temor, que se vuelva» [20], se apartaron del ejército veintidós mil hombres y sólo quedaron diez mil. Pero, aun de estos diez mil, el designio de Dios eligió como más aptos para la guerra sólo a los que para saciar la sed se limitaron a lamer con rapidez el agua que se podían llevar a la boca proyectándola con la mano, casi como los perros, y dejó atrás a los que bebieron agachados. Con aquellos trescientos fue liberado el pueblo, rotos los enemigos, presos los reyes y muertos los príncipes, no tanto de la milicia como de la malicia. Hirió a Zebee y Salmana a punta de espada, les arrancó los adornos y las bolas con los que suele adornarse el cuello de los camellos, así como las joyas y capas de púrpura que los reyes de Madián acostumbraban a usar y, de tanto botín, sólo se reservó los pendientes de oro de los ismaelitas, repartiendo lo demás al pueblo. Venció, pues, a una cantidad ingente de enemigos gracias al diestro pelotón de hombres fuertes, a los que nadie imaginaría que habían aprendido a lamer el agua en las delicias de las ciudades, en los convites reales y en las francachelas cotidianas, por lo cual, precisamente, juzgó el Señor que debían ser elegidos.

Pero si alguna vez la necesidad exige que los hombres de la ciudad y la gente refinada se vean obligados a tomar las armas, desde el momento de su inscripción militar deben aprender a trabajar, correr, llevar pesos y soportar el sol y el polvo, comer poco y mal, dormir al raso o en tiendas. Finalmente, deben aprender a usar las armas; y si debieran partir a una expedición larga, deben

[20] Jue 7, 3. Jeroboal y Gedeón son la misma persona. Cf. todo el c. 7.

permanecer algún tiempo entrenándose en trabajos duros, lejos de los atractivos de la ciudad, para que se fortalezcan en cuerpo y espíritu.

No hay que negar, es verdad, que los romanos, desde el tiempo de la fundación de la ciudad, habían partido siempre para la guerra desde la ciudad; pero entonces no se disfrutaba de ninguna diversión y la juventud nadaba en el Tíber, lavando allí el sudor de sus carreras y del ejercicio campestre. El mismo que luchaba era el que labraba la tierra; sólo cambiaba el tipo de armas. Lo cual hasta tal punto es cierto, que a Quintio Cincinato le ofrecieron el cargo de dictador mientras estaba arando,

> ... [cargo] que su propia mujer, trémula, le invistió ante los bueyes, y fue el lictor quien devolvió el arado a la casa [21].

Así, pues, un ejército fuerte ha de nutrirse principalmente de la gente del campo. Pues como dice (Vegecio): «No sé por qué razón, teme menos la muerte el que menos disfrutes conoció en la vida.»

CAP. 3: *De los soldados fanfarrones, que son inútiles para la milicia.*

Los soldados fanfarrones y los que en la vida real representan —en el atuendo y en el papel, ya que no en la profesión y en el nombre— al cómico Trasón [22] se avergonzarían de esta clase de milicia armada, que no huele a disciplina militar (como a ellos les parece), sino a la estrechez de una servidumbre ignominiosa. Creen que la gloria militar consiste en lucir un atractivo uniforme, en ceñir y encorsetar su figura con trajes y sedas (de manera que parezca una segunda piel brillante y coloreada), en montar cómodas cabalgaduras, en competir en prestancia y adornos con Apolo Acteo y en ser más notables en habilidades de diversión que en valor.

Si consiguieras formar con ellos un ejército, conquistarías más probablemente el castillo de Thais [23] que el de Aníbal. Cuanto más

---

[21] Persio, *Sátiras* I 74-75.
[22] En Terencio, *El Eunuco*.
[23] La prostituta de la o. c. IV 7, 3. El Sanga de quien se habla en seguida es un personaje de la misma obra.

presuman en palacio, tanto más seguro es que —en caso de guerra— enviarán a luchar a sus siervos, encabezados por Sanga, mientras ellos, por precaución, irán tras los últimos, acompañando a los honderos y a otros que prefieren arrojar sus armas de lejos contra el enemigo, que venir con él a las manos. Cuando vuelven sin heridas ni cicatrices (que es lo más frecuente):

> Cantan las pasadas batallas con talante heroico:
> —por allí iban los Eacios, por allá Aquiles...!—
> y describen toda Troya a fuerza de vino[24],

y alguno se gloría de haber hurtado por poco su cabeza a mil muertes. A partir de ahí será imposible soportar su vanidad. Este cuento durará cien años, y sus hijos, cuando crezcan, lo contarán a sus hijos. Si rompen algunas lanzas —que ya habrán procurado ellos, con diligente pasividad, que sean frágiles como cañas—, o si en sus escudos, por un impacto casual, quedara alguna marca dorada o de otro color, su lengua charlatana, si le es posible, hará memorable el hecho por los siglos de los siglos.

Estos son los que tienen más honrosos asientos en los banquetes y (contra todo lo que nuestro Renato Vegecio escribió sobre el arte militar) se atiborran a diario con esplendidez (si su fortuna se lo permite). Rehúyen todo trabajo y toda angustia no estrictamente necesaria, y, cuando de forma inevitable e inminente surge alguna emergencia, la echan sobre sus subordinados. Entre tanto, doran sus escudos y adornan todos los instrumentos del cuartel, de tal modo que se podrá pensar que cualquiera de ellos es no ya devoto, sino superior a Marte. Y si ocurriera que a alguno le arrebatan el escudo o el casco, parecerá un botín que podría honrar al mismo Marte.

CAP. 4: *Qué conocimientos y preparación conviene que tengan los soldados, y que no está bien que estén desocupados; y acerca de Augusto, que mandó que sus hijas aprendieran a tejer la lana.*

Qué bien estuvo Escipión el Africano —como lo refiere Julio Frontino en el libro de las *Estratagemas*[25]— cuando, al ver el

[24] Ovidio, *Heroídas* I 31-32.35.
[25] J. Frontino, *Strategemmata* IV 1 § 5.

adornado escudo de uno de estos elegantes, dijo que no se admiraba de que adornara con tanto cuidado aquello en lo que ponía más esperanza de protección que en su espada. Pero es que no serías capaz de soportar la arrogancia de éstos, a no ser que les superes en paciencia. Porque, ni aunque seas discretísimo, podrás evitar el reírte de sus teorías.

¿Hubo alguien más afortunado o más grande que Octaviano Augusto? Aunque no tuvo hijos, los adoptó; y aunque para su gloria le podría bastar su noble apellido y la abundancia de bienes de herencia —mayor que lo que podrían usar—, fueron educados con tal diligencia como si no pudieran retener sus bienes o adquirir otros más que con su propio esfuerzo. Les hizo ejercitarse, para obtener los grados militares, en carrera y salto; hizo que aprendieran a nadar, a usar la espada a punta o mandoble, a arrojar la lanza, a tirar piedras a mano y con honda y cualquier forma de luchar que haya que sufrir o mantener. Sabía muy bien este prudentísimo y diligente emperador que

> el recipiente que se ha llenado una vez
> conservará el perfume largo tiempo[26].

Y que lo que los niños aprenden no sólo lo hacen de prisa, sino con mayor perfección.

De ahí que la disponibilidad militar en saltos y carreras ha de ser adquirida antes de que el cuerpo se emperece por la edad. Pues la velocidad que se consigue y se consolida mediante el ejercicio es lo que hace fuerte a un luchador. No importa tanto el que haya también otras muestras de aptitud y que sean de mayor o menor estatura. Dicen que Pirro le dijo al que le escogía los soldados: tú elígelos grandes, que yo los haré fuertes.

Con ocasión de la celebración de los juegos solemnes en Grecia frente al túmulo de Arquemoro, fue muy famosa la forma como Tineo Capaneo venció, porque

> en un cuerpo pequeño anidaba la máxima fuerza[27].

Salustio recuerda el cuidado que Pompeyo el Grande ponía en entrenarse, compitiendo con los más ágiles en saltar, con los más

[26] Horacio, *Epístolas* I 2, 69-70.
[27] Estacio, *Tebaida* I 417.

rápidos en correr y con los fuertes en el lanzamiento. Y no hubiera podido ciertamente medirse a Sertorio, de no haberse preparado —a sí y a los suyos— para las batallas.

No es pequeño el arte de retroceder, de atacar, de sorprender, porque con él se consigue que el soldado ataque al enemigo sabiéndose guardar de sus contragolpes. El ejercicio de nadar es utilísimo, tanto en batalla terrestre como naval, porque nadie sabe si se le ha de presentar la ocasión de huir del peligro de esa forma, y no podrá hacerlo si antes no lo aprendió. La utilidad de las armas arrojadizas es enorme, porque con ellas el enemigo es atemorizado o herido y, ejercitándose con ellas, aumenta la fortaleza de los brazos y se adquiere costumbre y destreza en el lanzamiento. La asidua práctica de tan magnífico ejercicio contribuía a que, en medio de la confusión de la batalla, se movieran con soltura e intrepidez los que en tiempo de paz habían sido formados tan cuidadosamente.

Se lee también que las hijas del citado Augusto fueron enseñadas a tejer para que si la fortuna —contra toda expectativa— las arrojara a una pobreza extrema, pudieran ganarse la vida con la utilización de las habilidades que aprendieron. Porque no sólo sabían, sino que ejercitaban con asiduidad el hilar, tejer, coser y trazar, cortar y confeccionar vestidos. Y ciertamente quien no permitía que las doncellas estuvieran ociosas, mucho menos iba a permitir que vagaran los soldados, cuya profesión está concebida para el trabajo. No creo que se gloriara del aspecto afeminado de los soldados aquel ante cuya presencia ni siquiera una hija se atrevía a comparecer más que con rostro serio y vestido adecuado.

Lucano, en un breve poema, elogio a Catón y a los soldados romanos, añadiendo, entre otras cosas, que para Catón ya era demasiado

> vestirse una toga áspera, que fuera mejor
> que lo que el ciudadano romano acostumbraba [28].

Y no lo hubiera dicho, a menos que el uso de una toga aún más áspera fuera la costumbre de los quirites.

Pero, hoy, no sólo visten de seda quienes viven en los palacios de los príncipes, sino incluso los que están en los campamentos

[28] Lucano, *Farsalia* II 386-387.

militares y van a la guerra de blanco, como quien va a bodas. Prefieren compararse a la antigua milicia en sus grandes privilegios, más que en imitar lo mucho de las virtudes militares que ignoran. Y aun esto sería tolerable, si no menospreciaran también del mismo modo las leyes divinas y humanas, de forma que, quieras que no, te viene a la cabeza aquella sátira:

> «Soy hijo de Dinómaca», dices, inflado de orgullo;
> «Soy bello»; sea, pero confiesa que cantas peor
> que la andrajosa Baucis cuando pregona sus verduras[29].

CAP. 5: *Dos son las cosas que fundamentalmente constituyen a un soldado, a saber, la elección para la milicia y el juramento.*

Con todo, para que no me creas enemigo de la milicia y pienses que extiendo los defectos de las personas individuales al oficio en general, voy a resumir su defensa ante cualquier ataque y lo justificaré con creces basándome en la autoridad de Dios. Porque esta profesión es tan laudable como necesaria, y nadie puede vituperarla sin faltar al respeto a Dios, por quien ha sido instituida. Repasa el Antiguo Testamento, y verás que las cosas son como te digo. Poco importa que algunos prevaricasen, porque no se les había impuesto una ley militar, o que otros, estrictamente hablando, no fueran soldados.

Si lees los libros —eclesiásticos o seculares— en los que se trata de cuestiones militares, encontrarás claramente que dos son las cosas que constituyen a un soldado: el ser elegido para ello y el juramento. Estas dos cosas son comunes a los que practican la milicia espiritual y la corporal. A aquéllos los llama la boca del pontífice para el ministerio del altar y el culto de la Iglesia; a éstos los elige la del jefe para defensa de la república. De entre qué oficios o procedencias y con qué cualidades hayan de ser elegidos para cada cada uno de ambos oficios, está dicho en los escritos de los mayores.

Pero como ahora tratamos de la milicia secular, oigamos lo que Vegecio Renato dice acerca de la elección de los soldados. Dice así:

---

[29] Persio, o. c. IV 20-22.

«En esto se cifra la salud de toda la república: que los reclutas que se elijan sean eminentes no sólo corporal, sino espiritualmente; porque las fuerzas del reino y el nombre de Roma descansan en el primer examen del candidato. No se considere este oficio cosa fácil o que la pueda realizar cualquiera, porque consta que fue estimada por los antiguos de manera muy principal entre tan variadas clases de valores. Porque la juventud, sobre quien recae la defensa de las provincias, debe sobresalir por las costumbres y por su vigor. La honestidad hace idóneo al soldado, y la vergüenza, al prohibírsele que huya, muchas veces le convierte en vencedor. ¿Para qué sirve adiestrar a un cobarde, o que viva en el campamento a fuerza de estipendios? Nunca fue útil en tiempo de guerra un ejército que falló en la selección y en la prueba de los reclutas.

Y por todo lo que nos enseñan la costumbre y la experiencia, de ahí vinieron tantísimas derrotas infligidas por los enemigos: cuando una larga paz produce incuria en la elección del soldado; cuando algunos inútiles se dedican a funciones civiles; cuando —por benevolencia o connivencia de los examinadores— son adscritos al ejército aquellos reclutas (de entre los señalados por la quinta) de los que sus señores se quieren desembarazar. Conviene, pues, que sean elegidos jóvenes idóneos por personas de talla y con gran cuidado.

Y cuando una cuidadosa elección haya sido aprobada, han de ser adscritos y asignados a la milicia los que se encuentren aptos para ella. Porque ha de pedírseles velocidad y vigor físico, y averiguar si son capaces de asimilar la disciplina de las armas y si tienen vocación de soldados. Porque hay muchos que, aunque en su aspecto no parezcan ineptos, luego en la práctica se manifiesten incapaces. Por tanto, han de ser excluidos los menos útiles y su puesto lo deben ocupar otros más duros. Pues en cualquier guerra vale más la fortaleza que el número» [30].

Para averiguar, estructurar y promover todo esto se necesita tanto la decisión como la prudencia del jefe. Pues los reclutas recibidos han de demostrar la teoría mediante los cotidianos ejercicios de armas, a fin de que puedan cumplimentar el duro oficio de la milicia, sea con armadura ligera o pesada, por tierra y por mar, en infantería o en caballería.

---

[30] Vegecio Renato, o. c. I 7-8. La cita, como ocurre con frecuencia, no es siempre del todo literal.

CAP. 6: *Sobre los males que nos ocurren por negligencia en la selección de los soldados y cómo se las ingenió Harold de Gales.*

La práctica de la disciplina ha caído en desuso, bien por el disfrute de una larga paz, bien como consecuencia de la molicie y del lujo (que quebranta el vigor del espíritu), bien por la cobardía de la juventud y la pasividad de los que en estos tiempos nos gobiernan. ¿Cómo vas a encontrar a alguien que pueda enseñar con eficacia lo que él mismo nunca aprendió?

> Ahora padecemos los males de la paz prolongada;
> la lujuria, que es peor que las armas, duerme con nosotros
> y se encarga de vengar al orbe vencido[31].

Repasas historias antiguas y modernas y verás claro que la corrupción de los pueblos, las guerras, las matanzas de hombres y toda plaga terrible acompañan o siguen siempre al lujo. Para no ir muy lejos en busca de ejemplos, los bretones de Snowdon están ahorra irrumpiendo y extendiendo sus fronteras y saliendo de sus cavernas y escondrijos de los bosques; ocupan la tierra abierta, atacando o tomando por sorpresa y destruyendo o robando para sí las plazas fuertes de nuestros nobles y jefes ante sus mismos ojos. Esto ocurre porque nuestra juventud,

> que disfruta de techo y sombra[32],

se cree que ha nacido para comer y para dormir hasta entrado el día, dando de lado el trabajo honesto para dedicarse al vicio, haciendo en todo momento lo que le viene en gana y familiarizándose más con las guitarras, liras, tamboriles y órganos en los banquetes que con las trompetas y tubas de los campamentos militares.

Donde falló o no hubo selección por parte del jefe, cesó o languideció la disciplina. Pues, cuando es necesario entablar batalla, confían poco en la armadura ligera y son torpes con la pesada. Con ésta van sobrecargados y no pueden perseguir al enemigo; con aquélla se acobardan, incapaces de llevarla por temor a ser heridos.

Y mientras nuestra juventud es educada, ellos despueblan nuestros confines; y, para cuando nuestros soldados se arman, el ene-

[31] Juvenal, *Sátiras* VI 292-293.
[32] Ib. VII 105.

migo ya ha desaparecido, y, como suele decirse, mientras el perro se despereza, ya se ha ocultado el lobo en sus recónditos escondrijos. No hay quien eche mano al enemigo en retirada, porque, con su impedimenta, el soldado no puede ni consigue nada contra el que se mueve más ligero. Y, sin embargo, éste no busca fortalezas hechas de muralla y foso, sino lugares que —aunque no igualmente conocidos— son tan accesibles a ellos como a nuestros soldados. Cierto que allí el enemigo se siente protegido, porque nuestros soldados no confían en su propio valor, sino en la protección de sus armas.

Cuenta la reciente historia de los ingleses que cuando los bretones, habiendo invadido Inglaterra, la estaban despoblando, el piadosísimo rey Eduardo (el Confesor) envió para luchar contra ellos al duque Harold, hombre muy entregado al uso de las armas y de gran prestigio por sus virtudes, y que hubiera podido dilatar su gloria y la de sus sucesores de no haber empalidecido sus títulos al intentar, a imitación de su maligno padre, hacerse pérfidamente con el reino. Pues bien, cuando se dio cuenta de la debilidad del enemigo, escogiendo —en pie de igualdad con ellos— un ejército ágil, pensó que podría luchar con ellos con armaduras ligeras, los pies bien calzados, petos de paja entrelazada, rodelas pequeñas para defenderse de las flechas, y —para el ataque— espadas o jabalinas, pisando los talones de los que huían para repelerlos

pie con pie, cabeza con cabeza[33]

y escudo con escudo. Habiendo, pues, entrado en Snowdon, devastó todo y, en una expedición que se prolongó por dos años, capturó a los reyezuelos y envió sus cabezas al rey que le había enviado; y, dando muerte a todo varón que halló (incluso a los pobres niños), pacificó la región a punta de espada y estableció una ley, en virtud de la cual, a cualquier bretón armado que saliere del límite prescrito (a saber, la fosa de Offa) los oficiales del rey le amputarían la mano derecha. Gracias a la energía de este duque, se desanimaron los bretones hasta tal punto, que todo el pueblo pareció desalentado y, por indulgencia de dicho rey, sus mujeres se casaron con ingleses. ¿Ves hasta qué punto la buena elección del jefe y el ejercicio de la juventud contribuyen al buen ser de la milicia?

---

[33] El autor cita a un poeta desconocido.

Cap. 7: *En qué consiste el juramento militar y cómo sin él no es lícito ejercer de soldado.*

Sin embargo, según antiguas leyes, a nadie se le daba el cinturón militar antes del rito del juramento. Pues, como se lee en Julio Frontino, fue en tiempo de los cónsules Lucio Flaco y Cayo Varrón cuando se comenzó a constituir soldados a partir del juramento; anteriormente los tribunos se limitaban a pedir dicho juramento, pero los soldados mismos se juramentaban entre sí para no desertar huyendo por miedo y para no abandonar las filas (si no era para recoger el arma, o para herir al enemigo, o para proteger a un civil.) Y a esto se le llamaba juramento militar; el cual se afianzó por la autoridad y la costumbre de los príncipes cristianos.

El contenido del juramento, según Vegecio, es el siguiente. Los soldados juran por Dios, su Cristo y el Espíritu Santo, y por la majestad del príncipe, que —según la voluntad de Dios— ha de ser amada y venerada. Porque, cuando alguien adquiere un principado legítimo, ha de serle prestada una devoción fiel, como si fuera a Dios presente y corpóreo, y un servicio permanente. Pues tanto el civil como el soldado sirven a Dios cuando aman fielmente al que reina, porque Dios le ha constituido rey. Juran, digo, que obedecerán con la máxima entrega todo lo que el príncipe mandare, no desertar jamás del ejército, ni incluso rehuir la muerte por el pueblo del que han sido hechos brazo militar. Una vez que prestaren tal juramento, les es dado el cinturón militar y los privilegios correspondientes.

Y de tal modo queda establecido que la elección y el juramento constituyen al soldado, que, sin elección previa, nadie se inscribe ni jura y, sin juramento, nadie recibe el nombre ni el oficio de soldado.

En el libro *Los oficios,* de Marco Tulio, se cuenta que Pompilio gobernaba una provincia en cuyo ejército era recluta un hijo de Catón. Y como Pompilio decidiera disolver una legión, despidió también al hijo de Catón, que en ella militaba. Pero como, por deseo de luchar, se quedara en el ejército, Catón escribió a Pompilio que si podía permanecer en el ejército, le obligara a un segundo juramento, porque habiendo sido desligado del primero, no podía luchar legalmente.

Y existe ciertamente una carta de Marco Catón el Antiguo a su hijo Marco, en la que le escribe haber oído que había sido despedido por el cónsul cuando era soldado en la guerra con los persas. Le advierte, pues, que tenga cuidado y no entre en batalla,

pues le niega que tenga derecho a luchar contra el enemigo quien no es soldado. Ya ves cómo un varón sapientísimo no consideraba soldado más que a aquel que se consagra a la milicia con juramento.

CAP. 8: *Que la milicia armada está necesariamente ligada a la religión, como la que —en el estado clerical— está consagrada al culto divino; y que el nombre de soldado es tanto nombre de honor como de trabajo.*

Pero repasa las palabras mismas del juramento y encontrarás que la milicia armada se articula, por necesidad de la profesión misma, con el servicio de la religión y del culto a Dios, no menos que la milicia espiritual; porque debe obediencia al príncipe y permanente servicio a la comunidad, lealmente y según la voluntad de Dios.

Por lo que, como arriba dije, los que no son elegidos ni han jurado, aunque puedan ser llamados soldados de nombre, no son en realidad más soldados que lo que son sacerdotes y clérigos aquellos a los que la Iglesia no llamó a las órdenes sagradas. Pues el nombre de soldado lo es tanto por el trabajo como por el honor. «Nadie se atribuye a sí mismo el honor, sino que sólo el llamado por Dios»[34] puede gloriarse del honor recibido.

Moisés y los jefes del pueblo fiel, cuando había que luchar contra los enemigos, elegían varones fuertes y enseñados en el arte de la guerra. Porque estas cosas condicionan la elección. El que, en cambio, se mete en la milicia sin haber sido llamado, está concitando contra sí la espada que por su propia temeridad usurpa.

Conculca un decreto eterno, porque «el que toma espada, a espada morirá»[35]. Y si, al hacerlo, acepta la autoridad de Cicerón, no merece ser llamado soldado, sino sicario. Pues en los escritos de los antiguos son llamados sicarios y ladrones los que manejan armas ilegalmente. Ya que las armas que no se usan según la ley, van contra ella.

La historia sagrada confirma que bastan dos espadas[36] en el imperio cristiano del evangelio; todas las demás son de aquellos

[34] Heb 5, 4.
[35] Mt 26, 52.
[36] Lc 22, 38.

que «con espadas y palos» [37] llegan para coger preso a Cristo y desean borrar su nombre.

¿Qué tienen, pues, de soldados los que, llamados por juramento, no obedecen la ley, sino que creen que la gloria de su profesión militar consiste en despreciar el sacerdocio, envilecer la autoridad de la Iglesia, extender el reino de los hombres de forma que el de Cristo se encoja, airear sus alabanzas, halagarse con falso renombre y ensalzarse ante el ridículo de los que les oyen, imitando al «miles gloriosus»? Estos sólo saben mostrar su fuerza atravesando al clero y a la inerme milicia con la lanza o con su lengua.

Ahora bien, ¿cuál es el recto uso de una ordenada clase militar? Proteger a la Iglesia, impugnar la perfidia, venerar el sacerdocio, defender al pobre de la injusticia, pacificar a la gente, derramar la sangre por los hermanos (como lo enseña el contenido del juramento) y, si fuera necesario, dar la vida. «Las alabanzas de Dios están en sus gargantas y las espadas de doble filo en sus manos, para ejecutar venganza entre las naciones e intimidar a los pueblos, para encadenar a sus reyes y a sus nobles con esposas de hierro» [38]. Pero ¿con qué fin? ¿Acaso para que sirvan a la vanidad, a la avaricia, a su veleidad? De ningún modo. Sino para que ejecuten contra ellos la sentencia decretada; en lo cual cada uno no sigue su propio criterio, sino el de Dios, los ángeles y los hombres, según la equidad y la utilidad pública. He dicho: para que ejecuten. Porque así como el juzgar es propio de los jueces, así el realizar ejecutando lo decidido es el oficio de éstos. Ciertamente «esta gloria es la de todos sus santos» [39]. Pues, haciendo esto, son santos los soldados y tanto más fieles al príncipe cuanto más cuidadosamente guardan fidelidad a Dios. Y tanto más útilmente promueven la gloria de su valor cuanto más fielmente buscan la gloria de su Dios en todo.

CAP. 9: *Que la fidelidad que se debe a Dios ha de ser preferida a la que se presta a cualquier hombre; y que no obedece a los hombres quien no obedece a Dios.*

No hay diferencia entre que un soldado milite a las órdenes de un creyente o de un infiel, mientras sirva sin violar su propia fe.

---

[37] Ib. 22, 52.
[38] Sal 149, 6-8.
[39] Ib. 149, 9.

Porque se lee que hubo creyentes que sirvieron como soldados a Diocleciano o a Juliano y a otros jefes impíos y les prestaron lealtad y reverencia como a príncipes, comprometidos en defensa del bien común. Lucharon contra los enemigos del Imperio, pero guardaron los mandamientos de Dios; y cuando alguna vez se vieron obligados a desobedecer a la ley, prefirieron a Dios antes que a los hombres. «Los príncipes se sentaron y los acusaron» [40], pero ellos se mantenían en la salvación de Dios hablando con firmeza y cumpliendo sus mandamientos sin confusión y con toda fe. También se cuenta que David militó para Aquis cumpliendo con fidelidad y reverencia de soldado.

Esta es la regla que debe prescribirse a toda milicia: que primero debe cumplirse sin mancha con la fidelidad debida a Dios, y luego con la debida al príncipe y a la comunidad. Y siempre las cosas mayores habrán de tener preferencia sobre las menores, porque la fidelidad al príncipe y a la comunidad política no han de mantenerse contra Dios, sino según Dios, como consta expresamente en el juramento de fidelidad.

Por eso me admiro mucho de que algún príncipe pueda confiar en aquellos que, aun obligados por el puramento militar (por no hablar de otras cosas), no guardan fidelidad a Dios. ¿Qué enfermedad mental padece quien piensa que le habrá de ser fiel aquel al que ve corrompido y pérfido contra el ser a quien más debe? ¡Ah, pero es que al príncipe le teme! Claro, y «si viene otro más fuerte» [41] le temerá más. Es que quizá ama al príncipe..., más amará a otro que se presente más benévolo y generoso. No hay lugar adonde no se vuelva el impío que prefiere el hombre a Dios; y no guardará la segunda fidelidad el que no mantuvo la primera.

Cap. 10: *Sobre los privilegios de los soldados y cómo están vinculados a la Iglesia por su juramento, y por qué se ofrece la espada ante el altar.*

Ciertamente, los privilegios militares son muchos y con carácter legal bien conocido de antiguo. Pues los soldados son más libres y gozan de muchas inmunidades. Exentos de trabajos obligatorios

[40] Sal 118, 23.
[41] Lc 11, 22.

o humillantes, pueden lícitamente ignorar las leyes, y aunque sirvan bajo patria potestad pueden disponer libremente de su peculio castrense, y lo que es más, no se permite que pasen necesidad, y así otras muchas cosas que sería largo contar.

Aunque haya quienes no parecen estar obligados respecto de la Iglesia por juramento solemne, porque ya en muchos sitios no se acostumbra a prestar, no hay nadie que no sea sujeto de obligaciones hacia la Iglesia en virtud de juramento expreso o tácito.

Y quizá por eso precisamente se ha dejado de hacer juramento solemne, porque la naturaleza misma de la profesión y la sinceridad de la fidelidad prometida invitan y conducen a todos a su cumplimiento. De ahí que cayera en desuso la solemne costumbre de que, el mismo día en que se recibía el cinturón militar, iba el soldado solemnemente a la iglesia y, habiendo depositado y ofrecido la espada sobre el altar, como quien ha profesado públicamente, se ofreciera a sí mismo y prometiera a Dios el perpetuo servicio de su espada, esto es, de sus obligaciones profesionales.

Y es que no se necesita confesar con palabras lo que parece intrínseco a la profesión militar por el simple hecho de serlo. ¿Quién va a exigir una profesión escrita de un hombre no letrado, que debe conocer más las armas que las letras? Los obispos y abades se obligan a la obediencia y a la fe con profesión escrita y hablada, y verdaderamente quedan obligados porque no está permitido mentir a Dios.

En efecto, más es y no menos lo que hacen los soldados, que no ofrecen un documento, sino la espada, y la rescatan del altar como primicia de su profesión; de donde se deduce que sirven perpetuamente a la Iglesia; pues así como pueden hacer mucho por ella, no les está permitido hacer nada contra ella. Cuenta Lucas que cuando los soldados se acercaron a Juan para ser bautizados, preguntándole: «Maestro, y nosotros, ¿qué tenemos que hacer?», les dijo: «A nadie extorsionéis y contra nadie levantéis calumnia; y conformaros con vuestro estipendio» [42].

«Afirmación cierta y digna de la mejor acogida» [43], como conviene al heraldo de la gracia, al pregonero de la verdad, al precursor del Señor. Sabía que la mano del soldado está pronta a las injurias, acostumbrada a las rapiñas, y que nunca o raras veces le

[42] Lc 3, 14.
[43] 1 Tim 1, 15.

basta lo propio de modo que no apetezca lo ajeno. Habiendo prohibido la extorsión, excluyó también las injurias y, eliminando las rapiñas excluía las calumnias. También alcanzaba a la avaricia cuando mandó que cada uno se contentara con su estipendio. Porque, como queda dicho, no debe pasar necesidad un soldado, al cual, mientras está sirviendo, se le da un sueldo y, cuando se le licencia, se le provee de campos o alimentos, hasta donde la necesidad lo exige, por cuenta del erario público.

CAP. 11: *Que los soldados han de ser más duramente castigados si, con desprecio de la ley militar, abusan de sus privilegios.*

Pero si, contra la prohibición de Juan y los preceptos de la ley, cae en hurtos y rapiñas, ha de ser más duramente castigado, como quien siempre manejó el acero y se movió en la dureza; así ha de ser reprimida su audacia, para que aprenda en sí mismo con cuánta severidad han de ser alcanzados los que conculcan la ley que habían prometido defender. Pues así como la milicia goza de muchas inmunidades y superiores privilegios, así ha de someterse a penas más acerbas si resulta convicta de haber desmerecido de tales privilegios. Y aquí no vale alegar ignorancia de la ley, pues aunque se le permita esto respecto de las leyes públicas, no debe ignorar sus deberes. Pues aunque el sacerdote ignore la dificultad de su profesión en el momento de su ordenación, el mero hecho de tomar posesión sin contradicción de un oficio oneroso le obliga a soportar las cargas del sacerdocio recibido. Si las descuida o las quebranta, más gravemente ha de ser castigado. Porque tanta mayor pena merecen los culpables de crimen, oculto o manifiesto, cuanto mayor honor se les debía.

Sin embargo, los crímenes han de ser castigados de forma diferente a los excesos, porque aquéllos conllevan normalmente pena de sangre, mientras que éstos, según la calidad del delito, exigen un cuidado casi terapéutico. Este es a veces sencillo, pero otras debe ir acompañado de cierta dureza.

Sin embargo, si en cualquier profesión es necesaria la disciplina, en ninguna tanto como en el clero y en la milicia. Pero esta última, que se ejercita menos en espíritu, ha de ser más duramente castigada en el cuerpo.

Nada hay que vaya más contra ambas que el lujo, porque toda intemperancia es muy contraria a la ordenación. Ahora bien, donde no hay orden tiene su lugar la confusión, y, a menos que sea reprimida con el estímulo de la corrección, conlleva a no dudar una ignominia inevitable. ¿Qué hará con fortaleza el que por el lujo y la intemperancia ha sido no tanto desarmado cuanto desposeído de ánimo?

Refiere el libro cuarto de las *Estratagemas,* de Julio Frontino, que Publio Escipión, en Numancia, corrigió a aquel ejército corrompido por la negligencia de sus anteriores jefes, expulsando en número ingente a la chusma de criados y obligando a los soldados a realizar sus ejercicios cotidianos, y que les prescribió marchas obligándoles a llevar comida para varios días con el fin de que el soldado se acostumbrara a padecer fríos y escarchas y a atravesar los vados a pie. Entre tanto, el jefe les increpaba por su falta de ánimo y su cobardía y destruía toda la impedimenta de uso delicado como poco necesaria para aquella expedición. Notable entre todas las cosas la que le ocurrió al tribuno Gayo Nummio, al que se cuenta que Escipión le dijo: «A mí me importas poco; pero para ti y para la república serás siempre una calamidad.»

De modo semejante, durante la guerra contra Yugurta, Quinto Metelo restituyó la disciplina perdida con severidad similar, prohibiendo a los soldados incluso que comieran la carne de otra forma que fuera cocida o asada.

Filipo, al comienzo de la formación del ejército, prohibió a todos el uso de vehículos, a los caballeros no les permitió tener más que un escudero, y a los infantes, un hombre para cada diez que llevara las cuerdas y los amoladores de grano. A los que tenían que partir en verano les mandó llevar a cuestas harina para treinta días.

Cayo Marió, para reducir la impedimenta que es el mayor lastre de un ejército en marcha, ordenó que el bagaje personal fuera en un atadijo colgado de una horca, con el fin de que soportaran mejor el peso y fuera también más fácil el descanso. De donde nació el proverbio: «Los soldados de Mario son mulos» [44].

---

[44] Sin embargo, el texto (en la edición de Webb) dice «multi» (en vez de «muli»), con lo que la frase diría literalmente: «Muchos son los soldados de Mario», aunque siga aludiendo irónicamente a los «milites Mariani» de que también hablan otros autores. Ponen también «multi» los mejores códices de Frontino, o. c., de cuyo libro IV están tomados los ejemplos del texto en este capítulo.

Lisandro el Lacedemonio estaba castigando a uno que se había salido del camino. Y como se defendiese diciendo que no se había apartado de la formación para robar nada, le respondió: «No quiero que ni siquiera des ocasión a que eso se piense.»

Publio Nasica, durante la invernada, aunque no necesitaba utilizar una armada, les mandó construir naves para que no se desmoralizaran los soldados a causa de la pereza o se pelearan entre sí con ocasión del ocio.

También relata Frontino, entre otras muchas cosas notables, que los casilinos, cercados por Aníbal, padecieron tanta carestía, que se cuenta que un ratón llegó a venderse en cien denarios, que el vendedor murió de hambre, pero que el comprador sobrevivió y, a pesar de tanta estrechez, guardó fidelidad a los romanos.

Los petilinos, asediados por los cartagineses, hicieron salir a sus padres y a sus hijos a causa de la carestía, pero ellos llegaron a aguantar once meses de asedio manteniendo la vida con cueros humedecidos y secados al fuego, hojas de árbol y toda clase de animales.

Lo mismo sufrieron los hispanos fabrenses, pero no entregaron el fuerte Herculeio. Cuando Mitrídates luchaba contra Cizio, cogió a los cautivos de esta ciudad y los mostró a los sitiados, pensando que por piedad hacia los suyos se verían compelidos a rendirse. Pero ellos, exhortando a los cautivos a recibir animosamente la muerte, guardaron fidelidad a los romanos. Los eglonienses, como les fuera ofrecida por Viriato la devolución de sus hijos y cónyuges, prefirieron ver el suplicio de sus rehenes antes que faltar a los romanos. Los numantinos, para no entregarse, prefirieron morir habiendo clavado las puertas de sus casas, y, según Orosio, hubieran vencido a los romanos de no haber luchado éstos bajo las órdenes de Escipión.

CAP. 12: *Que hay varias clases de castigo para los que desobedecen a su jefe, y hasta qué punto es debida la obediencia; y respecto de qué órdenes es competente la jurisdicción militar y en cuáles no.*

En lo que se refiere a los castigos de los que no obedecían la orden del jefe o de la ley se procedía de distintas maneras: unos

eran castigados en sus bienes, otros en la fama y otros con su sangre. Relee a Frontino y verás hasta qué punto esto era cierto.

Pues el cónsul Aurelio Cotta, habiendo ordenado —forzado por la necesidad— que la caballería se acercase para luchar y parte de ella desoyese la orden, hizo una reclamación ante los censores y consiguió que los culpables fueran reprendidos por el Senado; obtuvo además que no se les pagasen los atrasos; los tribunos de la plebe, por su parte, acudieron por la misma causa al pueblo, y así, con el consenso de todos, se restableció la disciplina. Quinto Metelo Macedónico, en España, a cinco cohortes que habían cedido ante el enemigo, las envió a recuperar el terreno, habiéndoles ordenado previamente que hicieran testamento y amenazándoles no devolvérselo más que después de la victoria. El Senado, como los soldados de Publio Valerio hubieran huido, decretó que no se les enviarían auxilios a no ser que vencieran, y en cuanto a las legiones que durante la guerra púnica se negaron al servicio militar, fueron desterradas a Sicilia por siete años y, por orden del Senado, no se les dio a comer más que cebada.

Por sentencia de Appio Claudio y del Senado, a todos los soldados de caballería que habían sido hechos prisioneros por Pirro, rey de Epiro, y después dejados en libertad, se les pasó a infantería, a los infantes se les pasó a soldados de infantería ligera, y a todos se les mandó acampar fuera del recinto hasta que cada uno trajera los trofeos de dos enemigos.

Esto dice Frontino. Pero Plinio[45] asegura que también existió desde antiguo esta reprensión militar: ordenar, como señal de infamia, abrirse las venas y derramar sangre. Aunque no pudo encontrar la razón de ello en los documentos antiguos, piensa que al principio se hacía en el caso de soldados que se quedaban como aletargados y sin ser lo que eran, de forma que aparecía más como una medicina que como un castigo; pero cree que después, por delitos normalmente diferentes, se practicó ya por costumbre, como si todos los que delinquían contra sus obligaciones profesionales parecieran poco sanos. En cambio, el castigo por una culpa leve no tenía ese carácter ignominioso, aunque, para mantener el rigor de la disciplina militar, ni siquiera ésta se pasara por alto.

También es cosa muy conocida que los antiguos griegos llevaban un anillo en el dedo anular de la mano izquierda.

También los varones romanos usaron de ese modo anillos; y la causa de ello la explica Apión en los *Libros Egipcíacos*; a saber,

---

[45] No es Plinio quien lo dice, sino Gelio, *Noches Áticas* X 8.

que en los cadáveres cortados y abiertos —según su costumbre—, a los que los griegos llamaban «anatomas», se encontraba cierto nervio finísimo, que, procedente de este solo dedo del que hablamos, llegaba y tocaba el corazón del hombre; y les pareció que ese dedo sobre todo debía ser adornado, por parecer que contenía y estaba conectado con el principado del corazón. De ahí que se pensara que los soldados que faltaban a sus deberes profesionales, debieran ser curados o castigados como si no tuvieran corazón.

Volviendo a Frontino[46], se cuenta que (según Sempronio Asello y muchos otros escritores de historia romana) Craso tenía cinco cosas buenas que consideraba las mayores y más importantes: que era riquísimo, nobilísimo, elocuentísimo, gran conocedor del derecho y pontífice máximo. Pues bien, éste, una vez conseguido el gobierno de Asia durante su consulado, cuando se preparaba para asediar y asaltar Leucas, como fuera necesario conseguir una viga sólida y muy grande para quebrantar la muralla de los asediados, escribió a Magno Cayo (alcalde de los atenienses, socios y amigos del pueblo de Roma) para que de dos mástiles que había visto que tenían, procurara enviarle el que fuera mayor. Entonces Magno Cayo, sabiendo para qué quería el mástil, no le envió el mayor, como Craso había ordenado, sino el menor, porque pensó que era más idóneo y apto para construir el ariete y más fácil de llevar. Craso le mandó llamar, y habiéndole preguntado por qué no había enviado el que él había pedido y dejando de lado las causas y asuntos que estaba tratando, mandó que le desnudasen y le apaleó fuertemente, considerando que se corrompía y disolvía toda la función del que manda cuando alguno responde a lo que le es mandado, no con la obediencia debida, sino con un criterio personal que nadie le ha pedido.

¿Qué más, pregunto, podría decir un severo abad a un monje de estrecha observancia? Sólo había faltado en no obedecer al mandato, aunque probablemente era más útil en realidad lo que hizo. Porque así como a los que siguen la vida religiosa no les está bien discutir los mandatos de los prelados (en tanto no vayan contra la ley eterna), sino cumplirlos, así como en la milicia no se permite ninguna discusión del soldado respecto de las órdenes del jefe, a no ser que lo que se mande se vea que es manifiestamente contrario al bien común. Porque, en ese caso, sólo obedece el soldado impío e infiel. ¿Qué puede haber más inicuo y detestable que em-

[46] No vuelve a él, sino que continúa con Gelio, o. c. I 13 §§ 29-30.

prender sin más lo que el emperador ordena, sin respeto a la fidelidad? ¿No suena lo que sigue para todos como una palabra fuerte, cruel y llena de perfidia?:

> Si tú me ordenas clavar una espada en el pecho de mi hermano,
> en la garganta de mi padre o en las entrañas de mi esposa encinta,
> todo lo hará mi mano, aunque sienta repugnancia;
> si me mandas montar los campamentos sobre las olas del etrusco Tíber,
> vendré con audacia a los campos hesperios para establecerlos;
> todos los muros que quieras abatir a ras de tierra,
> los hará desplomarse el ariete accionado por mis brazos;
> y cualquier ciudad que tú ordenes será aniquilada,
> aunque fuera Roma[47]?

¿Qué pudo decirse con mayor malignidad y por lo que más ofendido debiera sentirse el emperador romano si fuese creyente? Porque ese mal soldado intentó probar su fidelidad de una forma que precisamente lo ponía en evidencia como infiel y pérfido. Por supuesto, se debe gran respeto al que manda, pero siempre salvando la santidad de la fidelidad.

Hay algunas cosas tan necesarias que no requieren una orden; y otras tan detestables que ninguna orden las justificaría o las haría permisibles. Las otras cosas intermedias entre ambas, que ni son necesariamente buenas ni malas, quedan a la discreción del que manda. Lo consienta o no el príncipe, Dios debe ser amado partiendo de la obligación de hacer lo que está bien. Lo consienta o no el príncipe, se debe rechazar el adulterio por su misma maldad. Pero luchar o no luchar, salir o no salir y todas las cosas que los filósofos juzgan indiferentes, conciernen a la diligencia y discreción del que manda. En estas cosas, aun el pestañear puede ser un crimen, o el levantar la mano irreverentemente por criterio propio, para coger cualquier objeto, puede ser una falta. Hágase ciego el súbdito en estas cosas si quiere vivir, porque quien por su propio criterio pusiera cualquier día la mano temerariamente en el árbol de la ciencia[48] que el Señor se reserva para sí y para sus prelados, incurre en una trampa mortal. No compete a los súbditos determinar qué es bueno o malo en tales cosas, sino mostrar a los superiores total respeto y fiel obediencia a las órdenes.

---

[47] Lucano, o. c. I 376-378, 381-386.
[48] Cf. Gn 2, 17.

En todas estas cosas que se refieren a la vida pública *(ad statum publicum),* al soldado no le es permitido intentar hacer nada que no esté apoyado por mandato del jefe o por el margen de autonomía que él decida. Por eso, los que con desprecio de sus jefes o sin esperar la orden atacaron al enemigo y consiguieron victoria, normalmente, no tanto alcanzaron la gloria como el castigo de su temeridad o de su negligencia. ¿Pues qué merecerá el que huye o deserta de su puesto, si, por causa de la disciplina militar, aun el triunfador es castigado con tanta severidad?

En las *Estratagemas* de Julio (Frontino) se halla que Clearco, jefe de los lacedemonios, dijo que el general ha de ser temido por el ejército más que el enemigo, porque el que luchando sólo tenía que temer una muerte posible, desertando de su puesto le esperaba ciertamente la ejecución.

Lucio Papilio Censor mandó azotar y decapitar a Fabio Ruptilio, jefe de la caballería, por haber luchado contra sus órdenes incluso victoriosamente; y no cedió al malestar ni a las súplicas de sus soldados, y le persiguió cuando huía a Roma. Y ni aun entonces se libró del temor de la muerte hasta que él y su padre se postraron de rodillas y se lo pidieron el propio Senado y el pueblo.

Y para que no pienses que esto lo hizo por un resentimiento preconcebido, Mallio, al que después se le dio el sobrenombre de Imperator, a su propio hijo, por haber entrado en batalla contra la orden expresa del padre, y a pesar de resultar vencedor, lo hizo azotar y decapitar a la vista del ejército. La disciplina militar fue, sin embargo, necesaria para la comunidad y beneficiosa para todos, hasta el punto de que el joven Mallio, cuando se estaba preparando en favor suyo un levantamiento del ejército contra su padre, dijo que nadie era tan importante como para que por él se quebrantara la disciplina militar, y consiguió que soportaran el que él fuera castigado. Apio Claudio mandó diezmar, matándolos a palos, a los soldados que habían retrocedido de su puesto. Fabio Rutilio, cónsul de dos legiones que abandonaron su puesto, mandó sacar a suerte veinte hombres por cada una y los mandó decapitar en presencia de los soldados. Y también condenó a la decapitación a tres hombres por centuria de las dos que se habían dejado sorprender por el enemigo. Quinto Fabio Máximo cortaba la mano derecha de los desertores. Marco Catón cuenta que a los sorprendidos cuando estaban robando a sus compañeros se les cortaban las manos, o si aplicaban mayor benevolencia, se les hacía derramar sangre si era la primera vez. El amotinamiento era castigado con la decapitación, pero administrada según la prudencia del jefe, de forma

que con el castigo de unos pocos se consiguieran la seguridad y tranquilidad públicas. Julio César, según se lee, en una sedición de soldados, tranquilizó los campamentos con la ejecución de algunos y restableció la fidelidad del ejército.

Cap. 13: *Por qué los soldados son castigados con la pérdida del cinturón militar, y que un soldado deshonrado no puede manejar la espada o la lanza, y por qué la espada está inserta en el cinturón.*

Ocurre a veces que, por sus culpas, los soldados se ven privados del cinturón militar, sobre todo en caso de sacrilegio. Pues está establecido por el antiguo derecho, y no abolido por el nuevo, que quien contra el juramento militar luche contra la religión que profesa, sea castigado con la pérdida del cinturón.

Dicen que con este decreto Julio César controló a sus soldados, cuando habiendo entrado en Roma no se les permitió despojar a los hombres ni a los templos de los dioses; lo que luego, cuando la revuelta aumentó, le atrajo reproches. Porque los que se habían comprometido con el juramento militar a defender a las divinidades y a los ciudadanos romanos no podían luchar contra ellos.

Así hizo también Cayo Curio en la guerra de los Dardanelos, junto a Dirraquio; cuando vio sublevarse a una de las cinco legiones, mandó que desarmada y sin cinturones desfilara ante el ejército armado; les obligó a cortar paja y al caer el día les obligó a cavar trincheras, también sin cinturón; y no se pudo conseguir de él, mediante ninguna intercesión de la legión, que desistiese de abatir sus estandartes y borrar su nombre; a los soldados los distribuyó entre las otras legiones, aumentando sus contingentes.

Y a los que se les privaba de cinturón militar no se les restituía, sin que antes hubieran demostrado ante los demás sobresalientes méritos de valor. Los soldados que se habían retirado de la batalla de Cannas y habían sido relegados a Cilicia pidieron al cónsul Marco Marcelo ser conducidos al campo de batalla. El consultó al Senado, y el Senado dijo que no le agradaba que se encomendara el bien de la república a los que tan mal la habían servido. Con todo, permitieron a Marcelo que hiciera lo que le pareciera, pero prescribiéndole que mientras los cartagineses estu-

viesen en Italia, ninguno de ellos tuviera cargo alguno ni se les diera ningún premio ni honor o volvieran a establecerse en Italia.

Además, cuando están despojados del cinturón, ni se les paga, ni gozan de privilegios militares, ni pueden usar la espada o la lanza. Y por ello, por acertada decisión de nuestros mayores, la espada está inserta en el cinturón, para que cuando se confiere el honor del cinturón, se entienda también que quede conferida la potestad de usar la espada misma.

Y con razón es adornado por el cinturón quien entra en la milicia, porque la naturaleza de su misión exige que esté dispuesto a llevar las cargas de la república. Pues el que se ciñe lo hace porque se dispone a actuar y, en cambio, al que se le licencia le es permitido andar sin cinturón; de ahí aquello del libro de los Reyes: «No se gloríe de igual modo el que se ciñe como el que se desciñe» [49], porque la preocupación por el trabajo inminente no permite gloriarse, y la libertad del ocio y la seguridad del descanso muchas veces produce arrogancia. Así, pues, el cinturón es símbolo de trabajo y el trabajo merece honor, para que quede claro a todos que quien se niega al trabajo preceptuado para el soldado, en vano lleva el honor de la espada en el cinturón militar. Pero la significación del cinturón se rompe a no ser que el trabajo dé fuerza y consolide su credibilidad. Verás a muchos inflados con el honor del cinturón, pero, salvo que a ese cinturón le dé contenido un trabajo meritorio, será lo mismo que el que vende espuma como si fuera una sustancia sólida. Por tanto, quien abuse del poder que se le ha concedido merece perder el privilegio, y siendo ambas cosas malas, el pecado, como suele decirse, es más grave que el delito.

Pues delinque el que no cumple con su obligación, pero peca abiertamente el que comete lo contrario. Pues lo negro se opone a lo blanco más que a lo no blanco, y la tristeza pugna más con la alegría que la esperanza o el temor, que ni son una clase de alegría, ni se oponen frontalmente a ella.

Y en lo que concierne al cinturón, tanto abusa el que no cumple lo que por razón del juramento conviene hacer, como el que directamente lo conculca. Pero delinque más gravemente el que lo impugna, lo mismo que el verdadero enemigo es más odioso que el soldado cobarde. Por tanto, el que con las armas militares ataca

---

[49] 1 Re 20, 11.

a la comunidad política y a su mano desarmada, con toda justicia pierde autoridad, como uno que se hubiera convertido en enemigo.

Pero con preferencia a todos los demás, los que con mayor gravedad son tocados por el derecho divino y humano son los sacrílegos y los que con diversas turbulencias luchan contra la Iglesia de Dios; a ellos la ley no los castiga con la pérdida de la mano derecha, sino que les irroga la pena capital. Aunque Cicerón y Demóstenes asumiesen su protección, aunque en su defensa aguzara su lengua y consumiera todo su ingenio Quintiliano, mientras estén vigentes las leyes —lo que después de Dios está en manos de los príncipes—, no podrán defender su cabeza ni su fortuna sin ser heridos por los suplicios que la ley determina.

Y si el príncipe no desenvainara su espada contra ellos, sin duda está volviendo contra sí mismo «la espada de dos filos» [50] que el Hijo del Hombre lleva en su boca, espada viva y eficaz que hiende el cuerpo y envía el alma a la gehenna; en comparación de la cual toda espada está mellada y toda armadura es frágil, deleznable y débil, con excepción de la que la gracia forja en la fábrica de los buenos méritos.

Hay muchos, sin embargo, que parecen proclamar con el clamor de sus malas obras que cuando ofrecieron su espada sobre el altar con el propósito de consagrarse al servicio militar, lo que se proponían era declarar la guerra contra ese altar, contra sus ministros e incluso contra el mismo Dios a quien allí se da culto. Más bien me inclino a pensar que éstos, más que consagrados a la legítima milicia, están malditos para la milicia.

CAP. 14: *Que la disciplina militar es muy provechosa y qué es lo que más quebranta la milicia.*

Por tanto, es necesaria la disciplina militar, cuya utilidad no es fácil de ponderar. Como queda dicho, a los romanos les sirvió de tanto, que con ella sometieron el mundo. El mismo Alejandro de Macedonia recibió de su padre un ejército pequeño, pero adiestrado, con cuya pericia, arremetiendo contra todo el orbe, disolvió innumerables fuerzas enemigas.

Jerjes, humillado en las Termópilas por trescientos espartanos, cuando al fin, con una infinita superioridad numérica y después

[50] Ap 1, 16; Heb 4, 12.

de haber perdido a muchos de sus hombres, los hubo destrozado, decía que se sentía decepcionado porque tenía muchos hombres, ciertamente, pero varones tenazmente disciplinados, ninguno. Bien lo comprendió y de ello es prueba la vergonzosa fuga con la que en Salamina fue derrotado él, que tantas gentes había traído a la guerra que ni podían ser contados sus jefes y, sin embargo, apenas ninguna nave pudo escaparse. Se dice que, a causa de su gran número, no solía contar a sus generales más que recibiendo de cada uno de ellos una flecha, para que contando éstas se tuviera el número total.

Pero es completamente inútil el general en cuya unidad no hay disciplina; y en vano espera vencer el que no ejercita constantemente el espíritu y el vigor de los soldados. El soldado precipitadamente reclutado, abandona rápidamente al jefe, y no puede aguantar el trabajo el que no lo practica con continuidad. El ánimo de César se vio consolidado por la confianza de tener que habérselas contra soldados inexpertos mandados por un jefe envejecido y a quien un largo período de paz había hecho olvidar su capacidad de mando.

Pero, incluso cuando no se puede esperar la victoria, hay que animarse con la esperanza de la venganza. Ocurre a veces

> que la única salvación consiste en no esperar ninguna [51],

y que crean que resultan vencedores si consiguen vender cara su sangre. Porque el saciarse con la venganza vale más que un gran premio; y el dispendio de la vida sólo se compensa con la satisfacción de la venganza. Fácilmente asume la lucha por necesidad el que huyendo ve cerradas sus salidas. Son más audaces los que inician la guerra, pero muchas veces son otros los que tienen la suerte de vencer cuando lo único que desean es morir honrosa y virilmente. Porque «a los atrevidos les ayuda la suerte» [52] y, cuando se acerca el momento de la decisión en la batalla,

> los ánimos cobardes se desfondan por el miedo [53],

que es lo más ignominioso para los que profesan el nombre y oficio de militares. Pues a los cobardes los hiere gravísimamente la ley militar.

---

51 Virgilio, *Eneida* II 354.
52 Virgilio, o. c. X 284.
53 Virgilio, o. c. IV 13.

El jefe militar ha de precaverse también con mucho cuidado,

> para que el vino y las mujeres no debiliten a sus valientes [54].

Pues siempre vence la molicie, pero sólo a aquellos que previamente ha corrompido; y con tanto más empeño ha de huirse de ella, cuanto más se ceba en su clientela. Antíoco dotó a su ejército de tanto lujo y superfluidad, que aun los soldados de infantería calzaban sandalias doradas, pisando el material por cuyo deseo luchan los pueblos.

Los partos son vencidos muchas veces porque son muy refinados. Pues

> cuanto más avanzas hacia el Sur y el calor del trópico, la clemencia del cielo ablanda a los pueblos [55].

Los partos no luchan cuerpo a cuerpo, sino que, en cuanto les es posible, tratan de herir al enemigo a distancia. No saben vencer a las ciudades sitiadas a base de paciencia y fuerza. Luchan a caballo, corriendo de espaldas y a veces simulando la huida. Las señales, según sus antiguas costumbres, no las hacen con trompa, sino con tambor; y no pueden luchar mucho tiempo, pues serían intolerables si tuvieran tanta perseverancia como ímpetu. Callados por naturaleza, más prontos a hacer las cosas que a decirlas, parcos en el comer, incumplidores de lo dicho o prometido, obedecen a sus príncipes no por reverencia o por religión, sino por miedo.

Pero un principado corrompido por el lujo no puede sostenerse mucho tiempo o, si subsiste, acaba por vomitar, oprimido por el juicio de Dios, cuanto tragó por la inmoderación de su suntuosidad. Pues no se sabe moderar ni reprimir la intemperancia a la que por negligencia se dejó arrastrar hasta llegar al fondo de la torpeza.

Considera las calamidades de los asirios y te convencerás, por el testimonio de las historias, que sus reinos se vinieron abajo a impulsos de la disolución. Entre otras cosas refiere Trogo [56] que Sardanápalo, último rey de los asirios, reinó como un varón más

---

[54] Ovidio, *Fastos* I 301 (ligeramente cambiado).

[55] Lucano, o. c. VIII 365-366.

[56] Estas y otras anécdotas del capítulo están tomadas de Justino, *Epitome Historiarum Philippicarum Pompei Trogi.*

corrompido que una mujer. Cuando consiguió verlo (cosa que a nadie le había sido antes permitida) un gobernador que deseaba con gran interés ser admitido a su presencia, lo encontró entre una turba de rameras tejiendo con la rueca un paño de púrpura, vestido de mujer (pues sobrepasaba a todas las mujeres en afeminamiento y en ojos lascivos) y distribuyendo las tareas en el gineceo. Visto lo cual, indignado de que tantos hombres de armas estuvieran sometidos a tal mujer, fue a sus compañeros y les contó lo que había visto. Dijo que no podía obedecer al que prefería ser mujer a varón. Arma, pues, una conspiración y, habiéndolo oído Sardanápalo, se encerró en sus habitaciones regias y, después de preparar y encender una pira, se echó al fuego con todas sus riquezas. Sólo en esto pareció hombre.

Y es que el vigor de los reyes sus precedesores estaba ya reblandecido por el lujo; después fue creciendo la molicie gradualmente de uno en otro, hasta que en este último dicho vigor quedó totalmente afeminado, destruido y disminuido.

El Imperio romano estuvo a punto de disolverse y partirse bajo el reinado de Nerón, cuya gula devoró casi todo, el placer lo manchó, la avaricia lo vació, la cobardía lo quebrantó y el lujo lo aniquiló. Este (Nerón) nunca se vistió dos veces el mismo traje, para que su gloria luciera de forma singular por lo menos en algo. Pero mientras Roma lo permitió, ensombreció la gloria de todo el orbe; lo que ella había conseguido con la industria de los demás, casi lo perdió por la pereza de éste.

Cap. 15: *Que los romanos precedieron a los demás en disciplina, y, entre ellos, Julio César se destaca sobre todos.*

Pero cuando rebusco ejemplos de todos los pueblos, resplandece entre todos la disciplina de los romanos. También puede leerse que los mesios sobresalieron en disciplina, y así, con su escaso número, desbordando sus fronteras, se atrevieron a luchar contra los romanos por el dominio sobre los otros pueblos. Puede colegirse su bravura de las palabras de uno de sus jefes, cuando iban a luchar contra los romanos; «¿Quiénes sois vosotros?», preguntó ante

el ejército, habiendo pedido que se le escuchara. «Somos los romanos, señores de las naciones.» Y él dijo: «Así será si nos venciereis.» Se combatió con fiereza y vencieron los romanos, más numerosos, más fuertes y más adiestrados, pero con muchas bajas, porque habían luchado contra un pueblo disciplinadamente enseñado. Porque en todas las cuestiones militares no hay nada más útil ni más glorioso que un general bien formado. Pues el valor y el talento del jefe se corresponde con la eficacia del ejército, de la misma forma que —como el proverbio asegura— el segundo varal de la escalera es complementario del primero. La Antigüedad atribuyó los triunfos de César más a él, como jefe, que al ejército.

Pues como dice Solino: «Lo que brillaron Senecio y Sergio entre los soldados, así brilló el dictador César entre los generales, más aún, entre todos los hombres.» Nimias contó hasta ciento treinta y dos mil enemigos muertos en sus campañas. Luchó en cincuenta y dos batallas, sobrepasando él solo a Marco Marcelo, que había luchado en treinta y nueve. Y además nadie escribió tan rápidamente ni leyó más aprisa; se dice que dictaba cuatro cartas al mismo tiempo y estaba dotado de tal benignidad, que a los que vencía con las armas los derrotaba todavía más con su clemencia.

CAP. 16: *Qué clase de males provienen a los nuestros de la indisciplina.*

Pero ¿por qué recuerdo y le doy vueltas al valor de los antiguos? Nuestros días han sido desastrosos y casi nos han conducido a la ruina, hinchados de honores sin saber lo que el honor cuesta, deleitándose con la vanidad de los hombres y despreciando la verdad y el meollo de la realidad...

El aventurero, el farsante y, lo que es más de admirar, los tontos y los que nunca afrontaron empresas viriles ni tuvieron cargos notables (ya que consideran que si tienen la barba espesa y la piel curtida no valen para los actos lascivos), éstos son los que se hacen soldados, presumen de ser oficiales y generales y se creen a sí mismos jefes y doctores de un oficio que nunca aprendieron.

Ciertamente nunca logró el valor extender tanto un imperio que éstos no sean capaces de reducirlo de nuevo y debilitar su fuerza.

«Si no me crees a mí, cree a las obras» [57]. Da vergüenza contar lo que el mero aguantarlo constituye un dolor y una ignominia. Mientras nuestros soldados roncan, mientras asaltan la castidad ajena y prostituyen la propia, mientras andan en torno a las casas nobles y se arriman a los banquetes para atiborrarse, mientras largan vacías alabanzas y palabras rimbombantes, matando sin sangre a sarracenos y partos o cualesquiera otros enemigos cuyos nombres se les ocurran, mientras esto hacen nuestros fanfarrones soldados, se subleva el indómito Snowdon, los desarmados bretones se crecen y casi obligan a rendirse y convierten en tributarios a esos que se llaman condes palatinos y presumen de llevar sangre de reyes. No hay quien quiera luchar o que quiera, con igualdad de armas, medir su valor con ellos.

Aunque están armados, quieren atraer a los enemigos inermes a campo abierto, pero ninguno de los nuestros los persigue a los bosques, porque desconfían del propio valor. Ojalá recordaran lo que cuenta de los cisalpinos la historia romana, que dice así [58]: Los moradores cisalpinos tenían ánimo de fiera y cuerpos sobrehumanos; pero la experiencia enseñó que su valor en un primer ímpetu era más que de varón, pero en seguida menor que de mujer. Porque sus cuerpos alpinos, crecidos bajo aquel húmedo cielo, tienen algo semejante a sus nieves; en cuanto se enardece la lucha se van en sudor, y con el más mínimo movimiento se derriten, como bajo la acción del sol. Por otra parte, la fiereza de los pueblos alpinos se pone de manifiesto también en sus mujeres, que al faltar las flechas enviaron a sus propios hijos, que yacían afligidos en el suelo, contra los soldados que avanzaban amenazantes.

Si fueran así los que luchan contra Snowdon, sin duda vencerían. Pero, como dice Amencio [59], no hay quien haga lo que hay que hacer, esas cosas hacia cuya realización la fortuna impulsa casi espontáneamente.

Ahí está esa barbarie, inepta para la guerra y desarmada, agrediendo, despoblando y desarmando a un territorio armado. Y los que en su casa se mueren de hambre, al retirarse nuestros soldados, se sacian con lo que es nuestro y con ello se dan el lujo de una orgía. ¿O es que acaso no se retira el soldado que no hace retroceder a un enemigo que se le echa encima?

---

[57] Jn 10, 38.

[58] Siguen unas citas no literales de Floro, *Epitome* I 20 (IV 4 §§ 1-2) y II 22 (IV 12 § 4).

[59] No se sabe exactamente quién es este Amencio.

Si ni siquiera el amor patrio y los daños padecidos, ni la pérdida de la futura seguridad estimulan el valor de nuestros soldados, por lo menos debería hacerlo el sentido de la vergüenza, puesto que son insultados por la insolencia de unos desharrapados galeses. Suele decirse proverbialmente que es miserable la tierra que se deja devastar por siervos y mozos de mulas.

Pero si nuestros soldados no pueden ser estimulados a actuar virilmente mediante ninguna exhortación, al menos que los muevan las madres y esposas de los caídos.

Porque algo así se encuentra en las viejas historias. Cuando, invadidos por los medos, los ejércitos de los persas fueron puestos en fuga, y, presas del pánico, ni siquiera se atrevían a mirar al enemigo, sus madres y esposas salieron al paso de los que huían y, formando una línea cerrada, les pidieron que volvieran a la batalla. Despojándose de sus ropas mostraron su desnudez a los cobardes, preguntándoles si es que querían refugiarse en las entrañas de sus madres y esposas. Con esta humillación volvieron a la batalla y, dando una carga, obligaron a huir al enemigo los mismos que antes huían. ¡Ojalá las esposas y madres de nuestros marqueses hicieran algo semejante, cualquier cosa con tal de preservar incólume a la patria y borrar esta mancha vergonzosa!

Cap. 17: *De cómo los nuestros nos dan ejemplos de virtudes, y qué ciudades fundó Breno en Italia según las viejas historias.*

Ahora bien, lo que ahora pedimos de los nuestros es algo que hace tiempo se perdió. Porque hasta tal punto la fuerza de nuestros mayores se vertió en otros, que la plenitud de la rica fuente parece haberse deshecho en riachuelos. Pues no sólo de romanos y griegos recibimos ejemplos de fortaleza, sino que en nuestra propia casa abundan.

Cuentan las historias [60] que Breno, caudillo de los senones, que destrozó al ejército romano en el río Allia, irrumpió en la misma ciudad de Roma ocupándola, y, muertos los senadores y sometida

[60] Cf. p. ej. Orosio, *Historia Adversus Paganos* II 19 5 ss., y Justino, o. c. XXIV 6 4-6.

Italia, invadió y devastó Grecia y, haciéndose temer de todos, avanzó hasta el templo de Apolo, en Delfos, en el monte Parnaso. Allí, ávido del botín del mismo Apolo, dijo burlándose: «Conviene que los dioses ricos sean generosos con los hombres.» Pues éste, digo, es tradición que provenía de Gran Bretaña, que desde la llegada de los sajones a la isla se llamó Inglaterra.

En el libro vigésimo de Trogo Pompeyo se halla que los galos senones, conmilitones de Breno, al venir a Italia expulsaron a los tuscos de sus sedes y fundaron las egregias ciudades de Milán, Como, Brescia, Verona, Bérgamo, Trento y Vicenza.

Por otra parte, que la ciudad de Siena la fundaron para sus ancianos, enfermos y ganados, no sólo es históricamente fidedigno, sino que constituye una célebre tradición; ella resulta aún más concluyente por el hecho de que los sienenses, en su contextura física, belleza de rostro y agraciado color, e incluso en las costumbres, se asemejan a los galos y bretones, de quienes tomaron origen, si bien el paso del tiempo, plaga universal, la situación de la comarca y el contacto de los vecinos, con los que largo tiempo mezclaron sangre y costumbres, los cambió considerablemente. No tanto, sin embargo, que todo lo que les asemejaba a los vecinos bastara para hacer desaparecer el color galo, es decir, la rubicundez. Los griegos llaman a la leche «galac», de donde viene asimismo que «galaxias» se traduzca por «lácteo», y que se llame «galos» a los que son de color lácteo, y también «gálatas» (a veces llamados «galogrecos») a los que viven en los confines de Grecia, ocupados por el ejército de los galos.

Por lo que hace a aquel ejército que mandaba Breno, siempre fue triunfador e invicto hasta que se atrevió a rebelarse contra los dioses invadiendo el templo del mismísimo Apolo Délfico. Entonces, al conjuro de su implorante súplica, los ministros del dios contemplaron sobre la cúspide del templo a un joven de indescriptible hermosura. Se oyó también el silbido del arco y estrépito de carros. De repente, parte del monte, despeñada por el terremoto, aplastó al ejército. Siguió una tempestad, que con el granizo y el frío acabó con los heridos. El propio caudillo Breno, incapaz de aguantar el dolor de las heridas, se quitó la vida de una puñalada.

Y no llame la atención (como queda dicho) que alguien haya visto a Apolo en el templo para reprimir la osadía del invicto jefe y aniquilar el ejército que, con permiso de Dios y a causa de humanas culpas, había destruido tantas naciones, porque es lo cierto que los poderes celestiales ejercen mucha de su malignidad contra aquellos que son ajenos a la auténtica fe e ignoran la verdadera re-

ligión. Pues a éstos se les retira la gracia y se les da a los espíritus malignos licencia para hacer daño, comoquiera que sin permiso del Señor no pueden dañar en absoluto, ni aunque lo quieran, y tal como se testimonia en el Evangelio [61], sin previa licencia ni siquiera osen ni puedan irrumpir en un rebaño de puercos.

CAP. 18: *Ejemplos de historias recientes y de qué manera el rey Enrique II serenó la tempestad y las olas causadas por el rey Esteban y pacificó la isla.*

Pero como la historia de Breno le podrá parecer a alguno demasiado lejana para demostrar el valor de un pueblo al que no le falta condición natural, sino doctrina, ejercicio, destreza y quizá un jefe, me quedo más cerca y expondré sucintamente cosas que el mundo conoce.

Con cuánto valor de los ingleses venció Canuto a los dacos y daneses y contuvo los movimientos de los nóricos puede deducirse del hecho de que, gracias al mérito de su egregia fortaleza, allí patente y manifiestamente ejercida, nuestro Kent ostenta hasta hoy en todas las contiendas el honor privativo de ser la primera cohorte y de luchar los primeros combates en todas las guerras.

También la provincia severiana, que con denominación más moderna suelen sus habitantes llamar Wiltshire, reclama para sí con análogo derecho la condición de cohorte subsidiaria, juntamente con Devon y Cornuailles.

Vengamos ya a la actualidad. El rey de los ingleses llamado el Rojo [62], valiente en armas pero poco religioso (que por perseguir a los santos, y sobre todo a San Anselmo de Cantorbery, parece que concitó contra sí el dardo de la envidia con que fue asfixiado), éste, digo, expugnó Cenomanno, capturó al conde y ni siquiera se dignó encarcelarlo; de tan gran hazaña será testigo siempre el monte Barbado o, si prefieres llamarlo así, el monte Bárbaro o de los Bárbaros.

---

[61] Mt 8, 28 ss.
[62] Guillermo.

Paso a Enrique[63], su sucesor, rey memorable, al que se llamó león de la política y al que, como es probablemente conocido, temían las ciudades y aun los castillos franceses. Paso por alto conscientemente, para no hacerme fatigoso repitiendo cosas tan conocidas, cómo venció a hizo huir en batalla al rey francés[64], dado que ello es conocidísimo y viven tantos testigos de aquella guerra en ambos reinos. Parece superfluo mencionar de qué forma capturó a aquel jefe normando, hombre de guerra y valiente luchador, que volvió tras la liberación de Jerusalén y entró en los confines del reino bajo nombre supuesto[65]. Aun los niños le vieron prisionero, si bien en condiciones apropiadas a su dignidad y estirpe. De esto dan fe hasta el día de hoy los mismos próceres normandos, unos hechos prisioneros, otros encarcelados y otros desheredados; incluso ahí está entre nosotros el sepulcro del jefe cautivo.

Finalmente, para no ir muy lejos en demanda de ejemplos, su nieto[66], en el que al final de su vida tantos méritos y virtudes se acumularon, ni la misma envidia puede silenciar o disimular hasta qué punto fue un magnífico rey de los ingleses, normandos y aquitanos. Tanto por su amplitud de miras como por el brillo de sus virtudes, su valor, su magnificencia, prudencia y modestia ya desde niño. Ni la envidia siquiera puede silenciarlo o disimularlo, ya que están todavía recientes y manifiestos sus hechos y desde los límites de Inglaterra hasta los confines de España extendió y prolongó los títulos de su poder.

> Porque el ingenio y la prudencia le llegó veloz antes que le naciera la barba, y supo hablar y callar a tiempo, y señalar con trazo negro dónde está el vicio[67].

Pues bien, queriendo Dios castigar la maldad de los prevaricadores por haber roto el pacto que los nobles habían confirmado con juramento ante la hija de aquel león de justicia[68], permitió que subiera al poder gente nueva y que en un reino que no le pertenecía imperara un hombre menospreciador del bien y del mal[69], arrogante desde el primer momento, inicuo y pérfido, y hasta tal punto desdeñoso del orden, que puede decirse que no tanto reinaba cuanto

---

63 Enrique I (1100-1135).
64 Luis VI de Francia.
65 Roberto, el primogénito de Guillermo el Conquistador.
66 Enrique II, nieto de Enrique I e hijo de la emperatriz Matilde.
67 Persio, o. c. IV 4, 5-13.
68 La emperatriz Matilde, hija de Enrique I.
69 Esteban de Blois (1135-1154).

que oprimía y castigaba. De tal manera que puso a todos, clero y pueblo, en la rampa para cometer cualquier atrocidad, porque la medida del derecho era sólo la fuerza.

Este, invadiendo el reino, desheredó y excluyó a su señor [70], por el cual, de haber habido en él algún adarme de fidelidad, hubiera debido dar la vida, ya por los méritos de sus mayores, ya por exigencia del juramento de fidelidad. Buscó el modo de corromper a las naciones vecinas, amañó matrimonios con príncipes para que el niño que aún lloraba en la cuna no pudiera acceder al derecho de herencia. Muchas maldades se maquinaron entonces contra la inocencia, pero en todas, como dice el sabio, «la maldad se engañó a sí misma» [71].

Y que Dios es veraz se reveló en el hecho de que no encontró en sus propios súbditos la lealtad y fidelidad que él mismo no había guardado para con Dios y su propio señor temporal; pues se le midió con la medida que él había medido a los demás [72]. Y ojalá todos hubieran aprendido la enseñanza de Ennio:

Al traidor ni le presté ni le presto ninguna fe [73].

Pero, habiendo hecho muchas cosas mal y pocas bien, llegó al colmo de la maldad con lo que hizo en desprecio de Dios echando mano «a sus ungidos» [74], pues añadió un matiz de perfidia y de traición que le hizo contraer ante todo el mundo el descrédito de su nefanda obra, de tal modo que ya nadie pudiera acercarse con seguridad a su palacio. Pues no fue a los obispos a los únicos que apresó, aunque fueron los primeros, sino que preparó trampas a todos los que consideró sospechosos de traición. Ahora bien, el apresamiento de los obispos fue el principio de los males; desde aquel día no se desciñó la espada, ya que «el final del hombre es siempre peor que el principio» [75].

¿Qué más? En sus tiempos se multiplicaron los males sobre la tierra, en tal medida que, si se pretendieran narrar todos, se podría escribir una historia mayor que la de Josefo. Pero a ellos

---

[70] Enrique II, hijo de la emperatriz Matilde (cf. nota 66).
[71] Sal 26, 12.
[72] Mt 7, 2.
[73] El verso lo cita Cicerón, *De Officiis* III 29 § 106, pero la atribución a Ennio no es clara.
[74] Sal 104, 15. Se refiere a varios obispos de los que se apoderó violentamente.
[75] Mt 12, 45.

se contrapuso la virtud del niño[76] que, casi antes de llegar a la edad y el oficio militar, quebró de tal manera la avalancha de maldades, que se ha podido decir que no fue inferior, y ojalá se le considere siempre así, a Teodosio el menor, a quien las historias comparan con Alejandro. Porque no esperó; todavía imberbe tomó las armas y, con terrible determinación y el enérgico brazo del auxilio divino, destrozó y aplastó los ánimos de los enemigos.

Inmediatamente se rebelaron contra él los reyes de Francia e Inglaterra[77] coaligados; y, con más fuerza que ellos, aquel odioso Eustaquio, cuñado del rey de Francia[78], que pretendía conservar no tanto la corona de su padre como la suya. A todos ellos les contuvo valientemente nuestro Neoptólemo y en gran parte incluso los superó con su poder. De ello provino que el tal Eustaquio, del que hablo, murió de un ataque al corazón, que es lo mejor que pudo nunca hacer. En efecto: mientras los hombres buenos se alegraron y congratularon de aquella pública buena fortuna, porque él amenazaba ser otro flagelo de su país, fue llorado por

> toda la caterva de parásitos, flautistas,
> charlatanes, cómicos y danzantes[79].

Sin embargo, para que su muerte no restase ninguna gloria a nuestro príncipe, tuvo que aguantar y ser testigo —estando todavía vivo, armado y provisto de cantidad de soldados— de la rendición de Crowmarsh, en cuya ayuda había venido con su padre, con buena salud y superior número de tropas.

Pues el duque[80], avisado por consejo de alguien, interpuso su ejército, mucho más pequeño, entre el campamento que el rey había fortificado y las fuerzas reales. Pero para que esto no lo atribuyan los extranjeros a sus fuerzas, se apoyó sobre todo en nuestra tropa. A esto fue conducido finalmente por causa de sus culpas el que había usurpado el reino: a ser obligado a desheredar a su hijo y ceder al duque la sucesión de él y subyugar a los próceres de todo el reino bajo juramento de fidelidad.

Paso al asedio de Chinon, porque nadie ignora que los que más se destacaron en eficacia y valor cuando se tomó el castillo fueron los anglos y normandos, a los que ya unían múltiples lazos

---

76 Es decir, del traicionado Enrique II (cf. notas 66, 68 y 70).
77 Luis VII de Francia y Esteban de Inglaterra.
78 E hijo de Esteban de Inglaterra.
79 Horacio, *Sátiras* I 2, 1-2.
80 Es decir, el mismo Enrique II, que era duque de Normandía.

de confederación. Por no hablar de Nantes y de todo el condado de Bretaña menor, aunque sea una gran provincia, que todavía hoy sería rebelde de no haber sido por miedo al poder del pueblo inglés. Temiendo lo mismo o atraído por el amor y el valor (no se sabe bien), el conde de Blois y de Chartres devolvió los campamentos que en tiempo de la regencia habían sido perdidos.

Sería largo intentar enumerar los grandes hechos de tan gran príncipe, que, así como es necesario que todos los admiren, es imposible describir plenamente. Ni tampoco intentaré con mis fuerzas lo que haría sudar a los mismos Orosio Hegesipo y Trogo, aunque vivieran durante mucho tiempo.

Sin embargo, el período que marca el fin de su juventud es mirado por algunos con aprensión, y ojalá esos temores de los buenos no tengan fundamento.

CAP. 19: *Sobre el honor que ha de mostrarse a los soldados, y sobre la modestia que se les debe inculcar; y quiénes deben enseñar el arte de la milicia, y sobre algunos principios generales de la misma.*

¿Por qué me detengo en la alabanza de este pueblo que por su misma índole es laudable? El beato Eugenio [81] dijo que él era apto para todo en lo que se le quisiera emplear y preferible a otros, a no ser que la ligereza lo impidiese.

Pero así como Aníbal negaba que los romanos pudieran ser vencidos a no ser en su patria, lo mismo éstos (los ingleses) en sus salidas son invencibles, pero en su tierra más fácilmente derrotados. Porque esto lo tienen quizá de común con los demás pueblos los habitantes de Bretaña y de Italia. Sin embargo, adecuadamente instruidos y ejercitados en lo aprendido, tendríamos hombres orgullosos de sí mismos, defensores de la patria, sobresalientes en la formación que a varones conviene; pues el ambiente muelle nunca está libre de censuras o defectos, ni siquiera en el sexo femenino.

---

[81] El papa Eugenio III, con el que trató nuestro autor.

Frecuentemente se ha puesto de manifiesto en las guerras que un aparato de esplendidez y molicie en el ejército no contribuye a la victoria, sino que es una invitación a los enemigos para que se apoderen del botín. Por eso Aníbal, huésped del rey Antíoco durante su fuga, cavilaba burlonamente cuando el rey le mostraba su ejército rutilante de insignias de oro y plata, con sus arrogantes carros de cuchillas, elefantes equipados de torres y toda la caballería resplandeciente con sus frenos, sus jaeces, sus adornos y sus cascos. Cuando el rey, infatuado con la contemplación de tan grande y adornado ejército, mirando a Aníbal, le dijo: «¿Crees que todo esto será suficiente para los romanos?», el cartaginés, burlándose de la inutilidad y falta de combatividad de aquellos soldados bellamente armados, dijo: «Absolutamente, creo que es suficiente, aunque los romanos son avidísimos.» Irónico, sobrio y acerbo ciertamente, porque el rey le había preguntado sobre la magnitud de su ejército y sobre la estimación comparativa, y él claramente respondió sobre el botín que representaba.

Finalmente, si Ovidio rechaza y quiere lejos de la milicia propia de su arte [82] a los jóvenes feminoides, ¿pensará alguien que deben ser admitidos en la robustez de la milicia propiamente dicha? Los artesanos de las diversas artes lo que más cuidan y destacan en sus obras son aquellos aspectos por cuya causa ellos saben que son honrados con preferencia a los demás. De donde se deduce que los soldados deben destacar más por las armas que por los uniformes.

Leemos que Eneas transfirió las gemas de los dedos a la espada y Virro a las copas [83]. Consta también que los macabeos doraron sus escudos y con el deslumbramiento dispersaron las fuerzas de los enemigos gentiles [84]; pero hay que suponer que en cambio vestían con sencillez. No hay cosa que menos convenga a un soldado que el ornato muelle y los vestidos refinados, a menos que, como Trasón [85], dejando de lado a Marte, entreguen su ejército a Venus para vencer la fortaleza de Taïs. Pero también hay que evitar la mezquindad y en cambio insistir en esa mediocridad, que en definitiva resulta dorada [86].

---

[82] Es decir, en su *Arte de amar,* ya que considera al amor como un tipo de milicia: Ovidio, *Arte de amar* II 223 y *Heroídas* IV 75.

[83] Juvenal, *Sátiras* V 43-45.

[84] Mac 1 6, 39.

[85] Se refiere al «miles gloriosus» de *El eunuco* de Terencio. Cf. Libro VIII.

[86] Cf. Horacio, *Carmina* II 10, 5, aunque parece que el autor no conocía esta obra.

Sólo de esto desearía que se persuadieran los nuestros: que si se adiestran no les faltará valor, lo que frecuentemente ocurre si no se consolida la disciplina. Dicen que fueron los lacedemonios los que enseñaron el arte militar; de ahí que Aníbal, cuando proyectaba marchar a Italia, buscó a un lacedemonio como instructor militar. Quien desea la paz, prepara la guerra; quien desea la victoria, forma diligentemente al soldado; quien aspira a obtener éxitos, lucha con arreglo a las reglas del arte, no dejándolo a la casualidad. Nadie que vaya a pelear, provoque o se atreva a ofender al que sabe superior. Se dice que los antiguos anales atenienses prescribían a los soldados ante todo: «El soldado, aun no veterano, se acostumbra a un ejercicio y trabajo constantes.» Porque esto suele contribuir a la salud en los campamentos y a la victoria en las luchas. También lo enseñaron así, porque la fuerza del ejército reside en la infantería y resulta poco apto para soldado el que no sabe luchar como no sea montado [87].

Ahora bien, de nada sirven ejercicio y lucha a quien no se le paga adecuadamente. Si le escatimas la alimentación, el soldado te rehusará el respeto o la fidelidad. Pues el hambre, se dice, lucha por dentro y ella sola derrota a lo que más fuerte parecía. La soldadesca mal alimentada pierde todo freno; pero si han precedido los alimentos, se estimula a cumplir su deber, sea por temor al castigo o por la esperanza de los premios.

Haya abundancia de maestros de campo e instructores militares y págueseles de antemano, y no tardará en verse que la gente adquiere aquel grado de entereza militar que estuvo en vigor cuando el mayor de los emperadores, Julio César,

> mostró lleno de terror la espalda a los tan buscados britanos [88].

Celébrense asimismo frecuentemente consultas castrenses, aunque sean ficticias, para que el soldado, ejercitado en ellas, sepa elegir lo que sea más conveniente cuando la necesidad lo exija. Pero, si el asunto fuese grave, hay que ocultárselo al soldado en virtud del precepto militar: «Trata con muchos sobre lo que se debe hacer, pero lo que vayas a hacer, con poquísimos y fidelísimos, y mejor aún a solas.» Porque es difícil mantener en secreto lo que llega al conocimiento de muchos.

---

[87] Los consejos de este párrafo y del resto del capítulo están, en su mayoría, tomados de diversos pasajes de Vegecio Renato, *Epitome Rei Militaris*.
[88] Lucano, o. c. II 572.

Los preceptos militares y los ejemplos de valentía han de ser expuestos muchas veces a los más jóvenes, para que aquéllos les instruyan en la ciencia y éstos les enciendan y animen al valor militar.

Pero no es mi propósito enseñar aquí el arte de la guerra, que es de la máxima importancia y necesidad, y sin el cual (para usar las palabras de Plutarco) cualquier principado queda manco [89]. Si alguien quisiera aprenderlo, que acuda a Catón el Censor, que lea también lo que escribieron Cornelio Celso, Julio Higinio y Vegecio Renato, del cual tomé mucho de lo aquí escrito, a causa de su elegancia y conocimiento en materia militar.

Pero ocurre en todos los oficios que, para que tengan utilidad, a los preceptos nunca debe faltarles el ejercicio. Pues como dice Cicerón, en cada materia es facilísimo dar reglas, pero ponerlas en práctica, trabajosísimo. Pues bien, lo que él afirmó sobre los preceptos de la retórica escribiendo a Herennio, a saber, que eran ineficaces e inútiles sin la práctica y el ejercicio de hablar, pienso que puede ser aplicado a todas las disciplinas, en la medida en que no se consolidan con la práctica ni se robustecen con el ejercicio; hasta tal punto, que si se disocian la teoría y la práctica, más útil resultará la práctica sin teoría que ésta sin práctica. De esa forma, David, con la honda y la piedra en las que era experto y práctico, derribó al alófilo [90] y se atrevió incluso a agredir con un palo a un hombre reconocido como terrible y luchador desde su adolescencia; y rechazó la coraza y las armas del rey, que nunca había manejado, pensando que todo esto supondría impedimento para luchar [91].

Por lo demás, así como el arte es estéril sin la práctica, también es imperfecta la práctica que no procede de acuerdo con las reglas del arte. El comienzo de cada cosa debe fundarse en la Naturaleza, pero si la Naturaleza es contraria y —como suele decirse— la propia Minerva lo rechaza, no podremos acometer nada rectamente.

El progreso viene del ejercicio y la perfección del arte, con tal de que éste se consolide con una constante práctica. Esto ocurre con los trabajos viriles y mecánicos y con cualesquiera otros que no hayamos oído siquiera mencionar: que el arte, sin la prácti-

---

[89] En su *Institutio Traiani*.

[90] Así se llama con frecuencia a los filisteos en los LXX, a los que siguen algunos Padres latinos como S. Ambrosio.

[91] 1 Re 17, 33.40.50.

ca, se hace infecundo y que la práctica, sin el conocimiento, es temeraria.

Por tanto, la milicia, sin el conocimiento del arte militar, es inerte y, sin la práctica, no sirve para nada. Así, pues, el que quisiere ser soldado, aprenda de antemano el arte militar y consolídelo con la práctica y el ejercicio, para que, cuando sea elegido y adscrito al juramento de la milicia, viva útilmente para sí y para la comunidad política y no se convierta, como dice Plutarco, en una mano manca.

Con estas palabras termina *La Educación de Trajano,* cuando desciende de la consideración de la función de las manos a los pies. Sigámosle, pues, y, como él mismo dice, hagamos como si fabricáramos unos zapatos para los pies con la finalidad de que no tropecemos con las piedras ni con los demás obstáculos que nos presenta la vida.

CAP. 20: *Quiénes son los pies de la comunidad política y del cuidado que hay que prestarles.*

Se llaman pies a aquellos que ejercen oficios más humildes, gracias a cuya dedicación pueden andar por la tierra los miembros de toda la comunidad política.

En ellos se comprenden todos los que entran en la idea de agricultura, sea siembra o cosecha, ganados o bosques. A ellos también añaden variadas clases de laneros y oficios mecánicos, que consisten en carpintería, metalurgia, broncistas y trabajos de metales varios, así como prestaciones de servicios y múltiples formas de adquirir la comida, sustentar la vida y mejorar la hacienda familiar, que no conciernen a la autoridad de presidir y sirven en general a la comunidad política.

Son tantas estas formas, que la comunidad política ha superado, no ya a los cangrejos de ocho patas, sino a los ciempiés, y ciertamente son innumerables por su multitud, no porque sean por naturaleza infinitos, sino porque se trata de tan variadas clases, que ningún escritor de estos oficios ha dado nunca preceptos especiales para cada uno de ellos.

Sin embargo, lo que es común a todos es lo que se procura para cada uno, a saber, que no excedan los límites de la ley y todos contribuyan a la utilidad pública. Porque las cosas inferiores deben supeditarse a las superiores, y todas éstas a su vez deben

proveer a aquéllas de la necesaria ayuda. De ahí que Plutarco diga que se debe hacer en todo lo que sirve a los humildes, es decir, a la multitud. Porque los pocos siempre ceden ante los que son más. Por este motivo se instituyeron magistrados, para que los súbditos puedan ejercer acción legal por las injurias y para que, con este trabajo de los magistrados, se calcen los pies de la comunidad política. Porque cuando se expone a las injurias está como descalza, lo cual no puede ser más ignominioso para quienes ejercen la magistratura. Porque un pueblo afligido viene a ser como si el príncipe tuviese gota en los pies. Pues la salud de toda la comunidad sólo será perfecta y manifiesta si los miembros superiores se vuelcan hacia los inferiores y los inferiores responden a los superiores con igual derecho, de tal manera que mutuamente los unos sean miembros de los otros y cada uno se sienta principalmente interpelado en aquello que perciba que es más útil a los demás.

CAP. 21: *Que la comunidad política debe ordenarse a semejanza de la Naturaleza, y cómo se ha de imitar el orden de las abejas.*

Sobre la comunidad política escribieron Cicerón y Platón, aunque de diversa manera, puesto que el uno trató sobre cómo debe ser y el otro sobre cómo fue establecida por los mayores. Pero ambos prescribieron la fórmula de lo que fue y lo que debe ser establecido, a saber, que la vida civil imite a la Naturaleza, a la que muchísimas veces hemos mencionado como óptima norma conductora de la vida. De lo contrario, habrá que llamarla no sólo incivil, sino más bien bruta y bestial.

Ahora bien, cuál sea la norma fundamental de la Naturaleza los mismos datos de la experiencia racional bastan a mostrarlo. (Virgilio) Marón, el más docto de los poetas, al que Plutarco dedica su *Trajano,* para que la vida civil se configure a imitación de las abejas,

> canta asombrosos espectáculos de cosas pequeñas. Las abejas son las únicas que tienen hijos comunes, que viven en sociedad y se rigen por admirables leyes; las únicas que tienen patria y penates fijos; las únicas que, previsoras del venidero invierno, trabajan en verano y previenen repuesto en el centro de sus colmenas. Unas proveen al preciso sustento, y en virtud de esta obligación, salen a trabajar al campo; otras, en lo interior de las

colmenas, asientan los primeros cimientos de los paneles con el zumo del narciso y el viscoso gluten de las cortezas, de donde suspenden la consistente cera; otras sacan las crías, esperanza de la especie; otras labran la pura miel y bañan con aquel líquido néctar las celdillas. Hay algunas a quienes toca en suerte guardar la piquera, en cuyo cuidado alternan con el de observar las lluvias y los nublados, o recibir la carga de las que llegan, o rechazar en ordenada hueste a la holgazana turba de los zánganos. Hierve la faena; fragante miel exhala vivos aromas de tomillo. Como los cíclopes, cuando forjan rayos con derretido hierro, unos soplan las fraguas con fuelles de piel de toro, otros templan en las aguas de un lago el rechinante metal; gime el Etna con el estruendo de los martillados yunques. Ellos alternadamente y a compás levantan los brazos con poderoso empuje y con la recia tenaza voltean el amasado hierro; no de otra suerte, si es lícito comparar las cosas pequeñas con las grandes, una ingénita afición a poseer compele a las cecropias abejas a ejercer cada cual su oficio. A las de más edad corresponde el cuidado de la colmena, fortalecer los paneles y fabricar las celdillas con artificio digno de Dédalo; tornan cansadas las más jóvenes, ya muy entrada la noche, cargados de tomillo los pies; las plantas de que indistintamente se apacientan son las flores del madroño y las de los verdes sauces, la casia, el amarillo azafrán, la untuosa tila y el morado jacinto. Uno es para todas el descanso, uno para todas el trabajo. A la mañana salen en tropel por la piquera y no paran ni un punto, y cuando a la tarde el véspero las inclina a dejar las florestas y sus pastos, vuelven a su colmena y atienden al reparo de sus cuerpos. Primero zumban y revolotean alrededor de la piquera; luego, recogidas en sus celdillas, están calladas toda la noche, y el necesario sueño se apodera de sus cansados miembros. Nunca se apartan mucho de la colmena cuando llueve ni fían en la serenidad del cielo cuando soplan los euros; antes, guarecidas por las paredes de su reducida ciudad, van a beber por allí cerca y sólo se aventuran a breves correrías; a veces cogen chinitas, y a la manera que se lastran las barcas batidas por las olas, se sostienen con ellas en equilibrio sobre las vanas nieblas. Es cosa que maravilla en las abejas, que ni son dadas al amoroso ayuntamiento, ni con él debilitan sus cuerpos, ni paren con esfuerzo; antes, con la boca ellas mismas sacan de las hojas y de las suaves hierbas sus hijuelos, y de esta suerte, sin ajeno auxilio, se proveen de su rey y de sus diminutos ciudadanos y reconstruyen sus celdillas y su imperio de cera. Muchas veces les acontece en sus excursiones romperse las alas contra las duras peñas y sucumbir de grado bajo el peso de su

carga; ¡a tanto las mueve el cariño a las flores y la gloria de producir miel!

Así, aunque es breve el término de su vida (pues no pasa de siete años), su especie es inmortal y la fortuna de la colmena persevera muchos años, contándose en ella abuelos de abuelos. Además, ni el Egipto, ni la gran Libia, ni los pueblos de los Partos, ni la Media, que riega el Hidaspes, veneran tanto como ellas a sus reyes. Mientras les vive el rey están en perfecta concordia; una vez perdido, todo pacto queda roto y ellas mismas arrebatan su miel y destruyen los panales. El vigila los trabajos; las abejas le admiran, le rodean zumbando y como agasajándole a porfía; a veces le levantan en hombros, le cubren con sus cuerpos en la guerra y tienen a gloria arrostrar la muerte por él [92].

Recorre todos los autores que han tratado de política, revuelve todas las historias de asuntos públicos, y nunca se te ofrecerá la vida civil más recta y elegantemente. Felices serían sin duda las ciudades si se dieran a sí mismas esta constitución.

Cap. 22: *Que sin prudencia y dedicación ningún magistrado permanece incólume, ni puede mantenerse una comunidad política cuya cabeza se debilita.*

Las comunidades venerables, si siguen con perseverancia los ejemplos de las abejas, progresan hacia la vida por un camino compendioso y expedito. Mira en Marón la fundación de Cartago [93] y por este relato podrás admirar los auspicios de la dichosa ciudad. Pues te darás cuenta del trabajo común de todos y de cómo nadie estaba ocioso, ni siquiera la propia reina, con cuya ayuda va surgiendo la estructura de la ciudad; y, aunque nunca ponga sus manos en trabajos inferiores, se entrega a la labor con la vigilancia de sus ojos y ejerce su solicitud con toda su mente.

Pues sin prudencia ni dedicación, no sólo no marcha la comunidad política, pero ni siquiera se tiene en pie la más pequeña casa. De ahí que Homero, en las alabanzas a Ulises, le muestre siempre acompañado de la prudencia, a la que con rito poético llamó Minerva. Y también su imitador, Marón, al describir a ese

---

92 Virgilio, *Geórgicas* IV 3, 153-218.
93 Virgilio, *Eneida* I 423 ss.

varón insigne por su valor y su amor filial, al que juzgó digno de imaginarle padre de los romanos[94], le asoció a Acates para llevar las cosas con acierto, pues el cuidado de la prudencia conduce a realizar con rectitud lo que hay que hacer, y al varón circunspecto los asuntos se le resuelven de tal manera, que no pueden impedírselos los engaños de los insidiosos y consigue el fin propuesto por caminos de resolución casi invisibles y sin publicidad. Y elegantemente por cierto, ya que ni la empresa militar ni las obras de piedad filial pueden ejercerse sin dedicación ni prudencia. Cuando la vigilancia está unida a la prudencia se da una feliz combinación, porque una mente despierta se embota por falta de uso y, por otra parte, tampoco la vigilancia sirve, a no ser que sus aplicaciones estén fundadas en una rica vena de habilidad natural:

«Cada cosa demanda y promueve así amigablemente la ayuda de la otra»[95].

Pero aunque sea correcto el comienzo de cualquier trabajo, no irá adelante con éxito si Minerva se retira. Recuerda las líneas del poeta mantuano, que bajo la cobertura de fábulas expresa toda la verdad de la filosofía. Considera, pues, la diligencia de los nuevos ciudadanos:

> Tal en la primavera ejercitan las abejas su trabajo al sol por los floridos campos, cuando sacan los enjambres ya crecidos, o cuando labran la líquida miel, o llenan sus celdillas con el dulce néctar, o reciben las cargas de las que llegan, o en batallón cerrado embisten a la indolente turba de los zánganos y los ahuyentan de las colmenas. Hierve la faena; la fragante miel esparce un fuerte olor de tomillo[96].

Del mismo modo, los ciudadanos se aplican a sus diferentes tareas y, en la medida en que se cumplen las obligaciones de cada individuo, puesta la mira en el bienestar de todos (es decir, se practica la justicia), la dulzura de la miel invadirá todo hasta los últimos confines.

Sin embargo, no hay felicidad duradera para los asuntos políticos, a menos que una cabeza firme mire por la colectividad. Si entiendes lo que quiero decir, aprende con el ejemplo de Dido[97]. Con qué ligereza admite a Eneas; qué pronta y completa acogida encuentra un hombre desconocido, exiliado, fugitivo, del que no

---

[94] Eneas. Cf. *Eneida* VI 403.
[95] Horacio, *Arte poética,* 410-411.
[96] Virgilio, *Eneida* I 430-436.
[97] Cf. Virgilio, o. c. I-IV.

se sabe nada, sospechoso en fin; con qué curiosidad reciben los oídos de los jefes aquellas curiosas narraciones de un hombre que se excusa de culpas, que «busca su propia gloria» [98] y que se da cuenta de qué es lo que podía trastornar las mentes de sus oyentes. Así, pues, suaves conversaciones preceden a la entrada de aquel hombre; los atractivos de la alabanza le granjean la gracia de la hospitalidad; captada así la buena voluntad de todos, aprestan diligentemente un banquete; al banquete siguen las fábulas, a las que acompaña la frívolidad de la caza y de los múltiples tipos de desenfreno. Todo esto provoca el incesto, el incendio y la desolación de los ciudadanos y produce para el futuro motivos de hostilidad perpetua. Este fue el fin de un reino permisivo y afeminado, que, aunque había tenido origen en la virtud, no supo continuarse en la vida próspera. Fue admitido con ligereza quien, aunque por razón de piedad no debía ser excluido como huésped, hubiera sido más oportuno admitirle pero como forastero, no como juez [99].

CAP. 23: *Que la ligereza ha de ser evitada tanto en el hablar como en el oír; y que el final del placer es la penitencia.*

Se dice: «Haz todo con reflexión y no te arrepentirás de lo hecho» [100]. Además, igual que no conviene que el príncipe diga ligerezas, tampoco ha de ser fácil en darles oído. Dice la sabiduría: «El príncipe que escucha las palabras del mentiroso, tiene a todos sus ministros impíos» [101]. En las intrigas y los banquetes se mezcla Venus con todas sus fuerzas, y el que admite gustoso sus primeros dardos es raro que pueda evadirse sin ser herido gravemente por los siguientes.

> La mirada y la conversación, el contacto y los besos, el hecho [102],

del mismo modo que se suceden por este orden, necesariamente traen consigo el parto del dolor. Pues el placer acaba en la penitencia. Si no me crees, cree a Demóstenes, que, según dice, se lo

---

98 Jn 7, 18.
99 Cf. Gn 19, 9.
100 Eclo 32, 19, pero en una versión algo distinta de la Vulgata.
101 Prov 29, 12.
102 Cf., entre otros, Donato, *Commentarium ad Terentii Eunuchum* IV 2, 12.

respondió finamente a Lais. Esta Lais, corintia, ganaba mucho dinero por su elegancia y la belleza de sus formas; eran muy conocidas sus entrevistas con los hombres ricos de toda Grecia; no admitía sino al que le daba lo que pedía, y pedía cantidades excesivas. De aquí nació aquel proverbio muy conocido entre los griegos: «En vano irá a Lais nadie que vaya a Corinto, si no puede o quiere dar lo que le pide.»

Demóstenes, pues, fue a ella a escondidas y le pidió que se le entregara. Pero Lais pidió una suma equivalente a lo que entre nosotros serían diez mil monedas y viene a ser la mitad de un talento mayor, que vale veinte mil. Herido y horrorizado por tal petulancia y por la cantidad solicitada, Demóstenes dio media vuelta y, apartándose, dijo: «Yo no compro tan caro el arrepentimiento.»

¿Quieres un ejemplo más próximo? Ya sabes de aquel que dijo:

> Esto trae consigo todo placer:
> mueve con aguijones a los que gozan,
> como las abejas voladoras,
> que tras entregar la dulce miel,
> huyen y con su amarga picadura
> hieren el corazón al que muerden [103].

Pues los comienzos del deseo son más dulces que la miel, pero el final es más amargo que el ajenjo. ¿Qué final tienen las fiestas y banquetes, y la bacanal, sino las piras encendidas y los incendios que llenan de desolación a todos los ciudadanos?

CAP. 24: *Los vicios del poder deben ser tolerados porque en él reside la esperanza de la salud pública, y porque los dispensadores de la salud pública son como el estómago, que distribuye los alimentos en el cuerpo, y esto según la autoridad del papa Adriano.*

«Mira a la hormiga, perezoso —dijo Salomón—, para que adquieras prudencia» [104]. El filósofo [105], en cambio, al varón político

---

[103] Boecio, *De Consolatione Philosophiae* III 7.
[104] Prov 6, 6.
[105] Es decir, Plutarco en *Institutio Traiani* (cf. supra c. 21).

le remite a las abejas, para que de ellas aprenda su oficio. Si los tirios hubieran seguido ese consejo, no se hubieran entregado a la lujuria y gozarían del perpetuo apoyo de su pueblo. Pero como el vicio radicaba en una mujer reinante, los varones, afeminados, se apartaron del yugo de la virtud.

Ahora bien, aunque el principado sea remiso en el ejercicio de las virtudes, ha de ser, sin embargo, mantenido. Y lo mismo que las abejas llevan sobre sus espaldas a su rey [106], así los súbditos que ya hemos dicho que son como sus pies y miembros [107], mientras no resulte pernicioso por sus vicios, han de rendirle pleitesía. Porque, aunque se entregue a los vicios, hay que soportarlo, como quien lleva consigo los auspicios de salvación para los habitantes del país.

> Mientras el rey está sano, todos viven concordes;
> cuando lo pierden, se quebranta la fidelidad [108].

Los ilirios y tracios, endurecidos por el ejercicio cotidiano, atemorizaban con la gloria de su fama bélica a sus vecinos macedonios. Estos, después de haber sido derrotados en batalla, trajeron en una cuna a su pequeño rey, el hijo del rey que había muerto, y le pusieron detrás de la línea de batalla; entonces reanudaron la lucha con la mayor fiereza, como si la razón de su previa derrota hubiera sido que, cuando luchaban, les faltaba el liderato de su rey; pero ahora saldrían victoriosos, porque, ya por superstición o por lealtad, habían recuperado la voluntad de conquistar. Por piedad hacia el niño que ellos llevaban se mantuvieron firmes y pensaron que, si fueran vencidos, el niño rey sería hecho prisionero. Y por eso, cuando se llegó a las manos, empujaron a los ilirios con gran ímpetu, mostrando así a sus enemigos que en la primera batalla había sido el rey, y no el valor, lo que les faltaba a los macedonios. ¿De qué gran valor, por tanto, sería un rey ya maduro en años y dignidad, si tal confianza se puso incluso en uno que no estaba hecho? Incluso aunque se trate de un pueblo feroz, la autoridad del rango real y la utilidad del cargo podría ablandar las mentes de los ciudadanos.

Recuerdo que con motivo de una visita al papa Adriano IV, que me admitió posteriormente a su familiar confianza, marché a Apulia y permanecí con él en Benevento casi tres meses. Y como

---

[106] Así se consideraba en la antigüedad. Cf. Virgilio, *Geórgicas* IV 207.
[107] En el c. 20.
[108] Virgilio, o. c. IV 212-213.

suele ocurrir entre amigos, comoquiera que hablásemos de muchas cosas y me preguntase con interés y confianza qué opinaban de él y de la Iglesia romana las gentes, yo le expuse abiertamente, con libertad de espíritu, los males que había oído en diversas regiones. Según muchos decían, la Iglesia romana, que es madre de todas las Iglesias, no se muestra tanto madre como madrastra. Se sientan en ella «escribas y fariseos» que imponen pesos insoportables sobre los hombros de los demás, que ellos no tocan ni con el dedo [109]. Dominan sobre el clero, sin asimilarse a la grey [110] que avanza por el camino correcto hacia la vida [111], acumulan preciosos ajuares y cargan de oro y plata sus mesas con no menor prodigalidad que sus personas. Pues jamás o raramente es admitido a ellas un pobre y, cuando esto ocurre, no es tanto Cristo como la vanagloria quien lo introduce.

Exprimen a las Iglesias, suscitan querellas, oprimen al clero y al pueblo, no se conmueven con los trabajos y miserias de los afligidos, se alegran con los despojos de las Iglesias y consideran piedad toda rebusca de dinero [112]. Administran justicia no tanto por exigencia de la verdad, como del precio. Todo tiene su precio hoy, y no esperes obtener nada gratuitamente mañana. Frecuentemente perjudican (y en esto imitan a los demonios, que piensan que están de más cuando dejan de hacer daño), con excepción de unos pocos que llenan al mismo tiempo el nombre y el oficio de pastores.

Incluso el mismo Romano Pontífice es gravoso para todos y casi intolerable; además, todos razonan que, en tanto que se caen y deterioran las iglesias que construyó la devoción de los mayores, estando además descuidados los altares, él construye palacios y va, no sólo vestido de púrpura, sino de oro. Resplandecen los palacios de los sacerdotes, mientras que en sus manos se ensucia la Iglesia de Cristo. Se arrebatan los expolios de las provincias como si se deseara volver a reunir los tesoros de Creso. Pero bien hizo con ellos el Altísimo, porque fueron presa de otros, y muchas veces de hombres de lo más vil. Y pienso que mientras «se desvíen por lugares sin camino» [113], nunca les faltará el flagelo del Señor. Así, pues, la voz del Señor ha hablado [114] y con el juicio con que

---

109 Cf. Mt 23, 2-4.
110 1 Pe 5, 3.
111 Is 26, 7; Mt 7, 14.
112 1 Tim 6, 5.
113 Sal 106, 40.
114 Is 1, 20; 58, 14.

ellos juzgaren serán juzgados y medidos con su propia medida [115]. El Antiguo de días [116] no sabe mentir.

«Estas cosas —dije— son las que el pueblo cuenta, ya que quieres, Padre, que te comunique sus opiniones.» «Y tú —dijo—, ¿qué piensas?» «La angustia me cerca por doquier [117] —respondí—. Temo contraer la mancha de mendaz o adulador, si solo yo contradigo al pueblo; pero, en caso contrario, temería ser reo de lesa majestad y ser hallado merecedor de la cruz, por haber puesto mi boca en el cielo» [118].

Con todo, ya que Guido Dens, cardenal presbítero de Santa Potenciana, da testimonio ante el pueblo, no intentaré contradecirle hasta ese punto. El asegura que en la Iglesia romana existe una cierta raíz de doblez y un fomento de la avaricia que constituye el principio y «raíz de todos los males» [119]. Y esto no lo dijo en una esquina, sino que lo expresó públicamente en plena sesión entre sus hermanos, presidiendo el santo Eugenio [120], cuando en Ferentino se exageraba sin motivo contra mi inocencia.

Pero, sin embargo, confieso audazmente que nunca vi clérigos más honestos que en la Iglesia romana, y que más detesten la avaricia. ¿Quién no admirará la continencia de Bernardo de Redón, cardenal diácono de los santos Cosme y Damián, y su desprecio del dinero? Todavía no ha nacido quien le soborne. Unicamente se le convenció de que aceptara lo que provenía de la comunión fraternal, según el más escrupuloso derecho. ¿Quién no quedará estupefacto ante el obispo de Preneste, que, por escrúpulo de conciencia, se abstenía incluso de la participación en los bienes comunes? De otros muchos, tanta es la inocencia y ponderación, que no se les puede considerar inferiores a Fabricio [121], al que por conocer además el camino de la salvación, superan plenamente.

Y puesto que instas, urges, ordenas —y sea tan cierto que no se puede «mentir al Espíritu Santo» [122]—, confieso que ha de hacerse lo que mandas, aunque no hayáis de ser todos imitados en las obras. Porque el que disiente de vuestra doctrina es hereje o cismático. Pero, con la ayuda de Dios, todavía hay quien no imita

---

115 Mt 7, 2.
116 Dn 7, 9.
117 Dn 13, 22.
118 Sal 72, 9.
119 1 Tim 6, 10.
120 Eugenio III (1145-1152), que residió en Ferentino desde noviembre de 1150 a junio de 1151.
121 Cf. Gelio, o. c. I 14 (y supra libro V c. 7).
122 Hch 5, 3.

las obras de todos vosotros. Pues la lacra de unos pocos arroja una mancha sobre los que son sinceros y una infamia sobre la Iglesia universal; y, en mi opinión, por eso se mueren más prontamente, para que no corrompan a toda la Iglesia. E incluso los buenos son arrebatados a veces para que no los transforme la malicia [123], y porque Roma, «corrompida a los ojos de Dios» [124], es hallada indigna de ellos.

Tú, pues, ya que tienes la responsabilidad de ello, busca e integra a los humildes, despreciadores de la vanagloria y del dinero. Pero temo que, cuando te dispongas a buscar lo que quieras, oirás lo que no quieres de boca de algún amigo imprudente. ¿Por qué sucede, Padre, que te ocupas de discutir la vida de los otros y no te examinas en absoluto a ti mismo? Todos te aplauden; eres llamado padre y señor de todos, ungen tu cabeza con el «óleo del pecador» [125]. Pues si eres padre, ¿por qué esperas de los hijos regalos y retribuciones? Si eres señor, ¿por qué no metes el miedo en el cuerpo a tus romanos y, reprimiendo su temeridad, no les rescatas para la fe? Lo que quieres es conservar la capital de la Iglesia para tu enriquecimiento. ¿Acaso Silvestre [126] la consiguió de esta forma con sus riquezas? Estás errado, Padre, y no en el recto camino. Ha de ser conservada con los regalos con que fue adquirida. «Dad gratis lo que gratis recibisteis» [127]. La justicia es la reina de las virtudes y se ruboriza de ser canjeada por un precio, sea el que fuere. Si ha de ejercer gracia, que sea gratuita. No se prostituya por un precio por el que no puede ser corrompida. Siempre es íntegra e incorrupta. Si tú oprimes a otros, más duramente serás oprimido.

Se rió el pontífice y se felicitó de tan gran libertad de espíritu, ordenándome que, en cuanto oyera algo negativo referente a él, se lo comunicara sin demora. Y habiéndole transmitido muchas cosas, unas a favor y otras en contra, me propuso este apólogo [128]: Ocurrió que todos los miembros del cuerpo conspiraron una vez contra el estómago acusándole de que con voracidad agotaba los trabajos de todos. «Ni el ojo se sacia de ver, ni el oído de oír» [129],

---

[123] Sab 4, 11.
[124] Gn 6, 11.
[125] Sal 140, 5. Se interpreta de la adulación.
[126] San Silvestre I, a quien se creía entonces que Constantino le había hecho donación de Roma.
[127] Mt 10, 8.
[128] Esta fábula, atribuida a Menenio Agripa, la refiere Livio, *Ab Urbe Condita* II 32 y Floro, o. c. I 17.
[129] Ecl 1, 8, citado según una versión distinta de la Vulgata.

las manos no cesan de trabajar, los pies se cubren de callos al andar y la misma lengua dosifica útilmente el hablar y el callar. En fin, que todos los miembros están atentos a las incomodidades públicas mientras, entre tanta solicitud y trabajo, sólo el vientre está tranquilo, y, cuando llegan los frutos que consiguió el trabajo de todos, él solo los devora y consume. ¿Qué más? Decidieron abstenerse de trabajar para, por medio de la inanición total, acabar con aquel enemigo público e inerte.

Pasó así un día, al que siguió otro más fastidioso. El tercero fue tan dañino, que a casi todos alcanzó el perjuicio. En tan aguda necesidad, volvieron a reunirse todos los hermanos, para tratar de su salud y de la situación del enemigo público. Cuando se reunieron, los ojos languidecían, el pie no conseguía levantar la mole del cuerpo, los brazos se movían con torpeza e incluso la misma lengua, inerte y pegada al seco paladar, no pudo exponer la causa común. Acudieron, pues, al consejo del corazón, y, tras la deliberación allí tenida, la razón puso de manifiesto que el que había sido denunciado como enemigo público era el que producía estos males. A partir de aquel momento se le quitaron todas las cargas, y él mismo, como público distribuidor, fue el que llevó alimentos a todos. Y, porque nadie puede guerrear sin soldada, cuando ésta no llega, el soldado se debilita y se viene abajo. Y ni siquiera podían echar la culpa al dispensador, que difícilmente podría distribuir a los demás lo que no había recibido. Es con mucho más seguro darle al que tiene que distribuir, que el que pasen hambre todos si aquél está vacío. Se hizo así; por persuasión de la razón, se llenó el vientre; se rehicieron los miembros y volvió a todos la paz. Así, el estómago quedó absuelto, pues aunque sea voraz y ávido de lo ajeno, no pide nada para sí, sino para otros que, si él desfallece, no pueden sustentarse.

Tal ocurre, hermano, dijo, si bien lo consideras, en el cuerpo de la comunidad, donde, aunque el magistrado pida mucho para sí, no acumula tanto para sí como para otros. Porque, si quedara vacío, nada podría repartir para los miembros. Pues el mismo oficio tienen el estómago en el cuerpo y el príncipe en la comunidad según aquello que dijo Quinto Sereno:

> Los que pretenden que el estómago es el rey del cuerpo, parecen apoyarse en una razón verdadera. El sano comportamiento de éste consolida a todos los miembros, y, por el contrario, con

su dolor padecen todos; más aún, si no se pone remedio, dicen que el propio cerebro sufre y todos los sentidos se debilitan por su causa [130].

CAP. 25: *Sobre la coherencia de la cabeza y los miembros de la comunidad política; y que el príncipe viene a ser una imagen de Dios, y del crimen de lesa majestad y de las cosas a las que obliga la fidelidad.*

A mí me satisface —y lo hago con convicción— someter al poder mis devotos hombros; y no sólo lo soporto, sino que me es agradable, en tanto en cuanto está sujeto a Dios y se adapta a su orden. De otro modo, si resiste a los mandatos divinos y me quisiera hacer participar en su lucha antirreligiosa, libremente respondo que Dios debe ser preferido a cualquier hombre. Pues así como los miembros inferiores se adaptan a los superiores, así todos los miembros deben someterse a la cabeza de modo que la religión permanezca incólume.

Se lee que Sócrates ordenó los asuntos políticos y respecto a ellos dio preceptos que parecen emanar de la sinceridad de la sabiduría, como de una fuente natural. Por esto se deduce en consecuencia que todo lo que en la comunidad es más humilde se conserva tanto más diligentemente con la atención que le prestan los más altos. Relee atentamente *La educación de Trajano,* de la que más arriba hicimos mención, y encontrarás estas cosas extensamente tratadas. Bástenos a nosotros de momento haber hablado sobre la unidad de cabeza y miembros, con esta salvedad que también hicimos: que la lesión de la cabeza, como dijimos, la reflejan todos los miembros, y que cualquier herida de un miembro, injustamente inferida, es herida que se le hace a la cabeza.

Por lo demás, todo lo que implica malicia deliberada contra la cabeza o la totalidad de los miembros es un crimen gravísimo y próximo al sacrilegio; porque así como aquél atenta contra Dios, así éste contra el príncipe, que es en la tierra una especie de imagen de Dios. Y por eso precisamente se llama crimen de majestad,

---

130 Q. Sereno Sammonico, *Liber Medicinalis,* 300-305.

porque persigue la imagen de aquel —como acostumbrada a decir el ilustre conde Roberto de Leicester, que tan moderadamente ejerció el gobierno en Bretaña—, que retiene en exclusiva la verdad de la genuina y auténtica majestad; como cuando alguien, por sí o por otros, maquina algo contra la seguridad del príncipe.

Al castigar tal crimen, todos deben ser considerados iguales en rango y circunstancias; incluso suele acontecer que estos hombres, con los que nadie tuvo tratos en vida, ni siquiera con el beneficio de la muerte se liberan completamente; pues si son convictos de su crimen, tras su muerte su memoria es condenada y los herederos privados de sus bienes. Porque, por haber concebido un crimen tan inicuo, reciben de algún modo un castigo en su propia mente. Cuando se comete tal crimen, está establecido que el autor quede jurídicamente incapaz de enajenar o manumitir, así como de exigir el pago de las deudas a los acreedores. Además, incluso personas infames, que en otras cosas no tendrían derecho a acusar, pueden aquí hacerlo sin impedimento, así como los soldados, incapaces de ejercer la paz, son los más indicados para ejercer esta acusación. También los siervos pueden informar legalmente contra sus amos y los libertos contra sus patronos.

Sin embargo, este crimen no debe ser tomado por los jueces como una ocasión para manifestar su fidelidad a la majestad del príncipe, sino únicamente tal como él es en verdad. Porque incluso hay que aclarar si la persona acusada lo pudo cometer, lo cometió, pensó hacerlo y si antes de planearlo estaba en su sano juicio. No se debe tampoco castigar fácilmente al hombre de lengua suelta; porque aunque esos temerarios sean merecedores del castigo, hay que perdonarlos si el delito no es tal que se deduzca literalmente de la ley escrita, o que pueda ser interpretación de la misma.

También las mujeres deben ser escuchadas en la cuestión de lesa majestad; pues fue precisamente una mujer, Julia, quien descubrió la conjura de Sergio Catilina e informó a Marco Tulio (Cicerón) en el juicio contra él.

Han de ser sometidos a tormento, si a ello inducen motivos de necesidad y utilidad, los sospechosos de culpabilidad, consejo e instigación en el crimen, de forma que la venganza legal pueda ser aplicada a todos los responsables o encubridores.

Muchas son las cosas que constituyen un crimen de lesa majestad; por ejemplo, el asesinato de un príncipe o de un magistrado, la utilización de armas contra la patria, la deserción del campo de batalla, la incitación a la sedición popular contra la comunidad

política; o si, por el hecho criminal o intento del mismo, los enemigos de ella son ayudados con aprovisionamientos, armas, municiones, dinero o cualquier otra cosa; o si de amigos se tornan enemigos de la comunidad; o, si por el criminal intento o hecho de alguno, llega a ocurrir que se den prendas o dinero contra la comunidad, o que el pueblo de un país extranjero se desvíe de su obediencia a la misma; del mismo modo, si comete el crimen consistente en facilitar la fuga de alguien que, después de confesar su culpa ante el tribunal, ha sido encarcelado por esta causa; y muchos otros actos de esta naturaleza que sería demasiado largo e imposible enumerar.

Pero precisamente porque en esto, más que en lo demás, conviene que sea respetada la esencia *(forma)* de la fidelidad, hay unas pocas cosas de las que puede cómodamente deducirse qué es lo que no es lícito. Pues como lo contrario de lo necesario es lo imposible, sólo lo ilícito contradice a lo que se debe hacer. La esencia de la fidelidad exige, pues, todo aquello que necesariamente acompaña a la fidelidad: incolumidad, seguridad, honestidad, utilidad, facilidad, posibilidad [131]. No sea que quienes nos obligamos estrictamente a la fidelidad, lesionemos la incolumidad del cuerpo o le privemos de los recursos mediante los cuales se mantiene seguro, o emprendamos algo como consecuencia de lo cual quede disminuido el honor o su utilidad; ni tampoco es lícito hacer difícil lo fácil o imposible lo posible. Además, quien posee beneficio de aquel a quien presta fidelidad, debe prestarle auxilio y consejo en sus empresas; de donde resplandece más claro que el sol cuánto se debe al Señor de todos, si tanto se debe a aquellos con quienes estamos obligados sólo por fidelidad.

Y es tan grande la pena de este crimen, que resulta difícil imaginar que pueda haber sido inventada ninguna otra más severa, ni siquiera por los señores de estas islas, que con frecuencia se revisten de tiranía. Y para que no se piense que la severidad de esta pena viene de la crueldad de los tiranos, citamos parcialmente las palabras mismas del moderado texto de la ley. Dice así:

«Quien iniciara una conspiración criminal, sea con soldados, civiles o bárbaros, o se juramentara para tal crimen, o recibiera tales juramentos, o proyectase el asesinato de varones ilustres que con su consejo y presencia nos asisten, o de senadores (que son

---

131 Estas palabras resumen los elementos esenciales de la obligación feudal. Cf. Graciano, Decreto II 22, 5, c. 18.

parte de nuestro mismo cuerpo), o de cualquiera que lucha para nosotros (pues con idéntica severidad quisieron las leyes que fueran castigadas la voluntad del crimen que su perpetración), sea pasado por las armas como reo de lesa majestad, y todos sus bienes adscritos a nuestro fisco. En cuanto a sus hijos, a los cuales concedemos la vida por lenidad especial del emperador (pues de suyo deberían perecer con el suplicio del padre aquellos de los que se temen crímenes hereditarios), sean tenidos por ajenos a la sucesión hereditaria paterna o de los abuelos, o de cualesquiera otros parientes, y tampoco pueden recibir herencias de extraños. Sean para siempre necesitados y pobres y les acompañe siempre la infamia del padre. Que no accedan a ningún honor, ni se les permita absolutamente recibir juramentos; sean en una palabra tales que, pudriéndose en perpetua necesidad, la muerte sea para ellos un alivio y la vida un suplicio. Finalmente, mandamos que sean considerados infames, sin perdón, quienes alguna vez intentasen interceder por ellos ante nosotros.

«En cuanto a las hijas, cuantasquiera que fuesen, queremos obtengan sólo la parte Falcidia de los bienes de su madre, tanto si muere habiendo testado o sin hacerlo, de forma que tengan como hijas una mediana ayuda para su sustento, en lugar de la totalidad de la fortuna y el título de herederas. Pues la sentencia debe ser más suave respecto de ellas, ya que por la debilidad de su sexo confiamos en que se atrevan a menos. Las esposas de los mismos, una vez recuperada la dote, si estuvieran en tal condición que lo que hubieran recibido de su marido a título de donación debieran reservarlo a sus hijos durante el tiempo propio del usufructo, sepan que deben dejar a nuestro fisco todo lo que según la ley se debería a los hijos; y la parte Falcidia de esos bienes se destine sólo a las hijas, no a los hijos.

«Las precauciones que hemos tomado respecto a los dichos y sus hijos las consideramos apropiadas con parecida severidad respecto a sus cómplices conscientes, sus criados y los hijos de éstos. Pero si al comienzo de la conspiración alguno de ellos, inspirado por el deseo de una verdadera obediencia, traicionara a la facción, será honrado y premiado por nosotros. El que, en cambio, haya participado en la misma, pero luego manifestó sus planes secretos cuando todavía no se conocían, sea digno solamente de absolución y perdón» [132].

---

[132] Justiniano, *Código* IX 8, 5.

CAP. 26: *Que los defectos, o se soportan o hay que eliminarlos, y que se diferencian de los delitos; y algunas cuestiones generales del oficio de príncipe; y un breve epílogo de cuánta reverencia hay que mostrar hacia él.*

Quise insertar en la presente obrita, entre muchas otras, estas pocas cosas procedentes de la genuina fuente del derecho, para que, a su vista, los legos en la materia se aparten aún más del crimen de lesa majestad y para que nadie me acuse de que yo pienso algo contra la autoridad del príncipe. Suele decirse que no se puede quitar la corteza al alcornoque sin herirse las uñas; pero mucho más y más rápidamente se lastima quien separa a los miembros de la obediencia hacia su cabeza. Quede siempre en vigor la excelencia de la cabeza, porque en ello consiste la salud de todo el cuerpo.

Varrón, en la llamada *Sátira menipea,* que trata del matrimonio, dice: el defecto del cónyuge, o se quita o hay que conllevarlo. El que elimina el defecto, consigue un cónyuge más cómodo; el que lo soporta, se mejora a sí mismo. Del mismo modo, los príncipes deben eliminar o soportar los defectos de los súbditos; porque el lazo que los une es igual o más fuerte que el del matrimonio. Las palabras de Varrón «tolerar» y «eliminar» están bien elegidas, porque parece haber usado la palabra «eliminar» en el sentido de «corregir». Está claro que piensa que hay que soportar todo lo que no puede ser eliminado. Sin embargo, una recta interpretación hace que esto se entienda del defecto que se puede tolerar honestamente y que no vaya contra la religión.

Porque los defectos son menos graves que los delitos y hay algunos que no se pueden soportar lícitamente, o que en buena conciencia son intolerables. Un cónyuge se separa lícitamente del otro por motivo de fornicación, y con frecuencia el que oculta el crimen de la esposa está patrocinando la inmoralidad. De ahí que se diga: «Quien retiene una mujer adúltera es tonto e impío.» Estas cosas son verdaderas respecto del adulterio carnal y espiritual en cuanto ambos son comparables, aunque el espiritual es peor y ha de ser evitado con mayor cuidado.

De la misma manera, en la unión de los miembros la regla de Varrón de tolerar o eliminar los defectos es válida. Pues nadie duda de que convenga curar los miembros del herido con el lenitivo aceite o con la aspereza del vino que el samaritano vierte [133].

[133] Lc 10, 33-34.

Y que haya que eliminarlos es claro también, puesto que está escrito: «Si tu ojo o tu pie te escandalizan, arráncatelos y arrójalos lejos de tí» [134].

Esto pienso que debe ser tenido en cuenta por el príncipe en todos los miembros, para que no sólo sean arrancados, cortados y expelidos, si son causa de escándalo para la fe y la salud pública, sino que de tal modo sean aplastados, que mediante el exterminio de uno se procure la salud de todos. ¿A quién ha de perdonar aquel que incluso a sus propios ojos debe hacer violencia? Cierto que ni el oído, ni la lengua, ni ninguna otra cosa que exista en el cuerpo de la comunidad, goza de inmunidad, si se alza contra el alma, por cuya causa hasta los ojos deben ser arrancados. Pues, cuando por los abusos de los crímenes Dios es ofendido o la Iglesia pisoteada, peligra la salud de toda el alma. Lo cual es tan impropio del oficio del príncipe, que cuantas veces ocurren estas cosas en la sociedad, o se piensa que el príncipe no se entera o que está dormido o en la posada [135]. El sol se levanta sobre todas las cosas para verlas y juzgarlas. Pues creo que el príncipe es una especie de sol. Rectamente, pues, actúa cuando:

> rechaza de los paneles a la holgazana turba
> de los zánganos [136]

que expolian los graneros y beben todo lo dulce o se lo llevan. Rectamente también actúa (el príncipe) cuando cuida la cumbre de la Iglesia, cuando dilata el culto de la religión, cuando humilla a los soberbios y exalta a los humildes [137], generoso con los pobres y austero respecto de los ricos, cuando con igual medida remunera con premios a las virtudes y con castigos a los vicios, cuando la justicia marcha delante de él y dirige sus pasos por la vía de la prudencia y de las otras virtudes [138].

En efecto:

> así se acerca uno al cielo; no montando a Olippo sobre la Osa ni intentando que la punta de Pelien toque la estrella más alta [139].

---

134 Mt 18, 9.
135 1 Re 18, 27.
136 Virgilio, *Geórgicas* IV 168 y *Eneida* I 435.
137 1 Re 2, 7-8; Lc 1, 52-53.
138 Cf. Sal 84, 14.
139 Ovidio, *Fastos* I 307-308.

Dijo la Sabiduría: «No te presentes ante el rey con magnificencia, ni te coloques en el sitio de los grandes»; a eso se refiere a continuación el dicho del sabio: que quien no se humilla ante el príncipe, celando sus méritos con el abajamiento, merece que se le despoje de la gloria que usurpó [140]. El príncipe, en efecto, es el distribuidor de los honores, y mientras administre con acierto su principado, en él reside la dispensación perpetua de las recompensas. Y lo administra rectamente cuando bajo su presidencia los pueblos se alegran y toda la extensión de la tierra exulta por el imperio de la equidad. He dicho dispensación «perpetua» porque, como está escrito, «será fundado para siempre el trono del rey que juzga a los pobres en la verdad» [141]. ¿Quién, pues, es capaz de restar honor a aquel de quien sabe que es honrado por el Señor con recompensa perpetua? Incluso quien atentare contra una inerte estatua del príncipe debe ser castigado con muerte cruel, como querían los antiguos. ¿Pues quién podrá ofender impunemente con deliberada malicia a la imagen de Dios que es el príncipe? Así, pues, muy juicioso es aquello del sabio: «No ofendas al rey en tu pensamiento, ni maldigas al rico en el secreto de tu habitación, porque los pájaros del cielo harán correr tu voz y el que tiene alas anunciará lo dicho» [142]. ¿Será lícito entonces maquinar o concebir algo contra el príncipe, de palabra o de obra, cuando son reprobables el mismo pensamiento, el secreto del aposento y la opinión del corazón?

CAP. 27: *Que los que son como Gnatón todo lo deforman y no pueden sufrir que la verdad sea dicha; y que se les debería arrancar la piel como se hizo con Marsias, si los ricos fueran prudentes; y que Dios mismo castiga a los perseguidores de los pobres.*

Por lo demás, si creemos a Gnatón [143], el que no sonríe al rico (incluso cuando actúa mal) y no aplaude sus malas acciones pare-

---

140 Prov. 25, 6-7.
141 Prov 29, 14.
142 Ecl 10, 20.
143 Personaje de *El eunuco* de Terencio, criado de Trasón (el «miles gloriosus» o soldado fanfarrón) y prototipo del parásito y del adulador.

cerá, o bien que envidia su buena fortuna, o bien que no cumple su deber; porque, a los ojos de la tribu de Gnatón, decir la verdad es delito de lesa majestad.

Con el debido permiso y en favor de los miembros de la comunidad, hago llegar esta única afirmación al oído del príncipe; pero no lo hago yo, sino el Espíritu de la Sabiduría, el Espíritu de la Verdad, el Espíritu Santo: «Quien cierra su oído al clamor del pobre, cuando clame a Dios no será escuchado» [144]. Pues no será escuchado por aquel que es su cabeza, porque su cabeza es Cristo [145], y en Cristo está Dios y Cristo es el Dios que «libera al pobre del poderoso» [146] y quebranta todos los pretenciosos reinos de la tierra como piedra que cae del monte sin que la empujen las manos [147], el que «arranca al desvalido de las manos de los que son más fuertes que él, al necesitado y al pobre de los que le saquean» [148].

Por tanto, si alguno, quienquiera que sea, se levanta contra aquellos cuyo protector —e incluso padre— es Cristo, no dude de que incita contra sí la piedra que hizo añicos la estatua que vio Nabucodonosor, que simbolizaba un conjunto de reinos de diversa fortaleza y esplendor [149].

Y no sirve de nada que, mientras tortura al pobre, ande multiplicando sus promesas como si Dios pudiera ser corrompido por los regalos o se le pudiera tentar con limosnas más calculadoras que nacidas del arrepentimiento; comoquiera que la Sabiduría diga bien claro que «constituye una ruina para el hombre devorar a los consagrados a Dios y pretender después arreglarlo con promesas» [150]. Y también aquello otro: «Las ofrendas de los impíos son abominables ante Dios, porque se ofrecen desde el crimen» [151], y «quien ofrece un sacrificio con lo que ha arrebatado al pobre es como si sacrificara a un hijo ante los ojos del padre» [152].

Y no se me achaque a mí si se les pide cuentas de la sangre del hermano [153], o si reciben la retribución de sus obras con la misma

---

144 Prov. 21, 13.
145 Cf. 1 Cor 11, 3.
146 Sal 71, 12.
147 Cf. Dn 2, 34.44-45.
148 Sal 34, 10.
149 Cf. Dn 2, 31 ss.
150 Cf. Prov 20, 25. Nuestro autor cambia la palabra de la Vulgata «retractare» por «tractare».
151 Prov 21, 27.
152 Eclo 34, 24.
153 Cf. Gn 9, 5.

medida que ellos aplicaron [154]; porque no soy yo, sino el Altísimo, quien dice y hace todas estas cosas.

Yo, por mi parte, creo que hay que servir con toda humildad y reverencia no sólo a los buenos y mesurados, sino también a los malvados [155]; pero que hay que hacerlo de acuerdo con las normas de la fidelidad y de forma que, en el mismo culto del poder, se honre a Dios por quien aquél ha sido instituido. De ahí que los hebreos debieran orar por los babilonios [156], porque en la paz de los príncipes está el reposo de los pueblos; y el propio Cristo juzgó que los fieles debían pagar tributo al César [157].

Pero todo esto lo echa por tierra Gnatón, ya que, según él, la profesión de la verdad equivale al crimen de lesa majestad [158]; por lo que a él cualquier imitador de Apolo (es decir, cualquier servidor de la Sabiduría) podría arrancarle la piel a ejemplo de lo que éste hizo con Marsias, que mientras intentaba

superar a Febo cantando [159]

fue vencido y despojado de su vestido natural.

A él le imita, pues, la caterva de los aduladores, que juegan el mismo papel que los infelices sátiros cuando intentan no tanto exaltar cuanto cegar a sus divinidades —quiero decir a los hombres poderosos— con promesas tan vacías como los instrumentos de viento. Pues siempre actúan con vigor juvenil en el vicio los que jamás maduran en la gravedad, y siempre son ligeros, lascivos, charlatanes y como junco que se pliega a cualquier viento.

Cap. 28: *Cuándo se recomienda alguien por su mérito y cuándo es ajena la alabanza, según la autoridad de los socráticos.*

Y es que aun cuando estos flautistas de la vanidad persistan siempre en suplantar a otros, rara vez o nunca alaban a alguien según sus verdaderos merecimientos.

---

154 Cf. Mt 7, 2.
155 Cf. 1 Pe 2, 18.
156 Cf. Jr 29, 7.
157 Cf. Mt 22, 17 ss.
158 Para el adulador la sumisión al señor debe ser incondicionada, convirtiéndose así en cómplice de sus crímenes.
159 Virgilio, *Eglogas* V 9.

Porque un hombre es tanto más grande y genuinamente enaltecido cuanto la lengua que le alaba más se fija en su sabiduría. Porque todas las demás cosas son prestadas; sólo es propio de la persona lo que sabe. Propio, digo, no por su esfuerzo, sino como don de Aquel de quien procede todo lo que en el hombre es digno de alabanza.

Y esto no es meramente mi opinión, sino la que aplaude el conjunto de todos los sabios. Y que es fácil de hallar en el libro llamado *Sobre el Dios de Sócrates*. Por la elegancia de su desarrollo y la florida belleza de su construcción quise insertar aquí sus palabras para que lo que aquí escribo merezca mayor fe a aquellos a quienes se dirige, al constatar que fluye de la purísima fuente de los mayores.

Así, pues, dice Apuleyo: Nada me admira tanto como que, deseando los hombres vivir lo mejor posible y sabiendo que no se vive con otra cosa que con la mente, ni se puede evitar que para vivir bien se deba cultivar la mente, sin embargo no lo hagan. Ahora bien, si alguien quiere ver con agudeza, debe cuidar los ojos con los que se ve; si quieres correr enérgicamente, has de cuidar los pies con los que se corre; lo mismo, si te gusta boxear, has de alimentar los brazos con los que se boxea; y así, de forma parecida con todos los demás miembros, hay que dar a cada uno cuidadosamente las atenciones que requieren. Siendo esto tan patente y fácil para todos, no consigo hacerme a la idea ni puedo dejar de admirarme del hecho real de por qué no cultivan racionalmente su entendimiento.

Porque la motivación para vivir es igualmente necesaria a todos. No así las razones para pintar o hacer música, que cada cual puede abandonar sin ningún rubor, ni reproche, ni esfuerzo. Yo no sé tocar la flauta como Sibimenias, pero no me avergüenza no ser flautista. No sé pintar con colores, como Apeles, pero no me ruboriza no ser imaginero. Y así, en todas las artes, si me interesara por ellas, podría ignorarlas sin rebozo. Pero atrévete a decir: «No sé vivir tan bien como Sócrates, Platón o Pitágoras vivieron, ni ello me hace enrojecer.» Nunca osarás decirlo. Pero es muy de admirar que aquello que de ninguna manera se quisiera ignorar se descuida de aprendar, y así se declina al mismo tiempo el aprender y el ignorar.

Pues si miras sus gastos cotidianos, encontrarás muchas partidas gastadas con prodigalidad, pero nada en sí mismos, en lo que yo llamaría cultivo de su espíritu, que no es otra cosa que el

juramento de la filosofía. Pues edifican villas suntuosas y decoran con esplendidez las casas y se hacen servir de numerosos criados. Pero en todas estas cosas, entre tanta abundancia, sólo el dueño causa vergüenza. No se ofendan: tienen lo que han acumulado con una solícita atención, y ellos giran en torno, sucios, indoctos y sin educación. Así, pues, verás que todos aquellos objetos en los que gastan su patrimonio son bellísimos, magníficamente hechos y adornados, villas que en su construcción parecen emular a las ciudades, casas decoradas como templos, servidumbre abundante y bien presentada, menaje de primer orden: todo espléndido, todo opulento, todo rutilante, menos el propio dueño; él es el único que, como Tántalo, necesitado y pobre en medio de sus riquezas, es incapaz, no sólo de apresar ese torrente fluido y falaz que se le escapa, sino que padece hambre y sed de la verdadera felicidad, esto es, de la vida próspera y de la prudencia gozosa.

Porque no comprende que a los ricos se les mira con el mismo criterio con que se compran los caballos. Porque al comprar caballos no prestamos atención a los adornos de la cabeza, ni miramos los adornos dorados de los talabartes, ni los herrajes preciosos del cuello, o si de él penden joyas vistosas, o si el freno es calado y los jaeces coloreados, o si cada uno es dorado; sino que, dejados de lado todos estos aditamentos, miramos solamente al mismo caballo desnudo, sólo su cuerpo y brío, para saber si su raza es buena, si está fuerte para correr o robusto para el tiro; miramos antes que nada si

> la cabeza es fina y graciosa, el vientre enjuto y los lomos robustos, y si el orgulloso pecho se adorna con músculos sin tacha [160],

y, además, si la espina divide bien los lomos (porque no quiero meramente un caballo veloz, sino también cómodo y confortable para montar).

Del mismo modo, cuando contemplas a los hombres no estimas todas aquellas cosas ajenas a él, sino que penetras en su mismo fondo; mírale como a mi querido Sócrates, en su pobreza. Llamo ajenas a las cosas que sus padres parieron y que la fortuna le regaló. Por ninguna de ellas alabo yo a mi Sócrates. Ni por

---

[160] Virgilio, *Geórgicas* III 81-82.

alcurnia, prosapia, longevidad o riquezas. Todas estas cosas, como digo, son ajenas.

Para Sato Prothaonio la única gloria consistió en que su nieto no se avergonzara de él. Por tanto, se pueden considerar ajenas todas las demás cosas. ¿Que es de buena familia? Estás alabando a sus padres. ¿Que es rico? Desconfío de la fortuna y más bien menosprecio estas cosas. ¿Que es fuerte? Ya enfermará. ¿Dinámico? Ya vendrá la vejez. ¿Hermoso? Espera un poco y ya no lo será.

¡Ah! ¡Pero es que se trata de un hombre docto en las buenas artes, erudito y, en cuanto es humanamente posible, sabio y sesudo! Por fin estás alabando al hombre mismo. Porque esto ni se hereda del padre, ni es un golpe de fortuna, ni un premio de favor que dura un año, ni depende de un cuerpo caduco o se altera con la edad. Estas son las prendas que tuvo mi Sócrates, y por eso despreció todas las otras.

Aplícate, pues, al estudio de la Sabiduría, por lo menos para que, en la alabanza que te hagan, no tengas que escuchar nada que sea ajeno a ti, sino que quien te quiera honrar lo haga como Accio a Ulises al comienzo de su tragedia *Filoctetes:*

> Hombre eximio, endeudado con una pobre patria,
> célebre por el nombre y por tu gran corazón,
> socorro de las naves griegas, severo vengador de las
> gentes dárdanas, hijo de Laertes.

Sólo al final nombra a su padre. Todas las demás alabanzas que escuchaste lo fueron de su misma persona. Nada pueden reivindicar ni Laertes, ni Anticlía, ni Arconio, ni Acrisio. Todos los detalles de esta alabanza son, como ves, posesión propia de Ulises.

Tampoco Homero, cuando habla de Ulises, enseña otra cosa, porque siempre quiso de él que la prudencia le acompañara, llamándola, con licencia poética, Minerva, porque, gracias a su compañía, pasó por todos los horrores y superó toda adversidad. Porque, con su ayuda, entró y salió de la cueva del Cíclope, vio los bueyes del sol y supo abstenerse de usarlos; con la misma sabiduría, navegó entre Scilla y no fue atrapado, cercado por Caribdis y no engullido; bebió la copa de Circe y no sufrió transformación, llegó al Lothofago y no se quedó, escuchó a las sirenas, pero no se aproximó [161].

---

[161] Epuleyo, *De Deo Socratis,* cc. 21-24.

CAP. 29: *Que el pueblo se configura a la medida del príncipe, y a su vez el principado según los merecimientos del pueblo, y que cualquier criatura se tranquiliza ante un Dios benevolente.*

Así dice Apuleyo con elegancia y brillantez. Ojalá se le escuchara. Porque si cada hombre trabajara en cultivarse a sí mismo y mirara las cosas exteriores como no concernientes a él, pronto sería óptima la situación de todos y cada uno, la virtud estaría en vigor y la razón se impondría, mientras reinaría en todas partes la caridad mutua, para que la carne se sometiera al espíritu y el espíritu sirviera a Dios con devoción total [162].

Si esto ocurriera, ni los miembros sentirían el gravamen de una cabeza hinchada, ni la cabeza, por abandono y laxitud de los miembros, languidecería. Porque estos males provienen de la enfermedad del pecado. Porque los delitos de los inferiores desmerecen de un buen príncipe; y, al revés, los pecados de los superiores dan a los súbditos ocasión de pecar y les cargan de razón. De ahí aquello de que: «Toda cabeza languidece y todo corazón se llena de tristeza; de los pies a la cabeza no hay en él nada sano» [163].

Así, pues, por la inocencia del pueblo se aplaca el príncipe, y la inocencia del príncipe reprime los movimientos populares. Porque ante un Dios complacido toda criatura se amansa y sirve al hombre, pero cuando El se irrita, toda criatura se arma para vengarle. El cuervo alimenta a Elías [164]; el oso obedece al profeta [165]; para no herir a Daniel, hasta el león contradice el instinto natural y olvida el hambre atrasada [166]; el justo pasa sin mojarse por las aguas [167]; el fuego del horno encendido contra los jóvenes resulta impotente [168], y, ante la oración del fiel, el aire niega el rocío, y la tierra niega el fruto [169], y el mismo cielo vomita sus rayos contra los impíos [170].

---

162 Así reza una oración de la liturgia anglicana, inspirada tal vez en este pasaje.
163 Is 1, 5-6.
164 Cf. 1 Re 17, 4-6.
165 Cf. 2 Re 2, 24.
166 Cf. Dn 6, 22.
167 Cf. Ex 15, 19.
168 Cf. Dn 1, 4.
169 Cf. 1 Re 17, 1 ss.; Sant 5, 15 ss.
170 Cf. 2 Re 1, 10-12; Lc 9, 54.

CAP. 30: *Breve epílogo contra los gnatónicos.*

Por lo demás, mientras seguimos con lo nuestro, nos acechan los gnatónicos[171] alterando lo aquí dicho por envidia hacia los buenos. Para hacernos a nosotros reos de mentira y temeridad, mienten ellos diciendo que impusimos la ley a los príncipes y gravamos sus cuellos con un yugo insoportable.

Y es que la verdad es su enemiga y procuran enemistar a los amantes de la verdad con los ricos, mientras para conseguir su favor no se avergüenzan de decir o hacer lo que sea. A todo, sea bueno o malo, asiente Gnatón clamando:

> ¡Estupendo! ¡Magnífico! ¡Muy bien! Fingirá palidez y aun destilará ante sus amigos el rocío de sus ojos; bailará, zapateará. Lo mismo que las plañideras alquiladas para un entierro dicen y hacen casi más que los que se duelen sinceramente, así se mueve el fingidor más que el verdadero alabador[172].

Y no sé cómo se las arreglan todos éstos para conquistas incluso a la gente honrada, a quien la maldad de los aduladores repugna, pero que —aunque no buscan la loa—, no deja de gustarles, sin embargo, cuando la oyen.

A éstos, cuando repito las verdades, no puedo complacerles, pero no puedo dejar de ser fiel a la verdad por respeto a ellos. No tienen nada contra mí, a no ser lo que ni a mí ni a ellos nos conviene, y el que, de cuando en cuando, sugiero a algún amigo que cae en sus manos:

> No te dejes engañar por la intención que la zorra oculta[173].

Pues estos individuos son los verdaderos emperadores de los cortesanos frívolos, y si ofendes a uno de ellos, serás reo ante todos[174]. De este modo, por inducción de los gnatónicos, se reunieron todos los ambiciosos, envidiosos, supersticiosos y similares, y dieron en decir que se les había declarado la guerra y que yo quería (como suele decirse) ejercer contra ellos mi canina facundia, lo que no he pensado jamás, a no ser que me sienta apremiado

---

171 Cf. supra nota 143.
172 Horacio, *Arte poética,* 428-433.
173 Ib., 437.
174 Cf. Sant. 2, 10.

por sus injurias o, por la autoridad de algún superior, me vea empujado a este estilo chato que no me va.

Pero lo que más me preocupa es que, cediendo ante las frivolidades palaciegas, deje el campo libre a aquellos a los que estas cosas les gustan. Pues, por no hablar de otros asuntos, no puedo aguantar a esos caballeros de Gnatón, que piensan no haber hecho nada, mientras quede uno solo al que no hayan obnubilado los ojos al haber él rechazado el «óleo del pecador» [175]. Pero si alguien consiguiera huir de ello, será considerado enemigo, no tanto de Gnatón como de la gente principal. Quédese, pues, en buena hora la corte con sus frivolidades mientras sean tolerables, con tal de que la facción de los gnatónicos vaya de mal en peor y sea su «fin peor que sus comienzos» [176].

A los días que me quedan les espera el ocio, aun cuando la angustia del corazón y la aridez improductiva de la lengua no tenga nada que poder repartir a todos.

Tú, cuando quieras que salgan los ambiciosos, los envidiosos y toda la ralea que se oculta en nuestra casa, si es que te han agradado los anteriores libritos, denúncialos y con tus palabras sentirán que les pisan los talones obligándoles a salir a la luz. Pero no se debe atacar a todos a la vez porque no podría ser vencida fácilmente su tejida maraña, ni sus cohortes son pocas en número,

> pues aunque tenga cien lenguas y bocas, no podría enumerar los nombres de todos los enredos [177].

TERMINA EL LIBRO VI

---

175 Sobre el significado de esa expresión cf. nota 125.
176 Cf. Lc 11, 26.
177 Virgilio, *Eneida* VI 625-627.

COMIENZA EL SEPTIMO LIBRO DEL «POLICRATICUS»

Prólogo

Al salir de la Corte hubiera declinado el trato con los frívolos, si en su mismo umbral no me hubiese detenido la autoridad de tu recomendación[1]. Al desvelarte las angustias de mi corazón y quejarme de las apuradas situaciones del tiempo y de la vida, me encargaste aguantar esforzadamente todo ello hasta que Dios me revelase otra cosa y reformase mi vida en mejor. Me persuadías a que, como hacen los trabajadores, que superan o mitigan los tedios de la tarea con cantilenas y dulzura de voces, compensara así los esfuerzos de la vida y del tiempo. Porque a los caminantes les parece el camino más fácil y breve si se recrean con la escucha de un relato agradable o con las modulaciones de una voz que canta dulcemente. Así, pues, me mandas continuar con la dedicación a la lectura o a otra ocupación, y, si no se puede otra cosa, al menos quejarme a mí y a las musas[2] de mí mismo y de la diversidad de la fortuna. Porque para quien aspira a la filosofía, es gran avance deplorar en sí mismo la carencia de virtud.

Mi respuesta a todo esto me la sugiere el cómico, porque:

> Todos, estando sanos, damos consejo a los enfermos;
> pero tú, cuando seas uno de ellos, pensarás de modo distinto[3].

---

[1] Se dirige al canciller Tomás Becket.
[2] Cf. Cicerón, *Bruto*, 50 § 187; Jerónimo, *Epíst.* 50, 2 (Migne, PL 22, 514).
[3] Terencio, *Andria* III 1, 9-10.

Exactamente así se les pide a los cautivos, cuyas cítaras cuelgan de los sauces: que canten las canciones que ni pueden ni suelen cantar en tierra ajena[4]. Aunque la virtud sea capaz de ignorar las injurias de la cautividad y no pueda ser privada de su actividad, es muy rara la persona que puede atender a las tareas filosóficas y a las cortesanas, sabiendo que entre ellas se da con frecuencia gran oposición.

De ahí que pareces encargarme una cosa casi imposible, sobre todo al ser yo un hombre constituido bajo potestad ajena[5], que hago de mala gana muchas cosas por obligación de obedecer y que apenas tengo tiempo de realizar sólo algunas de aquellas que se deben realizar por afición de la propia voluntad y sabiduría. El día y la noche pasan en ocupaciones necesarias o encargadas por otros, de tal suerte que ni siquiera puede ocuparse uno de los asuntos familiares, y ¿tú me exhortas a que escriba? Siendo hombre imperito en ciencia y palabra[6], ¿entregaré a los demás lo que no he recibido yo mismo?

> Si un labrador calzado de abarcas e ignorante de las estrellas pide una nave, el dios Melicertes exclama que se ha trastornado la faz de la tierra[7].

Así, pues, si quieres que escriba, dame o, mejor, pide a quien es Señor de las ciencias[8], la ciencia para poder hacerlo; dame tiempo libre y sustráeme de las molestias de las necesidades domésticas:

> porque si le falta a Virgilio un esclavo y tolerable alojamiento, todos las hidras caerían de sus cabellos[9].

Temo, además, que al atenerme devotamente a lo que me mandas y superar así mi natural pudor, provoque las lenguas de los envidiosos, que fácilmente critican los males y difícilmente imitan los bienes ajenos.

Pero si no se puede hacer otra cosa y sólo me permites que me queje a mí mismo y a las musas de los azares de la fortuna, ello me resulta muy fácil bajo la influencia de mi penuria mental,

---

[4] Sal 136, 2-4.
[5] Mt 8, 9.
[6] Cf. 2 Cor 11, 6.
[7] Persio, *Sátiras* V 102-104.
[8] 1 Sm 2, 3.
[9] Juvenal, *Sátiras* VII 69-70.

pues, como atestigua Gregorio Nacianceno [10], nada parece más suave a los hombres que hablar de cosas de otros o preocuparse de ellas.

Con todo, esto es impropio del deseo de una mente ordenada, porque al sabio le conviene ordenar su mente, oponiendo a cualquier ataque de la fortuna, sin quejarse, el escudo de la razón como ágil defensa del filósofo [11]. Quien lucha con la calidad de su estado, no ha comenzado aún el camino de la filosofía, a no ser que gima lánguidamente sobre la corrupción del pecado. De mí mismo puedo quejarme justamente, ya que por exigencia de mis culpas estoy de tal manera proyectado hacia la miseria, que parezco preparado para los azotes [12], y la noche me taladra los huesos y no descansan los que me devoran [13]. Teniendo así presente mi dolor [14], ¿piensas que pueda éste templarse por la suavidad de la pluma o por la aguda flauta?

Haré, con todo, lo que me aconsejas con la ayuda de Dios y, entre tan variadas riquezas y géneros de delicias, en que abundas, consagraré a tu nombre estos pequeños regalos de un pecho ayuno y de una lengua árida, sean ellos cuales fueren. No presumo de sentencias sutiles o de hermosura de palabras, pero con la sinceridad de la entrega de mi vida contenderé con cualquier orador; en la seguridad de que la estimarás más que el oro de los sabios y la plata de los elocuentes; siendo como eres discípulo de Aquel que prefirió los dos cornadillos de la viuda [15] a las pomposas oblaciones de los ricos. La sencillez será también digna de favor, y, como fiel lector, atenderás, no al sentido que las palabras parezcan significar a primera vista, sino desde qué sentido o con qué sentido se pronuncian. Así se mezclarán las cosas serias con las ligeras y las falsas con las verdaderas, para que todas se refieran intencionadamente al culto de la suprema verdad.

Ni te impresione si alguna de las cosas aquí escritas se encuentran de otra manera en otro lugar, ya que las historias en diversas circunstancias, aunque se hallan a veces mutuamente enfrentadas, se orientan al único fruto de la utilidad y la honradez. No asumo el riesgo de determinar lo que es verdad, sino que me he propuesto comunicar sin envidia las cosas que leí en diversos

---

10 Cf. *Epistola VII ad Caesarium* (Migne, PG 37, 32).
11 Cf. Jerónimo, *Adversus Iovinianum* II 14 (Migne, PL 23, 305).
12 Sal 37, 18.
13 Job 30, 17.
14 Sal 37, 18.
15 Mc 12, 41 ss.

autores, para utilidad de los lectores. El Apóstol no dice: «Todo lo que ha sido escrito es verdadero», sino «todo lo que ha sido escrito, lo ha sido para nuestra enseñanza» [16], aunque la universalidad de que habla solamente pueda referirse a lo que está escrito en la Ley y en los Profetas, de cuya verdad nadie duda, a no ser quien no concuerda con la fe católica.

Con todo, las cosas que no encontré en los libros de diversos autores, las he tomado del uso cotidiano y de la experiencia de las cosas, como si se tratara de una historia de las costumbres. Si en algunas cuestiones parece que nos acercamos al ejercicio de una filosofía más seria, que conste que ello lo hacemos, según la costumbre de los académicos, más por intención de investigar que por deseo de discutir. En estas cosas, en el examen de la verdad, se respeta a cada uno su libre juicio y se considera inútil la autoridad de los escritores, cuando se refute opinión más aceptada. Pero, al obrar así, nos hemos propuesto, con todo, tratar principalmente de aquellas cuestiones en las que el error no produce daño, sin atrevernos, con temeraria presunción, a la definición de aquellas otras en que no se yerra sin peligro. Y nadie piense que se dice algo para injuriarlo, al no tratarse de descalificación de personas, sino solamente de destrucción de vicios que deben evitarse. Pero baste ya. El relato siguiente explicará el por qué nos gusta imitar a los académicos con predilección sobre los demás.

CAP. 1: *Que los académicos fueron más modestos que otros filósofos a quienes obcecó su temeridad, hasta desorientarse insensatamente.*

Ya no es simplemente opinión célebre, sino persuasión general de todos, que los antiguos filósofos florecieron por su ingenio y progresaron por su estudio. Su ingenio les abrió paso a realidades que eran casi incomprensibles por su naturaleza, gracias al estudio y al ejercicio. Muchas cosas han sido publicadas por su medio para la posteridad, y, al encontrarlas, nos admiramos y alegramos. Midieron el mundo, sometieron el cielo a sus leyes, escrutaron las diversas causas de la Naturaleza y contemplaron de alguna manera al Artífice del Universo con ojos limpios de escoria [17]. Pero lleva-

[16] Rom 15, 4.
[17] Cf. Cicerón, *De Natura Deorum* I 8 §§ 18-19.

dos, pues, como por una fuerza gigantesca y no apoyados ya en fuerzas humanas, se hincharon y declararon la guerra a la gracia de Dios, confiados en el vigor de la razón y en su libre arbitrio, como si fueran a lanzar sus brazos, según dice la fábula, hacia un cielo cautivo de las fuerzas por las que se regían [18]. Pero fracasaron, y, afirmando ser sabios, se transformaron en necios [19]. Su insensato corazón se les oscureció tanto, que quienes lo sabían casi todo erraron de forma perniciosísima en las cosas más importantes y, distraídos por opiniones varias, ignoraron también las cosas mínimas.

Si a alguien le parecen viles los adornos de las fábulas (aunque el espíritu sabio no descarte ser enseñado del enemigo, siendo así que el pueblo escogido de Dios resplandece con el oro, la plata, las vestimentas y todo el ornato de los egipcios) [20]; si pues, repito, le parecen viles los hallazgos de los gentiles, es cierto que mientras en el campo de Sinar la impiedad trazaba los fundamentos de Babilonia, mientras se erigían al cielo los andamios de la torre de la soberbia y la contradicción, desde lo alto del precipicio provocó Dios la división de lenguas, de modo que, sustraído a los impíos el comercio verbal, siguió necesariamente la división de los pueblos [21].

Así, al elevar también hacia lo alto los filósofos las máquinas de su ingenio con un cierto género de guerra contra Dios, les fue sustraida la unidad de una verdad verdaderamente inmutable e indeficiente y, enredados en las nubes de la ignorancia, perdieron el conocimiento fundamental de aquellas cosas que son verdaderas, como procedentes de la verdad única y singular, para que, entregados a un sentido réprobo [22], fuesen refutados por sus obras y, al apartarse el guía, es decir, el Espíritu de Verdad, fuesen dispersados hacia varias sectas de error y falsas insensateces. Y se han vuelto más miserables cuanto menos conocían su defecto.

De ahí se sigue que cuando el estoico venera a su Pronos [23], todo lo somete a la necesidad de la ley. Epicuro, por el contrario, mientras protege la libertad de las cosas, las vacía de estructura y pretende abandonarlo todo a la casualidad. Los que cultivan ambas teorías se enfrentan de plano, disputan de casi cualquier materia

---

18 Cf. Ovidio, *Metamorfosis* I 184.
19 Rom 1, 21.
20 Cf. Dt 7, 6; 26, 18; Ex 12, 35-36; cf. Isidoro, *Quaestiones in Exodum* 16 (Migne, PL 83, 295).
21 Cf. Gn 11, 1-9.
22 Cf. Rom 1, 28.
23 Providencia. Cf. Cicerón, *De Natura Deorum* I 8 § 18.

y, como sometidos al juramento de Pallas, sólo hablan de «paradojas» y doctrinas autoritarias («kiriadojas»), afirmando que son verdaderas absolutamente [24]. Los académicos, por su parte, evitando el precipicio de la falsedad, son más modestos, al no negar en absoluto su propio defecto; antes bien, situándose en la ignorancia de las cosas, dudan de casi todo. Esto es ciertamente más seguro que definir con temeridad las cosas inciertas. También favorece la opinión de los académicos el hecho de que no sólo Eráclites Póntico y nuestro Cicerón [25], aceptados con gran alabanza por varones ingeniosos, se pasaron finalmente a ellos, sino también otros muchos, que sería largo enumerar. ¿No han de ser preferidos, pues, aquellos a quienes les sirve de recomendación tanto su propia modestia como la autoridad de tales varones?

CAP. 2: *Sobre el error de los académicos. A quiénes de ellos es lícito imitar y qué cosas son dudosas para el sabio.*

Digo, sin embargo, que no todos los que se recensionan con el nombre de académicos han mantenido tal regla de modestia, puesto que al haberse dividido sus miembros, quedan expuestos en parte a la risa y en parte al error. Pues, teniendo el nombre de filósofo, ¿qué es más insensato que fluctuar en todas las cosas y no tener certeza de nada? Porque quienes dudan de todo por no tener nada cierto, son ajenos tanto a la fe como a la ciencia. Aunque la fe no llegue a obtener el galardón de ciencia, al contemplar como en un espejo la verdad de las realidades ausentes [26], con todo, tiene una certeza que excluye toda sombra de ambigüedad. Más aún, si el académico duda de todas y cada una de las cosas, no está cierto de nada, a no ser que tiene por incierto si puede estar simultáneamente cierto y dudoso de cosas mutuamente contrarias, acerca de lo mismo. Pero tiene por incierto si duda, mientras que no sabe ni siquiera que no sabe.

---

[24] Sobre las «paradojas» de los estoicos, cf. Cicerón, *De Finibus* IV 27 § 74; sobre las «kiriadojas» de Epicuro, cf. ib. II 7 § 20.

[25] Cf. Cicerón, *Academica* I 4 § 13 y en otros lugares; cf. Zeller, *Philosophie der Griechen* III 2, 6 (ed. 1880 III 1, p. 652); cf. Jerónimo, *Epistolae* 133 § 1 (Migne, PL 22, 1148); Agustín, *De Civitate Dei* IV 30 (Migne, PL 41, 136).

[26] Cf. 1 Cor 13, 12.

Al aventajar el hombre a los restantes animales por el hecho de tener razón e inteligencia (porque en los sentidos, que aun siendo del alma se consideran del cuerpo, es fácilmente superado, y no puede asemejarse al lince en la agudeza visual; el cerdo le supera en oído; el buitre o el perro, en olfato; los monos, en el gusto, y la araña, en el tacto); siendo así, repito, que el hombre aventaja en las fuerzas de discernimiento e inteligencia, ¿quién podrá pensar que ese hombre es superior a las bestias y no, más bien, inferior, si su razón no discierne y su inteligencia no sabe, mientras que los brutos, al parecer, pueden llegar de alguna manera a cierta imagen de razón? Porque el perro distingue sus sentimientos, recuerda los beneficios, contrae familiaridad con el hombre por la experiencia y el trato, y, mostrando a los que le son familiares, antes que a los demás, como una fidelidad de amistad, se ennoblece con cierto ingenio y razón de inteligencia [27]. Por otra parte, la memoria de las injurias es tenaz en el camello. El rinoceronte, que es unicornio, de tal modo distingue la integridad de la virgen, que casi solamente puede ser aprisionado por sus abrazos [28]. El olor de la pantera lo siguen los demás animales y, lo que es más admirable, los peces, en los torbellinos, acuden al resplandor del oro. De ahí que Nerón, el emperador, pescaba, según se dice, con redes de oro. ¿Para qué más?

> La torva leona persigue al lobo; el lobo, a la cabra;
> la cabra lasciva, a la florida mata de codeso [29],

y de este modo, todos son arrastrados por su concupiscencia. Esto, pienso, no podría ocurrir si los brutos animales dudasen de sus sentimientos.

Quienes, pues, no saben de nada, ¿con qué temeridad y desvergüenza se apropian la profesión de filosofar? Así como «notio» (noción) viene de «notus» (conocido), según la gramática, así también «ratio» (razón) viene de «ratum», es decir, cierto y firme. Está claro que es vana la razón de aquel hombre a quien nada se le puede persuadir, sin que siempre y en todas las cosas vacile por el resbaladero de las opiniones. ¿Qué puede ayudar la filosofía a quien siempre fluctúa en sus pareceres y a quien, al mostrarle el camino de la felicidad, le apaga la luz de la razón y como que, para que marche con más cautela y derechura, saca el ojo al

---

[27] Cf. Hugo de San Víctor, *De bestiis* III 2 (Migne, PL 177, 86-87).
[28] Cf. ib. II 6 (Migne, PL 177, 59).
[29] Cf. Virgilio, *Eglogas* II 63-65.

viajero, a quien ha de mostrar el camino? ¿Acaso no es el mayor obstáculo para quien se ciega? ¿Qué preferirá quien está dividido entre tanta contrariedad? En realidad, nadie llega a la patria sino quien sigue un camino. Quien acomoda su oído a cualquier palabra, nunca estará tranquilo. ¿No se parece más al aletargado o al necio o loco que al filósofo, quien, al acordarse del sueño, duda si ha dormido; o quien, saciado de alimento, no sabe si está en ayunas ni conoce lo que hizo, incluso hace poco?

Luego, ¿por qué camino avanzará en la investigación de la filosofía aquel a quien su razón no convence de nada, sobre lo que tiene que defender o seguir, sino que siempre está incierta respecto de todo? Tal académico, al no poder compararse con los brutos, ni es digno del honor de llamarse hombre, ni mucho menos del de filósofo. Precisamente contra las ineptitudes de éstos el gran padre y fiel doctor de la Iglesia, Agustín, e incluso Cicerón, disputan más ampliamente con válidas razones y estilo elegantísimo, aunque Cicerón, por propio testimonio, se pasó a quienes dudan de todo aquello que cuestiona el sabio. Nuestro Agustín no los ataca propiamente, siendo así que él mismo en sus obras usa con cierta frecuencia del estilo académico, proponiendo bajo cierta ambigüedad muchas cosas, que a otro pensador de más confianza y menos temeridad no parecen presentar problema. Con todo, a mí no me parece que alguien hable con más seguridad por el hecho de hacerlo tan circunspectamente, que no pueda resbalar hacia falsedades.

Para el sabio existen cuestiones dudosas, que ni la autoridad de la fe o de los sentidos ni la de una razón manifiesta llegan a disipar, por apoyarse en razones de una y otra parte. Tales son las que se investigan acerca de la providencia; de la sustancia, la cantidad, fuerzas, eficacia y origen del alma; del hado y la disposición de la Naturaleza; de la casualidad y el libre arbitrio; de la materia, movimiento y principios de los cuerpos; del progreso de lo plural y de la división de la magnitud; sobre si no tienen límites en absoluto o sólo aquellos que son inaccesibles a la razón; del tiempo y del lugar; del número y la elocución; de lo mismo y lo diverso, donde hay abundantes fricciones; de lo divisible e indivisible; de la sustancia y forma de la voz; de la entidad de los universales; del uso, fin y lugar de las virtudes y vicios; si quien tiene una virtud las tiene todas; si todos los pecados son iguales y deben ser castigados de la misma forma. Lo mismo se diga de las causas de las cosas y de su atracción o discordancia; de las pleamares y bajamares del océano; del nacimiento del Nilo; del aumento y dis-

minución de los humores en los cuerpos animales, según los movimientos de la luna; de varios secretos escondidos de la Naturaleza; de las obligaciones y varias figuras de las causas, que se originan de tan variado modo en los contratos o cuasicontratos, en los maleficios o cuasimaleficios o en otras formas de las cosas; de la Naturaleza y sus obras; de la verdad y los primeros orígenes de las cosas; en qué falla el ingenio humano; si los ángeles no tienen en absoluto cuerpos o qué clase de cuerpos tienen y qué cosas soliciten piadosamente de un Dios, que excede la investigación de toda la naturaleza racional y está exaltado sobre todo lo que puede ser concebido por la mente.

De este modo podrían enumerarse muchísimas cosas que así admiten la duda del sabio, aunque la misma duda escape al vulgo. En estas cosas yo creería fácilmente que los académicos han dudado tanto más discretamente cuanto con mayor diligencia veo que han evitado el precipicio de la temeridad. De forma que cuando los escritores, en lugares ordinariamente no dudosos, utilizan palabras suscitadoras de duda, como son: *si quizá, tal vez, acaso,* se dice que usan temple académico, por el hecho de ser los académicos más moderados que otros y haber temido incurrir en el baldón de una definición temeraria o en el precipicio de la falsedad.

Cap. 3: *Origen de la denominación académica. Qué tipo de temor o pasión mental afecta al sabio, según Agelio y los estoicos.*

Los académicos se denominan así por la Academia, de donde surgió originariamente Platón, que fue quien hizo insigne el lugar de su nacimiento, por la asiduidad del estudio, la frecuencia de discípulos y la celebridad de sus méritos. Platón prefirió aquel lugar [30] a otros, porque, debido a la frecuencia de terremotos que le sacuden, le pareció de lo más apropiado para inducir el temor, por el cual se reprimen los vicios y se conserva más fácilmente la modestia, al conocerse la condición propia. Porque el temor es tan familiar al sabio como pariente de la modestia. No aquel temor que turba la mente y como por un torbellino de la razón y de la inteligencia empaña la vista, sino el que compone el alma y es como

[30] Cf. Jerónimo, *Adversus Iovinianum* II 9 (Migne, PL 23, 298).

fomento de la humildad, y hace al hombre más capaz para todo ejercicio de virtudes.

De ahí que en el libro de las *Noches áticas,* Agelio[31], varón elegante de elocución y de mucha ciencia, escribe que había hecho una navegación con cierto filósofo, eminente entre los estoicos. Ambos coincidían en gran manera en la doctrina de que en el alma del sabio no hay lugar para el temor, siendo así que todo procede por necesidad y es absurdo temer lo que no puede evitarse. Por el contrario, el único remedio es que el varón prudente prepare las virtualidades de su fortaleza, y con el esfuerzo de la paciencia, como solidísimo escudo de un ánimo invicto, reciba todos los dardos del destino.

Pues bien, cuando debido a la tempestad del mar, por la vehemencia de los vientos y de un cielo amenazador, el barco se encontraba en mucho peligro, el filósofo palideció de temor. Luego, al pasar la tormenta, cuando la seguridad ofreció ocasión, como suele ocurrir, de conversación y charloteo, uno de los viajeros, Asiático, rico y dilapidador, empezó a provocar al filósofo y a burlarse de él por el hecho de haber palidecido de temor contra su profesión propia, siendo así que él, nada filósofo, había permanecido intrépido en aquella catástrofe que amenazaba. El filósofo respondió citando a Aristipo el socrático, quien habiendo sido argüido por un congénere de forma similar y en ocasión semejante, respondió que el otro no podía razonablemente preocuparse por la vida de un malvado pícaro, pero que él debía temer por la vida de Aristipo. Solventada, pues, la pregunta del rico, Agelio, no por deseo de discutir, sino de aprender, continuó preguntando amistosamente la causa de su temor, siendo un precepto de la disciplina de los estoicos el no tener miedo a la llegada de la muerte, por constar que se trata del fin indudable de la vida. El filósofo, al ver al hombre intensamente inflamado por la avidez de saber, sacó de su bolsa el libro de Epicteto el Estoico, donde estaban escritas aquellas cosas que concuerdan con los decretos de Zenón y Crisipo, llamados los príncipes de los estoicos.

Al tener Agelio el libro en sus manos, halló que los estoicos sostenían que no está en la potestad del hombre el que accedan o se alejen de su ánimo las imágenes, llamadas «fantasías». De ahí que al surgir éstas de cosas terribles o de las contrarias, afirmasen ser necesario que también el ánimo del sabio se conmueva: que

---

[31] Sobre unos párrafos referentes a Agelio, cf. Agustín, *De Civitate Dei* IX 4.

tiemble un poco de miedo, que se retraiga por la tristeza, que se expansione por la alegría o se conmueva por los deseos, como si tales pasiones se anticipasen al oficio de la razón y de la mente, pero que esto no significaba que existiese en la mente conciencia de mal y que tales cosas se aprobasen o que se les otorgase algún consentimiento. Los estoicos afirman que esto peremanece en la potestad del ánimo. De ahí que opinen existir esa diferencia entre el ánimo del sabio y del necio: que el necio cede a las pasiones, al consentir en su mente. El sabio, por su parte, aunque las padezca involuntariamente, mantiene una doctrina verdadera y firme sobre las cosas que razonablemente se deben apetecer o rechazar, y ello con mente inquebrantable. Todo esto es de Agelio, y en parte es verdadero y está dicho con elegancia. Sin embargo, los estoicos yerran si atribuyen la represión y el castigo de tales pasiones a sus propias fuerzas, más allá de la gracia, porque es propio de solo Dios misericordioso y no del hombre que corre o quiere, el que todo esto se convierta en ejercicio de justificación [32].

Baste esto para demostrar que con el temor se alcanza la modestia y se prepara y dispone la primera vía hacia la filosofía. Porque está escrito que «el comienzo de la sabiduría y el fruto de la modestia es el temor de Dios» [33].

CAP. 4: *De dónde procede la palabra filosofía; y de Pitágoras de Samos y su doctrina, que fue para los itálicos el autor del filosofar.*

El auténtico nombre de «filosofía» fue inventado por Pitágoras, el itálico [34]. Tuvo éste tanta autoridad entre los antiguos, que superó en la opinión previa al juicio las sentencias de todos, y sería bastante la suya para apoyar cualquier sentencia, si se enseñara que él lo había dicho. La misma voz «filosofía», por cierta usurpación pronominal, cumplió oficio de nombre propio. Fue este Pitágoras samense de nacimiento e hijo de un rico comerciante, llamado Marato, pero mucho más rico que su padre, ya que el negocio del padre no pudo adquirir tantas cosas, cuantas el hijo prefería des-

---

32 Cf. Rom 9, 16.
33 Sal 110, 10; Eclo 1, 16; Prov 22, 4.
34 Cf. Cicerón, *Tusculanae Disputationes* V 4 § 10; Agustín, *De Civitate Dei* VIII 2; Isidoro, *Etimologías* XIV 6 § 31 (Migne, PL 82, 517).

preciar a tener. Formado, pues, por las grandes adquisiciones de la sabiduría y habiendo ido primero a Egipto y luego a Babilonia para aprender los movimientos de los astros y averiguar el origen del mundo, había adquirido grandísima ciencia. Al regresar de allí se dirigió a Creta, y a Esparta para conocer las ínclitas leyes contemporáneas de Minos y Licurgo.

Equipado con todo este saber, se acercó a la ciudad de los crotonios, totalmente relajada y sólo necesitada de obras de virtud. Porque, indignados con su mala suerte, los crotonienses habían odiado las armas tomadas infelizmente contra los locrenses y hubiesen cambiado la vida por el placer, si el filósofo Pitágoras no les hubiese salido al paso. De ahí se manifiesta cuánto puede el hombre ayudar al hombre cuando la autoridad de una persona pudo sacar a un pueblo caído y llevarlo al fruto de una vida mejor. Alababa, pues, cotidianamente la virtud; desenmascaraba los vicios del desenfreno y describía la caída de las ciudades perdidas, junto con sus causas. Tanto colaboró, además, a la afición de la multitud por la frugalidad, que parecía increíble que algunos de ellos fuesen dados al lujo. Con frecuencia dio doctrina a las matronas aparte de sus maridos y a los hijos aparte de sus padres. A ellas les enseñaba el pudor y la obediencia a sus maridos; a ellos, la modestia y el estudio de las letras. Junto a estas cosas, inducía a todos a la frugalidad, como a madre de las virtudes. Con la asiduidad de sus debates había conseguido que las matronas se desprendieran de sus vestidos de oro y otros ornamentos de su dignidad como de instrumentos de lujo, y que todos los despojos, depuestos en el templo de Juno, los consagraran a la misma diosa, mostrando que el verdadero ornamento de las matronas es el pudor y no los vestidos. Cuánto se luchó también en el área de la juventud, lo manifiestan los ánimos contumaces y vencidos de las mujeres. Trescientos de los jóvenes, que llevaban una vida separada de los demás ciudadanos asociados formalmente con juramento y que habían formado una especie de grupo de conjuración clandestina contra Pitágoras, concitaron contra sí a la ciudad. Habiéndose reunido ellos en una casa, la población quiso quemarlos; en el tumulto perecieron casi sesenta. Los demás marcharon al exilio.

De este Pitágoras nació el linaje italiano de los filósofos y el nombre de filosofía. Tanto sobresalió en aquella parte de la filosofía llamada especulativa [35], que apenas pudiera igualársele ningu-

[35] Cf. Boecio, *Dialogi in Porphyrium* I (Migne, PL 64, 11); Agustín, *De Civitate Dei* VIII 4.

no de los filósofos; tanto en la inocencia, que se pensaba se abstenía de todo manjar de animales; tanto en el cultivo de la justicia, que su autoridad rigió a los pueblos de aquella parte de Italia, llamada desde antiguo Magna Grecia [36]. Porque si antes se llamaban sabios quienes parecían ser sobresalientes entre los demás, interrogado Pitágoras qué era lo que profesaba, respondió ser filósofo, es decir, estudioso o amante de la sabiduría, ya que le parecía muy arrogante denominarse sabio. Finalmente, después de vivir veinte años en Crotona, para desterrar la mancha de las costumbres emigró al Metaponto y allí murió. Fue tanta la admiración por él, que de su casa se hizo un templo y a él mismo se le veneró como a un dios, tal vez aprovechando la ocasión de sus palabras, al afirmar que la casa de un filósofo era un sagrario de la sabiduría y un auténtico templo de Dios. Se dice también que había persuadido a los hombres que eran almas inmortales [37] y que tras la disolución del cuerpo, habrían de recibir los premios de la vida precedente. Por el contrario, se dice impíamente que él fue el primero en introducir la fábula de los mil años [38].

CAP. 5: *De la escuela jónica de los filósofos, de la autoridad de Sócrates, de la enseñanza de Platón y de su fama después de su muerte.*

Otra escuela de filósofos es la llamada jónica, que deriva su origen de los griegos posteriores [39]. El principal de ellos fue Tales de Mileto, uno de aquellos siete llamados sabios. Este, que descolló entre los demás como escrutador de la naturaleza de las cosas, fue sobre todo digno de admiración, al predecir los eclipses de sol y de luna por su conocimiento de los cálculos astronómicos. A éste le sucedió Anaximandro, su oyente, que dejó como discípulo y sucesor a Anaximenes. También sobresalió Diógenes, oyente del mismo, y Anaxágoras, que enseñó la existencia de un espíritu divino

---

[36] Cf. ib. VIII 2.

[37] Sobre este largo pasaje acerca de la vida de Pitágoras, cf. Justino, *Epitome Historiarum Philippicarum Pompei Trogi*, 20, 4; Jerónimo, *Apologia adversus Rufinum* III 39-40 (Migne, PL 23, 486); Agustín, *Contra Academicos* III 17 § 37 (Migne, PL 32, 954).

[38] Es decir, el milenarismo.

[39] Cf. Agustín, *De Civitate Dei* VIII 2.

creador de las cosas que vemos. A él le sucedió como oyente Arquelao, cuyo discípulo se dice fue Sócrates, maestro de Platón.

Según afirma Apuleyo, Platón se llamó primero Aristótiles, pero luego, por la anchura de pecho, se le denominó Platón [40]. Llegó a tanta eminencia de filosofía por el vigor del ingenio, el ejercicio del estudio, la perfecta hermosura de costumbres, la suavidad y riqueza de palabra, que, como sentado en un trono de sabiduría, pareció con cierta autoridad dar preceptos, tanto a los filósofos que le precedieron como a sus sucesores. Sócrates fue el primero de quien se recuerda que orientase toda la filosofía a la corrección y compostura de las costumbres, siendo así que, antes de él, todos se habían orientado mayormente a escrutar las cosas físicas, es decir, las cosas naturales. Esto fue bueno y acertado, al ser conveniente que todo se reduzca al propio aprovechamiento y resulta poco ventajoso conocer las obras de Dios, que son todas muy buenas y, consecuentemente, semejantes a su creador, si cada uno no procura ante todo no ser él mismo malo. La fama preclara de la vida y muerte de Sócrates dejó muchos seguidores de su filosofía, que repartieron su doctrina en muchas sectas, de las que se dirá algo más adelante. Luego, Platón, por la autoridad con que sobresalía, cohibió la disidencia de tanta multitud, provocando y manteniendo hacia sí mismo la atención de todos durante mucho tiempo [41].

Hay quienes creen que Platón no fue hijo de Aristón, sino que nació de cuna más noble y que una aparición de Apolo se unió con su madre Perictiona, de la que consta que procedía de Solón, el sapientísimo fundador de las leyes atenienses. Nació en el mes llamado Targelion entre los áticos, el mismo día que se cree en Delos que Latona dio a luz a Apolo y Diana. Se afirma que Sócrates nació el día antes [42].

Hombre de tal categoría y oriundo de tales progenitores, no sólo descolló por las virtudes de los héroes, sino que se decía igualar las potestades de los dioses. Espeusipo, instruido en documentos de su casa, alaba la agudeza de percepción de su ingenio en su niñez, así como la índole de su admirable pudor; cuenta las primicias de su pubertad, imbuidas del trabajo y amor al estudio, atestiguando después cómo coincidían los incrementos de estas virtudes en su madurez. Glauco y Adamanto fueron sus hermanos, hijos de los mismos padres. Como maestros tuvo a Dionisio en las

---

[40] Apuleyo, *De Platone et eius Dogmate* I 1.

[41] Cf. Agustín, o. c. VIII 3-4.

[42] Sobre este párrafo y los siguientes referentes a la vida de Platón, cf. Apuleyo, o. c. I 1-3.

primeras letras y en la palestra a Aristón, oriundo de Argos. El entrenamiento le hizo hacer tantos progresos, que venció luchando en los certámenes de Pitias. No despreció el arte de la pintura, y también se creyó útil para los versos trágicos y ditirámbicos. Impulsado por la confianza de sus cánticos, estuvo a punto de desear participar en concursos, pero Sócrates expulsó de su ánimo la bajeza de tal deseo, procurando imbuirle la gloria de la auténtica alabanza. Si antes había estado metido en la secta de Heráclides, al consagrarse a Sócrates no sólo superó en ingenio y doctrina a los restantes socráticos, sino que por su trabajo y elegancia ilustró la sabiduría, dignificándola en gran manera por la recta aserción de los significados y la majestad de las palabras. Tras la muerte de Sócrates, se entregó a la doctrina de Pitágoras. Aunque la veía estructurada con una racionalidad diligente y grandiosa, prefería, con todo, imitar la continencia y castidad de las cosas naturales. Más tarde marchó con Teodoro de Cirene para aprender la geometría. Luego se dirigió a Egipto para dedicarse a la astrología. Muchos piensan que allí aprendió los oráculos de los profetas [43].

Vuelto de nuevo a Italia, siguió a Archita, el pitagórico tarentino, y hubiese orientado su espíritu a los indios, medos y magos, si no se lo hubiesen impedido las guerras caléticas. Debido a todo esto, después de haberse impuesto con gran diligencia en los hallazgos de Parménides y Zenón, recogió en sus libros todo lo que había sido digno de admiración en los grandes filósofos, enseñando, el primero de todos, que los estudios de la filosofía no sólo no son contrarios entre sí, sino mutuamente necesarios, ya que con las ayudas recíprocas constituyen un todo.

Muchos de sus discípulos de uno y otro sexo florecieron en filosofía. Su patrimonio lo dejó en un huertecillo, anejo a la Academia, al encargo de dos servidores, junto con la patera con que suplicaba a los dioses. El único oro que tuvo eran los pendientes que llevaba de niño, como señal de nobleza.

Los maliciosos recogen con diversas valoraciones tres viajes suyos a Sicilia. Sin embargo, marchó allí primeramente, para contemplar la historia de la Naturaleza en el Etna y comprender la razón de las erupciones. La segunda vez, a petición de Dionisio, para atender a los siracusanos y aprender las leyes municipales de aquella provincia. En tercer lugar, para restituir a su patria al huido

---

[43] Cf. Agustín, o. c. VIII 11. Apuleyo habla de ritos (no de oráculos) y seguramente se refería a los profetas egipcios. Nuestro autor habla de forma que la frase pueda entenderse como referida a los profetas de la Sagrada Escritura.

Dión, habiendo conseguido el permiso de Dionisio[44]. En todos estos viajes se mostró tan diligente, que no prescindió nunca de los estudios y obligaciones de la filosofía.

Así, pues, al consistir el estudio de la filosofía, parte en la acción y parte en la contemplación, Sócrates se dedicó a la parte activa, estableciendo las costumbres, con las que se vive con integridad la vida para alcanzar la felicidad. Pitágoras insistió en la contemplativa, por la cual se ejercita el talento y se dilata el conocimiento. Consecuentemente, Platón, uniendo ambas, la una a la otra, es alabado por haber perfeccionado la filosofía, a la que distribuyó en tres partes: ética, física y lógica, es decir, filosofía moral, natural y racional, por la que lo verdadero se separa de lo falso y sin la cual no se pueden discutir las cuestiones que pertenecen a la acción o a la contemplación.

Piensan algunos que en su peregrinación vio y escuchó en Egipto al profeta Jeremías y leyó las escrituras proféticas[45]. Sin embargo, la supuesta cronología de las edades, contenida en las crónicas e historias, nos enseña que no fueron contemporáneos, siendo así que el nacimiento de Platón apenas llegó a tocar aquella edad y el tiempo en que, cien años antes, había profetizado Jeremías. Las escrituras proféticas, por su parte, llegaron a Egipto casi sesenta años después de la muerte de Platón, durante el reinado de Ptolomeo, que, estudioso de las letras, llamó de Jerusalén a «los Setenta» traductores.

Aquella opinión cobró fuerza porque en los libros de Platón se encuentran muchas cosas coherentes con los dichos de los profetas. En el *Timeo,* por ejemplo, al investigar con sutileza las causas del mundo, parece expresar manifiestamente la Trinidad que es Dios. Establece la causa eficiente en la potencia de Dios; la formal, en la sabiduría, y la final, en la bondad, que le indujo a hacer partícipe de su bondad a toda creatura, en la medida en que la naturaleza de cada una es capaz de bienaventuranza. En ellas parece que entendió y enseñó una sola sustancia, al afirmar que sólo había un Dios creador y formador de todo el Universo, al que llamó engendrador de todas las cosas por su excelencia de bondad y dulce afecto, al que, debido a su infinita majestad, potencia, sabiduría y bondad, es tan difícil encontrar como imposible expresarlo dignamente, una vez encontrado[46]. También parece afirmarle como remunerador de los que en El esperan y le veneran, al decir que

[44] Sobre estos últimos párrafos, cf. Apuleyo, o. c. I 4.
[45] Cf. Agustín, 1. c.
[46] Cf. *Timeo,* passim.

el sabio es el filósofo que da culto a Dios y se acerca en su ánimo y deseo a la sabiduría y que es amante de Dios. Este, del mismo modo que es la admirable causa universal del mundo, es también la fuente indeficiente y singular de una felicidad por saciar.

Dice Moisés que «en el principio creó Dios el cielo y la tierra» [47], colocando en medio de ellos el agua y el aire. Platón afirma que desde el principio, para que el mundo, que había de ser sólido y visible, pudiera verse y tocarse, Dios puso como primeros fundamentos del cuerpo terreno el fuego y la tierra, uniéndolos con vínculo indisoluble en proporción concorde y con medios asociados, a no ser que la voluntad del Creador, único nexo fidelísimo de tal firmeza, quiera que se separen. Porque todo lo que está unido es por su naturaleza disoluble. Sin embargo [48], no es voluntad de un Dios que sólo quiere lo bueno, que perezca la alianza de una buena conciliación [49]. Dice Moisés: «EL QUE ES me envió a vosotros» [50]. Piensa con una palabra singular y con una significación excepcional que Aquel es Quien siempre es el mismo, de tal modo que para El no hay pretérito ni futuro y está inmune de todo movimiento. Con la palabra subsistencia señala aquellas cosas que con el tiempo se apresuran hacia el no ser y en cada uno de sus momentos, por varios movimientos, se acercan a la muerte. Esto queda claro acerca del hombre, porque su vida no es un estado que deba expresarse con un verbo sustantivo, sino un tránsito del útero al túmulo y como una fuga o sombra de existir [51]. Platón ciertamente dice también que sólo existe propiamente aquello que siempre es y que no cambia con los movimientos. Por su parte, las cosas sujetas al movimiento no son ciertamente, sino parecen ser, y no permanecen de ninguna manera, sino que constantemente se difuminan y huyen, por lo que no esperan apelación.

Además de esto, son muchas las cosas comunes a los platónicos y a nosotros, por lo que son inexcusables al mantener en la mentira la verdad de Dios [52]. El gran padre Agustín afirma (si es que recuerdo fielmente lo que leí atribuido a su nombre) que en los libros de los platónicos se encontró lo que el santo evangelista Juan proclamó más alto que el cielo y que lo que puede expresar la mente humana, aunque pueda escucharlo cualquier oído [53]. Se

---

47 Gn 1, 1-7.
48 Platón, *Timeo,* 31 B ss.
49 Cf. Agustín, 1. c.
50 Ex 3, 14; Agustín, 1. c.
51 Job 10, 19.
52 Rom 1, 18-20.
53 Agustín, *Confesiones* I 9 § 13 (Migne, PL 32, 740).

encontró, repito, lo que dice al comienzo del Evangelio: «Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios», y todo lo restante hasta el lugar en que dice: «La luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la abrazaron» [54].

Yo, ciertamente, si no se leyera en los escritos de los padres, de ninguna manera hubiera creído concedido a un infiel el que pudiera abrir su boca para un oráculo de tal luz, que el ojo terreno no puede contemplarla. Sin embargo, el privilegio apostólico y de una íntima familiaridad con Cristo puso de relieve lo que la palabra de la fe nos aclaró con la perseverancia de las buenas obras, siendo así que los filósofos se envanecieron no sólo en sus pensamientos, sino también en sus obras [55].

Escribió Platón muchos libros. La contemplación no reprimió los méritos del hombre político, y la necesidad de acción no extinguió la finura de la contemplación. Si se desprecia el libro de Apuleyo acerca de su doctrina, bastan para su alabanza Orígenes, Jerónimo y Agustín, que se apoyan en el testimonio de todos los filósofos.

Acerca de su muerte se escribieron cosas diversas por muchos. Es más probable que quien había vivido inocentemente y había seguido en la medida de sus fuerzas los preceptos de la filosofía, no dejase la vida por la burla ajena. Porque lo que algunos dicen de él, que expiró lleno de vergüenza por no haber podido solventar una pregunta de unos marineros, consta que fue compuesto por error de nombre. Valerio Máximo refiere de Homero y no de Platón lo que dicen de éste las fábulas de los griegos [56]. Sin embargo, a causa del mismo autor también se divulgó que hubo quienes dijeron «Homero» como sinónimo de Platón, por la excelencia de su sabiduría, la elegancia de su palabra y la anchura de su pecho. Es cierto que los varones nobles surgen con nombres variados.

Platón murió habiendo cumplido ochenta y un años en medio de tan universal reverencia y con tan íntegra autoridad, que por mucho tiempo se dudó si había que agregarlo a los dioses o a los semidioses [57]. Después de aquella época, como los méritos de sus virtudes pasaran a las fábulas de la Antigüedad como algo increíble, Labeo escribe que Platón debería ser venerado entre los semidioses para que se le muestre como algo más que un hombre y algo menos que un dios.

---

[54] Jn 1, 1-5.
[55] Cf. Rom 1, 21.
[56] Valerio Máximo, *Facta et Dicta Memorabilia* IX 12 ext. 3.
[57] Cf. Cicerón, *De Senectute*, 5, 13; Séneca, *Epístolas* 58 § 31.

CAP. 6: *Sobre Aristóteles, su fama y estudios. De cómo refutó con varias disputas la duda de los académicos, y de las reglas de éstos.*

Pareció que el sol había caído del cielo el día en que Platón, príncipe de los filósofos, sobrepasó las cosas humanas. Como a una luz del mundo apagada le lloraron quienes pensaban tener que relacionar sus estudios con el trono de la sabiduría, que él había presidido durante tanto tiempo. Sin embargo, cuando en el oficio de enseñar le sucedió su discípulo Aristóteles, varón de ingenio excelente y aunque inferior a Platón en la palabra, muy superior a muchos [58], brilló para la humanidad como una estrella mañanera e ilustró el orbe con múltiples preceptos filosóficos, como con variados rayos de sabiduría. Y como si se hubiese disipado la oscuridad de los ojos, restauró las mentes humanas para contemplar el resplandor de la verdad.

Aristóteles fundó la Escuela Peripatética, llamada así por acostumbrar a disputar paseando [59]. Todavía en tiempo de su vida, congregó en su herejía muchísimos discípulos, al sobresalir por su fama preclara y por el arte de la persuasión. Trató ciertamente todas las partes de la filosofía, dando preceptos para todas, pero preferentemente rehízo de tal modo la filosofía racional, que parecía haber excluido de su posesión a todos los demás. También sobresalió en otras disciplinas de tal forma, que mereció como propio el nombre común de todos los filósofos por antonomasia, es decir, por excelencia. Porque al igual que *Urbe* significa Roma, y *poeta,* Virgilio, así también el nombre de filósofo, por deseo de quienes lo usan, se restringió a Aristóteles [60]. Fue elocuente en expresión, pero más rico en sensibilidad y docto para salir al paso de los argumentos de todos. El fue el primero en haber distinguido, según se dice, los géneros de estudios en acroáticos y exotéricos [61]. A los acroáticos eran admitidos los familiares y los prácticamente domésticos. Los exotéricos, por el contrario, se abrían, no sólo a los extraños, sino incluso a los huéspedes y peregrinos.

Hubo quienes le creyeron hijo del demonio Incubo por su agilidad corporal, la perspicacia de su ingenio y avidez de gloria, que con múltiples recursos solía arrebatar a los demás. Valerio Máximo

---

58 Cf. Agustín, *De Civitate Dei* VIII 12.
59 Cf. ib.
60 Cf. Quintiliano, *De Institutione Oratoria* VIII 5 § 9 I 2, 2.
61 Cf. Gelio, *Noches áticas* XX 5.

atestiguó de él que, atendiendo apenas con sus miembros arrugados y viejos las reliquias de su avanzada vida, en el ocio supremo de las letras, se entregó con tal valor a la salvación de la patria, que, habiendo sido arrasada por las armas enemigas, la libró de las manos de los macedonios en que había ido a parar, y esto simplemente yaciendo en su lecho ateniense [62].

Aunque sea tenido por innovador de nombres y palabras [63], descolló no solamente por su sutileza, por la que es célebre entre todos, sino por su admirable suavidad de expresión, tanto que, en justicia, parece haber estado muy próximo a Platón [64]. Consta que fue avidísimo de alabanza hasta por el hecho de que, habiendo concedido a un discípulo de Teodocto editar unos libros de arte oratoria y llevando a mal posteriormente haber otorgado a otro tan gran título de alabanza y gloria, al dedicarse a ciertas cuestiones en un libro propio añadió que había tratado de ellas más claramente en los libros de Teodocto [65].

Por eso dice Valerio Máximo: «Si no me detuviese el pudor de una ciencia tan grande y tan patente, diría que fue un filósofo digno de ser entregado a otro filósofo de más altas miras, para que diese más peso a su conducta. Por lo demás, la gloria no se desprecia ni por aquellos que se esfuerzan en inculcar su desprecio. Así, incluyen diligentemente sus nombres en los libros, para conseguir con el ejercicio de la memoria lo que desprecian por su profesión» [66].

Aristóteles es aquel por cuyas disputas se consiguió que la Academia se moviera más por el enfrentamiento de las razones que de los vientos. Pues aunque él sea considerado peripatético y no académico, sin embargo, al ponerse a investigar todas las cosas, los platónicos que habían quedado empezaron a dudar de casi todo. «Es verdad que, tras la muerte de Platón, lo sucedieron en la escuela, llamada Academia, Eusipo, hijo de su hermana, y Xenócrates, su querido discípulo. Por esta razón, ellos y sus sucesores se llaman tanto académicos, por el lugar, como platónicos, por el maestro. De entre éstos, alcanzaron gran fama los griegos Plotino, Jámblico y Porfirio (pésimo enemigo, según se dice, de la verdad católica). En ambas lenguas, a saber, la griega y la latina, sobresalió por su fama Apuleyo el Africano» [67], varón distinguido ante todo,

---

[62] Valerio Máximo, o. c. V 6 ext. 5.
[63] Cf. Boecio, *De Syllogismo Categorico* I (Migne, PL 64, 793).
[64] Cf. Cicerón, *De Finibus* V 3 § 7; *Tusculanae Disputationes* I 10 § 22.
[65] Cf. Valerio Máximo, o. c. VIII 14 ext. 3.
[66] Ib.
[67] Cf. Agustín, *De Civitate Dei* VIII 12, de donde está tomado el pasaje entrecomillado, excepto el paréntesis.

y que por el encanto de su conducta y su riqueza de dicción recuerda fácilmente, incluso al principiante, la fuente socrática y el torrente platónico. De ellos manaron otros muchos, que prefirieron disputar cosas dudosas sin imponerlas a nadie, más bien que definirlas con osadía temeraria. Esto, porque creían en la existencia de una verdad oculta en aquellas cosas de las que se disputa con probabilidad hacia una u otra parte. De ahí procede también la antiquísima regla de los académicos: que cada uno defiende por propio derecho lo que le parece como probable.

CAP. 7: *Que unas cosas se prueban por la autoridad de los sentidos; otras, por la de la razón, y otras, por la de la religión. Que la fe en cualquier doctrina exige algún comienzo estable, que no debe probarse. Que unas cosas se hacen patentes a los doctos por sí mismas; otras, a los rudos. Hasta qué punto hay que dudar y que la pertinacia impide mucho la búsqueda de la verdad.*

Hay algunas cosas de las que nos convence el peso de los sentidos, de la razón o de la religión. Dudar de éstas tiene marchamo de enfermedad, de error o de culpa. Porque preguntar si el sol resplandece, si la nieve blanquea o si el fuego calienta, es propio de hombre insensato. Por otra parte, preguntar si la terna es mayor que la bina o si el todo completo contiene su mitad y si el cuádruplo es doble que el duplo, es típico de un insensato, cuya razón o está indolente o falta por completo. Quien, por su parte, se cuestiona si Dios existe o si es poderoso, sabio o bueno, no sólo es irreligioso, sino hombre de mala fe y es digno de instrucción por la enseñanza del castigo.

En todas las disciplinas filosóficas se dan ciertos principios primeros y primitivos, para decirlo con las palabras de Cratino, de los que, según el mismo autor, no es lícito dudar, sino a aquellos cuya tarea consiste en no saber. Así como algunas cosas se meten por los sentidos corporales y no pueden permanecer ocultas a los sensatos, otras son más sutiles, tanto, que no se sienten si no son tratadas más de cerca y vistas y examinadas con mayor diligencia.

Algunas cosas, pues, son tan perspicuas por su gran luz, que no pueden ocultarse a la mirada de la razón, sino que comúnmente son vistas por todos; más o menos, sin embargo, según la capacidad y fuerzas de cada uno. Hay otras, por su parte, que necesitan como de cierto discernimiento, y, por ser consecuencia de aquéllas, no pueden permanecer ocultas para quien las examina con mayor diligencia. A unas y otras parecen ser anteriores algunas a las que la razón de la filosofía constituye en fundamento de fe, solicitando que en espera de un progreso, se le concedan gratuitamente. Así, los geómetras establecen primeramente, como fundamento de toda su ciencia, ciertos postulados; luego añaden los conceptos del sentido común, y así, como en ordenado ejército, proceden a lo que tienen que demostrar. Los postulados mismos están tan de acuerdo con la razón, que parece insolente quien no los concede, incluso al enemigo [68].

Aquí no se trata en modo alguno de las cosas que pertenecen al culto de la religión, aunque también allí se piden algunas cosas que exceden la experiencia de la razón, para que la fe sea más meritoria. Esas, con todo, aunque no las exija la razón, se deben a la piedad. Pues que se crea en los sacramentos, donde la razón por sí sola no basta, lo mereció Cristo con sus muchos beneficios y grandes milagros, y no creer en El es impío, como es de soberbia disentir con pertinacia en las cosas probables. Pues ¿quién, a no ser un insensato o un soberbio, podría negar que puede trazarse una línea recta desde cualquier punto a cualquiera otro opuesto? Así como en los edificios es necesario algo fijo y estable, sobre lo que pueda apoyarse la estructura que se ha de montar, así en toda doctrina, la exigencia de la sapientísima razón pide cierto comienzo estable para proceder adelante. De lo contrario, todo lo que el alarife añada vacila como si alguien edificase sobre arena [69] o betún movedizo o lo escribiese en una catarata. Las cosas más ciertas construyen la fe con las inciertas. Si, pues, nada se sigue si otra cosa no antecede, si cualquier movimiento procede de la previa quietud, ¿qué proceso de prueba puede existir para quien nunca se aquieta y a nada asiente? Nada puede probarse a quien todas las cosas le son igual de probables. De aquellas cosas que son perspicuas, unas lo son para todos; otras, sólo para los más doctos, para cada uno según su propia capacidad.

---

[68] Cf. Boecio, *Euclidis Geometriae Interpretatio* I; Casiodoro, *De Artibus et Disciplinis Liberalium Litterarum,* 6 (Migne, PL 63, 1310; 70, 1215).
[69] Cf. Mt 7, 26.

Es algo tan conocido que los números son o pares o impares, que ni se les oculta a los niños, a quienes la libertad de su edad les inclina a

> jugar a pares y nones; a caballo en una larga caña,
> edificar casas, o uncir ratones a un carrito [70].

Sin embargo, el que todo múltiplo en cualquier sitio dista de la unidad cuanto antecede a los números superparticulares de su género, sólo es comprendido por quienes se han dedicado al estudio de los números [71]. El matemático más formado sabe que es distinto lo que existe y la esencia de la cosa. Así, en toda disciplina, algunas cosas que se ocultan, tanto al vulgo como también a otros filósofos, sólo son patentes a los especialistas.

También la religión tiene ciertos principios propios, sugeridos por la razón común o la piedad, con los que procede en el culto de Dios y en la práctica de las costumbres para alcanzar la bienaventuranza. Porque hay un principio de todas las religiones que la piedad concede gratuitamente y sin ninguna prueba, a saber, que Dios es poderoso, sabio, bueno y digno de veneración y amor. La doctrina de los epicúreos, que niegan la existencia de Dios y todo lo someten a la casualidad, hace tiempo que fue destruida por la autoridad de Dios hecho hombre. Así, pues, es propio de un insensato, un perverso o, lo que sería peor, de un criminal, oponerse a los principios o a las cosas evidentes o dudar de ellas. Ni siquiera es lícito dudar de aquellas que se siguen de los principios, mientras que sea clara su consecuencia, puesto que, entre tanto, deben cuestionarse, hasta que se haga patente su coherencia con los principios o sus consecuencias. No es inútil dudar de cada una de éstas, y especialmente en esas tales, versaba la disputa de las cosas probables de los académicos, hasta comprender la verdad. ¿Qué importa o a quién interesa si ellos se cuestionaban siempre todo, aprendiendo, pero nunca llegando a la ciencia, porque sabían que nada tenían por cierto? [72].

Cicerón prescribe esta ley de los académicos: que quien tiene el propósito de filosofar, investigue mientras el asunto es oscuro; pero cuando brilla la verdad con probabilidad, asienta. Dice así: «Nosotros, que seguimos lo probable y no podemos avanzar más

---

[70] Horacio, *Sátiras* II 3, 248. 247.
[71] Cf. Boecio, *De Institutione Arithmetica* II 2 (Migne, PL 63, 1115 ss.); I 24 (Migne, PL 63, 1101).
[72] Cf. 2 Tim 3, 7.

allá de lo que nos aparece como probable, estamos preparados a refutar sin ira y a ser refutados sin pertinacia»[73]. Porque estas dos cosas se oponen mucho al hallazgo de la verdad: irritarse con quien dice verdad o afanarse pertinazmente en la defensa de la falsedad. Porque, como dice el moralista:

> La ira impide al alma el poder divisar la verdad[74].

La misma Verdad encarnada se apartó de aquellos que en Corozaim y Betsaida resistieron con pertinacia al Espíritu Santo[75]. También a los judíos les cegó la pertinacia[76], de tal forma que todavía impide su vista el velo del Templo, que se rasgó de arriba abajo al padecer el Señor[77].

CAP. 8: *Que la virtud es el único camino hacia la filosofía y la bienaventuranza. Y de los tres grados de aspirantes a ella y las tres sectas de filósofos.*

Sin embargo, como no todos lo pueden todo y el Espíritu sopla donde quiere y es frecuente que sea múltiple la comprensión de la gente sobre lo que dicen los doctores, de las palabras de Sócrates y Platón surgieron muchas sectas, aunque todas ellas se dirigían a lo mismo, pero por diversos caminos. Aquello a donde se orienta la intención de todos los seres racionales es la felicidad. Nadie hay que no quiera ser feliz, pero no todos marchan por el mismo camino hacia aquello que anhelan.

Aunque a todos se proponga un solo camino, ese camino real se divide como en muchas sendas: es la virtud. Sin ella nadie camina hacia la felicidad. Prescindiendo de obras virtuosas y ciertamente sin ellas, tal vez alguien es atraído a la felicidad; nadie, sin

---

[73] Cicerón, *Tusculanae Disputationes* II 2 § 5, con la interpolación de «sin ira».

[74] Catón, *Disticha de moribus* II 4 (ed. Baehrens, *Poetae Latini Minores* III 223).

[75] Cf. Mt 11, 21; Lc 10, 13; Hch 7, 51.

[76] Cf. Jn 12, 40.

[77] Cf. 2 Cor 3, 15; Heb 10, 20; Mt 27, 51. Jerónimo, *Epístolas*, 120 7 § 2 (Migne, PL 22, 992); *Commentarium in Mathaeum* 27, 51 (Migne, PL 26, 213).

embargo, camina hacia allí sino por los pasos de la virtud. La virtud es, pues, el mérito de la felicidad y la felicidad el premio de la virtud. Estas cosas son ciertamente los mayores bienes: uno, del camino; otro, de la patria. Nada es más sublime que la virtud, mientras se es peregrino del Señor; nada es mejor que la felicidad, cuando el ciudadano reina y se goza con el Señor. Estas son más sublimes que todo lo demás, porque la virtud abarca todo lo que se ha de hacer y la felicidad todo lo que se ha de desear. La felicidad, con todo, aventaja a la virtud porque en todas las cosas es más excelente aquello por lo cual se hace algo que lo que se hace por algo. Pues nadie es feliz para actuar rectamente, sino que actúa rectamente para vivir feliz. Por esto se alaba aquello de Sócrates en el libro de las Saturnales: «Muchos hombres querían vivir para comer y beber, pero él quería beber y ser para vivir» [78].

La bienaventuranza es, pues, el único bien singular y supremo, pero de él se deriva otro [79] de alguna manera supremo en comparación de algunos, y superior a otros por el hecho de acceder con más intimidad al único bien supremo y singular. Por lo demás, la debilidad humana no es capaz de llegar a la posesión de ninguno de los dos, a no ser guiada por la filosofía. Porque quien sin ella tiende hacia el camino de la felicidad, es como el ciego presuntuoso en el resbaladero que, marchando hacia lo alto, se cae. De ahí que Crisipo diga de ella que es la poseedora de las cosas divinas y humanas y que nunca puede ser suficientemente alabada la que expulsa los vicios, muestra y confiere las virtudes y en la debilidad humana repara de algún modo la integridad divina. Para expresar mejor su sentido, dice que todos los que no están en vela desde ella o para ella (lo cual procede también de ella) se parecen a los brutos animales; más aún, que, como un milagro estupendo contra naturaleza, son brutos hombres en cuerpos humanos.

Afirma, además, que existen tres géneros de hombres verdaderamente tales (ya que a los demás los llama brutos). Los primeros disfrutan ya del gozo de la sabiduría. Son los sabios. Otros se acercan para gozar. Estos son los filósofos. Otros aspiran a acercarse, a saber; los que todavía no son, pero pretenden ser filósofos, porque consta que son muchísimos quienes no han filosofado, pero emulan la vida de los filósofos, si no con las obras, al menos con los deseos.

---

[78] Macrobio, *Saturnalia* II 8 § 16.
[79] La virtud.

Yo apruebo su opinión con tanta más certeza cuanto que me parece estar sometido a la autoridad del Espíritu Santo, que habla por el profeta: «Consúmese mi alma por el deseo constante de tus decretos» [80]. En esto me parece que expresó manifiestamente los tres órdenes antedichos. Al decir Platón que el sabio es quien da culto a Dios [81], ¿quién podrá ser tenido por tal sino aquel que mora en los decretos del Señor y, acariciándose con la conciencia de las buenas obras, ya pregusta y siente con toda la avidez de su alma el sabor de la verdadera felicidad? Sin duda alguna y de ninguna manera carece de ella aquel a quien le es dulce la bienaventuranza conocida. Tiene el cúmulo de todas las cosas deseables el que en su vida «gusta y ve cuán suave es el Señor» [82].

El filósofo, por su parte, cuya intención se dirige allí para saborear, se transforma en amante de Dios, según el mismo autor [83], y, refrenando los vicios, aplica su ánimo al conocimiento de las cosas, para que, siéndole conocidas, pueda llegar a la verdadera bienaventuranza. Porque éstas son las cosas que hacen bienaventurado al hombre: romper los vínculos de los vicios y, como por ciertos grados de contemplación, ser capaz de contemplar la fuente inagotable del bien [84]. Porque

> feliz aquel que pudo conocer las causas de las cosas [85],

y, como dice el poeta (ya que a nosotros nos agradan las invitaciones a las virtudes, vengan de donde vinieren):

> Felices aquellas almas cuya tarea consistió primeramente
> en conocer y luego subir a las altísimas moradas.
> Hay que creer que ellas, lo mismo con vicios que con bromas,
> levantaron su cabeza más alto que los humanos.
> Ni Venus ni el vino quebrantó sus corazones sublimes,
> ni las tareas del foro, ni el trabajo de la milicia.
> Ni la dulce ambición, ni la gloria empapada de adorno,
> ni el hambre de cosas grandes solicitó su colaboración.
> Apartaron de nuestros ojos las lejanas estrellas
> y sometieron los cielos a su ingenio.
> Así se llega al cielo, no para que el Olimpo lleve a la Osa,
> ni para que la cumbre del Pelión toque los sublimes astros [86].

---

80 Sal 118, 20.
81 Cf. Agustín, *De Civitate Dei* VIII 5.8.11.
82 Sal 33, 9.
83 Platón.
84 Boecio, *De Consolatione Philosophiae* III metro 12.
85 Virgilio, *Geórgicas* II 490.
86 Ovidio, *Fastos* I 297-308.

Ningún servicio militar o doméstico se da que no lo examine la filosofía, ya que sólo ella excluye los vicios, y sin ella nada recto puede realizarse entre los hombres. Así como hace sabio el morar en los decretos, es decir, en el cumplimiento de los mandamientos de Dios (ya que dice el profeta:«De tus preceptos saco inteligencia» [87]), así también es filosofía verdaderísima acomodar el ánimo a su cumplimiento. Hay, con todo, quienes todavía no los cumplen o no se acomodan a su cumplimiento, y, sin embargo, con la ayuda de Dios, desean tal acomodación. Se da, pues, un grado eminentísimo: el de aquellos que se dedican a los decretos; uno medio: el de quienes tienen el alma libre de vicios, para dedicarse a ellos por amor, y uno ínfimo: el de quienes desean ser aligerados para poder ansiar eso mismo. Aunque éstos no lo sean, desean, sin embargo, ser filósofos [88]. El profeta había desempeñado su papel al decir: «Consúmese mi alma por el deseo constante de tus decretos» [89]. Tanta es la hermosura de la sabiduría, que si, como dice Platón [90], pudiera verse con los ojos corporales, inflamaría a los hombres de modo admirable con su amor, de tal forma que todos los hombres caerían necesariamente en ese amor con sólo mirarla por primera vez.

El alma fiel ama y busca desde su juventud esta hermosura. Su vejez consiste en la gravedad de costumbres y su edad pueril en la ignorancia del resbaladero de los vicios [91]. Así dice: «Amé la sabiduría más que a la salud y a la hermosura y antepuse a la luz su posesión; todos los bienes me vinieron juntamente con ella» [92]. Si, pues, todos los bienes son accesorios de la sabiduría y la filosofía es el estudio de la sabiduría, lógicamente el desprecio de la filosofía es la exclusión de todos los bienes.

De esto se deduce que en la medida en que alguien se dedica con mayor diligencia a la filosofía, en esa misma medida se acerca con mayor presteza y rectitud a la bienaventuranza. Porque ella otorga las virtudes por las que se avanza en todas las obligaciones. Incluso los antiguos, que aunque creyesen que el alma era en parte inmortal, no habían recibido aún la doctrina de la vida eterna, posterior a la presente, pusieron en la virtud el bien sumo [93]. No hay nada mejor que ella sino el gozar de Aquel que es sumamente

---

87 Sal 118, 104.
88 Cf. Agustín, *Enarrationes in Ps. 118,* 8 § 5 (Migne, PL 37, 1522).
89 Sal 118, 20.
90 Cf. Cicerón, *De Officiis* I 5 § 15; *De Finibus* II 16 § 52.
91 Sab 8, 2; 4, 8-9.
92 Ib. 7, 10-11.
93 Cf. Agustín, *De Civitate Dei* XIX 4.

bueno y el sumo Bien [94]. El ejercicio de la virtud es óptimo y Dios mismo es su fruto.

Así, pues, como sola la virtud hace a uno bienaventurado, se esforzaron en subir a su trono por varias sendas, con ocasión de las tradiciones de los más doctos. El estoico, para enseñar el desprecio de las cosas, se ejercita en la meditación de la muerte [95]. El peripatético, en la búsqueda de la verdad. Epicuro, dando vueltas en las voluptuosidades. Aunque tiendan a lo mismo, muestran a sus oyentes pareceres diversos, como caminos de la felicidad. Es libre dudar e investigar de ellos, hasta que por la confrontación de las proposiciones luzca la verdad como por un choque de razonamientos. Pero de estas cosas hablaremos más adelante. Ahora baste haber mostrado en qué cosas sea lícito imitar a los vacilantes académicos.

CAP. 9: *Sobre la arrogancia de la muchedumbre ignorante. Cómo se han de leer las cosas que pueden aprovechar o dañar. Y que la sabiduría no se da por el ejercicio del ingenio sin la gracia.*

Hay pocos, con todo, que se dignen ser imitadores de los académicos, ya que cada uno elige más por gusto que por razón aquello que va a seguir. Unos se distraen con opiniones propias; otros, con las de los doctos, y otros, con el trato de la muchedumbre. ¿Quién pone en duda que quien jura por la palabra de su maestro no atiende a lo que se dice sino a por quién se dice? Aquel a quien cautivó la opinión de un docto, ladra con fuerza cualquier cosa y cree que ha salido de las ocultas intimidades de la filosofía lo que no es sino muestra de puerilidad. Está dispuesto a disputar de cualquier tontería, creyendo que es inconcebible, si algo desconocido resuena en sus oídos, y no atiende a razones, porque lo que dijo aquel maestro es auténtico y sacrosanto [96].

Por su parte, quien se pasó toda su vida aprendiendo unas cuantas cosas contradice más rápidamente; resiste con mayor pertinencia

---

[94] Cf. Agustín, *Contra Epistolam Manichaei,* 37 § 42 (Migne, PL 42, 202).
[95] Séneca, *Epístolas,* 70 § 18.
[96] Sobre los asertos de este pasaje, cf. Horacio, *Epístolas* I 1, 14; I 18, 18; I 18, 15.

y se ve acosado por tal pobreza de expresión, que si le retiras una o dos palabras, se vuelve mudo y más taciturno que una estatua[97]. Pensarías que se trata de un marmolillo que en el auditorio de Pitágoras o en el claustro monacal habría aprendido no tanto el uso como la necesidad del silencio.

Si alguno de éstos cae casualmente como discípulo en tus manos, harías bien con él lo que refiere Quintiliano, en el libro sobre la *Formación del orador*[98], que hacía el gran flautista Timoteo. Este exigía y cobraba doble precio a los que estaban mal preparados que a quienes llegaban a él totalmente ignorantes. Porque el error exige doble trabajo, ya que hay que destruir las semillas de una formación equivocada y sembrar con más constancia las de la buena.

Observa a los maestros de los filósofos de nuestra época, a los que se pregona más alto y a quienes rodea tumultuosamente una multitud de oyentes. Escúchales con diligencia. Los encontrarás ocupados con una regla o con dos o tres términos. Como mucho, eligieron unas pocas cuestiones aptas para discutir, en las que ejercitan su ingenio y consumen su vida. Ni siquiera son capaces de resolverlos, sino que, a través de sus oyentes, transmiten el nudo y la confusión, con su enredo, a los que vengan después, para que ellos las resuelvan.

Te invitan a asistir a una reunión, insisten y provocan el conflicto. Si rehúsas la contienda o te retrasas un poco, se abalanzan contra ti. Si accedes y finalmente, de mala gana, te reúnes con ellos y los apuras, buscan escondrijos, mudan el rostro y se conforman con chismorreos. Pensarías que había vuelto el escurridizo y voluble Proteo[99]. Sólo que es más fácil atraparles, si se persevera en ello, y, vayan por donde vayan y vuelen las palabras, entender lo que quieren y sienten con tanta variedad de palabras. Finalmente, quedarán atados por su propio sentido y agarrados por la palabra de su boca si alcanzas y retienes con firmeza la sustancia de las cosas que se dicen.

Tales cosas, de las que tanto se disputa ahora, son más inútiles y de menos importancia que otras, una vez aclaradas. Si sigues adelante, si te avergüenzas y te fastidia ocuparte más tiempo en bromas, entonces se replegará a vericuetos de la cuestión propuesta y, volviendo como Anteo al seno de su madre, se esforzará en reparar las fuerzas allí donde fue engendrado y alimentado. Así, da tantas

---

97 Cf. ib.
98 Quintiliano, *De Institutione Oratoria* II 3 § 3.
99 Cf. Ovidio, *Fastos* I 363 ss.

vueltas y rodeos para volver a lo ya sabido, como si tuviera que recorrer un laberinto [100].

> La cigüeña alimenta a sus polluelos con serpientes
> y lagartos encontrados por los vericuetos del campo.
> Ellos, al echar las plumas, buscan a los mismos animales.
> El buitre, dejados los asnos, perros y crucificados,
> se apresura a llevar a sus crías un pedazo de carroña.
> Tal es también el alimento del buitre cuando se nutre
> a sí mismo y cuando hace su nido en un árbol propio.
> Pero el águila, la noble servidora de Júpiter,
> caza la liebre o la cabra en los barrancos,
> pone a la presa en su nido, y allí, cuando la cría surge
> madura, al romper el huevo, se abalanza a la presa
> que ya había gustado bajo el estímulo del hambre [101].

Si, pues, les quitas la palabra, podrás tenerles compasión por su pobreza en toda disciplina. Hay quienes parecen descollar en cada cosa y reivindican todas las disciplinas de la filosofía, y, sin embargo, carecen de recursos en toda cuestión filosófica. Hay quienes esperan la perfección de una sola cosa y quienes atienden a todo, aunque estén impreparados para todas y cada una. No diría, sin embargo, fácilmente a quiénes de ellos tengo por más equivocados, siendo así que ni la perfección consta de una cosa ni nadie es capaz de servir fielmente a todo. Por otra parte, quien va a todas las cosas desde una sola es más inepto; y el que las profesa todas, más arrogante. Si es propio del perezoso ocuparse en una sola cosa de entre todas, lo es del desdeñoso y de quien no avanza el dar vueltas por todas. Por lo demás, es hombre discreto y sirve con más fidelidad a lo que ha elegido previamente quien recorre muchas cosas para elegir en cuál deba insistir más, después de haber examinado las restantes. Tal vez a eso se refiere el precepto del moralista de leer los libros del preceptor [102]. También en el librito, en el que se inician los niños, para que la instrucción y la práctica de la virtud no puedan fácilmente borrarse de sus tiernos ánimos impregnados en ella (ya que la vasija conserva más largo tiempo el olor de aquello que en ella se echó siendo nueva) [103], dice Catón u otro, puesto que el autor es incierto:

---

[100] Cf. Virgilio, *Eneida* V 588 ss.; Ovidio, *Metamorfosis* VIII 159 ss.; cf. Macrobio, *Saturnalia* VII 5 § 2.

[101] Juvenal, *Sátiras* XIV 74-85.

[102] Catón, *Disticha de moribus,* coll. vulg. 26 (ed. Baehrens, *Poetae Latini Minores* III 215).

[103] Cf. Horacio, *Epistolas* I 2, 69-70.

Haz por leer mucho, y sobre lo leído sigue leyendo más y mejor [104].

No pienso que exista otra cosa más útil que esto para quien aspira a la ciencia, fuera de la observancia de los mandamientos de Dios. En ella consiste indudablemente el único y singular alcance del filosofar. De tal manera, sin embargo, que ha de leer todo, que se menosprecien algunas cosas de las leídas, se reprueben algunas otras y se vean otras de pasada, para que no queden totalmente desconocidas. Pero, con preferencia sobre las demás cosas, hay que atender con especial diligencia a aquellas que forman en la vida política, bien sea en el derecho civil o en otros preceptos morales, o en las que procuran la salud del alma o del cuerpo.

Así, pues, debiendo saludar de paso y como en el umbral [105] a aquella disciplina que es la más importante entre las ciencias liberales y sin la cual nadie puede enseñar o ser enseñado, ¿quién pensará que hay que detenerse en las que, siendo difíciles de entender o inútiles y perniciosas por su efecto, no hacen al hombre mejor?

Pues aun aquellas que son necesarias en el uso se transforman en perniciosas si ocupan al hombre de forma inmoderada. ¿Quién negará que hay que leer a los poetas, historiadores, oradores y matemáticos de la matemática probada [106], sobre todo cuando, sin ellos, los hombres no pueden o no suelen ser letrados? Los que los ignoran se llaman iletrados, aunque conozcan las letras. Y, sin embargo, cuando los tales reivindican el alma como derecho propio, entonces, aunque prometan información sobre las cosas, deseducan y suprimen el culto de la virtud.

De ahí que, al hablar de los poetas, Cicerón, para ser escuchado más atentamente, exclama: «El clamor y la aprobación popular, como si fuera el de un maestro grande y sabio, que basta para el reconocimiento, canoniza con su aplauso a los que quiere. Y, sin embargo, quienes son llevados con tantas alabanzas, ¡cuántas tinieblas provocan, a cuántos miedos incitan, en cuántas concupiscencias inflaman!» [107]. Estos justifican estupros y adulterios, fomentan múltiples artificios de dolo, enseñan hurtos, rapiñas e incendios, proponiendo a los ojos de una muchedumbre ignorante los malos ejemplos que existen, existieron y hasta los que puedan imaginarse. ¡Qué estragos tan grandes han hecho en los pueblos los incendios del cielo

---

104 Catón, o. c. III 18 (ed. Baehrens, o. c. III 226).
105 Séneca, o. c., 49 § 6.
106 Cf. supra Libro II c. 18.
107 Cf. Agustín, *De Civitate Dei* II 14, citando a Cicerón, *De Republica* IV 9.

inflamado, la inundación del mar y las grietas de la tierra que no hayan hecho éstos en las costumbres!

El cómico que me agrada más de todos cuenta en *El eunuco* cómo se inflama la concupiscencia de un adolescente al contemplar un cuadro pintado, cuyo tema era el modo con que el dios que estremece con su estrépito las bóvedas del cielo seduce a Dánae, encerrada en una torre con siete vigilantes, echando por la claraboya una lluvia de oro [108]. La muchedumbre ve, admira y alaba cosas semejantes en todas las pinturas, porque es raro el espectador que atiende a las que son estímulo de la virtud.

¡Maestro!, una cosa que no tiene en sí ni razón
ni medida alguna no puedes regularla por la razón.
En el amor hay toda suerte de vicios: injurias,
sospechas, hostilidades, tregua,
guerra y de nuevo paz. Si pretendes hacer razonables
todas estas cosas irrazonables, no conseguirás otra cosa
que delirar razonablemente.
Lo que ahora piensas sin parar, seguro de ti mismo y airado:
«¡Yo a ella! ¡Ella con otro y conmigo! ¡No! Ahora mismo
preferiría morirme. Ya verá qué hombre soy.»
¡Por Hércules!, todas estas palabras las apagará
una lagrimita que con esfuerzo llegó a echar
frotándose los ojos. Además te acusará, y tú,
encima, le pedirás excusas [109].

Para rechazar los reproches de las prostitutas resulta evidente el razonamiento que hace el esclavo [110], pero las cosas que se hablan en este sentido se toman como si el esclavo quisiera volver a atraer al amante enloquecido.

El mismo Cicerón, en otro lugar, recomienda mucho a los poetas, cuando dice: «Sólo quien no se avergüenza de ser despreciado hace despreciables a los poetas y a los escritores de otros géneros literarios o de historia. Pues conocen lo que es la virtud y ofrecen materia para filosofar, ya que describen pero no enseñan los vicios, ni siquiera los que son agradables a causa de su placer o utilidad. Y pasan de tal modo por los peligros de las costumbres, que hacen sitio a la virtud. Ulises pasó por los dardos, los incendios, las más variadas tempestades del mar, las muchas conmociones, traiciones e insidias de los pueblos; atravesó Scilla y Caribdis para, al menos en su vejez,

[108] Terencio, *El eunuco* III 5, 37 ss.
[109] Ib. I 1, 12-25.
[110] Se refiere a Parmenon cuando habla a Fedria.

regresar a su patria. Perdió a sus compañeros de exilio en diversas situaciones, pero se los arrebató la violencia de la fortuna, la debilidad de la Naturaleza o la concupiscencia de su alma. Sin embargo, es agradable el relato de todas estas cosas. Pues la situación prevista del amigo, aunque sea amarga, ayuda a tener cautela, y cuanto más familiar fue el trato con el caído, tanto más aterra su caída, ya que con frecuencia se aprovecha más con ejemplos que con preceptos. Los males, por su parte, se evitan tanto más fácilmente cuanto mejor se conocen de antemano. Ulises escapó solo y a duras penas, pero es que son pocos los que llegan al placer de la filosofía y, por decirlo así, a los gozos patrios» [111].

Si al callar la lira te dignas escuchar al poeta Flaco (o si prefieres, Horacio), está de acuerdo con él [112]. Y se felicita por haber encontrado en Meónidas mucha más honradez y utilidad que lo que ha sido expresado por los preceptos de muchos estoicos. Pues dice:

> ¡Lolio Máximo! Mientras que tú en Roma declamas
> el escritor de la guerra de Troya, yo lo he releído en Preneste.
> El dice mejor y con más riqueza que Crisipo y que Crantor
> lo que es hermoso, torpe y útil y lo que no lo es...
> La fábula, en la que se narra a Grecia destrozada
> en dura lucha con la barbarie, por el amor de Paris,
> contiene las conmociones de reyes y pueblos locos.
> Antenor piensa que se ha de eliminar la causa de la guerra.
> ¿Y Paris? Que no puede ser coaccionado a reinar con seguridad,
> ni a vivir dichoso.
> Fuera y dentro de los muros de Troya se peca de
> traición, engaños, crimen, deseos e ira.
> Los aqueos pagan el delirio de los reyes [113].

Yo, por mi parte, estoy muy de acuerdo con el parecer de quienes creen que no puede darse un hombre letrado sin lectura de autores. Sin embargo, la riqueza de letras no hace al filósofo, ya que es solamente la gracia la que conduce a la sabiduría. A veces en la suma riqueza literaria se da o la ignorancia o la negligencia de la verdad, sin la cual es imposible que alguien llegue a ser sabio.

Por eso aquel doctor de la Iglesia del que nadie puede acordarse suficientemente, Agustín, arguye contra Varrón, del cual enseña haber sido extraordinariamente letrado, afirmando después de otras cosas por las que es alabado con singular distinción: «Finalmente,

---

111 Este pasaje parece estar tomado de algún fragmento perdido de los libros de Cicerón, *De Republica*.

112 Parece referirse a Cicerón.

113 Horacio, o. c. I 2, 1-4.6-11.15.16.14.

el mismo Tulio añade a éste otro testimonio importante, al afirmar en los libros titulados *Academica* haber tenido una disputa, que allí se trata, con M. Varrón, hombre, dice, probablemente el más agudo de todos y sin duda el más docto. No dice: "el más elocuente" o "el más retórico" porque en realidad en tal facultad es muy desigual, sino "el más agudo de todos y sin duda el más docto".»

En el primer libro, además, al ensalzar las obras literarias del mismo Varrón, afirma: «Siendo peregrinos y errantes en nuestra Urbe, como huéspedes, tus libros como que nos llevaron a casa para que, por fin, pudiéramos saber quiénes éramos y dónde estábamos. Tú nos desvelaste el pasado de la patria, las descripciones de las épocas, las leyes de la religión y de sus sacerdotes, la disciplina doméstica y pública, los nombres, géneros, oficios y causas de los domicilios, regiones y lugares y de todas las cosas divinas y humanas. Este varón de tan insigne y excelente pericia, que tanto leyó que nos admiramos que tuviera tiempo para escribir, y tanto escribió que apenas creemos haya alguien capaz de leer tantas cosas; este varón, digo, tan grande en ingenio y en doctrina, si fuese enemigo y destructor de las cosas casi divinas que escribe, y afirmase que no pertenecen a la religión sino a la superstición, no sé si hubiera redactado en sus escritos tantas cosas dignas de mofa, despreciables y detestables» [114].

Siendo, pues, así que la superstición de un varón agudísimo y sin ninguna duda, según el testimonio de Cicerón, doctísimo, puede ser acusada por sus propios escritos que la evidencian, y constando que la superstición, por el vicio de la falsedad, es opuesta a la virtud, que sólo consiste en la verdad, y sabiendo que la sabiduría no puede existir sin virtud, ¿quién creerá que puede hacerse sabio un hombre por la mera lectura, sin que le asista la gracia ilustradora, creadora y vivificadora de las virtudes? [115].

Cap. 10. *Que se deben leer todos los escritos. De la bendición que se dio a los primeros hombres y a los hijos de Noé y que ninguna autoridad de los gentiles perjudique a la razón.*

Con todo, parece probable que hay que leer todos los escritos, a no ser que sea una edición reprobada, ya que no sólo todo lo que

114 Agustín, o. c. VI 2, 9.
115 Cf. ib. VI 6.

está escrito, sino también todo lo que ha sido hecho pensamos que lo es para la utilidad del hombre, aunque a veces se abuse de ello. Pues también los ángeles, de alguna manera, han sido ordenados para el alma, y el mundo corpóreo para el uso del cuerpo, según la afirmación de los padres.

Al principio bendijo Dios al hombre, diciendo: «Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los animales que se mueven sobre la tierra» [116]. Y, junto a esto, dio como alimento toda yerba que lleva simiente y todos los árboles con sus frutos (del alimento de carne se cree que los hombres se abstuvieron antes del diluvio) [117]. También a aquellos a quienes el arca, figura anticipada de la Iglesia, había liberado de la peste del diluvio, los bendijo y les dio una ley, diciendo: «Creced y multiplicaos y llenad la tierra, y que el temblor y temor de vosotros esté sobre todos los animales de la tierra y sobre todas las aves del cielo con todo lo que se mueve en la tierra; todos los peces del mar están entregados a vuestro poderío y todo lo que se mueve y vive será alimento para vosotros. Como legumbres florecientes os entregué todo, excepto que no comeréis la carne con la sangre» [118].

Así como a los primeros humanos se concedió la misma gracia de bendición que a los hijos de Noé, también se les dio idéntica autoridad de dignidad y casi la misma autorización respecto a los alimentos. El aumento, pues, y la multiplicación expresa la extensión de la gracia; el dominio de la tierra y el terror de las bestias, el privilegio de su poderío; la universalidad de alimentos es el indicio de libertad, puesto que todo es limpio para los limpios [119]. No me refiero al privilegio de esa bendición, concedido en otro tiempo, cuando la inocencia, dada por la creación, fue reparada por la medicina del sacramento o de la penitencia. Porque a éstos inmediatamente tras el diluvio y a aquéllos antes del pecado se dijo tal vez por eso: «Creced y multiplicaos», para que al menos adquiriesen aquel aumento y multiplicación que Dios concedió al hombre por la naturaleza o reformó por la gracia. Porque se manda que crezca en sí mismo y se multiplique en la prole; en sí para aumento del mérito; en prole numerosa, para cierta propagación de las virtudes.

---

116 Gn 1, 28-29.
117 Cf. Jerónimo, *Adversus Iovinianum* I 18 (Migne, PL 23, 237).
118 Gn 9, 1-4.
119 Cf. Tit 1, 15; cf. Rom 14, 20.

Pero no recuerdo que al haber sido la naturaleza viciada por la culpa, se le haya mandado crecer y multiplicarse.

Aunque lo dicho anteriormente puede interpretarse a la letra, ya que todo se refiere al uso de la vida humana, y, siendo así que incluso las cosas que parecen mortíferas a la vista, el oído, el olfato y hasta el tacto y el gusto, como son las peligrosamente venenosas, o son o pueden convertirse en alimento humano, el exegeta místico podrá, por tanto, encontrar otro sentido.

Confirma, sin embargo, el sentido histórico el hecho de que peces y fieras sanísimas, cuyas carnes son de gran utilidad, devoran con frecuencia reptiles sumamente venenosos. Por su parte, los venenos mismos se incluyen en los medicamentos con los que no sólo se sustenta la naturaleza humana, sino que también se cura la enfermedad. Como el primer sentido que hay que sacar es el histórico, cualquiera que informa al alma para la fe o para las obras de la fe, que son las buenas costumbres, es claramente más laudable y más útil. Porque esto es lo que hay que buscar siempre con la lectura: que el hombre se haga cada vez mejor.

Sin embargo, pudiendo referirse a muchas cosas lo dicho anteriormente, también pienso que puede acomodarse a que con la gracia otorgada por la bendición de Dios se estimule el libre arbitrio hacia el incremento y multiplicación de la virtud, y, multiplicadas las virtudes por la gracia, se le añada el sometimiento de la tierra. Pues cuando el hombre la domina en sí mismo consigue el señorío propio y ajeno y, como superior a todos los animales, puede infundir temor y temblor a todos los que se mueven en la tierra. Todo le es dado como alimento, porque en todas las creaturas el Señor le habla las palabras de su salvación y claramente se alimenta con todas aquellas cosas con las que la vida humana se sirve de provecho para la ordenación de su vida y sus costumbres. Pues consta que cualquier edificación de las costumbres proviene del Señor y que cuando alguien es instruido para la virtud, de obra o de palabra o de cualquier otro modo, es alimentado útilmente por las cosas que el Señor le ha concedido. Toda instrucción de salvación es de alguna manera palabra del Señor y debe aceptarse la verdad doctrinal de cualquiera que la proclama, porque la verdad es siempre incorrupta e incorruptible.

Antes y después del diluvio, con tal que se abstuvieran de la sangre, se concedió el uso de todo. Antes y después del bautismo, con tal que se evite el pecado, a nadie le está prohibido instruirse con cualquier fuente.

Si para algunos el Apóstol es olor de muerte para muerte [120], ¿qué impide que los seres mortales aprovechen a alguien para la vida? Así, pues, cuando se dice: «Come lo que quieras, con tal que sea sin sangre», es lo mismo que si se dijese con otra imagen: «Lee lo que quieras, con tal de que evites los vicios.» Como en los alimentos carnales, unas cosas se digieren con utilidad, otras se transforman en humores vigorosos, y otras, por la fuerza expulsora, se echan fuera totalmente; como hay algunas cosas que aprovechan a los sanos, con tal que se tomen con moderación, y perjudican a los enfermizos, algunas aprovechan a los más débiles y convienen menos a los sanos o convalecientes, porque éstas mismas no robustecen tanto a la naturaleza. Y es que las cosas delicadas nutren menos, y las comunes y, por así decirlo, de alimento más grosero, nutren más.

Así también en los libros hay cosas que aprovechan a todos, con tal que se lean bajo la orientación de la moderación, puesto que no contienen otra cosa que edificación de fe y costumbres; hay otras que aprovechan a los espíritus más sólidos y deben ser mantenidas lejos de la lectura de los sencillos; hay otras que descarta completamente la naturaleza de una mente buena; hay otras que las asimila para la práctica de las buenas costumbres o de la elocuencia; otras que endurecen el alma y sólo consiguen producir indigestión en la fe y en las buenas costumbres. Apenas podrá encontrarse algún escrito donde, en su sentido o sus palabras, no se descubra algo que el lector prudente rechaza.

Por lo demás, los libros católicos se leen con mayor seguridad y cautela y los libros paganos se ofrecen a los sencillos con mayor peligro. Con todo, es sumamente útil a los espíritus fieles el ejercitarse en ambos. Porque la lectura selecta hace al hombre muy docto, y la elección cuidadosa, el mejor entre los mejores.

Como se lee en el libro titulado *Saturnales* y en las cartas de Séneca a Lucilio [121], debemos a veces imitar a las abejas, que discurren y liban las flores, pero luego todo lo que se llevaron lo disponen y dividen por los panales, transformando los diversos jugos en uno solo, gracias a una cierta mezcla y a la propiedad de su espíritu. Convirtamos también nosotros lo que buscamos en las más diversas lecturas en ejercicio de virtud, de tal manera que todo se ordene en la práctica por el juicio asimilador de la razón. Porque también en el alma se conservan mejor las cosas separadamente y su misma distin-

---

[120] 2 Cor 2, 16.
[121] Cf. Séneca, o. c., 84 §§ 5-6.

ción, no sin algún fermento por el que todo se forma, mezcla para el uso de un sabor único las más variadas libaciones. Y esto para que, aunque se trasluzca de dónde ha sido tomado, aparezca, sin embargo, que es otra cosa distinta de la cita sabida. Vemos que la Naturaleza hace esto en nuestro cuerpo sin ningún esfuerzo. Los alimentos que recibimos, mientras persisten en su cualidad y permanecen como sólidos, son muy pesados para el estómago. Pero cuando dejan de ser lo que eran, entonces se convierten finalmente en fuerza [122]; pues, por mandato divino [123], la sangre se separa hasta que pierde fuerza el pecado. Al pastor de la Iglesia le fue mandado sacrificar y comer reptiles y alimentos inmundos [124]. Aunque esto se refiera propiamente a la llamada de los gentiles, puede enseñarnos, por la semejanza del ejemplo, que, degollados los errores, no tengamos miedo alguno de las doctrinas de los gentiles. Escuchemos a los pitagóricos cuando enseñan la inocencia, la frugalidad, el desprecio del mundo; incluso, cuando afirman que las almas que marcharon al cielo son reintroducidas en cuerpos de animales, hasta el mismo Platón sea yugulado. Pues siguió demasiado a Pitágoras, que enseñaba que así como los muertos vienen de los vivos, así recíprocamente de los muertos se hacen vivos y transmigran a varios cuerpos, según la cualidad de los caracteres. De donde aquello:

> Pues me acuerdo que yo mismo, en tiempo de la guerra de Troya,
> era Euforbus el Pantoides, en cuyo pecho izquierdo
> se clavó por delante una pesada lanza del átrida menor [125].

Léanse así para que su autoridad no perjudique a la razón; pues también la ortiga, mientras se escoge una rosa, quema a veces la mano de quien la toca. La sabiduría es, pues, una fuente de donde manan los ríos que riegan toda la tierra y no sólo llenan el paraíso de las delicias de la página bíblica [126], sino que pasan a los gentiles y ni siquiera faltan a los etíopes.

De ahí que existan huertos de los gentiles, floridos, olorosos y fructíferos. Si los visita algún lector sencillo, acuérdese siempre de aquel verso:

---

122 Macrobio, o. c. I praef. §§ 5-7.
123 Cf. Gn 9, 4.
124 Se refiere a Pedro, cf. Hch 10, 11 ss.
125 Ovidio, *Metamorfosis* XV 160-162.
126 Cf. Gn 2, 10 ss.

Niños que cogéis las flores y fresas que nacen en el suelo,
huid de ahí, que la fría serpiente está escondida en la yerba [127].

Porque ningún perezoso se lleva las manzanas de las Hespérides, que guarda el dragón siempre en vela, como tampoco quien lee las Escrituras, no en vela, sino como soñando y dormitando y dándose prisa al final de la lectura, a base de espuela. Aquí hay que recordar aquello de Jerónimo, doctor de doctores: «Ama la ciencia de las Escrituras y no amarás los vicios de la carne» [128].

CAP. 11: *Qué es la verdadera filosofía, y a qué fin se dirige la intención de todos los escritos.*

Esto es la verdadera filosofía y éste es el fruto agradabilísimo y salubérrimo de la mucha lectura. Porque la Sabiduría abarca el conocimiento de todas las cosas y como universal moderadora establece la medida y los límites de todos los actos, palabras y pensamientos de la vida humana. Existe, sin embargo, algo a lo que ni ella misma sabe fijar límite, cuya medida consiste en no tener medida. Todo lo que hace o habla se dirige a aquello que, según los verdaderos filósofos, no tiene término, porque su sustancia consiste en no tener término en modo alguno.

Si, pues, el filósofo, según Platón [129], es el que ama a Dios, ¿qué es la filosofía sino el amor de la Divinidad? [130]. Esto es precisamente lo que no quiere tener términos, para que tampoco la filosofía tenga término, cosa que no conviene. Pues lo que tiene término, deja de ser, y, si se extingue el amor de Dios, se desvanece la palabra filosofía. Así también la Sabiduría encarnada de Dios, prescribiendo medida en muchas cosas, manda amar a Dios sin medida, a no ser que se le aplique a la caridad la medida de que Dios sea amado sin límite de amor. Pues quien dice: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», antepone esto: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.» Y el mismo añade: «En estas dos cosas consiste toda la ley y los profetas» [131].

---

127 Virgilio, *Eglogas* III 92-93.
128 Jerónimo, *Epístolas* 125, 11 (Migne, PL 22, 1078).
129 Cf. Agustín, o. c. VIII 5, 8, 11.
130 Cf. Boecio, *Dialogi in Porphyrium* I (Migne, PL 64, 11).
131 Mt 22, 37-40.

Si, pues, todo lo que está escrito sirve a la ley y a los profetas, es decir, si toda doctrina tiende al objetivo de que el hombre se someta a la ley de Dios, ¿quién duda que todo se refiere al reino de la caridad? Quien filosofando adquiere la caridad o la dilata, ha conseguido su objetivo de filósofo. Esta es, pues, la verdadera e inmutable regla de los filósofos: que cada uno se comporte en la lectura o enseñanza, en la acción u omisión, de tal modo que aproveche a la caridad. Por su parte, ésta nunca está vacía y sola, sino que introduce la honradez, la modestia, la sobriedad, el pudor y todo el conjunto de las otras venerables virtudes en el hombre mismo (a quien consagra a la piedad) como en un templo de Dios. Lo que se orienta a otro fin, tanto en las artes como en cualesquiera escritos, no son doctrinas de la filosofía, sino fábulas inanes y ficciones de aquellos sobre cuya impiedad se revela desde el cielo la ira de Dios [132]. Al verdadero filósofo le parece inepto, insípido e insulso todo lo que ellos parlotean.

Escúchame no a mí, sino al profeta, que dice de estos tales: «Los malvados me contaron fábulas, pero no como tu Ley» [133]. Porque hablar cosas verdaderas y justas es común a filósofos y a no filósofos; pero hablar cosas verdaderas y falsas y enseñar cosas buenas y malas no es propio de los filósofos. A veces, el vano imitador del filósofo sólo enseña cosas rectas, pero el que sigue lo recto que enseña, ése es el auténtico filósofo.

CAP. 12: *De las necedades de los frívolos, que piensan que la sabiduría es cosa de palabras. Y que los libros divinos se han de leer de una manera, y los gentiles, de otra.*

Por supuesto que se equivocan, y se equivocan desvergonzadamente, quienes opinan que la sabiduría consiste sólo en palabras. Yerran quienes piensan que la virtud no es más que palabras, o el bosque sagrado simplemente leña [134]. Porque la estima de la virtud proviene de su práctica y la virtud acompaña inseparablemente a la sabiduría. De donde consta que quienes se aplican a las palabras, prefieren más bien parecer que ser sabios. Se pasean por las plazas,

[132] Cf. Rom 1, 18.
[133] Sal 118, 85.
[134] Cf. Horacio, o. c. I 6, 31-32.

desgastan el umbral de los doctos, ponen problemas de poca monta, tergiversan las palabras para ocultar el sentido propio o ajeno, más dispuestos a aventar que a examinar cualquier dificultad que surja. Estos que alardean de sabiduría, pero no la aman, se avergüenzan, con todo, de mostrar su impericia, prefiriendo con falso pudor ignorar el buscar y aprender, sobre todo si están presentes quienes piensan que conocen lo que ellos mismos ignoran.

No podrás, sin embargo, soportar su altanería. Hablan de repente sobre cualquier materia, lo enjuician todo, culpan a los demás, se predican a sí mismos, se jactan de haber encontrado lo que está triturado por los antiguos y ha llegado a nuestros días, a través de muchas épocas, por el testimonio de los libros. Multiplican las palabras de tal modo, que frecuentemente son menos comprensibles por el peso y multitud de las palabras que por la dificultad de las cosas. Pues el que logra no ser comprendido piensa que merece aparecer como filósofo por encima de los demás. Frecuentemente quien conoce muy pocas cosas propone muchísimas que ni siquiera Pitágoras sería capaz de explicar. A veces repite y da vueltas a las mismas, y, al no tener otros temas que tratar, vacila, lamentablemente, machaca lo mismo y «da vueltas en el mismo espacio de aire» [135]. Al escucharle a distancia, te asombrarías como si hubiese caído del cielo un tercer Catón [136]. Parecerá que lleva en sí un sábelotodo [137]. Si le preguntas por su profesión u oficio, es:

> Gramático, retórico, geómetra, pintor, masajista,
> augur, funambulista, médico, mago, todo lo sabe [138],

y es más notable que un griego famélico. Porque, si se lo mandas, irá al mismo cielo, y, más docto que Dédalo, te llevará a ti mismo incólume por donde quieras a través del vacío [139].

Acércate para aprender de él; pregunta con diligencia qué pensaron los autores en sus escritos; examina el texto. Al instante increpará tu falta de sensibilidad y te dirá que eres más torpe que el burro de la Arcadia [140]. Eres más pesado que el plomo, si preguntas qué significa el texto. La letra es inútil y no hay que preocuparse de lo que diga. Si insistes, se te advertirá que la dejes, porque es

---

135 Ovidio, o. c. II 721.
136 Cf. Juvenal, *Sátiras* II 40.
137 Cf. ib. III 75.
138 Ib. 76-77.
139 Cf. ib. 78 ss.
140 Cf. ib. VII 160; Persio, *Sátiras* III 9.

perniciosa y mata. Cuida de no ser la serpiente, que come tierra todos los días de su vida [141].

Tienes, pues, que jugar, verborrear o disputar, porque quien es más parlanchín parece más docto. Ni hay que preocuparse de lo que alguien expresa, ni de dónde lo ha tomado, ni lo que siente sobre ello, con tal de que siga hablando. Ni importa en qué razón se apoye cada uno, ya que basta que cada uno dé no la prueba, sino su sombra. En vano se pregunta lo que es verdadero o falso, probable o no probable, siendo así que se prefiere a todo la apariencia de lo probable. Afirma lo que quieras; al momento una semejanza lo anula, porque lo que prevalece en un ejemplo prevalecerá también en otro, lo quieras o no. Y, sin embargo, consta que lo que es semejante a lo verdadero no es verdadero sin más, y lo que parece falso, no siempre es falso. Si te esfuerzas en explicar la semejanza entre dos afirmaciones semejantes, emprendes una tarea inútil, porque o te impedirá continuar con sus gritos o se reirá de una empresa superflua, ya que conviene que exista una desemejanza entre las cosas semejantes; de lo contrario, no se llamarían con razón semejantes, sino idénticas. Enseñar el por qué no es así, se juzga no sólo frívolo, sino dignísimo de irrisión. Al momento se te pregunta si quieres disertar en una reunión, pues dicen que han venido a escuchar a un peripatético y no a un Ermágoras [142]. Sin embargo, imitan más a los peripatéticos en el paseo y en dar vueltas por las calles, que en la investigación diligente de las cosas.

No obstante, si esta discusión se realiza para aumentar la riqueza de elocuencia y se buscan diligentemente las cosas semejantes y desemejantes, se trata de un laudable ejercicio, y no sabría fácilmente decir de otro que fuese más provechoso para la juventud, con tal que no se permita en modo alguno que los ojos se ofusquen con las múltiples nubes de falacias.

No hay nada más útil ni más adecuado a la juventud, para adquirir gloria u otras cosas, que la elocuencia. Esta se alcanza sobre todo cuando hay abundancia de palabras, tanto en la boca como en la mente. Porque proferir palabras ignorando las cosas es más propio del demente que del docente o el discente. Verás a muchos de este tipo que entretienen todo el día con una larga conversación y no dicen nada o sólo una minucia. Tú te cansas oyéndole y él podría fatigarse hablando, si no fuese tan parlanchín. Con todo, no acabas de entender hacia dónde va o qué quiere. Esperas el final y él no

---

141 Cf. Gn 3, 14.

142 Es decir, a un dialéctico y no a un retórico. Cf. Cicerón, *De Inventione Rhetoricae* I 6 § 8.

ha empezado. Aguanta, con todo, para ver por dónde va a salir; resume, finalmente, las cosas que él entrelazó y te saldrán al paso

> como las pesadillas de un enfermo, que finge vanos fantasmas,
> de tal manera que la forma no tiene ni pies ni cabeza [143].

Creerías que se trata de un hombre con el cerebro turbado y que por defecto de razón no puede contener su lengua. Pensarías que pasa las noches insomne, y que, amodorrada su razón, sólo está despierta en él la melancolía. Si, llevado tal vez de misericordia, le aconsejas moderación, se irritará e imaginará todo tipo de oprobios contra cualquiera [144], y atacará, tanto a los que le compadecen como a quienes se ríen de él. Ni el amigo ni el enemigo se apartarán de él sino después de haber sido escupidos. Si comenzaste, será necesario que continúes o tendrás que sostener las injurias de una lengua procaz. Desiste, pues, a no ser que prefieras mancharte con una lengua sórdida. Porque también las cosas inmundas, mientras más se las mueve, más apestan. Recordarás el dicho del varón prudente:

> Los sabios huyen y temen tocar al poeta maníaco;
> sólo le provocan los niños y le siguen los incautos [145].

Aunque un hombre tal parezca con toda razón inútil en la vida privada o de quienes viven seriamente, resulta, sin embargo, agradable entre la masa del pueblo, que se alegra con el pasto de la hilaridad y la alegría chistosa. Por eso es un instrumento óptimo para provocar la risa y más eficaz que cualquier payaso.

Para huir de su veneno, ordena paciencia a tus oídos; transige con un insensato que no perdona a nadie, y, si por ventura quieres moderarle, ruégale con toda benignidad que, al enseñar o disputar, dé más doctrina y la equilibre con la reducción de la palabra. Porque quien atempera las palabras a las cosas y las cosas a la oportunidad del momento, conserva la regla más discreta de toda elocuencia. Pues esa abundancia merece alabanza cuando la apoya la verdad, amiga de la virtud y de todos los deberes. Al ser propio del parlanchín hablar de muchas cosas y de modo falaz, se gana la fama de hombre absolutamente negligente, y, al mismo tiempo, se atrae el odio y el desprecio de los hombres sensatos. Ya dice el Espíritu de la Sabi-

---

143 Cf. Horacio, *Arte poética,* 7-9.
144 Cf. Horacio, *Epístolas* I 15, 30.
145 Horacio, *Arte poética* 455-456.

duría que «quien habla sofisticadamente se hace odioso»[146]. Sin embargo, es de no pequeña utilidad el descubrir las impertinencias de los sofistas, sin cuyo conocimiento, el que camina hacia el examen de lo verdadero y la aclaración de las cosas es como el soldado inútil que avanza desarmado frente a un enemigo preparado y entrenado.

Para el ejercicio, es lícito engañar alternativamente al interlocutor y, como en la escuela de los instructores militares, ejercer una milicia jocunda entre los ciudadanos; pero cuando la intención de los interlocutores se levanta a la sobriedad de la filosofía, las inoportunidades sofistas desaparecen. Si por casualidad emergieran de una de las dos partes, son corregidas por los sabios, como se refrena en la cosa pública, entre los que hacen un contrato, el dolo de los malintencionados. Por lo demás, atemperar las palabras a las cosas y las cosas a las situaciones, arguyendo contra las falacias que se entremeten, no es tarea fácil ni de pocos días.

De ahí que muchos aspirantes se echen atrás y, enarbolando un retazo de las vestiduras de la filosofía, se glorien con los indoctos como si toda ella hubiese caído bajo su jurisdicción. Como alguien dice (el nombre se me olvidó, aunque las palabras permanecen):

> Después que un muchacho cualquiera sabe unir dos partes,
> así se presenta y así habla, como si supiera todas las artes.

Expone una nueva opinión sobre los géneros y especies que pasó inadvertido a Boecio y que no conoció el docto Platón, y que él, por feliz coincidencia, encontró poco antes en los recónditos escritos de Aristóteles. Se encuentra preparado para resolver la antigua cuestión, en la que envejeció el mundo trabajando; en la que se ha consumido más tiempo que el que tardó la casa del César en adquirir y regir el imperio del orbe y en la que se ha gastado más dinero del que poseyó Creso en todas sus riquezas. Porque ella ocupó durante tanto tiempo a muchos, que buscando sólo eso en toda su vida, finalmente no encontraron ni eso ni otra cosa. Porque, así como se busca vanamente en la sombra de cualquier cuerpo la sustancia de una solidez, así en aquellas cosas que sólo son inteligibles y se pueden concebir universalmente, pero no pueden existir como tales, tampoco puede hallarse la sustancia de una existencia más sólida. Pasar la edad en estas cosas es propio de quien no hace nada y de quien trabaja en vano, porque son nubes de realidades

---

146 Cf. Eclo 37, 20 ss.

fugaces, que mientras con más avidez se buscan, con más velocidad desaparecen.

Los autores las despachan de muchas maneras y con variadas expresiones, y, al usar las palabras de modo indiscriminado, parece que refuerzan opiniones diversas, dejando a los hombres litigiosos mucha materia de discusión.

De ahí que tomando (nuestro filósofo) las cosas sensibles y demás entes singulares —ya que afirman que sólo ellos existen en realidad—, los distribuye en diversos estados, según cuya razón establece los géneros y especies en los mismos singulares.

Hay quienes abstraen las formas, al estilo de los matemáticos, y refieren a ellos cualquier cosa que se dice de los universales. Otros eliminan los conceptos y afirman que se incluyen en los nombres de los universales. Hubo quienes sostuvieron que las mismas voces eran los géneros y especies, pero su opinión se desmoronó y se desvaneció con toda facilidad junto con su autor [147]. Hay, sin embargo, todavía quienes se encuentran siguiendo sus huellas, aunque se avergüencen de reconocer a su inspirador o su doctrina, e insistiendo en sólo los nombres, atribuyan a las palabras lo que sustraen de las cosas o de los conceptos [148].

«Cada uno se protege a sí mismo con un gran juez» [149], y con las palabras de sus autores, que utilizaron indistintamente los nombres por las cosas o las cosas por los nombres, construye su teoría o su error. De ahí se originan grandes semilleros de discordia, y cada uno recoge aquello con lo que puede confirmar su herejía.

Nunca se aparta uno de los géneros y especies, y allí acabarás recalando, sea cualquiera el origen de la discusión. Te sorprenderás encontrando de repente en ti a aquel pintor descrito por el poeta, que en todos los encargos que se le hacían sólo sabía pintar un ciprés [150]. Así delira Rufo sobre Nevia, de quien, como atestigua el Cocinero [151], ninguna situación le aparta, pues:

> En todo lo que Rufo hace, no existe para Rufo más que Nevia;
> ya goce, ya llore, ya calle, de ella habla.
> Cene, beba, pida, niegue o sugiera, sólo existe Nevia.
> Si Nevia no existiese, se quedaría mudo [152].

---

147 Roscelino, maestro de Abelardo.
148 Se refiere a Abelardo.
149 Lucano, *Farsalia* I 127.
150 Cf. Horacio, o. c., 19-20.
151 Se refiere a Marcial. Cf. infra Libro VIII c. 6.
152 Marcial, *Epigramas* I 68, 1-4.

Parece más apto para filosofar el tema en el que se da mayor libertad para imaginar lo que quieras y menor certeza, ya sea por la dificultad del asunto o por la impericia de los disputantes. Con frecuencia, así como el soldado cauto, para impedir más fácilmente el paso al enemigo, se fija en las dificultades y angosturas del camino, así cualquiera propone cuestiones difíciles de la Escritura o de la razón, o, si ha sido propuesta otra cosa, se desliza hacia ellas de propósito y como incidentalmente.

Si no eres capaz de satisfacerle (porque no hay nadie que pueda bastar para explicar todas las cosas, que pregunta incluso un imperito), al momento empieza a mover los ojos, distorsiona el rostro, gesticula con los brazos, clama, salta y se transfigura con gestos que parecerían inadecuados a cualquier histrión o payaso. Y no le satisfarás en modo alguno si no le respondes con sus propias palabras y le dices lo que quiere escuchar. El mismo, sin embargo, aunque parezca muy diligente, ignora en absoluto la solución. De una cosa, con todo, se preocupa quizá con más atención: de guardar en su bolsa todas las cosas con las que se infatúa. Sin embargo, a veces con una sola palabrita de un hombre docto, como con una aguja que perfora una vejiga, se aquietará la locuacidad que resonaba en los fuelles de su ignorante garganta.

Tampoco creería más aptos para filosofar a quienes anteponen una larga exposición a cualquier palabrita, como si hubiera que hacer un público discurso para todo lo que se pregunta; ya que, por lo regular, se ha dicho que quien responde más o menos de lo que se le pregunta, ignora la línea de un acertado debate. Por lo demás, cuando alguien ha de ser enseñado, solamente se han de decir aquellas cosas que ofrecen ayuda para la solución de lo propuesto. De ahí que está claro que no poseen la fórmula de los buenos maestros quienes en cada una de las cosas lo leen todo, y cuando se pregunta una sola cosa, se esfuerzan en explicarlas todas. O no saben cuál es el modo adecuado de enseñar, o con el disimulo de su oficio tratan de vender su propio ingenio, y, como dice Cicerón, muestran sus propias posibilidades y no las de su profesión [153].

Por consiguiente, llenan el *Porfiriolo* [154] con todas las partes de la filosofía, embotan los ingenios y turban la memoria de quienes han de ser introducidos en ella. Y golpean con tal fuerza a quien

---

[153] Cf. Cicerón, *De Inventione Rhetorica* I 6 § 8.

[154] Se refiere al *Isagoges* de Porfirio, del que abusaron los dialécticos del s. XII. Cf. Juan de Salisbury, *Metalogicus* II 16.

había de ser iniciado, que éste piensa que es insoportable la carga que ha tomado.

Tal vez concedería que los libros de la Divina Escritura, en los que cada tilde está llena de divinos misterios, deben ser leídos con tanta seriedad, por el hecho de que el tesoro del Espíritu Santo, con cuyo dedo están escritos, no puede ser agotado en absoluto. Porque aunque la letra se acomode superficialmente a un solo sentido, se oculta interiormente una multiplicidad de misterios, y a partir de la misma cosa y de muy diversos modos, la alegoría edifica la fe, y la tropología, las costumbres. También la anagogía lleva hacia arriba de múltiples formas, de tal modo que provee a la letra no sólo con palabras, sino con los contenidos mismos.

En las disciplinas liberales, por su parte, donde no sólo las cosas sino las meras palabras tienen significación, me parece que yerra quien no se contenta con el sentido literal de lo escrito, o que quiere apartar de la inteligencia de la verdad a sus oyentes, con tal de mantenerlos más tiempo. Estimo que el *Porfiriolo* es claramente inepto, si fue escrito de tal modo que su sentido sólo se pudiera entender habiendo leído previamente a Aristóteles, Platón y Plotino. Me despido de quienquiera me predisponga a entrar en cualquier disciplina con tal compendio. Yo seguiré a quien me descubre la letra, y, aclarada su superficie, me enseña, por así decirlo, el sentido histórico.

CAP. 13: *Cuáles son las cosas necesarias y como llaves de la filosofía, y que la simplicidad es amiga de la verdad. Qué significa luchar con el ángel o alimentarle. Lo que es y aprovecha dejar la patria por vocación de la sabiduría.*

El anciano de Chartres [155] expresó en pocas palabras lo que son las llaves del saber, que aligeran el camino a los filósofos que tienden a contemplar la hermosura de la verdad. Aunque no me arrebate la suavidad de su verso, apruebo su sentido y creo que se habría de inculcar fielmente en las mentes de los filósofos. Dice así:

---

[155] Bernardo de Chartres. Cf. supra Libro II c. 22.

Mente humilde, deseo de investigar, vida tranquila,
búsqueda silenciosa, pobreza, tierra extranjera,
estas realidades, con la lectura, abren a muchos las cosas oscuras [156].

Pues el Señor da su gracia a los humildes [157] y confiere la inteligencia de la verdad [158] a quienes, iniciados en el temor, le siguen fielmente en el amor y ejecución de sus mandamientos. Porque, según el testimonio del sabio, «quienes confían en el Señor entenderán la verdad» [159], pues Dios resiste a los soberbios [160]. ¿Quién podrá filosofar en contra de su voluntad? Rehusándolo El, ¿quién podrá conseguir algo? La humildad se da cuando alguien no desprecia ni a la persona del maestro ni a ninguna ciencia, a no ser quizá la que ha reprobado la religión. Si, como suele decirse, no podemos emprender nada adecuadamente, teniendo a Minerva en contra [161], ¿quién podrá llegar a la ciencia sin Aquel que es el «Señor de las ciencias» [162] y en Quien «están escondidos todos los tesoros de la Sabiduría?» [163]. Pretender esto es en verdad enormemente arduo, más difícil y de más empeño que, para usar las palabras de las fábulas, arrebatar la clava de la mano de Hércules [164]. Más aún, es ciertamente mucho menos, porque no es nada, a no ser que lo que es nada sea mayor o menor que algo. Así, pues, todo el que entra por el camino de la filosofía llame humildemente a la puerta de la gracia de Aquel en cuya mano está el libro de todo lo que se ha de saber, el que sólo abre el Cordero que fue muerto paar reconducir al siervo aberrante al camino de la sabiduría y de la verdadera felicidad. En vano se lisonjea uno por su capacidad de ingenio, su tenacidad de memoria y su asiduidad en el estudio. Porque si tales dotes se desvían de su objeto, tanto más se apartarán del recto camino cuanto más relevantes son. Pues también ocurre que cuanto más velozmente se aleja el caballo de su camino, tanto más tarde regresará a casa quien lo monta [165].

A la humildad se le une la simplicidad, con la que mucho se ayuda la inteligencia de los que aprenden. Porque la humildad acata

---

156 Cf. Hugo de San Víctor, *Eruditio Didascalica* III 13-20 (Migne, PL 176, 773 ss.).
157 1 Pe 5, 5.
158 Cf. Sal 90, 10; Jn 7, 17; 14, 15.
159 Sab 3, 9.19.
160 Cf. 1 Pe 5, 5.
161 Cf. Cicerón, *De Officiis* I 31 § 110.
162 1 Sm 2, 3.
163 Col 2, 3.
164 Macrobio, o. c. V 3 § 16.
165 Agustín, *Enarrationes in Ps. 31* II 4 (Migne, PL 36, 260).

las cosas que se escriben por los doctos y la simplicidad, por la interpretación de la fe, endereza hacia un mejor sentido lo que pueda parecer dicho menos convenientemente. Es un insensato quien ansía dominar los escritos, de los que tiene que recibir instrucción, y, forzando su sentido, se esfuerza en llevarlos, aunque se resistan, hacia su propio modo de pensar. Buscar en ellos lo que no tienen es oscurecer el propio entendimiento y no aprender del ajeno.

¿Por ventura los ojos de los discípulos no estaban obnubilados para conocer a la sabiduría que les acompañaba con ardiente amor, al ser tardos para entender lo que hablaban los profetas, buscando lo que se apartaba de las mentes de los profetas y no prestando atención al Cristo que se escondía en lo escrito? [166]. Pero como, con el ardiente deseo de la caridad, buscaban lo que se escondía, la Sabiduría buscada se presentó y les abrió sus ojos para que entendiesen las Escrituras y, viendo al Señor, se reprochasen después su necedad. Pues el deseo de saber es provechoso si la misma avidez de saber tiene como punto de referencia a Cristo. Pero El no es conocido sino en la fracción del pan, porque la intención de las Escrituras no se ve de ninguna manera si no se da al alma el alimento de la fe y de las buenas costumbres. Pues quien buscando la propia satisfacción por las fuerzas del ingenio o del estudio, atenta contra la integridad de las Escrituras, se queda como excluido del sagrario de la filosofía y desterrado de la inteligencia de lo verdadero.

También los sodomitas, al pretender forzar a los ángeles correctores de la maldad y huéspedes de un varón justo, fueron cegados, y no dando con la puerta, palpando a plena luz y envueltos en grandes tinieblas, fueron sumergidos en el justo juicio de Dios [167]. Así también los orgullosos y malignos, al no dar con la puerta de las Escrituras, no alcanzan el sentido de la fe, que está en la casa del hombre sencillo a quien se da la comunicación de Dios y ve al ángel corrector de la maldad. Porque el Angel es la Escritura, que, enviada por Dios, consta ha descendido a la Sodoma del mundo para increpar la malicia de los hombres. ¡Oíd, dice, la palabra de Dios, príncipes de Sodoma; escucha con los oídos mis palabras, pueblo de Gomorra! [168]. Hay, pues, que servir y no dominar a la Escritura, a no ser que alguno por ventura se crea digno de dominar a los ángeles. Sabemos por lo que se lee que los varones

[166] Cf. Lc 24, 13 ss.
[167] Cf. Gn 19.
[168] Cf. Is 1, 10.

justos los adoraron y les sirvieron la comida [169]. ¿Y querrá la temeridad humana ser antepuesta a ellos? Los ángeles son alimentados con alimentos de fe y de buenas obras, pues la mujer samaritana alimentó así, junto al pozo, al Angel del Gran Consejo [170]; y si se les sustrae la comida, tal vez no traiga provecho adorarles. ¿No está escrito que el patriarca prevaleció por su deseo de saber, cuando al ver la escala, cuya cabecera tocaba el cielo, contempló a los ángeles subiendo y bajando y al mismo Dios apoyado en la escala; y que luchó denodadamente con el ángel hasta rayar la aurora, y, agotado por el ángel, no accedió a rendirse sino después de haber sido herido en una de las corvas y luego de haber conseguido la gracia de la bendición, cumplido su deseo por el mismo ángel que le hería? [171].

Estas cosas le ocurrieron en espíritu o en alegoría; pero a nosotros nos sirven las alegorías, según testifica el Apóstol [172]. Tomemos, pues, nosotros, en el camino de nuestra peregrinación, a los ángeles de las escrituras y luchando con ellos en lucha infatigable, no cedamos hasta que nos ilustre la aurora de la verdad. Y no nos baste haber conocido la verdad, sino que marchitada la corva del amor de las cosas temporales, consigamos tanto más fácilmente, por la bendición angélica, la entrada en la verdadera virtud, cuanto más excitado el amor de las cosas eternas, claudiquemos en el apetito de las temporales [173]. Esta lucha conduce allí donde, según el testimonio del hombre triunfante, Dios mismo, que es la suma Verdad, puede ser visto cara a cara. Lo que de bueno aparece en la fe o en las obras es una cierta imagen de la visión divina. Ciertamente la aurora sin bendición no es propia del ángel, porque la noticia de la verdad sin la gracia de una buena obra no tiene el fruto de la sana conciencia.

Más aún, somos estimulados al deseo de investigar, no sólo por los ejemplos domésticos, sino también por los externos. Pues Solón, que siempre había ardido en el máximo fervor de la sabiduría, en el día de su muerte, estando sus amigos sentados ante él y charlando entre sí, ya casi agonizante, levantó su cabeza y, preguntando por qué hacía eso, respondió: «Para morir cuando haya entendido qué es de lo que disputáis.» La inercia de los hombres

---

169 Cf. Gn 18, 2 ss.
170 Es decir, Cristo. Cf. Jn 4, 6 ss.
171 Se refiere a Jacob. Cf. Gn 28, 12 ss.; 22, 24 ss.
172 Cf. 1 Cor 10, 11.
173 Cf. Gregorio Magno, *Homilia in Ezechielem* II 2 § 13 (Migne, PL 76, 955).

desaparecería inmediatamente si emprendiesen la vida con el mismo ánimo con que Solón la abandonó [174].

Carnéades, por su parte, laborioso y constante soldado de la sabiduría, pasó noventa años en el estudio, y así fue para él uno mismo el fin del vivir y del filosofar [175]. Y Catón, siendo ya de ochenta y seis años, pero de espíritu juvenil, robustez de hombre y gravedad de anciano, y actuando en la cosa pública de manera que nadie advirtiera en él ni falta de memoria, ni fatiga respiratoria, ni flaccidez en su carne, ni torpeza de miembros o dificultad en el habla, deseó iniciarse en las letras griegas, siendo así que había aprendido las latinas tardíamente y casi ya de viejo, y, habiéndose ganado la gloria de la elocuencia, lo hizo de tal modo, que fue considerado también peritísimo en el derecho civil [176].

Su admirable hijo, digno de tener por padre a Catón, de tal manera ardió en el deseo de doctrina, que ni siquiera en la Curia, donde se reunía el Senado, se dispensaba de leer a menudo libros en griego, con cuya industria mostró a unos que les faltaba tiempo, y a otros, que les sobraba [177].

Hasta el pagano Juvenal enseña que la vida tranquila es necesaria, cuando juzga que es vano el ejercicio del estudiante, si una turba de atropellados alborotos llama a su puerta. Dice así:

> ¿Qué lugar habrá para el ingenio, sino cuando vuestros
> corazones, que no admiten dos preocupaciones,
> se atormentan con la sola poesía, arrastrados
> por los maestros de Cirra y de Nysa?
> Hace falta un gran espíritu, no perturbado por buscar
> una manta, para imaginar los carros, caballos y rostros
> de los dioses y cómo las Erinias desordenan el corazón de
> Rutulo [178].

Que la turba impide la luz de la verdad, lo enseña el ciego del Evangelio, a quien las turbas precedentes y siguientes le increpaban igualmente para que callara [179]. Porque, como dice el Señor, quien trata con la multitud se turba con muchas cosas [180]. Nada hay más pernicioso que eso para ejercitar los estudios o las buenas costumbres. Si el estudio, como piensa Cicerón [181], es la vehemente

---

174 Cf. Valerio Máximo, o. c. VII 7 ext. 14.
175 Cf. ib. ext. 5.
176 Cf. ib. ext. 1.
177 Ib. ext. 2.
178 Juvenal, o. c. VII 63-68.
179 Cf. Lv 18, 35 ss.; Mt 21, 9.
180 Cf. Lc 10, 41-42.
181 Cf. Cicerón, *De Inventione* I 25 § 36.

aplicación del ánimo a hacer algo con gran voluntad, es claro que la mente turbada por muchas cosas se distrae y no puede en modo alguno ocuparse fielmente en la sola obra de la virtud.

Pero, además, el ejercicio del estudio ayuda mucho, cuando la virtud, en cada una de las cosas que el hombre lee u oye, toma fuerzas dentro de sí con el silencioso escrutinio del verdadero juicio; porque allí la razón lo examina todo y pone en la balanza el fruto de todas las cosas.

Por lo demás, la vida no puede ser tranquila si se le priva a la naturaleza de las cosas necesarias o, por el contrario, si el ánimo abunda en delicias y la afluencia de las cosas extingue la luz de la razón. De ahí que se añada a lo dicho la pobreza, generadora de hombres fuertes, custodia de la verdadera humildad y compañera de la virtud, para que como moderadora reprima el lujo e impulse con sus estímulos al hombre consciente a perseverar constantemente en el ejercicio de la virtud. Como dice el sabio, la pobreza alegre es una cosa honesta. Pero, si es alegre, no se da pobreza, sino un bien mayor que las riquezas de Creso. De ahí que Demócrito, cuyas riquezas pueden considerarse tales que su padre podía alimentar fácilmente al ejército de Jerjes, reteniendo una suma muy pequeña, donó su patrimonio a la patria para poder dedicarse al estudio de las letras con un ánimo desembarazado. Morando en Atenas muchos años y dedicando todos los momentos de su tiempo a adquirir conocimientos y ponerlos en práctica, vivió desconocido para aquella ciudad, cosa que atestiguó en uno de sus libros [182].

También Crates, famoso tebano, habiendo lanzado al mar un no pequeño peso de oro, dijo: «¡Marchad al fondo, malos deseos! Yo os hundiré para no ser hundido por vosotros» [183]. Incluso Anaxágoras, después de volver a la patria tras una larga peregrinación y contemplar sus posesiones desiertas, dijo: «Yo no estaría a salvo si éstas no hubiesen perecido» [184]. He sabido el oráculo socrático que dice que ningún rico podrá llegar a enseñar si no se considera a sí mismo pobre y desvalido para la enseñanza [185], porque a los que aprenden siempre les faltarán algunas cosas que son necesarias o convenientes de saber.

La filosofía exige vivir en tierra extranjera e incluso hace a veces extranjera la propia; más aún, hace propia la extranjera, y nunca se apesadumbra por el exilio. De ahí que aparta las preocu-

---

182 Cf. Valerio Máximo, ib. ext. 4.
183 Jerónimo, *Adversus Iovinianum* II 9 (Migne, PL 23, 298).
184 Valerio Máximo, ib. ext. 6.
185 Cf. ib. VII 2 ext. 1.

paciones domésticas y las cosas que son de la carne para que el hombre, vuelto en cierto modo totalmente hacia el espíritu, juzgue ajeno todo lo que impide el avance de la sabiduría. En todos sitios se siente en casa y en todo lugar en la patria, porque en todos sitios mora dentro de sí y junto a la sabiduría.

Tal vez el Señor invita a ello al patriarca, cuando le manda salir de su tierra y de su parentela, para que prosiguiendo en peregrinación, se multiplique en un gran pueblo y adquiera con felicidad la tierra que abandonó, mientras desprecia todas las cosas que son mundanas para responder a la llamada de la sabiduría [186]. Así como la virtud de una pobreza modesta crece con la práctica, así la fortaleza se ataca más fácilmente con riquezas que con esfuerzos. Quien, pues, fija el pie de su afecto en la parentela de las cosas temporales, para las que de algún modo ha nacido, se envilece y aminora. Con el derecho de propiedad se adquieren felizmente todas aquellas cosas, que con la afición del corazón limpio como que se pisotean con el pie del ánimo.

¿Quién se dispondrá para entrar siquiera en este arduo camino? ¿Quién atacará al Angel fuerte? [187]. ¿Quién perseverará, de haberlo atacado? Como la faz de la verdad no se ve sin el peligro de la lucha y sin que la preceda la amargura de un exilio pobre, tampoco la unión de Raquel y Lía se hace dulce, ni se origina una prole numerosa, si la soledad de las cosas caducas no pasare el Jordán con el báculo de la virtud [188]. Regresa rico a la patria, con doble séquito de bienes espirituales y corporales, el que incluso entre sus parientes sudó por mucho tiempo, como desterrado, en el trabajo de la pura contemplación y del bien obrar.

Quienes se esfuerzan por filosofar por otro camino, yerran y descuidarán la primogenitura, al arreciar el hambre, en el momento que encuentren un hermano que les da una lenteja de sabiduría con el nombre de un precio [189]. Como se dice que afirmó Aristipo: «Aminorar en el deseo de leer es condescender con los vicios.»

Cap. 14: *De la séptima llave de los que aprenden.*

En el libro sobre *La formación del orador,* de Quintiliano, se pone como séptima llave del discípulo el amor a los maestros, por

[186] Cf. Gn 12, 1 ss.
[187] Cf. Gn 32, 24 ss.
[188] Cf. ib., 11.
[189] Cf. ib. 25, 29 ss.

el que los preceptores deben ser queridos y venerados como padres. Porque así como éstos son los engendradores de los cuerpos, aquéllos lo son ciertamente de los espíritus; no porque propaguen desde sí mismos la sustancia del espíritu, sino porque engendran en las mentes de los oyentes la sabiduría, reformando y mejorando la Naturaleza.

Esta piedad ayuda, por cierto, mucho al estudio, porque escuchan de grado a quienes aman, creen en sus dichos y desean ser semejantes a ellos. Con la colaboración del afecto piadoso, marchan alegres y animosos a las reuniones propias de escolares; no se aíran al ser recriminados, no se avergüenzan al ser alabados y merecerán ser muy queridos por su amor al estudio.

Así como la obligación de los maestros es enseñar, la de los oyentes es mostrarse dóciles. De lo contrario, ninguna de las dos cosas vale sin la otra. Porque así como el origen del hombre se realiza por los dos progenitores, y en vano se esparcen las semillas si el surco previamente ablandado no las abriga, así tampoco puede fraguar la elocuencia si no existe la mutua concordia entre quien la da y quien la recibe [190].

Estas cosas las dice Quintiliano en los preceptos sobre la elocuencia, pero se deben aplicar del mismo modo a la formación de la sabiduría. En verdad, no se consigue la elocuencia sino con los preceptos de la sabiduría, y, por otra parte, aquel a quien la filosofía no ha instruido para hablar con más propiedad invade el foro de quienes tienen oídos para oír, no sólo como hombre ridículo, sino también como alocado.

Las otras siete llaves que puso Ticoneo para la inteligencia de las Escrituras las saca a la luz el libro titulado *Acerca de la doctrina cristiana;* de ninguna manera, sin embargo, para contradecir a las antedichas, pues todas se reducen más bien a una de éstas, ya que a todas las abraza el deseo de investigar [191]. Por lo demás, el tema está tomado del lenguaje de los gentiles, pero de tal modo que se aplica intencionadamente a la instrucción de los fieles.

Sin embargo, una y única es la llave y como la llave de las llaves: la que abre y nadie cierra, la que cierra y nadie abre [192], y sin la cual nadie se acerca a la inteligencia de la verdad. Si alguien no la toma o no la tiene, yo pensaría que más que filosofar, desvaría.

---

190 Cf. Quintiliano, o. c. II 9.
191 Cf. Agustín, *De Doctrina Christiana* III 30 § 42 (Migne, PL 34, 81).
192 Cf. Ap 3, 7.

CAP. 15: *En qué ponen el sumo bien Epicuro y los suyos. Y que por muchos trabajos se va hacia los placeres.*

Hay muchas cosas, y además difíciles, por las que se prueba la virtud de los filósofos, porque no hay camino hasta la cumbre sino a través de lo difícil. Sin embargo, con la esperanza de progresar, todas las cosas se suavizan, y, mientras se pondera la utilidad del trabajo, la mente se robustece para todo.

Ciertamente todos tienden a lo sumo, pero por diversos caminos. No obstante, nadie, en mi opinión, tiende o llega allí sin trabajo. Siendo tres las escuelas filosóficas, las cuales a su vez se dividen en muchas vías, todas, sin embargo, aunque de forma distinta, trabajan en la consecución del fin que se proponen.

Epicuro y toda la grey de sus discípulos afirma como bienaventurada la vida de aquel que se alegra siempre con tal gozo, que no se le interpone ni siquiera un ligero movimiento de tristeza o perturbación. Se trata de una verdadera definición, y nada puede haber más rotundo que ella. Sin embargo, la plebe que le sigue se apartó de ella hacia los placeres, pensando que poniéndola en práctica sería sumamente feliz. Nadie me ha podido persuadir de que alguien haya tomado esto de Sócrates como fuente, siendo así que él enseñó tal pureza de costumbres, que los posteriores creyeron que tenía un espíritu no sólo humano, sino divino. Pero como es tan fácil que las mejores afirmaciones se depraven por el oído o la boca de los insensatos, las cosas que debieren ser instrumento de virtud fueron arrastradas hacia un compendio de inmundicia.

Piensa, pues, la carne (puesto que un hombre sensato no siente esto de verdad) que no hay nada más agradable que el amor y los juegos, ni nada más delicioso que la vida parásita o la de quienes banquetean a diario, se emborrachan y visten espléndidamente; en fin, que la vida del hombre que goza de verdadera y suma felicidad consiste en pensar, hablar o hacer lo que desea la mente, la lengua o la mano y no reprimir nunca un movimiento de la propia voluntad contrario a sí mismo.

¿Acaso se llega a esto sin trabajo? ¡Cuántas dificultades interpone la variedad de la fortuna humana para vivir así! Para usar de las cosas a discreción es necesaria la opulencia, ya que el necesitado de ellas o no las usa así porque faltan o con frecuencia prescinde de ellas para que no falten. Pero supongamos que exis-

ten. Entre muchos competidores poseídos de tal avidez acabará llevándoselas el más fuerte. Hacen falta, pues, fuerzas para conservarlas. Consecuentemente, se exige el poder personal. ¿Acaso estas cosas se adquieren gratuitamente, es decir, sin trabajo ni preocupación?

Es ciertamente duro e intolerable ser despreciado en estas cuestiones, ya que el amor del provecho es tan innato al hombre, que incluso quien no trata de ser bueno quiere parecerlo y que los juicios de los demás se equivoquen en la estimación de uno mismo; ya que el ser bueno se consigue por amor de lo justo y no del provecho. Se requiere, pues, el respeto de los que viven con nosotros, pero éste se desvanece fácilmente, a no ser que se mantenga con la ayuda de la estimación. Ahora bien, ésta, que origina y mantiene la gloria, surge de muchos componentes, pero se consolida especialmente con el ejercicio de la virtud.

Está claro, pues, lo laborioso que resulta el itinerario hacia la felicidad a través de los placeres, los cuales, para propia satisfacción, atesoran riquezas, buscan las grandezas para apoyarse en el poder, las dignidades para alcanzar reverencia y evitar el desprecio, y aspiran a la gloria para conciliarse la celebridad. Sin embargo, con todas estas cosas no se adquiere toda aquella vida que describe Epicuro como libre de tristeza y de cualquier perturbación; porque o no coinciden en una misma persona, o no traen consigo los frutos que prometen. Más aún, con mucha frecuencia consiguen lo contrario de los deseos de quienes las buscan, como si fuesen diametralmente opuestas.

Si no me crees, ojea más atentamente el libro *Sobre la consolación de la filosofía,* y aparecerá claro que estas cosas conducen a lo contrario. Aun cuando aquel libro no exprese al Verbo Encarnado, goza, sin embargo, de no poca autoridad entre aquellos que usan de su razón, siendo así que procura a cada uno los medicamentos oportunos para reprimir cualquier dolor de una mente llagada [193]. Ni judío ni griego desistirá de usar tal medicina so pretexto de religión, ya que tanto a los sabios en la fe como a los extraviados en la perfidia, les aprovecha tanto la ingeniosa elaboración de esta razón luminosa, que ninguna religión se atreve a aborrecer lo que ofrece, a no ser que uno carezca de razón.

En sus sentencias, Boecio es profundo sin ser difícil, elegante sin ligereza, orador vehemente y guía eficaz. Unas veces persuade

---

[193] Cf. Petronio, *Satiricón,* 111.

con plausibilidad; otras, empuja con el aguijón de la necesidad hacia el objetivo. Si, como es obligado, le das la razón, verás que estas cosas se buscan con excesivo trabajo por algo distinto, y que no provienen en absoluto de aquello por cuya causa se buscan. Esto, sin embargo, se podría encontrar más certera y rápidamente si no se buscase desde otro lugar, sino desde uno mismo. Pero ahora, con el auge de la maldad, apenas se busca, sino que aunque salga al paso, se considera de menos valor frente a otras cosas. Porque siendo todas las cosas buenas anejos de la sabiduría y constando que ésta se ha de desear por encima de la salud y de toda hermosura, la sabiduría acaba siendo tenida en poco en comparación con las otras cosas, y solamente se aprecian esos anejos suyos.

¿Quién filosofa para saber? Contemplarás a muchos que, aunque no filosofen, imitan con todo a los filósofos para abundar en bienes o prosperar temporalmente. Por lo demás, es más fácil que las riquezas constituyan un impedimento para el filósofo, que el que contribuyan algo a la filosofía, porque no se puede servir con fidelidad a Dios y a Manmón [194]. No te apene que alguien abandone la patria para abrazar espontáneamente la pobreza o dedicarse al estudio, pues la misma filosofía parece trabajo inútil, a no ser que se consiga el fruto de la opulencia.

A unos les incita la curiosidad por saber; a otros les urge la vanidad con el aguijón del orgullo, por parecer que saben; a otros les inflama la pasión a buscar ganancias. Raro es el que tantea los caminos de la sabiduría con el pie de la caridad o la humildad, para enseñar o ser enseñado. Todas las cosas, pues, se orientan a las insensateces de un placer bajo o de una utilidad vana, y en esto estriba el propósito del alma desviada.

La filosofía, entre tanto, es viático, aunque de pocos, porque otros caminos parecen ser mucho más rápidos; puesto que, como suele decirse, el amor por la inteligencia nunca hizo rico a nadie [195].

Cap. 16: *Acerca del amor de las riquezas y que el alma no descansa en ellas.*

Quienes sólo procuran atesorar riquezas, no quieren que en la vida se confíe más que en el camino que ellos prefirieron a los

[194] Cf. Mt 6, 24.
[195] Petronio, o. c., 83.

demás. Diversos autores prueban de diverso modo cómo se satisface esa necesidad. Si refulge la esperanza de una moneda tentadora, no existe ningún peligro grave [196], porque incluso a la misma Naturaleza la vence el amor del dinero, que transforma en posible lo que es casi imposible. Al avaro nada le parece mezquino ni sórdido, y, aunque el público le silbe [197], se consuela a sí mismo; más aún, se aplaude mientras contempla sus dineros en el arca. Cree que se aplica a todos aquel pasaje de Petronio:

> Quien tiene dineros, navega con viento favorable
> y maneja a la fortuna según su arbitrio.
> Se casará con Dánae y le será posible
> que Acrisio vea con buenos ojos el asunto de Dánae.
> Ya componga versos, los declame, los vocifere o
> lleve todas las causas, será más importante que Catón.
> Como jurisconsulto, tendrá el «cúmplase o no se cumpla»
> y será lo que fueron Servio y Labeo [198].
> Hablo demasiado. Con dinero contante, desea lo que quieras
> y vendrá. El arca de los caudales tiene encerrado
> al mismo Júpiter [199].

Así, pues, mientras uno logre hacer dinero, ninguna parte del mundo parece inaccesible, pues el mayor fuego de la avaricia supera el calor de su zona más tórrida. De ahí que:

> Este cambia sus mercancías desde el sol naciente a aquel
> con el que la región vespertina se calienta [200].

Aquél ataca con toda su fuerza al enemigo [201],

> se lucha y, en el espacio de una hora, viene la muerte
> rápida o la alegre victoria [202].

Otro se alegra al sentarse en los umbrales de las soberbias mansiones porque así, gracias al influjo de los más poderosos, podrá acceder a las riquezas deseadas. Si está a su alcance, se dedica a otro oficio; de lo contrario, basta estar inscrito en la lista de los

---

196 Cf. Persio, o. c. Pról. 12.
197 Cf. Horacio, *Sátiras* I 1, 66-67.
198 Es decir, varios jurisconsultos.
199 Petronio, o. c., 137.
200 Horacio, o. c. I 4, 29-30.
201 Virgilio, *Geórgicas* III 236.
202 Horacio, o. c. I 1, 7-8.

cortesanos, porque la sola inscripción es ya fuente de lucro. No da ninguna importancia a la frugalidad —cuyos beneficios no supera ninguna renta—, pues aquel a quien sustenta el dinero ajeno ahorra con toda facilidad el suyo. Se trajina en la Corte hasta la vejez; más aún, la misma Corte la consume. Apenas se da quien vuelva a su casa, ni en el caso de ser expulsado de la Corte, si se ha mantenido en ella hasta la ancianidad. Si emigran, se mueren de hambre, porque, como dice Sidonio, no los alimenta tanto el buen pan cuanto el pan ajeno, que es más suave y posee algo de la innata dulzura de lo ajeno [203]. Quien siempre abusa de lo de los demás, no sabe usar de lo suyo. Si se terminan las ocupaciones honestas, no tiene reparos en hacer de parásito o de mimo. ¡Cuántas cosas indignas padecerá antes que marcharse! Piensa en Trebio comiendo en casa de Varrón [204]. Porque también sus planes y su mentalidad son siempre los mismos:

> que el máximo bien es comer de mogollón,

y que se deben tolerar con ánimo paciente

> las cosas que ni Sarmento ni el vil Galva llevarían
> a las inicuas mesas del César [205].

Son innumerables los caminos por los que abiertamente o en secreto se da uno prisa para el lucro, y a aquel a quien no mueve el amor del dinero, le vence a veces el deseo de apariencias. La mayoría antepone a la riqueza el poseer caballos, trajes, aves de presa, perros de caza, numerosos rebaños de ganado mayor o menor y el variado ajuar del mundo (ya que excede a las fuerzas humanas enumerarlo todo), y consume las energías de todo su ser en adquirir o tener cosas semejantes.

Porque el furor de toda avaricia se centra en estos dos puntos: en desear inmoderadamente las cosas ajenas y en retener tenazmente las propias. Cierto que se desea con mayor frenesí lo que no se tiene, y se busca por encima de las exigencias de lo necesario y de lo útil. También se retienen con más avidez las cosas que no se suelen usar. ¿Quién duda que son inútiles aquellas que escapan de sus proveedores sin previo uso?

---

203 Sidonio Apolinar, *Epístolas* III 13 § 3.
204 Juvenal, o. c. V 19-39.
205 Cf. ib. 1-4.

Consta que la avaricia no sólo debe ser rehuida, sino detestada por el hecho de que aleja y aparta mucho a sus secuaces de las cosas celestiales, de la unión con Dios y del disfrute de la celeste bienaventuranza. Pues todas las cosas, en la medida en que están más cerca del cielo, ambicionan menos y menos atesoran. Los pájaros del cielo no siembran ni cosechan, ni tejen, ni apilan en graneros, ni construyen en despensas, sino que excluyen toda preocupación por el día de mañana [206]. Por el contrario, los ratones y los reptiles acumulan para el futuro y se muestran como seres para quienes el alimento es la tierra; por ello viven parcamente, temiendo no les vaya a faltar la tierra en un momento dado, siendo así que se han de convertir en ella sin poderlo dudar.

Sienta cada cual lo que quiera. Yo creo que el avaro no puede ver cumplidos sus deseos, a no ser que hasta el mismo Epicuro esté de acuerdo en que el famélico, sediento y macilento goza de la alegría del placer. Ambos están hambrientos, pero el avaro hambrea más ávidamente, porque siempre necesita y nunca puede saciarse. La insaciabilidad de la mente es mayor que la del cuerpo, y no puede llenarse si no la desborda el mismo Dios. Pues así como la naturaleza espiritual, por su propia virtud, incluye las cosas corporales sin que se deforme por ninguna cantidad; ni una cosa, al ocupar el sitio de otra, es impedimento para que aquélla sea conocida, y mientras más cosas se conciben, más sitio hay; está más claro que la luz que lo corporal no puede llenar el alma por ser ésta espíritu [207]. Todo el mundo resulta, pues, estrecho para la magnitud del alma. De esto se sigue que el alma no puede descansar en el mundo entero, a no ser que Epicuro opine que puede descansar muellemente quien está encerrado en una cárcel estrecha y sentado sobre unas espinas que le han puesto debajo [208].

Cap. 17: *De la ambición y que el deseo acompaña a la estulticia; y cuál es el origen de la tiranía; y de los diversos caminos de los ambiciosos.*

Algunos se esfuerzan por evitar, si no la mancha, al menos la odiosa nota de avaricia, porque parecen abstenerse de las cosas

[206] Cf. Mt 6, 26-34.
[207] Cf. Agustín, *De Genesi ad Litteram* XII 23; *Contra Epistolam Manichaei*, c. 17; *De Anima et eius Origine* IV 17 § 25 (Migne, PL 34, 473 ss.; 42, 185 ss.; 44, 539).
[208] Cf. Agustín, *De Quantitate Animae* (Migne, PL 32, 1227).

ajenas y están preparados a usar libremente de las suyas si el asunto lo pide. Con todo, a éstos les surge de la fuente de los males la vena de algún vicio que aparta sus caminos de la dirección de la felicidad verdadera. Así como en el jardín de las delicias nacen de una sola fuente los ríos que fecundan el campo de suavísimo olor que bendijo el Señor, así también en el lugar del horror y de la gran soledad, a saber, en la tierra del olvido habitada por quienes en el mundo —como el estúpido cautivado por la vanidad de los juegos en el teatro— olvidan lo que son; manan como de una sola fuente las cabeceras de todos los vicios. Este es el pozo de la ambición. La autoridad de los Santos Padres define que se llama ambición el amor de aquellas cosas que alguien puede perder contra su voluntad [209].

A ella se le agrega, como compañera, la estulticia, que persuade a amar y buscar lo que no puede retenerse. La estulticia es la culpable ignorancia de aquellas cosas que deben conocerse [210]. Así la describe el libro del gran Agustín *Sobre el libre albedrío*. Porque si no se sabe lo que en realidad no se puede saber, ello no recae en modo alguno bajo el nombre de estulticia; pero cuando alguien es prisionero de su propia ignorancia, entonces pasa a ser estulto, y si entre los bienes prefiere los que son claramente menores a los mayores, juzga estultamente; si por entregarse a los vicios escoge lo peor, es condenado con la maldición de estulticia. En consecuencia, si el error estuviese inflamado de deseo, se abre un múltiple camino de precipicio, ya que proviene del error el que el hombre ignore lo que tiene que seguir y le inflame la llama del deseo cuando marcha perdido por el mal camino.

Todavía prevalecen las palabras de los inicuos [211], cuando el hombre, ignorante del conocimiento que le es propio y rehusando el yugo de la debida sujeción, se aficiona a cierta libertad ficticia, para poder vivir sin miedo y hacer impunemente lo que quiera, y de alguna manera ser como Dios. Y no por querer imitar la bondad divina, sino porque quiere inclinar a Dios hacia su propia malicia, para que le conceda impunidad en sus maldades.

Así, pues, de la raíz de la soberbia trepa poco a poco la ambición, a saber, el deseo de poder y de honores, para desde ahí tener fuerzas para no ser aplastada, y desde ahí conseguir estimación y no ser desdeñada. No existe nadie que no goce de libertad

---

209 Cf. Agustín, *De Libero Arbitrio* I 5 § 10 (Migne, PL 32, 1227).
210 Cf. ib. III 24 § 71 (ib. 1306).
211 Sal 64, 4.

y no desee tener las fuerzas que la protegen. No existe nada que, si es posible, no se dé a cambio por ella. La esclavitud es una cierta imagen de la muerte, y la libertad es la seguridad de la vida. Por eso se gastan riquezas para conseguir el poder, y, en la medida en que alguien desea más poder, tanto más fácilmente las gasta.

Ahora bien, cuando ese alguien consigue el poder, se erige en tirano, y, despreciada la equidad, no teme oprimir, bajo la mirada de Dios, a quienes son consortes de su naturaleza y condición. Aunque todos puedan ocupar principados y reinos, nadie o casi nadie está totalmente inmune de tiranía.

Se dice que es tirano quien oprime al pueblo con una dominación violenta. Sin embargo, todo el mundo puede ejercer su tiranía, no sólo con el pueblo, sino en cualquier pequeñez. Porque todo el mundo, aunque no sea al pueblo, domina en cuanto puede. No estamos hablando de aquellos que son almas enteramente limpias y, gozándose en estar continuamente sujetos, huyen de gobernar a cualquier otro en la vida. Más bien se ha de examinar la vida de los políticos.

¿Quién me señalará a alguno de entre ellos que no quiera preceder en poder a uno solo? ¿Quién es el que no quiere detentar un derecho sobre alguien? ¿Quién es el que trata al súbdito como quisiera ser tratado él si viviese en servicio? Cuando la ambición aumenta, pisoteada la equidad, avanza la injusticia, y, procurando el nacimiento de la tiranía, pone en práctica todo aquello con lo que ésta crece. Así, pues, el que no prevalece por sus propias fuerzas, se apoya en las ajenas. Pueden verse muchísimos cazadores de poder y enamorados de honores pegarse a los poderosos, entrometerse en los oficios de la cosa pública, tanteando el camino por el que, de lado o por detrás, puedan llegar a lo alto, o de qué modo pueden preceder a los demás o al menos parecer que pueden en virtud de sus relaciones. Dilapidan sus patrimonios, acometen y realizan inmensos trabajos y no se avergüenzan de instar con regalos o solicitar con adulaciones a quienes buscan tener propicios. Consecuentemente, ningún cargo es gratuito; ni duque, ni juez, ni centurión, ni decano, ni siquiera el heraldo o el tabernero se harán sin un precio. Estas cosas son tolerables en oficios profanos, con tal que la ambición no corrompa las que son públicas, puesto que todas las públicas deben consagrarse a la piedad y la fidelidad. Por lo demás, éstas son más deseables y nunca o casi nunca recaen en alguien de forma gratuita. De ellas, sin embargo, podrá bastar lo dicho más arriba, tomado de *La educación de Trajano.*

No me atrevo, sin gemidos y lágrimas, a deplorar las calamidades de la Iglesia, ni a que el tálamo de la sabiduría esté expuesto a los fornicarios, y el retiro del santuario interior transformado en prostíbulo. Porque la casa de oración se ha hecho casa de negocios [212], no obstante la prohibición del Señor, y el templo fundado en la piedra del socorro de Dios [213] se ha trocado en cueva de ladrones. Realmente la Iglesia ha sido entregada a su pillaje, y unos la ocupan claramente, y otros, ocultamente. Tal vez sea entregada a quien la ocupa, porque no puede figurar entre los bienes de nadie. Porque apenas se encuentra, salvo muy rara excepción, quien se ciña la espada sobre el muslo [214] para reprimir la soberbia de la ambición. Esta, por su parte, levanta múltiples máquinas de guerra para apoderarse de ella sin que nadie la defienda. Pues uno, confiado en su nobleza o en las fuerzas de los poderosos, irrumpe violentamente en el santuario y no teme, si por ventura llama a la puerta, derribar la pared o la entrada. Incitará incluso a la sedición contra Moisés, meterá en el templo un fuego profano y contaminará los vasos del santuario [215].

Otro, confiado en la multitud de sus riquezas, entra siguiendo los pasos de Simón Mago, sin encontrar allí quien le mande arrojar a la perdición junto con su dinero. Hay quien teme acercarse a Pedro con sus ofrendas y, sin embargo, desciende ocultamente por la claraboya del oro, como galán incestuoso, al seno de la Iglesia, tal como Júpiter se deslizó por las tejas hasta el regazo de Dánae [216].

Hay quien ofrece su servicio, como si no conociera la corrupción y los mismos servicios no pudieran convertirse en soborno; cuando, ciertamente, no hay mayor soborno que el que un hombre se haga esclavo de otro. A alguno le antecede la liberalidad de quien le nombra mediando un cierto contrato, pero después compensará ampliamente a su Giezi por la gracia concedida [217].

Otro actúa de manera que no tenga que llamar él mismo, sino que sea empujado a entrar contra su voluntad, como un fraudulento que intentara empañar la mirada de Dios para reírse de El impunemente. Hay quien disimuló durante mucho tiempo, pues manifestó su ambición con muchos indicios y confesó que quería transformase en persona rica, poderosa e insigne, pero por otro

---

212 Cf. Mt 21, 13; Jn 2, 16; Graciano, *Decreto* II 16 q. 7 init.
213 Cf. 1 Sm 7, 12; Hch 4, 11.
214 Sal 44, 4.
215 Lv 10, 1 ss.
216 Cf. Terencio, o. c. III 5 § 41.
217 Cf. 2 Re 5, 20 ss.

camino, en otro estado, con menor peligro y con mayor libertad. Quiso ser noble entre los laicos y, por supuesto, grande dentro del bajo clero. Con esta intención buscó la gracia de los príncipes, se ganó su familiaridad y aceptó de ellos cualquier función. Tal vez es archivero o admitió el cargo de signatario, o consiguió la custodia del tesoro o las llaves del erario público o diversas garantías de la administración o, si no pudo otra cosa, la vigilancia de las canastillas de limosnas.

Y esto no porque le preocupen los pordioseros o tenga cuidado de los pobres, sino porque es un ladrón y tiene las bolsas que la avaricia abre de cuando en cuando para reponer sus fondos sacrílegamente bajo imagen de piedad y atesorar para sí riquezas propias con la mendicidad y la muerte de los pordioseros. Porque si se moviese con verdadero afecto de compasión, entregaría más fiel y más útilmente las cosas propias a los pobres, que no acercándose como mercader corrompido a lo que se entrega para los demás. Porque ya se compra todo abiertamente, si no lo impide la vergüenza del vendedor.

De tal manera amenaza a los altares sagrados el profano ardor de la avaricia, que todas estas cosas se compran previamente, como si fueran anejas, y como de suyo no se hallan en el comercio, se piensa que se adquieren lícita y justamente cuando se compran anticipadamente o junto con otras cosas. ¿Pues qué? ¿Por ventura no llegan al mercado con permiso del pretor las cosas que, según el antiguo derecho, están en propiedad de los seglares de tal modo que pasen a los herederos, y se enajenan por ellos a título de donación o permuta? ¿Qué prohíbe disponer del derecho de presentación o patronato de la Iglesia? Porque lo que el bienaventurado Ambrosio dice: que en tales asuntos se comete herejía simoníaca, ellos lo interpretan como si fuera un decreto provincial, sólo vigente en Italia o entre los lombardos. Por su parte, la Constitución apostólica que prohíbe sean admitidos en las iglesias quienes, al pretenderlas, buscan el derecho de presentación para introducirse subrepticiamente con mayor facilidad, si esa presentación ha sido conseguida por fraude; ellos dicen que no es una cautela perpetua, sino que se ha de interpretar según las condiciones de lugar y tiempo, porque, como dice el bienaventurado Cirilo en la carta al Concilio de Efeso, el modo de la dispensación nunca desagradó a ningún varón sabio [218]. Si preguntas por el modo de dispensación,

[218] Esta cita de S. Cirilo se pone irónicamente como argumento de los que critica, pues ni se ha encontrado tal cita, ni la palabra latina «dispensatio» se refiere, en lo que respecta a lo tratado en el Concilio, más que a la En-

es probable que el rigor de los cánones se suavice respecto de los nobles, los poderosos o los cortesanos. Sobre las costumbres se hará mención en último lugar; para semejantes personas nunca se constituyó la ley de los cánones. Realmente son hijos de la justicia y están guiados por tal espíritu, que no consideran necesario estar sometidos a la ley.

Por tanto, que la ley establezca lo que le parezca bien al legislador, porque estos que gozan del beneficio de un privilegio de príncipes piensan que les compete cualquier cosa que ambicionan. Obligan, pues, a los obispos a entregarles los primeros beneficios y no se avergüenzan de pactar acerca de la sucesión futura. Queda, pues, que el pacto se cumpla con un triste acontecimiento y que cada uno se anime y se arme para acabar con aquel cuya sucesión ambicionan. Si se resiste a ceder, atacan, molestan y presionan de muchas formas al posesor, ya que la posesión da origen a un adversario para la acción jurídica *in rem* [219].

Pero si algún prelado, acordándose de su condición, no les obedece según su deseo, tiene que oír amargas historias, ya que tienen por totalmente indigno y ofensivo el que su petición torpe y deshonesta experimente repulsa en algún sitio.

Entre tanto, se dejan llevar del vuelo de sus alas [220], ponen el nido en cada provincia; ni ellos mismos saben apenas cuántos nidos tienen. Se les preparan hospederías estables para viajar por cualquier parte del mundo y sus desaliñados compañeros apenas tienen un albergue, pues hacer esto ya es de probada liberalidad. Más aún, se considera ser de prudencia insigne quien conquista de cualquier modo tantos altares que, como en el rito de Memfis [221], pueda inmolar ofrendas diarias en altares nuevos. Sin embargo, no quieren cargar con el peso del sacerdocio o servir al altar quienes del altar viven [222] —por no decir que derrochan (como les acusa el pueblo)—, sino que introducen a ciertos representantes [223], y con tal sistema atribuyen a unos las cargas y a otros los emolumentos.

Y aunque el Apóstol dice «quien no trabaje, que no coma» [224], el que menos merece más percibe, y viviendo ocioso o en los vicios,

---

carnación del Hijo de Dios, sobre cuyo modo o manera se trató en dicho Concilio.

[219] Cf. Digesto XLIV 7, 25. La acción «in rem» va contra quien posee una cosa que considera suya el que entabla la acción.

[220] Cf. Virgilio, *Eneida* I 301.

[221] ¿Nm 23, 1.14.29 por Moabítico?

[222] Cf. 1 Cor 9, 13-14.

[223] Es decir, los beneficios eclesiásticos.

[224] 2 Tes 3, 10.

se aprovecha del trabajo ajeno. ¿Quién podrá afirmar que se comete simonía al comprar tal licencia, cuando no se trata de una cosa sagrada, sino profana? Como dice el vulgo, hasta llegar ahí pasan por un puente de plata desde la infamia, que sigue a quien pasa aunque sea por un puente de oro.

CAP. 18: *Que los ambiciosos disimulan querer lo que más desean, y con qué excusas ocultan sus propósitos.*

Pero he aquí que la Iglesia se ve forzada o asediada a promover a alguno de éstos, como diciendo a un enemigo doméstico: «Amigo, sube más arriba» [225]. Entonces, como estupefactos, se asombran, rechazan el título de esa dignidad, rehúsan el cargo y, para ser empujados más vehementemente, como el ariete que, según se dice, ataca con más fuerza desde más lejos, retroceden con suspiros, gemidos y sollozos, que entrecortan sus lágrimas simuladas. Pues es cosa sabida que tal prelatura acerca y anima a los que no la desean, y rechaza a quienes están señalados por la ambición.

Se esfuerzan, pues, en mostrar con razones y autoridades por qué no conviene que ejerzan el episcopado. Dicen: «No soy médico y en mi casa no hay pan» [226]; no poseo tesoros de donde, en caso de necesidad, pueda sacar para los indigentes cosas nuevas y viejas. Puedo en verdad usar de la excusa profética de que no sé hablar y soy un niño [227], aunque no en edad, sí realmente en ciencia y ligereza de costumbres. He vestido siempre ropas manchadas [228], y nunca me esforcé en blanquearlas con la sangre del Cordero [229]. ¿Cómo, estando manchado, trataré las cosas santas y limpiaré las manchadas, cual corresponde al sacerdote? Porque constantemente he despreciado la ley y no he dejado de profanar las cosas santas de Dios, como increpa Ezequiel [230]. Consecuentemente, mi promoción es un desprecio del pueblo. Porque los malos sacerdotes son la ruina del pueblo, se transforman en trampa para él y, puestos para su vigilancia, son como una red tendida para hacer caer a las

---

225 Lc 14, 10.
226 Is 3, 7.
227 Cf. Jr 1, 6.
228 Cf. Zac 3, 3.
229 Cf. Ap 7, 14.
230 Cf. Ez 22, 26.

almas. Me aterroriza Ageo con la parábola mística del sacerdocio, anunciando el peligro y afirmando claramente que el pueblo contrae más fácilmente los vicios que las virtudes, de las costumbres de sus sacerdotes. «Consulta —dice— a los sacerdotes la ley y diles: "Si la carne o el vaso consagrados tocasen el vestido de alguien, ¿los santificará por el hecho de haberlos tocado?", y al afirmar los sacerdotes que no los santifica, les dice de nuevo: "Si la inmundicia toca el vestido del limpio, ¿le manchará?" Y respondieron que sí» [231]. Pues bien, más tolerante me resulta consumirme yo solo en mis propios vicios, que el que la peste de los vicios contagie a muchos. Además, aunque yo fuese una persona plenamente laudable y no estuviese enredado en los lazos de la Corte, Miqueas me apartaría de la entrada con toda dureza, y no permitiría que Sión se edificara con sangre y Jerusalén sobre la iniquidad de sus príncipes [232]. Esta es una elección nula u obligada o simulada.

Y continúa fingiendo este papel, alargando la disputa. Finalmente, afirma que no puede ser promovido sin sospecha de maldad simoníaca, siendo así que puede parecer que ha comprado la autoridad del sello o del tesoro o del archivo para obtener este título, aunque según la propia conciencia haya accedido con otra intención al servicio del príncipe, como lo atestigua el momento actual en que ha rechazado el honor ofrecido; lo que pretendió fue conseguir un honor sin excesiva carga.

Arguye también con las sanciones apostólicas y repasa lo que antiguamente se instituyó, a saber, que sean apartados de las sagradas órdenes y de toda esperanza de promoción quienes compran los cargos de cualquier corte secular o prestan a los príncipes servicios bajos o serviles [233], o cuya elección no se celebra canónicamente en la Iglesia por el clero y sin previo nombramiento de cualquier potestad secular. A todos éstos, si fuesen elegidos de otra manera, la Iglesia universal les prohíbe ser consagrados bajo amenaza de excomunión.

Uno de nuestros príncipes, de cuyo nombre no me acuerdo, es recordado por haber realizado en asunto semejante un hecho egregio. No importa mucho si fue Enrique o Roberto [234]. Al ser llamado cierto monje ambicioso a una abadía que había comprado previamente, y fingir él modestia para que se le rogase con mayor

---

231 Cf. Ag 2, 12-14.
232 Cf. Miq 3, 10.
233 Justiniano, *Código* X 31-34.
234 Parece referirse a Roberto, duque de Normandía y Enrique I, rey de los ingleses, hijos de Guillermo el Conquistador.

vehemencia; como recusase el cargo, rehusase y se confesara abiertamente indigno de tan gran empeño, el príncipe le dijo: «Cierto que eres indigno, porque la has comprado ocultamente dándome mucho dinero (e indicó la suma). Pero como yo no soy responsable de que el pacto no se cumpla, es justo que yo quede libre. Tú vete a tu casa y que se ponga al frente de la iglesia vacante a quien sea digno.»

Con todo, ahora sucede algo muy distinto con el ambicioso que se excusa, ya que moviliza estos y otros muchos recursos, para aparentar que no quiere lo que desea y, finalmente, recibir gratis lo que ha comprado previamente. De ahí que, considerado como varón de singular modestia, es compelido y conducido a la cátedra episcopal, oprimido por la multitud, con la aclamación de las turbas y entre los cantos de los coros. Ni sirve de aviso que haya pretendido el cargo quien carece de nobleza de carne y sangre, ya que no se busca sucesor al emperador, sino al pescador, no a Augusto, sino al Hijo del carpintero. La hábil excusa pone de manifiesto su ciencia, y su religiosidad queda demostrada por el hecho de que, habiendo sido invitado a subir, rehusó hacerlo durante largo tiempo. Así pasa por no haber querido lo que en realidad aplazó. Por su parte, la multitud idiota le dispensa de las dificultades canónicas que adujo en su contra, habida cuenta del lugar, el tiempo, la persona y los que pretenden el honor por parecidos caminos. Si no pueden apoyarse en méritos pretéritos o presentes, vaticinan las ventajas futuras.

Del mismo modo, el astuto chalán, azuzando fuertemente a un caballo o prometiendo que un pollino de calidad desconocida servirá para pasear, lo introduce con hábiles encomios, mientras avanza débilmente, en el establo del incauto mercader.

Cap. 19: *De quienes irrumpen más desvergonzadamente sin disimular su ambición, a los que ni la razón ni la autoridad pueden reprimir.*

Hay otros muchos, por el contrario, que no disimulan en absoluto su propósito, sino que enarbolando, como suele decirse, los estandartes de su ambición, se ríen de los antedichos como de soldados que no se atreven a profesar los títulos de su milicia. Estos, aunque sean hombres impuros y no quieran mejorar su vida per-

sonal ni sepan encaminar la ajena, irrumpen a porfía con sus pies inmundos, como se dice, en el sanctasanctórum, para tocar con manos no sólo no limpias, sino manchadas, los panes de la proposición del Señor [235] y las carnes del Cordero inmaculado, asadas por el fuego en la cruz de su Pasión [236]. Estos son quienes, aunque indignos de pisar la entrada y los umbrales mismos del templo, se orientan constantemente al sacerdocio, se apresuran hacia el santuario y, apartando a los demás, se arrojan de tal modo sobre los sagrados altares, que el orden sacerdotal ya no parece instituido para ofrecer un modelo o ejemplo al pueblo, sino para ser ocasión de vivir en abundancia y con seguridad. El ministerio ya no se considera sometido al severo juicio de Dios, sino como una segura administración que nunca se ha de examinar. Creo que para todos ésos ha resonado aquel verso, por voz del heraldo:

Ocupe el orín el extremo [237].

De ahí que, como en la carrera del estadio, todos luchan angustiados por su cuenta, no vaya a ser que otro reciba el episcopado. Por los deseos, aunque no de hecho, son más numerosos los rectores que aquellos a quienes rigen. Porque son muy pocos quienes quieren ser regidos, ya que todos buscan emanciparse con todas sus fuerzas del yugo del propio rector. La mayoría, pues, se asegura, bien por privilegio apostólico o por precepto real, para no obedecer a sus jueces, no hacer justicia o no someterse a la ley de Dios.

No reprendo la clemencia de la Sede Apostólica, pero opino que esta indulgencia suya no conviene a la Iglesia de Dios. Porque no leemos nada semejante en la gloriosa familia de Cristo, aunque en ella se produjese la discusión sobre quién de entre ellos sería tenido por mayor [238]. No recordamos que los Apóstoles hiciesen tal emancipación, aunque hayamos sabido que Pablo y Bernabé se separaron entre sí [239]. Tenemos fe de que no existe ningún contencioso en aquella ciudad sublime que es nuestra madre de allá arriba, pero tampoco debía haberlo aquí abajo a no ser que lo exija una razón urgentísima [240].

---

[235] Cf. Heb 9, 2-3; Ex 25, 30; Mc 7, 2. Propiamente la mesa de los panes de la proposición no estaba allí, sino en el «sancta».
[236] Cf. Ex 12, 8.
[237] Horacio, *Arte poética,* 417.
[238] Cf. Lc 22, 24.
[239] Cf. Hch 15, 39.
[240] Cf. Gál 4, 26.

Con permiso de la mayoría y de aquellos que fomentan su iniquidad, voy a decir lo que siento de estos tales, para no quitar nada a la verdad o a la probabilidad. Pues bien, afirmo que creo sin género de dudas que quienes buscan con irrefrenada soberbia semejantes emancipaciones sacudirían su cerviz, si pudieran, del yugo de Cristo y de su Padre. Digo más: lo sacuden ya, en cuanto está de su parte, y contradicen falazmente la ordenación divina.

En ninguna parte se cumple aquello del Apóstol: «No todos son profetas, no todos son doctores» [241], porque todos son profetas y doctores, de tal manera que, según el antiguo proverbio, pueda decirse con acierto: «También Saúl está entre los profetas» [242]. Y es que en realidad, como dice Gregorio Nacianceno, ninguna historia cuenta que haya habido nunca en la Iglesia tan gran número de ministros, ni tan mezquinamente congregados. De ahí nace para la religión y la doctrina cristianas un grave oprobio: que los grados del sacerdocio o los ministerios se conceden más por ambición o favor que por la ponderación de los méritos. Porque todos corren, pero cuando se llega a la meta, sólo uno recibe el premio [243], a saber: aquel que en la carrera de la ambición resultó más veloz y corrió más deprisa que Pedro [244] o que cualquier discípulo de Cristo. Subió, pues, al instante y se adelantó a la prontitud de cualquier requerimiento hecho rápidamente.

Estos son los que visitan a los poderosos con frecuentes regalos, solicitan a sus familiares y asistentes, se encomiendan a los principales de la iglesias, aplauden a todos, e incluso, cuando divisan una sede, ruegan que se acuerden de ellos no sólo a los mayordomos, sino a los peluqueros de las grandes casas [245]. Estos son amigos de todos y no desean la promoción propia en favor de los amigos, sino que la de los amigos sea en beneficio propio. Estos son los que escrutan la vida ajena y descuidan la propia; llevan por cuenta los años de las cabezas mitradas; se alegran con sus canas; consultan a los adivinos y astrólogos sobre los hados de los personajes; pesan los humores y ponen como en una balanza los elementos de los que tienen todavía vitalidad; y a quienes ven que viven mucho tiempo, les dicen que exceden la edad de Néstor [246] y que dan la medida vital del ciervo o la corneja [247].

---

241 Cf. 1 Cor 12, 29.
242 Cf. 1 Sm 10, 12.
243 Cf. 1 Cor 9, 24.
244 Cf. Jn 20, 4.
245 Cf. Horacio, *Sátiras* I 2, 98.
246 Cf. Marcial, *Epigramas* II 64. 3 VI 70. 12.
247 Cf. Cicerón, *Tusculanae Disputationes* III 28 § 69.

Atacan a los que son débiles por edad o enfermedad; llenan de fango con crímenes simulados incluso a los inocentes, y como si fuesen cazadores de herencias, acechan las sedes episcopales de los inseguros y, mediante un comercio inmoral, obtienen frecuentemente la cesión ilegal de sedes ya ocupadas. Estos son los que asumen deshonrosas obligaciones para ser ayudados y promovidos, y cuando, finalmente, se llega al punto de que se trata, olvidando la fe dada contra la verdadera fe, se cierran el paso y se rechazan a sí mismos por motivos de envidia y ambición.

Así, pues, en la mayoría de los casos, mientras arrecia la disputa de los competidores, la sabiduría de Dios, por el oculto y recto camino de su designio, introduce a un desconocido de quien no existía previo informe y en quien no se pensaba. Aquéllos, por el contrario, no omiten nada en el empleo de las cosas pasajeras, a no ser que olviden lo pasajero por el hecho de que exceden toda medida en su ambición; si es que por ventura puede existir algún exceso en el modo, donde no existe ningún modo. Si no bastan las obsequiosidades, si las intercesiones no sirven, hacen tambalearse e incluso caer a los que ostentan el poder; la ambición saca a relucir sus fuerzas; muestran las riquezas de la posición propia o ajena; hablan claramente y suben al monte de su soberbia y dicen: «Todo esto te daré si, cayendo del fundamento de la fe, me promueves.» Porque esto es caer, siendo cierto por la autoridad de los Santos Padres que por la herejía simoníaca [248] abandona la integridad de la fe quien de las cosas espirituales, es decir, en las sagradas y eclesiásticas, hace mercadería de avaricia [249]. Y no importa cuándo interviene el dinero en el contrato, si antes o después, ya que la condenación de una maldad simoníaca recae en todo tiempo sobre los que negocian en tales asuntos. Estando, pues, siempre prohibido dar o recibir algo por eso, nunca será lícito dar o recibir, ya que está absolutamente prohibido [250]. Como afirma el patriarca Tarasio, «dar» significa dar en cualquier tiempo, y «recibir», recibir en cualquier ocasión [251].

En Apulia y en mi época sucedió algo llamativo a este propósito. Durante el reinado de Roger el Siciliano aconteció que quedó vacante la iglesia de Avellana, en la Campania. Presidía la Apulia y la Calabria el canciller de dicho rey, Rodberto, varón esforzado

---

248 Cf. Graciano, *Decreto* II 1 q. 1, cc. 11-13.
249 Cf. ib., c. 24.
250 Cf. ib., c. 114.
251 Cf. la carta de Tarasio, patriarca de Constantinopla, al papa Adriano I en Graciano, ib., c. 21.

en el gobierno y, aunque sin mucha formación, de gran inteligencia. Era ante todo el que tenía más facilidad de palabra de entre los habitantes de aquellas provincias; sin rival en la elocuencia, temido de todos por la influencia de su potestad, respetado por la calidad de su conducta, y especialmente admirable en aquellas tierras por el hecho de que entre los longobardos —que consta que son muy parcos, por no decir avaros— hacía gastos inmensos y mostraba la magnificencia de su estirpe, pues era inglés.

Pues bien, se llegaron a él tres hombres: un cierto abad, un archidiácono y un cierto seglar, gobernador del rey, que llevaba la causa de su hermano clérigo. Los tres ofrecían en secreto una gran suma de dinero por la sede episcopal ya mencionada. ¿Para qué alargarme? Dejando fuera a sus ayudantes, estipuló el precio con cada uno de ellos. Se realizó la compraventa con todo cuidado, se tomaron todas las cautelas para asegurar el pago con la entrega de las fianzas y garantías, y se fijó el día para celebrar solemnemente la elección. Habiéndose reunido en esa fecha los arzobispos, obispos y muchas personas venerables, el canciller antedicho expuso las pretensiones de los competidores y lo que había tratado con cada uno de ellos, diciendo que habría de proceder adelante según la opinión de los obispos. Como consecuencia de ello, condenados los competidores simoníacos, fue canónicamente elegido, aprobado e instalado en la sede un pobre monje, ignorante de todo el asunto. Los otros, sin embargo, fueron obligados a pagar hasta el último céntimo de aquello a que se habían comprometido.

Ojalá se haga así con esos pretendientes nuestros que olfatean todas las sedes con más atención y perspicacia que el fino olfato o la sagacidad de los perros coge la pista de las liebres o de los cubiles de las fieras [252]. Si se me hiciese caso, se excluirían también así los que con su ambición disimulada son transigentes para irrumpir con más fuerza en la sede de la que, como ellos mismos confiesan, habían sido rechazados; pues es justo que sean creídos cuando hablan de sí contra sí mismos, ya que nadie sabe mejor lo que en ellos se esconde.

Si recibes a alguno de ellos, en vano podrás oponerle algún reparo, pues las protestas acabarán prevaleciendo y la acción mercenaria quedará borrada incluso con citas de ejemplos y opiniones de los Santos Padres.

¿Es plebeyo? Tampoco Pedro fue patricio ni se gloría en ningún sitio de nobleza de sangre. ¿Es pequeño? Tiene como prece-

[252] Cf. Virgilio, o. c. IV 132.

dentes a Jeremías[253] y al Precursor del Señor[254]. ¿Es un niño? Pues te muestra a los viejos condenados por el niño Daniel[255]. ¿Carece de instrucción? Tampoco leemos que los Apóstoles hubiesen ido a la escuela ¿Está casado? Pues bien, el Apóstol manda elegir al varón de una sola mujer[256]. ¿Dejó a su mujer, causando injuria a su matrimonio? También de Juan se dice que fue llamado de la boda al Evangelio[257]. ¿Es grosero o más bien mudo? Pues se lee que Aarón administró el sacerdocio, al ser Moisés de lengua tartajosa[258]. ¿Ha tratado con rameras? También Oseas, por encargo del Señor, se entregó a los abrazos de una prostituta[259]. ¿Es insensato? Pero Dios decretó salvar a los creyentes por la insensatez del mundo[260]. ¿Es espadachín? También Pedro, sacando la espada, amputó la oreja al siervo del príncipe de los sacerdotes[261]. ¿Es miedoso? Pues Jonás temió acercarse a los ninivitas[262], y Tomás, a los indios. ¿Está obligado por funciones públicas? También Mateo fue sacado del telonio[263]. ¿Es borrachín y dado a la gula? También el Señor fue llamado bebedor de vino y comedor de carne[264]. ¿No obedece a los mayores? Pablo hizo frente a Pedro[265]. ¿Es discutidor? También se recuerda que entre los discípulos de Jesús surgió la discusión[266]. ¿Y es locuaz y charlatán? Sea tenido por elocuente, ya que el Apóstol fue tenido por charlatán[267]. ¿Estuvo en el ejército? También se lee que Martín militó para Juliano[268]. ¿Ha derramado sangre? Pues Moisés mató al egipcio y lo escondió en la arena[269]. ¿Es público homicida? También Daniel mató al riquísimo rey Agag en presencia del pueblo[270]. ¿Es pérfido y perjuro? Pedro añadió a la perfidia el juramento falso[271].

---

253 Cf. Jr 1, 5 ss.
254 Cf. Lc 1, 15.
255 Cf. Dn 12, 45 ss.
256 Cf. 1 Tim 3, 2; Tit 1, 6.
257 Cf. Haymón Halberstatensis, *Homiliae de tempore XVIII Dominica II post Epiphaniam* (Migne, PL 118, 136).
258 Cf. Ex 4, 10 ss.
259 Cf. Os 1, 2.
260 Cf. 1 Cor 1, 21.
261 Cf. Jn 28, 10.
262 Cf. Jon 1, 3.
263 Cf. Mt 9, 9.
264 Cf. ib. 11, 19.
265 Cf. Gál 2, 11.
266 Cf. Lc 22, 24.
267 Cf. Hch 17, 18.
268 Sulpicio Severo, *De Vita D. Martini,* c. 2 (Migne, PL 20, 161).
269 Cf. Ex 2, 12.
270 Cf. 1 Sm 15, 32-33.
271 Cf. Mt 26, 74.

¿Es mudo? Esto no excluyó a Zacarías del sacerdocio [272]. ¿Es ciego? Tampoco podía ver Pablo cuando Ananías le consagró al Señor [273]. ¿Fue depuesto por sus culpas? Muchos de éstos fueron rehabilitados y después resultaron de gran provecho para la Iglesia de Dios. ¿Es sordo? Esto no le impide proclamar la ley de Dios, ya que se busca un heraldo y no un oyente. ¿Es leproso? La Iglesia recuerda que, al no tener hermosura ni honra, el Pastor de los pastores pareció deber ser rechazado como leproso e indigno de la mirada humana [274]. ¿Es persona despreciable? La Iglesia no escuchó al abogado contra Martín en semejante acusación de repulsa [275]. ¿Yerra en la fe? También se dice lo mismo de Cipriano [276]. ¿Está enfermo? Pues Gregorio gobernó muy bien la Iglesia romana durante una gravísima enfermedad [277]. ¿Es soberbio y vano? Así fue Brisio de Tours [278]. ¿Es débil en su cuerpo y en sus miembros? Esto mismo se lee que le aconteció a Pafnucio, el egregio confesor [279]. ¿Sufrió condena por ambición? También fue reprobada la petición de los hijos del Zebedeo, que deseaban el primado [280]. ¿Enseñó a veces herejías? El mismo Agustín afirma que fue maniqueo [281]. ¿Adoró a los ídolos? También Marcelino mártir, insigne en el papado, fue obligado a echar incienso a los ídolos [282]. ¿Tal vez no es cristiano todavía? Pues, según se dice, la elección de Ambrosio se celebró siendo él catecúmeno [283]. ¿Persiguió a la Iglesia de Dios? También Pablo fue hecho de perseguidor, predicador [284]. ¿Falta la elección? Pues también los Apóstoles fueron enviados sin previa petición de los pueblos. ¿No está vacante la sede en que pudiera ser introducido? Pues añádase al que la preside, porque también se relata que Agustín no sucedió, sino fue dado como auxiliar a Valerio de Hipona [285]. ¿Es avaro? Pues podrá reunir las cosas dispersas y no dilapidará inútilmente las reunidas.

Para resumirlo todo en pocas palabras: ¿es inepto para todo? También Sansón luchó contra los filisteos con la quijada de un

---

272 Cf. Lc 1, 22-23.
273 Cf. Hch 9, 8.18.
274 Cf. Is 53, 2.
275 Cf. Sulpicio Severo, *De vita B. Martini* c. 9 (Migne, PL 20, 165 ss.).
276 Cf. Agustín, *De Baptismo contra Donatistas* (Migne, PL 43, 107 ss.).
277 Cf. Pablo Diácono, *Sancti Gregorii Magni Vita,* c. 13 (Migne, PL 75, 48).
278 Juan de Salisbury, *Vita S. Tomae archiepiscopi Cantuariensis,* c. 3.
279 Cf. Casiodoro, *Historia Tripartita* I 10 (Migne, PL 69, 894).
280 Cf. Mc 10, 35 ss.
281 Cf. Agustín, *Confesiones* III 6 ss.
282 Cf. *Acta Sanctorum,* abril III 413 ss.
283 Cf. Paulino, *Vita S. Ambrosii,* c. 7 ss. (Migne, PL 14, 29).
284 Cf. 1 Tim 1, 13; 2, 7.
285 Cf. Agustín, *Epistolae* CCXIII 4 (Migne, PL 33, 967).

asno[286]. Poderoso es también Dios en nuestro tiempo para suscitar de las piedras hijos de Abrahán[287]. Para estas cosas no debe existir duda de que la cátedra episcopal o recibe a santos o los hace. Porque habiendo sido Saúl ungido rey, le invadió el Espíritu del Señor[288], profetizó y fue cambiado en otro hombre. También Caifás, que era sacrílego y había conspirado con los judíos para la muerte del Salvador, siendo pontífice aquel año, profetizó[289], para que conste que había recibido de su cargo la gracia de la profecía que no había merecido.

Por tanto, si la suave sede del episcopado y el dulce madero traen consigo todas las cosas deseables gratuitamente y sin trabajo, ¿no es acaso una preocupación superflua pasar días trabajosos y noches insomnes para acercarse al santuario de la filosofía?

> Es más seguro tenderse en el lecho después de haber poseído
> a una muchacha
> y haber tocado con los dedos una lira de Tracia[290],

o, si esto parece demasiado arduo, ya que el tacto que saca el sonido de la lira tiene su trabajo y exige un arte, es más seguro que quien reposa se alegre con el sonido de la lira y la voz del órgano y abra las puertas a los goces de todos los sentidos.

Entre tanto, se ríen de los estudios de los filósofos; si se escucha algo desconocido, se condena como si fuese profano, o se desprecia si es de poca importancia. En vano esperarás que sea reprobado por la razón o la autoridad. Si te apoyas en la razón o en la autoridad, te argüirán con la costumbre que han establecido y de la que abusan. Y uno de los magnates dice al otro:

> ¿Por esto palidece? ¿Por esto no come?
> ¡Que venda a sus doctores, que no valen cien ases![291];

y quienes beben vino cantan contra los sobrios. Sin embargo, no es sólo la dignidad episcopal la que se procura con tal ambición, ya que tanto los más grandes como los más pequeños tienen la misma pasión de dominar y regir.

---

286 Cf. Jue 15, 15.
287 Cf. Lc 3, 8.
288 Cf. 1 Sm 10, 1-10.
289 Cf. Jn 11, 49 ss.
290 Ovidio, *Heroídas* III 117.
291 Cf. Persio, o. c. III 85, V 191.

Quien no se atreve a aspirar a la cátedra episcopal, acomete con pareja avidez e idénticas maquinaciones las prefecturas, las archidiaconías y otras dignidades. Si transiges un poco con él, se atreverá a cosas mayores y avanzará poco a poco, acordándose de que

. la fortuna ayuda a los audaces [292]

y el temor inclina los ánimos a ser cobardes. Nadie se hace muy inmoral de repente [293]. Si tuvieren un poco de suerte, no hay nada que no esperen poder conseguir. Finalmente, lo que se pide se obtiene; pero, como suele decirse, a costa de la ira de Dios.

> Entonces los desgraciados se quejan de haber pasado los
> días en una atmósfera espesa y en una
> luz cenagosa, y de la vida que les queda [294].

Conciben una nueva y tardía preocupación por el hecho de no poder reparar la pérdida de tiempo. Despojan lo que contienen las estanterías de los monasterios, expolian las escribanías de los literatos, reúnen pergaminos, leen selecciones de los tratados, buscan afanosamente pequeños resúmenes y trabajan de todos los modos posibles para aparentar saber lo que no saben, porque no se han preocupado hasta entonces de saber o de avanzar en la virtud. Sólo aparentan la sombra de la virtud, que siempre prefirieron a la virtud misma. Porque, verdaderamente, nada es más miserable que gloriarse con el fulgor ajeno, y todo el mundo sabe que es un pobre deudor el que no puede realizar el pago de una deuda sino con la ayuda de un nuevo acreedor. En realidad, pretenden redimir su tiempo de tal modo que te parece que el satírico les sale al encuentro golpeándolos con aquel improperio:

> Eres barro húmedo y blando; ahora mismo hay que activarte
> y modelarte en la dura rueda sin fin [295].
> Estás en juego. Loco sin fondo sólido, serás despreciado.
> La jarra golpeada suena mal y no responde, si ha sido
> cocida con barro no preparado [296].

---

[292] Virgilio, o. c. X 284.
[293] Cf. Juvenal, o. c. II 83.
[294] Cf. Persio, o. c. V 60-61.
[295] Ib. III 23-24.
[296] Ib. 20-22.

Esto lo saca la franqueza de la verdad como aguijón para despertar de la pereza, no sólo contra los prelados de la Iglesia, sino contra todos los que se arrogaron el oficio de enseñar antes de haber desempeñado el papel de discípulos. ¿De dónde, pues, sacarán las cosas nuevas y viejas quienes siempre despreciaron por igual lo nuevo y lo viejo?

Ni hay excusa para el error so pretexto de la multitud de concursantes, porque el modelo de vida no se ha de tomar de la semejanza de quienes viven juntos, sino de la palabra de Dios, en cuyo camino andan los bienaventurados, marchando por el recto sendero a la patria de la verdadera felicidad [297]. Una cosa no deja de ser pecado porque muchos la hagan; al revés, es más grave cuanto más se hace. Ni disminuye la culpa del que obra mal el que le acompañen muchos, antes la agravan al obstaculizar con su fuerza el que sea corregido.

Con todo, para que la multitud de los ambiciosos no prevalezca contra la justicia de Dios, toman las armas no sólo las leyes divinas, sino también las humanas. La Ley y los profetas, los Evangelios y todas las reglas de los Santos Padres detestan la audacia de aquéllos. Y, sin embargo, todavía se ensoberbecen contra el Señor. «Avergüénzate, Sidón, dice el mar» [298]; y tú, clérigo, ¿qué sientes cuando un seglar que casi ignora la ley arguye y reprime tu ambición? Enmudece, profeta, cuando la burra de Balaam te avisa para que retrocedas, a ti que te sientas en ella, y te arguye de tus errores. El bruto animal, el hombre inculto ve al ángel que tiende la espada, esto es, al espíritu que se esconde en la letra, ¿y tú te precipitas a la muerte locamente, ciego en medio de tanta luz de las Escrituras?

Avergüénzate, pues, enmudece, detente y apártate de la maldición hacia la que te apresuras con el estímulo de la avaricia [299]. Ya que desprecias a Moisés y a los profetas [300], escucha al menos a la burra, a la que aguijas con las espuelas de tu ambición. Hace falta, pues, un milagro porque Balaam no se corrige, a menos que hable la burra. ¿No te avergüenzas de que la ambición, ignorante de sí misma, te cegó y te hundió de tal modo que prefieras el rebuzno de una burra a los oráculos proféticos y divinos? Tal vez te asustas y te estremeces ante la voz de la borrica, pero no te arrepientes de ninguna manera. Porque esto es tarea de la palabra

---

297 Cf. Sal 127, 1; Is 27, 7.
298 Is 23, 4.
299 Cf. Nm 22, 22 ss; 2 Pe 2, 16.
300 Lc 16, 29.31.

divina y don de Aquel que es el único que puede encender el fuego de la caridad en las almas de los elegidos. De donde se sigue claramente que inútilmente oye a la burra quien desprecia la voz de la palabra de Dios. Escucha, sin embargo, al menos a la burra que te sugiere cosas útiles, porque también en ella habla el Espíritu para tu enseñanza [301]. Ve antes que tú al ángel que cohíbe tus pasos ilícitos, y te lo muestra.

Los cánones enseñan por qué camino hay que ascender a los honores eclesiásticos y qué camino debe ser evitado. Sin embargo los desprecias, porque en el camino de los mandamientos de Dios no ves al ángel que tiene la espada para matarte [302]. Por el mismo camino avanza la burra, esto es, el hombre que en comparación contigo es inculto y torpe y que ha de ser aguijado con las espuelas de tu palabra y tu ejemplo para que cumpla la ley, el que ve al ángel, teme, se detiene y te muestra el designio de Dios. El habla con esta ocasión. Tú, venera el milagro y pon y graba en las tablas de tu corazón cada una de sus palabras [303].

CAP. 20: *Sobre las leyes de los príncipes seculares, por las que son apartados de los honores eclesiásticos los cortesanos y los oficiales; y con qué ejemplos se esfuerzan en obtenerlos los datanitas y los abironitas.*

Dice, pues, el emperador Justiniano: «De entre todas las cosas concebidas por la suprema clemencia, los máximos dones de Dios son el sacerdocio y el imperio. Aquél, administrando las cosas divinas; éste, presidiendo las humanas y mostrando en ellas su diligencia. Procediendo ambos del uno y mismo principio, honran la vida humana. Por eso, nada habrá tan importante para los emperadores como la honestidad de los sacerdotes, siendo así que éstos siempre ruegan a Dios por aquéllos. Si el sacerdocio está enteramente libre de culpa, también será de plena confianza ante Dios; y si el imperio, por su parte, honra de forma adecuada y competente la cosa pública que le ha sido confianda, habrá una

---

301 Cf. Rom 15, 4.
302 Cf. Sal 118, 32.
303 Prov 3, 3; 5, 3.

beneficiosa armonía que otorgará al género humano todo lo que le es útil.

«Nosotros tenemos, pues, la mayor solicitud respecto de los verdaderos dogmas de Dios y de la honestidad de los sacerdotes, creyendo que al tenerla ellos, nos serán concedidos por eso mismo los mayores bienes de parte de Dios, tendremos las cosas que son sólidas y adquiriremos las que todavía no han llegado. Porque todas las cosas se rigen bien y con competencia si su principio es digno y amable a Dios. Pensamos que esto ocurrirá si se custodia la observancia de las reglas sagradas, que los Apóstoles nos entregaron como justos, loables, venerables inspectores y ministros de la palabra de Dios y que los Santos Padres custodiaron y explicaron.

«Sancionamos, pues, las reglas siguientes como inviolablemente sagradas, siempre que alguien en cualquier tiempo venidero sea llevado a la ordenación episcopal: que primero se considere su vida, según lo que dice el santo Apóstol; si es honesta, libre de culpa, totalmente irreprensible, de buena fama y digna del sacerdocio, y que no provenga de la condición de oficial o cortesano» [304].

«Y no se haga de repente clérigo a un seglar o, después de poco tiempo, obispo; sino que lo sea quien desde el comienzo ha vivido en virginidad o, teniendo esposa, ésta haya llegado a él desde la virginidad, y que no tenga hijos ilegítimos. Por lo demás, quien actúe contra estas reglas, deje de ser sacerdote, y quien le ordene habiendo violado esta ley, sea apartado del episcopado» [305].

«Tampoco acceda al episcopado quien no esté bien instruido en los dogmas sagrados. Profese antes la vida monástica o pertenezca al clero, por lo menos durante seis meses, pero sin cohabitar con su mujer» [306].

«Por lo demás, no permitimos a nadie que reciba tal ordenación mientras tenga esposa, según lo dispuesto por la ley» [307].

«Así como buscamos en el ordenando gracia y buena fama, así también castigamos la calumnia de quien le acusa falsamente. Si, pues, alguien dice que sabe de él que es culpable de cualquier cosa ilícita, no se ordene de obispo antes de que se haga examen de la acusación y aparezca completamente inocente. Si tras semejante denuncia, quien realiza la ordenación no permite que se realice una investigación legítima de la causa, sino que apresura la

---

304 Justiniano, *Novellae* VI pref. y c. 1.
305 Ib., c. 1 §§ 2 ss.
306 Ib., §§ 6-7.
307 Cf. ib., § 7.

ordenación, sepa que lo hecho por él es inválido. Que quien ha sido ordenado contra la ley, sea destituido del sacerdocio, y quien realiza la ordenación sin previo examen, sea del mismo modo destituido de la sede sacerdotal» [308].

Asimismo dice León: «Si aconteciere que alguien es promovido al grado del episcopado por autoridad de Dios, que se haga sencillamente la elección con la pura intención de los hombres y el sincero juicio de todos. Nadie compre el grado de sacerdote con el pago corruptor de un precio, y todos sean estimados por lo que puedan merecer y no por lo que pueden dar. Porque ¿qué sede podrá estar segura y qué causa podrá ser inviolada, si se conquistan con dinero los templos venerandos de Dios? ¿Qué muro para la integridad y qué valladar para la fidelidad podremos ofrecer, si la «maldita hambre del oro» [309] se desliza en los venerables santuarios? ¿Qué podrá, finalmente, considerarse salvaguardado y seguro, si se corrompe la santidad incorrupta? Que cese de amenazar a los altares el profano ardor de la avaricia y se rechace de los accesos sagrados el delito propiciatorio. Así, pues, sea elegido en nuestra época el obispo casto y humilde, para que con la integridad de su propia vida purifique todos los sitios a donde fuere. Ordénese el prelado no por precio, sino por preces; esté tan apartado de la ambición, que haya que pedírselo obligándole a ello; que al ser rogado, se distancie y huya, al ser invitado. Que sólo le sirva de apoyo la obligación de excusarse. Evidentemente es indigno del sacerdocio —a no ser que hubiese sido ordenado contra su voluntad— quien haya accedido a esta santa y venerable sede del prelado por mediación del dinero; y si se descubre que alguien ha recibido algo para ordenar o elegir a otro, sea apartado del grado sacerdotal, como ocurre con quien ha sido denunciado por un crimen público y de lesa majestad. Decretamos, además, que no sólo sea privado del honor, sino que sea castigado además con perpetua infamia, para que a quienes iguala y mancha la misma deshonra, les acompañe también una pena semejante» [310].

Asimismo Justiniano, en su *Constitución Novella,* dice: «Ante todo, decretamos que se observe aquello de que nadie se ordene obispo por el sufragio proveniente de algún regalo. Si tal cosa ocurre, sean condenados los donantes, los receptores y sus intermediarios. Por lo mismo, sea excluido del honor del sacerdocio o del

---

308 Cf. ib., § 10.
309 Virgilio, o. c. III 57.
310 Justiniano, *Código* I 3, 31.

clero quien da, quien recibe y el intermediario, y lo que haya sido dado con esta finalidad sea entregado a aquella iglesia cuyo puesto sacerdotal se pretendió obtener. En caso de que el intermediario fuese un seglar, restituya a la iglesia el doble de lo que hubiese recibido por esa razón» [311].

Asimismo: «No es lícito que ningún rector de una casa religiosa o quien desempeña cualquier administración eclesiástica entregue algo a quien le ha nombrado o a otra persona, por el gobierno que se le ha confiado. Quien da o recibe o hace de intermediario, será desposeído del estado clerical, y el dinero recibido será entregado a la sede sagrada. Si quien lo recibe o hace de intermediario es seglar, entregue el doble de la suma a aquel lugar sagrado» [312].

Asimismo: «Decretamos que, cuando haya que ordenar un obispo, los clérigos señalen en seguida a tres personas, ante los santos Evangelios, y digan en las mismas elecciones que han escogido a tales personas no por una donación o promesa o amistad, sino sabiendo que son de fe recta, vida honesta y letrados, y que no tienen ni esposas ni concubinas ni hijos, y que tampoco son cortesanos u oficiales» [313].

Asimismo: «Tampoco permitimos que un cortesano u oficial sea hecho clérigo, ya que de esto se sigue gran injuria al clero venerable, a no ser que alguno de ellos hubiese vivido la vida monástica no menos de veinticinco años. Ordenamos que esos tales, retenida para sí una cuarta parte de su propia fortuna, entreguen las restantes a la curia o al fisco, y esto supuesto que quienes son elevados al estado clerical hayan vivido una vida digna de monje» [314].

Asimismo: «Decretamos que los religiosos o varones de buena fama sean ordenados clérigos por los obispos amados de Dios, según las divinas reglas, tras profundo examen y siendo plenos conocedores de las letras sagradas y eruditos; pero a ninguno amamos tanto entre los que reciben las órdenes sagradas, como a quienes viven en castidad o no cohabitan con sus esposas» [315].

Esto son los preceptos de los príncipes del mundo. Y aunque los doctores de la Iglesia se extienden más todavía sobre ello, sin embargo, al aparecer como demasiado arduos, pierden importancia

---

311 Justiniano, *Novellae* CXXIII c. 2 § 1.
312 Ib., c. 16.
313 Ib., c. 1.
314 Ib., c. 15.
315 Ib. VI cc. 4-5.

las cosas que dicen. Pero quien ni a éstas escucha es más ciego que Hipseas[316] y más sordo que el remero Duliquio[317], y merece ser precipitado a lo más hondo de los infiernos por el Angel a quien desprecia. Ya habrás oído que Nadab y Abiud fueron consumidos por su propio fuego y expulsados del Tabernáculo por mandato del Señor. Estos, con todo, se empeñan en irrumpir en el templo del Señor y en el sanctasanctórum, con el rechazo de Moisés, es decir, de la ley del Señor. A ellos les sigue una prole numerosa que llena el atrio de la casa del Señor y enciende un fuego ajeno. Estando prohibidos, se esfuerzan en encender el incienso y, contrayendo una alianza con los datanitas y abironitas, se levantan contra Moisés, dividen a la Iglesia, perturban el sacerdocio y provocan la sedición en el pueblo, si no se les permite acceder al sacerdocio.

Habiendo conseguido la gracia de las potestades civiles, afirman que tienen derecho a que se les abran todas las cosas, ya que, según afirman, el príncipe no está sometido a las leyes y lo que agrada al príncipe tiene vigencia de ley. Pues habiéndoles conferido el pueblo toda su autoridad y habiéndola concentrado en ellos, oponerse a ellos es un crimen de lesa majestad y una clara subversión del principado. Porque se asemeja a un sacrilegio el dudar si es digno aquel a quien el príncipe ha elegido; y no escapa a la tacha de temeridad, e incluso tiene suerte si escapa de la pena, quien por cualquier causa intenta anular la voluntad del príncipe. Pues creen que ninguna ley se ha de preferir a las civiles.

Anacarsis Cithica comparó estas leyes a la tela de araña, que retiene a las moscas y mosquitos, pero deja pasar a las aves mayores[318]. Así las leyes civiles reprimen la voluntad de los más bajos de condición, pero transigen realmente con los poderosos. Porque no sólo no los condenan a una pena legítima por su transgresión o desprecio, sino que ni siquiera los ignoran con cauto disimulo tras haberles llamado la atención. A estas cosas responden proponiendo rebuscados ejemplos de déspotas, con los que quieren convencer de que todo es lícito a los que gobiernan, especialmente en aquellos sitios donde vige tal costumbre, aunque se oponga a la razón o a la ley.

Cuentan que cierto tirano introdujo en una iglesia a su doméstico o familiar sin previa elección; que otro, con daños o amenazas, forzó la elección de un clérigo desconocido e indigno; que

---

316 Cf. Horacio, o. c. I 2, 91.
317 Es decir, Ulises.
318 Cf. Valerio Máximo, o. c. VII 2 ext. 14.

otro vendió abiertamente la Iglesia de Dios; que otro coaccionó al metropolitano a consagrar a una persona reprobable; que otro envió al exilio a obispos de probada religiosidad o coaccionó a permanecer en el mismo a los exiliados por otros; que otro abrumó a la Iglesia y a las cosas sagradas con sórdidos servicios; que otro torturó a religiosos con indignos suplicios o que hundió y vilipendió al clero; que otro introdujo en las provincias una justicia brutal, o que abolió las leyes y los cánones de sus territorios; que otro impuso silencio a los obispos para cometer cualquier crimen con impunidad y sin ninguna represión; que otro se rebeló durante largo tiempo y obstinadamente contra la Iglesia romana; que otro reguló todas las cosas no tanto con su propia ley, sino con una ley perversa; que otro, finalmente, acostumbraba a hacer equiparar lo legal con su propio gusto.

En la medida en que alguien es más fecundo en recordar tales cosas y más malvado en cometer la maldad, se considera de fe más sincera y de más eficaz habilidad. Por el contrario, quien habla cualquier cosa en favor de la fe o de la limpieza de costumbres, y eso por derecho divino, es supersticioso, envidioso o, lo que es capital, enemigo del príncipe. Si afirmas que el fuego, que había permanecido bajo el agua durante los setenta años de la cautividad babilónica, se extinguió finalmente al vender Antíoco el sacerdocio a Jasón [319]; o, lo que atestigua el bienaventurado Gregorio [320], que las pestilencias y hambres, los enfrentamientos de los pueblos y las guerras entre los reinos, lo mismo que las más diversas adversidades del mundo, provienen del hecho de venderse los honores eclesiásticos o conferirse por favor humano a personas indignas; si dices que Oza fue fulminado por el Señor por haber pretendido sostener el Arca que vacilaba [321]; si dijeras que Isaías había permanecido silencioso durante el reinado de Ozías, rey leproso, y al morir éste, había visto al Señor sentado sobre un solio excelso [322]; si dijeses que el peso del Tabernáculo sólo debe reposar sobre los hombros y andas de los levitas, o cosas semejantes que se encuentran en la Ley del Señor, tendrás mucha suerte si no te arrojan mutilado a la cárcel o no te expulsan al destierro. Te abuchearán desde todas partes, y tanto los ambiciosos como sus protectores carecerán de reparo en condenarte a la sentencia más extrema.

---

319 Graciano, o. c. I 1, 1, c. 29; 2 Mac 1, 19 ss.

320 Cf. Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* XVII 16 (Migne, PL 76, 1147).

321 Cf. 2 Sm 6, 6-6-7.

322 Cf. 2 Cr 26, 16; Is 6, 1.

Un remedio, sin embargo, te procurará el Señor, y es que la concienca de todo el que sea sabio y temeroso de Dios coincide con tus palabras. Por eso, la sentencia de aquéllos contra ti no permanecerá para siempre, con la ayuda del Señor. Porque si se les diese crédito a ellos, tú serías juzgado como enemigo público y reo de lesa majestad. Se dirá que tú desautorizas los juicios públicos y, mientras como celador de la profesión propia proclamas la libertad eclesiástica, dirán que destruyes la sabiduría de los príncipes y pretendes hacerlos pasar por necios y despreciables. Sería mejor que se arrancase la corona de la cabeza del príncipe antes que sustraer a su arbitrio el ordenamiento de la parte más importante y egregia de la cosa pública, que es la referente a la religión.

> Quien se prepara en Roma a superar a Pompeyo,
> no tiene la ambición de un simple particular[323].

Tal vez transgrede con cierta arrogancia las aspiraciones de los ciudadanos privados quien, bajo la imagen de la libertad de los príncipes, ambiciona el dominar. Porque si alguno de los príncipes está de acuerdo con semejante superstición, es un insensato y desdice del poderío de los reyes ilustres. Sin embargo, como cuenta la Historia de los Reyes, David y todo Israel danzaban ante el Señor al son de instrumentos hechos de madera, cítaras, liras, tamboriles, sonajas y címbalos[324], aunque no le faltara alguno de esa clase que le lanzase reproches, pues la historia citada prosigue: «Saliendo al encuentro de David, Micol, la hija de Saúl, dijo: "¡Qué glorioso estuvo hoy el rey de Israel descubriéndose ante las esclavas de sus siervos y desnudándose como se desnuda cualquier bufón!" David respondió a Micol: "¡Vive el Señor que seguiré danzando ante el Señor que me eligió a mí con preferencia a tu padre y a toda su casa, ordenándome ser el jefe del pueblo del Señor en Israel! Seguiré danzando, y me abajaré más de lo que he hecho, y seré más humilde a mis ojos, y apareceré más glorioso ante las esclavas de quienes hablas." A Micol, hija de Saúl, no le nació ya ningún hijo hasta el día de su muerte»[325]. Pero David se sentó como rey en su casa y el Señor le concedió la paz absoluta de todos sus enemigos[326].

---

323 Lucano, o. c. II 564-565.
324 Cf. 2 Sm 6, 5.
325 Ib. 6, 20 ss.
326 Cf. ib. 7, 1.

¿No ves cómo enseña esta historia que el desprecio de la religión junto con la arrogancia del engreimiento se castigan diligentemente, mientras se remunera la devoción de la fe y el cultivo de la humildad? David consigue la paz de su reino y Micol muere estéril como castigo de su depravada increpación, sin dejar ningún fruto de su preclaro linaje y de su feliz matrimonio. Esto es así porque Micol significa «toda agua» o «de todos» [327]. Y es que en realidad el consejo del vulgo ignorante que sigue el juicio popular no tiene ni el gozo ni la memoria del buen fruto. Sin embargo, al escuchar a estos consejeros de los magnates, no sospecharías de ningún modo que Micol hubiese muerto sin descendencia. Te admirarás de que todos ellos sean hijos de Micol, y pensarás que, si no de la carne, sí que proceden de un injerto de su espíritu. Y para que te persuadas más fácilmente de ello, observa que quienes se esfuerzan en desautorizar la autoridad divina para proclamar la suya propia, mueren sin hijos o los dejan degenerados o indolentes. No hay duda de que quien oprime la libertad eclesiástica es castigado en sí mismo o en su descendencia. Porque los hijos pierden incluso las cosas propias junto con aquellas de que se apoderó la impiedad paterna con ayuda de los tales.

Cap. 21: *De los hipócritas que se esfuerzan en ocultar la mácula de la ambición con una falsa imagen de religión.*

Aunque la insolencia del pueblo o el libertinaje de los poderosos puedan reprimirse por los mandatos de la ley y la institución divina, la ambición, sin embargo, no puede domarse. Pues si no se atreve a mostrarse manifiestamente, serpea ocultamente y se introduce con fraude. Si no abre con dádivas las puertas de la Iglesia, si éstas no ceden por la violencia propia o ajena, entonces recurren a las artes de su engaño.

Todo lo que impugna la libertad y arremete contra lo establecido en los decretos y es contrario a la religión, lo detesta con plena libertad el espíritu [328]. Te imaginarías que habría regresado Sinón, para envolver a los simples y a los crédulos [329]. Simula, disimula

[327] Cf. Jerónimo, *Liber de Nominibus Hebraicis* (Migne, PL 23, 815 ss.).
[328] Cf. 2 Cor 3, 17.
[329] Cf. Virgilio, o. c. II 57 ss.

y lleva bajo el pecho una astuta zorra [330]; parece ser más libre que un estoico y más rápido que Catón. A veces aparece como más simple y más solícito que Pablo, el Apóstol de las gentes, o más ferviente que Pedro. Cristo es su vida y la muerte su ganancia [331], y no se gloría en otra cosa sino en la cruz de Cristo [332], que lleva constantemente en su cuerpo para que su espíritu se salve; sólo ansía morir y estar con Cristo [333]. Mortifica, pues, su carne con sus vicios y concupiscencias y, viviendo con los hombres, lleva vida angelical, no como los demás hombres, y es ciudadano del cielo [334]. Estos tales ayunan continuamente, oran sin interrupción [335], pero en voz alta para que les oiga el forastero [336], se cubren de vestidos ásperos y sucios e increpan al pueblo.

Critican al clero, urgen a los príncipes y potestades para que corrijan las costumbres, adquiriendo reputación de ser justos a base de detractar la vida ajena. Y con el fin de que el fraude sea mayor so capa de honradez, buscan la compañía de varones honorables, se someten a profesiones arduas, hacen ostentación de practicar cosas difíciles; pero, indulgentes consigo mismos en privado, realizan las que son posibles y más humanas. En esta línea se proclaman a sí mismos seguidores de Basilio, Benito, Agustín o, por si fuera poco, se profesan sucesores de los apóstoles y de los profetas; visten los hábitos de los Cartujos, de los Cistercieneses, de los Cluniacenses, y los que poseen la dignidad de canónigo se vanaglorian de las túnicas de lana y pieles de cordero. Aparecen así vestidos de ovejas, aunque en su interior son lobos rapaces; pero, como dice el Señor, por sus frutos se conocen sin lugar a dudas.

Sin embargo, la gloria de la religión auténtica no disminuye por causa del fraude de esta gente. A todo el mundo consta de forma indudable que los títulos que ellos profesan y los servicios que ellos ofrecen son honestísimos y fidelísimos. En esto se apoya la religión tan auténtica como probada, sin que tema los dardos de reprensión alguna. Así los Cartujos brillan en todas partes como destacados triunfadores de la avaricia; los Cistercienses siguen al detalle los preceptos y huellas del beato Benito, de quien consta que había sido llenado del espíritu de todos los justos; los Cluniacenses transmitieron en muchas provincias la hermosura de la religión. Y respecto

330 Cf. Persio, o. c. V 117.
331 Cf. Flp 1, 21.
332 Cf. Gál 6, 14.17.
333 Flp 1, 23.
334 Cf. ib. 3, 20.
335 Cf. 1 Tes 5, 17.
336 Persio, o. c. II 8.

de los canónigos, la convenencia de que su regla sea imitada por todos los clérigos debe bastar para su plena y total alabanza. Asimismo los eremitas tienen como predecesores de su institución al Bautista del Salvador y a los hijos de los profetas. Los Templarios exponen sus personas en favor de sus hermanos, a ejemplo de los Macabeos. Los custodios de monasterios y hospitales siguen las huellas de los apóstoles y, como aspirantes a la cumbre de la perfección, escuchan con suma fidelidad a Cristo, viviendo con pureza y dando a los pobres cuanto tienen.

Pero en todos ellos encontramos fieles y réprobos, sin que por esto se deforme la autenticidad de su religión y profesión. ¿De qué profesión o de qué sociedad se lee que alguna vez no haya incurrido en alguna mancha? Sabemos del ángel apóstata, del parricidio entre los primeros hermanos, del profeta réprobo [337], del apóstol traidor, de los pérfidos discípulos de Cristo [338], y, sin embargo, no se corrompe la pureza de los ángeles fieles, ni es menos santa la unión de los hermanos que se aman mutuamente, o es culpable en los elegidos el don de profecías, o despreciable en los fieles el apostolado, o es infame la disciplina de Cristo por causa de los diversos errores de los extraviados.

Por tanto, así como el ángel de Satanás [339] se transfigura en ángel de luz y los falsos apóstoles aspiraban a la autoridad apostólica más que a la vida, así también los hipócritas se refugian en la arrogancia de los fariseos, alargando las filacterias y ensanchando las franjas, y aquello que está escrito en la ley de Dios no lo quieren ni tocar con el dedo, a menos que sean vistos por los hombres de quienes esperan la recompensa del honor o de otra remuneración. Por esto es por lo que hacen ostentación de palidez en su rostro, acostumbran a suspirar profundamente y se inundan de repente de lágrimas artificiosas y serviles; inclinada la cabeza, entrecerrados los ojos, corto el cabello, casi afeitada la cara, baja la voz, móviles los labios por la oración, tranquilo el modo de andar y en cierta proporción como calculado el paso, harapientos y cargados, tratan de vender la sordidez de su vestimenta y la vileza afectada, con el fin de ascender tanto más fácilmente cuanto más estudiadamente parecen descender al último puesto, y ser obligados a crecer de mala gana, quienes por su voluntad decrecen.

Estos son los que ante la mirada de la gente se revelan como apareciendo inmunes de toda mácula, cuando alguna mancha se

---

337 Cf. 1 Re 13, 14-15.
338 Cf. Jn 6, 67.
339 Cf. 2 Cor 11, 13-14; 12, 7.

pega a la Iglesia mientras peregrina. Estos son los que predican que los beneficios que aún no han sido otorgados a los santos deben ser retirados de su alcance. Estos son los que persuaden a los poderosos para que las iglesias sean privadas de su derecho por causa de los vicios de las personas. Sustraen de las iglesias los diezmos y las primicias, y sin ser consultados los obispos reciben esas mismas iglesias de manos de los laicos. Estos son lo que, quitando furtivamente a los pobres sus propiedades patrimoniales, reducen los pueblos y aldeas a la soledad, convierten en provecho propio todas las cosas cercanas, destruyen las iglesias o las desvían hacia usos seculares. La que fuera casa de oración se hace establo de ganado o de ovejas o taller para trabajar la lana.

E incluso hacen impunemente cosas mayores y, de alguna manera, con los cuernos de la doble potestad [340], no cesan de lanzar al aire a la Iglesia, en cuyo seno descansan y a cuya sombra se protegen. Pues acuden a la Iglesia romana, que como madre piadosa ha tenido por costumbre proveer de paz a la religión, invocan su ayuda, impetran su escudo protector, para que no puedan ser vejados por la malignidad de cualquiera y, para que puedan exhibirse más plenamente y cumplir los oficios de la caridad, se escudan con un privilegio apostólico para no entregar los diezmos. Van todavía más allá y se eximen a sí mismos de la jurisdicción de todas las Iglesias y se convierten en hijos especiales de la Iglesia romana, para que muchas cosas les sean lícitas impunemente; de tal manera que en cualquier parte puedan acudir ante la justicia por un asunto, pero, al contrario, no puedan ser convocados sino en Roma o Jerusalén. Luego solicitan ayuda de los poderes seculares y les prometen la gracia divina. Se hacen mediadores entre Dios y los hombres [341], y a los que necesitan de perdón los agregan a sus grupos, oyen en confesión y, usurpando las llaves de la Iglesia o sustrayéndoselas a Pedro, se atreven a atar y desatar y, prohibiéndolo el Señor [342], meten la hoz en mies ajena.

A los más poderosos y ricos los exoneran más fácilmente después de recibir su favor o su dádiva y, colocando sobre sus propios hombros los pecados ajenos, les mandan remitir a las túnicas y a las vestiduras penitenciales [343] cualquiera que sea lo que lamentan haber cometido. Amplifican la misericordia del Señor, que no quiere la

---

340 Es decir, la de la Iglesia romana y la de los poderes civiles.
341 Cf. 1 Tim 2, 5.
342 Cf. Dt 23, 25.
343 Propiamente habla de vestiduras de luto, con una referencia a Juvenal, o. c. VI 521, pero con el sentido de la traducción hecha.

perdición de nadie[344], y declaran que de la misma manera que está abierta y patente a los penitentes, sólo está cerrada a los desesperados. A veces condescienden a que pequen con la esperanza los que más apasionada y tenazmente están implicados de culpas, con tal de que consigan algo por su redención, y así prometen audazmente el perdón por aquello de que la limosna extingue el pecado, como el agua el fuego[345]. Además, la penitencia nunca es tardía siempre que sea verdadera. Así, pues, consienten las costumbres inicuas y, provocando el afecto popular con adulaciones serviles, taponan los oídos de las personas para que no sigan las amonestaciones de los prelados.

Además de esto, procuran enterarse de los chismorreos, gozan con el barullo, investigan los secretos de los disidentes y los llevan ya a los amigos, ya a los enemigos, agradecidos por ambos, pérfidos para ambos, pero considerados tanto más idóneos para estas cosas cuanto menos son tenidos como sospechosos por su apariencia religiosa. Se cree que sólo ellos conocen lo que es conveniente en palacio, en el foro, en el campo, en los campamentos, porque de todos estos asuntos parecen preocuparse especialmente al inmiscuirse constantemente en ellos. Siempre que se reúnan los padres en la curia, los ciudadanos en el foro, los soldados en campaña, siempre, en fin, que se convoque un concilio o sínodo, esta religión que está a la sombra se preocupará por ocupar con antelación los mejores asientos.

Te parecerá que se han roto los cerrojos de los claustros, que han quedado vacíos los albergues de pobres y los hospitales y que una multitud de cenobitas ha abandonado los lugares venerables. ¡Hasta tal punto esta especie de religión se deja ver entre la multitud a las miradas públicas! Usurpan los asientos más importantes, los mejores puestos para recostarse, los primeros saludos, y, si no se los dan, se indignan con gran vehemencia[346].

Si les contradices, serás calificado de enemigo de la religión e impugnador de la verdad. Llévalo, por tanto, pacientemente, si te han lanzado injurias y causado perjuicios quienes parecen haber obtenido licencia para todo de la autoridad apostólica y de la regia, puesto que esto parece deberse a sus méritos. En verdad, quien resiste a la autoridad[347], resiste a la ordenación divina y yo no pienso que haya que oponerse a la majestad apostólica o regia. Sin embargo, y hablando con todo respeto para los fieles, me admiro cómo puede ser eso de que no se avergüencen de usurpar los diez-

---

344 Cf. Mt 18, 14; 1 Tim 2, 4.
345 Eclo 3, 33.
346 Cf. Mt 23, 6-7.
347 Rom 3, 2.

mos y derechos ajenos. Dirán quizá: «Somos hombres religiosos.» Pues bien, el pagar los diezmos es parte de la religión, y Dios se lo exige solamente a un pueblo religioso. Por el contrario, quienes los exigen son personas faltas de religión.

Además, ¿quién os constituyó a vosotros en jueces suyos? o ¿quiénes sois vosotros para que juzguéis a siervos ajenos? Cada uno está de pie o cae ante su Señor. Pero de pie se mantendrá [348]. «Estamos amparados —dicen— por el privilegio apostólico, gracias al cual retenemos los diezmos sobre las crías de los animales y sobre nuestras cosechas.» Por supuesto, todo es lícito para los apóstoles, pero de ninguna manera conviene que los seguidores de los apóstoles puedan hacerlo todo [349]. Pase que ellos os lo hayan concedido libremente; vosotros veréis si lo habéis pedido con rectitud. Pues quien pide con el fin de no hacer lo que debe, no obedece a la justicia voluntariamente. ¿Acaso no consideró Abel que debía ofrecer al Señor parte de sus crías? Caín ofreció los frutos de la tierra; con acierto, sin duda, ya que se le debían al Señor, pero al hacer una partición desigual y sustraer algo en el reparto, cometió pecado [350]. Antes que los de éste, son aceptados los dones del que parte con el Señor las crías de los animales. Y quizá tratándose de animales se dan con mayor rectitud, porque nacen sin nuestro cultivo y cuidado; pues existe más trabajo en la siembra y cosecha de los frutos de la tierra. Nadie está obligado a dar de lo que le pertenece. Pues, ¿quién ha de dar cuenta de los trabajos ajenos?

¿Qué más? A sus muchos y largos alegatos parecen añadir el que no prohíben que otros den los diezmos, con tal que ellos sean dispensados de los que deberían entregar, pues son hasta tal punto religiosos, que en esta cuestión pueden rebajar lo establecido por Dios, y caprichosamente son menos agradecidos a la gracia de Dios en aquello en que la experimentan con más amplios beneficios; pues los que llegan gratuitamente, como son el heno y todo lo que nace espontáneamente, se juzga que no están sometidos a la religión.

Cierto que al principio, cuando la religión gozaba de pobreza y derramaba las entrañas de su escasez en las necesidades y provecho de los demás, fueron concedidos privilegios a las profesiones monásticas, las cuales, al cesar la necesidad y enfriarse la caridad, aparecen más como instrumentos de la avaricia que de la religión. Porque hete aquí que todos estos privilegios buscan sus propios intereses,

---

348 Ib. 14, 4.
349 Cf. 1 Cor 6, 12.
350 Cf. Gn 4, 3 ss.

y Jesús, del que se predica en público, o está totalmente ausente o se oculta en lo escondido.

De aquí que cuando el bienaventurado Adriano [351] vio que los privilegios se convertían en un compendio inicuo de avaricia, no queriendo provocarlos totalmente, restringió su alcance con la limitación de que lo que pueden retener como fruto de sus trabajos ha de entenderse solamente en relación con los terrenos nuevamente cultivados. De esta forma podrán gozar de privilegios sin grave daño del derecho ajeno. Hay, sin embargo, una cosa que tan gran Padre retuvo en cualquier caso; y resulta extraño a nuestros ojos, ya que contradice a los cánones de los Padres [352]. Pues con este favor los caballeros del Temple reclaman el gobierno de las Iglesias, toman posesión de sus beneficios, y quienes tienen prácticamente como profesión el derramar la sangre humana, se atreven, a través de sus sacerdotes, a servir la Sangre de Cristo a los fieles. No seré yo ciertamente quien los califique de hombres criminales, al ser los únicos que hacen guerras legítimas entre los hombres, cuando incluso David fue llamado criminal, no por causa de las guerras que hacía legítimamente, sino por causa de Urías, cuya sangre derramó culpablemente.

Como está previsto en los cánones, a los laicos, aunque hagan votos religiosos, no se lee que les esté atribuida facultad alguna acerca de las cosas eclesiásticas [353]. Sería indicio de verdadera religión el que se refrenaran de disponer de aquello que no les es lícito tomar, habiéndoselo prohibido el Señor. Pienso además que el deber de hospitalidad [354] no debe ser cumplido con el fruto de las rapiñas (no digo ya de las iglesias, pero ni de fiel alguno), porque Dios odia el pan sacrílego y desprecia las obligaciones que se ofrecen como producto del derramamiento de sangre, y, cuantas veces es invocado por estos tales, cierra sus oídos para no escuchar sus preces.

Hasta el presente no se ha hablado acerca de estas cosas que dichos hombres cometen con fraude de la justicia de Dios; aunque sea completamente inicuo que, atraídos por el amor del dinero, abran las iglesias que los obispos cerraron. Celebran los misterios divinos para los que están suspendidos, entierran a los muertos que rechaza la Iglesia, y con lo que hacen una vez al año logran que el pueblo, equivocado, se haga sordo a la voz de la Iglesia durante todo

---

351 Adriano IV papa.

352 Cf. Graciano, *Decreto* II 16, 7 init.

353 Cf. III Sínodo Romano (a. 502) en Graciano, o. c. I 96, c. 1; II 7, c. 24.

354 Se refiere a los Hospitalarios.

el año; y el que no puede ser coaccionado, menosprecia el ser enmendado. Así, pues, rondan las iglesias, pregonan los méritos de sus Ordenes, llevan la amnistía para los crímenes, y a veces predican un evangelio nuevo, adulterando la palabra de Dios, que anuncian mientras viven para la paga y no para la gracia, para el placer y no para la verdad, y al fin, cuando se reúnen ya tarde en sus escondrijos, después de haber hablado de la virtud a la luz del día [355], mueven sus traseros en el error y la actividad nocturna.

Si así se va a Cristo, es vana y falaz la doctrina de los Padres, que mostró el camino estrecho y arduo al hombre que tiende a la vida. Y como este tipo de gente afrenta a la Iglesia, nadie se duele más justamente que los verdaderos varones religiosos, para quienes todas estas cosas redundan en injuria. Se irrita el pueblo, pero los que hacen profesión religiosa se amargan con más razón aún frente a este azote de hipocresía. Porque no son llamados hipócritas los que han hecho esto, sino los Cistercienses o Cluniacienses u otros, cuyos hábitos visten y cuya vida fingen estos charlatanes de variedades.

Pues los monjes que claramente son religiosos de verdad, son inmunes a esta malicia cuando sirven a su profesión. Ninguna vida más fiel, más sencilla ni más feliz que la de estos que viven humildemente en los claustros, gozosos en su apartamiento, obedientes en completa sujeción y reverencia a sus prelados, sin apetecer bajo nombre de obediencia el gobierno de un monasterio o la licencia de engañar, de vagar o de no hacer nada; dedicando sus cuerpos [356] a la santificación y al culto, esperando en silencio y paciencia la salvación de Dios, ajenos a la detracción y a la murmuración, recibiendo en paz de labios del Señor la palabra que puede salvar sus almas, entremezclando gratos coloquios con Dios, y, como ángeles terrestres, ignorantes de toda perturbación mundana. Si hay algo que parezca contristarles, hay que relacionarlo con la caridad fraterna, ya que incluso los ángeles en el cielo se compadecen de alguna forma de nuestras caídas y gozan por un solo pecador que hace penitencia.

Y siendo arduo imitar a los filósofos en nuestro tiempo (en el que la virtud ha sido aniquilada y cuando consta que Astrea se ha vuelto al cielo, abandonando a los hombres) [357], la vida de los monjes supera incomparablemente la virtud de los filósofos o, pensándolo mejor, es la más propia y segura filosofía [358].

Y los que salen con humildad para buscar solución a las necesi-

---

355 Juvenal, o. c. II 20-21.
356 Cf. 1 Tes 4, 4.
357 Cf. Ovidio, *Metamorfosis* I 149-150.
358 Hildeberto Turonense, *Epistolae* I (Migne, PL 171, 141).

dades de los monjes y se ocupan fielmente en esta actividad, llevan una vida muy útil, aunque no más segura; son dignos de la mayor alabanza y reverencia, y de ningún modo pertenecen a la facción de los epicúreos o hipócritas. Pues en justicia asociarás con los epicúreos a los hipócritas que profesan la filosofía y en la práctica hacen su propia voluntad.

Cuando fomentan querellas, abusan de los privilegios, sirven a sus pasiones, dejan de ejercitar los oficios de la caridad y buscan su propia gloria, ¿no es verdad que caminan según la carne, aunque finjan ser espirituales, y que, aguardando con razón la destrucción de la carne, son futuros partícipes del fuego de aquel que es espíritu y que al ensoberbecerse con una gloria vacua quiso ser como el Altísimo o anteponerse a El, y fue arrojado y precipitado al lago del castigo eterno?

Cierto es que son locos quienes por este camino andan, y más miserables que cualquier otra gente, porque se privan de los bienes de la vida presente y de la eterna, y sobre todo porque Aquel que sobrellevó en favor de los pecadores el hacerse pecado y se manifestó cercano a los publicanos y meretrices, no pudo hacer las paces con los hipócritas que no necesitaban de su justicia. Lo cual es evidente para los que estudian con diligencia los enfrentamientos que tuvo con los fariseos [359]. Ellos, sin embargo, se esfuerzan por obtener el primer lugar, a ejemplo de los fariseos.

Cap. 22: *Acerca de los mismos; y acerca de Ezequías, que perdió los tesoros de los que se jactó.*

Según afirman los sabios, es muy difícil y prácticamente imposible gozar en el presente con el mundo y exultar en la eternidad con Cristo; y, ciertamente, gran miseria es ser atormentado con el mundo y en la eternidad ser flagelado con el diablo. Por tanto, si incluso esperando tanto de esta vida, están tristes los hipócritas, que desfiguran sus rostros para parecer honestos a los hombres y pregonan las obras de su justicia casi a toque de trompeta, en vano aguardan del Señor la retribución, ya que en el presente recibieron su paga. Pues de quienes sólo honran al Señor con la palabra y el hábito, consta por un dicho suyo que El mismo se aleja de ellos puesto que su corazón se ha alejado de El [360], y sus mismas obras

[359] Cf. Mt 23, 13 ss.; Mc 7, 5 ss.
[360] Cf. Is 29, 13; Mt 15, 8.

llevan consigo la pérdida de la salvación y sirven a Satanás, príncipe de los babilonios; pues todo lo que se hace por ostentación conduce a la muerte.

Narra la historia de los Reyes que, cuando Ezequías, rey de Jerusalén, recibió del Señor por mano de Isaías, hijo de Amós, un signo de salud y seguridad, al retroceder diez grados la sombra del reloj (lo cual parece contrario a la Naturaleza, ya que la sombra suele avanzar, no retroceder), Baroda Balaán, hijo de Balaán, rey de los babilonios, envió cartas y regalos a Ezequías, pues había oído que Ezequías había estado enfermo. Con su llegada se alegró Ezequías y les mostró la casa de sus especies aromáticas, y el oro y la plata y los diversos perfumes, así como los ungüentos y la casa de sus vasos y todo lo que tenía en sus tesoros. No hubo nada en su casa y en sus dominios que Ezequías no les mostrara. Vino luego el profeta Isaías al rey y le dijo: «¿Qué dijeron esos varones y de dónde vinieron hasta ti?» A lo cual respondió el rey: «Vinieron desde tierra lejana, de Babilonia.» El profeta replicó: «¿Qué vieron en tu casa?» Dijo Ezequías: «Vieron todo lo que hay en mi casa; no hay nada en mis tesoros que no les haya mostrado.» Dijo entonces Isaías a Ezequías: «Escucha la palabra del Señor. He aquí que vendrá el día en que todo lo que hay en tu casa y lo que acumularon tus padres hasta el presente, será llevado a Babilonia; no quedará nada, dice el Señor. En cuanto a tus hijos, los que saldrán de ti, a los que engendrarás, te serán quitados y serán eunucos en el palacio del rey de Babilonia» [361].

En general, según la autoridad de Jerónimo [362], la verdad de esta historia narrada por los hebreos es patente, ya que Ananías, Azarías y Misael, junto con Daniel, fueron llevados cautivos a Babilonia y allí castrados para que sirvieran en el palacio del rey conforme a la costumbre de los gentiles. Tal vez es una contradicción el que muchachos sin tacha fueran conducidos por orden del rey para que aprendieran la lengua de los caldeos, y conste al mismo tiempo que no sólo los tesoros del rey de Judea fueron trasladados a Babilonia, sino que además se lee que fueron transportados y profanados la mayor parte de los vasos del Templo del Señor en Jerusalén [363].
Con acierto se dice, sin embargo, que los enviados de los babilonios llegaron con regalos, cuando el Señor había concedido al rey un hecho extraordinario. Porque cuando por la admirable clemencia de Dios la virtud de alguien resplandece con más fulgor, entonces es halagado

[361] Cf. 2 Re 20.
[362] Cf. Jerónimo, *Commentaria in Danielem* I 3 (Migne, PL 25, 496).
[363] Cf. 2 Re 24, 13; Dn 1, 2; 5, 2.

especialmente por los enviados de la confusión. Pero lo propio del imprudente es regocijarse en esa ocasión, porque los tales no sólo deben ser tenidos como sospechosos, sino como enemigos perniciosísimos que deben ser evitados con especial cuidado, ya que también cuando llevan regalos deben ser temidos.

Por tanto, quien ostenta el aroma de sus buenas obras, el oro de su virtud, la plata de su elocuencia, los aromas de sus ideas, los ungüentos de su misericordia y la utilidad y belleza de sus utensilios, e incluso las cosas que se colocan más cauta y útilmente entre los tesoros de la buena conciencia, escuche la palabra del Señor y tenga por cierto que todo lo que parecía servir para la gloria, recibirá el pago de la confusión y la muerte. Y la misma sucesión de los hijos es castrada en favor del príncipe de los babilonios, porque aquello que en otra ocasión tiene el mérito y el fruto de la virtud, resulta inútil para su autor cuando se hace por vanagloria. El justo remunerador [364] desprecia la hipocresía y recibe como bueno el culto de la sola verdad; sus ojos no pueden ser cegados por ningún resplandor ni por malicia alguna, porque ve en lo escondido y escruta lo profundo de los corazones. Distingue entre las cosas y sus apariencias,

no sea que el cobre suene a falso bajo el oro [365].

De aquí recibe su nombre la hipocresía, que es ciertamente la apariencia indudable de los epicúreos [366].

Cap 23: *Que los Cartujos, al contener la avaricia con las riendas de la moderación, y la nueva orden de Granmmont, al despreciar todo lo mundano y no preocuparse del mañana, rechazarlo todo y excluir la avaricia, están muy lejos de la calificación y nombre de hipócritas; y quiénes son seculares o religiosos; y cuál es la regla de los activos y la de los ociosos; y el fin de la hipocresía.*

Los Cartujos y la nueva orden de Granmmont [367], fundada en la cima de la antigua virtud y teniendo como guía al Salvador, evitan

[364] Cf. Heb 11, 6.
[365] Persio, o. c. V 106.
[366] Es decir, de los epicúreos.
[367] Lugar cercano a Limoges.

con el mayor cuidado y perseverancia la calificación y nombre de hipócritas. Ya que los Cartujos prefijaron límites a su ambición e incluso a su necesidad y refrenan toda avaricia con las riendas de la moderación, y a veces sustraen algo hasta de lo necesario para que no surja avaricia alguna con ese pretexto.

Son sin duda grandes varones y deben ser contados entre los más destacados, cuando en este mundo que envejece a través de tantos siglos transcurridos, no sólo son pocas las órdenes religiosas sino los individuos que se han impuesto a sí mismos ciertos límites a su avidez. Necesariamente falta siempre algo en la realidad limitada, y la misma insaciabilidad del deseo, que permanentemente ansía algo más, es signo de imperfección. ¿Signo digo? Más bien lo calificaría como manifiesto defecto de la conciencia. Por tanto, el que prevé cómo puede saciarse es en cierta forma, y gloriosa, perfecto. Creo que aunque nadie o muy pocos de los gentiles han conseguido esto, tengo por seguro que algunos han pretendido este propósito, ya que el mismo moralista afirma: «Fija una meta determinada a tu deseo» [368]; sin esto, el anhelo del espíritu humano se alarga hasta el infinito, hasta lo que no puede ser alcanzado en forma alguna.

Así, pues, los moradores de Granmmont eligieron una vida muy ardua y como domadores no sólo de la avaricia, sino de la misma Naturaleza, excluyeron todo imperativo de la necesidad y rechazaron la solicitud por el mañana. Entre ellos el despreciar todo deleite del mundo es poco. Si alguien llama a sus puertas con cualquier pretensión, no es admitido y se va confuso, pues por ellas sólo entra Cristo, en cuya gracia se basan, teniendo su pensamiento en Aquel que nutre a los pequeños y da alimento a los jumentos y a los polluelos de los cuervos [369], viste a los lirios del campo y da lo necesario a todos los que confían en El o se someten a la ley de su alianza, para que nada falte a quienes no se sustraen a su voluntad. Por ello depositan sus propios cuidados y todos los demás en Aquel que tiene cuidado de sus fieles, y llegan a tanto en evitar las perplejidades de la prudencia, que para algunos toda su vida parece tentación; pues los Santos Padres definen como un género de tentación el que uno entregue solamente al milagro divino las riendas de lo que debe hacer, cuando todavía no carece de ayuda humana [370].

---

368 Horacio, *Epístolas* I 2, 56.
369 Cf. Sal 146, 9.
370 Cf. Walafrido Strabo, *Glossa ordinaria. Evangelium secundum Matthaeum, c. IV ver. 5* (Migne, PL 114, 85).

Por lo demás, yo pienso que la vida agradable a Dios es la que está desprovista de ambición, se apoya en la inocencia y está muy atenta a las obras de caridad. ¿Qué puede, pues, reclamar la disimulada hipocresía contra estos o aquellos religiosos, puesto que han apartado de sí la avaricia? Pues es regla muy verdadera que de la raíz de la caridad no nacen males. No se desagrada en nada a Dios cuando se inmola la víctima de la voluntad sincera; y no hay nada que no le ofenda, cuando en cualquier pingüe oblación uno le sustrae la voluntad propia. Por ello, quien trata de hacer su voluntad, irrita al Señor; y quien dejada la suya se somete a la voluntad de El, aplaca al Altísimo. Sólo en esto consiste lo fundamental de la verdadera justicia. De ahí aquello del Evangelio: «Mi juicio, dice el Señor, es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» [371].

También Moisés en el Levítico dice: «Toda oblación que ofrezcáis a Yavé ha de ser sin levadura, pues nada fermentado ni que contenga miel ha de quemarse en el sacrificio a Yavé» [372]. Pues se ofrece la levadura de la soberbia y de la miel cuando, despreciada la humildad y el amargor de los mandamientos, uno ofrece algo según el gusto de su propia voluntad. Pero el que somete su voluntad propia a los mandatos de la ley en todo lo que ofrezca, le quita al sacrificio la hinchazón de la levadura y la dulzura prohibida de la miel.

En consecuencia, a estos que se olvidan de su propia voluntad, buscando continuamente cómo agradar a Aquel a quien se entregaron, despreciando la alabanza que proviene de los hombres, no teniendo ni queriendo tener riquezas, ¿qué se les puede asignar de común con los hipócritas? [373].

Te admirarás, sin embargo, que se diga que alguien se retiró a los Cartujos con el fin de alcanzar una alta posición, llamado a ella por esa comunidad de santos varones, y que después, volviéndose atrás, había manifestado con el testimonio de sus obras qué es lo que había pretendido. Pero este tal tiene su propio juez, y nunca pudo conseguir, a pesar de todo, que quedara denigrada la gloria de esa santísima orden. Respecto de la orden de Granmmont, nada he oído hasta el presente de persona admitida en ella; y ojalá que nunca sea recibida o que sea tal que nunca desluzca con actos puramente humanos la belleza de tan singular elevación. Unos tienen

---

371 Jn 5, 30.
372 Lv 2, 11.
373 Cf. Mt 24, 51.

a Basilio como maestro, otros a Benito, otros a Agustín, pero éstos [374] tienen a Jesucristo, el Señor, como único maestro.

Aunque haya ensalzado a estas dos órdenes —menos, sin embargo, de lo que merecen—, nada he presentado (Dios sea testigo) que fuera en ultraje de otros que proceden rectamente en sus respectivas órdenes. Santos son ciertamente los Cistercienses, santos los Cluniacenses, santos los monjes y canónigos regulares, y entre ellos, como difiere en claridad una estrella de otra, unos son más santos que otros. Y por más que una orden pueda preceder a otra, en cualquiera de ellas se encontrarán posiblemente quienes puedan equipararse a los santos más encumbrados. El primer grado y título de gloria singular corresponde, sin duda, a los vírgenes; sin embargo, entre los célibes y casados hay, quizá, quienes deban ser antepuestos a muchos vírgenes. La Iglesia católica profesa que los mártires deben preceder a los confesores, y, sin embargo, no vacilará posiblemente en igualar en algún punto a ciertos confesores con algunos mártires.

Y no es que por esto algún sacerdote secular, como yo, pueda compararse con las antedichas órdenes, porque con dificultad puede ninguno de ellos equipararse a un monje incluso poco fervoroso. Pues si alguno de entre nosotros ayuna todo el día desde las Idus de sep-septiembre hasta Pascua [375]; asiste a las vigilias nocturnas y se abstiene de comer carne; desconoce toda mancha carnal; no falta nunca o rara vez, y esto por justa causa, a las horas correspondientes; no excede los límites de la sobriedad; impone a sus labios la cauta guarda del silencio y borra los excesos diurnos con la diaria reparación; cumple de inmediato lo que se le manda sin vacilación, y sufre con paciencia no sólo la acritud de las palabras, sino también la de los azotes, como enmudece la oveja en manos del esquilador [376]; ¿quién no admirará en él a un hombre de virtud egregia y mérito singular, y le alabará con reverencia como verdadero varón apostólico e imitador literal de Cristo? Pues estas cosas las hacen los monjes claustrales, incluso los poco fervorosos, por obligación. En esto se diferencian de los interesados, en que ellos hacen por amor lo que éstos son urgidos a hacer por el estímulo de la necesidad, y con frecuencia contra su voluntad.

Hay, sin embargo, quienes van vestidos como todos y a los que no me atrevo a llamar seculares, cuando en los tales nada puede calificarse de secular, si no es lo que les une en la pasión carnal

---

[374] Es decir, los monjes de Granmmont.

[375] Es decir, hasta la hora nona (las tres de la tarde), y en Cuaresma hasta el final de la tarde.

[376] Cf. Is 53, 7.

al mundo. Así como nada vale ser incircunciso o estar circuncidado, sino la observancia de los mandamientos de Dios, de la misma manera, con permiso de los religiosos, diré que nada vale el monacato ni el canonicato si se abandona la observancia de los mandamientos. Al fin y al cabo, estas cosas aprovechan, si uno observa la ley. Pero si alguien guarda la ley sin ellas, no le llamaría en modo alguno secular. En cualquier caso, demos gusto a los religiosos; sean seculares por ahora aquellos a quienes un hábito oscuro no les diferencia de los demás. No hay ninguna pérdida de reputación en el nombre, a menos que también la vida sea secular.

Algunos se indignan de que yo, secular de hábito y pecador en la vida, publique estas cosas acerca de los religiosos, y me acusan de rebajar a los demás mientras ensalzo a los cenobitas. Contra esto apelo no a César, sino a Benito, quien al tiempo que denuncia a los monjes que vagabundean lejos de sus monasterios o sin regla propia, recomienda manifiestamente a los cenobitas [377]. Mi autoridad es Jerónimo, aunque algunos monjes le escuchen menos benévolamente porque parece haber antepuesto a los clérigos en algún aspecto. Es mi autoridad, digo, en cuanto a que el vestido no establece ninguna diferencia religiosa, sino que sea cualquiera el hábito, el que teme a Dios y practica la justicia le es acepto [378]. Asimismo dice: «Evita el fasto, tanto en los vestidos negros como en los blancos. De igual forma deben rechazarse el ornato y la vileza, porque aquélla denota lujo, y ésta, ambición. Lo laudable no es el andar sin manto de lino, sino el no tener dinero para vestidos de lino» [379].

Parece referirse claramente a una secta de nuestro tiempo, es decir, la de los hombres que profesan una regla un tanto irregular; y escucha lo que añade en esta materia, para que veas si puedes reconocerlos a través de sus palabras: «Por otra parte —dice—, es ridículo y absolutamente deshonroso, jactarse con la bolsa repleta, de no tener un pañuelo o una servilleta. Hay quienes dan poco a los pobres con el fin de recibir más, y bajo el pretexto de la limosna, buscan la riqueza. Esto debe ser calificado de rapiña más que de limosna. Así se cazan las bestias, las aves y los peces. Se pone un poco de cebo en el anzuelo para atraer con él los bolsos de las señoras importantes. Ciertamente es mejor no tener qué distribuir, que pedir desvergonzadamente para distribuir» [380].

---

377 Cf. S. Benito, *Regla,* c. 1.
378 Cf. Hch 10, 35.
379 Jerónimo, *Epistolae* LII (a Nepociano sobre la vida de los clérigos y de los monjes), n. 9 (Migne, PL 22, 535).
380 Ib.

Ni los hermanos Hospitalarios ni otros tienen por qué quejarse de mí en este punto. Pues quien dice estas cosas es doctor de la Iglesia, y quizá Jerónimo no se refirió a ellos. Aunque yo no la conozca, ellos conocen su regla. Pero yo conozco la regla de la verdad, por la que me consta que «la religión pura e inmaculada ante Dios Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación y conservarse sin mancha en este mundo» [381]. Esta es la regla de todos los seglares, y se les trata bien si la cumplen fielmente. Más todavía, el profeta expresa en sí mismo la regla de los que viven en el descanso sagrado de Dios, cuando dice: «Siempre tengo ante mí al Señor. Si El está a mi diestra, nunca resbalaré. Por esto se alegra mi corazón» [382]. Y lo mismo María, lejos de la muchedumbre y, según el Evangelio, sentada a los pies del Señor para escuchar su palabra [383].

Pero para cerrar el tema acerca de los hipócritas, quede constancia clara de lo que el bienaventurado Job sentencia sobre esta gente: «Sé ya de siempre —dice—, desde que vive el hombre sobre la Tierra, que es breve la exultación de los malvados y dura un instante la alegría del hipócrita. Si hasta el cielo subiere su arrogancia y tocare en las nubes su cabeza, al final perecerá como un estercolero» [384].

CAP. 24: *Sobre los envidiosos y detractores.*

He aquí cuán miserable es el fin de los hipócritas, que perecerán, según el testimonio de la palabra sagrada, como un estercolero, que es lo más inmundo que existe. En vano procuraron la apariencia de las buenas obras, pues, si fueran buenas, cierto que no se perderían en absoluto. Para satisfacer los deseos de la carne, que se rebela contra el espíritu, soportaron muchas cosas en hambre y sed, en frío y desnudez y en circunstancias semejantes [385], con las que la perla preciosa de Cristo podría haber sido comprada. Pues las obras de la carne no consisten solamente en la impureza o la gula, ya que al dirigirse el Apóstol a los gálatas demuestra que aparecen en muchos

381 Sant 1, 27.
382 Sal 15, 8-9.
383 Cf. Lc 10, 39.
384 Job 20, 4-7.
385 Cf. 2 Cor 11, 27.

vicios, como son la fornicación, la impureza, la avaricia, la lujuria, la idolatría, la hechicería, los odios, las discordias, las rivalidades, las iras, las rencillas, las disensiones, las herejías, los sectarismos, las envidias, los homicidios, las borracheras, las orgías y cosas por el estilo que quienes las cometen no poseerán el reino de Dios [386].

Por tanto, ya se dirijan las obras a un fin de impureza y de lujuria, ya a un término de vanagloria o de avaricia, incurren en la muerte, puesto que son despojadas de su fin propio. De donde el mismo Apóstol: «No seamos codiciosos de la gloria vana, provocándonos y envidiándonos unos a otros» [387].

Con razón enumera prudente y acertadamente los vicios por los que se da a conocer la falsa justicia, ya que la hinchada arrogancia lanza fácilmente su provocación a aquello de donde juzga que le puede provenir victoria, y los celos envidian a aquellos que juzgan ser superiores o iguales. Me atrevería a pensar que no hay nada, ciertamente, más miserable que esto, aunque ninguna miseria mueva menos a la misericordia —y con razón— que la calamidad de quienes voluntariamente rechazaron la felicidad.

¿Quién puede compadecerse de aquellos que por el veneno de la malicia prefieren ser miserables a ser felices? Ya los Santos Padres confirmaron que la felicidad se basa en la virtud, y que no puede darse virtud alguna sin caridad. Su fruto está ciertamente lleno de gozo, según el testimonio del Apóstol, que contrapone claramente a las obras de la carne las obras del Espíritu, que llevan a la vida; cuales son la paz, la paciencia, la magnanimidad, la bondad, el gozo, la mansedumbre, la continencia y la castidad [388].

Por tanto, los que cortan estas ramas de virtud de la tierra de su corazón y matan de raíz la caridad de la que brotan, ¿por qué camino van a la felicidad? Verdaderamente que no hay nada que ataque más a la caridad que el veneno de la envidia. Pues, como pensaron los filósofos, la envidia es la tristeza que se origina por la visible prosperidad de otro [389]. Ahora bien, si alguien se entristece por la visible prosperidad del tirano o de un ciudadano perverso, no se desfigura en absoluto por la mancha de la envidia. Pues también apena a los buenos que, para ruina de muchos, tengan éxito los que parecen más inclinados al mal.

En consecuencia, si la envidia se aflige por los bienes ajenos, está claro que dista muchísimo de la caridad, que no busca el bien propio,

---

386 Cf. Gál. 5, 19-21.
387 Ib., 26.
388 Ib., 19-23.
389 Cf. Cicerón, *Tusculanae Disputationes* IV 8 § 17.

sino el del prójimo. La caridad no cuenta como propio ningún bien, ni cuenta como ajeno ningún mal; se compadece de los males ajenos y entrega sus bienes al prójimo, pues une también los ánimos para que quieran y rechacen las mismas cosas.

Dice el gran padre Agustín: «Despójate de la envidia; lo mío es tuyo y lo tuyo mío. Y posiblemente no habrá nada mío o tuyo, sino que todo será nuestro» [390]. Pues la envidia es la que desea que le falte al prójimo lo mismo que quiere que le falte a ella, y si no le falta, sufre y se siente desgraciada, y con frecuencia se atormenta por lo que no desea, al verlo presente en el prójimo. Y está bien que sea así, ya que dice el moralista:

> Nada más justo que la envidia, que, atormentando
> el alma, consume rápidamente a su mismo autor [391].

No creas que el tormento es leve, ya que los tiranos de Sicilia no pudieron inventar ninguno más grave. Aunque con el velo de la figura poética, Nasón [392] pintó esta peste con elegancia y verdad:

> La lividez se apodera de su rostro, todo su cuerpo enflaquece;
> su mirada anda errante; un sarro purpúreo cubre sus dientes;
> su pecho verdea de hiel, su lengua está inundada de veneno.
> Falta la risa, a menos que la vista de sufrimientos la haga brotar,
> y apenas tiene lágrimas porque nada le parece digno de lástima.
> No goza del sueño, excitada por preocupaciones que desvelan,
> pero ve con despecho los éxitos de los hombres
> y se consume viéndolos, y desgarra y se desgarra al mismo tiempo,
> y ése es su suplicio [393].

No es menos verdadera la descripción, aunque el autor aplique la disposición del cuerpo a algo incorpóreo, ya que la fuerza de la figura que se llama *sarcofegia* o *sarcographia* estriba en que atribuye legítimamente rasgos corporales a las cosas corpóreas. Debe tenerse especialmente en cuenta que ninguna fuerza de la bondad o de la Naturaleza apaga la llama de la envidia, pues también describe [394] a la Envidia removida por las fuerzas y la hermosura de Palas [395].

---

390 Cf. Agustín, *In Joannem Traetatus* XXII 7 § 8 (Migne, PL 35, 1646).
391 Se trata, según S. Jerónimo, de un verso traducido del griego, que él cita.
392 Publio Ovidio Nasón.
393 *Metamorfosis* II 775-782.
394 Es decir, Ovidio.
395 Cf. o. c. II 773-774.

Y la hermana excitada no pudo soportar el feliz matrimonio de su hermana, ni ser inducida a cumplir la fidelidad prometida a su divina hermana [396].

Muchas veces quiso morir para no contemplar cosa semejante [397].

La envidia movió a los patriarcas al crimen de parricidio contra el hermano, para que no se pudiera revelar impunemente el don que el Espíritu mostraba en sueños al inocente. Así, el hermano inocente es condenado a la esclavitud, el padre a la pérdida del hijo y, frustrando el plan de gracia de Dios, la iniquidad consiguió para sí del justo Juez el hambre, el yugo de la esclavitud, la calamidad del exilio, las calumnias de los egipcios, la crueldad del Faraón. Las manos de José se emplearon en trabajos serviles, y esos trabajos, que continuaron con el barro, el ladrillo e incluso la paja, están considerados como indignos [398].

Mira que muchos son impulsados por iguales estímulos de envidia a oponer los obstáculos que puedan a la gracia y esforzarse en impedir la disposición del Altísimo. Si llegan a imaginar medio en sueños que alguno obtiene ganancias, le ponen obstáculos y le rechazan, como si abandonaran a un hermano a los ismaelitas. Aunque no maten, mancillan la sinceridad misma, y para excusarse del propio crimen muestran la túnica ensangrentada del inocente. Pues veo cumplirse esta descripción en muchos que se consumen con cualquier situación de suerte propicia, y quisieran para sí mismos que la fortuna les fuera adversa con tal de que otros fueran perjudicados más gravemente. Y si has de creer a Esopo o Aviano, verás a quien se alegra de que le arranquen un ojo con tal de que el prójimo pierda los dos. La única forma de evitar la envidia es convertirse en miserable. Pues es bien conocido, según un antiguo proverbio, que sólo la miseria desconoce la envidia, y que la fortuna más miserable es la del hombre a quien no se le envidia [399].

Se dice de Platón que, sintiendo la envidia de sus condiscípulos, preguntó a Sócrates de qué forma podría evitar la envidia de los hombres. Sócrates le respondió: «Sé como Tersites.» Y es que cuando los envidiosos sufren, desean que los demás participen de su miseria, buscando por todos los medios causar daño, y juzgan que la misma inocencia es de alguna manera imagen de la muerte. De aquí que

---

396 Se refiere a la fábula de Aglauro, envidiosa de su hermana Herse, amada por Mercurio. Cf. *Metamorfosis* II 708 ss.

397 Ib., 812.

398 Cf. Ex 1, 14; 5, 7.

399 Cf. Ovidio, *Pónticas* II 2, 31.

Virgilio (para que por uno aprendas lo que dicen todos), observando al envidioso, diga:

> Y si no hubieras hecho algún daño, estarías muerto [400].

Ninguna actitud es menos conveniente que ésta para el filósofo o el varón que tiene peso por su autoridad y conducta. De aquí que Sócrates, no aquel antiguo, sino el que alaba Casiodoro en su *Historia tripartita* como narrador de hazañas, diga: «Cuando Juliano expulsó de su palacio a los peluqueros y cocineros, hizo una obra digna no sólo de un emperador, sino también de un filósofo; pero hacerlo para desacreditarlos y destrozarlos no fue propio ni de un filósofo, ni de un príncipe» [401].

Cuando por cualquier motivo fallan las obras, uno se precipita hacia la malicia de la detracción. Esta es en verdad descendiente indudable de la envidia, y proclama con prueba manifiesta que la caridad está ausente de ella. Unas veces destruye los bienes ajenos, otras, los rebaja; finge males que no existen, o los aumenta y encarece cuando existen. La caridad no actúa perversamente; ésta, al contrario, se alegra únicamente con la perversidad. Al enumerar los muchos vicios de los gentiles, el Apóstol puso a los detractores en último lugar y casi en la cima de los males (o en el abismo, diría con más acierto) [402], y, expresándose con un calificativo singular, los designa como enemigos de la bondad divina y como los únicos odiosos para Dios. Yo, por mi parte, pensaría que son, entre todos, más odiosos para Dios porque, escondiendo su odio para hacer mayor daño y para que se crea más plenamente en ellos, predican las alabanzas ajenas y simulan amistad, pero sugieren al término de la conversación alguna pequeña cosa que contradiga las encomiendas precedentes:

> Feliz Proteo por su hijo, y feliz por su esposa;
> a quien todo le hubiera tocado en suerte,
> si borras de su haber el asesinato de Focio [403].

¿Acaso la deshonra de tan gran parricidio no borra, no ya todos los dones de la fortuna, sino los grandes títulos de la virtud por más sublime que ésta sea? Así suena aquello del orador: «Confieso

---

400 *Eglogas* III 15.
401 Cf. Casiodoro, o. c. VI 1 (Migne, PL 69, 1032).
402 Cf. Rom 1, 30.
403 Ovidio, *Metamorfosis* XI 266-268; Ovidio dice «Peleo», no «Proteo».

que Julio Fortunato es un varón fuerte y del que consta que había actuado con gran valor muchísimas veces; sin embargo, me asombraría de qué forma pudo evitar ante justos jueces la condena por las cosas de que se le acusaba, si no me fuera conocida su fuerza oratoria. ¿No es verdad que esto es veneno y que mata de alguna forma la hermosura de una buena obra y, por así decirlo, la vida de la virtud?»

Mucho se ha dicho más arriba acerca de los gnatónicos [404], pero ¿quiénes diría que son peores: los gnatónicos o los detractores? No está suficientemente claro. Pero en los escritos de los antiguos encuentro ambos vicios castigados con la muerte. Pues los atenienses castigaron con la pena capital a Timágoras por adular al rey Darío según la costumbre del pueblo persa, mientras le daba la bienvenida [405]. Y el Senado de los lacedemonios ordenó que Carístulo fuera ejecutado porque prefirió denigrar los hechos de los varones ilustres en vez de censurarlos abierta y virilmente. Pues en las comunidades bien regidas siempre fue lícito que cada uno se valiera de su propio juicio y reprendiese abiertamente lo que no le parecía en modo alguno bien hecho. Ya que la libertad aprueba esta facultad de reprender cuando se apoya en la caridad, y sólo la locura de los tiranos la aborrece y la impide.

Por lo demás, verás que los detractores y envidiosos abundan en la Corte de tal manera como si confluyeran en ella, cual sentina de todo el orbe. No existe grupo de personas que vivan juntas, a menos que sea muy religioso, al que no llegue el aguijón de la envidia. En todas partes, quienes brillan con los méritos más ilustres son los más acremente mordidos por el diente envenenado de la envidia.

> Pues quema con su fulgor quien supera los talentos
> de los demás; ese mismo será amado una vez desaparecido [406].

Pero más que nadie los siervos censuran a sus señores y los súbditos a sus gobernantes. Pues lo mismo que la de los siervos, la clase de los súbditos se queja con frecuencia y acusa de que son injustamente oprimidos, o que sus ocupaciones son remuneradas indignamente, o que los cargos públicos se administran de mala manera. Y rara vez encontrarás a quien no sea de alguna manera detractor del que gobierna, aunque a veces todo se lleve con rectitud. Relee

---

404 Cf. Libro VI cc. 27, 30.
405 Cf. Valerio Máximo, o. c. VI 3 ext. 2.
406 Horacio, *Epístolas* II 1, 13-14.

a los escritores de comedias, maneja a los autores de tragedias: casi siempre verás que los siervos de una familia son ingratos con su señor. Y te admirarás de que esta costumbre esté presente no sólo en la Corte, sino también en la escuela, en el claustro y en el capítulo de los canónigos, si es que se pueden comparar los vicios domésticos con las costumbres públicas.

El venerable padre Gilberto Herefordense[407], obispo, solía contarme esta actitud de los monjes, que confesaba haber experimentado en sí mismo. Porque habiendo ingresado en el monasterio[408], todavía fervoroso con el ardor que había experimentado recientemente, denunciaba la pereza de los encargados. Poco después, ascendido un tanto, se compadecía de sus compañeros monjes, pero todavía no perdonaba a sus superiores. Algo después subió a la categoría de prior, y, compadeciéndose de los priores, no cesó de criticar a los abades. Incluso fue hecho también abad; y, mostrándose favorable a sus colegas abades, comenzó a fijarse en los vicios de los obispos. Al fin, ya obispo[409], perdonó a sus colegas en el episcopado. No pienso, sin embargo, que padeciera el vicio de la envidia, sino que, siendo varón prudente, expresó con elegancia lo que de alguna forma es innato a los hombres. Y quizá el susodicho padre se impuso esto para que, unido por propia voluntad a la multitud de los que lo padecen, fuera escuchado más benignamente.

Con razón Julio César, oída la muerte de Catón, se compadeció al fin de los trabajos e infortunios del difunto y lloró al egregio ciudadano liberado de las cosas humanas[410]. Sin embargo, confesó públicamente que también Catón había envidiado su poder y que él mismo envidiaba la gloria de Catón.

El personaje del anciano de la comedia *Andria* enseña el camino libre de envidia y más expedito hacia la gracia, cuando cuenta que el hijo respeta a todos y no hace daño a nadie[411]. También el padre Agustín dice que el diente canino de la envidia lo evitará la humildad sumamente cautelosa, o lo rechazará la verdad muy sólida.

Nadie se salva de los aguijones de la detracción con otra virtud, pero el espíritu sano no desprecia en absoluto la medicina de la

---

[407] G. Foliot, luego obispo de Londres y principal adversario de Sto. Tomás de Canterbury. Cf. G. G. Perry, *Dictionary of National Biography*, s. v. Foliot; *Historia Monasterii Gloucestrensis* (ed. Hart I 18).

[408] Fue monje cluniacense.

[409] Fue promovido a la sede de Hereford en 1148.

[410] Cf. Valerio Máximo, o. c. V 1 § 10.

[411] Cf. Terencio, *Andria* I 1, 35 ss.

sincera reprensión, aparte de que legalmente se castiguen las afrentas y los libelos infamantes. Pues

> si alguien ha compuesto versos dañosos contra alguno,
> para eso están el derecho y el juicio[412];

y hace tiempo que es aceptada la ley contra quienes injurian, y que el coro de los que presumen y abusan de su desatinada libertad

> torpemente, guardó silencio, una vez suprimido el derecho de causar daño[413].

CAP. 25: *Sobre el amor y apoyo de la libertad; sobre los antepasados que soportaron con ánimo paciente la libertad de hablar; y sobre la diferencia entre el ultraje y la broma.*

Por tanto, la libertad juzga de cada cosa según su elección, y no teme reprender lo que va en contra de las sanas costumbres. Fuera de la virtud, no hay nada más glorioso que la libertad, si es que la libertad se distingue con razón de la virtud. Pues para todos los que juzgan rectamente es patente que la verdadera libertad no tiene otro origen.

Por eso, porque existe la certeza de que la virtud es el bien sumo en esta vida y la única que es capaz de sacudir el yugo pesado y odioso de la esclavitud, juzgaron los filósofos que, si es necesario, hay que morir por la virtud, que es el único motivo de vivir. Ahora bien, la virtud no puede darse sin libertad, y la falta de libertad prueba que así no puede existir la virtud perfecta. Por tanto, un hombre es libre en proporción a sus virtudes y florece en la virtud en la medida en que es libre; por el contrario, sólo los vicios introducen la esclavitud y someten al hombre a las personas y a las cosas con indebida servidumbre. Y aunque a veces la esclavitud respecto a una persona parece más digna de compasión, en realidad la esclavitud de los vicios es siempre mucho más desgraciada. ¿Qué hay, pues, más amable que la libertad? Qué cosa más apetecible para el que estima la virtud?

---

412 Horacio, *Sátiras* II 1, 82-83.
413 Horacio, *Arte poética,* 284.

Leemos en los libros que los más egregios príncipes la impulsaron y que nunca la pisotearon más que los enemigos públicos de la virtud. Los conocedores del derecho saben lo mucho bueno que se ha legislado con ayuda de la libertad, y por el testimonio de los historiadores son de todos conocidas las grandes hazañas llevadas a cabo por su causa.

Catón bebió el veneno, eligió la espada y, para no prolongar un instante una vida deshonrosa, aplicó su mano a ensanchar su herida y derramó su sangre generosamente con tal de no ver reinar a César. Bruto utilizó sus armas de ciudadano para librar a Roma de la esclavitud, y la sede misma del Imperio prefirió sufrir siempre las duras consecuencias de la guerra antes que soportar el más suave señorío. Paso a hablar del sexo débil. Las esposas de los teutones rogaron al victorioso Mario, por amor a la castidad, que las entregase como ofrenda a las vírgenes vestales, prometiendo también que en adelante se abstendrían del comercio carnal, y, al no ser escuchadas, se quitaron la vida la noche siguiente, ahorcándose, para no ser esclavas ni padecer mácula en su castidad [414]. Si pretendiera contar cada uno de los casos de este género, antes faltaría el tiempo que los ejemplos.

El ejercicio de la libertad es, pues, eximio y sólo desagrada a quien vive de una forma servil. Las cosas que se dicen o hacen libremente están exentas tanto de temor como de temeridad, y cuando se procede rectamente merecen alabanza y favor. Pero cuando bajo especie de libertad, la temeridad deja suelta la vehemencia que la anima, se acarrea la reprensión. Y suele ser más grata para los oídos del vulgo que frecuente en el espíritu de los muy prudentes, ya que se protege más con el dejar hacer de los demás que con sus propios recursos. Con todo, es propio del hombre prudente y de gran saber dar rienda a la libertad y recibir con paciencia cualesquiera palabras procedentes de su ejercicio. Y no se opone a sus actos, con tal de que no conlleve detrimento de la virtud. Pues al brillar ésta por sí misma, aumenta más aún su glorioso resplandor con el mérito de la paciencia.

Al ser interrogado cierto individuo de los privernates qué clase de paz tendrían en el futuro los prisioneros de su pueblo si se les dejase libres, respondió al cónsul de los romanos: «Una paz perpetua, si nos la otorgáis con ánimo favorable; poco durable, si lo hacéis con encono.» Ante respuesta tan libre, los privernates no sólo consiguieron el perdón para su rebelión, sino la gracia de

[414] Cf. Valerio Máximo, o. c. VI 1 ext. 3.

la ciudadanía romana por el hecho de que un privernate se hubiera atrevido a hablar así en el Senado [415]. Un cierto Filipo actuó libremente contra el estamento de los senadores y, reprochándoles su lentitud desde la tribuna, dijo que necesitaba otro Senado. No se conmovió por ello la serenidad del Senado, como tampoco se turbó la prudencia del cónsul Filipo cuando un acusado a quien había mandado prender por un lictor, le dijo: «No eres tú mi cónsul, querido Filipo, porque yo no soy tu senador» [416].

Entre los demás brilló en este aspecto Pompeyo Magno. Pues al acusar Cneo Pisón a Malio Crispo y ver que a pesar de ser claramente culpable se libraba de condena por el favor de Pompeyo, se enardeció en su acusación con ímpetu y entusiasmo juveniles y le echó en cara graves faltas al prepotente defensor. Interrogado después por éste por qué no le había acusado también de salir fiador del reo, le dijo: «Sal fiador, si se te pide, de que no vas a promover una guerra civil, y entonces reuniré también a los jueces en consejo contra ti antes que contra Malio» [417]. De esta forma mantuvo su acusación contra los dos: contra Malio con procedimiento judicial, contra Pompeyo con su libertad en el hablar, y a aquél le persiguió con la ley, a éste con sus palabras, que eran su única posibilidad.

Cuando el cónsul Gneyo Léntulo Marcelino se quejó en un discurso del excesivo poder de Pompeyo Magno y el pueblo se manifestó a voces de acuerdo con él, dijo: «Aplaudid, ciudadanos romanos, aplaudid y gritad mientras os está todavía permitido; porque si sigue creciendo el poder de Pompeyo, no podréis hacerlo.» Con todo ello, unas veces con quejas insidiosas, otras con lamentaciones por la desgracia, fue puesto a prueba, sin ningún castigo por su parte, el poder de ese ciudadano eximio. Llevando una vez la pierna vendada con una venda blanca, le dijo Favonio: «No importa en qué parte del cuerpo esté puesta la corona», reprochándole sus maneras regias con el agudo pretexto de un pequeño trozo de tela. Pero Pompeyo se mostró totalmente impasible, evitando tanto el reconocer satisfecho su propio poder con un gesto jocoso, como el mostrar su ira con la tristeza.

Asimismo, echando él mismo en cara a Helvio Formiano, hijo de un liberto, que había regresado del averno para acusar a Lucio Libón, amigo de Pompeyo, Helvio dijo: «Del averno vengo como acusador de Libón, pero mientras he permanecido allí he visto a

[415] Cf. ib. 2 § 1.
[416] Cf. ib. § 2.
[417] Cf. ib. § 6.

innumerables inocentes de todas las edades y sexos, que se quejaban de ti con la máxima dureza y a los que tú condenaste inicuamente con ese poderío tuyo insoportable para las personas buenas.» Y continuó señalando ante sus oyentes todas las perversidades reprensibles de Pompeyo.

Así, pues, era posible al mismo tiempo hablar muy mal de Pompeyo y hacerlo con la máxima seguridad. Por eso el actor trágico Deífilo, mientras actuaba en escena, dijo al pueblo señalando con la mano a Pompeyo: «Nuestra miseria es el Magno.» Del mismo modo, al mandar el cónsul Cayo Carbón que los placentinos le entregaran rehenes, Marco Castricio, enardecido por el afán de libertad, se negó a someterse a las amenazas y a la fuerza; más aún, al cónsul que le decía que él tenía las armas le respondió: «Y yo, los años.» Servio Galva, endeudado económicamente con Pompeyo, dijo en un careo en el foro: «Cayo César, yo he dado dinero en fianza por Pompeyo, en otro tiempo tu cuñado, durante su tercer consulado; por él en cuyo nombre soy ahora citado. ¿Qué voy a hacer? ¿Voy a pagar?» Al reprocharle pública y abiertamente la venta de los bienes de Pompeyo había merecido que el tribunal le mandara retirarse, pero aquel corazón más benigno que la misma benignidad mandó pagar de su propio capital la deuda de Pompeyo, que no era suya [418].

Pisístrato, tirano de los atenienses, apremiado por su esposa para que condenara a muerte a un joven que, enamorado de su hija, le había salido al encuentro en la calle y la había besado, respondió: «Si matamos a quienes nos aman, ¿qué haremos con los que nos odian?» [419]. Frase más digna de un verdadero ciudadano que de un tirano y que lavó hábilmente la deshonra de su hija, y más hábilmente aún la suya propia. El mismo Pisístrato contuvo su ánimo y su lengua al ser injuriado continuamente por Trasipo con toda clase de insultos en el transcurso de una cena, y aunque éste llegó a escupirle en la cara con la fiebre de la borrachera, impidió a sus hijos y familiares que tomaran venganza y, al día siguiente, rogándole e incluso exigiéndole espontáneamente Trasipo que le diera muerte, hechas las paces, volvió a admitirle entre sus amigos como antes.

En una ocasión trataba el Senado de la delegación de la provincia de Hispania entre dos hombres de muy distintos medios económicos y estaba entre los oyentes Servio Sulpicio, varón de

---

418 Sobre todos estos ejemplos, cf. ib. VI 2.
419 Cf. ib. V 1 ext. 2.

poco rango, pero de una gran libertad de espíritu. Al ver que el pueblo daba su asentimiento al Senado, Sulpicio dijo: «No me gusta que sea enviado ninguno de los dos, porque uno no posee nada y para el otro nada es suficiente», pensando que para pujar por el mando tan mala consejera era la necesidad como la avaricia [420]. También el legado de los cinnios, que habían levantado sus armas contra el dominio romano, hubiera podido convencer con el peso de sus palabras al cónsul romano Bruto, gobernador de Lusitania, si no hubiera sido romano, pues este pueblo siempre estimó más que los otros la moderación. Porque al ser invitados los cinnios a pagar el tributo de su libertad, el legado respondió que sus antepasados les habían dejado hierro para que defendiesen la ciudad y no oro para que pagasen su libertad a un gobernador avaro.

Pasquelio Junio, varón de gran libertad de espíritu y amplia ciencia, y estimado tanto en su casa como fuera de ella, pero dedicado tan sólo a la filosofía, interrogado sobre qué es lo que le confería una franqueza tan grande para decir lo que quería, respondió: «Dos cosas que temen los hombres: la ancianidad y la falta de recursos. Porque ¿quién va a tener miedo de un anciano sin recursos?» Pirro preguntó a los que habían hablado de él de forma desfavorable en el banquete de los ciudadanos de Tarento, si era verdad lo que había oído. Entonces uno de ellos le dijo: «Si no hubiera faltado el vino, todo lo que te han contado sería juego y broma comparado con lo que íbamos a decir.» Una excusa tan discreta de la embriaguez y una confesión tan sencilla de la verdad transformaron en risa la ira del tirano [421].

Se une a estos hombres de espíritu libre una mujer de sangre bárbara que, habiendo merecido un castigo del rey Filipo, dijo: «Aun condenada, me atrevería a recurrir contra Filipo, pero cuando no esté bebido.» De esta forma despejó la mente del que dormía su borrachera y obligó al ebrio a recuperar su serenidad de ánimo y a que, revisando su causa con más cuidado, le diese una sentencia más justa [422].

Cierta mujer de Siracusa era la única que todos los días, por la mañana, rogaba muy devotamente a los dioses, con votos y súplicas, por la salud del durísimo e insoportable tirano Dionisio. Al conocer éste el hecho y admirado por esta no merecida benevolencia, llamó a su presencia a la mujer y le preguntó por qué

420 Cf. ib. VI 4 § 2.
421 Cf. ib. V 1 ext. 3.
422 Cf. ib. VI 2 ext. 1.

razón o en función de qué mérito suyo hacía aquello. Entonces ella le respondió: «Existe ciertamente una razón para mi modo de proceder. Pues siendo niña y teniendo un tirano duro, deseaba librarme de él. Una vez muerto ocupó el poder otro más cruel; también respecto a éste tuve en mucho que su despotismo tuviera fin. Ahora te tenemos a ti como señor, el tercero después de los anteriores y más inhumano todavía. Temiendo, por tanto, que si tú también mueres, te suceda otro peor, ofrezco mi vida por tu salud.» A pesar de ser muy cruel, Dionisio no se atrevió a castigar un atrevimiento tan lleno de gracia[423]. Porque ¿qué puede ser seguro, si se castigan las virtudes, entre las cuales la libertad ocupa casi el mejor lugar?

Por eso los romanos, así como aventajaron a los demás en otras cosas, tuvieron también más paciencia con lo reprensible. De manera que con tal de tener cuidado en los banquetes y en los lugares donde escasea la sobriedad, el que rechaza y siente repugnancia por la libertad justa parece ignorar lo que es la moderación. Pues aunque encierre en sí un insulto escondido o patente, la paciencia en la reprensión es tenida entre los sabios por mucho más valiosa que el castigo. De aquí que el uso de ultrajes y bromas, incluso contra los varones que tienen la suprema potestad, sea más bien una cosa permitida que legal.

Como enseña Eustaquio en el libro sobre las *Saturnales,* el ultraje contiene un reproche y una ofensa directas. La broma es una forma figurada de morder, porque frecuentemente se encubre con el engaño o la corrección, para que sea distinto lo que se oye y lo que se entiende; además no siempre intenta producir amargura, sino que a veces resulta incluso agradable para aquellos a quienes se dirige. Esta clase de dichos la usa sobre todo el hombre juicioso o educado, especialmente al comer o al beber, ya que entonces es más fácil provocar la ira. Pues así como al que está al borde de un precipicio el más leve empujón le hace caer, así también una pequeña molestia hace montar en cólera al que está henchido de vino o rodeado por él. Por eso en los banquetes hay que abstenerse con especial cuidado de las bromas que esconden en su interior una injuria. Porque tales dichos penetran con mayor expresividad que los ultrajes directos, lo mismo que los garfios curvos se clavan más firmemente que los puñales rectos, y muy especialmente porque los dichos de esta clase provocan la risa en los presentes, con lo

[423] Cf. ib. ext. 2.

cual la injuria queda confirmada como por una especie de asentimiento.

El ultraje es así: «¿Se te ha olvidado que te dedicabas a vender pescado salado?» La broma, en cambio, de la que se dice que es un insulto solapado, es de este tono: «Nos acordamos de cuando te sonabas las narices con el brazo.» Pues si una misma cosa se dice de una u otra forma, resulta ser ultraje cuando se objeta y reprueba abiertamente, y broma cuando se hace figuradamente [424]. Las bromas son menos ásperas, como si fueran mordiscos de una fiera desdentada [425]. Como dijo Tulio [426] contra un cónsul que sólo desempeñó el consulado un día: «Los grandes sacerdotes de Júpiter suelen llamarse "diales"; ahora tenemos cónsules de un día» [427]. Y contra el mismo: «Nuestro cónsul Cannio debe ser hombre que está muy en vela, ya que en su consulado no supo lo que era el sueño.» Y al reprocharle Cannio que no había acudido a él siendo cónsul, le respondió: «Me había puesto en camino, pero me sorprendió la noche.»

Pero del uso del ultraje o la broma y del arte de gobernar se hablará más adelante [428]. Baste por ahora haber mostrado que el hablar en contra es lícito, como es justo el ser correcto. Al final de este tratadillo sólo añadiré a las anteriores una broma de Alejandro. Como el rey Darío, que había experimentado su fuerza en dos guerras, le prometiese una parte de su reino hasta el monte Tauro y a su hija en matrimonio, junto con un millón de talentos, y Parmenio, varón ilustre entre los seguidores de Alejandro, le dijese que él haría uso de ese ofrecimiento, respondió: «Y yo también lo haría si fuese Parmenio», echando en cara tácitamente a su consejero su timidez, con una frase que correspondía a sus dos victorias y digna de que le fuese concedida la tercera, como así sucedió [429].

Por tanto, siempre fue libre y lícito para la libertad, salvas las personas, hablar de los defectos; porque el derecho establece que es lícito decir las cosas que son verdad y concede también a los esclavos, contra sus dueños, la libertad del mes de diciembre [430].

---

[424] Cf. Macrobio, *Saturnalia* VII 3 §§ 2-6.

[425] Cf. ib. § 3.

[426] Es decir, Marco Tulio Cicerón.

[427] Juego de palabras. Se llama «dial» al primero en categoría de los sacerdotes de Júpiter. Pero en latín «dial» significa también lo que dura un día.

[428] Libro VIII c. 10.

[429] Cf. Valerio Máximo, o. c. VI 4 ext. 3.

[430] Se refiere a las libertades concedidas y vividas durante las fiestas Saturnales, que se celebraban en diciembre.

Pues en ese tiempo, sin pedir un permiso que ya consta por el mismo derecho, afilan sus lenguas y sacan a relucir impunemente todo lo que les ha estado atormentando durante el año, y ponen de manifiesto hasta los delitos, siendo así que una vez terminadas las Saturnales, no pueden sin permiso proceder a acusar a sus señores o patronos. Así, pues, hago uso de la libertad de diciembre y obedeciendo a tus mandatos[431], con la protección común del derecho, acuso con convicción todo lo que nos atormenta a ti y a mí, pensando que no es necesario solicitar permiso en las cosas que ayudan a la utilidad pública y son gratas a tu voluntad.

TERMINA EL LIBRO VII

[431] Se refiere al canciller Tomás Becket.

COMIENZA EL LIBRO OCTAVO DEL «POLICRATICUS»

Prólogo

Los navegantes suelen estar agradecidos y recordar con frecuencia a quienes les han ayudado a evitar los peligros de sus rutas. Se encienden fuegos y hogueras, gritan con grandes clamores, y colocan señales, gracias a las cuales las borrascas de Scilla y los remolinos de Caribdis, los escollos ocultos, las corrientes y la fuerza de las Sirtes, pueden ser evitados con fortuna. De la misma manera se debe auténtico agradecimiento a aquellos que advierten de los riesgos que amenazan a la salvación del hombre; quien no se lo agradece, merece sufrir perjuicios, por su ingratitud. Nadie desconoce que la salvación está obstaculizada por los vicios, y que interesa a todos que alguien movido del amor al prójimo nos avise de ellos para poder huir. La vida humana, evidentemente, es más arriesgada que cualquier estrecho, y no se puede llegar a adivinar sus peligros, si no hay quien dé razón de ellos. También me siento urgido hacia esta obra de utilidad pública por el estímulo de tu mandato [1], aunque no encuentre en mí nada que sea capaz de incitar la atención de los oyentes, siendo como soy un hombre desvalido y disminuido, incapaz de despertar las conciencias con mi forma de vivir, de enseñar con mi ciencia y de dar ejemplo con mis obras.

De ahí que muchos me insisten en que calle, diciendo que en la boca de un pecador, ni siquiera es buena la alabanza de la virtud.

[1] Se refiere al canciller Tomás Becket.

Esto lo hacen solamente los que se complacen en el vicio y se deslizan hacia la muerte sin que nadie los aparte de ella, o llegan a salvarse aun a pesar de sí mismos. Pues aquellos a quienes complacen la scosas buenas, no miran quién habla, sino qué es lo que dice, y, ponderando lo dicho por los motivos por los que se habla, agradecen todo lo que sirva, sea donde sea, con tal de que sirva para la virtud.

En consecuencia, no esté atento el lector a quién es el que habla, sino a lo que dice y por qué lo dice, y donde alcance a encontrar algo que esté mal dicho, siendo juez sincero y sin dejarse llevar por la envidia, el odio u otro sentimiento, diga en qué he hablado mal, y si he hablado bien, no me hiera.

Además, no doy demasiada importancia a que se ataque sin razón mi inocencia por los mismos hombres perversos a los que deseo ayudar corrigiéndolos, si tú en cambio me acoges benigna y favorablemente. Y por mucho que tenga que soportar ahora, espero, con la gracia y favor de Dios —que es lo que me estimula para escribir—, que no le faltará a mi trabajo la buena acogida de la posteridad. Sé que los juicios de los contemporáneos se mueven muchas veces, a favor o en contra, guiados por el amor o el odio.

No hay, con todo, nada en la presente obra que no se apoye en la razón o en la autoridad de autores anteriores. Sin embargo, dejo al lector el decidir en qué les debe hacer caso, para que no se me atribuya el vicio o la mala fama de mentir. Y basta ya de estas cuestiones. Vayamos ahora al terreno de los epicúreos y examinemos públicamente lo que estimaron como cierto. Sabemos, en efecto, que pertenecen sin duda a esta escuela aquellos que sólo sirven en todo a su propia voluntad.

CAP. 1: *Que los tipos como Gnatón dependen de los que son como Trasón*[2]*; y de los siete vicios principales y sus consecuencias, según el bienaventurado Gregario; y que la vanagloria tiene un origen noble.*

Trasón es, sin duda, uno de los más insignes tipos de la familia de los epicúreos; aunque no haya sido el primero en existir, debe,

[2] Personaje de *El eunuco,* de Terencio.

sin embargo, ser tenido como el más eminente de todos o, al menos, como uno de los más importantes. Y, tanto es así que, aun siendo un inepto, toda la turba de los gnatónicos [3] le sigue fervorosamente. Y quizá el comediante inventó el personaje de Gnatón como siervo del «miles gloriosus» para insinuar así, con elegancia, que en la vida real y en la forma de comportarse, los que son como Gnatón sirven a los que son de la raza de Trasón. Sin embargo, depende tanto una raza de la otra, que ninguna de ellas podría existir sin esa mutua dependencia. Pues, por un lado, las acciones de Gnatón no tendrían consistencia, si no existiera el «miles gloriosus», y quizá la arrogancia de Trasón se desvanecería sin los engaños de Gnatón. Tal vez desprecias a *El eunuco,* de Terencio, pero este autor en *El eunuco* ha conseguido retratar la vida de casi todos. Y con tanto más acierto critica a todos cuanto con más tacto, a través de un argumento imaginario, pone al descubierto los vicios humanos, sin injuria de nadie.

Si buscas un autor de más categoría, hay otros muchos que han denunciado la «cenodoxia». Según los padres [4], la cenodoxia es la gloria vana que infla la mente y el oído y que no aporta nada a los hombres por encima del bien de la sólida virtud. Y, dado que la soberbia es el origen de todo pecado, ésta es la primera hija que engendra. Pues de esta virulenta raíz de la soberbia arrancan los siete vicios principales, que se llaman así por contraposición a otros menores, que nacen de ellos en gran número, como los cabellos de la hidra. Para conocer con más exactitud sus nombres y especies, observa cómo pintó el beatísimo Papa Gregorio en su libro *Moralia* este dañoso árbol [5]. Distingue, pues, este Papa las ramas principales de esta planta, de modo que la primera es la vanagloria; la segunda, la envidia; la tercera, la ira; la cuarta, la tristeza; la quinta, la avaricia; la sexta, la gula, y la séptima, la lujuria. Por eso el Salvador, que sufrió al vernos cautivos de estos vicios nacidos de la soberbia, lleno del Espíritu por el que se nos comunican los siete dones, vino también a liberarnos en esta lucha espiritual. Pues siendo cinco de los vicios espirituales y dos carnales, cada uno de ellos se vincula hasta tal punto con el otro, que no se engendra sino a partir de él. Y cada rama se extiende con tanta profunsión a través de otras ramas más pequeñas, que llegan casi a cubrir el mundo entero, enraizado en los vicios.

---

[3] Es decir, de los parásitos, como lo es Gnatón respecto de Trasón en *El Eunuco.*

[4] Cf. Casiano, *De Coenobiorum Institutis* XI (Migne, PL 49, 397 ss.).

[5] Cf. XXXIX 87-89 (Migne, PL 76, 621).

Pues de la vanagloria arrancan la desobediencia, la petulancia, la hipocresía, las contiendas, la pertinacia, las discordias y el ansia de novedades. De la envidia nace el odio, la murmuración, la difamación, el alegrarse del mal del prójimo y el afligirse por sus éxitos. De la ira se derivan las peleas, la cólera, las injurias, los gritos, las indignaciones y las blasfemias. De la tristeza surge la malicia, el rencor, la pusilanimidad, la desesperación, la desgana para cumplir los mandamientos, el detenerse en malos pensamientos. De la avaricia brotan la traición, el fraude, el engaño, los perjurios, las inquietudes, la violencia y la dureza inmisericorde de los corazones. De la gula se deriva la alegría sin sentido, la chocarrería, la inmundicia, el hablar demasiado, el embotamiento de los sentidos ante cualquier cosa que suponga trabajo de la mente. De la lujuria, la ceguera de la mente, la falta de consideración, la inconstancia, la precipitación, el amor egoísta, el odio a Dios, los afectos desordenados a las cosas de este mundo, y el horror y la desesperación ante el futuro.

El doctor explica, además, cómo se dan mutuamente origen los principales vicios. Porque la vanagloria, primer descendiente de la soberbia, después de haber sojuzgado y corrompido el ánimo, produce en seguida la envidia, pues está claro que, al ambicionar un poder vano, se consume pensando que otro puede alcanzarlo. Por su parte, la envidia engendra la ira, porque en la medida en que el ánimo está herido por esta llaga interior, se pierde la mansedumbre propia del que está tranquilo; y por ello, como cuando le tocan a uno un miembro dolorido, cualquier tipo de oposición se siente, como una mano más hiriente. De la ira emana también la tristeza, porque la mente turbada, por lo mismo que se atormenta sin razón, interpreta mal las cosas, dice inconveniencias y, al perder la dulzura de la paz interior, no se alimenta sino con la pesadumbre nacida de su turbación. La tristeza, a su vez, lleva a la avaricia, pues cuando un corazón confuso ha perdido interiormente el bien de la alegría, busca fuera de sí la fuente del consuelo, y tanto más desea alcanzar bienes exteriores cuanto menos encuentra el modo de alegrarse en su fuero interno. Y así, concluyendo, cada una de estas contravirtudes lleva su fruto de maldición, porque la vanagloria tiende a eliminar a Dios; la envidia, al prójimo, y la ira, a uno mismo; la tristeza ignora lo que es el consuelo; la avaricia, mientras está con los ojos abiertos hacia afuera, se consume en el vacío de su propia voracidad; y para llenar la necesidad que engendra ese vacío cae en los dos vicios de la carne que se apuntan.

Respecto de ellos, de la gula nace la lujuria, ya que, en la misma distribución de los miembros parece que los genitales dependen del

vientre. Y así, mientras uno de ellos se alimenta desordenadamente, el otro es sin duda excitado a desenfrenos. Esto es lo que afirmaba Gregorio o, mejor, el Espíritu Santo por medio de Gregorio.

De aquí queda claro que el que aspira a su salvación ha de extinguir a la primogénita de la soberbia, porque si ésta crece un poco, acaba engendrando de sí, como se ha dicho, los frutos de todos los vicios. Pues aunque en algún caso sea la más importante, no es posible que esté sola. Es evidente, en consecuencia, que si uno se deja llevar por la vanagloria, irá a caer por la pendiente abrupta de los demás vicios. Y con todo, éste es el vicio que se cree más noble y se adueña de tal manera del ingenio humano, que apenas encontrarás una mente, por preclara que sea, que no esté sometida a su imperio. Pues, aunque parezca que tiene un origen noble, su ruinoso proceso de evolución no se conoce hasta que nos ha hecho caer de la altura a la que aspirábamos. Porque los vicios se originan unos a otros, pero la vanagloria hunde la raíz de su origen incluso en la virtud. Porque precisamente por lo que uno sobresale sobre los demás es por lo que fácilmente se engríe, si la gracia no lo modera[6].

CAP. 2: *Que hay pocos que desprecian la gloria; y de los tres puntos de los que extrae materia para la alabanza; y cuál es la verdadera alabanza, cuál la perfecta y cuál ninguna de ellas; y de la moderación en la largueza.*

Apenas hay en realidad quien no procure la gloria vana y no desee la alabanza de los hombres. Unos caminan hacia ella, fundados en la virtud, otros en su apariencia, y otros en los favores de la Naturaleza o de la suerte. En estos tres puntos piensan los oradores que se encuentra la materia para la alabanza. Pues ella debe provenir del alma, del cuerpo o de las cosas exteriores. A su vez, los bienes del alma o del cuerpo son espontáneos, o surgen gracias al esfuerzo, o como consecuencia de otra causa y de la casualidad. Pero en verdad hay aquí cierta gradación según la dignidad de su fundamento o de su origen.

El primer grado lo constituye la alabanza que proviene de las dotes del espíritu. El segundo, intermedio, está en la que es con-

[6] Cf. Boecio, *De Consolatione Philosophiae* II pros. III.

secuencia de la salud o de la belleza del cuerpo. El tercero y último, la que supone una alabanza venida de lo exterior de uno mismo. Lo que acaba de indicar es enseñanza de Apuleyo [7].

Y ciertamente la alabanza del espíritu es la verdadera y, con frecuencia, la perfecta, con tal de que las cualidades que se ensalzan sean tan profundamente inherentes a aquel que las posee, que sean inseparables. Porque es cierto que, si él no quiere, no se le pueden quitar; de lo contrario, aunque verdadera, no podría ser considerada una alabanza perfecta.

La del cuerpo es, ciertamente, parecida a la verdadera, pero nunca podrá decirse que es perfecta, pues aunque uno no quiera, en realidad siempre se le pueden quitar las cualidades; pues, por su naturaleza, el cuerpo puede debilitarse y descomponerse en cualquier momento.

La que proviene de cosas sobreañadidas proviene de una cualidad superficial que no puede fundamentar una alabanza verdadera ni perfecta. Más aún, ni siquiera verosímil. Con ser algo que se le aproxime, ya tiene suficiente; porque las cosas sobreañadidas fácilmente se desvían a una u otra parte, y, a no ser que el que las posee las emplee para bien pueden servir tanto para la alabanza como para el vituperio. Pues al proporcionar muchos recursos, las riquezas, el poder y el favor son una magnífica prueba, en una y otra dirección, de las costumbres de cada cual, ya que con ellas su poseedor se hace unas veces mejor y otras peor.

Por lo demás, las mismas obras del cuerpo y del espíritu, aunque sean simplemente buenas o absolutamente malas, en unas ocasiones comportan alabanza y en otras vituperio, según el parecer de quien emite el juicio. De ahí que Aristóteles juzgue que es muy importante saber dónde es cada uno alabado o vituperado [8]. Pues importa mucho cuáles son las costumbres de los que oyen y cuáles los criterios imperantes; y enseña en su *Retórica* que deben encontrarse en el que es alabado aquellas cosas que son aprobadas públicamente, y en el que es vituperado, aquellas que odia la gente; y que deberá enseñar, siempre que se pueda, lo que es útil para cada uno (pues todos aprueban lo que aparece como provechoso, aunque lo honesto les parezca a unos una cosa y a otros otra).

Los estudios de letras son menos estimados en Lacedemonia que en Atenas; quizá más, la paciencia y la fortaleza. A unos les

---

[7] *De Deo Socratico*, cc. 21-24.
[8] Cf. Quintiliano, *De Institutione Oratoria* III 7 § 23.

parece honesto vivir de lo que roban, a otros la observancia de las leyes; la frugalidad les parecería seguramente odiosa a los sibaritas; a los antiguos romanos, la sensualidad les pareció el mayor de los crímenes. También hay que tener en cuenta la clase de persona que es alabada, ya que las acciones adecuadas emprendidas voluntariamente en casos de necesidad suelen suscitar la alabanza, y muchas veces depende de quiénes sean las personas, el que una cosa sea considerada honesta o degradante.

En consecuencia, si alguno llega por el camino de la rectitud, esto es, por la virtud, a ser digno de alabanza, se apoya en el verdadero fundamento de la misma. Pero si busca la fama en otra parte, se equivoca totalmente y no llegará a alcanzar lo que parece anhelar. Hay que tener en cuenta que las mismas obras virtuosas son estimadas de más entidad cuando tienen su origen en la liberalidad o la magnanimidad. Y gozan de mayor favor popular y son tenidas por más importantes las que parecen más difíciles o útiles para más gente. Entre ellas sobresale, con mucho, la liberalidad, que mitiga la irritación en el ánimo, disculpa las lenguas de los maldicientes, apacigua las manos hostiles y cubre multitud de pecados ante los demás hombres [9]. Pues los que procuran el favor de las lenguas de los hombres, o las temen, acaban por destruir su propio patrimonio, echan a perder la convivencia, adulan a la gente importante y a la sencilla, y en muchas ocasiones —más parecidos a los cerdos que a los hombres—, viven en la embriaguez y, entre comilonas, fomentan el histrionismo y las burdas imitaciones, favorecen las malas artes, admiten el nepotismo e incitan a las lenguas de los maldicientes a colmar la malicia de su mal hablar, remunerando indebidamente, según los casos, el silencio o la diatriba violenta.

Hay quienes llegan a creer que la máxima y exclusiva utilidad de las riquezas consiste en comer muchas ollas de carne, en tener cotidianas orgías gastronómicas, en no conocer la magnitud del banquete ni el número de invitados, y no llevar cuenta alguna del gobierno de su propia familia. Hasta tal punto, que si alguna vez ves reunidos en el foro a los que dependen de ellos, creerías que se trata de una convocatoria, y no de una turba de gente que come o cena. Sin embargo, esto se da entre los que tienen mucho dinero, aunque los que tienen menos los imitan según sus posibilidades. Pues el que busca la fama, con frecuencia va más allá de sus propias fuerzas, y no mira lo que puede, sino lo que gusta a los de-

[9] 1 Pe 4, 8.

más, y va de cabeza hasta lograrlo. Pero concedamos que algunos ejercitan la liberalidad en razón de la fama más que de su conciencia, ya que no hay por qué cerrar el camino a ninguna virtud. Con todo, es cosa infame e ilícita fomentar con favores a los comediantes y otras profesiones obscenas.

Cuenta Valerio [10] que la ciudad de Marsella era tan consciente de la necesidad de custodiar la virtud, que no permitía en absoluto a los bufones o comediantes que representaran en el teatro comedias cuyos argumentos consistieran principalmente en actos de estupro, para que la costumbre de tales espectáculos no engendrase el libertinaje de imitarlos.

¿Acaso pueden los cristianos, y menos aún los clérigos, oír en una cena lo que ni siquiera era admitido en escena por los gentiles? Los lacedemonios obligaron a sacar de la ciudad los libros de Arquíloco, porque juzgaban que su contenido era poco honesto y recatado. No querían que su lectura influenciara los espíritus de sus hijos, no fuera a ser que dañase a sus costumbres más de lo que aprovechaba a sus inteligencias. Y así, desterraron a su mejor poeta, o casi el mejor, porque con las obscenidades de sus versos hería su intimidad. Y del mismo modo fue condenada la lascivia de Ovidio. ¿Acaso es lícito oír en los banquetes lo que no se puede oír cuando se está sobriamente sereno?

La misma ciudad cerraba las puertas a todos los que buscaban alimento para su pereza en cualquier simulacro de religiosidad, juzgando que debía ser desterrada cualquier superstición engañosa y poco clara. Sin embargo, los que están sujetos a la superstición constituyen la parte principal de los que se atormentan por amor a la gloria. También aquellos que opinan que el dos se diferencia del uno, oponiendo la cantidad a la cualidad, sostienen que el pródigo y el avaro se diferencian del generoso por un cierto género de oposición, de la misma manera que la timidez es contraria al valor por la cualidad del defecto, al temer la audacia, y la audacia es contraria por la cantidad, al intentar más de lo que debe [11].

Y así, la prodigalidad derrocha en gastos debidos e indebidos, en cosas que no van a dejar ninguno o sólo muy ligero rastro. Según Cicerón, parece que Teofrasto recomendó esta actitud en el libro que escribió sobre *Las riquezas*. En él dice muchas cosas notables, pero resulta absurdo al alabar insistentemente la prodigalidad y la

---

[10] Cf. Valerio Máximo, *Facta et Dicta Memorabilia* II 6 § 7.
[11] Cf. Boecio, *In Categorias Aristotelis* IV (Migne, PL 64, 281).

ostentación en los dones que se hacen al pueblo, y estimar que la facultad de hacer tales gastos es el verdadero fruto de la riqueza.

Cuánto más sería y profundamente ataca Aristóteles estos derroches de dinero, especialmente por el hecho de que ni ayudan a hacer desaparecer las necesidades, ni aumentan la dignidad, y los placeres de un grupo necesariamente reducido son siempre breves; y proceden de un fugaz donante, en el que junto con la satisfacción desaparece hasta el recuerdo del placer. Y juzga bien cuando piensa que esto agrada a los niños, a las mujerzuelas, a los esclavos y a los hombres libres que se les parecen, pero en manera alguna pueden ser consideradas como actitudes coherentes para varones maduros y sensatos [12].

Valerio Máximo, y también el mismo Cicerón, cuentan que en el caso de Alejandro, que con su largueza procuraba ganarse a los macedonios, Filipo censuraba este derroche de dinero, y lo dice con estas palabras en su carta: «¿Qué clase de pensamiento insensato te ha hecho concebir la esperanza de que te son fieles los que has corrompido con dinero? ¿Acaso pretendes actuar para que los macedonios te consideren, más que su rey, su criado o proveedor? Sabes de sobra que esto no es decoroso en un rey y que merece más el apelativo de corrupción que de largueza; pues se hace peor el que se acostumbra a recibir, y siempre está dispuesto a esperar que le den algo. ¿Qué cosa hay más estúpida que actuar con empeño de una forma que luego te va a impedir hacer eso mismo que deseas? Las excesivas larguezas llevan a la rapiña; pues cuando empiezas a dar con exceso, acabas yendo hacia los bienes de los otros. Y así, cuando eres pródigo para ganarte adeptos, consigues más odio en aquellos a quienes quitas, que afecto en aquellos a quienes das. Y por este motivo, ni has de cerrar a cal y canto tu hacienda familiar, de modo que jamás des un centavo, ni has de abrirla a todo el mundo sin reserva alguna. Hay que actuar de tal modo que uno se coloque en el término medio, según las propias posibilidades» [13].

Y ciertamente, fuera Filipo u otro ciudadano, moderó con acierto la falta de equilibrio de esta profusión de dones, profusión que parece llevar a la gloria, pero ésta, como sucede con las meretrices, cuando se acaban los medios, desaparece... Pues el favor que es consecuencia de la fortuna y no de la virtud está muy bien comparado con el amor de una meretriz.

---

[12] Cf. Cicerón, *De Officiis* II 16 §§ 55-57.
[13] Cf. Valerio Máximo, o. c. VII 2 ext. 10; Cicerón, ib. 15 §§ 53-55.

CAP. 3: *Que toda profesión tiene sus Trasones*[14]*; y de las personas que, como las de «El Eunuco», de Terencio, se arriman a los que se pavonean tontamente; y que la vanagloria, como una meretriz, persigue el dinero.*

Como dijimos[15], en cualquier profesión se encuentra el fanfarrón que, con regalos y obsequios, corteja a su Thaïs, es decir, la celebridad y, por decirlo así, el brillo de la fama. Y ciertamente, no le falta ni el Gnatón que le engañe, ni el Fedria que le arrebate la gloria, ni el adolescente que eche a perder sus regalos, ni el bufón Parmeno que se burle de él. Oye lo que dice Gnatón en *El Eunuco,* y mira atentamente si se le puede contar entre los vanidosos:

Hay —dice— una clase de hombres que quieren ser los primeros en cualquier situación.
Pero no lo son; con éstos trato; no les doy pie para que se rían de mí;
sino que soy yo quien me burlo de ellos, y al mismo tiempo finjo admirar su ingenio.
Alabo lo que dicen, sea lo que sea; y si al minuto dicen lo contrario, también lo alabo;
si hay alguno que niega, pues yo niego; afirma algo, lo afirmo;
finalmente, me he impuesto decir que sí a todo.
Esta forma de comercio es hoy la más rentable[16].

¿Viste a alguien así en alguna parte? Más aún, no conocerás a uno siquiera de quienes parecen ser felices que no tenga un esclavo de esta clase, hasta tal punto que siempre encontrarás a un hombre suficientemente inteligente para transformar, como dice Parmeno, a un estúpido en un auténtico loco.

Mira, además, lo que piensa de sí mismo Trasón.

«Se me ha concedido —dice—, sin ninguna duda, que haga lo que me gusta, sin más. Hasta el rey me estaba agradecido, hiciera lo que hiciera, aunque a los demás no les trataba igual. Me tenía siempre ante sí; me confiaba sus ejércitos y proyectos; y cuando, harto de los hombres o de los asuntos, intentaba descansar en alguna parte, para liberar su espíritu de estas miserias, allí me llevaba a

[14] Trasón, como Thaïs, Gnatón y otros, a los que en seguida se nombra, son, como ya se ha dicho, personajes de la comedia *El Eunuco,* de Terencio.
[15] Cf. Libro VI c. 3.
[16] II 2, 17-22.

mí solo para que lo acompañase. Todos me tenían envidia; me mordían con sus sátiras, aunque a mí me importaba un comino: eran unos pobres envidiosos. Yo, por mi parte, corregía abiertamente a los demás; de otros me burlaba ácremente hasta que se desternillaban de risa todos los que estaban presentes; hasta que, al final, todos me temían» [17].

Sin duda, éste era grande ante sí mismo, y en la comedia no hay ninguno que se le parezca. Es digno de que se le introduzca ante Thaïs, aunque se excluya a Fedria, no menos loco por ella. El excluido lo siente, pero su sereno esclavo le recomienda que se aleje de la meretriz y que tenga buen ánimo porque, si se aproxima al fuego, le alcanzarán las llamas más de lo que sospecha; y que no permita que le hieran los ataques de las meretrices, quienes con una falsa lágrima, que apenas consiguen hacer brotar de sus ojos, aplacan la ira de su amante y pasan a acusarle para hacerle sufrir más. Pues es más difícil amar cuerdamente que perder la razón.

Asiste, pues, a la conversación entre Fedria y Thaïs con la condición de callar y guardar lo mejor posible toda verdad que oiga, pero de saltar y hablar abiertamente, si escucha algo falso o fingido. Incapaz de guardar un secreto, va da acá para allá. Acusa a los dos, se mofa de ambos porque ve que la una engaña y que el otro enloquece sin remedio.

Fedria, marginado y lloroso, llega a exclamar en medio de su dolor:

> ¡Oh Thaïs, ojalá
> amáramos de igual manera y sucediera que a ti te doliera tanto como a mí,
> o que a mí me importara tan poco lo que hicieses! [18].

Y Thaïs responde:

> Por favor, no te atormentes, Fedria, vida mía.
> Te lo juro por Pólux: no hice lo que hice porque ame o aprecie más a otros.
> Actué así porque las cosas vinieron así; no tuve más remedio [19].

Parmeno comenta, irónico:

> Me creo plenamente que la pobre mujer ha dejado plantado a este hombre por amor [20].

---

[17] Ib. III 1, 5-13.
[18] Ib. I 2, 11-14.
[19] Ib., 15-17.
[20] Ib., 18.

¿Para qué extenderse más? Los engaños de una meretriz consiguen que un amante ceda su puesto de privilegio a otro durante algunos días, hasta que el nuevo quede más arruinado que si lo hubiera perdido todo. Hay que saber complacer a Thaïs, que sólo admite a los pródigos y derrochadores. Mientras tanto, deliberan los que han sido marginados qué pueden regalarle o enviarle, porque el que hace el último regalo es el que puede más. Cuando ya ha desplumado a uno, vuelve el otro, mientras el primero se queda sumido en la aflicción.

Enloquece entonces el soldado y, empujado por su pena, decide que es mejor morir que soportar una afrenta tan grande. Reúne a su cortejo, planea su guerra y se dispone a asaltar el prostíbulo con todas las fuerzas con que cuenta. Avanza, mientras da vueltas a su agravio con el pensamiento y la palabra. Dice enormidades, se desata en amenazas, pero cuando llega al choque, recordando su anterior amor, le viene a la mente el aforismo militar basado en la autoridad de Escipión, según el cual el hombre prudente debe intentarlo todo antes de recurrir a las armas.

Tiene, pues, un encuentro con Thaïs después de concertar la cita, y defiende así su causa, recurriendo a sus derechos y no a la violencia:

> Thaïs, ante todo contéstame a esto: cuando te di esta doncella, ¿no dijiste que me dedicarías a mí solo estos días?

Thaïs:

> Luego, ¿qué?

(Parece conceder lo que no niega.) Trasón:

> Pero ante mis propios ojos te has traído a tu amante.

Dice ella:

> ¿Qué querella tienes contra él?

Adviértase que por la protección de su amiga, ni siquiera le resulta lícito cambiar unas palabras con el propio rival. Trasón replica:

> Yéndote con él, te has retirado tácitamente de mí.
> Hice lo que me apeteció —responde ella.

Entonces (dice Trasón), devuélveme a Pánfila, si no quieres que te la quite[21].

(Trasón parece pedir algo justo y equitativo, ya que puede reclamarse lo que se ha dado con una condición, si ésta no se cumple.)

¿A qué seguir? Ante los gritos de la meretriz, sus deudos y convecinos se arremolinan, se forma un tumulto, insultan al soldado, oponen resistencia a sus pretensiones, ya las apoye con fuerza o con razón, y conminan al torpísimo bribón a que deje quietas su lengua y sus manos, porque si arma algún jaleo u ofrece resistencia le pueden jurar que se acordará para siempre de aquel sitio y hora y del que le dejó marcado con la quemazón de sus golpes. Cuando demanda a Thaïs, ésta manda a buscar a alguien que la defienda. El soldado, viéndolo todo perdido, se ve forzado a retirarse humillado.

Este es el fruto que cosechan los amantes desafortunados. A ello hay que añadir que otros abusan de lo que ellos perdieron. Y para que su desgracia sea mayor, el que se queda con sus regalos a la meretriz piensa que su éxito no es pleno, si no pregona en los oídos de todos y hace públicas la estupidez y desgracia de los anteriores amantes y su propia fortuna. Escucha lo que dice Quereas, oculto seductor de la doncella Pánfila, entregada como dádiva a la meretriz, cuando se va después de haber engañado a ésta:

¿Hay alguien aquí? Nadie. ¿Ninguno me sigue? Ninguno.
¿Ya puedo proclamar mi contento? Por Júpiter,
ahora puedo permitir hasta que me maten,
no vaya a ocurrir que la vida me enturbie esta felicidad
con algún disgusto.
No hay ningún curioso presente
que me siga y con sus preguntas me machaque, torture y aplaste:
¿Qué hago? ¿Por qué estoy contento? ¿A dónde voy? ¿De dónde salgo?
¿Dónde he conseguido este vestido? ¿Qué pretendo?
¿Estoy en mis cabales o estoy loco?[22].

Después de todas estas preguntas, dice: «Te suplico, Antipo, que me escuches todo lo que tengo que decirte. Fíjate qué día más alegre, qué suceso más feliz; es una historia para ser recordada por todos para siempre.» Y le fue descubriendo también las estratagemas urdidas por su frenesí.

[21] Ib. IV 7, 22 ss.
[22] Ib. III 5, 1-8.

En resumen, creo que todo el argumento se puede reducir hoy a esto: que consta con toda certeza que la amistad de una prostituta no merece confianza alguna. Pues la amistad que proviene de la sinceridad del espíritu es fiel, segura e inmutable; pero la que proviene de las arcas o el dinero es variable, incierta, voluble, y, cuando faltan los medios que la sostienen, se marchita.

> Mientras dura la fortuna, los amigos te miran con rostro benévolo;
> pero cuando se va al traste, te vuelven la espalda, avergonzados [23].

Todo lo que es materia de comercio pasa de uno a otro y va a parar a las manos del que es más rico y más ávido. Nada hay más injusto que este mercado, en el que no basta haber comprado una cosa una vez, sino que hay que estar comprándola siempre, y donde todos reclaman lo ya vendido, si no se les da un precio satisfactorio.

¿Quién puede vender el favor popular? Si es patrimonio público, que lo compren todos. Pues no es lícito que los particulares se apoderen de los bienes públicos. En el adagio popular se dice que el dar sin mirar no tiene fondo. Además, si aquel a quien el favor popular concedió cargos, exige, al modo de Trasón, una celebridad que ha comprado, la fama, como otra Thaïs y aún más infiel que ella, lo hará caer de su puesto, le hundirá y rechazará, después de cubrirlo de oprobios.

El rival le insulta, el corrector consciente se alegra [24], Gnatón apenas murmura mientras quede una brizna de esperanza, o se calla del todo, si pierda la esperanza, y se encamina a otros, pues su consigna es arrimarse siempre a los más prósperos.

CAP. 4: *Que no hay peor vicio que la avaricia, y no puede ser amado quien sea sospechoso de ser avaro; y de la doble fuente de la liberalidad, y cuál es la mejor; y de Considio y Gilia.*

Aunque la prodigalidad sea tenida como algo culpable, estimo, sin embargo, que no debemos dejar espacio a la avaricia. No hay

[23] Petronio, *Satiricón* 80.
[24] Se refiere a Parmeno, el esclavo de Fedria.

ningún vicio peor, ni más detestable, especialmente entre los que detentan algún principiado o magistratura en la vida pública. No hay que evitar sólo la cosa en sí, sino también, además, la simple sospecha de ella; y es totalmente imposible que alguien sea tenido por fiel o digno de amor, si ante las personas graves y circunspectas aparece, con razón, como persona sospechosa de avaricia. Siendo así que la alabanza y el favor humano surgen como de una doble fuente, a saber, de las obras y del dinero, éste resulta más fácil, sobre todo para el rico, pero aquéllas son de más entidad, más relevantes y dignas del hombre fuerte y esclarecido. Pues los que son liberales en su actitud y en su modo de actuar tendrán tantos más cooperadores en hacer el bien cuantos más sean los que experimentan su ayuda. Finalmente, el hábito de hacer el bien les hará más dispuestos para seguir haciéndolo y más preparados para ganar la voluntad de muchos. Si la riqueza propia es capaz de sobrellevarlo, nada hay más glorioso que la liberalidad, que tiene su base en dar; tanto más cuanto que se cuenta que Sócrates, al preguntársele cuál era la cima de la beatitud, dijo: «Dar a los que se lo merecen.»

Y por mi parte pienso que la definición de Sócrates hay que interpretarla de modo que afecte tanto a la necesidad de los que reciben como a sus méritos. Porque es justo dar a los que previamente se lo merecieron, y es obra de piedad ayudar a los necesitados; sin embargo, todo esto hay que hacerlo sin que nos ruborice nuestra acción ante los que la vean y estén dotados de prudencia, pues debemos imitar a Aquel que hace salir el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos e injustos [25].

Pero si advertimos que el pobre es un histrión o un comediante, no debemos en manera alguna favorecer la malicia, sino que hay que reprenderla y, si puede ser, corregirla y, con espíritu de caridad fraterna, satisfacer sus necesidades humanas. Conviene, ciertamente, ayudar a todo el que pide, ya sea con el afecto del ánimo o con el calor de la caridad. Sin embargo, a veces, increpar al perezoso, a la meretriz o al histrión es más saludable para corregirlo que darle lo que nos exige. ¿Por qué me detengo en esto? Lo que da la caridad, lo retribuye el Señor; lo que se entrega por vanidad, se evapora.

De Quinto Considio se cuenta, por lo que dice Valerio [26], que con su liberalidad dio un saludable ejemplo, no sin fruto para él mismo. Cuando a causa de los desmanes de Catilina, la situación

---

[25] Mt 5, 45.
[26] Valerio Máximo, o. c. IV 8 § 3.

pública quedó tan deteriorada, que ni siquiera los ricos podían ser solventes (al disminuir el valor de sus posesiones), ni pagarle sus deudas; siendo así que se le debían quince millones de sestercios, no permitió que ninguno de sus agentes pusiera pleito a sus deudores ni por las cantidades ni por los intereses, procuró tranquilizar su inquietud ante la posibilidad de ser sometidos a la vergüenza pública, y oportuna y generosamente afirmó que él era acreedor de su propio dinero y no de la sangre de los ciudadanos.

Los que hoy día se deleitan de un modo especial dedicándose a los negocios y llevando a casa dinero ganado cruelmente, serán conscientes de lo reprobable del gozo que experimentan, si leen con diligencia la decisión del Senado por la que se expresaba su pública gratitud a Considio.

Con él se relaciona Gilia de Agrigento, de quien consta [27] que su corazón era la liberalidad misma. Estaba cargado de dinero, pero era mucho más rico de espíritu que de riquezas, y siempre estaba más ocupado en distribuir dinero que en acumularlo para sí mismo, hasta tal punto, que su casa parecía una oficina de dádivas. Allí se planeaban monumentos adecuados para el uso público; de allí salían agradables espectáculos para el pueblo; de allí nacían suntuosos banquetes y ayudas para paliar la insuficiente provisión de grano. Mientras hacía esto para todos, proporcionaba alimento en privado a los que no tenían un céntimo, dote a las jóvenes angustiadas por su pobreza y subsidios que aliviaban a los atormentados por las pérdidas sufridas. También recibía huéspedes con gran amabilidad en sus casas de la ciudad y del campo, y los despedía cargados de regalos. En cierta ocasión, visitó y alimentó en su casa a quinientos caballeros de Gela que llegaron a sus dominios empujados por la violencia de una tempestad.

¿Os parece poco? No dirías que se trata de un mortal cualquiera, sino de las entrañas mismas de la benévola fortuna. Así, pues, todo lo que poseía Gilia era como patrimonio común de todos, por cuya conservación e incremento tanto la ciudad de Agrigento como las regiones vecinas oraban asiduamente. Siendo así que, por el contrario, hay lugares cuyas riquezas están inexorablemente guardadas, ¿no estimamos de mucho más valor lo que se entrega generosamente que lo que se guarda?

Finalmente, lo que decide la prudencia es cosa que se aprueba; pero lo que arriesga la temeridad, no puede considerarse como algo que siempre sea digno de alabanza.

---

[27] Cf. ib. ext. 3.

CAP. 5: *De los afectos naturales, es decir, del amor a lo justo y del amor al propio provecho; y de sus consecuencias, es decir, del amor a la libertad y del amor al poder; y de la comparación entre César y Catón; de Alejandro, Aristóteles, Augusto y Platón y de los que van hacia la gloria por caminos desviados.*

La autoridad de la Sagrada Escritura nos enseña que hay dos clases de inclinaciones en el hombre desde sus comienzos, a saber, el deseo de lo justo y la apetencia de lo provechoso. Una de ellas arranca de la voluntad; la otra, de la necesidad; y en la medida en que aumenta el deseo de lo justo, que reside en la voluntad, tanto es uno mejor y digno de una mayor felicidad.

Porque nadie puede querer en demasía lo que es justo, a no ser que alguien sea capaz de ser justo o feliz en demasía. Ahora bien, si el deseo de provecho está por encima de la necesidad, va derecho hacia la culpa y, consciente de su ambición, da origen a todos los vicios. Pues el primero de estos deseos, al estar a favor de la caridad, busca las cosas que son de Dios; pero el otro solamente busca lo que le va bien a él, posponiendo lo que es de Dios o lo que es conveniente para el prójimo. Y de esta doble fuente emanan los modos de actuar. Los que obran rectamente, procuran hacer a los demás lo que quieren para sí mismos, y se abstienen de hacer a los demás lo que no querrían recibir de ellos; pero obran de modo perverso si lesionan al prójimo o no le hacen el bien que le podrían hacer. Ambas cosas se dan con mucha frecuencia en todas partes.

De la primera actitud son consecuencia el amor a la libertad, a la patria, y, finalmente, a los que no pertenecen a ella. Pues quien se ama a sí mismo y al prójimo con sincera caridad no es capaz de no amar la libertad, la patria y, a su modo y medida, a los extraños. En esto consiste la caridad bien ordenada.

Pero de la otra actitud proviene el deseo ardiente de poder, de fama y de gloria, y llega a prevalecer hasta tal punto, que, según el parecer de muchos, que juzgan las cosas sin la debida consideración, debe ser contado entre las virtudes. Pues los que piensan con sensatez, cuentan esto entre los mayores vicios, aunque a los ojos de los ignorantes —que sin embargo son tenidos por prudentes—, esos modos de actuar sean tenidos como actos de virtud.

Y así, como enseña y deja claro la Historia, los antiguos y primeros romanos eran gente ávida de gloria y muy liberales en cues-

tiones de dinero. Sentían gran avidez de gloria, despreciando el dinero, y preferían el honor a cualquier utilidad. Y ciertamente amaron esta gloria con todo el ardor posible, y a ella dedicaron la vida entera y la muerte. Cualquiera que fuera su ambición, la pusieron por debajo de este gran deseo.

Finalmente, porque consideraban que servir era ignominioso, y dominar y alzarse con el imperio cosa digna de gloria, quisieron ante todo que su propia patria fuera libre y luego dominadora. Por eso lucharon al principio por la libertad y después combatieron por el poder.

Y hasta hubo (en cuanto esto era posible a los gentiles) quienes tuvieron suficiente con la justicia, dejando aparte cualquier ambición. Para otros nada era suficiente, y bajo la apariencia de magnanimidad, aspirando casi a lo imposible, alcanzaron la máxima gloria y la suprema alabanza. Así se ve con claridad que la virtud de Catón estaba más cerca de la verdad que la de César. Esto aparece bien claro por las mismas palabras de Catón: «No penséis que nuestros antepasados hicieron grande a nuestra república, siendo como era mínima, con las armas. Si hubiera sido así, ahora la tendríamos mucho más hermosa; porque nosotros tenemos ahora muchos más ciudadanos y amigos, más caballos y armas que ellos. Hubo otras cosas que los hicieron a ellos grandes, y que nosotros no tenemos; en el hogar, el esfuerzo cotidiano; fuera de él, el Imperio justo, el espíritu libre en el juicio, no sujeto ni al delito ni a la concupiscencia. En lugar de todo esto, nosotros tenemos lujo y avaricia; públicamente, pobreza; en privado, opulencia. Alabamos las riquezas, nos dejamos llevar por la inercia. No hay diferencia ninguna entre los buenos y los malos. La ambición alcanza todos los premios que corresponden a la virtud. No hay que asombrarse de esto, cuando cada uno de vosotros toma sus determinaciones individualmente y según su propio interés; cuando en casa sois esclavos de las pasiones, y aquí (en el foro), de los favores y el dinero. De aquí nace el que la república, vacía de contenido, sea atacada» [28].

Así, pues, la virtud de unos pocos, es decir, la de aquellos que hacen un esfuerzo por seguir el camino de la virtud, fue considerada por el mismo Catón como la auténtica vía para la gloria, el imperio y el honor. Por eso, como recuerda Catón, el esfuerzo doméstico hacía que el erario fuese opulento, aunque privadamente se viviera con austeridad. Pero, una vez corrompido el ambiente,

[28] Cf. Salustio, *La conjuración de Catilina,* c. 52 §§ 19-23.

el vicio consiguió lo contrario: públicamente había pobreza, en privado se vivía en la opulencia.

El mismo Tulio no pudo disimular estas cosas en los libros que escribió *Sobre la República,* donde habla sobre el modo de educar al príncipe de la ciudad, al que dice que hay que alimentar con la gloria, y, en consecuencia, recuerda que sus antepasados hicieron grandes cosas por el deseo de la gloria. Y así, no sólo no se oponían a este vicio, sino que creían que había que excitarlo y atizarlo, juzgando que era conveniente para la república. También en sus libros de filosofía expresa el mismo Tulio esta sentencia universal y general: «El honor da aliento a las artes, y todos llegan a estimar los estudios por la gloria; lo que es vituperado decae en todas partes» [29].

Frente a esta concupiscencia hay, sin duda, que resistir en vez de ceder ante ella; pues, como dice el bienaventurado Agustín en su libro *De Civitate Dei,* «tanto se parece uno más a Dios, cuanto más limpio está de esta inmundicia» [30]. Y si en esta vida no se la puede erradicar a fondo del corazón, porque no cesa nunca de tentar a los espíritus que buscan el bien, por lo menos que la ambición de gloria sea superada por el amor a la justicia. Pues puede ver más limpiamente el que reconoce que el amor a las alabanzas es un vicio. Y esto es sentencia, no solamente de Agustín, sino de los gentiles, que juzgan que esta gloria no es más que una hinchazón del espíritu, muy parecida al simple humo. Pues el humo oscurece el campo de nuestra propia visibilidad, y cuanto más crece uno, más decrece la otra; y cuanto más baja, más se consolida; pero cuando llega a la altura, se disipa. Ciertamente habla con acierto, pues el amor a la gloria tiene su origen en el príncipe de toda vanidad. Son esclavos del amor propio quienes, mientras están abrazando humo y simples nubes y procuran alcanzar no sé qué solidez en el vacío, se olvidan hasta de sí mismos, siendo así que sólo a sí mismos se miran con aberrantes ojos. No quieren darse cuenta de lo que son, ni fijarse en aquello que los llevaría a enmendarse, y siguen las sombras de las opiniones vanas, que no son más que pura fantasía. Pues desprecian a los demás, aspiran a lo imposible, y tienen una falsa imagen de la realidad. Así le ocurre a Narciso en la fábula [31], que, engañado por una vana imagen de sí mismo, se convierte en flor y mientras

---

[29] Cf. Cicerón, *Tusculanae Disputationes* I 2 § 4; sobre todo el párrafo, Agustín, *De Civitate Dei* V 13.

[30] Agustín, ib., 14.

[31] Cf. Ovidio, *Metamorfosis* III 399 ss.

se mira imprudentemente, se desvanece —flor sin fruto— puerilmente.

Muchos opinaron, y entre ellos quienes son considerados como más importantes en la filosofía antigua, que Alejandro y Aristóteles eran descendientes de los dioses, porque en todo buscaron la gloria. Y también se cree que tuvieron origen divino Platón, porque tuvo un especial resplandor en su sabiduría casi divina, y Augusto, porque alcanzó un poder tan grande y logró una época de paz sin igual.

Con más acierto hubieran deducido que ni tenían origen divino ni eran de raza de dioses, o eran hijos degenerados de los dioses, si no fuera porque los dioses de los gentiles son demonios, y, si engendran a alguien, dejan en su descendencia, como demonios de pesadilla, las huellas ciertas de su vanidad y malicia. Pues el verdadero Hijo de Dios, Dios hecho hombre, no busca su propia gloria en todo aquello que hace digno de alabanza, sino la de su Padre; y su gloria queda tanto más patente, por el hecho de que siempre atribuye la gloria de las buenas obras a Aquel que es el origen de todo. Y así, todo el que es verdaderamente sabio, verdaderamente poderoso y verdaderamente bueno, atribuye lo que es digno de alabanza en sus obras a la fuente de todos los bienes, es decir, a la creadora e individua Trinidad.

El corazón de Alejandro, que era insaciable de gloria, exclamó ante Anacarso, que apoyado en la autoridad de su preceptor Demócrito, le contaba que existían innumerables mundos: «¡Ay de mí, miserable, que ni siquiera he podido dominar uno solo!» Verdaderamente era miserable y digno de compasión aquel cuyas cualidades estaban enteramente dominadas por la insaciada e insaciable hambre de gloria [32]. Las tragedias de los antiguos le reprocharon el hecho de que fue posesión angosta para un hombre lo que puede ser suficiente habitáculo para los dioses.

Y sin embargo, aunque el deseo de gloria parece siempre culpable, todavía es más pernicioso el error de aquellos que creyeron que vale la pena hacerse famoso incluso con el crimen. Pausanias, después de haber preguntado a Hermocles cómo podría ser eminente rápidamente, y escuchar que asesinando a algún varón ilustre, para que en el futuro pudiera obtener renombre, mató inmediatamente a Filipo. Y cierto que alcanzó lo que había deseado, pues se hizo notorio para la posteridad gracias al parricidio y al célebre suplicio del patíbulo, al que fue entregado; pues allí Mirtal, lla-

[32] Cf. Valerio Máximo, o. c. VIII 14 ext. 2.

mada también Olimpia, colocó en su cabeza colgada una corona de oro, que no le proporcionó ningún alivio. Sin embargo, como venganza del pudor prostituido por la injuria, de la que Filipo se había burlado, pero no había castigado, se puede, de alguna manera, según Trogo, excusar el crimen de sacrilegio [33].

También se descubrió a quien quiso incendiar el templo de Diana en Efeso, para que, una vez arrasada tan bella obra de arte, se difundiera su nombre por toda la tierra. Sometido al tormento del ecúleo, confesó su loco propósito; y si el gran ingenio y locuacidad de Teoponto no lo hubiera incluido en sus historias, ya se podrían buscar huellas de este hombre, dado que los efesios habían decretado que se silenciara el recuerdo de este hombre abominable [34].

Por un afán de gloria parecido, e incluso mayor, parecen impelidos aquellos que, en contra de la religión, atacan, no el templo de Diana en Efeso, sino el templo del Espíritu Santo [35], a todos los hombres, a saber, las almas y los cuerpos, para ser famosos de este modo entre los hombres, arrasándolos con las llamas de la lujuria. Pues con ello desean gloria y, a veces, alcanzan honor por lo que sería más equitativo que sufrieran penas e ignominia.

Cap. 6: *De la sensualidad y la pasión carnal y de las cinco vías que llevan a la muerte, y de qué placer de los sentidos sea más pernicioso, y de las tres clases de convites según Portuniano, y del daño de la gula; y del convite de Dido y Evandrio, según Virgilio.*

Nuestra disertación ha llegado a tal punto, que es necesario enfrentarse con la virtud o con la opinión pública. Estamos ya casi luchando contra la carne y la sangre, y parece que cerramos las puertas a la liberalidad y quitamos alegría a la vida, cuando, contra la doctrina de los epicúreos, cortamos el camino a las dos vías paralelas de la sensualidad y la pasión carnal.

Porque la sensualidad, como dice Valerio, es un mal atractivo y resulta más fácil clamar contra ella que evitarla. También el

---

33 Cf. Justino, *Historiarum Philippicarum libri XLIV* IX 6.
34 Cf. Valerio Máximo, ib. ext. 5.
35 1 Cor 6, 19.

libro que el profeta recibe el mandato de devorar[36] es dulce como la miel en la boca, pero en el vientre resulta amargo, cuando se tiene que digerir la dulzura de las palabras y convertirla en la práctica de las obras. La pasión carnal es pariente y muy afín a la lujuria; su consecuencia es la inmundicia, y su fin indudable, la confusión.

Vaya por delante, pues, en la disertación lo que es anterior en el origen y en la causa. Y aunque las seducciones del lujo entren de igual modo por las cinco puertas de los sentidos[37], el placer de los oídos parece más próximo a la limpieza, y el que entra por el gusto y el tacto, más sórdido, y el deleite de olfatear y ver tiene un lugar intermedio. Pues ni tiene suficiente limpieza, ni tiende con tanta fuerza hacia lo que es sórdido y nocivo.

Pues la muerte entra por las ventanas de los ojos, cuando uno se deleita con los espectáculos del circo, con la competición de los atletas, los movimientos de los actores, las formas de las mujeres, el resplandor de las piedras preciosas, de los vestidos, de los metales y de las otras cosas con las que queda cautiva la libertad del ánimo. E insistiendo, si el oído se debilita con el canto variado de los instrumentos o las entonaciones de las voces, y apetece los versos de los poetas, los actos de las comedias y tragedias, las pantomimas de los actores y los ritmos de los versos y cualquier otra cosa de esta clase que entra por él, fácilmente se afemina. Los olores suaves y la diversidad de inciensos y aromas, el musgo, el almizcle —que favorecen las costumbres disolutas, nadie lo niega, si no es él mismo un disoluto. Pues los olores extraños, como dice el cómico y también el «Cocinero»[38], sólo gustan a los disolutos y a los dados a los juegos eróticos.

También la avidez en el comer es la madre de la avaricia y tiene al espíritu amarrado a la tierra como unos cepos. Y así, para disfrutar de un corto placer de la gula, se recorren tierras y mares; y para que un vino costoso o una comida escogida den placer a la garganta, sudan la gota gorda trabajando toda la vida. Hasta los mismísimos muros de Jerusalén, aunque parezca que estaban levantados con piedras solidísimas, quedaron al final arrasados e igualados con el suelo, cuando imperaba Nabuzardán, príncipe de los cocineros[39].

---

[36] Cf. Ap 10, 9-10.

[37] Cf. Jerónimo, *Adversus Iovinianum* II 8 (Migne, PL 23, 297).

[38] Se refiere a Terencio y a Marcial, respectivamente.

[39] Cf. 2 Re 25, 8 ss. Se le llama «príncipe de los cocineros» por ser éstos los que matan (los animales para la comida), como matan los soldados. Era una forma medieval vulgar de traducir la palabra hebrea Rab-tab-bachim.

Las caricias de los cuerpos ajenos y el ardiente deseo de las mujeres es algo muy cercano a la locura. Todo lo que hace muelle cualquier sentido es juego y entretenimiento ante lo que trae consigo este frenesí, para llamarlo con las palabras del cómico. Pues por él nos entregamos a la ambición, nos dejamos llevar de la ira, trabajamos sin cesar, tenemos emulación, estamos inquietos y, una vez satisfecho el deseo y arrepentidos en cierto modo, nos sentimos de nuevo abrasados e intentamos hacer lo que, una vez llevado a cabo, nos vuelve a dejar sumidos en la consternación.

En consecuencia, siendo así que por estas puertas entran en la fortaleza de nuestra mente los destacamentos de las inquietudes, como afirma el bienaventurado Jerónimo, ¿a dónde irá a parar la libertad y la fortaleza, dónde estará la idea de Dios, máxime cuando el recuerdo del tacto le pinte a uno las pasadas horas de placer y con la memoria renovada de los vicios, haga que el ánimo vuelva a sentir y, en cierta manera, realizar de nuevo lo que de hecho no está haciendo?

Quizá venga de aquí que el Apóstol, después de afirmar que había que luchar contra todos los vicios, aconsejara que contra la fornicación no había que enfrentarse, sino huir: «Huid —dice— de la fornicación» [40]. Pues es bien seguro que mientras se está practicando, uno ni se acuerda de Dios; y cuando uno se acuerda de las cosas pasadas, se excita con pasiones deleznables. Y para no hablar de otros, a los que la simplicidad llevó a la culpa, el agudísimo y eruditísimo filósofo cristiano Orígenes, fervorosísimo en su fe, se castró a sí mismo, como cuenta la *Historia Eclesiástica* [41], huyendo así eficacísimamente de la fornicación, más aún, previniendo toda sospecha que pudiera originarse, para así poder vivir sin mala fama con las vírgenes.

Y lo que es más digno de admiración: se dice que algunos filósofos hasta se sacaron los ojos, para no ser atrapados por los atractivos de las cosas exteriores. Verdaderamente, estaban poseídos de un admirable celo por el bien y lo honesto, aunque les faltaba el conocimiento de lo adecuado. Es sabido y digno de ser conocido el dicho de Aristóteles, cuando afirma que se deben olvidar los comienzos de los placeres y recordar sólo su final. Para que no se busquen de nuevo con avidez pone ante los ojos el hastío y pesar que los llenan, y, para que no vuelvan, ordena que se oculte lo que hay en ellos de agradable [42].

---

[40] 1 Cor 6, 18.
[41] Cf. Eusebio, *Historia eclesiástica* VI 8.
[42] Cf. Valerio Máximo, o. c. VIII 2 ext. 11.

Ya puede decir el Apóstol lo que quiera, que huir de la fornicación y al mismo tiempo estar sujeto a la gula, es totalmente imposible o, por lo menos, dificilísimo; pues esa parte de la gula que debilita las fuerzas del cuerpo no está libre de la fornicación. Baco lucha casi siempre contra Venus y, sin embargo, en lo secreto de la voluntad, aunque nadie los convoque, se encuentran. Si Baco prevalece, se desvanece Venus, pero no la pasión [43].

Hay que abstenerse totalmente de la embriaguez o tenerla tan grande que te quite todas tus fuerzas; todo camino intermedio te causará perjuicio. De uno u otro modo, uno se aparta de Dios, pero no sabría decir por cuál se aleja uno más de El. Con todo, hemos llegado a una situación en que la embriaguez no lleva consigo el estigma de un mal apelativo, pues aleja la fama de avaricia, y parece tener la imagen de una verdadera liberalidad. Siendo así que los actos de la liberalidad se alaban, unas veces por el lugar, otras según el tiempo, otras por la cantidad, otras por las personas, otras por la asiduidad en el ejercerla y el uso que se hace de ella, se estima como especialmente recomendable la que se ejerce en los alimentos y en aquellas cosas que más necesita la naturaleza o la vida civil queda más honrada y enaltecida. Y así, quien admite a todo el mundo a su mesa es de una liberalidad perfecta. Y ciertamente lo es, y tanto más liberal, cuanto más gente admite; pero hay que reconocer que, con este modo de pensar, son muy pocos los que pueden ser tenidos por tales.

El grado siguiente es el del que, aunque no invite a todo el mundo, alimenta, da de beber, acomoda en los triclinios y hace recostarse de tal manera en sus asientos a los que admite a su mesa, que no se puede imaginar nada más espléndido. Se multiplican los manjares, se apilan unos con otros y se guisan de tal modo, que, en contra de su propio ser, tienen que dejar su natural sabor y tomar otro, añadiéndoles además toda clase de salsas. El pescado no es estimado, si no se presenta de diversos modos y con variadas especias. En esta materia se considera de gran valor lo que gusta a los histriones, a los payasos y a los glotones; y todas estas cosas se hacen, no para estar cerca de la verdad, sino mirando a la opinión de los demás. La solicitud de los cocineros está al rojo vivo, se elaboran los más complicados menús, y el dictador de la casa se pasa noche y día deliberando qué es lo que conviene hacer y preparar cada día para los correspondientes banquetes. Buscan por todas partes modos de excitar la gula [44] y cómo

[43] Cf. Macrobio, *Sátiras* VII 6 § 8; Shakespeare, *Macbeth* II 3, 33.
[44] Cf. Salustio, *Yugurta,* 89 § 7.

provocar las fuerzas del paladar saturado, y no consideran nada suficiente hasta que han dejado satisfecha la intemperancia.

Hasta hay quienes bañan los manjares con bebidas y creen, como si se tratase de un decreto con la autoridad de Homero, que inundándose en vino y sidra adquieren mayor incentivo para su ingenio, más fuerza para su valor y una especie de fuente de alegría. Actúan como los feacios [45], y se tiene por mejor el que es capaz de beber más. Suele decirse que un tahur es tanto más de temer cuanto más diestro es en su oficio; y es cierto que el que más bebe supera a los demás en malicia y maldad.

Israel, apostatando de su Salvador, inmoló a sus hijos e hijas a los demonios [46]; éstos, mientras llenan sus gargantas con vino o sidra, degradan su alma, apagan cualquier centella de razón, se prostituyen entregándose a la inmundicia y se dan al culto de los bacantes. ¿Hay algo más íntimo que puedan sacrificar? Por lo demás, hay quienes desprecian estos banquetes, porque les parece una condición vulgar y (por decirlo así) plebeya de banquetear (pues unos banquetes se llaman filosóficos, otros cívicos *(civilia)* [47] y otros plebeyos). En estos banquetes se tiene, en general, en mucho que te prodigues una vez de tal modo, que tengas que pasarte tres meses enteros yendo a comer, como comensal vergonzante, en las mesas ajenas.

Esto tiene muchas veces fama de prodigalidad, y, en ocasiones, de avaricia; pues, como suele decirse, cuando uno empieza a ser avaro, rompe todos los moldes. Podrías ver a muchos que viven casi todo el año con gran parsimonia, y luego, para sacudirse el estigma de la avaricia, convocan a los comilones, a los parásitos y a la cofradía de los amigos de las bromas, que son atraídos por el resplandor de la cocina ajena. Y a los que más desean honrar los llenan de bebidas de todas clases y los atiborran de comida, y creen que no han hecho suficiente por la amistad y el jolgorio hasta que no satisfacen del todo su apetito.

Pero todo esto está claramente tan lejos de toda forma de urbanidad, que se halla más cerca de los vicios familiares de los bárbaros que de la vida civilizada. La norma de los banquetes cívicos es una norma de moderación, de forma que la magnificencia alegre la sobriedad y, aun llenando de satisfacción, evite la

---

[45] Cf. Homero, *Odisea* VII 98-99 VIII 248-249.

[46] Cf. Dt 32, 15-17; Sal 105, 37.

[47] Empleamos esta palabra en este pasaje y en los siguientes, en su sentido de correcto, educado, urbano, en consonancia con las normas de ciudadanía, sin excluir sus connotaciones civiles y políticas.

embriaguez. Hay abundancia de comida y bebida, y ofreciendo generosamente las cosas como con el cuerno de la fortuna, se da todo con una medida que parece redundar en liberalidad, y con una liberalidad que parece desembocar en moderación. No se olvidan las posibilidades domésticas, pero, como dice Portuniano [48], el honor evita toda ostentación de los gastos. Pues nada resulta más desagradable que el que da un convite parezca estar calculando lo que gasta.

De ahí que no me parezcan suficientemente cívicos algunos que se glorían inadecuadamente de su liberalidad, y se pasan las noches con sus criados, calculando lo que han hecho y lamentando con lágrimas, que podríamos llamar nocturnas, lo que han gastado necesaria e innecesariamente durante el día. Surgen discusiones, se gritan amenazas, se acusa de latrocinio o de torpeza a los criados, y, a veces, se les echa de casa o se les somete a castigos físicos, como si fueran los culpables del derroche. Incluso se les manda reponer lo que se han visto obligados a gastar. Todos se perturban, mientras el dueño de la casa llora por el dinero que ha tirado por la borda con suspiros y lamentaciones.

Sucede asimismo con frecuencia que un amo que ha entrado en una letrina a hacer sus necesidades, allí mismo, donde la vergüenza evita las miradas humanas, exige a sus criados cuenta estricta de lo gastado. Sin duda con acierto, que no parece que exista lugar más apto para estas sordideces. No quiero decir que sea sórdido el que un padre de familia diligente actúe así para llevar la cuenta de lo que se ha gastado; pero siempre que no se pierda el rango y la dignidad de la persona. Pero gastar en esto la vida entera y poner en ello toda el alma, y de tal modo que uno sea de una manera y aparezca de otra, no creo que sea ajeno a la sordidez.

Pongo además por testigo a Portuniano de que la norma de los convites cívicos está en que haya una gran libertad dentro de las costumbres de quienes comen juntos y de los límites de una alegre sobriedad. Pues hay que tratar a los invitados de modo que la alegría del desenfado no desemboque en las inconveniencias de la sensualidad. Hay que evitar ésta como si se tratara de la más terrible y cruel enemiga de todo el mundo.

Diógenes afirma que la existencia de los tiranos, las destrucciones de ciudades y las guerras, tanto internas como externas, son promovidas por comer carne y entregarse a los placeres de los grandes banquetes en lugar de alimentarse de frutas y verduras [49].

[48] Se refiere a Postumiano, personaje de *Las saturnales,* de Macrobio.
[49] Cf. Jerónimo, o. c. II 11 (Migne, PL 23, 300).

Creo que con mayor acierto debería haber puesto a la sensualidad como madre y nodriza de las guerras internas y externas, ya que la sensualidad no consiste sólo en apaciguar la gula; pero entendió el todo por la parte, ya que sintetizó en la gula la sensualidad que se despliega en la comida, la bebida, el placer sensual y la magnificencia del ornato. Pues es patente que la sensualidad se manifiesta de modo especial y causa mayor daño a los que se pasan el día pensando cómo comerán más espléndidamente. Porque esta intemperancia echa por los suelos las buenas costumbres y perjudica a la salud del hombre entero, y, si no se detiene a tiempo, arruina la fábrica del cuerpo humano.

Lo dice Hipócrates al afirmar que los cuerpos pesados y obesos, una vez alcanzado su límite de crecimiento, han de someterse a sangrías, para tener dónde poder crecer de nuevo; de otro modo, la tensión de su pesantez llevada al máximo origina parálisis y toda clase de pésimas enfermedades. Y es que es imposible hacer permanecer a la Naturaleza en un estado permanente, ya que por su propio dinamismo necesariamente crece o decrece, y si el animal no es capaz de crecer, no puede subsistir en manera alguna.

Se dice que Galieno[50] siempre recomendaba como medicina muy eficaz y saludable practicar abstinencia cada diez días, y que no se podría ser presa fácil de enfermedades graves, a no ser que se fuera de naturaleza enfermiza, si uno se abstiene cada diez días de cualquier alimento o pasa la vida con una dieta simplicísima. Todavía hay quienes pasan los viernes en ayunas o con muy poca comida; cosa que, como dicen los que lo han experimentado, es cosa muy sana para la salud y la religiosidad.

Cuenta Pompeyo Trogo que Dionisio, el terrible tirano de Siracusa, perdió totalmente la vista por haberse entregado a la gula y a las comilonas. No hay en realidad cosa que lleve más segura y rápidamente a la oscuridad que la continua glotonería; porque, como dice Portuniano, la voracidad consume los alimentos, pero devora los ojos. Galieno, doctísimo intérprete de Hipócrates, según Jerónimo, afirma, en su defensa de la medicina, que los atletas, cuya vida y oficio se apoyan en el alimento abundante, no pueden vivir largo tiempo ni estar mucho tiempo sanos, y que sus mentes, como oscurecidas por el barro del exceso de sangre y de grasa, no pueden pensar en nada sutil o celestial, y sólo se ocupan de la carne, de la digestión y de cómo llenar el estómago[51].

---

[50] Es decir, Galeno.
[51] Cf. Jerónimo, ib.

Leemos también que algunos que estaban enfermos de las articulaciones y de humores de gota se curaron al perder sus bienes y quedar obligados a una mesa frugal y a alimentos sencillos. Pues así se liberaron de la preocupación de los gastos familiares y de la generosidad en los banquetes, cosas ambas que corrompen el cuerpo y el espíritu. Horacio se burla del apetito de los alimentos, que, después de consumidos, proporcionan disgusto:

> Desprecia los placeres; hace daño el placer satisfecho con dolor [52].

Y describiéndose a sí mismo gordo y lustroso en su agradable finca, para burlarse de los epicúreos juega con estas palabras:

> Mírame bien gordo, con la piel lisa y reluciente,
> y si quieres reírte, compárame a los puercos de Epicuro [53].

También hay que evitar el hartarse de viles alimentos. Pues nada embrutece más el espíritu que un estómago lleno a reventar, inflamado, molesto, llenándolo todo con ventosidades y eructos. Qué pobre ayuno, y qué pobre satisfacción después del ayuno, cuando nos liberamos de nuestras comilonas del día anterior y nuestras gargantas hacen de intermediario con las letrinas. Después de querer despertar el hambre con una abstienencia prolongada, comemos tanto cuanto apenas puede digerir la noche del día siguiente. Y así, no hay que llamar a esto propiamente ayuno, sino digestión crapulosa, maloliente y molesta. Esto es lo que dice Jerónimo. Y aunque haga mención del ayuno, dejando aparte la religión, recomienda también los muchos y saludables beneficios de la frugalidad.

Esto mismo afirma con acierto y buen estilo Portuniano, cuando dice que nadie come con los demás de forma civilizada, si no es capaz de ser moderado y frugal en la comida y en la bebida. La falta de moderación en la comida y en la bebida hace que se pierda la templanza, que es la que nos permite cumplir todos nuestros deberes. Bajo el influjo de esa intemperancia, el hombre es tardo para oír, precipitado en hablar y fácil para la ira; está en la pendiente de lo libidinoso y se conduce indignamente. El que abandona la moderación, fácilmente pasa de las formas del banquete cívico a las del plebeyo. Virgilio, fidelísimo imitador de la

---

[52] *Epístolas* I 2, 55.
[53] Ib. I 4, 15-16.

perfección de Homero, insinúa esto mismo cuando al recordar el recibimiento de Ulises por el rey de los feacios, introduce al náufrago Eneas en el banquete de Dido, y describe elegantemente la sensualidad de los feacios y de los afros [54] en un solo convite:

Acabado el primer servicio y levantadas todas las mesas,
traen las grandes copas y las llenan de vino hasta los bordes;
empieza el estrépito y retumba la gritería por los espaciosos atrios;
las lámparas encendidas penden de los dorados artesones,
y vencen con sus luces la oscuridad de la noche.
Pidió en esto la reina una copa muy maciza de oro y piedras preciosas,
y la llenó de vino; copa de que habían usado Belo
y todos sus descendientes; y en medio del silencio general,
«¡Oh Júpiter —exclamó (pues es fama que dicta leyes para el ejercicio de la hospitalidad)—,
dispón que este día sea igualmente feliz para los tirios y para los arrojados de Troya,
y que nuestros descendientes celebren su memoria!
Asístenos también, ¡oh Baco, dador de la alegría!, y tú, ¡oh bondadoso Juno!,
y vosotros, ¡oh tirios!, regocijaos y favoreced también a nuestros huéspedes!»
Dijo, y derramó en la mesa la ofrenda del vino,
y la primera acercó apenas la copa a sus labios;
luego se la pasó a Bicias, provocándole a beber; él, nada perezoso, apuró
la espumante copa de oro y se bañó en vino toda la cara;
en seguida bebieron los demás magnates. El crinado Iopas pulsa la áurea cítara,
que le enseñó a tocar el grande Atlante,
y canta el origen del linaje humano y de los brutos; de dónde nacen el agua y el fuego,
y Arturo y las lluviosas Hiadas y las dos Osas;
por qué el Sol en invierno se apresura tanto a ir a bañarse en el Océano,
y por cuál causa son entonces tan largas las noches.
Prorrumpen en aplausos los tirios y siguen su ejemplo los troyanos.
También la desventurada Dido pasaba la noche entretenida en varias pláticas,
y en ellas bebía raudales de amor [55].

[54] Cf. Macrobio, o. c. V 5 §§ 10-11 VIII 1, 14.
[55] *Eneida* I 723-741, 743-749. Tomado de la traducción de E. de Ochoa.

¿No ves el comienzo, el proceso y el final de un convite refinado? Que habían precedido cosas fuera de lugar y que el lujo de la fiesta había sido desbordante, lo indican las primeras palabras:

> Acabado el primer servicio...

El mismo poeta, en otro texto, haciendo caer en la cuenta de la sobriedad de una mesa más frugal y que solamente goza con lo necesario, dice:

> Una vez apagada el hambre con la comida [56].

Y como la comida hace a los hombres callados y la bebida locuaces, el poeta añadió con gran tino el estruendo y los demás indicadores de la sensualidad que tienen su origen en el beber abundante. También en los ágapes de los antiguos cristianos aparece claramente la supersticiosa costumbre de pedir el favor de la divinidad e invitarla con religiosas preces a estar presente, siendo así que se la aleja con el lujo y las prácticas impuras, enemigas de las almas piadosas. Pues o Dios no es sobrio, o le desagrada la embriaguez. Se pueden beber cuantos vasos se quiera (aunque cada vaso tenga limitada su capacidad) y se considera superior a los demás al que por capacidad o por engaño sobrepasa o deja fuera de combate a los que compiten con él en beber.

> Allí encuentras quien bebe tantos vasos como años tiene Néstor o como los que hicieron a la Sibila anciana [57].

Es cierto que la bebida libera el espíritu de las preocupaciones, despeja la mente y no puede disimular la alegría que engendra; después estalla en cánticos y de ahí tiende a la pasión libidinosa. El melenudo Iopas no canta [58] con su cítara las locuras o los poemas pastoriles de los amantes, sino aquellas cosas que son propias de la compostura de una reunión cívica o de la grandeza de los filósofos. ¡Ojalá que en las reuniones de los cristianos se recuerden las cosas que el melenudo y desatentado Iopas cantaba en el suntuoso convite de Dido! ¡Ojalá que las locuras y los poemas pastoriles de los amantes permanezcan callados en las casas de los prudentes, y resuenen en los oídos de todos las cosas que hacen bien o deleitan

---

[56] Ib. 216.
[57] Ovidio, *Fastos* III 533-434.
[58] Cf. Virgilio, o. c. I 740.

sin ningún género de torpeza y corrupción! Por cierto que el doctísimo poeta aludió con elegancia en el cántico del citarista a la gravedad de los antiguos, que no admitían en una reunión ciudadana nada que no fuera útil para la instrucción de la naturaleza o de las costumbres.

Una voluble conversación sigue al aplauso en el banquete de Dido; a través de ella se deslizan las ofertas de Venus y, embriagado, el espíritu de la reina bebe largamente un amor mortífero y fatal, que el filósofo define como concupiscencia de unión carnal.

Según el célebre testimonio de los historiadores, la sensualidad de Capua fue extraordinariamente útil para Roma; pues atrapando en sus delicias al invicto Aníbal, lo entregó para que fuera vencido por los soldados romanos [59]. Fue ella la que con su generosa opulencia, con su abundante vino, la fragancia de sus perfumes y la práctica lasciva del amor, entregó al alertado general y a su poderoso ejército al sueño y a las delicias. De este modo quedó, por fin, doblegada y rota la ferocidad de los cartagineses, y Seplasia y Albana volvieron a ser posiciones romanas.

¿Qué hay de más deleznable y dañino que estos vicios que conculcan la virtud, oscurecen la victoria, convierten en deshonra la gloria adormecida y atacan las fuerzas del cuerpo y del espíritu, hasta tal punto que no sabes qué es peor, si ser dominado por ellos o por los propios enemigos?

La ciudad de Volsinii, opulenta por sus riquezas, honorable por sus costumbres y estable por sus leyes, era tenida como la capital de Etruria. Pero cuando la invadió la sensualidad, cayó en la sima de la injusticia y de la degeneración, hasta el punto de someterse a la más insolente dominación de los esclavos. Al principio, sólo unos pocos de ellos se atrevieron a hacerse senadores, pero después se apoderaron de todo el gobierno de la comunidad política.

Obligaban a hacer testamento según su arbitrio, prohibían los convites y reuniones de los ciudadanos libres y se casaban con las hijas de sus señores. Finalmente, llegaron al colmo de sancionar por la ley que sus estupros, tanto con las viudas como con las casadas, quedaran sin castigo, y que ninguna virgen se casara con un ciudadano libre sin que antes alguno de entre ellos hubiese tomado la flor de su virginidad [60].

El autor de tragedias Esopo describe a un joven de desbocada sensualidad quien, según consta de buena fuente, gustaba de mez-

---

[59] Cf. Valerio Máximo, o. c. IX 1 ext. 1.
[60] Cf. ib. ext. 2.

clar en sus bebidas perlas de gran valor mojadas con vinagre, para así poder beberse de un solo sorbo una inmensa fortuna [61].

Metelo Pío es acusado por aquellos que recogen por escrito los sucesos memorables, de que permitía a sus anfitriones recibirle con altares e inciensos, se deleitaba de ver que con motivo de su llegada las paredes se cubrían con tapices orientales, dejaba que a los descomunales banquetes se añadiesen complicadísimos espectáculos, asistía a los convites con vestidos bordados con palmas y recibía en su cabeza, como si fuera la de un dios, coronas arrancadas del artesonado de los techos.

¿Y dónde sucedía esto? No en Grecia o en Asia, cuya notoria sensualidad es capaz de corromper a la sobriedad misma, sino en una terrible y belicosa provincia, que llegó a nublar la vista de los ejércitos romanos con sus dardos lusitanos [62].

Jerses, eximio en la ostentación de las riquezas regias, llegaba a gozar tanto con la sensualidad, que por medio de un edicto ofreció un premio a quien llegara a encontrar una nueva forma de placer. Cegado por éste y otros refinamientos, con ocasión de la caída del Imperio en Salamina, apenas logró escapar con una sola nave [63].

Pero ya que has seguido con Virgilio el sensual convite ofrecido por la intemperancia de una mujer, podrás constatar lo que es la sobriedad de una mesa frugal y una reunión morigerada en el cortés recibimiento de Eneas en el palacio de Evandro. Puesto que ambos hombres están haciendo un pacto, el rey da la mano derecha en señal de paz, y como huésped obsequioso pronuncia unas palabras de introducción plenas de cortesía:

> Dicho esto, manda cubrir nuevamente las mesas de manjares
> y copas, y él mismo coloca a sus huéspedes en asientos de césped,
> brindando al principal de todos, Eneas, a ocupar un solio de arce
> cubierto con la peluda piel de un león.
> En seguida algunos mancebos elegidos y el sacerdote del ara
> traen las entrañas asadas de los toros, cargan en canastillos
> los dones preparados de Ceres y suministran los de Baco.
> Eneas, y con él toda la troyana juventud, se comen
> los lomos de un buey entero y las entrañas consagradas [64].

En el banquete de Dido todo es de oro, y todas las cosas relucen con esplendor; aquí los asientos son campestres, el trono de

---

[61] Cf. ib.
[62] Cf. ib. 5.
[63] Cf. ib. ext. 3.
[64] Cf. Virgilio, o. c. VIII 175-183.

madera de acebuche, y (cosa digna de un varón fuerte) está cubierto con la vellosa piel de un león. Aquí jóvenes escogidos sirven lo necesario, allá unas doncellas ofrecen cosas superfluas y perniciosas. Allá apenas se concede un instante de reposo en la comida; aquí se sacia el hambre, sin más, y se frena el apetito con alimentos frugales. Allá el melenudo Iopas alegra a un grupo de personas sensuales, aquí el sacerdote consagra en el ara la sobria refección. Aquí, después de la comida, se tratan cosas serias, y se prepara una sólida fuerza para construir un estado fuerte; allá se ruega con preces a los dioses que sean propicios a la sensualidad.

Por todo ello, como se lee en el libro de las *Saturnales,* se promulgaron muchas leyes para reprimir la sensualidad [65], de las que no sería cosa inútil ni fastidiosa poner un breve resumen en el umbral de los convites cívicos.

CAP. 7: *De las leyes sobre las comidas y los gastos de los antiguos para moderar la intemperancia; y de la diferencia entre ellas según Portuniano; y de la intemperancia de Antonio y la frugalidad de Julio César. De Augusto, Nerón, G. Calígula, Vitelo y Metelo.*

La primera de todas las leyes llegadas al pueblo fue la de Orquia [66], que prescribía el número de convidados y su límite máximo; sin embargo, no se metió con la falta de moderación en los gastos, de forma que cualquiera podía consumir sus bienes con unos pocos. Luego siguió la ley Fania, que también moderó los gastos. La ley que siguió a la Fania se escribió para todos, de modo que no solamente los habitantes de las ciudades, sino que en todas partes de Italia estuvieran todos bajo el imperio de esta ley suntuaria; y en esto consiste la fuerza de la ley Didia. Pero a éstas se añadió la Licinia, que prescribió la regulación del número de convidados, de las cantidades que se podían gastar, y de los lugares, días y tiempos; definiendo en qué días se podían celebrar banquetes, para que no resultara permitido entregarse diariamente a sus delicias.

Por tanto, también en una época de sobriedad se ponía freno por mandato de la ley al gasto en las comidas. Y es que desde el

[65] Cf. Macrobio, o. c. III 17.
[66] Cf. ib. §§ 2-13.

comienzo empezó a proliferar la raíz de la sensualidad; de ahí el antiguo dicho: «Las leyes buenas nacen de las malas costumbres.» También se añadió a las anteriores la ley Cornelia sobre los gastos, en la que no se prohibió la magnificencia de los convites ni se puso moderación a la gula, sino que se establecieron precios más bajos para los artículos. ¿Pero para qué cosas? ¿Para qué deliciosos y apenas conocidos géneros de exquisiteces? ¡Qué pescados y qué golosinas menciona, y, sin embargo, establece para ellos precios más bajos! Me atrevería a decir que la cobardía de los ediles incitaba de esta forma los ánimos de los hombres a preparar grandes cantidades de viandas y que aun aquellos que disponían de pocos medios pudieran entregarse a la gula. En consecuencia, puede parecer persona de gran lujo y pródiga aquel a quien tantas cosas, e incluso gratuitamente, se le permiten en las comidas.

Además, se dice que Lucio Sila, el cónsul Lepido y Anio Restio dieron leyes sobre los alimentos; pues Catón llama a éstas leyes suntuarias. Se diferencian, sin embargo, en que las leyes sobre alimentos cortan la gula, y las suntuarias, como dice Portuniano, controlan otras formas de sensualidad. Alaba este aspecto de una gran libertad; que aunque se diesen muchas leyes sobre banquetes y gastos para el pueblo, la fuerza intensamente correctiva de la libertad se mantuvo durante largo tiempo, ya que no hay en ella nada obsceno, pues no aprueba nada oculto. Porque llega a prescribir que las comidas y cenas se celebren con las puertas abiertas, para que, estando todo patente ante los ojos testimoniales del pueblo, hubiera un freno al ejercicio de la sensualidad. Y esto lo considera Portuniano un buen seguro, porque este pueblo sufrido y luego glorioso para la posteridad alababa la frugalidad, y la pobreza no despertaba en él ni rubor ni desprecio; ni era de temer que nadie, sin ser invitado, entrara en cena alguna sin consideración. Pues incorporarse a un grupo que está conversando no se considera inconveniente, pero presentarse uno por su cuenta en un banquete destinado a otros, ni siquiera Homero lo recuerda como algo no vergonzoso[67], aunque fuera en casa del hermano.

Por lo demás, aquellas leyes de «puertas abiertas» o «puertas echadas abajo», aunque según Portuniano deben ser tenidas como óptimas, sin embargo, por la obstinación de la sensualidad y la invencible coordinación que tienen entre sí los vicios, quedaron sin efecto, sin que nadie las abrogara.

---

[67] Cf. *Ilíada* II 405.

Antonio, hombre temerario, aunque inválido de una mano, y entregado enteramente a la sensualidad, a pesar de no haber obedecido ninguna ley suntuaria, dictó, sin embargo, una ley sobre la moderación en los gastos [68]. Y en razón de su prodigalidad sucedió a Pompeyo Magno, por decreto de Gayo César. Aquel vil adulador y hombre sórdido por sus vicios conquistó a quien había conquistado al mundo. César quedó cautivado por su apariencia de virtud, pues aparecía ante el vulgo como espléndido por su derroche de dinero, sus convites populares y su cortejo de ladrones e histriones.

Y así resulta que se trata bien a los príncipes populares, que están obligados necesariamente a ser adulados por los más despreciables parásitos con tal de conservar la fama. Pues en la comunidad política ningún tirano estuvo más cerca que César de llegar a ser un verdadero príncipe; pues, aunque oprimió al país, el pueblo romano, sin embargo, aprobó cuanto decretó, temiendo quizá la sedición y los residuos de pasión de la guerra civil. Sin embargo, prevaleció la opinión de que puesto que poseía la virtud más importante, es decir, la clemencia, el pueblo aprobaba sus determinaciones como las más favorables en conjunto para él. Por eso Cicerón [69] le alaba de esta manera: «Ninguna de tus virtudes es más admirable ni más de agradecer que tu misericordia.» Antonio, pues, engañó con facilidad a aquel espíritu benevolente con la falsa imagen de una virtud egregia.

Antonio sintió la ansiedad de devorar con sus fauces todo lo que existía en el mar, el cielo y la tierra, porque lo juzgaba nacido para saciar su avidez; y quiso por ello hacer del Imperio romano un Reino egipcio [70]. Su esposa Cleopatra, que no hubiera permitido ser vencida por los romanos ni en sensualidad, le retó con una apuesta a que podía gastar en una cena diez millones de sextercios. A Antonio esto le pareció increíble, y aceptó la apuesta. Numancio Planco, especialista en cocina, fue elegido como digno árbitro de tan honesta contienda. Al día siguiente, Cleopatra, para tantear a Antonio, preparó una cena suntuosa, pero que no admiró a Antonio al ver que todo lo que se iba presentando coincidía con los manjares cotidianos. Entonces, la reina, burlándose, pidió una copa, en la que vertió un poco de vinagre fuerte, y rápidamente echó en ella una perla que se había quitado de una oreja, y, una vez disuelta totalmente (como sucede con esta clase de piedras), se la bebió. Y aunque por este hecho hubiera vencido en la apuesta, ya

---

68 Cf. Macrobio, ib. § 14.
69 Cf. *Pro Ligerio,* 12 § 37.
70 Sobre esta narración y las siguientes. Cf. Macrobio, o. c. III 16-17.

que sólo la piedra preciosa valía, sin lugar a dudas, los diez millones de sextercios, se llevó sin embargo la mano a la perla de la otra oreja, para arrancarla como había hecho con la anterior; y lo hubiera hecho, si Numancio Planco, juez severísimo, no hubiese sentenciado inmediatamente que Antonio había sido vencido. Y puede colegirse de qué tamaño era aquella perla, del hecho de que una vez vencida la reina y hecha prisionera, la perla que quedaba fue llevada de Egipto a Roma y cortada, haciendo de una piedra dos, que se colocaron en la imagen de Venus, en el templo que, por su enorme magnitud, se llama Panteón.

Con estas y otras cosas semejantes este hombre sumamente intemperante y perniciosísimo enemigo, no ya del pueblo romano, sino de la virtud en general, no mereció que el edicto que había dado en tiempo del triunvirato sobre los dispendios excesivos tuviera ni la fuerza ni el nombre de ley. Consta, sin embargo, que no sólo hay lugar para las leyes sobre alimentos, sino que son necesarias, ya que la sensualidad ha encontrado sus normas para seleccionar los manjares.

De esto da testimonio Marco Varrón, quien, enumeradas las regiones de Italia en las que se encontraban las cosas más interesantes para la comida, ensalza el pescado del Tíber como el mejor, con estas palabras de su libro undécimo sobre las *Cosas humanas:* «Para comer, la tierra de Campania produce el mejor trigo; Falerno, el vino; Casino, el aceite; Túsculo, el higo; Tarento, la miel; el Tíber, el pescado.» Esto es lo que dice Varrón. Pero, entre los pescados, el más estimado era el lucio, y sobre todo el que se pescaba entre los dos puentes. Esto lo afirman no sólo otros muchos, sino también Gayo Ticio, varón de la época luciniana, en un discurso que tuvo para apoyar la ley Fania. Conviene reproducir sus palabras, porque no solamente son un testimonio sobre el lucio pescado entre los dos puentes, sino que también nos darán a conocer fácilmente las costumbres de muchos en la vida de aquel tiempo.

Pues describiendo a los derrochadores, que se dirigen, borrachos, al foro para actuar como jueces, y lo que hablan entre sí, dice: «Se entregan al juego de azar con intensidad, llenos de ungüentos, rodeados de rameras. Cuando son las tres de la tarde, mandan llamar a un esclavo para que vaya al lugar de la asamblea y pregunte qué se ha tratado, quiénes han hablado en pro y en contra, cuántas partes del pueblo romano han votado a favor y cuántas se han opuesto. Entonces se van a la asamblea, no sea que les pasen por alto; y mientras van, no hay ánfora en las esquinas que no

llenen, porque tienen la vejiga llena de vino. Llegan a la asamblea de mal humor y mandan que expongan su caso aquellos a quienes corresponde. Estos lo exponen. El juez convoca a los testigos y él se va a mear. Cuando regresa, dice que ya lo ha oído todo. Pide las tablas y examina los escritos, pudiendo apenas mantener los párpados abiertos a causa del vino. Y al que va con él al consejo, le dice: «¿Qué hago yo aquí con estos imbéciles, en vez de estar bebiendo aguamiel mezclada con vino griego? Hemos comido un buen tordo y excelente pescado, un auténtico lucio que cogieron entre los puentes.»

Esto es lo que cuenta Ticio. También Plinio mismo tocó con elegancia el tema de la gula de su tiempo. Escribiendo sobre el esturión que, aunque escaseaba, había bajado de precio, dice, después de una introducción: «Ahora no se tiene en estima alguna; lo cual me admira, porque es raro de encontrar» [71]. Pero esta austeridad no duró demasiado tiempo, porque en tiempos del príncipe Severo, Samonico Sereno, hombre muy docto en su tiempo, confirmando las palabras de Plinio, dice: «No hay duda de que en tiempo de Trajano este pescado no era muy estimado; pero él mismo dice que era apreciado por los antepasados. Yo, por mi parte, con estos testimonios lo pongo de manifiesto, tanto más cuanto que, como si hubiera vuelto del destierro, veo que de nuevo se lo aprecia mucho en las comidas, especialmente por el hecho de que, ante nuestra indignación, me doy cuenta, cuando asisto a un banquete sagrado, que semejante pescado es presentado por sirvientes adornados con coronas y con acompañamiento de flautas.»

No acabaría nunca si quisiera contar todo lo que se dice en las leyes sobre la comida, o las cosas a que dieron lugar; ya que la palabra no puede abarcar la rica variedad de las costumbres, y hay muchas cosas desconocidas para nosotros que los antiguos pudieron expresar con sus palabras o hacer en su manera de vivir. Pues así como

> la conquistada Grecia conquistó a su fiero vencedor e introdujo sus artes en el agreste Lacio [72],

así las costumbres buenas y malas de todos los pueblos hicieron mella en los victoriosos romanos. Puesto que invocaban a los dioses, o mejor a los demonios, de esos pueblos más por superstición que por religiosidad, y creyeron que habían alcanzado una gran religio-

[71] Macrobio lo toma de Plinio, *Historia natural* IX 17.
[72] Horacio, *Epístolas* II 1, 156-157.

sidad, porque no rechazaban ninguna falsedad. A todos les quitaban sus dioses tutelares, no tanto en razón de un culto piadoso cuanto por su impiedad, para que, reunidos todos en la impar Roma, velasen continuamente en su favor. Y, así, todo lo que oyeron que había sido grato en cualquier sitio se lo llevaron consigo a Roma, para obtener la complacencia y la gloria de todos.

Parece que algo semejante hizo el rey de los ingleses, Guillermo I, a cuyo poder se doblegó Normandía, cuya capital era Cren, y, finalmente, la Bretaña mayor. Después de coronarse con la diadema del reino y de haber establecido la paz, envió legados a las naciones extranjeras para que le llevaran todo lo que les pareciese magnífico y esplendente en cualquier casa ilustre. Y así fue a parar a esa isla opulenta y casi la única en el mundo que está satisfecha con sus bienes, todo lo magnífico e incluso lujoso que se pudo encontrar. El propósito de este esclarecido varón fue digno de alabanza, ya que quería introducir en su país las excelencias de todos los demás. Pero, a mi juicio, hubiera sido más digno de alabanza si a los pueblos que había vencido con las armas y a los que antes había había vencido la magnitud de su propia sensualidad, les hubiese promulgado la ley de la templanza. Sin duda hubiera sido más provechoso fortalecerla con la palabra y la obra, que favorecer la osadía del vicio con el ejemplo de muchos grandes hombres.

Portuniano cuenta que de otro modo actuó Gayo César, una vez restituida la paz a Roma. Siguiendo los principios de las leyes suntuarias, determinó que su casa, que debía considerarse más la de un simple ciudadano que la de un emperador, debía contentarse con tres platos o cubiertos comunes en el cuerpo de la comida, aunque estaba permitido añadir dulces especiales al fuerte de las comidas según lo exigiese el parentesco o categoría de los comensales, o la solemnidad del día y la puesta en práctica de la liberalidad.

Se llaman platos comunes los que se distribuyen a todos y los griegos los llaman «católicos», esto es, generales. Son platos especiales los que se introducen en un menú determinado por razón de obligación o cortesía; y se los llamó especiales, porque se daban aparte, intercalándolos entre los generales. Pues los platos no consistían solamente en legumbres o verduras, como consta por muchos testimonios y por el hecho de que el patriarca Isaac mandó que le hicieran un guiso con lo que cazó su hijo [73].

Los dulces *(bellaria)* son cualquier clase de postre, puesto que allí es donde se sirven las cosas más aparentes y mejor preparadas.

---

[73] Cf. Gn 27, 4.

Este nombre lo usa Marco Varrón: «Los dulces *(bellaria)* —dice— son tanto más agradables cuanto menos dulces son.» Lo cual puede referirse a que, para el que los toma, son más agradables las cosas que le apetecen que las que excitan el apetito artificialmente.

Pero quizá parece de ánimo mediocre el que pone trabas a la abundancia de comida en los primeros platos, o alude en esa materia a las leyes suntuarias; y, sin embargo, no es más grande ni más espléndido que César ninguno de los que con deterioro de las costumbres y de sus bienes da rienda suelta a la gula. Se dejan llevar por la sensualidad, ceden a la vanidad, y con aspecto de liberalidad procuran consolar su miseria y abandono.

¿Quién fue más frugal que César Augusto, que estando en la cumbre del poder se contentaba con un pan de poca calidad y esos pececillos que el vulgo llama *spinatici* o *ripiliones,* y no comía sino urgido por la necesidad o con algún amigo? [74]. ¿Y quién ha sido más glotón y derrochador que Nerón? Y, sin embargo, nunca será alabado ni tenido por grande por cualquiera que sea un poco inteligente, no más que G. Calígula o Vitelio, incluso menos; pues este último también se entregaba sin moderación alguna a comidas, cenas y convites.

Sobre todas es tenida por famosa una cena en la que fue invitado por su hermano, y había dos mil peces escogidísimos y siete mil aves. El mismo la superó en la dedicación de una copa a la que por su enorme tamaño llamó el escudo de Minerva. En ella mezcló sesos de faisanes y de pavos reales, lenguas de flamencos y huevas de lámpreas traídas de todos los lugares marinos [75].

¿Acaso es más importante que Julio César o Augusto, Metelo, el sensual pontífice, cuya cena es más fácil de contar que de comprender? Pues este personaje hizo una famosa o, mejor, infame cena con su aperitivo o, como dice Portuniano, su cena paralela, y lo montó todo con tal lujo, que no sólo superó la magnificencia de cualquier cena oficial, sino hasta el lujo de los egipcios. Esta fue la cena que ofreció: como entremeses, erizos de mar, ostras crudas a discreción, mariscos variados *(peloridas, spondilos),* tordo con salsa de espárragos, gallina cebada, una fuente de ostras gigantes, más mariscos *(balanos nigros, balanos albos, iterum spondilos),* ostras glicomáridas *(glicomaridas),* ortigas de mar, becafigos, lomos de cabrito, manos de jabalí, aves cebadas empanadas, más becafigos, múrices y púrpuras. Y en la cena propiamente tal: ubres de cerda, ca-

[74] Cf. Suetonio, *Augusto* 76.
[75] Cf. ib., *Vitelio* 13.

beza de jabalí, fuentes de pescados, otro plato de ubres de cerda, patos, grullas cocidas, liebres cebadas, aves asadas, pasteles finos y bizcochos de Picene. ¿Quién va a acusar a otros de lujo, cuando hay una cena pontificial rebosante de tantísimas cosas? Pues este tipo de comilonas, hasta contarlas da vergüenza, y son en gran parte desconocidas para nuestros compatriotas por mucho que se gloríen del esplendor de su lujo [76]. Si alguno desea conocerlas, que lea con detención las *Saturnales* y examine las normas cívicas de Portuniano.

Con todo, para no tener que acudir a ejemplos tan antiguos sobre el vicio, nuestra época ha añadido los suyos a los errores de los antepasados. Recuerdo que yo mismo asistí en Apulia a una cena de cierta persona rica, que duró desde la hora nona del día hasta las doce de la noche, y esta duración tuvo lugar en el solsticio de verano. Para esta cena nuestro huésped de Canosa acumuló las exquisiteces de Constantinopla, de Babilonia, de Alejandría, de Palestina, de Trípoli, de los Bárbaros, de Siria y Fenicia, como si no fueran suficientes Sicilia, Calabria, Apulia y Campania para tener un banquete como conviene. La abundancia de manjares, la corrección del servicio, la presteza en agasajar y la cortesía del huésped sabrá contarlas mejor y con más detalle un hombre extraordinario en el hablar y que supera a todos los que conozco en el fácil uso de tres lenguas. Se trata de Juan, tesorero de York, que también estaba presente [77].

Pero hay algo que no se puede decir ni oír sin rubor de los fieles, y es que, según el testimonio de Macrobio, a los infieles les parecían torpes y sensuales muchas cosas con las que en nuestro tiempo se está de acuerdo y que, con el triunfo del lujo, se denominan magníficas. Pues Ticio, al hacer la apología de la ley Fania, echa en cara a su tiempo que se sirviera en la mesa el cerdo de Troya, que era llamado así porque estaba como preñado con otros animales que le rellenaban, como el caballo de Troya estaba preñado de soldados [78]. Entra, si puedes, en la cena de Trimalquión, en Petronio [79], y podrás admirar a un cerdo así relleno, a no ser que quizá te quite toda admiración una variadísima, desconocida e inaudita extravagancia. Y ciertamente muchas cosas, que no nos admiran, acostumbrados ya a ellas por el uso y el abuso, les parecieron admirables, más aún, asombrosas, a los antepasados. Pues el cerdo ya no

[76] Cf. Macrobio, o. c. III 13.
[77] Fue tesorero de la iglesia de York, de 1154 a 1163; luego obispo de Poitiers (1163-1182) y arzobispo de Lyon (1182-1193).
[78] Cf. Macrobio, ib. § 3.
[79] Cf. *Satiricón* 49.

lo llamamos troyano, sino doméstico, y rellenándolo de esta manera, hacemos que muchas cosas sean troyanas. De ahí que hable así Marco Varrón en el libro tercero de su *Agricultura*: «También esto de cebar hasta las liebres se ha convertido en costumbre recientemente, sacándolas de sus antiguas madrigueras y engordándolas en sitios cerrados. La extravagancia hace que se engorde hasta a los caracoles» [80]. Esto es lo que dice Varrón. Nada de esto nos parece ya extravagante, sino que es señal de ciudadanía todo lo que nos incita a la gula.

CAP. 8: *Sobre el banquete filosófico, y que el cívico tiene conexión con él; y de sus leyes suntuarias.*

Pasemos del banquete cívico al filosófico, aunque a los que ven con perspicacia la naturaleza de las cosas les parece que los convites filosóficos y los cívicos están relacionados entre sí. Pues la filosofía, moderadora de todas las cosas, no puede estar ausente de los convites cívicos, siendo así que no hay nada referente a los deberes o al civismo que no caiga en su campo. Pues es ella misma la que prescribe el modo a todo, y al establecer los deberes, está también presente en las cosas plebeyas y corrientes. Nada se desarrolla rectamente, si ella no confirma con las obras lo que se enseña con las palabras. Pues, ¿de qué sirve airear en las escuelas los deberes de la virtud con huecas palabras, si no se corroboran con los hechos y con la vida?

Se llaman, sin embargo, banquetes plebeyos los que se apartan de la moderación y, como desligados de las leyes de la filosofía, por falta de disciplina, conducen desde la parquedad al hambre y desde el lujo y la avidez al frenesí. Si los comensales se reúnen en casa de Nasidieno [81], los preparativos resultan molestos, la casa está llena de ruidos y la avaricia del que preside el comedor provoca una gula burlona en los convidados, y éstos, tras haber agotado todos los vinos de Alifas, se murmuran por lo bajo unos a otros aquello de Horacio:

---

[80] Cf. Macrobio, ib. §§ 14-15.
[81] Cf. Horacio, *Sátiras* II 8.

«Si no bebemos hasta dejar nada, moriremos sin habernos vengado» [82]. Y así se procura por todos los medios que salga perjudicado el cabeza de familia, que ha corrido inútilmente con los gastos y los preparativos.

Si vas a recostarte a casa de Cefeo, la opulencia y la sinrazón llega a la máxima insensatez, y fácilmente se pasa de Baco a Marte. Esto es lo que representan en las fábulas aquellos convites de los centauros [83], donde no cesan los dones de Baco hasta que hacen brotar sangre. Ciertamente, éstas son cosas de los convites del vulgo, que no se moderan con el arbitrio de la filosofía. Pues si llegas a verlos banquetear sin moderación, ten por seguro de que no se trata de centauros de fábula, sino de verdad; porque son casi como fieras, y se hinchan vanamente con el soplo de su propio espíritu o del espíritu de Baco.

Los banquetes que celebra la gente del pueblo, es decir, los de menos recursos, a veces son cívicos y a veces filosóficos. A no ser que creas que fueron inciviles los banquetes de Sócrates, Alcibíades, Epicteto y otros filósofos.

Los banquetes cívicos, por su parte (para seguir nuestro modo de hablar, aunque no sea demasiado inspirado), no son disolutos, pero sí gozan de una cierta mayor libertad y son más abundantes y están más cerca de la forma común de alegrarse (salvando siempre la moderación) que del rigor filosófico. De tales banquetes quedan, por tanto, excluidos tanto los que actúan como Nasidieno, como los que estorban al buen humor de los asistentes con su ceño fruncido y su avinagrado rostro.

Porque, sea lo que fuere lo que se cuece en la olla, se prepara en la cocina, se almacena en la despensa o reluce en la mesa, resulta insulso e insípido si no está sazonado con un rostro alegre [84] y un ánimo afectuoso.

Pues, como se cuenta en la leyenda, hasta Júpiter aceptó el convite de un huésped pobre y consideró como gran regalo lo que la devota estrechez de Filemón le ofreció. Y ciertamente de él se dijo —y vale para todos— que

> una cara alegre vale más que todo
> y una buena acogida nunca es fría ni pobre [85].

---

[82] Ib., 34.
[83] Cf. Ovidio, *Metamorfosis* XII 206 ss.
[84] Cf. Eclo 35, 11.
[85] Ovidio, o. c. VII 677-678.

Por tanto, banquetear cívicamente consiste en amenizar el banquete con la alegría del rostro, la generosa largueza y la diligente servicialidad, y dar a cada uno lo que corresponde según la costumbre, teniendo en cuenta las personas, los lugares y los tiempos; y todo ello no de mala gana o como si uno se sintiera obligado, ya que Dios ama al que da con alegría [86]. Con estos fines se puede permitir a Catio

> fijar en su memoria nuevas normas capaces de superar
> las de Pitágoras, las de la víctima de Anyto y las del sabio
> Platón [87].

Los convites filosóficos son muy estrictos y bien delimitados por sus reglas, para que los que asisten a ellos puedan, sin ningún estorbo de comida o bebida, dedicarse a su oficio. Son, pues, sobrios y, exentos de toda sensualidad, no impiden que Sócrates lleve adelante su justicia positiva, no apartan a Platón de investigar la Naturaleza ni a Critias del recuerdo de sus hazañas; Timeo no está impedido para buscar la última razón de las cosas, y a nadie se le dificulta la práctica de cualquier virtud. Aquí no se estima como un bien la tristeza ni un rostro sombrío, ni se admira a aquel Craso, del que Cicerón escribe, según el testimonio de Lucilio, que solamente rió una vez en su vida. Tienen, pues, sus placeres, pero sin lascivia alguna. Está presente la gravedad, pero tal que no excluya la alegría.

Estos convites tienen también sus leyes suntuarias y las referentes a los alimentos, pero no tanto para economizar los bienes cuanto para respetar a las personas. Pues no temen gastar, en la medida en que la honestidad o la utilidad lo pida. Ya que en las cosas no hay nada que interese al sabio fuera de su uso.

Parece que el bienaventurado Jerónimo estableció una egregia ley sobre la comida, para la custodia de la sobriedad, en la que reside un placer lleno de alegría y utilidad. Pues dice que: «Debe haber un orden para que comamos determinadas cosas y en tal cantidad que no vuelvan pesado el cuerpo, ni se lastre la libertad del alma; porque hay que comer y pasear y dormir y digerir, y luego, con las venas hinchadas, hay que luchar contra los ataques de la concupiscencia.

«El vino lleva a la sensualidad, y la borrachera, a las peleas. Nadie que viva en su compañía será cuerdo. No comamos tal clase

---

[86] Cf. 2 Cor 9, 7.
[87] Horacio, o. c. II 4, 2-3.

de manjares que nos sean difíciles de digerir, y que una vez comidos nos hagan sufrir grandes trabajos para digerirlos y para eliminarlos.

«Los vegetales, la fruta y las legumbres son más fáciles de preparar, y no necesitan de las artes ni de los gastos de los cocineros, y, sin embargo, sirven para sustentar a cualquier hombre sin especial cuidado, y no suponen gran dispendio, porque lo que no excita la gula no se come con avidez y además se digiere más ligeramente. Pues nadie con uno o dos alimentos, sobre todo si son vulgares, se carga hasta hinchársele el vientre, como sucede con la diversidad de las carnes o el deleite de los variados sabores, cuando las fuentes dejan escapar distintos olores, y atraen con fuerza hasta que uno, cautivado por ellos, las consume y satisface hasta la saciedad el apetito.

«Por eso surgen enfermedades como consecuencia de harturas excesivas, y muchos calman la impaciencia de su gula con los vómitos, y lo que ingirieron feamente lo arrojan más feamente todavía» [88].

Quizá parecerá que Jerónimo era demasiado austero y que es difícil obedecer sus normas. Admitámoslo; que se dé de lado a Jerónimo, que no se tenga en cuenta la autoridad de los estoicos, apartemos de nosotros a los peripatéticos, con tal que hagamos caso a Epicuro, defensor del placer.

Séneca y otros muchos esclarecidos filósofos —sin traer a colación los cristianos— dan testimonio de que Epicuro llenó todos sus libros de vegetales, frutos y manjares vulgares, diciendo que había que vivir de ellos, porque las carnes y los manjares exquisitos deben ser preparados con excesivo cuidado y con riesgo de mucho gasto, y suponen más fatiga en procurarlos que placer en abusar de ellos, siendo así que nuestros cuerpos solamente necesitan comida y bebida. Que donde haya pan y agua y cosas semejantes, la naturaleza queda satisfecha; lo que se añada mira más al vicio del placer que a las necesidades de la vida. El beber y el comer debe orientarse, no a apagar el ardor del placer, sino el hambre y la sed. Los que se alimentan de carne, necesitan también lo que no es carne; los que se alimentan sencillamente, ni siquiera necesitan comer carne. Además, no podremos trabajar por la sabiduría sí estamos siempre pensando en la abundancia de la mesa, que exige demasiado trabajo y preocupaciones. Pronto se satisface la necesidad de la naturaleza; el frío y el hambre pueden ser combatidos con comida y vestido sencillos [89].

---

[88] *Adversus Jovinianum* II 10 (Migne, PL 23, 313).
[89] Cf. ib.

Esto es lo que dice Epicuro, aunque haya quedado infamado por la vil grey de sus secuaces.

Aristóteles indica de qué placeres hay que abstenerse de una manera especial. Pues teniendo el placer su origen en la quíntuple fuente de los sentidos, dice que solamente dos, a saber, el gusto y el tacto —esto es, los de la comida y el sexo—, los tenemos comunes con las fieras, y por eso es contado entre las bestias y los animales feroces el que se entrega a estos placeres propios de las fieras.

Los otros placeres que proceden de los tres sentidos restantes son exclusivos del hombre. Pues ¿qué persona que tenga un ápice de pudor humano se complacerá con estos dos placeres de la unión carnal y del comer, que son comunes al hombre, al cerdo y al asno?

Esto es lo que piensa Aristóteles. Sócrates, por su parte, afirmaba que muchos hombres solamente querían vivir para comer y beber; que él comía y bebía para vivir [90]. De ahí que el satírico diga:

> Convéncete de que la mayor infamia consiste en anteponer la existencia a la honestidad,
> y perder, por salvar la vida, lo que es la razón de vivir [91].

Cuenta Valerio [92] que antiguamente, en Roma, las mujeres no tomaban jamás vino, no fuera que por su causa cayeran en algo indecoroso, porque acostumbra a acabar en manos de la incontinente Venus quien está muy próximo de Baco, padre de la intemperancia.

Nuestros antepasados —continúa— también establecieron un convite solemne, que era llamado la fiesta de la familia *(caristia)*, a la que nadie asistía fuera de los conocidos y afines, para que si por casualidad entre las personas de la familia se originaba alguna pelea, se dominara con el elemento religioso que encierra un convite, con la alegría de los ánimos y los encargados de ayudar a la concordia. La gente joven rendía comunitaria y respetuosamente honores a los mayores, de modo que los ancianos eran tenidos como los padres comunes de los adolescentes. A este respecto los jóvenes se cuidaban de ellos durante el día, acompañando al Senado a alguno de los padres conscriptos, a algún pariente o amigo de sus padres; y esperaban en las puertas para cumplir con su deber de volverles a llevar a sus casas. Y con esta guardia voluntaria fortalecían sus

---

[90] Sobre Aristóteles y Sócrates, cf. Macrobio, o. c. II 8 §§ 10 ss.

[91] Juvenal, *Sátiras* VIII 83-84.

[92] Para los párrafos siguientes referentes a los romanos, cf. Valerio Máximo, o. c. II 1 passim.

almas y sus cuerpos para cumplir con diligencia sus deberes públicos, y en poco tiempo, mediante una seria reflexión de su trabajo, se iban haciendo cada vez más prudentes, para mayor realce de sus virtudes. Si eran invitados a una cena, intentaban saber con toda diligencia quiénes iban a estar presentes, no fuera que la gente joven se sentara antes de la llegada de los más viejos, y una vez acabada la comida, esperaban pacientemente a que se fueran los primeros.

De esto se deduce con claridad qué cambio de impresiones tan parco y moderado tenían los adultos durante la cena cuando estaban presentes los jóvenes. Acompañados de flautas cantaban en poemas las glorias de los antepasados, porque así su ánimo quedaba más robustecido para imitarlos. ¿Podemos ver algo más útil y más espléndido que este modo de actuar? Así la juventud rendía los debidos honores a las canas, y la vida pasada de un varón que fuera ilustre servía de acicate para los que empezaban su vida activa. ¿Qué Atenas, qué escuela, qué estudios de otras naciones voy a preferir yo por encima de esta disciplina doméstica? De ahí salieron los Camilos, los Escipiones, los Fabricios, los Fabios y los Marcelos. Y para no demorarme en la enumeración de todas las grandes luminarias del Imperio romano, hay que decir que de ahí surgió el fulgor de los divinos Césares, élite preclara de un firmamento superior. Así lo cuenta Valerio.

Hasta el mismísimo Platón, siendo como era hombre rico (teniendo en cuenta su época y su condición social), y Diógenes le pisoteara sus lechos con los pies embarrados; para poder entregarse a filosofar, escogió la Academia, que era una finca alejada de la ciudad, y que no era solamente un páramo, sino que además olía mal, para lograr vencer los impulsos dañinos de la concupiscencia con el ahínco y la asiduidad, y lograr así que sus discípulos no tuvieran otro placer que el nacido de las cosas que aprendían [93].

Todo camino se cierra a cualquier disciplina si se aparta del estudio a su compañera la sobriedad, que, ciertamente, no pueden soportar los que se lamentan ante los incapaces de que todo resulta duro para los sabios. Por mi parte, llegué a conocer a un hombre de mucha menos categoría que Platón (fuera de que es cristiano y no creo se pueda anteponer ni tan siquiera a Platón ante un cristiano), lo conocí, digo, cargado de enfermedades, que se alegraba con la frecuencia de sus males —con tal de que no crecieran hasta el punto de no poder soportarlos..., para debilitar así la lascivia de la carne y conseguir que su espíritu se elevara y se fortaleciera en el conoci-

[93] Cf. Jerónimo, o. c. II 9 (Migne, PL 23, 298).

miento de Dios, en el desprecio del mundo y en el ejercicio de la virtud. Y sólo deseaba y esperaba para abrazarlo que la mano de Dios le enviara algún sufrimiento tolerable para él, con tal de que le mantuviera las fuerzas del alma y del cuerpo, y no quedase inactivo por la violencia de la enfermedad.

Por esto los platónicos y los estoicos vivían en los pórticos y en los bosquecillos sagrados de los templos, para que, advertidos por la santidad de aquel estrecho habitáculo, no pensaran más que en cosas virtuosas. Esta meditación no la ejercitan aquellos cuyo dios es el vientre y su fin la confusión [94], cuya gloria es el estiércol, el fuego y los gusanos. Parece que hasta el Apóstol prescribe una ley suntuaria a quienes enseñan la verdadera filosofía cuando dice: «En teniendo comida y vestido, contentémonos con esto» [95]. Por lo demás (para proceder con cierta apertura junto a los que escriben de estas cosas en mi línea, aunque yo lo haga con peor estilo), todo lo que la verdadera necesidad o la honestidad sincera exige de cada uno para sí o para los suyos cae dentro del recto orden de la alimentación y el vestido, siempre que se actúe razonablemente y se evite el abuso. Pues la misma filosofía consiente esto a los que la cultivan, y sólo está contra la intemperancia de la falta de moderación.

CAP. 9: *Que también en la Sagrada Escritura hay óptimas reglas para el civismo y que no hay nada más civilizado que la virtud; y cuáles son las reglas de civismo que hay que observar en los banquetes; y sobre la vergüenza.*

Se ha dicho que la filosofía es la maestra de todo civismo y de cualquier cosa que se deba hacer, y que señala todos los deberes que hay que cumplir en los convites [96].

Dado que existen muchas normas para el civismo, creemos que se debe hablar con razón en primer lugar de aquella regla de civismo dada por Aquel que está por encima de todos los filósofos y sabios, y es más civilizado que cualquier filósofo. Dice así: «Cuando te inviten a una boda, no te sientes en el primer puesto, no sea que

---

94 Cf. Flp 3, 19.
95 1 Tim 6, 8.
96 Cf. Cicerón, *Tusculanae Disputationes* V 2 § 5.

haya un invitado más honorable que tú y te deba decir el que te invitó: "Cede a éste tu puesto", y entonces, con vergüenza, vayas a ocupar el último lugar. Al contrario, ve y siéntate en el último lugar para que, cuando te vea el que te invitó, te diga: "Amigo, sube más arriba". Entonces tendrás gran honor en presencia de todos los comensales»[97]. Y más adelante, como para confirmar de modo general este principio, añade: «Porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado»[98].

Y aunque parezca un enunciado referido más a la religión que al civismo, yo no separo la religión en sus aspectos externos del civismo, siendo así que no hay nada más civilizado que esforzarse en cultivar la virtud. Por lo demás, no admite[99] una ley de puertas abiertas, pero no excluye un ambiente de alegría; no huye de un ornato más lujoso; no busca, sin embargo, los estímulos de la gula. Pues dice: «Mis toros y cebones han sido sacrificados»[100]. Y cuando el padre, generoso, organizó un alegre convite para el hijo pródigo que acababa de regresar, para aumentar la alegría llamó a unos músicos y a un coro, mató un becerro cebado, y para que no desentonara con el conjunto la mísera vestimenta, se le pone con ayuda de los criados un anillo y una túnica para vestirle y se sacan del armario los atavíos[101].

Así como están abiertas las puertas de la liberalidad a los que son dignos de acogida, hay que cerrárselas a los indignos. Pues hasta las vírgenes necias, aunque llamaron a la puerta, sufren la repulsa por el defecto de su necedad, no fuera a ocurrir que tuvieran que ser echadas después de haber sido admitidas[102]. Pues es patente que

> más deshonra sufre un huésped cuando se le echa a la calle, que cuando simplemente no se le admite[103];

y, sin embargo, no extraña que se le eche, si perturba el banquete con su mala conducta. Pues también fue echado fuera el que no llevaba traje para el convite nupcial[104].

---

97 Lc 14, 8-10.
98 Ib., 11.
99 Se refiere a Jesucristo visto como anfitrión en sus parábolas.
100 Mat 22, 4.
101 Lc 15, 22 ss.
102 Cf. Mt 25, 1 ss.
103 Ovidio, *Tristes* V 6, 13.
104 Mt 22, 11-13.

Aunque todas estas cosas tengan una interpretación fundamentalmente mística, llevan consigo, sin embargo, en un aspecto más superficial, unos principios de educación. Y casi al pie de la letra nos parece que suena así aquel mandato del Apóstol: «Si algún hermano es tachado de fornicador, o avaro, o idólatra, con éste ni comer» [105]. Para esto está abierta la puerta de una casa, para excluir a los lascivos, criminales e infames. Para esto tiene portero o conserje, para que no entre ningún estúpido, y haya quien acoja con respeto a los que son dignos de ser admitidos, hable con ellos dignamente, entretenga a los desconocidos, cuente las novedades a los que no las saben y, cuando sea el momento adecuado, los lleve hasta el señor de la casa.

Puede haber, evidentemente, abundancia sin lujo, alegría sin lascivia, y un cierto uso generoso y liberal de las cosas, sin que se mancille la virtud. Pues el convite de Herodes [106] o el del Faraón [107], al provocar una alegría desenfrenada con los movimientos de la bailarina y el calor del vino, acabó trágicamente y manchado con un homicidio. Esto tampoco lo aprueba la sensatez de los gentiles.

Cuenta Valerio que Porcio Catón apartó a Lucio Flaminio del número de los senadores porque había herido sin piedad con una hoz a cierto hombre que había sido condenado; y aunque fuera durante la ejecución del suplicio, lo hizo a su arbitrio y para diversión de una mujerzuela invitada, con la que estaba atado por el amor y el lecho [108]. Y también Lucio Flaco y su colega, censores, excluyeron a Durionio del Senado, porque, siendo tribuno del pueblo, había abrogado una ley promulgada para atajar los gastos de los convites. Es de notar el motivo de la acusación. Y hay que ver con qué desvergüenza subió Durionio a la tribuna para decir: «Se nos han puesto frenos, Quirites, de todo punto intolerables. Estáis atados y bien atados con el amargo vínculo de la servidumbre. Se ha dictado una ley que os obliga a ser frugales. Abroguemos, pues, este mandato lleno de la herrumbre de un detestable atavismo. Pues ¿para qué necesitamos la libertad, si no se permite a los que lo desean morir lujosamente?»

Hay otro rasgo de civismo en la Sagrada Escritura, y es que desde el principio vayan por delante las muestras de agradecimiento. Pues nos consta que el generosísimo, educadísimo y amabilísimo pa-

---

105 1 Cor 5, 11.
106 Cf. Mc 6, 21 ss.
107 Cf. Gn 40, 20 ss.
108 Valerio Máximo, o. c. II 9 § 2.

dre de familia que con cinco panes sació el hambre de cinco mil comensales, solía bendecir el pan antes de partirlo [109]. Y es también célebre aquel dicho del sabio de que hay que enaltecer la filosofía en su mismo prólogo, porque es el verdadero don de los dioses y la ciencia de las ciencias [110].

Es también propio del civismo, y acorde con las sagradas escrituras, el callarse totalmente en las comidas para escuchar en provecho propio, o hablar doctamente para provecho o alegría de otros. Pues también durante las comidas hablaba el Señor a sus oyentes con parábolas y palabras de vida [111].

Son demasiado tristes y casi carentes de urbanidad los convites en los que se deja de lado el placer de escuchar y sólo se atiende a llenar el estómago, o suena una algarabía de palabras propia de asnos y de imbéciles. Y no es que haya que excluir la música, siendo así que es un arte inocente, hasta tal punto que el mismo Sócrates se cuidó de aprenderla ya en su vejez [112].

Cantarán para mí Dametas y Egón de Lyctos,

es realmente educado.

Alfesibeo imitará a los danzantes sátiros [113],

cae ya en lo ordinario.

Hay que hablar un vocabulario que sea claro, lo más contrario posible a los vicios y que corte el paso a la sensualidad, apartando, sin embargo, cualquier sospecha de avaricia.

Y aunque a los que se dejan llevar por la intemperancia se les embota la vena del ingenio, Polemón, después de corregirse, atestigua que no se les va del todo. Durante su adolescencia vivió en Atenas entregado a la sensualidad, y no gozó sólo de sus encantos, sino de una mala fama. En una ocasión, regresando a casa de un convite, no después de la puesta del sol, sino después de su salida, y habiendo visto que estaba abierta la puerta del filósofo Xenócrates, lleno de vino como una cuba, todo él perfumado, con la cabeza adornada de flores y muy lujosamente vestido, entró en la

---

109 Cf. Mt 14, 19; Mc 6, 41; Lc 9, 16; Jn 6, 11; 1 Cor 11, 24, etc.
110 Macrobio, o. c. I 24 § 21.
111 Cf. Mt 26, 21 ss.; Lc 7, 40 ss., etc.
112 Quintiliano, *De Institutione Oratoria* I 10 § 13.
113 Virgilio, *Eglogas* V 72-73.

escuela del filósofo, que estaba llena hasta los topes de hombres doctísimos. Y no contento con una entrada tan fuera de lugar, también se sentó, para elevar de tono, con las procacidades de su borrachera, tan preclara conversación y tan prudentes preceptos.

Habiéndose producido en seguida, como era natural, la indignación de todos, Xenócrates mantuvo su rostro impasible, y, dejando aparte el tema de que estaban hablando, empezó a disertar sobre la modestia y la temperancia. Polemón, obligado a entrar en razón por la seriedad de la disertación, primero se arrancó de la cabeza la corona y la apartó de sí; después metió correctamente el brazo debajo del manto; luego, a medida que avanzaba el tiempo, perdió el aire jaranero propio de un banquete, y, finalmente, se despojó de todos sus lujos, y curado con la medicina saludabilísima de un solo discurso pasó a ser, de un vicioso de mala nota, un gran filósofo [114]. Ciertamente que su alma peregrinó por el mundo de la maldad, pero no hizo en él su casa; habitó allá durante algún tiempo, pero de ninguna manera fijó allí su domicilio.

Finalmente, hay una cosa hacia la que tiende cualquier filósofo, a saber, un fin honesto, una salida alegre y agradable, que ciertamente no puede alcanzarse si la filosofía no proporciona a todos los oficios y trabajos, y a todos los que se dedican a ellos, un respeto que vele por ellos. Ya que, como dice Casiano, el respeto engendra los consejos honestos y es el protector de los oficios honrados; maestro de la inocencia, apreciado por los que están cerca, aceptado por los extraños, descuida los intereses propios para favorecer los colectivos, y en todo tiempo y lugar ofrece un rostro favorable, hasta tal punto que se dice que es admitido hasta por quienes carecen de él.

En Atenas, cierto individuo de edad avanzada fue al teatro a ver los espectáculos, y al no cederle un asiento ningún ciudadano, llegó por casualidad al lugar de los legados de Lacedemonia, los cuales ofrecieron sus respetos a la avanzada edad de aquel hombre y a sus canas, levantándose y ofreciéndole un asiento entre ellos, en un lugar honorabilísimo. Cuando el pueblo se dio cuenta de lo que sucedía, aprobó con grandes aplausos la respetuosidad de un pueblo extranjero. Y se cuenta que uno de los lacedemonios exclamó: «Vaya, los atenienses saben lo que hay que hacer para obrar rectamente, pero no se preocupan de llevarlo a la práctica» [115].

---

[114] Valerio Máximo, o. c. VI 9 ext. 1.
[115] Ib. IV 5 ext. § 2.

CAP. 10: *La regla de los convites según el sentido y casi con las mismas palabras del libro de las «Saturnales», de Macrobio.*

Quizá parezcan poco correctas y demasiado rebuscadas las cosas que se han dicho tomadas de ciertos aspectos de las sagradas escrituras. Además, para proceder de un modo más fácil para nosotros mismos, examinemos la regla de los filósofos paganos sobre los convites. Pues fueron muchos los que, en esta materia, dieron normas sobre lo que se debe hacer, pero bastan unos pocos para lo que interesa.

Entre otros, se nos ofrece el libro primero de las *Saturnales,* con tal categoría sobre el tema, para quien lo examine bien, y tanta extensión, que no es necesario buscar más. Y así hemos decidido seguir en este capítulo no tanto sus huellas cuanto sus mismos pasos, y suplir la pequeñez de nuestra propia alacena con la abundancia de su despensa. Pues es realmente notable en sus afirmaciones, rico en su estilo, y rezuma tanta calidad en su visión de las costumbres, que parece que nos da a saborear la dulzura socrática en la ordenación y desarrollo de los convites.

Pues dice así: «Sé bien que la filosofía, que es la que modera todas las cosas sin lugar a dudas, procedería en primer lugar a ponderar la inteligencia de los que se sientan a la mesa, y si hallara que son muchos los especialistas o aficionados a ella los que se reúnen en un convite, estará de acuerdo en que se hable de ella, porque del mismo modo que unas cuantas consonantes, dispersas entre muchas vocales, alcanzan fácilmente la suavidad en el conjunto de una palabra, así también los ignorantes, cuando no son muchos, se elevan al nivel de los doctos en la medida que pueden o quedan cautivados al escuchar tales cosas.

«Ahora bien, si hay muchas personas ajenas a esta clase de disciplina, aprobará que los prudentes que estén presentes procuren disimularla, y tolerará que se entreguen a una conversación que resulte agradable a la mayoría, para que su escasa y digna presencia no quede maltratada por la masa proclive al desorden. Puesto que ésta es también una de las virtudes de la filosofía, a saber, que mientras el orador no se manifiesta más que cuando habla, el filósofo no filosofa menos callando cuando lo pide la ocasión que hablando. Y así los pocos algo más doctos que estén presentes buscarán la coincidencia de su tosca compañía, mientras, para mayor seguri-

dad, se cuestionan en su interior lo que se afirma, en orden a que desaparezca cualquier asomo de discordia.

«Y no es de admirar que el docto haga lo que hizo en su tiempo Pisístrato, siendo tirano de Atenas. Había dado éste en cierta ocasión un acertado consejo a sus hijos sin conseguir su aquiescencia, y se hallaba, en consecuencia, enemistado con ellos. Al darse cuenta de que esto era motivo de alegría para sus rivales, que esperaban que así se produjera un cambio en la casa real, convocó a la totalidad de los ciudadanos, y dijo que era cierto que se había irritado con sus hijos al no estar éstos de acuerdo con la voluntad paterna, pero que después le había parecido más propio de la piedad de un padre someterse al parecer de sus hijos; que supiese, por tanto, la ciudad que los descendientes del rey estaban en armonía con su padre. Con este comentario quitó la esperanza a los que luchaban contra la tranquilidad de la casa real.

«De la misma manera en cualquier situación de la vida, y especialmente en la alegría del convite, hay que intentar reducir a concordia todo lo discorde, dejando a salvo la inocencia. Así, el convite de Agatón, que tuvo por comensales a los Sócrates, Fedros, Pausanias y Herisímacos, no oyó ni una palabra que no fuera de filosofía. Por el contrario, las mesas de Alcinoo y de Dido, como si fueran solamente aptas para los placeres, tuvieron una a Iopas y la otra a Polifemo tocando la cítara. Tampoco faltaron en casa de Alcinoo bailarines, y en casa de Dido, Bitias, que se emborrachó de tal modo, que se anegó todo él con el exceso de la bebida. Si alguien hubiera intentado mezclar palabras de sabiduría en las conversaciones de aquel tipo de banquetes entre los feacios y los cartagineses, ¿no hubiera perdido la amistad y el favor de aquellas reuniones y promovido contra sí la correspondiente burla?

«Por tanto la primera regla será ponderar qué clase de invitados hay. Luego, si ve que hay lugar para sí, no hablará de sus más profundos secretos mientras bebe, ni planteará cuestiones intrincadas o inquietantes, sino útiles y asequibles. Pues del mismo modo que si uno de los que tienen la costumbre de bailar en mitad de los convites, para hacer más ejercicio, retara a sus compañeros a correr o a luchar, será expulsado de la diversión del convite por estar fuera de tono; así, en la mesa, los que son aptos para ello han de filosofar, de modo que a la crateta del vino creado para la alegría añadan, mezclada, la templanza, no sólo de las Ninfas, sino también de las Musas.

«Pues si, como es necesario reconocerlo, en cualquier reunión hay que callar o hay que hablar, preguntémonos en los convites cuándo

es conveniente el silencio y cuándo la conversación. Porque si ocurre como en la ática Atenas, donde los areopagitas meditaban sus sentencias en silencio, y es oportuno guardar silencio durante la comida, no hay por qué preguntarse más si hay que filosofar o dejar de filosofar en la mesa. Pero si los convites en silencio no existen, ¿por qué donde se permite hablar se prohíbe la conversación adecuada, máxime cuando las palabras alegran los banquetes tanto como la dulzura del vino?» [116].

«"¿Qué relación tiene esto con la filosofía?", me preguntarás. Pues fíjate: no hay nada tan relacionado con la sabiduría como el adecuar las palabras a los lugares y a los tiempos, teniendo siempre presente la calidad de las personas allí reunidas. A unos los animan los ejemplos que se cuentan de las virtudes; a otros, los de los buenos hechos; a algunos, los de la discreción; de tal modo que los que se comportaban de otra forma, oyendo tales cosas, llegan con frecuencia a cambiar de estilo de vida. De este modo, si este estilo de hablar prevalece en los banquetes, la filosofía penetrará en los que están maniatados por los vicios sin que apenas se den cuenta; como hiere el padre Baco con el puñal de su hierro escondido, a través de los retorcidos pámpanos que coronan su cabeza. Pues nadie se va a proclamar censor en un convite y criticar abiertamente los vicios. De otra forma, los que están atados a ellos se sentirán coaccionados y se levantarán tales protestas en el convite, que los invitados parecerán los destinatarios de esta arenga:

> Alegres por lo ya conseguido, ocupad el resto del tiempo
> en reparar vuestras fuerzas
> y confiad en que el ataque se prepara [117].

«Por consiguiente, cuando surja la ocasión de una reprensión necesaria, debe brotar de parte del filósofo de manera que sea a la vez oculta y eficaz. ¿Por qué admirarse de que el sabio penetre, como digo, en sus oyentes sin que se den cuenta, cuando a veces reprende de manera que el reprendido se alegra, y muestra también no sólo con sus invenciones, sino con sus interrogaciones, la fuerza de la filosofía que nunca dice cosas ociosas? Ningún acto o lugar honesto, ninguna reunión debería excluirla, porque tiene tantas posibilidades, que parece necesaria en todas partes hasta el punto de que su ausencia es inadmisible.»

---

[116] Hasta aquí Macrobio, o. c. VII 1 §§ 9-17. Sigue §§ 20-25.
[117] Virgilio, *Eneida* IX 157-158.

Después de algunas otras cosas establece la diferencia entre la burla hiriente y las bromas o ironías suaves que en ocasiones dice el sabio de modo que no solamente carezcan de amargura, sino que produzcan un oportuno consuelo. Enseña después cómo ser educado y de buen humor al hacer preguntas: «En consecuencia, el que pretende ser un consejero agradable, pregunta aquellas cosas que son de respuesta fácil, y que sabe que el otro ha aprendido con una fiel aplicación personal. Pues todo el mundo siente satisfacción cuando se le incita para que exponga sus teorías ante los demás, porque no quiere que permanezca oculto lo que aprendió, sobre todo si la ciencia que alcanzó con esfuerzo es desconocida para la mayoría y sólo familiar para unos pocos como él, como, por ejemplo, la astronomía o la dialéctica u otras semejantes. En este momento tienen la impresión de conseguir el fruto de su trabajo, al tener la oportunidad de hacer público lo que aprendieron, sin que parezca pedantería, de la que carece el que no intenta entrometerse, sino que es invitado a hablar.

«Al contrario, resulta muy amargo para cualquiera, que le preguntes delante de mucha gente lo que no sabe demasiado bien. Porque o está obligado a decir que no lo sabe, cosa que juzgan sumamente vergonzoso y perjudicial, o si contesta arriesgándose, se expone al peligro de acertar o no acertar al hablar sobre lo acontecido, con lo cual muchas veces se descubre la ignorancia, y se imputa al que ha hecho la pregunta el bochorno que sufre el pudor propio.

«También los que han corrido por mares y tierras se alegran de que se les pregunte por lo desconocido para muchos del seno de los océanos y de los continentes, y con sumo gusto contestan y describen los distintos parajes, unas veces con palabras y otras con dibujos, porque consideran que es para ellos una gloria el dar a conocer a los demás lo que ellos han visto. ¿Y qué vamos a decir de los capitanes y soldados? Estarían siempre hablando de lo que han hecho tan valientemente, pero se callan por miedo de que se juzgue que es petulancia. ¿Acaso no consideran, cuando son invitados a contarlo, que ya han recibido el premio de su trabajo, pensando que por el simple hecho de referir sus hazañas a los que desean oírlas ya han alcanzado su recompensa? Esta clase de narraciones lleva consigo un cierto sabor a gloria, hasta el punto de que si están presentes algunos envidiosos o rivales, interrumpen las preguntas con sus gritos o intercalan sus propias narraciones, para impedir que se cuenten las cosas que redundan en admiración del que las cuenta. También se anima al que ha corrido fuertes peligros o sufrido grandes desgracias y las ha superado plenamente, a que las cuente. Pues el que

todavía está metido en esa situación por poco que sea, siente horror a las preguntas, y teme el relatarlo» [118]. Como dice Virgilio:

Quizá un día gustará recordar las pruebas pasadas [119].

«Gusta que le pidan a uno contar la suerte inesperada de un amigo, que uno por su parte no se atrevía ni a contar ni a callar, por miedo a ser tenido por vanidoso o malintencionado. El que ama la caza, debe ser interrogado sobre la extensión de los bosques, las dificultades del recorrido y el resultado de la cacería. Si está presente un hombre piadoso, dale ocasión de que cuente con qué ritos religiosos mereció alcanzar el auxilio de los dioses, y de qué magnitud era el fruto de las ceremonias; porque juzgan que el no callar los beneficios que obtienen de los dioses es una forma de religiosidad; y añade a esto que les gusta ser tenidos como amigos de los dioses. Si hay algún anciano, tendrás ocasión de que crea que has sido muy generoso con él, si le preguntas aun de cosas que no le atañen; pues ya se sabe que la locuacidad es muy propia de esta edad» [120]. Pero volviendo a la cuestión de las bromas o ironías suaves, hay que ir dejando caer en los convites las más adecuadas y menos hirientes, como son las que poco o nada molestan sobre algunos defectos del cuerpo, como si te metes con que uno es calvo o con su nariz abultada y curvada o chata como la de Sócrates. Porque estas cosas, cuanto menos desgracia suponen, menos hieren. Por el contrario, la ceguera no se menciona nunca sin provocar sentimiento. Más aún, el rey Antígono mató a Teócrito Chio, al que había jurado que iba a perdonar, por una ironía que dijo sobre su persona. Porque al ser llevado a Antígono para que le impusiese un posible castigo y consolarle los amigos con la esperanza segura de que recibiría un total perdón del rey cuando estuviese ante sus ojos, respondió: «En ese caso me estáis hablando de una esperanza de salvación imposible.» A Antígono le faltaba un ojo, y la inoportuna chanza privó de la luz de la vida al desafortunado en hablar.

«Y no negaré que algunos filósofos también recurrieron a este género de ironías, por estar indignados. Pues en cierta ocasión, habiendo invitado a un grupo de filósofos un reciente liberto del rey, por añadidura nuevo rico, y burlándose de las cuestioncillas que trataban, dijo que querría saber por qué salía de un solo color el

---

118 Macrobio, o. c. VII 2 §§ 4-9.
119 *Eneida* I 203.
120 Macrobio ib. §§ 12-14.

plato que se hacía de judías blancas y negras, y entonces el filósofo Arídices, indignado, le contestó: «Explícanos tú por qué de los azotes de cuero blancos y negros salen señales iguales» [121].

«Hace más fácil la broma el que los dos interlocutores estén en la misma posición, como ocurre cuando un pobre se burla de la pobreza de otro, o un hombre de bajo nacimiento se burla del bajo origen de otro. Pues Tarseo Anfias, al pasar de ser simple hortelano a ser rico, dijo algunas cosas contra un amigo como si se tratase de un hombre vil, pero añadió en seguida: «Pero los dos provenimos de la misma semilla»; e hizo reír a todos.

«Las ironías directas llenan de alegría a aquel a quien se dirigen, como si a un chicarrón fuerte le reprendes porque dilapida su salud y parece que quiere matarse por los demás, o si a un hombre generoso le echas en cara que tira por la borda sus riquezas, mirando más por otros que por sí mismo. Así actuaba Diógenes cuando solía alabar a su maestro Antístenes el Cínico, so color de vituperarle. «Este individuo —decía— me convirtió de rico en mendigo, y en lugar de una casa grande, me hizo vivir en un tonel.» Y verdaderamente acertaba más al decir esto que si hubiera exclamado: «Le estoy agradecido porque me hizo un buen filósofo y un hombre de virtud consumada.» Luego, bajo el mismo nombre de broma o ironía, se contienen diversos efectos. Por ello, entre los lacedemonios, entre las diversas reglas dadas para llevar una vida correcta, estableció también Licurgo esta clase de ejercicio: que los jóvenes usaran de las bromas sin herir y aprendieran a soportarlas de los demás, y que si alguno de ellos se dejaba llevar de la indignación por esta clase de dichos, no se le permitiera en adelante decírselas a los demás» [122].

«Pero, dado que en los convites la ira acecha con frecuencia a la alegría, hay que moderarse en este tipo de dichos, y hay que proponer a todos, o ayudar a resolver cuestiones propias de los convites. No creyeron los antiguos que este género era cosa de juego, y hasta Aristóteles escribió algo sobre el tema, y también Plutarco y Apuleyo con Frontón. No hay que tener en menos lo que fue objeto de reflexión para tantos hombres dados a la filosofía» [123].

Ahora bien, en el ejercicio de los retóricos o en el foro de los oradores las ironías tienen un lugar mucho más amplio, ya que allí el dejar al aire al adversario lleva con frecuencia al triunfo; y por eso se cuenta que este género era muy usado por Cicerón.

---

121 Ib. 3 §§ 11-15.
122 Ib. §§ 20-22.
123 Ib. §§ 23-24.

También para las burlas hirientes hay lugar muchas veces en las disputas del foro, con tal que no se llegue a los insultos; pues si éstos no se acallan con la ayuda del litigante, deben cesar, en todo caso, por respeto al juez y a los oyentes. Pues ofende

> a quienes tienen un caballo, padre, bienes [124],

cuando, a no ser por razones muy claras, se llega a los insultos. Ahora bien, si hay quien los soporta con paciencia, obtiene el favor de todos por su dominio de sí mismo.

Así, pues, los convites excluyen las burlas hirientes, no sea que con su hiel se amargue toda la dulzura del banquete. Búsquese por todos los medios aquello que provoca lo que junta una consciente alegría con la moderación. Pues el chiste ingenioso y la risa educada de los comensales son más agradables que todos los platos especiales. Por eso dice el moralista, aunque lo ponga en la persona del que se burla:

> Al que va a los convites le ocurre como a los generales, que, de ordinario, la adversidad
> pone al descubierto su talento, y la prosperidad lo deja en la sombra [125].

La indulgencia con el vino, aunque suela decirse que el dios Baco puso las cosas difíciles a los sobrios, tiene necesidad de temperancia, a pesar de que haya quienes, apoyados en Platón, afirmen que hay que beber en abundancia.

> Se acusa a Homero de ser amigo del vino por los elogios que de él hace [126];

y los mismos afirman que también Platón fue amigo del vino. Es cierto que ambos alabaron el uso del vino, porque fortalece la naturaleza, aguza el ingenio y alienta al ánimo indeciso para llevar a cabo lo que debe hacer.

Pero se habla con más seguridad cuando se cuenta que Platón aprobó las invitaciones moderadamente alegres y generosas, de poca y modesta bebida, que se hacían dirigidas por algunos que eran estimados como árbitros y sobrios maestros de los convites. Y esto es lo que en los libros primero y segundo de *Las leyes* indicó que no

---

124 Horacio, *Arte poética* 248.
125 Id., *Sátiras* II 8, 73-74.
126 Id., *Epístolas* I 19, 6.

era cosa inútil para los hombres. «Pues juzgó que con moderados y convenientes intervalos en la bebida, los ánimos se fortalecen y se equilibran para cumplir con los deberes de la sobriedad; y haciéndose paulatinamente más alegres, se vuelven más sutiles para percibir lo que se pretende, y, al mismo tiempo, si hubiera en ellos, profundamente arraigados, algunos errores en los afectos y deseos que, de otra suerte, hubiera ocultado su temeroso pudor, sin grave peligro, podrían quedar al descubierto gracias a la libertad que da el vino, y se haría más fácil corregirlos y curarlos.

«Y en el mismo lugar Platón afirma que no hay que huir de esta clase de ejercicios contra esa violencia del vino que hay que desterrar; y que en nadie se confió tanto ni fue tenido jamás por tan suficientemente continente y templado, que no se haya investigado su vida entre los mismos peligros de los errores y entre las tentaciones de los placeres. Pues para quien sean desconocidos los gustos y encantos de los convites, y no los haya experimentado en absoluto, si por casualidad la apetencia o el azar le llegara a impulsar o le urgiera la necesidad de participar en esta clase de placeres, inmeditamente es seducido y apresado, y su mente y ánimo dejan de ser dueños de sí mismos. Así, pues, hay que librar batalla, como en una guerra auténtica, contra las cosas que llevan al placer, y entablar una lucha cuerpo a cuerpo contra el desenfreno en el vino. Porque no podemos sentirnos seguros ni con la fuga ni con la abstinencia, sino que con el vigor de ánimo, con una perseverante presencia de espíritu y un uso moderado, debemos defender la temperancia y la continencia, y, estimulado y fortalecido al mismo tiempo nuestro ánimo, apartar de él lo que pueda haber de fría tristeza o de vergüenza paralizante» [127].

Quizá la autoridad de Platón tenga peso para muchos, pero a mí me parece demasiado arduo y temerario para los ánimos débiles cualquier lucha con Baco, más aún, con cualquier placer. Si Lot, que era un hombre justo y digno de ser librado del incendio de Sodoma, movido por el estímulo del vino fue a parar al incesto [128]; si Noé, que se salvó del diluvio gracias a su fe y a su perseverancia en el bien, que es el segundo padre del género humano y artífice de la salvación, dejó al desnudo sus partes por el vino [129], ¿quién se sentirá seguro luchando, a no ser que se considere superior a padres de tanta categoría? Pero para no rechazar la exhortación de

[127] Sobre estas referencias a Platón, cf. Gelio o. c. VX 2 §§ 5-8 con algunas variantes.
[128] Cf. Gn 19, 29 ss.
[129] Cf. Gn 9, 20 ss.

Platón, concedamos que enfrentarse con el placer es de mayor fortaleza, pero consideremos más seguro el huir de él y evitar los enfrentamientos. Y no recuerdo haber encontrado a nadie que provocara a los placeres y no haya leído que cayó en sus manos. Quizá lo tienen presente las invenciones poéticas, que no nos presentan ninguna orgía sin arrebatos, ni se avergüenzan de manchar las celebraciones de Baco con la sangre, los parricidios y otras muchas clases de horrores.

En los convites hay que procurar, además, que alguien se encargue de regir la casa y dar lo necesario a todos los que en ella moran, y de ordenar el servicio de la servidumbre, para que no haya nada fuera de lugar o que no esté preparado, ni surja algo que produzca asombro o de lo que haya que avergonzarse; en fin, para que el dueño no tenga que preocuparse de todo lo que hay que hacer y cargar también sobre sus hombros, como suele decirse, con los invitados.

El que asiste a los convites y quiere ser amable debe evitar también el habituarse a dar consejos y evitar la costumbre de hablar en voz baja y en secreto, ya que en los convites, es decir, en la reunión alegre de amigos que comen juntos, todo debe estar claro, y en la mutua y amistosa confianza nada debe ser ocultado, sino que, si ello fuera posible, cada uno debería ofrecer su corazón a la mirada de los demás para que pudieran verlo. Pues quizá no hay ningún lugar menos apto para pleitear, ya que las palabras dichas en secreto suelen ser molestas para los asistentes que se sienten excluidos de ellas. Pues la misma exclusión es un signo de desconfianza.

Pero también en lo que se dice en público hay que poner en práctica cuidadosamente lo que escribió en su primer libro sobre la *Analogía* Gayo Claudio César [130], varón de agudo ingenio y de notable prudencia. Pues dice: «Así como los navegantes huyen de los escollos, hay que rehuir las palabras poco usadas e insolentes.»

Asimismo indicaron los antiguos que el número de los invitados no fuera menor que el de las Gracias, que eran solamente tres, ni mayor que el de las Musas, esto es, nueve, o, a lo más, que llegaran a la suma de las Gracias y las Musas, alcanzando los doce. Prevaleció, sin embargo, entre los que consideran mejor estas cosas, que en tal cuestión el cabeza de familia goce de una gran amplitud de decisión.

---

[130] Se trata en realidad de Cayo Julio César. El autor se lo atribuye a Claudio. Cf. Macrobio, o. c. I s § 3, 7 § 12.

CAP. 11: *De los trabajos y cargas del matrimonio, según Jerónimo y otros filósofos; de los males de la pasión carnal; de la fidelidad de la mujer Efesia y de otras semejantes.*

Así como es necesaria la sobriedad entre los invitados a un convite, también es necesario que la moderación esté presente en todo. Pues de la saciedad dimana la pasión carnal, y de ésta, la impureza y otras muchas calamidades. Y ciertamente de todas éstas no se sigue sino el dolor del arrepentimiento; y bien les va a los arrepentidos y tristes, si el dolor es fructuoso.

Y así nos parece que procede de un corazón endurecido la opinión que afirma que sin la satisfacción total de la pasión carnal no existe placer perfecto. Se dice que éste era el parecer de Epicuro. Pero cualquiera que sea lo que los cerdos de su piara lleguen a gruñir, pienso que tan inmundo y funesto vocerío no alcanzó la aprobación de ningún filósofo, y mucho menos de Epicuro, que fue tan eminente que fundó su propia escuela entre los filósofos.

Según cuenta Séneca, pertenecen a él cosas de mucha importancia, que pueden encontrarse ampliamente esparcidas entre los filósofos y en parte están dichas y agrupadas en el libro que se titula *De los argumentos* o *De la doctrina de los filósofos.* Ese sentir parece más una locura del antiguo anciano Sileno que una sentencia de filósofo, y cualquiera que pueda estar persuadido de esta maldad es, ciertamente, más salvaje que el propio asno en que vaya montado. Esto mismo es lo que seguramente insinúan las figuraciones de los gentiles que nos cuentan cómo deliraba el viejo enfebrecido por el vino, mientras los demás obedecían a la Naturaleza y reponían con el descanso sus cuerpos fatigados; y cómo fue cautivado por Lotis antes que ninguno —sin que los años ni la vergüenza fueran capaces de detenerlo—, y devuelto luego a la realidad por el rebuzno de su propio asno, ante las risas de todos [131].

Cualquier placer que surge de la pasión carnal es torpe, excepción hecha del que se legitima con el vínculo conyugal, y gracias al beneficio de la licencia concedida, deja oculto lo que pudiera haber de vergonzoso. De ahí que las llamadas nupcias se deriven de la palabra «nuboso», según nos transmitieron nuestros antepasados, porque la indulgencia de la ley, como dice Nonio Marcelo, disimula las cosas vergonzosas de la debilidad humana, es decir, las oculta.

---

131 Cf. Ovidio, *Fastos* I 413 ss. Se trata de Príamo, no de Sileno.

Por otra parte, es ya antigua la costumbre de que aquellos a quienes la autoridad de la Iglesia une para la mutua entrega carnal, sean cubiertos por el velo del altar o por otro determinado por la Iglesia, para que el lecho que se constituye con la intervención de Cristo permanezca en la custodia de la castidad y cubra las manchas de su fragilidad, para que sea ignorante de todo lo que pueda haber de vergonzoso o reprobable.

Por eso también van delante las antorchas, se encienden lámparas y luces, porque el verdadero lecho conyugal, que se extiende abiertamente y no por la urgencia de la pasión carnal, sino por la honesta voluntad de los que consienten, hace ver la belleza del bien conyugal. Pues también Himeneo ama la luz, y el niño Cupido, diestro con sus flechas, enciende una llama furtiva y busca los lugares ocultos y los rincones.

Aunque sea honesta y útil, la cópula marital es más fecunda en angustias que en alegrías. Pues hasta da a luz a los hijos con dolor y no produce fruto alguno al que no preceda o siga una cierta amargura. Por ello, según cuenta Valerio [132], Sócrates, que es como un oráculo terreno de la sabiduría humana, al ser consultado por cierto adolescente sobre si debía casarse o abstenerse del matrimonio, le respondió que, en cualquiera de los dos casos, iba a hacer penitencia. «Si no te casas —le dijo—, te espera la soledad, la privación de los hijos, la muerte del apellido y un heredero que te será ajeno. Si te casas, la preocupación constante, el lío de las disputas, la crítica de la dote, el entrecejo fruncido de los familiares, la lengua incontenible de la suegra, el seductor del matrimonio ajeno, el incierto porvenir de los hijos.» No permitió que, siendo la realidad un conjunto de cosas duras, el joven hiciera su elección como si se tratase de un asunto agradable.

Coinciden en este modo de pensar todos los filósofos que juzgan con rectitud, para que hasta aquellos que disienten fuertemente del rigor de la religión cristiana aprendan también de los paganos la castidad. Y no es que quiera minimizar en nada la castidad conyugal, pero juzgo que el fruto de cien o de sesenta, aunque nazcan del de treinta, no se pueden comparar con éste [133]. Se cuenta que Zenón, Epicteto, Aristóteles, Cristolao y los más de los epicúreos transmitieron a sus sucesores esta doctrina.

Se dice, según Jerónimo, que hay un estupendo libro de Teofrasto sobre las nupcias en el que se pregunta si un hombre pru-

---

[132] O. c. VII 2 ext. 1.
[133] Cf. Mt 13, 23.

dente ha de tomar esposa; y después de precisar que tendría que ser hermosa, de buen comportamiento moral, de padres honestos, y él mismo hombre rico y de buena salud, y que entonces el hombre prudente podría contraer matrimonio, deduce inmediatamente: «Todas estas cosas rara vez se dan juntas en un matrimonio; y, en consecuencia, si uno es prudente, no debe casarse.»

Porque en primer lugar esto impide los estudios de filosofía, y no se puede servir al mismo tiempo a la mujer y a los libros. Pues las cosas que necesitan las mujeres casadas son muchas: vestidos elegantes, oro, joyas, lujo, criadas, un ajuar variado, literas y salas de reuniones decoradas de oro. Y luego, todas las noches, vienen las quejas interminables: «Esa va más elegante cuando se presenta en público»; «Fulana es festejada por todos»; «Yo me veo como una desgraciada en cualquier reunión de mujeres»; «¿Por qué mirabas a la vecina?»; «¿Qué hablabas con la criada?»; «¿Qué me has traído al volver del foro?» No podemos tener ni amigo ni compañero. Sospecha que se ama a otra y que se la odia a ella. Si en cualquier ciudad hay un maestro doctísimo, ni podemos dejar sola a la mujer ni llevarla con tanto equipaje. Alimentar a una mujer pobre es difícil; soportar a una rica es un tormento.

Añade a esto que no existe verdadera posibilidad de elegir esposa: tienes que quedarte con la que te sale al paso. Si es iracunda, fatua, deforme, soberbia, maloliente o tiene cualquier otro defecto, nos enteramos después de habernos casado. Un caballo, un buey, un asno, un perro, las cosas más viles que poseamos: los vestidos o las vajillas, un asiento de madera, una copa, una jarra de barro, primero se prueban y sólo después se compran. Sólo la mujer no permite que la vean, no sea que desagrade antes de que la tomen por esposa.

Hay que estar siempre fijándose en su rostro y alabar su belleza, no sea que, si miras a otra, crea que ella no te gusta tanto. Hay que llamarla señora, hay que celebrar su cumpleaños, hay que jurar por su salud, desear que nos sobreviva, honrar a su ama de leche y a su niñera, al siervo de su padre y a su discípulo y al bello acompañante y al procurador de pelo rizado y al eunuco castrado para que su libido sea larga y segura, nombres diversos con que se ocultan los adúlteros. Hay que amar a todos los que ella quiere, aunque sean unos desagradecidos. Si le entregas toda la casa para que la gobierne, prepárate a servir; y si te reservas algo a tu decisión, pensará que no se tiene confianza en ella, y te lo convertirá en odio y discusiones; y si no pones pronto remedio, acabará preparando los venenos.

Si dejas que entren en casa las echadoras de cartas y los joyeros y los adivinos y los corredores de piedras preciosas o de telas de seda, hay peligro para el pudor; si lo prohíbes, ya puedes prepararte para ser tachado de celoso. Pero ¿de qué sirve la vigilancia, por atenta que sea, si a una mujer deshonesta no se la puede guardar y, si es honesta, no se debe hacerlo? Pues la vigilancia desconfiada es una necesidad de la castidad, y hay que llamar verdaderamente púdica a aquella que puede pecar si le apetece. La que es hermosa, pronto es amada; la que es fea, fácilmente siente la concupiscencia. Difícilmente se puede custodiar lo que muchos aman, y es molesto poseer lo que nadie se digna tener. Sin embargo, con menor miseria se conserva a la deforme que se guarda a la hermosa. No hay nada seguro cuando los deseos de todo el pueblo suspiran por ello: el uno la procura con educación; el otro, con su buen humor; éste, con ingenio; aquél, con generosidad. De alguna manera acaba por ser conquistado lo que es atacado por todas partes.

Y si tomas esposa por razón del gobierno de la casa, para que cuide tu enfermedad o por huir de la soledad, mucho mejor hace esto un esclavo fiel, que obedece a la autoridad de su señor y secunda sus disposiciones, que no una esposa que sólo se cree verdadera señora cuando actúa en contra de la voluntad del marido y hace lo que le place y no lo que se le manda.

En cuanto a sentarse a la cabecera de un enfermo, pueden hacerlo mejor los amigos o los esclavos jóvenes nacidos en casa y que se sienten obligados por los beneficios recibidos, que no la que nos achaca sus lágrimas y con la esperanza de la herencia vende su propia dejadez, y jactándose de su solicitud lleva a la desesperación el ánimo del enfermo. Y si se pone enferma, hay que enfermar con ella y no separarse un instante de su lecho. O si es una esposa buena y cariñosa, cosa que es rara avis, lloramos cuando está de parto y nos deshacemos de dolor cuando se halla en peligro.

El hombre prudente nunca puede estar solo. Tiene junto a sí a todos los que son o han sido buenos y puede volar con su espíritu libre allá donde quiera. Lo que no puede hacer corporalmente, lo abarca con el pensamiento; y si no hay hombres con quien hablar, puede hablar con Dios. Nunca estará menos solo que cuando esté solo. Es ciertamente una gran estupidez casarse a causa de los hijos o para que nuestro apellido no perezca o para tener protección en la vejez y herederos seguros. Porque, ¿qué nos importa, una vez que desaparezcamos de este mundo, que nadie se llame con nuestro apellido, siendo así que el hijo no siempre recuerda la palabra «padre» y son además muchos los que llevan el mismo ape-

llido? ¿O qué ayudas puede proporcionar en el hogar a tu vejez el que quizá muera antes que tú o resulta ser de malísimas costumbres o cuando se haga adulto seguro que piensa que tardas demasiado en morirte?

Como herederos, son mejores y más seguros los amigos y parientes que elijas pensándolo bien, que los que, quieras o no, estás obligado a tener por tales. Aunque tengas una herencia que dejar, vive bien con tu patrimonio, mientras vivas aquí, mejor que dejar para fines que desconoces lo que ganaste con tu trabajo.

Estas y otras cosas de este género dice Teofrasto [134], que bastan por sí solas para explicar bien los sufrimientos del matrimonio y las calamidades del más exquisito cariño.

Se cuenta que P. Clodio [135] dijo con gran acierto que el que acusa a Neptuno por haber naufragado de nuevo, carece totalmente de razón. Pues no se diría con menos acierto que carece también de razón el que se casa por segunda vez y reprocha a Venus que le es adversa. ¿Quién puede tener compasión del que, después de soltarse de sus ligaduras, vuelve de nuevo a las cadenas? Es claramente indigno del honor y de la paz de la libertad el que vuelve otra vez al yugo de la servidumbre que antes se sacudió.

Por eso resultan semejantes a los monstruos los que reivindican para sí el apelativo de filósofos y de hombres religiosos y son incapaces de renunciar al amor de las mujeres. Pues ocurre con frecuencia que el que ha vivido en gran continencia antes de hacer profesión de cualquiera de esos nombres —si es que son dos cosas diferentes (me refiero a la religión y a la filosofía), siendo así que sin religión nadie puede hacer filosofía adecuadamente—, después de ser promovido a una cierta categoría y haber alcanzado la tranquilidad, dedica su inteligencia, como a la cosa primera y más importante, a elegir esposa y casarse, o, lo que es peor, no se avergüenza de cortejar y seducir a las esposas de los matrimonios conocidos.

Salta a veces a la palestra el desvergonzado desenfreno de una mujer; pues la mujer, como escribe Heródoto [136], deja caer, con el vestido, la vergüenza. Salta, digo, sin pudor, y en la cara del pueblo, que se sonroja al oírla, descubre y revela los secretos del legítimo lecho conyugal, y se queja de la frigidez del marido, alegando, como causa suficiente y evidente de repudio o divorcio, que

---

134 Jerónimo, *Adversus Iovinianum* I 47 (Migne, PL 23, 276 ss.).
135 Llama así a Publilio Syro.
136 Cf. Jerónimo, ib., 48.

es hombre solo a medias e inútil para el matrimonio, porque no está siempre dispuesto al coito.

Gofredo de Heroumvilla, familiar mío, puso en evidencia con gran arte la audacia de una de tales mujeres en una causa de este tipo. Pues habiendo sido nombrado abogado de una de éstas por un juez que iba a ver una causa, al parecer de divorcio, y la mujer, que era la ilustre prosapia, le expusiese diligentemente, como suele hacerse, en presencia de sus amigos y de los que la apoyaban, las razones de su pleito, el prudente varón le preguntó si había tenido otro marido y cuándo. Ella dijo que no, y él le preguntó de nuevo si todavía era virgen, explicándole que tenía necesariamente que interrogarla sobre esto y saberlo, para no ser cogido en nada por un juez perspicaz durante su discurso. Ella se lo confirmó, no sin vergüenza, porque no se le otorgaba plena confianza. Volvió él a preguntarle si tenían la costumbre de dormir juntos por la noche y si ella y el marido se besaban y abrazaban mutuamente. Habiendo confesado ella que sí, le dijo el abogado: «Entonces, ¿cómo sabes, virgen pudorosísima, prudentísima y vergonzosísima, que tu marido no se portó contigo realmente como tal y que no cumplió con todos sus deberes maritales? ¿Quién te explicó lo que es el coito, para que niegues que tuvo coito contigo, entre tantos besos y tantos abrazos, el que tantas veces cuantas quiso te trató con libertad marital? Pues se sabe con certeza que ciertos seres animados se unen besándose[137], otros conciben con solo tocarse suavemente, y los hay que con el peso de su propio calor, templado con el aire, quedan preñados y dan a luz.» En este momento, finalmente, ella se ruborizó, diciendo tan sólo que no tenía nada que contestar ante tales cuestiones.

Por eso a los que practican la filosofía, es decir, a los clérigos, les va bien, porque ninguno de ellos puede ser tenido por frígido, ni le alcanza en un juicio un oprobio de este tipo.

Cuando, después del repudio de Terencia, se le rogó a Cicerón que se casara con la hermana de Hircio, rechazó totalmente el hacerlo, diciendo que no podía consagrarse al mismo tiempo a una esposa y a la filosofía. A Filipo de Macedonia —contra el que truenan las *Filípicas* de Demóstenes— le echó airada su esposa de su habitación, cuando entraba, según su costumbre, en ella; y él, al verse rechazado, se calló y se consoló de su afrenta con un poema trágico. El retórico Gorgias recitó en Olimpia un maravilloso libro sobre la concordia de los griegos, que entonces estaban enzarzados

[137] Así lo afirma Abelardo, por ejemplo, de los ciervos: *Sermo XVI, in octava Ascensionis* (ed. Cousin I 476).

en disputas. Y Melancio, su enemigo, dijo: «Este nos da a nosotros consejos sobre la concordia, cuando no ha sido capaz de establecer la armonía entre sí mismo, su mujer y la criada, tres en una sola casa.» Pues su mujer envidiaba la belleza de la criada, y traía en jaque a su castísimo marido con diarias peleas. De ahí que, para que cese la envidia y vuelva la tranquilidad a los matrimonios, los ricos han tomado por norma no tener a ninguna otra mujer en casa que sea un tanto bien parecida.

Queriendo Sócrates contener, en cierta ocasión, las peleas entre dos esposas, se lanzaron contra él con renovado ímpetu, y después de maltratarle, le persiguieron durante largo tiempo, y, finalmente, desde el lugar en que moraban, le bañaron en orines [138].

Muchas cosas y en diversos lugares han escrito los autores contra la ligereza femenina. Quizá a veces se inventan falsamente muchas cosas; nada impide, sin embargo, que de burla se digan verdades, y que con narraciones ficticias, que la filosofía no rechaza, se indique lo que puede ser nocivo para las costumbres. Pues a través de estas cosas se manifiesta claramente cuán fácilmente aman, y con qué facilidad son capaces de odiar, y lo pronto que se olvidan de todo. Olvidando los sentimientos y tendencias de la Naturaleza, unas veces se ensañan con los hijos, y otras, consigo mismas.

Algunas son muy castas, aunque el satírico diga que la mujer de castidad perfecta es como

> un ave rara y tan frecuente como un cisne negro [139],

y el trágico [140] afirme que no existe ninguna mujer tan casta que no se inflame hasta el paroxismo por una pasión peregrina.

Según cuenta Petronio, cierta mujer casada era tan conocida en Efeso por su pudor, que atraía a las mujeres de las regiones próximas, que acudían a contemplarla. Llevando a enterrar a su marido, no contenta con celebrar los funerales, según la costumbre vulgar, con los cabellos desgreñados y revueltos o con golpear su desnudo pecho ante la concurrencia, siguió al difunto, depositado en el sepulcro según la costumbre griega, y se puso a guardar su cuerpo y a llorar día y noche. Ni sus padres ni sus parientes pudieron apartar de allá a la que así se afligía y buscaba su propia muerte no tomando alimento alguno. Hasta los mismos magistrados se

---

138 Sobre estas anécdotas, cf. Jerónimo, ib.
139 Juvenal, o. c. VI 165.
140 Enmolpo en Petronio, o. c. § 110.

alejaron, finalmente, rechazados por ella. Todos compadecían a aquella mujer de singular ejemplo, que después de cinco días seguía sin probar bocado. Estaba sentada junto a ella una criada fidelísima, que al mismo tiempo que lloraba con ella volvía a encender la luz colocada en el sepulcro, cada vez que se apagaba. En toda la ciudad sólo se hablaba de esto, y los hombres reconocían que allí había resplandecido el único ejemplo verdadero de castidad y de amor total.

Por aquellos días, el gobernador de la provincia mandó crucificar a unos ladrones, no muy lejos del lugar donde la matrona estaba llorando al recién fallecido. Al acercarse la noche, cuando el soldado que vigilaba las cruces para que nadie retirara un cuerpo y lo sepultara, advirtió que brillaba una luz un tanto fuerte entre los sepulcros y oyó los sollozos de la mujer que lloraba, llevado de la curiosidad innata al hombre quiso saber de quién se trataba o qué hacía. Bajó, pues, a la sepultura y se quedó parado, sumamente turbado, al ver a una mujer tan hermosa, casi como si se le hubiera aparecido un monstruo o unos seres infernales. Luego, cuando vio el cuerpo del difunto y contempló aquel rostro bañado en lágrimas y estropeado por los arañazos, pensando, como así era, que la mujer no podía reprimir su dolor por la deseada presencia del muerto, se llevó su cena al sepulcro, y empezó a exhortar a la que lloraba para que no siguiera sumida en un dolor inútil, y que no le serviría de nada que siguiera destrozándose el corazón con tanto gemido; que todos acaban igual, es decir, en el mismo lugar, y todo aquello sirve a los espíritus afligidos para recuperar la razón. Pero ella, sin hacer caso de las palabras de consuelo, se golpeó con mayor vehemencia su pecho y arrancándose parte de sus cabellos los colocó sobre el pecho del difunto. Sin embargo, el soldado no cesó en su empeño, y con las mismas palabras de exhortación intentó dar algo de comida a la pobre mujer, hasta que la criada, atraída por el olor del vino (lo tengo por cosa cierta), alargó ella misma, por primera vez, su mano vencida al que amablamente se lo ofrecía. Luego, animada con la bebida y la comida, empezó a atacar la pertinaz actitud de su señora y le dijo: «¿De qué te va a aprovechar acabar muriéndote de hambre o enterrarte viva, si exhalas tu espíritu antes de que los hados te lo pidan?

> ¿Crees que las cenizas de los muertos o los manes encerrados
> en la tumba se
> preocupan de esto que hacemos? [141].

[141] Virgilio, *Eneida* IV 34.

¿Quieres dar nueva vida al fallecido contra la voluntad de los hados? ¿Por qué no dejas de una vez tu desvarío de mujer y disfrutas mientras puedas de las ventajas de la vida? Este mismo cuerpo difunto te debe invitar a vivir.

Nadie deja de escuchar cuando está obligado a vivir o a alimentarse. Así, pues, la mujer, debilitada por la abstinencia de varios días, permitió que su pertinacia fuera vencida. Y no se hartó de comer con menos avidez que la criada vencida antes que ella.

Por lo demás, ya conocéis lo que suele servir de tentación a la saciedad humana. Con las mismas suaves palabras con que el soldado intentó que la matrona deseara vivir, comenzó a atacar su pudor. Y el joven no le pareció a la casta ni feo ni insulso de palabra, mientras la muchacha hacía el juego al soldado y le iba diciendo:

> ¿Vas también a rechazar un amor que te agrada?
> ¿No te das cuenta de en qué situación estamos? [142].

¿A qué espero? Ni siquiera de esa parte del cuerpo se abstuvo la mujer, y el soldado vencedor lo alcanzó todo. Yacieron, pues, juntos, no solo aquella noche, en la que hicieron el amor, sino también al día siguiente y al otro, eso sí, cerradas las puertas del sepulcro, para que cualquiera que se acercara a él, conocido o desconocido, creyese que la castísima esposa había expirado sobre el cadáver de su marido. Por lo demás, el soldado, deleitado por la belleza de la mujer y por el secreto, compraba lo que podía alcanzar gracias a su poder, y lo llevaba al sepulcro en cuanto anochecía. Con todo esto, los padres de uno de los crucificados, viendo que se había aflojado la vigilancia, se llevaron por la noche al que estaba colgado y cumplieron con su último deber. Pero cuando el soldado vio al día siguiente, desde su puerto de guardia, que una cruz estaba sin cadáver, temiendo el castigo, explicó a la mujer lo que había sucedido, y que no esperaría la sentencia del juez, sino que allí mismo se quitaría la vida con la espada para lavar su infamia, suplicándole que le proporcionase algún sitio en cuanto pereciese y que habilitase aquel fatal sepulcro para su marido y para él, que también era suyo. La mujer, no menos misericordiosa que pudorosa, le respondió: «No permitan los dioses que tenga que estar presente al mismo tiempo a las exequias de dos hombres tan queridos para mí. Prefiero colgar al muerto que matar al vivo.» Y según acababa de decir, manda sacar afuera el cadáver de su marido

---

142 Ib. 38-39.

y que lo coloquen en la cruz que estaba vacía. El soldado aprovechó el ingenio de aquella avispadísima mujer, y al día siguiente el pueblo se quedó admirado pensando cómo podía el muerto haber vuelto a la cruz [143].

Quizá tú llames historia o fábula —según tu apreciación— a lo que con estas palabras cuenta Petronio; sin embargo, parece ser que esto sucedió de hecho en Efeso, según dice Flaviano, y cuenta que la mujer purgó con penas y castigos su impiedad y su delito de parricidio y de adulterio.

Petronio no es ciertamente el único en reírse y contar las sandeces de las mujeres. El bienaventurado Jerónimo escribe que todas las tragedias de Eurípides están escritas para maldecir a las mujeres, y que Epicuro (aunque Metodoro, su discípulo, tuviera como esposa a Leonción) dice que raramente debe ir a la boda el hombre prudente, porque las nupcias llevan aparejadas muchas desventajas. Y así como las riquezas y los honores y la salud de los cuerpos y las demás cosas que llamamos indiferentes no son buenas ni malas, sino que situadas como en medio, se hacen buenas o malas según el uso y las circunstancias, así las esposas están situadas entre las cosas buenas y las malas. Y, en consecuencia, es cosa grave para un hombre prudente el tener que dudar si va a casarse con una buena o mala [144].

Si es, por tanto, tan grande la carga del matrimonio, que sin duda es bueno e instituido por Dios, hasta el punto de que un hombre prudente le tenga gran temor, ¿quién sino un demente aprobará el placer mismo, que es ilícito y se centra enteramente en cosas sórdidas, al que los hombres consideran culpable, y sin duda ninguna Dios condenará? Pues siendo así que estos dos placeres, es decir, el de la gula y el de Venus, de alguna manera son propios de los animales, uno parece tener la inmundicia del puerco, y el otro, el hedor de un macho cabrío.

Porque así como el pudor sobresale entre las virtudes, así la lascivia es uno de los más abyectos vicios; y aunque la primera es necesaria a ambos sexos, es, sin embargo, más importante para el femenino. Y es palabra de un varón doctísimo que sobre todo hay que mantener el pudor, porque si se pierde, se va por los suelos toda virtud. En ella recae el principado de las virtudes femeninas. Hace recomendable a la pobre, sublima a la rica, redime a la no agraciada, adorna a la hermosa. Sirve a sus antepasados la

---

143 Hasta aquí Petronio, o. c. § 111.
144 Hasta aquí Jerónimo, o. c. II 48.

que no enturbia su sangre con una descendencia bastarda; sirve a sus hijos, que no tienen que avergonzarse de su madre, ni dudar de su padre; y se sirve de modo especial a sí misma al no tener que avergonzarse de una relación ilícita. No hay mayor calamidad que la de ser esclavo de la pasión ajena. La elocuencia da lustre a los senadores, la gloria militar hace que se alcance la perennidad y consagra los triunfos de nuevos nombres; hay muchas cosas que por sí mismas hacen nobles los ingenios esclarecidos; la virtud genuina de las mujeres es el pudor [145].

Jerónimo es testigo de que, antes de que brillara en el mundo la religión cristiana, la mujer que tenía un solo lecho era especialmente considerada; se encargaban habitualmente ellas de ofrecer los sacrificios a la diosa Fortuna. No se admitía, en general, ni entre los romanos, que ningún sacerdote fuera bígamo o incluso que se casara dos veces. Los que se consagraban al culto, entre los atenienses, fueron, durante mucho tiempo, castrados con cicuta, y después de ser elevados al pontificado dejaban toda relación sexual.

No acabaría nunca esta página si quisiera recoger en ella lo que los trágicos, los oradores, los cómicos, los satíricos y los poetas (por no hablar de los filósofos, moralistas y teólogos) han dicho sobre este tema. Y, sin embargo, no creo que fueran suficientes, no digo para suprimir o cohibir esta clase de malicia, sino ni tan siquiera para exponerla. Si me atrevo a decir, como muchos han experimentado, que

> no es mejor la que pisa un sucio empedrado
> que la que se hace llevar en los hombros de los espigados
> esclavos sirios [146],

se me calumniará de que digo esto maliciosamente para injuriar a las mujeres.

No hay nada más digno ni más útil que una mujer casta, nada mejor pueden concebir los que no pueden o no quieren guardar continencia; pero resulta insensato esperar ser alabado por cosas que merecen más el perdón que la gloria, con tal de que estén regidas, en todo caso, por el bien de la moderación. De lo contrario, no el perdón, sino el castigo, más aún la ignominia, será la compañera del baldón de ambas pasiones [147], a no ser que consideremos decoroso el que uno se convierta en macho cabrío o en un cerdo.

---

[145] Ib. I 49.
[146] Juvenal, o. c. VI 350-351.
[147] Es decir, la gula y la pasión carnal.

CAP. 12: *Que algunos desean vehementemente parecerse a los animales y a las criaturas insensibles; y que hay que tratar con gran humanidad a los siervos; y del placer de los otros tres sentidos.*

Los que hacen del placer —no digamos ya del desenfreno—, del gusto y del tacto el sumo bien de la vida, en nada se asemejan a los seres animados. Por lo demás, esto no excusa el desenfreno de los otros sentidos, siendo manifiesta la abyección de la dignidad humana, no sólo cuando procura parecerse al macho cabrío o al cerdo, sino cuando desea igualarse con el león y el leopardo, la pantera o el sátiro, el pavo real, el ruiseñor o el papagayo, o cualquier otro tipo de animales o seres insensibles. Pues quien fue creado en tal dignidad original, que en el galardón de la eterna y verdadera felicidad pueda ser semejante a la perfección de los ángeles, es más propio que aspire a la pureza angélica.

La indiscutible autoridad de los Santos Padres afirmó que sólo Dios supera en dignidad la inteligencia humana y que todas estas cosas que erróneamente admira el hombre fueron creadas por Aquel que hizo al hombre para que participase de su eterna felicidad. Por tanto, ¿no rebajará la voluntad del Señor que lo gobierna todo quien desea revestirse de la condición despreciable y abyecta de siervo? No quiero decir con esto que haya que despreciar a los siervos, a no ser que vivan servilmente el vicio. Porque así como la única y verdadera libertad es estar sujeto a la virtud y practicarla, así la única y sola esclavitud es estar dominado por los vicios. Se equivoca absolutamente el que opina que estos dos estados de libertad y esclavitud provienen de distinta causa, ya que todo el género humano en la tierra procede de un origen semejante, consta y se alimenta de los mismos elementos, recibe de idéntico principio el mismo espíritu, goza del mismo cielo y vive y muere de igual modo.

Consecuentemente, Pretextato, al reprimir a Evangelo en las *Saturnales,* emplea estos argumentos: «Ellos son esclavos, se afirma; mejor, son hombres. Son siervos, mejor aún, consiervos, si recuerdas que la Fortuna tiene igual poder sobre unos y otros. Tú puedes llegar a verle a él libre, del mismo modo que él puede verte a ti esclavo. ¿Ignoras a qué edad comenzaron a ser esclavos Ecuba Creso, la madre de Darío, o Diógenes o el mismo Platón? En fin, ¿por qué tenemos tanto horror a la palabra «esclavitud»? El es ciertamente un esclavo, pero por necesidad; quizá, siendo esclavo,

tiene una gran libertad de espíritu. Sólo si pudieses mostrarle a alguien que no sea esclavo, le dejarías en mal lugar. Uno es esclavo de sus pasiones; otro, de la avaricia; otro, de la ambición; todos, de la esperanza y del temor. Y en verdad que ninguna esclavitud es peor que la voluntaria. Pero nosotros despreciamos como miserable y vil al que está sometido al yugo que le tocó por desgracia; sin embargo, el que nosotros nos imponemos a nosotros mismos no toleramos que nos lo echen en cara. Encontrarás entre los esclavos a alguno más poderoso por su dinero; encontrarás a algún señor besando las manos de los esclavos de otros, por el ansia de lucro. Por eso yo no estimo a los hombres por su riqueza, sino por sus costumbres. Cada uno se educa a sí mismo, el estado social lo da la suerte. Del mismo modo que es un necio el que al comprar un caballo no examina más que la manta y los frenos, resulta ser mucho más necio quien piensa que hay que estimar a los hombres por su vestido o por su condición social. No vayas sólo a la curia o al foro, querido Evangelo, a buscar un amigo; si te fijas bien, lo encontrarás también en casa. Ahora trata de vivir en buenas relaciones con tu esclavo, con amabilidad también; dale parte en tus conversaciones; admite, a veces, su consejo, que puede ser necesario. Nuestros mismos mayores, para arrancar todo resentimiento hacia los señores y todo desprecio hacia los esclavos, llamaron al señor padre de familia, y a los esclavos, sus familiares. Es mejor, créeme, que tus siervos te veneren en lugar de temerte, y no te parezca poco para ti lo que es suficiente para los mismos dioses. Pues lo que se estima, también se ama. No se puede mezclar el amor con el temor. ¿De dónde, pues, piensas que brotó aquel proverbio lleno de arrogancia, que constantemente se nos repite, de que tenemos tantos enemigos como esclavos? No son de suyo enemigos, sino que los hacemos tales cuando los tratamos con mucha soberbia, desprecio y crueldad, y nuestros caprichos nos llevan a enfurecernos y a caer en la ira y el desatino en cuanto algo no responde a nuestra voluntad. En casa nos hacemos unos tiranos y queremos desahogarnos con los esclavos hasta el límite de lo permitido y no en razón de lo conveniente. Pues, dejando aparte otras clases de crueldades, hay algunos que mientras solazan su avidez en la mesa con abundantes manjares, no permiten que sus esclavos muevan los labios ni para hablar lo preciso. Todo murmullo se corta a varazos y ningún ruido fortuito está libre de los azotes. La tos, el estornudo, el hipo se expían con un gran castigo. Y así sucede que estos esclavos se hartan de murmurar de su señor, ya que delante de él no les está permitido ni hablar. Pero

los que podían hablar estando presente el señor, e incluso veían a éste hablar con ellos, y no tenían cosidas sus bocas, estuvieron dispuestos a ofrecer sus cabezas por su señor y a volver contra sí el peligro que le amenazaba a él. Hablaban en la mesa, pero en los tormentos callaban» [148].

Así habla Pretextato, y añade sobre la fidelidad de los esclavos muchas y edificantes cosas que servirían de gloria a cualquier sangre noble y que todos deberían imitar [149].

No hay nada decoroso que no proceda de la virtud, y la maldad y el vicio se encierran mutuamente en un ámbito funesto. Los vicios impulsan a cualquiera a tropezar de modo que se rebaje y se entregue a la esclavitud de las cosas que ha nacido para dominar.

Los que van a los espectáculos, o dan en sus casas espectáculos deshonestos, o quieren ellos mismos, con sus necedades, convertirse en espectáculo para los tontos (ya que estos atractivos insustanciales no pueden agradar al verdadero sabio), quedan presos en las seducciones del sentido de la vista, y, aunque lo hagan con alguna moderación, se rebajan de la dignidad de su estado y se ponen al nivel de esa condición servil de la que reniegan. ¿Qué otra cosa, pues, hacen los mimos, los comediantes, los parásitos y estos hombres monstruosos, sino confirmar la estúpida esclavitud de los acomodados? [150].

Pero también los que son atraídos por los tonos melodiosos (aunque el oído sea un sentido muy puro y refinado) caen en servidumbre, con un yugo, sin embargo, más leve, mientras no prevalezcan otros vicios. El olfato, por otra parte, apenas cautiva a nadie, a no ser que viva como un Lotófago [151]. No tengo ningún cargo que hacer a los cantores o músicos, siendo así que Sócrates (según el testimonio de Quintiliano [152], Valerio [153], Flaviano y otros muchos) aprendió música en su vejez, porque estimaba que si le faltaba la música le faltaría mucho para la sabiduría.

Sin embargo, ocuparse demasiado en ella no está muy de acuerdo con la seriedad filosófica. ¿Acaso es conveniente para el varón sabio lo que en el sexo femenino no se ve libre de mala nota? Por eso Salustio critica a Sempronia, no porque bailase y cantase, sino porque sabía hacerlo muy bien. Pues dice: «Canta y baila más ele-

---

148 Macrobio, o. c. I 11 §§ 7-15.
149 Ib. §§ 16 ss.
150 Cf. Terencio, *El eunuco* IV 4, 29.
151 Afirmación no confirmada.
152 Cf. *De Institutione Oratoria* I 10, 13.
153 Cf. o. c. VIII 7, ext. 8.

gantemente de lo que conviene a una mujer honesta»[154]. Sin embargo, el cantar excelentemente, si se puede hacer sin liviandad, es algo plenamente deseable.

Y todo lo que es así, en cuanto se sigue de ello mayor bien, debe desearse aún más. Con todo, por las circunstancias, algunas cosas pueden ser sospechosas. Lucio Silva, varón tan renombrado, cantaba, según dicen, magníficamente, pero enturbió esta cualidad con su desenfreno y su crueldad[155]. Tampoco a Catón le pareció que cantar bien fuera propio de un hombre serio[156]. En consecuencia, llama a Marco Cecilio[157], senador de noble cuna, andarín y bufón desvergonzado, y dice que bailaba la danza llamada *staticulos*[158] con estas palabras: «Baja de su jaco, y en seguida se pone a bailar *staticulos*, a prodigar bufonadas.» Y en otro sitio: «Además, canta donde le da la gana y, a veces, recita versos griegos, dice chistes, imita, caricaturizándolas, las voces de otros, y baila *staticulos*.»

En realidad, el placer del oído está concorde con la honestidad cuanto va unido a la virtud y no es consciente de ninguna bajeza. Pero el placer de los ojos inventó a los cómicos y mimos. Esto también lo reprendió acremente Escipión Africano Emiliano en su discurso contra la ley judicial de Tiberio Graco: «A nuestros jóvenes y doncellas libres se les enseña una falta de compostura deshonrosa; van a las escuelas de los cómicos acompañados de rufianes, con cítaras y sambucas aprenden a cantar lo que nuestros mayores consideraron una infamia para los ciudadanos libres; van, repito, a las escuelas de baile rodeados de rufianes.» «Después de que me contaron estas cosas no podían acabar de convencerme de que los hombres nobles se las enseñasen a sus hijos; pero, habiendo sido conducido a una escuela de baile, vi en ella —doy mi palabra— a más de doscientos muchachos y muchachas. Entre éstos —lo que me hizo compadecerme en gran manera de la república— vi al hijo de un aspirante a la magistratura, no menor de doce años, bailando con crótalos. («Croton», en griego, significa «golpeado», *pulsus*[159], y de aquí que se llame así a los timbales; denota también un instrumento músico que en el sonido imita el castañeteo de la cigüeña, pues ésta, entre los egipcios, se llama crótalo. Se llaman también crótalos unas

---

154 Cf. Macrobio, o. c. III 14, 5.
155 Cf. ib., 9.
156 Cf. ib., 10.
157 Celio, según Aulo Gelio, *Noches áticas* I 15, 9.
158 Danza de movimientos acompasados y tranquilos, sin moverse del mismo sitio, parecida al tango actual.
159 Propiamente, en griego significa el ruido producido golpeando alguna cosa.

bolas sonoras huecas que según la clase de metales y la cantidad de ciertos granos que llevan dentro, producen diversos sonidos). Este baile ni un siervo impúdico puede bailarlo honestamente» [160].

Está claro, pues, con cuánto dolor se quejó el Africano porque había visto bailar con crótalos al hijo de un aspirante, esto es, de un candidato. A éste, ni siquiera la esperanza racional de obtener la magistratura le impidió, durante el tiempo preciso en que estaba obligado a evitar para sí y para los suyos toda crítica, que hiciese lo que no se consideraba como acción torpe. Pues incluso desde el tiempo en que las costumbres de Roma eran óptimas, es decir, entre las dos guerras Púnicas, los hijos libres de los senadores iban a las escuelas de baile, y allí, tocando los crótalos, aprendían a bailar.

El arte de bailar no estaba prohibido, ciertamente, en los banquetes de la edad heroica, pues es célebre el convite que dio Sócrates, por la eminencia de los filósofos que asistieron; y, sin embargo, no faltó quien, aun ante su austera presencia, pidió que se llamase a una bailarina para que la muchacha, dotada de extraordinaria flexibilidad, con los atractivos de su dulce canto y su lascivo baile, excitase las pasiones de los filósofos [161].

Por lo demás, Cicerón es el culpable de que a los cómicos no se les incluya entre los desvergonzados [162]. Como cuenta Furio Albino [163], trató familiarmente a Roscio y a Esopo hasta el punto de defender sus propiedades e intereses. Esto consta en muchos sitios, y particularmente en sus cartas. Fue célebre aquel discurso en el que zahiere al pueblo romano por alborotar mientras Roscio estaba actuando. Y consta que acostumbraba a discutir con este cómico si la frase la pronunciaba con diversos gestos, o con su abundante elocuencia pronunciaba frases diversas. Esta circunstancia inspiró a Roscio tal confianza en su arte, que escribió un libro en el que comparaba la elocuencia con el arte cómico. Este es el mismo Roscio que fue también muy querido de Sila y recibió del dictador un anillo de oro como regalo. Tan grande fue su gracia y su gloria, que él solo, sin incluir a sus compañeros, recibió del Tesoro público una recompensa de mil denarios por día. También consta que Esopo, a causa del mismo arte, dejó una fortuna de veinte millones de sextercios. Ahora bien, si por la autoridad de Cicerón y de los héroes antes mencionados, parece que hay que admitir a los cómicos en el grupo de los sabios, ojalá se elijan personas semejantes a

---

160 Cf. Macrobio, o. c. III 14 §§ 6-8.
161 Cf. ib. II 1 §§ 2, 5.
162 Sobre este punto y los siguientes, cf. ib. III 14 § 11.
163 Personaje de la obra de Macrobio.

Roscio y Esopo y que, aunque no sepan escribir (cosa que aquéllos sabían) o entender los libros, al menos sean defensores y no impugnadores de las letras, a las que nunca odió ningún sabio u hombre de bien.

Valerio cuenta que Cicerón despreció la literatura y que, a pesar de su desprecio, fue una fuente inexhausta de la misma [164]. Tal vez porque posponía el estudio a la actividad de los asuntos. Pues él se dedicó a las letras, aunque las menospreciase; y este menosprecio de Cicerón fue más productivo que la dedicación de muchos otros.

Sin embargo, no creería yo fácilmente que un hombre de letras pudiera lanzarse a hacerse cómico, aunque también se encuentren sin dificultad muchos que no se avergüenzan de hacer y representar el papel de un actor despreciable, ya que emplean su técnica sin sacar de ella ninguna utilidad.

Se cuenta [165] que el bienaventurado Jerónimo excluyó de su mesa a tres clérigos porque los vio de aspecto grosero, y juzgó ser deshonroso para un varón honesto y grave encontrarse acompañado de una persona grosera; y ciertamente esto merece mayor alabanza que si los hubiese admitido para que ellos le alabasen. Pues aunque pueda haber algún placer de los ojos en estas cosas, apenas pueden admitirse en la práctica sin cierta degradación.

Existe también en el hombre de posición ese notable placer que proviene del lujo y que estima que su fausto está en el precio de los vestidos, o en el color, o en la forma, o en la novedad de la moda. Como dice el moralista:

> Anda Maltino arrastrando la túnica, y los hay
> que con pretensiones de elegancia la llevan alzada hasta la ingle [166].

Hay quien aleja los horrores de la bruma con los rayos del sol, y mientras todo yace yerto por el hielo, él suda con ligera ropa y el vestido de seda excita y oprime sus tiernas carnes. Este, con más capas que una cebolla [167], apretado por las pieles, se pone todavía un abrigo sobre la túnica y, parecido a una pelota, resulta más idóneo para dar vueltas que para marchar. Aquél se pone unas veces el abrigo de invierno y otras el calzón corto [168], haciéndolo así para ir siempre diferente de los demás. El otro busca tan exquisitos

---

164 Valerio atribuye esto a C. Mario, no a Cicerón.
165 *Vita Hieronimi* (Migne, PL 22, 192).
166 Horacio, *Sátiras* I 2, 25-26.
167 Cf. Persio, *Sátiras* IV 30-31.
168 Cf. Horacio, *Epístolas* I 11, 18.

refinamientos en su ornato, que, como resultado del excesivo esplendor de su atavío, parece estar al borde de la suciedad. Porque todo lo que no es decente y en cierto modo nos mancha, o, mejor, nos quita la respetabilidad, es sórdido y hay que tenerlo como tal.

Lo que la necesidad introduce no se critica, porque no todos pueden todo, y hay quienes por su naturaleza necesitan lo que para otros resulta pesado o completamente insoportable. La filosofía manda que se observe esto, a saber, que cada uno huya de la notoriedad y se comprometa a la rectitud en la acción para no ser reprensible, a la cautela en la conversación para no ser despreciable y a la modestia en el vestir para no ser llamativo, pues la notoriedad denota falta de moderación.

Hasta el día de hoy se censura la extravagancia de Hortensio, por cuya causa los que se dan polvos en la cara se llaman hortensianos, no porque él fuera el primero en usarlos, sino porque fue el más famoso entre ellos, hasta el punto de haber marcado a su tiempo. Fue un hombre de conversación intencionadamente suave y que ponía todo su decoro en el vestido. Se vestía con un cuidado casi inmoral, y para ir bien compuesto, configuraba su aspecto ante el espejo. Mirándose en él, ceñía de tal modo la toga al cuerpo que un nudo artificioso dejase caer las arrugas, no casualmente, sino con premeditación, y los pliegues resultantes rodeasen su costado, marcando sus formas. En cierta ocasión, citó a juicio a un colega, acusándolo de injurias, porque, yendo él sumamente compuesto, se le había echado encima fortuitamente en un sitio estrecho y le había desgarrado la toga, y juzgó capital que una arruga se le hubiera desviado en el hombro.

Nada semejante conviene al varón sabio y honesto; incluso las mujeres decentes y las vírgenes —más fácil y felizmente casaderas cuanto más bellas— se avergüenzan de tanta solicitud en el arreglo de sí mismas. Es de admirar con cuánta desvergüenza en nuestro tiempo

> nuestros varones llevan vestidos de gran elegancia,
> que quizá arrebataron a sus nueras [169].

Pues ¿qué ocurre con los soldados? ¿Y con los clérigos?

En efecto, todo esto imita el falaz y malvado artificio de una prostituta. ¿Para qué sirve el espejo a un varón, a no ser como en aquel caso —testigo de ello es Flaviano— en que lo utilizó Platón para ver, por los rasgos de su rostro, que es el mejor testigo del

[169] Lucano, *Farsalia* I 164-165.

bien y del mal, cuánto había cambiado su natural expresión a causa de sus viajes al extranjero, de la intensidad del estudio, de la larga experiencia y del paso de los años? Esto lo hizo ciertamente para conservar y restaurar la naturaleza, a fin de que no acabara de derrumbarse con una austeridad y un trabajo exagerados.

Para pasar a otras cosas, ¿quién de estos que se esfuerzan por imitar las cualidades de los animales querrá ser un animal? ¿O a quién no le parecerá que los supera si compara con ellos la inteligencia que a él se le dio? Dicen los naturalistas que a los otros animales les atrae el olor de la pantera o del lince; no pienso, sin embargo, que estos que recrean y excitan su olfato con el almizcle y otros olores exóticos quisieran, si pudieran, transformarse en una pantera o en un lince. No creo, ciertamente, que el que representa a un sátiro quisiera haber nacido sátiro; ni aun aquellos que se acicalan exageradamente podrán adquirir los colores de un pavo real. Canten éstos y lancen con todas sus fuerzas un torrente de melodías: ninguno igualará al ruiseñor o al papagayo. ¿No es acaso inconveniente e infamante para la dignidad humana que, despreciando sus propios dones, que le dan mucha más valía, ansíe otros distintos en que el hombre es superado?

Con todo, si se observa moderación, no juzgo indecoroso que el hombre de juicio se entretenga alguna vez en estas cosas, con recreo de los sentidos. También otras veces le conviene al varón juicioso tener ocio, no para que se descuide en el ejercicio de la virtud, sino para tomar más fuerzas, descansando algún tanto. Lelio y Escipión, aquel famoso par de amigos, recogían flores juntamente y, cansados de las tareas de gobierno, jugaban a la pelota, según afirma Escévola, testigo segurísimo de sus esparcimientos. Y del mismo modo se cuenta también de Escévola, que jugaba alguna vez a los dados y a las damas, después de haberse ocupado bien y largo tiempo de los derechos de los ciudadanos y de los asuntos religiosos. Como en las cosas serias, así también en los juegos Escévola se portaba como un hombre, ya que la naturaleza no le permitía soportar un trabajo continuo.

Sócrates, de quien se dice que no ignoró parte alguna del saber, fue consciente de esto, y, por tanto, no se avergonzó cuando Alcibíades se burló de él porque estaba jugando con sus hijos pequeños montado en una caña. Homero, poeta de celestial inspiración, no pensó en otra cosa, cuando puso la armoniosa lira en manos del impetuoso Aquiles, sino en relajar su esfuerzos bélico con un breve rato de paz.

En suma, es señal de superficialidad y bajeza practicar asiduamente los bailes de los cómicos y otras diversiones de este tipo. Recrearse en estas cosas conduce unas veces al ocio y otras a las malas acciones. Pues si esto se toma como un entretenimiento moderado, se puede excusar por razón del descanso; si sirve al placer de un alma lasciva, entonces hay que considerarlo como culpa. La discreción, aludida anteriormente, respecto al lugar, tiempo, modo, persona y causa, distingue fácilmente estas cosas; en este punto una lengua demasiado locuaz tal vez podría haberse extendido más de lo debido, pero un espíritu precavido es el origen y fuente de toda moderación, sin la cual nada puede llevarse a cabo adecuadamente en el cumplimiento del deber. Es cierto que él discierne lo que es conveniente o inconveniente para los demás,

> porque lo que es malo para Seyo y Ticio, hombres buenos,
> puede convenir a Crispino [170].

Es, pues, un error patente consumir la vida fundamentando la fama y la gloria en cosas que son ocupaciones inútiles o actividades desenfrenadas. Así, resulta ciertamente ser cómplice de los libertinos el que ayuda a manifestar lascivia, y aparece como promotor de la inmoralidad ajena el que prefiere fomentarla con sus riqezas o su favor, en vez de perseguirla con la reprensión y negarle toda ayuda. Ambrosio asegura que el que ayuda a los tales comete un gran pecado, porque fomenta en ellos precisamente la causa por la que son tan malvados [171].

CAP. 13: *De la recomendación de la frugalidad y la crítica de Quintiliano contra Séneca; y cómo con la frugalidad se puede evitar la sospecha de avaricia.*

Se estima que ataco la sensualidad para alabar la frugalidad. El dicho de Publio Clodio de que la frugalidad es miseria con buena reputación se esgrime contra mí en son de burla por los necios que viven locamente y hablan sin discreción. Estos son los que no queriendo o no pudiendo evitar la molicie, piensan que lo que se

---

[170] Juvenal, o. c. IV 13-14.

[171] *De Officiis* II 21 § 109. Más propiamente Agustín, *Enarratio in Psalmun CII* § 13 (Migne, PL 37, 1327).

diga en favor de la virtud es una defensa de la avaricia. Y es precisamente lo contrario.

Nadie duda de que la sensualidad es por sí misma mala; pero, aunque la frugalidad sea origen laudable de las virtudes y de las buenas obras, no agrada, sin embargo, a todos; ni creen que se pueda evitar la avaricia, que es un incentivo para el mal, a no ser que nos alejemos también de la frugalidad. Esta es la opinión de los ignorantes, como dice el moralista:

> Los necios, cuando quieren evitar unos vicios,
> caen en los contrarios [172],

alejándose del punto medio, que es donde se encuentra la virtud. Hay algunos, sin embargo, que tienen que controlar su frugalidad, porque son por naturaleza inclinados a la avaricia. Hay otros a los que se debe imponer más fuertemente, porque son pródigos en sus cosas y, dejando de lado la razón, son manirrotos, sin discernir lo que es uso y abuso. Horacio cuenta [173] la diferenciación que hizo Servio Opidio Canusino en su última cláusula testamentaria cuando vio a sus hijos víctimas de vicios contrarios.

Está, sin embargo, totalmente claro que hay que contar la frugalidad entre las cosas buenas, como ocurrió cuando, reinando Saturno, suavizó la edad de oro y reguló todos los deberes. Esta es la que detuvo tanto tiempo en la tierra a Astrea y Pudor [174], hasta que, reinando Júpiter y aumentando el desenfreno, volaron al cielo. Esta fábula se aplica a nosotros, para que caigamos en la cuenta de que sin frugalidad no se pueden conservar ni la justicia ni el pudor, puesto que el fomento del lujo excluye la justicia y el gozo del placer rechaza al pudor. Porque, como dice la Escritura, «el que de prisa se enriquece, no lo hará sin culpa» [175].

Con todo, el dicho de Clodio no denigra en modo alguno el honor de la frugalidad, sino que más bien parece recomendar su conveniencia. Pues es evidente que no es malo en absoluto lo que usamos para defensa o excusa de la mala reputación. Así, el color pardo aminora el efecto del negro, y a lo que está hinchado se le llama honrosamente corpulencia. La frugalidad es una virtud que

---

172 Horacio, *Sátiras* I 2, 24.

173 Ib. II 3, 168.

174 Cf. Juvenal, o. c. VI 14 ss. Astrea es la diosa de la justicia en la mitología de la decadencia griega, hija de Astreo y de la Aurora. Vivió en la Tierra en la edad de oro y subió al Olimpo al cometerse en el mundo el primer crimen.

175 Prov 28, 20.

modera el uso y desconoce el abuso. No ofrece nada con frialdad o timidez, pero sabe bien lo que cuesta. Es parca en las comodidades, pero más aún para consigo misma. No prohíbe el uso de casi nada, pero no concede absolutamente nada a la molicie, ya que es diligentísima.

Puede bastar para su recomendación lo que Zenón, Sócrates, Platón, Aristóteles y todos los filósofos en general enseñaron que había que observar respecto a la frugalidad. Pero porque estos nombres son muy antiguos o no son muy conocidos sus preceptos, oigamos a nuestro Séneca, quien la ensalza tanto, que cualquiera que intentara añadir alguna cosa parecería más bien perder el tiempo que aportar algo mejor [176]. Hay, sin embargo, algunos [177] que se atreven a despreciarle apoyados en la autoridad de Quintiliano. Estos se esfuerzan en dar valor a su propio juicio desacreditando a uno con quien muchos están de acuerdo, con la intención de aparecer a los ojos de los ignorantes que sobrepasan la gloria de aquellos cuya virtud no pueden imitar. A mí, sin embargo, me parece que han perdido el buen sentido los que por la opinión de cualquiera dejan de venerar a aquel de quien consta que mereció la amistad del Apóstol [178], y el doctísimo Jerónimo puso en el catálogo de los santos [179].

Para que puedas juzgar acerca de la opinión de Quintiliano, éstas son las palabras que, después de haber citado los autores, escribió en descrédito de Séneca: «Intencionadamente he dejado aparte a Séneca en todos los apartados de la elocuencia, a causa de la falsa opinión generalizada sobre mí, según la cual se cree que lo condeno y lo aborrezco. Y es realmente extraño que esto me ocurra a mí, que intento volver a llevar a un nivel más exigente a la elocuencia, corrompida y estragada por toda suerte de vicios; siendo así que éste ha sido el único autor que ha estado en las manos de los jóvenes. Yo, ciertamente, no intentaba desterrarlo del todo, pero no podía permitir que fuera preferido a los de más valía, a los que él no cesaba de censurar, desconfiando, consciente de la diversidad de su estilo, de poder agradar con él en aquellos aspectos en que los otros gustaban. A los jóvenes les gustaba más que le imitaban y se apartaban de él tanto como él había descendido de nivel en relación a los antiguos. Sería de desear que hubiesen igualado o al menos lle-

---

176 No se sabe a qué pasaje de Séneca pueda referirse exactamente esta cita.

177 Por ejemplo, Aulo Gelio, o. c. XII 2.

178 Alusión a la pseudocorrespondencia entre Séneca y S. Pablo.

179 Jerónimo, *De Viris Illustribus,* c. 12 (Migne, PL 23, 629).

gado cerca de aquel escritor; pero, desgraciadamente, gustaba sólo por sus defectos, y éstos cualquiera se aplicaba a reproducirlos en cuanto podía; después, presumiendo de escribir como Séneca, acababa por desacreditarlo. Por lo demás, tuvo muchas y buenas cualidades, ingenio fácil y abundante, mucho estudio, profundo conocimiento de las cosas, en lo cual, sin embargo, alguna vez le decepcionaron aquellos a quienes encargaba hacer determinadas investigaciones. Trató casi todas las disciplinas del saber humano, como atestiguan sus discursos, sus poesías, sus cartas y sus diálogos. Poco preciso en la filosofía, fue censor infatigable de los vicios. En él se encuentran muchas y brillantes sentencias y muchas cosas que deben seguirse en el terreno de la moralidad; pero en el estilo tiene muchas corruptelas, y tanto más dañosas cuanto abundan en defectos seductores. Uno desearía que hubiera escrito con su talento, pero con el gusto de otro; pues si hubiese despreciado el estilo afectado, si no se hubiera aficionado al estilo amanerado, si no se hubiese pagado tanto de sí mismo, si no hubiera desmenuzado la sustancia de su pensamiento en brevísimas sentencias, habría merecido más el aplauso de los eruditos que el apasionamiento de los jóvenes. Pero aun siendo así, no obstante debe ser leído por los adultos y por los cimentados en un más severo estilo, incluso porque puede ejercitar el discernimiento del gusto en ambos sentidos. Muchas cosas, pues, como dije, hay que aprobar en él, muchas también hay que admirar con tal que se tenga cuidado en la elección; ojalá lo hubiera hecho él mismo. Digno, pues, fue aquel ingenio de aspirar a cosas mejores; logró cuanto quiso»[180].

Esto es lo que dijo Quintiliano sobre Séneca. Sobre si juzgó rectamente o no, me remito al parecer de los sabios. Sin embargo, en lo que le concede, a saber, el fino análisis de las costumbres, aunque dentro de su estilo defectuoso, pienso que no se le debe contradecir. Admítanse, pues, sus preceptos morales y declare cada uno en este campo sus preferencias, y quedará claro que las corrientes de las virtudes manan de la purísima fuente de la frugalidad. Léanse sus cartas, sus libros *Sobre los beneficios* o *Sobre la clemencia,* y también aquellos que ilustró con sentencias de diez oradores, bajo la forma de discusiones escolares, y los que editó acerca de las *Cuestiones naturales* y los de Filosofía, a los que Quintiliano critica como faltos de precisión; en todos ellos aparece como fiel custodio de las virtudes y enemigo de los vicios, y en tanto grado, que Fron-

---

180 Quintiliano, o. c. X 1 §§ 125-131.

tón, según algunos sobrino de Plutarco, y mencionado en el primer libro de Juvenal con estas palabras:

> los plátanos de Frontón y sus mármoles arrancados gritan [181],

afirma que siempre atacó todos los errores, de modo que parece volver a instaurar los siglos áureos y reunir otra vez, en estrecha compañía con los hombres, a los dioses apartados del género humano.

Concederé fácilmente que Quintiliano fue mejor literato y le aventajó en la agudeza y gravedad de la dicción; pero Séneca es más perspicaz, y en la misma medida en que es inferior en la retórica, es superior en la ética.

El mismo Quintiliano [182] sitúa a la frugalidad entre los grandes y principales bienes, y es tan enfática su recomendación, que ella sola podría bastar. *¿Quién hay que no la alabe? ¿Quién que no la* considere indispensable? Sin embargo, para no ser combatido por los derrochadores como avaro panegirista de la frugalidad, creo y concedo que ésta puede simultanearse con la libertad. Mis testigos son Cicerón [183] y Julio César, y otros a los que nadie se atreverá a acusar de tacañería. Contra ésta se han dicho muchas cosas más arriba, y con los libros *De Officiis* [184] fácilmente quedan patentes las obligaciones de la liberalidad.

Para que las características de la verdadera liberalidad se pongan de manifiesto, podemos decir que aquella forma de dar que excluye toda esperanza de remuneración es el más noble, el más saludable y, sin posible contradicción, el mejor. Ya que dar con esperanza de retribución es completamente ajeno a la liberalidad y va bien con la avaricia. Pues el usurero es dedivoso en ocasiones, con la esperanza de recibir más. De donde Coco:

> Tú envías a las viejas y a las viudas numerosos presentes,
> ¿y quieres que por esto te llame con razón generoso, Gargiliano?
> Pues no hay nada de más avaro, nada de más roñoso que tú solo,
> que tienes la audacia de llamar a tus engaños, dones:
> así el anzuelo engañoso tiene agasajos para los peces ávidos,
> y es así cómo un cebo falaz embauca la estupidez de las fieras.
> En qué consista la liberalidad, o hacer un regalo,
> yo me encargo de enseñártelo, si lo ignoras.
> Hazme un regalo, Gargiliano [185].

---

[181] Juvenal, o. c. I 12.
[182] Quintiliano, o. c. X 3 § 26.
[183] Cf. *Tusculanae Disputationes* III 8 §§ 16-18; *De Officiis* I 14 §§ 44, 16 §§ 55-57.
[184] Cicerón, *De Officiis* I 14.
[185] Marcial, *Epigramas* IV 56.

¿Deseas ver un hombre generoso? ¿Quieres la verdadera y fructuosa largueza? Vuelve los ojos a aquel que, lleno de gusanos, está tendido en el estercolero y con una teja rae la carne podrida de su cuerpo [186]. Oye lo que habla el varón justo, temeroso de Dios y que se aparta del mal. No dice, ciertamente: «En mis convites, la cítara, la lira, el salterio, la sambuca y toda clase de músicos.» No dice: «Banqueteaba espléndidamente todos los días, saboreando gustosamente todos los manjares, acumulando con mucho esfuerzo aquello con lo que hacer estiércol, o con lo que el vientre hinchado hirviese fácilmente en desordenados deseos.» No dice: «Me vestía con púrpura, con fino lino y con bordados, ambicionando

> lo que la aguja del Nilo, calando en el prieto tejido peinado por los Seros [187],

ofreció a los falsos caprichos de una vida vacía y, vistosamente vestido, relucía con dorados trajes.» No dijo: «Venían a mí de todas partes

> los mendigos, las comediantas, los bellacos y toda la gente de esta laya [188],

monteros, mentirosos aduladores, cómicos vanos y parásitos voraces, prostitutas engañosas, chismosos, embusteros y narradores o cantantes de vanas fábulas.» No dice: «Alimentaba leones, osos, monos y monstruos asquerosos de este mismo género.»

Entonces, ¿qué? ¿Acaso no son estas cosas las que evidencian la liberalidad de nuestro tiempo? ¿Acaso sin estas cosas puede existir la largueza? «Despréndase mi hombro —dice— de la espalda, y arránquese del hombro mi brazo, si negué a los pobres lo que querían y defraudé la esperanza de la viuda, si comí solo mi bocado sin dar de comer de él al huérfano, si el forastero permaneció a la intemperie y no abría mi puerta al caminante, si desprecié al que pasaba porque no llevase vestido y al pobre desnudo, si no me bendijeron sus carnes y se calentaron con el vellón de mis ovejas» [189].

¿Quién te parece más generoso: éste o Antonio, que juzgó que no se podía ser consecuente con la liberalidad si no se sacia la gula

---

186 Job 17, 14; 2, 8.
187 Lucano, o. c. X 142. Los Seros corresponden a Mauritania.
188 Horacio, o. c. I 2, 2.
189 Job 31, 22. 16-17. 32, 19-20.

y el desenfreno de todos los vicios? ¿Ves que puede alejarse la sospecha de avaricia por diversos caminos, sin sacrificar la frugalidad? El Apóstol recomienda la práctica de la hospitalidad con la que los amables hospederos agradaron tanto a Dios, que merecieron dar hospitalidad incluso a los ángeles [190]. Abraham salió al encuentro a unos hombres que bajaban por el camino y, presentándosele la ocasión favorable de ejercer la hospitalidad, metió en su casa a los ángeles, que cedieron a su humildad y a sus ruegos [191]. No les presentó a ellos ningún incentivo de la gula, ni les ofreció el ternero que trajo de la manada, con grandes dispendios o con arte culinario al estilo troyano [192].

Lot también llevó a su casa con insistente devoción a los ángeles vengadores de la lujuria, y aunque él no les sirvió fomentando la gula u otro desorden, sin embargo no faltó en nada a la caridad, tanto que prefirió exponer a sus hijas vírgenes al furor de los sodomitas, que no a los huéspedes [193]. Celebrándose una fiesta en casa de Tobías, éste dijo: «Ve y trae algunos de nuestra tribu que teman a Dios.» Pensaba que no se podía dar una fiesta sin que la caridad añadiese a algún extraño a la reunión familiar.

Pero en todos estos casos existe la misma distribución de la caridad ordenada. Pues aquellos que Abraham vio descendiendo por el camino, confieren mayor autoridad a los que caminan en la senda de la moralidad, esto es, en la ley del Señor. Y correctamente se dice que descienden, pues la gracia los eligió para ponerlos ante la mirada del fiel padre de familia, para visitarle y proporcionarle materia de merecer. Así también éste (el padre de Tobías) reconoció primeramente a su tribu, la que especialmente conocía al Señor, y en ella prefirió sobre los demás, no a los que recomiendan la sangre y las seducciones del mundo frívolo, sino a los que ilumina el temor divino. El santo varón no fue amigo de los que hablan del vientre o de las vanidades, sino de los que ostentaban la imagen de Dios, al que él veneraba. Pero ¿acaso la festividad del día, la asamblea de los hermanos o la opulencia de los alimentos hizo retrasarse al santo varón para proceder según su costumbre? En medio de las alegrías del banquete, increpado por sus hermanos, marchó a enterrar, después de la puesta del sol, pues antes no era lícito, a un hebreo a quien

---

190 Heb 13, 2.
191 Gn 18, 2 ss.
192 Macrobio, o. c. III 13 § 13.
193 Gn 19, 1 ss.

había oído que le habían matado los impíos [194]. Y no temió el enfado del príncipe mientras cumplía un deber de caridad. Era como él, aquél (Lot) que prefirió sufrir una gran injuria de parte de sus lascivos conciudadanos en sí y en sus hijas, antes que en sus huéspedes. Los discípulos también persuadieron al Señor que quería seguir más lejos, para que se detuviera en la posada y, sentando para nosotros un precedente de hospitalidad, le obligaron a quedarse y cedieron el primer puesto, según parece, al que después reconocieron como el Señor en la fracción del pan. No leemos que le sirviesen a El deliciosos manjares, sino, simplemente, lo que exigía la necesidad [195].

Nuestra Inglaterra también dio vida a Albano, insigne en el deber de la hospitalidad, pues prefirió exponerse a sí mismo a los dardos de los tiranos antes que al huésped cristiano que había alojado [196].

¿Por qué habló sólo de los creyentes? También los no creyentes han solido defender con su propio riesgo, ante los enemigos, a los que habían recibido en su casa por un espacio menor de cuatro días, pues cometía un crimen quien antes del quinto día denegaba la protección a un enemigo, es decir, a un extranjero. Pues, según Cicerón [197], la palabra *hostis* (enemigo) se usaba antiguamente en lugar de la palabra *peregrinus* (extranjero), por razón de la equidad con que los huéspedes debían ser tratados; cualquiera que tratase inhumanamente a aquél, según el derecho antiguo, era inicuo (es decir, sin equidad). Declaran esto las doce tablas de las leyes y el título del derecho que dice: «El día señalado para un caso con un extranjero» *(cum hoste)*.

Pero quien derrocha amabilidad con su huésped y añade la caridad, nada retiene de lo que razonablemente se puede ofrecer. El da a sus huéspedes su propia vida; pero recordando su deber, si es discreto, no incita a la maldad, ni urge a nadie a lo que él no quisiera ser urgido. Hay, pues, que ejercitar con el huésped toda clase de cortesía y una razonable generosidad, y el extranjero debe mostrar a su hospedero indígena mayor gratitud, recordando siempre sus beneficios. Ni el título de una religión distinta, ni la anterior enemistad destruyen este agradecimiento.

También el bienaventurado Gregorio, obispo de Neocesarea, atrapado en los Alpes por la nieve y la tempestad, se refugió en un

---

194 Tob 2, 1 ss.
195 Lc 24, 29.
196 Beda, *Historia eclesiástica* I 7.
197 *De Officiis* I 12 § 37.

templete de Apolo que era venerado allí por los indígenas y fue acogido con la máxima cortesía por el sacerdote del lugar, a pesar de ser idólatra. Recordando una hospitalidad tan atenta, exceptuó a Apolo, por los ruegos del sacerdote, del decreto por el que él había privado a aquél del derecho de pronunciar oráculos y burlarse de los espíritus. Los hechos citados pueden leerse más ampliamente en la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea [198]. Según éste, consta que el sacerdote no dejó de quejarse al bienaventurado Gregorio, echándole en cara su ingratitud y lamentándose de que su cortesía había sido pagada con una injusta carga [199]. El santo varón le contestó con esta carta dirigida a su dios Apolo: «Gregorio a Apolo: Te permito volver a tu lugar y entregarte a tus acostumbradas actividades.» En cuanto el sacerdote entregó la carta al ídolo, el demonio, libre, comenzó, según su costumbre, a pronunciar sus oráculos. Por lo que el sacerdote, admirado de la majestad de Aquel cuyos humildes siervos pueden mandar también a los dioses de los gentiles y suspenderlos y atormentarlos con una palabra, despreciando a su Apolo y siguiendo a Gregorio, se adhirió a El, y, hecho discípulo de Cristo aquel que había sido sacerdote de Apolo, aprovechó de tal modo en la fe y en la religión, que, según se cuenta, sucedió al bienaventurado Gregorio en el gobierno de la Iglesia de Neocesarea. Y así la cortesía de la hospitalidad fue pagada, primero, con la promoción humana, y, después, con la salvación celestial.

Finalmente, aunque no hay regla entre los moralistas sobre la práctica de la urbanidad para con los huéspedes, el bienaventurado Benito [200], en el capítulo acerca de los huéspedes, parece exponer una frugal benevolencia no sólo religiosa, sino cortés y urbana. Sin embargo, esto que, según muchos, se lee en el libro de las costumbres de los Cistercienses y está en vigor, a saber, lo que se refiere a los dos capítulos de la hospitalidad que hay que practicar, está lejos de todo civismo, por no decir de toda humanidad; si realmente es verdad que en costumbres tan perfectas se encuentra, por ejemplo, que no se dé carne a los huéspedes, ni se compre algo por causa de los mismos, siendo así que la perfección dispensa de los mismos ayunos por razón del huésped y en muchas cosas aminora mucho su rigor, guiada por la caridad.

Un pagano [201] parece dar énfasis a esta virtud con más fidelidad y

---

198 VII 25.
199 Es decir, el decreto citado.
200 *Regla*, c. 53.
201 Quizá se refiera a Juvenal, o. c. IX 56 ss.

conocimiento de la misma, cuando determina que todo lo que haya en casa se ofrezca a los huéspedes con alegre modestia,

> y lo que no haya en casa y tenga el vecino, se le compre [202].

Me inclino a creer que es preferible y más perfecto que la virtud se relaje un poco y se olvide modestamente de sí misma, pues, como dice otro pagano, es grato olvidar a su tiempo la prudencia [203] y tan acorde con la virtud como con la humanidad.

También Agustín [204] y Jerónimo [205] exponen muchas cosas acerca de este tema. Y el bienaventurado Gregorio [206] rechaza la elección de cierta persona como avara, porque oyó que no había invitado a nadie a su casa para practicar la caridad, y no puede creerse, por otro lado, que tan santo padre quisiera que se preparase un espléndido banquete a los invitados. ¿Quién duda, pues, que uno puede apartarse de la avaricia con la frugalidad? O ¿quién se atrevería a manchar con la injuria de avaro a Abraham, a Lot, a Tobías y a Job?

Has escuchado la descripción de Job; ahora, si quieres, oye cómo Marco Cecilio describe a Antonio: «Al entrar —dice—, lo encontraron postrado en el sopor de la embriaguez, roncando fuertemente y eructando repetidas veces, mientras sus suntuosas invitadas estaban unas tiradas por todos los lechos y las demás tendidas alrededor. Aterradas al darse cuenta de la llegada del enemigo, intentaban levantar a Antonio; lo llamaron por su nombre, en vano lo levantaron por los hombros; unas le llamaban con susurros al oído, otras con fuertes gritos y algunas incluso le golpeaban. Cuando él reconoció las voces y notó que le tocaban, trató de abrazar a la que estaba más cerca. Estando despierto no era capaz de dormirse y, borracho, era incapaz de despertarse. Medio borracho, medio despierto, se echaba en manos de los centuriones y concubinas» [207].

Todo esto u ocurrió así o es verosímil que ocurriera. No se pudo imaginar nada más creíble, ni reprobarlo con más vehemencia, ni exponerlo con más claridad. En suma, o hay que perseverar en la virtud, o hay que perder la esperanza de la gloria, pues ésta no tiene, ciertamente, otra fuente.

---

202 Ib. VI 152.
203 Horacio, *Carmina* IV 12, 28.
204 Cf. *Sermones* CLXXIX 3 CCXXXVI 3 (Migne, PL 38, 967 ss., 1121).
205 Cf. *Adversus Rufinum* II 17; *Commentarium in Titum* I 8-9 (Migne, PL 23, 469; 26, 568).
206 *Epistolae* XIV 11 (Migne, PL 77, 1313-1314).
207 Quintiliano, o. c. IV 2, 123-124.

CAP. 14: *Que no hay nada más fructuoso para la gloria que la alabanza y el favor de los buenos y sobre todo de los escritores; que la familiaridad con los malos no aprovecha, sino estorba; y que basta una sola obra o dicho bueno para alcanzar la gloria.*

Existe diferencia entre el deseo de la gloria mundana y la pasión ardorosa del deseo [208]. Pues, aunque sea natural para aquellos que están ávidos de gloria mundana esforzarse apasionadamente por dominar, sin embargo los que desean la verdadera gloria, aunque sea la de las alabanzas humanas, tienen buen cuidado de no desagradar a los que les juzgan benévolamente. Importa mucho, pues, quién y por qué agrada. Y no es fuente de gloria ser ensalzado por aquel cuya intimidad apesta a ignominia. La alabanza de un celoso seguidor ha aprovechado a muchos y ha sido suficiente para la gloria; y la recomendación de muchos ha sido frecuentemente fuente de infamia.

En los retóricos hay un célebre tópico sobre la convivencia, que apunta a la semejanza de costumbres y cómo ha quedado muchas veces patente que de ella proceden la amistad y la estimación [209]. «No quiero —dice el sabio— ser alabado por aquellos cuya alabanza es un vituperio, ni temo ser acusado por éstos cuya acusación es una alabanza.» Luego, cuando los cómicos, mimos, parásitos y gentuza de esta laya alaban a alguien, excepto en el caso de alguno que por su misma vida sea digno de elogio, ¿acaso no es palpable desatino pretender brillar apoyándose en el favor de aquellos que están sumergidos en todas las inmundicias y cuyo favor no puede obtenerse sino por medios inconfesables?

Marco Antonio entregó a estos hombres monstruosos el amplísimo patrimonio de Pompeyo y las riquezas de casi todo el orbe; y, sin embargo, no se hizo ilustre con sus alabanzas, sino que con ellas pasó, más infame todavía, a la posteridad. Si hubiera merecido el favor de un solo sabio o de un escritor egregio, algo ilustre de aquel hombre hubiera pasado a la Historia.

Virgilio perpetuó la gloria de Marcelo [210] por encima de los grandes méritos de sus virtudes, y con licencia poética, no siendo fiel a la Historia, convenció a los que vinieron después de que

---

[208] San Agustín, *De Civitate Dei* V 19.
[209] Cf. Cicerón, *De Inventione* I 25 35.
[210] Cf. *Eneida* VI 860 ss.

Dido, aunque fue en realidad una casta mujer, había sido seducida por un huésped, al que ella, por razón de la cronología, no pudo ni siquiera ver[211]. Niso y Eurílalo no hubiesen llegado a nosotros, a no ser que los divinos versos de Virgilio los hubiesen sacado del olvido[212]. Aún cumple su promesa y no sufre que sus nombres sean borrados de su sitio:

> Vivid felices; si algo pueden mis versos, ningún día
> os arrebatará jamás del eterno recuerdo[213].

¿Hay razón, pues, para que los que favorecen con tanta esplendidez la ignominia de los bufones y viles esclavos no deseen alcanzar la buena voluntad de los honestos y peritos varones, y sobre todo de los escritores? ¿Acaso no quieren que sus necedades se transmitan a la posteridad? Lucilio sería desconocido a no ser que las cartas de Séneca lo hubieran sacado a la luz. Virgilio, Varo y Lucano añadieron más a las alabanzas de César que aquel inmenso tesoro del que despojó a la ciudad y al orbe[214]. Nadie conocería la prudencia de Itaco o las fuerzas del Peleo si Homero, con divina inspiración, no las hubiese escrito. Por lo cual, nada me parece más deseable para un hombre ansioso de gloria que ganarse el favor y la adhesión de los escritores. Nada más necio que cortejar a Tigelio[215], que no pudo redimir su fama.

Hay muchas costumbres buenas, que la mayoría tiene por buenas aunque ellos no las practiquen, tanto más excelentes cuanto más raras. Apoyados en ellas, algunos aspiran a la gloria, al imperio, al dominio. Los que no tienen deseo de gloria (que hace temer el ser desaprobados por los que juzgan rectamente) y, sin embargo anhelan mandar y dominar, intentan con frecuencia satisfacer sus deseos, incluso a través de crímenes descarados. Por eso el que ambiciona la gloria, o marcha por el camino verdadero, o al menos se vale de engaños y falacias para tratar de aparecer como bueno, no siéndolo. Por tanto, es una gran virtud para el hombre virtuoso despreciar la gloria, porque este desprecio es valioso en la presencia de Dios, pero no es conocido por los hombres. En los que le alaben, aunque tenga en poco el que lo alaben, no tiene en poco lo que aman y no quiere defraudar a los que le alaban, para

---

211 Cf. Macrobio, o. c. V 17 §§ 5-6.
212 Cf. *Eneida* V 294 ss.; IX 176 ss.
213 Ib. IX 446-447.
214 Lucano, o. c. III 114 ss.
215 Cf. Horacio, *Sátiras* I 2, 3; Lo 80, 90.

no decepcionarlos en cuanto amantes del bien; y, por tanto, se esfuerza con más ardor para que se alabe más bien a Aquel de quien recibe el hombre todo lo que en él es digno de alabanza.

Pero el que desprecia la gloria y ambiciona el dominio, supera a las bestias en los vicios de la crueldad y el desenfreno. Tales fueron los romanos (según testimonio del gran Padre Agustín), pues cuando se examinan sus vicios no se encuentra un pueblo peor, y cuando se hace lo mismo con sus virtudes, ninguno mejor. Subyugaron a otras razas, no con cruel despotismo, sino con un clemente dominio; pero lo que la moderación adquirió, lo perdió la crueldad y el desenfreno. Después de perder interés por ser estimados, no perdieron su avidez de dominar. El César Nerón fue el primero que llegó a la cima o ciudadela de este vicio. Su sensualidad fue tan grande, que no tenía ningún respeto por cosa alguna propia del hombre; y tanta su crueldad, que nadie creería que pudiese tener algo de afeminamiento, si no se le hubiera conocido. Nadie fue más glotón, nadie se glorió más con la amistad de cantores, cómicos y gente de esa calaña; nadie más inclinado al lujo, ya que para vengarse de los que le tenían por refinado y espléndido, nunca se puso dos veces el mismo vestido. ¿Quién, sin embargo, hay tan perdido que se atreva a alabarlo?

Se cuenta de Demóstenes que antes que el mérito de su elocuencia fuese conocido, apeteció la afectación en el modo de vestir, porque sabía que la púrpura daba valor al magistrado [216]; pero cuando consiguió fama notable en la elocuencia se contentó con la toga, diciendo que quería que su gloria se fundamentase en él mismo más que en la afectación y estilo de sus vestidos.

> Aristipo se acomodó a cualquier aspecto de la vida, a cualquier situación y fortuna.
> Vestido de una u otra manera irá por los lugares más frecuentados [217].

A quien levanta su propio honor, no le deprime la vileza ajena. La alabanza que depende de lo extrínseco a uno mismo parece un sufragio mendigado. En verdad que uno brilla más por descollar en una sola virtud que por el brillantísimo aparato del lujo y todo lo que halaga la vanidad. De aquí que al residir el poder de toda virtud en ella misma, la justicia brilla con más esplendor.

---

[216] Cf. Juvenal, o. c. VII 135-136.
[217] Horacio, *Epístolas* I 17, 23-28.

Temístocles nos sirve de testimonio y ejemplo de todo esto. Obligó a los atenienses, con saludable determinación, a refugiarse en las naves. Una vez expulsados de Grecia el rey Jerjes y sus tropas, devolvió a las ruinas de la patria su antiguo estado y con secretos manejos acumuló riquezas para asegurarse el mando de Grecia. Luego dijo en un discurso que con mucha deliberación había tramado un plan y afirmó que, si surtiese efecto, nada habría de ser mayor o más poderoso que el pueblo ateniense, pero que no convenía divulgarlo, y pidió que se eligiese a uno a quien se lo expusiese en secreto. Se eligió, pues, a Arístides o, como otros dicen, a Aristóteles, aunque el examen de la cronología indique que Temístocles y Aristóteles no fueron contemporáneos. Este, después de saber que Temístocles quería incendiar la armada espartana, que estaba anclada en Gitio, para que, destruida aquélla, el dominio de los mares pasase a Atenas, se presentó ante los ciudadanos y refirió que Temístocles tenía en la mente un plan útil, pero de ningún modo justo. Por este argumento toda la asamblea gritó que lo que era injusto de ningún modo se podía ordenar y mandó a aquél desistir de lo comenzado [218]. Así, pues, por este edicto de los ciudadanos la justicia precedió a la prudencia; más aún, la conclusión fue que aquello no era prudencia, sino más bien astucia, que es enemiga de la justicia.

Zaleuco había promulgado en la ciudad de Loctia leyes muy saludables y útiles. Condenado su hijo por delito de adulterio, según el derecho promulgado por su padre se le debían sacar los ojos. En agradecimiento al padre, toda la ciudad pidió con insistencia que se le perdonase al joven la imposición de esta pena. Durante algún tiempo se resistió. Vencido, finalmente, por los ruegos del pueblo, primeramente le sacaron a él un ojo, después otro a su hijo, y así quedaron ambos con vista. De este modo él pagó su débito a la ley con admirable espíritu de equidad dividido entre el padre misericordioso y el justo legislador [219].

¿Acaso el recuerdo de tales cosas no se graba más fielmente en las mentes de los oyentes que si hubiesen mantenido un ejército de truhanes o presentado a los ojos de un pueblo sencillo una continua renovación de su vestuario? ¡Considera lo que debemos a la prudencia de Solón! «La prueba de la felicidad —dijo— está en el último día y la pira confirma al sabio el honor de ese nombre, pues los principios de las cosas se deben a la fortuna, pero

---

218 Cf. Valerio Máximo, o. c. VI 5 ext. § 2.
219 Cf. ib. ext. § 3.

sólo el fin asegura la filosofía.» Y añade: «Nada tiene el hombre que temer con tal que su fin no excluya la filosofía.» Por eso viendo a uno de sus amigos profundamente triste, lo llevó a la ciudadela y le rogó que pasease la vista por todos los edificios de allá abajo. Después le dijo: «Medita ahora en tu interior qué cantidad de penas hubo y existen ahora y habrá en los siglos venideros bajo esos techos, y cesa de lamentar los males de los mortales como propios, porque si bien lo miras, las ciudades no son otra cosa que recintos de calamidades dignos de compasión.»

También tuvo un ingenio sutil aquel rey del que cuentan (según Valerio) que antes de colocarse en la cabeza la diadema que le entregaban, examinó largo tiempo el paño nuevo y dijo: «Oh noble más bien que feliz paño, si alguien conociera de cuántas preocupaciones, peligros y miserias estás lleno, ni aun tirado en el suelo querría cogerte.» Asimismo Aristófanes dijo que no convenía alimentar un león en la ciudad; pero que si ya ha sido alimentado, era conveniente complacerle. Avisa, pues, para que los jóvenes se refrenen, particularmente los de la alta nobleza y rápido ingenio; pero que si han sido educados con excesivo mimo y gran indulgencia, no se les debía impedir alcanzar el poder, porque es inútil y necio contrariar las fuerzas que tú has fomentado. También Aristóteles envió su discípulo Calístines a Alejandro y le exhortó a que nunca hablase con él excepto de temas agradables, para que estuviese más seguro en la real estima con el silencio y más acepto con la conversación. En cambio, Calístines reprendió a Alejandro, exultante con el saludo de los persas, se esforzó en arreglar sus costumbres... y perdió la vida. El mismo Aristóteles decía que no se debe hablar de uno mismo ni en favor ni en contra, porque alabarse es vanidad, y vituperarse, necedad.

Agesilao descubrió por la noche una sedición contra la república espartana e inmediatamente abrogó las leyes de Licurgo que prohibían dar suplicio a los no juzgados. Apresados y ejecutados los culpables, volvió a restituirlas, y así proveyó al mismo tiempo a que el saludable castigo no fuese injusto o impedido por la ley [220].

Aníbal, vencido en un combate naval, temiendo que cayese en su persona el castigo por la armada perdida, alejó la acusación con astucia, pues antes de que el mensajero llegase a la ciudad con el anuncio del desastre de aquella desgraciada batalla, envió a Cartago a uno de sus amigos. Este entró en la Curia y preguntó en seguida si convenía luchar contra las tropas romanas que sobre-

[220] Sobre estos ejemplos cf. ib. VII 2 ext. §§ 2, 5, 7, 11, 15.

vivieron. «¡Conviene!», aclamó el Senado. «Luchó —dijo el mensajero— y fue vencido»; pero ya no había lugar para condenar lo que ellos habían juzgado que se debía hacer [221].

Gorgias Leontino, preceptor de Isócrates y de muchos varones de grandes cualidades, vivió con tal inocencia, que a los que le preguntaron en el año ciento siete de su vida por qué deseaba continuar viviendo, contestó: «Porque no tengo nada que me acuse en mi vejez.» Creo que esto fue el resultado de su popularidad y de su profundo conocimiento de las letras, en las cuales sobresalió tanto en su época, que fue el primero que se atrevió a pedir en la asamblea de qué materia quería cada uno que él hablase. En consecuencia, toda Grecia colocó en el templo de Apolo, en Delfos, una estatua de oro macizo en su honor, mientras a los demás sólo dedicaba en aquella época estatuas doradas [222].

Muchas otras cosas de esta especie se ofrecerán, capaces de proporcionar materia para una verdadera alabanza, si alguien examina con detención los sutiles dichos y hechos llamados *strategemmata* y también *strategemmatica* de los antiguos [223]. Por lo demás (ya que repetidas veces se ha hecho mención de los *strategemmata* y el contenido de esta palabra no es enteramente conocido por todos), Valerio Máximo define los *strategemmata* diciendo que se refieren a esa parte noble de la astucia y no merecedora de reprensión alguna, cuyos actos, tan difíciles de expresar adecuadamente con una palabra, se llaman, tomándolo del griego, *strategemmata.* Sin embargo, propiamente hablando, los *strategemmata* son actividades que pertenecen a la ciencia militar, pues él habla también de *stratilates* (generales). Mientras que aquellas cosas que, en contra de la significación de la palabra propia, pertenecen a otras materias se llaman *strategemmatica* (según el testimonio de Julio Frontino) [224]. La palabra, pues, *strategemmaticum* se diferencia de *strategemma* como el género de la diferencia.

Vuelve de nuevo Publio Clodio, para que yo añada unos pocos de sus dichos. El haber dado expresión al más pequeño de éstos es más grande y más fructuosa fuente de gloria que el haber hecho lo que hacen aquellos que han disipado sus energías con el frívolo amor a la alabanza. Pues dice:

> El que dio al digno, en el dar recibió beneficio.
> Soporta, no reproches, lo que no puede cambiarse.

---

221 Cf. ib. 3 ext. § 7.
222 Cf. ib. VIII 13 ext. § 2; 15 ext. 2.
223 Cf. ib. VII 3. 4.
224 Cf. *Strategemmata,* Prefacio.

Al que se le permite más de lo que es justo, quiere más de lo que le es permitido.
Un agradable compañero de viaje vale tanto como un vehículo.
La frugalidad es el precio de una buena reputación.
El llanto del heredero, debajo de la careta es risa.
El furor reina más veces que una prolongada paciencia.
El que naufraga dos veces acusa a Neptuno injustamente.
Altercando en exceso, se pierde la verdad.
Si niegas prontamente lo que se te pide, ya hiciste algo de beneficio.
Ten un amigo de tal modo que pienses que puede llegar a ser tu enemigo.
Soportando la injuria antigua, invitas a una nueva.
Nunca se vence el peligro sin peligro.
Es necesario que tema a muchos, al que muchos temen[225].

Finalmente, basta una ligera evidencia de virtud, ya en las palabras, ya en las obras, para que se extienda la fama; pero si la virtud se abandona, el derroche, por grande que sea, engendra ignominia, no gloria.

CAP. 15: *Que la rectitud moral hay que desearla, o sola o por encima de todo lo demás, y que en toda ella reside la principal oportunidad para la liberalidad; y que, por el contrario, la avaricia es un inmenso obstáculo para la gloria.*

Así como la gloria, que, según Cicerón[226], es una fama difundida y admirada, nace de la raíz de la virtud y es iluminada por su sola luz, así la ignominia, la turbación y todo lo que corresponda en este aspecto tiene su origen y su progreso en el vicio. Ya sea la rectitud moral el único bien, como quieren algunos estoicos, o el principal y el que se debe ambicionar sobre todos los demás, como afirman los peripatéticos, es indudable que, de cualquier modo, ninguna de estas cosas, que deben ser apetecidas, son enemigas de la rectitud moral[227].

---

225 Macrobio, o. c. II 7 § 11.
226 Cf. Cicerón, *De Inventione* II 55 § 166.
227 Cf. id., *De Officiis* III § 35.

Otras muchas cosas se alaban y se desean no sin razón, como la buena salud, la nobleza de sangre, las riquezas, pero ninguna de ellas hace el hombre malo o deshonesto sea digno de alabanza. Pues la salud robustece la fuerza; la fuerza, la temeridad; la temeridad, la violencia, y la violencia, el impulso de la venganza, como antorcha que aviva el odio y las guerras; y las consecuencias son el desprecio de la justicia, la violación de las leyes y la convulsión perturbadora de la estabilidad pública.

La nobleza de sangre engendra la soberbia, pretende el poder, pisotea a los inferiores, desprecia a los iguales, no quiere tener superiores, habla con gran arrogancia, está completamente infatuada con la sangre de su gran linaje, como si él hubiese hecho algún mérito por el cual se le debiera la nobleza, y sin tener en cuenta lo que es, se olvida de todo lo que parece estar detrás suyo, y como un ridículo imitador de Trasón [228], sin cultivar la virtud, se lanza a todo lo que está por delante. Dice el moralista:

> Preferiría que tuvieses por padre a Tersites, con tal que fueses semejante al nieto de Eaco y capaz de manejar las armas de Vulcano, que no que Aquiles te haya engendrado y seas semejante a Tersites [229].

No quiero, sin embargo, que nuestro Simónides [230] suponga que la cita es injuriosa para él. Ciertamente éste nació de ascendencia regia y de más alta cuna que los Capitolinos, los Marcelos o todos aquellos que aspiran al podio imperial [231], y, como si hubiera salido a la luz de huevos más puros y afortunados, es mucho más noble que sus hermanos nacidos de la misma madre, como éstos le aseguran. Me atrevería a creer con facilidad que todo lo esclarecido y de pura naturaleza, que existió en toda su generación desde el comienzo, se ha concentrado en él, para que brille como una estrella de su raza; y que lo más bajo y oscuro se asentó en sus hermanos, hijos de una misma madre. Se alegran, sin embargo, tanto del brillo de aquél como de su propio oscurecimiento, porque de ese modo, por causa de la nobleza de su linaje, no se les podrá prohibir, cuando llegue la ocasión, casarse con sus iguales del mismo estado social. Por tanto, han exaltado a Simónides sobre los reyes, príncipes, tribunos, centuriones y las cabezas de las provincias; contentos con su

---

228 El «miles gloriosus» de *El eunuco,* de Terencio.
229 Juvenal, o. c. VIII 269-271.
230 Parece una referencia a los simoníacos.
231 Cf. Juvenal, o. c. II 145-147.

mediocridad, se apoyan en su virtud, no juzgan nada como vil o ignominioso en sus legítimas obligaciones y, si se presenta la ocasión, no consideran indigno recordar el arte culinario o ejercitarlo con pericia. Recuerdan que nadie piensa que los animales, que no hablan, son de buena raza, a no ser que sean vigorosos.

> Y, en efecto, éste es el elogio que damos al caballo, rápido como un ave,
> que sin esfuerzo reúne gran número de cálidos aplausos y victorias en el circo,
> ronco de aclamaciones.
> Pero si la victoria se asienta rara vez en su lanza, esa descendencia de Corinto y de Hispino[232]
> no es más que una bestia buena para la venta.
> Se les cambia de dueño por una módica suma
> y, con el cuello pelado, arrastran carromatos[233].

Y es que

> la sola y única nobleza es la virtud[234].

Por tanto, la nobleza y distinción del ilustre linaje, aunque Simónides se gloríe de que es algo grande por sí misma, no son ninguna otra cosa que la manifestación de la conducta; gloriosa, si ésta es buena; vil, si es mala. Sin embargo, según mi parecer, y sea lo que sea lo que él piense, el único bien que tiene el noble nacimiento es que impone la necesidad de la honradez.

En cuanto a las riquezas, o encienden la avaricia, o desatan el desenfreno para ruina y exterminio de uno mismo. Ella

> hace ingeniosa a la gula[235].

Ella

> dirige los votos hacia donde hay ganancia y tintineo de oro[236],

y hace que

> sea el pueblo venal, y el Senado de los Padres, también[237].

---

232 Nombres de caballos célebres.
233 Juvenal, o. c. VIII 56-59, 62-63, 65-66.
234 Ib., 20.
235 Petronio, o. c. 119; *Carmen de bello civili* 33.
236 Id. *Satiricón* § 119, 40.
237 Ib., 41.

Ella destruye todo vigor e inutiliza a uno y otro sexo para el amor, y se encabrita contra el imperio de la ley y de la naturaleza. Abroga, mata y entierra a la primera, y entontece, enerva y trastorna a la segunda. Luego para ella no hay ley y la naturaleza es algo casi inútil y que se tambalea.

«La naturaleza se busca a sí misma y no se encuentra. Gustan, por tanto, los hombres deshonestos los pasos cadenciosos de un cuerpo afeminado, las melenas sueltas, las incesantes novedades en el vestir y todo lo que enmascara la virilidad» [238].

Pero ojalá en este dominio del desenfreno se encuentren hombres que, aunque parezcan mujeres, obedezcan sin embargo a la naturaleza y a la ley.

De todo esto se deduce que la principal alabanza no es la de la salud, ni la de la nobleza, ni la de las riquezas, sino la de la virtud, de la que aquellas cosas son instrumentos y como tales son deseables, ya que no conviene que la naturaleza que hizo a la virtud deseable, o sola o sobre las demás, hubiese hecho sus instrumentos no apetecibles a la misma. En esto los peripatéticos parecen pensar con más acierto, porque cuando confiesan que la virtud necesita de sus instrumentos para ejercitar sus obras, reconocen también que los mismos instrumentos, aunque por otra razón, son deseables. Los estoicos también están de acuerdo en que la virtud basta para la felicidad, ni yo los arguyo de error, pero afirmo que la virtud es más eficaz a través de sus instrumentos.

Por lo demás, como recuerdo haber dicho otras veces, aunque toda virtud es agradable, la liberalidad es especialmente agradable porque aprovecha a muchos [239]; y ciertamente cuando falta lo necesario abre sus entrañas, esto es, prodiga su propio afecto. De otro modo, ¿cómo, según el Apóstol [240], permanece la caridad en aquel que ante la urgente necesidad del prójimo cierra las entrañas de su corazón?

Por el contrario, el no socorrer a otros ni con las obras ni con el afecto es un vicio sumamente indeseable y odioso. En esto consiste la avaricia, buscadora de ganancias ocultas, voraz devoradora del botín manifiesto, pero no feliz con el logro de tener y toda ella miseria en su pasión de buscar [241].

---

238 Ib., 24-27.
239 Cf. Cicerón, *De Officiis* II 8 § 63.
240 1 Jun 3, 17.
241 Valerio Máximo, o. c. IX 4, init.

¿A qué no obliga a los mortales corazones la
maldita avidez del oro? [242].

Eufilia vendió la vida de su marido por el oro [243]. Grecia vendió a Filipo su libertad [244]. Valerio Máximo arremete contra este vicio con los siguientes ejemplos.

Habiendo falsificado cierto individuo, en Grecia, un testamento a nombre del potentado L. Municio Basilio, y con el propósito de establecer su validez incluido en él como herederos a varones de gran influencia en nuestra ciudad —M. Craso y Quinto Hortensio—, y para quienes Municio era desconocido, aunque el fraude era evidente, ambos, ávidos de dinero, no rechazaron el regalo del delito ajeno. ¡Qué ligeramente he narrado una culpa tan grande¡ Las luminarias del Senado, los ornamentos del foro, que debían haber castigado este crimen, sobornados por una deshonrosa ganancia, le echaron tierra encima con su influencia.

El mismo autor ha presentado un cuadro más notable en Quinto Casio, que envió libres a España a Silio y Albino Purnio, tras haber exigido al primero cinco millones de sextercios y seis al segundo, después de que habían sido atrapados con puñales con el propósito de matarle a él. ¿Puedes dudar de que si le hubiera ofrecido de nuevo otro tanto, no les hubiera ofrecido también su cuello con toda tranquilidad?

Pero, sobre todos los demás, la avaricia poseyó el corazón de Vitio Septimulio, el cual, después de haber pertenecido a la casa de Gayo Graco, se atrevió a cortarle la cabeza y pasearla por la ciudad clavada en una pica, porque el cónsul Opimio había publicado un edicto según el cual daría a quien lo hiciera su peso en oro. Hay quienes dicen que rellenó con plomo licuado una parte vaciada de la cabeza para que así pesase más. Aunque Gayo hubiera sido un sedicioso y no hubiera dado buen ejemplo, no debió nunca la maldita voracidad de su amigo llegar a ensañarse con tales injurias con un hombre ya muerto.

La avaricia de Septimulio es merecedora de todos los odios; la de Tolomeo, rey de Chipre, hay que observarla riendo. Pues después de haberse apoderado de grandes riquezas con afanosa ruindad, al ver que por causa de ellas iba a perecer, colocó todo el dinero

---

242 Virgilio, o. c. III 56-57.
243 Cf. Cicerón, *De Inventione* I 50 § 94.
244 Valerio Máximo, o. c. VII 2 ext. § 10.

en las naves y avanzó mar adentro, para que, perforados los barcos, se perdiesen a su gusto y los enemigos se quedasen sin botín; pero se arrepintió de sumergir el oro y la plata y volvió a llevar a casa el premio de su proxima muerte.

Claro está que éste no poseyó riquezas, sino que fue poseído por ellas, y que fue rey de la isla por título, pero en su espíritu, un miserable esclavo del dinero. Esto es lo que cuenta Valerio [245]. Pero de la avaricia pueden encontrarse ejemplos peores aún. Pues ella cegó los ojos del profeta [246], y el apóstol corrompido por el dinero entregó al Señor inocente en manos de los impíos para que lo crucificaran. Semejante acción puede, ciertamente, afearse con palabras, pero no adecuadamente, porque fue demasiado vil y vergonzosa para que pueda expresarla lengua humana.

Por tanto, hay que alejarse cuidadosamente de la avaricia, porque se agarra tenazmente bajo pretexto de utilidad y daña más perniciosamente aún al exterminar la caridad. Pues la mano fácil para dar en la juventud, se cierra en la vejez; y la que se cerró en la juventud, nunca o casi nunca se abre en la vejez. Siendo así que, gracias a la naturaleza, su libertad está ya muy próxima, se esclavizan a sí mismos miserablemente con un vano temor. Como dice Diógenes: «Las necesidades de la naturaleza no temen a la fortuna.» También el bienaventurado Jerónimo dice: «Grande es el regocijo del alma al tener al mundo bajo los pies, cuando te contentas con poco y cambias todo su poderío, sus banquetes lascivos y todo aquello por lo que acumulan riquezas, por alimentos vulgares y por una basta túnica» [247].

Todo esto es laudable si no se hace por la fama, sino por la conciencia, que soporta con ecuanimidad todas las cosas. Como dice Jenofonte: «La conciencia del justo sabe despreciar las injurias.» Luego el uso de las cosas es lo laudable o lo culpable; las cosas en sí son indiferentes. Por lo que afirma Diaspeno: «El dinero es honra para el generoso; para el avaro, suplicio.» «Hay que huir —dice Macrobio—, por todos los medios, y cortar con fuego y hierro y apartar con el mayor cuidado: del cuerpo, la flojedad; del alma, la inexperiencia; del vientre, la lujuria; de la ciudad, la sedición; de casa, la discordia; y, en general, de todas las cosas, la intemperancia» [248].

---

[245] Ib. IX 4 §§ 1-3 ext. 1.
[246] Es decir, Balaam. Cf. Nm 22-24.
[247] *Adversus Iovinianum* II 11 (Migne, PL 23, 301).
[248] Tal pasaje no se encuentra, según Webb, en las obras de Macrobio.

CAP. 16: *De los cuatro ríos que brotan para los epicúreos de la fuente del placer y forman un diluvio en el que el mundo casi se sumerge, y de las aguas contrarias y los vestidos de Esaú.*

Todas estas cosas concurren para mostrar que un estado tranquilo en la vida pública o privada no puede provenir —sea lo que fuere lo que piense Epicuro— sino de la fuente de la sabiduría. Por esto se dijo antes [249] que ésta es el origen ubérrimo, el jardín de las delicias de donde manan los cuatro ríos de las virtudes. Por el contrario, el jardín de los epicúreos tiene como fuente propia el placer. Y de él manan los ríos que riegan todo este valle de lágrimas y miserias en el cual fue arrojado al destierro el que en el principio eligió hacer lo que le gustó, en vez de lo que le convenía. Y, ciertamente, como un primer río es el amor del poseer, con el que se busca la abundancia para tener lo suficiente, en el que se afana la avaricia para conocer o poseer más de lo que es lícito. El segundo difunde las seducciones de la sensualidad y fluye hacia varios placeres, mientras procura con esfuerzo los gozos de la tranquilidad y la alegría. El tercero reúne fuerzas con las que custodiar la libertad natural y rechazar los daños de cualquier incomodidad, y una vez que alcanza gran fuerza se convierte en odioso caudal de tiranía. El cuarto, al buscar la eminencia por el deseo desordenado de celebridad y honor, se infla engañosamente.

Estos son los cuatro ríos que riegan y rodean el mundo y brotan de la fuente de la voluntad perversa, que tiene su asiento en lo profundo y su origen en el lodo de la vanidad. Cuando han crecido dan origen a varios arroyos y como con un diluvio de aguas que se multiplican, anegan el mundo, destruyen a los seres animados, y así, lo arruinan todo de modo que la tierra parece volver a la soledad, a no ser porque la casa del Señor, el arca, conserva unas pocas almas, esto es, ocho, a saber, los hijos de la resurrección [250]. Estos son en verdad los que el señor eligió de antemano entre toda carne. Pero a los que coge la inundación de las copiosas aguas no se acercarán a El [251].

Y ciertamente el amor del propio interés, del que antes se habló, lanza, como otro mar, estas aguas, y al fortalecer la malicia, el Señor

---

249 Cf. Supra L VII c. 17.

250 Cf. 1 Pe 3, 20; Lc 20, 36. El número significa la resurrección: cf. Agustín, *De Sermone in Monte*, c. 12 (Migne, PL 15, 1745; 34, 1235).

251 Cf. Sal 31, 6.

hace llover, como si se abriesen las cataratas del cielo, ocasiones de pecar para aumentar el diluvio, permitiendo que, sustraída la gracia, el que vive en la inmundicia se ensucie más; y, como en venganza, hiere al que entrega a su propia libertad. No diré que el apetito del propio interés, si es moderado, sea culpable, ni condenaré como crimen la riqueza adecuada, ni el gozo del espíritu, ni el amor natural de la libertad, o la recompensa de una persona eminente; pero ninguna de estas cosas produce lo que promete, sino que más bien se obtiene un efecto contrario al modo con que se busca.

Todas estas cosas son buenas, si el hijo, dirigido por la gracia, luchando contra la carne y la sangre, y merecedor de la bendición del Padre, del gozo y de la alegría, usa rectamente de ellas y con las mismas se viste como con un florido, fructífero y delicioso vestido [252]. Pero si el hermano de carne y sangre, despreciando la intimidad de la madre gracia, se apropiase de todos estos vestidos de la moralidad, los tales ni dan fragancia, ni realzan, ni confortan. Y por esto quizá es por lo que se escribe que los vestidos de Esaú agradaron a Jacob, y no se escribe que Esaú sin vestirlos o por sí mismo exhalase un olor agradable a su padre, pues el que abusa de las buenas intenciones no puede agradar a los que son intachables. Luego la apariencia vana de las cosas buenas ni sacia, ni alegra, ni libera, ni exalta.

Contra el desenfreno, la avaricia y la vanagloria ya se han dicho antes algunas cosas [253]. La aspiración al poder, en cierto modo, no se ha tocado hasta ahora. Esa aspiración, aunque parezca contribuir a la libertad y a la grandeza, desvía con gran daño de la verdadera realidad de ambas cosas. Ella es la que introduce la más desastrosa plaga y, facilitando el nacimiento de la tiranía, se esfuerza por destruir la estructura de la paz y la tranquilidad, que son lo más saludable de todo. Pues estos ríos extinguen la caridad respecto de aquellos a quienes se niega la vida.

En las fábulas, Tántalo se afana por estas cosas sin lograr satisfacción [254], y las palabras del profeta increpan la sed de los que pasan sus vidas en estas aguas. Por eso invita a las aguas opuestas, que fluyen del espíritu, a los sedientos, que habrán de recibir de la

---

[252] Según la interpretación de Webb, este pasaje se refiere a la historia de Esaú y Jacob, Gn 27. Isaac representa a Dios y Rebeca a la gracia. Jacob a los hombres espirituales y Esaú a los carnales. Los vestidos del hijo mayor con los que Rebeca vistió al más joven significan las cosas externas, que suelen proporcionar bienes a los que usan bien de ellas y males a los que usan mal.

[253] Cf. L. VIII 10 ss.

[254] Cf. Ovidio, *Amores* II 2, 43.

gracia, sin pagar, vino y leche. «¿A qué gastar —dice— vuestro dinero no en pan, y vuestro trabajo no en hartura? Escuchadme los que me oís y comeréis lo bueno y vuestra alma se deleitará con manjares suculentos» [255]. No con aquellos, ciertamente, en los que el alma no encuentra deleite, sino la carne; no con aquellos con los que el hijo predilecto, gordo, cebado y corpulento, tiró coces [256], sino con los que el hijo es bendecido para que en el rocío de la gracia que baja de los cielos y en lo mejor de su libre albedrío, entienda prudentemente la voluntad de Dios, la cumpla con fortaleza y la soporte con paciencia.

Así, pues, estas son las aguas nutritivas y dulces que templan todas las otras, porque el madero de la cruz absorbió de ellas la salobridad y las endulzó, y la infusión de la sabiduría celestial las hizo potables para salvación y satisfacción de las almas.

Estas también liberan e impiden la irrupción de toda tiranía, o la aplastan y castigan. No son, pues, las fuerzas vanas, sino la verdad fundada en la justicia, la que hace libres, y aunque la vanidad prometa la liberación, no son verdaderamente libres, sino aquellos a quienes el Hijo liberó [257].

Tú distingue la libertad de la naturaleza, la de la gracia y la de la gloria, y encontrarás que ninguna de éstas proviene de la vanidad, ni te tocará en suerte una condición más servil que la del tirano, porque si donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad, aquel a quien turba el mal espíritu es ciertamente oprimido con misérrima servidumbre.

Cap. 17: *En qué se diferencia el tirano del príncipe verdadero; sobre la tiranía que ejercen los sacerdotes, y cuál es la diferencia entre un pastor, un ladrón y un asalariado.*

Se ha dicho anteriormente, cuando veíamos la obra de Plutarco *La educación de Trajano,* en qué se diferencia un verdadero príncipe de un tirano, y entonces se expuso con todo cuidado cuáles son los deberes del príncipe y los de la comunidad política.

---

255 Is 55, 2.
256 Cf. Dt 32, 15.
257 Jn 8, 32.

A partir de ahí, se podrá comprender más fácilmente y en pocas palabras todo lo que, por el contrario, debemos decir con respecto al tirano. Por tanto, siguiendo la descripción que hicieron los filósofos, un tirano es el que oprime al pueblo con un dominio basado en la fuerza, mientras que un príncipe es el que gobierna de acuerdo con las leyes. La ley es un regalo de Dios, un modelo de equidad, norma de justicia, imagen de la voluntad divina, custodia del bien público, unidad y cohesión para los pueblos, reguladora de los deberes, baluarte en la lucha contra los vicios, castigo de la violencia y de toda injusticia. Pero la ley es atacada por la violencia o el engaño; se la destruye con una crueldad parecida a la del león, o se la va minando con insidias viperinas. En cualquier caso, es claro que al obrar así se ataca a la gracia divina y, en cierto modo, se provoca al combate a Dios mismo.

El príncipe lucha por las leyes y la libertad de su pueblo, el tirano piensa que no ha hecho nada, si no infringe las leyes y lleva a su pueblo a la esclavitud. El príncipe es como una imagen de la Divinidad, mientras que el tirano lo es de la fuerza adversaria y la depravación de Lucifer, puesto que imita a aquel que quiso llevar su trono al Aquilón y ser semejante al Altísimo en todo menos en su bondad. Pues, si se esforzara en ser similar a El en bondad, de ninguna manera intentaría aventajarle en poder o sabiduría. Sin embargo, tal vez deseó igualársele en el poder de otorgar recompensas.

Siendo como es una imagen de la Divinidad, el príncipe merece ser amado, venerado y asistido; el tirano, como imagen de la depravación, merece, la mayoría de las veces, la muerte. El origen de la tiranía es la iniquidad, y, como un árbol que debe ser talado, germina y crece desde su raíz envenenada y pestífera. Pues si la iniquidad y la injusticia, que es la que mata a la caridad, no hubiesen suscitado la tiranía, los pueblos habrían disfrutado de una paz segura y una tranquilidad perpetua para siempre, y nadie pensaría en sobrepasar sus propias limitaciones. Los reinos serían entonces, como preconiza el gran padre Agustín [258], tranquilos y amables, al gozar de la paz como varias familias en una ciudad bien ordenada o varias personas en una misma familia; o quizá, cosa que es más creíble, no habría en absoluto reinos, ya que, según consta en las historias antiguas, éstos fueron establecidos por la iniquidad contra el Señor o arrebatados a su poder [259].

---

[258] Agustín, *De Civitate Dei* IV 15.
[259] Cf. Ib., 6; 1 Sm 8, 4 ss.

Es cierto que no son sólo los reyes los que ejercen la tiranía; hay muchos particulares que son unos tiranos, cuando dirigen el poder de que disponen hacia algún objeto prohibido. Y que nadie se sorprenda porque parezca que para mí son iguales los reyes y los tiranos, ya que, aunque el nombre de «rey» derive de «rectitud», cualidad que debe tener el príncipe, sin embargo, cuando se abusa de él, dicho nombre se rebaja al de tirano. De ahí aquello de que:

> He logrado ascender hasta donde un pueblo libre puede llevar a un ciudadano; por encima, nada me resta más que el reinado [260];

y aquello otro:

> Mi esperanza de paz estará en haber tocado la diestra del tirano [261].

Si es lícito definir el deber y la norma de vida de algo que es contrario al deber, las palabras de uno de ellos no dejan duda sobre los deberes, o más bien sobre los vicios de los tiranos. Se trata de Fotino [262] (del cual todos podrían haber tomado merecidamente el nombre de fotinianos), el primero entre los monstruos de la casa de Pelea [263], o sea, entre otros muchos portentos de Egipto, famoso por su impureza y su crueldad; el cual, osando condenar a muerte a Pompeyo, o más bien mostrando palpablemente las costumbres de los tiranos con su presunción acostumbrada, dijo:

> El derecho y la justicia, oh Tolomeo, convierten a muchos en culpables.
> La fidelidad, tan alabada, recibe su castigo cuando sirve
> a quienes la fortuna rechaza; ponte del lado de los hados y los dioses;
> honra a los afortunados y rehúye a los desgraciados. Tanto como las estrellas de la tierra
> o el fuego del agua, así dista lo útil de lo justo.
> Si la justicia comienza a medirlo todo, el poder del cetro muere;
> el respeto por lo honesto destruye las fortalezas.
> La libertad para cometer crímenes es la que protege a los reyes, aunque se hagan odiosos,

---

260 Lucano, o. c. II 562-63.
261 Virgilio, o. c. VII 266.
262 Es decir, Potino; cf. Lucano, o. c. VIII 483 X 95.
263 Lucano, o. c. VIII 474-475.

junto con el uso ilimitado de la espada. El derecho de obrar cruelmente
no se ejerce impunemente más que cuando se ejercita. Que salga de palacio
el que quiera ser honesto. La virtud y el poder supremo
no pueden ir juntos; siempre vivirá con miedo quien tenga vergüenza de la crueldad[264].

Por tanto, nunca habrá ante la faz de los tiranos ni el menor respeto por la honestidad o la justicia; y, ya sean eclesiásticos, ya sean laicos, desean acceder a todo, sin importarles que un poder sea más o menos importante que otro. A estos dos tipos de tiranos me gustaría poder persuadirles de lo siguiente: de que el mandato divino que se les impuso a nuestros primeros padres y su descendencia aún no ha expirado; pues, como no quisieron cumplirlo cuando podían, se les impuso que no pudieran obedecer ni a la justicia cuando quieren. Pues también se suele decir ese proverbio: «El que no quiere cuando puede, no podrá tampoco cuando quiera.»

También el gran Basilio respalda esta frase. Pues al pedirle una pobre mujer que intercediera por ella ante el príncipe, escribió una carta a éste, en la que decía: «Esta mujer se ha acercado a mí diciendo que yo tengo algún poder sobre ti; por tanto, si lo tengo, muéstralo.» Y le dio la carta a la mujer, la cual se la entregó al príncipe, y éste, tras leerla, le contestó lo siguiente: «Por vos, oh padre santo, he intentado compadecerme de esta pobre mujer, mas no he podido porque ella está sometida a los tributos.» El santo, a su vez, le volvió a contestar: «Si queriendo hacerlo no has podido, bien está el asunto como ha quedado; pero si pudiendo hacerlo no has querido, Cristo te colocará entre la multitud de los necesitados para que cuando quieras, no puedas.» Y la Verdad, que siempre asiste a sus elegidos, no faltó tampoco a su servidor. Pues poco tiempo después, el mismo príncipe, tentado por la ira contra el emperador, se vio encadenado entre los cautivos, sufriendo este castigo por los que había oprimido injustamente. Sin embargo, gracias a las oraciones de Basilio, fue liberado de su cautiverio al cabo de seis días, dejando de lado sus pretensiones imperiales, como lo deseaba el santo[265].

Así, pues, el rey es llamado con el nombre de «tirano», y el tirano, a la inversa, es llamado con el nombre de «príncipe», de

---

[264] Ib., 484-495.

[265] Narra esta historia el autor de la *Vida de San Basilio,* escrita en griego y falsamente atribuida a Anfiloquio Iconiense, en el c. 34 (Migne, PG 29, 302).

acuerdo con aquello de que: «Tus príncipes son infieles, compañeros de bandidos» [266]. Y en otra parte: «Los príncipes de los sacerdotes se reunieron y tomaron la decisión de prender a Jesús a traición y darle muerte» [267], siendo así que, en una interpretación justa de la ley, debía haber sido declarado inocente. Pues incluso en el sacerdocio hay muchos que lo ejercen basándose en la ambición y en sus artes, para poder ejercer la tiranía so pretexto de cumplir con su obligación.

Porque también una comunidad política de impíos tiene cabeza y miembros, y en sus instituciones civiles se esfuerzan por ser semejantes a una comunidad legítima. Pues la cabeza de tal comunidad, el tirano, es imagen del diablo; el espíritu son los herejes, los cismáticos, los sacerdotes sacrílegos y, para usar la terminología de Plutarco [268], los prefectos de la religión que luchan contra la ley de Dios; su corazón, los impíos consejeros, que constituyen como un Senado de iniquidad; sus ojos, oídos, lengua y su mano desarmada, los jueces, las leyes y los funcionarios injustos; su brazo armado, los soldados violentos, a los que Cicerón llama bandidos; sus pies, aquellos que se oponen al mandato del Señor y a las instituciones legítimas aun en los asuntos más insignificantes. Todas estas cosas pueden ser fácilmente corregidas por los respectivos superiores.

Pero los sacerdotes no deben indignarse conmigo si admito que también entre ellos puede haber tiranos. Pues, ¿es acaso otra cosa lo que dice el profeta?: «Hijo del hombre, profetiza contra los pastores de Israel, profetiza y diles: "Esto dice el Señor, Yavé: ¡Ay de los pastores de Israel que se apacentaban a sí mismos! ¿No están los pastores para apacentar el rebaño? Pues vosotros tomabais su leche, os cubriais con su lana y matabais lo que engorda, pero no apacentabais a mis ovejas. No confortasteis a las flacas, no curasteis a las enfermas, no vendasteis a las heridas, no indujisteis a las descarriadas, no buscasteis a las perdidas, sino que las dominabais con violencia y con dureza." Y así andan perdidas mis ovejas por falta de pastor, siendo presa de todas las fieras del campo, y andan errantes» [269]. ¿Qué otra cosa dice esta acusación e increpación de Ezequiel más que afirmar que a estos pastores les falta lo que deberían tener, y tienen aquello de lo que deberían carecer? Por eso dice el Señor: «He aquí que Yo estoy contra los pastores, reclamaré mi rebaño de sus manos para que no apacienten más mi

266 Is 1, 23.
267 Mt 26, 3-4.
268 A saber, en la *Institutio Traiani,* cf. supra L V c. 2.
269 Ez 34, 2-5.

rebaño ni se apacienten más a sí mismos; yo liberaré a mi grey de sus fauces y no les servirá más de pasto» [270].

¿No parece manifiesto que se habla de la tiranía de los sacerdotes, que se describe la vida de aquellos que sólo buscan lo que a ellos les interesa, y se dejan a sus espaldas lo que es de Jesucristo? Verdaderamente no lo digo yo, sino el Evangelio, oráculo de la Verdad sin mancha, escrito por alguien que era un allegado del Altísimo, en donde se aclara la diferencia entre un pastor asalariado y un verdadero pastor; pues «el buen pastor da la vida por sus ovejas». Y si preguntas cuáles son sus deberes, encontrarás que ya lo ha dicho el profeta: «He aquí que yo mismo buscaré a mis ovejas y les pasaré revista, como el pastor pasa revista a su rebaño cuando está en medio de sus ovejas dispresas. Las sacaré de la niebla, las reuniré lejos de la oscuridad, las guiaré a su tierra y las apacentaré en los montes de Israel, en sus ríos y en todas sus tierras. Las apacentaré en pastos ubérrimos, en altos montes estará su majada, descansarán en verdes hierbas y en fértiles pastos pacerán sobre los montes de Israel. Las apacentaré y las haré reposar; buscaré a la que se pierda, volveré a traer a la descarriada, vendaré a la que esté herida, fortaleceré a la débil y custodiaré a la robusta y fuerte» [271].

Esta es la diligencia con que deben vigilar los pastores. Lo que añade: «Las apacentaré en el derecho y la justicia», responde a lo que había dicho antes: «Las dominabais con violencia y con dureza.» Pues está escrito que «pesos desiguales, medidas desiguales; las dos cosas las aborrece el Señor» [272]. Sin embargo, los hombres que se dedican a estos negocios piensan que esto es un rasgo de prudencia, aunque sea ilícito; no es sino astucia y fraude el manejar el peso y la medida de manera distinta para ellos mismos y para los demás.

Ahora bien, en el caso de un prelado, la razón de la equidad exige que uno mismo soporte de antemano el peso que impone a los otros y que intente dar cumplimiento con sus obras a lo que quiere enseñar. Pues esto es apacentar en el derecho y la justicia, y no en la violencia y la dureza. Esto es lo que hacen los que imponen pesos enormes e insoportables sobre las espaldas de los hombres y se niegan a poner un dedo para moverlos. Por ello sigue: «Y cuando bebiais agua clara, enturbiabais con vuestros pies la que dejabais, y mis ovejas pacían allí donde habíais pisado y bebían el agua que

---

270 Ib., 10.
271 Cf. ib., 11-16.
272 Prov 20, 10.

vuestros pies habían enturbiado. Por ello, he aquí que yo juzgaré entre la oveja gorda y la flaca, porque vosotros habéis embestido con el flanco y las espaldas, y con vuestros cuernos acometiais a las ovejas débiles hasta que las dispersabais» [273].

El asalariado apacienta a las ovejas, por lo menos aparentemente; pero como hace todo esto por dinero, si ve que el lobo ataca, abandona las ovejas y huye, ya que no es un verdadero pastor, sino un asalariado, y no se preocupa de las ovejas, sino de la recompensa, como un perro mudo que no puede ladrar para espantar con gruñidos y amenazas al lobo que se acerca [274]; teme de veras a aquel que puede arrebatarle sus medios de vida temporales y no presta oídos a quien puede castigar su alma en la gehenna. Pues es ciego para las cosas importantes y rehúye todo aquello que no se puede poseer.

De éstos dice el Señor: «¡Ay de los profetas insensatos que siguen su propio camino sin haber visto nada! Tus profetas, Israel, fueron como zorras del desierto. No habéis subido a las brechas, no habéis amurallado la casa de Israel, para que resistieseis en el combate el día del señor» [275]. Pues no hay en ellos ni un ápice de libertad para hacer frente a las potestades del mundo, ningún valor para proteger a la verdad en peligro; en todos sus asuntos buscan la ganancia, en ninguno o en muy pocos, la salvación de las almas. Mientras tengan éxito en sus asuntos, mientras se realice el deseo de su ambición y su avaricia, no se preocuparán por que no se realicen los planes de Jesucristo. Que tengan paz en sus días, que sus ovejas queden preñadas, sus vacas bien gordas, el almacén lleno; que sus mesas, llenas de platos y copas, despierten la admiración de cuantos las vean; que brille el lujo refinado de su variado y precioso ajuar; que sean venerados y halagados por las turbas; que sean ricos, y visitados por sus súbditos con regalos; que les sea permitido hacer impunemente y sin culpa alguna lo que su capricho les dicte, y a todo dirán: «¡Muy bien, muy bien!» Así parece que han apuntalado con barro y paja el muro del pecado que, según la acusación del profeta, el Señor había mandado que fuera horadado para que, al ser demolido, desaparecieran las pésimas abominaciones de la casa del Señor [276].

Estos son los que tejen almohadones que ponen bajo las cabezas de toda una generación para atrapar sus almas y tomar la leche y cu-

---

[273] Ez 34, 18-21.
[274] Cf. Jn 10, 12-13.
[275] Ez 13, 3-5.
[276] Ib., 10 ss.

brirse con la lana de las ovejas, que indujeron a una especie de letargo de negligencia y audacia. Pero el ladrón se delata por sus obras, pues no viene sino para robar, matar, afligir y destruir [277]. Verdaderamente es un enemigo dañino y manifiesto, que no es pastor ni lo parece, no apacienta a las ovejas ni siquiera por dinero, y no piensa más que en su ganancia incluso cuando mata. Así, pues, a un pastor se le debe amor, porque ama; a un asalariado, tolerancia, porque parece imitar al que ama; pero a un ladrón la Iglesia no le debe dar más que castigo. «Si supiera el dueño de la casa a qué hora viene el ladrón, estaría en vela y no le dejaría hacer un agujero en su casa» [278]. Las ovejas oyen la voz del pastor y la siguen; a veces, atienden también la voz del asalariado; pero a él rechazan seguirlo, porque no las guía hacia la vida; se estremecen al oír la voz del ladrón, la temen y la rehúyen, porque en su mano y de su boca oyen las obras de la muerte. No es sólo un bandido, sino, además, un lobo rapaz, un imitador del león que, rugiendo, acecha buscando a quien va a devorar. ¿Quién, pues, no haría frente, o al menos evitaría, a quien se acerca al redil para matar y hacer una carnicería?

«Si alguien —dice el Apóstol— desea el episcopado, desea una obra buena» [279]. Pero no sé de qué manera el asunto se ha trastornado de modo que ahora casi todo el mundo desea ser obispo, y cuando lo ha conseguido, lo que desea es dedicarse al ocio; o, lo que es más vergonzoso, dedicarse a obras vanas. He intentado explicar más arriba [280] con cuánta ambición se lanzan éstos a la carrera, pero, tal y como están las cosas, me quedo corto; y es aún más difícil describir cuán inútilmente se afanan muchos en ese puesto tan deseado. Sin embargo, sí sé una cosa: que no corren con el mismo afán a dar su vida por los demás los que se niegan a dar a sus hermanos necesitados los pequeños dones de la fortuna, o, para hablar con más propiedad, los bienes temporales de la gracia de Dios, dispensados con la expresa finalidad de hacer méritos para los eternos. El príncipe de los pastores ya demostró de palabra y obra que ésta es la esencia del oficio de pastor. Así, pues, los que corren con tanta ambición, de hecho se afanan por ser asalariados o ladrones.

Es lícito, sin embargo, que las ovejas sean entregadas a la custodia de uno que las apaciente por dinero, pues también entre los

---

277 Cf. Jn 10, 10.
278 Lc 12, 39.
279 1 Tim 3, 1.
280 Cf. L. VII c. 19.

mismos asalariados hay grados y diferencias. Ciertamente, todos echan sus redes para pescar, pero éstos para pescar tanto almas como otras cosas; aquéllos pescan sólo cosas, sin temer el peligro que ocasionan a las almas; e incluso lo trastornan todo a menudo para tener una ocasión más idónea de conseguir algo [281]. Te maravillarías de los recursos y, como se suele decir, de las riquezas de Creso, que tienen unos hombres que predican a Cristo pobre; y como no están obligados a ser soldados, a sus propias expensas predican el Evangelio para comer y abusar de las ganancias que les producen los evangelistas. Ellos revuelven en la boca de su saco el cáliz en el que José solía hacer augurios [282], pero éste no baja hasta sus manos. Porque la lengua del sacerdote es el cáliz de Aquel que está en la Verdad, y, en la misma significación de su nombre, ya se presenta como el Salvador del mundo, enviado a mostrarnos lo desconocido y a dar de beber a las almas de los fieles ese Espíritu con el que, llenos, los discípulos proclamaron el mensaje de fe y de salvación y fueron tenidos por ebrios en Judea. Con él esparcieron el grano de trigo que había caído en la tierra de su corazón y ya hacía brotar en la pureza de su expresión mucho fruto para el Señor.

Otros viven del Evangelio, pero sin practicarlo, y démonos por satisfechos si sólo viven de él, pues hay quienes nadan en la abundancia a su costa. Difícilmente podría llamar asalariados a quienes no trabajan para comer, sino que desean sin trabajar, no ya comer, que al menos es una cosa necesaria, sino vivir en el ocio y en la abundancia. A todos los que ejercen el oficio de pastor se les debe respeto y acatamiento; y los que anuncian a Cristo por cualquier vía [283] y obtienen ganancias, aunque sean por y para su utilidad, sean computados como pastores de almas y dispensadores de la salvación, sean estimados como amigos, e incluso, venerados y disfruten del honor debido a los padres. Aunque sean asalariados, yo nunca procuraré que se les prive de su recompensa. ¡Ojalá haya entre ellos quien anuncie la palabra de Dios y edifique su Iglesia, aunque sea para su lucro! No los rechazo por sus ganancias si van precedidas por las obras.

Pero aquellos que desean ardientemente ganancias despreciando todo lo que pertenece a Cristo, aunque no sueñen nada herético, ni dividan la Iglesia con polémicas, no son dignos del nombre ni del honor del pastor ni del asalariado. No hablo de los legados papales. Dejo intacta a la Iglesia de Roma, la cual es madre por designio de

---

281 Cf. Gn 44, 2 ss.
282 Cf. Ambrosio, *De Joseph Patriarcha* I 11 § 64 (Migne, PL 14, 666).
283 Cf. Flp 1, 18.

Dios y nodriza de la fe y la moral, y no puede ser juzgada por ningún hombre [284], ni acusada al estar protegida por un privilegio divino. Pues no es creíble que se atrevan o se dignen hacer lo que consta que era lícito incluso en el derecho de los paganos contra los gobiernos de las provincias y los procónsules, esto es, contra los legados del César [285]. ¡Qué atrevimiento supondría hacer esto en un discípulo de Cristo crucificado, vicario de Pedro, pastor de almas, cuando, en época pagana, el vicario del emperador, con la dignidad del cónsul, teniendo sólo potestad sobre los cuerpos de los hombres, no se atrevía a intentarlo!

El castigo contra estos abusos está claro según lo que se ha dicho más arriba [286], y es algo conocido para nuestra generación tanto en las instituciones de las leyes como en los ejemplos de la Historia; como también lo es que no le era lícito a un juez recibir nada de los ciudadanos excepto algo que fuera para comer o beber, siempre que estas cosas no cayeran en la categoría de regalos [287]. Pues ¿quién podría creer que los padres de la Iglesia, jueces del orbe y, por así decirlo, luz clarísima para el mundo, amen los regalos, persigan las recompensas, vacíen las bolsas ajenas para llenar las propias, prediquen la pobreza de palabra, pero con sus malas acciones se afanen por la riqueza, condenen cualquier comercio con los bienes espirituales, como si en esta materia sólo estuviera permitido hacer contratos con ellos? ¿Y qué consiguen sino que todos les tengan miedo; que no sean amados por nadie, y vayan proclamando la paz, mientras se enzarzan en contiendas; que aparenten y simulen humildad para hacer ostentación de su boato, reprimiendo la avaricia ajena y fomentando la propia, hablando de generosidad, insistiendo en la perseverancia y, para abarcar en pocas palabras los recovecos y la mucha extensión de este asunto, alineando su suerte con todos los asesinos y criminales y asumiendo con ellos la responsabilidad, una sinagoga de malhechores, una Iglesia de pecadores en cuyas manos sólo hay iniquidades y cuya diestra está llena de sobornos? [288].

¡Lejos de todo el mundo tales sospechas, no vaya a caer cualquiera en el gravísimo pecado de alzar su boca hasta el cielo y

---

[284] Según la sentencia de los que dijeron al Papa Marcelino: «La sede primacial no puede ser juzgada "por nadie".» Esta fábula la cuenta Nicolás I en carta al emperador Miguel (a. 865) (Migne, PL 119, 940).

[285] Cf. *Digesto* I 16, 6; 18, 6.

[286] Cf. L. V cap. 16.

[287] Cf. *Digesto* I 18, 18.

[288] Sobre este pasaje, cf. en general Sal 25.

descubrir lo que no debe vérseles a los padres! Pues todo lo suyo es blanco y decoroso, nada hay en ellos que esté expuesto al mordisco de los perros, o, como dice el satírico, tenga que temer las burlas por la espalda [289]. Si alguno, no obstante, tiene tal presunción, se le responderá con un único argumento validísimo, al cual no podrá contestar ni contradecir ningún adversario. «¿Con cuál?», dirás. Las obras que ellos hacen darán testimonio sobre ellos mismos [290]. Si preguntas por la lógica del argumento, fíjate en el efecto a través del cual se hace evidente la pureza de su causa, pues aquello cuya acción es buena, también es bueno en sí mismo. Si buscas cuál es su autor, es Aquel que dice: «Por los frutos los conoceréis, pues no puede dar frutos buenos un árbol malo, ni, al contrario, un árbol bueno dar frutos malos» [291].

Se podrían proponer más argumentos a su favor si hay alguno que crea que merecen que se hable mal de ellos, pero baste este solo en su defensa. Pues es evidente que hay que venerar las huellas de los Apóstoles y que los que poseen sus sedes e imitan sus vidas deben ser honrados como padres y respetados como señores.

Esta página va más bien contra los que van sentados en blandos cojines, disputan sobre el ayuno en la saciedad y destruyen con sus obras lo que construyen con sus palabras. Con los ojos cerrados, hablan y leen con frecuencia las Escrituras en el carro del eunuco de la reina de Etiopía [292], pero no se dignan, o no pueden, reconocer a Aquel que fue llevado como un cordero al matadero y no abrió su boca ante el que le trasquilaba; ni se dignan recoger al discípulo, intérprete de la Verdad, mientras no bajen a las aguas que los purifiquen de sus obras muertas. Verdaderamente, aunque se sienten sobre las ruedas de las Escrituras y sean llevados por el empuje de animales alados [293], su lengua lame la tierra, por más que disputen sobre temas excelsos. Y no entienden la Escritura porque el Señor de la sabiduría no abre sus corazones, como se lo abrió a Lidia, la comerciante en púrpura, según está escrito en los *Hechos de los Apóstoles* [294], para que entendiera las cosas que Pablo decía, las cuales los que temen al Señor conocen mejor con una humilde obediencia a sus mandatos que con discusiones llenas de palabrería.

---

[289] Cf. Persio, o. c. I 62.
[290] Cf. Jn 5, 33.
[291] Mt 7, 16-17.
[292] Hch 8, 27.
[293] Cf. Ez 1, 5; Gregorio Magno, *Homilia in Ezechielem* VII § 8 (Migne, PL 76, 843-844).
[294] Cf. 16, 14.

Un ladrón puede ser reconocido por dos medios. Pues aquel que a partir de una vida terrena va ascendiendo por la escala de la soberbia y la ambición, y por la escalera de los vicios penetra en el redil, despreciando a Cristo, o sea, la vida recta y llana, y socava los umbrales con sinuosos boquetes o quiebra las junturas de las paredes, o deslizándose se introduce por las tejas, es claramente un ladrón y un bandido. Pero quien entra por la puerta que Cristo le abre, o sea, por donde le llama la Iglesia, y después, amparándose en el hecho de ser un pastor, se dedica a la persecución, es decir, expolia, mata, asesina y destruye, es un ladrón sin lugar a dudas.

Considera tú en qué grado deben ser calificados los que no se contentan con el poder de derecho divino para esquilar y sacrificar ovejas, sino que imploran la ayuda de las leyes seculares y se hacen oficiales de los príncipes para cometer acciones que un publicano sentiría sonrojo en hacer.

Mientras tanto, servirán a sus deseos y a su avaricia, y saquean y oprimen a quienes los eligieron para su custodia; y desean la muerte de aquellos a quienes tenían obligación de proteger en el cuerpo y en el alma. Pues se saben de memoria el dicho del profeta: «Hoy te establezco sobre pueblos y reyes para arrancar, destruir y demoler, edificar y plantar» [295]. Pues se esfuerzan por arrancar lo que encontraron plantado, para construirse la casa del Señor con las dádivas de la mano, la lengua o el servicio; y sustituyen lo que han arrancado con otros a quienes elige el afecto de la carne, o sea, los que ellos mismos han engendrado o los que otros han engendrado carnalmente para ellos.

Aquí se ofrece un inmenso trabajo y el camino se ensancha para la pluma, pero me detengo dejando los puntos que están patentes a la consideración pública. Si alguno me acusa de haber dicho aquí cosas demasiado duras, me perdonará fácilmente cuando haya leído los escritos de los Padres. Pues si un tirano secular está condenado por el derecho divino y humano, ¿quién pensará que un tirano sacerdotal deba ser amado y respetado? Y si esto parece duro, recurro como defensor a San Gregorio, que no decía sino cosas verdaderas y moderadas, y que reprendió todo esto más duramente. Y para omitir lo demás, es conocido de todos el dicho suyo de que los prelados deben saber que cuando ellos pecan son merecedores de tantas muertes cuantos son los malos ejemplos que legan a sus súbditos [296].

---

[295] Jr 1, 10.
[296] Gregorio Magno, *Regula Pastoralis* III 4 (Migne, PL 77, 54).

CAP. 18: *Que los tiranos son ministros de Dios; y qué es un tirano; y del carácter de Gayo Calígula y de Nerón, su sobrino, y del fin de ambos.*

No niego, sin embargo, que los tiranos sean ministros de Dios, quien, por su justo juicio, quiso que en el doble primado de los cuerpos y las almas fuesen los que castigasen a los malos y corrigiesen y ejercitasen a los buenos. Pues los pecados del pueblo hacen que un hipócrita reine sobre ellos y, como lo atestigua la historia del Libro de los Reyes, la falta de sacerdotes introdujo a los tiranos en el pueblo de Dios.

Los primeros padres y los patriarcas siguieron a la Naturaleza como óptima guía de la vida. A ellos, a partir de Moisés, les sucedieron jefes que se ajustaban a la ley y jueces que regían al pueblo con la autoridad de la ley, y leemos que los mismos fueron sacerdotes. Finalmente, con indignación del Señor, se les dieron reyes, unos buenos y otros malos.

Pues Samuel había envejecido, y como sus hijos no marchaban por sus caminos, sino que perseguían la avaricia y la impureza, el pueblo, que quizá había merecido la dirección de semejantes sacerdotes, arrancó un rey a Dios, a quien había despreciado. Fue elegido Saúl, con el anunciado derecho de un rey, esto es, con el poder de llevarse a sus hijos para hacerse aurigas y a sus hijas, panaderas y cocineras, y de distribuir, según su voluntad, los campos y predios a sus criados e imponer a todo el pueblo el yugo de la servidumbre. Este mismo fue llamado el ungido del Señor, y aunque fuera un tirano, sin embargo no perdió el honor de rey. Porque Dios infundió a todos temor para que le venerasen como a ministro del Señor, de quien en cierto modo era su imagen [297].

Añadiré más: aun los tiranos de los gentiles, reprobados desde la eternidad para la muerte, son ministros de Dios y se llaman ungidos del Señor [298]. De ahí que el profeta diga: «Los caudillos entrarán por las puertas de Babilonia», a saber, Ciro y Darío, «pues Yo mandé a mis consagrados (para la guerra) y llamé a mis valientes para ejecutar mi ira, a los que triunfan para mi gloria» [299]. He aquí que a los medos y persas los llama consagrados, no porque fuesen santos, sino porque cumplían la voluntad del Señor contra

[297] Cf. 1 Sm 8, 1 ss.; 12, 3; passim.
[298] Cf. Is 45, 1, de Ciro.
[299] Is 13, 13.

Babilonia. Otras veces dice también: «He aquí que voy a traer a Nabucodonosor mi siervo, y porque me sirvió bien contra Tiro, le entregaré Egipto»[300].

Toda potestad es buena porque proviene de Aquel por quien sólo existen todas las cosas y de quien procede todo bien. Pero, al mismo tiempo, esa potestad a veces no es buena, sino más bien mala para el que la ejercita o para aquel contra quien se ejercita, aunque desde un punto de vista universal sea buena, ya que es el acto de Aquel que saca bien de nuestros males.

Como en la pintura el color oscuro o negro o cualquier otro, considerado en sí mismo, es feo, y, sin embargo, en el conjunto de la pintura es grato, así algunas cosas por si solas son indecorosas y malas, pero en el conjunto de todas las cosas son buenas y hermosas, porque todo lo adapta a su semejanza Aquel cuyas obras todas son muy buenas. Luego el poder del tirano es bueno; sin embargo, nada hay peor que la tiranía. Porque ésta es el abuso del poder concedido por Dios al hombre.

Con todo, en este mal hay un vasto y variado uso de cosas buenas. Está claro que la tiranía no está sólo en los príncipes, sino que son tiranos todos los que abusan en sus súbditos de la potestad que se les ha dado desde arriba.

Cierto que si el poder reside en un sabio, que conoce y se sirve de todas las cosas, entonces es agradable para todos los buenos y ventajoso para todos. Pero si cae en un necio, aunque no pueda ser malo para los buenos, a cuyo bien cooperan todas las cosas, sin embargo temporalmente les es gravoso. Es claro que el poder puede venir a hombres de ambas clases, aunque (exigiéndolo la malicia de nuestra generación, los que estamos provocando la ira de Dios contra nosotros) se conceda más veces a los malos, esto es, a los necios.

¿Quién puede recordar, entre los acontecimientos humanos, realidad más poderosa que el Imperio romano? Si se desempolvan los tiempos desde la fundación de Roma, los malos aparecen rigiéndolo con más frecuencia.

¿Quién más abominable o monstruoso que Gayo Calígula, tercer sucesor de Augusto, excepto Nerón, que superó a todos sus antecesores y sucesores con la infamia de su vida y sus inauditos crímenes? Pues este Calígula, el más malvado de todos, de tal modo rigió, o, mejor, torturó el Imperio con tanta crueldad, que parecía envidioso de su propia fortuna y se quejaba del sesgo de los

[300] Cf. Ez 26, 7; 29, 18-19.

asuntos en aquellos tiempos, porque no eran famosos por ninguna calamidad pública [301].

Con su nacimiento había pacificado los siglos Aquel [302] que había venido a destruir el imperio de la contradicción y la muerte. Y aunque la grandeza de esta paz se le atribuyó a Augusto, debe, sin embargo, ser atribuida mejor a Cristo, que por la convocatoria del censo durante el mandato de Augusto fue inscrito como ciudadano romano; pues consta por la verídica narración de los Evangelios y de las obras de historia que en su reinado nació el único autor de la paz, el Dios hombre, Cristo, el hijo de una virgen, cuya eterna disposición enroló a los elegidos para la verdadera paz y gozo de un reino felicísimo, cuyo advenimiento fue profetizado y hecho patente con muchos indicios.

Como refiere Orosio, después de la muerte de Julio, cuando César estaba entrando en Roma, a su vuelta de Apolonia, alrededor de la tercera hora del día, en el aire limpio y sereno, un círculo a modo de arco iris rodeó de repente la órbita del sol, y se cree que esto ocurrió en el día octavo de las Idus de enero, que se llama el día de la Epifanía. En ese día, César, acalladas y terminadas todas las guerras civiles, cerró por primera vez las puertas del templo de Jano y asumió el nombre de Augusto, que denota el máximum de la autoridad imperial, para mostrar que la totalidad de los bienes y potestades residía en una sola persona, sistema que los griegos llaman monarquía.

Cuenta el mismo historiador que cuando a su regreso de Sicilia, después de recibir a las legiones de Pompeyo y Lépido, hubo devuelto a sus señores treinta mil esclavos, y decretado que todas las anteriores deudas del pueblo fuesen perdonadas y todos los justificantes escritos destruidos, en esos mismos días una fuente abundantísima de aceite manó durante un día entero de la tienda de los mercaderes, anunciando así que estaba ya claramente presente en el Imperio Aquel que había venido a someter a los pecadores, esclavos del diablo, al justo dominio de Dios, y a compadecerse de los pobres.

Así, pues, cuando todo callaba ante la presencia de Cristo y el mundo se asombraba de tantas misericordias del Altísimo, el supremo poder del Imperio recayó en Calígula, tercer sucesor de Augusto. De su ferocidad, para ser breve, se cuenta que exclamó: «¡Ojalá el pueblo romano tuviese una sola cerviz!» Y como carecía de ene-

---

[301] Cf. Orosio, *Historia adversus Paganos* VII 5 §§ 1-2; Suetonio, *Caligula* 31.

[302] Es decir, Jesucristo.

migos extranjeros, se marchó a buscarlos con una enorme e increíble expedición y, cruzando Germania y Galia con inútil despliegue de poder, hizo alto en las costas del Océano casi a la vista de Britania. Luego, al no encontrar motivo para la guerra, se volvió a Roma sin haber resuelto ningún asunto, a excepción de recibir la rendición de Belino, hijo del rey de los britanos [303], a quien su padre había expulsado con algunos otros compañeros.

Fue un gran enemigo de los judíos, y ordenó que se profanasen los lugares sagrados de Jerusalén, que se llenasen de estatutas y que a él le adorasen como a Dios. Angustió tanto a Pilatos, gobernador de Judea, que éste, apuñalándose con su propia mano, buscó con una muerte rápida el fin de sus males. Desterró a sus hermanas, a quienes había deshonrado previamente, violándolas, y luego ordenó que las matasen a todas en el destierro. Entre sus papeles secretos se encontraron dos libelos que contenían los nombres de ciudadanos dignísimos a los que había condenado a muerte. En uno estaba escrito «la espada»; en el otro, «el puñal». También se encontró un arca enorme con muy diversos venenos, que fueron arrojados al mar por orden de Claudio César. Y se cuenta que el mar quedó infectado, como lo atestiguó la gran mortandad de peces que se produjo.

Sucedió a su tío Calígula (después de Claudio) su sobrino, el César Nerón. Heredero de sus riquezas y sus vicios, e incluso sobrepasándolos, practicó con los peores medios el ejercicio de sus caprichos, el desenfreno, la lujuria, la avaricia y la crueldad. Según el testimonio de Orosio, lleno de petulancia, recorrió casi todos los teatros de Italia y Grecia indignamente vestido de payaso; y se le vio superar con frecuencia a los que tocan el cuerno, a los citaristas, a los actores trágicos y a los cocheros. Fue asimismo zarandeado por tantas pasiones carnales, que se cuenta que no se refrenó ni ante su madre o su hermana, sin ningún respeto a la consanguineidad; tomó a un hombre como esposa y fue recibido como mujer por otro hombre. Su lujo fue tan desenfrenado, que pescaba con redes de oro y con cuerdas de púrpura, se lavaba con ungüentos fríos y calientes, nunca usó un vestido dos veces ni hizo un viaje con menos de mil carrozas.

Finalmente, hizo del incendio de la ciudad de Roma un espectáculo para su diversión: la ciudad en llamas durante seis días y siete noches deleitó las miradas regias. Los almacenes construidos con sillares de piedra y aquellas grandes islas a donde, en su avance, no podía llegar el fuego, fueron destruidas y quemadas con grandes

---

303 Cinobelino. Cf. Suetonio, o. c. 44.

máquinas construidas hacía tiempo para las guerras exteriores, empujando al pueblo infeliz a buscar refugio en las tumbas y mansiones de los muertos. Contemplando aquello desde la altísima torre de Mecenas y gozándose en la hermosura de las llamas (como decía), declamó la oda de Heleifeles [304] con trágico estilo y cantó los himnos sacerdotales de la ciudad que venera al sol en todo su esplendor.

Fue de una avaricia tan temeraria, que después del incendio de la ciudad, a la que Augusto se había jactado de haberle cambiado las paredes de ladrillo por paredes de mármol, no permitió a nadie acercarse a las ruinas de sus propiedades. Todas las cosas que habían en cierto modo sobrevivido a las llamas se las apropió él; ordenó que el Senado le diese anualmente un millón de sextercios; a muchos senadores les despojó de sus bienes sin causa alguna. En un solo día arrancó con tormentos toda su fortuna a los negociantes. Su rabiosa crueldad fue tan desenfrenada, que mató a la mayor parte del Senado y casi aniquiló al Orden ecuestre. Tampoco se detuvo ante los parricidios. Asesinó sin dudar lo más mínimo a su madre, hermana, esposa y a todos los demás parientes y allegados.

Su impiedad temeraria contra Dios aumentó este montón de crímenes: fue el primero que condenó en Roma a los cristianos a los suplicios y a la muerte y ordenó que por todas las provincias del Imperio fuesen igualmente perseguidos y atormentados. Con el intento de extirpar el nombre mismo, mató a los bieneaventurados Apóstoles de Cristo, a Pedro en una cruz y a Pablo con la espada.

Luego surgieron las más terribles calamidables que por todas partes oprimieron a la desgraciada ciudad. En el otoño siguiente vino sobre ella una peste tan grande, que hubo treinta mil muertos en el término de Libiciniana [305]. Inmediatamente después tuvo lugar el desastre militar de Bretaña, en el que se perdieron las dos principales ciudades fortificadas, con grandes pérdidas y matanza de ciudadanos y aliados. Por otra parte, en Oriente, después de ceder las grandes provincias de Armenia, las legiones romanas tuvieron que pasar bajo el yugo de los partos, y con gran dificultad se pudo retener Siria. Todo lo narrado está tomado casi literalmente de Orosio; empleo sus palabras y sentido con especial satisfacción, sabiendo que este cristiano y discípulo del gran Agustín investigó la verdad con mucha diligencia por razón de nuestra fe y religión [306].

---

[304] El autor parece basarse en último término en un texto deformado, que contaminó el texto de sus fuentes, Macrobio y Orosio.

[305] Libitina, según Orosio.

[306] Sobre todos estos pasajes cf. Orosio, o. c. VI 20 §§ 1-6, 22 §§ 1 ss.; VII 5 §§ 2-10, 7 §§ 1-12.

Estas noticias se pueden encontrar más ampliamente en otros historiadores, que escriben con mayor detalle las atrocidades y desgraciados finales de los tiranos. Si alguien deseara investigar más diligentemente esta materia, lea lo que Trogo Pompeyo, Josefo, Egesipo [307], Suetonio, Quinto Curcio, Cornelio Tácito, Tito Livio, Sereno y Tranquilo [308], y otros historiadores que sería largo enumerar, abarcaron en sus historias.

De todo lo cual resultará fácil ver que siempre fue permitido adular y embaucar a los tiranos, y que siempre fue honesto quitarles la vida, si no se les podía poner coto de otro modo. Porque no se trata de los tiranos particulares, sino de los que oprimen a la comunidad política, ya que a los particulares se les reprime con gran facilidad por medio de las leyes públicas que tienen valor sobre las vidas de todos. Sin embargo, contra el sacerdote, aunque sea un tirano, por reverencia al sacramento de que está investido, no es lícito usar materialmente la espada, a no ser que haya sido degradado por haber alzado su mano sangrienta contra la Iglesia de Dios; ya que sigue siendo permanente la regla de que no se debe castigar a un hombre dos veces por el mismo delito. No parece, sin embargo, fuera de lugar que ilustremos lo que se ha dicho con algunos ejemplos.

CAP. 19: *De la muerte de Julio César y de otros tiranos de la gentilidad.*

Ante todo, me viene a la mente la casa del César, puesto que el mundo no recuerda en ninguna época nada más potente y glorioso que ella. Julio César fue el primero que conquistó el orbe por obra de su prudencia y de su habilidad militar. Fue un varón sobresaliente como pocos, y la Naturaleza no ha producido todavía a nadie claramente semejante a él. Aunque Cicerón lo acuse en cierto pasaje de gozarse en la injusticia más allá de cualquier apariencia de utilidad y honradez, de tal forma que hasta el mismo pecado le sirviese de ayuda; sin embargo, el mismo Cicerón le ensalza con tales alabanzas [309], que piensa que César fue un regalo, enriquecido con todas las virtudes, concedido por los dioses al Imperio romano. Porque era

[307] Desfiguración del nombre de Josefo, según la opinión que recoge Webb.
[308] No está claro a quiénes se refiere, según Webb, con estos dos nombres.
[309] Cf. Cicerón, *De Officiis* III 21 §§ 82-85, II 24 § 84.

hombre que no conocía la exaltación en la prosperidad ni el desfallecimiento en la adversidad. Era espléndido sin crueldad y magnánimo sin temeridad. De ser otro hombre, hubiera parecido temerario. Sin embargo, César no puede ser evaluado así, ya que por la ayuda de los dioses, su voluntad se mantuvo siempre por debajo de su poder. Nadie le conoció cruel, fuera de quien fuese rebelde por soberbia. Incluso habiendo sido provocado por la injusticia, se inclinaba siempre al perdón y a quienes había vencido por la fuerza los superaba en la prudencia. Esto puede vislumbrarse del hecho de que nunca quiso prescindir de la filosofía. Orosio parece estar de acuerdo con esto, al menos en parte. Porque habiendo caído en Egipto la mayoría de sus soldados [310] y teniendo él mismo, como recuerda Lucano, que mirar a Sceva [311], que, sobresaliendo entre los cesarianos por su singular virtud, rodeó

de muros al Gran (Pompeyo), que pisoteaba las murallas,

César, acosado por la fuerza de las vanguardias egipcias, subió a una barca. Al hundirse inmediatamente ésta, lastrada por el peso de los seguidores, él, con una mano levantada con la que sostenía sus documentos, llegó a la nave tras haber nadado doscientos pies [312].

Pues bien, este hombre, que había ocupado el mundo con las armas, fue considerado tirano, y con el consenso de la mayoría del Senado fue asesinado en el Capitolio con puñales desenvainados. Sin embargo, allí mismo se reveló memorable en su honradez, porque al advertir que los puñales desnudos se dirigían a él, se veló con la toga la cabeza, mientra que con la mano izquierda se bajaba los pliegues hasta el suelo, para así caer más dignamente.

A su sucesor, Augusto, el más feliz de los hombres, le fue prohibido bajo pena de castigo llamarse a sí mismo «Señor». Actuando como un simple ciudadano, consiguió eludir la realidad y la fama de tiranía [313].

Por su parte, Tiberio, tercero a partir de Julio, murió envenenado. El pueblo se alegró tanto con su muerte, que oraba a la Madre Tierra y a los dioses Manes para que no le concedieran al muerto un sitio sino entre los impíos [314]. Aunque el envenenamiento haya sido siempre detestable, el veneno por el que fue eliminado Tiberio

---

310 Cf. Orosio, *Historia adversus Paganos* VI 15 § 33.
311 Cf. Lucano, o. c. X 543-546.
312 Cf. Ovidio, ib. § 34.
313 Cf. Suetonio, *Augusto* 53; Orosio, ib. 22 § 4.
314 Cf. Suetonio, *Tiberio* 73-75; Orosio, o. c. VII 4 § 18.

se consideró vital para el mundo. Se tuvo como señal cierta del veneno el haberse hallado incorrupto el corazón entre los huesos del quemado, ya que se piensa ser cosa natural que lo que ha sido empapado de veneno se hace incombustible [315].

El tercer tirano, Gayo Calígula, fue asesinado por sus servidores. Tiberio Claudio, quinto a partir de Julio, a pesar de haber evitado la tiranía, pereció, como el otro Tiberio, con manifiestos signos de envenenamiento [316].

Nerón, por su parte, sexto a partir de Julio y el más vil e inhumano de todos, tuvo el siguiente fin. Después de que, molesto con la fealdad de los viejos edificios (de Roma) y la estrechez y tortuosidad de sus calles, incendiera la ciudad, como se dijo, fue abandonado por todo el pueblo, como cuenta Suetonio Tranquilo. Al entrar en su habitación buscando a alguien que le apuñalase sin lograr encontrarlo, ya que todos se habían marchado, dijo: «Entonces, ¿no tengo ni amigos ni enemigos?» [317]. Más tarde, poco antes de suicidarse, mandó cavar ante sí una tumba a medida de su cuerpo y llenarla de trozos de mármol, agua y maderas, para el embalsamamiento de su cadáver. A cada operación repetía llorando una y otra vez: «¡Qué artista muere conmigo!» Al saber que había sido condenado a tortura por el Senado, preguntó cuál sería el suplicio, y al averiguar que, desnudado previamente, tenía que meter la cabeza en una horca para que su cuerpo fuese azotado hasta morir, aterrado, sacó dos puñales que llevaba consigo y, palpando la punta de ambos, de nuevo los escondió, pues pensaba no haberle llegado su hora fatal. Unas veces rogaba a Sporo, para que comenzara la lamentación; otras, pedía que alguien con su ejemplo le animase a morir. A veces increpaba a su propia cobardía con estos versos:

Vivo indignamente y muero todavía más deshonrosamente.

Ya se acercaban los caballeros que tenían el mandato de sacarle vivo. Al verlos, se degolló con el acero. Con él se terminó toda la familia de los Césares.

Para que nadie sospeche que solamente en aquella familia era permitido por las leyes realizar tanto contra la tiranía, recordamos que Vitelio, el noveno a partir de Julio (intercalados Galba y Otón entre Nerón y Vitelio), fue sacado vergonzosamente del escondrijo

---

315 Cf. Plinio, *Historia natural* VI c. 71 § 187.
316 Cf. Orosio, ib. 5 § 9, 6 § 18.
317 Cf. Suetonio, *Nerón* passim.

donde se había ocultado y llevado desnudo por la Vía Sacra mientras algunos le arrojaban a cada paso fango en la cara, y fue despedazado en pequeños fragmentos por el pueblo romano, junto a las Escaleras Gemónicas, y arrastrado al Tíber con un garfio [318].

Domiciano, el duodécimo (intercalados Vespasiano y Tito), fue asesinado cruelmente por los suyos, tras una larga y cruenta tiranía [319]. Fundándome en el testimonio de Eusebio de Cesarea, diré brevemente por qué razón se portó más benignamente con los cristianos. He aquí sus palabras en el libro tercero, capítulo XVIII [320]: «Habiendo ordenado el mismo Domiciano que fueran condenados a muerte todos los que descendieran de la raza de David o de estirpe regia, como cuenta la vieja tradición, le fueron presentados algunos como descendientes de Judas, de quien se dice fue hermano del Salvador, según la carne. Así se veían amenazados por una doble causa de hostilidad: no sólo por descender de la raza de David, sino, además, de la misma familia de Cristo. Egesipo cuenta lo siguiente con estas palabras: «Todavía vivían algunos de la familia carnal de nuestro Señor, parientes de aquel Judas que se dice hermano del Señor según la carne, a los cuales algunos denunciaron como provenientes de la estirpe davídica. Un tal llamado Revocato, que había sido encargado de esto, les presentó al César Domiciano. El mismo temía la venida de Cristo, como Herodes la había temido al comienzo. Interrogados, pues, por Domiciano si pertenecían a la familia de David, confesaron. Entonces les preguntó qué posesiones y dinero tenían. Ellos respondieron que la suma de ambas cosas no llegaba a los nueve mil denarios, de lo cual la mitad consistía en deudas. Además, dijeron que esto no era en dinero contante, sino según la evaluación de un terreno de treinta y nueve yeguadas que cultivaban con sus propias manos para alimentarse a sí mismos y pagar los tributos. Al mismo tiempo, como testigos del trabajo rural diario, mostraban sus manos agarrotadas por la faena y endurecidas por los callos. Interrogados luego sobre Cristo, cuál era su reino, quién era El y de dónde o cuándo iba a venir, respondieron que no era un reino de este mundo, ni un imperio terrenal designado para El, sino un imperio celestial, que era preparado por el ministerio de los ángeles. Que cuando viniera en su gloria, juzgaría a vivos y muertos, remunerando a cada uno según sus hechos y méritos. A todo esto,

---

318 Cf. Orosio, ib. 8 § 8.
319 Cf. ib. 10 § 7.
320 De su *Historia eclesiástica.*

Domiciano, no encontrando en ellos ningún crimen y despreciando al máximo su vileza, mandó dejarles ir libres.»

Esto dicen aquellos autores, de donde aparece claro que Domiciano moderó la rabia de su crueldad contra algunos fieles, no por la mansedumbre propia de un príncipe, sino por un orgullo impío. Si, pues, la estirpe real había descendido a tan gran pequeñez y pobreza que en el reino de Domiciano apenas pudieron encontrarse dos personas de estirpe davídica, ¿quién podrá confiar en la perpetuidad para quienes provienen de la propia carne y sangre?

Al desgarrar Domiciano la Iglesia de Dios e incluso todo el Imperio, él mismo experimentó en sí idéntico juicio de Dios y fue destrozado. Su cadáver fue sacado por sepultureros nocturnos en un sencillo ataúd y enterrado de la manera más indigna.

Su sucesor Nerva abolió todas sus decisiones y está considerado entre los príncipes no tiranos; murió de enfermedad tras haber adoptado a Trajano como sucesor. Este gobernó con tal moderación, que del mismo modo que Augusto había sido considerado como el más feliz, él fue considerado como el mejor durante mucho tiempo. Según se dice, murió en Seleucia, ciudad de Isauria, a causa de una hemorragia estomacal.

Le sucedió Helio Adriano, padre de la patria, que organizó la cosa pública con leyes justísimas. Tras una derrota definitiva dominó a los judíos, que, exaltados por la conmoción de sus propios crímenes, pretendían invadir Palestina. Vengó a los cristianos perseguidos por aquéllos y ordenó que ningún judío pudiese ir a Jerusalén. Entregó la ciudad a los cristianos exclusivamente, la reparó volviendo sus murallas a un magnífico estado y mandó que se llamase Helia, según su propio nombre [321].

Antonio [322], apellidado Pío, gobernó santa y tranquilamente el Imperio, sucediendo a Adriano y a sus hijos. Justamente fue apellidado piadoso y padre de la patria. Por intercesión del filósofo Justino, se mostró benigno con los cristianos.

Marco Antonio Vero [323], sucesor de Pío, recibió el Imperio junto con su hermano Aurelio Cómodo. Pero Aurelio falleció, víctima de una enfermedad que los griegos llaman apoplejía. Al morir él, su hermano presidió solo la comunidad política. De creer a Eutropio [324],

---

321 Cf. Orosio, ib. 10 § 7, 11 § 2, 12 § 8, 13.
322 Es decir, Antonino; cf. Orosio, ib. 14.
323 Cf. ib. 15.
324 Cf. ib. VIII 11 § 1.

fue un hombre más fácil de admirar que de alabar. Desde el comienzo de su vida fue tan sereno y constante, que ya a partir de su infancia no alteraba su rostro ni por el gozo ni por la tristeza. Aprendió la filosofía estoica y se entregó a ella, siendo filósofo por su vida y su erudición. Fue iniciado en la filosofía por Apolonio de Calcedonia, en la ciencia de las letras griegas, y por Sexto Queroneso, nieto de Plutarco. Las latinas se las enseñó Fronto, orador nobilísimo y, según algunos, también nieto de Plutarco. Entre otras cosas, dirigió una guerra que, por su magnitud, puede compararse con las Púnicas. Aunque el mismo emperador confesó en sus cartas, según se dice, que había concluido grandes guerras por la oración de los soldados cristianos, desató una grave persecución contra ellos, y muchos fueron coronados con el martirio de los santos. Finalmente, habiendo incorporado en el reino a su hijo Lucio Cómodo y residiendo en Panonia, murió de enfermedad repentina.

Lucio Antonio Cómodo, decimoquinto a partir de Augusto, fue un depravado por todos los vicios de la crueldad, la lujuria y la obscenidad; frecuentísimamente tomó parte en las luchas de gladiadores y muchas veces luchó con las fieras en el anfiteatro. Mató también a muchos senadores, especialmente a quienes sabía que sobresalían por su nobleza o cualidad. El castigo de la ciudad acompañó a los vicios del rey. El Capitolio fue fulminado por un rayo y el subsiguiente incendio arrasó con su rapaz torbellino aquella biblioteca formada por el cuidado y asiduidad de los antepasados, junto con otras edificaciones vecinas. Se dice, con todo, que fue el bienaventurado Gregorio quien incendió la biblioteca pagana para que hubiese un sitio mejor para la Sagrada Escritura, junto con una mayor autoridad y una más ferviente dedicación. Estos relatos, sin embargo, no encajan entre sí en modo alguno, habiendo podido ocurrir en fechas distintas.

Cómodo, pues, que fue incómodo para todo el mundo, fue estrangulado en la casa de las vestales, habiendo sido previamente juzgado durante su vida como enemigo del género humano. Y ésta es ciertamente la definición del tirano, por la que se explica la realidad oculta en su nombre. Así como es lícito matar a un enemigo condenado, así también al tirano. No conviene, sin embargo, que esta enumeración estorbe la verdad de la Historia por el hecho de que aquí se haya descuidado la narración sobre Galba, Otón y otros semejantes. Porque no se atiende a quién o cuántos sean emperadores, sino más bien a cómo la clemencia de Dios haya domado o reprimido sus tiranías. Porque Dios, según la decisión de su jus-

ticia, cuando quiere, introduce el azote como pena de los delincuentes, y cuando quiere, admite a su perdón a quienes ha transformado en penitentes.

Yo había determinado detenerme aquí y pasar de la historia romana a otras historias. Con todo, del catálogo de los emperadores se me ofrece aquel de quien mi gente lleva su nombre, a saber Severo, que ejerció sobre los cristianos una grave tiranía. Le añadiré, pues, sólo a él, para que no parezca que disculpo a nuestra gente severia o seresberia [325]. En verdad, la venganza divina acompañó las huellas de aquella persecución profana contra los cristianos y la Iglesia [326].

Continuamente surgieron guerras civiles en las que se derramó una enorme cantidad de sangre romana. Un cierto africano, nativo de Trípoli, de la ciudad de Leptis, cruel por naturaleza, provocado frecuentemente por muchas guerras, rigió la cosa pública con gran dureza, pero con mucho esfuerzo. Luchó con muchas gentes y de muchas triunfó. Venció y mató a Pescenino el Negro, que aspiraba a la tiranía; redujo por la espada a los rebeldes judíos y samaritanos y superó a los partos, árabes y adiabenos. Este Severo, vencedor de pueblos, que llegó a Britania tras el abandono de casi todos sus aliados, habiendo librado allí frecuentemente graves y grandes batallas, pensó amurallar y separar de las restantes tribus indómitas una parte de la isla. Así, pues, construyó de mar a mar un enorme foso de ciento veinte mil pies junto con un muro fortísimo, provisto de numerosas torres. Allí, junto a la ciudad de York, murió de enfermedad, según refieren Orosio y otros historiadores [327], porque Britania siempre aborreció los venenos y nunca supo desenvainar su espada invicta en contra de sus príncipes, sino en favor de ellos.

La antedicha ciudad creció tanto en fuerza y poderío con el paso del tiempo, que se atrevió a compararse con las ciudades antiguas. Probablemente la sepultura de tan gran emperador fue causa de esto [328]. Por lo demás, es cierto que Severo ejerció la tiranía contra los cristianos, al modo de los gentiles y por la depravación de los infieles, pero también que pagó la pena de su crimen. Nadie ha podido nunca atribuirse la imagen del ángel apóstata sin participar de su condenación y confusión.

---

[325] Referencia al apellido del autor.

[326] Sobre todos estos emperadores, cf. Orosio, o. c. VII 15 § 4 ss.; 16 §§ 1-4, 17 §§ 1-8.

[327] Cf. Eutropio, o. c. VIII 19 § 1.

[328] Severo afirma que el enterrado era Rodolfo de Diceto.

CAP. 20: *Que por la autoridad de la Sagrada Escritura es lícito y glorioso matar a los tiranos públicos, con tal que el que los mate no esté ligado por fidelidad al tirano o de alguna otra manera pierda la justicia o la honradez.*

Sería tarea muy larga si quisiera yo traer hasta la actualidad la lista de los tiranos de la gentilidad. No habría hombre capaz de hacerlo en una sola vida, porque la tarea supera la mente y vence a la lengua. Mi opinión acerca de los tiranos, diligentemente resumida, podrá revelarla más ampliamente el tratadito titulado *El fin de los tiranos,* escrito así para que no se origine ni tedio por su amplitud, ni oscuridad por su brevedad.

Sin embargo, para que no quede disminuida la autoridad de la historia romana, que en su mayor parte está escrita por infieles acerca de infieles, conviene que su contenido sea comprobado por los ejemplos de la historia fiel y divina. Por todos lados se manifiesta, como dice Valerio, que en realidad sólo está asegurado el poder que impone moderación a sus propias fuerzas. Realmente nada hay tan preclaro o tan magnífico que no pida ser atemperado por la moderación [329].

El primer tirano que nos presenta la Sagrada Escritura es Nemrod [330], poderoso cazador frente al Señor, llamado también Nino según atestiguan otras historias [331], aunque no concuerda la cronología. Más arriba [332] se dijo que Nemrod fue réprobo porque no quiso reinar bajo la autoridad del Señor, y que, con su aprobación, la humanidad mortal y ciega, que sería dispersada y confundida, intentó edificar una torre contra el cielo.

Avancemos hacia aquel a quien la elección divina puso al frente de su pueblo, pero a quien luego abandonó por haberse entregado a la voluntad réproba, no de regir, sino de dominar. De tal manera le afligió, que, ante la urgente angustia del dolor, fue impulsado a suicidarse [333].

Así, pues, nada o muy poco aprovecha una ascensión recta, si la vida restante discrepa de ella, como tampoco los comienzos de los

---

329 Valerio Máximo, o. c. IV 1 ext. 8.
330 Cf. Gn 10, 8-9.
331 Cf. *Recognitiones Sancti Clementis* IV 29 (Migne, PG 1, 1327).
332 Cf. Libro I c. 4.
333 Se refiere a Saúl; cf. 1 Re 31, 4.

juicios ganan a un juez cuya sentencia depende del fin de los mismos [334].

Es bien notoria la historia recogida en los libros de los Reyes y de las Crónicas, donde, según la interpretación de Jerónimo [335], se nos enseña que Israel estuvo desde sus comienzos sometido a los tiranos, y se nos muestra que todos los reyes de Judá fueron réprobos a excepción de David, Josías y Jeconías. Y, por mi parte, creería fácilmente que Salomón y quizá algunos otros de Judá se salvaron, al llamarlos el Señor a la conversión [336]. También se me convencerá fácilmente de que un pueblo de dura cerviz y corazón indomable, siempre resistente al Espíritu Santo y, por la abominación de los gentiles, provocador de la ira, no sólo de Moisés, servidor de la ley, sino de Dios, Señor de la ley, merece tiranos en vez de príncipes. Pues los tiranos que los pecados provocan, introducen y erigen, la penitencia los borra, los excluye y los hace perecer. Como narra la historia de los Jueces, los hijos de Israel antes que a sus reyes estuvieron con muchísima frecuencia sirviendo bajo tiranos, y afligidos en muchas y varias ocasiones, según la disposición divina, también en muchas ocasiones fueron liberados tras clamar al Señor. Les era, pues, lícito, terminado el tiempo de la prueba, sacudirse el yugo de sus cervices con la muerte de los tiranos. Y ninguno de aquellos por cuya virtud el pueblo penitente y humillado había sido librado, es reprochado, sino que es recordado como ministro de Dios por la feliz memoria de los descendientes. Esto aparece claro por los siguientes ejemplos.

Los hijos de Israel sirvieron durante dieciocho años a Eglón, rey de Moab. Posteriormente clamaron al Señor. Este les suscitó un salvador llamado Aod, ínclito hijo de Guera, hijo de Gémini, que era ambidextro. Los hijos de Israel enviaron por su medio regalos a Eglón, rey de Moab. Aod se fabricó un puñal de doble filo que tenía en su remate una empuñadura tan grande como la palma de la mano; se lo ciñó bajo la túnica, en el muslo derecho, y ofreció los dones a Eglón, rey de Moab. Eglón era sumamente grueso. Una vez ofrecidos los presentes, se marchó con los compañeros que habían ido con él. Vuelto de Gálgata, donde estaban los ídolos, dijo al rey: «Oh, rey, tengo que decirte un secreto.» El rey impuso silencio. Salieron todos los que estaban junto a él y Aod le dijo: «Tengo un oráculo de Dios para ti.» El rey al momento se levantó

---

334 Cf. Jerónimo, *Praefatio in libros Samuel et Malachim* (Migne, PL 28, 593-604).

335 Cf. *In Jeremiam XXII* (Migne, PL 24, 811).

336 Cf. Jerónimo, *In Ezechielem* XLIII 10 ss. (Migne, PL 25, 419).

del trono. Entonces Aod extendió su mano izquierda, cogió el puñal del muslo derecho y se lo clavó en el vientre con tanta fuerza, que la empuñadura siguió al hierro dentro de la herida, quedando cubierta de abundante grasa. Aod ni siquiera sacó el puñal, sino que lo dejó en el cuerpo tal cual lo había clavado. Al instante, por los secretos conductos de la naturaleza, salieron afuera los excrementos del vientre. Aod, por su parte, cerrando con mucho cuidado las puertas y asegurándolas con un cerrojo, se salió por un postigo [337].

En otro lugar se narra que Sísara en su huida llegó a la tienda de Yael, mujer de Abner [338] el quineo. Pues había paz entre Jabín, rey de Asor, y la casa de Abner el quineo. Yael salió al encuentro de Sísara y le dijo: «Entra en casa, mi señor; entra, no temas.» Entrando en su tienda y oculto por ella con un manto, le dijo: «Te ruego me des un poco de agua, porque tengo mucha sed.» Ella le abrió un odre de leche, le dio de beber y lo tapó. Sísara le dijo: «Quédate a la puerta de la tienda; si llega alguien preguntando y diciéndote: «¿Hay alguien aquí?», le contestas: «No hay nadie.» Yael, mujer de Abner, agarró un clavo de la tienda junto con el martillo. Entrando a escondidas y sigilosamente, le puso el clavo en la sien y, golpeándolo con el martillo, se lo metió en el cerebro hasta tocar el suelo. Sísara expiró, uniendo el sueño con la muerte. Pues bien, ¿qué consiguió Yael de la posteridad: alabanza o vituperio? La Escritura dice: «Bendita entre las mujeres sea Yael, mujer de Abner el quineo; bendita sea en su tienda. A quien le pedía agua, le dio leche, y en taza de príncipes le ofreció nata. Con su izquierda agarró el clavo y con su derecha el martillo de los obreros; golpeó a Sísara, buscando en su cabeza un lugar para herirle, y atravesándole con fuerza las sienes» [339].

Para que conste por otra historia que es justo matar a los tiranos y liberar al pueblo para gloria de Dios, incluso los mismos sacerdotes del Señor consideran su exterminio como acto piadoso, y si pareciere tener visos de dolo, afirman que se trata de algo consagrado a Dios por la religiosidad del misterio. Así, Holofernes cayó, no por el valor del enemigo, sino por sus propios vicios y por la espada de una mujer. Quien era temible a los varones, fue muerto por una mujer, tras haber sido vencido por la lujuria y la embriaguez. Por supuesto que la mujer no hubiese podido acceder al tirano si no hubiese ocultado previamente su intención hostil con una piadosa simulación. No es propiamente dolo lo que está al servicio de la fe

[337] Cf. Jue 3, 14 ss.
[338] Mejor, Leber.
[339] Jue 4, 11 ss.

y milita en favor de la caridad. De fe se trata cuando Judit increpa a los sacerdotes que habían puesto límite a la misericordia divina con el pacto de entregar la ciudad a los enemigos, si el Señor no les ayudaba en cinco días. De caridad se trata, cuando no teme ningún peligro al librar de los enemigos a sus hermanos y al pueblo de Dios. Esto lo indican sus palabras, al salir para salvar al pueblo: «Concédeme, Señor, que su soberbia sea amputada con su propia espada; que se quede prendido con el lazo de sus ajos al mirarme y le golpees con los labios de mi caridad. Dame constancia de ánimo para despreciarlo y valor para destrozarlo. Porque cuando la mano de una mujer le derribe, surgirá un monumento a tu nombre.»

Llamó entonces a su doncella y, bajando a su casa, se quitó el cilicio, se despojó de sus vestidos de viuda, se lavó el cuerpo y se ungió con mirra de gran calidad, se peinó los cabellos de su cabeza y se colocó sobre ella una diadema, se puso vestidos de fiesta, calzándose los pies con sandalias, tomó brazaletes, gargantillas, pendientes y anillos y se adornó con todo tipo de ornamentos. El Señor, por su parte, le otorgó la hermosura, porque aquel atavío no provenía del placer, sino de la virtud. Por eso el Señor aumentó su belleza para que apareciera a los ojos de todos con una hermosura incomparable.

Llegando, pues, allí y atrayendo al público enemigo, dijo Judit a Holofernes: «Recibe las palabras de tu esclava, porque si las siguieres, el Señor hará contigo una cosa perfecta. Por la vida de Nabucodonosor, rey de la tierra, y por el poder que tienes para corregir a todos los que yerran, ya que no solamente los hombres, sino las bestias del campo le sirven y le obedecen por tu medio. Tu fortaleza y la habilidad de tu espíritu se proclaman a todas las gentes; por todo el mundo se juzga que sólo tú eres poderoso y bueno en su reino y tu sabiduría se predica en todas partes». Además, añadió: «He venido a anunciarte todo, para conducirte por en medio de Jerusalén. Tendrás a todo el pueblo de Israel como a ovejas que no tienen pastor. Ni un perro siquiera ladrará contra ti, porque estas cosas me han sido dichas por la providencia de Dios.»

Yo os pregunto: ¿qué se puede imaginar más insidioso y decir más capciosamente que esta participación de un misterioso mensaje?

«Y le dijo Holofernes: «No hay otra mujer sobre la tierra tan elegante, tan hermosa y de tanta elocuencia de palabras.» Su corazón, sin embargo, ardía inflamado en el deseo de ella. Entonces le dijo: «Bebe y reclínate con alegría, porque has hallado gracia en mi presencia.» Ella, que no había ido a fornicar, utilizó la lujuria ajena como instrumento de su fidelidad y fortaleza e hizo desembocar a la

crueldad, a la que primero había adormecido con sus halagos, en favor de la liberación de su pueblo con las armas de la caridad. Así, pues, golpeó a Holofernes en la cerviz, le cortó la cabeza y la entregó a su doncella para que la pusiera en un saco y la llevara a la ciudad que había conseguido su salvación por mano de una mujer» [340].

Las historias, sin embargo, enseñan que hay que evitar que alguien maquine la muerte de aquel a quien está obligado por vínculo de fidelidad o de juramento. Así se lee [341] que Sedecías fue hecho cautivo por descuidar el vínculo de fidelidad y que a otro de los reyes de Judá, que no recuerdo, le fueron arrancados los ojos porque, caído en infidelidad, no tuvo en cuenta a Dios, a quien se jura, incluso cuando se dan garantías al tirano por una causa justa.

Respecto a la licitud de envenenar, no he leído que sea lícito por ningún derecho, aunque haya sido a veces usurpada por los infieles. No es que piense que no haya que quitar de en medio a los tiranos, sino que hay que hacerlo sin detrimento del juramento o la honradez.

Incluso David, de quien leo haber sido el mejor de los reyes y que llevó una vida libre de culpa en todo, salvo en el caso de Urías el Eteo, aun teniendo que soportar a un gravísimo tirano [342] y habiendo tenido frecuentemente ocasión de eliminarlo, prefirió perdonarlo, confiado en la misericordia del Señor, que podía librarle sin pecado. Decidió, pues, esperar pacientemente a que fuese visitado por el Señor tras un acto de caridad, o cayese en la batalla, o muriese de otra forma por justo juicio de Dios. Su paciencia eximia puede deducirse del hecho de que habiendo cortado la orla del manto de Saúl en la cueva y habiendo increpado la negligencia de los guardias, tras haber entrado en el campamento de noche, obligó a confesar al mismo rey que David representaba una causa más justa [343].

Este modo de eliminar tiranos es muy útil y seguro, a saber: si los oprimidos recurren al patrocinio de la clemencia de Dios llenos de humildad y, levantando al Señor sus manos inocentes, apartan con devotas preces el látigo que los aflige. Los pecados de los delincuentes son la fuerza de los tiranos.

Por esto, Aquior, el jefe de todos los hijos de Amón, dio a Holofernes este consejo tan saludable: «Averigua ahora, Señor mío —dijo—, si existe alguna iniquidad del pueblo en presencia del

---

340 Cf. Jdt 8-13 passim.
341 Cf. 2 Cr 36, 13; 2 Re 24, 7.
342 Se refiere a Saúl; cf. 1 Re 24, 4 ss.; 26, 7 ss.
343 Cf. 1 Re 24, 18.

Dios de ellos. Entonces subamos a ellos porque su Dios, al desampararles, te los entregará a ti y quedarán sometidos al yugo de tu poder. Pero si no existe ofensa alguna de este pueblo ante su Dios, entonces no podremos resistir, porque su Dios los defenderá y seremos el oprobio de toda la tierra» [344].

CAP. 21: *Que el fin de todos los tiranos es miserable. Y que Dios se venga de ellos si falla el poder humano. Esto se manifiesta en el caso de Juliano el Apóstata y en muchos ejemplos de la Sagrada Escritura.*

El fin de los tiranos es una confusión que conduce ciertamente a la muerte, si perseveran en su maldad, o al perdón, si se convierten. Porque cuando un padre ha usado el látigo para corrección de sus hijos, lo echa a la hoguera.

Dice la Escritura: «Acab se ha humillado ante mí. No haré venir el mal durante su vida» [345]. Por el contrario, Jezabel, al perseverar en su maldad, dio su sangre a que la lamieran los perros como fin digno de su crueldad, en el mismo sitio en que los perros habían lamido la sangre del inocente Nabod [346]. Si así fue vengada la sangre del inocente Nabod, ¿dejará de permanecer sin venganza la sangre de tantos inocentes? La impiedad deseó la viña del justo y perdió a cambio todos los derechos del reino.

La maldad es siempre castigada por el Señor, aunque unas veces utilice su propio dardo y otras el dardo de los hombres como pena de los impíos. El Faraón afligió al pueblo de Dios y fue castigado por El con gravísimas plagas, como se lee en el Libro del Exodo [347]. Para recordarlas breve y fielmente, he pretendido presentarlas resumidas en estos versos:

La primera, agua sanguinolenta; la segunda, inundación de ranas.
Luego, el triste mosquito; luego, la mosca más nociva que ellos.
La quinta arruinó al ganado; la sexta produjo úlceras.

---

344 Cf. Jdt 5, 5. 24-25.
345 Cf. 1 Re 21, 29.
346 Se equivoca el autor de personaje. Cf. 1 Re 21, 19; 22, 38. Sobre Jezabel, cf. 1 Re 21, 23; 2 Re 9, 36.
347 Cf. Ex. 7, 1 ss.

Luego llegó la tormenta; después, la langosta de diente nefando.
La novena ocultó el sol; la última mató al primogénito [348].

No me preocupa quién hizo los versos, presto atención tan sólo a que resumió bastante sintéticamente las plagas de Egipto en tiempos del Faraón. Sin embargo, a pesar de todas estas cosas, no se apartó su furor del pueblo de Dios, sino que, persiguiéndolo en su salida con sus carros y sus jinetes, fue sumergido en el mar. El Señor se sirvió de las aguas como de un muro para la defensa del pueblo y como de un dardo para la caída del tirano [349].

También Salmanasar, durante el reinado de Ezechías, oprimía al pueblo del Señor [350]. El rey, entregado a la oración, opuso contra las amenazas del tirano el escudo de la protección divina [351]. Por eso el Señor le confortó, diciéndole por medio del profeta Isaías: «No entrará en esta ciudad, ni meterá en ella una flecha, ni la acordonará con escudos, ni alzará contra ella empalizadas. Se volverá por el camino por donde ha venido. No entrará en esta ciudad. Palabra de Yavé. Yo protegeré esta ciudad y la salvaré por amor de Mí y por amor de David, mi siervo» [352].

En aquella noche ocurrió. Llegó el ángel del Señor y destruyó el campamento de los asirios: cientro ochenta y cinco mil hombres. Cuando Senaquerib, el rey de los asirios, se levantó al amanecer, vio todos los cuerpos de los muertos. Se retiró y permaneció en Nínive. Estando adorando en el templo a su dios Nesarak, sus hijos Adramalek y Sarasar le hirieron con la espada y huyeron al territorio de los armenios. Su hijo Eseradón reinó en su lugar. No hay que preocuparse si el rey es llamado con diferentes nombres en las diversas historias, ya que según la tradición de los hebreos, como afirma Jerónimo, tenía cinco nombres [353]. Fue llamado Salmanasar, Senaquerib, Phul, Teglad Phalasar y Sargón. Si no tuviese muchos nombres, la autoridad de los historiadores se resentiría a veces por cierta contradicción entre los que no coinciden.

Aquí, pues, el Señor usó primero de la espada del ángel contra el ejército; después, de las manos de sus hijos contra el impío. La misma Naturaleza, que a veces se asombra de las venganzas del Altísimo, se aplaca maravillosamente con las leyes de su Creador,

---

348 Cf. Haureau, *Les mélanges poétiques d'Hildebert de Lavardin*, páginas 121-122.
349 Cf. Ex 14, 28-29.
350 Cf. 2 Re 18, 9 ss.
351 Cf. ib. 19, 14 ss.
352 Ib. 19, 32 ss.
353 Cf. Jerónimo, *Commentarius in Isaiam XXXVI* 1 (Migne, PL 24, 381).

cuando la provoca la malicia de los hombres. De ahí también que Nabucodonosor, al hincharse de orgullo contra el Señor, vivió como una bestia durante siete años completos. Arrepentido después, volvió a ser un hombre y fue restaurado en su reino y posición, aunque posteriormente mereciese ser privado de todo con una muerte miserable [354].

Paso a las épocas cristianas, ya que en todo tipo de gentes y pueblos es manifiesta la maldad y evidente la pena de los tiranos. Juliano, el vil apóstata y miserable emperador, persiguió a Cristo más por el dolo que por la fuerza, aunque no se abstuviese de ella. En su reinado surgió una gravísima persecución contra los cristianos, mientras él se esforzaba con esfuerzo impío en borrar el nombre del «Galileo», como decía [355]. Mientras dirigía una infausta expedición contra los partos, prometió a los ídolos, como sacrificio, el exterminio de los cristianos a su vuelta [356]. Sin embargo, Dios se compadeció por las preces del gran Basilio y de otros santos y envió al mártir Mercurio, el cual, por encargo de la bienaventurada Virgen, atravesó en el campamento al tirano con una lanza y obligó al impío moribundo a confesar que Cristo, el «Galileo», a quien perseguía, era el vencedor y había triunfado de él [357]. Habiendo reunido el santo obispo mencionado a los fieles de Cesarea en una noche de oración en la Iglesia de la siempre Virgen, Madre de Dios, en la misma noche reconoció en visión a la bienaventurada Virgen, recibiendo la siguiente consolación: «Llamadme —dijo ella— a Mercurio y él marchará a matar a Juliano, que blasfema ensoberbecido contra mi Hijo y contra Dios.» Vino el santo con su armadura y se marchó velozmente, y llamando la que se había aparecido al gran Basilio, le dio un libro que contenía la historia de toda la creación del mundo y en la parte derecha la creación del hombre por Dios. Al comienzo del libro se encontraba la siguiente inscripción: «Habla.» Al final, después de la creación del hombre: «Perdona.» Tomando, pues, el libro, lo leyó desde el comienzo hasta el «Perdona».

Aquella misma noche, Libiano, cuestor de Juliano en su expedición, contempló idéntica visión. Regresando Basilio la misma noche al [lugar del] martirio de San Mercurio, no encontró las armas de Mercurio, pero al día siguiente encontró las armas y la lanza llena de sangre. Por su parte, Orosio no hace mención del mártir

---

354 Cf. Dn 4, 26 ss.

355 Cf. Casiodoro, *Historia ecclesiastica tripartita* VI 47 (Migne, PL 69, 1062).

356 Cf. Orosio, o. c. VII 30 § 4.

357 Cf. *Vita Sancti Basilii,* cc. 36-37 (*Acta Sanctorum,* junio II 944).

Mercurio, pero afirma que el tirano murió por el dardo de un soldado cercano durante la expedición a los partos [358]. Eutropio, que describe la historia romana en un elegante compendio, afirma que el tirano murió en el campamento, pero no indica el autor de su muerte. Le consta, sin embargo, que la persecución que, según el mismo autor, había ejercido con gran saña contra los cristianos había sido enormemente dañina [359].

Es la *Historia tripartita* la que investiga con mayor diligencia los crímenes de Juliano. A lo largo de todo el sexto tomo relata con cuánta crueldad persiguió a Cristo, a quien llamaba el «Galileo». Para alabanza del mismo «Galileo», yo he recogido, como compendio de tales relatos, algunos fragmentos tomados de lo que dijeron de él Sócrates, Teodoritos y Sozomeno, según el testimonio de Casiodoro.

Juliano, oriundo de sangre real y por Constancio sobrino de Constantino el Grande, que llamó a Bizancio Constantinopla, por su nombre, fue primeramente cristiano [360]. Creciendo en las escuelas de la ciudad de Constantinopla, se educaba en la basílica donde enseñaban los doctores, de forma privada. Tenía a un tutor llamado Marconio y como gramático a Niclodes Laconense. Aprendió retórica con Eubolio el sofista, que se había hecho cristiano por el esfuerzo y la diligencia del gran Basilio, ya que el emperador había proveído para que no se desviase hacia los dogmas de la impiedad por estudiar con un sofista pagano. Tanto adelantó, que la opinión popular le atribuyó la capacidad de gobernar el Imperio. Llegando, por eso, a ser sospechoso al emperador, le fue ordenado ausentarse de la ciudad imperial y fue enviado a Nicomedia, aunque se le prohibió encontrarse con el sofista sirio Libanio, que era pagano y moraba allí por haber sido expulsado de las escuelas de Constantinopla. Sin embargo, se acostumbró a leer sus libros y, aprovechando en la retórica, llegó a ser íntimo del filósofo Máximo Efesio, a quien el emperador Valentiniano mandó matar por practicar las artes mágicas. Habiendo saboreado la filosofía con su ayuda, comenzó a imitar su religión, inflamado cada vez más por el deseo de ser emperador. Con todo, temiendo al emperador y para prevenir sus sospechas, simulaba con su tonsura la vida monástica; actuando como traidor en hábito cristiano, fue ordenado de lector en la Iglesia de Nicomedia, y así evitó las iras del emperador. En público leía los sagrados libros a los cristianos y en oculto se ejercitaba en la filosofía, creciendo constantemente su ambición de ser emperador. De ahí que

358 Cf. ib. § 6.
359 Cf. o. c. X 16 §§ 2-3.
360 Casiodoro, o. c. VI 1 (Migne, PL 69, 1027 ss.).

dijese a sus amigos que llegarían tiempos felices en los que él se apoderaría de todo el Imperio. Cierto que no hubiese escapado del poder del emperador si la emperatriz Eusebia, que le había encontrado escondiéndose, no hubiese intercedido por él, ni hubiera conseguido que fuese enviado a Atenas para estudiar filosofía.

Dice Teodorito que a partir de entonces discurrió por toda Grecia buscando adivinos y preguntándoles si llegaría a gobernar el Imperio. Habiendo encontrado a un hombre que se tenía a sí mismo por soberano en el arte mágico, fue llevado por él al santuario de los ídolos, para que pudiera consultar personalmente a los demonios conjurados por el mago en el atrio. Apareciendo ellos solemnemente, Juliano sintió el impulso de signarse en la frente con el signo de la cruz. Al hacer esto, los demonios desaparecieron repentinamente. El mago comenzó a culpar a Juliano, pero éste, fingiendo miedo, dijo que se había asombrado del poder de la cruz, porque los demonios habían huido de aquel signo. «No creas, buen hombre —le dijo el mago—, que los demonios temen esa señal, como dices; se trata más bien de que se han marchado por abominarla.» Engañando así al miserable Juliano, le llenó de odio hacia el signo cristiano.

Después de esto, como dice Sócrates, el emperador llamó a Juliano y le nombró César, y dándole en matrimonio a su hermana Constancia, le destinó a las Galias a luchar contra los bárbaros. Una primera victoria contra los bárbaros le favoreció, consiguiéndole la simpatía de los soldados. Se dice también que al entrar en cierta ciudad, una corona de laurel, con las que se suelen adornar las ciudades, y que pendía entre dos columnas, al romperse la cuerda, le cayó sobre la cabeza, coronándole perfectamente. Ante aquel hecho, todos proclamaron que ése era el signo de su futuro Imperio. Posteriormente, luchando contra los enemigos, creció con tanta fortuna, que empezó a ser llamado Augusto por los soldados. Faltándole la corona imperial, uno de los portaestandartes le rodeó la cabeza con una de guirnaldas que llevaba. De este modo fue hecho Juliano emperador.

Juzguen los oyentes lo que posteriormente hizo aquel filósofo. Ya desde el comienzo dispuso todo a su arbitrio, abjuró de cualquier apariencia de religión cristiana y, abriendo los templos de todas y cada una de las ciudades, sacrificaba a los ídolos diciendo que él mismo era el pontífice de los paganos. Hubiera desgarrado el Imperio con una guerra civil, si no le hubiese sido anunciada la muerte del emperador Constancio, mientras él moraba en Tracia. Para conciliarse el favor de la multitud concedía a todos el derecho de elegir la propia religión. Con esto pretendía hacerse todo a todos. Unas

veces era generoso por vanagloria; otras, parco por la afectada simulación del filósofo; otras, elegante por espúrea cortesía; otras, serio por el peso del Imperio, y, lo que era más importante de todo, aparentaba mansedumbre para no ser tenido por cruel.

Por lo demás, en el tema de la religión mostraba qué clase de hombre era. Mandó que los obispos fueran enviados deportados al exilio, apropiándose de sus bienes confiscados. Mandó también prontamente a sus colaboradores abrir los templos de los paganos y determinó que les fuesen devueltas sin demora todas las cosas que se les hubiesen quitado. Expulsó de palacio a los eunucos, peluqueros y cocineros; a los eunucos porque, habiendo muerto su mujer, no volvió a casarse con ninguna después de ella; a los cocineros porque, según la costumbre del filósofo, comía manjares simples; a los peluqueros porque, como él mismo decía, basta uno para muchos. Apreciaba muchísimo a los escritores y profesores de las diversas disciplinas, pero más que nada a los filósofos. De ahí que por su fama congregaba de todas partes a semejantes hombres en torno a los palacios, los cuales se daban a conocer, revestidos de mantos, más por el hábito que por su magisterio. Tales varones eran graves seductores para todos los cristianos y favorecían siempre la religión del emperador. Este escribía libros en sus vigilias nocturnas, leyéndolos posteriormente en el Senado. Fue el único de los emperadores, desde Julio César, que recitó sus discursos en la Curia. Prohibió las carrozas de caballos y mulas, mandando que esos animales fuesen utilizados para provecho público. Muy pocos alaban estas obras suyas. La mayoría las vitupera porque, al quitar la pompa del palacio, el Imperio parece despreciable.

Sozomeno dice [361] que ya desde el comienzo negó tan abierta y desvergonzadamente la fe cristiana, que en ciertos sacrificios e invocaciones, a las que llaman «expediciones» los paganos, y en la inmolación de sangre, se esforzó por borrar nuestro bautismo y renunciar a su pertenencia a la Iglesia. Desde entonces los paganos celebraban los sacrificios, de forma legal, tanto secreta como públicamente, en los templos. Se cuenta que, estando sacrificando en cierta ocasión, se le mostró en las vísceras de la víctima el signo de la cruz rodeado de una corona. Al ver esto, algunos, aterrados, comprendieron la fuerza de la verdadera religión y la eternidad del dogma cristiano, porque la corona es símbolo de la victoria y el círculo cerrado en sí mismo no conoce fin. Sin embargo, el emperador, tranquilizán-

[361] Sobre lo que se dice de Juliano a partir de aquí en el presente capítulo, cf. ib. VI passim.

dolos, afirmó que aquello le mostraba prosperidad y que como el signo del dogma cristiano se cerraba sobre sí, estaba cercado para que no fuese lícito dilatarlo más allá del término del círculo.

En cierta ocasión, siendo aún jóvenes Gallo y Juliano y estando fabricando una basílica junto a la sepultura del mártir Mamma, habiéndose repartido el trabajo en mutua competencia, se dice que ocurrió algo maravilloso y tal vez increíble. Porque lo hecho por Gallo aumentaba y crecía con solidez; por el contrario, los trabajos de Juliano unos se hundían, otros se llenaban de escombros con los corrimientos de la tierra y, en ocasiones, los cimientos ya puestos no se unían con la tierra, como si una fuerza violenta procedente de un lugar inferior los rechazara con su repercusión. Aquello pareció prodigioso a todo el mundo, que opinó que aquel varón no gozaba de buena salud en su religión cristiana.

No era falsa la opinión, y eso apareció posteriormente. Porque expolió a las iglesias y a sus ministros de sus posesiones y privilegios, y, lo que es grave en demasía y absolutamente injurioso, mandó que los clérigos se uniesen a los soldados que iban a servir al gobernador de la provincia, y a muchos de ellos los trasladó a la Curia.

Por otra parte, mandó hacer censo del pueblo cristiano, incluyendo a las esposas e hijos, y ordenó que pagasen tributo como si fueran aldeanos; y colocó a todos los «galileos» en un grado inferior y degradante de ciudadanía. Al comienzo, con todo, pareció más moderado y respetaba a los cristianos, a sabiendas de que los precedentes perseguidores no habían tenido éxito en el castigo de los cristianos, que crecieron más a partir de entonces y se hicieron gloriosos al morir por el dogma verdadero. Envidioso, pues, de su gloria, se abstuvo de atormentarlos, pensando que era necesario persuadir al pueblo a pasar al paganismo con palabras y advertencias, esperando también que de ese modo parecería clemente. Se dice que estando sacrificando en Constantinopla junto al templo de la Fortuna de la ciudad, se acercó a él Maris, obispo de Calcedonia, y le llamó públicamente impío y apóstata ateo. Pero él, limitándose a reprocharle su ceguera, puesto que el anciano ciego era conducido por mano ajena, añadió: «Ni siquiera puede curarte tu Dios Galileo.» Maris respondió: «Doy gracias a Dios que hizo esto para que no pudiera verte despojado de piedad.» El emperador se retiró en silencio, simulando ser un filósofo, para confirmar su paganismo con la ostentación de su paciencia.

Prohibió por una ley que los hijos de los «galileos» asistieran a las clases de los poetas, retóricos y filósofos, y decía: «Somos heridos, según el proverbio, por nuestras propias armas, ya que em-

prenden la guerra contra nosotros quienes han sido armados por los nuestros y por nuestros escritores.» También promulgó otra ley, mandando que los «galileos» fueran expulsados del ejército, y otra para que se les confiscasen los bienes a los «galileos», ya que su Cristo les había mandados ser pobres.

Apolinar, varón docto e ingenioso, escribió sobre la antigüedad hebrea en versos heroicos a imitación de los poemas de Homero, y en otra obra imitó las comedias de Meandro, aunque quitándoles la falsedad de las fábulas. También imitó las tragedias de Eurípides y la lírica de Píndaro. Hay que reconocer rotundamente que, tomando argumentos de la Sagrada Escritura, trató en poco tiempo todos los campos de las artes, con obras muy semejantes a las de los griegos en número, virtud, costumbres, estilo, carácter y estructura. Escribió un libro notable, *Al mismo emperador o Contra los filósofos,* en el que, con ejemplos implícitos de la Sagrada Escritura, probó con argumentos irrefutables que aquéllos se equivocaban y que él pensaba lo cierto acerca de Dios. Al leerlo, el emperador escribió así a los principales obispos: «Lo he leído, y lo repruebo.» A esto contestaron los obispos: «Aunque lo has leído, no lo has entendido. Si lo hubieras comprendido, nunca lo hubieses reprobado.» Se piensa que esta carta [de respuesta] era de Basilio el Capadocio.

En cierta ocasión, al llegar el emperador a Antioquía, fue objeto de burla porque tenía la barba demasiado larga. Los antioquenos decían: «Que se pele, para que su barba sirva para hacer cordeles.» Como acostumbraba a ofrecer un toro como sacrificio, mandó que pusiesen un toro y un altar junto al solio. Entonces el pueblo le zahirió, diciendo: «Este toro está trastornando al mundo.» Y si Libanio no le hubiese disuadido, el emperador hubiera castigado gravemente a los antioquenos, contra los cuales escribió un libro bastante ingenioso.

Para animar y armar incluso a los judíos otra vez contra Cristo, les mandó restaurar el templo de Jerusalén. Proveyó abundantemente a los que habían acudido a su llamada de todo el mundo, y les envió un gobernador, maestro y ejecutor de impiedades, pues dicen que para hacer las purificaciones tenían recipientes, vasos y cestas de plata. Habiendo comenzado a cavar en el día señalado, la multitud avanzó mucho en su tarea. De noche, sin embargo, la tierra sola rellenó lo excavado. Limpiando, pues, los restos de los primeros cimientos, prepararon todo de nuevo. Y cuando habían acumulado muchos miles de fanegas de yeso y cal viva, un gran huracán de viento acompañado de tempestades y unas tormentas formadas de re-

pente, dispersaron todo lo que había sido reunido. Empecinados ellos y no habiendo aprendido la lección de la longanimidad divina, se produjo primero un enorme terremoto. Quien no estaba iniciado en los divinos misterios fue arrollado con enorme fuerza. Como ni siquiera se asustaran con tal señal, un fuego originado en los mismos cimientos que se cavaban quemó a muchos de los cavadores y privó a otros de sus miembros. Por la noche, a muchos que dormían en el pórtico vecino les cayó encima súbitamente el mismo pórtico junto con el techo, sepultándolos durante el sueño. Y al día siguiente apareció en el cielo el signo resplandeciente de la cruz salvadora, e incluso las vestiduras de los judíos quedaron cubiertas con el signo de la cruz, aunque no marcadas de color resplandeciente, sino de negro. Considerando estas cosas aquellos rebeldes contra Dios, y temiendo los castigos divinos, se volvieron a sus casas, confesando que estaba probado ser el mismo Dios quien había sido colgado de la cruz por sus progenitores.

Sin embargo, el furor del impío emperador no se aplacó con todo esto. Endurecido su corazón, mandó que quienes no quisieran sacrificar no pudiesen entrar en palacio, ni tomar parte en los gremios, el foro, los tribunales, los cargos o cualquier otro acto administrativo. Cuando los cristianos eran torturados o expoliados, les recomendaba la paciencia, ya que su «Galileo» les había enseñado a apetecerla, bien con la expresa palabra de su Ley o con el testimonio de su conducta. Por eso, muchos de los cristianos se echaron atrás, deprimidos por el miedo o engañados con fraudes, y con esto crecía la crueldad de los paganos. Para que los soldados se acostumbraran más fácilmente a la idólatría, se esforzó en reducir al antiguo diseño aquel altivo estandarte de los romanos, que Constantino había cambiado en forma de cruz.

En las estatuas públicas pintaba a Júpiter como protegiendo desde el cielo su corona y su púrpura; y a Mercurio y a Marte, mirándole, como testimonio de su sabiduría y fortaleza. Hacía esto con las estatuas para que bajo pretexto del imperio de los dioses fueran adorados implícitamente y sus súbditos engañados de este modo y, comprometidos con ello, hicieran más fácilmente lo que él deseaba. Si rehusaban, serían torturados como culpables de despreciar al Imperio.

Aprobaba, con todo, los estudios de los cristianos, aunque persiguiera su fe, y para robustecer el error de los paganos, mentía diciendo que el ejercicio de las virtudes de los «galileos» no era verdadero, sino ficticio. Decretó, pues, despojarlos de ellas y quiso que los paganos practicasen la filosofía, imbuidos de las costumbres

cristianas, pero sin la fe. Así lo enseña una carta suya escrita a Arsacio, pontífice de Galacia, de este tenor: «El rito pagano no se practica aún según nuestra intención, debido a la negligencia que tienen sus cultivadores. Porque la claridad, grandeza y sublimidad de los dioses es mayor que toda expresión y que toda esperanza. Ojalá, con todo, sean propicios los dioses ante nuestra negligencia, siendo así que su providencia ha realizado en tan poco tiempo un cambio tan grande, como nadie antes hubiera presumido pedir. Al pensar, pues, que esto puede bastar, no miramos en modo alguno cuánto ha podido hacer crecer la superstición de los cristianos, el cuidado de los peregrinos o los deseos de honrada conversación y los muchos consuelos en torno a las sepulturas y los muertos, ya que todo ello no es verdadero, sino ficticio. Pienso que todo eso debe tener lugar entre nosotros, pero de verdad. Así, pues, no basta que tú seas de tal condición, sino que deben serlo todos los sacerdotes de Galacia. Por tanto, o amonéstales, o convénceles con razones, o depónles rápida y verdaderamente del ministerio sacerdotal, si no someten sus cervices a los dioses, junto con sus esposas, hijos y esclavos, para que no toleren en adelante que sus hijos o esclavos hagan eso con desprecio, ni que los «galileos» actúen impíamente contra los dioses, anteponiendo la impiedad a la piedad. Luego, avisa a todos que el sacerdote no vaya a los espectáculos, ni beba en las tabernas, ni presida cualquier manifestación artística u obras torpes o desvergonzadas. Enaltece a los que obedezcan, expulsa a los desobedientes. Construye hospederías en cada ciudad para que nuestros peregrinos disfruten de nuestra clemencia, y no sólo los nuestros, sino también los extraños necesitados de dinero. Para que tengas medios con que hacerlo, he decretado, entre tanto, que en toda Galacia se entreguen cada año treinta mil fanegas de trigo y sesenta mil sextarios de vino. De ello, la quinta parte debe emplearse para los pobres que acudan al culto del templo; el resto, distribuirse entre los peregrinos y los indigentes. Resulta vergonzoso que los «galileos» no rechacen, sino que más bien alimenten, a los judíos, a los suyos e incluso a los nuestros, y que los nuestros sean abandonados sin ayuda de los nuestros. Por eso mismo, enseña a los paganos a hacer colectas para tales servicios y que los barrios de los paganos ofrezcan las primicias de los frutos. Instrúyeles con tales beneficios, enseñándoles que esta acción había sido en otro tiempo propia de los nuestros, porque ya Homero aprueba esto, al presentar a Emenio actuando así. Nosotros, sin embargo, no sólo no imitamos las cosas buenas de los nuestros, sino que se las dejamos a otros, sin sentirnos confundidos por tal negligencia, antes por el contrario,

rechazando la reverencia de los dioses. Si, pues, me entero que haces tales cosas, me llenaré de alegría. Recibe rara vez en casa a los prefectos de los provincias; envíales escritos con frecuencia. Cuando entren en la ciudad, que no les salga al encuentro ningún sacerdote. Y cuando vayan a los templos de los dioses, que no les preceda al entrar ninguno de sus soldados, si los llevan, o de sus oficiales subalternos, sino que vayan detrás los que quisieren. Al llegar al mismo umbral del templo, todos sean considerados como personas privadas. Dentro, como sabes, eres tú el juez, y esto parece que hasta lo exige la reverencia de lo sagrado. Los obedientes son en verdad piadosos y los reluctantes denuncian su vanagloria, pues ¿qué no debe padecer o qué auxilio merecerá quien no quiso tener propicia a la Madre de los dioses? Quienes la desprecien, no sólo no están libres de culpa, sino que padecerán la fuerza de nuestra indignación. No es lícito que sea perdonado quien tenga a los dioses por enemigos. Persuádeles, pues, que, si quieren gozar de mi protección, se esfuercen todos en ofrecer su culto a la Madre de los dioses.»

Esto fue lo que escribió. Organizó los templos de los demonios a semejanza de la iglesia, ordenó a ministros en diversos grados del mismo modo que los clérigos, para que fuesen ellos quienes enseñasen a otros el culto de la perfidia y reformasen a los penitentes después de la culpa con una corrección moderada, según la tradición de los cristianos. Nada, pues, de lo cometido por los paganos contra Cristo era considerado como una barbaridad. A tanto llegó, que ni siquiera el ensañarse con los muertos parecía a los paganos inhumano o cruel. Por eso, en la ciudad de Sebaste, abrieron el sepulcro de Juan Bautista, lo entregaron a las llamas y dispersaron sus huesos como polvo. Si quisiera narrar tan sólo los capítulos principales de sus crímenes o, de forma sumaria, las cosas que realizó en todo el orbe contra la Iglesia, tal narración necesitaría de muchos y grandes volúmenes.

Avancemos hacia el fin que el santo «Galileo», Hijo de la Virgen intacta, infligió con su poderío al impío perseguidor, para consolación de su Iglesia y gloria de la majestad, por la que es co-igual y con-sustancial al Padre.

Preparándose, pues, el emperador a su expedición en Persia, según su costumbre, envió mensajeros a Delfos, Delos y Dodona para consultar si procedía marchar a la guerra. Todos los adivinos le prometían la victoria, animados, entre otras, por una respuesta que no me resisto a referir, como ejemplo de mentira y seducción. Es así: «Ahora, todos nos acercamos a la victoria de Dios, llevando los tro-

feos junto al río Tiris. Yo seré su jefe, el beligerante Marte. Por tanto, quien crea en Ficio, príncipe de las Musas y señor de la razón, que interprete la fuerza y el significado de esta profecía.» Animado con esto y soñando una victoria total, el miserable se disponía incluso a hacer desaparecer a los «galileos». Sin embargo, como era lo adecuado, fue despreciado por la mayoría como vil apóstata.

Habitaba en Antioquía un cierto varón, excelente pedagogo de adolescentes, y estaba también allí Libanio, famosísimo sofista, que esperaba la victoria de Juliano y tenía bien presentes sus amenazas. Chanceándose, pues, de la verdadera religión, dijo: «Pues bien, ¿qué piensas que hace ahora el hijo del carpintero?» Pero el pedagogo, rebosante de gracia, le dijo: «Oh, sofista, el Creador de todas las cosas, a quien tú llamaste hijo del carpintero, está arreglándole a Juliano el cajón de su sepultura.» Pocos días después se anunció la muerte de Juliano: fue llevado en un ataúd y desapareció el temor de sus amenazas. Por el mismo tiempo, un hombre muy religioso, llamado Juliano Saba, interrogado por los sacerdotes sobre la razón de su repentina hilaridad, respondió: «El feroz devastador de la sagrada viña ha pagado las penas de su devastación y yace muerto, fracasado en sus terrores y amenazas.»

Hay que explicar el modo como murió aquel impío perseguidor. Habiendo afligido con trabajos y hambre tanto a los ciudadanos como a los enemigos durante la guerra de Persia, al llegar a la ciudad de Tesifonte cercó al rey de tal modo, que éste le ofreció, por medio de frecuentes legados, una parte del reino, con tal que terminase la guerra y se marchase. El orgulloso emperador despreció aquello sin pensar que vencer es ciertamente algo bueno, pero que vencer sobre todo límite es odioso. Y es que confiaba en las artes mágicas, y pensando, según la opinión de Pitágoras, que las almas transmigran por diversos cuerpos, creía poseer el alma de Alejandro o, más bien, que él era un segundo Alejandro o, mejor, que él era un segundo Alejandro en otro cuerpo.

Los romanos se quejaban del príncipe que no quería terminar la guerra, pero resistían los ataques de los persas de modo que frecuentemente unos y otros se daban a la fuga. Juliano, montado a caballo, prácticamente sin protección, confortaba al ejército, confiando en la esperanza de su buena suerte. Un dardo disparado repentinamente contra él, pasándole el brazo, se le clavó en el costado. Murió a consecuencia de esta herida. Hasta hoy se ignora quién fue el que le infligió herida tan certera. Unos dicen que lo hizo un ser invisible; otros, que un pastor ismaelita; otros, que un soldado cansado por el hambre y la marcha. Fuera un hombre o un ángel, está

claro que servía a los designios divinos, porque se dice que el emperador, al ser herido, llenó su mano de su propia sangre y, arrojándola al aire, dijo: «Venciste, Galileo, venciste.» Así confesó su victoria, aunque sin dejar de ser blasfemo. Murió al tercer año de su imperio, a los treinta y un años de edad. A los buenos les pareció que había vivido demasiado. Estos proclamaban la victoria del «Golileo», no sólo en las iglesias, sino también en los teatros. Todos clamaban: «Gran loco, ¿dónde están tus vaticinios? Venció Dios y su Cristo.» Después de la muerte del impío, se encontraron en los templos asombrosas imágenes del emperador e increíbles muestras de su tan proclamada sabiduría y de su famosísima piedad. Así, al abrirse el templo de Carris, que él había mandado cerrar hasta su vuelta, se encontró una mujer colgada de los cabellos, teniendo extendidas las manos y abierto el vientre, en cuyo hígado se había augurado el resultado de la guerra persa. También en Antioquía [se] encontraron en el palacio muchas arcas llenas de cabezas humanas e innumerables cuerpos de difuntos sumergidos en los pozos. La *Historia tripartita* relata más ampliamente sus monstruosos crímenes, que no correspondían a un emperador o a un filósofo, sino a un mago impío, enemigo de Dios y de los hombres.

También entre el pueblo de los británicos, como lo atestigua cierta historia de nuestro país, Dios utilizó la mano del gloriosísimo mártir y rey Eadmundo para doblegar y castigar la furia de la tiranía. Al devastar y expoliar Swain[362] la isla de Britania, que había ocupado en gran parte, afligiendo con muchas persecuciones a los miembros de Cristo, cargó a la provincia con el decreto de un censo, al que llama «Danageldum» la lengua de los ingleses, y mandó que también entrasen en el censo las posesiones del citado mártir. Se le suplicó, y despreció las súplicas. Un religioso lego, enviado por el mártir, le previno con amenazas para que el tirano no oprimiese con indebida servidumbre a la iglesia de Cristo, la casa del mártir y su familia, que era libre. La impiedad se hizo sorda a las súplicas, se hinchó ante la prohibición, se endureció ante las amenazas y, afligiendo con insultos e injurias al humilde mensajero, aceleró el poder vengador de Dios, provocó su látigo y, despreciada la paciencia de Dios, ciego de temeridad, se precipitó a la muerte. No hubo dilación. Porque estando el tirano en el campamento, solo con sus soldados, vio, como él mismo confesó, al bienaventurado Eadmundo con una lanza, que le increpaba durísimamente y le hería de muerte.

---

362 Cf. *Liber miraculorum S. Edmundi* en Martine et Durand, *Veterum Scriptorum et Monumentorum amplissima collectio* VI 824 ss.

El tirano murió en aquel instante. Aunque posteriormente, a partir de aquel día, la isla tuviera grandes tiranos, la iglesia del bienaventurado Eadmundo permaneció libre del impuesto antedicho. Nadie, pues, se atrevió a provocar a su mártir o a granjearse su amenaza oprimiendo a la Iglesia.

Con todo, en nuestros tiempos Eustacio, hijo de Esteban, que había decidido embestir contra la Iglesia de Dios, después de haber devastado todo en la medida de sus fuerzas, al ver que la tierra del beato Eadmundo, que todos los depredadores habían respetado, era muy rica, y que no le pertenecía, tras gastar todas las riquezas del reino, de donde procedía constantemente la paga de los soldados por haberse terminado los donativos, devastó las posesiones de la mencionada Iglesia. Pero aún no había digerido el alimento que había robado de la riqueza del lugar, cuando el día de la víspera de regresar a su casa, que estaba muy cerca, fue fulminado por el poder del mártir y contagiado de una enfermedad mortal. Al octavo día, más o menos, abandonó sus posesiones y su vida.

¿Por qué detenerse en unos pocos? ¿Dónde están, para hablar de los nuestros [363], Gaufredo [364], Milo [365], Ranulfo [366], Alano [367], Simón [368], Giliberto [369], más enemigos del pueblo que condes del reino? ¿Dónde está Guillermo de Salisbury? [370]. ¿Dónde Marmión [371], que, empujado por la bienaventurada Virgen, cayó en la fosa que preparaba? [372]. ¿Dónde los demás, cuyos nombres compondrían un libro? Su malicia es insigne; célebre, su infamia; su fin, que no puede ignorar la generación presente, infeliz.

Si, pues, alguien ignora las historias antiguas, si ignora cómo Ciro, de quien huían los reyes, fue destruido por Tamiri, la reina de los escitas [373]; si no considera las caídas y fracasos de los tiranos precedentes, al menos que atienda a lo que se le ofrece a sus ojos

---

363 De ellos escribe Joannes H. Round, *Geoffrey de Mandeville*, p. 276.

364 Galfrido de Magnavilla, conde de Essex. Cf. *Gesta Stephani* (ed. Howlett), pp. 103 ss.

365 Conde de Hertford. Cf. ib. pp. 102 ss.

366 Conde de Cestria. Cf. ib. p. 107.

367 Conde de Richmond. Cf. ib. p. 72.

368 Conde de Northampton. Cf. C. L. Kingsford, *Dictionary of National Biography* 51, 248-249.

369 Conde de Pembroch, llamado Stromgbow. Cf. *Gesta Stephani*, páginas 127-128.

370 Cf. Round, o. c., p. 276; *Gesta Stephani*, p. 96.

371 Roberto Marmio. Cf. C. L. Kingsford, o. c. 36, 190 ss.

372 Sobre todos ellos, cf. *Dictionary of National Biography* en las voces respectivas.

373 Cf. Justino, o. c. I 8.

incrédulos, y verá más claro que la luz del día que todos los tiranos son miserables.

CAP. 22: *Acerca de Gedeón, prototipo de jefes, y de Antioco.*

No veo qué pretenden los que se esfuerzan en oprimir a la comunidad, es decir, al pueblo de Dios, con el indebido yugo de la servidumbre, a no ser que, por lo mismo, deseen el poder para endurecer con él los tormentos de la miseria [374]. Porque si solamente desearan gobernar y no dominar, al medir el peso del cargo, no correrían jamás hacia él con tanta avidez. La voluntad del gobernante depende de la ley de Dios, y no perjudica a la libertad. Pero la voluntad del tirano sirve a la concupiscencia, y, rechazando la ley, que fomenta la libertad, se esfuerza en imponer a sus consiervos el yugo de la servidumbre.

Dice esto la Escritura, contra la que no se puede ir: «Las gentes de Israel dijeron a Gadeón: "Reina sobre nosotros tú, tu hijo y el hijo de tu hijo, pues nos has librado de las manos de Madián." Respondióles Gedeón: "No reinaré yo sobre vosotros, ni reinará tampoco mi hijo; Yavé será vuestro rey." Y añadió: "Voy a pediros una cosa: dadme cada uno de su botín los zarcillos que habéis cogido"» [375]. Me parece ver en el tenor de este pasaje lo que yo había dicho. Porque Gedeón, que significa «quien da la vuelta a lo inútil» o «quien prueba su iniquidad» [376], parece indicar con su nombre y sus palabras la tarea del príncipe. Porque es propio de él coger las vueltas a las cosas inútiles y suprimirlas o hacer que fructifiquen; y excluir de los límites de su territorio lo que considera inicuo para que se le otorgue la victoria contra los enemigos. Se le ofrece el honor del gobierno y rehúsa, pero somete a la ley a quienes había librado del yugo de la servidumbre. Se ofrece a los hijos el honor de suceder al padre, pero él prefiere honrar a Dios. ¿Quién podrá asemejársele adecuadamente entre quienes confunden lo justo y lo injusto y viven entre esfuerzos y fatigas para poder tener a sus hijos como herederos, no tanto del honor como de la rapiña y la iniquidad? ¿Quién es el que antepone a sus hijos la ley de Dios y su

---

374 Cf. Sab 6, 7.
375 Jue 8, 22-24.
376 Cf. Jerónimo, *Liber de Nominibus Hebraicis* (Migne, PL 23, 854); Pseudobeda, *Quaestiones super Librum Iudicum* (Migne, PL 93, 425).

justicia, que sólo consiste en la caridad? [377]. Dice el Señor: «Quien ama a su padre o a su madre o a sus hijos más que a Mí, no es digno de Mí» [378]. En verdad, quienes anteponen a Cristo las cosas transitorias pasan más rápidamente que las mismas cosas transitorias; no se perpetúe la gloria de aquellos ante quienes Cristo, dejando aparte otras cosas, no recibe la debida gloria. En consecuencia, tema el príncipe, no sea que, olvidándose de la caridad, rebaje el honor debido a Dios, movido por el afecto de sus hijos o de la carne.

En cambio, no hay nadie que confiese que se rebela contra Dios. De hecho, se rebelan muchos, y ello se hace abiertamente. Antíoco penetró orgullosamente en el santuario [379]. También muchos hacen esto. Ozías, a quien las infalibles Escrituras recuerdan como justo en muchas cosas [380], muerto el sacerdote Zacarías, cuyo nombre significa «inteligente», traspasó los límites del orden sacramental no tanto por piedad como por audacia, y al llamarle la atención los levitas: «¿No eres el rey Ozías y no un sacerdote?», no quiso escucharles. Al momento la lepra le afectó aquella parte del cuerpo que los sacerdotes, por prescripción legal, cubrían con una lámina de oro, para que, según la imprecación profética, su rostro se llenara de ignominia. Aquel rey es notable tanto entre los reyes de su época como, sobre todo, porque el mismo año de su muerte nació Rómulo, de quien proviene la raza de los romanos [381]. Muchos imitan a Ozías apropiándose de las prerrogativas sacerdotales, pero poquísimos son los que se avergüenzan de su lepra. En cambio, muchos imitan a Antíoco, que penetró en el santuario, no con devoción para hacer la ofrenda en vez del sacerdote, sino para destruir todo lo que había de santo en el templo del Señor. Habiendo fabricado Antíoco un ídolo de abominación y desolación, echó al fuego los libros de la ley del Señor y los destrozó [382]. Según un edicto del rey Antíoco, se despedazaba a todos aquellos en cuyo poder se encontraban los libros del testamento del Señor o a quienes observaban la ley de Dios.

Yo he visto en mí época algunos que se entrometen en el oficio sacerdotal, metiendo temerariamente los hombros para arrebatar el arca de Dios de los hombros de los levitas y olvidándose de aquel lugar que hasta el día de hoy se llama «el castigo de Ozías» [383].

---

377 Cf. Mt 22, 37-40; Rom 13, 8.
378 Mt 10, 37.
379 Cf. 1 Mac 1, 23.
380 Cf. 2 Cr 26.
381 Cf. Ex 28, 38; Sal 82, 17.
382 Cf. 1 Mac 1, 57.
383 Cf. 2 Re 6, 6-8.

A otros vi que echan al fuego los libros de la ley y que no se avergonzarían de hacer trizas las leyes o los cánones, si llegasen a sus manos. En tiempo del rey Esteban fueron abolidas del reino las leyes romanas, que había introducido en Britania la casa del venerable padre Teobaldo, primado de todos los britanos. Por edicto real se prohibió que nadie tuviese ni siquiera los libros y se mandó callar a nuestro Vicario. Con la ayuda de Dios, sin embargo, la fuerza de la ley creció en la medida en que la impiedad se esforzaba por debilitarla. ¿Quién, pues, quiere asemejarse a Gedeón de entre tantos miles que desean reinar? ¿Quién quiere que la ley le gobierne a sí mismo y al pueblo? A todos les debería bastar aquello que Gedeón pidió a sus súbditos, a saber: tener sólo los zarcillos del despojo [384]. Porque si se preocupa en inculcar lo que dice la ley, tanto para el gobernante como para el pueblo que preside, será una realidad satisfactoria que el pueblo la obedezca y que no se den ni la iniquidad ni la contradicción en la comunidad política.

CAP. 23: *Que se debe usar el consejo de Bruto contra aquellos que, por lograr el sumo pontificado, no solamente compiten, sino que luchan cismáticamente; y que los tiranos carecen de paz.*

Pero aun concediendo que pueda permitirse a los hombres carnales el esforzarse por conseguir la primacía, considero que esto no es en modo alguno lícito a los eclesiásticos. Sin embargo, por el ejemplo de los carnales, se introduce la impiedad bajo capa de religión, y ya no sólo se compite por el sacerdocio, sino que se lucha.

En otros tiempos, los antiguos eran arrastrados a los puestos de honor contra su voluntad, y, estando prestos para el martirio, huían de tales puestos con más horror que de la prisión y de la cruz. Por el contrario, ahora los sacerdotes hablan claramente y sin embages. «No queremos —dicen— ser mártires, y la gloria de nuestras sedes no se la damos a otro.» Palabras en verdad ruines y miserables en boca de un sacerdote que confiesa a Cristo, pero declarando que no quiere seguirle. ¿No podrá dudarse de que uno muera como confesor de la fe, si no está presto a la persecución? Porque dice Cipriano: «Si un obispo teme, queda des-

[384] Cf. Jue 8, 24.

calificado»[385]. Pero concedamos que tema; el no resistir en la prueba es intolerable. El desertor es persona inútil y sin honor. Hay, sin embargo, un punto en que parecen imitar la constancia de los mártires: en el caso de que tengan que luchar por sus tronos.

Dicen algunos, y es verdad, que en ocasiones hombres ambiciosos han litigado por el pontificado romano y que el pontífice ha entrado en el sanctasanctórum a costa de sangre fraterna. Se han concitado de nuevo guerras más que civiles, y la pugna sacerdotal ha absuelto a César y Pompeyo, y lo que impíamente se acometió y llevó a cabo en Filipos, Leucadia y Módena, en Egipto o España. ¿Acaso procuran la efusión de sangre cristiana, para que ellos, antes que nadie, puedan dar su vida por la grey, que es lo propio del pastor? ¿Acaso destruyen las iglesias y profanan lo sagrado, para que así haya cosas que edificar y santificar? Quizá perturban a los pueblos, soliviantan a los reinos y saquean los bienes de las iglesias, para ganar méritos, poner en orden todas las cosas y arrebatar a otros competidores la necesidad de compadecer y proveer a los pobres. Porque si es para gozar de una mayor impunidad, para acumular dinero, para fomentar, atizar y corromper las pasiones, para ennoblecer sus familias; en fin, para buscar su propia gloria dominando en el clero, no haciéndose de corazón un ejemplo para su grey, entonces, aunque de palabra y simuladamente asuman el oficio de pastor, son más tiranos que príncipes.

Dicen los filósofos[386], y creo que con verdad, que en los asuntos humanos no hay nada más útil que el hombre, y entre los mismos hombres nadie más útil que el príncipe eclesiástico o seglar; por el contrario, nada hay más pernicioso para el hombre que el hombre, y en grado máximo el tirano seglar o eclesiástico. Pero sin duda que en una y otra categoría el eclesiástico supera al seglar. Porque la sal sosa no vale para nada más que para ser arrojada fuera y pisada por los hombres[387]. Aún más,

> es realmente cierto que sólo el amor del oro desconoce el temor
> al hierro y a la muerte; perdidas sin debate,
> perecen las leyes; pero tú, oh riqueza, el más vil de todos
> los bienes, desataste la guerra[388].

Así, pues, que se divida la unidad, se corrompa la sinceridad, se manche la santidad, se celebre un nuevo juicio del mundo, y

---

385 *Epístolas* LIX 2 (Migne, UL 3, 823).
386 Cf. Cicerón, *De Officiis* II 3 §§ 11-12.
387 Cf. Mt 5, 13.
388 Lucano, o. c. III 118-121.

su príncipe, que en la pasión de Cristo fue expulsado, vuelva de nuevo y siembre escándalos, para que sea bienaventurado el que no es cogido en sus trampas:

> ¿Con tan gran incremento de nuevos
> crímenes buscan cuál de los dos ha de gobernar el orbe?
> Apenas hubiera valido la pena hacer la guerra civil
> para que ninguno de los dos reinase [389].

El verdadero camino para elevarse lo enseñó Cristo, el cual no quiso que sus discípulos se pareciesen a los reyes de los gentiles, para dominar a sus súbditos y, usando el poder, hacerse llamar bienhechores [390]; sino que quien es superior se abaje espontáneamente, y, excluida toda contienda y uso de la fuerza, sólo por el derecho y por la paz, reivindique para sí el oficio de servir. Pero éstos prefirieron otro camino, ascendiendo en oposición a sus hermanos, y, rechazada la humildad de servir, ambicionan el dominar más que los reyes de los gentiles. No hay duda de que habiéndose enfriado, o mejor dicho extinguido, su caridad, orientan su trono hacia el Norte [391], ya que odian a sus iguales que ascendieron. Ojalá sus contemporáneos hubieran seguido la decisión de Bruto, de la cual, sin embargo, le apartó la influencia de Catón, cuando amenazaba estallar la guerra civil. Pues dijo:

> No podrás llamar ahora a Bruto enemigo de Pompeyo ni de César, sino después de la guerra, del vencedor [392].

Si fueran, pues, inteligentes aquellos por cuyo dominio contienden los que están divididos entre sí, los dejarían enzarzarse a ellos solos, temerían ayudar al uno o al otro, pues no saben quién será el vencedor y sí saben que una enorme y pesada ruina amenaza a los vencidos.

> No hay manos limpias cuando el árbitro de la guerra cambia [393].

Pues

> la causa vencedora plugo a los dioses, pero a Catón, la vencida [394].

---

389 Ib. II 60-63.
390 Cf. Lc 22-25 ss.
391 Como el rey de Babilonia, según Isaías 14, 13; pasaje que S. Agustín y los demás Padres relacionan con el diablo.
392 Lucano, ib. 283-284.
393 Ib. VII 263.
394 Ib. I 128.

Que se alegre el mundo si uno solo de los dos vence; pero más aún si los dos, o ninguno. Que se vayan, si les parece, a la isla de Licaonia [395] o a otro lugar más apto para la guerra o el duelo; pues los antiguos, según Quintiliano [396], llamaban guerra a lo que ahora llamamos duelo; y sin peligro del mundo ni de la ciudad, venza aquel de los dos que Dios, por así decirlo, apruebe o permita que sea vencedor. Y el vencido, si así le parece al vencedor, sea sumergido en el Tíber, o, si se le trata con menos rigor, sea recluido en Cava [397], y que el abad, al abrirle el claustro, o mejor la prisión, le asegure que no lo tenía preparado para condenados, sino para vencidos. Pues

> no hay lealtad que elija como amigos a los infortunados [398].

Y el que venciere, es decir, el más violento, sea deportado a la isla de Lípari en destierro perpetuo, condenado a las canteras o a las minas. Porque el crimen de cisma iguala a los que mancha, excepto en que, por lo general, el más fuerte, o más bien el más feroz, es el peor. ¿Qué hay más pernicioso u odioso que la guerra civil? Nada en absoluto, a no ser la rabia de los cismáticos o la peste de la herejía. De estas dos cosas es difícil decir cuál sea más perniciosa, si es que se pueden separar cuantitativamente una de otra.

Cesarán por completo las guerras civiles si falta ayuda a su loca presunción. Nadie podría incitar a sus conciudadanos al furor, si no es porque a ellos les agrada la misma demencia. La necesidad de una demencia común no existe, o es en alto grado imaginaria. Y ésta abre la puerta a muchos y gravísimos peligros que nadie puede imposibilitar, si no es impidiendo su posibilidad. Esto ya lo indicó el gran poeta, o si se prefiere orador, según Quintiliano; no lo discuto, con tal de que conste que se deben precaver los posibles peligros y que la comunidad no puede ser obligada por un individuo a seguir una conducta criminal. Pues dice así:

> El soldado, aunque tenga las manos limpias de sangre,
> teme lo que podría haber hecho. ¿A qué golpear el pecho?
> ¿Por qué gimes enloquecido? ¿Por qué derramas lágrimas inútiles?
> ¿Y no confiesas que te entregas al crimen por propia voluntad?
> ¿Hasta tal punto temes al mismo que tú haces temible?

---

395 Así era llamada en el medievo la isla Tiberina, hoy isla de S. Bartolomé.

396 Cf. *Institutiones Oratoriae* I 4 § 15.

397 Monasterio de la Ssma. Trinidad en Cava, junto a Salerno.

398 Lucano, o. c. VIII 535.

Que la trompeta toque a guerra; tú, desoye su cruel voz.
Avance el banderín; tú, ¡quieto! Verás cómo la Civil Furia
cae, y César, como ciudadano particular, amará a su yerno [399].

Así, si la Iglesia de Dios se yergue en la libertad del Espíritu, si rechaza el someterse al servicio del crimen, los cismas se apagarán del todo o los cismáticos reñirán solos entre sí, permaneciendo intacto el vínculo de la unidad. Entre tanto, que la Iglesia contenga sus manos, porque la espada de Pedro, sedienta de sangre por un impulso carnal, al momento se guarda en la vaina por mandato del Señor [400], y a los discípulos, impacientes por arrancar la cizaña, se les ordena esperar a los ángeles segadores [401]. Que la unidad íntegra ore para que la piedra monolítica, en la que se fundamenta la Iglesia, que los cismáticos rechazan, que hizo de los dos pueblos uno y que prefirió entregar su túnica entera para ser sorteada entre los fieles antes que ser cortada, reúna en sí a los disidentes. Ore, repito, para que la fe no desfallezca y Satanás, aunque lo intente, no disperse el trigo en su criba y lo pisotee. Que pida la paz, que busque la paz y la persiga aunque huya. Que se acuerde de Aquel que pudiendo lanzar más de doce legiones de ángeles, ganó todas las cosas exaltado en la cruz; porque su mismo anonadamiento mereció ser exaltado hasta el punto de que ante su gloria se doble toda rodilla.

Las guerras sacerdotales acogen a los cismáticos culpables, pero hacen culpables a los justos que consienten en ellas. Que permanezcan lejos, quietos y firmes con Pedro hasta que vean el fin. Recuerden aquellos versos paganos:

Si el furor diese armas a los habitantes del cielo
o los gigantes nacidos de la tierra atacaren los astros,
con todo, la piedad humana no se atrevería a favorecer
a Júpiter con armas o con rogativas [402].

Esto hay que cumplirlo sobre todo cuando

no es lícito saber
quién tomó las armas más justamente [403].

---

399 Ib. IV 181-188.
400 Cf. Jn 18, 10-11.
401 Mt 13, 28-30.39.
402 Lucano, o. c. III 315-318.
403 Ib. I 126-127.

Porque si el herético o el cismático ataca al católico, sería justo ayudar a la verdad y servir con toda diligencia al Romano Pontífice. Y aun esto cuando esté claro, pues el cismático miente con frecuencia diciendo que es católico. Pues ¿quién pretenderá juzgar al Sumo Pontífice, cuya causa está reservada únicamente al juicio de Dios? Ciertamente, el que tal cosa intentare se esforzaría, sí, pero no lograría nada de provecho. Y no tomo la palabra «pontífice» en su acepción más estricta; puede entenderse aquí por pontífice todo el que ha sido objeto de una elección canónica.

Jonás, para evitar el naufragio, naufragó él y prefirió perecer solo a envolver a otros en sus peligros, y eso que no tenía el cargo de regir la nave. Salomón dedujo dónde estaba el afecto materno del hecho de que prefiriera entregar el hijo entero a la meretriz calumniadora antes que dividirlo. Pero éstos prefieren que la Iglesia peligre y se desgarre antes que dejar la usurpación del honor y evitar la calumnia a la madre Iglesia inocente. «Esta es la madre —dijo—, pues por amor rehuyó la partición.» Por el contrario, es un hijastro quien

con la espada escudriña las entrañas de su madre[404].

¡Cuántos y qué terribles horrores y desgracias produjo aquella contienda en que el hijo de Pedro León[405] intentó alzarse desde el Norte contra Inocencio, quinto predecesor de nuestro actual reinante Adriano[406], cuya vida y felicidad Dios prolongue sin término en su providencia! ¿No arrastró consigo su ruina a una parte de las estrellas? ¿Quién no conoce a Egidio Tusculano? ¿O a Pedro Pisano, con quien no había quizá otro comparable en la curia?[407]. ¿Quién podrá contar los obispos que perecieron por casi toda Italia? Mientras dure en nuestro tiempo la memoria de aquella calamidad, es realmente increíble que haya nadie tan vilmente ambicioso que no tema dividir la Iglesia. No creo que haya ninguna persona tan insensata que no prefiera desaparecer antes que tal caos venga por su causa. Si por exigencia de nuestros delitos alguno de estos verdugos ascendiera a la silla de Pedro y contra la voluntad del Señor ocupara el timón, con toda seguridad naufragaría, cuando el mismo Pedro llamado por el Señor, atemorizado por un viento algo fuerte, comenzó a hundirse, y la nave que tenía por pasajero al Señor desesperó de salvarse hasta que Cristo, que dormía, fue despertado por las

404 Autor desconocido.
405 El antipapa Anacleto II.
406 Adriano IV; cf. el prólogo de esta obra.
407 Se trata de cardenales de la Curia Romana.

súplicas. Ciertamente, quien indignamente asciende, más indignamente rueda y todavía más indignamente es precipitado; y no tiene alegre fin lo que se empieza con mal principio. La discordia es el más cierto indicio de injusticia y fracaso, pues

> la discordia perturba las cosas más pequeñas;
> las más grandes mantienen la paz [408].

Cuando, según la leyenda, Faetón intentó ambiciosamente conducir el coche de su padre, incendió el orbe, y finalmente, por la misericordia de Dios, él mismo cayó ardiendo, con el coche deshecho [409]. Entonces,

> cuentan, pasó el día sin sol [410];

y mientras arde la Iglesia incendiada por el cisma, Cristo parece estar ausente. También Icaro, cuando, llevado de su ligereza juvenil, vuela hacia el cielo, se ahoga en las olas del mar [411]. Cayó cuando subía, pues la exaltación de los impíos es la preparación de una más profunda caída.

¿Quién hay más malvado que el que conduce el ministerio de la paz, el oficio de santificar, a reyertas y carnicería? ¿Para qué tal monstruosidad? ¿Acaso para la vida? Pero si su fin es la muerte, ¿o la gloria? Pero su gloria se convierte en su vergüenza. ¿O acaso el placer? Entonces, su dios es el vientre. ¿Acaso para ennoblecerse en su carne y sangre? Pero la carne y la sangre no poseerán el Reino de Dios. Pues contra los carnales no yo, sino la trompeta del Apóstol, amenaza con éstos y aún más terribles truenos: «Su fin —dice— es la destrucción; su dios, el vientre; su gloria está en la vergüenza, centrados como están en lo terreno» [412]. Si para lograr su voluntad dominan a otros, lo cual es tiránico, no será distinto su fin, pues para el tirano no hay nada seguro ni en paz.

Pregunta a Damocles y confesará que aprendió esto del tirano de Sicilia, cuando le amenazaba por todas partes la caída en las brasas ardientes, y la espada, pendiente de un hijo de tejedor, estaba para caer a la primera señal sobre su cuello, como un ver-

---

408 Lucano, o. c. II 272-273.
409 Ovidio, *Metamorfosis* II 1 ss.
410 Ib., 331.
411 Ib. VIII 195 ss.
412 Flp 3, 19.

dugo, en medio de las delicias regias[413]. Esto mismo enseña Teodosio, según Claudiano, pues dice

> El que aterroriza, más teme; éste es la suerte que a los tiranos
> les toca: envidiar a los ilustres y asesinar a los valientes,
> vivir custodiados por espadas y rodeados de venenos,
> usar métodos ambiguos y amenazar mientras tiemblan.
> Pero tú asume el papel de ciudadano y de padre, tú mira por todos.
> Y no te guíen tus deseos, sino los del pueblo[414].

«Avergüénzate, Sidón —dice el mar—, que el hombre carnal habla ya cosas que el varón espiritual no puede oír. Porque si los sacerdotes oyeran esta voz, no correrían a través de los proyectiles y de los enemigos para ocupar los primeros puestos. Al revés, aunque todos le ofreciesen el culmen del sumo pontificado, el sabio debería (en mi opinión y en cuanto salva la religión le sea posible) rehuirlo antes que recibirlo. Porque, para decir la verdad en conciencia, su estado me parece el más penoso y el más desgraciado de la presente vida. Pues si sirve a la avaricia, le espera la muerte, y si no, no escapará a las manos y lenguas de los romanos. Si no puede taponar sus bocas y amarrar sus manos, que endurezca los oídos, los ojos y el ánimo para aguantar calumnias, crímenes y sacrilegios. Pues tres cosas principalmente pervierten todo juicio, incluso en los prudentes: la afición a los regalos, la acepción de personas y la credulidad. Es totalmente imposible que, influenciado por estas cosas, nadie pueda dispensar justicia.

Así, pues, es necesario que el Romano Pontífice esté libre de ellas, pues es quien debe refrenar los excesos de todos. Si odia los regalos, ¿quién le llevará dones contra su voluntad? ¿Qué donará el que no recibe? Y si no hace dones, ¿cómo aplacará a los romanos? Si no muestra favoritismo a sus personas, ¿cómo se mantendrá firme en su presencia? Porque apenas podrá juzgar una causa sacerdotal en el cónclave sin verse obligado a admitirlos en todos los consejos. ¿Y el tener que condenar la simonía, los favores y las retribuciones? Si él lo practica, ¿no se condena a sí mismo con su propia voz? Si en el supremo poder se da la mínima permisividad, ciertamente quien preside las leyes y no está sujeto a ninguna, debe apartarse más estrictamente de toda ilegalidad. Por eso el Romano Pontífice es quien puede menos, precisamente porque puede más.

---

413 Cf. Cicerón, *Tusculanae Disputationes* V 21 §§ 61-62.
414 *Panegyricus de IV Consulatu Honorii* 290-295.

¿Qué carga hay más pesada que la solicitud por todas las Iglesias? El privilegio apostólico pasa a los sucesores, y ciertamente es una parte del privilegio lo que el Apóstol dice a los corintios: «¿Quién enferma sin que yo enferme? ¿Quién es escandalizado sin que yo me abrase?»[415]. Si no queréis recordarlo todo, basta que se aplique esto el que compite por el primado, y pienso que en seguida cederá su puesto.

Además, el que es Romano Pontífice, en la actual condición de la Iglesia, debe ser siervo de siervos; no nominalmente para su propio ensalzamiento, como algunos piensan, sino realmente, puesto que sirve a los siervos de Dios aun contra su voluntad. Porque cada persona de la Divinidad[416] sirve y es dispensadora de su clemencia o su justicia. Sirve el ángel, sirve el hombre, sirven los buenos, sirven los malos, y el mismo príncipe del mundo, el diablo, sirve. Por tanto, también los romanos son siervos de Dios y tiranos, a los cuales tiene que servir el Romano Pontífice. Hasta el punto de que, si no les sirviera, tendría que dejar de ser Pontífice o de ser Romano. ¿Quién, pues, dudará de que es siervo de siervos?

Al señor Adriano, cuyos tiempos haga Dios felices, invoco como testigo de que nadie es más digno de compasión que el Romano Pontífice y de que no hay estado más desgraciado que el suyo[417]. Y aunque ninguna otra cosa le dañe, sólo a causa del trabajo sucumbirá necesariamente en seguida. Pues confiesa que en aquella sede ha encontrado tantas penalidades, que, en comparación con las presentes, toda la amargura anterior fue gozo y vida felicísima. Dice que la cátedra del Pontífice Romano está llena de espinas, el manto entretejido por todas partes con agudísimos pinchos, y de tal peso, que oprime, desgasta y destruye los más robustos hombros, y que la corona y la mitra parecen con razón brillantes porque son de fuego. Y que desearía no haber salido nunca del suelo natal de Inglaterra o haber permanecido oculto en el claustro del bienaventurado Rufo, antes que haberse metido en tales angustias, si no fuera porque no se atreve a resistirse a la divina Providencia. Pregúntale mientras sobrevive y da fe a su experiencia.

También me dijo muchas veces que cuando fue ascendiendo de grado en grado a través de todos los oficios, desde clérigo claustral hasta Sumo Pontífice, ningún ascenso añadió nunca a su vida anterior nada de felicidad o de serena paz. Y para usar sus palabras (pues

---

415 2 Cor 11, 29.

416 Es decir, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

417 Sobre lo que sigue hasta el final del capítulo, cf. Helinand, *Chronicon* XLVIII a. 1154 (Migne, PL 212, 1058).

cuando estoy con él, por su benevolencia, no quiere que nada suyo esté oculto a mis ojos): «En el yunque y con el martillo me ha ido forjando siempre el Señor; pero ahora, si es su voluntad, que arrime su diestra a la carga que ha impuesto a mi debilidad, porque yo no puedo con ella.»

¿No es, pues, dignísimo de desgracia el que lucha por una tal desgracia? Aunque el elegido sea riquísimo, al día siguiente será pobre y estará lleno de obligaciones para con casi infinitos acreedores. ¿Pues qué será de aquel a quien ninguna elección llama, sino que la ambición ciega y cruel impone, no sin derramamiento de sangre fraterna, contra la voluntad de Cristo expresada en sus miembros? Esto sería suceder a Rómulo en el parricidio, no a Pedro en el gobierno del redil a él confiado.

CAP. 24: *Que los epicúreos nunca consiguen su fin.*

A no ser que alguna persona contumaz pretenda desfigurar lo que la razón no permite desfigurar, de lo anterior aparece más claro que la luz que los epicúreos nunca consiguen su fin. Pues si por una parte aspiran a una vida tranquila y por otra su filosofía, o, mejor, su insipiencia (pues nadie puede sensatamente saciar un deseo perverso), aspira a saciar la concupiscencia, nadie puede conseguir tal cosa por esos ríos de Babilonia.

Pienso que se deben denominar también epicúreos aquellos que quieren hacer en todo su voluntad, pues cuando la acción se hace esclava de la concupiscencia, el deseo se convierte en pasión. Si el deseo no obedece al deseo, cuanto más quieres, más te atormentas, siempre que haya concupiscencia en la voluntad. En otro caso, a veces querer lo que no puedes es gozoso y fructuoso, aunque arduo, por ejemplo, si tienes hambre y sed de justicia. Así, pues, el mundo está lleno de epicúreos, porque en la gran muchedumbre de los hombres son pocos los que no sirven a la concupiscencia, es decir, a la voluntad corrompida, y son pocos o ninguno los que no están cogidos en las redes de las penalidades que lleva consigo su voluntad.

El hombre fue expulsado del lugar del placer [418] desde que prevaleció la concupiscencia, porque no puede gozar de una vida placentera y tranquila aquel a quien la concupiscencia empieza a dominar. Prefirió hacer lo que le plació en vez de lo mandado, y fue arrojado

[418] El paraíso; cf. Gn 2, 10.

al lugar de la tribulación, a la tierra del trabajo, para que la tierra produjese espinas y cardos para él y su descendencia, y para que comiese el pan con el sudor de su rostro el que si hubiese obedecido con rectitud de voluntad hubiera podido tener sin dificultad ni trabajo la plenitud del placer. Pues había encontrado todas las cosas preparadas para sus necesidades y su placer.

La palabra *vultus* (rostro)[419], como opinan los que investigan el origen de las palabras, proviene de *volendo* (queriendo), y su sudor indica el trabajo y las angustias de la voluntad corrompida. Si, pues, se suda con aquello[420] que conforta el corazón del hombre y aun en tomar lo que le alegra, ¿qué es lo que la naturaleza mortal puede creer que se le ha concedido sin trabajo? El alma recuerda como dicho a sí misma lo que la sentencia del Creador impuso a la madre pecadora de todos nosotros. Pues pare con dolor hijos virtuosos la que sin trabajo pare una progenie de vicios. Porque la naturaleza pecadora está inclinada al mal y corrompida desde su adolescencia, la edad más próxima al nacimiento, de tal manera que puede resbalar sin trabajo y dificultad, pero no puede levantarse hacia el bien sin trabajo, ni mantenerse levantada sin dificultad y sin gracia.

Pare, pues, vicios —hijas, no hijos— sin dolor, pero sin duda para el dolor; y con dolor pare hijos, pero para el gozo, no para el dolor. Por tanto, el epicúreo vive en el dolor, pues su vida pare hijos o hijas, y siempre gime bajo angustias presentes o futuras. Pues, dejando aparte otras razones, o no goza de las cosas presentes, o, si no es ciego, al medir la marcha de las cosas, sufre al sentirlas pasajeras y fugaces. Porque nos ha sido negado el permanecer en las cosas alegres, a no ser que uno se alegre en aquellas cosas que lo hacen santo o que aprovechan para la vida eterna. Pasa este mundo y todas sus cosas deseables. Por mucho que halague a los incautos y ofrezca los dulces atractivos de su engaño, su final es más amargo que cualquier ajenjo[421]. Y, puesto que la razón demuestra plenamente que su estado presente es imperfecto, promete siempre un no sé qué seguro para el futuro, pero sin haber llevado nunca a uno solo de sus adictos o seguidores a la perfección, ni haberle cumplido sus deseos.

Por eso el avaro en medio de la riqueza tiene hambre, el poderoso y encumbrado en el más alto pináculo es un esclavo, al voluptuoso sumido en la lujuria le angustia la falta de gozo, y el aspirante a la fama y el favor se envilece en pleno engreimiento de una

419 Cf. Isidoro, *Origenes* XI 34 (Migne, PL 82, 401).
420 Es decir, el pan; cf. Sal 103, 15.
421 Cf. Prov 5, 4.

gloria fatua. Quien no ve esto claramente es demasiado ciego, pues cada uno de los que se afanan en estas cosas confiesa que le falta lo que ansía.

Pero hay algunos a quienes la malicia les cerró los ojos de tal manera que son incapaces de ver aun las cosas luminosas por sí mismas. Así, los topos, carentes de ojos, no reconocen el beneficio de la luz y, contentos en sus tinieblas innatas, odian el aire más puro y no pueden vivir si se les aparta por largo tiempo de sus escondrijos subterráneos [422]. ¿No son una personificación de los topos los que siempre se afanan en la tierra, cuya preocupación gira enteramente a ras del suelo, sin que perciban nada elevado o divino, y aun ni siquiera humano; éstos de quienes es propio, mientras los demás animales se mueven inclinados hacia la tierra, contemplar el cielo y las cosas celestiales con una erguida dignidad del cuerpo y del alma? [423]. Y, sin embargo, por un cierto defecto de su naturaleza, aunque sea cosa propia de topos, se abajan. Aunque ciertamente es peor aquel a quien mancha la culpa que el que padece por imposición de la naturaleza. Y no creas que abriga nobles pensamientos el que quiere aventajar a sus iguales en naturaleza, no tanto por la virtud como por los vicios.

Pero ¿por qué denuncio el defecto de la ceguera en ese gremio de los topos, sino porque pienso que es fuente de otros? Pues de él manan las corrientes de los vicios, y puedes ver, como si hubieran confluido en un mismo cuerpo, la rapacidad del león, la crueldad del tigre, la gula del lobo, la versatilidad del leopardo, los engaños de la zorra, la tenacidad de la arpía, la suciedad del cerdo, la petulancia del macho cabrío, la soberbia del caballo, la estolidez del asno, la obstinación del mulo, el veneno de la hidra, la negrura del cuervo y toda la perversión que pudo infudir al hombre el más espantoso de los seres creados. Porque de él provienen todas estas calamidades, cuando prometió que se podría arrebatar la ciencia del bien y del mal y ser como Dios. Desde entonces está inclinada al mal la naturaleza del hombre, el cual vivió primero una especie de infancia inocente, mientras se abstuvo de conversaciones pervertidoras y perversas. Sin hablar, el hombre permaneció inocente; le invadió el sueño y se durmió inocente; al despertar, reconociendo la ayuda semejante a él que le había proporcionado Dios, proclamó inocente las grandezas divinas. Pero desde que se hizo más locuaz y saliendo por la puerta de la curiosidad entabló conversación con el tentador,

[422] Cf. Hugón de Folieto (según parece), *De bestiis* IV (Migne, PL 177, 161).
[423] Cf. Ovidio, o. c. I 84-86.

como el adolescente que saliendo de la infancia asume calor y se engríe, transgredió la orden cuya custodia le hubiera servido para la gloria, y se corrompió. De manera que desde entonces, por una asombrosa e invencible ley de la condición que le fue impuesta, la unión de la carne y el espíritu lucha consigo misma sin que de modo alguno puedan concordar, a no ser que interceda la gracia de aquel que hizo de los dos uno y hará que en el final de los elegidos la carne sea absorbida por el espíritu.

Si usar palabras de los gentiles le es permitido a un cristiano, que cree que sólo los elegidos poseen un entendimiento divino y agradable a Dios por la gracia que en ellos habita (aunque tampoco pienso que las palabras y los pensamientos de los gentiles deben ser ignorados, con tal de que se eviten sus errores), parece que esto mismo, por la divina sabiduría, lo sugirió Virgilio en su *Eneida* bajo el ropaje de una ficción poética, al describir sabiamente las seis etapas de la edad del hombre en seis libros distintos [424]. En ellos, imitando la *Odisea,* parece que presenta el origen y evolución de la naturaleza humana y al personaje que crea y desarrolla lo va conduciendo adelante hasta bajarlo a los Manes. Pues Eneas, que representa al alma, es llamado así en cuanto habitador del cuerpo; porque *ennos,* según los griegos, es habitador, *demas* cuerpo, y de los dos se compone *Eneas* para significar el alma como habitando en la choza del cuerpo. Así también a Neptuno se le llama *ennosigeo* por habitar en Sigeo.

Así, pues, el primer libro de la *Eneida,* bajo la imagen del naufragio, expone los golpes consabidos de la infancia, agitada por sus tormentas; y al llegar a su final, crecida ya por la abundancia de la comida y la bebida, salta a la alegría del banquete. En el umbral de la adolescencia aparece el intercambio coloquial, y su inmoderación narra fantasías o mezcla cosas verdaderas con falsas, porque en el mucho hablar no pueden faltar pecados. El tercero canta como propios los errores de la juventud por el hecho de que esa edad apenas conoce más que errores. Pues, como dice el moralista:

> El joven imberbe, liberado por fin de guardián,
> goza con los caballos y los perros en las soleadas praderas del campo;
> es de cera para doblarse hacia el vicio, arisco para con sus consejeros,
> perezoso previsor de las cosas útiles, pródigo de su dinero [425].

[424] El autor sigue la interpretación de Bernardo Silvestre.
[425] Horacio, *Arte poética* 161-164.

Así, la primera edad tiene una nodriza; la segunda, un ayo; la tercera, más libre, yerra más fácilmente, aunque todavía no llega a los crímenes. La cuarta se enreda en ilícitos amores y extiende el fuego imprudentemente encendido en su corazón hasta prender la hoguera funeraria de su desgraciada amante. Pues la razón, personificada por Mercurio, enseña que la felicidad prometida por el Destino no está concedida a lo prohibido, y persuade a aquel que mientras era niño pensaba como niño, hablaba como niño y actuaba como niño, a abandonar las cosas de niño huyendo irrevocablemente de ellas [426]. Por lo cual, volviendo al citado moralista:

> La edad y el espíritu viril, mudadas las aficiones,
> busca la riqueza, sirve al honor,
> evita cometer lo que después se esforzaría por cambiar [427].

Así, pues, la edad viril se avergüenza de las cosas pueriles y juveniles, y, si no puede levar el ancla de su nave, corta la maroma del placer perverso y del amor impuro. Por eso el casto hijo del patriarca [428] dejó el manto en manos de la adúltera, para no verse implicado en el crimen de adulterio.

La quinta [429] produce la madurez cívica y representa la edad vecina a la vejez y que incluso entra ya en la vejez. Pues recuerda los honores de los padres, venera la memoria de los antepasados, y, como si celebrara los juegos junto al sepulcro de Anquises, reconoce en estas mismas cosas la infelicidad de su destierro.

Cuando sale de ésta, pasa a la sexta (la senectud), y, tras perder a Palinuro y Miseno, el piloto de la nave, adormilado y provocador de una batalla temeraria; cuando ya la pasión se enfría y languidecen las fuerzas, siente no tanto la vejez cuanto el decaimiento y como un descenso al mundo de ultratumba. En esa situación reconoce como errores las cosas inútiles realizadas en toda la vida pasada y aprende que deben tomar otro camino los que quieran llegar a los dulces abrazos de Lavinia y al reino destinado de Italia como una especie de alcázar de la bienaventuranza.

Porque consta entre los más diligentes investigadores del pensamiento de los autores que Virgilio demostró el valor de ambas doctrinas cuando vistió los misterios de la virtud filosófica con la fantasía de la ficción poética. Aunque hemos hablado especialmente

---

426 Cf. 1 Cor 13, 11.
427 Ib., 166-168.
428 Es decir, José; cf. Gn 39, 12.
429 Es decir, la edad viril.

de la corrupción primera, se puede también demostrar de cada una, con evidente razón, que la naturaleza del hombre está inclinada al mal desde su adolescencia; de modo que desde el momento en que empieza a usar su libre aunque menoscabado albedrío, cae de por sí en la culpa, de donde merecidamente se despeña en el castigo; sin embargo, no puede en modo alguno alzarse al bien si la gracia de Dios no le echa una mano.

Ancho es, pues, el camino de los epicúreos, y sin duda conduce a la muerte, y eso a través de peligros, errores, amarguras y toda clase de vanidades, de manera que nadie puede encontrar en él el estado pacífico de una vida tranquila, ni llegar, conducido por él, a dicho estado. Pues para poseer la felicidad hay que fundarse en los verdaderos bienes y no en los vanos, pues éstos arrojan a sus adictos a las tinieblas exteriores, al llanto de los ojos, al rechinar de dientes [430], al chirriar de los oídos [431] y a las variadas torturas y penas de los infiernos, donde ningún orden habita, sino un sempiterno horror [432].

CAP. 25: *Cuál es el camino más seguro para conseguir lo que los epicúreos apetecen o prometen.*

No pretendo acusar a la opinión que define la felicidad como el estado siempre alegre y pacífico de una vida tranquila, pero pienso que ha sido desacreditada por una torcida interpretación y una defectuosa aplicación, hasta el punto de que, siendo muchísimos los epicúreos, es decir, los vanos seguidores del placer, son pocos los que profesan este nombre, pues se avergüenzan de llamarse lo que son y tratan de ocultar la vergüenza propia con un nombre ajeno, deseando no tanto ser buenos cuanto parecerlo. Pero si se encuentra un intérprete fiel de la definición y un apto ejecutor de su sentido, que aplique la mano a la boca [433] —es decir, que haga lo que dice, que nada hay más verdadero y correcto en la doctrina de los estoicos y peripatéticos—, refutarás y convencerás a los que yo te presente como seguidores de ese alegre y corto camino de la manga ancha.

---

430 Cf. Mt 8, 12; 22, 13; 25, 30.
431 Cf. Jr 19, 3.
432 Cf. Job 10, 22.
433 Cf. Job 39, 34.

Sin embargo, para que no pienses que no existe senda alguna que lleve a lo que definen los epicúreos, intentaré mostrártela en la conclusión de este libro como al fin ya del camino. Es por cierto ardua y estrecha y, no obstante, llana y recta para los que aman a Dios, con cuya guía, enseñanza y ayuda nadie tropezará con su pie en la piedra. Pues El mismo [434], piedra de tropiezo y roca de escándalo, levanta y refuerza a los que caminan hacia El cuando los recibe, para que, humillados en sí y gloriándose en El, proclamen audaz y libremente que todo lo podemos en Aquel que nos conforta. Este camino es la virtud, que marcha encauzada entre dos límites: el conocimiento y la práctica del bien. Porque el conocer el bien y no hacerlo es causa de condenación, no camino de bienaventuranza.

¿Cómo entraré en este camino yo, que estoy extraviado y sin camino? Yo, extranjero y peregrino, en tan gran variedad de caminos desconocidos; yo, que tengo los ojos nublados de pesar y ya casi no veo, ¿por qué señales podré discernirlo para llegar a la tranquilidad y gozo que prometes? Y digo:

> Hay una vía en lo alto, visible en cielo sereno;
> se llama la Vía Láctea [435].

Hazte sereno en el cielo, para que no se nuble por el enojo a los ojos de tu alma, y reconocerás fácilmente esta Vía Láctea. Vuelve a ti, eleva tus ojos a las obras de los Padres y mira diligentemente en qué punto apartaste tu pie del camino y dónde caíste en el error. Recuerdo que nos desviamos por primera vez cuando el hombre fue empujado y derribado para que cayera en la transgresión del mandamiento; cuando, persuadido por el demonio, extendió, temeraria e incautamente, su mano al árbol prohibido de la ciencia. Porque desde entonces el pecado, tomando ocasión del mandamiento, me sedujo y me mató. El mandamiento mismo desató en mí toda la concupiscencia, pues siempre

> tendemos a lo prohibido [436];
> lo no permitido abrasa más vivamente [437].

El hombre extendió su mano al árbol de la ciencia, sació su gula y contra la promesa del enemigo engañador, y conforme a la prohi-

---

[434] Es decir, Cristo. Cf. Is 8, 14; Rom 9, 33; 1 Pe 2, 8.
[435] Ovidio, o. c. I 168-169.
[436] Ovidio, *Amores* III 4, 17.
[437] Ib. II 19, 3.

bición de Dios, que es veraz, quedó postrado en tinieblas y en hambre, firmando una alianza con la muerte y haciendo un pacto con el infierno. Por experiencia conoció el mal y el bien y abrió la puerta a infinitas miserias. Así, pues, al subir al árbol de la ciencia cuando le estaba prohibido, el hombre cayó y se desvió de la verdad, de la virtud y de la vida, y no volverá a la vida si no vuelve al árbol de la ciencia y en él adquiere la verdad en el entendimiento, la virtud en la acción, la vida en el gozo.

Debe, pues, aguzar el filo del entendimiento para distinguir entre el bien y el mal, y en los mismos males y bienes qué es preferible en cada caso; procure además con empeño no hacer peor su condición, sino ponerse al servicio de lo elegido con toda la fuerza de su mente y cuerpo. El mismo trabajo debe hacérsele dulce, y debe aliviar toda la amargura de las cosas presentes (como dice San Gregorio)[438] con la esperanza de las futuras. Pues también el profeta se alimentaba de lágrimas día y noche en la espera de su Dios[439], y a los que allí lloran la Verdad misma, que ni engaña ni se engaña, les prometió la verdadera felicidad.

Y que nadie tema, a ejemplo de la primera prohibición, extender su mano al árbol de la ciencia del bien y del mal, porque al desterrado y errante le invita de nuevo al árbol el que enseña al hombre la ciencia y, según la promesa profética[440], indica al ignorante qué es lo bueno. En el árbol de la ciencia brota una especie de rama de la virtud, por la cual toda la vida del hombre que progresa es consagrada. Porque ninguno puede retornar al creador de la vida, es decir, a Dios, sino el que muestra la rama cortada del árbol de la ciencia. Pero ¿quién cortará con prontitud la rama, cuando muy pocos conocen siquiera el árbol, es decir, lo que hay que hacer? ¿Será fácilmente conocida la rama, cuando el mismo árbol es ocultado por la multitud de los insensatos y malvados? Esto mismo pensó quizá Virgilio, el cual, aunque fuera ignorante de la verdad y caminara en las tinieblas de los gentiles, no creyó que Eneas podía ser admitido a los Campos Elíseos de los bienaventurados y al encuentro de su querido padre, a no ser que, instruido por la Sibila (la cual se interpreta como *siosbole,* mente de Júpiter o sabiduría de Dios)[441], consagrara esta rama a Proserpina, cuyo nombre indica la

---

438 Cf. *Moralia* VIII 8 § 14 *in Job VII,* 2, 3 (Migne, PL 75, 810).
439 Cf. Sal 61, 4.
440 Cf. Miq 6, 8.
441 Cf. Servio, *In Vergilii Aeneidam* III 445 y VI 12; cf. también Bernardo Silvestre o. c. Jerónimo *Adv. Ioviniarum* I 41 (Migne, PL 23, 270).

vida serpenteando hacia arriba *(proserpentem)* y alzándose sobre los vicios. Pues dice:

> Oye lo que has de hacer primero. Hay oculta en un umbroso árbol,
> una rama toda ella, hojas y flexible vara, de oro;
> consagrada, según dicen, a la infernal Juno la oculta todo
> el bosque y la envuelven las sombras en los profundos valles.
> Pero no está concedido descender a los antros de la tierra
> sino a quien antes corte del árbol la rama de cabellos de oro.
> La bella Proserpina ha estatuido que este regalo le sea llevado
> como suyo propio. Arrancada la primera rama, nace otra
> también de oro y cuya vara florece con hojas de igual metal [442].

Cuántas penalidades se hallan ocultas en las cosas terrenas o cuánto se puede merecer en ellas, sólo lo conoce realmente aquel que arranca del árbol de la ciencia la rama de la buena acción. Y si se arranca una, no falta otra, porque cuando más se ejercitan, tanto más crecen y progresan las ciencias y las virtudes.

Pero no sigo las huellas de Virgilio o de los gentiles hasta el punto de creer que cualquiera puede llegar por las propias fuerzas de su libre albedrío a la ciencia o a la virtud. Confieso que la gracia produce en los elegidos el querer y el llevar a cabo; yo la venero como el camino, el auténtico y único camino que conduce a la vida y que lleva a cada uno al cumplimiento de sus deseos. Esta es la Vía Láctea, manifiesta en el candor de la inocencia; con el celo de una madre prepara los alimentos y cumple su oficio, y sólo ella capacita para el progreso, pues sin ella ninguno aprovecha. Ella llama con voz de trompeta a los transgresores para que entren en sí mismos, y promete apartar la llameante espada que guarda el árbol de la ciencia en todas direcciones y guiarlos e introducirlos en la patria.

Más aún, la gracia, sin quitarle su naturaleza, arrancó el árbol mismo [443] en el que están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia y donde habita la plenitud de la Divinidad corporalmente [444], y lo trajo a la tierra de nuestra peregrinación y lo plantó en medio de la Iglesia, para que por él brille con sabiduría, se robustezca en virtud y exulte en abundante misericordia y su gozo sea pleno, gozo de Dios y en Dios, gozo que nadie le podrá quitar. Que se acerque al árbol, guiado por la gracia, el que arrastrado por la concupiscencia delinquió contra el árbol; puesto que por ella fue

---

[442] *Eneida* VI 136-144.
[443] Es decir, Cristo.
[444] Col 2, 3.9.

realizada nuestra salvación en el madero, ya que del madero procedió anteriormente la muerte.

Que se acerque, pero con pasos contrarios, ya que por sus contrarios deben curarse las cosas. Y porque el tentador no hubiera derribado al hombre, si antes la soberbia no hubiese entrado en su ánimo, que aprenda por el temor a humillarse bajo la potente mano de Dios el que desea ser exaltado en el día de la visitación. Que se abstenga de cosas lícitas el que antes usó las ilícitas y apague con la caridad ordenada el incendio de la concupiscencia. Deléitese en estas cosas, advierta también ahora que el árbol es hermoso a la vista y dulce para comer y que dará a su tiempo fruto de felicidad verdadera y el estado siempre alegre de la vida tranquila.

Además, el temor gozoso que se convierte en amor reverencial no sabe estar ocioso o transgredir la ley prescrita, sino que expulsa el aguijón del miedo y hace el bien por amor, ajustándose espontáneamente a la justicia; y el que por la desobediencia nacida de la ligereza de voluntad corrió a la muerte, lucha en cierto modo violentamente por adquirir la vida, movido por las fuerzas de la obediencia con la gracia. El temor engendra la inocencia, la obediencia de los mandamientos promueve la justicia de hacer el bien, y por una senda recta el justo es conducido hasta la verdadera felicidad. Pues éste es aquel a quien guió el Señor por los caminos rectos dándole la ciencia de los santos, honrándole en sus trabajos y llenándole en todo de esa felicidad por la que se esfuerza con fidelidad y eficacia.

Me atrevería a decir que ahí tienden toda la ley y los profetas y todas las escrituras canónicas, puesto que tienden al Hijo. Y no hay duda en ello, ya que los pensamientos de los infieles no poseen utilidad alguna si no contribuyen en algo a la felicidad. Pero omitiendo o, mejor, suponiendo lo antedicho, digo que estas cosas son las únicas que pueden hacer y mantener al hombre [445], ya que de una rama de la justicia proviene el no dañar a nadie, y de la otra, el que cada uno se beneficie a sí y a los demás.

¿Quieres constatar lo que digo? ¿Quieres ser feliz? En verdad, bienaventurado el varón que teme al Señor [446]. ¿Deseas el poder? No sólo él, sino también su descendencia, será poderosa sobre la tierra [447]. ¿Buscas el favor y la alabanza de los hombres? La generación de los justos será bendecida [448]. ¿Acaso te abres y despliegas

---

445 Cf. Horacio, *Epístolas* I 6, 2.
446 Sal 111, 1.
447 Ib., 2.
448 Ib.

tu vela hacia el renombre y la opulencia? Habrá en su casa haciendas y riquezas [449]. ¿Buscas la perpetuidad para tus obras? Su recuerdo será perpetuo [450]. ¿Quieres estar seguro? No temerá las malas noticias y verá derrotados a sus enemigos [451]. ¿Te gusta el don de la palabra? De los labios del justo fluye la gracia [452]. Y también: «Bendita la memoria del justo; el nombre del malvado se pudre» [453]. ¿Quieres que el futuro se te aclare? La esperanza de los justos es risueña [454]. ¿Quieres prolongar tu gozo eternamente? Los justos vivirán para siempre y están en paz, aunque la gente insensata pensaba que morían [455].

Ahí tienes el auténtico y fidelísimo camino para conseguir el estado que desea Epicuro; y si lo sigues, serás dichoso y te irá bien [456]. El solo es suficiente para vivir bien y feliz; tanto que todas las demás cosas del mundo no pueden añadir nada o muy poco de perfección.

Y no te refreno [457] de que brilles cubierto de suntuosos vestidos bordados de oro, ni de que tu mesa ofrezca cada día espléndidos banquetes, ni de que detentes los primeros cargos; y para compendiar mucho en pocas palabras, de que sigas la corriente a nuestro tiempo e incluso a sus costumbres pervertidas, manteniéndote, sin embargo, tú recto, como eres, y burlándote del mundo, que engaña con sus atractivos. Porque, aunque ya ha atrapado de esa forma a muchos, tú eres demasiado grande como para poder ser cogido en sus trampas.

El ilustre rey de los ingleses Enrique II —el más grande de los reyes de Britania si sus hazañas concuerdan hasta el fin con sus comienzos—, con tu consejo y guía (según se cuenta), lanza rayos en la región del Garona y, cerca de Tolosa, con victorioso sitio, lleva el terror a los provenzales hasta el Ródano y los Alpes, y destruidos los fuertes y sometidos los pueblos, como si ya fuera a caer sobre todos, hace temblar a los señores hispanos y galos. En semejante estado de perturbación, te ruego que guardes la inocencia y que sepas percibir, imponer y predicar la equidad; que ni por amor u odio, ni por temor o esperanza, te desvíes de la vía recta. Porque los justos

---

449 Ib., 3.
450 Ib., 6.
451 Ib., 7-8.
452 Cf. Sal 44, 3.
453 Prov 10, 7.
454 Ib., 28.
455 Cf. Sab 3, 1-3.
456 Sal 127, 2.
457 Ahora, al final del libro, se dirige de nuevo a Tomás Becket, como hizo en el prólogo.

poseerán la tierra, y, como consta por la autoridad del Altísimo, la estirpe de los malvados se extinguirá [458].

Si en medio de tanta agitación no tienes tiempo para leer estas cosas que con sincera devoción he procurado escribir para ti, o si no te agradan por su pobreza de ideas o su mediocridad de estilo, que por lo menos no te desagrade el devoto afecto que se esforzó en hacer un servicio a tu honor. Si apruebas mi intención, serás el patrono de la obra; si no, sea condenada como tú decidas; porque ¿qué derecho tienen otros para juzgar a un servidor ajeno? Este libro se tiene en pie o cae ante ti, como cada uno ante su señor.

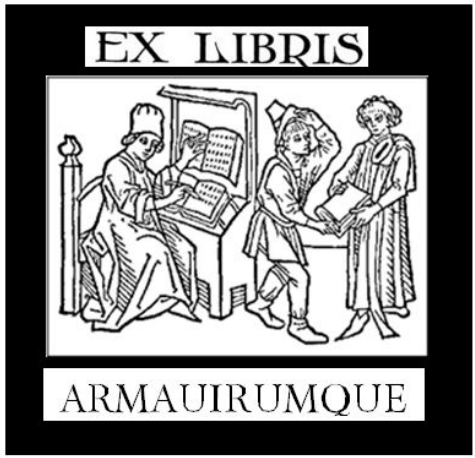
No temo la crítica de la masa ignorante; sólo ruego que respeten mis humildes obras, aunque algunas sean cortesanas, porque yo tampoco he atacado ningún punto de sus libros. Y si no atienden mi ruego, serán reos de mala intención; porque, como dice Marcial, «obra de mala fe el que ejercita su ingenio sobre el libro de otro» [459]. Lo dicho sobre las frivolidades de los cortesanos no lo he observado en ninguno de ellos, sino a lo más en mí o en los que son como yo; y realmente sería atarme con una ley demasiado estricta si no se me permitiera amonestarme y enmendarme a mí mismo y a mis amigos. No hay duda de que si ante estas cosas alguien arruga la nariz, frunce el ceño, cubre su cara de sonrojo o palidece hasta el desconcierto; si sus labios se contraen o se abren; si su lengua se hace venenosa, sus rodillas tiemblan y su mano amenaza, ése se declara a sí mismo reo de nuestras mismas frivolidades. Al tratar de ellos fue siempre mi mi propósito pasar de las frivolidades a los valores serios y a aquello que es digno y útil para dirigir la vida. Pero si alguien encontrara algún punto digno de crítica, que la ejercite con toda libertad movido por la caridad, y con mi corrección adquiera y posea el premio de la vida. Pues sé que en el mucho hablar no falta el pecado [460]; pero, por el amor de Dios, invito y exhorto al lector a que en sus oraciones se acuerde de impetrar que el Hijo de Dios vivo y de la Virgen inmaculada, Dios hecho hombre, se manifieste a Sí mismo y nos muestre el camino por el que debemos avanzar en su beneplácito y dirija en él nuestros pasos.

CONCLUYE EL «POLICRATICUS»,
DE JUAN DE SALISBURY

---

458 Cf. Sal 36, 28-29.
459 *Epigramas,* prólogo al libro I.
460 Prov 10, 19.

INDICE



INTRODUCCION 7

VIDA Y ÉPOCA 13

I. Primeros años 13
II. París y Chartres: 1136-1147 15
III. Roma y Canterbury: 1147-1161 18
IV. Becket. Exilio y retorno: 1161-1176 23
V. Epílogo en Chartres 32

LOS ESCRITOS 33

I. La correspondencia 35
II. *Historia Pontificalis* 36
III. *Entheticus* 37
IV. *Metalogicon* 38
V. *Policraticus* 41

LAS IDEAS POLÍTICAS Y SOCIALES 49

I. Autoridades latinas y patrísticas 49
II. Las ideas políticas y sociales en la Alta Edad Media. 52
1. *Doctrina política e imagen de la sociedad. Siglos VI a X* 53
2. *Las novedades, desde mediados del siglo XI* ... 57

III. Las doctrinas políticas en *Policraticus* 59

1. *La comunidad política* 60
2. *Realeza y gobierno* 63
3. *La ley* 67
4. *La tiranía* 69
5. *Roma, el Pontificado, la Iglesia* 72

Conclusión 74

Fuentes y Bibliografía 79

POLICRATICUS 83

Introducción 87

Prólogo 99

Libro Primero 107

Libro II 149

Libro III 245

Libro IV 305

Libro V 345

Libro VI 423

Libro VII 497

Libro VIII 611

VOLUMENES PUBLICADOS

1. DESCARTES: *Tratado del hombre.* Edición preparada por Guillermo Quintás.
2. CONDORCET: *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano.* Edición preparada por Antonio Torres del Moral.
3. NEBRIJA: *Gramática de la Lengua Castellana.* Edición preparada por Antonio Quilis.
4. IBN BATTUTA: *A través del Islam.* Edición preparada por Serafín Fanjul y Federico Arbós.
5. LUIS DE MOLINA: *La teoría del justo precio.* Edición preparada por Francisco Gómez Camacho.
6. *La Misná.* Edición preparada por Carlos del Valle.
7. PHILIPH HAUSER: *Madrid bajo el punto de vista médico-social.* Edición preparada por Carmen del Moral.
8. TOMÁS DE MERCADO: *Suma de tratos y contratos.* Edición preparada por Restituto Sierra Bravo.
9. JEREMÍAS BENTHAM: *Tratados de Legislación Civil y Penal.* Edición preparada por Magdalena Rodríguez Gil.
10. G. E. LESSING: *Escritos filosóficos y teológicos.* Edición preparada por Agustín Andreu Rodrigo.
11. AUGUSTO COMTE: *Catecismo positivista.* Edición preparada por Andrés Bilbao.
12. JOHANN WOLFANG GOETHE: *Escritos políticos.* Edición preparada por Dalmacio Negro Pavón.
13. NICOLÁS COPÉRNICO: *Sobre las Revoluciones.* Edición preparada por Carlos Mínguez y Mercedes Testal.